

Los saltos
de **Sara**
La historia completa



Susanna Herrera

Los saltos de Sara

La historia completa de Sara Summers

Susanna Ferrero

© Susanna Herrero

1ª edición, octubre 2018

Diseño de cubierta: Adyma Desing

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Nota de la autora

Los saltos de Sara

Prólogo

1 Una nueva vida

2 El primer día de clase

3 Conociendo a Pear

4 Problemas psicológicos

5 Los lazos emocionales

6 Hola, pubertad

7 Hacia el Grand Prix Intercolegial

8 La venganza se sirve en plato frío

9 El concierto de Navidad

10 Navidades en Suiza

11 Primeros besos

12 ¿Quieres ser mi novia?

13 Quiero ser tu novia

14 Dulces dieciséis

15 La apuesta

16 La competición

17 Consecuencias

18 Operación Zorrón del desierto

19 Operación Zorrón del desierto II

20 La fiesta

21 Mi primera resaca

22 Vendetta

23 Hay que recuperar la guitarra, como sea

24 Patines al agua

25 La prueba de amor

26 Novios, de nuevo

27 Mi diecisiete cumpleaños

28 Una noche muy especial

29 El día después

30 Las cosas van bien

31 El secreto de Pear

[32 Ataques](#)

[33 El partido de hockey](#)

[34 Celebraciones](#)

[35 El principio del fin](#)

[36 El fin](#)

[Las caídas de Sara](#)

[1 Esa fatídica noche](#)

[2 El dolor de la traición](#)

[3 De vuelta a la cruda realidad](#)

[4 El juego de la botella](#)

[5 No vuelvo a beber en mi vida](#)

[6 El beso](#)

[7 Los Beatles](#)

[8 La pelea](#)

[9 El secreto](#)

[10 Al agua, patos](#)

[11 Un punto de inflexión](#)

[12 El accidente](#)

[13 En coma](#)

[14 El despertar](#)

[15 Piel con piel](#)

[16 Confesiones](#)

[17 La dura recuperación](#)

[18 De vuelta en el colegio](#)

[19 La operación y lo que ocurrió después](#)

[20 Lo que «omití» contar](#)

[21 Cambios](#)

[22 No quiero patinar](#)

[23 Entrenar](#)

[24 Descubrimientos](#)

[25 Porque los sueños, sueños son](#)

[26 Los chantajes de Tessa](#)

[27 Hoy cumpla dieciocho años](#)

[28 El nuevo novio de Tessa](#)

[29 El viaje definitivo](#)

[30 Oscuridad](#)

[31 La decisión](#)

[32 La venganza](#)

[33 La luz al final del túnel](#)

[34 No vamos a la universidad, aceptadlo](#)

[35 El viaje de fin de curso](#)

[36 Adiós, Crowden](#)

[Dos años y tres meses después](#)

[Las decisiones de Sara](#)

[1 La vuelta a casa](#)

[2 Hola de nuevo, Crowden](#)

[3 El reencuentro](#)

[4 La Universidad](#)

[5 Lo que pasó en Estados Unidos se quedó en Estados Unidos](#)

[6 Estados Unidos: la llegada](#)

[7 Estados Unidos: el primer año](#)

[8 Estados Unidos: segundo año: el acercamiento](#)

[9 Estados Unidos: ¿somos novios?](#)

[10 Estados Unidos: Los Ángeles](#)

[11 Estados Unidos: la despedida](#)

[12 De vuelta al presente](#)

[13 Verdades ocultas](#)

[14 La tristeza más absoluta](#)

[15 El cine](#)

[16 Una nueva vida](#)

[17 La gran decisión](#)

[18 Cita para cuatro](#)

[19 Mi vida con Will](#)

[20 La ruptura](#)

[21 ¿En qué punto estamos?](#)

[22 El viaje a África](#)

[23 Enseñando a los pequeños](#)

[24 La discusión](#)

[25 Maldito Von Kleist](#)

[26 La confesión accidental](#)

- [27 Aquella noche](#)
- [28 El secreto de Oliver](#)
- [29 Otra vez Oliver](#)
- [30 Una semana difícil](#)
- [31 Adiós, Will](#)
- [32 La conversación](#)

[Simplemente Sara](#)

[Prólogo](#)

- [1 El punto de partida](#)
- [2 Los exámenes finales](#)
- [3 Vacaciones de verano](#)
- [4 Vacaciones de verano: segunda parte](#)
- [5 Caer](#)
- [6 Y levantarse](#)
- [7 Oliver... ¿profesor?](#)
- [8 Otra noche juntos](#)
- [9 La despedida de soltera](#)
- [10 Estás equivocado](#)
- [11 En la nieve](#)
- [12 El polvo](#)
- [13 Las consecuencias](#)
- [14 Amarga venganza](#)
- [15 ¡Mira cómo tiemblo!](#)
- [16 Volverás a ser mía](#)
- [17 La gran idea](#)
- [18 El día antes de la boda](#)
- [19 La boda](#)
- [20 ¿En tu habitación o en la mía?](#)
- [21 La mañana siguiente](#)
- [22 Ese fin de semana largo largo](#)
- [23 ¿Qué sucedió en la boda?](#)
- [24 Oliver y yo](#)
- [25 El amor está en el aire](#)
- [26 El partido](#)
- [27 Patinar de nuevo](#)

[28 Demasiado entrenamiento](#)

[29 Lo que pudo ser... y no fue](#)

[30 Te quiero para toda la vida](#)

[31 La boda más bonita del mundo](#)

[Epílogo](#)

[Y el 7 de noviembre...](#)

[1 Put a gun against his head. Pulled my trigger, now he's dead](#)

[2 Mama, life had just begun](#)

[Agradecimientos](#)

Para Alberto, Daniel y Ariane.

Nota de la autora

Recuerdo que cuando tenía catorce o quince años, lo único que quería era crecer, cumplir los dieciocho y sacarme el carné de conducir, ir a la universidad, poder entrar a todas las discotecas que quisiera... y parecía que no corría el tiempo. Pero ahora, un par de décadas después, el tiempo vuela, y recuerdo la adolescencia, o incluso toda esa época que va desde los catorce hasta los veinticuatro, como una de las etapas más bonitas de la vida.

Y de eso trata la historia de Sara Summers, de esa época en la que las personas comenzamos a tener las primeras experiencias, las que nos van a marcar para el resto de nuestra existencia y las que nos convierten en las personas adultas que somos. Sara, durante esos años, tendrá que enfrentarse a la incertidumbre de conocer gente nueva, al compromiso que implica querer a sus amigos más que a ella misma, a la emoción de los primeros besos, a la competitividad en el deporte, a los celos, al primer amor, que puede que sea el definitivo, o quizá no. A que los sueños se cumplan o a que te destrocen. Junto a Oliver y Adam, Sara se equivocará, se caerá, se levantará y volverá a caerse y levantarse. Una historia de amor, pero sobre todo, una oda a la amistad.

Este libro que tienes en tus manos es la historia completa de Sara Summers. Se publicó originalmente en cuatro volúmenes en Amazon entre marzo y agosto de 2017. Aún se pueden encontrar así, en *ebook* y papel, con sus títulos originales, los que corresponden a cada una de las cuatro partes de esta recopilación. Al final de las cuatro historias de Sara (y de Oliver, Adam y toda la familia del Crowden School), encontraréis los dos primeros capítulos de *No es amor, es diciembre*, la historia propia que Adam siempre mereció, que saldrá a la venta el 7 de noviembre de 2018.

Los saltos de Sara

Los saltos

de Sara

Prólogo

Cántame, me dijiste cántame...

Creo que suena el despertador, pero no me importa porque hoy no me puedo levantar, como dice la canción de aquel famoso grupo pop español. Y mañana ya veré, así que puede seguir sonando todo lo que quiera.

...cántame por el camino, y agarrado a tu cintura te canté...

Joder, y sigue. «Ignórala».

...a la sombra de los pinos...

Y encima es la cancioncita de las narices que me ha puesto mi mejor amiga, Pear, como despertador del móvil. Resulta que ahora le ha dado por el folclore español, influencia de su madre. ¡Qué manía tiene de tocar mis cosas!

Sin pensarlo ni un segundo más, doy un manotazo al móvil para silenciarlo.

Cántame, me dijiste cántame...

¿¡No se va a callar nunca!?! Estiro la mano para alcanzar el maldito aparato, que se encuentra encima de la mesita al lado de mi cama, pero no lo alcanzo. Me estiro más hasta que... «Vale, ya lo tengo». A continuación, lo lanzo con toda la fuerza que mi brazo derecho me permite, teniendo en cuenta mi posición boca abajo en la cama. Me trae sin cuidado donde aterrice, solo quiero que se calle. Solo quiero dormir.

...cántame por el camino, y agarrado a tu cintura te canté...

«¡Imposible!». Definitivamente, el mundo está en mi contra. Siempre cuidando del puñetero móvil como si fuera una joya preciada, porque al mínimo golpe se rompe, y ahora que quiero que se muera, ¡ni tirándolo al vacío!

Me levanto de la cama y lo busco. «¿Dónde habrá caído?». No distingo nada entre tanta oscuridad, por lo que decido guiarme por el sonido. Me agacho y palpo la superficie del suelo hasta que por fin doy con él, lo agarro con una mano y apago la alarma. «Ya está». Me vuelvo a la cama y, entonces, sí que sí, no pienso levantarme jamás.

Friends will be friends...

«Y, ahora, ¡¿qué pasa?!». Tardo medio segundo en darme cuenta de que

alguien me está llamando por teléfono. Es Adam, mi mejor amigo. Esa es su canción, la suya y la de... la de mi otro mejor amigo. No pienso responder, hoy no estoy para nadie. No quiero hablar, no quiero pensar, no quiero recordar, no quiero que duela tanto. Tan solo quiero intentar dormir y olvidarme del mundo.

... *when you're in need of love they give you care and attention...*

«Suficiente». Me levanto de la cama (por segunda vez) y apago el teléfono, aunque sé que no queda demasiado tiempo para que Adam cruce el escaso espacio que nos separa y aparezca en mi dormitorio para nuestra sesión matutina de *footing*. Lo llevamos haciendo desde que teníamos trece años, todas las mañanas sin excepción. Bueno, alguna excepción sí hay, como, por ejemplo, cuando llegamos a casa a horas intempestivas porque hemos salido de fiesta, o como toda esta semana pasada en la que yo no he querido salir de casa por estar atrapada en una profunda depresión emocional... Pero, si hablamos en días ordinarios, esa es nuestra manera de comenzar la mañana, los tres juntos, siempre los tres juntos: Adam, Oliver y yo. Y que me acabe de llamar por teléfono solo puede significar una cosa: que se me acabó la tregua.

Aunque es posible que todas nuestras cómodas y arraigadas rutinas vayan a cambiar en un futuro (demasiado) próximo, o quizá ya hayan cambiado. Hoy no es un día ordinario, hoy se cumple una semana desde que comenzó mi nueva vida, mi nueva vida sin él. Jamás vamos a poder recuperarnos de lo que ha pasado. Y jamás volveremos a ser las mismas personas. Me estremezco solo de pensarlo.

«No. No puedo pensar en eso». Y no quiero llorar más, aún tengo los ojos hinchados después de toda una semana (con sus noches y sus días) de llorar sin descanso, y no quiero empezar otra vez. Hoy no me permito pensar en él ni un segundo. Solo quiero que me dejen en paz, todo el mundo, que me dejen hundirme en mi miseria. Y Adam lo sabe. Aun así, estoy segura de que vendrá a levantarme de la cama, porque no soporta verme así. Su llamada de teléfono solo ha sido un aviso, para que me vaya haciendo a la idea. Vivimos en la misma casa y tan solo nos separan un par de dormitorios. Tiene gracia, casi todas las mañanas lo tenemos que arrastrar Olly y yo fuera de la cama, porque siempre se le pegan las sábanas. Si por él fuera, se perdería todas las sesiones de *footing*, pero sé que esta mañana se ha despertado temprano con una clara intención. Solo tengo que esperar.

Minutos después, alguien toca a la puerta de mi habitación: toc, toc, toc.

«Qué considerado». Teniendo en cuenta que jamás llama a mi puerta... No contesto. Va a entrar de todas maneras. Mi amigo del alma abre la puerta y aprecio cómo se filtra la impertinente luz matinal en mi dormitorio. Me molesta en los ojos y me cubro la cabeza con la almohada.

—*Totó* —me llama.

Totó es mi apodo, solo unas pocas personas me llaman así: mis amigos más cercanos. Ellos saben que me irrita, pero les da lo mismo. El apodo me lo puso mi hermano mellizo Daniel cuando apenas teníamos cinco años. Era su manera de llamarme tonta sin que nuestro padre le echara la bronca. No sé qué relación puede tener *Totó* con tonta. Para saberlo, debería adentrarme en el eterno misterio que era la cabeza de mi hermano a los cinco años. El caso es que a Adam le pareció que me pegaba ese apodo y empezó a llamarme *Totó* de forma cariñosa.

—Déjame en paz, Adam.

—Ni en tus mejores sueños. Llevas así una semana y no pienso consentirte ni un día más.

No le contesto. Y no solo eso, sino que, para dar más énfasis a mi respuesta negativa a su sugerencia, me doy la vuelta (con almohada incluida) dándole la espalda a mi amigo.

—Muy bien, *Totó*, tienes dos opciones. Por las buenas o por las malas. Y por las malas significa que voy a descorrer las cortinas del todo y a meterte en la ducha con el pijama aún puesto. Tú decides. No sería tu primer remojón con ropa. Y creo recordar que el primero no te entusiasmó.

Lo miro amenazante y entrecerrando los ojos, aunque sé que no me va a servir de nada. Adam tiene esa expresión en la cara de «no pienso ceder y vas a hacer lo que yo diga».

No tengo fuerzas ni para darle pena ni para camelármelo y que me deje hacer lo que yo quiera, por lo tanto, no me queda más remedio que decirle lo que siento.

—Adam, por favor, no tengo fuerzas para levantarme, no quiero hacer nada. Solo quiero que el mundo deje de girar porque mi vida es un auténtico asco y ya no puedo más. —Percibo cómo se me escapan dos lágrimas por el rostro, demasiado tiempo llevaban acumuladas en mis ojos.

—Sara, escúchame. —Adam se sienta en mi cama y me sujeta la cara con las manos, rozando mis mejillas con sus pulgares—. Ya sé cómo te sientes, y tienes razones para estar así, pero dentro de cinco días empiezan los exámenes finales y terminar dos carreras a la vez, incluso para una cerebrita

como tú, requiere un mínimo de esfuerzo. Levántate, dúchate y nos vamos a la biblioteca a estudiar. Cuando acaben los exámenes, te prometo que voy a dejar que te derrumbes, llores y chilles todo lo que quieras. Yo estaré ahí contigo cada segundo, pero vas a tener que darle una orden específica a ese cerebro privilegiado que tienes para que olvide, de manera temporal, lo sucedido en la última semana.

—No puedo. —Mis lágrimas ya caen libres por mis mejillas, no puedo contenerlas más.

Adam me estrecha entre sus brazos, y joder, qué bien sientan sus achuchones. Hacen que me sienta segura, hacen que piense que aquí cobijada nada malo me puede pasar, pero sé que no puedo vivir así para siempre.

—Sí, podemos. —Me besa la cabeza—. Entre los tres vamos a salir de esta como siempre hemos hecho. Olly está esperando en la biblioteca, hoy nos libramos del *footing*. —Arqueo una ceja por el pesar de su comentario. Seguro que se siente terrible por saltarse el ejercicio matutino—. Y, respecto a Olly —«no, eso no, por favor»—, tienes que hablar con él, ya arreglaréis vuestros problemas cuando finalicen los exámenes.

«Está bien. Tengo que intentarlo». Voy a esconder los recuerdos de la última semana en un lugar remoto dentro de mi cabeza, durante un mes. No es la primera vez que tengo que hacerlo, ya debería ser toda una experta.

Es increíble cómo funciona el cerebro humano, tropezamos una y otra vez con la misma piedra, pero no aprendemos, o eso al menos es lo que me sucede a mí. En ocasiones, reflexiono sobre qué hubiera pasado si no lo hubiera conocido nunca. ¿Sería mi vida la misma? ¿Estaría igual de vacía?

«No, no puedo permitirme pensar más en eso». Necesito, por mi propio bien, dejar de echarle la culpa a Oliver por todo lo que ha pasado (y lo que pasó) porque, en el fondo, sé que no la tiene. No en su totalidad, yo también tengo parte de culpa por no haberme enfrentado a la realidad de mis sentimientos cuando debí haberlo hecho. Hubo muchas cosas que deberíamos habernos dicho antes, y otras que no deberíamos habernos dicho jamás. Pero, cuando estás disgustado, dices lo primero que se te pasa por la cabeza.

Y ya es tarde, demasiado tarde para todo. ¿Cómo he llegado a esta situación? ¿Cuáles han sido las decisiones erróneas que he tomado en la vida? O ¿será acaso que la felicidad no existe? No, no lo creo, puede que la felicidad plena no exista, pero sí existen momentos felices, y yo he tenido muchos.

PRIMERA PARTE

1

Una nueva vida

Agosto de 2001

Me bajé del coche y miré al frente. Ante mí se presentaba una de las instituciones de educación más selectivas y prestigiosas de Europa. Nos encontrábamos ante el edificio principal: una gran estructura de ladrillo rojo y piedra caliza con extraordinarios ventanales de madera blanca, que se erguía orgullosa sobre sus doce plantas. Ese edificio es la sede donde se desarrollan la mayoría de las actividades de la escuela. Mi padre me explicó que en él, además de las diferentes aulas que albergan a estudiantes desde los seis hasta los dieciocho años, la zona de Dirección y del profesorado, también se hallaba el auditorio, una sala de exposiciones musicales, la biblioteca, una pequeña sucursal de la oficina de correos, el comedor y la cafetería. Me pareció inmenso, y me pregunté si mi padre también lo vería tan grandioso o si la percepción de las cosas cambiaría según ibas creciendo.

Era mi nuevo hogar, el internado *Crowden School*. Mi padre ya no pudo más y tuvo que tirar la toalla. Supuse que debía de ser duro para él criar por sí solo a cuatro hijos. Lo intentó, pero la situación lo desbordó. Sin duda, eso es lo que intuía en sus ojos siempre que lo miraba.

Mi madre había muerto hacía cuatro años, cuando yo apenas tenía cinco. Sucedió por una complicación en el parto de mi hermana pequeña, Kate. Desde aquello, mi padre nos había criado junto con una sucesión interminable de niñeras, pero, dado que su trabajo le exigía viajar prácticamente la mitad de los días del año, tomó la decisión de matricularnos en un internado para que otros se ocuparan de la educación que él no podía darnos.

Entonces no lo supe, pero aquel colegio se convertiría en el lugar donde conocería a las personas más importantes de mi vida, y también a mi gran amor.

Mi padre se llama John Summers y es norteamericano, aunque nuestros orígenes son irlandeses. Desde la década de 1820 hasta la década de 1880, se

abrió la primera era de migración en masa, donde alrededor de quince millones de inmigrantes llegaron a Estados Unidos. Nuestro tatarabuelo era uno de esos quince millones, y se asentó en la ciudad de Nueva York a finales de 1850, cuando esta última había sobrepasado a Filadelfia como la ciudad más grande del país.

A lo largo de mi vida siempre he escuchado cómo mi familia se enorgullece de que el tatarabuelo Summers contribuyera al establecimiento de Central Park, el cual se convirtió en el primer parque paisajístico de la ciudad en 1857. Desde luego, es para enorgullecerse, teniendo en cuenta la precaria vida que tuvieron los irlandeses en Estados Unidos en aquella época.

Los hijos de mi tatarabuelo siguieron el legado de su padre, contribuyendo de igual manera a la creación de la ciudad, y también los hijos de sus hijos, y así fue durante el siguiente siglo hasta el día de hoy, en que mi abuelo posee una de las más importantes oficinas de arquitectura del país.

Mi padre siguió con la tradición familiar y estudió arquitectura en la Universidad de Cornell, considerada la mejor del ramo en el país. Al terminar, estudió un postgrado en la Escuela de Diseño de la Universidad de Harvard y después se tomó un año sabático para viajar por Europa y conocer sus orígenes.

Al pasar por Escocia conoció a mi madre, se enamoraron, y mi padre ya no regresó a su país natal, para gran consternación de mi abuelo. Decidió abrir una filial de la empresa en Europa y, a pesar de tener que viajar día sí y día también, fijó su residencia habitual en Edimburgo.

Mi padre se bajó del coche y nos hizo una señal para que nos adentráramos en el edificio. Respiré hondo y cogí fuerzas. Mi hermano Daniel y yo nos miramos. Me exigió, a través de sus ojos increíblemente azules, que obedeciera y no diera problemas. No era ningún secreto para mi familia que yo no quería estar allí.

Los cuatro hermanos tenemos los mismos ojos, de un azul turquesa tan intenso y cristalino como el mar Caribe, herencia de mi padre, y a su vez de mi abuelo. Es el «sello Summers». El resto de mis características físicas no resultaban tan llamativas: cabello castaño y rizado como el de mi padre; bajita, delgada, y poca cosa, como solía decirme Daniel. Mis hermanos también tienen el cabello castaño, más oscuro que el mío, y son más altos que yo. Kate es la única rubia de la familia Summers.

Aquel año comenzábamos nuestra nueva vida mi hermano mayor, Alex, Daniel y yo; Kate aún era muy pequeña, por lo que demoraría algo más en

trasladarse a nuestro nuevo hogar.

Daniel y yo somos mellizos, aunque él siempre dice que es mayor que yo porque nació antes. Yo le he intentado explicar, durante media vida, que no tiene por qué ser así. Hay diversas teorías sobre quién de los mellizos es el mayor, y no siempre lo es el primero en nacer. En pura teoría, el mayor sería el primero en formarse, algo imposible de saber, pero ni caso, es como hablar con una pared. Ya no me molesto más, sobre todo teniendo en cuenta que legalmente es el mayor. Alex nos lleva dos años.

Ascendimos por una escalinata que daba acceso al edificio principal. Al final de la misma, un hombre próximo a los sesenta años, con el cabello cano, pose orgullosa, y ataviado con un traje de chaqueta negro, nos abrió la puerta y nos dio acceso al interior. Una vez dentro, nos dirigimos al despacho de la directora del *Crowden*: Amanda Peters.

El edificio, por dentro, me pareció impresionante: los suelos de mármol negro y blanco imitando un tablero de ajedrez, las blancas y brillantes escaleras de caracol, los elevados techos, las robustas columnas dóricas. Fue abrumador. Intimidante.

Mi padre conocía bien el recorrido, no era la primera vez que lo visitaba. La directora es una antigua amiga suya, estudiaron juntos en el *Crowden School* de California. Se trata de un colegio para millonarios elitistas que en aquella época se encontraba localizado en varios estados del nuevo continente. Amanda Peters, al advertir que cada vez más compatriotas se trasladaban a Europa por temas laborales, estableció un nuevo *Crowden School*, aquí, en Escocia, para que sus futuros hijos tuvieran acceso a una educación como la que ellos habían recibido: rigurosa y de una rectitud modélica. Sin duda, también alberga a los hijos de pudientes familias europeas, sobre todo, escoceses. Y allí estábamos.

Avanzamos a la segunda planta y caminamos por un amplio corredor adornado con retratos de lo que parecían ser exalumnos ilustres del centro. Al final del pasillo, nos dimos de bruces con una puerta colosal de madera maciza, y al abrirla, encontramos una antesala custodiada por una joven secretaria, con cara de pocos amigos, que al instante llamó a la directora. Segundos después, la susodicha salió a recibirnos.

Amanda Peters era una mujer de gran estatura y constitución delgada, aunque, si le quitáramos los tacones que llevaba en los pies a diario, es probable que disminuyera unos quince centímetros. No entendí cómo era capaz de andar en semejantes zancos. Llevaba el cabello negro, corto y liso,

muy al estilo de Liza Minelli. Los ojos del color de la miel hacían que su rostro fuera agradable, pero severo a la vez.

—¡John! ¡Ya estáis aquí! —Saludó a mi padre con un fuerte abrazo y después se dirigió a nosotros—. Bienvenidos al *Crowden School*, yo soy Amanda. Como ya sabéis, soy la directora de esta institución, y estoy aquí para cualquier cosa que necesitéis. —Terminó de darnos la bienvenida con una sonrisa estudiada en la cara.

—Hola, yo soy Alex —contestó mi hermano mayor, tan educado como siempre.

Mi hermano Alex siempre ha sido un buen hijo, con buenos modales, estudioso y tranquilo. Y me figuro que el hecho de que Daniel y yo fuéramos tan problemáticos, le hacía, si cabe, más bueno. Yo lo adoro, y él a mí. En la época escolar, él era con quien mejor me llevaba de mis tres hermanos.

Mi padre y la directora empezaron a hablar sobre las clases, los horarios, las actividades deportivas y los dormitorios. Yo deserté al instante. Siempre he sido una chica muy observadora y suelo dar una gran consideración a los pequeños detalles que, para algunas personas, pasan desapercibidos.

Paseé una mirada escrutadora por toda la estancia. Me fijé en sus robustas estanterías repletas de libros. Me encanta leer, es una de mis pasiones. Soy capaz de permanecer horas y horas leyendo sin cansarme.

Me pregunté cómo los tendría ordenados, no parecía que fuera al azar. Mi primera impresión de la directora fue que era una persona metódica y ordenada. La observé y la analicé una vez más. Definitivamente, descarté el azar. Eché un vistazo rápido a los títulos. Eran, en su gran mayoría, grandes clásicos, y observé que no se ordenaban alfabéticamente sino cronológicamente, pero no atendiendo a la fecha de edición del libro sino a la fecha en la que se desarrollaba la historia del libro. Pero había un error.

—Esos dos libros de la izquierda no están bien colocados.

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas. «¡No!», me recliné. Tenía que dejar de hacer ese tipo de cosas si quería que todos me consideraran una persona corriente. Debía trabajar más en el filtro entre mi mente y mi boca, pero ya era tarde, así que tiré para delante.

—¿Perdona? —inquirió Peters molesta. «No le agrada que la interrumpas», pensé.

—Los libros del tercer estante a la izquierda están al revés. Según el orden que ha establecido, primero va *Orgullo y Prejuicio* y después *Mujercitas*. Están invertidos.

Advertí cómo cuatro pares de ojos me observaban fijamente. Los de la mujer, sorprendidos y curiosos. Los de mi padre y Alex me requerían lo mismo: «Ahora no, Sara». Y los de Daniel lucían condenatorios. Mi padre y la directora se contemplaban entre ellos. Ella me hizo un asentimiento con la cabeza y continuaron con su conversación. Me quedó claro que la directora Peters ya conocía mis particularidades, pero, aun así, creo que la sorprendí.

Salimos del despacho y nos dirigimos a nuestros correspondientes dormitorios. La directora encabezaba la marcha y conversaba en susurros con mi padre:

—*Tranquilo, John, van a estar bien. Yo me ocuparé de ello, te lo prometo. Haces lo correcto.*

—*Tengo mis dudas, Amanda. Alex se adapta bien a los cambios y es un chico manejable, pero Daniel y Sara, no. Y no se llevan bien.*

Según se alejaban por el amplio corredor, el murmullo se hacía más lejano, hasta que no alcancé a entender nada. Solo escuchaba el repiqueteo de los tacones de la directora. Retumbaban con tanta fuerza en el brillante suelo de mármol que pensé que podría empezar a resquebrajarse en cualquier momento.

Los dormitorios se encontraban en otro edificio, perpendicular al edificio principal, conocido como «la residencia». Eran construcciones similares. Ambas tenían la misma altura, aunque esta última era más extensa, mucho más extensa.

Realicé un cálculo mental rápido: teniendo en cuenta que había veinte alumnos por clase y dos clases por curso, seríamos en total unos cuatrocientos ochenta alumnos, y, si la residencia constaba de doce plantas, significaba que había cuarenta habitaciones por planta. No estaba nada mal.

Según nos acercábamos, la directora Peters nos explicaba que los pisos inferiores eran para las muchachas y los superiores para los muchachos (palabras textuales). Nos dirigimos, en primer lugar, a mi dormitorio. Abrimos la puerta, y lo primero que detecté fue que ya estaban allí mis maletas. Después, curioseé el que sería mi hogar durante los siguientes nueve años.

La habitación era cuadrada y los suelos, de madera color chocolate. A mi derecha descansaba una cama vestida de color azul y blanco. A su lado había un armario de madera blanca que no era ni grande ni pequeño. De frente, un amplio ventanal permitía ver un frondoso bosque y una fracción de un río. A la izquierda, al lado de la ventana, se situaba un escritorio con estanterías en

la parte superior; y, un poco más hacia la puerta de entrada, otra puerta. Me acerqué y la abrí. Era el baño. Era pequeño, pero albergaba lo suficiente: un tocador con un lavabo, un inodoro y una ducha. Todas las toallas eran blancas y mullidas, como en un hotel.

 Mi padre me ayudó a instalarme, se despidió de mí y prometió llamarme todos los días. No dudé que lo haría. Era un buen padre, solo se había visto superado por las circunstancias.

2

El primer día de clase

Sonó el despertador a las siete de la mañana, pero yo ya estaba despierta. Había pasado una noche más en la que no pude conciliar el sueño más de cinco horas. Tenía problemas severos de sueño. Según decían, efecto colateral de mi gran cociente intelectual y de mi memoria eidética.

Desayuné algo rápido con mis hermanos en una mesa vacía del comedor. Era bastante pronto, por lo que no había demasiados alumnos. Mejor. No me apetecía ser la chica nueva a la que contempla todo el mundo.

Mi padre me había explicado que el colegio contaba con un gran programa musical. Como aún era temprano para ir a clase, me encarrilé a buscar la clase de música: tenía que haber una sala llena de instrumentos.

Próximo a la recepción del colegio, localicé un mapa con todas las instalaciones. Se asemejaba al típico plano que se puede encontrar en cualquier gran almacén. Lo observé y localicé la «Sala de exposiciones musicales», pero no era lo que yo buscaba. Lo más probable era que esa sala se utilizara solo para conciertos, por lo que permanecería cerrada. Lo que yo buscaba era el aula donde se ensayara a diario y se impartieran las clases extraescolares de música.

Seguí buscando hasta que la encontré: «Sala de música». Tenía que ser esa. Con el resto de información a mi alcance, aproveché y busqué también la clase a la que debía dirigirme a primera hora.

Caminé hacia las escaleras y subí hasta la quinta planta. Una vez allí, no me demoré mucho en localizar mi objetivo. Descubrí que el centro disponía de un ascensor, pero de acceso limitado al profesorado. Los alumnos teníamos que subir y bajar por las interminables y extensas escaleras de caracol. Para mí no suponía problema alguno, estaba acostumbrada a hacer ejercicio.

Por lo que pude atisbar en el plano, todas mis clases se impartían en la segunda y tercera plantas, por lo que no tendría que moverme mucho.

Me acerqué a mi destino, abrí la puerta y oteé una sala enorme, espaciosa y luminosa. Desde allí se podía ver toda la parte trasera de los jardines del

colegio. Tras un enorme claustro, había unas escaleras que llevaban a una cancha de baloncesto y, después, más escaleras, que conducían a un campo de fútbol con gradas a ambos lados. Un poco más lejos, se distinguía un camino de madera que terminaba en un pequeño embarcadero. Todo ello, rodeado por multitud de árboles.

Dado que el colegio se ubica en el norte de Escocia y cerca del fiordo de Tay, supuse que el vasto río al que se accedía por el embarcadero debía de ser el propio río Tay, que pasa por allí.

Me giré hacia los instrumentos y al instante localicé el que me interesaba: el piano. Toco el piano desde los cuatro años y me apasiona. Cuando interpreto una pieza, me pierdo en mi mundo particular y se me pasan las horas. Comencé con un preludio de J. S. Bach, y me perdí tanto que, cuando me quise dar cuenta, ya era la hora de mi primera clase. ¡Llegaba tarde!

Volé por el corredor y bajé a la segunda planta. Recordé que debía girar a la izquierda cuando percibí por el rabillo del ojo que alguien venía corriendo por la derecha directo hacia mí. Demasiado tarde. Chocamos tan fuerte que incluso se me cayó al suelo la mochila que llevaba en la mano y todo lo que había dentro de ella. Me agaché a recoger todas mis pertenencias, y unas manos que no eran las mías también lo hicieron. Levanté la vista y me encontré con un niño que debía de tener mi edad, más o menos, con expresivos ojos marrones y el cabello negro ondulado y alborotado. Nos quedamos mirándonos el uno al otro sin hablar, hasta que él tomó la iniciativa.

—¿Eres nueva? —me preguntó.

—¿Tú eres nuevo?

—No, yo no. —Me sonrió. Tenía una gran sonrisa. Sincera y de las que llegan hasta los ojos.

—Entonces, supongo que se trata de una pregunta retórica, dado que si tú no eres nuevo y no me habías visto antes, será porque yo soy nueva. —Lo reconozco. Entré a ese colegio muy cerrada y, en ocasiones, me costaba ocultar mi naturaleza irónica y sarcástica.

—No sé lo que significa pregunta retórica, pero tú tienes los ojos más azules que he visto en mi vida. Me gustan.

—Gracias, me lo dicen a menudo.

Seguía sonriendo de oreja a oreja. Le devolví la sonrisa. Aquel chico me cayó bien desde el principio. Me transmitía... algo. Algo que nunca antes había sentido. No supe darle nombre. Tuve la sensación de que nos

conociéramos de toda la vida, aunque sabía que solo habían pasado unos segundos desde nuestro recién accidentado encuentro.

Me despedí y me dirigí a mi clase. Segundos después, reparé en que «Chico Sonriente» venía detrás de mí. Resultó que estábamos en la misma clase y los dos llegábamos tarde. Después de llamar a la puerta con decisión, entramos, y lo primero que distinguí fue a una profesora bajita, pelirroja, regordeta y sin expresión alguna en la cara.

—Señor Wallace —se dirigió, perceptiblemente molesta, a mi compañero —, va a batir su propio récord, llegando tarde desde el primer día. Siéntese, Adam.

Después me miró a mí, escrutándome.

—Y sospecho que usted es Sara Summers, la alumna nueva de este año. —Se dio la vuelta y caminó hacia su mesa—. Las clases comienzan a las nueve en punto, no lo olvide, señorita Summers.

Adam, así se llamaba «Chico Sonriente», me miró socarrón y me dijo moviendo los labios «¿ves cómo eres la nueva?». Sonreí, otra vez. Aquel chico había conseguido en escasos minutos lo que mi familia no fue capaz de hacer en semanas: que sonriera una y otra vez.

—Summers, siéntese donde vea un sitio libre, por favor —me ordenó la simpática profesora a continuación. Eso sí, con mucha educación.

Encontré una silla libre al final de la clase, próxima a una de las cristaleras, y me senté. Adam se acomodó en el extremo opuesto. La sala era rectangular. Al fondo, había un atrio donde se asentaban la pizarra y la mesa de la profesora. La pared de la izquierda, donde yo me sentaba, era la parte que daba al exterior. Los pupitres se distribuían en dos bloques, cuatro filas de tres en cada bloque.

Observé a mis nuevos compañeros, pero nadie me llamó en especial la atención. Mi hermano Daniel no se encontraba en esa aula, desde Dirección decidieron que cada mellizo estuviera en una clase diferente. De modo que él estaba en A y yo en B. Cuando menos, algo positivo de aquel lugar.

Después de comer, por segunda vez, en una mesa solitaria con mi hermano Alex, (Daniel ya había reunido su propia pandilla) salí al patio del colegio a echar un vistazo. Aquel primer día de clase teníamos toda la tarde libre, dado que las clases de natación aún no habían comenzado.

Me deshice del uniforme del colegio, que consistía en una falda escocesa de cuadros verdes y granates, un polo amarillo y un jersey granate con cuello de pico, y me puse unos pantalones cortos vaqueros, aprovechando que

todavía teníamos buenas temperaturas. No es que el tiempo en este país sea muy cálido, pero, si no me ponía pantalones cortos en agosto, no me los pondría nunca. Completé mi atuendo con una sudadera azul marina y unas playeras Nike blancas.

Nada más salir al exterior me tropecé con Adam y tres chicos más, que retiraban los candados a unas bicicletas. Descubrí una pila de bicicletas apoyadas en una barra metálica. Eran muy diversas entre sí, por lo que deduje que no pertenecían al colegio. Tendría que pedirle a mi padre, esa noche por teléfono, que me acercara mi bici el próximo viernes cuando viniera a recogernos. Al residir en Edimburgo, teníamos la gran ventaja de poder pasar un fin de semana al mes en casa. Los estudiantes que no gozaban de tal proximidad con sus respectivos hogares solo abandonaban el colegio en vacaciones.

Intenté pasar desapercibida, pero Adam enseguida me vio.

—¡Hola, Ojos Azules! —me saludó con una sonrisa de oreja a oreja. Mi cabeza pugnaba por seguir llamándolo «Chico Sonriente». Le hice caso.

—Hola, Chico Sonriente.

—Mis amigos y yo hemos descubierto un lugar secreto a varios kilómetros de aquí. Vamos a ir en las bicis, ¿quieres acompañarnos?

No me dio tiempo a declinar su invitación. Uno de sus amigos se adelantó a mis intenciones. Era un chico rubio y demasiado alto para nuestra edad.

—Adam, no queremos a chicas en nuestro grupo; de hecho, no queremos a nadie más en nuestro grupo. No invites a desconocidos a nuestras actividades secretas.

«¿Nuestras actividades secretas? ¿Nuestro grupo? ¿Pero este qué se cree?», pensé. «¿Quieres pelea, rubito? Perfecto». No pensaba unirme a sus *actividades secretas*, pero me apeteció fastidiarlo. Por impertinente.

—Oliver —lo reprendió Adam.

«Así que se llama Oliver. Interesante». Me lo puso bastante fácil.

—¿Atom? —le pregunté, bromista, al rubio. Así era como se apellidaba el protagonista de los dibujos animados de fútbol que veía Daniel en casa.

—¡Aston! —me replicó, irritado.

—Vale, voy con vosotros —contesté, antes de que alguien pudiera añadir algo más. Y, mientras lo decía, obsequié al rubito con mi mirada más retadora: «Que sepas que lo hago solo para fastidiarte». Me devolvió la expresión, y creo que me entendió, porque le salían chispas por los ojos.

—¡Bien! —Adam me asió de la mano—. Vamos, Ojos Azules, te llevo yo

en mi bici de paquete. Por cierto, a Oliver ya lo conoces —dirigió la cabeza al rubio—, y ellos son Brian Mac Gregor y Marco Verti. A Oliver no le gustan las personas, ya lo irás descubriendo poco a poco.

Yo no diría que «poco a poco», me hubiera gustado replicarle, pero me contuve. ¡Bien por mi filtro, que en esa ocasión decidió hacer acto de presencia!

Entonces se trataba de eso. Al rubio no le agradaban las personas. No le di mayor trascendencia, desde luego no sería yo quien criticara las rarezas de los demás. Bastante tenía con las mías.

Al lado de las bicicletas, advertí dos cabezas que me saludaban. Eran los otros dos amigos de Adam. Uno de ellos era de aspecto desgarbado, aunque de mirada penetrante. Llevaba el cabello largo y liso casi a la altura de los hombros y no apartaba la vista de mí. El otro chico, alto y con unos ojos negros intensos, no me prestó demasiada atención una vez me hubo saludado con un leve movimiento de cabeza. Parecía estar más centrado en comprobar el estado de las ruedas de su bicicleta. No supe quién era Brian y quién Marco. Ya lo averiguaría más adelante.

Nos montamos todos en las bicis, y comprobé (una vez más) que el rubio me observaba con clara antipatía. Salimos de los alrededores del colegio a través de un sinuoso camino escondido tras unos árboles. Al momento me di cuenta de qué significaba aquello: no habíamos pasado por las verjas de entrada que daban acceso al colegio. Ignoraba si nos permitían salir por allí, pero no dije nada. No iba a poner resistencia a transgredir las normas del colegio. Considero que vivimos en un mundo donde todo son normas y nunca he sido muy amiga de ellas. Además, las normas están para romperlas, ¿no?

Descendimos por una carretera. Era la misma carretera por la que habíamos venido en el coche con mi padre. Llegó un punto en el que nos adentramos en el bosque por un camino embarrado. Anduvimos por el camino durante bastante tiempo, penetrando cada vez más en el frondoso bosque, hasta que, de repente, nos detuvimos.

Miré hacia ambos lados. Era un bosque tranquilo y solitario, sin nada especial.

—Ojos Azules, acércate. —Adam me cogió de la mano. Sus manos eran suaves, y su tacto provocó que me subiera una sensación cálida y agradable por todo el cuerpo.

Dimos unos pasos siguiendo un arroyo, y lo que divisé a continuación me dejó sin palabras.

En medio del bosque había un agujero enorme donde desembocaba el arroyo. Era increíble. Jamás había visto algo tan extraordinario, ¿cómo podía existir semejante maravilla en medio de la nada? Me recordó a los cenotes que había visitado el año anterior con mi familia en la Riviera Maya. Tenía su característica forma cilíndrica y era totalmente abierto.

Me asomé al precipicio y observé cómo moría el arroyo. Al fondo, había una poza gigante de agua cristalina y las altas paredes tenían una flora espectacular. En medio, una roca sobresalía del agua, y hierba fina rodeaba toda la poza.

—¿Habéis saltado desde aquí? —pregunté emocionada a Adam.

—Sí, claro. Todos los días —me contestó Oliver sarcástico.

El rubito impertinente también era un listillo y dominaba las técnicas de la ironía igual que yo. Empezó a asustarme lo parecidos que éramos.

—Por si no te has dado cuenta —continuó explicándome *el listillo*—, es una caída de once metros, y no sabemos si la poza que está situada debajo cubre lo suficiente como para soportar el salto.

—¿Cómo sabes que son once metros de altura? A mí no me parece que haya tanto. —Sí que los había, once metros, centímetro arriba centímetro abajo, pero mi cerebro es peculiar. ¿Cómo lo sabía él? Necesitaba indagar más en aquel joven.

—Son once metros de altura —me manifestó de manera tajante.

No creí que muchos chiquillos de nueve años calcularan una cosa así *a ojo*. Oliver tenía algo inusual. Además de un don especial para tocarme las narices.

—Yo creo que cubre lo suficiente como para que saltemos —informé a todos en general.

Recordé un documental que había visto hacía unas semanas con mi padre sobre saltos de altura. Un famoso saltador explicaba los riesgos que existían en ese tipo de actividades y las circunstancias que debían darse para que el salto fuera un éxito y no una catástrofe. Me acordé de los saltos que mostró y de las alturas desde las que saltó. Teniendo en cuenta esa información, consideré que necesitábamos como mínimo cinco metros de profundidad para poder saltar desde allí sin matarnos.

Reparé en que no se vislumbraban marcas en las rocas de las subidas y bajadas de la marea, lo que significaba que se hallaba en su momento más álgido y, dado que el color del agua era de un azul muy oscuro, lo que indicaba profundidad, resolví que podíamos saltar sin peligro alguno.

—En el hipotético caso de que tuvieras razón y saltáramos, ¿cómo subimos después? —cuestionó Oliver.

Me encogí de hombros. Ya lo había pensado. Ellos no lo habían visto, pero en una de las paredes sobresalían unos salientes por los que podríamos escalar sin ningún problema.

Adam, Brian y Marco nos contemplaban curiosos. No se atrevían a inmiscuirse en la conversación porque no tenían ni idea de si cubría o no lo suficiente, lo único que querían era que alguno de nosotros dos les asegurara que sí podíamos saltar. Pude apreciarlo en sus expresiones, deseaban saltar. A saber cuánto tiempo llevaban pensándolo, ¿cuándo habrían descubierto aquel paraíso?

Miré detenidamente a Oliver y comprobé que él también quería lanzarse al agua, aunque su cabeza se interpusiera en sus deseos.

En ese momento la decisión ya estaba tomada. Les contesté, a la vez que me despojaba de las playeras y la sudadera.

—Solo hay una manera de averiguarlo. —Me aproximé al precipicio y me lancé al vacío.

Salté. Y es una de las mejores experiencias que recuerdo en toda mi vida.

Me tiré en posición vertical, con los brazos pegados al cuerpo para evitar lesiones. Siempre que rememoro ese momento es como si lo viviera de nuevo: la impresión de estar volando, la emoción de la libertad absoluta. Algunos expertos creen que se pueden alcanzar velocidades de hasta sesenta y cuatro kilómetros por hora desde un trampolín de diez metros.

Pasaron escasos segundos, y enseguida mis pies entraron en contacto con el agua hasta que me sumergí por completo. Sentí frío. Fue como si miles de cuchillos afilados me atravesaran por todo el cuerpo, y se me cortó la respiración. Me entró agua por la nariz y me desorienté por unos segundos, pero nadé a braza hacia arriba y salí a la superficie.

Capté cuatro golpes en el agua próximos a mí.

¡Plof! ¡Plof! ¡Plof! ¡Plof!

Habían saltado los chicos. Los cuatro.

¿Qué es lo que les llevó a ellos a seguir a una chica que no conocían de nada en un disparate como ese? Lo hemos discutido en muchas ocasiones y no lo sabemos. En la vida, no siempre todo tiene una explicación. Fue una confianza ciega en que yo tenía razón y se podía saltar.

Y allí, nadando con ellos, no podía imaginarme que esos cuatro chicos se convertirían en cuatro pilares importantes de mi vida. Sobre todo, dos de

ellos.

Un rato después, accedimos al comedor para cenar. Estábamos famélicos. Los demás alumnos nos observaron extrañados.

—¿Por qué estáis mojados? —nos preguntó un niño bajito y delgado con gafas. No conocía su nombre. No era de mi clase.

—No estamos mojados —le respondí con la mayor seguridad del mundo.

El niño me miró extrañado, pero no dijo nada. Mis cuatro compañeros de aventuras tampoco dijeron nada, pero percibí que se reían. Incluso Oliver no pudo evitar que le asomara una sonrisa y me pareció ver que un par de hoyuelos querían hacer acto de presencia. Seguimos nuestro camino. Es una buena manera de evitar que sigan preguntando: la negación segura y absoluta.

—No irás a sentarte con nosotros, ¿no? —La voz venía de detrás de mí, pero no me hizo falta darme la vuelta para saber quién me había hecho esa pregunta.

No me planteé en ningún momento la posibilidad de sentarme con ellos; una cosa era que hubiésemos vivido juntos una experiencia inolvidable, y otra muy diferente que nos hiciéramos amigos íntimos. Pero, después de aquel ataque directo por parte de Oliver, decidí sentarme con ellos. «Solo por esta noche», me dije a mí misma. «Solo para fastidiar al rubio».

—La verdad, sí. Pero, si te sientes incómodo, no te apures; te puedes sentar tú —enfaticé el *tú*— en otro lugar.

—Está bien —claudicó—, pero no empieces a traer a chicas a nuestra mesa. Están prohibidas. Son muy pesadas.

No dijo que *éramos* pesadas, dijo que *eran* pesadas. A mí no me consideró una de ellas.

Lo escuché refunfuñar. Me adelantó y se dirigió a una de las mesas del centro del comedor mientras todos lo seguíamos.

Siendo sincera, la comida de aquel sitio no era mala del todo para tratarse de un colegio interno. El comedor tenía varios turnos. Primero comían los alumnos de los cursos inferiores y, después, comían los mayores.

Cada uno de nosotros alcanzó una bandeja y nos colocamos en la fila donde las cocineras servían los platos principales. En el fondo, a la derecha, se localizaba la cocina, que comunicaba con el comedor a través de una ancha ventana sin cristal. Y por las diferentes esquinas del comedor, contábamos también con una zona de lácteos y fruta, otra zona de galletas y una última zona de bebidas.

Cuando ya nos habíamos servido la cena, mis nuevos *amigos* me hicieron

infinidad de preguntas sobre mi familia y mi procedencia. También me contaron cosas sobre ellos, como que Marco era italiano (me lo imaginaba por su nombre y apellido) y que los otros tres eran edimburgueses como yo.

Cuando acabamos de cenar, Adam me comentó que pretendían formar un grupo de música. Llevaban todos estudiando música desde los seis años y quería que los acompañara a su primer ensayo.

—¡Adam, deja de invitarla a todas partes! —Oliver rozaba ya su límite de sociabilidad.

—Tranquilo, no me apetece nada ver cómo tocas la *guitarrita*. —Le lancé mi mirada más burlona.

—¿Y por qué tengo que tocar la *guitarrita* y no otro instrumento?

—Porque llevas una púa de guitarra eléctrica colgada del cuello —lo informé muy segura. Lo había notado cuando nos bañamos en la poza.

—¿Me estás diciendo que diferencias una púa de guitarra de una púa de bajo?

—¿Me estás diciendo que tú no lo haces?

—¡Por supuesto que sí, pero yo toco la guitarra!

—¿En serio? Qué sorpresa...

Sara 1 – Rubito antipático 0.

3

Conociendo a Pear

Tras la intensa experiencia vital del día anterior que me llevó a conocer a los chicos, me levanté y me preparé para el segundo día en el *Crowden School*.

Lo primero que hice fue embutirme en la minúscula ducha. Siempre me ducho por las mañanas, me ayuda a despejarme y aclarar mi mente. Una vez lista, abandoné mi dormitorio en dirección al aula. Al entrar, se me acercó una niña de mi misma estatura, es decir, bajita, con el cabello corto castaño oscuro y flequillo hasta los ojos.

—Hola.

—Hola.

No me dijo nada más. Solo me observaba. Me puse nerviosa. ¿Qué le sucedía a esa niña? No pude evitar romper yo el silencio incómodo que ella no parecía notar.

—¿Necesitas algo? ¿Un bolígrafo, lapicero, sacapuntas...? ¿O solo mirarme fijamente?

—No, solo quería acercarme a ti para verte los ojos. Hasta ahora no había visto un azul tan bonito. Me llamo Pear.

—Sara.

—¿Como Sarah Jessica Parker, la actriz?

—No, como Sara Summers.

—Ah, qué pena. Serías mucho más interesante con nombre de famosa. Pero aun así me gustas. ¿Quieres ser mi amiga?

«Qué chica más directa». Continuaba mirándome, pero a la vez me sonreía. Decidí observarla yo también a ella. Había algo que me incitaba a seguir hablando con ella. Era como un hilo invisible que nos unía y se negaba a soltarnos. Era una chica extraña y tenía un nombre igual de extraño ¿Pear? Yo también era algo peculiar, por lo que deduje que quizá ese era nuestro hilo invisible. En ocasiones, con un primer encuentro con una persona ya sabes si te da buenas o malas sensaciones. Y Pear me dio muy buenas sensaciones, igual que Adam.

—¿Dónde están tus otras amigas?

—Oh, solo tengo una amiga más, es aquella de allí. —Hizo aspavientos para que se aproximara una chica algo más alta que nosotras—. Se llama Olivia. Nuestras madres son españolas —me informó Pear. El dato de sus madres no lo entendí. Quizás sintió la necesidad de decírmelo. O quizás se hicieron amigas por ese motivo. No sabemos qué es lo que nos lleva a juntarnos con unas personas y no con otras. La susodicha se acercó y me saludó con la mano.

—Siéntate con nosotras, tenemos un espacio libre en la segunda fila. A no ser que te quieras sentar con Adam y su pandilla al final de la clase, ayer te vi cenar con ellos. No entiendo cómo lo has conseguido porque jamás aceptan a nadie nuevo. —Se acercó a mi oído y le hizo una señal a Pear para que acercara su cabeza también. Nos susurró al oído—. Todos creemos que es por Oliver, el rubio guapito. —Me miró a los ojos y le confirmé con un gesto que sabía de quién me hablaba. ¡Como para no saberlo!—. Es muy antipático y no quiere a nadie más en su *grupito*.

—Mejor me siento con vosotras, no quiero que a Oliver le dé un ataque de ansiedad a horas tan tempranas. Lo dejaremos para la comida —les susurré igualmente.

Pear y Olivia soltaron una gran risotada y nos sentamos en *nuestra fila*. Miré hacia el fondo de la clase y distinguí que Adam me dedicaba un mohín de tristeza. Deseaba que me sentara con ellos.

A la hora de la comida, nos aproximamos al comedor y, al entrar, advertí que Adam se levantaba y me hacía gestos con la mano para que nos acercáramos a ellos. Lo miré y no supe qué hacer. Estaba a punto de irme en otra dirección cuando lo oí vociferar a través de todo el comedor:

—¡Siéntate con nosotros, Ojos Azules!

«Fantástico». Como me examinaba todo el comedor, decidí acercarme para no seguir llamando la atención. Cuando llegamos y fuimos a sentarnos, escuché con claridad las quejas de Oliver.

—Perfecto, ya no viene sola, sino que se trae a más como ella. Como se lo permitamos, al final nos van a superar en número.

—A Oliver Atom no le agrada la gente. —Me volví hacia mis dos nuevas amigas—. Os acostumbraréis, solo tenéis que ignorarlo como hago yo.

Nos reímos todos, excepto Oliver, que se reclinó apoyándose en su silla y cruzó los brazos adoptando una postura despreocupada.

—Es Aston, mi dulce y encantadora... ¿*Totó*?

Se me abrieron los ojos como platos ante su descubrimiento. Se lo debió

de escuchar decir a Daniel en algún momento que yo desconocía. Supo que había ganado nuestra batalla personal porque me dirigió una mirada de triunfo y sonrió. «Ojalá sonriera más», me dije a mí misma. Me empezaba a cautivar su sonrisa.

Rubio antipático 1 – Sara 1.

Esa misma tarde me encaminé hacia el polideportivo del colegio. El *Crowden School* ofrecía una gran gama de actividades deportivas. Había para todos los gustos, pero yo ya tenía el mío bien decidido: patinaje sobre hielo. Lo practico desde siempre, aunque en aquellos momentos supongo que *siempre* no era demasiado tiempo, considerando que tenía nueve años.

Una de las primeras cosas que me explicó mi padre cuando pretendía (sin éxito) meterme por los ojos el *Crowden School* era que contaba con una pista de hielo y que podría practicar mi deporte favorito a diario. Aquella tarde quedé con el entrenador para ver si me permitía entrar en el equipo de patinadoras.

Cuando llegué a la pista, había una gran aglomeración de alumnos patinando. Eran las pruebas de acceso tanto para los chicos que querían formar parte del equipo de hockey como para las chicas que queríamos entrar en el equipo de patinadoras. Me puse mis patines y me aproximé a la pista.

Apenas había entrado cuando percibí que alguien se tiraba encima de mí. Casi me hizo perder el equilibrio. Lo había hecho a propósito. No necesité girarme para saber quién había sido: mi hermano Daniel. Ya sabía que se hallaría allí pujando por el equipo de hockey, era una de sus pasiones.

—Muy mal, *Totó*. No creo que te acepten en el equipo de patinadoras si apenas mantienes el equilibrio.

—Cállate, imbécil.

—Cállate, imbécil —se burló imitando mi voz. Sabía que odiaba que hiciese eso.

Escuché unas risas bastante desagradables que provenían de las gradas. Me giré para ver quién era, porque tenía la sospecha de que se reía de mí, pero antes de llegar a una conclusión por mí misma las palabras de mi hermano me lo confirmaron.

—Will, esta es mi hermana pequeña, *Totó*. —Para acabar de incordiarne hizo especial hincapié en el «pequeña».

El susodicho se levantó del asiento y se aproximó a nosotros. Era un chico alto y con cara de pillo. Me miraba con la sonrisilla típica de los chicos malos que se creen los dueños del mundo. Es increíble cómo a la tierna edad de nueve años afloran ya ese tipo de personalidades.

—Así que tú eres la hermana lista... No lo aparentas, eres pequeña, delgaducha y todo ojos. ¿Seguro que te han hecho bien los tests de inteligencia?

Era increíble que Daniel le hubiera contado mi secreto al tipejo ese. «¿Qué tendrá que ver ser bajita y delgada con ser inteligente?», pensé. Lo obsequié con todo el odio que una niña de mi edad era capaz de transmitir.

—Eso yo no lo sé. A mí es lo que me han dicho, pero ¿sabes lo que sí sé? Que no hace falta que a ti nadie te haga ninguna prueba, porque eres gilipollas y salta a la vista. —Di media vuelta y volé sobre los patines para que no pudiera alcanzarme, por si acaso quería revancha.

Jamás he sido cobarde, pero tampoco tonta. Eran dos contra uno. No tenía nada que hacer. Era mejor una retirada a tiempo.

—¡Hasta luego, Sarita! —Escuché que me gritaba. Miré hacia atrás y el tal Will me acechaba desafiante. «Qué bien, segundo día de colegio y mi hermano tenía que buscarse como colega al más macarra de todos. ¡Típico de Daniel!».

Me acerqué al profesor de patinaje y me presenté. Se llamaba Andrew y era un chico joven, de unos diecinueve años. Nos caímos bien al instante. Hice las pruebas y entré en el equipo. Ya sabía que entraría. Era realmente buena sobre los patines.

4

Problemas psicológicos

Llevaba dos semanas en el *Crowden School* y ya había adquirido una rutina. Me gustan las rutinas. Soy muy perfeccionista en todo lo que hago. Entre las clases, el piano y el patinaje no tenía mucho tiempo para nada más, pero el escaso tiempo del que disponía lo pasaba con mis nuevos amigos.

Solíamos ir a «Once metros» a bañarnos. Ese fue el nombre secreto que le pusimos a aquella especie de cenote que me mostraron los chicos el primer día de clase. Incluimos a Pear y Olivia en nuestras visitas secretas, aunque ellas no saltaban. Les daba miedo, por lo que bajaban como podían por los salientes por donde luego subíamos los demás. Queríamos aprovechar aquellos últimos días estivales de primeros de septiembre porque, en cuanto entrara el otoño, sería imposible bañarse. Adam y yo conectamos rápido. Nos llevábamos muy bien y nos gustaba hacer las mismas cosas. También pasaba mucho tiempo con Pear, aunque solíamos andar casi siempre todos juntos.

En clase, las chicas nos trasladamos a las filas de atrás y nos sentamos unos al lado de los otros. También compartíamos mesa de comedor todos los días, para infortunio de Oliver.

Oliver llevaba fatal lo de hacer nuevos amigos. Tendría que informarme sobre patologías infantiles, porque a ese chico le sucedía algo y me podía la curiosidad. No le agradaba que lo tocaran, siempre rehuía el contacto físico y odiaba que tocaran sus cosas. Además, era muy escrupuloso. Un par de días atrás, Pear se quedó sin pan y partió un trozo del pan que tenía más próximo, que resultó ser el pan de Oliver. Decir que casi se inició la Tercera Guerra Mundial es quedarse corto.

Eran las nueve y, como todas las noches, sabía que no conseguiría conciliar el sueño. Decidí dar una vuelta por el colegio. O quizá me acercara a la sala de música a tocar el piano. Mi padre me había dicho que de aquella semana no pasaba sin que me trajera un piano digital para mi dormitorio, y que así pudiera practicar a cualquier hora. Pidió permiso a la directora Peters y esta accedió, con la condición de que a altas horas de la noche me pusiera los auriculares para no importunar a las alumnas que dormían en las

habitaciones contiguas.

La residencia tiene toque de queda. A las diez y media a más tardar, debíamos estar todos dentro, y no volvían a abrir las puertas hasta las siete de la mañana siguiente.

Deambulé por los corredores de los cursos superiores y contemplé que habían planteado diversos problemas matemáticos en unas pizarras colocadas justo a la salida de cada clase. Fui hacia una de las pizarras, donde descansaba un chico concentrado, observando la operación. Me aproximé lo suficiente como para que se percatara de mi presencia.

El chico se giró sobresaltado y, al mirarlo a la cara, algo me resultó familiar. ¿Dónde había visto yo a ese chico antes? Hice un repaso por todos los rostros almacenados en mi cerebro y me di cuenta de que no lo había visto en mi vida, pero, aun así, me sonaba mucho. El chico no me dijo nada y continuó examinando la pizarra.

—¿Qué miras? —le pregunté.

—El problema que hay en la pizarra —me respondió amigablemente—, ¿no sabes qué es?

—Sí sé qué es, pero no entiendo qué hace en esa pizarra.

—Es muy sencillo de explicar. Verás que hay una pizarra a la salida de cada clase, una por curso, pero solo para alumnos mayores de diez años. Yo tengo doce. En ellas, se exponen problemas matemáticos de un nivel superior a ese curso y el alumno que consiga resolver el problema sin pedir ayuda gana un premio. Hace años que no se consigue, por lo que no sé qué tipo de premio puede ser. Por supuesto, nadie puede resolver pizarras de cursos inferiores. Es una de esas *americanadas* ya sabes, tipo *El increíble Will Hunting*, pero hace que todos nos rompamos la crisma para resolver el problema y descubrir el misterioso premio.

—Y tú estás aquí intentan...

—¡Joder, te veo hasta en la sopa! —Una voz ya conocida sonó detrás de mí. ¡Oh, sí! Era mi pesadilla particular. El rubito.

—Buenas noches a ti también.

—Olly, ¿tienes una amiga nueva y no me la has presentado? Y vigila ese lenguaje o a mamá que vas —lo amenazó el chico desconocido.

—No somos amigos —manifestamos los dos al unísono.

—Yo soy su hermano mayor, Nicholas Aston —se autopresentó el desconocido, ya no tan desconocido. Por eso me sonaba su cara, porque eran hermanos. Se parecían mucho, muchísimo. Me imaginé que veía al Oliver del

futuro. Era guapo, muy guapo—. Y estoy intentando conseguir que mi querido hermanito pequeño me diga al menos en qué libros tengo que buscar para lograr resolver este problema. Todos los años andamos igual y nunca me quiere ayudar.

—Yo puedo ayudarte —le dije, sonriendo antes de que pudiera evitarlo. «Mierda, mierda, mierda».

—¿En serio? —dudaron ambos a la vez. Nick me miró esperanzado, y Oliver me juzgó sospechoso. Fue entonces cuando formuló la gran pregunta.

—¿Cuál es tu cociente intelectual?

—Esa es una pregunta muy personal a la que no pienso contestar, ¿te pregunto yo a ti acaso cuál es tu talla de calzoncillos?

—La más pequeña, tengo las caderas muy estrechas. ¿Tu cociente?

—¿Cuál es el tuyo?

—No se contesta a una pregunta con otra pregunta; además, yo he preguntado primero.

—Ahora mismo sí que parecéis dos críos de vuestra edad —nos dijo Nick sonriendo.

Me daba lo mismo lo que pensara Oliver de mí, pero Nick me había caído bien y no quería que pensara que era una estirada. De modo que me arriesgué a que pensara algo peor: que era rara.

—Ciento cincuenta.

—Vaya, entonces tú eres como Oliver, pero más lista. Te has topado con la horma de tu zapato, hermanito.

—¿Cuánto? —le pregunté a Oliver. Le tocaba a él exponerse.

—Ciento cuarenta y siete.

Lo sabía. Sabía que ese chico tenía algo diferente. Resultó ser un listillo muy inteligente. Me pregunté cuál era la probabilidad de que dos superdotados coincidieran en la misma clase. No creí que fuera muy alta. Debió de ser cosa del destino.

—¡Ah, ya lo entiendo! Oliver no puede ayudarte con tu problema, Nick, porque es demasiado difícil para él.

—No digas gilipolleces, por supuesto que sé hacerlo. No es más que una simple derivada.

—Sí, claro, y con eso, problema resuelto. Vamos, Nick, pon en la pizarra: «Es una simple derivada». Firmado: Nick Atom. Perdón, Aston. Culpa de la maldita costumbre. Y a esperar a ver si te dan el premio.

—¿Atom? —nos preguntó Nick extrañado. Yo le quité importancia con la

mano y Oliver lo ignoró.

—Es una derivada logarítmica, no tienes más que ir al final del libro de matemáticas que tienes este año para ver cómo se calculan. La derivada logarítmica de una función f queda definida por la fórmula... —Se aproximó a la pizarra y empezó a escribir la solución al problema. A la vez, explicaba cada paso que daba. En dos minutos la tuvo terminada. La borró y se marchó sin decir adiós.

—¡Ha sido increíble! ¡Cómo exasperas a mi hermano! —Nick se reía sin control—. Jamás lo había visto perder así los nervios.

—Ahora tendrás que rehacerlo tú, pero te ha dado bastantes pistas.

—Más que suficiente. No soy tan listo como vosotros, pero tampoco soy tonto. Y tú eres una niña muy guapa y aún no me has dicho tu nombre.

—Sara Summers.

—Encantado, Sara Summers. Y muchas gracias por tu ayuda.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Crees que soy rara? —Tenía miedo de lo que pudiera responder. Quería encajar en el mundo.

—No, no eres rara. Eres especial. Los dos lo sois. —Alivio. Sentí mucho alivio—. Oliver no solo es un niño superdotado, es una persona muy compleja. Tiene varias fobias sociales y, además, es tremendamente escrupuloso. No deja que casi nadie se le acerque, pero contigo creo que tengo esperanzas.

—Y eso, ¿qué significa?

—Lo sabremos en el futuro.

Dos días después, me hallaba en uno de los ensayos del *grupo musical* que habían creado los chicos. No tenían nombre, lo único que tenían aprobado por unanimidad era que Oliver y Adam eran los guitarristas, Brian estaba a la cabeza de la batería y Marco al bajo. Tampoco habían decidido aún quién sería el cantante.

Se lo tomaban en serio. Estaban muy concentrados ya que, según decían, tenían que empezar a componer melodías interesantes. ¡Como si fuera tan sencillo! No creí que estuvieran muy familiarizados con la composición y la armonía, de modo que era difícil que compusieran algo decente. Eran muy jóvenes. Aunque Oliver... Lo observé con su guitarra. Se le había formado una pequeña arruga en el entrecejo que lo hacía adorable. Lo escuché, y sí parecía que podría conseguir algo, aunque aún no era nada.

Desde que Oliver y yo compartimos nuestros respectivos cocientes intelectuales, algo cambió en nuestra relación. No lo hablábamos, pero teníamos la complicidad que tienen dos personas que guardan un secreto. No era algo palpable, pero ahí estaba.

Permanecimos en la sala de música un rato más, hasta que vino uno de los vigilantes nocturnos a informarnos de que debíamos irnos ya a nuestras habitaciones. Advertí cómo Oliver se resistía a irse porque andaba cerca de conseguir algo con su guitarra. Sentía verdadera pasión por la música, al igual que yo.

Cuando llegó el momento de separarnos y los chicos se encaminaron a los pisos superiores, me dispuse a agarrar del codo a Oliver para frenarlo, pero me paré a mitad del movimiento antes de que nuestros cuerpos se tocaran. Debía tener cuidado con él. No quería que le diera un *patatús* o algo peor por cogerlo de la mano. De modo que me acerqué y le hice una señal con la cabeza para que se aproximara a mí. Le pregunté si quería venir a mi dormitorio a seguir con su cuasi composición. No tenía guitarra, pero sí un piano.

—¿Tienes un piano en tu dormitorio? ¿Me tomas el pelo?

—¡Chss! ¡No hables tan alto si no quieres que nos pillen! Venga, ven a mi habitación.

Conseguimos escabullirnos sin ser vistos por el vigilante.

Al entrar en mi pequeño dormitorio, observé cómo Oliver echaba un vistazo rápido, analizando la disposición de mis cosas y cada objeto personal que se encontraba a simple vista. Se detuvo a ver las fotos que tenía con mi familia, pero no formuló ninguna pregunta. Cuando terminó de curiosear todo, nos aproximamos al piano.

—Nunca me ha dado por tocar el piano, así que no sé cómo hacerlo —me informó Oliver con sinceridad.

—Yo te enseño, no creo que te cueste demasiado.

Me miró arqueando una de sus rubias cejas.

—¿Es eso un cumplido?

—Sentémonos.

Ahí vino el primer problema. Solo había un taburete y no era muy grande. Sería complicado sentarnos en él sin rozarnos. Como los dos estábamos delgados, nos sentamos uno en cada esquina con casi medio cuerpo fuera.

Le expliqué las nociones más básicas del piano y empezamos a tocar. No se le dio mal del todo. Le faltaba práctica, claro, pero algo ya tocó. Estuvimos

practicando con los acordes que Oliver había mezclado con la guitarra.

Permanecimos en el piano durante varias horas, y nuestros cuerpos se fueron aproximando por instinto hasta tocarse. Nos rozábamos las piernas, las caderas, los brazos... Todo su costado izquierdo tocaba mi costado derecho. No quise mirarlo por si acaso no se había dado cuenta. No quise levantar la liebre.

En algunas ocasiones, me sentía perdida con él, no sabía muy bien cómo tratarlo. Otras veces, mis movimientos hacia él salían naturales. Debía buscar algo en la biblioteca que me ayudara a entender bien las patologías de aquel rubito mío. «¿Mío? ¿De dónde ha salido eso?». Inexplicablemente, sentía algo cuando lo tenía cerca. Era como si todo estuviera donde debía estar.

De repente, dejó de tocar y nos miramos a la cara. Me dijo que era tarde y que tenía que irse a dormir. Miré la hora en mi reloj de muñeca. La una de la mañana.

—Cuidado, que no te vean al salir —le dije—. Yo me quedaré practicando sobre esto último que hemos anotado.

—¿Ahora? ¿Has visto qué hora es? Tendrás que dormir.

—No te preocupes, no duermo demasiado. No más de cuatro o cinco horas diarias.

—¿Y eso por qué?

—Tengo problemas para conciliar el sueño.

—¿Qué tipo de problemas?

—Tengo memoria eidética, mi cabeza almacena durante todo el día muchísima información. Lo que se ha escrito en la pizarra, el menú del comedor, los carteles de los pasillos, páginas de libros, sonidos... Cuando me meto en la cama y cierro los ojos, mi cabeza reproduce toda la información recopilada durante el día como en una especie de bucle; es agotador.

—¿Y te pasa todas las noches? —me preguntó, interesado. Permanecíamos los dos de pie, aún próximos al piano.

—Sí.

—¿Tu madre nunca te ha leído cuentos para que te duermas?

—No tengo madre, murió hace cuatro años.

—Lo siento.

—Tranquilo, no me acuerdo de ella. Es curioso que, con la cantidad de información que mi cerebro es capaz de recordar, información absurda y sin sentido, sin embargo, no guarde apenas recuerdos de mi madre.

Siempre que salía el recuerdo de mi madre en cualquier aspecto de mi

vida, no podía evitar entristecerme por todos los momentos que me había perdido con ella y por los que me quedaban por perderme durante el resto de mis días. Oliver se dio cuenta y tomó una rápida decisión para distraerme del asunto.

—Tumbate en la cama y te cuento un cuento. Tenemos que recuperar muchos años perdidos. —Se dirigió a mi cama y se tumbó boca arriba con las manos detrás de la cabeza.

Dudé. «¿Contarme un cuento? Pero ¿este qué dice? Que no tengo cuatro años».

—¿Estás tonto? Tengo nueve años, no necesito que me lean libros para dormir.

—Claro, claro, eres muy adulta. Y entonces, ¿qué necesitas para dormir? No lo sabía. Ojalá lo hubiera sabido.

—No lo sé —susurré con tristeza.

—Venga ven, ojitos azules.

Oliver dio unas palmaditas sobre la cama e insistió en que me acercara. Me aproximé y me tumbé junto a él con cuidado de no rozarlo.

—¿Conoces el cuento de *Los Tres Cerditos*?

Lo miré arqueando una ceja.

—¿En serio? ¿Crees que hay alguien que no conozca el cuento de *Los Tres Cerditos*?

—Yo qué sé, ¿lo conoces o no?

Afirmé con la cabeza.

—Vale, pues empecemos. Lo primero de todo es que te imagines a los tres cerditos, concéntrate en ellos.

—Vale.

—¿Están en tu cabeza?

—Sí.

—Describémelos. —Aquello me confundió. ¿Quería que le dijera cómo era un cerdito? Oliver me trastocaba muchísimo, no sabía por dónde iba a salir—. Quiero que te los imagines y que te concentres en ellos. —Se adelantó a mi pregunta—. Que en tu cabeza solo estén los tres cerditos: qué ropa llevan, cómo son de altos, qué color de piel tienen...

«Está bien, está bien». Acepté. Me concentré en los cerditos.

Le describí a Oliver de manera precisa lo que veía en mi cabeza: cómo eran los cerditos. Uno de ellos era más alto que los otros dos hermanos. Otro era más gordito. Cada uno de ellos vestía de un color diferente: rojo, verde y

azul.

Oliver comenzó a contarme la historia, pero, antes, yo debía describirle cada escenario, cada personaje, cada detalle. No me permitió pensar en nada más que en los cerditos y en sus localizaciones.

Al cabo de un rato, empecé a ver a los cerditos algo borrosos. Se me cerraban los párpados. Escuchaba la suave y melódica voz de Oliver más lejana, hasta que, por fin... la oscuridad.

El ser humano suele complicarse la vida de manera voluntaria buscando siempre las respuestas más difíciles a preguntas sencillas.

5

Los lazos emocionales

¡Pi, pi, pi, pi! ¡Pi, pi, pi, pi!

¿Qué era ese horrible sonido? «Ah, el despertador». Hacía mucho tiempo que no me despertaba el despertador, siempre amanecía yo antes que él. «Qué extraño». Lo apagué. Sonaba a las siete todas las mañanas, así tenía tiempo de sobra para ir a nadar un rato a la piscina. Me gustaba nadar, me despejaba la cabeza.

Me sentía más descansada de lo habitual, como si hubiera dormido veinticuatro horas seguidas. ¡Como si eso fuera posible! Y calor, tenía mucho calor. Me percaté de que había alguien conmigo en mi cama... ¡Oliver! Se debió de quedar dormido contándome el cuento, pero lo que más increíble me resultaba era que yo también me quedara dormida. Y todo porque me leyó un cuento. Consiguió en una noche lo que no habían podido hacer tantas pruebas y psicólogos durante los últimos años de mi corta vida.

Dormíamos tan pegados que hasta sentía su respiración en mi oído. Me recordó a cuando solía meterme en la cama con mi hermano Alex. Claro que a Alex no le incomodaba el contacto humano. Pensé que era mejor separarme antes de que se diera cuenta de que me tocaba con todas las partes de su cuerpo. Me giré por curiosidad para verlo bien. Estaba profundamente dormido, despeinado y relajado. No había oído el despertador, sí que debía de estar cansado. Algo lógico, teniendo en cuenta a la hora que nos habíamos acostado. No recordaba en qué parte de *Los tres cerditos* me había quedado dormida. La gratitud que sentí en aquel momento por él era incuantificable.

Me separé un poco de él e intenté despertarlo.

—Oliver —lo llamé con suavidad—, despierta.

Ni caso. Seguía dormido.

—Oliver —insistí con menos suavidad—, te has quedado dormido en mi habitación. No sé si podemos tener problemas por esto. Despierta.

Nada.

—¡Oliver! —lo zarandeeé.

Mi cuentacuentos particular abrió los ojos despacio. Aquellos ojos verdes a los que empezaba a volverme adicta. Me calmaban como nada antes lo había conseguido.

—¿Dónde estoy? —me preguntó adormilado.

—En mi dormitorio. Te quedaste dormido contándome un cuento, rubito.
—Lo miré a los ojos y sonreí.

El resto del día transcurrió sin incidentes, excepto por el pequeño percance que tuve con William Von Kleist, el amigo macarra de Daniel. Su solo nombre ya implicaba respeto. Por lo que había escuchado, su familia era alemana, aunque, a mi entender, lo único que tenía de alemán era el apellido y la convicción de creer saberlo todo. Desde aquel encontronazo que tuvimos en la pista de hielo, la había tomado conmigo y se pasaba el día haciéndome la vida imposible. Mi hermano se había buscado un buen compinche.

—Buenos días, Sarita —Escuché que me decía mientras pasaba por su lado en la hora del recreo.

Lo ignoré.

—Qué calladita estás esta mañana, no me sueltas ninguna de tus perlas.

Continué ignorándolo hasta que advertí cómo me perseguía. Se puso delante de mí con los brazos en jarras, cortándome el paso. Frené en seco y enfoqué los ojos en mi hermano Daniel. No esperaba que me defendiera, pero la esperanza es lo último que se pierde. Por lo menos, no tenía intención de unirse a su amigo. Solo permanecía impasible.

—¿No vas a decirme nada, Sarita? Yo he sido educado y te he saludado.

Lo enfrenté. Intenté mantenerme callada, pero no pude evitarlo. No soy de las que se callan.

—¿Decías algo? No suelo rebajarme a discutir con idiotas, me ganarías por experiencia.

Me miró y sonrió, pero no era una sonrisa amable. Era una sonrisa de las que dicen: «Ahora verás, mocosa».

Justo a nuestros pies había un charco de barro, consecuencia de la lluvia de primera hora de la mañana. William dio un golpe seco con el zapato y me salpicó pequeñas gotas por todo el rostro y el uniforme. Ahora sí que me había enfurecido. Arrastré el pie por todo el charco y lo salpiqué... ¡en toda la cara! Vaya puntería que tenía, ni Robin Hood con su arco.

—¡Pero qué...!

No lo dejé continuar porque eché a correr. Me persiguió y, en aquella ocasión, consiguió atraparme. Intenté resistirme. Forcejeé para liberarme,

pero no pude. Él era más fuerte que yo.

Me arrastró hasta otro charco y me tiró en él, de manera que toda mi espalda estaba en el agua y sus rodillas también. Me cogió de las coletas y me las embadurnó bien en el charco. ¡Maldito niño! Decidí utilizar la técnica que usaba siempre con Daniel cuando nos peleábamos. Dirigí mi rodilla a sus partes más íntimas y le di un rodillazo.

—¡Ay! ¿Estás loca? ¡Qué dolorrrr!

Hice caso omiso de su comentario y lo arrastré por el fango. Me subí a horcajadas encima de sus caderas y le metí todo el pelo en el barro.

Bien, prueba superada. Al levantarme, descubrí que todo el colegio nos observaba. Mi hermano Alex se acercó para ver si necesitaba ayuda. Venía riéndose con su nuevo grupo de amigos. Uno de ellos me dijo:

—¡Eh, pequeña Summers! ¡Te acabas de ganar todo mi respeto!

Giré sobre mis talones y me marché con la cabeza alta (también llena de barro). Me alejé bastante, pero aún era capaz de entender las conversaciones, y escuché cómo Daniel, riéndose a carcajadas, le decía a William:

—Ya te dije que *Totó* era dura de pelar, desde que ha descubierto dónde está nuestro punto débil no hay quien pueda con ella.

Y, así, los enfrentamientos con William se convirtieron en parte de mi rutinaria vida. En contadas ocasiones llegábamos al contacto físico (nunca con daños desmedidos), pero lo más habitual era que yo le dirigiera algún comentario despectivo, echara a correr y él me persiguiera por todo el colegio.

Esa noche, Oliver apareció en mi habitación con una pila de libros en las manos. Me dijo que había pasado por la biblioteca y que había seleccionado algunos cuentos para leerme por las noches. Él también era un chico de rutinas, y no iba a ser yo quien le cambiara la rutina de leerme libros por las noches después del éxito cosechado.

Todas las noches se quedaba dormido en mi cama. Y todas las mañanas nos despertábamos acurrucados uno al lado del otro. Por supuesto que Oliver era consciente de nuestra proximidad, pero no decía nada. No le importaba; de haberlo hecho, me habría leído los cuentos sentado en la silla de la habitación, pero no, siempre lo hacía tumbado a mi lado y con la pequeña luz de la mesita de noche encendida. Ya no temía su reacción por el contacto. Al contrario, lo buscaba. Creo que el ser humano tiene la necesidad de tocar y ser tocado, para expresar ternura, apoyo, confianza, amor... y así se lo intenté transmitir.

Por las mañanas, la luz de la mesita estaba apagada, de modo que todo indicaba que Oliver esperaba hasta que me durmiera para apagar la luz y cerrar los ojos.

Así permanecemos durante semanas, hasta que, un día, al abrir la puerta de mi habitación, no me topé con Oliver, sino con Adam.

—Olly va a pasar la noche fuera del colegio con sus padres y me ha pedido que te lea un cuento para que puedas dormir.

Y, sin más preámbulos, entró en mi dormitorio. Localizó los libros infantiles en mi estantería y seleccionó uno: *Hércules*. Después, se tumbó en mi cama boca arriba. Era la misma postura que solía adoptar Oliver. No me preguntó por qué debía leerme un cuento, solo... su amigo le había dicho que lo hiciera y eso fue lo que hizo.

Oliver y Adam eran muy cercanos, eran mejores amigos. Me di cuenta de cómo en ocasiones Adam le sujetaba del brazo a Oliver, tocándolo conscientemente, o incluso le pasaba el brazo por los hombros. Oliver no se quejaba, ni parecía percatarse, porque no hacía ningún tipo de mueca; supuse que entre ellos los movimientos eran también así de naturales.

No pasaba lo mismo con el resto del mundo. Oliver siempre mantenía las distancias. En un principio, pensé que lo hacía a propósito, pero, después de observarlo durante semanas, entendí que era algo instintivo. Llevaba tantos años comportándose de aquella manera, repeliendo el contacto humano, que ya le salía solo. Había personas que no entendían su actitud. Pero Adam sí lo comprendía. Porque así es Adam: no pregunta, no juzga, te acepta tal como eres, sin prejuicios y sin intentar cambiarte.

Al día siguiente, Oliver regresó al colegio y, por la noche, vinieron ambos a mi cuarto a leerme el cuento correspondiente. Nos quedamos los tres dormidos en la cama, y, así, se sucedieron los meses. Algunas noches venía Oliver, otras noches venía Adam y algunas otras venían ambos.

Desde aquel momento hasta mis veinte años, puedo contar con los dedos de mi mano las noches que he dormido sola.

Aunque no siempre fue así de sencillo. Hubo noches, muchas noches, en las que mi cabeza se negaba a relajarse y a olvidar los datos recolectados durante el día.

Todas las mañanas, en mi sesión de natación, coincidía con una chica de

nuestra clase que también nadaba. Ella lo hacía por motivos distintos a los míos; me explicó que había heredado la constitución de su madre y que, si no se cuidaba, no podía comer todas las galletas que le gustaban a su antojo. Era un motivo tan fuerte como otro cualquiera. Su nombre, Natalie. Lo que más me llamó la atención de ella fueron sus enormes ojos color chocolate.

A menudo, después de finalizar la actividad deportiva matinal, nos quedábamos charlando un rato, hasta que se acercaba la hora de la primera clase. Era agradable y, charla tras charla, nos hicimos amigas.

Uno de los días que volvíamos juntas de la piscina, nos cruzamos con una de sus amigas en la puerta del comedor; se llamaba Moira. También era de nuestra clase, como Natalie, pero hasta aquel día apenas habíamos cruzado cuatro palabras. Nos adentramos juntas por la puerta del comedor y las invité a sentarse en nuestra mesa. Me apetecía seguir hablando con ellas. Aceptaron con gusto.

—Buenos días a todos —saludé a mi nuevo grupo de amigos—. Ya conocéis a Natalie y Moira. Natalie y yo nadamos juntas en la piscina todas las mañanas.

Cuando nos sentamos, conté internamente: tres, dos, uno y...

—¡Esperad! ¡¿No pretenderéis sentaros aquí?! —Mi rubio preferido no se hizo de rogar y se puso como un basilisco. Ay, Oliver, Oliver.

Le envié una mirada asesina y entendió que no tenía nada que hacer. En los últimos meses, habíamos aprendido a comunicarnos con los ojos. Ya apenas discutíamos. Escuché cómo susurró en el oído de Adam:

—Te dije que al final serían ellas más que nosotros.

Y allí estábamos. Cinco chicas y cuatro chicos. Nadie más se sentó en nuestra mesa, no de manera permanente. Y aquellas ocho personas se convirtieron en mi gran familia dentro y fuera de los muros del *Crowden School*.

Una tarde, en una de mis sesiones semanales con Brenda, la psicóloga del colegio, me encontré con Oliver y Adam en el despacho. Nos habían reunido allí para explicarnos que sabían que dormíamos juntos cada noche y que habían llamado a nuestros padres para comunicárselo.

—Se ha creado una dependencia muy fuerte entre vosotros —nos explicó—. Este tipo de relaciones no siempre se pueden explicar, ¿qué es lo que

provoca que con algunas personas nos llevemos mejor que con otras? No se sabe. Afinidad, gustos similares, atracción física, intelectual... El asunto es que os hacéis mucho bien entre vosotros. Sara está durmiendo mejor. También habéis creado un pequeño grupo de amigos que Oliver ha aceptado y... lo que quiero explicaros, chicos, es que es un buen comienzo. Lo estáis haciendo bien, y tanto el colegio como vuestras familias aceptamos que paséis las noches con Sara, de momento. ¿Estáis de acuerdo?

—Sí —asentimos sin rechistar.

—Bien, pues que así sea. Según mi entender, esta situación no debería prolongarse mucho, no más de un año. Cuando pase ese plazo, Sara deberá ser capaz de dormir sola y vosotros volveréis a vuestros dormitorios.

SEGUNDA PARTE
Cinco años después

6

Hola, pubertad

Septiembre de 2006

¡Pi, pi, pi, pi! ¡Pi, pi, pi, pi!

—Apaga el maldito despertador —gruñó Adam.

—Venga chicos, arriba. —Escuché la voz entusiasta de Oliver lejana. Ya se había levantado y trasteaba por el dormitorio—. No quiero perderme la sesión de *footing*. Hoy me apetece correr.

El año anterior, había sustituido mis largos matutinos en la piscina del colegio por sesiones de *footing* con mis dos chicos preferidos.

—Id vosotros primero, luego os alcanzo —volvió a gruñir Adam.

—Adam, no seas vago. —Me levanté de la cama con ganas de enfrentarme a un nuevo día—. Todas las mañanas igual contigo.

No me contestó, se había vuelto a dormir.

Cinco años habían pasado ya desde aquel día en el que nos comunicaron que podíamos seguir durmiendo juntos hasta que yo aprendiera a hacerlo por mí misma. Un año de plazo me concedieron. Un año para vencer mis demonios nocturnos y convertirme en la niña perfecta que ellos querían que fuera. ¿Fue suficiente?

La versión de cara a la galería era que sí. Llevaba desde los diez años durmiendo sola en mi habitación.

La versión real, la que solo conocíamos nosotros, era que no. La realidad era que tenía catorce años y era incapaz de dormirme por mí misma. Ya no necesitaba cuentos. Necesitaba escuchar la respiración de Adam y Oliver. Necesitaba notar su presencia, pero sobre todo, necesitaba seguridad. La seguridad de saber que, si tenía uno de mis ataques, alguno de ellos estaría ahí para calmarme. Necesitaba su cercanía más que el latir de mi corazón. Así de jodidas estaban las cosas.

Al principio, no fue sencillo. Cuando nos comunicaron que ya era hora de que cada uno durmiera en su habitación, nos sometieron a una vigilancia

continúa para que no nos escapáramos los unos a los dormitorios de los otros. Y nos descubrieron tantas noches que tuvimos que acabar fingiendo que nos habíamos rendido. Pero no lo hicimos.

Pasé muchas noches en vela. Aprovechábamos las tardes para tumbarnos en cualquier rincón del bosque y que yo pudiera descansar. Con el transcurso de los meses, se convencieron de que lo habíamos superado.

Fue entonces cuando comenzaron nuestros encuentros clandestinos. Recuerdo que las primeras noches me tumbaba en la cama con el corazón acelerado por si nos descubrían. Pero nunca lo hicieron.

Empezaba un nuevo curso escolar. Mi padre y yo habíamos decidido varios años atrás que, a pesar de que podía asistir ya a la universidad, preferíamos que cursara los estudios acorde con mi edad. No tenía urgencia por crecer. Quería llevar el ritmo de una persona corriente. Oliver también tomó la misma decisión junto con sus padres.

Desayunábamos toda *la pandilla* (así es como nos llamábamos a nosotros mismos) en el comedor, mientras manteníamos la típica conversación de chavales de catorce años.

—¿Le metiste la lengua o no le metiste la lengua, Adam? —interrogó Brian.

—¿Pero tú por quién me tomas? Claro que le metí la lengua.

Adam se había convertido en un chico muy resultón con su media melena rizada hasta las orejas y ese aspecto de rockero perdonavidas. Tenía la nariz pequeña, una sonrisa sincera y el color de sus labios de un rosado muy intenso. En las horas lectivas debía vestir el uniforme del colegio, pero, por las tardes, después de clase, y los fines de semana, ya se le veía su tendencia a vestir con ajustados pantalones vaqueros, playeras Converse, camisetas negras y sudaderas con capucha. Su intención siempre ha sido ir de chico duro, pero en realidad es un buenazo. Yo lo quiero tanto o más que a mi propia familia.

—¿Y tocaste teta? —le preguntó Marco.

Adam se rio con esa sonrisa que tanto me gusta y que le llega hasta los

ojos. Tan sincera. Tan alegre. Y tan pagado de sí mismo.

—Sí, a dos manos.

—¡Oeoeoeoeoe! —. Todos vitorearon e hicieron la ola, dando golpes en la mesa. Todos excepto Oliver, Moira y yo. Nos parecía una reacción desmesurada para un simple beso de tornillo y, además, lo único que consiguieron fue que nos observara todo el comedor.

—¡Yo también quiero darme besos con lengua! Y, a poder ser, con tu hermano, Sara. ¡Qué guapo es!

Pear, por aquel entonces, vivía enamorada platónicamente de mi hermano y siempre expresaba en alto sus más íntimos pensamientos. Tenía el mismo filtro que yo, es decir, ninguno. ¿Es posible que dos personas que pasan muchas horas juntas acaben hablando y comportándose de la misma manera? Sospecho que sí, porque Pear y yo pensamos y nos comportamos igual. Mucha gente nos decía, en aquel tiempo, que parecíamos hermanas. Debía de ser porque siempre andábamos juntas y haciendo las mismas cosas, porque físicamente no teníamos casi nada en común, aparte de la escasa estatura. Ella tenía el rostro ligeramente redondeado y llevaba su media melena lisa hasta la altura de los hombros, aunque ya no llevaba flequillo. Mi rostro, por otra parte, era alargado, y lucía la melena ondulada hasta la cintura.

—Aunque no nos llamemos Daniel Summers, si quieres, cualquiera de nosotros podría ayudarte con el asunto del beso —le respondió Brian, subiendo ambas cejas intermitentemente. Brian no era tan guapo como Adam, pero tenía un algo que lo hacía atractivo. Quizá era la intensidad con la que te miraba con sus ojos azules o el contraste de su cabello negro con su blanca piel—. Bueno, cualquiera no —se corrigió—, no creo que Oliver mezcle su preciada saliva contigo.

—Oliver, colega —le dijo Marco—, eres el único tío de la pandilla que aún no se ha enrollado con ninguna chica. Tendrás que dejar esas gilipolleces de escrupuloso y lanzarte. Te va a gustar, te lo aseguro.

—Qué sabrás tú dónde he metido yo la lengua, idiota.

—¡Uuuuh! —gritaron casi todos mis amigos—. ¿Te has enrollado con alguna tía? No me lo creo, Adam y Sara nos lo habrían contado.

—Lo que pasa es que es muy selectivo y no se va a enrollar con cualquiera —lo defendió Adam.

—Sí, no como tú, Adam, que te enrollas con todas —le recriminó Pear—. Así compensáis la balanza.

—¡Exacto!

Pear le sacó la lengua a Adam, que respondió de la misma manera.

—Entonces, qué, chicas —insistió Brian—, ¿queréis que os ayudemos a practicar el arte de los besos? A mí no me supone ningún inconveniente enrollarme con cualquiera de vosotras. Yo, por ayudar a una amiga, lo que sea.

—No, gracias, el día que me den mi primer beso, lo hará alguien especial —contesté yo, soñadora.

—¡Oh, qué boniiiito! —gritaron, de nuevo, todos juntos.

—Sara, cariño —me dijo Pear—, tienes que dejar de leer esos libros tuyos románticones, no creo que en nuestro primer beso veamos el cielo y sintamos esas famosas mariposas en el estómago de las que todo el mundo habla. Más bien va a ser un intercambio de babas, y eso si el chiquillo lo hace medianamente bien, porque, si lo hace mal, será un intercambio asqueroso de babas.

—Totalmente de acuerdo —afirmó Oliver, tajante. Se levantó y nos explicó que debía marcharse, ya que había quedado con el profesor de biología para comentar unos temas.

Cuando abandonó el comedor, Natalie nos confesó sus más íntimos pensamientos.

—¿Sabéis? No lo entiendo.

—¿El qué?

—A Oliver. No entiendo qué le espanta del contacto humano.

Yo tampoco lo entendí al principio, pero, después de informarme sobre diferentes fobias y comportamientos sociales, lo tuve bastante claro. Intenté explicárselo a Natalie de manera que lo entendiera.

—Nómbreme algo que no te guste.

—¿Qué?

—Algo habrá que te desagrade en exceso. Piénsalo y dímelo.

Mi amiga lo meditó durante unos segundos.

—Las arañas. No me gustan las arañas.

—Y, si te encontraras ahora mismo una araña, ¿la tocarías?

—¡No! —enfaticó su reacción poniendo cara de asco.

—¿Dejarías que se te subiera por la mano?

—¡Por supuesto que no!

—¿La besarías?

—¡Sara, qué asco! ¡Claro que no!

—Pues es lo mismo. Donde tú ves una araña, él ve una persona.

—Pero no es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque las personas no son repulsivas como las arañas.

—A mí las arañas no me parecen repulsivas, no me gustan, pero no me provocan rechazo. Las fobias no hay que entenderlas, Natalie, hay que aceptarlas. Te sorprendería saber la cantidad de fobias que existen. Hay personas que temen cosas u objetos con los que tú tratas, a diario, sin inmutarte.

—¿Y por qué no le incomoda nuestro contacto? Cada vez permite que lo toquemos más.

—Porque a nosotros no nos ve como a arañas. Nos ve como a... —pensé la respuesta—... ¡ositos de peluche!

—¿Y qué es lo que hace que cambiemos de una cosa a otra?

—No lo sé, Natalie. Eso solo lo sabe él.

Adam se levantó de su silla y me dio un beso en la cabeza.

—Yo jamás lo habría expresado mejor.

Más tarde, abandoné frustrada mi consulta semanal con Brenda, la psicóloga. Todavía me obligaban a conversar con ella todas las semanas: que si qué tal dormía, que si cuáles eran mis inquietudes, bla, bla, bla. Inventarse mil y una mentiras resultaba agotador.

Me dirigía a mi clase de química, en el cuarto piso, cuando divisé a un chico alto observando atentamente una de las pizarras con los problemas matemáticos propuestos para aquel curso. Reconocería esa figura incluso a cien metros de distancia.

William Von Kleist.

¿Qué miraba tan intensamente? No creí que fuera el problema matemático. No era que William sacara malas notas, pero tampoco era una lumbrera. Me acerqué y me situé a su lado izquierdo. Había mañanas en las que me irritaba él a mí y mañanas en las que lo irritaba yo a él. Decidí que aquella mañana me tocaba a mí.

—Son números y letras, y, todos ellos juntos, forman una fórmula. Una fórmula demasiado complicada para tu inexperto cerebro, pero, si vas al pabellón de infantil, los vas a dejar a todos impresionados. Serás su héroe en cuanto descubran que sabes sumar. Porque sabes sumar, ¿cierto?

William (me negaba a llamarlo Will, había que mantener ciertas distancias) ni me miró cuando me dijo:

—Tocándome los cojones desde tan temprano, ¿eh, Sarita? ¿No has

desayunado *All Bran* esta mañana? ¿O es que estás en *esos días*? Porque ya eres una mujer, ¿no? Y ya sabes lo que dicen... —Cómo les complace a los chicos decir palabras malsonantes desde bien jovencitos, yo pienso que se creen más masculinos hablando así.

William se había convertido en toda una leyenda en el colegio. Todos los chicos buscaban ser sus amigos, y todas las chicas ansiaban ser su novia. No me extrañaba que su ego ya no cupiera en el colegio con semejante panorama. Y que fuera guapillo no ayudaba.

—Pues, si hablamos de topicazos, ya sabes lo que dicen, que los guapos son tontos. Por lo tanto, ya puedes ir desfilando hacia infantil, porque tú eres extremadamente gilipollas. —¿Qué a gusto me quedé! Si no lo llamaba gilipollas como mínimo una vez al día, sentía que me faltaba algo.

William ladeó la cabeza, con extremada lentitud, y clavó sus ojos grises en los míos. Me sentí incapaz de sostener su mirada.

—¿Me estás confesando que te resulto extremadamente guapo, Sarita? —me preguntó, llevándose una mano al corazón.

«Mierda».

Me quedé bloqueada.

«Lo he llamado guapo».

Yo nunca me quedaba bloqueada.

¿¡Dónde estaba mi privilegiado cerebro en esos momentos!?

Lo cierto es que William era guapo, no *guapillo*. No sabía en qué momento había pasado de ser el niño asqueroso y gilipollas que me hacía la zancadilla a ser el chico guapetón y gilipollas que me hacía la zancadilla. No me percaté del cambio, pero no podía negar lo evidente. A mis catorce años, ya era una persona racional, objetiva y muy inteligente... y no sabía cómo salir de aquel embrollo. Tenía que actuar con la mayor naturalidad posible.

—Como si no lo supieras... —Decidí que lo mejor era una retirada a tiempo y seguir mi camino. Tan solo había perdido una batalla.

—¡Eh, Sarita! —me gritó cuando ya me marchaba.

Me detuve, giré la cabeza y lo miré por encima del hombro. Se había apoyado en la pizarra, sobre uno de sus costados, y tenía las piernas y los brazos cruzados.

—Tú tampoco estás mal —me dijo, mirándome de arriba abajo con una sonrisa de clara autosuficiencia. Cuando terminó con su examen visual, me guiñó un ojo. ¿Tonteaba conmigo?

Me di la vuelta totalmente avergonzada. No hacía falta que me mirara en

un espejo para darme cuenta de que tenía el rostro totalmente rojo. ¿Qué pasó aquel día con las fuerzas del universo? Aquello no lo vi venir.

Entré en el aula de química y descubrí a mi hermano Daniel sentado en su silla habitual al fondo de la clase. El asiento de la derecha permanecía vacío. «Genial». Se me había olvidado que aquel curso compartíamos la clase de química, así que tendría que estar todo el año soportando la presencia de William y Daniel.

Me coloqué cerca de mi mesa, de espaldas a la puerta de entrada, junto a Oliver y Adam. Junto a ellos, tres de las chicas se sentaban encima de mi mesa. En clase de química nos sentábamos de tres en tres. Toda el aula estaba llena de enormes mesas de madera con tres taburetes por mesa. Desde el primer día, elegíamos quiénes serían nuestros compañeros para todo el curso. Detrás de nosotros se sentaban Natalie, Olivia y Pear. Y en la fila de más atrás, Brian, Marco y Moira, que aún no habían llegado a clase. Las chicas continuaban hablando de lenguas y saliva.

—Mi prima me ha aconsejado que practiquemos con la almohada. Yo os prometo que lo he intentado, pero no le veo el sentido —comentó Pear.

—¿Con la almohada? —pregunté yo—. Pero ¡qué tontería! ¿En qué se parece una almohada a...? —No pude terminar la frase porque súbitamente alguien me empujó y me hizo chocar contra la mesa.

—Perdona, Sarita. No te había visto, debe de ser por la altura.

«Gilipollas». Estaba segura de que William me había empujado a propósito. No todos podíamos medir tanto como él, pero yo era particularmente bajita. Aunque aún tenía esperanzas, estaba en edad de crecer. Tenía que llegar al metro sesenta como mínimo. «Por favor, por favor», supliqué.

—¿Qué pasa, Von Kleist? ¿Es que no miras por dónde cojones vas? —Adam siempre salía en mi defensa. También le gusta soltar tacos siempre que puede y empezó desde bien jovencito. Supongo que va con su fachada de tipo duro.

—Yo creo que los que se pelean se desean —me dijo Natalie al oído suavemente—. Te lo llevo repitiendo desde que teníamos diez años: William te desea.

Le hice una mueca de desagrado, pero no le contesté. El simple hecho de pensar que William me pudiera desear provocaba que sintiera cosas extrañas. Desconocidas.

«¿Es posible que me atraiga? No, no. No puede ser. Yo no lo soporto. ¿Y

por qué se me eriza el vello de la piel siempre que está cerca de mí? Será un mecanismo de defensa de mi cuerpo ante un posible ataque verbal. Eso sí que no tiene ningún sentido, Sara, y mira que tú eres lista de narices».

—*Totó*, vuelve —me dijo Adam—. Estábamos diciendo que...

—¡Que no me llames así!

—Pero ¿a ti qué te pasa esta mañana? —me recriminó mi mejor amigo.

—A mí, nada.

—Estás rara —me dijo Oliver—. Llevas así una temporada.

—Le dijo la sartén al cazo —recalcó Pear mordazmente. Oliver arqueó una ceja. Le encanta hacerlo.

—¿No estarás en *esos días*? —me susurró Brian al oído. ¿Pero de dónde había salido? Hacía un segundo no estaba ahí— Porque... ya tenéis el periodo, ¿no? ¿Ya podemos hablar libremente del tema?

—¡¿Y tu abuela?! —exploté.

Esa noche acudí a la pista de hielo a practicar. En un abrir y cerrar de ojos empezarían los campeonatos intercolegiales y quería estar preparada. Era buena, pero toda perfección requería un duro trabajo diario. Las clases extraescolares de patinaje sobre hielo se impartían los martes y jueves por la tarde, pero yo, además, practicaba casi todas las noches después de cenar, mientras el resto de mis compañeros veían la televisión en la sala de audiovisuales, estudiaban en la biblioteca o simplemente charlaban en la cafetería o en cualquier otro rincón del colegio.

La pista se cerraba a las nueve de la noche, pero la directora Peters, varios años atrás, me había prestado la llave de acceso al polideportivo para que pudiera practicar a mi antojo. Privilegios de ser la hija de uno de sus mejores amigos, o de ser una chica peculiar, o vete a saber. Me daba igual el motivo, tenía la llave y me gustaba ir sola y patinar a mi aire. Era mucho mejor que compartir clase con mis compañeras, especialmente con Tessa.

Qué horror de chica, siempre tenía que ser la primera en todo y le era indiferente a quién tuviera que llevarse por delante. Acostumbraba a obtener todo cuanto deseaba y a ser la primera en todo. Pero eso cambió cuando llegué yo, y me odió por ello. Me lo hizo pasar realmente mal, porque estaba enamorada de William Von Kleist, y él no le correspondía.

Algunos días se unían a mí los chicos. Todos ellos formaban parte del equipo de hockey y solían venir a practicar. Como decía Adam: la práctica hace al maestro. Y sabían que siempre dejaba la puerta abierta.

Oliver era el guardameta, se encargaba de defender la portería. Adam era

el centro y el máximo goleador del equipo, y Brian y Marco eran los dos defensores. Esos cuatro no sabían hacer nada solos. Si uno se apuntaba al equipo de hockey, se apuntaban todos. Si uno se ponía un pendiente en la oreja, se lo ponían todos. Decían de nosotras, pero ellos eran mucho peor.

Aquella noche tocaba ensayo del grupo, por eso no me acompañaban. Todavía seguían con su grupo de música y no, aún no tenían nombre. El estar en un internado todo el día encerrados hacía que ocuparas tu tiempo libre en actividades extracurriculares y no perdiendo el tiempo con la televisión o los videojuegos. Yo, cuando no entrenaba en la pista, me unía a los ensayos. Me lo pasaba en grande tocando junto a ellos. Eran algunos de los mejores momentos de la semana. Tenían un rollo *punk rock* mezclado con *metal rock* y, cuando los escuchaba tocar, me venían a la cabeza grupos como Simple Plan o Bad Religion.

Hacía años que Oliver me había enseñado a tocar la guitarra, ese fue el trato que hicimos. Yo le enseñaba a tocar el piano, y él me enseñaba a mí a tocar la guitarra. Me siento cómoda tocando la guitarra, pero no es un instrumento que me acabe de enamorar.

Interrumpí mis pensamientos y me concentré en mis ejercicios. De fondo, a través del hilo musical, se escuchaba Bangles con su *Eternal Flame*. Intenté acompañar mis movimientos al ritmo de la canción.

Varias horas después, miré hacia las gradas y reconocí a Oliver sentado en la primera fila. Esperándome. Estaba concentrado en un libro. Conociéndolo, sería algo de astronomía. Siente pasión por la astronomía. Es una parte importante de su vida. Si por él fuera, se pasaría las noches enteras estudiando las estrellas. O, como mínimo, la mitad de la noche; la otra mitad la dedicaría a sacar fotos. La fotografía es su otra gran pasión. Es un auténtico friki. Un friki superdotado, pero friki al fin y al cabo.

—Hola, rubio —lo saludé con cariño, al sentarme a su lado.

Lucía igual de rubio que a los nueve años. Llevaba el cabello tan alborotado como antaño y seguía teniendo ese brillo único en sus preciosos ojos verdes. Oliver es muy guapo, siempre lo ha sido, es de esos chicos que tienen las proporciones impecables y que parecen ángeles. Con catorce años, sus expresiones eran algo más duras que con nueve, pero no había perdido esa belleza que lo caracterizaba, incluso era más guapo que de niño.

No es porque yo lo quisiera tanto que le creyera perfecto. Lo hablaba con las chicas infinidad de veces y todas estábamos de acuerdo en que Oliver era el chico más guapo del colegio. Tenía la piel morena, la nariz perfecta y los

pómulos marcados, y le asomaban dos preciosos hoyuelos siempre que se reía con intensidad. Era de constitución delgada, pero fibrosa. Practicaba mucho deporte, entre el hockey y el *footing*, y más de una vez, cuando se quitaba la camiseta, le descubría unos inmejorables abdominales.

Puede que mi relación con Oliver no empezara de la mejor manera, pero ya no podía vivir sin él. Nos complementábamos el uno al otro. Y, aunque no tanto como debiera, había mejorado mucho en sus fobias sociales. Adam y yo lo tocábamos y abrazábamos sin ningún problema, porque para nosotros era algo completamente natural. El resto de nuestros amigos también lo tocaba asiduamente: un roce en el comedor, un abrazo cuando ganaban un partido de hockey... Brenda, la psicóloga, decía que era debido a la relación tan estrecha que mantenía con Adam y conmigo. Una vez abierta la veda...

A todo aquel que estuviera fuera de la pandilla no le permitía los mismos privilegios, aunque era mucho más dócil que de pequeño. Siempre intentaba evitar el contacto, pero, si alguien nuevo se presentaba y le daba un beso en la mejilla, no se apartaba con evidente rechazo, como cuando era más joven; simplemente suspiraba y se dejaba hacer. A mí me dolía el corazón al verlo. No era fácil para él.

—¿Estás de mejor humor? —me preguntó, rodeándome el cuello con su brazo.

—Estoy del mismo humor que todos los días, no sé qué os ha dado hoy a todos.

—Últimamente estás diferente, supongo que como consecuencia de la fase inicial de la adolescencia.

—¿Adolescencia?

—Sí, ya sabes, el período de transición psicológica y social entre la niñez y la vida adulta. Pensé que la pasarías mucho antes debido a tu inteligencia, pero ya veo que no.

—¿Y tú eres inmune a esa fase? ¿O también estás pasando de niño a hombre?

Oliver me miró divertido y se rio.

—Sin duda, también estoy en esa fase. —Se acercó a mi oído y me susurró—. Ayer me empalmé viendo cómo le botaban los pechos a Olivia en clase de gimnasia.

No pude evitar reírme a carcajadas. Oliver daba la apariencia de ser un chico serio y distante, pero, cuando se encontraba con su gente, sacaba su verdadero carácter a relucir. Y, en aquellos momentos, no era más que otro

chico en pleno proceso hacia la madurez, como decía él. Y, además, a Olivia le habían crecido los pechos considerablemente. ¡Qué suerte tenía! Y los míos, ¿dónde estaban?

—Olly, y a mí... ¿cuándo me van a crecer los pechos? —le pregunté, a la vez que le hacía un mohín infantil con la cara. Apoyé mi cabeza en su hombro y me acurruqué, mimosa.

Oliver me cogió la barbilla, pero no dijo nada. Durante lo que a mí me pareció un minuto, solo nos miramos el uno al otro. Siempre me ha impresionado cuando Oliver me observa de esa manera con sus atrayentes ojos verdes. Su mirada me llega al alma.

—Venga, vamos a la cama. —Me dio un beso en la cabeza y me ayudó a levantarme sin retirar su brazo de mis hombros. Y, así, nos marchamos a mi habitación.

Casi siempre dormíamos en mi dormitorio. En un primer momento, cada uno se dirigía a su propio cuarto, pero, al cabo de un rato, nos movíamos con sigilo por los corredores para cambiarnos sin que nos descubrieran los vigilantes nocturnos. Conocíamos todas sus rondas de memoria.

Hacia el Grand Prix Intercolegial

Nos adentrábamos en el mes de diciembre. Los entrenamientos en la pista de hielo se volvieron más intensos, dado que, en escasos meses, empezaban los campeonatos. No competía a nivel profesional porque mi padre no me lo permitía; decía que el patinaje era algo paralelo a mis estudios y que, en ningún caso, podía convertirse en un objetivo de futuro. Por eso me frenaba. Consideraba que dedicarme al patinaje de por vida sería un desperdicio para mi mente privilegiada. Yo creía que debería dedicarme a algo que me hiciera feliz, pero en aquella época no estaba segura de que el patinaje consiguiera ese objetivo.

Sería cosa de la edad, pero no sentía que mi vida estuviera completa. Era como si mi mente estuviera constantemente buscando algo que no encontraba. ¿Quería dedicarme al patinaje de manera profesional? ¿O a tocar el piano? Tenía aptitudes en ambas facetas y sabía que, si me centraba en desarrollarlas, podría ganarme la vida con cualquiera de las dos. Me divertían ambas e incluso me las tomaba muy en serio, pero lo veía más como un *hobby* que como algo a lo que dedicarle mi vida.

Y, entonces, ¿qué quería hacer con mi vida? Francamente, no tenía ni idea.

Una mañana, Adam, Oliver y yo nos entretuvimos corriendo más de lo habitual y llegamos al comedor cuando ya estaban a punto de cerrar el desayuno.

—Por los pelos, chicos —nos dijo Brian, untando la mantequilla en su última tostada—, ¿se le han vuelto a pegar las sábanas a Adam?

—Ja, ja, ja, me parto contigo, tío —contestó Adam con sarcasmo.

—Esta vez ha sido culpa mía —comencé a explicar—, tengo que estar en plena forma para el campeonato y he decidido incrementar el tiempo que dedicamos a correr por las mañanas y, dado que nos ha costado horrores despertar a Adam...

—Entonces sí que ha sido tu culpa, Adam —concluyó Pear.

—¿Por qué no os vais todos a la mierda? —Se levantó a coger su

desayuno, y Oliver y yo lo seguimos, riéndonos. Adam tenía un humor terrible por las mañanas. ¡Qué poco le gustaba madrugar! Solo lo hacía por nosotros, porque era uno de los momentos que compartíamos, solos, los tres.

Cogimos una bandeja y nos servimos el desayuno cada uno por un lado. Oliver seleccionaba las magdalenas con mejor aspecto, Adam vertía chocolate en polvo en la taza y yo introducía las tostadas en la tostadora, cuando alguien se colocó a mi lado. Mmm, ese olor a tierra mojada y hierba recién cortada...

—Buenos días, Sarita. Pensé que estabas a dieta y ya no venías.

—¿Por qué tendría que estar yo a dieta? —No es por presumir, pero debido a todo el ejercicio físico que realizaba al cabo del día entre el patinaje y el *footing*, tenía un cuerpo atlético. Plana, eso sí, pero bien proporcionado en el resto—. No me hace falta, estoy perfectamente.

—Si tú lo dices.

«Gilipollas».

Aproveché que Will estaba distraído, cogiendo una rebanada de pan, y le escupí en el zumo de naranja. Total, con tanta burbuja que salía de la máquina de zumos, no se notaría. Me arrepentí desde el mismo instante en que vi cómo caía mi saliva. Aferré con fuerza el plato de mis tostadas y me marché a toda velocidad hacia mi mesa.

Escuchaba la conversación de mis amigos en la distancia porque estaba concentrada vigilando la mesa donde se sentaban William, Daniel y el resto de sus amigos ¿Qué había hecho? Me empezaron a entrar remordimientos por el esputo. William cogió el vaso con la mano y lo acercó hacia su boca. «Mierda, se lo va a beber, se lo va a beber». Me levanté, con excesiva energía, y me precipité hacia la mesa de los macarras.

—¡NO TE LO BEBAS! —Mi grito provocó que cesaran todas las conversaciones y que me observara todo el comedor.

William me miraba sin saber que me refería a él. Llegué a su mesa y me detuve a su lado.

—No te bebas ese zumo.

—¿Perdona?—me preguntó William, alucinado.

—¿Qué te has tomado hoy, *Totó*? —me interrogó Daniel—. ¿No estarás experimentando con algún fármaco nuevo que ha salido al mercado? Ya sabemos que tus ansias de conocimiento no conocen límites, pero aun así...

Lo ignoré e insistí en mi cometido.

—Si yo fuera tú, no me bebería ese zumo.

—Ya le he dado un trago, ¿qué te pasa?

¡Oh, no! Abrí los ojos exageradamente. «¿Cuándo?». Debió de ser cuando volvía a su mesa porque, después de sentarse, no le había quitado ojo de encima en ningún momento. No sabía qué decir. Otra vez me había quedado bloqueada.

—¿Qué pasa? —Me escrutó con sospecha. Deduje que su mente ya hacía conjeturas—. ¿Qué has hecho?

Su expresión pasó de la interrogación al hastío.

Me preparé para correr. Tomé impulso, me volteé y le grité:

—¡Te he escupido en el zumo!

Y ya cruzaba el comedor a toda velocidad.

Escuché un fuerte estruendo. Signo inequívoco de que William se había levantado de la silla y me perseguía.

—¡YO TE MATO, SUMMERS! ¡ME HE TRAGADO TUS BABAS! —
Con asiduidad me llamaba *Sarita*, pero, cuando se disgustaba conmigo, me llamaba por mi apellido. Es curioso el comportamiento humano.

Bordeé mi mesa y divisé cómo me miraban todos mis amigos alucinados. Olly incluso tenía la taza a medio camino hacia la boca, y eso que era muy complicado sorprenderlo.

Acababa de llegar de hacer *footing* y otra vez a correr. Me podría haber ahorrado la sesión de aquel día.

Al final, conseguí escapar de William, pero sabía que no lo dejaría pasar.

Esa misma tarde los chicos tenían ensayo. Solían practicar en la sala de música.

—Sara, ¿cómo se te ocurre escupir en el zumo de Will? —me recriminó Moira, con obvia censura en sus palabras.

Moira era muy correcta y la rectitud personificada con su melena rubia y su pose perfecta. Jamás tenía nada fuera de lugar. Las medias del uniforme subidas hasta la altura de las rodillas, el jersey colocado encima del polo dejando los cuellos de este sacados por fuera y perfectamente alineados. Era como nuestro Pepito Grillo particular, la voz de nuestra conciencia. Sus padres son abogados; me imagino que ese tipo de cosas influyen en los hijos porque siempre ha ido por el camino correcto y ha cumplido todas las normas. Aunque, por otra parte, los padres de Adam también eran abogados, y siempre se salía del camino.

—¿Enajenación mental transitoria? —le contesté—. ¿Qué quieres que te diga? Me tocó las narices, y actué sin pensar.

—Yo me parto —dijo Adam. Era incapaz de contener la risa que le provocaba recordar el suceso—. Que se joda, por gilipollas.

—¿Te ha alcanzado? —Pear y su insaciable curiosidad tenían ganas de seguir indagando.

—¡Qué va! Me he cruzado con mi hermano Alex y lo he utilizado de parapeto.

—Vamos, que te has escondido en las piernas de tu hermano mayor —me dijo Brian, también sin poder disimular la risa.

—Sí.

—Y, ¿qué vas a hacer? Porque, cuando te encuentre, literalmente, te mata —me preguntó Pear.

—Metafóricamente.

—¿Qué?

—Que no creo que *literalmente* me mate.

—¿Qué? —insistió.

—Olvídalo, y que sepáis que no estoy dispuesta a pasarme el día correteando por el colegio por miedo a que me alcance, debo tomar una actitud más madura. —Medité durante unos segundos cuáles eran mis posibilidades—. Lo mejor será que me esconda y no acuda a clase hasta que se le pase el disgusto.

—Una decisión muy adulta, claro que sí —contestó Olivia.

—Entonces, ¿empezamos con el ensayo o seguimos discutiendo sobre lo adultas que son las acciones de Sara? —comentó Oliver, despreocupado.

—Yo me voy a la pista de hielo, tengo que entrenar. No vengáis a buscarme hoy porque voy a cerrar con llave por dentro. Solo por si acaso...

—Vale —contestaron Adam y Oliver.

—Chicos —interrumpió Marco—, acabo de encontrar las partituras de *Bohemiam Rhapsody*. ¿La tocamos?

—Está bien, me quedo —contesté yo.

Me encanta esa canción, es una de mis favoritas. Lo sé porque no me canso de escucharla. Hay canciones que escuchas infinidad de veces durante un periodo de tiempo, pero que, años después, ya has olvidado, o, aun recordándolas, intentas evitar porque te aburren. Pero hay otras que permanecen a tu lado durante toda la vida. Para mí, *Bohemiam Rhapsody*, de Queen, es una de ellas.

Me coloqué en el piano, y Oliver se sentó junto a mí. No tocó la guitarra; en aquella ocasión, tan solo cantó. Tiene una gran voz y, por ello, además de

tocar la guitarra, también hace las veces de cantante.

Adam se colocó la guitarra, Marco el bajo y Brian se situó detrás de la batería. Comencé yo con las primeras notas en el piano. En el tercer compás, Oliver se lanzó a cantar.

*Mamaaa
Just killed a man,
Put a gun against his head, pulled my trigger,
Now he is dead
Mamaa, life had just begun,
But now I've gone and thrown it all away
Mama, oooh*

A esas alturas de la canción ya se nos habían unido el resto de componentes. Dejé la mente en blanco, solo pensaba en la satisfacción que obtenía de tocar aquella pieza con mis chicos. Nos acompañábamos bien los unos con los otros, llevábamos años tocando juntos y es de las cosas que más nos complacía hacer. Cuando conocí a Adam y al resto, jamás pensé que podría compartir mi pasión por la música con todos ellos. Fue algo extraordinario.

Escuché cómo las voces de Brian, Adam y Marco se unían a la de Oliver.

*I see a little silhouette of a man,
Scaramouch, Scaramouch, will you do the
Fandango*

Sus voces sonaban extrañas, a propósito, más graves de lo que deberían. Les encantaba hacer el payaso, y yo me lo pasaba bomba con ellos. No pude evitar que me asomara una gran sonrisa en el rostro.

Llegamos a la parte en la que Adam se lucía con la guitarra. Era mi parte favorita.

*So you think you can stop me and spit in my eye
So you think you can love me and leave to die
Oh, baby, can't do this to me, baby*

En ese «oh, baby» levanté la cabeza de las partituras y comprobé que

Oliver se tronchaba de la risa y no podía ni cantar. Yo intenté aguantarme, pero no pude. No supe cómo, pero conseguimos acabar la canción y quedó formidable.

Me quedé un rato más con los chicos y luego me acompañaron todos a mis entrenamientos, por si William me pillaba por los pasillos de camino a la pista.

8

La venganza se sirve en plato frío

Todo estaba demasiado calmado. Los primeros días, después de mi pequeño desafortunado incidente con William, no fui a clase. Me dediqué a practicar mis movimientos sobre los patines mañana, tarde y noche. Apenas quedaban dos meses para el campeonato. Oliver me acompañó en todo momento, ya que gozábamos del privilegio de poder saltarnos algunas clases siempre que tuviéramos un motivo.

La Dirección del colegio nos permitía ese tipo de prerrogativas a Oliver y a mí. Si acudíamos a clase, era para estar con nuestros amigos y llevar una vida común. Aun así, después de un par de días, la directora Peters vino a la pista de hielo a comunicarnos que no debíamos faltar a clase tantos días seguidos sin motivo aparente. No podíamos hacer lo que nos diera la gana porque eso no era llevar una vida ordinaria. Una cosa era saltarnos algunas clases de vez en cuando y otra muy diferente dejar de acudir. No nos quedó más remedio que volver a la rutina habitual.

Mentiría si dijera que no estaba inquieta. Era muy extraño que el impresentable no hubiera dado señales de vida. Cierto es que lo esquivaba como si del mismísimo diablo se tratara, pero, si hubiera querido encontrarme, lo hubiera hecho. ¿Qué tramaría?

Por desgracia, tardé muy poco tiempo en averiguarlo.

Era viernes, y habíamos vuelto a asistir a clase. Me crucé por los pasillos con Daniel y William, pero no me dijeron nada aparte del rutinario «buenos días, Sarita»; aunque sí detecté ciertas miradas entre ellos que no me dieron demasiada confianza. Era algo así como: hoy es el día de la venganza, prepárate a sufrir. «Mmm, tendré que andarme con ojo».

Después de un tedioso día, llegamos a la última clase: la de química. La clase que compartía con William. Había permanecido todo el día en alerta permanente y, curiosamente, llegué relajada al aula pensando «¿qué podría pasar?». Estábamos con el profesor y no se arriesgaría a hacerme nada. ¡Ilusa de mí!

Le pregunté a Adam sobre el contenido de las últimas clases que nos

habíamos perdido y me explicó que habían trabajado en el experimento del huevo saltarín.

Es un bonito truco que nos enseña cómo funcionan la osmosis, la difusión, la desnaturalización de proteínas y diversas reacciones químicas más. Observé el huevo de Adam y... ¡madre mía! Pero ¿qué tipo de huevos habían utilizado para ese experimento? Era enorme, como un huevo de avestruz. El experimento consiste en insertar el huevo dentro de un vaso de cristal. A continuación, se llena el vaso con vinagre. Comienzan a salir burbujas debido a la reacción química de la cáscara de huevo, que contiene carbonato de sodio, al entrar en contacto con el vinagre. Tres días después, la cáscara de huevo desaparece, el tamaño aumenta y es elástico.

Nos hallábamos en esa última fase del experimento, cuando jugábamos y manipulábamos el huevo. Se vuelve tan elástico que, si se deja caer desde una pequeña altura, rebota y da saltitos. Eso hubiera pasado en circunstancias normales, pero no es lo que sucedió con nuestro huevo. Cuando Adam se dispuso a manipularlo, William interrumpió la clase.

—Profesor, no me parece correcto que Sari... Sara Summers disfrute con los resultados de este experimento cuando no ha participado en el proceso. No es justo, Adam lleva tres días trabajando en ello y es ella la que se va a beneficiar de los resultados.

Su defensa de Adam debería haberme hecho sospechar que algo tramaba.

—Señor Von Kleist —le contestó el profesor Munro—, estoy seguro de que la señorita Summers entiende el proceso.

«¡Chúpate esa, Von Kleist!». Lo miré por encima del hombro. No era ningún secreto que Oliver y yo éramos más inteligentes que la media. Ese tipo de cosas, al final, se acaban sabiendo.

—Ya, eso es lo que dice usted. Alucino con los favoritismos de este colegio. —Eso último lo dijo muy bajito, como si estuviera hablando consigo mismo, pero lo suficientemente alto como para que toda la clase lo escuchara.

—Está bien. —Munro se dirigió a mí—. Señorita Summers, por favor, ¿podría explicar a la clase qué pasos hay que tomar para la realización del experimento y enseñar los resultados?

A continuación, expuse con todo lujo de detalle los pasos que habían dado mis compañeros hasta ese día, y arranqué a lanzar el huevo desde una altura de cincuenta centímetros hacia mi mesa para que vieran cómo daba saltitos. Pero, cuando el huevo tocó mi mesa...

¡¡BOOOMMM!!

Explotó y me cubrió el rostro, el cabello y el cuello de restos de huevo y vinagre.

«¡Me cago en...!». De alguna manera, William lo había manipulado para que explotara al primer lanzamiento. Porque estaba segura de que había sido él.

—¡LO HAS HECHO A PROPÓSITO, GILIPOLLAS! —le grité a William.

—¡Te juro que no! —me contestó, de manera inocente y levantando los brazos a la vez en señal de rendición. Pero no era más que una pose, porque segundos después descubrí que intentaba contener la risa. Incluso tuvo que introducirse uno de los puños en la boca.

—¡ESTA ME LA PAGAS! —Me levanté de mi silla y me dirigí a su sitio con toda la furia que tenía dentro. Estaba enfadada, muy enfadada; aquello era pasarse de la raya. Yo me arrepentí del asunto del zumo al instante de haberlo hecho, pero él lo había hecho con alevosía y ensañamiento. ¡Apeataba a vinagre!

Unos brazos me rodearon, impidiéndome ir a por William para partirle la cara. Era Oliver quien me sujetaba. Sobra decir que toda la clase se desternillaba de la risa, incluso podía ver, desde mi posición, cómo le lloraban los ojos a mi hermano Daniel, de lo bien que se lo pasaba a mi consta. Otro que iba a recibir cuando menos se lo esperase.

—¿Pero qué es lo que ha sucedido? No lo entiendo... —murmuró el profesor confundido.

—¡Lo que ha pasado es que ese gilipollas —grité señalando a William con el dedo— ha manipulado el huevo para que me explotara en la cara!

—Señorita Summers, deje los insultos, se lo ruego. No sé qué ha podido suceder. —Yo tenía clarísimo lo que había sucedido. Intentaba zafarme de Oliver cuando escuché, de nuevo, la voz de William.

—Déjela, profesor, se ha levantado esta mañana con el pie izquierdo y tiene el carácter A. VI. NA. GRA. DO —recalcó cada sílaba de esa última palabra. «Lo mato». Para aquel momento, ya veía todo negro. No era capaz ni de oír las carcajadas de mis compañeros. Me solté del abrazo de Oliver y fui directa a su encuentro. Pero, por el camino, tres personas más me sujetaron, de modo que no conseguí llegar a mi objetivo. Eran Adam, Marco y Brian.

—¡Soltadme! —pataleé desesperada, pero no me hacían caso.

—Caballeros, por favor —dijo Munro—, sáquenla de aquí hasta que se tranquilice.

Me empujaron por el aula hacia la salida y no me soltaron hasta que no estuvimos a varios metros de distancia.

—¡Cómo apestas a vinagre! —me dijo Brian, cuando bajábamos las escaleras de caracol.

Si las miradas matasen, Brian habría caído fulminado al instante.

Cinco lavados de cabeza después, entré en el comedor para cenar. Me senté a la mesa con un cabreo considerable. No esperé a que nadie me dijera nada, hablé directamente.

—Me he lavado el pelo cinco veces. ¡CINCO!, y no he logrado eliminar el olor a vinagre. —Todos me escuchaban, pero no sabían qué decir. Permanecimos en silencio durante interminables segundos.

—A mí me hueles bien, a fresas y a miel, como siempre —dijo Oliver, despreocupado. No le hice caso.

—Sí que hueles a miel, ¿te has caído en un panal de abejas? —me preguntó Marco, mientras se aproximaba a mi olisqueándome. No me molesté en explicarle que había terminado el bote de mascarilla de esencia de miel con los cinco lavados que había sufrido mi cabello.

—¿Sabéis que? No pienso perder el tiempo planeando una venganza, estoy saturada. A partir de este momento, queda terminantemente prohibido nombrar a William Von Kleist; de hecho, esta es la última vez que pronunciamos su nombre. Fingiremos que no existe.

—Deberíamos apodarlo «el que no debe ser nombrado», como Voldemort, y así, cuando queramos decir algo de... —interrumpí a Pear en su diatriba.

—¿Qué parte de que no existe es la que no entiendes? ¡Ni «el que no debe ser nombrado», ni «el innombrable» ni nada! —Me levanté y fui derecha hacia su mesa, donde cenaba con mi hermano y compañía. Adam intentó detenerme.

—*Totó*, espera. Estás muy nerviosa.

Con el transcurso de los años, Oliver, Adam y yo habíamos aprendido a comunicarnos con los ojos, y los míos le dijeron: «No, Adam. Necesito hacer esto». Di media vuelta y proseguí mi camino.

Me aproximé enfurruñada al rincón donde se sentaba William y me percaté de que todo el comedor nos observaba. Intuían pelea, y nuestras peleas, desde los nueve años, eran épicas. Me situé frente a él y lo apunté con el dedo.

—A partir de este momento, olvídate de mí, William. Olvídate de que

existo, olvídate de mi nombre y de mi cara. No voy a buscar venganza por lo de hoy, porque no pienso volver a pelearme contigo; para mí ya no existes. Puedes aceptar mi consejo o no, pero con nada de lo que hagas vas a obtener una reacción por mi parte, y, si es necesario que hable con mi padre para que me saque de este estúpido colegio y así dejar de verte, no dudes que lo haré.

Me salió un poco Pimpinela, pero no me importó. Durante el segundo que tardé en darme la vuelta, advertí una expresión de dolor en su rostro. No se esperaba esa reacción por mi parte. Era la primera vez que le hablaba con tanta dureza, pero ¿qué esperaba? ¿Que nos peleáramos como críos hasta la eternidad? Daniel también parecía consternado.

Me dispuse a marcharme, pero William me sujetó por el codo y me obligó a darme la vuelta.

—¿Qué sucede, Sarita? ¿No aceptas una derrota? —me hablaba con ira, no con su indiferencia habitual. No había ni un ápice de burla en su voz.

—Suéltame, no tengo nada más que discutir contigo. —Intenté desprenderme de su agarre, pero era más alto y más fuerte que yo.

—Espera —me dijo, con un tono de voz más conciliador. Desde que nos conocíamos jamás había utilizado ese tono conmigo. Parecía arrepentido—, no te lo tomes así, tan solo ha sido una broma.

Se le notaba frustrado. No le contesté, lo único que quería era que me soltara para poder largarme de allí. Se me habían quitado hasta las ganas de cenar, tenía el estómago cerrado. Hice el amago de irme, pero me agarró más fuerte.

—No te vayas así, por favor. Perdóname, si hubiera sabido que reaccionarías de esta manera, no lo hubiese hecho. Créeme.

Durante unos segundos, su mirada gris me desarmó, y estuve a punto de ceder. No entendía qué me sucedía con él en los últimos tiempos, pero sentía cosas, cosas que nunca había sentido. «No», me reocriminé a mí misma, «no cedas. ¿A dónde te crees que te va a llevar este juego que os traéis? A ninguna parte».

—Me he cansado de jugar contigo, Will.

Will. Lo llamé Will, era la primera vez que lo hacía. Él también se percató de ello. La cosa iba en serio. Su amarre se aflojó y me soltó el brazo, fue bajando sus dedos con suavidad hasta llegar a mi mano, la rozó y una descarga eléctrica me recorrió todo el cuerpo ¿Qué me sucedía?

—Sara —me llamó Daniel.

Apunté a mi hermano con el dedo.

—Tú no hagas nada, sigue actuando exactamente como siempre has hecho, como si yo no existiera.

Me di la vuelta y abandoné el comedor. Me escondí en mi cuarto y me senté en el piano. Necesitaba relajarme y sacar todo lo que tenía dentro. Las primeras notas de *Storm* de Vivaldi comenzaron a sonar. Al principio, golpeé las teclas con una fuerza inusitada y a una velocidad vertiginosa, nada acorde con la que requería la pieza, la que marcó Vivaldi, y que ya de por sí es bastante acelerada.

Compás tras compás me relajé, hasta que al término de mi interpretación lo único que padecía era pena, pena por la pérdida de algo, pero no sabía de qué. Rompí a llorar sin poder evitarlo.

Al día siguiente, mi humor no mejoró, me sentía taciturna. Las clases pasaron sin que fuera consciente de ello y, para cuando me quise dar cuenta, ya eran las cinco de la tarde. Los chicos tenían entrenamiento de hockey y decidí ir a sentarme a las gradas y verlos jugar, como tantas otras veces hacía.

Me gustaba estar sentada, tranquila y relajada, observando cómo se desenvolvían los chicos en el hielo. Casi todos los días acababan con disputas, sobre todo Oliver y Daniel, que no se llevaban bien, y tal y como andaban las cosas... Era increíble que llevándose tan mal consiguieran trabajar en equipo durante los partidos. Dejaban sus diferencias fuera del hielo.

Qué profesionales, si yo hubiera tenido que trabajar en equipo con Tessa, habría acabado con su cabeza dentro del hielo, aunque no se podía comparar la relación de ellos con mi relación con *Santa Teresa*. Lo nuestro era mucho peor.

—Hola, mi amor —me saludó una alegre Pear mientras se sentaba a mi lado.

—Hola. —Le devolví el saludo de manera vaga, la misma manera en la que se encontraba mi humor.

—¿Cómo van nuestros chicos? ¿Ya han empezado a liarse a tortazos?

—Observa tú misma.

—Sara, ¿quieres que hablemos de lo que te sucede, o ignoramos las señales y fingimos que no pasa nada?

Giré la cabeza para enfrentarla. ¿Señales? ¿Qué señales? Ella vio la pregunta en mis ojos porque no dejó de hablar.

—Bien, allá voy. Tienes razón al enfadarte con «el innombrable» por lo que te hizo en clase, y comprendo que estés cansada de pelear en todo

momento, pero creo que, en el fondo, aunque no tan fondo, es posible que... ¿te atraiga «el innombrable»?

—¿Qué dices? ¿Atraer en qué sentido?

Miré rápidamente hacia ambos lados para asegurarme de que nadie nos escuchara. En las gradas solo estábamos nosotras y algunas chicas más, varias filas atrás, pero estaban lejos y no podían oírnos. Los chicos tampoco nos prestaban atención. Acababan de terminar de patinar en círculos por la pista de hielo, para aumentar su resistencia y que pudieran aguantar todo el partido, y en ese momento entrenaban el frenado en ambos sentidos.

—En el sentido de que te gustaría lamerle todo el cuerpo. —Al momento levantó la mano para evitar mi replica—. Y no te pongas histérica, que nos conocemos. Asimila lo que te he dicho y reconócelo. No sucede nada, Sara, no hay nada malo en que te interese «el innombrable». Y, para ser sincera, yo creo que tú también le interesas a él. Lo he observado las últimas semanas y no te quita ojo, sabe dónde estás en todo momento. Deberíais dejar de pelear e intentar llevaros bien. Saldríais los dos ganando.

No era consciente de que William me observara de esa manera. Pero una cosa era clara, si mi amiga era capaz de verlo, existía la posibilidad de que todo el colegio lo viera. «¡Qué vergüenza! ¡Él dedicándose a fastidiarme y yo suspirando por él!». Apoyé los codos en mis rodillas y agaché la cabeza. Me armé de valor y lo admití.

—¿Qué tragedia, Pear! ¿Tanto se me nota? Ni siquiera yo era consciente de que me gustaba, no sé cómo ha sucedido y no sé si esto que siento significa que me gusta. Estoy hecha un lío. ¡No sé qué hacer!

—Tranquila, en primer lugar, no *se te nota*. Yo lo veo porque te conozco más de lo que crees, de hecho, te conozco más que tú a ti misma. Y, en segundo lugar, no tengo ni idea. Vamos a dejar que pase el tiempo y se calmen las cosas. ¿Te parece?

Mi amiga me rodeó los hombros con su brazo y me acostó sobre su regazo. Asentí con la cabeza y permanecimos así durante un buen rato. Cuando me incorporé, los chicos ya terminaban el entrenamiento. Se les veía a todos bastante relajados. Los contemplé un rato más hasta que caí en algo.

Observé a Pear muy concentrada mirando a los chicos. Nunca se había interesado por el hockey; no era lo suyo, el deporte en general no le interesaba, exceptuando la equitación. Le encantaba montar a caballo y solía pasear por los alrededores del colegio con su caballo, llamado Percy.

—Y tú... ¿por qué has empezado a venir a los entrenamientos de los

chicos cuando jamás te han interesado?

—No digas bobadas, Sara. Yo siempre he venido a ver a los chicos.

Se lo había pensado mucho antes de contestarme. Mentía. La conocía bien.

—Mentira. En las últimas semanas, has venido más veces que en los últimos cinco años. ¿Qué es lo que te interesa ver aquí?

—Sara, vengo para estar contigo. Nunca tienes tiempo para mí.

Me ocultaba algo. ¿A quién venía a ver aquí? A mí no, desde luego. Nunca antes lo había hecho. Volví a observar a los chicos; eran doce en total, entre titulares y reservas. Había demasiadas posibilidades. Y no pude descartar a ninguno de ellos. Aunque supe que lo descubriría tarde o temprano.

9

El concierto de Navidad

El colegio *Crowden School* se enorgullece del gran programa musical que ofrece a sus estudiantes. Desde edades muy tempranas, invitan a todos los padres de alumnos a que animen a sus hijos a tocar algún instrumento. La ciencia ha demostrado que la música aporta grandes beneficios en el desarrollo cerebral infantil a todos los niveles: cognitivo, emocional, social y afectivo.

En nuestra época, no teníamos un número pasmoso de alumnos con aspiraciones musicales, pero, desde luego, era más de lo que cualquier otro colegio pudiera presumir.

«Incluso *el innombrable* toca la guitarra... ¡Mierda! ¡Es por culpa de Pear! Si no me hubiera metido en la cabeza la idea de llamarlo así y no me hubiera obligado a reconocer que me atraía, no estaría siempre pensando en él. ¿O sí? No lo sé, solo sé que ya no sé nada». Está claro que, cuando me pongo filosófica, no hay quien me pare.

Es costumbre del colegio organizar un certamen musical todos los años justo el último día de clase antes del comienzo de las fiestas navideñas. Se celebra en la sala de exposiciones musicales y, además de todos los alumnos con edades superiores a los doce años, también acuden los padres y demás familiares. Para los más pequeños, hay una audición el día anterior.

Yo jamás tocaba en ese concierto porque nunca me ha interesado tocar en público. No tengo fobia ni nada parecido, sencillamente no me gusta. Toco para mí porque es mi manera de expresarme. Los únicos oyentes que tengo son mis amigos y mi familia. Pero, aquel año, eso iba a cambiar.

Faltaba un día para las vacaciones de Navidad. Todo el colegio lucía decorado con motivos navideños rojos y plateados. Colocaron, como todos los años, varios árboles de Navidad en el edificio principal, otro en la residencia y otro en la pista de hielo.

Había transcurrido un mes desde el incidente del huevo y mi relación con «el innombrable» había cambiado mucho. Yo no le dirigía la palabra, pero él todos los días me saludaba por los pasillos con un simple: «Buenos días,

Sarita». Me desafiaba. Llevaba dándome los buenos días desde los nueve años y, durante aquel mes, cada vez que lo hacía, me miraba como diciendo: «Atrévete a quitarme también esto». Yo lo ignoraba y listo.

Caminaba ensimismada en mis pensamientos cuando la directora Peters me detuvo.

—Buenos días, Sara. Tengo que hablar contigo de algo de gran envergadura. —No le contesté y la invité a que siguiera hablando—. Mañana es la gala de Navidad y tengo a Sophie lesionada. Ya sabes quién es Sophie. —Por supuesto que lo sabía. Conocía cada maldito rostro del maldito colegio, sus nombres, apellidos, caracteres, aficiones... Solo me hizo falta escucharlo una vez para recordarlo el resto de mis días—. Bien, resulta que Sophie era la encargada este año de acompañar con el piano a la banda en el *Canon* de Pachelbel y ya no puede hacerlo, por lo tanto, vas a hacerlo tú. No te va a implicar ningún prob...

—No.

—¿Perdona?

—La respuesta es no. No quiero tocar el piano en el concierto de Navidad.

—No es una petición, Sara, es una orden. Necesitamos a alguien con urgencia y nadie es capaz de preparar esa pieza musical en un día.

—Con no incluir el piano como parte de la banda es suficiente.

—No, Sara, esa no es una opción. He dicho que vas a tocar el piano y fin de la discusión. Te permito que lo interpretes a tu manera, haz la versión que más te agrade, me es indiferente. Habla con el resto de tus compañeros y poneos de acuerdo, que te obedezcan en todo. Ya me encargo yo de ponerlos sobre aviso.

Y se marchó, dejándome con la palabra en la boca. Beneficios de ser la directora del colegio, mucho ordenar y poco escuchar.

«De acuerdo, la versión del *Canon* que más me agrade. Perfecto. Si quiere *Canon* de Pachelbel, pues *Canon* de Pachelbel va a tener».

Al día siguiente, a media tarde, me preparaba en mi habitación para la audición. Debía vestirme de gala. Todos los familiares de alumnos venían ataviados como si se tratara del concierto de Año Nuevo, con trajes de chaqueta y corbata. Para el *Crowden School*, uno de los colegios más elitistas de Europa, el Concierto de Navidad era el acontecimiento del año, y las familias que acudían a verlo esperaban ver la rectitud y seriedad que inculcaba el centro.

A los alumnos se nos permitía un poquito de flexibilidad, aunque no

demasiada. Pero si, además, te tocaba participar, como aquel año a mí, debíamos vestirnos de rigurosa etiqueta.

Escogí un vestido verde botella. Tenía los brazos al descubierto, ya que la manga no bajaba más que al final del hombro. Debajo del pecho llevaba un lazo, que me rodeaba todo el cuerpo, y a continuación caía el tul hasta la altura de las rodillas. Me puse los zapatos a juego y me miré en el espejo. Me alisé mis rebeldes rizos y me maquillé un poco.

Pensé que, en el futuro, cuando la gente comentara lo que una alumna se atrevió a hacer en el Gran Concierto de Navidad del *Crowden*, no podrían criticar que iba mal vestida. Dejé de contemplarme en el espejo y salí por la puerta de mi habitación.

Subí hasta el noveno piso y entré en la habitación de Oliver. Utilicé la llave que guardaba, junto con la mía y la de Adam, en una fina cuerda colgada del cuello. No había nadie dentro. Eché un vistazo a las tres guitarras que tenía Oliver y me decanté por la Gibson. Dejé la habitación de mi amigo y me dirigí al *backstage*.

El auditorio era una sala gigantesca, capaz de albergar hasta 800 asistentes. La mayoría de los asientos se localizaban en la platea, pero también contaba con un pequeño palco. Las butacas eran de terciopelo granate y se dividían en dos zonas, con un corredor en medio como en cualquier teatro.

No estaba nerviosa. Oteé desde las bambalinas y advertí que mis amigos y mi familia se habían sentado en las primeras filas. Nunca nos sentábamos en las primeras filas, pero aquel año iba a tocar yo y, por lo tanto, nada era igual. Incluso vislumbré a Daniel y William sentados en la primera fila.

En el *Crowden*, las noticias se esparcían como la pólvora y, en las últimas horas, lo único que se escuchaba era que Sara Summers iba a tocar el piano en el concierto de Navidad. Era algo que no habían visto antes. Lo desconocido nos excita, nos crea expectación. Seguí observando a mis familiares y amigos y me di cuenta de que, desde mi posición, la sala parecía más extraordinaria.

Ya nos tocaba empezar. Todos mis compañeros se sentaron en sus respectivas butacas y la directora se subió al escenario para hacer la presentación. No atendí a su discurso hasta que oí mi nombre.

—Y, como novedad de este año, la alumna Sara Summers va a acompañarnos al piano. Es un gran placer para mí poder compartirlo con ustedes, y espero que disfruten del concierto. —Me miró y me hizo una señal

para que me aproximara al escenario.

Agarré uno de los amplificadores que solía haber en el *backstage* y lo enchufé a la pared. Me colgué la guitarra eléctrica de Oliver al cuello y suspiré.

Primero me situé al frente del escenario, donde coloqué el amplificador. Después, me encaminé con paso firme al centro del escenario, donde se encontraban mis compañeros. Todos me miraban anonadados. Escuché la pregunta «¿guitarra?» entre susurros. Le entregué a cada uno la partitura correspondiente del *Canon Rock*. Todos me observaban sin saber de qué iba todo eso, pero alucinados por lo que empezaban a sospechar que sucedería. Sus miradas oscilaban de mí a las partituras, y de las partituras a la guitarra. Comenzaron a ser conscientes de lo que pretendía hacer.

Era un motín en toda regla. Las familias venían al recital dispuestas a deleitar sus oídos con música clásica de la buena y no con un tipo de música que ni entendían ni querían escuchar.

—Cambio de planes, chicos. Vamos a tocar esta versión del *Canon*. El que no quiera, que se levante y se marche, o directamente que no toque, y el que no consiga seguirme que deje de tocar. —No les di la oportunidad de réplica. A continuación, me acerqué al micrófono que había dejado Peters en uno de los extremos del escenario.

Todos me observaban. Aún no quería fijarme en sus expresiones, iba a decir lo que había venido a decir y tocaría mi versión del *Canon*, la versión para la que Peters me había dado «total libertad».

—Buenas noches a todos. Les ruego me disculpen por estos cambios de última hora, pero esta noche no voy a tocar el piano. —Respiré—. Amanda Peters me suplicó ayer encarecidamente que hiciera la versión que más me agradara de este *Canon* de Pachelbel, y eso es lo que voy a hacer.

Juzgué, con acierto, que la directora se pondría nerviosa con mis palabras, porque no me «suplicó ayer encarecidamente» que tocara el piano sino que me lo ordenó, pero eso, de momento, solo lo sabíamos ella y yo. Preferí no mirarla aún.

Me puse en el frente del escenario de cara al público y dando la espalda a mis compañeros. Conecté la guitarra al amplificador. Máximo volumen. «Oh, sí, y, si consigo romper las ventanas, mejor».

Les di permiso a mis compañeros para que comenzaran a tocar. Las primeras frases eran suaves como la versión original del *Canon*. Escuché los primeros acordes de los violines.

«¿Estoy segura de lo que estoy a punto de hacer? ¿Estoy preparada para ver la decepción de mi padre? ¿Por qué me has puesto en esta situación, Peters?». Nunca antes había tocado en público, desde luego no para un gran público, esa había sido siempre mi elección. Yo decidía quién quería que me escuchara. No es ningún capricho. Es porque, cuando toco, desnudo mis emociones y no me agrada exponerme de esa manera. «¡Ánimo, Sara! No permitas que otros decidan sobre tu vida, dales un escarmiento».

Comencé a tocar. Los primeros compases eran calmados. Acompañé a mis compañeros con sus instrumentos y, durante unas cuantas notas más, tocamos en perfecta armonía hasta que...

¡¡¡CHANG, CHANG!!!! Empezó a resonar el *Canon Rock* por toda la sala.

Observé a todos los oyentes. En la primera fila, desde la izquierda, las chicas me miraban con los ojos a punto de salirse de sus órbitas. Seguí paseando los ojos, Marco y Brian se reían y me levantaban los pulgares en señal de aprobación. Oliver y Adam me admiraban orgullosos y me invitaban a que continuara.

No las tenía todas conmigo, y empecé a ponerme nerviosa. Las abuelas de mis compañeros se taparon los oídos con las manos y más de una se levantó de su asiento dispuesta a abandonar el concierto.

Dudé. Todavía podía desistir de mi plan y continuar con la versión clásica. De pronto, percibí un movimiento en la primera fila. Era Oliver. Se había levantado de su butaca y se precipitaba hacia la salida. «¿A dónde vas? ¡No me dejes sola! ¡Tú no, por favor!».

Mi mirada continuó por la primera fila hacia el centro. Descubrí a mi padre examinándome como si un extraterrestre se hubiera colado en la cabeza de su hija. Me figuré que no entendía qué sucedía, sobre todo teniendo en cuenta que jamás me había visto tocar la guitarra. Él pensaba que solo tocaba el piano. «¿Se está disgustando?».

Continué por la fila, los padres de Adam alucinados, los padres de Oliver más alucinados todavía, mi hermano Alex flipando y Daniel negando con la cabeza totalmente en contra de mi actuación. Si tuviera que contar con los dedos de las manos las veces que hace mi hermano ese gesto para mostrarme su desacuerdo con lo que hago, no habría dedos suficientes en el mundo. Continué avanzando: William. ¿Era eso una sonrisa? No me dio tiempo a averiguarlo porque advertí movimiento en la parte izquierda del palco.

Moví mis ojos hacia allí. Era Peters. Me hacía aspavientos con las manos

para indicarme que soltara en ese instante la guitarra. Junto a ella se ubicaban algunos de los profesores. Todos me indicaban que dejara de tocar.

Iba a rendirme cuando lo sentí. Oliver se había situado a mi lado y conectaba otra guitarra a un nuevo amplificador. Nos miramos, me sonrió y deslizó sus dedos por las cuerdas de la guitarra. Al instante se reenganchó.

Oliver y yo llevábamos años tocando esa pieza juntos. Nuestros movimientos eran perfectos, como si una única persona estuviera tocando ambos instrumentos. No conseguía escuchar nada que no fueran nuestras guitarras. Íbamos a un ritmo tan vertiginoso que supuse que la mitad de nuestros compañeros habían decidido no acompañarnos en esa locura, y la otra mitad no había sido capaz de seguirnos.

Llegó un momento de la pieza en la que bajamos el ritmo, *decrecendo*, escuché el violín, alguien nos seguía o, cuando menos, se había unido a esa parte de la pieza. No me giré para ver de quién se trataba, aunque tenía mis sospechas. *Increscendo*, volvieron a resonar las guitarras más fuerte que nunca, solo las escuchaba a ellas y el frenético ritmo de mi corazón. Ya no miraba a nadie, solo a Oliver. Sus ojos verdes. Su cálida mirada.

Se acercaba el final y, durante varios compases, dejamos de tocar, porque así lo indicaba la partitura. Ahí seguía el violín. Me giré. Era Nick, el hermano mayor de Oliver. Nos había acompañado en todo momento. Nick tocaba el violín desde muy pequeño y siempre participaba en el concierto navideño. Aquel era su último año, el año siguiente iría a la universidad. Entonces, me sentí fatal, le había estropeado su última actuación. Él se dio cuenta del cambio de expresión de mi rostro y me sonrió para transmitirme su conformidad con lo que hacía. Confiaba en mí y, si aquello era lo que yo necesitaba hacer, adelante con ello. Nick y yo siempre nos hemos llevado muy bien, desde el primer día que nos conocimos. No es porque sea el hermano mayor de Oliver, es porque hay veces en que conectas con la persona desde el primer segundo, y Nick y yo conectamos desde aquel día en las pizarras. Continué tocando.

Últimas frases. Decreciendo. Otra vez sonaba el violín de Nick. Volvimos a la versión original, tocamos muy suave, marcamos los últimos acordes y acabamos la pieza.

Antes de dirigirme al público, le susurré un «gracias» a Oliver moviendo los labios, sin emitir sonido. Él me devolvió un «de nada».

Me aproximé al micrófono. No quería descubrir las expresiones de desagrado y decepción de nadie, de modo que me concentré en Adam, que

me guiñó un ojo en cuanto se topó con mi mirada.

—Gracias y buenas noches a todos.

Alguien comenzó a aplaudir y a silbar. Eran mis amigos, eran pocos, pero simulaban el alboroto de cincuenta personas. A ellos se les unieron varios compañeros más, y más, y algunos más. Me fijé, y eran todos alumnos, ningún adulto. Estos lucían conmocionados. Nick también aplaudió desde el escenario. Y Oliver, pero ningún compañero más de la banda.

Desenchufamos las guitarras y abandonamos el escenario. «*Show must go on*». Al pasar por delante de la banda, casi todos nos escrutaron con cara de pocos amigos. No se puede tener siempre el beneplácito de todos.

No habíamos dado ni veinte pasos cuando escuché los gritos.

—¡Summers!

—¡Sara!

—¡Aston!

—¡Oliver!

Nos miramos el uno al otro, suspiramos y nos dimos la vuelta. Hacia nosotros se dirigían los padres de Oliver, mi padre, la directora y no sé cuántas personas más.

—Sara, ¿qué demonios ha sucedido ahí dentro? —arrancó a interrogar mi padre.

—De esta no te libras, Summers —Escuché decir a Tessa Marlock de refilón, mientras pasaba por mi lado. Tessa se había convertido en mi archienemiga desde el momento en el que empecé a ganar campeonatos de patinaje.

—Sara, esta vez te has extralimitado. Puedo pasar por alto ciertos aspectos de tu comportamiento, pero ¡la manera en que has ridiculizado esta tarde al colegio no pienso tolerarla! —Peters estaba muy cabreada. Jamás la había visto así. Jamás me había hablado así.

—¿Y dónde has aprendido a tocar la guitarra de esa manera? —me preguntó mi padre. Todos lo ignoramos, teníamos asuntos de mayor alcance que discutir.

Oliver y yo no decíamos nada. No todavía.

—¡Vas a estar castigada por el resto de tus días aquí, Sara! —Peters seguía chillando—. ¡Y tú, Oliver, también! —Entonces habló directamente con Oliver—. En cuanto regreses de las vacaciones de Navidad, te vas a ocupar tú de retirar los adornos navideños de todo el colegio. ¡Hasta la última estrella! Y, en cuanto a ti —me apuntó con su dedo acusador—, ¡vas a afinar

todos los malditos pianos de este colegio!

Reaccioné ante su castigo.

—¿Qué? ¡No tengo tiempo para eso! ¡Tengo que entrenar para el campeonato de patinaje!

—¡Haberlo pensado antes!

—Papá, por favor, di algo. No todo ha sido culpa mía, ella me obligó ayer a tocar el piano en la función, y ya sabes que no me gusta tocar en público.

—¡Eres una gran pianista y era una emergencia! —me interrumpió Peters.

—Me has obligado a hacer algo que no quería, ahora asume las consecuencias.

—Tú sí que vas a asumir las consecuencias. ¡Tú y tu amigo del alma!

Mi padre, ante esa nueva información, me sujetó por el brazo. No era un buen presagio.

—Sara, ¿estoy entendiendo bien? ¿Has armado todo este alboroto solo porque te dijeron que tocaras el piano en una emergencia? —Mi padre también estaba muy disgustado. «Vaya, y yo pensando que entendería mis motivos».

—¿Solo? —interrumpió Oliver—. No podéis obligar a nadie a hacer algo que no quiere.

—Tú cállate, que bastante has hecho ya. ¿Cómo se te ocurre subir al escenario y unirse a este sinsentido? —le gritó Peters. Definitivamente, jamás la había visto tan irritada. «No ha sido para tanto, ¿verdad?».

Los padres de Oliver no decían nada. De hecho, su padre intentaba contener la risa, imagino que consideraba que no era más que una travesura infantil. El padre de Oliver es así, siempre tiene una gran sonrisa en la cara y pocas veces lo he visto de mal humor. Tiene los mismos ojos que Oliver. Lo observé y me pareció verlo a él, a Olly. La madre de Oliver, Laura, le recriminaba con la mirada el comportamiento a su marido. Mi padre y Peters permanecían ajenos a todo lo que sucedía a su alrededor. Solo se centraban en su hastío hacia mí.

—Hijo, muy mal comportamiento, estoy muy decepcionado. —Se me escapó una sonrisilla por la falsa reprimenda de Eric a su hijo.

—No vamos a seguir discutiendo este asunto en los pasillos. —Mi padre empezó a ser consciente del revuelo que comenzaba a montarse por todo el colegio y tomó medidas.

—Vayamos a mi despacho —le secundó Peters.

10

Navidades en Suiza

Mi padre estaba muy disgustado conmigo, tanto que incluso llegó a plantearse la idea de quedarnos en casa y no ir a la casa de los Aston en la nieve. Por suerte, y para alivio de todos, reaccionó, gracias a las súplicas de mis tres hermanos que exponían –de manera acertada– que no podían ser ellos castigados por mis errores.

Desde hacía cuatro años, la costumbre de pasar las Navidades en la cabaña que poseen los padres de Oliver en los Alpes Suizos se había convertido en una norma. La gigantesca casa está situada en Saas Fee, una preciosa localidad ubicada en el Valle de Saas. Rodeada por las montañas más altas de los Alpes, está a los pies de los espectaculares glaciares que la circundan en forma de concha; de ahí que sea conocida como la perla de los Alpes.

La cabaña es de piedra en el piso inferior y de madera en los pisos superiores. El tejado tiene forma de triángulo y casi siempre está cubierto de nieve. Los marcos de las ventanas y las contraventanas están pintados de rojo, y las cuatro terrazas que posee son de un blanco tan puro que armonizan con la propia nieve. La casa por dentro es de madera, y contiene dos amplias chimeneas que la convierten en uno de los emplazamientos más acogedores que conozco. Parece sacada de un cuento de Navidad. Siempre asocio la nieve con la Navidad.

Desde mi habitación de entonces tenía unas vistas increíbles: una gran montaña nevada. No me cansaba de observarla. La madre de Oliver hacía varios años que me había asignado una de las mejores habitaciones de la casa. La cama era de dos por dos metros y el baño era bastante amplio. Tenía terraza y una estantería llena de libros que Laura se encargaba de actualizar todos los años.

Nos juntábamos allí las tres familias: los Aston, los Wallace y los Summers. Se habían convertido en mis navidades favoritas y ya nada habría sido lo mismo sin ellas. Adam tenía tres hermanas pequeñas que se llevaban muy bien con mi hermana Kate. Nick solía juntarse con Alex, y Daniel

andaba de un lado para otro sin posicionarse en ningún grupo. Adam, Oliver y yo permanecíamos juntos casi a todas horas.

Los días transcurrieron con normalidad, sin sobresaltos. La madre de Oliver es una estupenda cocinera y, con la ayuda de la *Tata* de los Aston, la cena de Nochebuena fue un éxito, como todos los años. Yo no comí mucho, a pesar de estar todo exquisito. El resto de los presentes lo achacaban a lo sucedido en el festival de Navidad y a las sucesivas disputas con mi padre.

Para evitar estar demasiado tiempo en casa, me levantaba temprano por la mañana y subía a las pistas a esquiar. Oliver y Adam solían acompañarme casi siempre, pero en algunas ocasiones me gustaba estar sola. A veces, necesito a la soledad como mi única compañera.

La semana había pasado muy rápido, y llegó la Nochevieja. Todos preparaban sus disfraces para salir esa noche por el pueblo (nos gusta disfrazarnos en Nochevieja y en ese pueblo es tradición). Cada año nos disfrazábamos y dábamos una vuelta por la localidad, pero ese año no me apetecía.

Me di una ducha para relajarme antes de bajar a cenar. Una vez seca, me puse unos pantalones vaqueros, una camisa de cuadros roja y negra y unas botas marrones. Lucía muy navideña, algo de ilusión debía poner porque no quería arruinar el día al resto.

En la cena, mi hermana Kate sacó a colación el tema del concierto de Navidad. «¡Bocazas!». Explicó que tanto ella como todos sus amigos, que asistieron a la gala, consideraban que había sido el mejor festival musical de todos los tiempos. Yo observaba mi plato como si no existiera nada más en el comedor, no quería discutir y disgustar más a mi padre. Mi padre cambió de tema –tampoco quería discutir– y comenzaron a parlotear sobre el estado de la nieve en las pistas: blanca, fresca y perfecta.

Después del postre y durante la sobremesa, me sentía tan aburrida que ni los chistes verdes de Adam me animaban. Me levanté de la mesa y me senté al piano. Los padres de Oliver habían comprado hacía varios años un precioso Stainway que solo tocaba yo, y Oliver en escasas ocasiones. Antes de pensarlo, mis manos acariciaron el piano imitando a Ludovico Einaudi con su *I giorni*.

Las conversaciones no cesaron en la mesa, estaban todos acostumbrados a escucharme tocar y sabían que no me agradaba que me observaran con atención. Los únicos que osaban desafiarme con sus miradas y sonrisas eran Oliver y su madre Laura. Oliver no resistió demasiado tiempo y se levantó

para sentarse a mi lado. Tocamos durante un rato la pieza musical a cuatro manos. Cuando terminamos, nos miramos el uno al otro.

—Ven, quiero enseñarte una cosa —me dijo Oliver mientras me obligaba a levantarme del taburete.

—¿Ahora?

—Sí.

Nos levantamos, y Oliver me arrastró hasta una de las puertas que daba acceso al jardín trasero. Cogió nuestros abrigos de un colgador y me ofreció el mío. También me tendió la bufanda, el gorro y los guantes.

—¿Afuera?

—Sí.

—¿Es necesario?

—Sí.

—Tu destreza lingüística hoy me tiene maravillada.

—No seas pedante y abrígate.

Nos abrigamos bien y salimos al jardín. Oliver me cogió de la mano y me llevó hacia una de las esquinas del porche, donde tenía su telescopio resguardado del frío y de la nieve. Oliver puede pasarse horas y horas contemplando las estrellas. A mí me gustan más las cosas que puedo tocar y palpar con las manos.

Hacía una buena noche, a pesar del frío, el cielo estaba despejado y lo cubría un gran manto de estrellas. Aun así, cuando salimos al exterior, el viento helado nos azotó los rostros. Estaba todo cubierto de nieve a nuestro alrededor. Oliver retiró la funda protectora del telescopio y lo colocó en el jardín. Yo observaba cómo preparaba todo. Lucía muy concentrado, había apagado todas las luces, se había quitado los guantes y manipulaba los diferentes componentes del telescopio sin pestañear. Cuando hubo terminado de ajustar los visores, se agachó para manipular el trípode y poner el telescopio a la altura deseada. Lo observé con atención, no entendía qué pretendía. Oliver tenía las rodillas apoyadas en la fría hierba y había puesto el trípode tan bajo que tendríamos que agacharnos para llegar al visor, sobre todo él, con lo alto que ya era. Y yo ya no era tan bajita.

—Ven, nena.

¿Nena? Lo miré con las cejas enarcadas y me sonrió burlón. Casi todas las noches, antes de acostarme, leo. Me gustan las novelas románticas, sobre todo aquellas en las que un guapísimo caballero de brillante armadura salva a la damisela en apuros. Muchas noches, Oliver se tumbaba a mi lado y

apoyaba la cabeza en mi hombro. Leía un ratito conmigo, para luego reírse de mí por las tonterías que él consideraba que me gustaban. Varias noches antes, acostada en mi cama, había leído una bonita historia sobre una niña bien que se enamoraba de un motero tatuado y arrogante que se dirigía a ella como «nena». Recordé a Oliver reírse de mí cuando lo leyó y deduje que había decidido tomarme el pelo.

Cuando me acerqué, Oliver colocaba los cojines de las sillas de jardín en el suelo. Se sentó, con la espalda apoyada en el muro que rodea todo el jardín, cogió unas mantas que había dejado antes sobre el telescopio y se las puso por encima, dejando sus brazos abiertos para que yo me metiera dentro.

—Ven, siéntate, para que te pueda mostrar lo que te pierdes cuando no levantas la vista hacia el cielo nocturno.

Me acomodé en su regazo, sentada delante de él y con nuestros cuerpos tocándose al completo. Mi espalda rozaba su pecho, y pasó sus brazos por encima de mis hombros para taparnos a ambos con la manta y poder manejar el telescopio. Crucé las piernas y él estiró las suyas para rodearme. Me dio un escalofrío, y Oliver me apretó más contra él. Percibí su calor por mi espalda que, respiración tras respiración, me fue recorriendo todo el cuerpo.

—Vamos a ver lo que localizamos hoy. Ponte cómoda, porque nos va a llevar un rato.

Muchas veces he observado a Oliver buscando estrellas en su telescopio, pasa muchas horas mirando por el objetivo y, cuando encuentra algo, se le nota, porque empieza a mover las piernas frenéticamente de la emoción y a sonreír sin poder evitarlo.

Al cabo de un rato observando, sus piernas empezaron a moverse. Había encontrado algo.

—Mira por el objetivo, a ver si adivinas qué es —me dijo, separándose del telescopio.

Me aproximé al visor y observé. Era la Osa Menor. La reconocí por su peculiar forma de carro. Me pareció preciosa.

—¿Qué ves? —me preguntó Oliver, acercándose a mi oído.

—Es la Osa Menor.

—Muy bien, listilla. ¿Cómo lo has sabido?

Oliver se toma muy en serio la astronomía. Decidí hacerlo rabiar un poquito.

—Por esa cosa del extremo que brilla tanto.

El joven astrónomo dio un respingo y giró la cabeza para enfrentar mi

mirada.

—¿«Esa cosa que brilla tanto»? ¿En serio? Porque esa «cosa que brilla tanto», como tú dices, es Polaris, la Estrella Polar.

No pude evitar comenzar a reírme al verlo tan indignado. Qué sencillo era tomarle el pelo. Me reí más fuerte y, al cabo de escasos segundos, Oliver se dio cuenta de mi juego.

—¿Me estás vacilando?

—Un poquito —reconocí juntando mis dedos.

—Ahora verás. —Se inclinó y me hizo cosquillas por todo el cuerpo. Tengo muchas cosquillas, no puedo evitarlo, y él lo sabe. Me retorcí para todos los lados, pero sus manos eran implacables y no me daban descanso. Me faltaba la respiración de tanto reírme.

—¡Para, para, por favor! ¡Te prometo que voy a tomármelo en serio!

Oliver se detuvo y me miró sonriendo abiertamente. Se le marcaron los hoyuelos y... es sin duda la sonrisa más bonita que he visto en mi vida. Es sincera y estoy tan acostumbrada a verla que no podría vivir sin ella.

Nos volvimos a colocar en posición y seguimos viendo las estrellas y las constelaciones. Oliver me lo explicaba todo con mucha calma, a pesar de habérmelo contado ya infinidad de veces. Es como un libro abierto.

De repente, escuchamos cómo se abría la puerta de la casa que daba acceso al jardín. Yo miraba por el visor y no me molesté en volverme para ver quién era.

—Chicos —nos llamó la madre de Oliver—, están a punto de dar las doce, si queréis dar la bienvenida al año nuevo con todos nosotros tenéis que entrar ya.

—Vale, mamá—le contesto Oliver, pero ninguno de los dos nos movimos.

Laura no nos obligó a entrar al calor de la casa. Es una mujer muy perceptiva y siempre ha sabido interpretarnos a Oliver y a mí. Adoro a los padres de Olly. Desde el principio me llevé muy bien con ellos, y el cariño fue mutuo. Siempre me han tratado como si fuera su hija, desde el primer momento que me conocieron. Me figuro que me consideran fundamental en la vida de su hijo, igual que él lo es en la mía.

Minutos después, escuchamos la cuenta atrás y luego los gritos, los cohetes y la música. Ya se había acabado el año 2006 y acabábamos de entrar en el 2007. No entramos a la casa para celebrarlo con los demás. Mis últimos momentos del 2006 los viví donde tenía que vivirlos. Oliver es mi refugio, mi

seguridad.

—Oliver —le susurré.

—¿Qué?

—Prométeme que tú... que tú no me vas a hacer sufrir.

Nos miramos a los ojos y juntamos nuestras cabezas.

—Te lo prometo.

Se abrió, por segunda vez, la puerta del jardín.

—Chicos, ¿os venís al pueblo a tomar algo?

Era Adam. Se acercó a nosotros y se sentó a nuestro lado. Levantamos la manta, de manera que él también quedó cobijado debajo de ella. No dijimos nada más, no íbamos a salir al pueblo, y Adam tampoco fue. Nos quedamos los tres viendo las estrellas hasta que se nos cerraban los ojos por el cansancio y nos fuimos a dormir.

Es una de las mejores Nocheviejas que recuerdo, pero, mirándolo en retrospectiva, jamás debí hacerle prometer algo a Oliver que estaba predestinado a incumplir.

11

Primeros besos

No podía creerme que ya estuviéramos de vuelta en el colegio. Debería haber vuelto relajada después de las vacaciones de Navidad, pero volví peor de lo que me había ido.

Mientras desayunábamos en el comedor, poníamos en común cómo habíamos pasado toda la pandilla las vacaciones y de vez en cuando se acercaba alguien a nuestra mesa para dejar caer sus impresiones sobre la gala de Navidad. Oh, sí, todavía se hablaba de ello. Escuché bastantes «buen trabajo en el concierto, Summers» o «impresionante actuación la del día de Navidad» y también algún «mi abuela dice que no viene más si vamos a convertir la audición en un Sodoma y Gomorra moderno»... ¡Qué exageración!

Pear interrumpió mis pensamientos.

—Esta tarde tenemos gabinete de crisis, chicas. —Ese era el nombre que asignamos a las reuniones urgentes que hacíamos cuando a alguna de nosotras le sucedía algo.

—Yo no puedo. —Bebí mi zumo de naranja—. Tengo que empezar hoy mismo a afinar los pianos y por la noche me voy a la pista de hielo, tengo que entrenar.

—Podemos trasladar el gabinete a la sala de música —sugirió Olivia.

—Magnífica idea —dijo Natalie—. ¿Puedes concentrarte en afinar esas cosas mientras hablamos?

—Supongo que sí.

Terminamos de desayunar y nos marchamos a clase. El día pasó rápido, y nos tocaba clase de química. No quería ver a William. No había podido sacarlo de mi cabeza en las últimas semanas. Pensé que sería una liberación el hecho de no dirigirnos la palabra, pero no lo era. Aunque siempre nos hablábamos mal y nos insultábamos, en el fondo lo echaba de menos. No los insultos, lo echaba de menos a él.

Nuestra «no relación» seguía igual. Yo no le dirigía la palabra, y él se limitaba a darme los buenos días, pero, aparte de eso, no había nada más. ¿Y

si nos distanciábamos tanto que al final ya no quedaba nada? Se suponía que ese pensamiento debería ponerme feliz, pero no quería tenerlo tan lejos, no quería que se olvidara de mí. Me sentía muy confundida.

Entré en clase, y mis ojos se dirigieron, sin consultarme, a su zona. Allí estaba, apoyado en la mesa, de espaldas a mí y hablando con mi hermano. Debió de sentir mi presencia porque, sin previo aviso, giró la cabeza y me encontré con sus ojos grises. No aparté la vista, ninguno de los dos lo hicimos. Yo, porque necesitaba empaparme de su mirada para poder sobrevivir el resto del día y él... supuse que para desafiarme.

Al final, fui yo la primera en romper el contacto visual. Me dejé caer en mi silla de la primera fila y sentí sus ojos clavados en mi nuca durante toda la clase.

Según afinaba el primer piano, pensaba que me parecía alucinante que mi padre hubiera consentido aquello. Más que un castigo era explotación infantil.

Apenas llevaba media hora cuando escuché la voz de Pear.

—Sara, ¿me estás escuchando? —Atisbé algo de recriminación en su voz.

—Por supuesto que te estoy escuchando. —Siempre lo hago.

—Y ¿qué he dicho? —me preguntó mordaz.

—Que te has besado con tu vecino estas Navidades y que ha sido muy desagradable. —De eso trataba el gabinete de crisis. Del primer beso de Pear y de los resultados catastróficos.

—¡No he dicho eso! —gritó—. ¡He dicho que, después de catorce años esperando recibir mi primer beso, tomo la gran decisión de concederle ese honor a mi vecino de toda la vida y resulta ser un completo desastre! Os lo juro, chicas, yo creo que nuestras bocas no se cerraron del todo porque notaba cómo se resbalaba la baba por mi barbilla y... Fue muy desagradable, ni siquiera sé si se trataba de mi baba o de la suya.

—Pues lo que yo he dicho.

—¡Qué asco, Pear! —bufó Natalie—. Debe de ser culpa del chico porque a mí no me sucedió eso. ¿Cuántos años tiene?

—Uno más que nosotras.

—¿Y no había besado antes a una chica? —dudó Moira.

—A mí no se me va a olvidar la imagen que tengo en mi cabeza de

vuestras babas. ¡Puaj! —Justo me giré a tiempo para ver la cara de desagrado que había puesto Olivia—. Definitivamente, le diré a Brian que necesito practicar.

—¿Cómo sabes que no te va a pasar lo mismo que a mí? —le preguntó Pear.

—Porque Brian ya ha besado a muchas chicas, digo yo que algo habrá aprendido y que lo hará bien.

—Hazlo, y mañana nos lo cuentas.

Las chicas siguieron discutiendo sobre los besos mientras yo cumplía con mi castigo. Había un total de siete pianos en aquella sala de música, más el piano de cola de la sala de exposiciones musicales y los dos pianos que había en las aulas donde se impartían las clases escolares de música. Sumaban un total de diez pianos que debía afinar.

Mis oídos empezaron a captar notas musicales... la, si, do, re, mi, fa, sol... la, si, do, re, mi, fa, sol... Se notaba que las tocaban con un solo dedo.

—¡Escucha, Sara! —me solicitó Pear—. Estoy tocando do, re, mi, fa, sol, la, si... —Y seguía tocando la, si, do, re, mi, fa, sol, pero canturreando do, re, mi, fa, sol, la, si.

—En realidad estás tocando la, si, do, re, mi, fa, sol —le expliqué, sin girarme y sin dejar de afinar mi piano.

—No puede ser, estoy empezando a tocar desde la primera tecla del piano del lado izquierdo, ¿ves? —Escuché, por tercera vez, cómo aporreaba el piano, la, la, la—. Do, do, do —seguía cantando.

—Esa tecla que tocas no es do, es la —insistí en explicarle.

—¿En serio? ¿Estás segura?

—No pienso ni contestarte a esa pregunta.

Dos horas después, un piano se me resistía. De una de las teclas salía un sonido muy extraño. Algo sucedía. Una vez más, la curiosidad me pudo. Mandé un mensaje a Oliver:

Sara: Necesito tu ayuda con uno de los pianos.

Me respondió un minuto más tarde.

Oliver: Yo te afinó un piano y tú retiras el árbol de navidad de la pista de hielo.

Sara: No esa clase de ayuda. Necesito desmontar un piano. Trae lo necesario.

Oliver: ¿Desmontar un piano? Ok, dame media hora.

En el rato que estuve esperando (ya me había quedado sola), trabajé con otro de los pianos para adelantar trabajo. Trabajo no remunerado. Cuando Oliver llegó, no venía solo.

—¿Adam?

—¡Adam al rescate! —me saludó contento—. Necesito desconectar, estoy hasta los cojones de guardar bolas y guirnaldas.

«¿¿Qué?? ¡Tendrá morro el rubio!».

—¡Olly! ¡Eso es trampa!

El susodicho me sonrió socarrón y comenzó a sacar utensilios de la bolsa que traía consigo.

—¿Y por qué no me has ayudado a mí? —le pregunté a Adam.

—Porque no tengo ni pajolera idea de lo que haces.

—Sara, deja de quejarte y cuéntame qué pasa con ese piano.

Acepté a regañadientes y le expliqué a Oliver lo que me sucedía con uno de los pianos. Después de pensarlo durante tres segundos, no existía otra opción. Debíamos desmontar el piano.

Oliver se pasó media adolescencia desmontando objetos. Abría todo lo que se le ponía por delante y lo volvía a montar. Ordenadores, teléfonos, telescopios... El problema era que no siempre conseguía montarlo de nuevo. Adam, en ocasiones, todavía se pregunta qué fue lo que sucedió con su PlayStation 2. De repente, un día, dejó de funcionar... Prometí llevarme el secreto a la tumba.

Nos pusimos manos a la obra y empezamos a desmontar el piano. No descubrimos el problema hasta que habíamos descompuesto casi la totalidad del piano. ¡Había un penique escondido en las tripas del piano y chocaba con una de las cuerdas! ¿Cómo habría llegado hasta allí?

—¿¿Qué estáis haciendo?? —Nos asustó una voz desde la puerta.

Nos giramos y vimos que era el señor Collins, el profesor de música. No entendí cómo fue capaz de formularnos la pregunta porque tenía la boca totalmente abierta.

—Yo, mirar.

Me giré hacia Adam para acusarlo con la mirada.

—¿No pensarás que se va a creer que yo tengo algo que ver con eso —

señaló las piezas que reposaban en el suelo— que habéis organizado?

—Decidme que podéis volver a colocar todo en su lugar.

Miré hacia el pobre piano, que en su mayoría descansaba en el suelo, convertido en una aglomeración de piezas inútiles por si solas.

—¿No había notado que el do central sonaba fatal? Resulta que había un penique dentro del piano —explicó Oliver. Yo le mostré el penique en cuestión para que viera que hablábamos en serio.

Seguía con la boca abierta. Me acerqué a él y le abrí la mano para darle el penique.

—De nada. —Soné bastante condescendiente.

—DECIDME. QUE. PODÉIS. VOLVER. A. COLOCAR. TODO. EN. SU. LUGAR.

Ya no tenía la boca abierta. Tenía los labios apretados y una mirada que daba miedo. «¿Volver a colocar todo en su lugar?». Oliver y yo nos miramos de reojo con cara de circunstancias. Los superdotados no siempre podemos hacer todo lo que queremos. De hecho, casi nunca conseguimos hacer lo que queremos. Recé para que aquello no se convirtiera en otro de los desastres de Oliver.

Después de tres largas horas recomponiendo el piano (con éxito), me puse unas mallas azul oscuro y mi sudadera rosa chicle, recogí mis patines y me marché a la pista de hielo. Apenas había podido practicar, por lo tanto, decidí que iba a ser una larga sesión.

Me coloqué los patines y entré en la pista. Me encantaba sentir el hielo a través de las cuchillas de mis patines. Primero practiqué los saltos. Empecé con un vals, era mejor empezar por lo elemental y poco a poco ir complicándolo. Comencé el movimiento hacia delante, salté, realicé una media vuelta en el aire y aterricé sobre el hielo. Lo repetí varias veces más y solo entonces practiqué saltos más complicados hasta acabar en el triple *axel*. Ese salto lo inventó el noruego Axel Paulsen y es el salto más difícil de todos. Preparé el salto deslizándome de espaldas, realicé un cambio de dirección y fui a por ello.

Una hora más tarde, practicaba giros sin descanso. Me incorporaba de mi pirueta baja, donde mi cuerpo había estado prácticamente sentado en el pie de apoyo, cuando distinguí a alguien sentado en las gradas. Mi corazón palpité cuando vio de quién se trataba.

William Von Kleist.

Estábamos en un momento de nuestra «no relación» en la que ambos no

sabíamos cómo tratarnos. Siempre nos habíamos incordiado el uno al otro, pero después del arrebató aquel que tuve, tras su bromita en la clase de química, todo se había vuelto extraño e incómodo. Aquel fatídico día quien habló por mí fue la cólera que me invadió el cuerpo, pensé que estaría disgustada con él a perpetuidad, pero me di cuenta de que no era así. Ya no estaba enfadada. Me aproximé a las gradas.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté con demasiada brusquedad. Una cosa era haberlo perdonado y otra muy diferente que él se diera cuenta de ello.

Se levantó del asiento.

—Pasaba por aquí.

No me lo creí. Él casi nunca visitaba la pista. A pesar de estar siempre con mi hermano, el patinaje no era lo suyo, así que optó por apuntarse al equipo de fútbol del colegio, y no al equipo de hockey con Daniel.

—Pasabas por aquí... Ya, claro.

Nos quedamos mirándonos, pero ninguno dijo nada. Quería decirme algo, pero no conseguía abrir la boca. Finalmente, tomó una decisión.

—Espera un momento, ahora vengo. —Y, sin más, salió corriendo.

Me quedé quieta, apoyada en la barandilla. ¿A dónde había ido? ¿Qué pretendía? La espera se me hizo eterna porque no sabía qué esperar. Por los altavoces de la pista sonaba *Total Eclipse of the Heart* de Bonnie Tyler. Empezaba a impacientarme cuando lo distinguí saliendo por los vestuarios. Venía con unos patines puestos. No entendí nada, ¿quería patinar conmigo? Su actitud no parecía hostil, era conciliadora.

Se aproximó a la entrada de la pista y entró. Vino hacia mí. No se sujetaba muy bien sobre las cuchillas, pero mantenía el equilibrio. Aunque a duras penas.

Se me escapó una sonrisa, no pude evitarlo. Me resultaba muy cómico ver a William Von Kleist en aquella situación.

—No te rías. —Levantó la mirada del suelo y el gesto provocó que perdiera el escaso equilibrio que tenía. Y se cayó.

Contuve la risa mientras se levantaba y llegaba hasta mí.

—Quería preguntarte una cosa —me dijo, cuando ya estábamos a escasos centímetros de distancia. Su voz sonó cálida, nunca antes me había hablado de esa manera. Me tenía desconcertada: primero me hablaba en tono conciliador, el día de nuestra gran pelea, y luego me hablaba así. ¿Era posible que yo también le gustara a él?

De pronto, dio un traspié. «Se va a caer... se va a caer... se va a caer...».

¡Pero no! Aguantó como un titán y no se cayó.

—¿Qué? —le contesté de malas maneras a su comentario anterior. Todavía estaba a la defensiva.

—¿Qué se siente al dar todas esas vueltas?

—¿Cómo?

—Llevo observándote patinar desde los nueve años... —Me miró fijamente a los ojos. ¿Cómo había dicho? Eso era imposible, no lo había visto en las gradas.

—No me mires así —continuó diciendo—, que tú no me vieras no significa que no estuviera ahí. Y siempre me he preguntado qué sientes cuando giras. ¿Ves lo que pasa a tu alrededor? ¿Ves cómo gira la pista? ¿Te mareas?

No sé qué fue lo que me llevó a hacer lo que hice a continuación. Lo agarré del brazo y lo empujé, con cuidado, hasta situarnos más alejados de la barandilla.

—Vas a tener que estar muy quieto y dejarte llevar si no queremos que esto sea un auténtico desastre.

—¿Qué vas a hacer? —Parecía asustado. Qué mono, el gran Von Kleist asustado.

—Voy a hacer que des vueltas, Von Kleist.

Me alejé de él y comencé a dar vueltas a su alrededor. Ahora sonaba *Fix You* de Coldplay. No tenía muy claro lo que iba a salir de aquella locura. Di mi última vuelta a su alrededor y me aproximé a él. Lo primero que hice fue rodear sus piernas con mi pierna derecha y, casi a la vez, lo sujeté por los hombros con mis manos. William me obedeció y se dejó hacer. Tenía el control absoluto de su cuerpo. La parte final de la canción que escuchábamos, la instrumental, empezó a sonar. Y, en ese momento, comenzamos a girar.

William se sujetó con fuerza a mi cintura. Estábamos girando. Controlé la velocidad, no quería ir rápido no fuera a ser que nos cayéramos, pero no íbamos lentos. Quería que lo disfrutara y que sintiera lo mismo que yo.

Seguimos girando y no quería parar. Sentía la calidez de sus brazos rodeándome. Tenía su olor metido en mi piel. Lo tenía cerca, muy cerca. Nuestras narices no se tocaban porque él era más alto que yo. Escuchaba su respiración agitada en mis mejillas y quise permanecer así mucho más tiempo, pero no podíamos, de modo que disminuí la velocidad hasta que nos detuvimos. No nos soltamos, continuamos abrazados, yo con mis manos sobre sus hombros y él rodeándome la cintura.

—¿Qué has sentido?

William me miró fijamente. «¿Qué es eso que atisbo en sus ojos? ¿Deseo?». Las palabras que me dijo a continuación permanecerán grabadas para siempre en mi memoria. Palabra por palabra.

—Siento el cuerpo extraño, las rodillas me flaquean, parece que un elefante está paseándose por mi estómago, tengo el ritmo cardíaco acelerado y me cuesta respirar, y...

—¿Y? —pregunté un tanto indecisa.

—Y... las vueltas tampoco han estado mal.

¡Oh! Hasta ese momento, mi cabeza permanecía gacha y mi mirada clavada en nuestros patines. Levanté los ojos y me choqué con los suyos. Su mirada me abrasó. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Aproximó poco a poco su boca a la mía.

«¿Va a besarme?», pensé. «¿Quiero que me bese? ¿Quiero que mi primer beso sea con él? ¡Sí! Bésame, por favor, por favor».

Si a él le flaqueaban las rodillas, a mí me flaqueaba todo el cuerpo. Si no fuera porque me sujetaba... Cerré los ojos, su aliento estaba más cerca de mi boca, hasta que por fin... me besó.

Al principio sus labios fueron cautelosos. Se aproximaron y se separaron a la vez. Eran muy suaves. Segundos después, cogió confianza y ya no fueron precavidos. Tomaron mis labios con precisión, y su lengua fue adentrándose en mi boca. La mía respondió de igual manera y me perdí en aquel beso. Fue un beso profundo, prolongado y acelerado. Se desencadenaron miles de sensaciones dentro de mi organismo, todas ellas muy placenteras. Afianzó su agarre a mi cintura y yo subí mis manos a su nuca. Nos abrazamos más fuerte.

Una vez, leí en un artículo que «con un beso se activan hasta unos treinta músculos faciales, diecisiete de ellos relacionados con la lengua, se transfieren nueve miligramos de agua, otros cero coma dieciocho de sustancias orgánicas, cero coma siete de materias grasas, cero coma cuarenta y cinco de sales minerales, además de millones de gérmenes, bacterias y microorganismos, y se queman, a lo largo de tres minutos, unas quince calorías». Todo aquello lo experimentaba mi cuerpo y era maravilloso. Quería que me besara hasta el fin de los días. ¿Cómo podía decir Pear que besarse era desagradable?

Will comenzó a separarse de mí. «¿Ahora es Will?» «Sí. Ahora es Will», le contesté a mi subconsciente.

¡No pares!, quería gritarle a mi exenemigo. Quería seguir sintiéndome así, quería que mis pulsaciones siguieran aumentando, quería seguir notando cómo revoloteaban las mariposas en mi estómago, ¡eso sí era cierto! Las sentía, había miles de ellas.

Al final, nos separamos, y lo único que deseé fue que él dijera algo, porque a mí no me salían las palabras.

—Tengo... tengo literalmente un elefante dando brincos en mi estómago.

—Literalmente no, metafóricamente.

«¿Eso es lo único que se te ocurre responderle? ¿En serio?», me reprendí a mí misma.

—¿Qué? —Me sonrió. Nunca lo había visto sonreír así. Me gustó.

—Es imposible que literalmente tengas un elefante dentro de tu estómago, ya solo por tamaño sería... —Empecé a parlotear y me tensé. «Sara, ¡relax!».

—Cállate ya, empollona. —Me volvió a besar, y yo caí de nuevo en ese torrente de sensaciones que me embargaban desde el primer momento en que acercó sus labios a los míos.

Saqué la llave de la habitación de Oliver de dentro de mi sudadera y abrí la puerta. Descubrí a mis dos amigos sentados en la cama concentrados en algo. Me acerqué y me tiré sobre la misma quedando boca arriba. Una vez tumbada y relajada, me toqué los labios, que todavía me hormigueaban.

—Chicos, no os podéis imaginar lo que me acaba de pasar —les dije, soñadora.

—Ajá... —me respondieron ambos.

No me escuchaban. ¿Qué hacían? Levanté la cabeza y me fijé en qué era lo que los tenía tan concentrados.

—¿Qué estáis haciendo? —Seguían a lo suyo, pero Oliver me respondió.

—Un robot.

—Ajá. Y tú, Adam, ¿qué haces?

Adam despegó la cabeza de su tarea y me miró entrecerrando los ojos.

—Lo proveo de todo el material necesario y que conozco, cable rojo, cable azul... A Olly le ha entrado la vena constructora después de lo del piano.

—Ajá. —Suspiré—. Chicos... ¡Me acaban de dar mi primer beso!

Levantaron ambos la cabeza a la vez.

—¿En la boca?

—¿Con lengua?

—¿Cuándo?

—¿Dónde?

—¿Cómo?

Y la gran cuestión final en la que no habían caído hasta ese momento. Fue Oliver quien lo hizo.

—¿Quién ha sido?

—Sí, sí, hace media hora, en la pista de hielo, ¿cómo va a ser? Pues como se besa la gente, imagino, y... ha sido William.

—¿Qué William? —preguntó Oliver, confundido— ¿El empollón de gafitas de primero?

—Tiene gracia que tú llames empollón a alguien —respondió Adam—. ¿Con ese? Pero si es un pringado.

—Ese William, no. William... William Von Kleist

—¿Quéee? —Ya me esperaba una reacción así por su parte.

—¿Con Von Kleist? ¿Estás de broma?

—No, Adam. Hablo en serio.

—Pero ¿no es «el innombrable»?

—Sí, ¿y qué?

—¿Cómo qué «y qué», Sara?

—«Innombrable» no es lo mismo que «no besable».

—Yo no entiendo a las mujeres. —Adam se rindió y se tumbó en la cama.

—Empieza por el principio, por favor. —Oliver, siempre tan conciliador.

Les conté todo, con pelos y señales.

A la mañana siguiente, no me crucé con William por los pasillos del colegio en ningún momento. Así es el destino, siempre te da lo que no quieres y cuando lo quieres te lo arrebatata.

Estuve toda la mañana nerviosa porque no sabía qué hacer. ¿Qué pasaría con nosotros? ¿Éramos amigos, enemigos, novios? Después de pensarlo durante un largo rato decidí que lo mejor era dejar que él diera el siguiente paso.

Para el final del día, mis nervios ya estaban a flor de piel. Se acercaba la clase de química. Pear se había dado cuenta de que algo me sucedía y llevaba toda la mañana insistiéndome para que se lo contara. No sabía por qué no les había hablado de ello aún a las chicas. Creo que me daba vergüenza. A Oliver y Adam se lo contaba todo, casi no había secretos entre nosotros, pero con las

chicas era más comedida, excepto con Pear. De camino al aula de química, nos separamos del resto, y mi amiga aprovechó para interrogarme.

—Cuéntame qué te pasa o te juro que les cuento a todos que en sexto grado te morías por los huesos de Harry, el pirado.

—¡No serás capaz!

—Empieza a cantar por esa boquita.

—Vale, pero no se lo cuentes a nadie, aún no estoy preparada para que se sepa.

—Escupe.

Es mejor tirar de la tirita con rapidez, así duele menos. No me anduve con rodeos y se lo conté.

—Ayer William Von Kleist me besó.

—¿Qué? ¿Que William, qué? Digo... ¿que «el innombrable», qué?

—¡Que me besó!

—¡AHHHHHH!

—¡Cállate, loca! Que se va enterar todo el colegio.

—Señoritas, por favor. Entren ya en clase —nos ordenó el profesor Munro.

—¡No me puedes dejar así!

—Luego te lo cuento todo. —La agarré de la mano y trotamos juntas hacia la puerta de entrada al aula.

Al entrar, no miré hacia el fondo, no quería verlo. ¿Y si pasaba de mí? Sería duro de sobrellevar, porque ya tenía claro que William me atraía. Me atraía mucho, de lo contrario no hubiera sentido todo lo que sentí con su beso. El primer paso era aceptarlo y yo ese ya lo había dado. El siguiente paso... no tenía ni idea.

Alguien me clavó un dedo en la espalda. Era Pear. Me giré y me pasó un papel con una nota escrita. La leí con disimulo. Quería que le contara todo en ese momento. Me pareció buena idea. Necesitaba hablarlo con una chica para que me aconsejara. Oliver y Adam no habían servido de mucho. No entendían que me hubiera besado con alguien a quien se suponía que odiaba.

Comencé a escribir. Le relaté, en grandes pinceladas, cómo había sido nuestro encuentro, y le devolví el papel. Ella volvió a escribir algo y me lo devolvió, y así sucesivas veces. En una de las idas y venidas del papel, Oliver lo cogió, lo leyó y escribió algo. Lo leí y no pude evitar reírme. Poco después, estaba concentrada en intentar responder a la última duda de Pear cuando alguien empujó mi silla con el pie. Levanté la cabeza y descubrí que

el profesor Munro me miraba con interés. «Oh, no».

—Démelo, Summers.

—No.

—Sí.

—No, no, no, por favor.

—Ahora.

—Si quiere, limpio el laboratorio durante los próximos diez años, pero, por favor, no.

—Ahora estoy más intrigado, señorita Summers. Démelo. Ya.

Pensé en metérmelo en la boca y comérmelo, pero, por puro razonamiento lógico, lo deseché. Miré a Oliver, sentado a mi derecha, para que me echara una mano, pero estaba ocupado partiéndose de la risa. «Capullo». Con gran pesar, le entregué el papel al profesor. «Por favor, que no lo lea en alto. Por favor, que no lo lea en alto. POR FAVOR, QUE NO LO LEA EN ALTO», recé.

—Vamos a compartir con el resto de sus compañeros aquello por lo que se encontraba tan concentrada, señorita Summers.

«¡Noooooooo!».

—Por la letra parece una conversación con la señorita Wilshere. ¿Qué será lo que las tiene tan distraídas?

Comenzó a leer en alto.

—Venga, Sara, cuéntamelo todo, y no pierdas detalle.

»Practicaba saltos en la pista de hielo cuando lo descubrí sentado en las gradas. Me preguntó qué se sentía cuando daba todas esas vueltas y a mí se me ocurrió sujetarlo y dar vueltas juntos. Cuando acabamos, estábamos muy cerca y seguíamos abrazados y me dijo...

El profesor continuó contando mi relato. Yo no quería mirar a nadie porque sabía que aquel se convertiría en uno de los momentos más bochornosos de toda mi vida. ¡Y, además, delante de Will! De todos los profesores del colegio, tenía que pillarme justo el único que compartíamos. Aunque, por otra parte, si algún profesor debía pillarnos, la mejor opción era el profesor Munro. Era el más querido por todos los alumnos. Era bastante permisivo y casi nunca nos castigaba. Si llega a descubrirme cualquier otro profesor del *Crowden*, por mucho que yo fuera la niña mimada de la directora, no hubiera salido tan indemne como salí.

Munro seguía exponiendo mis más íntimos pensamientos ante toda la clase. Tendría que suplicarle a mi padre para que me sacara del colegio. Ya

me inventaría alguna buena excusa. Si no aceptaba, me fugaría a un país remoto y no volverían a verme el pelo jamás. Más animada por mi posible fuga, seguí escuchando.

—*¡Por favor! Es lo más romántico que he escuchado en mi vida. Eso sí que es un primer beso y no el mío lleno de babas.*

»*Ha sido el primer beso más bonito que le pueden dar a alguien en todo el mundo mundial.*

¡Pero cómo había podido escribir tal cursilada! La clase empezó a vitorear y yo me deslicé por la silla, a ver si, con un poco de suerte, desaparecía.

—Eh, *Totó* —me llamó Adam, que estaba sentado a la derecha de Oliver —, ¿no quisieras que se abriera un agujero a tus pies y desaparecer? —Puse los ojos en blanco y no le contesté. En su lugar, me deslicé más abajo por mi silla.

Ahora venía la parte de Oliver.

—*Estoy húmedo.*

El profesor se detuvo de repente y se dirigió a Oliver.

—Señor Aston, ¿es esta su letra?

—Mmmm... sí.

—¿Sabe? Me resulta usted extraordinario, no acabo de entenderlo. Siempre me sorprende. Resulta fascinante.

—Mmmm... ¿gracias?

—Sigamos.

—*¿Y luego qué sucedió?*

»*Nos estuvimos besando durante horas, hasta que nos dolieron los labios y nos marchamos a dormir.*

»*¿¿JUNTOS??*

»*¡No! Cada uno en su dormitorio.*

—Gracias a Dios... —interrumpió la lectura el profesor Munro. Había comenzado a transpirar.

—*¿Y no te metió mano?*

La transpiración del profesor Munro iba en aumento. Incluso creo que distinguí gotas de sudor perlado su frente.

—*No, solo me abrazaba la cintura.*

—Ohhh —irrupieron mis compañeros.

«No voy a mirar a William. No voy a mirar a William. No voy a mirar a William». Por suerte, nadie sabía de quién se trataba.

—*¿Y ahora qué? ¿W y tú sois novios?*

Ahí acababa nuestra conversación.

—¿W? ¿El nombre del misterioso chico que le ha robado su primer beso empieza por W? ¿Quién es W?

«Mierda».

Comenzaron a oírse murmullos por toda la clase. Todo el mundo dilucidaba sobre qué nombres empezaban por W cuando alguien gritó en alto:

—¡William!

Ya era oficial. Me fugaba.

—¿William? —El profesor Munro se calló por unos instantes—. Señor Von Kleist, ¿es usted el causante de semejante alboroto?

«Me fugo al país más lejano del continente. ¡Qué digo! ¡Me cambio de continente!».

No me hizo falta girarme para ver la expresión de William. Escuché a la perfección el tono petulante de su voz. Y supe que sonreía.

—Eso parece.

—¿¿Le has metido la lengua a mi hermana??

«Ups. Daniel». Me giré para ver qué sucedía entre esos dos. A William se le había borrado la sonrisa que intuía tenía en el rostro, y miraba a mi hermano con cara de «luego hablamos».

—Bien, continuemos con la clase. Señorita Summers, gracias por hacernos partícipes de su vida amorosa, pero que no se vuelva a repetir.

Lo último que recuerdo de esa clase es mi cabeza dándose pequeños golpecitos contra la mesa y la mirada cargada de odio de Tessa.

12

¿Quieres ser mi novia?

Un segundo antes de que sonara el timbre, anunciando el término de la clase, yo ya recogía mis cosas, de tal manera que, cuando lo escuché, me precipité hacia la salida sin esperar a nadie.

«Me traslado a otro continente. Ya lo he decidido». Pocos pasos después, alguien me llamó. Era Will.

—¡Sara, espérame!

Me apresuré todavía más. No estaba preparada para enfrentarme a lo que había sucedido en clase. Era demasiado vergonzoso. Capté su agarre en mi brazo.

—Ey, ¿a dónde vas tan rápido?

—¡A Tombuctú!

Will chasqueó la lengua y me habló, sonriendo y negando a la vez con la cabeza.

—No tengo tiempo para tus boberías, Sarita. Tu hermano quiere batirse en duelo conmigo por lo que ha sucedido. Si no es porque Pear lo ha placado a la salida de clase, no estaríamos hablando ahora mismo.

—¿Qué?

—Tú tranquila, que no creo que llegue la sangre al río.

—¡¡¡Will!!! —vociferó Daniel de camino hacia donde nos encontrábamos.

—¡Luego te veo y hablamos sobre eso de ser novios! —Me dio un beso fugaz en los labios y salió corriendo. Y del mismo modo, Daniel pasó por mi lado persiguiendo a Will.

«¿Qué demonios está pasando? ¿Qué le pasa a Daniel? ¿Ahora le entra la vena protectora? No entiendo nada. ¿Ha dicho *novios*? Quizá, después de todo, no tenga que mudarme a Tombuctú».

—¡Sara! —Pear, segundos después de que me quedara sola, alcanzó mi posición—. He intentado retener al idiota de tu hermano, pero se me ha escapado.

Segundos más tarde, las reacciones de mis amigos no se hicieron esperar.

—¿Te has enrollado con Will? ¿No se supone que no le hablábamos?

—Sin duda, ha sido la mejor clase de química de todos los tiempos.

—Cállate, Marco —le cortó Olivia—. ¿Qué te ha dicho Will?

—Joder, *Totó*, qué escondido lo tenías, pilluela... ¿Ya le podemos llamar por su nombre o aún es «el innombrable»?

—Cállate, Brian —interrumpió Olivia—. ¿A qué esperabas para contárnoslo? No contestes, ¡tengo una idea! ¡Gabinete de crisis, chavales! ¿En diez minutos? Primero tengo que ir al baño.

—Joder, yo no puedo escuchar otra vez la misma historia.

—No vengas entonces, Adam. ¡Yo quiero saberlo todo!

—¿Ha dicho novios? —Enfoqué la mirada en Pear cuando compartí mi pregunta.

—¿Hum?

Will

Corría a través del campo de fútbol cuando Dan me alcanzó. No se lo pensó dos veces y me dio un puñetazo en toda la cara. «¡Joder, cómo duele! Seguro que me ha partido el labio el muy idiota». Percibí el sabor metálico de la sangre en la boca.

—¡Joder! ¡Me has hecho daño, imbécil!

—¡Y más que te voy a hacer, gilipollas! ¿Mi hermana? ¿En serio, Will? Podías haber elegido a cualquier tía de este puto colegio, ¿y tienes que enrollarte con mi hermana?

Totalmente enfurecido, me asestó otro puñetazo, esta vez en el ojo. «¡Mierda! No veo nada. Vaya rechazazo que tiene el cabrón. No pienso consentirle que me siga golpeando por muy mejor amigo que sea. Se está pasando.... ¡No me permite explicarme!».

—¡Ya vale, joder! ¡La próxima hostia te la devuelvo!

Me dio un tercer puñetazo, pero fue el último. Me recompuse, lo más rápido que pude, me agaché y lo cogí por la cintura a la vez que lo empujaba para tirarlo al suelo. Me sujetó con fuerza y caímos los dos. Rodamos por el suelo e intenté esquivar sus patadas, pero era muy rápido. Conseguí bloquearlo lo suficiente como para hacerle comprender que no jugaba con su hermana.

—Dan, escúchame —intenté explicarme, pero peleaba duro para zafarse de mi agarre—. ¡Escúchame, coño! ¡Me gusta tu hermana, me gusta muchísimo! De hecho, creo que estoy loco por ella.

Dan dejó de luchar y me observó extrañado.

—Pero ¡¿qué dices?!

Lo liberé del todo, pero me quedé a la defensiva, previendo un nuevo ataque por su parte, hasta que detecté que estaba dispuesto a escucharme. Nos incorporamos los dos y nos quedamos sentados en el suelo, cubiertos de barro desde la cabeza hasta los pies.

—Dan, ¿en serio crees que le haría eso a Sara? Joder, que sé lo importante que es ella para ti. Ya sabes que nuestros enfrentamientos no han dejado de ser gilipolleces de niños, nada grave. Aunque, con lo del huevo saltarín, se cabreó muchísimo. Ahí se nos fue la mano...

—¿Por qué la has besado? ¿Qué pretendías?

Suspiré.

—La he besado porque me lo pedía el cuerpo, hace mucho que me lo pide. No sé si estoy enamorado de ella porque no sé qué es el amor; eso es algo que tendré que ir descubriendo con el tiempo. Solo sé que tu hermana me vuelve loco.

—¿Desde cuándo tienes esos sentimientos hacia mi hermana?

—Desde que me llamó gilipollas por primera vez, desde que la vi volar sobre sus patines, desde que me hundió en el fango cuando teníamos nueve años. Yo qué sé, desde siempre, supongo.

—¿Y qué quieres hacer?

—Estar con ella todo el tiempo que me sea posible y no dejar que ningún imbécil se le acerque. No sé si tú lo verás, pero tu hermana está... joder, está muy buena.

—Will, ya sabes que mi hermana es especial. No le hagas daño porque no te lo podría perdonar en la vida.

—Entonces, ¿me das tu consentimiento para cortejarla?

Le tendí la mano y sonreímos, por primera vez. A Dan le hizo gracia mi pregunta. Le di ese toque del siglo pasado porque necesitaba bajar la intensidad de la conversación. Dan me estudió. Sabía que confiaba en mí, llevábamos cinco años siendo amigos, y entre nosotros se había creado una lealtad extraordinaria. Su hermana Sara es su talón de Aquiles, es lo que más le duele. Era algo que la gente desconocía, pero yo sí lo sabía. Me tendió la mano y nos dimos un abrazo con palmaditas en la espalda.

—Tú sabrás lo que haces, si quieres pasar tiempo con ella no seré yo quien te lo impida, aunque debería hacerlo tu sentido común. Es bastante insoportable y tiene un carácter de mierda.

Me miré en el espejo y analicé el desastre que había ocasionado mi mejor amigo en mi rostro. No era para tanto, podría haber sido peor. Le mandé un mensaje a Sara, necesitaba verla, ya no aguantaba más. Me encontraba en una especie de éxtasis desde la noche anterior. Podría estar besándola todos los días de mi vida y no me cansaría.

Will: Tenemos que hablar, ¿dónde estás?

Minutos después llegó su respuesta.

Sara: En la pista de hielo.

Will: ¿Sola?

Sara: No.

No supe muy bien por qué le formulé esa pregunta. Casi nunca estaba sola. Fue un milagro encontrarla la noche anterior, sin sus guardaespaldas, en la pista de hielo. Jodido Oliver y jodido Adam.

Will: ¿Quedamos en la cafetería?

Sara: Vale, llego en 15 minutos.

Esperaba impaciente en la puerta de la cafetería cuando la vi aparecer por el fondo del corredor. Pensé que todo aquel cortejo iba a resultar más sencillo de lo habitual, teniendo en cuenta que, gracias al profesor Munro, sabía lo que pensaba de nuestro beso. ¡Qué gran momento! Lo recordaré toda mi vida. Aun así, estaba nervioso. Todavía no había pensado bien en lo que quería decirle, aunque hubiera dado lo mismo, porque no me dejó hablar.

—Pero ¿qué te ha pasado en la cara? ¿Ha sido Daniel? ¿Estáis tontos? ¡Mira cómo te ha dejado! Vamos a la enfermería a curarte esas heridas.

Se me habían olvidado los morados que lucía mi rostro.

—Tranquila, Sarita. Estoy bien, no sufras por mí. Aunque no me vendría mal algún besito. —Esperé su reacción, aunque, conociéndola, o bien me mataba a besos o a hostias.

—Un par de leches te voy a dar, ¿cómo se os ocurre?

Eligió la segunda opción.

—Ya hemos arreglado nuestras diferencias.

—¡Sí, claro, a puñetazo limpio!

Me cogió del codo y me guio hasta la enfermería. Llamamos a la puerta y nos abrió una de las enfermeras. En cuanto me vio el rostro se llevó las manos a la cabeza. ¡Si no se me veía tan mal! «¡Qué exageradas son las mujeres!».

—¿Qué ha sucedido?

Sara no permitió que contestara y eso que el interpelado era yo.

—Se ha peleado con el idiota de mi hermano. Tiene el labio cortado y hay que bajar esa hinchazón del ojo.

—Tranquila, cariño. Yo me ocupo. —La enfermera tranquilizó a Sara para después girarse y empezar a gritarme a mí.

—¡¿Se puede saber por qué os habéis peleado?!! ¡Está prohibido pegarse en el colegio! ¡No somos bárbaros, por Dios!

La enfermera continuó gritando a la vez que me hacía la cura. Escocía.

—¿Y dónde está Daniel? Tendré que examinarlo a él también. Asegúrate de que se pase por aquí antes de cerrar. ¿Me estás escuchando, Von Kleist?

—Que sí, jod....

—Has tenido suerte y no necesitas puntos de sutura en el labio. No es un corte muy profundo, de modo que no te quedará cicatriz. Te lo he limpiado bien con agua y jabón y te he aplicado peróxido de hidrógeno. Mantén el hielo en el ojo un rato más y, si sientes dolor, tómate esto. —Me facilitó un calmante—. Ahora, fuera de mi vista y... ¡tráeme a Summers!

Quería ir a buscar a Dan, pero primero quise acompañar a Sara al comedor. Era el momento de poner las cartas sobre la mesa.

—Esa enfermera gritona no tiene ni puta idea de cómo curar heridas de guerra. Se ha olvidado de lo esencial: el beso de la novia del herido.

Recalqué la palabra *novia* a propósito. Nos detuvimos a pocos metros del comedor y Sara me miró fijamente. «¡Joder, qué ojazos tiene!». Su mirada ya no era enojada, era tranquila. E incluso divertida.

—¿Y dónde está tu novia?

—Pues, si ella me acepta, está enfrente de mí.

—¿Tú crees?

—Me vas a obligar a hacer la pregunta, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Está bien, tú ganas, Sarita. ¿Quieres ser mi novia?

No me contestó. Se acercó a mí hasta que sus labios rozaron los míos. Temblé por la anticipación. Porque, oh, sí. Me besó en los labios, con cuidado, y después en el ojo. Y entonces pensé que estaba curado porque ya no me dolía ni escocía nada.

Quiero ser tu novia

Llegué al comedor como si caminara entre nubes. ¡Era la novia de Will! ¡Su novia! Eso significaba que lo podría besar todas las veces que quisiera. Y quería besarlo todo el tiempo. Incluso en aquel momento, aunque no se lo merecía después del espectáculo lamentable que habían protagonizado Daniel y él. Se podían haber hecho daño, ¿en qué pensaban? Aun así, cuando me pidió que le curase con un beso, no pude resistirme.

Divisé mi mesa con todos mis amigos sentados en sus asientos. Me acerqué y no me dio tiempo ni a sentarme.

—Sara, cuéntanos lo que ha pasado. Palabra por palabra. Gesto por gesto.

—Oh, sí, por favor. Y no vayas a dejarte nada, no sé si podré dormir sabiendo que me falta algún detalle.

—Cállate, Adam —replicaron Olivia, Natalie, Moira y Brian al unísono.

Todas nuestras miradas se dirigieron interrogantes a Brian.

—¿Qué pasa? Me mata la curiosidad. Venga, *Totó*, no te dejes ningún detalle escabroso.

Rodé los ojos, pero no era más que una pose para hacerme la interesante. No me iban a dejar cenar, pero no me importaba porque me sentía tan feliz que quería compartirlo con el mundo entero.

—Empezaré por el final que es lo más trascendente. ¡Me ha preguntado si quiero ser su novia!

—¡Oeoeoe!

—¿Y qué le has contestado?

—¿Qué le voy a contestar, Oliver? ¡Que sí! ¡Es obvio! —Todavía se escuchaban, de fondo, los vítores del resto de mis amigos.

—A mí no me parece tan obvio, cambias de opinión más rápido que de calcetines.

¡Eso no era cierto! Me cambiaba de calcetines tres veces al día, porque me sudaban los pies con los patines. ¡No cambiaba tan rápido de opinión!

—Oliver, qué obtuso eres —le recriminó Pear—. Vamos, Sara, cuéntanos todo.

Ignoré al rubio y les relaté, paso por paso, todo lo acontecido con Will. No se creían que fuéramos novios, y no me extrañaba, porque yo tampoco me lo acababa de creer. Observé cómo Natalie divisaba la entrada del comedor y abría los ojos desmesuradamente para luego taparse la boca con las manos. Me giré. Will y Daniel acababan de entrar en el comedor.

—¿Qué se han hecho en la cara? No nos habías dicho que estaban tan mal. Sobre todo, Will. Pobrecillo.

—Que se joda, por gilipollas.

—¡Adam!

—¿Qué? —Me miró como si no entendiera mi reprimenda.

Le hice un gesto con los ojos para que se retractase. Will era mi novio, ya no podíamos estar todo el día llamándolo gilipollas. Al ver mi expresión de censura, alzó las manos y se disculpó.

—Perdóoon.

Will me guiñó un ojo cuando pasó por mi lado y sentí, de nuevo, esas mariposas en el estómago. ¿Cómo un simple gesto como ese podía provocarme tantas sensaciones? Lo observé, sin interrupción, hasta que llegó a su mesa y se sentó.

—Tierra, llamando a Sara. Tierra, llamando a Sara.

—¿Qué pasa, Pear?

—¿Lo has besado con lengua y ni con el labio partido se le ha caído la baba?

No contesté, solo la miré entrecerrando los ojos. El resto del grupo parecía concentrado apuntando algo en un papel.

—¿Qué están haciendo? —le pregunté a Pear.

—Apostando sobre cuánto tiempo vais a durar Will y tú.

—¿¿Qué??

Me levanté de la silla lo suficiente como para arrebatárselos el papel a mis desconfiados amigos. Leí lo que habían escrito.

—¿Quién demonios ha puesto una semana?

—Culpable —confesó Adam levantando un dedo y sonriéndome con cara de inocente.

«Ten amigos para esto». Se suponía que Oliver y Adam deberían ser quienes más me apoyaran en esa decisión. Era mi primer novio y nadie se lo tomaba en serio. ¿Acaso veían algo que yo era incapaz de ver? El tiempo lo diría.

TERCERA PARTE
Casi dos años después

Septiembre de 2008

¡Pi, pi, pi, pi! ¡Pi, pi, pi, pi!

—¡Joder con el jodido despertador! ¡Apágalo! —gritó Adam todo lo que su estado de semisomnolencia le permitió.

—Apágalo tú —Escuché mi voz igual de somnolienta—. Hoy no me apetece ir a correr, estoy agotada.

—¿Hasta qué hora estuviste ayer con Will?

—Hasta muy tarde, Oliver. Teníamos ganas de vernos. Hemos estado todo el verano separados.

Alguien me arrebató el cálido edredón de mi cuerpo. «¡Qué frío!».

—Levantaos los dos. ¡Ya!

14

Dulces dieciséis

Esperaba impaciente en la puerta del despacho de Brenda, la psicóloga. Tocaba charla semanal, como todos los martes. Y aquel era el primer martes del curso. Me esperaban nueve largos meses de sesiones por delante. No entendía qué hacía allí, siempre me repetía las mismas preguntas y yo siempre daba las mismas respuestas. Me parecía una auténtica pérdida de tiempo. Puede que una hora semanal, para la Dirección del colegio y para mi padre, no supusiera mucho, pero para mí era un hora menos de la que disponía para mis cosas, que no eran pocas. Entre las clases, los entrenamientos, la música, mis amigos y Will, cada segundo de mi vida contaba.

Contra todo pronóstico, Will y yo seguíamos juntos después de dos años de relación. Fueron dos buenos años. Buenísimos años. No estaba integrado en la pandilla, pero nunca pretendió tal cosa. Mis amigos eran mis amigos, y Will era Will. Sería como juntar el agua con el aceite, no van a transformarse en algo nuevo, siempre permanecerán como dos entes separados.

No se llevaban mal (no todavía). Lo habían aceptado todos de buen grado, incluso Adam y Oliver. Era simplemente que él era mi novio, y mis amigos lo aceptaban como tal, pero no serían sus amigos, nunca formaría parte de la pandilla. Lo llevábamos bien, el único inconveniente que me suponía era que debía dividir mi limitado tiempo libre entre ellos y Will.

La puerta en la que había acabado semiapoyada se abrió y casi consiguió que me cayera al suelo, pero trastabillé y conseguí enderezarme.

—Buenas tardes, Sara. Adelante. —La dueña del despacho me hizo un gesto con la mano para que entrara en el pequeño habitáculo.

—¿Qué tal te ha ido esta primera semana?

—Bien, como siempre. Sin novedades.

—Eso es bueno. —Me observó. Con Brenda, la psicóloga, siempre tenía la misma sensación. Era como si buscara penetrar en mi cabeza y acceder a todos mis pensamientos. Hasta los más recónditos. Hasta aquellos que ni yo misma sabía que tenía.

—Las clases, ¿bien?, ¿Oliver y Adam?, ¿los entrenamientos?

Hice un asentimiento con la cabeza.

Entonces vino la pregunta clave. Figuraba en el guion, y Brenda nunca se salía del guion.

—Y ¿qué tal las noches, Sara? ¿Has vuelto a tener algún ataque desde la última vez? ¿Cuánto tiempo ha pasado ya?

Hacía muchos años que mis noches en vela dejaron de ser lo habitual para convertirse en la excepción. Desde que tenía nueve años. Aun así, había alguna ocasión en la que, por más que lo intentaba, no conseguía despejar mi cabeza y los acontecimientos del día empezaban a sucederse repetidamente en mi cerebro. Operaciones matemáticas, imágenes, mensajes de móvil, noticias del periódico. No sé qué era lo que lo provocaba, quizás una acumulación sobrenatural de estrés durante el día o... no lo sé.

Quizá si alguien me hubiera dicho cuál era el desencadenante, podría haberle puesto remedio, pero, como no lo sabíamos, todas las noches me acostaba pensando lo mismo: ¿será hoy el día? Era horrible. Me inquietaba, y eso provocaba que perdiera la concentración y que la situación se descontrolara un poco. En ocasiones, se descontrolaba mucho, tanto que incluso rompía a llorar de la impotencia y me levantaba nerviosa de la cama. Empezaba a dar vueltas por la habitación e incluso llegaba a sufrir palpitaciones y falta de aire.

A eso se refería Brenda, la psicóloga, cuando decía *ataques*. Claro que ella no sabía ni la mitad. De cada tres ataques le ocultaba dos. ¿Qué necesidad tenía de decírselo si no podía hacer nada? En realidad, casi nadie podía hacer nada, ni Brenda, ni mi padre, ni Will. Cosa que lo frustraba bastante.

Los únicos que sabían cómo tranquilizarme eran Oliver y Adam, y eso a Will lo mataba. No entendía que tuviera que dormir con ellos ni que fueran los únicos capaces de ayudarme. No sabía si era por experiencia o porque entre nosotros las cosas salían naturales, de manera que siempre sabíamos lo que necesitábamos los unos de los otros en cada momento. Quizá fue esa la razón que nos unió tanto cuando yo entré en el colegio, quizá estábamos destinados a conocernos porque ellos serían los únicos que me entenderían. No lo sabía. Lo único que sabía era que en seis meses cumpliría diecisiete años y no era capaz de dormir sola en una cama. ¿De qué me servían mis altas capacidades intelectuales?

Brenda, la psicóloga, me sacó de mi ensimismamiento.

—¿Sara?

—Bien, las noches bien, hace meses que no tengo *ataques* —mentí.

—Venga, Summers, dame algo si quieres que te deje marchar.

La miré amenazante.

—¿Qué tal con Will?

—Bien.

Me hizo un gesto para que continuara. Quería que le hablara de Will, quería que le diera algo. «Está bien, aquí tienes algo».

—¿Todo lo que hablamos aquí queda bajo secreto de confesión?

Se lo pensó dudosa unos instantes hasta que la curiosidad ganó la batalla.

—Sí.

—Estoy planteándome comenzar a mantener relaciones sexuales con él.

Salí del despacho de Brenda y me apresuré hasta llegar a la pista de hielo. Me tocaba entrenamiento con el equipo. Cuando llegué, ya calentaban todos mis compañeros.

—Summers, llegas tarde —me recriminó Andrew.

Me disculpé, me puse los patines y me metí en la pista. Necesitaba despejarme después de la intensa charla que acababa de mantener con la psicóloga sobre las relaciones sexuales. Me gané una buena reprimenda por nada. Bueno, por nada, no. Atendiendo a la verdad, debía reconocer que no le había mentado del todo. No era algo que hubiera hablado con Will, pero sí me había rondado por la cabeza en los últimos meses. Sobre todo porque la pandilla no hablaba de otra cosa.

Hasta la fecha, nos manteníamos todos vírgenes excepto Brian, que ya había descubierto los beneficios del sexo aquel verano con la hija de unos amigos de sus padres. La hija en cuestión era tres años mayor que nosotros y le deleitaba ir desvirgando jovencitos, cualidad, por otra parte, bien valorada por nuestro Brian, que quedó muy satisfecho de sus primeras experiencias con el sexo opuesto. «La Desvirgadora», la apodamos.

Practicaba los saltos cuando escuché que alguien me increpaba.

—Summers, te veo desentrenada... ¿Todo bien?

Teressa Marlock. Mi archienemiga. Para mis amigos y para mí, Tessa Hamburguesa o Tessa Compresa. Por desgracia para ella y por suerte para nosotros, había infinidad de posibilidades. Como grupo unido, toda la pandilla teníamos los mismos enemigos. Si alguien peleaba, discutía o le hacía cualquier cosa a alguno de nosotros, esa persona entraba a formar parte de la lista de enemigos de la pandilla.

—¡Teresa! ¡Qué bien te sienta el turquesa! —Puse la mejor de mis sonrisas y pasé patinando por su lado ignorando su comentario.

Después del entrenamiento, y de una larga y placentera ducha con agua muy caliente, fui al comedor a cenar. ¡Tocaba pizza! Me retrasé más de lo habitual, ya que me había quedado practicando unos nuevos movimientos que andaba preparando con Andrew para el próximo campeonato. Aún quedaban bastantes meses, pero el tiempo pasaba volando.

Estaba a punto de entrar en el comedor cuando alguien me agarró por detrás y me gritó al oído.

—¡¡Sara!! ¡No te vas a creer lo que me acaba de pasar!

Reconocí la voz de Natalie. Lucía eufórica y no paraba quieta. Daba vueltas a mi alrededor dando saltitos y aplaudiendo con las manos. No me dio tiempo a preguntarle nada porque hablaba sin parar.

—¡No me lo creo, Sara! ¡Qué día tan maravilloso! ¿No te parece un día maravilloso? Corre, vamos a nuestra mesa y os lo cuento a todos a la vez.

Sin que me diera tiempo a reaccionar, me cogió de la mano y me arrastró al comedor a toda velocidad. En un abrir y cerrar de ojos me encontré sentada en mi silla y expectante a lo que nos pudiera contar Natalie.

—¡Chicos, dejad lo que estéis haciendo y escuchadme!

No se escuchó ni un sonido y no se vio ni un parpadeo. «Vaya poder de persuasión».

—¡Logan Morris me ha pedido una cita y hemos quedado el viernes para ir al cine!

El pueblo más próximo al colegio es Perth. Desde los dieciséis años, a los estudiantes se nos permite dejar el colegio durante el día, sin supervisión de un mayor. Hasta el año anterior siempre nos acompañaba mi hermano Alex. Nos llevaba de tiendas, a comer a algún restaurante o al centro comercial.

Aquel año, Alex ya no estudiaba en el colegio, se había ido a la Universidad de Edimburgo a estudiar Arquitectura. De todas las universidades que existen en el mundo, eligió la que más próxima a casa le quedaba. Después de tantos años en un internado, añoraba su verdadero hogar. Yo lo echaba de menos. Sentía que ya no me quedaba familia de sangre en el *Crowden*. De Daniel mejor no hablaba, y Kate... Kate y yo no teníamos demasiada relación. Siempre estuvo algo distanciada, quizá por la diferencia de edad. No estábamos en el mismo punto. Eso no significaba que no la quisiera. Simplemente, no formaba parte de mi rutina diaria.

—¿Al cine? ¿Todavía se llevan esas cosas? —Marco cogió un trozo de

pizza con la mano y se lo acercó a la boca.

—¿El qué? ¿Llevar a una chica a un lugar oscuro para meterle mano? —le dijo Brian con guasa—. Sí, Marco, de hecho, quienes lo seguimos haciendo ya no somos vírgenes.

—Adam lo hace siempre que puede y sigue siendo virgen —replicó Olivia.

—No por mucho tiempo —se defendió Adam—. Estoy a punto, el otro día pasé a la segunda base con Sophie.

—Adam —interrumpió Moira—, ¿vas a hacer «eso» por primera vez con la primera que se te ponga a tiro?

—Sí, y eso se llama follar, repite conmigo, Moira: F O L L A R.

—Eres idiota, Adam.

—¡Yo me destornillo de la risa!

—Destornillo, Pear. —No podía evitar corregir a mis amigos cuando veía que algo no lo expresaban bien. Ellos aprendieron a vivir con ello y no les irritaba, creo. Y, además, adquirirían un vocabulario más correcto y fluido.

—Chicos, nos estamos desviando del tema, ¡voy a salir con Logan!

—Y, por recopilar información para el futuro, en esa primera cita ¿hasta dónde le vas a dejar llegar? ¿Primera base? ¿Segunda? —Marco acabó con la primera porción de pizza y fue a por la segunda.

—No lo he pensado, desde luego besarnos seguro que sí. Y no sé si llegaremos a más. Me atrae mucho, pero no sé.

—¡Qué siesa eres! —interrumpió Pear—. Con esos pensamientos, virgen hasta los treinta. Ve y júntate con Oliver.

—¿Por qué coño siempre tenéis que meterme a mí en vuestras absurdas conversaciones?

—En este caso, por la ausencia en tu vida de esa palabrita tan fea que has dicho —le contestó Brian, aguantándose la risa.

Oliver lo fulminó con la mirada y no dijo más.

—Tienes toda la razón, Oliver, mejor hablemos de temas más jugosos. — Pear movió la cabeza dirigiéndose a mí—. ¿Tú cuando lo vas a hacer con Will?

—¿Cuándo va a hacer qué conmigo?

«Mierda, Will». No lo sentí llegar, estábamos tan concentrados en nuestra conversación que pasó desapercibido. Esperaba una respuesta, pero me había quedado en blanco. ¿Por qué siempre me quedaba en blanco con Will? Por suerte, aún masticaba el trozo de pizza, de modo que tenía unos segundos de

margen antes de contestar.

Me giré, pidiendo a mis amigos ayuda con los ojos, pero lo único que hicieron, todos ellos, fue mirar para otro lado y dejar que me las apañara sola. «Traidores».

—Ir al cine.

Fue lo único que se me ocurrió.

—Ya sé para qué quieres que te lleve al cine, pilluela. —Pensé que Brian se detendría ahí, pero me equivoqué—. Para sentaros al fondo y poder manosearlo a tu antojo. Vosotros dos, ¿hasta qué base habéis llegado?

—Brian, mejor te callas.

Le fui a decir algo a Will cuando me percaté de su expresión. Era puro deseo. Se acercó a mi oído y me susurró:

—Cuando quieras, Sarita. Soy todo tuyo. —Se aproximó a mi boca y me besó—. Luego te veo, preciosa.

Observé cómo Will se alejaba hacia su mesa con esos andares tan característicos suyos. Tenía las piernas largas y musculosas de jugar al fútbol. Fue imposible evitar que mi mirada se dirigiera a su trasero. Tenía un trasero excelente, de esos que apetece estrujar. Si solo fuera el trasero, pero no, todo él era apetecible, con su pelo castaño y sus ojos grises, y ese cuerpo duro y atlético que se iba formando a base de duro ejercicio. «Sí que lo manoseaba ahora mismo, sí».

Cuando volví a sentarme en mi silla, Oliver y Adam abrieron la boca e imitaron con dos dedos el gesto de vomitar. Siempre hacían eso cuando Will y yo nos besábamos delante de ellos.

—¡Superadlo ya! —les grité.

Por la noche, acudí al embarcadero a reunirme con Will. Se había convertido en nuestro lugar favorito. Nos agradaba ir a sentarnos un rato en las faldas de un árbol gigante cercano, hablar de cómo habíamos pasado el día y, sí, también magrearnos ocultos bajo el manto que nos ofrecía la oscuridad de la noche.

Cuando llegué, Will ya me esperaba.

—Señorita —me reprendió bromeando—, ¿no es un poco tarde para estar paseándose sola por estos lares?

—Estoy buscando a mi novio, he quedado aquí con él —continué con la broma.

—¿Con su novio? —Con paso lento se fue aproximando a mí—. Y ¿qué pensaba hacer aquí, en la oscuridad, con su novio?

—Magrearnos un poquito —lo provoqué, sugerente.

—¡Qué descarada eres! —Se rio y me besó.

En un principio, parecía que iba a ser un beso suave y corto, pero Will me agarró de la cintura y me acercó más a él, profundizando el beso. Le rodeé el cuello con los brazos y entremezclé mis manos en su pelo. Escuché un pequeño gemido que salía inocente de su boca, y nos besamos con más intensidad.

Me encantaba besar a Will. Movié una de sus manos y la introdujo por debajo de mi camiseta y de mi sudadera hasta llegar a mi piel. Imité su gesto y le toqué el abdomen, suave y cálido. Nos perdimos cada uno en el cuerpo del otro.

La apuesta

Los meses pasaban y no dejaba de pensar que mi tiempo en el *Crowden* se acababa. El año siguiente sería nuestro último año. Quedaban dos semanas para la eliminatoria que organiza el colegio todos los años para seleccionar a las dos representantes del *Crowden* que participarán en el campeonato intercolegial de patinaje.

Andrew se había puesto muy serio, como todos los años, y nos obligaba a trabajar muy duro cada día. Entrenábamos de lunes a domingo, cuatro horas al día, lo que hacía un total de veintiocho horas a la semana. Mis sesiones de *footing* matutinas también se volvieron más intensas. Era una manera de acostumbrar al cuerpo para que aguantara las sesiones diarias de entrenamiento de Andrew, que no solo consistía en practicar en la pista, sino también en sesiones de entrenamiento físico y de expresión corporal.

Un patinador completo necesita ambas destrezas: técnica y gran fortaleza, y resistencia física. Hay que fortalecer la musculatura del torso y las piernas para que no nos lesionemos practicando giros y saltos, y para disminuir el riesgo de traumatismos en caso de malas caídas. Para la expresión corporal nos uníamos a los equipos de danza o ballet del colegio.

Debía cuidar la dieta y mantener una alimentación equilibrada. Me encontraba en la fase de entrenamiento intenso y lo que más me convenía consumir eran hidratos de carbono de fácil absorción. También me saltaba algunas clases, sobre todo las que se impartían los martes y jueves por la tarde. Aprovechaba esas horas en que la pista de hielo estaba libre, para adelantarme a los entrenamientos de Andrew y practicar por mi cuenta. Nunca era demasiada preparación.

Consulté la hora y vi que disponía de diez minutos antes de volver a la pista. Entré al comedor y fui directa a nuestra mesa, donde comían mis amigos.

—Hola, chicos. —Me senté al lado de Oliver, como siempre.

—Hola, chica guapa. ¿Te conocemos de algo? Me suena tu cara. Yo soy Brian.

Le saqué la lengua a Brian en señal de burla.

—Brian tiene razón, Sara. No te vemos el pelo —me recriminó Olivia—.

Este año te estás tomando más en serio que ningún año los entrenamientos. ¡Te echamos en falta! ¿Te das cuenta de la cantidad de cosas que te estás perdiendo? ¡Adam ha perdido la virginidad y todo!

«¡Como si no lo supiera!». Tuve que escucharlo infinidad de veces. Adam casi nos llamó por teléfono a Oliver y a mí, en pleno acto, para hacernos partícipes.

—Practica lo mismo que todos los años, la única diferencia es que antes acudía a la pista por las noches, pero ya no puede porque a esas horas está rozándose, Dios sabe dónde, con Von Kleist.

—Si lo sé, no vengo...

—¿Has comido algo? —me preguntó Oliver con voz suave—. Tienes que comer, llevas varios días que no paras quieta ni un momento.

—No quiero comer mucho porque me va a pesar la tripa y no me va a hacer bien la digestión con tanto giro y tanto salto, prefiero ingerir pequeñas porciones cada poco tiempo. —Miré el reloj y comprobé que ya se había pasado mi escaso tiempo de descanso—. Me tengo que ir ya.

Me levanté de la silla, pero Oliver me obligó a sentarme de nuevo.

—¡Espera, Flash! Come algo primero.

Bufé de exasperación. Me aproximé a la bandeja de Oliver y curioseé su comida: crema de lentejas. Le arrebaté la cuchara de las manos y comí tres cucharadas seguidas. Cogí el plátano, le quité la piel y le di el primer mordisco mientras me incorporaba para irme.

—¡Me voy!

Escuché hablar a Marco y Pear cuando me alejaba del comedor.

—Mmm, Oliver, qué manjar tienes enfrente. Lentejas a cuchara chupada por Sara.

—Para eso no es escrupuloso, no...

—¡Eso no es comer! —me gritó Oliver. Yo ya salía por la puerta terminando de comerme el plátano. «Hidratos a tope, ¡bien!».

Por fin terminó el entrenamiento. Estaba agotada. Oliver y Adam hacía tiempo que se habían ido porque tenían ensayo con el grupo. Me quitaba los patines cuando se acercó a mi lado Tessa Mayonesa.

—¿Sabes de lo que me he dado cuenta, Summers?

—Sorpréndeme.

—De que no estás en tu mejor momento. Desde que sales con Will, ya no tienes tanto tiempo libre y entrenas menos, y eso se nota en el día a día.

«Solo quiere provocarte. No caigas en su juego, no caigas en su juego».

—Y ahora viene lo mejor, ¿sabes lo que va a pasar?

Continué poniéndome las playeras. «No caigas en su juego, no caigas en su juego», me repetía a mí misma.

—Lo que va a pasar, Summers, es que este año te voy a ganar.

Levanté la cabeza y la miré asombrada. Empecé a reírme a carcajadas. Eso no me lo esperaba, pensé que pretendía atacarme por otro lado.

—No te rías tanto, te lo estoy diciendo en serio. Estoy en mejores condiciones físicas que nunca, y este es tu peor año con diferencia. Voy a quedar la primera el próximo domingo y tú no vas a poder hacer nada para evitarlo. Tendrás que conformarte con un segundo puesto.

—¿De dónde te sacas tú que estoy en mi peor año?

—No solo lo digo yo, Summers, es el comentario general que se rumorea en la pista. He oído por ahí que incluso Andrew lo piensa...

Eso ya era más de lo que mis oídos podían soportar.

—Eso es mentira. Soy la mejor, y la favorita de Andrew, y si no puedes soportarlo es tu problema.

—*Eras...* la favorita de Andrew. Y este año vas a perder, Summers.

—No voy a perder.

Lo que estaba a punto de perder era mi autocontrol. Tessa poseía el don de desquiciarme.

—Sí, vas a perder.

«Le parto la cara. Eso es, le parto la cara para poder quedarme en paz conmigo misma».

—No siempre se puede estar en lo más alto, Summers. Y no siempre se puede tener todo. Yo solo te aviso para que la caída no sea tan dura.

Me acerqué violentamente a ella hasta quedarnos frente a frente, a escasos centímetros la una de la otra. Tessa apretó los dientes, y había tanto odio en su mirada que podría atravesarme y partirme en dos. Yo no me amedrenté.

—No voy a perder.

—¿Quieres apostar?

—Lo que quieras.

—Después no vale echarse atrás.

—No sé la tuya, pero mi palabra vale para algo.

—Muy bien, nos apostamos a Will; si yo gano, me lo quedo. Y, si pierdo, me retiro del resto del campeonato y te dejo vía libre para que seas la ganadora.

—¡Perfecto!

—¡Maravilloso! —Me lanzó una mirada maliciosa—. Tenemos un trato, Summers. Buenas noches.

¿Qué acababa de pasar? Que había caído en su juego. «Mierda. Will me va a matar».

Días después, ya tenía la decisión tomada. No le contaría nada a Will ni a nadie sobre mi apuesta. Ni siquiera a Oliver y Adam. Iba a ganar, estaba segura de ello. Yo no perdía. No había necesidad de montar un alboroto por nada. Aun así, tomé la decisión de dejar de verme por las noches con Will durante esos días, para así seguir entrenando. A partir de ese momento, decidí que a lo único a lo que me dedicaría por las noches sería a patinar. Empezando por aquella noche.

De camino hacia la pista, recibí un mensaje en mi móvil. Ojeé la pantalla y vi que era Pear.

Pear: Sara, gabinete de crisis. Te esperamos en diez minutos en la habitación de Natalie.

Teniendo en cuenta que los gabinetes se alargaban horas y horas, no me lo podía permitir de ninguna manera.

Sara: Imposible, tengo que entrenar. Mañana me lo contáis en el desayuno.

Pear: No, Sara, ven ya, es urgente. Natalie nos necesita a todas.

La cosa parecía seria. ¿Qué habría pasado? No debía ignorar las necesidades de mis amigas, ellas siempre estaban ahí para mí. Decidí saltarme la sesión, pero me prometí a mí misma que a partir del día siguiente habría entrenamiento todas las noches. Sin excusas.

Sara: Voy para allá.

Pear: Más te vale.

Toqué la puerta de la habitación de Natalie. Escuché cómo se acercaban unos pasos hasta que Olivia me abrió. Entré y descubrí a todas mis amigas con malas caras. Natalie tenía los ojos hinchados. Había estado llorando. Mucho.

—¿Qué ha pasado?

Fue la propia Natalie la que me respondió.

—¡Creo que Logan me está engañando!

—¿Engañando?

—¡Con otra!

No me sorprendía. Logan no me daba buenas vibraciones. Siempre estaba rodeado de chicas y le atraían todas, no hacía ningún tipo de selección. Natalie y él llevaban casi tres meses saliendo juntos. En aquella primera cita, en la que fueron al cine, solo se besaron, pero luego llegaron muchas más citas, y fueron subiendo bases aunque, por el momento, no habían llegado hasta el final.

Me constaba que no era por falta de insistencia de Logan, pero, por fortuna, Natalie era una chica que tenía muy claro lo que no quería y, cuando dice no, es no. Logan era el típico guaperas que se creía que las chicas tenían que besar el suelo por donde pisase. Y, a pesar de que Natalie le frenaba en el sexo, porque estaba segura de no estar preparada aún, en todo lo demás era su perrito faldero.

—¿Por qué dices eso? ¿Lo has visto con ella?

Para ese momento, Natalie ya no podía hablar porque había comenzado a llorar.

—Ha descubierto un mensaje en su móvil en el que quedaba con una tía después de clase y se despedía diciendo: «Hasta luego, guapísima» —me aclaró Olivia—. No podemos adelantar acontecimientos, pero no tiene buena pinta.

—Quizá es alguna de sus amigas. Ya sabéis que es muy cariñoso con las chicas.

—Moira, por favor, los tíos no son cariñosos con las chicas sin motivo. Y todavía menos un tipo como Logan.

—No sé, Pear. Marco siempre nos dice cosas bonitas y no quiere nada con nosotras.

—Es diferente, nosotras somos sus amigas —explicó Pear—. Nos lo dice porque nos quiere mucho, como si fuéramos sus hermanas.

—A eso mismo me refiero yo con Logan y sus amigas.

—Que no, Moira. Que no es lo mismo y punto. —Olivia intentó zanjar el tema.

—¿Por qué no es lo mismo?

—Porque no y punto.

Así no llegábamos a ninguna parte. Decidí intervenir. Natalie estaba fuera de combate.

—Chicas, necesito comer algo, no he cenado nada. Acompañadme a las máquinas expendedoras a coger unas chocolatinas. —Les señalé con los ojos la puerta para que saliéramos fuera.

—¿Ahora te entra hambre? —inquirió Olivia.

—Sí, salgamos. —Las volví a mirar, indicándoles con los ojos que me siguieran. Esas cosas con Oliver y Adam no me sucedían.

—Ahora que lo dices, yo también tengo hambre —exclamó Pear, levantándose de la cama.

«¡Por fin!».

Una vez estuvimos las cuatro fuera y pude hablar sin que Natalie me escuchara, les comuniqué mi plan.

—Muy bien, chicas, esto es lo que vamos a hacer. —Todas me escuchaban con atención—. Tenemos que averiguar si Logan está engañando o no a Natalie y, para ello, nos convertiremos en su sombra. Lo vamos a seguir hasta que lo pillemos con las manos en la masa. Ya iré perfilando el plan, pero tenéis que concederme un paréntesis de diez días, y, en cuanto pase la competición, nos ponemos con el plan a máximo rendimiento.

—¡Sí, sí, me encanta la idea! Lo vamos a llamar «Operación Zorrón del desierto» —exclamó Pear entusiasmada.

—¿«Operación Zorrón del desierto»? —preguntó Olivia en alto.— ¿De qué me suena ese nombre?

—De la campaña de ataque de misiles crucero y bombardeos realizada por Estados Unidos y Reino Unido en Irak en...

—¡Eso es! —Pear me cortó la explicación—. Vamos a bombardear a Logan y a la «zorrón».

—Chicas, no sabemos si Logan es culpable.

—¡Cállate, Moira!

Tres noches después, aún seguíamos consolando a Natalie y perfilando nuestro plan. Conseguimos convencerla para que actuara como si no hubiera visto el dichoso mensaje. No podíamos levantar sospechas en Logan y que decidiera hacerse el bueno intentando que no lo descubriéramos.

Me quedaba una semana para la competición. A partir de ese día, sí que sí, me tocaba entrenamiento todas las noches sin excepción.

16

La competición

Llegó el gran día. El día de la eliminatoria de patinaje del *Crowden*. Solo la ganadora de cada colegio pasaría a la siguiente fase. Era domingo y, además de mi padre y mi hermano Alex, fueron a verme los padres de Oliver y Adam.

Estaba preparada. Me habría gustado entrenar más en las últimas semanas, pero, aun así, estaba lista.

Patinaba durante todo el año. De octubre a febrero eran los meses más duros, porque nos encontrábamos en plena temporada de campeonatos, pero yo no dejaba de patinar. Era muy constante, lo que era un punto a mi favor.

Fui hacia los vestuarios a dejar mi traje para la competición y asegurarme de que tenía los patines bien afilados. Para aquella ocasión, luciría un luminoso vestido azul marino de manga larga. Era precioso y se ajustaba a mis movimientos a la perfección.

Abrí la taquilla para sacar mis patines, pero... no había nada.

¿Dónde estaban? Estaba segura de que los había dejado allí el día previo por la noche. Segurísima. Me pasó por la cabeza la imagen de cuando los guardé en la taquilla. Salí acelerada de los vestuarios y fui derecha a mi dormitorio para ver si por casualidad los había guardado allí. Aunque estaba convencida de que no estarían, porque recordaba haberlos dejado en la taquilla, fui. No sabía qué otra cosa hacer.

«No te pongas nerviosa, van a aparecer». El corazón me latía frenéticamente y no era por correr. Pensé que quizás los habían cogido Adam y Oliver para dejarlos preparados. Les tenía que mandar un mensaje a mis amigos para comprobar mi teoría. Busqué mi móvil por todos los bolsillos que tenía, pero no lo localicé. Lo había dejado en mi habitación, no pensé que lo fuera a necesitar en la pista. Grité en cuanto divisé a mi hermano Daniel a lo lejos.

—¡Daniel! ¡DANIEL!

Me acerqué corriendo hacia él.

—¡No encuentro mis patines!

—¿Qué dices?

Continué trotando, camino de mi habitación, con Daniel a mi lado.

—¿Los que vas a usar en la competición?

—¡No tengo más patines, Daniel!

—¿Dónde los dejaste por última vez?

—En mi taquilla de los vestuarios, y ¡allí no están! —Debía localizar a Oliver y Adam como fuera para ver si ellos sabían algo—. ¿Llevas el móvil encima?

—Sí. ¿Qué quieres?

—Llama a Oliver o Adam, quizá los han cogido ellos para afilarlos o... ¡yo qué sé! Te espero en mi dormitorio.

Corrí por todo el colegio, subí las escaleras de la residencia de dos en dos y, por fin, llegué a mi habitación, después de lo que me parecieron siglos. Busqué hasta debajo de las mantas, pero no había ni rastro. Me dejé caer en la cama y hundí la cabeza entre mis rodillas. No sabía qué hacer. Daniel abrió la puerta y entró.

—He hablado con Oliver y Adam, pero ninguno de ellos los han cogido.

«No, no, no, no, no. ¿Dónde estáis? Esto no me puede estar pasando. Hoy no, por favor».

—Daniel, ¿qué voy a hacer? —le pregunté desesperada. Acabaría sin cabello cómo continuara agarrándomelo de aquella manera.

—Coger prestados unos patines de la pista.

—¡¿Estás loco?! ¡No puedo hacer eso! ¿Cómo voy a patinar con unos patines que no están adaptados a mis pies ni a mis movimientos? No me van a responder bien. Es una locura. Es imposible.

—Lo que es imposible es que patines sin patines.

«Joder, joder, joder».

Me puse el traje de competición y me até mis *nuevos* patines. Ya no quedaba nadie en los vestuarios. Era la última. Aquel debería ser un día feliz, siempre estaba pletórica los días de campeonato porque me encantaba patinar. Pero aquel día no lo estaba. Estaba desolada. No tenía ganas ni de salir ahí fuera.

Comprobé que tenía el moño bien ajustado. Me levanté y me dirigí a la pista. Yo salía en quinto lugar.

Vi cómo salían mis compañeras unas tras otras, pero en realidad, no las observaba, en lo único en lo que podía pensar era en dónde podían estar mis puñeteros patines. Las cosas no desaparecen así, de repente. Era algo insólito.

Me temblaba el cuerpo y no conseguía calmarme. Bebí agua, pero no me sirvió de nada, tenía la boca seca.

Llegó el turno de Tessa. Pasó por mi lado, radiante de felicidad, y me chocó el hombro, a propósito.

—Deséame suerte, Summers. Hoy me lo juego todo.

En cuanto la música sonó por los altavoces, arrancó su actuación. La observé patinar. Lo hacía bien, muy bien. Enlazó dos saltos complicados más de una vez y al temible jurado le encantó. ¿Cuándo había mejorado tanto?

«Por favor, que cometa algún fallo», deseé, pero no hubo suerte y lo hizo perfecto.

Me tocaba a mí. Salí y me situé en el centro de la pista. Me coloqué de cara a las gradas. Mi padre y los padres de Oliver y Adam me saludaron con las manos y me lanzaron besos sonriéndome ampliamente. Empezó a sonar la música: *Bitter Sweet Symphony*, de The Verve. Comenzaba el espectáculo.

Los elementos puntuables del patinaje artístico son las secuencias de pasos, las secuencias de ángeles, los saltos y las piruetas. Llevaba haciéndolo toda la vida y no cometía fallos, tenía los movimientos bien aprendidos. Sin embargo, sin mis patines de todos los días, me sentía desnuda e insegura.

Lo ejecuté todo mal desde el principio. Cada vez que daba un salto, percibía cómo los patines no se ajustaban lo suficiente al lateral de mis tobillos y fallaba. Eran pequeños errores, pero que contaban para el jurado. No lo hacía perfecto, y era un problema, porque Tessa sí lo había hecho perfecto. Acabé con una terrible sensación de fracaso en el cuerpo. Mala señal. Lo que mal empieza, mal acaba.

Y así fue. En la recta final del día, en el programa libre, no conseguí lucirme y cometí un fallo detrás de otro. Los patines y yo no estábamos en sintonía. No hubo nada que hacer desde el principio.

Escuché desolada cómo el jurado nos daba las puntuaciones totales. Yo ya había hecho mis cálculos. Había quedado la segunda.

Había perdido. Por primera vez.

Volé hacia los vestuarios, me quité los patines y me puse mis playeras. No me cambié de ropa. Me puse la sudadera por encima del traje. Necesitaba salir de allí lo antes posible.

—Sara, cariño. —La madre de Oliver tropezó conmigo a la salida de los vestuarios. Se acercó a mí y me dio un abrazo—. Lo has hecho muy bien.

Detrás de ella venía mi familia.

—No pongas esa cara, hija. Un segundo puesto también está muy bien.

Estoy muy orgulloso.

—Papá, lo siento, estoy agotada y lo único que quiero es irme a dormir. ¿Podemos dejar la cena para otro día?

—Sara, no pasa nada por ser la segunda.

—Papá, por favor —le supliqué.

—Está bien, pero del próximo sábado no te libras. Toca fin de semana en casa, podemos salir a cenar todos juntos.

Asentí con la cabeza para que me dejara marchar y me fui a mi cuarto. De las demás personas que vinieron a verme ni me despedí, no tenía ganas. Esperaba que lo entendieran.

Me di una ducha relajante y me tumbé en la cama. Oliver no tardó en presentarse en mi habitación con ánimo de apoyarme, pero no me apetecía hablar. Solo quería olvidarme de aquel día.

—Nena, ¿qué ha pasado? —me preguntó con sumo cuidado.

Desde aquel día de Nochevieja, Oliver siempre me llamaba así, excepto cuando se disgustaba conmigo. Entonces me llamaba Sara. Empezó siendo un juego y ya no podía evitarlo. Era su «nena». No me incomodaba, al contrario, me encantaba.

—Hoy no, Olly.

Suspiró y se tumbó a mi lado. Apagamos la luz, y yo me quedé boca arriba mirando las estrellas brillantes que Oliver hacía años había pegado en mi techo, tanto de aquí como de mi casa de Edimburgo. Poco tiempo después, aprecié por su respiración regular que se había quedado dormido. Al cabo de un rato me propuse dormir, pero no hacía más que dar vueltas y más vueltas. Fue un milagro que no despertara al pobre Oliver.

A la mañana siguiente, no fui a desayunar. De camino al comedor, intercepté a Pear y la arrastré del brazo a nuestra aula. Me apoyé en una de las mesas.

—¿Qué pasa, *Totó*?

—Estoy en un lío, en uno tremendo.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho? Me estás asustando.

—Hice una apuesta con Tessa.

—¿Con Tessa Archiduquesa?

Suspiré.

—Sí.

—¿Qué te has apostado?

—La cuestión es que ya sabes que yo no pierdo, era una apuesta segura. ¿Cómo iba a imaginarme que perdería contra Tessa? Además, ella me provocó y me llevó hasta el límite y, si yo ganaba, me deshacía de ella para siempre y...

—¿Qué te has apostado?

—De hecho, si no hubiera sido porque mis patines han desaparecido no hubiera perdido. ¡Joder, que yo nunca pierdo! —Me incorporé y caminé nerviosa por la clase. Pear me seguía allí por donde iba.

—¡¡¿Qué te has apostado?!!

—Ojalá fuera un qué, pero no. Es un quién. —Me detuve para respirar y confesé—. He apostado a Will.

Me senté en mi silla y escondí la cabeza entre los brazos.

—¿¿Qué?? ¿Cómo que a Will? No lo entiendo.

Me froté los ojos con las manos. Dos círculos morados lucían debajo de ellos. Me iba a explotar la cabeza. No había dormido nada en toda la noche y no por uno de mis *ataques* sino porque no podía dejar de pensar en las consecuencias de mis estúpidos actos.

—Es simple. Si ella ganaba, se quedaba con Will. Si perdía, se retiraba del campeonato.

—¿Es una broma?

—Ojalá, pero no.

—¿Te has apostado a tu novio? ¡Joder, Sara! ¡De todas las estupideces que has hecho en tu vida, esta es la más grande! ¿Qué te han dicho Oliver y Adam?

—No lo saben, no he encontrado el valor para contárselo. —Seguí frotándome los ojos y empecé a sollozar—. ¿Qué voy a hacer?

Empezaron a llegar mis compañeros a clase. Nuestros amigos se extrañaron al vernos ya allí. Nos buscaban. Nos preguntaron que por qué no habíamos ido a desayunar y muchas cosas más que yo no era capaz de contestar. Y Pear no ayudaba, estaba bloqueada, y eso no sucedía todos los días.

—¡¡Sara!!

Will. Por el tono del grito, me di cuenta de que estaba cabreado. Tessa ya debía de haber ido a cobrarse su premio. Sí que se dio prisa, joder. Pear y yo nos miramos asustadas por lo que se avecinaba. Will entró por la puerta, con

el rostro desencajado, seguido de Daniel y dos amigos más de su pandilla, Jack y Aaron. Por sus caras, me quedó claro que todos ellos sabían lo que había pasado porque me censuraban con su actitud. Detrás de ellos venía Tessa. Tessa, la Diabla; Tessa, la *Perraca*, que había venido desde el infierno a joderme la vida. «Vale, eso no pega, pero me da igual. Es una perra y punto. No sé por qué me odia tanto. Y encima se está riendo la muy... ¡Joder!, lo está disfrutando».

Adam se puso delante de mí, dándome la espalda, pretendía defenderme con su postura. No sabía lo que sucedía, pero no le gustaba el tono de voz con el que me había llamado Will e intuía problemas. Oliver se situó a mi lado derecho y me preguntó con la mirada: «¿Qué pasa?».

—¡Sara! —Will intentó dirigirse a mí a través de Adam. Se movió hasta que localizó un resquicio en mi protección a través del cual nos podíamos mirar a los ojos— ¿Qué coño está diciendo Tessa? ¿Me has perdido en una apuesta?

Lo primero que vi fue la mirada alucinada de Adam. Había girado la cabeza y medio cuerpo para enfrentarme cara a cara.

—¿Qué? —me preguntó asombrado.

Después, fijé mis ojos en el resto, Brian, Marco, Olivia... Cada cuál parecía más sorprendido. Todos me miraban esperando mi respuesta y mis explicaciones.

—Puedo explicarlo.

—Ya lo he explicado yo, Summers. Solo tienes que dar tu confirmación para que yo pueda cobrarme mi apuesta. —Tessa se enredaba el dedo en el cabello y hablaba despreocupadamente. Se notaba que a ella la vida le sonreía en esos momentos.

—Tú, cállate, Vampiresa —me defendió Pear.

—¡Callaos todos, joder! —ordenó Will gritando. Estaba al límite y empezaba a sospechar, por mi reacción, que Tessa no le había mentado—. Sara, habla. Dime que es mentira, por favor.

No podía. ¿Por qué tuve que hacer esa estúpida apuesta? ¿Por qué?

—¡Es cierto! ¡Pero esto no tendría que estar pasando! ¡Yo nunca pierdo!

—Entonces, ¿es verdad que me has apostado? —me volvió a preguntar Will con la voz entrecortada. Sufría. Podía ver el dolor en sus ojos.

Se empezaron a oír murmullos de indignación por toda la clase. Se estaba enterando todo el mundo. Nuestros gritos se escuchaban desde los pasillos y se empezaron a asomar a la puerta los alumnos de las clases de al lado. Mis

amigos no hacían más que preguntar y me agobié mucho. Iba a explotar.

—¡Vale ya! ¡Que se calle todo el mundo! —Con mi sonoro grito tuve la atención absoluta de decenas de estudiantes—. Sí, hice una apuesta con Tessa. ¡Me provocó diciéndome que estaba en mi peor momento y que me iba a ganar en la competición de patinaje! ¡Ganarme a mí! ¡Cuando siempre ha estado a años luz por detrás! Y nos apostamos a Will; si yo perdía, Will sería para ella, pero esa no es la cuestión. ¡Yo jugaba sobre seguro! ¡Es indiferente lo que me apostara porque yo no pierdo! —Me dirigí a Tessa con mi tono más amenazador y la señalé con el dedo—. Y tú... ¡Jamás me habrías ganado si no hubiera sido porque han desaparecido mis puñeteros patines! Y, aun así, ¡me has ganado por los pelos!

Ya lo había dicho. Me había desahogado. Entonces, lo único que me interesaba era la reacción de Will. Mis ojos se encontraron con los suyos y ya no veía dolor. Había decepción y un cabreo monumental.

—No, Sara, respuesta equivocada. El problema no es que tú no pierdes. No. ¡ESE NO ES EL PUTO PROBLEMA! ¡El puto problema es que lo que deberías haber hecho es comerte toda tu jodida prepotencia y superioridad y reconocer que te has equivocado y que no deberías haberme apostado, pero no porque no pierdes, sino porque yo soy una persona, soy tu jodido novio y no tenías derecho a jugar así conmigo! —Se detuvo para respirar—. Eso es lo que deberías haber dicho. Que lo sientes, que te has equivocado y que la apuesta no es válida porque yo no te pertenezco.

Me dio un vuelco el corazón. Me asfixiaba. Aquello no podía estar pasando. Era mucho peor de lo que me imaginaba. «No pretendía jugar con él... yo, yo no... yo nunca pierdo».

—¡Contéstame, joder! ¿Qué tienes que decirme ahora?

No me dio tiempo a reaccionar. Adam se lanzó hacia delante dispuesto a enfrentarse a Will.

—¡¿Quién coño te crees que eres para hablarle así?!

—No te metas, Adam. Esto no va contigo —le respondió Will.

—¡Me meto donde me da la puta gana!

—Chicos, vamos a tranquilizarnos, por favor —intermedió Moira—. Sara se ha equivocado y no debería haber hecho esa apuesta, pero...

—Pero ¿qué dices, Moira? —Adam se enfureció más— ¿Es que no has escuchado nada? Ella no iba a perder. ¿Qué cojones importa lo que haya apostado?

—¡Adam! Sara es una de mis mejores amigas, pero no es perfecta, es

humana, y, como tal, se equivoca. No puedes defender lo indefendible.

—Defiendo lo que me sale de las pelotas.

—Esto es cojonudo. —Will se rio, pero no era una risa sincera, era una risa de incredulidad—. ¡¿Cómo coño se va a dar cuenta de sus errores si está rodeada de gilipollas que son tanto o más prepotentes que ella?!

—¿Me acabas de llamar gilipollas, Von Kleist? —Adam agarró a Will por la pechera y lo empujó contra la pared— ¿Quieres que lo resolvamos en la calle?

«No, Adam, por favor, no lo provoques. Te puede hacer daño». La situación se nos iba de las manos.

—Adam, no. —Intenté acercarme a ellos, pero Oliver me agarraba con fuerza para que no me moviera. No había dejado de sujetarme la mano en ningún momento.

—Ni Adam ni yo somos tan débiles, ni Will es tan fuerte —me aclaró.

Will lo escuchó porque, a continuación, intentó zafarse del agarre de Adam y apuntó a Oliver con el dedo:

—Dame un motivo, Aston. Lo estoy deseando.

El aludido se lanzó contra Will dispuesto a enfrentarse a él. Oliver, que seguía odiando el contacto humano fuera de su zona de confort. ¡¿Qué clase de pesadilla estábamos viviendo?!

Por fortuna, Daniel reaccionó a tiempo y se dispuso a separarlos.

—¡Adam, suéltalo! ¡Will, contrólate!

Daniel y Jack sujetaron a Will. Y Brian, Olivia y Marco alejaron a Adam y Oliver de la pelea.

—¿Qué pasa contigo, Daniel? ¿De qué parte estás? —acusó Oliver a mi mellizo—. ¡Es tu hermana!

No le dio tiempo a contestar. Will estaba dispuesto a acabar ya con el asunto.

—Sara —me llamó—, la ganadora tendrá que cobrar su apuesta, ¿no estás de acuerdo?

«¿A qué se refiere? ¿Qué va a hacer?». Will se aproximó a Tessa, que permanecía en un segundo plano, la muy cobarde, la cogió de la cintura y me miró por última vez.

«No. No lo hagas, por favor. No».

Entonces la besó.

Y la clase empezó a girar a mi alrededor. Veía borroso, y las voces me sonaban amortiguadas. Era como si un tren de mercancías me estuviera

pasando por encima. No podía creer que me estuviera haciendo eso. Que estuviera regalando sus besos, esos besos que solo eran míos, a mi peor enemiga. Me rompió el corazón. Tenía que salir de allí. No soportaba seguir viéndolos.

Me abrí paso a empujones entre la gente, hacia la salida del aula. Se me caían las lágrimas mientras corría por los pasillos. Me crucé con el profesor de matemáticas, que se dirigía a nuestra clase, pero no me detuvo. Solo me observó preocupado. Bajé las escaleras. No sé hacia dónde huía. A esconderme a algún rincón para llorar tranquila. Quería dejar de ver ese beso.

Alguien me agarró del codo y me abrazó. Era Oliver. Debía de haber salido detrás de mí. Mis piernas ya no sujetaban más mi peso y me deslicé muy despacio por la pared hasta que mis rodillas me tocaban el pecho. Oliver vino conmigo. Nos quedamos sentados en el suelo.

—Abrazame, Oliver, por favor —le supliqué entre lágrimas. Hundí la cabeza en su pecho y le pasé los brazos alrededor de la cintura—. Abrazame fuerte.

—Siempre.

Consecuencias

No permanecemos solos demasiado tiempo. Pronto comenzamos a escuchar los gritos de Will. A Oliver se le tensaron los músculos, y yo me abracé a él con más fuerza.

—¡Sara! Sara, ¡¿dónde estás?!

—¡No te vuelvas a acercar a ella, Von Kleist! —Escuché cómo Adam gritaba a Will. Al parecer, venía detrás de él.

—¡Olvídame, Adam!

Detectamos el sonido de fuertes pisadas en las escaleras. Ya bajaban. Era cuestión de segundos que nos descubrieran.

—Apártate de mi novia, Aston.

Nos habían localizado. No solo venía Adam con él, también los acompañaba mi hermano. Me centré en Will, y nuestros ojos se encontraron. Su expresión era más suave, no quedaba nada de la ira con la que me había mirado hacía escasos minutos.

—¿De tu novia? —Oliver se separó de mí—. ¿En serio piensas que sigue siendo tu novia? Porque entonces eres más estúpido de lo que aparentas.

—Voy a pasar por alto tu comentario, Aston, porque me importas una mierda. Solo quiero hablar con Sara.

Y ahí renacía la ira. «Vaya poder más camaleónico».

—Ella no quiere hablar contigo —volvió a gritarle Adam. Se le veía muy cabreado.

—¡Que cierres la puta boca, Adam!

Intentarían pegarse si no hacía nada.

—¡Ya basta, por favor! No os peleéis más. ¿Qué quieres, Will?

—¿Que qué quiero? Hablar contigo para intentar arreglar las cosas.

—No hay nada que arreglar, te has enrollado con otra tía delante de mis narices y de medio colegio. Eso no te lo voy a poder perdonar.

—¿Qué es lo que no vas a poder perdonarme, Sara? ¿Que te haya ridiculizado delante de todos? ¿Te das cuenta de que eso es lo que tú has hecho conmigo al incluirme en esa apuesta? Tenía el orgullo herido y he

tenido que hacer algo para darte un escarmiento porque parecía que no acababas de entender lo insultado que me sentía.

—No, Will, no se trata de mi orgullo ni de lo que puedan pensar de mí en este momento. Lo que me duele es que le hayas dado uno de tus besos a ella, después de jurarme que eran solo míos. Le has dado algo que era solo nuestro. —Se me humedecieron los ojos de lágrimas por mi confesión. Intenté aguantarme las ganas de llorar, pero la situación me superó.

—Sara...

—No quiero seguir discutiendo. Vete, por favor, Will. Déjame en paz.

Deseaba que se fuera para poder llorar tranquila.

—Sara, por favor, perdóname. Estaba muy disgustado, ha sido un arrebató.

Me tapé los oídos con las manos.

—No quiero escuchar nada más, vete.

Hubo una clara determinación en mi voz. Will supo que no cedería. No en ese momento. Me conocía lo suficiente. Se dio media vuelta y se marchó derrotado. No luchó demasiado.

Daniel se dirigió a mí por primera vez desde que empezó la discusión.

—Esta vez no puedo apoyarte, Sara. No tienes razón.

No. Aquello era lo último que me faltaba por oír. ¿Que no podía apoyarme? Entonces no habló la Sara indignada por las consecuencias que había tenido la estúpida apuesta con Tessa, habló la Sara que se calló las humillaciones, los desplantes, los insultos y el abandono sufrido por su hermano mellizo en los últimos dieciséis años.

—¿Que no puedes apoyarme esta vez? ¿Y cuándo coño me has apoyado tú en la vida, Daniel? ¿CUÁNDO? ¡Lo único que yo recuerdo es cómo te alejabas de mí más y más como si de la peste se tratara! ¡Porque lo único que sabes hacer es humillarme, insultarme, pegarme y tratarme como si fuera una mierda! ¡Tú y yo solo nos podemos llamar hermanos porque nos corre la misma sangre por las venas, y eso si a ti te corre la sangre, que lo dudo! ¡Me abandonaste hace mucho tiempo! Así que dime: ¿cuándo coño me has apoyado tú a mí?

Silencio. Nadie se movió. Oliver y Adam nos miraban de hito en hito, expectantes por cuál sería el próximo movimiento. No era ningún secreto para ellos lo que acababan de escuchar, era algo que me había carcomido desde niña y que siempre compartí con ellos. Por fin había puesto las cartas sobre la mesa. Ya no había vuelta atrás. Íbamos a sacar toda la mierda que

llevábamos dentro y era probable que esa fuera la última vez que Daniel y yo nos dirigíamos la palabra. Quizá aquella conversación debería haber sido privada entre hermanos, pero ni ellos hicieron el más mínimo amago por marcharse, ni nosotros el intento de decirles que se fueran. Al fin y al cabo, estábamos en familia.

Daniel estuvo a punto de darse la vuelta sin entrar en la batalla verbal, pero, en el último momento, se lo pensó mejor y vino directo hacia mí.

—¿Quién abandonó a quién primero, Sara? ¿Yo a ti? ¿O tú a mí?

«¿Qué? Él a mí, por supuesto». Yo jamás lo separé de mi lado. Fue él siempre quien me rechazó. Al menos, eso es lo que pensaba hasta aquel momento. No me vi capaz de contestar, estaba consternada por el significado de sus palabras. Aproveché mi indecisión para seguir hablando.

—¿No dices nada? Será la primera vez que te quedas sin palabras, porque tú siempre tienes algo que decir. Sobre cualquier cosa, tú lo sabes todo. Te creces pensando que sabes lo que pasa por mi cabeza y por qué hago o dejo de hacer las cosas. Oh, sí, eso te encanta, psicoanalizarme y echarme a mí la culpa de todos tus problemas. ¿Pero quieres saber algo? No tienes ni puta idea.

—No, no intentes confundirme, tú no me quieres, siempre me has apartado de tu lado, me has considerado toda la vida un bicho raro que no se merecía un solo segundo de tu tiempo.

—¿Estás segura? Mi percepción es otra. En mi cabeza, recuerdo cuando tú te reías de mí porque no sabía hacer todo lo que tú sí sabías hacer, y yo me defendía de la única manera que podía, atacando. Y te atacaba por la fuerza, ya que es lo único que siempre he tenido superior a ti. Mientras te juntabas con Alex, y os divertíais haciendo cosas que yo no sabía hacer, porque no era mi momento para hacerlas, no me quedaba más remedio que irme al rincón más lejano y seguir a lo mío. Siempre hay que escuchar las dos versiones de la misma historia porque ya sabes lo que dicen por ahí... ni los buenos son tan buenos, ni los malos son tan malos.

No podía ser. No era así como sucedieron las cosas. Yo no me burlaba de él a propósito. ¿O sí? Era posible que me hiciera gracia que no entendiera algo que para mí era claro, pero mi intención no fue separarlo de mi lado y aislarlo, eso lo hizo él solito. ¡Yo era una cría! No podía ser consciente del posible daño que le hacía.

—Eso no es así. Yo no quise hacerte daño de una manera tan cruel. Era una cría.

—Yo también era un crío, Sara. ¿O acaso te olvidas de que tenemos la misma edad?

—Cuando papá nos trajo a este colegio, tú no querías saber nada de mí.

—Cuando papá nos trajo a este colegio, me tenías hasta los cojones. No es sencillo ser tu hermano mellizo.

—Te juntaste con Will y me hacíais la vida imposible.

—Cierto. ¿Y sabes qué es lo más curioso? Lo pronto que te olvidaste de todas las humillaciones que sufriste por Will. Un par de carantoñas, y borrón y cuenta nueva. Pero mi parte de culpa no, eso no se te olvida y no me lo vas a perdonar jamás. Y entonces te pregunto yo a ti: ¿por qué me odias tanto, Sara? Pero no, no me contestes, porque me importa una mierda.

Se dio media vuelta y se fue, dejándome con la palabra en la boca. Aunque, puestos a ser sinceros, no habría sabido qué contestarle. Lo que tenía claro era que se equivocaba en algo. No lo odiaba, no podría hacerlo. Lo quiero demasiado.

¿Es posible que te rompan el corazón por dos lados diferentes el mismo día?

Operación Zorrón del desierto

Había pasado un mes desde aquel fatídico día en que mi vida dio un giro de ciento ochenta grados. Durante los dos días posteriores al encontronazo con Will, él intentó por todos los medios acercarse a mí, pero yo no quería. La relación que manteníamos, en ese momento, era la misma que teníamos antes de ser novios: enemigos acérrimos.

Mi relación con Daniel no había vuelto ni a los valores iniciales. Era inexistente. Pasamos todas las vacaciones de Navidad en Saas Fee sin dirigirnos la palabra. Tampoco se hablaba con Oliver, y con Adam lo justo. No estaba preparada para enfrentarme a su versión de nuestra historia y sentía un nudo en la garganta siempre que me acordaba de sus palabras. Esperaría a que pasase el tiempo y a ver lo que sucedía.

Fue un milagro que mi padre no se diera cuenta de que Daniel y yo no nos hablábamos. O andaba demasiado ensimismado para fijarse en nosotros, o no notó gran diferencia en nuestro comportamiento. No sé cuál de las dos opciones me entristecía más.

Lo más extraño de todo el asunto fue que, dos días después de la competición, cuando abrí mi taquilla de la pista de hielo, mis patines estaban allí. No entendí qué había podido pasar. No estaban allí el día de la competición, eso seguro... Más tarde resolvimos el enigma.

Ya estábamos en el mes de enero y, en pocas semanas, empezarían los exámenes del segundo trimestre. Pear, Olivia, Moira y yo nos reunimos en mi habitación, sin avisar a Natalie, para llevar a cabo, de una vez por todas, nuestro plan contra Logan. Planear maldades me mantenía ocupada y hacía desaparecer por algunos momentos el fuerte dolor de mi pecho.

Aunque había pasado el tiempo, Natalie seguía sospechando que algo sucedía, y su relación con Logan se había enfriado. Se había desencantado de él, y eso era algo que seguro le favorecería. No es aconsejable estar tan colgada de un chico, porque luego pasa lo que pasa: que sufrimos más de la cuenta.

Una vez que tuvimos todos los puntos bien definidos, se los resumí a las

chicas:

—Recapitulando, mañana después de las clases nos convertiremos en su sombra, lo seguiremos por todo el colegio hasta que descubramos si se reúne o no con alguna fresca en algún rincón oscuro. Si lo sorprendemos poniendo los cuernos a Natalie, le rajamos las ruedas de su flamante moto nueva.

—No sé por qué perdemos el tiempo. Yo, sin pensarlo más, le rajaba las ruedas de su flamante moto nueva.

—Pear... ¿Has oído hablar de la «presunción de inocencia»?

—Moira, ese tiene de inocente lo que yo de rubia.

—Bueno, chicas —terció Olivia—, vamos a ceñirnos al plan original. Mañana quedamos donde ya sabemos y a la hora que ya sabemos y prohibido hablar del tema delante de Natalie, no vaya a ser que sospeche algo.

—Vamos a necesitar unos prismáticos o algo similar para vigilarlo de cerca —opinó Moira.

—¿Y de dónde vamos a sacar unos prismáticos?

—De eso me ocupo yo, Oliver tiene unos en su dormitorio —añadí.

Al día siguiente, me dirigí al lugar indicado y a la hora indicada. Llegamos las cuatro a la vez. ¡Qué compenetración! Observé con atención de arriba abajo a todas mis amigas.

Pear: mallas negras, bailarinas negras y camiseta negra. «Bien».

Olivia: pantalones ajustados negros, playeras negras y jersey negro. «Bien».

Moira: pantalones vaqueros azules, zapatos negros... «¿Pantalones vaqueros azules?».

—¡Moira! ¡Quedamos en venir todas vestidas de negro! ¡Tenemos que camuflarnos con el entorno para que no nos descubran!

—¡No tengo pantalones negros! Y, de todas formas, todavía es de día, se nos va a ver aún más si vamos de negro.

Razón no le faltaba, no.

—Moira, ¡habíamos quedado en venir todas de negro! ¡Hay que ceñirse al plan y punto! ¡Tú no vienes! —Pear zanjó el asunto sin demora.

—Pero ¡yo quiero ir!

—Es mejor que vayas con Natalie, se estará preguntando dónde estamos.

—¿Y ahora reparáis en eso? Me parece que este plan está lleno de agujeros.

Las tres la fulminamos con la mirada.

Yo encabezaba la fila, con los prismáticos en la mano. Nos aproximamos

a uno de los bordes de la cancha de baloncesto; estaba llena de árboles, de modo que era difícil que nos vieran. Uno de esos árboles era nuestro árbol, el árbol de la pandilla. Nos gustaba sentarnos en él. Era como mi árbol con Will. Me acordé de Will. Moví la cabeza bruscamente para sacarlo de mi cabeza y me concentré en la misión. Desde aquella posición, usando los prismáticos, podíamos vigilar a Logan y a sus amiguitas, que jugaban en el embarcadero. Si hacía algún movimiento de acercamiento hacia alguna de ellas, ¡lo pillaríamos!

De repente, oímos unos murmullos. Nos miramos y nos mantuvimos en silencio. El sonido venía de abajo. Escrutamos lo que había debajo de nuestros pies y, como el colegio no era lo suficientemente grande para albergarnos a todos, Will, Daniel y sus amigos estaban justo debajo de nosotras, a escasos metros de las gradas del campo de fútbol. Volví a tener a Will en mi cabeza. «Genial». Llevaba su traje de entrenamiento y hablaba en susurros con sus amigos, ¿qué estarían tramando? Y eso lo pensaba yo, que iba vestida de negro y con unos prismáticos en la mano.

—Chicas, son Daniel y compañía —dijo Olivia entre susurros—. Debemos hablar bajito para que no nos descubran.

Pear y yo levantamos los pulgares en señal de aprobación.

Nos aproximamos más al borde para poder divisar mejor a nuestro enemigo. Oteé hacia abajo y comprobé que estábamos al límite. Era una caída de tres metros. Debíamos tener cuidado si no queríamos caer por el pequeño barranco de tierra.

Me coloqué los prismáticos en los ojos y observé.

—¿Qué ocurre?

—De momento nada, solo hablan —informé a mis dos amigas, sin apartar los prismáticos de mis ojos.

—Esto es una pérdida de tiempo. Podemos pasar aquí horas sin que ocurra nada interesante.

Detecté un movimiento. Logan se había aproximado a la chica que tenía al lado. Era una rubia un año mayor que nosotros. Se llamaba Lisa.

—Esperad.

—¿Qué?

—¿Qué está haciendo?

—Se está acercando a la rubia de bote de...

—¡Déjame mirar!

Pear pegó su cuerpo al mío con la intención de arrebatarme los

prismáticos. Me encontraba tan cerca del borde que di un resbalón e instintivamente me agarré a mi amiga, para no caerme, que a su vez se agarró a Olivia. Pero no conseguimos nuestro propósito, sino todo lo contrario.

Nos caímos las tres.

Empezamos a rodar por la tierra húmeda. Me clavé una piedra en el costado. ¡Cómo dolió! Pear y Olivia cayeron conmigo. Empezamos a chillar las tres, y así continuamos hasta que nos detuvimos, señal de que habíamos tocado fondo. Por suerte, no era mucha altura y lo más herido resultó ser nuestro orgullo. Porque mi exnovio, mi hermano y compañía todavía seguían abajo.

—Ay, ay, ay —Escuché los quejidos lastimeros de Pear y Olivia.

—¡Pero qué demonios...! —reconocí la voz de mi hermano.

«¡Qué dolor!». Sentía como si la maldita piedra estuviera aún clavada en mi costado. «Me va a quedar moretón seguro», pensé.

Abrí los ojos y advertí cómo asomaban cuatro cabezas. Fue Will quien habló primero, con esa voz chulesca que lo caracterizaba.

—Sarita, por fin caes rendida a mis pies... ¿literalmente?

No tenía ni que esforzarse en humillarme, yo misma me servía en bandeja.

—Me duele... ay, ay, ay.

Nos llevaron a la enfermería. La enfermera nos hizo un chequeo general y nos dijo que nos encontrábamos las tres bien, salvo por unos cuantos arañazos. Will y Daniel nos acompañaron. No se les puede negar ayuda a unas moribundas, es un delito. No lo digo yo, lo dice la ley. En varios países europeos, aunque Escocia no es uno de ellos... «Delito de omisión del deber de socorro» lo llaman.

Le mandamos un mensaje a Moira explicándole lo sucedido y vino corriendo a ver qué nos habíamos hecho, junto con Oliver, Adam y Brian. Cuando llegaron, Will y Daniel ya se habían marchado, eso sí, no habían dicho una palabra. Solo me miraron girando la cabeza en señal de reprobación, como siempre.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Oliver, preocupado, acercándose a mí. Me levantó la camiseta para verme la herida de cerca, me rozó suavemente con las yemas de los dedos y yo emití una mueca de dolor.

—Es una historia muy larga —lo informó Olivia.

—Nos hemos caído por el barranco que conecta la cancha de baloncesto con el campo de fútbol mientras espiábamos con tus prismáticos a Logan

Morris.

Pear siempre ha tenido mucha capacidad de síntesis. Yo no podía hablar, me dolía mucho el costado. Mi umbral del dolor es muy bajo; en realidad, es inexistente. Oliver seguía acariciándome la piel en círculos mientras me aplicaba una pomada que había cogido del armario de la enfermera.

—Parece que no es una historia tan larga —admitió Olivia.

Brian se pasó el dedo por la barbilla, pensativo.

—¿Para qué quieres tú unos prismáticos, Oliver?

Esa misma noche, nos tumbamos las cuatro en mi cama como pudimos. Pear y yo descansábamos con la cabeza en la almohada, y Olivia y Moira estaban al revés, con la cabeza en los pies de la cama. Nos tomamos un calmante para mitigar el dolor, y ya apenas nos dolían los arañazos.

Los chicos tenían ensayo y se llevaron a Natalie con ellos con alguna excusa. Ya conocían casi todos nuestros planes; después de nuestro desafortunado accidente, no nos quedó más remedio que confesar.

Moira nos informaba de los avances que había hecho en nuestra ausencia.

—¿Qué has descubierto?

—Cuando me habéis mandado el mensaje, he ido corriendo a la enfermería y, de camino, he visto cómo... —se calló de repente, para darle más misterio.

—¿Qué has visto, por Dios? ¡No nos dejes en ascuas!

—He visto cómo Logan y Lisa salían del colegio en su flamante moto nueva.

—¡No puede ser!

—¡Será capullo!

—Os lo juro.

—Chicas, que no cunda el pánico, tengo una idea.

Pear tenía una idea. Miedito me daba. Se sentó en la cama y adoptó su pose de malvada de cuento, frotándose las manos y sonriendo con malicia.

—No va a ser sencillo, pero tampoco imposible. Lo más difícil de toda la operación va a ser robar el coche de tu hermano. —Pensaba en voz alta y, a la vez, miraba concentrada hacia el techo.

—¿Robar el coche de mi hermano?

—No, Olivia, tu hermano no tiene coche. Centrémonos, por favor. Me refiero a robarle el coche a Daniel.

—¿¿Daniel tiene coche?? —preguntaron Olivia y Moira al unísono. Se incorporaron y se quedaron sentadas en la cama. Yo seguía tumbada, me

encontraba más cómoda, y no quería que me empezara a doler el costado por hacer movimientos bruscos.

—¡Pero si es menor de edad! ¿Para qué quiere un coche? —continuó protestando Moira.

—En realidad, es el coche de mi hermano Alex —expliqué—. Mi padre le ha comprado uno nuevo para que vaya a la universidad, pero, como ese viejo cacharro lo utilizó para aprender a conducir, le ha dado pena llevarlo al desguace y, de momento, lo ha dejado aquí. Dice Daniel que es suyo, para cuando cumpla los diecisiete años y pueda conducir de manera legal por Escocia.

—Es intrascendente de quién sea el coche, la cuestión es que la próxima vez que Logan y Lisa salgan del colegio... ¡Los seguiremos con el coche! Estoy segura de que van a darse el lote fuera del colegio para que no los descubra Natalie. ¿A que es un plan formidable?

No estaba muy segura, veía demasiadas fisuras en ese plan.

—¿Y quién lo va a conducir? —preguntó Olivia.

—La única que tiene permiso de conducir es Sara...

Hacía rato que me olía que aquello iba a acabar así. Todos los años veraneamos en Malibú, California. Mi abuelo posee una casa allí y a mi padre le gusta pasar las vacaciones con su familia. Aquel verano, Daniel y yo ya teníamos cumplidos los dieciséis años, por lo que mi padre nos enseñó a conducir a ambos y obtuvimos el permiso. Pero solo era válido en Estados Unidos. Aquí, en Escocia, hay que tener diecisiete años para poder conducir.

—En este país, no.

—Bah, tecnicismos.

Apoyé los codos en el colchón de la cama y me incorporé lo justo para encontrarme con la mirada traviesa de Pear.

—¿Tú crees? —le pregunté levantando las cejas.

—Sí, claro.

—¡No, no, no! ¿Estáis locas? —Moira se levantó de un salto de la cama y comenzó a dar vueltas por la habitación. Yo me tumbé, de nuevo, en la cama, porque empezaba a marearme— ¡Sara, no puedes conducir un coche robado y sin tener permiso de conducir! ¡Podríamos ir a la cárcel! ¡Estaríamos incumpliendo multitud de leyes y nos podrían expulsar del colegio! ¡Y un montón de cosas más! —Se detuvo para mirarnos y entendió que jamás nos convencería para que no lo hiciéramos. Nos conocía bien. Suspiró y se volvió a tumbar en la cama.

—¿Y por qué no le pides la moto a Oliver?

Oliver tenía moto desde que había cumplido los dieciséis años, a finales de mayo del año anterior. Se la regalaron sus padres y la guardaba en el colegio. Como nos permitían salir al pueblo sin la supervisión de un mayor, les pidió una moto a sus padres para poder moverse con más facilidad. Siempre andaba pidiendo favores o dependiendo de su hermano, cuando aún estudiaba aquí, para que le trajera pedidos que hacía en el pueblo para sus cámaras fotográficas y sus recambios para el telescopio.

—Porque no entramos todas y, además, Logan podría reconocerme.

—Voy a llamar a mi padre para que nos vaya preparando la defensa... —
Moirá ya se había rendido.

Teníamos un plan.

Operación Zorrón del desierto II

El primer inconveniente de nuestro plan era conseguir las llaves del coche. Las llaves que tenía mi hermano en su poder. Hermano con el cual no me hablaba. La posibilidad de pedírselas y que nos las entregara con amabilidad y sin hacer preguntas no existía, por lo que debíamos atenernos a la segunda y única opción.

Robárselas.

Pear me aseguró que tenía un plan perfecto para ello, pero que no podía contarme los detalles. Me pidió que confiara en ella y que no se me ocurriera pensar en un plan B. No sabía cómo lo iba a hacer, pero decidí seguirle el juego. Si no salían las cosas bien, ya buscaría otra alternativa. «Llamémosle *otra alternativa* y no plan B».

Era viernes. Supimos por Natalie que no había quedado con Logan por la tarde porque este le había dicho que debía resolver unos asuntos en la ciudad. Sonaba muy muy sospechoso. Solo íbamos a tener una posibilidad y decidimos que aquel día era el indicado. Logan tenía la flamante moto nueva aparcada en el garaje del colegio, junto a la de Oliver. Y el coche de mi hermano también estaba en ese mismo garaje.

Era un Audi 90 verde, que tenía, como mínimo, quince años. Mi padre es de los que opinan que para aprender a conducir es mejor romper un coche viejo que estropear un coche nuevo. Mientras Pear conseguía las llaves, nosotras la esperaríamos escondidas detrás del coche para que Logan no nos descubriera cuando apareciera. Todas nuestras esperanzas estaban puestas en que Pear consiguiera las llaves antes de que Logan y Lisa llegaran al garaje.

Miré el reloj. Eran las cinco de la tarde. Hacía una hora que habían finalizado las clases y Pear no aparecía. Empecé a impacientarme. Logan había tenido tiempo suficiente para cambiarse de ropa y quedar con Lisa. Pensé que quizá incluso se dirigían hacia el garaje en esos momentos.

Se sucedían los minutos, pero allí no aparecía nadie.

—¡Se oyen pasos! —exclamó Olivia.

Las tres enfocamos nuestros ojos en la cuesta en espiral que daba acceso

al garaje. Era cierto, se oían pasos. «Por favor, que sea Pear», recé. Los pasos cada vez sonaban más cercanos. Intuí un par de tacones. Pear nunca llevaba tacones. No en el colegio.

—¡Son Logan y Lisa!

«Mierda. Se acabó el plan. ¿Dónde se ha metido Pear? ¿Por qué tarda tanto?».

—¡Sara! ¿Qué hacemos? Se nos van a escapar.

Por suerte, yo casi siempre tengo un plan B, digo... «otra alternativa». No me gusta dejar las cosas a la suerte del azar.

—Manteneos agachadas. Nos vamos sin Pear. En cuanto abra las puertas, entráis en el coche y os ponéis los cinturones, no vamos a ir despacio. —Me quité la mochila que llevaba colgada en la espalda, la abrí y cogí lo que necesitaba: la ganzúa.

—Sara, ¿qué es eso? ¿Qué vas a hacer?

—Voy a forzar la cerradura y luego voy a hacer un puente al coche para arrancarlo.

—¿Sabes hacer eso? —me preguntó Olivia, con los ojos muy abiertos.

—Por supuesto que sí.

Me puse manos a la obra; debía ser muy rápida o Logan y Lisa se nos escaparían. Inserté la ganzúa por la parte superior de la cerradura hasta que sentí los pernos. Empujé hacia arriba y... ¡*Voilà!*

—¡Rápido, subid!

—¡Eres la mejor, Sara!

—No es para tanto.

Miré hacia el final del garaje y descubrí, con pesar, que los traidores ya arrancaban la moto. Debía darme prisa. Me coloqué en el asiento del piloto, retiré la cubierta de plástico y liberé los paneles de acceso. Aparté los cables de la batería, los pelé y giré uno con el otro. Conecté el cable de encendido y apagado con el cable de la batería. Cómo odio trabajar a contrarreloj...

—¿Estás segura de que esos son los cables que tienes que manipular?

—Más me vale, o voy a acabar electrocutada.

Advertí cómo salían las chispas del cable de arranque y...

¡*BRUM, BRUM!*

—¡Bien! —gritaron Olivia y Moira dando palmadas con las manos.

Revolucioné el motor, rompí el bloqueo del volante y ¡allá íbamos! Logan ya subía por la cuesta, estaba a punto de salir del colegio. Al inicio de la cuesta, divisé a Pear, que bajaba acelerada con las llaves en la mano. «¡A

buenas horas!». Pero no venía sola, detrás de ella venía alguien más... ¿Oliver?

Frené en seco y bajé la ventanilla del coche. Antes de preguntar nada, Pear me explicó lo sucedido.

—Oliver me ha descubierto mientras venía hacia aquí y, como no he querido decirle a dónde iba, ¡me ha seguido!

No teníamos tiempo para explicarle a Oliver qué estábamos tramando. Tendría que venir con nosotras.

—¡Subid!

—¿Qué hacéis? ¿Estáis locas? Sara, ¡tú no puedes conducir un coche! ¡En este país, no!

Utilizó mis mismas palabras. Suspiré de manera exagerada. Estábamos perdiendo mucho tiempo. Salí del coche. Me coloqué detrás de Oliver y lo agarré por la cintura a la vez que lo empujaba para encerrarlo dentro del coche.

—¡Ni de coña! ¡A mí no me metéis en vuestros líos!

—Oliver, o estás con nosotras o estás contra nosotras. Sube al coche ¡ya!

—Giré la cabeza para atrás y grité entre dientes por encima del hombro—
¡Pear, ayúdame!

Entre las dos conseguimos introducir a Oliver en el coche. Lo sentamos en los asientos de atrás, entre Moira y Pear.

—Pear, ¡dame las llaves! Y poneos todos los cinturones.

Arranqué el coche, por segunda vez, y salí a toda velocidad por la cuesta. Distinguí a lo lejos que Logan ya salía por las verjas del colegio. Aceleré para que me diera tiempo a pasar antes de que se cerraran. No llegaba. Aceleré más... No llegaba... Aceleré todavía más y cerré los ojos un segundo. Los volví a abrir y... ¡Pasamos!

—¡Bien! —grité eufórica. Me giré hacia mis amigos y estaban todos blancos. Se les había ido todo el color del rostro.

—Joder —exclamó Olivia. «Qué exagerados, pasábamos de sobra».

Una vez detrás de Logan, debía mantener una distancia prudencial, lo había visto en las películas de espías. Ya me podía relajar. Ya no se respiraba tanta tensión en el interior del coche.

—¿Cómo has conseguido arrancar el coche si yo no había llegado con las llaves?

Pear se había recuperado del susto y empezó a atacarme. Primero tendría que explicarme ella por qué no había llegado con las llaves. Casi se fue todo

el plan al garette. Estaba dispuesta a exigirle respuestas cuando Oliver se incorporó y asomó la cabeza por el hueco que quedaba entre los dos asientos delanteros.

—¿No tenías las llaves?

—No.

—¿Has hecho un puente al coche?

—Sí.

—Excelente, Sara, vas acumulando delitos cada segundo. —Se sentó dramáticamente en su sitio y cogió aire de forma exagerada. Pretendía que supiera que no estaba nada de acuerdo con aquella situación. No contento con lo que me había dicho, lo siguió intentando—. Hemos pasado por los pelos, has tenido suerte de que no nos vieran los vigilantes. ¿Qué excusa vas a poner cuando volvamos y nos tengan que dejar entrar?

—Ya me inventaré algo —le contesté escueta.

—Estoy deseando escucharlo.

«Tocapelotas sabelotodo. Santa paciencia que tengo».

Durante la siguiente media hora, no se escucharon más que discusiones en el coche. Oliver nos pedía explicaciones sobre lo que estábamos tramando. Pear me acusaba de no esperarla y no confiar en ella. Decía que si hubiera confiado, no hubiera tenido un plan B. El sinónimo de «alternativa» no coló. Moira miraba para todos los lados por si aparecía la policía y nos detenía, y Olivia nos gritaba para que dejáramos de discutir.

—Podrías haberme pedido la moto, quizá te la hubiera dejado.

¿Quizá? Decidí poner la radio. Dicen que la música amansa a las fieras. Paseé por los diferentes diales hasta que reconocí una de las canciones que sonaba: *Girls Just Want to Have Fun* de Cyndi Lauper. Me gusta esa canción. Me pone contenta y me da ánimos. Moví la cabeza y el pie izquierdo al ritmo de la música. Todavía escuchaba las quejas de Oliver y Pear, así que subí el volumen.

Pronto, la música se adueñó de mis actos y me lancé a cantar. No tengo una voz tan bonita como la de Oliver, pero no se me da mal del todo.

*That's all they really want
Some fun
Girls, they wanna have fun
Oh, girls just wanna have fun*

Me mantuve a una distancia prudencial de la flamante moto nueva de Logan. Nos adentramos en la ciudad, y Logan activó el intermitente izquierdo indicando que pretendía detener la moto. Me detuve en segunda fila con las luces de emergencia escasos metros más atrás. Vimos cómo se bajaba solo de la moto. Lisa no lo acompañaba.

Al cabo de unos instantes, salió de una tienda con una bolsa en la mano. Se acercó a la moto y le retiró el casco a Lisa. Hay momentos en la vida en que intuyes lo que va a pasar segundos antes de que suceda. Bajé mi ventanilla del coche y apagué la música.

—Olivia —la llamé y estiré mi mano izquierda sin desviar mi mirada del objetivo—, dame la cámara de fotos que he guardado en mi mochila.

Olivia escarbó en mi mochila y a los pocos segundos me tendió la cámara de fotos de Oliver. La encendí, enfoqué y apunté en el preciso instante en que Logan y Lisa se besaban.

«Lo sabía. Despídete de tus queridas ruedas nuevas, Logan». Sentí la cabeza de Oliver, otra vez, a mi altura.

—¿También has birlado mi cámara de fotos?

20

La fiesta

La semana siguiente hubo un gran revuelo en el colegio. Alguien le había pinchado las ruedas a la flamante moto nueva de Logan Morris. Investigaban el asunto, pero nadie sabía ni había visto nada. «Qué pena, pobre Logan. ¿Qué habrá hecho para merecer algo así?».

El lunes y el martes de aquella semana no se hablaba de otra cosa. Todos los alumnos hacían sus especulaciones y daban sus opiniones sobre lo que creían que había sucedido. Había un sinfín de posibilidades, pero ninguna se aproximaba a la realidad.

Natalie ya conocía toda la historia. Le enseñamos las fotos y se lo tomó mal, muy mal. Una cosa es tener la sospecha de que tu novio te engaña y otra muy diferente que te muestren la evidencia en tu cara. Al segundo de saberlo, quería ir a buscar a Logan para pedirle explicaciones y terminar su relación con él, pero la convencimos para que no lo hiciera porque podríamos levantar sospechas.

Por suerte para nosotras, el miércoles se anunció una noticia que eclipsó el asunto de las ruedas de Logan. Por fin un alumno había resuelto uno de los problemas planteados en las pizarras. Hacía siete años que no sucedía algo así, el último alumno que había resuelto una pizarra había sido Nicholas Aston.

El afortunado fue un alumno de último curso: Michael Banks. Lo recuerdo como un chico muy simpático y bastante inteligente. La Dirección del colegio decidió celebrar una fiesta ese mismo viernes en la cafetería del polideportivo para entregar el premio a Michael.

El *Crowden* no solía celebrar ese tipo de eventos, por lo que todos los alumnos estábamos bastante excitados. Durante tres días, el comité de fiestas –organización formada de manera urgente por cinco alumnos con mucho tiempo libre– se encargó de todos los preparativos necesarios para la fiesta: localización del evento, decoración, *catering*, bebidas, música, etc.

A la fiesta solo podíamos asistir los alumnos de los dos últimos cursos. Así lo decidió la Dirección, que consideraba que los alumnos menores de

dieciséis años no debían trasnochar hasta altas horas de la madrugada.

La mañana de la fiesta, estábamos todos entusiasmados en el desayuno. Yo acababa de llegar de mi sesión de *footing* con Oliver y Adam. Fuimos derechos al comedor, porque teníamos muchísima hambre; ya nos ducharíamos después de comer. Llevaba puestas las ajustadas mallas negras de correr con el top a juego y una sudadera por encima. Las chicas debatían sobre qué nos íbamos a poner esa noche para la fiesta haciendo un repaso general de todos los vestidos y zapatos que teníamos en nuestros armarios.

Al cabo de un rato, comencé a sentir el calor y me arranqué la sudadera. Quise beber un poco de zumo de naranja, pero me di cuenta de que con la urgencia por comer se me había olvidado cogerlo. Me levanté a por uno. Cuando volví a la mesa, ya casi era la hora de irse, por lo que me quedé de pie al lado de Pear mientras me bebía el zumo.

—¿Sara? —me preguntó Pear de repente.

—¿Qué pasa? —contesté alarmada.

—¿Te han crecido las tetas?!

—Sí —contestaron Oliver y Adam al unísono.

«¿Pero qué...?». Miré hacia abajo, hacia mis pechos, para ver qué era lo que había llamado tanto la atención de Pear. Era cierto que el top me quedaba muy prieto, más de lo que me quedaba hacía unas semanas. No me había dado cuenta con tanto lío en la cabeza. ¡No podía creerme que Oliver y Adam no me hubieran dicho nada! ¡Por fin me habían crecido las tetas!

—¿Vosotros lo sabíais?

—No hemos estado todos los días fijándonos en si te crecían o no, pero últimamente, alguna noche, cuando estamos durmiendo, sin querer te he rozado las tetas con el brazo, y eso antes no sucedía —me explicó Adam risueño.

—Felicidades, Sarita. Ya te tocaba, no se puede ser la primera en todo.

Pear miró a Brian y, de nuevo, a mí.

—¿Seguro que no llevas relleno? No te han podido crecer, así sin más, tan rápido.

—¡Por supuesto que no! ¡He estado haciendo *footing*, Pear!

—No sé yo, déjame tocar.

Pear se levantó y antes de que pudiera impedirlo me tocó un pecho. Estaba acostumbrada a esas salidas de tiesto por su parte.

—Vaya, sí que parecen auténticas. ¡Felicidades!

—¿Alguien más quiere tocarme las tetas?

Y, cómo no, era mucho esperar que ese comentario quedara entre mi grupo de amigos, porque en el momento en que yo grité esa frase, Will pasaba por nuestra mesa para abandonar el comedor.

—¡Pero qué necesitada estás, Sarita!
«Gilipollas».

Eran las ocho de la noche, la fiesta empezaba en media hora. Las chicas y yo nos poníamos guapas en mi dormitorio. Para aquella ocasión, elegí un vestido rosa fucsia, con volantes desde el pecho hasta encima la rodilla, y unos preciosos zapatos Jimmy Choo plateados con un tacón de once centímetros y la punta abierta. El cabello lo llevé suelto y ondulado. Tuve que lucir dos trenzas durante toda la noche anterior y todo aquel día para conseguir ese efecto, pero el resultado mereció la pena. Pear insistió en que nos maquilláramos, así que nos pusimos sombra de ojos y colorete.

Estábamos las cinco muy guapas. Cada una de un color diferente, pero todos muy vistosos. Pear se puso un precioso vestido azul eléctrico. Olivia un conjunto rojo de falda y camisa y Moira un vestido largo verde aguamarina. Incluso Natalie, que andaba más animada, se vistió de amarillo chillón. Nos confesó que esa noche tenía la intención de provocar una gran pelea con Logan y ridiculizarlo delante de todo el colegio. Después, finalizaría su relación con él.

Íbamos de camino al polideportivo del colegio cuando nos cruzamos con nuestros chicos en las escaleras de la residencia. Permanecían los cuatro en círculo con las cabezas gachas y se reían de algo.

—¡Hola, guapísimos! —gritó Pear sin dirigirse a nadie en particular.

Nuestros cuatro amigos levantaron las cabezas y sonrieron. Estaban muy guapos con traje negro y pajarita.

—Mira que se lo tienen creído —me susurró Pear al oído.

Comenzamos a reírnos, pero Marco nos interrumpió.

—¡Venid, chicas! Mirad lo que hemos conseguido para la fiesta. —Nos hizo un gesto con la mano para que nos aproximáramos.

Nos acercamos y nos obligaron a escondernos en un recoveco del corredor. Adam sacó su móvil, de uno de los bolsillos de la chaqueta, y nos mostró una foto. Una foto de bebidas alcohólicas.

—¿Qué es esa foto? —preguntó Olivia extrañada.

—No es solo una foto —nos aclaró Adam. Susurraba tanto que apenas podíamos escucharlo—, son las bebidas que hemos escondido, en el polideportivo, para que la fiesta de esta noche sea más divertida.

Las reacciones fueron variopintas.

—¿Habéis metido alcohol en el colegio? ¡Es ilegal!

—¡Me encanta la idea!

—¿Dónde las habéis escondido? ¡Qué emoción!

—A mí no me vendría mal un poco de alcohol para olvidar que Logan me ha puesto los cuernos.

Nos dirigimos los nueve a la cafetería del polideportivo. Cuando entramos y me percaté de la decoración, reconocí que había quedado muy bonita.

Habían repartido globos de colores por el techo y habían recogido las mesas y las sillas, dejando la sala despejada. En la parte izquierda, colocaron unas extensas mesas llenas de canapés y refrescos. En el lado derecho, en una cabina improvisada, un alumno hacía las veces de DJ. La decoración floral también era muy bonita y estaba por toda la cafetería. Había un montón de preciosos centros de flores por las mesas. Esa vez se esmeraron bien. Incluso colgaron una gigantesca bola de espejos en el techo. Me encantó. Entraban ganas de bailar y a mí me encanta bailar.

Ya había llegado casi todo el mundo y se entretenían charlando en círculos. Antes de integrarme de lleno en la fiesta, Adam me agarró por el codo y me sacó de la cafetería. Anduvimos por el polideportivo hasta llegar a los vestuarios masculinos. Adam y Brian nos entregaron un vaso rojo de plástico a cada uno y sacaron las botellas de alcohol de la taquilla de Brian.

Había de todo: vodka, ginebra, ron y whisky. No escatimaron en gastos. ¿Cuándo las habían comprado? Y, ¿cómo? Supuse que habrían ido un par de ellos, en la moto de Oliver. No quería saberlo. Uno a uno, llenamos de líquido los vasos de todos. Escogí el vodka, por ninguna razón en particular, había que elegir una bebida. Cuando me fijé en que habíamos llenado los vasos hasta arriba, no pude evitar comentar lo evidente.

—Chicos, no quiero pasarme de lista...

—Tranquila, ya sabemos que no puedes evitarlo.

Fulminé a Brian con la mirada y continué con mi frase.

—Pero me parece que esto —señalé nuestras bebidas— suele mezclarse con algún refresco.

—Los tomaremos como si fueran chupitos —contestó Brian.

—Ni de coña, así vamos a acabar borrachos perdidos. Vamos a entrar en

la cafetería para acabar de llenar los vasos con los refrescos. Y sed disimulados, joder, que nos conocemos.

Todos asentimos ante la idea de Oliver. Ya de adentrarnos en el mundo de la bebida, al menos hacerlo con un poco de cordura.

Dos horas después, la cabeza me daba vueltas. Tenía serias dificultades para caminar y estaba segura de que balbuceaba, porque tenía la sensación de estar arrastrando las palabras. Me bebí cuatro vasos de vodka. Al principio me disgustó, pero, al final del primer vaso, noté que la presión que sentía en el pecho, cuando me acordaba de mi exnovio y de mi hermano, menguaba. No lo había compartido con mis amigos, pero me dolía más de lo que aparentaba. Aunque creo que ellos sí se percataron porque siempre intentaban animarme haciéndome reír con tonterías. Mientras estuve entretenida con la venganza de Logan, parecía que lo llevaba mejor, pero después tenía demasiadas horas para pensar en ello.

A medida que consumía más y más vodka, mejor me encontraba. Después de aquel mes transcurrido desde mi ruptura con Will, y pensándolo en frío, no creí que fuera una tragedia lo sucedido. Analicé palabra por palabra lo que me dijo Will y pensé que, tal vez, podía tener razón. Jamás debí haber hecho aquella apuesta. Independientemente de ganar o perder, Will es una persona, y no tenía ningún derecho a hacer lo que hice. Reconocí mi parte de culpa, que era casi toda. Bueno, toda.

El beso de Will y Tessa me dolió, pero me lo merecía. Aun así, no encontraba el valor suficiente para confesarle mis más íntimos pensamientos a Will, por lo que las cosas seguían igual. Y, con Daniel, era más complicado, mucho más complicado. Pero no me importaba nada, porque ambos eran una ligera nebulosa que apenas veía.

Me percaté de que a los que no veía hacía tiempo era a Oliver y Adam. ¿Dónde se habían metido? Eché un vistazo a mi alrededor y tampoco vi ni a Brian ni a Marco. «Seguro que están juntos, pensé. Los voy a llamar al móvil a ver dónde están, ¿y si les ha pasado algo?».

Saqué el móvil del bolso, que llevaba a juego con los zapatos, y me encaminé hacia la salida para alejarme del escándalo de la cafetería. Marqué el número de teléfono de Adam. Al cruzar la puerta choqué contra un muro. «¿Aquí hay un muro?».

Levanté la vista y descubrí que no era un muro. Era un chico. Tuve que entrecerrar los ojos para enfocarlos bien porque veía bastante borroso.

Era Will.

Apenas habíamos cruzado un par de miradas furtivas en toda la noche.

—Mira a quién tenemos aquí... A la reina de las apuestas.

—Ntengtimpopahabaconigo.

—¿Qué?

«Caramba. No me he entendido ni yo misma». Definitivamente, arrastraba las palabras. Me puse bien recta para que Will no se diera cuenta de que había bebido más de lo recomendable, y me propuse regalarle la siguiente frase muy muy despacio. A ver si, con un poco de suerte, dejaba de balbucear.

—Ejamepasar.

«Mierda».

El muro entrecerró los ojos y me observó con mucha atención. Se acercó a mí lento, muy lento. De hecho, más lento de lo que suele ser un movimiento humano común. Quizá no iba tan lento y era otro efecto del alcohol. Me agarró del hombro y se aproximó mucho a mí. «¿Me está olisqueando?».

—¿Estás borracha?

—No.

«¡Bien! Creo que empiezo a entenderme a mí misma».

—Hueles a alcohol, estás balbuceando, y ¡no eres capaz de tenerte tú sola en pie! ¿Qué cojones has bebido?

Me solté y lo empujé, pero en lugar de conseguir el efecto deseado y moverlo, fui yo la que me moví hacia atrás. Y si Will no me hubiera sujetado con la otra mano, incluso me habría caído al suelo. «Qué bochorno».

—Ol-ví-da-me —pronuncié las sílabas muy despacio, en un intento vano de que no descubriera (ya era tarde) mi lamentable estado.

—Tus deseos son órdenes para mí, preciosa.

Y se marchó, dejándome sola y desconcertada. Menos mal que, como estaba borracha como una cuba, no me importaba nada de nada.

Logré salir de la cafetería y marcar el número de Adam.

El número marcado no existe. El número marcado no existe.

«¿Pero qué...? ¡¿Cómo que no existe?! Si me sé el número de Adam de memoria. ¡Me conozco toda la puñetera agenda de teléfonos de mi móvil de memoria!».

Lo volví a intentar.

El número marcado no existe. El número marcado no existe.

Estuve a punto de ponerme a gritar por la desesperación, pero entonces escuché a Pear que me llamaba.

—¡Saga! ¡Saga! ¡Por fin te encuentro! ¿Onde estabas?

«¿Qué?».

—¡No sabes la que se ha organizado! Natalie ha insultado a Loggan.

«¿Qué?».

—¡Sara!

«¿Daniel?».

—¿Has bebido alcohol? —Mi hermano me agarró por los hombros y se acercó a mí.

«¿Pero qué pasa? ¿Otro que me olisquea?». Miré a mi alrededor y descubrí a muchísima gente observándonos. Fue un milagro que ninguno de ellos fuera un profesor. No solo estaba Daniel, también estaba Will y algunos de sus amigos. Olivia movía los labios, lo que me indicaba que hablaba, pero no entendía nada. Escuché muchas cosas a la vez, pero no era capaz de responder. Solo sentía en mis oídos un pitido muy desagradable.

—No me contestes, ya veo que ni de eso eres capaz. Muy bien, Sarita, cada día te superas más a ti misma. Ven, vamos a dar un paseo.

Daniel me cogió de la muñeca tan fuerte que me hizo hasta daño. Me arrastró por los pasillos del polideportivo. No sabía a dónde íbamos. Pear y Olivia venían detrás de nosotros y les pedí ayuda con los ojos, pero no estaban en condiciones de ayudarme.

—¡Suéltame!

¿Es posible que el terror provoque que recuperes el habla?

—Enseguida te suelto, no vamos a tardar más de dos minutos.

—¡Suéltame, idiota! —repetí.

Daniel continuó arrastrándome a pesar de que yo intenté evitarlo. Si en un día normal era más fuerte que yo, con mis fuerzas mermadas por el alcohol todavía me pareció más fuerte. Entramos en los vestuarios de los chicos y fuimos derechos a... ¡las duchas!

—¡No, no, no, no, no! ¡Suéltame! ¡No te atreverás!

Pero sí se atrevió. Me introdujo en las duchas y de un golpe seco encendió el agua, que cayó congelada sobre mi cabeza. Chillé desesperada para que se detuviera y me soltara, pero no desistió en su empeño. Permanecimos bajo el agua lo que a mí me parecieron horas, hasta que Daniel decidió que ya nos habíamos mojado bastante, porque él también se mojó. Se me quitó la borrachera de golpe, estaba más despejada que nunca y sobre todo muy cabreada.

—¡Daniel! ¡Estoy empapada! ¡Voy a coger una pulmonía!

—Que duermas bien, Sarita. —Eso fue todo lo que me dijo.

Contemplé anonadada cómo salía de la ducha y de los vestuarios. «Ah, no. No te vas a ir tan contento después de lo que me has hecho».

Salí corriendo detrás de él, intentando no tropezarme. Al dejar los vestuarios atrás, decidí quitarme los zapatos para correr mejor y, mientras tanto, no dejé de chillar e insultar a mi hermano. Le escupí todo lo que se me pasaba por la cabeza.

Pear y Olivia me seguían, también parecían más despejadas. Sería por la sorpresa, porque mojadas no estaban. Ni una gota. Pasamos por la zona de la cafetería, y yo seguía chillando, pero Daniel no me escuchaba y estaba a punto de salir del polideportivo. Llamábamos la atención de todo el mundo, pero pensarían que no era más que otra pelea de los mellizos Summers, porque nadie parecía sorprendido.

—¡Vete a la mierda, Daniel! —Le tiré uno de los zapatos que tenía en las manos, pero no lo alcancé. Le lancé el otro zapato, pero tampoco logré acertar. Cuando me quedé quieta, fui consciente de que tiritaba de frío.

—¡No has dado ni una, Sarita! —me gritó Will.

Creí explotar de la furia que tenía contenida en mi pequeño cuerpecito. Necesitaba desahogarme.

—¡Te odio! —le grité a Will movida por la cólera.

—¡Y yo a ti! —me devolvió, encolerizado también.

¿Cómo habíamos llegado a aquello?

—¿Sara? ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué estás empapada?

Oliver. A buenas horas aparecía. Él y el resto de mis amigos desaparecidos.

—¿Y vosotros, dónde demonios estabais?

No esperaba una respuesta. Lo único que pretendía era hacerles saber que me habían dejado sola cuando más los necesitaba.

—Estábamos fumando —me susurró Adam, acercándose a mí, y mirando en derredor por si alguien más lo escuchaba. Mantenía la verticalidad de puro milagro.

Después de siete años, Adam seguía sin saber lo que era una pregunta retórica. Gruñí, me di media vuelta y salí del polideportivo dispuesta a meterme en la cama y olvidarme de aquel aciago día. Por supuesto, Brian tenía que decir la última palabra:

—Joder, qué carácter.

Mi primera resaca

Me desperté con los primeros rayos de sol. Me sentía fatal. Me dolía la cabeza y tenía nauseas. Me dolía todo el cuerpo, no creí que pudiera levantarme. No sabía qué hora era, pero no me importaba.

«¿Qué sucedió anoche?». No recordaba casi nada. Me venía a la cabeza mi propia imagen tomando vodkas en un vaso rojo de plástico, pero después de eso no recordaba nada. Levanté las sábanas y descubrí que estaba desnuda, no me había puesto ni el pijama. Y estaba sola, no estaban conmigo ni Oliver ni Adam.

Me concentré y atisé un recuerdo. Estaba indignada con mis amigos, por eso había dormido sola, porque desaparecieron sin decirme nada y no pudieron ayudarme cuando Daniel... «¡Cuando Daniel me metió en la ducha!». ¡Ya me acuerdo! ¡Idiota!». Me tapé los ojos con el brazo izquierdo. No tenía fuerzas ni para insultarlo más. Intenté recordar detalles nuevos, pero, momentos después, volví a caer sin remedio en los brazos de Morfeo.

Me desperté por segunda vez. ¿Qué hora sería? Había mucha luz en mi habitación, de modo que intuí que debía de estar ya muy entrada la mañana. Miré el reloj. Eran las once. No había dormido tantas horas seguidas en mi vida. Pensé que quizá estar borracha me ayudaba a dormir más.

Tenía muchísima sed. Me levanté de la cama como pude y cogí una botella de agua que tenía en mi escritorio. Me la bebí del tirón. Me había perdido el desayuno, pero no tenía hambre; todavía tenía ganas de vomitar. ¡No pensaba probar el alcohol jamás en la vida!

Me metí en la ducha y fue la gloria. El agua caliente cayó sobre mi cuerpo y me revitalizó. Me senté en el plato de la ducha para estar más cómoda. «Oh, sí, qué maravilla». Salí de la ducha y me vestí. Recuperé mi móvil del suelo y vi que tenía bastantes mensajes de mis amigos informándome de que me esperaban en la pista de hielo. Y hacia allí me dirigí.

—Buenos días, *Totó*.

No contesté, aún estaba muy cansada. Me tumbé en las gradas con la misma necesidad de una persona que llevara diez horas haciendo deporte.

Casi todos mis amigos estaban sentados y desperdigados por los asientos. Los únicos que patinaban eran Marco y Moira, que se arrimaron a la barandilla en cuanto me vieron.

—Sara, ¿cómo estás? La que se lio anoche, entre unos y otros.

—¿Alguien puede contarme qué diablos pasó ayer por la noche? De principio a fin, por favor.

—¿No te acuerdas de nada? —me preguntó Oliver.

«Sí, me acuerdo de que me dejaste tirada, rubio».

—Solo me acuerdo de cuando me llenasteis el primer vaso de vodka y después hay un vacío. Lo último que recuerdo es a Daniel metiéndome en la ducha.

Escuché una risita. Levanté la cabeza y descubrí quién había sido.

—Brian, como vuelvas a reírte te juro que te meto el *stick* por ya sabes dónde.

Entre todos me contaron, detalle a detalle, lo sucedido la noche anterior. Hablaban todos a la vez y las explicaciones se solapaban las unas a las otras. Sus voces retumbaban en mi cabeza, que estaba a punto de estallar.

Recompusieron la historia de acuerdo con los recuerdos de cada uno, porque yo no era la única con resaca y pérdida de memoria. Natalie también bebió mucho y descargó toda su furia contra Logan. Le chilló, lo insultó y lo humilló, confesando a todo el mundo que no estaba muy bien dotado en sus partes íntimas. Pear y Olivia bebieron algo menos, pero lo suficiente como para estar borrachas y no acordarse de nada. Me contaron que apenas se separaron de mí en toda la noche y no sabían en qué momento desaparecí. Estuvimos horas bebiendo y charlando, pero no recordábamos nada de lo que habíamos hablado. Eso sí, las tres teníamos la misma sensación: hablábamos de algo muy importante. Algo que nos contaba Pear.

Moira era la que mejor se encontraba, ya que apenas bebió. Por eso patinaba tan feliz. Por lo que contaban, en el momento en que sucedió lo de Daniel, Moira acompañaba a Natalie a su habitación y hasta esa mañana no supieron nada de lo acontecido.

Los chicos también iban muy perjudicados, bebieron tanto o más que yo, todos excepto Marco, y les pareció buena idea robarle unos cigarrillos al profesor de literatura. No quise saber cómo lo hicieron. Me explicaron que nos avisaron de que se marchaban, pero que estábamos tan enfrascadas en nuestra conversación que no quisimos ir con ellos. ¿De qué estaríamos hablando? Cada vez me picaba más la curiosidad. Decidieron irse al

embarcadero a fumar y, cuando volvieron, se encontraron con todo el follón. Al acabar su exposición, comencé a pensar en voz alta.

—No estuve con Daniel en toda la noche y, aparentemente, bebíamos refrescos. ¿Cómo supo que estaba borracha?

Todos negaron con la cabeza. Oliver se sentó en el apoyabrazos de mi asiento y me ofreció un zumo de naranja que había conseguido en la cafetería. Me lo bebí como si se me fuera la vida en ello. Lo necesitaba.

—Ni idea...

—Apareció de repente —intenté concentrarme—, yo estaba fuera de la cafetería, me acuerdo de que Pear nos contaba algo... —Miré a Pear, pero seguía negando con la cabeza. No se acordaba—. Entonces apareció Daniel, pero no por casualidad, vino directo hacia mí. Sabía en qué estado me encontraba.

—Sé que estábamos juntas, pero no me acuerdo de qué hablábamos. Yo os contaba algo, pero no recuerdo qué. Sí recuerdo que tuve que salir a buscarte y que llevabas el móvil en la mano —me informó Pear. Hacía un esfuerzo enorme por recordar, al igual que yo.

«Llevaba el móvil en la mano. Quería llamar a Adam para preguntarles a dónde se habían ido, pero no llegué a llamar...».

—¡WILL!!

—¿Qué pasa con Will?

—¡Que estuve con él! Salía de la cafetería para llamar por teléfono y me choqué con él.

—¿Y qué pasó? ¿Os peleasteis? —me preguntó Olivia. También intentaba recomponer toda la historia.

Los recuerdos de la noche anterior empezaron a acudir a mi cabeza. Por supuesto que hablé con Will, y no tenía ninguna duda de que se dio cuenta de que yo había bebido. ¡Fue él quien se chivó a mi hermano!

—Ha sido Will, él le dijo a mi hermano que estaba borracha.

—¡Qué chivato! ¿Estás segura?

—Sí, lo estoy. Y os aseguro que las cosas no se van a quedar así. Si quiere guerra, guerra tendrá. Y vosotros dos —apunté con el dedo a Oliver y Adam, que me miraban cautelosos— me vais a ayudar con mi *vendetta*. Por dejarme sola.

De pronto, recordé que Natalie también la debió de liar.

—Natalie, ¿y qué sucedió con Logan?

La aludida, despatarrada en una de las sillas, no podía ni con su alma. Me

contestó con resignación.

—Pues que no me pude aguantar más y, cuando lo vi pasándoselo bomba con Lisa, me acerqué a ellos y les grité. —Mi amiga se vino arriba. Se enderezó y continuó contándonos su noche—. Les dije a todos que Logan la tenía pequeña y tuve que contenerme para no darles un bofetón a cada uno.

—Te contuve yo —aclaró Moira—, porque ibas directa.

—Ya, bueno, y ¿sabéis qué? —Se levantó de su asiento—. No pienso volver a fiarme de un tío en mi vida, son todos unos cabrones y ¡no pienso dejar que nadie me mingunee!

—Ningunee, Natalie.

—¡Lo que sea! —me gritó, y volvió a sentarse en su silla.

—Bueno, chicos, ¿qué hemos aprendido de esta experiencia? —nos preguntó Marco sonriendo. Todos lo miramos irritados.

—¡No me miréis así, que era broma, coño!

Cada vez me venían más recuerdos a la cabeza.

—¿Sabéis lo que he aprendido yo? —informé a todos—. Que, si bebes, es mejor darle a la marcación rápida para llamar por teléfono y no intentar marcar el número de memoria.

—Por cierto —añadió Oliver—, esta mañana en el desayuno unos chicos me han dado uno de tus zapatos. Ha debido de aparecer tirado por ahí.

«¡Mis zapatos!». Me había olvidado de ellos. Al parecer, la noche anterior no solo perdí mi dignidad, también perdí mis Jimmy Choo.

—¿Y el otro?

Oliver se encogió de hombros.

Jamás apareció.

Vendetta

Me pasé días pensando en cuál podía ser el bien máspreciado que tenía Will y que no resultara del todo imprescindible para él. Necesitaba arrebatarle algo que le doliera, pero sin pasarme. Hay cosas que son insustituibles. Por más que pensaba y pensaba, siempre llegaba a la misma conclusión: su Fender Stratocaster, considerada por la mayoría de los entendidos como la mejor guitarra del mundo.

Will adoraba su guitarra, había estudiado música desde pequeño junto con Oliver y los demás. No tocaba en público, en eso nos parecíamos, pero siempre que podía se encerraba en su cuarto y se le pasaban las horas tocando. No estaba al nivel de mis amigos, pero no se le daba nada mal. Yo llegué a escucharlo en muchas ocasiones.

Estaba tan enfurecida con él, por la ducha fría de mi hermano y la pérdida de mi zapato, que no medí las posibles consecuencias de mis actos y decidí, erróneamente, robarle la guitarra. Tenía un plan y pensé que no podía fallar. «Seguro que después de esto se le quitan las ganas de meterse en mi vida».

—Sara, ¿en qué piensas tan concentrada?

Estábamos toda la pandilla sentados alrededor de nuestro árbol, justo encima del campo de fútbol.

—En nada bueno. De un momento a otro le van a salir rayos láser por los ojos si sigue observando a Von Kleist de esa manera.

Escuché cómo mis amigos dilucidaban sobre mis pensamientos. No iban mal encaminados. Me faltaban algunos flecos, pero pronto tendría un plan.

Will y sus amigos (entre los que se incluía mi exhermano) jugaban al fútbol en el campo, desde mi posición podía verlos con claridad.

No vi venir el balón, pero sí sentí el impacto en todo el costado. Miré hacia abajo, al campo de fútbol, y percibí cómo Will se ponía las manos en la boca, a modo de altavoz, para gritarme.

—¡Perdona, Sarita! Ha sido sin querer.

«Sí, claro, sin querer evitarlo. A ver, si no, cómo ha llegado el balón hasta aquí arriba. Maldito William». Me levanté con el balón en las manos y bajé

enfurecida las escaleras hasta el campo de fútbol. Cuando estaba a escasos metros de él, lancé el balón, con todas mis fuerzas, directo a su entrepierna.

—¡Joder! ¡Me has hecho daño, Sara! ¡Eres una bruta!

—Perdona, ha sido sin querer. —Le devolví la disculpa con mi voz más dulce. Me puso mala cara y se dio la vuelta. Aunque ya no podía verme, le regalé un corte de mangas.

Siempre intentaba fastidiarme. Tomé una decisión. Subí las escaleras y llegué a nuestro árbol.

—Oliver, no hagas planes para esta tarde.

—Tengo ensayo con el grupo.

—Pues no vas a ir.

—Sí voy a ir. Tengo un tema nuevo que quiero que escuchen los demás.

—No vas a ir y punto. Hoy me voy a vengar de Will, le voy a dar donde más le duele y necesito tu ayuda.

—¿No puede ir alguna de las chicas contigo?

—No, necesito que fuerces una puerta.

Ya había conseguido que enfocara toda su atención en mí.

—¿Qué planeas, Sara? Miedo me das...

—Vamos a entrar en la habitación de Will y le vamos a robar su adorable guitarra. Después lo voy a obligar a confesar que fue él quien se chivó a mi hermano de lo de la borrachera, tomando como rehén su guitarra.

Crucé los brazos y sonreí. Era un plan magnífico. Si no quería que le rompiera su guitarra en dos, tendría que confesar. Y, cuando lo hiciera y reconociera que él fue el artífice de que Daniel me metiera debajo de la ducha... Bueno, cuando lo reconociera, ya pensaría en la siguiente fase.

—*Totó*, últimamente no respetas las propiedades ajenas, empezaste robando un coche, unos prismáticos, una cámara de fotos y ¡ya no puedes parar! —me dijo Adam—. Pero que sepas que me parece una idea cojonuda. Que le jodan a Von Kleist.

—Joder, Adam, no le des más ánimos, que está descontrolada. —Oliver se frotó los ojos con las manos.

—No es para tanto —puntualizó Olivia—, solo va a secuestrar la guitarra del chivato hasta que confiese. Si me necesitas para algo, cuenta conmigo.

—No te preocupes. Solo lo necesito a él. —Señalé a Oliver con la cabeza—. Nos vamos a colar en el pasillo de la habitación de Will, y Oliver va a abrir la cerradura sin romperla, que no queremos que nadie se entere. Una vez dentro, cogemos la guitarra y nos vamos corriendo. Luego busco a Will y lo

amenazo.

—¿Y si aparece Will por su habitación? —me preguntó Adam.

—No va a aparecer, está jugando al fútbol. Pueden pasar horas hasta que decida ir a su habitación.

—Eso no lo sabes, Sara. El ser humano suele ser imprevisible.

Brian tenía razón. ¿Y si, de repente, se le ocurría ir a su dormitorio para algo? No podía dejar nada al azar. Desde luego que no me podría haber ganado la vida como creadora de planes perversos. Era un desastre.

—Tienes razón. —Apunté a mi mejor amigo con el dedo—. Adam, vienes con nosotros. Te quedarás en la puerta de la residencia por si ves aparecer a Will. Vamos, nene —le dije a Olly—, cuanto antes mejor. —El aludido resopló.

—Joder, siempre me metes en tus líos, ¿sabes qué? No pienso ir.

—Oliver, me lo debes. Si no me hubieras dejado sola el día de la fiesta, nada de esto estaría pasando.

Oliver chasqueó la lengua resignado. Ya lo había convencido, no solía costarme mucho.

—Está bien, tú ganas. Pero es la última vez que te ayudo en tus locuras. Ya lo sabes.

—Vaaale. —Lo agarré de la mano y lo dirigí hasta la residencia. Adam venía detrás de nosotros.

No nos resultó complicado colarnos en las plantas superiores de la residencia, que es donde se encuentran las habitaciones de los chicos. Por el día, no había tanta vigilancia. Adam se quedó en la puerta por si aparecía Will, y Oliver y yo fuimos a la habitación de mi exnovio. Conocía el camino de memoria, había pasado muchos ratos en su habitación. Hablando, tocando la guitarra, conociéndonos y explorándonos. Alejé esos pensamientos de mi cabeza y me concentré en el plan.

Le di una horquilla a Oliver para que abriera la puerta. Sabía que podía hacerlo sin dificultad, porque, hasta que conseguimos hacer copia de las llaves de nuestras habitaciones, tuvo que forzar más de una vez mi cerradura. La puerta se abrió sin apenas esfuerzo. Entramos despacio y cerramos con sigilo la puerta de la habitación.

Estaba todo como siempre. No vi que hubiera habido ningún cambio en los meses que yo no había parado por allí. Oliver no había entrado antes y lo observó todo con gran atención. Cogió una foto que descansaba sobre la mesita de noche. La miré de reojo y supe de qué foto se trataba. Era una de

nosotros dos juntos, de Will y mía. Estábamos en el embarcadero y nos dábamos un beso en los labios, a la vez que sujetábamos la cámara como podíamos para salir los dos. No creí que todavía la conservara. Yo tampoco había tirado a la basura mis fotos con él, aún no. ¿Eso significaba que no había llegado nuestro fin? No lo sabía. Tenía sentimientos encontrados hacia Will. Aparté mi mirada de la foto y busqué la guitarra.

—¿Dónde está la guitarra? —Oliver dejó el marco en su lugar y se acercó a mí.

—La suele guardar dentro del armario.

Abrí el armario y ¡bingo! Ahí estaba su preciosa Fender blanca y negra. La cogí y le hablé como si tuviera vida propia:

—Muy bien, preciosa, tú y yo vamos a negociar con tu dueño. No te preocupes, si todo sale como espero, no vas a sufrir ningún daño.

—Sara, coño, no seas teatrera y ¡vámonos!

Puse los ojos en blanco, por la poca complicidad de mi mejor amigo, y salimos por la puerta. Asomamos las cabezas y miramos hacia ambos lados, de izquierda a derecha y viceversa. No había moros en la costa. Cerramos con cuidado la puerta y salimos corriendo.

Nos topamos con Adam en la entrada y salimos con paso firme del edificio. Comenzamos a caminar hacia donde se encontraban nuestros amigos, pero, antes de que pudiéramos cantar victoria, escuché la voz de Will.

—¿Sara? ¿Es esa mi guitarra? ¿Qué haces con ella? ¿De dónde coño la has sacado?

«¡Maldita sea! ¡Es que nunca me pueden salir bien los planes!». Miré con ojos de terror a Oliver y Adam y entré en pánico. No sabía qué hacer, no pensaba cruzarme tan pronto con Will, por lo que no había preparado mi discurso. El instinto me dijo que huyera, y eso fue lo que hice. Hui.

Corrí, con la guitarra en la mano, sin saber hacia dónde dirigirme. Sorteaba obstáculos y esquivaba personas por doquier. Will venía detrás de mí. Lo escuché gritarme, pero, por suerte, cuando me descubrió, estábamos bastante lejos, lo que me dio ventaja.

Sin saber cómo, acabé en el embarcadero. Era nuestro lugar particular, quizá el subconsciente me guio hasta allí. No lo sabía, pero una cosa era segura: no tenía escapatoria.

—¡Sara, detente! ¡No avances ni un solo paso más!

«¿Pero este qué se cree? ¿Que me voy a tirar al agua?». Y, entonces, se

me ocurrió. Sin pensármelo dos veces, levanté la guitarra por encima de mi cabeza e hice como que pretendía tirarla al agua. Jamás se me ocurriría hacer una cosa así a propósito. Will adoraba esa guitarra, se la había regalado su padre hacía muchos años, la habían comprado juntos y le tenía un cariño especial. Me puse de espaldas al agua y me enfrenté a Will.

—¡Detente tú, Will! ¡No te acerques más o te juro que la tiro al agua!

Will levantó las manos en señal de rendición total.

—Está bien, no me muevo más. Pero, por favor, no tires la guitarra. Sabes lo importante que es para mí.

Vi la súplica en sus ojos. «Ahora me pones esa cara de cordero degollado, pero bien que te reías cuando Daniel me metió bajo el agua». Solo de acordarme de aquel momento, una ira, hasta aquel día desconocida para mí, se apoderó de todo mi cuerpo.

Miré detrás de Will y distinguí a Oliver y Adam. Habían venido corriendo detrás de nosotros. Oliver me decía que no con la cabeza, fuera lo que fuera lo que estuviera pensando hacer. Adam parecía preocupado, me miraba sin saber qué decirme.

—¿Le dijiste tú a mi hermano que estaba borracha?

—¿Qué?

—¡No te hagas el tonto, Will! ¡Me has escuchado perfectamente! —La ira se apoderaba más y más de mí—. ¿Fuiste tú?

No me contestó, pero vi la culpabilidad en sus ojos. Más alumnos vinieron corriendo hacia el embarcadero, movidos por el jaleo que estábamos organizando. Daniel encabezaba la marcha.

—¿Fuiste tú?

No hubo respuesta. Solo miradas suplicantes.

—¡Contéstame!

—¡Sí, fui yo!

«Lo sabía. Maldito gilipollas chivato». Antes de darme cuenta, mis manos cobraron vida propia, movidas por la furia acumulada en mi interior, y lanzaron la guitarra al agua. Me arrepentí al instante de haberlo hecho, pero ya no había vuelta atrás. La guitarra se hundía en las profundidades del río sin remedio.

—Pero ¿qué has hecho, Sara? ¡No voy a poder encontrarla!

Tenía razón. Ya había anochecido, y las aguas son profundas; era imposible que la localizara. No en ese momento. Aun así, no desistió y pasó por mi lado, empujándome, para, acto seguido, arrancarse las playeras y

tirarse a las oscuras y frías aguas.

Todos los curiosos observadores se aproximaron a nosotros para ver lo que sucedía, pero yo era incapaz de moverme del sitio. Oliver y Adam me decían algo, pero no los escuchaba. Había tirado la guitarra de Will al agua. **HABÍA TIRADO LA GUITARRA DE WILL AL AGUA.**

Pensé que una fuerza oscura y maléfica me había poseído por unos instantes, aunque mi yo interior no estaba de acuerdo y me susurró que, en realidad, deseé tirar la guitarra al agua desde el primer momento. Quería vengarme. ¿En qué clase de persona me convertía eso? Ahí fue cuando me di cuenta de que Will siempre sacaba lo peor de mí.

Escuché un chapoteo en el agua y me giré para ver qué sucedía. Era Will, que había salido a la superficie y se disponía a salir del agua. En cuanto lo hizo, señaló a mi hermano con el dedo.

—La voy a matar.

«Oh, oh, creo que se refiere a mí». Atisbé en sus ojos la misma ira que me había poseído a mí instantes antes. Eché a correr como si me persiguiera el mismísimo diablo. Corrí y corrí, pero Will se acercaba. Por suerte para mí, le costaba hacerlo porque estaba empapado de pies a cabeza, no conseguía alcanzarme y, además, le sacaba mucha ventaja desde el principio, ya que tuvo que calzarse antes de empezar a perseguirme.

Atravesé el campo de fútbol gritando a la gente que se apartara de mi camino, subí por las escaleras y crucé la cancha de baloncesto que también estaba abarrotada de alumnos. «¡¿Pero cuántos vivimos en este colegio?! No hay más que gente por todas partes».

Giré la cabeza y descubrí, con pavor, que Will había conseguido más ventaja. Me alcanzaría tarde o temprano. Seguí subiendo las escaleras hasta que llegué al patio del colegio. A lo lejos, divisé a la directora, que charlaba con varios profesores. No lo pensé ni un segundo. Fui hacia ellos.

Cuando estaba a punto de alcanzar mi objetivo, Will me cogió del jersey, pero saqué fuerzas, ni sé de dónde, y conseguí soltarme y dar los escasos pasos que me quedaban hasta llegar a mi tabla de salvación. Frené y me coloqué detrás de la directora para que me protegiera de mi perseguidor.

—Directora Peters —me faltaba la respiración— me —paré para respirar —alegro —respiración— de verla tengo que —respiración— hablar con —respiración— usted.

—Sara, ¡¿qué te pasa, hija?! Te vas a desmayar, respira tranquila.

Peters siempre me tuteaba en la época escolar, algo que no era muy

común en ella. Los demás profesores me observaban de manera interrogante. Entre ellos estaba el profesor de matemáticas, el buenorro. «¡Qué guapo es este chico! Sara, ¡ahora no! Tienes cosas mucho más importantes en las que pensar». Llegó Will y yo seguía intentando recuperar mi respiración.

—¡Sara!

Me escondí detrás de Peters. Will estaba rabioso y empapado. Tenía el rostro rojo y le chorreaba agua por el cabello y por toda la cara. No pude evitar que floreciera el amago de una sonrisa en la mía, estaba en las mismas condiciones en las que acabé yo el día de la fiesta, por su culpa. Una voz interior me susurró que la culpa fue mía por emborracharme, pero la ignoré. También llevaba la camiseta muy pegada al cuerpo y se le marcaban los músculos. ¡En qué cosas me fijaba, incluso en situaciones límite! Eché la culpa a las hormonas adolescentes.

Se agachó, apoyó las manos en sus rodillas y me miró. Estaba agotado, y también respiraba entrecortadamente, intentando recuperar el aliento. Al menos era deportista y estaba acostumbrado al ejercicio físico.

—Señor Von Kleist, ¿qué le ha pasado? ¿Por qué está empapado?

Ninguno de los dos pudimos hablar, estábamos demasiado cansados. Will se tiró en el suelo boca arriba para recuperarse. Veníamos corriendo muy rápido. Yo imité sus movimientos y me tumbé también. Que me matara si quería, pero no podía permanecer de pie ni un minuto más.

—¿Alguien va a decirme qué pasa aquí?

Permanecimos en silencio, todavía recuperándonos.

—Directora Peters, se ha caído un remo al agua, me figuro que Sara y Will ya la han informado.

«¿Daniel? ¿Un remo? Vaya excusa de mierda, no va a colar».

—¿Cómo que se ha caído un remo al agua? ¿Jugabais con él indebidamente? ¿Por eso se ha tirado al agua, señor Von Kleist?

Miré hacia Will, que dijo sí con la cabeza. Después, me devolvió la mirada. Fue como si estuviera dentro de su mente: «De esta no te vas a librar, Sarita».

Me arrepentí muchísimo de haber perdido la guitarra de Will. Es, sin duda, una de las peores actuaciones que he tenido. No me reconozco. La mirada de Will hizo que se incrementara mi sentimiento de culpabilidad.

—Por Dios Santo, me habéis asustado, no era necesario que vinierais tan veloces. Recuperaos tranquilos y usted, caballero, métase en la ducha con agua caliente, va a coger lo que no tiene.

Daniel ayudó a Will a levantarse cuando su corazón recuperó el ritmo habitual, y se fueron. No sin antes amenazarme, una vez más, con los ojos.

—Will, perdóname —le dije arrepentida. Me miró por encima de su hombro y no me contestó. Siguió su camino. Parecía abatido.

¡Vaya racha que llevaba! Desde aquella apuesta que hice con Tessa, todo me salía mal, y no hacía más que tomar malas decisiones. No quería volver a apostar en toda mi vida. En fin, como decía Escarlata O'Hara: *Al fin y al cabo, mañana será otro día.*

Hay que recuperar la guitarra, como sea

Nos encontrábamos los tres sentados en el borde del embarcadero: Adam, Oliver y yo. Nuestros pies desnudos casi rozaban las frías aguas del río y estábamos dispuestos (unos más que otros) a darnos un buen chapuzón.

Eran las ocho de la mañana, y ya divisábamos los primeros rayos de sol. Antes de ir hacia allí, habíamos pasado por el polideportivo; no imaginé lo útiles que resultarían las llaves que me prestó Peters para poder patinar. Asaltamos la pequeña salita donde se guardaban los trajes de neopreno para las clases de buceo de la temporada estival, y nos los enfundamos. También nos habíamos provisto de tres pares de aletas, tres minibotellas de oxígeno y tres pequeñas linternas para la cabeza.

Con todo aquello, ya estábamos preparados para sumergirnos en el agua en busca de la guitarra de Will. Apenas habían pasado unas horas desde que la había arrojado al río, por lo que tenía esperanzas de poder recuperarla. Una vez lo hiciera –no me podía ni plantear a mí misma la posibilidad de no encontrarla–, trabajaría día y noche para intentar arreglarla.

No me había cruzado con Will desde el día anterior por la tarde, de modo que no sabía con qué humor se habría despertado. Me imaginé que no sería muy positivo; solo esperaba que ya no tuviera ganas de matarme. Y que no me odiara. Entre la apuesta y la guitarra, me había lucido.

—No entiendo qué estamos haciendo aquí.

—Ya te lo he explicado, Adam. Hay que rescatar la guitarra de Will.

—¿Por qué?

—Porque me siento fatal por haberla tirado. Y, como ha pasado poco tiempo, creo que podemos encontrarla.

—Pues no haberla tirado, en primer lugar.

«Puñetero Oliver, cuando quiere, cómo me toca las narices».

—¡Claro, y por eso me hacéis madrugar a mí! ¡Para que me meta al agua, que estará congelada, en busca de esa puñetera guitarra que me trae sin cuidado! ¡Y, encima, esta noche no he dormido una mierda!

Por supuesto que había dormido poco, desde que mantuvo relaciones

sexuales con Sophie no había parado de fornicar. Por lo que me contó, ya se había acostado con seis chicas diferentes. Creo que las volvía locas cuando se paseaba por los pasillos del colegio con sus pintas de rockero y la guitarra colgada del hombro.

—A mí no me metas, que también vengo aquí obligado —le replicó Oliver.

—Chicos, por favor —les supliqué—, ya sé que no debí tirarla, pero no puedo regresar al pasado y deshacerlo; por eso tenemos que localizarla como sea y, además, con los trajes de neopreno no vamos a pasar frío.

—No vamos a pasar calor precisamente —respondió Oliver mordaz.

Se habían levantado de muy mal humor aquella mañana. No creí que fuera para tanto darse un bañito a las ocho de la mañana en el río en pleno invierno... «O quizá sí». Me prometí a mí misma recompensárselo a ambos en un futuro cercano.

—No vamos a discutir más, ya estamos aquí y tenemos todo preparado —les dije—. Poneos las aletas.

Los tres nos colocamos las aletas en nuestros pies.

—Bien, ajustemos nuestras linternas.

Ajustamos las linternas que llevábamos en la cabeza. Aunque ya había salido el sol, el agua estaba muy oscura, de modo que íbamos a necesitar luz artificial si queríamos ver algo.

—Repasemos las señales. Si encontramos la guitarra, damos un fogonazo con la linterna y, si alguien tiene algún problema y necesita salir a la superficie, damos dos fogonazos de luz. ¿Listos, chicos?

—Esperad un momento —espetó Adam—. Y, si vemos un tiburón, ¿cuántos fogonazos de linterna damos?

Al menos, parecía que recuperaban el buen humor. Adam incluso tenía ganas de bromear. Sabía perfectamente que era imposible que hubiera tiburones en un río en Escocia.

—Muy gracioso, Adam. Pero en estas aguas no hay tiburones. Como tú mismo has dicho, están congeladas y los tiburones son de agua templada. Deja de decir tonterías.

—¿Ves, Sara? Esa es una de las razones por las que no te salen bien los planes, no reparas en los detalles.

—¡Oliver! Deja de tocarme las narices. ¡Aquí no hay tiburones! ¡Es un puñetero río!

Oliver se encogió de hombros. Cuando se unían los dos en mi contra para

tomarme el pelo, no había quien pudiera con ellos. Lo mejor que podía hacer era rendirme y continuar con la broma.

—¡Está bien! ¡Tres fogonazos de linterna si vemos un tiburón! —Los miré a los dos alternativamente de derecha a izquierda—. ¿Contentos?

Ambos se troncharon de la risa. ¡Qué paciencia tenía!

Nos colocamos en último lugar las minibotellas de oxígeno, que nos ayudarían a respirar durante varios minutos. Hice la cuenta atrás con los dedos: «Tres, dos, uno, y ¡al agua!».

Nos sumergimos los tres a la vez. ¡Coño, qué fría! No importaba que lleváramos los trajes de neopreno como protección, el agua estaba helada. Deseé que apareciera pronto la guitarra o moriríamos de hipotermia.

Nos separamos y comenzamos a nadar en diferentes direcciones. No teníamos que cubrir demasiada distancia, ya que, en aquel lugar, las corrientes no eran fuertes, de modo que la guitarra no debía de andar lejos. O eso esperé.

Después de varios minutos buscando, me empecé a impacientar. ¿Y si no la encontraba? Tenía que plantearme de una vez por todas pensar bien las cosas antes de actuar. No podía continuar moviéndome por impulsos, porque las consecuencias cada vez eran peores.

Busqué entre las algas por si se había quedado enganchada en ellas, pero nada. No aparecía por ninguna parte y empezaba a tener mucho frío.

De pronto, alguien se acercó a mí y me agarró del codo. Era Adam. Me señalaba algo. Me fijé y descubrí que Oliver nos daba fogonazos con su linterna. Conté los fogonazos. Eran series de tres. No podía ser, ¿tiburón? Miré horrorizada a Adam y nadamos rápido hacia el exterior. Cuando asomamos la cabeza, nos deshicimos de las minibotellas de oxígeno y nos miramos asustados el uno al otro.

—Eran tres fogonazos, Sara.

—No puede ser. —Miré muy nerviosa hacia todos los lados porque Oliver aún no había salido del agua— ¡Oliver! ¡Oliver, si es una broma, no tiene gracia! ¡Oliver!

No se escuchaba ni un sonido, apenas nuestras respiraciones y algún chapoteo que hacíamos Adam y yo mientras movíamos los brazos para mantenernos a flote en el agua. Di una vuelta sobre mí misma, asustada de poder tropezarme con una aleta de tiburón. Un miedo que no había sentido antes en mi vida me recorrió todo el cuerpo, y no era por mí. Estaba dispuesta a sumergirme en el agua para buscar a Oliver cuando Adam se puso delante

de mí para protegerme. ¡Como si hubiéramos tenido alguna posibilidad de haber habido un tiburón rondando debajo de nosotros!

Después de varios segundos que parecieron horas, Oliver salió a la superficie. ¡Por fin! Me había quedado sin respiración. Morí y resucité en aquellos segundos. Un gran alivio me inundó cuando vi su cabeza. «Espera, ¿se está riendo?».

—¡Os teníais que haber visto la cara! —Oliver estaba doblado por la risa. «Será capullo». Me había dado un susto de muerte. «A ver si con un poco de suerte traga agua de tanto reírse».

—¡No tiene gracia, imbécil! Nos has asustado.

Adam me quitó las palabras de la boca, y Oliver siguió riéndose a carcajada limpia.

—¡No voy a olvidar esas caras en mucho tiempo! ¿No decías, totalmente segura, que no había tiburones en estas aguas, nena?

—¡Cállate ya, idiota! —Me acerqué nadando hacia él y lo salpiqué con el agua. Adam venía detrás de mí.

Cuando llegué hasta él, lo cogí del cuello y le hice una aguadilla, a ver si se le quitaban las ganas de reírse. Oliver me cogió de la cintura y me arrastró con él hacia el fondo del río. Nos peleamos en las profundidades y salimos a la superficie. Poco después, fue Adam quien sumergió a nuestro gracioso amigo. Así estuvimos un buen rato, jugando, hasta que, una vez pasado el susto, nos reímos los tres de la ocurrencia de Oliver.

—Chicos, no os he dicho lo mejor. —Oliver me miró y sonrió, dejando asomar esos hoyuelos que tanto me gustan—. He encontrado la Fender.

«¡La guitarra!». ¡Se me había olvidado con la historia del tiburón! Oliver se zambulló de nuevo y, al cabo de medio minuto, salió a la superficie... ¡con la guitarra!

—¡Oliver, te quiero! ¡Eres el mejor del mundo!

Oliver me sonrió de medio lado y nos aproximamos al embarcadero para salir del agua. A pesar de que nos habíamos movido mucho, estábamos los tres tiritando de frío y teníamos los labios morados. Aun así, nos quedamos sentados en la misma posición que habíamos mantenido a primera hora de la mañana.

—Y ahora, ¿qué?

Examiné la Fender, que, por desgracia, parecía estar bastante dañada.

—Voy a arreglarla. Primero la desmontaré entera para secarla bien y luego la volveré a montar y, si veo alguna pieza dañada, la sustituiré, aparte

de las cuerdas, claro, que ya veo que están oxidadas.

Si había podido desmontar y montar un piano, no creí que una guitarra se me resistiera.

—¿Y se la vas a devolver a Von Kleist?

—En cuanto la arregle. Esta vez me he pasado. No debí tirarla.

Nos levantamos y fuimos a nuestras habitaciones a darnos una buena ducha caliente. Total, ya llegábamos tarde a clase.

En el descanso para la comida, la pandilla nos preguntó la razón por la que habíamos llegado tarde a clase esa mañana. Les contábamos nuestra aventura en el río, cuando me llegó un mensaje al móvil. Era un mensaje multimedia, no se veía muy bien, porque, desde el día que Daniel me metió en la ducha, mi móvil no volvió a ser el mismo, pero se veía con claridad que era de Will y que era una foto.

Abrí la foto y distinguí unos patines, pero no unos patines cualesquiera... ¡eran mis patines! ¿Qué significaba aquello?

Debajo de la foto había un mensaje:

Will: Quid pro quo.

Una cosa por otra. «¡Oh, no! Will, ¿qué has hecho con mis patines?».

—*Totó*, ¿qué sucede? Te has puesto muy pálida de repente —me preguntó Adam.

Patines al agua

Después del susto inicial por la amenaza de Will hacia mis patines, otra vez esa furia desmesurada me recorrió el cuerpo sin control. Ya incluso éramos amigas.

Will podía hacerme a mí lo que quisiera (algo que ha hecho toda la vida), pero mis patines eran sagrados, y él lo sabía. Hubiera preferido que me robara el piano; se podía comprar otro y sonaría igual o mejor, pero las horas de entrenamiento que pasamos mis patines y yo no se podían sustituir. La forma en la que nos compenetrábamos, después de tantas horas juntos, tampoco se podía sustituir. Con ellos había ganado muchos premios, pasado muy buenos momentos y quería conservarlos toda la vida. Aunque dejara de usarlos, quería que estuviesen ahí como un recuerdo permanente de lo que fuimos juntos alguna vez. A las personas nos complace atesorar recuerdos; algunos están solo en nuestra cabeza, pero otros, además, son patentes.

Cuando mis patines desaparecieron el día del campeonato, no consideré la posibilidad de haberlos perdido; no tuve tiempo para ello, porque lo que más me importaba era no perder la apuesta (error del que aprendí una considerable lección de vida) y, además, aparecieron enseguida. Pero, después de lo que le había hecho a la Fender de Will, sentí auténtico pánico. Tenía la esperanza de que no les hiciera nada irremediable, pero ignoraba cómo iba a actuar Will. A pesar de esos dos años de relación que habíamos mantenido, no nos conocíamos al cien por cien.

Aquella furia incontrolable, junto con el pavor de perder mis patines, se extendía más y más por todo mi cuerpo.

—Si le ha hecho algo a mis patines, os juro que no se lo perdono en la vida. Y yo jugándome la vida, intentando recuperar su guitarra, ¡casi me tengo que enfrentar a un tiburón!

Queda claro que a exagerada no me gana nadie. Estaba desesperada.

—Nena, por favor, ¡no exageres! Cuando te pones en ese plan...

—¿Por qué me ha mandado esta foto? ¡Porque son mis patines! —Le planté la foto a Oliver en la cara— ¿A que son mis patines?

Oliver apartó, molesto, el móvil de su rostro y continuó comiendo.

—Tiene toda la pinta, sí, aunque es difícil saberlo con esa mierda de móvil que tienes. De todas formas, no creo que haga nada con ellos, sabe lo imprescindibles que son para ti y lo que sucedió la última vez que los perdiste.

Sí, eso lo sabía bien. Aún sufríamos las consecuencias.

—Tú le tiraste al río algo importante para él, Sara. Estará superenfadado y querrá devolvértela.

—¡No puedes comparar una cosa con otra, Moira! Vale que él quiera mucho a esa dichosa Fender, pero mis patines... ¡Son toda mi vida! —A dramática tampoco me gana nadie—. Además, yo me he tirado al río esta mañana para recuperar su guitarra porque no quiero que sufra por ella.

—Pero eso él no lo sabe —me recordó Pear—. Lo mejor es que vayas a hablar con él y confieses; se pondrá tan contento que te lo perdonará todo. Está loco por ti. Y, así, acabáis con esta guerra insulsa que os traéis entre manos.

—De eso nada, quiero saber qué ha hecho con mis patines. Ahí me voy a dar cuenta de si me quiere tanto como dice.

Di un mordisco a una manzana.

—¿No los habrá tirado al río? —Se le ocurrió a Adam, de repente.

«Ay, mi madre, mis patines». Tiré la manzana a la bandeja, me levanté de la silla y salí corriendo.

Will

Me costaba creer que Sara me hubiera tirado la guitarra al río. ¡Me entraban ganas de matarla! Aquello había llegado demasiado lejos. Después de la pelea por la apuesta, le quise dar a Sara unos días para calmar las cosas, pero se nos había ido de las manos y ya habían pasado casi dos meses. A esas alturas, pensaba que ya seríamos novios de nuevo. La echaba en falta. Aunque no podía olvidar que me había tirado la guitarra al río. Adiós a mi preciosa Fender, nunca más la sujetaría entre mis manos. Me gustaba mucho esa guitarra.

Sara debía entender que no podía actuar sin pensar en las consecuencias. Quise darle un pequeño susto con sus patines. Luego intentaría hacer las paces con ella.

«¡No, espera! ¡Concéntrate, Will! No olvides que primero te perdió en una apuesta, luego te abandonó por cumplir los términos de su apuesta y, para rematar la faena, te ha dado un balonazo en los huevos y te ha tirado la guitarra al río. *Quid pro quo*».

Sí, lo más justo hubiera sido que yo le pagase con la misma moneda, tirarle sus patines al río habría sido un buen escarmiento. No descarté del todo la idea. No quería llegar tan lejos, pero, después de acordarme de todo lo que me había hecho, cualquier venganza me parecía insignificante.

Por suerte, Daniel quiso aprovechar el descanso de la hora del almuerzo para ir a la pista de hielo a entrenar, por lo que estaba en el lugar indicado. Fue una señal, sin duda. Me levanté para ir hacia los vestuarios y, de camino, le hice una señal a Dan para que supiera que volvía enseguida. No quería confesarle que me proponía secuestrar los patines de su hermana porque seguro que intentaba impedírmelo. Estaba hasta los cojones de aquella guerra. Al final, la mierda lo había salpicado, y Sara y él no pasaban por su mejor momento.

Llegué a la zona de los vestuarios y eché un vistazo hacia ambos lados: no había nadie. Con paso firme, abrí la puerta del vestuario femenino. Estaba vacío, a esas horas la gente comía y había pocos alumnos en la pista. Tessa era una de ellas; vaya obsesión que tenía esa chica con el patinaje, siempre que acompañaba a Dan a la pista la veía practicando. Localicé la taquilla de mi exnovia.

Ya solo tenía que abrirla. Las taquillas de los vestuarios no eran muy difíciles de manipular, lo había hecho antes y sabía que no me llevaría mucho tiempo. Saqué un clip que me había guardado antes en el bolsillo, y lo inserté en la pequeña cerradura. Enseguida hizo *clic*. Tal como había anticipado, me resultó demasiado sencillo. «Podrían tener mayor seguridad, ¡cualquiera puede abrirlas sin dificultad!».

«Cualquiera puede abrirlas sin dificultad», repetí mis propios pensamientos. Una fuerte sospecha me vino a la cabeza. ¿Era posible?

Volví a la pista y entré en el hielo. Seguía con los zapatos del colegio, por lo que iba con cuidado de no resbalarme. Dan me vio y vino hacia mí.

—Eh, tío, no puedes entrar aquí con esos zapatos. Si te ve alguien, te va a amonestar. ¿Qué llevas colgado del hombro? —Abrió mucho los ojos cuando se dio cuenta de lo que era— ¿Son los patines de mi hermana?

—Solo será un minuto, Dan. Tengo que hacer algo. Confía en mí.

Dan notó la urgencia en mi voz y asintió. Fui directo hacia Tessa, que estaba en un extremo de la pista practicando giros.

—Hola, Tessa. —Frenó en seco y me miró con una gran sonrisa en la cara. La había sorprendido. Pocas veces me dirigía a ella. Y, después de lo que pasó entre nosotros, todavía menos. Más tarde supe que estaba enamorada de mí. Aunque yo más bien diría... obsesionada. Por eso tenía a Sara en su punto de mira y por eso hizo todo lo que hizo. Para mí era como si no existiera. Me acordé de lo desagradable que me resultó nuestro beso. Ni muerto la volvería a tocar. «A ver cuánto te dura esa sonrisa. Si las cosas son como sospecho, me parece que muy poco».

—Hola, Will, ¿has venido a ver a Daniel?

El susodicho se colocó a mi derecha con los brazos cruzados, quería saber qué sucedía y adoptó una pose defensiva. No entendía que me hubiera acercado a saludar a Tessa después de lo que pasó con su hermana y, además, llevaba sus patines colgados de mi hombro derecho.

—En realidad, he venido a secuestrar los patines de Sara. Cosas nuestras —le aclaré.

—Pero no habéis vuelto, ¿cierto? —El absoluto tono de terror con el que me hizo esa pregunta debió de darme una pista de los sentimientos obsesivos que esa chica tenía hacia mí.

—No.

Seguí hablando, quería exponer mi teoría y ver cómo reaccionaba.

—Me ha pasado una cosa curiosa ¿sabes? Cuando he ido a robar los

patines de Sara, he abierto la taquilla sin ninguna dificultad y he pensado que cualquiera podría abrirla. Y, justo después, me ha venido a la cabeza lo conveniente que resultó para ti que desaparecieran misteriosamente los patines de Sara justo antes de la competición.

—¿Qué insinúas? —me preguntó, sorprendida y asustada a la vez.

—Sí, ¿qué quieres decir, Will? —añadió Daniel, nervioso, mientras descruzaba los brazos.

—No quiero insinuar nada. Te lo pregunto a la cara, Tessa. ¿Robaste tú los patines de Sara?

—Pero ¿qué dices? ¿Estás loco?

—Contesta a la pregunta, Tessa —le ordenó Daniel.

—¡No! No me hace falta ninguna artimaña para ganar a Summers.

Dan se acercó a ella y se quedó a escasos milímetros de su rostro.

—Más te vale, Tessa. Porque, como me entere de que te metes en la vida de mi hermana, te juro que me las vas a pagar, y me importa una mierda que seas una tía.

—¡Yo no tengo la culpa de que tu novia te haya apostado! ¿Me oyes? —me gritó, sobresaltada—. ¡No es mi culpa!

Todos nos observaban. Alejé a Dan de la bruja que tenía enfrente e intenté calmarlo. No tenía ninguna duda, había sido ella, pero no podía demostrarlo. Lo único que podía hacer era amenazarla para que no volviera a hacer nada contra Sara. De nada me sirvió.

—Más te vale que no me entere de que has sido tú, Tessa. Quedas avisada —la amenazó mi amigo antes de abandonar la pista.

Una vez en los vestuarios, hice partícipe a Dan de mis sospechas.

—¿De verdad crees que ha sido ella, Will?

—Sí, estoy seguro. Y te voy a decir más, sospecho que lo planeó todo desde el primer momento. Llevó a tu hermana hasta el límite, para que hiciera la apuesta, y después le robó los patines para así asegurarse la victoria. Ya lo entiendo todo. ¡Y yo echándole toda la culpa a Sara!

—¿Por qué haría eso? ¿Tanto le gustas?

—No me subestimes, Summers. Estoy bastaste bien —bromeé—. De todas formas, ya no podemos hacer nada. Los patines aparecieron dos días después y no tenemos pruebas contra ella.

—Intentaré vigilarla de cerca. Y, dime, ¿qué cojones haces con los patines de mi hermana?

—Pretendía tirárselos al río, pero, después de lo que he descubierto, no lo

tengo tan claro.

—¿Al río? Sabes que, si haces eso, lo más seguro es que la pierdas para siempre, ¿cierto?

—Sí, lo sé. Joder, ya... ya nos hemos peleado demasiado, Dan. Es hora de que las aguas vuelvan a su cauce.

Mi amigo no me dijo nada, no quiso entrometerse porque era de su hermana de quien hablábamos.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

—¿Cuándo vas a hacer las paces con ella? ¿No crees que deberíais hablar? Es tu hermana melliza, Dan.

—No lo sé, no me apetece pensar en ello, es complicado. —Cambió de tema—. Cuéntame qué nuevos planes tienes para esos patines, porque dudo mucho que fallezcan en el río.

Después de salir de los vestuarios, le mandé una foto a Sara de sus patines. Se pondría como una loca cuando la viera, y yo me alegraría por ello. Esperaba que esos minutos de incertidumbre le sirvieran de escarmiento. Divisé a sus amigos al entrar en el comedor, pero no había ni rastro de ella. ¿A dónde habría ido? Pocas veces se separaba de ellos.

Me di la vuelta para irme hacia mi clase y, entonces, la vi aparecer por el pasillo. Venía corriendo. «Ahí estás, preciosa. Que empiece el juego».

—¡Will! ¡Quiero que me devuelvas mis patines!

—¿Tus qué? —Decidí increparla, se lo merecía por lo de mi guitarra.

—¡Mis patines, gilipollas! No disimules, me has mandado una foto desde tu móvil.

¡Qué puta manía tenía de llamarme gilipollas cuando se cabreaba! Me sacaba de quicio.

—No disimulo, perdona, no te había entendido bien, hablas atropelladamente. ¿Estás nerviosa, Sarita?

—Will, me estás cabreando y mucho. Estás a punto de cruzar la línea, dime qué has hecho con ellos o te juro que me las pagas.

—¿Con qué te las voy a pagar, Sarita? Ya me has quitado todo lo que me importaba.

—¡No exageres! Tu vida no giraba alrededor de esa guitarra.

—No me refiero a la guitarra.

La dejé sin palabras. Sabía que me refería a ella. Se apartó un mechón que se le había escapado de la coleta de la cara. Pensé que debería hacerla sufrir

más, por prepotente y orgullosa. Aun así, decidí no hacerlo.

—Está bien, para que veas que estoy en plan conciliador, te voy a decir dónde están tus adorados patines.

—¿En plan conciliador? ¿Por eso me has robado los patines?

—¿Me vas a escuchar o no?

Se cruzó de brazos y me miró expectante.

—Vamos al polideportivo. —Le hice una señal con la cabeza para que me siguiera. Íbamos a faltar los dos a clase.

—¿Al polideportivo?

—Sí, tus patines están en la piscina.

Sara se detuvo de repente.

—¿En la piscina? Will, por favor, dime que te refieres a «fuera de la piscina» y no a «dentro de la piscina».

—¿Por qué cojones iba a dejarlos «fuera de la piscina»? ¿Qué gracia tendría eso? Tú has tirado mi guitarra al río. —Por la cara de espanto que puso, supe que había conseguido asustarla. «Bien».

—Will, ¿qué has hecho? ¿Cuánto tiempo llevan ahí? ¡Se van a oxidar las cuchillas! ¡Has roto mis patines!

Sara echó a correr en dirección a la piscina y yo la seguí. Joder, qué dramática se podía llegar a poner cuando se lo proponía.

¡No les había pasado nada a sus patines! Al final no los metí en el agua, pero quise que pensara que sí, para que escarmentara.

—No les ha pasado nada, Sara. Los vas a recuperar. No se puede decir lo mismo de mi guitarra, ¿verdad?

No quería dejarme llevar por su carita de preocupación y no quería olvidarme de mi guitarra. Pretendía que percibiera la amargura en mi tono de voz. Al fin y al cabo, el disgusto debería ser yo; no sé cómo lo hacía, pero siempre conseguía darle la vuelta a todo.

Llegamos a la piscina cuando ya había comenzado la clase de natación correspondiente. Parecían críos de no más de doce años. Sara dio vueltas por la piscina buscando sus patines. Los niños nos miraban embobados, no todos los días irrumpían alumnos mayores así en su clase.

—¿Sara?

«Esa voz me suena mucho». Me giré y descubrí a Kate, la hermana pequeña de Dan, y la de Sara, claro.

—Señorita Summers, ¿qué es lo que pasa? ¿Qué está buscando?

Sara ignoró tanto a su hermana como al profesor de natación y vino hacia

mí.

—¿Dónde están?

—Por aquel extremo. —Señalé el extremo opuesto al que estábamos.

Mi preciosa e histérica exnovia salió corriendo —sin apenas concederme capacidad de reacción— y se tiró al agua. ¡Así, tal como estaba! ¡Sin quitarse los zapatos, ni el jersey, ni nada! Y sin darme tiempo a confesar que era broma y que ahí no estaban los patines. Aunque bien es cierto que un remojón no le venía mal.

Me acerqué a la zona donde guardaban las colchonetas y las espalderas y localicé los patines sin problema, ya que hacía apenas quince minutos que los había escondido en ese lugar. Fui hacia la zona de la piscina a la que había mandado a Sara y me apoyé en las escaleras con la bolsa de los patines en la mano.

Esperé tranquilo hasta que Sara no aguantó más y tuvo que sacar la cabeza para respirar. No se fijó en que tenía los patines en mi mano y volvió a sumergirse. Continué esperando con paciencia. Ya se rendiría. El profesor de natación vino hacia mí. No parecía contento.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? ¿Por qué se ha tirado Sara Summers al agua con ropa? ¿Y qué has sacado de debajo de las colchonetas?

Toda la clase se concentró en mí. Sara salió al exterior, por segunda vez, y me miró, indignada porque no había localizado su tesoro.

—¿Buscas esto? —le pregunté, socarrón, mostrándole la bolsa de los patines.

—¡Capullo! ¡Más te vale que no les haya pasado nada! —gritó mientras salía de la piscina.

Me cansé de tanta amenaza. Ella podía tomar lo que quisiera, pero los demás no podíamos coger sus cosas.

—Te repito que no les ha pasado nada, joder. Ni siquiera han tocado el agua.

Me miró encolerizada mientras abría la mochila de los patines. Comprobó que estaban dentro y la cerró mientras se aproximaba a la salida. Entonces cayó en la cuenta de mi confesión.

—¿Cómo que no han tocado el agua?

—No soy tan mezquino como tú, Sarita. Solo pretendía darte una lección.

—Te has pasado, Will. ¡Como siempre, cruzas los límites!

—¿Cómo siempre? ¿Y qué pasa contigo? ¿Todo lo que tú haces está bien? ¡Primero me incluyes en una estúpida apuesta y luego me tiras la

guitarra al río! Al río, Sara. ¡Muchas gracias! ¿Qué hubiera pasado si en lugar de fingir tirar tus patines a la piscina los hubiera lanzado al río? ¡Arde Troya! Al final, el único que sale perjudicado siempre soy yo. ¡El que no va a volver a ver su guitarra soy yo! ¡Lárgate con tus estúpidos patines y déjame en paz!

Estaba hasta los mismísimos cojones. Estúpida niña mimada. Estábamos condenados a no entendernos. Descubrí el charco de agua que dejaba a sus pies. Iba a darme la vuelta, dispuesto a olvidarme de todo, cuando me gritó:

—¡Tu estúpida guitarra está en mi habitación, para que lo sepas!

¿Cómo que en su habitación? No podía ser, yo mismo vi cómo la arrojaba al agua. Regresé a mi posición inicial frente a ella, aunque, esa vez, me acerqué más.

—Eso es imposible.

—No, no lo es. Esta mañana me he tirado al río y la he recuperado. Pensaba dártela después de arreglarla, pero ahora no te la pienso devolver, es más, ¡la voy a volver a dejar en el fango!

¿Se había tirado al agua para buscar mi guitarra? No podía creerlo. De golpe y porrazo, se me pasó todo el cabreo que acumulaba desde los últimos dos meses. ¡Se había tirado al río para recuperar mi Fender! De lo único que tenía ganas en ese momento era de estrecharla entre mis brazos y besarla.

«¡Qué demonios!». Me aproximé a ella, antes de que intuyera mis intenciones, y la abracé con todas mis fuerzas. Cómo echaba en falta aquella sensación. Era tan delgada y tan bajita que cabía entre mis brazos sin problema.

—Pero ¿qué haces? ¿Es que no me has oído? —Se apartó bruscamente de mis brazos—. ¡Voy a volver a tirar tu guitarra al río!

—Me importa una mierda la guitarra, Sara. No quiero seguir peleando contigo. Estamos en paz. Los dos nos hemos hecho daño, pero se acabó. Vamos a volver a donde lo dejamos antes de esa estúpida apuesta, por favor.

—¡Ni loca vuelvo contigo después de esto!

Se giró indignada y continuó su camino.

—¡Summers y Von Kleist! De aquí no se mueven hasta que me expliquen qué ha pasado y por qué han interrumpido mi clase de esta manera.

En un intento desesperado de evadir un merecido castigo, huimos de la escena del crimen. Aunque pronto recibiríamos una llamada de nuestra querida directora. La bromita de los patines nos salió cara. Prefiero no recordarlo.

—Venga, Sara. Todavía me quieres y yo te adoro cada día más. —

Caminaba detrás de ella.

—Yo no te quiero, Will. Ya me he olvidado de ti.

—Mentirosa. —Sonreí, pero no la desarmé. Con Sara no era tan sencillo como con las demás—. Un amor como el nuestro no se olvida tan rápido.

—Haber pensado en ese amor cuando besaste a Tessa o cuando te chivaste a mi hermano de que estaba borracha. ¡O cuando me caí por el terraplén y no fuiste capaz de ayudarme!

—Sara, te llevé en brazos a la enfermería a pesar de que estaba disgustado contigo porque me habías dejado. Si eso no es ayudarte, que baje Dios y lo vea. Y, hablando de Tessa, ándate con ojo con esa chica.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué ha pasado?—me preguntó, inquieta.

Nos detuvimos fuera del polideportivo, dejando un rastro de agua desde la piscina hasta aquí. Al final, Sara agarraría una pulmonía. Estaba totalmente mojada. La sujeté de la cintura y la llevé hacia la residencia para que se pusiera ropa seca. Sara intentó apartar mi mano, pero no lo consiguió y, al final, se dejó hacer. «Vas lista si crees que voy a soltarte. Esta vez no te me escapas». A cada paso que dábamos, se escuchaba el sonido de sus zapatos, que estaban tan empapados como ella.

Entramos en el edificio y fuimos a su habitación. Sara necesitaba cambiarse de ropa.

—Habla rápido, Will. Tengo que entrar en calor —me dijo, despojándose del jersey.

—Si quieres, yo puedo hacerte entrar en calor de una manera rápida y eficaz. —No dejé que me replicara y me acerqué a ella. Olía a cloro, pero no me importaba, a ella le quedaba bien cualquier olor. Le aparté los mechones mojados que le cubrían el rostro y le acaricié las mejillas con mis dedos.

—Will...

Intenté besarla, pero se resistió. Continuaba molesta.

—Will, no me líes, ¿qué querías decir con lo de Tessa?

—Sospecho que fue ella quien te robó los patines el día de la competición —le dije, a bocajarro.

—¿Qué? ¿De dónde sacas eso?

Compartí mis sospechas con Sara y le expliqué los últimos acontecimientos. Según me escuchaba, ambos nos dimos cuenta de que era bastante probable que yo tuviera razón. No sé cómo no nos habíamos percatado antes. Estaba clarísimo.

—Me dan ganas de ir y partirle la cara, Will. ¡Lo tenía todo planeado

desde el principio! No sé cuándo ni cómo, pero voy a devolvérsela. ¡Por su culpa nos hemos peleado y nos hemos hecho cosas horribles!

—Tranquila, Sara. Ya la hemos amenazado, no creo que vuelva a incordiar más. Y, además, sé una manera infalible de irritarla.

—¿Cuál?

—Que nos vea juntos. Que vea que su intento de separarnos no ha funcionado. —Fui al ataque, dispuesto a besarla, pero me frenó por segunda vez. Joder.

—Eso no va a pasar.

—Sara, no me hagas sufrir más, por favor.

—Después de todo lo que ha pasado entre nosotros, estos últimos meses, ya no estoy segura de nada, Will. ¿Cómo es posible que dos personas que dicen que se quieren sean capaces de dañarse tanto el uno al otro, a propósito?

Sentí pánico al escuchar sus palabras. Jamás pensé que llegaríamos a aquella situación, y jamás dudé de que pudiéramos dejar de querernos. Nos hicimos daño porque estábamos disgustados y no había que darle más vueltas. Tenía que hacérselo comprender.

—Sara, no dudes de nosotros, por favor. Puede que las cosas se nos hayan ido de las manos, pero eso no significa que no nos queramos.

Su mirada me resultó indescifrable. No sabía lo que pensaba, y eso que Sara siempre ha sido muy expresiva, sus ojos suelen decirlo todo. Ya no estaba segura de nada y no sabía qué hacer.

Bajé la cabeza y le robé un beso en la comisura de la boca.

—Te voy a demostrar cuánto te quiero, Sara. Dalo por hecho.

La prueba de amor

Ese fin de semana nos quedamos toda la pandilla en el colegio. Era domingo, y Will disputaba un partido de fútbol contra los primeros de la liga intercolegial.

Al ser un partido importante, mis amigos me convencieron para ir a verlo. Marco era un loco aficionado del fútbol, así que fue a primerísima hora a coger buenos asientos y nos sentamos en primera fila. Incluso había dejado a su novia por ver el partido; porque Marco tenía novia (se acostó con ella y le dio reparo dejarla sin más). Era una chica un año menor que nosotros, muy simpática aunque algo intensa, que no lo dejaba ni a sol ni a sombra. Me imaginé que, después del partido, le esperaba reprimenda por haber ido a un evento sin ella.

Durante el transcurso del partido, me entretuve leyendo un libro. No quería que Will pensara que había ido por él, eso sería ponérselo demasiado sencillo. Aquella semana pensé mucho en Will y en nosotros. ¿Qué nos había pasado? ¿Cómo habíamos llegado a aquella situación? Hacía apenas dos meses, nos queríamos, y nuestra mayor preocupación era poder pasar juntos el máximo tiempo posible. Nuestras únicas discusiones eran por Oliver y Adam, porque yo dormía con ellos y Will no lo entendía. Yo lo comprendía, pero no podía renunciar a mis noches con mis amigos, los necesitaba para dormir y para vivir y no podía apartarlos. Ni siquiera por Will.

Desde el día de la maldita apuesta, pensé mucho sobre las partes en las que se dividía mi corazón. Me lo imaginé como un gran armario rojo, con su característica forma, y repleto de cajones. Los había de todos los tamaños. Algunos de ellos, en su interior, solo albergaban a una persona, pero otros, sin embargo, contenían a varias.

Había diferentes zonas. Donde en un vestidor encontramos zona de abrigos, zona de zapatos y zona de bolsos, en mi armario-corazón había zona de amigos, zona de familia y zona de novios.

En la zona de novios vivía Will, porque mi corazón así lo catalogaba. Era un cajón considerable, pero en caso de siniestro no sucedería nada. El

armario seguiría en pie.

En la zona de familia había varios cajones de diferentes tamaños. El más pequeño era de Alex y Kate, otro un poquito más amplio de mi padre, y el más grande le pertenecía a Daniel. Era absurdo mentirme a mí misma. Daniel es la persona a la que más quiero de mi familia y siempre ha sido así. En el resto de cajones vivían el resto de mis familiares.

Todos esos cajones también podían destrozarse, pero quedaría un agujero tan extenso que haría tambalearse a toda la estructura. Y, dependiendo del cajón arrancado, ignoraba si podría reconstruirse.

Y los últimos cajones: zona de amigos. Había cuatro cajones. En el mediano: Olivia, Moira, Natalie, Brian y Marco. En el grande: Pear. Y Oliver y Adam tenían (y siempre tendrán) un cajón gigante para cada uno. Si tirabas de esos dos últimos cajones para arrancarlos, el armario caía.

Todo ello hacía que me replanteara cuáles eran mis verdaderos sentimientos hacia Will. Yo creía que estaba enamorada de él porque lo deseaba, pero ¿qué podía saber yo del amor? «¿Hay niveles de enamoramiento? ¿Puedes llegar a estar más o menos enamorada? ¿Se puede estar enamorada de dos personas a la vez? ¿Puedes estar enamorada de alguien, pero querer más a otra persona?».

Eran demasiadas preguntas sin respuestas. Ojalá existiera un manual del amor: *Cómo reconocerlo y cómo conservarlo*. No estaría nada mal. Quizá me habría ayudado a entender mi situación con Will. Querer a alguien y hacerle daño, a propósito, me parecía antagónico, pero, como decía mi amiga Natalie: «Los que se pelean se desean». Y eso, ¿qué significa? ¿Que sin pelea no hay amor verdadero?

Por una parte, no quería que mi historia con Will acabara, apenas florecía y quería darnos otra oportunidad. Pero, por otra parte, tenía miedo. Si seguíamos juntos, mis sentimientos hacia él crecerían y ¿qué pasaría si volviéramos a pelearnos? Los daños serían aún mayores, porque los sentimientos serían mayores también. No sabía si merecía la pena intentarlo, aunque, por esa regla, jamás me comprometería del todo en ninguna relación, y no quería eso.

Will me había confesado que me quería y que me lo iba a demostrar. Yo estaba segura de que lo quería. Sobre eso no tenía dudas. Mis dudas iban por otros derroteros, mi mayor duda era no saber si lo quería lo suficiente, lo que se supone que una novia debe querer a su novio.

Lo cierto es que poco libro estaba leyendo. Cada escasos minutos

levantaba la vista y lo observaba. ¡Qué bien le sentaba el traje de futbolista! Con esos pantaloncitos negros y esa camiseta de licra adherida a su musculoso cuerpo. Me entraban ganas de salir al campo y toquetearlo por todas partes. Mi deseo hacía él era evidente. «¿Es lo mismo amor que deseo?».

Me había pasado los últimos días arreglando su guitarra, ya la tenía casi lista, un par de retoques más y... como si no hubiera pasado nada. Esa era una de las razones por las que pensaba que lo quería. No hubiera estado tantísimas horas arreglando esa guitarra por una persona que no me importaba en absoluto.

Según escuchaba comentar a mis amigos, Will y sus compañeros jugaban bastante bien. No habían metido ningún gol, pero tampoco habían encajado ninguno y el partido estaba a punto de finalizar.

Volvía a concentrarme en mi libro cuando escuché las quejas de todos los alumnos sentados a mi alrededor y, sobre todo, las quejas de Marco, que, al estar sentado a mi lado, parecía metido dentro de mi oído.

—¡¡Penalti!! ¿Pero acaso estás ciego?

Levanté la vista para ver qué sucedía. Me dio el sol en la cara y tuve que entrecerrar los ojos. Will estaba en el suelo. Después de unos segundos observándolo, me di cuenta de que exageraba. No le sucedía nada. Y luego me llamaba a mí peliculera... ¡Qué valor!

Tuvo suerte y el árbitro pitó penalti. Era su ocasión para meter un gol.

Volví a mi libro, pero otra vez escuché murmullos a mi alrededor. «¿Y ahora qué pasa?». Levanté la vista del libro y descubrí horrorizada que Will salía del campo y venía directo hacia mí. Venía caminando con su pose de chulesco y prepotente jugador de fútbol.

—Sara, querías una prueba de mi amor, ¿no?

No sabía qué pretendía hacer, me pilló desprevenida. No le contesté, solo fruncí el ceño.

—Para que veas cuánto te quiero, voy a marcar un golazo y voy a dedicártelo delante de todo el colegio.

Chasquéé la lengua. Aquello no me parecía una prueba de amor. Quería más. Exigía mucho a las personas que me rodeaban. Demasiado. Por aquel entonces no era más que una cría inmadura. El tiempo se encargaría de ponerme en mi lugar.

—¿Eso es una prueba de amor? ¿Marcar un gol y quedar como el héroe delante de todo el colegio?

—¡Von Kleist! ¡Vuelve al partido, ahora mismo!

Era el entrenador, que llamaba a Will para que volviera al campo. Todo el mundo lo esperaba.

—Tengo que volver. Joder, Sara, no te conformas con nada. ¡Me vuelves loco!

Lo miré, pero el sol me seguía dando en plena cara, de modo que me puse la mano a modo de visera. Se me ocurrió una pésima idea. Sabía lo importante que era el fútbol para Will. Si aceptaba mis absurdas condiciones, nos daría una nueva oportunidad. Porque lo que pretendía pedirle era una prueba de amor con mayúsculas.

—¿Quieres demostrarme que me quieres?

—Depende, ¿en qué piensas? Sara, que te conozco.

—¿Has visto la película *Destino de caballero*?

—No —me contestó Will ladeando la cabeza.

—¿Estás loca? ¡Ni se te ocurra pedirle eso! ¡Von Kleist, no la escuches! He tenido que tragarme esa película mil veces por su culpa y ya sé lo que va a decir. —Marco se volvió loco (con razón). Se levantó de su silla e intentó arrastrar a Will al campo.

—¡Marco, no te metas!

Pear me agarró fuerte del hombro para después hablarme al oído.

—Sara, que esto no es una película, es la vida real, la que vas a liar...

—¿Qué pasa en la película? —Will se soltó de Marco y volvió a mi lado. Le pudo la curiosidad.

—Es una preciosa historia, donde el protagonista quiere impresionar a una chica que pertenece a la nobleza y...

—¡Von Kleist, o bajas ya o te tengo toda la noche dando vueltas alrededor del campo de fútbol!

—¡Sara, abrevia, coño! Que, cuando empiezas, no hay quien te pare. ¿Qué quieres que haga?

—Que falles el gol.

—¿Qué?

—Ni caso, Von Kleist, ni caso. Nos ha costado mucho llegar hasta aquí y estamos a punto de ganar al equipo líder de la liga... —Marco continuaba intentando frenar aquella locura.

—¿Me pides que falle a propósito? ¿Por qué?

—Porque eso sí es una prueba de amor, Will.

—¿Te has vuelto loca? ¡Ni de coña! ¡Eso no es una prueba de amor, es

una estupidez!

Y tenía toda la razón del mundo, pero ya no podía echarme atrás. Mi orgullo —que en aquella época era aún más fuerte que mi inmadurez— me lo impidió.

Me volví a sentar en la silla con el corazón latiéndome a mil por hora, y coloqué mi libro en posición de lectura. Will parecía una estatua de hielo, no se movía. Estaba consternado. Me sentí fatal. Yo solo necesitaba saber que Will me quería y que el daño que nos habíamos hecho solo había sido fruto de nuestros arrebatos. Y mira lo que estaba a punto de provocar.

Levanté la vista del libro y lo miré. Iba a fallar el gol, seguro, lo intuí en su expresión. Me quería. No necesité más. Me levanté y le hice aspavientos con los brazos para que abortara la misión, pero no me vio.

—Sara, ni lo intentes, ya es tarde. La que has liado. El entrenador lo va a matar —me dijo Olivia.

—¿En serio creéis que va a fallar el gol? —preguntó Marco nervioso.

—Sí —le contestaron todos, excepto yo.

A mí, de los nervios por lo que había hecho, me entraron ganas de vomitar, y Marco metió la cabeza entre las rodillas para evitar ver lo que iba a pasar a continuación.

—No quiero verlo, no quiero verlo...

En cambio, yo no pude apartar los ojos de Will: echó la pierna derecha para atrás y chutó con fuerza. El balón pasó por encima de la portería...

—¡¡¡NOOOOOO!!!

Al final, Marco no pudo evitarlo y levantó la cabeza. Él no era el único decepcionado, todos los alumnos se lamentaban, mientras se levantaban cuando aún no había terminado el partido. Segundos después, el árbitro pitó con su silbato la finalización del mismo.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Pear.

—Nos vamos y dejamos solos a los tortolitos para que arreglen sus diferencias —le contestó Brian.

—No sé yo, ¿veis a los compañeros de equipo de Von Kleist? Miran a Sara con mala cara.

—No exageres, Adam. ¿Qué crees que van a hacer?

—Desde luego, si soy yo, Sara... ¡Es para matarte!

Marco estaba muy irritado. Calculé que estaría unos dos días sin hablarme. Luego se le pasaría y volvería a ser el de siempre.

—No te pases, Marco, que no es más que un partidillo de fútbol.

—¿Un partidillo de fútbol? ¿En serio, Oliver? Si a ti tu novia te pidiera que dejases meterte un gol en un partido de hockey, ¿lo harías?

—Yo no tengo novia.

—¿Y si te lo pidiera Sara?

—¿Por qué me pediría eso?

—Chicos, trasladamos la discusión a otra parte. Me parece que Will quiere recibir su premio. —Natalie movilizó a toda la pandilla para dejarnos solos.

En el campo ya solo quedaban Will y el entrenador; todos sus compañeros y el equipo contrario se habían metido a los vestuarios. Se acercó a las gradas en mi busca. Tenía una sonrisa inmensa en su rostro. Entonces, yo también sonreí.

—Yo no le veo que esté muy afligido; todo lo contrario, está bastante contento—. Pear me deseó suerte y me dio un beso en la mejilla antes de irse.

—Yo también lo estaría, ha tomado la mejor decisión que podía tomar. ¿Ganar un partido o quedarse con la chica?

—Brian, ¿tú también te pones de su lado?!

—Venga, Marco, colega, vamos a tomar unas cervezas al pueblo, a ver si te animas. —Brian le pasó el brazo por el hombro y se fueron, dejándome sola, no sin antes guiñarme un ojo—. Oliver, ¿nos prestas la moto?

—No.

Cuando se fueron todos, bajé las pocas escaleras que me separaban de Will y me apoyé en la barandilla. Él permanecía al otro lado. Estaba sudado y se le pegaba el cabello al rostro. «Mmmm... para comérselo». Le pasé mis dedos por el pelo, dejándolo más despeinado todavía, y él cruzó sus manos por detrás de mi cuello.

—¿Te parece bonito lo que has hecho, Sarita?

Desde luego que no parecía afligido. Di gracias a los dioses. Sonreí y me acerqué para besarlo. Se lo había ganado con creces. Nuestros labios chocaron y su lengua se coló en mi boca sin miramientos. Introduje la mía entre sus labios hasta que ambas se enredaron y, juntas, iniciaron un baile desenfrenado.

—Disfruta lo que te queda, Von Kleist, porque vas a pasarte media noche dando vueltas por el campo. Y poco castigo me parece, ya pensaré en algo más.

Nos separamos y miramos al entrenador de Will, que ya se alejaba de nosotros, con bastante mala leche, hacia los vestuarios.

—Lo siento. ¿Quieres que te acompañe esta noche mientras das vueltas por el campo?

—Debes —enfaticó la palabra— acompañarme esta noche y dar por lo menos la mitad de las vueltas, así asumes tu parte de culpa.

—Cuenta con ello.

Y nos volvimos a besar. Pero ya no nos conformamos solo con tocarnos el rostro. Mi renovado novio pasó por encima de la barandilla y me abrazó. Nos movimos, hasta que tocamos los asientos con las piernas, y Will se sentó, acomodándose encima de él a horcajadas. Teníamos dos meses de caricias que recuperar.

Nuestros cuerpos se buscaron, y no pudimos evitar toquetearnos por todas partes. Le acaricié los brazos, la cara, el cuello, el pecho, el abdomen, la espalda... No podía detenerme, me lo hubiera comido entero, cachito a cachito.

—¿Te han crecido las tetas, Sarita?

Le di un golpe en el hombro. «¡Será capullo! Qué poco ha tardado en darse cuenta». Él levantó las cejas, sugerente. Yo le devolví el gesto.

—¡Sí! —terminé por aceptar con entusiasmo.

De pronto, empezó a llover, y nos vimos obligados a levantarnos y a cobijarnos en el interior del colegio. De haber seguido en esas gradas, no sé hasta dónde hubiéramos llegado. No nos importaba estar en medio de la calle, solo existíamos él y yo.

Novios, de nuevo

Al día siguiente, mientras desayunábamos, mi reconciliación con Will era el único tema de conversación.

—Así que Will y tú estáis juntos de nuevo. ¿Estás segura, Sara? —me preguntó Natalie.

Después de los últimos acontecimientos y de todas las faenas que nos habíamos hecho el uno al otro, no me extrañó que mis amigos dudaran.

—Sí, estoy segura. Nos merecemos una segunda oportunidad.

—Otra vez a soportar a Von Kleist, que nunca ha sido santo de mi devoción —me increpó Adam, disgustado. No le entusiasmaba la idea de que hubiera vuelto con Will.

—Vamos, Adam, no seas así, el chaval ha demostrado que quiere a nuestra chica.

—No me lo recordéis, joder —se quejó Marco.

—No ha demostrado nada, solo ha fallado un penalti, no me parece gran cosa. Ella se merece a alguien mucho mejor —insistió Adam.

—¿A quién, Adam? ¿Va a existir alguna vez alguien que sea lo suficientemente bueno para tu *Totó*? —le preguntó Moira.

Para Adam, yo siempre he sido como su hermana pequeña. Aunque no sé si hermana pequeña le hace justicia a nuestra relación. Somos mucho más, pero no sé ponerle nombre. Es comprensible que quisiera lo mejor para mí. Y, además, nunca se llevó bien con Will, nunca le gustó. Brian habló con Adam entre dientes.

—Yo sé de alguien que daría la talla...

—Cállate, Brian.

¿Qué se traían esos dos? Pear apareció por la puerta del comedor e impidió que les preguntara de qué hablaban. Mi amiga venía caminando a paso ligero hacia nuestra mesa. No traía buena cara, algo le sucedía.

—Buenos días, Pear. ¿Dónde te metes? —la saludó Olivia.

Pear no contestó al saludo, solo tenía ojos para mí.

—Sara, de camino hacia aquí he pasado por la enfermería y he visto

dentro a Daniel.

—¿A mi hermano?

—Sí, y tenía muy mala pinta, Sara. Creo que se ha peleado con un compañero suyo de clase. No sé por qué habrá sido, pero parecía grave.

«¡Madre mía! ¿Qué habrá pasado? ¿En qué lío te has metido, Daniel?». No era la primera vez que se peleaba con alguien y no sería la última. Él es así, impulsivo, y de los que creen que todo en la vida se arregla a base de golpes. Quise ir a ver qué le había pasado, pero me resistí y me quedé en mi silla sentada. No nos hablábamos, y no quería ser yo quien diera el primer paso. ¡Viva el asqueroso orgullo!

Ya había terminado de desayunar, de modo que decidí continuar con mi libro hasta que acabaran mis amigos. Poco después me di cuenta de que no había conseguido leer ni una frase. No podía concentrarme en el libro, solo pensaba en Daniel. Pear había dicho que parecía grave y estaba preocupada por él. No podía evitarlo.

—Sara, ¿por qué no dejas de fingir que lees ese libro y vas a la enfermería a ver qué le sucede a tu hermano? Lo estás deseando.

—¿Qué dices, Oliver? Estoy superconcentrada en mi libro y me da lo mismo lo que le pase a Daniel.

—Tienes el libro al revés, nena.

«¿Qué?». Me fijé en el libro y vi que Oliver tenía razón. Estaba boca abajo. Levanté la vista y descubrí que todos me miraban con las cejas arqueadas. Pear me dio unas palmaditas en la espalda animándome a levantarme. «¡Está bien!». No tenía ningún sentido seguir fingiendo despreocupación por alguien que obviamente me preocupaba, y mucho.

—¿Cuánto tiempo llevo así?

—Unos quince minutos —me respondió Oliver disimulando una sonrisa.

«Estupendo». Me levanté como un resorte.

—Nos vemos en clase.

Fui camino a la enfermería. Todos los alumnos venían en dirección contraria a la mía, dispuestos a llegar a tiempo a sus primeras clases. Era como si fuera a contracorriente. Mientras caminaba, pensaba que era posible que Daniel ya no estuviera allí y que estuviera haciendo todo el camino en balde... Consideré la posibilidad de mandarle un mensaje de texto a su móvil para ver dónde estaba, pero sería inútil; no me contestaría.

Justo cuando llegué a la puerta de la enfermería, alguien salió con urgencia y chocamos. Era mi hermano. No pude evitar abrir los ojos de

manera exagerada. Tenía la cara hecha un cromo. El labio lo tenía partido e hinchado y lucía, por todo el rostro, rojeces que pronto se convertirían en moratones. Llevaba un apósito en una de las cejas y algodón en ambos orificios de la nariz.

—¿Qué ha sucedido?

—Sara, déjame pasar.

—Dime qué ha pasado, ¿con quién te has pegado? ¿Por qué?

—¡Que me dejes pasar!

Su postura era de clara amenaza y no me miraba a los ojos. Me ocultaba algo.

—Daniel, dime algo.

—He dicho que me dejes pasar, ¿acaso estás sorda?

Sabía que aquello sucedería. Daniel no quería ni verme. Y luego pretendía hacerme creer que era todo culpa mía. Desde luego que él no ponía nada de su parte. Como siempre sucedía, contesté a sus impertinencias con una impertinencia mayor y así hasta ver quién ganaba de los dos.

—Si me lo pides con educación, quizá te deje pasar.

—Sara, o te apartas o te aparto.

—Atrévete a ponerme un solo dedo encima.

Daniel suspiró muy fuerte. Yo había ido en son de paz, pero siempre acabábamos discutiendo. ¿Qué sucedía con nosotros? ¿No nos íbamos a llevar bien en la vida?

—Daniel, por favor, dime qué ha pasado.

—¿Y a ti qué cojones te importa, Sara? ¿No se supone que no me soportas? ¡Sigue por tu camino y no te metas en el mío!

Touché. Llevaba años diciéndole a él y a todo el mundo que no lo aguantaba. ¿Qué esperaba? Se recoge lo que se siembra. Y yo con Daniel siempre he sembrado indiferencia y desdén. Me aparté (a mi pesar) y lo dejé pasar.

—Sara —me llamó la enfermera —, tu hermano está bien. No tiene nada roto, no te preocupes, lo que pasa es que las heridas son muy aparatosas y parece algo peor.

Asentí con la cabeza y me marché triste a clase.

Me pasé todo el día pensando en Daniel, en cuál habría sido el motivo de su pelea. Por más que interrogué a Pear, ella me insistía en que no sabía nada, que pasaba por casualidad por la enfermería y que lo vio dentro. Le preguntó a ver qué le había pasado, pero tampoco le quiso decir nada a ella.

Por la noche, fui a la pista de hielo a entrenar, pero no lograba concentrarme. Después de un rato perdiendo el tiempo me rendí y le mandé un mensaje a Will:

Sara: ¿Dónde estás? No voy a entrenar más.

Me contestó al instante, como si tuviera el móvil en la mano en ese preciso momento.

Will: En mi habitación. ¿Vienes?

Sara: Ok.

Me di una ducha rápida en los vestuarios de la pista de hielo y me cambié de mallas y de camiseta. Me puse por encima mi sudadera morada. Al salir de la pista, llovía. No llevaba paraguas, nunca lo hago, de modo que me tapé la cabeza con la capucha de la sudadera y fui corriendo hasta la residencia. Primero pasé por mi habitación; hacía días que tenía la guitarra de Will lista para devolvérsela, pero esperaba el momento oportuno. La cogí y fui a su cuarto. No me costó nada, tenía demasiada experiencia en esquivar a los vigilantes para colarme en las habitaciones de mis amigos.

Toqué la puerta y Will, al segundo, me abrió. Escondí su guitarra detrás de mi espalda. Will asomó la cabeza, miró hacia ambos lados y, cuando hubo comprobado que nadie podía vernos, me cogió de la mano y me metió en su habitación.

—Hola, preciosa —me saludó con cariño. Enseguida vio la Fender.

—¿Es mi guitarra?

Asentí con la cabeza. Will la cogió y la olió. Qué cosas tan extrañas hacemos en algunas situaciones.

—Gracias, Sara. Significa mucho para mí.

Apoyó la guitarra en la pared y comenzó a darme dulces besos por el cuello. Yo no estaba muy receptiva y se dio cuenta.

—¿Qué te pasa?

—¿Tú sabes por qué se ha peleado mi hermano?

Will se separó de mí y se sentó en la cama mientras se desordenaba el cabello.

—Sospechaba que me lo preguntarías.

—¿Y me lo vas a contar?

—Sara, no hay nada que contar. No te preocupes, que no es nada grave. El chaval en cuestión dijo algo que a Dan no le gustó, empezaron a discutir y una cosa llevó a la otra. Ya sabes cómo somos los tíos.

—Ya, y sospecho que no me vas a contar por qué empezaron a discutir.

—Joder, ni me acuerdo, sería una tontería, pero Dan estaba de mal humor y el resto ya lo sabes.

«Sí, claro. No me lo creo».

—Que sepas que no me lo trago. Me ocultas algo.

—Sara, confía en mí, por favor. No ha sido nada grave, solo un comentario desafortunado, unido a que tu hermano hoy se ha levantado con el pie izquierdo. De haberse encontrado de buen humor, no habrían llegado a las manos, estoy seguro.

Me pareció sincero. Tendría que confiar en él. No quise insistir más en el tema porque me quedó claro que nadie pretendía contarme más de lo poco que ya sabía.

Me tumbé en la cama y me tapé la cara con el brazo. Estaba cansada, pero no físicamente, sino emocionalmente. Llevaba unos meses intensos. Deseé tener un tiempo de aburrida tranquilidad. Will se tumbó a mi lado y me apartó el brazo de la cara.

—¿Un día duro?

—Un año duro.

—Lo siento, en parte es por mi culpa.

—Por nuestra culpa, Will. No podemos decir que mis últimas actuaciones hayan sido muy correctas.

—Olvídate de todo, para un rato que tenemos para estar juntos, no quiero pensar en nada más que en ti —me dio un suave beso en los labios—, tus besos —bajó su boca hacia mi mandíbula y descendió por el cuello—, y tu risa. —Desanduvo el camino hasta llegar a mis labios. Y nos besamos.

Fue un beso dulce. Un beso entre dos adolescentes que comenzaban a saber lo que era el amor. Le acaricié el cabello e intensifiqué más el beso. Me encantaba su sabor. Le pasé la lengua por los labios y atacé la suya. Will se colocó encima de mí, agarrándome la nuca con una de sus manos y metiendo la otra mano entre la cama y mi trasero.

Yo seguía acariciándole el cabello y fui bajando mis manos hasta llegar a la parte baja de su espalda. Llevaba puesta demasiada ropa. Le levanté la camiseta para tener acceso directo a su piel y, al parecer, a él también le

sobraba ropa porque, acto seguido, dejó de besarme, se incorporó y se quitó la camiseta. Antes de volver a besarnos, le puse las manos en el pecho. Sentí su corazón. Latía muy rápido. Le pasé las manos por el abdomen y me recreé en las sensaciones. Era tan suave. Will tenía poco vello en el pecho, aún era muy joven. Me retiró las manos y me obligó a rodearlo con los brazos. Se acercó a mí y me besó.

Empecé a sentir calor, mucho calor. Me incorporé para quitarme la sudadera y, con la urgencia, me llevé la camiseta por delante. Me quedé en sujetador. Estábamos piel con piel. Mi pulso se aceleró. Continuamos así durante un largo rato, hasta que me dolieron los labios de tanto besarnos.

Will disminuyó el ritmo de nuestros movimientos.

—Sara, es mejor que paremos. Si seguimos así, no sé si voy a poder hacerlo.

Tenía razón. Si continuábamos así, perdería la virginidad esa noche. Antes de que cortáramos, tenía bastante claro que quería dar el gran paso y descubrir lo que era hacer el amor, con Will. En aquel momento, no era que no quisiera, pero acabábamos de volver a estar juntos y prefería esperar a que afianzáramos nuestra relación.

—Tienes razón. Es mejor que paremos. —Le di un suave beso en los labios.

—Sara, me vuelves loco. En todos los sentidos.

Nos reímos. Yo también tenía esa sensación con él. A veces me entraban ganas de matarlo y, otras, de comérmelo a besos.

—Me voy a la cama. Mañana nos vemos.

—¿Te vas con Oliver?

Tenía que salir el tema. Era inevitable.

—Will, no empecemos, por favor.

—Joder, Sara. ¡Es que me desquicia pensar que duermes con él todas las noches!

Tenía que hacerle entender que no dormía con Oliver de la misma manera que dormiría con él.

—Will, no duermo con él todas las noches. Compartimos cama como dos buenos amigos, nada más.

—¿Y por qué no te quedas a dormir aquí? Prometo no tocarte de una manera sexual.

—¿Estás de broma? Precisamente yo lo que quiero es que me toques de esa manera...

—No cambies de tema, Sarita.

—Vamos, dame un beso de buenas noches para que me vaya contenta.

Will dudó, no le hacía gracia que me fuera a dormir con otro chico. Se cruzó de brazos.

—Por favor. —Le puse morritos. No pudo resistirse y me besó.

—Sara, te quiero —dijo antes de volver a besarme.

—Y yo.

Le dije adiós con la mano y me marché a mi habitación a dormir, si es que podía dormir después de esa intensa sesión de besos.

Durante las siguientes semanas, todo marchó sobre ruedas. Ya había pasado un mes desde que Will y yo habíamos vuelto a estar juntos. Aprovechábamos cada segundo que teníamos libre para vernos. Siempre que mi estricto horario me lo permitía, acudía a verlo al entrenamiento y me quedaba en las gradas observándolo. Podía pasarme así horas y horas.

Al principio, sus compañeros de equipo me miraban mal y no me hablaban (no los culpaba), pero, después de comprobar que mi presencia en el público hacía que Will lo diera todo y jugara mejor que nunca, me perdonaron y me hablaron de nuevo.

Al acabar los entrenamientos, esperaba a que se duchara y nos íbamos juntos al embarcadero. Nuestras sesiones de besos se volvieron más intensas.

Era feliz. La única espinita que tenía llevaba nombre y apellido: Daniel Summers. Lo nuestro no avanzaba. A pesar de que la última semana lo vi más contento de lo habitual, seguía sin querer saber nada de mí.

Mi diecisiete cumpleaños

Todas las mañanas tenía la misma sensación al despertarme: una gran calidez que me arropaba y me hacía sentir segura. Provenía del cuerpo que dormía a mi lado. Me estiré. Aquel era un día único. Era veintisiete de febrero y era mi cumpleaños. Cumplía diecisiete años. Soy la mayor de mis amigos, la primera que cumple años; luego me sigue Adam un mes después. Oliver no cumple años hasta el mes de mayo.

Era viernes, y aquel fin de semana nos íbamos a casa a celebrarlo. También era el cumpleaños de Daniel, claro. Mi padre había organizado una riquísima cena en un famoso restaurante italiano de Edimburgo a la que, por supuesto, asistíamos las tres familias: los Aston, los Wallace y los Summers.

Pear y Marco también fueron invitados a la celebración. Mi mejor amiga pasaría ese fin de semana en casa con su familia y, como ambas vivimos en Edimburgo, mi padre la invitó a la cena. Los padres de Marco viven en Roma y él solo salía del colegio en vacaciones. Como el resto de nuestros amigos residen en Edimburgo (excepto Natalie, que es de Perth) y también se marchaban esos dos días a casa, Pear invitó a Marco a su casa para que no se quedara solo en el colegio.

Era algo que hacíamos muy a menudo. Cuando coincidía que todos nos íbamos a nuestras casas, alguno de nosotros invitaba a Marco para que no se quedara solo en el colegio. Italia está lejos, no tenía la misma suerte que teníamos los demás con la cercanía de nuestras casas.

—Feliz cumpleaños, nena —me susurró Oliver en cuanto se despertó—. ¿Ya estás despierta?

Estiré los brazos y bostecé.

—¡Gracias! Sí, ya estoy despierta.

Justo en ese momento, Adam entró en la habitación.

—¡Felicidades, Totó!

Adam dio un salto y se metió en la cama con nosotros. Seguía con el pijama de cuadros puesto. Me lo imaginé despertándose y caminando hacia mi dormitorio, con esa pinta, por los pasillos. Me dio mucha ternura. Nos dio

empujoncitos con el culo a Oliver y a mí para que le dejáramos espacio.

—¿Cómo te sientes? ¿Alguna diferencia con respecto a los dieciséis?

Nos quedamos los tres tumbados boca arriba y con las manos detrás de la cabeza.

—De momento, no. Pero intuyo que va a ser un año movidito.

Oliver se rio y se levantó de la cama. No llevaba pijama. Casi nunca se lo pone, ya que siempre tiene calor.

—Anda, *movidita*, dúchate y vamos a desayunar, que hoy quiero ir con tiempo.

—¿Hoy no toca *footing*?

—No, hoy toca pasar un largo rato en el desayuno.

Antes de meterme en la ducha, me entró un mensaje en el móvil. Dio un zumbido bastante extraño, le quedaba poco tiempo de vida. Esperaba que mi padre hubiera entendido la indirecta que le había lanzado hacía unos días y me regalara un móvil nuevo por mi cumpleaños.

Will: Buenos días, cumpleañosera. ¿Te veo en el desayuno?

Se me iluminó la cara.

Sara: Me ducho y voy.

Will: Qué tempranera, ¿hoy no corres?

Sara: No, me han dado el día libre :)

Veinte minutos después, llegamos al comedor. Entré mirándome los pies, se me había quedado un papel pegado en el zapato, y, cuando levanté la mirada, contemplé maravillada lo que habían organizado mis amigos en nuestra mesa.

Había globos de todos los colores atados a las sillas, y la mesa estaba rebosante de comida. No faltaba de nada: zumo de naranja, de piña, chocolate, tortitas, tostadas, huevos con salchichas y beicon, donuts... ¡No sabía por dónde empezar! ¡Qué buena pinta tenía todo! Mis amigos no me permitieron ni sentarme y, en cuanto me vieron, me cantaron el *Cumpleaños feliz*.

¡Qué vergüenza pasé! Me puse roja, notaba cómo me subía el calor por la

cara. Miraba hacía todas partes y contaba los segundos que faltaban para que terminaran. ¡Y no se acababa la canción! Chillaban tanto que nos observaba todo el mundo y, la verdad sea dicha, mis amigos no cantan muy bien, exceptuando a Oliver; se escuchaban varias notas desafinadas.

Adam se subió a una de las sillas e hizo gestos con los brazos al comedor invitándolos a cantar con ellos. Fue un alivio que no hubiera demasiada gente porque aún era temprano. Algunos enseguida se animaron y se unieron al cántico, otros daban palmas y otros se cruzaron de brazos y pusieron mala cara; bueno, solo una mesa tomó esa actitud: la de Tessa tarta *Comtessa*.

Will se acercó en mitad de la canción a darme un beso y a felicitarme en persona y me hizo prometerle que, después de las clases y antes de ir a comer, tendríamos un momento a solas. Quedamos a la salida de mi aula.

Cuando por fin acabaron la canción, me lancé hacia todos ellos para llenarlos de besos y abrazos. Miré a mi hermano de reojo y me encontré con su mirada. «Felicidades, Daniel», le dije mentalmente.

Nos sentamos a la mesa y nos dimos un gran festín. Nos tiramos una hora desayunando sin dejar de comer en ningún momento. Los chicos pusieron diecisiete velas a las tortitas con chocolate y me obligaron a soplar y pedir un deseo.

Después me dieron el regalo, emocionados. Era un iPod nuevo color rosa; siempre me quejaba de la música que ponían en la pista de hielo, por lo que decidieron regalármelo para que seleccionara yo la música que quisiera. También me regalaron unos altavoces para poder conectarlo en mi dormitorio y retirar, de una vez, la vieja y destartada minicadena de música.

—¿Has felicitado a Daniel? —me preguntó Pear.

—¿Tú que crees? —le pregunté yo, con media tortita aún en mi boca.

—Que no.

—¿Para qué preguntas entonces?

—¿No pensáis felicitaros ninguno de los dos? —insistió Olivia.

Me encogí de hombros. Yo, por lo menos, lo había felicitado mentalmente. Seguro que él ni eso había hecho.

—Últimamente, tu hermano está guapísimo. A ver, siempre ha sido guapo, pero no sé, creo que los diecisiete le han sentado bien —me confesó Moira, risueña.

—¿Guapísimo, dices? ¡Eso es quedarse corta! Está de toma pan y moja.

—No te pases, Natalie. No es para tanto —puntalicé yo.

—¿Que no es para tanto? Sara, tu hermano es uno de los chicos más

macizorros de todo el colegio.

Por instinto, miramos todos hacia la mesa de mi hermano. Terminaban de desayunar y hablaban susurrantes de vete a saber qué. Yo no pensaba que Daniel fuera feo, por supuesto que no, pero de ahí a que estuviera de toma pan y moja... Me parecía una exageración.

—Y tú, Pear, ¿no dices nada? —preguntó Olivia—. ¿No es Daniel tu amor platónico desde los nueve años? ¿O ya no te atrae?

—Pss, no está mal... —contestó la interpelada.

—¿Que no está mal? ¿Dónde está Pear y qué has hecho con ella?

Pear nos miraba a todos mientras se pensaba la respuesta. Estaba a punto de decir algo, pero Brian propuso un nuevo debate.

—¿Y quién creéis que es el chico más guapo de todo el colegio? —nos preguntó—. Sara, tú no hace falta que contestes, ya conocemos la respuesta: Von Kleist.

No quería contestar. Sobra decir que Will era uno de los chicos más guapos que había conocido en mi vida, y que solo de verlo... en fin. Pero de ahí a que fuera el más guapo del colegio había un trecho. No era de las que pensaban que su novio era el ser más perfecto sobre la faz de la tierra.

—No iba a decir Von Kleist, listillo.

—¿Cómo? ¿Quién te parece más guapo que tu novio?

—Ahora te vas a quedar con la duda, por espabilado.

—¡No seas así!

—¿Para qué queréis saber quién es el chico más guapo del colegio? —insistió Moira.

—Curiosidad —contestaron Adam, Brian y Marco al unísono.

—Pues, ya que lo preguntáis, siempre hemos dicho que el más guapo de todos es Oliver. Lo siguen de cerca Daniel, Will y, ejem, Logan.

Natalie puso mala cara. El simple hecho de mencionar al traidor de su exnovio provocaba que se le revolvieran las tripas.

—¿Oliver? ¿Pero qué tenéis todas siempre con Oliver? ¡Joder! ¡Toda la vida igual! ¿Es porque es rubio?

—Marco, no preguntes si sabes que no te va a gustar la respuesta.

—Tranquilo, Marquitos, si preguntamos a tu novia, seguro que dice que el más guapo eres tú —lo vaciló Pear.

—¿Pero os parece que Oliver es el más guapo de nosotros o del colegio?

—Del colegio —contestaron Moira, Pear, Olivia y Natalie.

—Y tú, Sara, ¿qué opinas?

No quise opinar. Tenía la sensación de que, si reconocía en voz alta que Oliver era más guapo que Will, traicionaría a mi novio. No creía que pasara nada por ver a otros chicos guapos, pero me sentía rara.

—Yo me callo.

Miré a Oliver y vi que se reía, descaradamente. ¿Acaso me leía el pensamiento?

—¿Qué pasa, Sara? ¿No quieres reconocer que nuestro Oliver es más guapo que tu querido novio?

¿Su Oliver? Era más mío que suyo, pero me abstuve de expresar ese comentario. No le quería dar más munición para que se riera de mí.

—¿Y qué pasa contigo, Oliver? Las chicas dicen que eres el chico más guapo del colegio y te quedas ahí, impassible. No te pones ni rojo —lo criticó Brian con evidente resquemor.

—Ya sé que soy guapo, me veo en el espejo todos los días —explicó el rubio con aires de suficiencia.

Estallé en carcajadas. Ese es mi Oliver. Nunca se anda por las ramas, expone las cosas tal y como son.

—Cuidado, Aston, no te vayas a caer de la silla, tu ego está ocupando espacio —le dijo Adam con cariño.

Al finalizar mi última clase, Will ya me esperaba fuera del aula. Les hice señales a mis amigos para que se fueran y nos dejaran solos. Cuando el último de ellos salió por la puerta, agarré a mi novio de los cuellos del uniforme y cerré la puerta de un portazo.

Envolví mis brazos alrededor de su cuello y lo besé. Su lengua rozó mi labio inferior y yo presioné todo mi cuerpo contra el suyo. Un gemido de placer salió de su garganta y, antes de que me diera cuenta, me empotró contra la pared y me besó desesperado. Sus manos me recorrieron todo el cuerpo. Me subió la falda del uniforme y me rozó los muslos con las manos. No había experimentado un placer así en mi corta vida. Me uní a sus gemidos sin poder evitarlo.

Will me levantó los pies del suelo, guiándolos alrededor de su cintura, y nos movimos juntos hasta que me sentó en una de las mesas de clase. Era la mesa de Adam. Me reí para mis adentros, si se enteraba...

Nos seguimos tocando y besando durante unos minutos. Siempre que teníamos un encuentro como ese, al final, Will se frenaba, pero en aquella ocasión tuve la sensación de que no se detendría.

Sus besos bajaron por mi cuello, los dos respirábamos de manera

entrecortada y Will presionó su entrepierna contra mi cuerpo. Moriría por combustión espontánea en cualquier momento. Cuando sus manos levantaron mi camiseta para colarse dentro, oímos un bullicio fuera, en el corredor. Nos separamos al instante y nos ajustamos la ropa. Me bajé de la mesa y me aproximé a la puerta. Pusimos el oído en la pared para intentar escuchar lo que sucedía, pero quien quiera que fuera había pasado de largo.

—Joder, Sara.

«Sí, eso digo yo. Joder, Sara». Aquello no podía ser bueno para el cuerpo. Detenerse así, de repente. Era como pasar del fuego al hielo.

Me despedí de Will y me fui al comedor a almorzar algo rápido. No tenía demasiada hambre después del desayuno que me había metido en el cuerpo. Los chicos se habían marchado a una reunión urgente con el entrenador de hockey, pero Pear me esperó en el comedor para acompañarme mientras picaba algo. Recreaba en mi mente lo que acababa de suceder con mi novio, cuando Pear interrumpió mi ensimismamiento.

—Sara, ¿estás bien? Parece que estés en la luna.

—Estoy caliente.

«¿Qué he dicho?»

—Digo... estoy hambrienta.

—Ya sé yo de qué tienes tú hambre... ¿Siguen siendo tan intensos tus encuentros con Will?

—¿Tú crees que te puedes morir por combustión espontánea?

—Si no lo sabes tú, que eres la lista del grupo...

Después de la última clase del día, esperábamos entretenidos en mi habitación a que mi padre viniera a recogernos para llevarnos a todos a casa. Del colegio a Edimburgo teníamos unas dos horas de viaje en coche. Nos pusimos guapos, ya que cuando llegáramos a nuestro destino nos iríamos directos a cenar. Allí nos esperaban mi hermano Alex y las familias de Oliver y Adam.

Preparaba la mochila para pasar el fin de semana en casa cuando la música llegó a mis oídos. Adam había conectado mi iPod nuevo en los altavoces y sonaba un remix de *Grease*.

Mi mejor amigo comenzó a bailar y se acercó hacia mí para cogerme de las manos y así bailar juntos. Nos encanta bailar, es otra de las cosas que hacemos desde pequeños. Nos juntamos los tres, ponemos música y nos inventamos pasos de baile. Después de horas ensayando, estamos muy sincronizados y solemos ser los reyes de la pista. No porque lo hagamos bien,

sino porque lo hacemos acompasados a la perfección y resultamos graciosos.

Empezamos a mover los brazos y las piernas al ritmo de la música y a dar vueltas, y nos subimos encima de la cama para seguir haciendo el tonto. Cuando intentábamos seguir los pasos de baile, encima de la cama y carcajeándonos de la risa, Oliver salió del cuarto de baño y se unió a nuestra fiesta. Aún tenía el cabello húmedo por la ducha que se acababa de dar. Se acercó, sugerentemente, hacia mí y extendió los brazos. Yo salté de la cama y me cogió al vuelo para comenzar a darme vueltas y más vueltas. Me mareaba, pero era delicioso, y seguimos bailando, mientras la música seguía sonando.

De pronto, el volumen disminuyó. Miramos hacia los altavoces, depositados encima de mi mesita de noche, y vimos a toda la pandilla apoyada en el marco de mi puerta. Nos habíamos dejado la puerta abierta.

—¿Esto es lo que hacéis cuando os encerráis en la habitación de Sara? No me extraña que siempre interpretéis los pasos de baile a la perfección. ¡Tramposos! Y nosotros que veníamos a despedirnos. —Brian nos miró con falsa indignación.

—¡Yo también quiero bailar!

Pear entró la primera en la habitación y se unió a nuestro baile. Después, entraron el resto de nuestros amigos, hasta que estuvimos todos bailando como locos. Algunos saltábamos encima de la cama y otros bailaban por la habitación.

Subimos el volumen. Ya no sonaba *Grease* de fondo, entonces bailábamos al ritmo de los Sex Pistols con *Brown Eyed Girl*. Esa canción nos exaltó. Oliver y Adam simulaban tocar la guitarra, y las chicas movíamos la cabeza exageradamente. Me daba mucha pena que no vinieran todos mis amigos a mi cumpleaños, pero entendía que ellos también tenían ganas de ver a sus familias.

Tres horas, dos sándwiches y una cabezadita después, entraba por la puerta del restaurante pizzería Amarone junto con mi padre. Es una cadena famosa de restaurantes italianos en Escocia. Cuentan con un salón privado para cenas especiales, y las pastas y las carnes están buenísimas. Detrás de nosotros venían todos los demás. El local lo tenían decorado con velas, y de fondo se escuchaba una suave melodía.

Me senté entre Oliver y Adam, en frente tenía a mi hermano Alex y a mi

padre, al otro lado de mi padre se sentó Daniel y, junto a este, mi hermana Kate. Al lado de Oliver, se acomodó Pear y al lado de Adam, Marco. Nick y los padres de mis amigos se colocaron a ambos extremos de la mesa.

Me decanté por un plato de pasta, mientras que mis amigos prefirieron pizza o carne. Como siempre, acabamos compartiendo todos los platos. Durante la cena, les conté a los adultos la sorpresa que me habían preparado mis amigos en el desayuno y seguimos hablando sobre las clases y el hockey. En unas semanas, los chicos disputarían un partido de hockey hielo importante –si ganaban, se clasificarían para la semifinal– y entrenaban duro para dar la talla.

También hablamos de las notas; por el momento, íbamos muy bien todos en general, pero siempre nos recordaban que íbamos al colegio para estudiar y poder labrarnos un futuro prometedor gracias al nombre y las buenas referencias del *Crowden*. El caso de Oliver y mío era distinto, ya que nuestras notas eran muy buenas. La preocupación de nuestros padres se centraba más en qué queríamos hacer el día de mañana que en el presente.

Cuando terminamos de cenar, los responsables del restaurante bajaron las luces y dejaron el local en penumbra. Había llegado el momento del brindis y nuestros padres nos permitieron tomar cuatro gotas de champán para brindar por los cumpleaños. Cuatro gotas, ni una más. ¡Qué considerados! «Si supieran que nuestros organismos ya han conocido el alcohol... ¡Y de qué manera! ¡Por la puerta grande!».

Al brindar con las copas, mis amigos y yo nos miramos, cómplices. Ya habíamos decidido que, cuando celebráramos el próximo fin de semana mi cumpleaños en el colegio, íbamos a llevar alguna botella de alcohol. Solo para brindar en condiciones.

Nos trajeron la tarta con velas y Daniel y yo las soplamos, a la vez que nos cantaban el *Cumpleaños feliz*. No quise pedir ningún deseo, ya lo había pedido en el desayuno y no quería que no se cumpliera el anterior por ser avariciosa. La tarta era de chocolate y me supo a gloria. Adoro el chocolate. Me comí mi porción y la de Pear, porque no le entusiasma el chocolate. Otra de sus rarezas, ¿a quién no le gusta el chocolate? Mi padre habló con uno de los camareros y, poco después, le trajeron un gigantesco postre de helado a Pear con cuatro bolas. Mi padre se fija mucho en los detalles, es igual que yo. Bueno, yo soy igual que él.

Nos dieron los regalos y hubo de todo. Para mi hermano: un equipo nuevo de hockey hielo, un reloj, ropa y alguna cosa más; para mí: un móvil nuevo.

¡Sí! Lo levanté y se lo enseñé a todos los comensales, sobre todo a mis amigos, que ya no podrían burlarse más de mi móvil. También me regalaron otro reloj, unos zapatos y un libro. Laura, la madre de Oliver, siempre me regalaba libros, compartimos nuestra pasión por la lectura y solemos intercambiar correos electrónicos con las reseñas de aquellos libros que consideramos más recomendables.

Después de cenar, convencimos a nuestros padres para que nos dejaran ir a tomar algo por nuestra cuenta. Les prometimos que, más pronto que tarde, cogeríamos un taxi para llegar a casa, y que, además, Alex y Nick podían cuidar de nosotros. Al principio se mostraron reacios, pero acabaron cediendo, no sin antes advertirnos: «Sed buenos, por favor». A mí hermana pequeña Kate no la dejaron venir, aún era muy joven, tenía once años.

Edimburgo tiene mucha marcha nocturna, sobre todo concentrada en el centro de la ciudad. El único inconveniente residía en que éramos menores de edad. Por suerte, un compañero de universidad de mi hermano Alex trabajaba de camarero en un pub, de modo que nos dejaron entrar sin ponernos impedimento alguno por nuestra edad.

No era la primera vez que entrábamos en un pub, desde los dieciséis años veníamos colándonos en ellos. Lo que no habíamos experimentado hasta entonces era emborracharnos dentro, nos conformábamos con tomar una cerveza. Aquella se convirtió en nuestra primera borrachera en una pub escocés.

Comenzamos por tomarnos unas Guinness, convencimos a mi hermano de que no sucedía nada por tomarnos una cerveza y, milagrosamente, nos lo permitió. Su buen humor era visible, quizá había conocido a alguna chica guapa en la universidad... Tendría que intentar sonsacarle algo más adelante.

Oliver andaba como loco con mi nuevo móvil, no hacía más que sacar fotos a todo y a todos. Según él, tenía muy buena cámara.

Dos horas después me bebía mi cuarta Guinness, igual que el resto de mis amigos. Cuando Alex se sentó a la mesa después de venir del servicio, vio mi cerveza casi llena y me preguntó por ella.

—Sara, ¿has pedido otra cerveza?!

«Recuerda, Sara, prohibido balbucear. Habla despacio y pronunciando cada palabra para que no sospeche».

—No, aún es la primera.

Había estado tan distraído hablando con Nick que ninguno de ellos se dio cuenta de que Oliver se había camelado a la camarera y nos servía todas las

cervezas que le pedíamos.

Pear comenzó a reírse de manera descontrolada. ¡Siempre nos pillaban por su culpa!

—Vamos a bailar. —Oliver, en un intento de alejar las miradas de nuestros hermanos mayores hacia Pear, me cogió de la mano y me levantó de la silla.

—¿Qué dices? ¡Aquí no se puede bailar!

—¿Quién lo dice? Tenemos música. ¿Qué más necesitas?

El pub tenía forma cuadrada. En el frente, junto a la puerta principal, se encontraba la barra, con varios tiradores de Guinness, y una pared acristalada repleta de estanterías con botellas de todo tipo. En las tres paredes restantes había mesas rectangulares, divididas por pequeños tabiques de madera y con sofás de terciopelo verde a ambos lados. La parte central del pub estaba llena de pequeñas mesas de madera con sillas alrededor. No había ni un solo espacio para bailar. A no ser que quisiera que nos subiéramos en la barra...

—Necesitamos espacio.

Oliver se alejó y se situó en el centro del local. Movié las sillas y las mesas desocupadas y las apartó a una esquina.

—¿Y ahora? —me preguntó, ofreciéndome la mano.

Me fijé en su atuendo: pantalones vaqueros oscuros, camiseta gris de manga larga y unas botas Panama Jack. La camiseta se le ceñía tanto al bíceps que era como si no llevara nada; se intuían todos los músculos que había debajo. No me extraña que la camarera se quedara prendada de él. Era toda una maravilla para la vista. Me encantaba ver a los chicos vestidos de manera informal. Me aburría verlos siempre con el uniforme del colegio o con el equipamiento deportivo.

Fui hacia él y comenzamos a bailar. La música no acompañaba, ni siquiera sabía quiénes eran. Uno de los camareros, al principio, nos puso mala cara, pero, al ver que el local se animaba y que todos nos aplaudían, decidió dejarnos hacer.

Oliver y yo sorprendimos al público con nuestros mejores bailes, aquellos que llevábamos años practicando. Adam no tardó en unirse a nosotros. Paso a paso, el pequeño espacio de baile que había creado Oliver para nosotros se llenó de gente, entre ellos, mis amigos Pear y Marco y mi hermano Daniel. Este último había bebido bastantes cervezas y se le veía muy animado bailando con Pear. De vez en cuando, me dirigía miraditas para asegurarse de que no me pasaba con la bebida.

El responsable de la música se solidarizó con los bailarines y nos pinchó canciones más bailables. Sonaba *Kiss Me*, de Sixpence None The Richer. Yo continuaba dando vueltas en los brazos de Oliver, ya no necesitaba más cervezas, había bebido suficiente, el pub daba vueltas y más vueltas. Y me sentía bien, muy bien. Cuando acabó la canción, ya no bailábamos, solo nos reíamos e intentábamos dar algún paso de baile.

—Vamos, chicos, es hora de irse —nos interrumpió Alex.

—Alex, no seas aguafiestas, quiero bailar y bailar toda la noche. —Y tuve tanta mala suerte que, mientras lo decía, intenté dar una vuelta sobre mí misma, pero me tropecé y me caí. Habría besado el suelo con la nariz sino hubiera sido porque Oliver fue capaz de sujetarme a tiempo.

—Sara, ¿no estarás borracha? Mírame a los ojos.

Intenté enfocar la vista, pero era imposible.

—¡Mierda, Sara! ¡Estás borracha!

La música cesó de repente y solo se escuchaban las risitas (de borrachos) de Pear y Daniel.

—¿Estáis todos borrachos? ¿En qué momento ha sucedido esto, joder? —Nick se acababa de dar cuenta de nuestro estado.

—Algunos más que otros, hip. —A Adam se le escapó un hipido e intentó sostenerse en pie.

Mi hermano nos escrutó a Adam y a mí.

—Estupendo, Sara, estupendo. ¿Y cómo cojones te llevo yo así a casa de papá? ¿Y qué coño hago contigo, Adam?

—Tengo una idea —interrumpió Oliver—, os quedáis a dormir en mi casa, entramos rápido y nos vamos derechos a la cama. Mi madre no se va a dar cuenta, piensa que eres la chica más buena y responsable del mundo, no va a reparar en ti. Y, respecto a Adam... lo esconderemos detrás de nosotros.

—¿Y quién te esconde a ti, enano? Arrastras las palabras más que ella —lo reprendió Nick mientras me señalaba con el dedo.

No me había dado cuenta de que Oliver no hablaba bien, yo lo entendía perfectamente. «Será que entre borrachos nos entendemos».

—No pienso volver a traeros a ningún sitio —nos amenazó mi hermano mayor.

Por fortuna, la noche acabó perfecta. Adam y yo nos quedamos a dormir en casa de Oliver, y nadie notó nada extraño ni sospechoso, aunque no es que nos dejáramos ver en exceso. Dormimos los tres juntos en la cama de Oliver. Esa noche, las estrellas se posicionaron de nuestra parte. Fue una gran día.

Una noche muy especial

El lunes por la mañana, mi padre nos dejó en el colegio. Tuvimos que levantarnos muy temprano para estar puntuales a primera hora y, al final, llegamos tan pronto que incluso me sobraron unos minutos para pasar por mi habitación a recoger unas cosas.

Cuando estaba a punto de salir de mi dormitorio, tocaron a la puerta. No sabía quién podía ser. Todos mis amigos me esperaban en clase. Abrí y me topé con Will, que, al instante, se lanzó a mis brazos a besarme, cerrando a la vez la puerta de la habitación con el pie.

—Te he echado de menos —me dijo entre beso y beso.

Yo no podía ni hablar, solo podía pensar en las sensaciones que me regalaban sus manos y su cuerpo. Nos tiramos en la cama sin miramientos, cayendo Will encima de mí. Le rocé las caderas suavemente con mis manos, y Will se apartó rápido sin poder evitar reírse. «¿Qué ha sido eso? ¿Cosquillas?».

—¿Tienes cosquillas? ¿Tú? ¿El malote del colegio?

Lo rocé por la misma zona y volvió a apartarse, riéndose de nuevo.

—Para, boba, que me desconcentras. Por si no te has dado cuenta, estoy en medio de algo importante.

Comencé a reírme muy fuerte; no me podía creer que Will tuviera tantas cosquillas y que no lo hubiera descubierto antes. Sí que lo disimulaba bien.

Colé mis manos por debajo de su camiseta y le rocé ambos costados; sus risas se tornaron más fuertes. Ya no podía detenerme, quería hacerle cosquillas por todo el cuerpo para descubrir cuáles eran sus puntos débiles.

Nuestras risas resonaban por toda la habitación. Will intentaba resistirse, pero no fue capaz.

—¡Tú te lo has buscado, provocadora!

Will se aproximó a mí, con la clara intención de hacerme cosquillas, pero fui más rápida que él, me levanté de la cama a toda velocidad, y salí escopetada de mi habitación. Él salió poco después y cerró la puerta. Miré para atrás, riéndome, y descubrí que estaba muy cerca y que tenía las manos

en posición de «ataque de cosquillas».

Bajamos las escaleras del edificio persiguiéndonos, un vigilante nos vio y nos hizo señales para que frenáramos, fingimos obedecerle, pero, en cuanto lo perdimos de vista, volvimos a lo nuestro.

Así llegamos hasta mi clase de primera hora. El profesor de matemáticas ya había entrado, y cerraba la puerta justo cuando llegué yo. La volvió a abrir para dejarme pasar. Giré la cabeza y le mandé un beso a Will. Me devolvió el gesto y se fue hacia su clase. Entré en clase muy acalorada; por una razón o por otra, en los últimos tiempos, siempre estaba en este estado.

—Por los pelos, Summers —me regañó el profesor.

Me dirigí a mi sitio y me dejé caer en la silla con una sonrisa en la cara. No me enteré de nada de lo que nos explicó el guaperas en clase, estaba perdida en mis pensamientos.

A la hora de comer, Pear se quejaba por algo. Todavía estaba algo desconectada, así que le pregunté qué le sucedía.

—¿Cómo que qué me pasa? ¿Es que nadie ha estado en clase de matemáticas?

Todos la miramos sin entender a qué se refería, lo que la indignó aún más.

—Yo, como si no hubiera estado —confesó Olivia—, no he sido capaz de escuchar ni una palabra. En realidad, llevo meses sin enterarme de nada, ¡es el profesor de matemáticas más guapo que existe sobre la faz de la tierra!

Olivia llevaba enamorada del profesor en cuestión desde que había llegado al colegio, y no era para menos, estaba como un queso: unos treinta años, ojos azules, cabello castaño tirando a pelirrojo, cuerpo de infarto... ¡Todo un escocés!

Pear no la escuchaba, seguía con lo suyo.

—¿No habéis oído lo que ha dicho? ¡Nos va a obligar a hacer el próximo examen sin calculadora! ¡¿Cómo piensa que vamos a poder hacer un examen de matemáticas sin calculadora?! ¿Cómo?

—No habrá que hacer grandes operaciones; si no, no nos la quitaría. —Marco intentó tranquilizarla.

—¡Eso no lo sabemos! ¿Y si tenemos que hacer una raíz cuadrada? ¿Quién demonios sabe cuál es la raíz cuadrada de... —se detuvo para pensar en una cifra—... 5.780 sin calculadora?

—76,026 —contestamos Oliver y yo a la vez.

Pear chasqueó la lengua y suspiró.

—Siempre me olvido de vosotros dos cuando hago este tipo de

preguntas...

—Cambio de tema —retomé la conversación—. Estoy pensando en ir mañana al pueblo, en coche, a pasar la tarde con Will, en plan cita, y así, de paso, celebramos mi cumpleaños. ¿Dónde podemos ir? ¿Qué me recomendáis?

—¿En coche? ¡Sara, tú no tienes coche! —Moira dejó que el tenedor que sostenía en la mano cayera de manera estruendosa sobre su plato.

Debía haber iniciado esa conversación cuando no estuviera Moira delante. Me levanté de mi silla y acerqué la cabeza al centro de la mesa, para crear intimidad. Todos me entendieron y juntaron sus cabezas con la mía. Brian primero se metió una patata frita en la boca.

—Voy a coger prestado el de mi hermano, no creo que Will tenga reparo en robarle las llaves.

—¡No puedes hacer eso, Sara! ¡Es ilegal!

—Ya tengo edad suficiente para conducir en Escocia, por si no te habías dado cuenta.

—¡Pero no tienes coche! Si te detiene la policía y tiene que llamar al propietario del vehículo, ¿qué crees que va a pasar?

Lo pensé durante un momento. Me imaginé a mi hermano Daniel respondiendo al teléfono. El agente en cuestión lo informaba de que una tal Sara Summers conducía su coche; él diría que no me conocía, que no tenía ninguna hermana con ese nombre y que se lo había robado, bla, bla, bla.

—Lo más probable es que acabe en el calabozo —reconocí.

—¡Exacto! Me alegro de que los diecisiete te hayan hecho madurar.

—No he dicho que no vaya a robarlo, Moira.

Por la noche, fui a la habitación de Pear con un propósito y no pensaba irme sin conseguirlo.

—Ánimo, Pear, yo confío en ti.

—No sé, Sara. Me parece mucha responsabilidad, no sé si seré capaz de hacerlo.

—Sí que puedes. Venga, coge las tijeras y hazme un flequillo como el que lleva la presentadora esa de televisión que está tan de moda.

—Está bien, pero, si no te queda bien, tendrás que sujetártelo con horquillas durante un par de meses.

—Que sí, pesaaaada.

Me humedecí el cabello y juntas seleccionamos el grosor del flequillo. Pear me miró antes de dar el primer tijeretazo, y yo le dije que sí con la

barbilla. Cerré los ojos y escuché el sonido inconfundible que hacen las tijeras al cortar el pelo.

Tris, tras.

Poco después, terminó su labor. Me secó el cabello con el secador y me pasó las planchas. Me levanté y me observé en el espejo. Había quedado muy bien. Me apetecía un cambio.

—¡Estás guapísima! ¡Me encanta! ¡Córtamelo tú ahora a mí!

Seguimos el mismo procedimiento, le humedecí el cabello, separé los mechones que formarían el flequillo y... tris, tras.

Observé el flequillo de Pear y quedé satisfecha con los resultados. Estaba muy guapa. Claro que donde hay una buena base...

Nos miramos las dos en el espejo, orgullosas de nuestro trabajo.

—Sara, ¿ya tienes todo preparado para la escapada de mañana?

—¡Sí! —contesté entusiasmada—. Will se encarga de conseguir las llaves del coche de Daniel, no me ha costado nada convencerlo, es un pequeño delincuente como nosotras. Yo conduzco hasta el pueblo y nos vamos a cenar a algún sitio chulo. Después, daremos un paseo y a casa. —Tras tantos años en el *Crowden*, es lógico que nos refiriéramos a él como «casa»—. Bueno, ya me entiendes. Tendremos que estar aquí a una hora prudente para que nos abran la verja y poder entrar con el coche. Quizá vayamos al embarcadero antes de dormir, ya veremos.

—Me parece un buen plan, ¿quieres que esté atenta por si llegáis más tarde del toque de queda y tengo que abriros la puerta?

—Eso sería estupendo, Pear. Eres la mejor.

Al día siguiente, Will y yo nos dirigimos al garaje del colegio. Estábamos emocionados por pasar una tarde entera juntos, los dos solos. En el colegio, nuestros momentos eran escasos. Me entregó las llaves, que le había robado a mi hermano, y arranqué el coche. Me senté en el lugar del piloto, y Will en el del copiloto.

—¿Sabes? En mi imaginación siempre era yo el que te llevaba a ti en coche y no al revés.

Yo me reí y quité el freno de mano para salir del garaje.

—Abróchate el cinturón, Von Kleist —le contesté, a la vez que le guiñaba un ojo.

—¿Te he dicho que estás guapísima con ese flequillo?

—Pues no, pero me alegro de que te guste, ha sido un éxito total. Pear se lo ha cortado igual. ¿No se lo has visto?

—No me he fijado, pero no me extraña nada. ¿Hay alguna cosa que no hagáis igual?

—¿Llevar en coche a jóvenes impertinentes como tú?

Will me hizo un mohín y me dio un fugaz beso en los labios. «Mmm... quiero más».

Salimos del garaje y conduje hacia las verjas de acceso al colegio. Habíamos pedido permiso para salir, por lo que el vigilante me abrió sin pedir explicaciones. Era inevitable no recordar mi último viaje en aquel coche. Puse la radio y busqué alguna canción que me agradara. Me sonaba que había una cadena de rock. Busqué por los diales hasta que la localicé. ¡Sí! Sonaba *Sweet Child of Mine*, de Guns and Roses.

—¿Has conducido este coche antes? —me preguntó Will.

Era preferible que no supiera nada de mi primera aventura con ese coche, podría utilizarlo en mi contra en el futuro. No era que no confiara en él, sí que lo hacía, pero solo en un noventa por ciento.

—Ehhhh... no, ¿por qué?

—No sé, te veo muy suelta.

Lo miré de reojo.

—Es que todos los coches son iguales —titubeé. «No sé si ha sonado convincente».

—Ya...

Pues no, no sonó convincente. Algo sospechaba, me conocía lo suficiente como para darse cuenta de que le mentía.

El viaje no era muy largo, el tráfico fue fluido y pronto llegamos a nuestro destino. Localicé un espacio libre frente a un restaurante de comida rápida y aparqué el coche.

—¿Necesita que le abra la puerta, señorita? —vacilé a Will.

—Muy graciosa estás tú hoy.

Nos dimos un beso en los labios y bajamos del coche.

Perth es precioso, siempre me ha cautivado. Tiene muchísimas cosas para ver. Paseamos por la ciudad cogidos de la mano. Abundan las pequeñas calles repletas de tiendas. Yo me paraba en casi todas, me encantaba ver los escaparates, pero no entramos en ninguna. No quise aburrir a Will yendo de compras.

Seguimos paseando hasta que nos entró hambre, paramos en una pequeña pizzería del centro y le preguntamos al camarero si nos podía preparar una pizza para llevar. No nos apetecía sentarnos en una mesa. El simpático

camarero nos informó de que no había ningún problema y nos preparó la pizza.

Salimos del local con la caja en la mano y fuimos corriendo al coche, que no estaba lejos; no queríamos que se enfriara. Montamos en el coche, encendí el motor, arranqué y di un paseo por la ciudad, buscando un buen sitio para parar y poder cenar tranquilos.

Ya era noche cerrada y las calles estaban desiertas, apenas había viandantes. No me extrañaba, con el frío que hacía. ¡Brrr! Cuando pasamos por uno de los tres puentes del río Tay, distinguí un estrecho espacio peatonal donde podía dejar el coche. Mientras no viniera la policía, estábamos seguros.

—Sara, no puedes dejar el coche aquí, es una zona peatonal.

—No va a pasar nada, todos los agentes de la ley están calentitos en sus casas, viendo la televisión con sus mujeres e hijos.

—No sé cómo tienes la desfachatez de decirme que yo soy «el malote del colegio».

Recogimos la caja de pizza y salimos del coche. Nos habíamos abrigado bien, no nos faltaba de nada, bufanda, gorro, guantes...

Admiramos las vistas que nos ofrecía el río y cenamos. La pizza estaba muy rica, yo ya conocía el restaurante de las veces que visitaba Perth con mi hermano Alex. Will se apoyó en el morro del coche y yo me apoyé en él. Mi espalda contra su pecho. Me envolvió con los brazos para darnos calor. Hablamos y reímos mientras nos terminábamos la pizza. En un segundo, Will me giró y nos miramos de frente.

—Sara, quiero darte una cosa —me dijo, quitándose el anillo que llevaba en la mano derecha. Era el anillo de su abuelo; Will me contó una vez que estaba muy unido a él y que, cuando falleció de un ataque al corazón hacía tres años, quedó desolado. Ese anillo era una de las pocas cosas que le quedaban de él. Sus padres vendieron la casa donde vivía con casi todas sus pertenencias dentro. Su madre decía que tenía demasiados recuerdos de esa casa y que no quería saber nada de ella.

—Will, ni se te ocurra, no puedes darme el anillo de tu abuelo. No lo voy a aceptar.

—Sara, escúchame. —Lo miré a los ojos y advertí un atisbo de dolor en ellos—. Cuando nos peleamos, no podía dejar de pensar que podrías dejar de quererme y que no volveríamos a estar juntos.

—Will, no...

—Déjame terminar —me cortó—. No quiero que eso vuelva a pasar. Este anillo será como una señal entre nosotros. Si lo llevas puesto, sabré que todavía me quieres. No importa que nos enfademos o que creas odiarme porque hemos tenido una discusión. Prométeme, por favor, que solo te lo vas a quitar si algún día descubres que tú y yo ya no tenemos ningún futuro juntos.

—Will...

—Prométemelo, Sara.

Will enterró mis manos entre las suyas y se las llevó a la boca. Me besó los nudillos. Levanté la vista y clavé mi mirada en la suya. Estaba muy decidido a darme el anillo. No me lo regalaba, era un préstamo. Decidí aceptarlo.

—Está bien. Te lo prometo.

—Bien, no lo olvides, Sara. Aunque el destino decida separarnos, si hay algo tuyo que aún me pertenezca, por muy pequeño que sea, no te lo quites.

Will me puso el anillo y me dio un beso más en la mano. Aquella relación se tornaba demasiado seria, pero mis sentimientos hacia Will eran intensos y estaba dispuesta a cumplir mi promesa.

—¿Y qué pasará si llega ese día, Will? —No era que quisiera pensar en ello, pero no quería tener ninguna duda de lo que hacíamos, porque, a mi entender, sellábamos un compromiso.

—Que me devolverás el anillo y yo me alejaré de ti, para siempre. —Me besó con ternura en la boca—. Pero no te preocupes, porque eso no va a pasar.

Me envolvió entre sus brazos hasta que mis pies ya no tocaban el suelo. Me sentó en el capó del coche y se inclinó hacia mí. Comenzamos a besarnos... un beso, otro y otro más, y acabamos los dos recostados en el coche. Cuando Will se apretó contra mí, sentimos, y oímos, cómo se abollaba el coche. Dejamos de besarnos y nos miramos. Nos reímos a carcajadas y nos metimos en el coche.

—Si se entera Dan de que hemos sido nosotros, nos mata.

—Quizá no se dé cuenta...

Llegamos al colegio un minuto antes de que cerraran la verja principal.

—Summers, Von Kleist, casi no llegáis. La próxima vez no vengáis tan justos, por favor —nos reprendió uno de los vigilantes.

Dijimos que sí con la cabeza y pusimos cara de buenos. Aparqué el coche en el garaje, pero no me apetecía irme a la cama, aún no, quería estar más

tiempo con Will.

—¿Te apetece que vayamos a patinar a la pista? Tengo la llave —le pregunté, sugerente, a mi adonis.

Saqué la llave del bolsillo de mi chaqueta (siempre la llevaba encima por si me apetecía patinar) y la hice tintinear delante de sus ojos.

—¿Ahora?

Le confirmé que sí con la cabeza. Me pareció una buena manera de acabar el día.

—¿Prometes no reírte de mí cuando me caiga al hielo?

—No te preocupes, tontito, yo te enseño a patinar.

Entramos en la pista con mucho cuidado de que nadie nos viera. Encendí las luces y nos pusimos los patines. Yo los míos, y Will, unos de los que tenía la pista de reserva. Ambos íbamos con pantalones vaqueros; no era muy cómodo patinar así, pero, para pasar un rato divertido, nos valía.

No nos quitamos los abrigos ni los gorros, necesitábamos entrar en calor, nos habíamos quedado fríos de camino hacia la pista. Al encender las luces, también se activó el hilo musical: *Bed of Roses*, de Bon Jovi.

Acompañé a Will hasta el centro de la pista y le expliqué cómo debía moverse para no caerse. Como era un chulito redomado, no me permitió que lo ayudara, por lo que acabó varias veces tirado en el hielo. Después de unas cuantas caídas, tenía los vaqueros empapados.

Una de las veces, antes de caer, se agarró a mí tan fuerte que caímos los dos. Nuestras risas las debían de estar oyendo hasta en Perth. Al caernos, Will quedó tumbado encima de mí. Me agradaba sentirlo encima de mí. Las risas cesaron, y nuestras miradas se encontraron una vez más. Se acercó a mí y presionó sus labios contra los míos. Me chupó con la lengua el labio inferior y luego el superior. Yo no aguanté la espera y le introduje la lengua para intensificar el beso. Nos besamos, y los minutos pasaban tan rápido que parecían segundos.

Se me quedó el culo frío. Will pareció leerme el pensamiento porque cambió nuestras posiciones, hasta quedar él debajo de mí. Me retiré los guantes y los arrojé al hielo, necesitaba tocarlo. Le introduje las manos por debajo de la ropa y Will se estremeció.

—¿Tienes frío?

—No, nada de frío —me dijo, moviendo la cabeza para enfatizar su negación. Me besó. Él también se quitó los guantes y paseó sus manos por todo mi cuerpo. Se me puso la piel de gallina por la sensación.

Ya no tenía frío; es más, empecé a transpirar. Me incorporé, quedando a horcajadas encima de sus caderas, y me quité el abrigo. Lo coloqué en el suelo y le sugerí que se tumbara encima, para que no se mojara más, ya que su chaqueta también estaba empapada. Se arrancó la chaqueta y la puso en primer lugar, luego puso encima la mía y nos movió para que quedáramos ambos sobre las chaquetas.

—Creo —interrumpió nuestro beso— que deberíamos —me besó— quitarnos los patines.

¡Todavía los llevábamos puestos! Nos deshicimos de ellos y seguimos riéndonos nerviosos.

—Quítate el jersey y así apoyamos los pies encima —sugerí, mientras mi jersey pasaba por encima de mi cabeza.

En los minutos o segundos siguientes, ya no lo sabía, casi toda nuestra ropa descansaba en el hielo, a modo de cama, con nosotros encima. Nos habíamos quitado los vaqueros y las camisas, y ya solo llevábamos puesta la ropa interior y las camisetas térmicas. Cada roce de sus manos dejaba una estela de fuego en mi cuerpo. Fuego contra hielo. Estábamos sudando, y tenía metido el olor de Will en toda mi piel. No podía dejar de tocarlo, y él tampoco a mí.

No hablamos, pero hubo algo que dimos los dos por sentado. Aquella sería la noche. La noche en la que nuestros cuerpos se unirían como nunca antes lo habían estado. Nunca antes me había sentido tan excitada y preparada. Claro que... era mi primera vez.

—Cuando te he traído aquí, no era esto lo que pretendía —le susurré a Will al oído. Me había bajado la camiseta térmica y me daba besos cerca de los pechos. Se detuvo y me observó.

—¿Primero conduces el coche y ahora me robas la frase?

Me reí, pero era de los nervios. Temblaba, porque estábamos a punto de hacer el amor por primera vez.

—Sara, ¿estás segura?

Dejó de besarme y me sujetó las mejillas con sus manos. Me incorporé y lo levanté a él a la vez, de manera que quedamos sentados conmigo encima. Lo miré a los ojos, tenía las pupilas muy dilatadas. Le metí las manos entre el cabello y lo besé en los labios y en la mandíbula.

—Sí.

Will me colocó con suavidad sobre nuestra cama improvisada y buscó algo en sus pantalones vaqueros. Lo encontró y rasgó el paquetito metálico.

A continuación, escuché cómo deslizaba el preservativo por su piel. Se colocó entre mis piernas. Nuestros corazones latían desbocados, creí que el mío se me saldría del pecho en cualquier momento. Nos miramos a los ojos, y los suyos brillaban con gran intensidad. Le dije que sí, de nuevo, con la cabeza. Se introdujo dentro de mí, poco a poco. Sentí una pequeña molestia y se me escapó una mueca de dolor.

—¿Te duele? ¿Quieres que pare?

—No. —Negué con la cabeza—. Sigue, por favor.

Se movió despacio en mi interior, y el dolor fue menguando hasta convertirse en la sensación más placentera que había vivido hasta ese momento.

Para cuando nos vestimos con nuestras ropas empapadas por el hielo y salimos de la pista, ya era la una de la madrugada. A esas horas, hasta los vigilantes dormían, pero había que ser precavidos. Anduvimos ligeros pero silenciosos, cogidos de la mano, hasta llegar a la residencia. De camino, saqué el móvil para llamar a Pear para que nos abriera la puerta.

Cuando ojeé el móvil, descubrí que tenía un mensaje de Oliver. Me preguntaba si estaba bien. Decidí contestarle una vez estuviéramos dentro del edificio, no quería demorarlo más, por si al final nos descubrían. Llamé a Pear y me contestó al primer tono. Había estado esperándome toda la noche. Muchas veces pienso que no me la merezco.

A los pocos segundos de llegar a la puerta, Pear nos abrió, y nos adentramos en el edificio. ¡Qué calorcito hacía! Estábamos congelados y empapados. Comenzamos a hablar en susurros.

—¿Qué os ha pasado? ¿Por qué tenéis toda la ropa mojada? ¿Está lloviendo? —Asomó la cabeza a la calle y comprobó que no llovía. Antes de que empezara a interrogarme, la frené.

—Mañana te lo cuento.

—Oh, ya lo creo que sí, señorita misteriosa.

Me miró de manera sospechosa. Esperé que no hiciera cábalas y se imaginara lo que había pasado, porque era capaz de ponerse a saltar allí mismo y de preguntarle a Will a ver qué tal había ido la experiencia.

Le di un beso, las buenas noches y prometí contarle todo al día siguiente. Cuando Will y yo llegamos a mi piso, me cogió de la mano y me abrazó.

—Ven a mi habitación y duerme conmigo —me suplicó—, solo por esta noche, por favor. No quiero que hoy duermas con ninguno de ellos.

Dudé, no sabía qué hacer. ¿Y si me daba uno de mis ataques? No dormir

cerca de Oliver o Adam me creaba mucha ansiedad.

—Por favor, Sara —me suplicaba.

A mí también me apetecía dormirme entre sus brazos. Decidí dejarme llevar.

—Vale.

—¿En serio? —Will me levantó del suelo.

—Sí.

—Te quiero, Sara.

Nos dimos un beso y comenzamos a subir las escaleras, sin hacer ruido, hasta llegar a su habitación. Una vez dentro, me puse una de sus camisetas y me metí en la cama. Antes de taparme con las mantas, le contesté el mensaje a Oliver, informándolo de que estaba bien y de que nos veríamos al día siguiente. Para cuando Will salió del baño, yo ya estaba medio dormida. Había sido un día muy intenso. Se metió en la cama y me abrazó. Nos quedamos dormidos al momento.

El día después

Me desperté con los primeros rayos del sol, como casi todas las mañanas de mi vida. Me sentí desubicada. «¿Dónde me encuentro? En la cama de Will», me acordé al instante. Abrí los ojos del todo y me topé con el musculoso pecho de Will. ¡Había perdido la virginidad con él! Se me escapó una sonrisa de los labios.

—¿De qué te ríes? —me preguntó mi novio, aún adormilado y acariciándome la espalda.

—No me estoy riendo —le contesté, haciendo mi sonrisa más ancha.

—Te estoy sintiendo en mi pecho, Sara.

Me besó en la cabeza, y yo me incorporé. Experimentaba una gran sensación de vergüenza, no sé por qué. Después de lo que habíamos hecho el día anterior, no sabía cómo comportarme ni qué se suponía que debíamos hacer. Le di un beso en los labios y me levanté de un salto.

—¿A dónde vas?

—A mi dormitorio, es mejor que me marche antes de que se llene el corredor de gente. —Fue la excusa que le puse.

—Sara, ¿te da vergüenza hablar conmigo?

El rubor subió a mis mejillas. Seguro que tenía la cara más roja que la nariz de Santa Claus.

—¡No! Para nada.

—Ya, claro.

—¡No te rías de mí! —lo reprendí, mientras recogía mi ropa. Will se sentó, apoyando la cabeza en el cabecero de la cama, y me observó de arriba abajo. No quería enfrentarme a su mirada, me intimidaba. «¿Por qué me comporto así? ¿Por qué me da vergüenza hablar con él? Tengo que ponerme mi ropa».

Hacia algunas horas, la habíamos dejado extendida sobre los muebles de la habitación y comprobé, con alivio, que estaba seca. Aunque si hubiera estado mojada, no me hubiera quedado más remedio que ponérmela. No tenía más ropa, y la idea de desplazarme por los corredores del edificio en ropa

interior no me atraía del todo. Me puse la camisa y el jersey con presteza, me daba apuro que me viera desnuda. La noche anterior no nos habíamos quitado la ropa del todo, de modo que no nos habíamos visto desnudos. Me agaché, para recoger los pantalones vaqueros, que se habían caído de la silla al suelo, e introduje uno de mis pies dentro.

—Es que me lo pones muy fácil, Sarita. —Se levantó y me dio un cachete en el culo—. ¿Te veo luego?

—Sí, ¿hoy te toca entrenamiento?

—Ajá —exclamó desde el baño.

—Te veo allí, me sumaré al resto de admiradoras que suspiran por tus huesos.

—¡Excelente! —me chilló para hacerse oír, ya que había abierto el grifo de la ducha.

Pasé por mi habitación y me di una ducha rápida. Antes de vestirme, me observé en el espejo, por si descubría algún cambio en mi cuerpo. Todo parecía estar en el mismo lugar. Le envié un mensaje a Pear para que quedáramos antes de entrar en clase. No me dio tiempo ni a salir de la habitación, porque al instante tocaron a la puerta. Abrí, y era ella. Qué rapidez, se me pasó por la cabeza que quizá había estado haciendo guardia.

—Buenos días —la saludé con alegría—, ¿me acompañas a las máquinas expendedoras a comer algo?

—¿No quieres ir al comedor a desayunar?

—No, tengo el estómago cerrado.

Tenía los nervios instalados dentro de mi cuerpo. Se habían construido una casa con jardín y pretendían quedarse a vivir allí mucho tiempo.

—Qué extraño... Con lo que te gusta a ti comer. —Me miró con el ceño fruncido—. ¿Estás bien?

Fuimos hacia la zona de las máquinas y compré una chocolatina y un chocolate caliente. Me apoyé en una de las máquinas y retiré el envoltorio de la chocolatina. Me lo comía por meter algo en el estómago, no porque tuviera hambre.

—¿Me vas a contar ya por qué ayer estabais Will y tú con toda la ropa mojada? —Pear se apoyó de costado en la máquina de al lado—. Venga, suéltalo ya, que no quiero estar aquí hasta mañana y, conociéndote...

Hice un gesto con la cabeza y nos dirigimos a clase mientras me bebía el chocolate caliente. Si no se lo decía en ese momento, no se lo diría jamás. Le pasé mi brazo por el hombro y le hablé al oído.

—Te voy a contar una cosa, pero tienes que prometerme que no te pondrás a chillar como una loca.

—Prometido —me dijo, levantando la mano y mostrándome la palma.

—Ayer Will y yo... ya sabes... eso.

Su reacción no se hizo esperar.

—¡Nooooooo!

—Síiiii.

—¿¿¿En serio???

¡¡¡Cuéntamelo todooooooooo!!! ¿Te dolió? ¿Llegaste al orgasmo?

—¡Que no chilles, inconsciente! ¡Y menos la palabra «orgasmo»! —Le reñí por su nulo intento de mantener las emociones y, a la vez, oteé hacia todos los lados, asegurándome de que nadie nos hubiera oído.

—Perdón, ¿es que no he podido evitarlo! Vamos, cuéntamelo todo. Y no te guardes los detalles.

Se lo resumí todo (con detalles) de camino a clase. Nos acercábamos al aula cuando nos cruzamos con Adam. Le hice una señal a Pear para que guardara silencio. No quería que los chicos se enteraran todavía, ya vería cómo se lo contaba más adelante.

—¡Totó! ¿Dónde te metes? No sabíamos nada de ti desde ayer.

—Me quedé con Will hasta tarde, le mandé un mensaje a Oliver —le expliqué a mi amigo. Fui a meterme en clase, pero me agarró de la cintura para impedírmelo.

—¿Qué te pasa en los ojos?

«¿Qué me pasa en los ojos?».

—Nada, ¿por qué?

—Déjame verte mejor... Te noto algo diferente, no sé, tienes un brillo especial en la mirada.

Acercó sus ojos a los míos y nos quedamos a escasos centímetros de distancia. No era posible que se hubiera dado cuenta. «No, no, no, no puede ser. Tierra, trágame». Cuando me había mirado al espejo en mi habitación, no había notado nada diferente. Miré a Pear, que me negó con la cabeza como diciendo «yo no he sido» y, además, se reía. A mí no me hacía gracia. La censuré con los ojos.

—¡Pero qué tonterías dices! —le espeté nerviosa a Adam.

—¿Qué cojones hiciste anoche con Von Kleist? —No hizo falta que le respondiera porque, de repente, abrió de manera exagerada los ojos, lo que me hizo pensar que él mismo había sacado su propia conclusión.

—¿¿¿Has perdido la virginidad???

Parecía una pregunta, pero no lo era, era una afirmación. Me acerqué a él y le cerré la boca con mis manos.

—¡Cállate, Adam! ¡Te va a oír todo el colegio!

—¡Adam, eres un genio! ¿Cómo te has dado cuenta?

«Gracias, Pear, por confirmar sus sospechas tan acertadas». No acababa de creerme que se hubiera dado cuenta. ¡Era imposible!

—¿Es eso? —Adam apartó mis manos de su boca para poder hablar con libertad, y me cogió de los hombros—. ¡Joder con Von Kleist!

—Shhhh... ¡Callaos, ya!

Me solté de su agarre con la intención de meterme en clase, pero Adam me alcanzó con apremio.

—¡*Totó*, no nos dejes así! ¡Queremos saber!

Giré la cabeza y les ordené que se callasen. A ese paso, se enteraba medio mundo antes de segunda hora. ¡Qué vergüenza! ¡Adam se había dado cuenta! Debió de ser porque les había robado la virginidad a tantas chicas que ya conocía, al dedillo, los efectos secundarios.

Durante la clase, me dediqué a observar mi libro como si fuera la cosa más bonita del mundo y no pudiera apartar mis ojos de él. Cada vez que miraba hacia Adam o Pear, me incitaban para que les contara mi noche al detalle, y se tronchaban de la risa porque me ponía roja y les decía que no.

Ni loca quería que se repitiera la situación que viví el día después del primer beso con Will; por poco me tuve que mudar a Tombuctú. Respondí a todas las preguntas y los comentarios que hicieron mis dos impertinentes amigos con «mmms» y «ajás».

Cuando acabó la clase, salí un momento a airearme, aprovechando el ratito que tardaba el profesor de la siguiente clase en llegar a nuestra aula. Oliver vino hacia mí, aquel día le tocaba sesión con Brenda, la psicóloga.

—Sara, ¿qué te pasa en los ojos?

«¡No puedo creerlo! Pero ¿qué coño les pasa a mis ojos? Esto es increíble». Estaba tan irritada con Adam y Pear, por su insistencia en que les contara lo de Will, que no pensé antes de hablar.

—¡Sí, he perdido la virginidad! ¡Dejadme ya todos en paz!

No me dio tiempo a ver la reacción de Oliver, porque salí corriendo sin dar más explicaciones. No asistí al resto de las clases de la mañana, no me apetecía. ¡Me habían chafado el día! «Con lo contenta que me he despertado».

A la hora del almuerzo, no me quedó más remedio que ir al comedor. Tenía mucha hambre, ya que apenas había desayunado. Me acerqué a la mesa de mis amigos y, antes de sentarme, percibí que evitaban reírse, todos ellos. ¿Qué les pasaba? Hasta donde yo creía, solo sabían mi secreto Pear, Adam y Oliver. «¿No habrán sido capaces de contárselo?».

—Hola —los saludé, escueta. A continuación, me acomodé, muy digna, en mi silla.

—Hola, Sarita —me devolvió el saludo Brian—, bienvenida al mundo de los «no vírgenes». Cada vez somos más.

—¿Os habéis chivado? —acusé a mis amigos.

—No ha hecho falta —continuó Brian—, lo has gritado en medio del pasillo, se ha enterado medio colegio. Miedo me da cuando llegue a los oídos de Daniel. Si le dio una paliza a Von Kleist por meterte la lengua... a saber qué le hará por meterte, ejem, ya sabes.

«¿¿Se ha enterado medio colegio?? ¡Joder! La culpa es de Adam y Pear, si no me hubieran estado pinchando en clase, yo no le hubiera chillado a Oliver y nada de esto se sabría».

—A mi hermano le es indiferente lo que yo haga o deje de hacer.

—Ya, lo que tú digas.

—Enhorabuena, *Totó*, has sido la primera de las chicas en perder la virginidad. —Marco me mostró un gesto de orgullo y me guiñó un ojo.

Ya no tenía sentido seguir evitando hablar del tema. Todos mis amigos lo sabían (y, al parecer, medio colegio también) y no pararían de reírse de mí hasta que vieran que yo misma me lo tomaba con naturalidad.

—Ya sabéis que me gusta abrir el camino.

«Oh, mierda». En el contexto en el que estábamos hablando, aquello había sonado fatal. Mis amigos se rieron y me hicieron la ola.

—Ese comentario ha sido... —comenzó a decir Oliver, divertido.

—¿Desafortunado? —continué yo.

—Sara, estoy pensando que, no solo has sido la primera chica en mantener relaciones sexuales, ¡también has ganado a Oliver!

—Joder, ya estamos otra vez —se quejó el aludido.

—Dejadlo en paz —lo defendió Adam—. Solo espera a que aparezca la chica indicada. Con Olly, no vale cualquiera.

—¡Eh, tío! ¿Estás diciendo que los demás lo hemos hecho con cualquiera? —se quejó Brian.

—Sí.

—Yo, por lo menos, lo he hecho con mi novia, no como vosotros.

—No te confundas, Marco. Tú lo hiciste con la primera que se dejó y, como te sentías fatal por echarla de tu cama al terminar, le preguntaste si quería ser tu novia. ¡Hay que ser pringado!

—Joder, es cierto, y ahora no sé cómo quitármela de encima.

—No cambiemos de tema —insistió Brian—. Venga, Sarita, queremos saber si Von Kleist dio la talla.

Miré a todos mis amigos, que permanecían expectantes por mi respuesta. «¡Serán cotillas!».

—¡A ti te lo voy a contar!

El rato que teníamos después de comer y antes de que empezara la primera clase de la tarde, lo aproveché para ir a la biblioteca a coger algún libro. Después de media hora ojeando las novedades, seleccioné un par que me parecieron interesantes y rellené la ficha de préstamo de la biblioteca. Los guardé en la mochila y me fui a clase. Según me aproximaba, escuchaba los chillidos de alguna loca. ¿Qué pasaría?

No había acabado de entrar por la puerta cuando Natalie empezó a chillarme sin control.

—Y a ti —me señaló con el dedo—, ni se te ocurra ponerte de su lado. ¡Esta vez no, Sara! ¡No tiene razón y se merece que no le hablemos en una semana, como mínimo! ¡Más te vale apoyarme a mí!

Resulta que «la loca» era Natalie. El ambiente estaba muy caldeado. ¿Qué pasaba? No tenía ni la más mínima sospecha de lo que hablaba mi amiga. «¿Que no me ponga del lado, de quién? ¡Si acabo de llegar!».

—¡A mí no me chilles, Natalie! —vociferó Oliver.

«Vaya, parece que la disputa es con Oliver. Unos cuantos datos más y seré capaz de saber qué ha pasado».

—¡No puedo creerme que hayas sido capaz de hacerme algo así! ¡Se supone que eres uno de mis mejores amigos! ¡Y me has apuñalado por la espalda!

Estaba intrigadísima. No me imaginaba qué había podido hacer Oliver para haber puesto a Natalie en ese estado. Olly no se mete con nadie, siempre va a lo suyo. No entendía nada. Todos seguimos la discusión como si se tratase de un partido de tenis. Mis ojos oscilaban de uno a otro.

—¡Deja de decir gilipolleces!

—¡No es ninguna gilipollez! ¡Y menos mal que te he visto, que si no estarías aquí fingiendo ser mi amigo!

—¿Sabes qué? Me importa una mierda lo que me digas, no tengo por qué aguantarte, Natalie. ¡Ni a ti, ni tus cambios de humor! —Oliver me buscó entre nuestro grupo de amigos y me señaló—. ¡Bastante tengo con aguantar los de ella!

«¿Qué? ¡Eso es mentira, yo no tengo cambios de humor!».

—¡Yo no tengo cambios de humor! —Miré a Adam exigiéndole una respuesta—. ¿Yo tengo cambios de humor?

Adam no se esperaba mi pregunta y no sabía qué contestar, lo que sí sabía era que pisaba terrenos farragosos. Brian intentó darle un consejo que solo escuchara él, pero, dado el silencio que reinaba en la clase, lo escuchamos todos.

—Tío, no contestes.

Los fulminé con la mirada, a los dos.

—¡No son cambios de humor, Oliver! ¡Te he pillado haciendo migas con Logan! ¡Después de lo que me hizo!

«Ah, o sea que es eso. ¿Y por qué me meten a mí?».

—No hacíamos migas, Natalie. —La voz de Oliver parecía hastiada—. Se ha acercado a mí para hacerme una consulta de física y solo le decía que hablara con el profesor Munro.

—¡Me da igual! ¡No tenías que haberle dicho ni eso!

—¿Y qué coño querías que hiciera, eh? ¿Darme la vuelta sin más?

—¡Por ejemplo!

—¡Esto es de locos! —Oliver levantó los brazos y se sentó en su silla.

—¡Sara!

«¿Y ahora, que?».

Me giré hacia la voz y vi que Daniel venía disgustado hacia mí.

—¡Me has abollado el coche! ¡Sé que has sido tú, Sara! ¡Le pienso decir a papá que me has robado el coche sin permiso! ¡Esta vez no te libras del castigo!

¡¿Cómo se había enterado de lo del coche?! Era imposible que Will se lo hubiera confesado. Decidí ponerme a la defensiva. Confesar es lo último que debe hacerse.

—¿Me acusas de robarte y abollarte el coche? —Me puse la mano en el corazón para darle más dramatismo.

—Sí —me dijo muy tranquilo.

—¡Cómo te atreves!

Escuché un bufido. Escruté a ver quién era el causante y, cómo no, Moira

me miraba con cara de «te lo dije».

—Estás avisada, Sara. —Daniel se dio la vuelta y se marchó. Siempre me dejaba con la palabra en la boca.

Pear se colocó a mi lado y me dio palmaditas en el hombro a modo de consuelo.

—Hoy te dan por todas partes...

Después de un durísimo día de confesiones, discusiones, descubrimientos y reconciliaciones, me repantigué en las gradas a ver el entrenamiento de Will. Tessa, Cabra Montesa, se sentaba con sus adláteres al final de las gradas. Solía ir mucho por allí, para mi desgracia. Su obsesión por Will crecía más y más. Desde el día de la apuesta apenas habíamos hablado, ni para insultarnos. No se me había olvidado que fue ella quien me robó los patines el día del campeonato. Me entraban ganas de cogerla de los cuatro pelos rubios que tenía en la cabeza y arrastrarla por todo el colegio. Pero era tan feliz en aquellos momentos, por lo bien que me iban las cosas, que no merecía la pena amargarse por ella. Eso sí, una y no más. Si se le ocurría volver a engañarme y a jugármela de esa manera, no respondía.

Oía sus risitas desde mi posición. Seguro que buscaba llamar la atención de Will, o la mía, o la de cualquiera. No me giré ni para cotillear, no quería darle ese placer. Abrí la mochila y seleccioné al azar uno de los libros que había cogido antes en la biblioteca. Lo abrí y, durante los siguientes cuarenta minutos, me sumergí en las aventuras de la protagonista.

—Hola, novia. —Will se sentó a mi lado y me dio un beso en la mejilla.

«¿Ya ha acabado el entrenamiento?». Miré hacia atrás y descubrí que Tessa y compañía ya se habían ido.

—Hola, novio. —Lo besé en los labios. Estaba sudado y cubierto de barro —. ¿Un día duro?

—No, he tenido un día redondo, será que me he levantado con el pie derecho, o con una morenita preciosa a mi lado. ¿Tú qué tal?

—No sé ni por dónde empezar, ha sido un día surrealista.

—¿Qué ha pasado?

«Qué no ha pasado, diría yo». De pronto, me acordé de dos cuestiones que me interesaba saber cuanto antes.

—¿Sabes que mi hermano se ha atrevido a acusarme de robarle el coche y abollárselo?

Will simuló un gesto de indignación.

—¡No puedo creérmelo! ¡Qué osado!

—No te burles, Will. Me ha dicho que se va a chivar a mi padre para que me castigue. ¿Cómo sabe que he sido yo? ¿A ti te ha dicho algo?

—Pues no me ha dicho nada, pensará que te has ido con tus amigas a hacer alguna locura de las vuestras. Vamos, Sara, no me mires así, no era muy complicado que adivinara que habías sido tú... Estoy bastante seguro de que no es la primera vez que lo coges.

«Si tú supieras...».

—Nosotros, Will —le corregí—. Hemos sido nosotros, los dos juntos: tú y yo.

—No te preocupes, hablaré con él.

«Bien, y ahora la otra cuestión».

—¿Y crees que te va a hacer caso? ¿O hay algo por lo que quiera... no sé... partirme la cara?

Will me miró alucinado.

—¿Por qué querría Dan partirme la cara?

Will siempre ha llamado Dan a mi hermano, desde muy pequeños, a mí no me sale llamarlo así. Y no creo que nunca lo haga.

—Resulta que... verás, esta mañana estaba nerviosa y puede que, accidentalmente, haya chillado en medio del pasillo que...

No me atrevía a decírselo. Me moría de la vergüenza. ¡Qué dura era la vida de adolescente! Y qué ganas tenía de que acabara ese día.

—Hayas chillado... ¿Qué?

—Que... ¿ya no soy virgen?

Will se levantó de la silla sin apenas darme tiempo a asimilarlo.

—¡No me jodas, Sara!

—Ojalá.

Will se paseó por las gradas nervioso: derecha, izquierda, derecha, izquierda.

—¿Cuándo ha sido eso?

—A segunda hora...

—Recemos para que no le llegue el rumor a tu hermano. De todas formas, hoy no lo he visto, no sé dónde demonios se ha metido.

Yo me encogí de hombros.

—A mí no me mires, llevo sin saber lo que hace con su vida desde los cuatro años.

Las cosas van bien

Durante el resto de la semana, las cosas estuvieron muy tranquilas. Los chicos entrenaban a tope para el partido de la semana siguiente. Se jugaban mucho. Hacía años que el *Crowden* no se colaba en una final de campeonato y, si ganaban aquel partido, nuestro equipo tendría muchas posibilidades de hacerlo. Los últimos partidos no habían ido bien, habían ganado por los pelos, así que entrenaban sin descanso.

Oliver y Natalie ya eran amigos de nuevo; ella reconoció que se había puesto como una loca y se excusó también diciendo que Logan la sacaba de sus casillas, algo que, por otra parte, era cierto.

Las cosas con Will marchaban mejor que nunca. Aprovechábamos cada ratito que teníamos para vernos y tocarnos todo lo que podíamos.

Esa mañana, nos despertamos temprano y fuimos a hacer *footing*. Los días que comienzo corriendo por las mañanas me siento mejor. Me gusta correr, sobre todo porque lo hago con mis dos mejores amigos. Es nuestro momento exclusivo.

Después de ducharnos y ponernos el uniforme, fuimos al comedor a desayunar. Era tarde, por lo que nuestros amigos debían de estar ya allí. Entramos, y lo que vimos a continuación nos dejó sin palabras. Nuestra mesa estaba vacía, completamente vacía. Era la primera vez que sucedía algo así desde hacía siete años. Nos miramos interrogantes entre nosotros. ¿Dónde estaban todos?

Hicimos un recorrido rápido con la vista por todo el comedor y los vimos sentados en una mesa al fondo, una de las mesas que había en el comedor para que se sentaran los «apartados» del colegio. ¿Qué hacían allí? Nos miramos entre nosotros sin entender nada y fuimos hacia la mesa del fondo. Todo el mundo nos observaba al pasar. Lógico. Will me puso cara rara cuando me vio pasar por su lado, y yo me encogí de hombros. Era como si un día entraran en clase y vieran al profesor sentado en una de las sillas de los alumnos. Ese no es su lugar.

Según nos acercábamos, hubo algo que me llamó la atención. Se habían

sentado igual que si estuvieran en nuestra mesa de siempre y habían dejado nuestros sitios libres. Ignoraba si lo hicieron a propósito o si se sentaron así porque les había obligado su subconsciente. Las mesas del comedor eran rectangulares y largas; entraban unas doce personas en cada mesa. Marco, Brian, Natalie y Moira se sentaban en uno de los lados y, enfrente, por orden, nos sentábamos Oliver, yo, Pear y Olivia. Adam presidía la mesa entre Marco y Oliver.

—¿Qué hacéis aquí sentados? —les preguntó Adam en cuanto llegamos.

—¡Shhh! No habléis tan alto —nos ordenó Marco—, estamos de incógnito.

«¿De incógnito? No sé si quiero preguntar más. Si, precisamente, nos mira todo el mundo por cambiarnos de mesa».

—¿Y por qué estamos «de incógnito»? —insistió Adam, al sentarse en «su sitio».

Marco suspiró y escondió la cabeza entre los brazos.

—Marco ha dejado a su querida novia, ahora exnovia —nos explicó Brian —, y ella no se lo ha tomado muy bien y lo persigue desesperada por todo el colegio. Quiere volver con él, dice que está locamente enamorada. Joder, Marco, ¿qué les darás?

Oliver me quitó las palabras de la boca.

—¿Y os habéis sentado aquí porque...?

—Si entra Penny buscando a Marco, verá que nuestra mesa está vacía y se dará la vuelta —terminó de explicar Olivia.

«¿En serio? ¿A quién se le ha ocurrido semejante estupidez?». Penny era la novia de Marco, bueno, exnovia al parecer. Penelope Watson.

—¿A que es un plan excelente? A veces las cosas más sencillas nos dan la solución a nuestros problemas, ¿no creéis? —preguntó Pear, entusiasmada.

—No —contestamos Oliver y yo al unísono.

—Aguafiestas... —murmuró Pear.

—Nosotros os hemos localizado un segundo después de entrar en el comedor —explicó Adam.

—Eso es porque nosotros tenemos un vínculo especial —nos aclaró Natalie.

«En fin. A otra cosa». Me levanté dispuesta a conseguir mi desayuno, pero, al instante, me volví a sentar.

—¿Puedo levantarme a coger mi desayuno?

—Sí, claro, a ti no te busca Penny, solo a Marco —me dijo Moira, como

si fuera algo obvio.

En ocasiones como aquella creía que mis amigos estaban todos pirados. Nos levantamos los tres y fuimos a por los desayunos. Cuando volvimos, seguían hablando del tema.

—¿Qué queréis explicarle a Penny?

—Que Marco no quiere volver con ella y que se olvide de él y lo deje en paz, para siempre.

De pronto, me acordé de una canción que nos había enseñado a cantar Pear en castellano muchos años antes. Era de una cantante italiana, Laura Pausini. Se puso de moda en los noventa, y Pear la escuchó tantas veces con su madre que, años después, todavía le gustaba; al final, nos la aprendimos todos de memoria. Y, como el chico de la canción se llamaba Marco, de paso nos reíamos de nuestro amigo. Hubo una época en que se la cantábamos todos los días. ¿Se acordarían mis amigos de la letra?

—¡Tengo una idea! —Mis amigos me miraron con intriga mientras yo abría el sobre de cacao—. Ya sé qué le podemos decir a Penny.

—¿Qué?

Terminé de volcar el contenido del sobre de cacao en la leche, lo mezclé con la cuchara y bebí un poco. Me puse de pie y coloqué mi mano derecha a modo de micrófono cerca de mi boca. Empecé a cantar.

Marco se ha marchado para no volver

Todos mis amigos me miraron sorprendidos y divertidos, excepto Marco, que me miraba horrorizado.

Puse mi mano en la boca de Pear para que continuara ella con la siguiente estrofa. Sujetó mi mano-micrófono con las suyas y cantó.

El tren de la mañana llega ya sin él

Le pasamos el micrófono-mano a Olivia.

Tan solo un corazón con alma de metal

Olivia le pasó la vez a Moira.

En esa niebla gris que envuelve la ciudad

Natalie.

Su banco está vacío, Marco sigue allí

Ninguno nos habíamos olvidado de la canción. Turno de Brian.

Le siento respirar, pienso que sigue aquí

Nos saltamos a Marco, era obvio que no quería unirse a nuestra canción; de hecho, volvía a tener la cabeza escondida entre los brazos, quizá pensaba que así podría desaparecer. Me entraron ganas de decirle que eso no funcionaba, lo había comprobado en mis propias carnes. Le pasamos el turno a Adam.

Ni la distancia enorme puede dividir

Por último, Oliver.

Dos corazones y un solo latir

Llegó el estribillo y nos lanzamos los ocho a cantar como locos.

*Quizás si tú piensas en mí
Si a nadie tú quieres hablar
Si tú te escondes cómo yo
Si huyes de todo y si te vas*

...

Le cantamos a Marco la canción completa. En las últimas estrofas nos vinimos arriba y Oliver, Pear y yo nos subimos encima de las sillas. El resto de mis amigos también seguían cantando, algunos más bien gritando, y agitaban las manos de manera exagerada. Todos los alumnos del comedor nos observaban sin entender una palabra de lo que decía la canción. Apenas unos pocos alumnos hablaban castellano. Por eso, cantarla me pareció un acierto. Incluso los trabajadores de las cocinas se asomaron para escucharnos.

Al final de la canción nos vinimos arriba del todo.

*Por eso espérame, porque
Esto no puede suceder
Es imposible separar así
La historia de los dos
La soledad
Ohhhhh*

Todos los alumnos nos aplaudieron al terminar.

—Sois idiotas. —Marco nos señaló a todos con la cucharilla—. Todos.

Nos reímos y nos levantamos de nuestras sillas para darle un gran abrazo de oso. La vida es así, unos días atrás me habían dado a mí por todas partes, como dijo Pear, y ese día le tocó el turno a Marco. No todos los días se puede ser la protagonista.

—Vamos, Marquitos, ánimo, hombre —le dijo Adam, intentando quitarle hierro al asunto—. Dentro de unos días ya ni se acordará de ti y podrás vagar libre por los pasillos en busca de nuevas conquistas. Aunque ya te adelanto —añadió penumbroso—, que no queda mucho donde elegir.

Después de ese día, Penelope Watson nunca más persiguió a nuestro amigo, no sabemos qué paso, a qué se pudo deber ese cambio de actitud. Quizá se enfureció porque descubrió que nos habíamos cambiado de mesa para que no nos viera, o porque alguien le dijo que habíamos cantado una canción burlándonos de ella (en realidad, nos burlábamos de Marco) o quizá encontró otro chico al que perseguir. El caso era que Marco estaba libre.

El secreto de Pear

Esa mañana, Adam no se despertó con nosotros; había tenido una noche intensa y se había dormido tarde, de modo que no hubo manera de levantarlo. Oliver y yo nos levantamos temprano y decidimos comer algo ligero antes de ir a correr y, así, después de la ducha, nos iríamos directos a clase.

Eran poco más de las siete de la mañana y estábamos en pleno desayuno cuando recibí un mensaje.

Pear: ¿Dónde estás?

Me sorprendió. Pear es de las que se levantan tarde, aprovecha la cama hasta el último minuto, prefiere desayunar rápido y poco para poder dormir diez minutos más.

Sara: Desayunando en el comedor.

No me dijo nada más. No insistí. Pear tiene sus rarezas; antes intentaba entenderla todo el tiempo, pero un día me rendí. La quiero tal y como es y no cuestiono sus actuaciones.

Oliver y yo terminábamos nuestro desayuno cuando mi amiga apareció por la puerta del comedor. El resto de la pandilla aún no había llegado, era temprano para ellos.

—¿Cómo tú tan temprano por aquí? —le pregunté a mi amiga cuando se sentó a mi lado.

—Tengo que contarte una cosa.

—Bien, cuéntame.

—A solas —me dijo, mirando a Oliver de reojo.

—Me lo va a contar en cuanto te des la vuelta —la pinchó Oliver con una magdalena rellena de chocolate en la boca.

Pear nos observó pensativa y tomó una decisión.

—Tienes razón, puedes quedarte.

—Qué magnánima —contestó mi mejor amigo con desdén.

Estuve a punto de corregirlo, diciéndole que no se lo contaba todo, pero me percaté al instante de que era cierto, se lo contaba todo (en aquella época), de modo que decidí quedarme callada y comerme yo también una magdalena rellena de chocolate. Me había dado envidia. Le robé una a Oliver (había cogido varias) mientras Pear se decidía a arrancar con «eso» que tenía que contarme. Me metí un buen trozo en la boca y lo disfruté como si fuera el mayor manjar que había probado en mi vida. «Mmm... qué rica», pensé para mí misma cuando me explotó el chocolate dentro de la boca.

—Ayer tu hermano y yo perdimos la virginidad, juntos.

«¿¿Quéee??». La magdalena me entró por otra vía, como se suele decir, y comencé a toser sin control. Me faltaba la respiración. ¿Tenía que elegir justo ese momento para soltarme aquella bomba? Oliver me daba golpecitos en la espalda para que me recuperara, a la vez que le preguntaba divertido a Pear:

—¿Con cuál de los dos?

—Sí, claro, como si Alex fuera virgen.

—Daniel ya tampoco lo es.

Yo seguía tosiendo sin descanso. Mi mente no llegaba para más, aparte de para seguir respirando. Oliver continuaba dándome golpecitos en la espalda.

—Para cuando te recuperes —me informó mi amiga, arrancándome de la mano el pedazo de magdalena que no me había comido—, necesito que te olvides de que ha sido con tu hermano porque quiero contártelo todo, con pelos y señales.

—¿Con pelos, Pear? Demasiada información.

«¡Santo Cielo, que paren ya!». ¡Me venían a la cabeza imágenes que nunca querría ver ninguna hermana de su hermano! Después de mucho esfuerzo, conseguí tragar la magdalena y recuperé el ritmo habitual de mi respiración.

—¡Lo has hecho a propósito!

Ella no me hizo caso. Miró la magdalena, a la que ya le había dado un mordisco, y puso cara de desagrado.

—¡Puaj, qué asco! Tiene chocolate por dentro.

La dejó a un lado de la mesa como si se tratara de una bomba fétida. Oliver la contempló de la misma manera. Prefería quedarse sin magdalena antes que comerse una ya mordida por otra persona que no fuera él.

—Ay, Sara, estoy en una nube, ha sido increíble. ¡Soy la chica más feliz del mundo!

—¿¿¿Pero...??? No puedo... ¿Cuándo...?

No me salían las preguntas. Estaba colapsada.

—Sara, ya sabes que siempre he estado loca por tu hermano.

—Sí, pero pensé que era un amor platónico, no un amor de esos en que acabáis juntos y desnudos en la cama, o donde haya sido —farfullé atropelladamente.

—Sí, ha sido en la cama, en su dormitorio. No te imaginas lo que me ha costado ducharme esta mañana, no quería desprenderme de su olor. —Mi amiga miraba al techo, soñadora, casi seguro que evocando recuerdos de...

Resoplé. «No quiero saberlo, no quiero saberlo».

—Sara, ¿te incomoda? ¿No te gusto para tu hermano?

—No, Pear, todo lo contrario. Eres demasiado buena para mi hermano. Ya sabes cómo es. Es egoísta, prepotente, orgulloso, chulo... No te enamores de él, en serio, te hará sufrir.

—No me voy a enamorar de tu hermano, ya sé lo que hay. No somos novios ni lo vamos a ser, solo somos amigos con derecho a roce.

—No me convence, estas cosas nunca acaban bien. Lo he visto en las películas.

—Anda que no hay tíos en el colegio y tenías que elegir al más *especialito*...

—No, Oliver, ese eres tú —lo corrigió Pear muy tranquila.

Oliver bufó.

—¿Por qué no me habías dicho que te atraía mi hermano? Somos amigas, Pear.

—Porque me daba pavor que no me apoyaras.

—No digas tonterías, yo te voy a apoyar toda la vida. Hagas lo que hagas.

Pear me dio un beso en la mejilla, me cogió de la cintura y apoyó su cabeza en mi hombro. Se quedó abrazada a mí. Entonces caí en algo.

—¡Por eso venías tanto a los entrenamientos de los chicos!

Pear sonrió y puso una mueca de disculpa.

—¿No venías por nosotros? Me decepcionas, Pear —se burló Oliver.

Los chicos aparecieron por el comedor. Nosotros llevábamos cuarenta minutos desayunando, cualquiera se marchaba a hacer *footing* con semejante descubrimiento.

—¿Qué hacéis aquí todavía? —nos preguntó Adam—. ¿Y tú qué haces aquí tan temprano?

Uno a uno, todos nuestros amigos se sentaron en sus sitios. Oliver y yo

miramos a Pear y la invitamos a que lo contara ella. Nunca ha tenido pelos en la lengua.

—¿Qué sucede? —preguntó Olivia.

—Chicos, tengo que confesaros algo... ¡Ya no soy virgen!

Las preguntas se entremezclaron unas con otras y no se entendía nada.

—¡Esperad! —Adam mandó callar a todos—. ¿Con quién ha sido?

—Con el chico más guapo y maravilloso de todo el colegio.

—Desde ya, os adelanto que no ha sido conmigo —informó Oliver a todos.

Pear puso los ojos en blanco, y los demás nos reímos.

—¡Por supuesto que no! Ha sido con... ¡Daniel!

Lo primero que hicieron todos mis amigos fue mirarme a mí.

—¿¿Summers?? ¿Daniel Summers?

—El mismo —dijo Pear, orgullosa.

Durante los siguientes minutos, seguimos hablando del tema, hasta que Pear se acordó de algo.

—¡Lo mejor de todo es que ya te lo había contado!

—Imposible, te aseguro que me acordaría.

—Vas a alucinar con lo que he descubierto. ¿Recuerdas que el día de la fiesta hablábamos de algo y que no nos acordamos de qué?

—Sí —asentí levemente. Le habíamos dado muchísimas vueltas, pero no llegamos a nada.

—Pues ya sé de qué hablábamos. ¡Os contaba que acababa de enrollarme con tu hermano en el baño! ¿No es alucinante?

«¿¿Quéee??». Vaya mañanita llevábamos. Al parecer, aquello venía de lejos. Pero no me encajaba, ¿cómo pudimos olvidarnos de una cosa así? Que tu mejor amiga y tu hermano no se enrollan todos los días.

—No puede ser, ¿cuándo te has acordado?

—Me lo dijo Daniel ayer y empecé a acordarme. —Pear nos explicó toda la historia paso por paso—. Todo empezó porque hace tiempo que nos rondamos el uno al otro, y yo ya no podía más, así que ayer fui a su habitación y le dije que a ver por qué no tenía narices de besarme. Imaginaos mi sorpresa cuando me dijo que ya me había besado el día de la fiesta, pero que estaba demasiado borracha como para acordarme.

—¿No te acordabas de que te habías enrollado con Daniel? Muy bien no lo haría.

—Del beso no me acuerdo mucho, pero de lo de ayer, uff, Sara. Por

cierto, tenemos que comentar diversos aspectos íntimos: duración, sensaciones, preliminares, tamaño...

«¡Hasta aquí puedo leer! ¡Que estamos hablando de mi hermano!».

—Pear, no pienso hablar de tamaños contigo si la conversación incluye la anatomía de mi hermano.

—¡Jolín, Sara! No seas así, necesitamos comentar ciertas cosas.

—Qué obsesionadas estáis siempre las tías con los tamaños —comentó Marco resoplando—. Que si este grano es desmesurado, que si este diamante es muy pequeño, que si el tamaño del pene de mi novio no sé si es grande o pequeño...

—¡Nosotras no hemos dicho eso!

—¿Lo del grano, lo del diamante o lo del pene?

No me dio tiempo a contestar. Brian apoyó los codos sobre la mesa, entrelazó los dedos y me miró picarón.

—Entonces, ¿no nos vais a decir quién es el más afortunado de los dos?

Aquella conversación rozaba ya los límites de la cordura. Pear también lo pensó, porque no tardó ni un segundo en preguntarles de malas maneras:

—¿Acaso os pregunto yo quién la tiene más grande de vosotros cuatro?

Se miraron los cuatro, pensativos.

—No lo sabemos —confesó Adam sorprendiéndose por la revelación.

—¿Y por qué no vais y os la medís?

No tardaron ni un segundo en levantarse de la mesa y salir corriendo del comedor.

—Lo he dicho en broma.

Treinta minutos tardaron en volver con nosotras. Habíamos abandonado el comedor y descansábamos en nuestro árbol; hacía un bonito día y aprovechamos para salir un momento al patio antes de entrar en clase. Se sentaron junto a nosotras, pero no decían nada.

—¿Veredicto? —les preguntó Pear.

—Hemos hecho un juramento —nos dijo Adam—. Esa información jamás saldrá de nuestro círculo.

—¡Anda ya! ¿No nos lo vais a decir? —preguntó Olivia.

—Jamás —afirmó, tajante, Brian.

«Ya los tengo».

—Puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que ni Adam ni Brian han salido victoriosos —les dije sonriendo.

—¿Por qué no? —me preguntaron los dos.

—Porque os conozco a los dos. Y, de haber sido alguno de vosotros el vencedor, jamás hubieseis hecho esa promesa. Estáis demasiado pagados de vosotros mismos y hubierais venido corriendo a contárnoslo.

Mis amigas y yo nos reímos y chocamos los cinco. Tenía razón y todos lo sabíamos.

—Tú eres muy listilla, Sarita —me dijo Brian—. Pero, esta vez, te equivocas.

«No lo creo».

—Lo que tú digas, guapito de cara.

—¿Y ya lo habéis medido bien? —preguntó Moira.

Todos la miramos con las cejas levantadas.

—Quiero decir, que esas cosas se miden... ya sabéis, que no se mide cuando estáis... relajados, ¿cómo lo habéis hecho?

—Con mucho tacto, Moira, y con la mano derecha.

Todos lloramos de la risa, y Moira fue cambiando del tono blanquecino de su piel a un rojo intenso.

—Bueno —interrumpió Marco nuestras risas—, Oliver con la izquierda, siempre con la izquierda.

Desconocía esa actividad de mi mejor amigo, pero, si lo piensas, tiene su lógica. Oliver es zurdo.

Por la noche, en mi habitación, Pear y yo nos confesamos nuestros secretos más íntimos y compartimos nuestras experiencias. Las dos teníamos muchas preguntas que hacernos y nos desahogamos del todo. Mi amiga me confesó todos los encuentros que había tenido con mi hermano en los últimos meses. Llevaban tonteando el uno con el otro desde antes de que yo perdiera la apuesta. Si lo pensaba, era cierto que últimamente Pear y mi hermano estaban desaparecidos.

No me daba vergüenza hablar con Pear de las cosas que Will y yo hacíamos, era como si lo hablara conmigo misma. Pero me daba un poco de reparo cuando ella me contaba sus cosas, porque no podía evitar pensar que se las provocaba mi hermano. Lo superaríamos. Y, diez años más tarde, quizá hasta nos reiríamos de todo aquello. Entonces me acordé de algo.

—Pear, ¿tú sabes por qué se peleó mi hermano aquel día?

Mi amiga me miró con cara de culpabilidad. Lo sabía y no me lo había contado.

—Pear.

—Sí, me lo contó hace poco. Pero le he prometido que no te diría nada.

—Y a mí me juraste lealtad a los diez años. ¿En serio no vas a contármelo?

Con el recuerdo del juramento ya me la había ganado. Hacía un año que nos conocíamos cuando decidimos jurarnos que seríamos amigas para siempre y que esa amistad estaría por encima de todo, excepto por encima de Oliver y Adam. Pear cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Está bien, pero prométeme que no vas a decirle a Daniel que lo sabes.

Dudé. Pear golpeó el suelo con el zapato y me obligó a prometérselo.

—Lo prometo —acepté a regañadientes.

—Se peleó por ti. Por defenderte.

«¿Qué? No puede ser».

—¿Cómo que por mí? Eso es imposible.

—No, Sara. Después de que Will fallara ese gol por ti, hubo gente que se enervó mucho. Aquella mañana, un alumno dijo que eras una caprichosa de mierda y que alguien debería darte dos sopapos, o algo así, y tu hermano lo escuchó. El resto ya lo sabes.

—¡Eso es absurdo! ¡No tenía por qué defenderme! No lo entiendo...

—Sara, me has prometido guardarme el secreto. Ya sabes los motivos, ahora olvídale.

No contesté. La miré y asentí con la cabeza. Me entraron ganas de buscar a mi hermano en ese mismo momento y pedirle explicaciones. ¿En qué pensaba? No entendía que le entrara esa vena protectora de vez en cuando. Pensé que quizá se sentía en la obligación de defender el apellido Summers. En cualquier caso, no podía decirle nada. Sentí un nudo en el estómago. Casi hubiera preferido no saber el motivo de su pelea. Me tumbé en la cama y me quedé mirando al techo, pensando.

«A lo mejor lo que pasa es que en el fondo me quiere».

32

Ataques

Practicaba en la pista de hielo mientras mis amigos entrenaban; apenas quedaban tres días para el gran partido. Después de seleccionar una canción, guardé mi iPod nuevo en el bolsillo de la sudadera. Sonaba *Viva la vida*, de Coldplay. No le quitaba ojo a Daniel. «¡Mira que hay chicas en este colegio y tiene que liarse con mi mejor amiga!».

—Suéltalo ya, Sara —me dijo, en una de las ocasiones en que pasó por mi lado. No tenía la música muy alta, de modo que lo escuché a la perfección.

Me quité los auriculares. Ya no podía guardarlo ni un segundo más en mi interior porque me produciría una úlcera.

—¿Con Pear, Daniel? ¿No hay suficientes chicas en este colegio?

—A ti no tengo que darte explicaciones de lo que hago, Sara. —Me rodeó patinando y continuó hablando—. Tú también te liaste con mi mejor amigo, ¿te acuerdas?

Abrí los ojos desmesuradamente. «¿Por eso se ha liado con ella? ¿Para devolvérmela?». No, no podía ser, él no era así. Me negaba a pensar de aquella manera. Mi hermano adivinó lo que pensaba por la expresión de mi cara.

—¡Joder, Sara! ¿Pero qué clase de persona te crees que soy? ¡Jamás haría algo así!—me gritó, con una mezcla de hastío y dolor.

—No sé qué clase de persona eres, Daniel. No te conozco.

—Eso no es cierto, y lo sabes.

¿Lo sabía? Con Daniel ya no sabía a qué atenerme. Habíamos estado más tiempo separados que juntos. Creía que lo conocía, pero, con el paso de los años... Era muy complicado.

—No, no lo sé, Daniel. No finjamos que somos hermanos. Solo —cogí aire—, solo prométeme, por favor, que no juegas con ella y que no le vas a hacer daño a propósito.

Mi hermano se pasó las manos por la cabeza y se frotó los ojos.

—Yo jamás pensaría algo así de ti, Sara. —Se dio la vuelta y se alejó patinando. En su línea.

Decidí seguirlo; aquella vez no me dejaría con la palabra en la boca. Quería aclarar el asunto de Pear. Me giré hacia las gradas y vi que mi amiga me miraba medio horrorizada, medio curiosa. Le hice una señal con el pulgar para informarla de que tenía todo bajo control. Me acerqué a Daniel y lo agarré de la muñeca.

—Daniel.

—Sara.

Nos miramos fijamente. Ninguno de los dos apartó la mirada. Entonces lo vi, vi sinceridad en sus ojos; hacía tiempo que mi hermano no me miraba de esa manera, mostrándome sus sentimientos.

En aquel instante, me acordé de que se había peleado por mí, por defenderme. Tuve ganas de abrazarlo, hacía mucho tiempo que no tenía ganas de hacer algo así. Lo necesitaba, aunque sabía que no podía hacerlo. En primer lugar, porque él no me lo permitiría y, en segundo lugar, porque no quería que sospechara que Pear me había hablado sobre el asunto de la pelea. Tendríamos que dejar el abrazo para otro momento. «Pero ¿para cuándo?».

Ignoraba si mi hermano estaba enamorado de Pear, eso solo lo sabía él. También ignoraba si se harían daño el uno al otro, eso el futuro lo diría. Pero sí sabía que mi hermano no me mentía cuando me decía que jamás estaría con Pear por motivos oscuros.

—Bien, confío en ti. Solo prométeme que vas a ser siempre sincero con ella. —Extendí mi brazo derecho para sellar el trato. No era un abrazo, pero...

Daniel nos escrutaba, a mi brazo y a mí. «Vamos, estoy dándote un voto de confianza, no lo estropees». Todavía quedaba esperanza para nosotros dos, ¿verdad? Seguía teniendo un hermano mellizo.

Extendió su brazo y nos dimos la mano. Como hermanos. No como dos buenos hermanos que se querían y respetaban, pero... Hacía años que no teníamos un acercamiento como ese. Me volví sonriendo a mi rincón, me puse los auriculares y seguí practicando.

El resto del día transcurrió relativamente rápido. Estaba contenta por mi último encuentro con Daniel. Los chicos se pasaron casi todo el día en la pista de hielo, y yo aproveché para pasar la tarde con Will. Le mandé un mensaje para quedar con él. Primero, me acerqué a la biblioteca para devolver los últimos libros que había cogido prestados y pedir algunos nuevos. Will vino a buscarme a la biblioteca; leía las sinopsis de algunos libros cuando me sorprendió por detrás.

—¡Ya estoy aquí!

Le di un golpe en el brazo.

—¡Casi me matas del susto!

—¡¡Shhh!! —La bibliotecaria nos mandó callar desde su lugar. No nos podía ver desde allí, pero oyó susurros y mandó callar a todos en general y a nadie en particular. Will y yo miramos en su dirección un segundo y volvimos a lo nuestro.

—Eso pretendía, Sarita.

Bromeaba conmigo, me di cuenta por las ganas de reírse que tenía y que intentaba contener sin éxito.

—Ja, ja... ¡Qué gracioso!

—¿Qué buscas? —me preguntó, quitándome el libro que tenía en las manos y echándole un vistazo.

—Algún libro entretenido para leer por las noches.

—¡Joder, Sarita! ¡Pero si esto es porno! No puedo creerme que tengamos estos libros en la biblioteca del colegio.

—No exageres, no es para tanto. —Me giré, dándole la espalda para seguir seleccionando libros.

—¡Me he puesto cachondo! —Will se acercó a mí y pegó su entrepierna a mi trasero. ¡Pues sí que se había puesto cachondo!

—Will, tú te pones cachondo por todo —lo reprendí. Empezaba a tener mucho calor, por su contacto, y aquel no era el lugar más indicado. Will ignoró mi comentario y comenzó a darme besos por la nuca y a pasar su lengua por el lóbulo de mi oreja. Me excitó y me hizo cosquillas a partes iguales. Se me escapó una risa nerviosa de la boca.

—¡¡Shhhh! —La bibliotecaria nos reprendió, por segunda vez, a todos.

—A partir de ahora, ni un sonido, Sarita.

¿Qué pretendía hacer?

Will dibujó con sus manos toda mi silueta. Las metió por debajo de mi falda y acarició el borde de mis braguitas. Introdujo la mano hasta que llegó al centro de mi sexo. No podía creerme que estuviéramos haciendo eso en la biblioteca del colegio. Escuché la respiración acelerada de Will en mi mejilla y me puso a cien. Comenzó a moverse, rozándose contra mi trasero, al principio muy lento, pero, según nos íbamos excitando, sus movimientos se volvieron más rápidos. Me sujeté a las baldas de la estantería y apoyé mi frente en los lomos de los libros. Will escondió la cabeza en mi cuello y me mordió el hombro para silenciar sus gemidos mientras me acariciaba por

todas partes. Estábamos a punto. Mi cuerpo no aguantó más y explotó.

—¡Joder! —exclamé. Había sido rápido, pero intenso, muy intenso.

—Sí. —Will recuperó su respiración—. Lo acabo de leer en tu libro. Para que luego digas que no es porno.

Miré hacia abajo, hacia la entrepierna de Will, y estallé en carcajadas.

—¡No puedes salir así ahí afuera, Will!

—¡Shhhh! —La bibliotecaria insistía en mandarnos callar. Se tomaba muy en serio su trabajo.

Will miró hacia su entrepierna y rio conmigo. Tenía los pantalones empapados. Se quitó la sudadera que llevaba puesta y se la ató a la cintura, tapando así la evidencia de su orgasmo. Quedó muy kilt escocés.

Salimos de la biblioteca riéndonos y fuimos a mi habitación. Necesitaba cambiarme de ropa interior. Will se dio una ducha y salió con unos pantalones vaqueros que no eran suyos. Se tumbó conmigo en la cama. Me fijé bien en los pantalones.

—Esos vaqueros son de Adam.

—Me lo he imaginado —me dijo, mientras intentaba despegárselos de su cuerpo sin éxito—, cómo le gusta a ese chico ir apretado. Dile que los he cogido prestados.

—¿También le has cogido unos calzoncillos?

—No, no tenemos tanta confianza.

Abrí mucho los ojos.

—¿Vas en plan «comando»?

—Sí —me dijo, sugerente. Me acarició el brazo y me dio besos en el hombro. Si Adam se enteraba de lo de los pantalones, le daba un ataque seguro. Con el cariño que le tenía a mi novio...

—Cuando te los quites, mejor los quemas.

Nos quedamos tumbados en mi cama, disfrutando el uno del otro. Hablamos, leímos, reímos y así pasamos la tarde. Cuando Will se tuvo que marchar, decidí acompañarlo, para poder estar un ratito más con él.

Poco después, cuando regresé a mi cuarto para dormir, Adam esperaba en mi cama leyendo un libro de coches.

—¿Tú no ibas a la biblioteca?

—Mmm... Sí.

—¿Y por qué no traes ningún libro?

Buena pregunta. Al final, con la urgencia con la que tuvimos que abandonar Will y yo la biblioteca no pude coger ninguno.

—No he visto ninguno interesante —mentí.

Adam me puso cara rara. Era difícil de creer que no hubiera encontrado ningún libro, teniendo en cuenta que no hacía ascos a nada y leía cualquier cosa. De hecho, era la primera vez que iba a la biblioteca y salía con las manos vacías.

—Ya...

—Estoy agotada, Adam. Me voy a dormir.

—Vale —me miraba frunciendo el ceño—, yo me quedo un rato leyendo esta revista —y añadió—. Estás rara. Otra vez.

Asentí con la cabeza y me puse el pijama. No era necesario que me escondiera para ponerme el pijama, Adam y yo nos vestíamos y desvestíamos juntos desde hacía muchos años, no había nada que no hubiéramos visto el uno del otro. Lo miré mientras me cambiaba. Me gustaba observarlo mientras leía, su fachada de tipo duro desaparecía por completo, y tan solo quedaba él. Él no levantó la mirada de su revista, ni una sola vez.

Terminé de ponerme mi pijama azul de ovejitas y me metí en la cama. Dejé la luz de la mesita encendida para que Adam pudiera seguir leyendo. Después de unos minutos, empecé a sentir mucho calor y me deshice los pantalones. «Mejor así, mucho mejor».

Intenté no concentrarme en nada, pero era imposible. Todos los acontecimientos del día acudían a mi cabeza y empecé a ponerme nerviosa. No quería tener un ataque, lo odiaba. Me di la vuelta para ver si cambiando de postura estaba más cómoda y me vencía el sueño, pero nada. Respiraba con dificultad y noté que tenía el cuerpo empapado en sudor. Las imágenes seguían en mi cabeza, las páginas de matemáticas que aquel día habíamos estudiado en clase, el menú del comedor, las sinopsis de los libros que leí en la biblioteca, podía ver palabra por palabra en mi cabeza, como si los tuviera delante.

—Sara, ¿estás bien? —Adam ya había apagado la luz y dormía tumbado de espaldas a mí. Debí de despertarlo con tanto movimiento. Se dio la vuelta y quedamos frente a frente.

—¿Estás bien? —repitió.

—No, no consigo dormir —le contesté, frotándome los ojos con las manos.

—Ven. —Me pasó su brazo izquierdo por encima del hombro y me acurrucó junto a él—. No te puedes ni imaginar lo que ha pasado hoy en la pista de hielo.

Adam me habló de anécdotas que se suponía que habían sucedido por la tarde, pero estaba bastante segura de que la mitad se las inventaba con el único propósito de entretenerme y alejarme de mis pesadillas.

El efecto de su voz es como una especie de analgésico para mí. No es tanto lo que me cuente, solo escucharlo hace que me relaje y se me destensen todos los músculos. Quizá llevaba tanto tiempo durmiéndome con el sonido de su voz que mi mente se había acostumbrado y activaba el modo «off» nada más escucharlo. Solo era una suposición, realmente no tenía ni idea de por qué Adam conseguía dormirme. Funcionaba y punto.

Esa noche tuvimos suerte. Otros días no era tan sencillo. Me sumergí en un profundo sueño hasta el día siguiente.

El partido de hockey

Por fin era sábado. Al día siguiente, sería el gran partido. Los chicos llevaban semanas entrenando muy duro, mientras yo practicaba saltos y giros en una de las esquinas de la pista.

Como novedad, aquel día las chicas fueron a la pista para dar ánimos a los pobres jugadores que llevaban varios días matadores. En mi iPod sonaba *This Kiss*, de Faith Hill. Es una canción animada, yo estaba muy animada. Sin poder evitarlo, la letra se escapó de mis labios.

*It's the way you love me
It's a feeling like this
It's centrifugal motion
It's perpetual bliss.
It's that pivotal moment
It's impossible
This kiss, this kiss*

Enfoqué la mirada en las gradas. Pear no le quitaba ojo a Daniel. Se había enamorado. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Era tan obvio. Me fijé bien y descubrí que Daniel también miraba hacia las gradas de vez en cuando. Todo marchaba bien, me alegraba de corazón. No quería ver sufrir a Pear, no se lo merecía. Es la persona más sincera y buena del mundo entero.

A Daniel también lo prefería con mi amiga; estaba mucho mejor con ella que con cualquiera de las guarrillas que lo rondaban como mosconas. Y sí, eran las mismas guarrillas que rondaban a mi novio.

Era la hora del almuerzo, y los chicos seguían practicando en la pista. Las chicas habían ido a comer algo, pero yo me quedé para acompañarlos. Habíamos tomado un desayuno fuerte a la mañana y hacía poco habíamos comido algunas barritas energéticas. Oliver se acercó a las gradas y salió de la pista. Apagué la música de mi iPod y fui hacia él.

—¿Ya te escaqueas del entrenamiento, rubio?

—No puedo parar ni un solo tiro más. Estoy hasta los cojones. —Vi cómo buscaba algo dentro de su mochila—. Y, además, me apetece sacar unas fotos.

Eso andaba buscando en su mochila, la cámara de fotos, la misma que yo le cogí «prestada» el día que perseguimos a Logan y Lisa hasta Perth. Oliver volvió a la pista y tiró fotos por doquier de los chicos y mías. Todos estaban exhaustos y necesitaban un momento de diversión.

—Espero que mañana no te cuelen un solo gol, Aston —lo increpó malhumorado mi hermano porque había dejado de entrenar.

—Olvídame, Summers.

Oh, sí, mi hermano y mi mejor amigo tenían una relación idílica. Y cada día se llevaban mejor. Me resultaba muy extraño escuchar a Olly decir «olvidame» y luego mi apellido. Sabía que no iba dirigido a mí, sino a mi hermano, pero aun así, era extraño.

Hubo un momento en que yo daba un giro con un pie levantado, tenía la pierna derecha en posición vertical hacia mi cabeza, de manera que me sujetaba el tobillo con mis manos. Oliver vino patinando y se puso de rodillas a escasos centímetros de mí para sacarme una foto. Era una bonita foto, pero Adam nos sacó una foto mucho mejor.

No nos dimos cuenta y nos fotografió con mi móvil nuevo en el mismo instante en que Oliver se agachaba a mi lado. Yo seguía girando y él levantó la cámara enfocando la parte superior de mi cuerpo. Cuando Adam nos la mostró semanas después, nos quedamos alucinados. Era preciosa. Oliver la imprimió en 40 x 53, la enmarcó y la colgó en su habitación de Edimburgo. Aún permanece ahí.

A media tarde, los chicos no querían saber nada más de la pista de hielo. Oliver no quería ver la portería hasta el día siguiente, en el partido. Se pasaba muchas horas parando golpes, no era como los demás, que patinaban y se movían por toda la pista. Se me ocurrió una idea.

—¿Te apetece que vayamos a patinar un rato por los alrededores?

Me miró extraño.

—¿Por los alrededores?

—Sí, podemos desenterrar nuestros patines en línea, andarán por alguna parte.

A Oliver le brillaron los ojos. Le había encantado la idea.

—Vale, vamos.

—¿A dónde vais? —nos preguntó Natalie.

—A patinar un rato por los alrededores.

—¡Uff! Cómo os gusta andar encima de los patines, no os cansáis, es agotador —murmuró Olivia, pareciendo cansada de solo pensarlo.

No nos llevó mucho tiempo localizar nuestros patines en línea, ambos los teníamos encima del armario de nuestras respectivas habitaciones. Somos bastante ordenados; bueno, vale, somos muy ordenados. Si hubiera que buscar los patines de Adam, otro gallo cantaría.

Salimos al patio del colegio. El cielo estaba despejado, pero hacía frío. Nos pusimos los patines y comenzamos a patinar; no nos lo tomamos en serio, tan solo jugamos. Abandonamos el colegio y fuimos bajando a gran velocidad por la carretera que da acceso al mismo y que nos lleva a nuestro lugar secreto. Paso a paso, cogíamos más velocidad, y el frío viento azotaba nuestros rostros. Era la única porción de piel que teníamos sin tapar, el resto de nuestros cuerpos estaban totalmente cubiertos por la ropa. Oliver llevaba un pantalón de chándal negro, una sudadera gris oscura, una chaqueta por encima y guantes negros. Yo llevaba un pantalón de chándal azul marino con la sudadera a juego y un plumífero blanco. Un gorro y unos guantes rosas completaban mi atuendo.

Cuando estábamos a punto de llegar a «Once metros» empezamos a cantar *Take Me Out*, de Franz Ferdinand. Primero, simulamos que tocábamos la guitarra mientras patinábamos y luego acompasamos nuestros movimientos al ritmo de la canción. Oliver venía detrás de mí, me sujetó las muñecas, me estiró los brazos en cruz y, cuando llegamos al *Take me out*, se agachó en el primer *Take*, quedando yo levantada y él agachado. Cuando cantamos el *Me*, hicimos lo contrario: yo me agaché y él se levantó. Así fuimos cantando y bailando toda la canción hasta que nos acercamos a nuestro paraíso.

Todavía no habíamos llegado a nuestro destino cuando se me metió una piedra entre las ruedas. Esa piedrecita provocó que cayéramos los dos al suelo. No nos hicimos daño, teníamos el trasero duro de tantas caídas en el hielo que cargábamos sobre nuestras espaldas.

Nos reímos de nosotros mismos y nos quedamos tumbados en el suelo. El sol había calentado la tierra y la hierba del suelo. Íbamos bien abrigados, por lo que no teníamos frío. Me acerqué a Oliver y apoyé mi cabeza en su hombro. Permanecimos largo rato en silencio, pero no era un silencio incómodo. Nada de lo que hacíamos Oliver y yo resultaba incómodo.

—¿En qué piensas, nena? —me preguntó, largo rato después.

—En que, últimamente, las cosas marchan muy bien.

—¿A qué te refieres?

—A que soy feliz, todo va encajando. —Hice una pausa y proseguí—. No tenemos ningún drama en la pandilla, con Will las cosas están mejor que nunca y hasta parece que Daniel y yo empezamos a entendernos.

—¿Cómo es eso? —me preguntó mi amigo, interesado.

—Ayer estuvimos hablando en la pista, mientras entrenabais. Le dije que cuidara de Pear y que no le hiciera daño a propósito. Y no nos chillamos el uno al otro, hablamos como dos personas civilizadas. Es todo un logro, conociéndonos.

—Sí, ya vi que hablabais. Ya sabes que tu hermano no es santo de mi devoción, nunca nos hemos llevado bien y no sé si algún día... El caso es que, a pesar de todo, él te quiere. Eso lo sé. Y tú también lo quieres, más que a cualquier otro miembro de tu familia.

Oliver siempre me ha leído a la perfección. Es como si estuviera dentro de mi cabeza y pudiera acceder a todos mis pensamientos. Seguimos otro rato en silencio, cada uno ensimismado en sus propias historias.

—Me alegro de que estés feliz —se acercó y me dio un beso en la cabeza.

Bien, había llegado la hora de confesar lo que tenía dentro desde hacía un tiempo, desde que todo marchaba bien.

—Pero tengo miedo, Olly, mucho miedo.

Oliver, que permanecía mirando al cielo que ya se teñía de azul oscuro, giró la cabeza para hablarme.

—¿Por qué?

—Porque no creo que dure. Me refiero a este estado de felicidad, estoy esperando el próximo golpe que hará que todo se desmorone. Cada noche, cuando me meto en la cama, pienso: «Un día más de felicidad, ¿cuántos me quedarán?». Es agobiante.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque no se puede ser así de feliz durante demasiado tiempo, porque algo, tarde o temprano, va a acabar saliendo mal, y porque, cuanto más alto estás, más fuerte es la caída.

—No te hagas eso a ti misma, disfruta del momento, no puedes vivir por debajo de tus posibilidades por miedo de perder lo que tienes.

Y aún quedaba lo mejor. Tomé aire y me sinceré del todo con mi mejor amigo.

—Y hay algo más... sobre Will. —Mi amigo no me contestó y continuó

escuchándome—. No me entrego al cien por cien con él, me guardo una pequeña parte para mí, por si acaso.

—¿Qué quieres decir?

Suspiré.

—Pues que, a ver, no me malinterpretes, yo lo quiero mucho y estoy muy bien con él, pero no le he entregado todo mi corazón, así, cuando me lo rompa, me podré sobreponer antes. No sé si me estoy explicando bien...

—Perfectamente, no confías en él.

—Sí que confío, pero no del todo. Es complicado. —Me froté los ojos.

—Tú eres complicada, nena. —Lo miré poniendo mala cara—. Yo no sé nada de relaciones amorosas, pero creo que la confianza en el otro es de lo más básico. No puedes guardarte una parcela para ti, no es justo para él. ¿Cómo os van a salir bien las cosas si tú ya las das por perdidas?

—No las doy por perdidas. —Me separé de Oliver y me quedé tumbada boca arriba mirando el cielo—. Solo quiero protegerme el corazón, por si acaso.

El domingo llegó. El gran día llegó. El día del partido llegó.

Vinieron muchos padres de alumnos, no solo los padres de los jugadores, sino también otros padres a los que les gustaba el hockey hielo del *Crowden*, aunque sus hijos no formaran parte del equipo. También vinieron las familias del equipo rival. Mi padre llegó de los primeros, junto con mi hermano Alex y las familias de Adam y Oliver. Nuestros padres siempre andaban juntos, habían pasado tantas horas compartiendo momentos con nosotros (fines de semana, vacaciones de verano, navidades...) que se habían hecho amigos íntimos. Alex me contó en alguna ocasión que siempre que podían quedaban para cenar en Edimburgo. Él pasaba mucho tiempo con todos ellos, al vivir en casa con mi padre.

Un poco más tarde, llegaron las familias de Brian y Marco. Para los padres de Marco implicaba un gran sacrificio venir desde Italia para ver un partido y volver a marcharse a trabajar al día siguiente, pero, aun así, no se perdían ningún partido importante de su hijo.

Nos sentamos todos juntos en la primera fila, yo entre Alex y mi padre. Mis amigas se sentaron detrás de nosotros. Mi padre hablaba con todas ellas animadamente.

Los chicos ya estaban en la pista. El equipo lo formaban doce personas, aunque jugadores en la pista solo eran seis. Cinco jugadores de cancha y un portero. Y eso, en el mejor de los casos, cuando no había ningún jugador expulsado. Lo que no solía ser muy habitual.

Había tres árbitros; es bastante común en hockey hielo. Se debe a que es uno de los deportes más rápidos que hay, y un solo árbitro no podría ver todo lo que sucede.

Uno de ellos se colocó entre los dos jugadores que comenzarían el juego (un jugador de cada equipo) con la pastilla entre las manos. Los *sticks* de los jugadores ya se peleaban por conseguirla mientras la pastilla volaba en el aire, cayó al suelo y... ¡comenzó el partido!

El primer gol lo marcó Adam a los treinta segundos de empezar el partido. «¡Bravo, Adam!». Me levanté de mi silla y les grité para animarlos:

—¡Ánimo, chicos! ¡A por ellos!

El equipo contrario intentó hacerse con el disco, de malas maneras, y el árbitro pitó falta. Mis chicos seguían al ataque, Adam se plantó solo enfrente del defensa contrario y lanzó, pero el portero no permitió el segundo gol. Los defensores del otro equipo tenían que estar muy atentos, porque Adam era muy rápido y habilidoso.

La primera expulsión fue para el equipo contrario, por hacer una zancadilla a Brian, dos minutos de sanción para el jugador en cuestión, que era uno de los mejores. ¡Qué pena! El partido continuaba. La pastilla la controlaba el equipo contrario, se aproximaron y lanzaron a portería, pero Oliver la frenó. «¡Bien, Olly!».

Cada vez que veía cómo mis amigos se empotraban contra el cristal lo sufría yo más que ellos. Me constaba que iban muy protegidos con los trajes, pero aun así...

Al chico expulsado ya le tocaba volver en seis segundos al hielo. «Mierda». Entró y fue directo a intentar marcar un gol, pero Olly la volvió a parar.

—¡Bien, bien, bien! —grité. Estaba eufórica. Nuestro equipo jugaba mejor que el contrario. Teníamos posibilidades. Adam se estaba luciendo.

Si no fuera porque llevaba muchísimos años viendo cómo se jugaba al hockey, creo que sería incapaz de seguir el disco. Brian recuperó la pastilla y se la pasó a Adam, que avanzó un poco más. Qué bien se movía el disco, disparó y...

¡¡GOOOOOOOL!!

El equipo contrario se exasperó y empezaron a jugar más sucio de lo que venían haciendo. Lucharon por la posesión del disco, pero al final se la quedó el equipo contrario, se acercaron a portería y metieron gol. ¡Mierda! Todo el equipo lo que más protege siempre es a su portero, pero hay ocasiones en que el gol es inevitable.

Terminó el primer tercio con dos a uno en el marcador. Los dos goles fueron de Adam. Nos relajamos durante el descanso y charlamos distendidamente. Mi padre me preguntó por Will, le caía bien, pero no le agradaba la idea de que su hijita tuviera novio formal a los diecisiete años. Sabiendo las cosas que hacíamos Will y yo en cuanto teníamos ocasión, a mí tampoco me gustaría.

Comenzó el segundo tercio. La pista estaba en perfectas condiciones y el disco resbalaba sin problemas. Ese tercio transcurrió en las mismas condiciones que el primero: nuestro equipo controlaba la pastilla la mayor parte del tiempo y el equipo contrario fue expulsado varias veces por infracciones. Terminó el segundo tercio con tres a uno a favor. «Vamos a ganar, ¡vamos a ganar!».

—¡Ánimo, chicos! —gritaban y silbaban mis amigas. Volvíamos a encontrarnos en el descanso. Me moría de sed, había gritado tanto que se me secaba la boca. Me levanté de mi silla.

—Voy a la cafetería a comprar algo para beber, ¿queréis algo? —pregunté a todos los que estaban a mi alrededor.

—Yo quiero un batido de fresa —me dijo Pear.

—Yo también —añadió mi hermana.

—¿Quieres que te ayude con algo, cariño? —La madre de Adam siempre me hablaba con mucha suavidad, era un amor de mujer. Desde luego, su hijo no había sacado la mala leche de ella.

Fui pasando por todos mis familiares y los de mis amigos y salí al amplio corredor. Subí por las escaleras y me encaminé hacia la cafetería. Cuando estaba a punto de llegar, Will me alcanzó por la derecha. También había venido a ver el partido, pero desde otra zona de las gradas, con sus amigos y los de mi hermano.

—¿A ti también te ha entrado sed?

—No. —Will me dio un beso en los labios. Yo miré para todos los lados por si había salido mi padre a tomar el aire y nos pillaba. No quería que me viera besándome con mi novio, me daba mucha vergüenza—. Te he visto levantarte y te he seguido, me apetecía darte un beso y ponerte nerviosa por si

nos ve tu padre.

Puse los ojos en blanco y me acerqué a la barra de la cafetería. Le pedí a la camarera mi comanda y esperé a que me sirviera. Cuando ya lo tenía todo, Will me ayudó con los batidos de fresa. Me acompañó hasta mi sitio y, cuando mi padre lo vio, se levantó a saludarlo.

—Hola, muchacho. —Mi padre le dio un fuerte apretón de manos.

—Hola, señor Summers. —Qué educadito era mi novio cuando quería.

—¿Qué tal tus padres? —Mi padre conocía a los padres de Will desde hacía años, al fin y al cabo es el mejor amigo de mi hermano.

—Muy bien, les hubiera gustado venir hoy para ver a Dan, pero ha sido imposible.

—Ya los saludaré en otra ocasión. ¿Cómo va el fútbol?

—Muy bien, vamos los primeros. —En los últimos partidos, Will no hacía más que meter goles.

—Me alegro de que todo marche bien.

Mi padre y Will hablaron un poco más de fútbol. Los padres de Adam y Oliver se unieron a la conversación y, cuando acabó el descanso, todos volvimos a nuestros asientos.

En el tercer tiempo, los nuestros se relajaron al creerse vencedores, lo que influyó negativamente en el marcador. Les colaron dos goles en los primeros cinco minutos, pero se recuperaron y tomaron el control del disco.

Quedaban escasos segundos para el final del partido y el marcador apuntaba cuatro a tres a nuestro favor. «Venga chicos, aguantad, que ya no queda nada».

Ocho segundos.

Los contrarios se tornaron más agresivos que nunca.

Cinco segundos.

Ya saboreaba la victoria.

Dos segundos.

«¿Hemos ganado?».

Un segundo.

Fin del partido.

«¡Hemos ganado! ¡Síiiii!».

Me levanté la primera y corrí hacia la pista. No me importó ir en playeras, jamás me resbalaría en el hielo. Llegué hacia la mitad de la pista, donde ya se abrazaban todos mis amigos, y el primero con quien choqué fue Adam. Me lancé a sus brazos y mis pies ya no tocaban el suelo. Dimos vueltas riéndonos

y lo felicité por la victoria. Habían jugado genial.

Uno a uno, abracé a todos mis amigos: Oliver, Brian, Marco... También abracé al resto del equipo. A mi hermano Daniel le di un breve asentimiento de cabeza. A todos les chorreaba sudor por el esfuerzo, pero no me importó, los besé a todos. Estábamos pletóricos y éramos incapaces de dejar de sonreír. Mis chicos habían trabajado mucho para llegar hasta allí, se lo merecían. El otro equipo también jugó bien, pero no lo suficiente.

Pronto la pista se llenó de gente y de felicitaciones. Todas mis amigas bajaron, y los familiares de los jugadores. En los altavoces de la pista comenzó a escucharse *We are the champions*, de Queen.

Los componentes del equipo contrario se acercaron a nuestros jugadores para darles la mano. Reconocieron que, en esa ocasión, su juego había sido superior. Will también bajó a felicitar a mi hermano con un gran abrazo; a mis amigos les dio la mano y pudieron darse por satisfechos. Incluso entre tanta felicidad, hay cosas que no cambian.

Al cabo de un rato, la pista ya estaba casi vacía, solo quedábamos mis amigos y nuestras familias.

—¡Hemos ganado, nena! —Oliver me cogió en volandas y me dio vueltas.

—Yo también quiero que me des vueltas, Olly —le suplicó mi hermana a Oliver.

Oliver se lo pensó durante unos segundos, las muestras de afecto no eran lo suyo.

—Ven aquí, pequeñaja —claudicó, por fin. La cogió en brazos y le dio vueltas.

Las hermanas de Adam se pusieron a la cola. Podrían pedirselo a cualquiera, pero preferían que fuera Oliver quien las cogiera. Eran pequeñas, pero no tontas, yo a su edad también me iría con el más guapito. ¿Qué tendrán los rubios que enamoran?

—Venga, chicos —el padre de Oliver interrumpió la celebración—. Id a cambiaros de ropa y pegaos una buena ducha, os esperamos en la recepción del colegio. Tenéis una pequeña sorpresa.

Celebraciones

Seguíamos todos pletóricos con el resultado del partido. Hacía varios años que los nuestros no conseguían algo así. El *Crowden* organizó una gran fiesta para padres y alumnos. Por supuesto, ya estaba todo preparado antes de que empezara el partido; de lo contrario no habría dado tiempo. Si ganaban, perfecto, y, si perdían, a guardar todo de manera discreta.

En aquella ocasión, la fiesta se celebró en la recepción del colegio. La decoraron con los colores del *Crowden*: blanco y azul (también son los colores del equipo de hockey), y dispusieron bebidas y canapés sobre unas amplias mesas por toda la recepción. Como es natural, no se invitó a todo el colegio, solo a los jugadores y sus familiares. Después de muchas súplicas y promesas hechas a la directora Peters, conseguí colar a mis amigas.

Apenas llevábamos quince minutos en la fiesta cuando aparecieron los protagonistas del día, vestidos con el chándal del colegio. Nos lo pasamos muy bien y brindamos con refrescos por la victoria. De toda la fiesta, los que más comimos fuimos nosotros; los chicos llevaban tantos días con los nervios a flor de piel que, una vez relajados, se les abrió el apetito de manera bestial.

Durante un par de horas, todo fueron risas y apretones de manos. A la hora de marcharnos, nos despedimos de nuestras familias, con más besos y abrazos, y nos marchamos a la residencia. Iba a ser difícil que nos durmiéramos, estábamos todos muy despiertos. Nos metimos en la habitación de Oliver para estar un ratito más todos juntos. Algunos nos tumbamos en la cama, otros en el suelo, otros encima de la mesa de estudio de Oliver...

Cuando la pandilla se fue, a medianoche, nos quedamos solos los tres juntos: Adam, Oliver y yo. Me desvestí y me puse una camiseta de Oliver de manga larga. Fui la primera en meterme en la cama. Mis amigos continuaron comentando las jugadas y viendo las fotos que Nick les había sacado durante el partido con la cámara de su hermano. Cerré los ojos e intenté dormir. Las voces de Oliver y Adam sonaban más y más lejanas hasta que caí en un profundo y reparador sueño.

A la mañana siguiente, en el desayuno, todo el mundo hablaba del partido.

A los chicos les llovieron las felicitaciones, no pudieron ni desayunar tranquilos, pero no les importó, estaban felices.

—Chicos, qué divertida la fiesta de ayer, lo único que faltó fue el champán para brindar —comentó Natalie.

—Ya brindamos con refrescos —le dijo Olivia.

—Pero no es lo mismo, deberíamos brindar siempre con champán.

—No seas pija, Natalie —la reprendió Pear.

—¿Pija? ¿Me llamas pija por querer brindar con champán?

Ninguno contestamos. Silencio positivo. Estábamos todos de acuerdo con Pear. Consideramos que brindar siempre con champán era de pijos.

—¡Qué morro tenéis! Tú —dijo señalando a Adam mientras se ponía de pie—, vas de rockero perdonavidas, pero con la chaqueta de cuero que llevas podríamos comer todos durante semanas. Tú —entonces atacó a Oliver—, tienes dieciséis años y una moto que vale más que algunos coches del profesorado. Moira solo puede ponerse joyas de oro porque, si no, le salen sarpullidos en la piel y tú —me señaló a mí con el dedo—, llevas de marca hasta las bragas. —Se sentó con los brazos cruzados, orgullosa de su discurso y haciéndose la disgustada.

—¿Qué culpa tengo yo de que mi piel reaccione de esa manera?

No importa de lo que se quejaron el resto de aludidos por el ataque de Natalie, porque con lo que se quedó la mayoría fue con la última parte de la frase, la que se refería a mi ropa interior.

—¿Bragas de marca? ¿En serio, *Totó*? —me preguntó Brian.

—Es por el tipo de algodón, que me agrada —intenté defenderme.

—¿Por el tipo de algodón? ¿Qué tiene de singular? —preguntó Marco.

—No lo sé, simplemente me gusta. Discutid sobre la moto de Oliver o la ropa de Adam.

—No, no, no. Tengo curiosidad. Enséñame las bragas para ver qué tienen de especial.

—No pienso enseñarte las bragas delante de medio colegio.

—Solo tienes que mostrarlas por encima del uniforme.

Solté el aire con brusquedad. Puñetera Natalie.

—Pero si ya las has visto mil veces —le dijo Adam a Brian, con cansancio en la voz.

—¿Yo? ¿Cuándo?

—Cuando nos hemos bañado todos en ropa interior en «Once metros», por ejemplo.

—Disculpa, pero en esas ocasiones no me fijaba en las bragas de Sara.

—¿Y en qué te fijabas? —le preguntó Marco, curioso.

Brian nos miró a todos, como si la respuesta fuera obvia.

—Pues en las tetas y en el culo, como todos ¿no?

Los ojos de Brian oscilaron entre los tres chicos. Ellos se hicieron los locos como si no supieran de qué hablaba Brian. Yo intenté cambiar de tema y volver a hablar del partido, pero no hubo manera. Dos minutos después, Brian seguía insistiendo.

—Venga, Sarita, enséñame las braguitas.

Will eligió ese preciso momento para aparecer por nuestra mesa y apoyó ambas manos en ella. ¿Por qué siempre aparecía en los momentos más bochornosos de mi vida? Mis amigos y yo nos miramos de reojo.

—Ni os molestéis, prefiero no saberlo —nos dijo, antes de que intentáramos darle cualquier tipo de explicación—. Tengo un rato libre en media hora, ¿te apetece quedar? —me preguntó, cariñoso, obviando al resto de la pandilla.

—Sí, claro, ¿quedamos en la puerta del colegio? Podemos ir al embarcadero, hace un día estupendo.

—Me parece perfecto —me dio un beso en los labios y se marchó.

Cuando levanté la vista, Brian me seguía observando como esperando algo.

—Brian, no pienso enseñarte las bragas.

—¡Joder! ¡Qué tiquismiquis estás últimamente! —Puso cara de indignado y se metió un trozo enorme de tostada en la boca.

Sin comentarios.

En clase, nadie parecía concentrarse. Los chicos continuaban excitados por el resultado del partido, y las chicas seguían embobadas con el profesor de matemáticas. Bueno, vale, *seguíamos* embobadas. Pero yo podía permitírmelo, ya me lo sabía todo. Con muchísima lentitud, fueron pasando todas las clases de la mañana.

Por fin llegó la hora del almuerzo y fuimos todos al comedor. Como premio por el partido del día anterior, en las cocinas del *Crowden* prepararon un postre muy típico de Escocia: tarta de zanahoria. ¡Qué rica! Me encanta esa tarta, es muy dulce y no sabe demasiado a zanahoria.

Después de comer, salimos un rato al patio. Tenía un ratito libre antes de reunirme con Will en la entrada. Nos sentamos en nuestro árbol, encima del campo de fútbol. Olivia había comprado una revista juvenil donde venían

unos tests muy interesantes. Escogimos uno de ellos: «¿Hasta dónde serías capaz de llegar con tu pareja?». Conseguimos papel y boli y contestamos todos a las preguntas, mientras Natalie anotaba nuestras respuestas. Eran un total de quince preguntas.

Leíamos los resultados del test cuando me di cuenta de que ya era la hora de irme. Llegaba tarde, no me extrañaba que Will siempre se molestara conmigo, por una cosa u otra nunca llegaba puntual a nuestras citas.

—Chicos, lo siento, yo me tengo que ir ya —interrumpí a Olivia que, en ese momento, leía los resultados.

—Te acompañamos, nosotros queremos ir un rato a la sala de música —me dijo Adam.

—Nosotras también vamos, hace mucho que no os vemos tocar. —Pear hizo un gesto al resto de las chicas para que se levantaran.

Íbamos todos juntos hacia la entrada del colegio cuando nos topamos con Tessa, Alcaldesa, y dos de sus esbirros: Megan y Marvin. Juro que nosotros íbamos a pasar de largo, pero ellos buscaban pelea.

—Vaya, vaya, el grupito de los más *guays* al completo.

—Buenas tardes, Tessa, Mayonesa. Qué grata sorpresa —la saludó Brian con ironía.

—No me llames así, me tenéis harta con vuestros puñeteros apodos.

—Cámbiate de nombre —le respondió Adam.

«Aunque se cambiara de nombre, seguro que encontraríamos otra cosa para fastidiarla».

—¿Sabes, Adam? Resulta que no todos podemos hacer siempre lo que nos dé la gana, no somos como vosotros.

—¿Como nosotros? —preguntó Marco confuso.

—Sí, ya sabes, unos enchufados.

¿A qué venía eso? ¿Enchufados? No tenía la menor idea de qué era lo que había podido molestar a Tessa para decirnos aquello, pero, conociéndola, podía tratarse de cualquier cosa.

—Sí, enchufados. ¿O acaso ayer vosotras cuatro —señaló con el dedo a mis amigas— no os colasteis en la fiesta de después del partido?

«Ah, o sea que es eso. Envidia, envidia y más envidia». Debe de ser agotador vivir así. Añorando todo lo que tienen los demás. En el fondo, hasta me daba pena.

—¿Quiénes, nosotras? —preguntó Pear señalándose y haciéndose la inocente.

Tessa no dijo nada. Se cruzó de brazos y nos mostró todo su hastío.

—Te han informado mal, no fuimos a la fiesta, estuvimos en nuestros dormitorios.

—Oh, vamos, Olivia, os vi salir de allí.

—¡Qué feo es espiar a los demás, Tessa Hamburguesa!

—¡Que no me llaméis así, idiotas!

Ya se había puesto roja del enfado, qué sencillo era disgustarla. Mis amigos y yo nos miramos y decidimos que ya habíamos tenido suficiente. No queríamos perder ni un minuto más con ella. Cuando nos alejábamos, Adam se dio la vuelta y le chilló delante de todo el colegio:

—¡Tessa me la pone tiesa!

Casi me muero de la risa. Esa era nueva. Me la apunté. «Gracias, Adam». Cuando entramos en el colegio, Will ya me esperaba.

—Toda tuya, Von Kleist —le dijo Adam con desdén.

Will puso los ojos en blanco y no le contestó. Jamás se llevarían bien.

—Llegas tarde.

—Perdóname, hemos tenido una pequeña pelea con mi archienemiga. — Omití el hecho de que se me había ido el santo al cielo con el test de la revista.

—¿Con Tessa?

—La misma.

—¡Joder, qué pesada es!

—Me has quitado las palabras de la boca.

—¿A dónde vamos? —me preguntó Will, mientras salíamos por la puerta.

—Al embarcadero. Me apetece leer un ratito tumbada con mi guapísimo novio.

—No me hagas la pelota, Sarita. Y el próximo día no llegues tarde o tomaré serias medidas.

Le hice una mueca cariñosa y lo besé en la mejilla. Lo cogí de la mano y salimos al patio. Al salir, Tessa y sus amigos seguían donde los habíamos dejado. Le conté a Will, muy bajito para que solo me escuchara él, la última ocurrencia de Adam, y empezamos a reírnos. Miré de reojo a Tessa, intentando que no me descubriera; no quería darle pie a discutir, me apetecía estar tranquila un rato con Will. Como apenas nos habíamos visto durante el día, Will me sugirió que me pasara esa noche por su habitación y, claro, ¡cómo negarme!

Fuimos hasta el embarcadero y nos sentamos en nuestro árbol favorito.

Saltaba de árbol en árbol, como en el juego de la oca. Will se sentó con los brazos detrás de la cabeza y la espalda pegada al tronco, y yo apoyé mi cabeza en su abdomen. Me encantaba estar así con él. Era muy cómodo. Cuando Will se reía, se le movía el abdomen y, si ascendía por su cuerpo un poquito más, podía escuchar su corazón latir.

El principio del fin

Tessa

—*¡Tessa me la pone tiesa!*

Escuché sus risas alejándose hacia el colegio. «¡Imbéciles!». ¡Los odiaba, a todos! Sobre todo a Summers. «¡Maldito el día en que entró en este colegio y Will se fijó en ella!».

—¡Son unos imbéciles! —Me desahogué con los inútiles de mis amigos, Megan y Marvin —. Pero me la van a pagar. Quien ríe el último ríe mejor.

—¿En qué piensas? —me preguntó mi mejor amiga.

—No lo sé, pero algo se me ocurrirá.

Minutos más tarde, vi a Summers y a Will salir del colegio. Iban cogidos de la mano y se reían por algo. ¡Qué asco daban! «¿Por qué no te fijaste en mí, Will?». Pasaron por nuestro lado y no se dignaron ni a mirarnos, claro, porque ellos estaban por encima de cualquiera. Se creían mejores que los demás y se sentían poderosos cuando estaban juntos.

Intenté cotillear sobre qué hablaban cuando pasaron junto a nosotros, pero con las chirriantes voces de mis amigos era imposible.

—¡Callaos, los dos! —les ordené.

Me puse de espaldas a la parejita y me acerqué con disimulo para escucharlos.

—*¿Vas a entrenar esta noche?*

—*Sí, estoy descuidando mucho mis patines, me apetece estar un largo rato con ellos.*

—*¿Cómo de largo? ¿Te dará tiempo a pasarte por mi cuarto antes de irte a dormir?*

«Vaya, vaya con Santa Summers, a su cuarto, ¿eh?».

—*Bueno, acabaré temprano y, sobre las diez, me paso por tu cuarto,*

bobito.

—*Vale, bobita.*

Se alejaron y no fui capaz de escuchar más. Cada vez eran más empalagosos. Y luego Will iba de duro por el colegio, cuando no era más que otro pringado que había caído en las redes de Summers.

Era un milagro, porque aquel día brillaba el sol como hacía semanas que no lo hacía. Seguí a los tortolitos con la mirada, se dirigían al río. Siempre se tumbaban en ese árbol cerca del embarcadero. Will apoyado contra el tronco del árbol y ella con la cabeza encima del abdomen de él.

Acerté de pleno, porque esa fue justo la postura que adoptaron. Summers abrió el libro que traía en las manos y se puso a leer. Parecían felices y me corroyó la envidia. Yo debería de ser la novia de Will. Lo supe desde el primer momento en que lo vi, cuando tan solo tenía siete años. Fue un flechazo.

Todavía podía saborear el triunfo de ganar a Summers en el campeonato, y la fuerte discusión que tuvieron después ella y Will. Fue un gran día. «Pobre enamorado, su novia lo pierde en una apuesta, pero aun así, él pierde el culo por volver con ella. Patético».

Una idea comenzó a forjarse en mi mente. Cada segundo, tomaba más forma. Tenía que hacer algo que los separase para siempre. Pero no podía ser nada que molestara a Will, no, debía de ser algo que Summers no perdonara. Estaba visto que él perdonaba cualquier cosa, pero ella no lo creía...

Lo decidí en ese instante. Era un plan magnífico, no podía fallar y tenía que ser esa noche, no sabía cuándo se me presentaría otra oportunidad igual.

—Se me está ocurriendo un plan de venganza contra esos dos idiotas. — Señalé con la cabeza a los enamorados. Mis amigos siguieron mis ojos y observaron a los susodichos.

—¿Contra Summers y Von Kleist? —me preguntó mi amigo.

—Sí.

—Tessa, no sé cómo puedes pensar en hacer algo contra Sara después de la amenaza de su hermano —me advirtió Marvin ante mi respuesta.

—Bah, Daniel pasa de ella.

—¿Y por qué te amenazó?

—Por fingir que su hermana le importa algo, pero todo el colegio sabe que es mentira. La realidad es que los hermanitos Summers se llevan a matar y se odian.

—No lo sé, yo me andaría con ojo, no me gustaría tener a Daniel de

enemigo.

—A mí tampoco —dijo Megan—. Y Will, ¿qué? ¿No tienes miedo de su reacción?

—No. ¿Qué puede hacerme?

—Yo qué sé, Tessa. Esos dos son peligrosos, y más si unen sus fuerzas.

No me convencerían, quería separarlos costara lo que costara.

—El plan ya está en marcha y no se hable más, solo necesito dos cosas. Una: que alguien me consiga un tranquilizante, algo que se les dé a los caballos para que se relajen, por ejemplo. Y dos: necesito que tú —señalé a Megan— vigiles a Summers hoy en la pista de hielo, sin que te descubra, por supuesto, y me mandes un mensaje cuando se dirija a la habitación de su futuro exnovio.

—¿Qué vas a hacer con los tranquilizantes?

—Necesito que Will esté bien dormidito para que no dé problemas y se deje hacer.

—Tessa, ¿qué vas a hacer? Me estás dando miedo. Ten cuidado con el tranquilizante, a ver si le vas a hacer algo a Will.

—No te preocupes, le daré una dosis pequeña. Y, en cuanto a lo que pienso hacer, no seas impaciente, mañana estará en boca de todo el colegio...

«Disfruta mientras puedas, Sara Summers, porque esta noche se te va a caer el mundo encima y ojalá no te levantes en mucho tiempo».

36

El fin

Esa (fatídica) noche me fui a la pista a practicar antes de mi encuentro con Will. En los últimos tiempos, lo tenía descuidado. A pesar de haber practicado mientras los chicos entrenaban, no era suficiente. Los campeonatos en los que yo podía participar ya habían finalizado, pero, aun así, me gustaba ir a la pista y patinar. Era casi todo mi mundo.

Aquel año no gané nada. Después de perder contra Tessa, quedé descalificada para el campeonato. Pero el año siguiente no pensaba perder. Iría a por todas, aunque tuviera que entrenar doce horas diarias, para mí no entrañaba ningún sacrificio.

Pensaba que podía ser mi último año para competir porque, luego, con la Universidad... No quería pensarlo, se me abrió un pequeño abismo bajo mis pies al pensar que no podría seguir patinando con asiduidad.

Hacía algunos meses no estaba segura de querer dedicarme al patinaje de manera profesional. Pero ya no tenía dudas. Tantos meses sin competir hicieron que me diera cuenta de que el hielo era mi vida. Lo amaba, y ya había tomado la decisión. Quería convertirme en patinadora profesional. Mientras me movía en el hielo pensaba: ¿y si le confesaba a mi padre que ansiaba dedicarme a patinar? Podía estudiar una carrera universitaria en cualquier momento, no tenía prisa. Podía patinar unos años y, más adelante, estudiar algo que me satisficiera. Qué ilusa, desconocía lo que la vida tenía preparado para mí.

—¡Sara! —me llamaron mis amigos.

—¡Chicos! No esperaba veros por aquí después de la gran victoria de ayer. ¿No queréis descansar de patines?

—Hemos venido a verte, como te pasas el día con Von Kleist... —me acusó Adam. Pero lo hacía desde el cariño.

—¿Os apetece echar un partido de los nuestros? —nos preguntó Marco.

Todos asentimos. Yo lo que quería era patinar, me daba igual practicar giros o jugar un partido de hockey hielo con mis amigos.

—Estupendo —dijo Brian—, Oliver y yo seremos los guardametas.

—Vale —añadí yo—, Oliver y yo contra vosotros tres.

Todos estuvieron de acuerdo. Oliver fue hacia una de las porterías y yo me acerqué a él.

—Vamos a darles una paliza, nene.

—¿Estrategia de siempre? —me susurró mientras se ponía en posición.

—Por supuesto, es infalible.

Nos reímos y nos pusimos en nuestros puestos. Cuando Oliver y yo jugábamos en el mismo equipo, casi siempre ganábamos.

Comenzó el partido. Cuando jugábamos entre nosotros, no seguíamos las reglas a rajatabla; bueno, no seguíamos las reglas, punto. Todo valía para ganar: empujones, subirnos en la espalda del otro, zancadillas, tirones de pelo... Nos lo pasábamos genial. Hacía tiempo que no jugábamos todos juntos, aunque faltaban las chicas. Cuando estábamos toda la pandilla, era más divertido porque éramos más y nos hacíamos más perrerías.

Después de una hora jugando, habíamos hecho tantas trampas que no sabíamos ni quién había ganado. Ya era tarde y los chicos se querían ir a descansar.

—¿No vienes, Totó? —me preguntó Adam. Los cuatro se quitaban ya los patines, pero yo quería quedarme un rato más en la pista.

—No, he quedado con Will en media hora, hago un poco de tiempo aquí y voy para allí.

—Vale, ¿te espero en tu cuarto? —Adam se acercó a la barandilla de la pista. Ya estaba preparado para irse, siempre es el primero en estar listo. Con lo vago que es para algunas cosas y lo rápido que es para otras.

—No, ya voy yo al tuyo, no tardaré mucho, no vamos a hacer gran cosa. —Tan solo queríamos vernos un ratito antes de irnos a dormir y el dormitorio de Adam estaba justo enfrente del dormitorio de Will.

—No quiero saber nada de lo que vais a hacer Von Kleist y tú, y con más motivo ahora que ya habéis hecho... «eso». —Adam se tapó los oídos mientras caminaba hacia la salida.

—Follar, Adam. Se dice follar. Repite conmigo. —Brian se burlaba de Adam parafraseándolo.

—¡Cállate! —le dijo Adam, dándole una colleja en el cuello.

Practiqué un poco más yo sola, hasta que vi que el reloj marcaba las once de la noche. Le había dicho a Will que me pasaría sobre las diez... ¡Me iba a matar! ¡Otra vez tarde! Esperaba que no se hubiera quedado dormido. Salí de la pista y fui hacia los vestuarios. Decidí darme una ducha caliente rápida; ya

que pretendía estar un ratito con mi novio, no quería oler a sudor y, entre el partido y el entrenamiento, sudaba bastante.

Me metí en la ducha y noté cómo se me destensaban los músculos. Estuve cinco minutos bajo la agradable agua. Me sequé bien la piel con la toalla y me eché crema hidratante por todo el cuerpo. Después, me sequé el cabello con el secador, me peiné y me vestí. No había llevado gran cosa para cambiarme, unos *leggings* negros, un jersey largo que me llegaba hasta el culo y la trenca. En Escocia hace mucho frío, aun en esa época del año. Metí la ropa sucia en la mochila y me marché.

Cuando salí del polideportivo llovía, no muy fuerte, pero lo suficiente para que me mojara si estaba mucho rato a la intemperie.

Me colgué la mochila en el hombro derecho, me puse el gorro de la trenca y corrí a la residencia. Se me había hecho muy tarde. Llamé a Will para que me abriera la puerta, pero no contestó al móvil. Me pareció extraño. Pensé que se habría quedado dormido. No creí que estuviera disgustado por llegar tarde. Llamé a Pear, que me contestó al segundo tono.

—¿Sara?

—Hola, estoy en la calle, ábreme la puerta, por favor.

—¿Qué haces a estas horas en la calle?

—Me he liado en la pista.

—¿Liado como la última vez que te tuve que abrir?

«Qué graciosa».

—No, hoy estoy sola, graciosa. Venga, ábreme que me estoy congelando.

—Bajo, tardaré un poco, estoy en el noveno piso.

Me colgó. ¿En el noveno piso? Ese era el piso de Will y los chicos y, claro, el de mi hermano también. Para ser solo «amigos con derecho a roce», pasaban mucho tiempo juntos a mi entender. ¿Se estaría enamorando mi hermano de mi mejor amiga? Pear interrumpió mis pensamientos cuando me abrió la puerta.

—Venga, pasa, que hace mucho frío —me susurró.

—¿Qué hacías tú en el piso de los chicos? —la piqué, mientras subíamos las escaleras despacio, intentando hacer el menor ruido posible. A esas horas, los vigilantes solían andar dando paseos de última hora.

Pear me miró con un brillo en los ojos que jamás había visto en ella. «Joder, está colada por él». Solo esperaba que aquello acabara bien o tendría que recoger los pedacitos de mi mejor amiga. Perder a Daniel sería letal para

ella. Pensé entonces en lo que sería perder a Will: devastador.

—¿Y tú a dónde vas?

—He quedado con mi novio.

Me sonrió socarrona.

—Ay, brujilla...

Nos reímos la una de la otra durante varios tramos de la escalera. Era maravilloso estar enamorada y poder compartirlo con tu mejor amiga y que ella estuviera viviendo eso mismo.

Llegamos a nuestro destino. La habitación de mi hermano era la primera del corredor. La de Will era la última.

—Nos vemos mañana, Pear.

—Hasta mañana, cuñada —me despidió pletórica. Abrió la puerta y se metió decidida en la habitación de mi hermano.

Me dio apuro pensar que mi hermano supiera que me dirigía a la habitación de Will; seguro que Pear le había dicho que salía a abrirme la puerta y seguro que nos había oído despedirnos en su puerta. Aquellas paredes eran de papel. En época de exámenes, escuchaba hasta el despertador de la habitación de al lado, siempre a las cuatro de la madrugada, para repasar. La gente necesitaba repasar; yo no, las páginas de mis libros de texto se quedaban grabadas en mi memoria con solo leerlas una vez. Pensé que me encantaría saber qué se sentía al olvidar las cosas.

Llegué a la habitación de Will con el gorro puesto, aún no había entrado en calor. Qué ganas tenía de verlo y estar un rato con él. Decidí no golpear la puerta, no quería hacer ruido, y Will siempre la dejaba abierta cuando sabía que me pasaría a hacerle una visita.

Entré, y lo que descubrí se quedó grabado en mi retina para siempre. Sí, puedo jurar que anhelaba saber qué se sentiría al olvidar las cosas.

La cama de Will estaba en una posición diferente a la mía. La mía descansaba a la derecha de la puerta, pegada a la pared. La de Will estaba al fondo de la habitación, debajo de la ventana. Will dormía en la cama, como me imaginaba. Pero no estaba solo. Mi corazón dejó de latir y la habitación comenzó a dar vueltas. Podía ser por la falta de aire en mis pulmones, ya que se me había olvidado cómo respirar. Cerré fuerte los ojos para ver si se trataba de una pesadilla. Los abrí de nuevo, pero todo seguía igual.

El dormitorio estaba en penumbra. A tientas, busqué el interruptor y, cuando lo localicé, encendí la luz. La rubia que abrazaba a la persona que me acababa de clavar un cuchillo en el corazón se levantó desorientada.

Era Tessa.

Tenía ganas de vomitar y me ahogaba. Tessa lucía horrorizada al ver que los había descubierto.

—¡Oh, joder, Will! ¡Sara nos ha descubierto! —le dijo Tessa a un Will todavía dormido.

Pensé que debía de estar muy cansado para no despertarse ni siquiera con la luz de la habitación. El cuchillo clavado en mi corazón salió y volvió a entrar. Se me cayó la mochila al suelo. No hizo apenas ruido, pero, al parecer, el suficiente para que Will se despertara.

—¿Sara?

«¿Cómo puede ser tan falso como para llamarme con ese tono de dulzura en su voz, como si me estuviera esperando?». Percibí su vista desenfocada. No terminaba de despertarse del todo, parecía drogado, pensé que quizá lo estuviera. ¿Acaso no se acordaba de que se había acostado con Tessa? ¿De que me engañaba con ella a saber desde cuándo? Quizá ni siquiera era virgen cuando lo hizo conmigo. Una lágrima resbaló por mi mejilla. Intenté vocalizar, pero mi garganta no emitía ningún sonido. Todos los órganos de mi cuerpo habían dejado de funcionar; todos, excepto mis ojos.

Will me miró y vio la expresión horrorizada de mi cara. Siguió mi mirada hasta su compañera de cama. Tessa se levantó completamente desnuda, no se había puesto ni las bragas la muy zorra, después de tirarse a mi novio. No podía soportarlo más, si no salía de allí en ese instante, acabaría vomitando. Me di la vuelta y salí de la habitación.

—¿Pero qué coño haces tú aquí?

¿Que qué coño hacía yo allí? Escuché sus palabras cuando ya volaba por el pasillo. «¡He venido porque habíamos quedado! Qué mala suerte, Will, que se te haya olvidado y te haya pillado con tu amante. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?». Ese era el único pensamiento que tenía.

—¡Sara! —Escuché los gritos de Will mientras bajaba corriendo las escaleras. No sé cómo no me caí, no sé cómo las piernas me respondieron. Las lágrimas brotaban de mis ojos sin freno y veía todo borroso.

—¿Will, qué pasa?

—¿Dónde está Sara? Acabo de dejarla aquí hace un minuto.

Creí escuchar la voz de mi hermano y de mi mejor amiga, pero no estaba segura, tenía un fuerte pitido en los oídos que no me dejaba escuchar otra cosa que no fueran mis sollozos y el fuerte latido de mi corazón, que había pasado de estar parado a ir a mil pulsaciones por segundo.

Bum, bum, bum.

Lo escuché en mi pecho más fuerte que nunca, estaba a punto de salir de mi cuerpo. Seguí bajando las escaleras, tan rápido que parecía que volara. Llegué a la planta baja y salí por la puerta. Desde fuera estaba cerrada, pero desde dentro siempre permanecía abierta por motivos de seguridad.

Salí a la fría y oscura noche. Seguía lloviendo, pero no sentía nada. Aún no me había quitado el gorro. Aunque no lo llevara puesto, no habría hecho el más mínimo amago de ponérmelo. Necesitaba que la lluvia se llevara todo rastro de Will de mi piel.

Bum, bum, bum, repetía mi corazón.

Desconocía a dónde me dirigía, solo necesitaba correr más rápido para que Will no pudiera alcanzarme.

Bum, bum, bum.

Corrí como si se me fuera la vida en ello. Mis piernas tenían vida propia y decidían mi camino. Mi mente se colapsó, solo repetía la imagen de Will y Tessa abrazados en la cama y, luego, la imagen de ella desnuda saliendo de debajo de las mantas, y otra vez Will y Tessa abrazados en la cama. Era un bucle.

Me metí entre los arbustos y, aunque continuaba corriendo, estaba más tranquila, porque estaba segura de que no podría alcanzarme. Era imposible que me vislumbrara entre aquella oscuridad y me conocía esos caminos mejor que nadie. Podía moverme por allí con los ojos cerrados.

—*¡Sara! ¡Sara!*

La voz de Will se escuchaba más lejana, hasta que dejó de oírse. Yo seguía corriendo bajo la lluvia, sin destino, sin alma, sin nada. Con todo.

Sola.

Las caídas de Sara

Las caídas

de Sara

1

Esa fatídica noche

Will

Percibía luz; demasiada luz. Me molestaba. Quería abrir los ojos, pero no era capaz ni de separar las pestañas.

«¿Qué me sucede? ¿Dónde estoy?». Oía voces. Alguien intentaba decirme algo, había oído mi nombre. Y el de Sara.

Intenté abrir los ojos, una vez más, sin éxito. No era capaz de levantar los párpados. Percibí un movimiento a mi lado. «¿Estoy dormido? ¿Por qué no consigo despertarme?».

Insistí, con todas mis fuerzas, hasta que mis ojos comenzaron a abrirse. Oí un golpe seco, como si algo se hubiera caído al suelo. Me encontraba boca abajo y, por la fina rendija que se abrió entre mis ojos, conseguí ver mi almohada. Me di media vuelta y miré hacia la puerta. «Creo que el ruido que he oído viene de esa zona». Me incorporé, despacio, y vi a... «¿Sara?». No conseguía enfocar la mirada.

—¿Sara? —pregunté a la silueta parada en mi puerta.

Entrecerré los ojos, para ver mejor, y entonces la distinguí, era ella. Pero algo no marchaba bien, porque no me había contestado. «¿Por qué me mira de esa manera? ¿Qué ocurre? ¿Por qué parece que está a punto de romper a llorar?».

Seguí su mirada hasta el lado izquierdo de mi cama, y di un respingo por el escenario que se presentó ante mis ojos, ahora abiertos del todo. «¿Tessa? ¿Qué cojones hace Tessa en mi habitación y en mi cama? Joder, ¡y está desnuda! ¿Qué coño pasa? Tiene que tratarse de una jodida pesadilla. ¿Estoy soñando?».

—¿Pero qué coño haces tú aquí? —grité a la rubia, que se vestía sin pudor.

Moví la vista a mi novia, que justo salía corriendo por la puerta. «¡Oh, joder!».

Me di cuenta de lo que debía de estar pasando por su cabeza. «No, no, no. Sara, esto no es lo que parece. No entiendo qué coño hace aquí Tessa». Me levanté, me puse los primeros pantalones vaqueros que encontré,

tirados por el suelo, y ni me molesté en abrochármelos. Salí acelerado de mi habitación, en busca de Sara, pero no estaba.

—¡Sara! ¡Sara! —la llamé, sin obtener respuesta.

Corrí hasta el final del pasillo y miré por la escalinata. No podía verla, pero escuchaba el sonido de pisadas que golpeaban con fuerza el mármol. En ese momento, la puerta de la habitación de Dan se abrió y aparecieron por el umbral Pear y él.

—Will, ¿qué pasa? —me preguntó mi amigo, inquieto, con la frente arrugada. No llevaba camiseta, no había que ser muy vivo para saber lo que estaban haciendo.

—¿Dónde está Sara? Acabo de dejarla aquí hace un momento. —Pear se asomó al pasillo y miró hacia mi habitación en busca de su mejor amiga. Llevaba el pelo despeinado y tenía los labios hinchados de enrollarse con mi mejor amigo.

Los miré sin contestarles. No había tiempo. Bajé por las escaleras, a toda hostia, a la vez que llamaba a Sara a gritos. Salí a la calle y miré hacia ambos lados. Llovía con intensidad y era de noche, por lo que la visibilidad era prácticamente nula. No había ni rastro de Sara. Pensé que quizá no había sido ella la que bajaba por las escaleras, que tal vez se había metido en la habitación de Adam o en la de Oliver. «¡Joder, no lo sé! Estoy atontado, no consigo despertarme».

Comencé a recorrer los alrededores del edificio para ver si la localizaba. No me había dado tiempo a calzarme, así que sentía, a cada paso, cómo se clavaban miles de piedras y, vete a saber qué más mierdas, en las plantas de mis pies.

Después de dar varias vueltas, me rendí y regresé a la residencia. Me choqué en la entrada con Dan, que ya se había puesto una camiseta, y que, al parecer, me estaba buscando.

—Will, ¿qué ocurre? ¿Dónde coño está mi hermana? —Estaba nervioso, no es tonto e intuía que algo importante sucedía con Sara.

—Joder, no lo sé —contesté, desesperado, pasándome las manos por el pelo.

Lo esquivé y subí por las escaleras, corriendo, los nueve pisos. Me faltaba la respiración y me quemaban los pulmones, pero no me detuve. Dejaba un rastro de agua a mi paso y me resbalé, pero me agarré a la barandilla y no me caí.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Qué coño significa eso, Will?

Dan me seguía de cerca. «¡Mierda!». No podía contestar a sus preguntas porque sabía lo mismo o menos que él. Pensaba, mientras subía, en qué cojones había podido suceder. «¿Qué coño hacía Tessa desnuda en mi cama?». No me acordaba de nada.

Hice un esfuerzo y recordé que, en la cena, Tessa se había acercado a mi mesa a decirme algo, pero no recordaba el qué, no le presté atención. Me importaba una mierda lo que tuviera que decirme. Estuve un rato hablando y bebiendo cervezas con los chicos. Me fui temprano a mi dormitorio porque había quedado con Sara. Ella quería patinar un rato, pero, después, íbamos a reunirnos en mi cuarto. Estaba esperándola cuando empecé a tener sueño... Y lo último que recordaba era su silueta, que me miraba horrorizada y destrozada. «¡Joder! Debe de estar pensando lo peor».

Decidí buscarla primero en la habitación de Adam, quizá se había ido con él y yo me había obcecado al pensar que había bajado por las escaleras... «¡Joder, no lo sé! Por favor, que esté con Adam».

Llegué, exhausto, a mi piso y corrí hasta el final del corredor. Pear continuaba preocupada en la puerta de la habitación de Dan. Asesté golpes tan fuertes a la puerta de mi vecino que podría haberla tirado abajo. Por suerte, a los pocos segundos, me abrió un Adam adormilado y en pijama.

—¿Von Kleist? —me preguntó, desconcertado—. ¿Qué coño quieres? ¿Te has vuelto loco? —De repente, estaba cabreado. Sara me había comentado, en más de una ocasión, que tenía muy mal despertar.

—¿Está Sara contigo? —Sonaba desesperado. Aún no había recuperado la respiración. «Por favor, dime que sí. Por favor».

Su expresión se transformó de enfado a desconcierto. Entonces lo supe. «Mierda. No está aquí».

—¿Cómo que si está Sara conmigo? Se supone que está contigo.

—¡Joder, joder, joder! —Me di la vuelta, llevándome las manos a la cabeza, y despeinándome el pelo más de lo que estaba. Adam salió de su dormitorio y me sujetó del brazo, con fuerza, colocándonos frente a frente.

—¿Qué ha ocurrido? —Parecía preocupado.

Comenzamos a oír murmullos por los pasillos. Los alumnos habían oído nuestros gritos y salían de sus habitaciones movidos por la curiosidad.

Tessa eligió ese puto momento para abandonar mi habitación y hacer su aparición estelar. La miré de arriba abajo: llevaba el pelo despeinado, los labios hinchados y el maquillaje corrido. Para rematar, había salido a medio vestir.

Me miré a mí mismo: joder, tenía la misma pinta indecente que ella. Además, estaba calado de pies a cabeza y solo llevaba encima unos pantalones vaqueros sin abrochar. No hay que ser muy listo para adivinar cuáles fueron las putas conclusiones que sacaron todos los que nos rodeaban. El primero en hablar, y en golpear, fue Adam.

—¡Hijo de puta! —Sentí su rechazazo en la mandíbula. Si hasta ese momento quedaba algún rastro de adormecimiento en mi cuerpo, la adrenalina de la más que probable próxima pelea hizo que me despertara.

—No es lo que parece —intenté defenderme.

Me fijé en Dan, que me miraba horrorizado. «Joder, Dan, tú no. Tú no puedes pensar lo mismo que el resto. Sabes lo importante que es tu hermana para mí».

—Dan, no. ¡Dan, mírame! —Intenté zafarme de Adam, que insistía en pegarme. Lo aparté de un empujón, pero volvió a la carga y me asestó otro puñetazo, esa vez en el ojo. Quise devolvérselo, pero estaba enajenado y yo aún no me había recuperado de la carrera. Encajé dos puñetazos más, antes de que pudiera asestar el primero en su pómulo izquierdo. Mi mejor amigo permanecía impassible mientras Adam me vapuleaba.

—¡Dan, te juro que no ha pasado nada! —Me encontré con el azul aguamarina de sus ojos. Sentí como el párpado del ojo se me cerraba por el golpe que me había dado Adam—. Dan, confía en mí, por favor. No ha pasado nada. —No aparté mi mirada de la suya, tenía que creerme. Intenté mostrarle toda la sinceridad de la que era capaz hasta que descubrí, aliviado, el momento en el que decidió confiar en mí.

—Adam, ya basta. Deja que se explique —intervino mi mejor amigo. Adam dejó de golpearme. Me sorprendió que lo hiciera. Aunque es cierto que Dan y Adam siempre se han llevado bien. Son algo parecido a amigos. Y se respetan el uno al otro.

—¿Qué pasa aquí?

«De puta madre, el que faltaba. El jodido Oliver Aston». Su queridísimo amigo enseguida lo puso en antecedentes.

—Pasa que este hijo de puta se ha tirado a Tessa. —Nos señaló, alternativamente, a la otra implicada y a mí.

—¿Qué? —Oliver lucía sorprendido. No me hubiera esperado jamás esa reacción por su parte. Pensé que se lanzaría a pegarme puñetazos como Adam, sin preguntar. Debía de tener algo más de cordura que su mejor amigo. Su siguiente pregunta fue la que hizo que sintiera una gigantesca

presión en la boca del estómago.

—¿Dónde está Sara?

No me quedó más remedio que responder. Además, necesitaba explicarme.

—No lo sé, joder. He salido corriendo detrás de ella, pero no la he localizado. En la calle no la he visto y pensé que, quizá, estaba contigo, o con Adam. —Recibí, sin previo aviso, otro puñetazo en la mandíbula. Adam me había vuelto a golpear. Y sería el último golpe que recibiría sin defenderme. Nos enzarzamos en una pelea de la hostia. Incluso nos caímos al suelo y dimos vueltas sin control.

—¡Basta ya, Adam! —Dan se aproximó a nosotros y apartó a Adam (que insistía en darme patadas) de encima de mí.

—¿Tú de qué parte estás?

Aquella pregunta del jodido Oliver Aston iba dirigida a mi mejor amigo.

—Tranquilos todos, joder. A veces las cosas no son lo que parecen. Will, ¿qué ha pasado? Explícanoslo. —Dan me ofrecía la oportunidad de que me explicara. Volví a estrujarme la cabeza con las manos.

—No lo sé, joder. ¡No lo sé! —Me estaba volviendo loco—. He venido temprano a mi habitación porque había quedado con tu hermana, ya lo sabes, y me he debido de quedar dormido. Estaba muy cansado, no entiendo por qué, no me había sentido cansado en la cena.

—Continúa.

—Cuando me he despertado, ella —señalé con el dedo a Tessa, que se había parapetado detrás de uno de sus amigos, cuyo nombre ni sabía— estaba en mi cama, desnuda. —Percibí cómo Oliver perdía todo el autocontrol que poseía (que no es poco)—. Pero no ha pasado nada. Si hubiera sucedido algo entre nosotros, yo lo sabría, pero estoy seguro de que no. ¡No entiendo qué coño hacía allí!

—¡Y una mierda que no lo sabes, cabrón! ¡No te creo ni una puta palabra! —Adam quería volver al ataque, pero Dan se colocó en medio, en un intento de detener la inevitable pelea.

—¡Vale ya, jod...!

Mi amigo no pudo terminar su frase, porque Oliver se acercó a él y le asestó un puñetazo en la mandíbula.

—Pero ¡¿qué coño haces?! —Dan soltó un gruñido de dolor y se palpó la zona donde Oliver lo había golpeado.

Miré hacia Oliver, que estaba descontrolado. Observaba a Dan con un

odio que jamás había visto en él. «¿Por qué coño estos dos se llevan tan mal? ¿Qué puede tener Oliver en contra de Daniel?». Lo apuntó con el dedo.

—Esta es la última vez que le das la espalda a tu hermana sin recibir tu merecido, Summers.

Arremetió contra él y le pegó un puñetazo en los riñones. Lo que sucedió a continuación es difícil que se me olvide en lo que me queda de vida. Dan le devolvió el golpe y se enzarzaron a pegarse, sin control. Se empotraron contra la pared y no supe quién pegaba a quién, porque solo veía un lío de piernas y brazos. Esos dos hacía años que se buscaban el uno al otro, solo fue necesario que alguien o algo encendiera la mecha.

Adam no perdió su oportunidad y me atacó de nuevo. Me enzarqué en mi propia pelea, y perdí de vista a Dan y Oliver. Me dio un golpe en las costillas que me dejó sin respiración. Estuvimos así horas, según mi parecer, aunque lo más probable es que hubieran pasado segundos hasta que nos separaron. A ellos, los detuvieron Marco y Brian, y a nosotros, mis amigos, Aaron y Jack.

—¡Oliver! ¡Oliver! ¡Detente! Ya está, tranquilo. Tranquilo. —Escuché las palabras con las que Brian intentaba tranquilizar (o controlar) a Oliver.

Cuando nos separaron a Adam y a mí, vi cómo Brian sujetaba a Oliver por los hombros. Tosí y me cagué en todo, por el horrible dolor abdominal que me provocó. Intenté respirar despacio.

Se había formado un amplio círculo de gente a nuestro alrededor. La mejor amiga de Sara se encontraba dentro del círculo. Se la veía inquieta, la situación la había sobrepasado. Brian sujetaba a Oliver en un extremo mientras que Marco sujetaba a Dan en el extremo opuesto. Ella dudaba sobre qué lado escoger. Su mirada oscilaba entre Oliver y Dan. Cuando atisé las primeras lágrimas por sus mejillas, supe qué decisión había tomado.

Se colocó enfrente de Dan, lo miró con dolor, y retrocedió hasta situarse junto a Oliver. «Es leal a Sara por encima de todo y de todos». Mi amigo cerró los ojos, con dolor, y asintió con la cabeza. Le gustaba más esa chica de lo que quería aparentar.

Oliver

Me pasé el brazo por la boca en un intento de retirar la mayor cantidad de sangre posible. Palpé mis pantalones vaqueros hasta que detecté el teléfono móvil y las llaves de la moto. Acababa de llegar a mi habitación cuando comencé a escuchar todo el alboroto. No me había dado tiempo a desvestirme.

—Voy a buscarla —expresé en alto, sin dirigirme a nadie en particular. Di media vuelta y me dirigí a las escaleras con prisa.

—Te acompaño. —Adam me alcanzó mientras bajaba los peldaños a toda velocidad.

Llegamos a la planta baja y salimos a la calle. Miramos para ambos lados, en un vano intento por descubrir qué dirección habría podido elegir Sara, pero no teníamos ni puta idea. Sara es muy imprevisible, había podido ir a cualquier parte. Aun así, la conozco bien, y se me ocurrieron un par de lugares por donde empezar a buscar. Había que comenzar por algo.

—Voy a coger la moto para dar una vuelta por los alrededores.

—Bien, yo voy a buscarla por el colegio. ¿Dónde ha podido ir?

—No lo sé, Adam. No lo sé.

Fui al garaje, me monté en la moto y arranqué. Salí disparado, sin ponerme el casco, no quise perder ni un segundo. Primero di vueltas por los posibles lugares a los que había podido ir Sara dentro del colegio, pero no la encontré.

«¿Dónde estás, nena?».

Salí del colegio por el camino que lleva a nuestro paraíso secreto, por el que Sara me incitó a saltar cuando tenía nueve años. La moto entraba a duras penas por aquel camino, tuve que sortear árboles, ramas y un montón de obstáculos más. A propósito, me acerqué a «Once metros».

«¿Es posible que hayas ido allí?». Era una puta locura hacerlo con ese tiempo y esa oscuridad, pero Sara es capaz de eso y mucho más. Debía de estar desesperada. Era consciente de que conocía esos caminos como la palma de su mano, pero, aun así, estaba muerto de miedo. Era muy peligroso que anduviese sola por allí, y más en el estado en el que se encontraría. Podría resbalarse y caerse o... «No, joder, no puedo ni imaginármelo. Necesito encontrarla».

El corazón me latía desbocado y pronto estuve empapado por completo; hacía rato que había comenzado a llover con intensidad. La visibilidad era casi nula y lo único que conseguía ver era el pequeño trayecto que me alumbraba el foco de la moto. Por suerte, conocía bien el camino.

Poco después, distinguí el claro donde se sitúa «Once metros». Tenía todas mis esperanzas puestas en encontrarla allí; de lo contrario, no sabía qué más hacer. El corazón me dio un vuelco por la inquietud de no encontrarla. Me introduje con la moto por el estrecho camino embarrado hasta que, por fin, llegué.

«Joder, no veo nada». Me bajé de la moto y corrí hacia el «cenote». La imagen de Sara saltando con esa lluvia y esa negrura pasó por mis ojos. «No, por favor». El solo hecho de pensarlo provocaba que me temblara todo el cuerpo.

Me acerqué al precipicio y me puse la mano encima de los ojos, a modo de visera, para evitar que se me empañaran más los ojos por la puta lluvia. Oí unos leves sollozos. Tenía que ser ella. Rastreé todo el borde hasta que la encontré.

Miré al oscuro cielo y di gracias a Dios, a pesar de no creer en él. Sara estaba sentada en el borde del precipicio y se sujetaba las rodillas con los brazos mientras balanceaba su cuerpo adelante y atrás. Sin perderla de vista, saqué mi teléfono del bolsillo de mi pantalón vaquero, y marqué el número de Adam. Me contestó al primer tono.

—La tengo.

Colgué.

Adam

—*La tengo.*

Repetí las palabras de Oliver en mi cabeza. La había encontrado. Todo estaba bien. Ella estaba bien, lo supe por el tono de voz con el que había hablado Olly por teléfono, a pesar de que solo fueron dos palabras. Alivio.

Me guardé el teléfono y regresé a la residencia. Subí por las escaleras, con cuidado, porque estaban llenas de charcos de agua. Cuando llegué a mi piso, descubrí que se había organizado la de Dios en nuestra ausencia.

Había un montón de alumnos, chicos y chicas. Entre ellos, el cabronazo de Will y el idiota de Daniel. Me entraron ganas de partirles la cara, a los dos. Pocas veces me posicionaba tan en contra de Daniel Summers, pero aquella vez... aquella vez le hubiera roto los dientes por no defender a su hermana. «Capullo». Ambos estaban empapados de arriba abajo, por lo que intuí que habían salido a la calle a buscar a Sara.

La directora Peters estaba en medio de todo el jodido barullo. Parecía preocupada y enfadada a la vez. También habían hecho acto de presencia varios profesores; todos se preguntaban dónde podía estar Sara. Escuché a la directora exigirle a Will una explicación. «Como si el muy gilipollas fuera a aclararte algo». A Tessa no la vi por ningún sitio. «Cobarde».

Recorrí el largo corredor hasta llegar a mi habitación. No quise saber nada de ninguno de ellos. En la puerta de la habitación de Marco, descubrí a toda la pandilla al completo. Les hice un gesto con la cabeza, imperceptible para los demás. Olly había encontrado a Sara y ellos lo sabían. A Pear la vi muy afectada, quise ir a abrazarla, pero me contuve. No quería mostrar nada a los demás. Más tarde, la buscaría e intentaría tranquilizarla.

Los alumnos y profesores me abrieron el paso a la espera de algún tipo de explicación sobre el paradero de Sara. «Pues van listos». Daniel no se contuvo y me preguntó directamente:

—Adam, ¿la habéis encontrado?

—No —le contesté sin detenerme, y sin mirarlo.

Con el rabillo del ojo, vi sus rostros llenos de preocupación. Era muy tarde, y Sara no había aparecido. Desde luego, no sería yo quien los sacara de su incertidumbre.

Abrí la puerta de mi dormitorio y la cerré de un portazo, en sus narices,

sin ningún tipo de arrepentimiento por dejarlos en la ignorancia respecto al paradero de Sara. «Que se jodan, los dos».

2

El dolor de la traición

Bum, bum, bum.

Mi corazón latía acelerado y resonaba en los tímpanos de mis oídos.

Bum, bum, bum.

Me detuve en cuanto estuve segura de que Will no me seguía. «Oh, Will, ¿por qué me has hecho esto? ¿Por qué insististe en volver conmigo si no me querías? Solo tenías que seguir tu camino sin cruzarte con el mío. Yo no te obligué a nada, no te acosé, no te perseguí, no... no lo entiendo. ¿Y si nunca me has querido?».

El nudo de mi estómago se agrandó con ese último pensamiento, me apretaba, y me ahogaba, ante la nueva posibilidad que se abría en mi cerebro.

Lloraba sin consuelo mientras caminaba y apartaba las ramas de los árboles que encontraba a mi paso. No salí a la carretera, hice todo el camino por el bosque. Me tropecé con una rama del suelo, que no vi, y me caí al barro. Me quedé sentada en el suelo. Llovía sin control. No sentí dolor, no sentí nada. Debí de clavarme alguna rama, o algo similar, en la mejilla, porque empecé a sangrar; lo supe porque noté el sabor metálico de la sangre en mi boca. Miré hacia mis piernas, hundidas en el fango, y descubrí que tenía un agujero en el pantalón, a la altura de la rodilla, y que sangraba.

La lluvia aceleró el proceso de limpieza y provocó que me resbalara la sangre por la mejilla. Me pasé el brazo por el rostro para limpiarme. Me levanté y continué caminando. Vagué por el bosque durante algunos kilómetros, no podía calcularlos, mi cerebro estaba en modo «off».

Llegué a «Once metros» sin pretenderlo. Estaba sola. Nunca me había sentido sola en aquel paraíso. Pero no sentí miedo, no tengo miedo a la oscuridad, ni a la soledad. Y, si hubiera aparecido un malhechor, estoy segura de que yo daba más miedo que él. Debía de tener una pinta horrible entre el barro, la lluvia y la sangre.

«¿Qué me has hecho, Will? Hice bien en no concederte todo mi corazón, hice bien en guardarme una parcela para mí; de lo contrario, no sé qué sería de mí».

Me tumbé en el suelo, junto al precipicio, en posición fetal. No me quedaban fuerzas para seguir en pie. Me abracé las rodillas con los brazos. No conseguía dejar de darle vueltas a todo lo sucedido.

Ignoraba si había dejado de llover. Tenía los ojos cerrados y seguía sin sentir nada. Me incorporé y puse la palma de mi mano hacia arriba: las gotas rebotaron en mi piel. Seguía lloviendo.

Me levanté y me asomé al precipicio. «¿Y si salto?». Era de noche, pero sabía con exactitud lo que tenía bajo mis pies y desde qué punto debía saltar para que no me pasara nada. Solo buscaba un poco de paz. Necesitaba esos segundos de caída libre en los que mi mente se quedaba en blanco. Me asomé, de nuevo, al precipicio; solo había oscuridad. No podía arriesgarme. Cerré los ojos y me senté en el borde.

No sé cuánto tiempo estuve sentada. Me mecía con mi cuerpo, intentaba calmarlo. La lluvia me caló por completo y tiritaba de frío. Hacía pocos minutos que había empezado a sentir. Quizá no fueron minutos, quizá fueron segundos, u horas. Era imposible saberlo. Todavía la noche era muy oscura. Hubiera preferido no haber empezado a sentir. Me dolía el corazón. Demasiadas puñaladas clavadas en él para una noche y, cada vez que rememoraba lo ocurrido... una nueva puñalada más.

Creo que lo peor de todo, lo que provocó que me hundiera de aquella manera, fue no entender por qué Will me había hecho aquello. Me sentí traicionada, por primera vez en mi vida. Era un sentimiento tan nuevo y tan feo. Y con mi mayor enemiga. Me hubiera dolido menos si hubiera sido con otra cualquiera (creo), pero con Tessa, con esa mirada de satisfacción que me lanzó en cuanto la vi en la cama de Will, eso fue lo que me mató. Me sentí estúpida, derrotada de la forma más... humillante. ¿Tan sencillo era acabar conmigo? Me acordé de los griegos y del caballo de Troya. Hay maneras y maneras de perder una batalla, o una guerra, y aquel, sin duda, fue un golpe maestro por parte de Tessa.

De repente, sentí calor por el cuerpo. Era lejano, pero real. Detuve el tren de pensamientos que me asfixiaba desde hacía horas, y volví al mundo real. Alguien me abrazaba.

Oliver. Era su olor. Sabía que me encontraría, pero estaba tan ensimismada en mi batalla interna que no lo oí venir. Escondí mi cabeza en su cuello y lloré sin consuelo. Me faltaba el aire.

Oliver intentó calmarme, pero no era fácil. Jamás me había sentido tan impotente. Tan derrotada. Y lo odié. Odié esa sensación.

Oliver nos mecía a los dos juntos. No sé el tiempo que permanecemos así. En aquella fría noche, el tiempo no existía. Hasta que percibí que mi cuerpo no tocaba el suelo. Oliver me había cogido y me llevaba en sus brazos.

—Tenemos que salir de aquí, estás temblando y tienes la piel muy fría. Podría darte una hipotermia en cualquier momento, llevas demasiado tiempo expuesta al frío y a la humedad.

Me sentía confusa. Pasaba, en segundos, de la consciencia a la inconsciencia. «¿Qué sucede? ¿Dónde estoy? Tengo mucho sueño».

Oliver me sentó en algún sitio, miré hacia abajo y descubrí que era su moto. Como me encontraba a salvo, y en casa, quise cerrar los ojos y dormir.

—Eh, nena. —Me dio golpecitos en la mejilla, muy suaves, pero suficientes para despertarme—. Nena, no te duermas, ¿vale? Necesito que te sujetes muy fuerte a mí mientras estemos en la moto.

Lo miré, por primera vez, y vi su rostro lleno de moratones y restos de sangre. Me dio un vuelco el corazón.

—Olly —le susurré, a la vez que acariciaba su mejilla con mis dedos. No había susurrado porque tuviera miedo a que alguien nos escuchara, sino porque me había quedado sin voz—, ¿qué te ha pasado en la cara?

—No te preocupes por eso ahora.

¿Cómo no iba a preocuparme! ¿Se había pegado con Will? Me humedecí los labios y tragué saliva. Tenía la boca seca.

—¿Te has peleado con él? —Me dolía el pecho por tener que pronunciar su nombre—. ¿Con Will?

Oliver, que en esos momentos me miraba a los ojos, apartó la mirada.

—Sí, me he peleado con Will.

«¿Por qué me ha apartado la mirada? Porque miente, pero ¿por qué? ¿Qué ha pasado?». No insistí, no tenía fuerzas. Estaba cansada. Lo descubriría más tarde.

—Ayúdame a quitarte el abrigo. —Olly me bajó la cremallera y me sacó la parca por los brazos. Me dejé hacer—. Eso es, muy bien. Ahora vamos a ponerte el mío, que está menos empapado.

Se sentó delante, al volante, y me apreté a su espalda. Le rodeé la cintura con mis brazos y apoyé la cabeza en su espalda. Advertí que sacaba algo de sus pantalones.

—Alex, sí, soy Oliver. Necesito que vengas a recogernos. A Sara y a mí, luego te lo explico. Hace un tiempo de mierda para ir en moto hasta Edimburgo. Nos encontramos por el camino. Bien, esa gasolinera me parece perfecta. Trae algo de ropa seca. Para los dos, sí, coge lo primero que encuentres. Y Alex, ven rápido, por favor.

Oliver se giró hacia mí y me colocó el casco en la cabeza, pero no parecía

satisfecho.

—Nena, estás muy débil. Tengo miedo de que te caigas de la moto. He quedado con tu hermano a ochenta kilómetros de aquí. Es bastante trayecto. Ven, ponte tú delante.

Oliver me colocó en la parte de delante, pero de espaldas al manillar. Se sentó enfrente de mí y me obligó a rodearle la cintura con mis piernas. Abracé su nuca y apoyé la cabeza en su pecho. Tirité, del frío que tenía. Me sujeté a él con las últimas fuerzas que me quedaban. Solo entonces arrancó la moto. A los pocos segundos, me quedé dormida.

Dos minutos (es el tiempo que me pareció a mí) después de dormirme, sentí cómo frenábamos y nos quedábamos quietos en la moto. El viento ya no me azotaba el cuerpo. Abrí los ojos, desorientada, y vi que habíamos parado en una gasolinera. «¿Será esta la gasolinera de la que hablaba Oliver?». Tenía la sensación de conocerla, pero mi cerebro seguía apagado. Me incorporé y atisbé, a escasos metros, el BMW negro de mi hermano Alex. «A lo mejor no he dormido dos minutos, quizá ha pasado más tiempo».

Mi hermano se acercó corriendo a nosotros. Llevaba la cabeza tapada con la capucha de la sudadera, pero lo reconocí. Seguía lloviendo.

—Oliver, ¿qué coño ha pasado? ¿Tú sabes qué hora es? ¿Y por qué estáis llenos de barro?

Eran demasiadas preguntas, aunque muy lógicas, teniendo en cuenta nuestro aspecto. Me bajé de la moto y Alex pudo fijarse más en mí.

—¡Sara, estás sangrando!

«¿Estoy sangrando?». No me acordaba. Mi hermano se puso nervioso. Comenzó a toquetearme por todas partes para asegurarse de que todo estaba en su sitio.

—Ha debido de caerse en el bosque, son solo rasguños, tranquilo, me he fijado bien. Parecen más aparatosos por la sangre y el barro —le explicó Olly.

—Aston, ¿qué coño ha pasado? —repitió mi hermano, cabreado y asustado.

—Luego te lo explico todo, Alex. Te lo prometo. Ahora hay que meter a Sara en el coche y ponerle ropa seca, está congelada.

—Sí, meteos en el coche los dos —accedió mi hermano mayor—. Deja la moto aquí aparcada y vendremos mañana a por ella.

Pensé que la situación era desesperada para que Oliver aceptara abandonar, en mitad de la nada, su bien máspreciado, pero no dije nada.

Seguía sin articular palabra, ellos solos llevaban todo el peso de la conversación. Oliver se quitó el jersey y se lo tendió a mi hermano.

—Toma, mójalo con agua limpia mientras nos ponemos la ropa seca.

Mi hermano asintió y se fue. Oliver abrió la puerta de atrás y me introdujo en el coche, con cuidado. Me desvistió sin que yo opusiera resistencia. Al sacarme el jersey por la cabeza, me rozó la herida de mi rostro y me encogí por la molestia. Debí de darme cuenta porque cuando me sacó la camiseta interior, tuvo más cuidado. Después, me quitó las playeras y los *leggings*. Tenía toda la ropa empapada, incluso la ropa interior. Pero esa no me la quitó. Me puso ropa seca: un pantalón de chándal y una sudadera que me quedaba enorme. Debían de ser de mi hermano. Después de ocuparse de mí, se cambió él de ropa.

Alex entró en el coche, con el jersey empapado, y se lo tendió a Oliver.

—Gracias, Alex. Arranca el coche, por favor. Llévanos a casa.

Oliver me sujetó la barbilla y comenzó a limpiarme la herida con el jersey mojado. Escocía.

—Tranquila, acabo ya. Solo quiero limpiarte, por encima, para que no se infecte.

Cuando dio por concluido su trabajo, me tumbó en su regazo y me quedé medio dormida. Aún tiritaba. Oliver me acariciaba la espalda, en círculos, y, poco a poco, entré en calor, hasta que me dormí. Un rato después, me desperté, pero me quedé en un estado de duermevela que solo me permitió escuchar retazos de la conversación del coche.

—*¿Está tu padre en casa?*

—*No, está en California con mi abuelo.*

—*Mejor.*

...

—*¿Qué cojones ha pasado, Oliver? ¿Por qué está así mi hermana?*

—*Se ha peleado con Will y ha salido corriendo del colegio cuando más llovía. La he encontrado en el bosque.*

—*¿Por qué se ha peleado con Will?*

—*Eso tendrá que contártelo ella.*

...

—*¿Saben en el colegio que estáis conmigo?*

—*No lo creo. Solo he llamado a Adam para que supiera que la había encontrado y, conociéndolo, no creo que haya avisado a nadie.*

—*Joder, Oliver, esta vez la habéis liado bien. Más tarde, a una hora más*

prudente, llamaré a Amanda para informarla de todo.

Me desperté del todo y me incorporé. Me encontraba mejor. No me sentía tan desorientada y había entrado en calor. Debía de hacer, como mínimo, cuarenta grados dentro del coche. Miré por la ventana y, al instante, reconocí el paisaje: los árboles, las casas, la curiosa silueta de las farolas...

—¿Ya hemos llegado a casa? —pregunté.

—Sí, estamos a cinco minutos.

Me apoyé en el respaldo de mi asiento y cerré los ojos una vez más. Minutos después, mi hermano detuvo el coche en la entrada de casa y nos dijo que fuéramos entrando mientras él aparcaba el coche en el garaje.

Cuando entré por la puerta, no sabía qué hacer. Oliver entró en el servicio y yo me quedé, de pie, en el recibidor. Estuve ahí un rato hasta que apareció mi hermano con algo en la mano.

—Quítate esa ropa, Sara. Y ponte esto. Estarás más cómoda. —Alex me tendió uno de mis pijamas y ropa interior seca.

No me molesté en ir a mi habitación. Me quité la ropa en la entrada y la dejé caer al suelo. Cuando estuve lista, mi hermano me puso la mano en la parte baja de mi espalda y me empujó a la cocina.

—Vamos, te prepararé un té. ¿Te apetece?

No le contesté.

—Me lo tomaré como un sí.

Me senté en una de las sillas de la cocina mientras Alex trasteaba en los armarios. Oliver enseguida se unió a nosotros. Traía, en las manos, algodones y varios productos desinfectantes. Colocó todo encima de la mesa y se sentó a mi lado. Seguía con la misma ropa que le había prestado mi hermano, que, si a mí me quedaba enorme, a él le quedaba bastante justa. Tenía el cabello húmedo y despuntaba hacia todas partes. Nos quedamos los tres en silencio. Mi hermano me sirvió el té y lo cogí con las manos. Estaba caliente. Oliver sacó su teléfono móvil de uno de los bolsillos del pantalón y marcó un número.

—Mamá, soy yo. No, tranquila, estoy bien. Solo quería decirte que estoy en casa de Sara. Sí, claro, en Edimburgo. Ya sé que son las cinco de la mañana. Mamá, por favor, no te pongas histérica, los dos estamos bien. No, nos ha traído Alex en coche. Avisa al colegio, por favor, nos hemos ido sin decir nada. Mamá, no, no vengas. ¡Joder!

Moví la cabeza como una autómatas hacia Oliver. No le pedí explicaciones, pero me las dio de todas maneras.

—Mi madre viene hacia aquí. —Lanzó cabreado el móvil a la mesa.

El té seguía intacto en mis manos, enfriándose. Oliver giró nuestras sillas hasta que quedamos frente a frente. Muy cerca. Nuestras rodillas chocaron.

—Esto te va a doler un poco. Intenta aguantar, seré rápido.

Asentí con la cabeza. Comenzó a curarme la herida. No dolió «un poco», dolió mucho, pero no me quejé. Su respiración me dio de pleno en la mejilla y su aliento entró por mis fosas nasales. Tenía una gota de agua en la punta del cabello a punto de caer. Esperé unos segundos, hasta que cayó a su mejilla. Seguí todo su recorrido hasta que desapareció por el cuello.

—No bajes la cabeza, nena. —Me sujetó la barbilla y me subió la cabeza para poder curarme bien la herida. Me encontré con sus ojos. No nos dijimos nada, no era necesario.

Una vez terminó con mi mejilla, fue a por mi rodilla. Me levantó el pantalón del pijama y lo arremangó hasta el muslo. Agarró mi pierna, por detrás de la rodilla, y la examinó con atención. Me dio suaves toques, con un algodón empapado en agua oxigenada y sopló, a la vez, para que me escociera menos.

Media hora después, llamaron a la puerta. Oliver suspiró y se levantó para abrir.

—Ya voy yo, fijo que es mi madre —informó a mi hermano.

Supe el momento exacto en el que mi amigo abrió la puerta por los gritos de su madre, que llegaron hasta la cocina. Cuando entraron en la estancia y Laura me vio, le cambió la expresión de la cara. No me había mirado en el espejo, pero no me hacía falta, debía de tener un aspecto espantoso. Y los algodones con sangre seca y los tubos desinfectantes, encima de la mesa de la cocina, tampoco ayudaban. Para rematar, aún tenía el pantalón remangado, que dejaba la herida de la rodilla al descubierto.

—Dejadnos solas, chicos —ordenó a mi hermano y a su hijo pequeño sin dilación.

—Mamá...

—Ahora, Oliver. Y sécate ese pelo. —Oliver seguía con el pelo húmedo y se le había rizado por las puntas. Me resultó muy curioso que, en mi situación, me fijara en esas cosas.

Mi hermano y mi amigo obedecieron y se marcharon. Nos quedamos las dos solas. En silencio.

—¿Qué ha sucedido, Sara? —Laura se quitó el abrigo y lo colocó en el respaldo de una de las sillas de la cocina. Se sentó, enfrente de mí, en la

misma silla que momentos antes había ocupado su hijo.

No contesté. Pensar en ello suponía ponerme a llorar y no quería.

—Cariño, sé que no soy tu madre, pero déjame intentar ser algo parecido. —Me cogió la mano con las suyas—. Habla conmigo. Necesitas sacarlo. Cuéntame qué ha pasado. No voy a reñirte por escaparte del colegio, solo pretendo ayudarte.

Yo seguía sin emitir palabra. Suspiró de manera ruidosa. Me recordó a Oliver.

—Yo también he tenido tu edad, y ese sufrimiento que hay en tus ojos solo puede deberse a una cosa. —La miré interrogante—. Mal de amores. ¿Es por ese chico? ¿Will?

Asentí con la cabeza, era lo máximo que era capaz de hacer.

—Hija, ojalá los padres pudiéramos guiarnos por el camino de la vida para evitar que os equivoquéis y que sufráis. Pero no podemos, tenéis que ser vosotros los que os caigáis y aprendáis a levantaros. La vida no es fácil y está llena de pruebas, pero no estás sola. Yo no puedo dar los pasos por ti, pero voy a estar a tu lado todo el camino. Si tú me dejas, claro.

—¿Va a dejar de dolerme?

Sabía que no me refería ni a la herida de mi cara, ni a la de mi rodilla.

—Oh, cariño —se levantó de la silla y me abrazó. Rompí a llorar—, por supuesto que sí, quizá no desaparezca del todo. Eso depende de lo reales que sean tus sentimientos hacía él. El amor adolescente es... amor adolescente, intenso, sin duda, pero ¿real? Ya veremos. Cada día dolerá menos y te sentirás mejor, te lo prometo.

—Quiero que pase el tiempo rápido, no soporto que duela tanto. —Tenía el rostro apoyado en su hombro y le empapaba toda la camisa con mis lágrimas, mientras sus brazos me aferraban con fuerza.

—Shhh. Lloro cariño, déjalo salir.

Un rato después, seguía sin poder calcular cuánto tiempo había pasado. Permanecía sentada en el sofá con las piernas flexionadas y la cabeza apoyada en el hombro de Laura. Conseguí conciliar el sueño, pero antes escuché, adormilada, la conversación de Oliver con su madre.

—*Vete a la cama, Oliver. Tienes que dormir, estás a punto de desfallecer.*

—*No, no importa. Estoy bien.*

—*Vete a la cama. No es una sugerencia.*

Me dormí.

Desperté en el sofá de mi casa. Alguien me había tapado con una manta.

Sospeché que no había pasado apenas tiempo desde que me había quedado dormida. A pesar de que me habría gustado poder conciliar el sueño durante más de dos horas seguidas, era imposible; las imágenes de Will con Tessa se negaban a salir de mi cabeza. Alex, sentado a mi lado en el sofá, percibió que me había despertado.

—Acabo de hablar con Amanda. —*Amanda*. Como mi hermano ya no estudiaba en el colegio, no tenía que dirigirse a ella como «directora Peters»—. Le he dicho que estáis en casa, Oliver y tú. Ni te imaginas la que se ha liado. Papá viene de camino, que lo sepas. Ha cogido el primer vuelo para Edimburgo. Llegará en unas horas. ¿Qué ha sucedido, Sara? Necesito que me des algún tipo de explicación.

Oliver apareció por el salón; se le veía cansado, no tenía pinta de haber dormido más que yo. Se sentó en la mesita de enfrente del sofá. Sonó un teléfono móvil. No reconocí la melodía. No era el mío, ni el de Oliver.

—*Daniel* —respondió Alex—, *sí, está aquí. No, llevamos unas horas en casa. No, no está sola, Oliver también ha venido. ¿Cómo que por qué coño no te he llamado? Aquí el que tiene que pedir explicaciones soy yo. ¿Vienes a casa?* —Oliver se movió de su asiento e hizo un gesto de negación a mi hermano Alex. Parecieron entenderse entre ellos—. *No, Daniel, no vengas. ¡He dicho que no! ¡Tú te quedas en el colegio, voy a llamar para que no dejen salir! ¡Pues te jodes! Es lo que tiene ser menor de edad. ¡Coño! ¡Puto niño!*

La conversación cesó de repente. «Daniel ha debido de colgar el teléfono».

—¿Me vas a explicar qué ha pasado? —Mi hermano parecía cansado de aquella situación.

—He pillado a Will con Tessa, en la cama.

Alex abrió los ojos por la sorpresa.

—Sí, haciendo lo que estás pensando.

—No puede ser, Will no haría algo así. Está loco por ti.

—Sí, al parecer por mí y por Tessa, como mínimo... —Me tumbé en el sofá y me cubrí la cabeza con la manta. Al poco, me dormí.

Aquel día transcurrió como si fuera un sueño; hubo momentos en los que no estaba segura de si soñaba o estaba despierta. «¿Ha venido Laura a obligarme a comer? ¿Ha discutido Alex, de nuevo, por teléfono con Daniel?». Empecé a tener consciencia del tiempo que transcurría. Estaba a punto de anochecer. Había pasado un día. Toda la pandilla contactó conmigo

a través del teléfono de Olly; no sabía ni dónde estaba el mío. Lo había perdido. Hablé con todos ellos y les dije que estaba bien, que no se preocuparan.

Mi padre apareció por la puerta de casa después del anochecer. Se le veía muy enfadado. Echó a andar hacia mí, dispuesto a echarme la bronca del siglo, hasta que vio mi expresión. Y mi cara, que, aunque aún no me hubiera mirado al espejo, sabía que no estaba en uno de sus mejores momentos. Se detuvo en el medio del salón.

—Hija, ¿qué te ha ocurrido?

—Papá...

Me levanté del sofá y eché a correr a sus brazos. Lo abracé con todas mis fuerzas. Tiró el maletín al suelo y me devolvió el abrazo.

—Shhh, tranquila, cariño, ya estoy aquí. —Mi padre me acarició la espalda y me besó la cabeza. Todo iría bien. Mi padre había llegado.

—Papá...

Esa noche, Laura regresó a mi casa con su marido y su hijo Nick. Me entretuvieron con viejas historias de cuando ellos eran adolescentes. Consiguieron que olvidara mi dolor por momentos, pero la tranquilidad no duró demasiado.

—Sara, cariño, no te obligo a ir mañana al colegio porque son las dos de la mañana y quiero que descanses, pero, pasado mañana, tienes que regresar. He hablado con Amanda y he conseguido suavizar la situación. No habrá consecuencias académicas por lo que has hecho, pero no vuelvas a hacer algo así, no te imaginas lo preocupada que estaba hasta que Alex la avisó de que estabas en casa. Estuvo a punto de llamar a la policía para que te buscaran. Hacerse mayor significa hacerse responsable, lo entiendes ¿verdad?

—Sí, papá.

No había opción a réplica, debía volver a mi infierno particular. Por supuesto que no habría consecuencias, contaba con ello. Sé cómo funciona mi mundo. No quería enfrentarme a Will ni a Tessa, pero mi padre tenía razón. Tenía que madurar y afrontar las cosas.

3

De vuelta a la cruda realidad

Qué rápido vuela el tiempo cuando no quieres que pasen los días. Aquella mañana, mi padre detuvo el coche enfrente de la puerta del colegio y me quedé unos segundos sentada, mirando por la ventana, mientras que tanto él como Oliver se bajaban del coche. Cogí aire con fuerza y salí. El cielo estaba encapotado. Era un día gris, en breve comenzaría a llover. Yo me sentía igual de gris.

A la hora del recreo, debía presentarme en el despacho de Peters. Imaginé que me daría el sermón de turno y listo. Lo positivo de que hubieran transcurrido un par de días desde mi huida fue que su enfado no estaría tan fresco. Si me hubiera pillado la misma noche, estoy segura de que hubiera sido más dura conmigo. Reconozco que nunca fue demasiado severa. Me tenía en alta estima o, vulgarmente hablando, me tenía enchufe. Yo me aprovechaba de ello y hacía lo que me daba la gana en el colegio. ¿Quién no lo haría en plena adolescencia? Además, los internados no son tan inflexibles como todo el mundo cree, llegas a tener una relación tan estrecha con los profesores que se vuelven permisivos (la mayoría de ellos), y las normas se adaptan a las necesidades de los alumnos.

Mi padre me dio un fuerte abrazo y se marchó. Nos quedamos solos Oliver y yo.

—¿Y si nos fugamos? —sugerí a mi compañero de batallas.

—¿A dónde te gustaría ir?

Pensé con detenimiento en su pregunta. «¿A dónde me gustaría ir? A tantos sitios. Me gustaría conocer el mundo entero. Pero, si me dan a elegir, y cualquier lugar es válido...».

—Me gustaría ir a Hogwarts.

—Nena, Hogwarts no existe —me dijo, poniendo los brazos en jarras.

—¿Quién lo dice?

—Yo.

«Listillo prepotente».

—Podría convertir a Will en rana. No, mejor —empecé a animarme—, ¡en pájaro! Odia las alturas, podríamos tirarlo desde la torre más alta y a Tessa... ¡podríamos convertirla en rata!

Oliver se rindió y decidió seguirme el juego. Mi intención era hacer tiempo, y él lo sabía. Prefería llegar tarde a clase y evitar a la gente chismorreando a mi alrededor mientras llegaba el profesor.

—¿En rata? ¿No prefieres en algún tipo de insecto? Podríamos encerrarla en un bote de cristal y agitarlo a todas horas.

—¡Qué mezquino puedes llegar a ser! Me gusta.

Me guiñó un ojo y entramos en el colegio. Como íbamos tarde, nos dirigimos directos a clase. Nos habíamos puesto el uniforme en Edimburgo. Cuando nos aproximamos a nuestro destino, divisé a alguien sentado en el suelo y apoyado en la pared junto a la puerta de nuestra aula. Se sujetaba la frente con las manos y miraba hacia el suelo.

Era Will.

Mi corazón despertó y empezó a latir muy rápido. Estábamos los tres solos, el resto de alumnos habían entrado a clase. Oliver se tensó a mi lado.

—¡Sara! —Se levantó en cuanto me vio y se aproximó a nosotros, pero manteniéndose a una distancia prudencial: tanteando el terreno que pisaba.

Inspiré y expiré. Inspiré y expiré. Me preparé para lo que se avecinaba. En aquellos momentos, deseé que Will y yo no compartiéramos colegio. Es más sencillo olvidar a alguien si no lo ves. Me fijé en su rostro: estaba en peores condiciones que el de Oliver. Como solo habían pasado dos días, aún tenía el ojo morado y el labio hinchado. Me sorprendió que, en una pelea cuerpo a cuerpo, Oliver hubiera dado una paliza a Will. No porque Oliver no fuera fuerte, sino porque nunca se había pegado con nadie. Demasiado contacto físico.

—Tenemos que hablar. —Se acercó más a mí—. Déjame explicarte lo que sucedió, o mejor, lo que no sucedió la otra noche.

«¿Explicarme? ¿Qué tiene que explicarme? No quiero saber nada. ¿Por qué no me deja vivir en paz? ¡Que se olvide de mí!».

—Will, déjame pasar, no quiero que me expliques nada. —Hice un amago para alcanzar la puerta de mi clase, pero se puso delante de mí, bloqueándome el paso.

—Espera, por favor, las cosas no son como crees que son.

«¡Oh, claro! ¿Qué me va a decir ahora? ¿Que Tessa apareció desnuda en su cama, misteriosamente?». No voy a negar que sentía curiosidad por saber la mentira que iba a inventarse. Lo que no entendía era por qué insistía en tener algo conmigo si no me quería. «¿No le bastaba con tener a todas las demás?». Porque podía tener a quien quisiera. «¿Por qué tanta insistencia

conmigo?».

Oliver se ponía más tenso a cada minuto. Si no intervino, fue porque yo le había pedido que se mantuviera al margen pasara lo que pasara. Aun así, me daba la sensación de que estaba a punto de explotar. No quería que se pelearan; habíamos tenido peleas en el último año como para cubrir una década entera. Tenía que conseguir que Will se fuera y nos dejara entrar en clase.

—Está bien. Quedamos dentro de una hora en la clase de al lado. A esa hora está vacía.

Sentí cómo me atravesaba la mirada de Oliver, pero no dijo nada. Will suspiró de alivio.

—Perfecto, te espero en una hora. —Se dio media vuelta para irse, pero retrocedió—. Te dejaste la bolsa de deporte en el suelo de mi habitación. Dentro tienes el móvil y todas tus cosas.

Estiró la mano y me tendió la bolsa. Ni me había dado cuenta de que la llevaba colgada del hombro. Al cogerla, nuestros dedos se rozaron y sentí un calambrazo. Nos miramos con tristeza y se marchó. Miré a Oliver y dije que *no* con la cabeza. No me apetecía dar explicaciones.

Después de llamar, abrimos despacio la puerta de clase y entramos. Veinte cabezas se giraron para cotillear quién había llegado. Cuando vieron que éramos nosotros, cuchichearon entre ellos, pero volvieron a su posición original. Aunque hubo algunos alumnos que no apartaron la mirada. Contaba con ello. Me negué a mirar hacia el sitio de Tessa, y era consciente de que ella sí me observaba a mí.

—Summers, Aston, llegan tarde. La próxima vez, se quedan fuera —nos reprendió el profesor de matemáticas.

Nuestro profesor favorito, todo lo que tenía de guapo lo tenía de mala leche. Vaya bomba de hombre. Nos sentamos en nuestros asientos, intentando hacer el menor ruido posible. Toda la pandilla me preguntaba con los ojos si me encontraba bien. «Sí, estoy bien». Me senté a la derecha de Adam, y, junto a mí, se sentó Oliver. Lo observé con detalle y vi que arrastraba secuelas de una pelea en el rostro. ¿También Adam se peleó con Will? ¿Por eso estaba mi exnovio en tan malas condiciones? ¿Tuvo que enfrentarse a los dos a la vez? Me extrañó bastante que mis amigos abusaran de él siendo dos contra uno.

—¿Tú también te has pegado con Will? —le susurré, para que no nos oyera el profesor.

—¿*También*? —me preguntó, extrañado, arrugando la frente.

—¡Summers! —Me sobresalté por el grito del profesor. «Joder, qué susto»— ¿Cree que lo sabe todo y por eso se permite el lujo de hablar en clase?

«Sí». Él se dio cuenta de que me estaba echando la bronca a mí y era consciente de que no podía hacerlo con las típicas frases que les soltaba al resto de alumnos. Movi6 la cabeza, reprendiéndose a sí mismo, e intentó retractarse.

—No distraiga al señor Wallace, por favor.

Durante el resto de la clase, nos mantuvimos entretenidos mientras resolvíamos, en parejas, un ejercicio que había planteado el profesor en la pizarra.

Crucé varias miradas con Pear y la sentí muy triste. Había hablado varias veces con ella por teléfono durante los días anteriores, y me dio esa sensación, que estaba apagada. No me gustaba verla así, necesitaba hablar con ella y averiguar qué le sucedía. Cuando el profesor abandonó la clase, me levanté de mi sitio preparada para mi encuentro con Will.

—¿A dónde vas? —me preguntó Adam.

—He quedado con Will —le expliqué en un tono neutro.

—Sí, muy graciosa.

Lo miré y le hice entender que hablaba en serio. Se levantó de la silla como un resorte.

—¿Estás loca?

—No, he quedado con él para exigirle que me deje en paz y no vuelva a mirarme en su vida.

—Ah, en ese caso, me parece bien. Te acompaño.

Me di la vuelta para hacerle una advertencia y me choqué con él, porque venía pegado a mí. Levanté el dedo índice.

—Adam, no más peleas. Bastante tengo encima con... —suspiré—. Prométeme que vas a comportarte como una persona civilizada.

—Te lo prometo —me dijo, con la mano en el corazón.

—Yo os espero en el pasillo —nos dijo Olly.

Cuando entré en el aula donde había quedado con Will, él ya me esperaba dentro con mi hermano. Daniel y yo nos miramos. Intenté descifrar su mirada, no sabía si estaba enfadado conmigo porque no había hablado con él en esos dos días, o si estaba contento de verme entera o... yo qué sé. Se acercó a mí y cuál fue mi sorpresa cuando vi que tenía heridas en el rostro.

«¿Pero qué pasó después de que abandonara la habitación de Will? ¿Mi hermano se había peleado con Will, por defenderme?». Por una parte me alegraba de que por una vez se pusiera de mi lado, pero, por otra parte, tres contra uno... No me pareció justo.

—Sara —me llamó mi hermano.

Quise terminar con aquello cuanto antes.

—Dejadnos solos, por favor.

Adam y mi hermano se miraron y aceptaron mi petición a la primera. Salieron del aula, pero no cerraron la puerta.

—Tienes cinco minutos, Will. Aprovechalos como mejor veas.

Will me miró dolido. «¡Qué valor! Deberían darle el Oscar al mejor actor. Pero, cuanto más finja, mejor para mí, porque cada vez que veo cómo me miente a la cara, más lo odio y, después del odio, viene el olvido». Me crucé de brazos y lo observé con desdén. Will estuvo varios segundos sin articular palabra, pensando. Se apoyó en la mesa del profesor y cruzó los brazos, imitando mi postura.

—Te va a dar igual todo lo que diga, ¿verdad?

«Qué listo eres cuando quieres, Will. No perdamos más nuestro tiempo y acabemos con esto». No contesté. Silencio positivo.

—Tú ya me has juzgado y sentenciado.

Más silencio positivo.

—Lo has hecho sin darme la más mínima posibilidad de defenderme, de intentar explicarme. Sabía que vendrías cabreada, pero pensé que estarías dispuesta a escucharme y a intentar arreglar las cosas. Pero tú no quieres arreglar una mierda.

Miré el reloj, con descaro, para que viera mi gesto.

—Cuatro minutos.

Will se rio, creo que de impotencia. «¿Qué pensabas? ¿Que me engañarías con tu actitud de niño bueno?».

—No confías en mí —se mordió el dedo gordo de la mano—, nunca lo has hecho. —Dejó caer la mano a su costado—. ¿Sabes? No mereces ni el intento.

Lo vi dirigirse a la puerta contrariado y cabreado. Cuando pasó junto a mí, puso tres dedos a escasos milímetros de mi cara.

—Me han sobrado tres putos minutos, Sarita.

«Ya está hecho. Se acabó, Will». Se me anegaron los ojos de lágrimas. «No, por favor. Esperad a que salga del aula y cierre la puerta. No quiero que

me vea llorar». Me mantuve en mi posición con la vista puesta en la pizarra; recuerdo que había un montón de fórmulas escritas y que no era capaz de distinguir ninguna de ellas. Veía todo borroso. «¿Por qué no ha sonado la puerta?».

Giré la cabeza y miré por encima del hombro. Will sujetaba el pomo de la puerta sin abrirla. «Vete, vete ya, por favor. ¿A qué esperas?». Las lágrimas se agolpaban en mis ojos y tuve que hacer un esfuerzo titánico para no dejarlas salir. No quería parecer débil delante de él. Pero Will no se marchó, aún tenía algo que decirme.

—Una última cosa. Dan y yo vamos a hacer todo lo posible por demostrar que yo no he hecho nada. Y, cuando tenga las pruebas, voy a mostrártelas enfrente de tus preciosos ojos y, después, cuando descubras que yo tenía razón, puedes irte a la mierda. Se acabó, Sara. No quiero tener nada que ver contigo, me has demostrado que nunca me has querido, porque, de haberlo hecho, me habrías dado un voto de confianza.

«¿Cómo puede decirme algo así? Y luego soy yo quien da vueltas a las cosas. No pienso permitir que se vaya diciendo la última palabra. ¿Y por qué dice que Dan lo va a ayudar? No creo que mi hermano le perdone lo que me ha hecho. *Mejor fuera que dentro*, me dijo la madre de Oliver. Y, si no saco de mi sistema toda esta amargura que me corroe, me va a carcomer».

—¿Cómo puedes ser tan falso y tan cabrón? —Cogí lo primero que encontré al alcance de mi mano, un estuche azul marino de algún alumno, y se lo lancé a la cabeza. Will lo esquivó y me miró encolerizado—. ¿Cómo puedes hablarme tú de amor cuando no sabes lo que es querer? ¡Te has follado a otra cuando pensabas que no miraba, capullo!

Vino lanzado hacia mí y se detuvo a escasos centímetros de mi cara.

—¡Yo no me he follado a nadie que no seas tú! —Me dio golpecitos en la cabeza con el dedo índice—. ¡Métetelo de una puta vez en esta cabecita!

Le aparté el brazo con un fuerte manotazo; tan fuerte que incluso me hice daño en el dedo meñique.

—¡NO ME TOQUES!

Adam y Daniel entraron en el aula, alertados por nuestros gritos. Oliver llegó un segundo después. Daniel tomó la palabra.

—Estáis los dos muy alterados, así no vamos a conseguir nada. Will —le tendió el brazo—, vámonos, dejemos pasar unos días a ver si conseguimos relajarnos todos, ¿vale? Creo que es lo mejor.

«Will, ¿vamos? ¿Mi hermano se marcha con mi exnovio, que me ha

engañado con otra?».

Dan y yo vamos a hacer todo lo posible por demostrar que yo no he hecho nada.

«No, no puede ser. Es imposible». Mis ojos oscilaban entre uno y otro. Daniel continuaba con la mano tendida, y a Will se le veía indeciso. Segundos después, se aproximó a él y abandonaron juntos la clase. Al pasar por mi lado, Will me miró con dolor y decepción. Mi cara de estupefacción debía de ser todo un espectáculo.

Dan y yo vamos a hacer todo lo posible por demostrar que yo no he hecho nada.

«Está de su parte, Daniel está de parte de su amigo, no de la mía. ¿Por qué? ¿Por qué nunca está de mi parte?». La congoja apenas me permitía respirar. Me sentía engañada y traicionada por dos de las personas a las que más quería. Decenas de lágrimas resbalaron por mis mejillas, sentí su sabor salado en la boca.

—¡DANIEL! —le grité, con la esperanza de que me oyera. No debían de haber ido muy lejos.

A los pocos segundos, mi hermano apareció por la puerta. «¿Pretendías largarte sin darme ninguna explicación?». Tenía derecho a saber el porqué de su traición.

—¿Por qué... —me costaba hablar—... por qué confías en él?

—¿Por qué no lo haces tú? —Mi hermano me devolvió la pregunta.

—¡Porque yo sé lo que vi, Daniel! ¡Estaban juntos, desnudos, en su cama! —Más lágrimas caían por mis mejillas.

«¿Has escuchado, Daniel? ¡Desnudos!». Pretendía que le quedara claro lo que había visto, por si desconocía algún dato.

—A veces las cosas no son lo que parecen.

Cerré los ojos. Aquella traición me dolió casi tanto como la de Will. Cuando lo volví a mirar, se alejaba por el pasillo. Me sequé las lágrimas con mi jersey. Salí corriendo del aula, apartando a Oliver y Adam de mi camino.

—¡Daniel! —grité en medio del corredor. Esperé a que se girara para mirarme—. ¡ERES UNA MIERDA DE HERMANO!

El acusado vino hacia mí dispuesto a darme mi dosis diaria de pelea, pero Adam lo frenó y no permitió que se acercara más a mí.

—Márchate, Daniel. Tienes razón, estamos todos muy alterados. Es mejor que te vayas, antes de que os digáis cosas que no sentís.

—¡No quiero que me dirijas la palabra! ¡En tu vida! —le grité, fuera de

mí.

Adam le dijo *no* con la cabeza, y Daniel se marchó. Muchas piezas empezaron a encajar en el rompecabezas que tenía en la cabeza: la sensación de que Oliver mentía, la sorpresa de Adam al preguntarle si se había pegado con Will, la tristeza de Pear... Se había peleado con Daniel por mi culpa, estaba segura. Ya lo entendía todo.

¿Te has peleado con él? ¿Con Will?

Sí, me he peleado con Will.

¿Tú también te has pegado con Will?

¿También?

—Oliver —lo llamé.

—¿Qué?

—No te peleaste con Will.

—¿Perdona?

—La noche que sucedió todo, la noche que descubrí a Will con Tessa. Tenías la cara golpeada y me dijiste que te habías peleado con Will, pero era mentira.

Oliver asintió con la cabeza y me miró con tristeza.

—Te peleaste con Daniel. Le pegaste porque se puso del lado de Will, una vez más. Y Adam se peleó con Will.

Oliver suspiró.

—Lo siento.

A partir de ese momento, por lo que a mí respectaba, no tenía hermano mellizo. No quería saber nada de él. Ni de él, ni de su amigo del alma. «¡A la mierda los dos!».

4

El juego de la botella

Las siguientes semanas estuve inmersa en mis actividades escolares y extraescolares: estudiaba, patinaba, leía, tocaba el piano... La directora Peters me dio un toque de atención y me avisó (o, más bien, amenazó) de que me vigilaría de cerca y que no estaba dispuesta a permitir otra insurrección más. Escaparse del colegio a esas horas de la noche... Mejor no reproduzco todo lo que me dijo. Estaba histérica. Tomé la decisión de portarme bien durante una temporada, no había que forzar las cosas.

El mes de marzo acabó y dio paso a abril. Las temperaturas aún eran frías, pero empezamos a ver brillar al sol.

Mi relación con Will y Daniel no había cambiado. Necesitaba mantener la cabeza ocupada para no pensar en ellos. No hablarme con Daniel, aunque solo fuera para discutir, me dolía en el alma, y a Will lo echaba de menos. Me había acostumbrado a nuestros encuentros, eran una parte importante de mi vida. Miré el anillo de mi dedo índice, no había encontrado el valor suficiente para quitármelo. Lo había intentado, pero no fui capaz.

En la pandilla no había novedades. Pear no se hablaba con mi hermano. Me confesó cómo había sucedido todo aquella noche y reconoció que seguir saliendo con Daniel sería una traición hacía mí. Yo no estaba de acuerdo. Mi hermano tomó una decisión: confiar en su mejor amigo. A mí, como hermana, me dolió, porque nunca me apoyaba en nada. Pero, si la situación hubiera sucedido entre él y Pear, si hubiera pillado a mi amiga con otro chico en la cama, y a mí Pear me dijera que no había pasado nada y que confiara en ella, yo lo haría. No me pareció correcto que cortara de raíz la relación que crecía entre ellos. Pero no importaba mi opinión, porque, para ella, Daniel nos había traicionado a las dos.

Adam había repetido noche de sexo con Chloe Stone, era algo reseñable teniendo en cuenta que nunca repetía. ¿Era posible que una chica le gustara? Hacía unas semanas me habría parecido impensable, pero, según los últimos acontecimientos, no sabía qué pensar. En alguna ocasión le preguntamos sobre ella, pero solo nos soltaba evasivas: «Es que está muy buena» (traducción: tiene buenas tetas y buen culo) y «no hay mucho más dónde elegir» eran algunas de sus favoritas. Me hice la firme promesa de indagar

más sobre el tema.

Por la tarde, fui a la pista a patinar y despejar la cabeza. Intentaba concentrarme en mis movimientos cuando comenzó a sonar por los altavoces *Fix you*. Otra vez esa canción. Al instante, mi mirada se dirigió a las gradas, al mismo lugar donde me encontré a Will aquel día. «Genial». Si mi intención era olvidarme de mis problemas, resultó que el efecto fue de rebote y mi cerebro reprodujo mi primer beso con Will y, después, la primera vez que hicimos el amor. «Mira que tenemos sitios en el colegio para enrollarnos y tuvimos que elegir la puñetera pista de hielo donde paso la mayor parte de mi tiempo». Necesitaba olvidarme de él.

Me rendí y abandoné la pista. Me di una ducha rápida y me encaminé a mi habitación. Abrí la puerta del edificio y choqué con uno de los vigilantes.

—Summers, cinco minutos más y no llegas a tiempo —me dijo con desdén.

Asentí con la cabeza y subí por las escaleras, con cansancio, agarrándome a la barandilla. Supuse que Oliver (o Adam) ya estaría esperándome en mi cuarto. Cuando llegué a mi piso, escuché voces de gente riéndose al fondo del corredor. Según me acercaba a mi dormitorio, las voces se oían más altas. Alguien intentaba acallarlas con el típico «shhh», pero resultaba más escandaloso que los propios gritos.

Cuando llegué a mi puerta, escuché una risa que conocía muy bien: la risa de Pear. Extrañada, fruncí el ceño y abrí la puerta. Lo que vi me dejó anonadada.

Toda la pandilla estaba sentada en el suelo de mi habitación, las cuatro chicas apoyadas con la espalda en mi cama y los cuatro chicos, enfrente de ellas, apoyados entre mi escritorio y la silla. En medio de todos ellos, había varias botellas de alcohol y diversas bolsas de patatas y chocolatinas.

—¿Qué está pasando aquí?

—¡Por fin apareces, Sarita! Llevamos horas esperándote. Hemos acabado ya con la mitad de las provisiones —me informó Brian, contento.

Miré a Oliver y Adam, exigiéndoles una explicación. Adam tomó la delantera.

—Hemos estado hablando de ti, a tus espaldas —confesó—, y hemos decidido que no queremos verte otro día más con esa mierda de tristeza que arrastras desde que ocurrió lo del gilipollas de Will.

Me quedé en el dintel de la puerta analizando la información que acababa de darme Adam. Cambié el peso de mi cuerpo a otra pierna. Pear continuó

con la explicación de Adam.

—Y creemos, casi todos, que, para hacerte olvidar durante unas horas... ¡vamos a emborracharte! Y, con suerte, yo también lo hago y me olvido del idiota de tu hermano. —Dio otro sorbo al vaso que sujetaba en la mano.

¿Mis amigos querían emborracharme para que me olvidara de Will? No era mal plan; claro que, en el proceso, acabarían emborrachándose todos ellos.

—¿Y cuánto tiempo lleváis bebiendo? —les pregunté.

—Bastante —contestaron casi todos.

—Bien, dadme una botella, tendré que alcanzaros. —Cerré la puerta de un portazo y me senté entre Adam y Pear, que eran los que se encontraban en los dos extremos más cercanos a la puerta.

Brian me entregó un vaso de cristal. Lo miré con atención. «¿De dónde lo han sacado?». Observé los vasos de mis amigos, eran todos iguales. Oliver adivinó la pregunta en mi frente arrugada y me sacó de dudas.

—Son los vasos de los cuartos de baño donde colocamos el cepillo de dientes. Es una ocasión especial y no queríamos beber en vasos de plástico. Cada uno hemos traído el nuestro. —Vio la duda en mi expresión—. Tranquila, los hemos limpiado a conciencia.

Miré mi vaso y descubrí que tenía algo de líquido dentro.

—¿Quién ha usado mi vaso?

—He sido yo —confesó Marco—, Adam ha roto el mío, verás los restos en tu papelera del baño. —Hice un amago para devolvérselo, no quería dejarlo sin vaso, pero Marco insistió que me lo quedara—. No, quédatelo, es tuyo, puedo compartir vaso con Brian.

—Creo que voy a beber de la botella, pasadme alguna, la que sea.

Todos me obedecieron al instante. Marco recuperó *su* vaso, y Natalie me pasó una botella. Sin saber lo que era, la acerqué a la boca y di un trago. El calor pasó por mi garganta y me abrasó el esófago. «¡Joder!». Empecé a toser sin control. Miré la etiqueta de la botella y vi que estaba bebiendo whisky a pelo. «Claro que sí, como buena escocesa que soy».

—Eh, tranquila. Que no es ninguna carrera —me dijo Oliver.

—Sara, al cuarto trago rasca menos —me dijo Pear, antes de llevarse su vaso a los labios. Cada vez que miraba en su dirección tenía el vaso en la boca.

Le hice caso y pegué tres lingotazos más. Tenía razón, el último apenas me quemó. Seguí bebiendo hasta que mis músculos se relajaron y mi

melancolía se diluyó. Era una sensación agradable. «Debería estar todo el día borracha, así no sentiría dolor y volvería a ser feliz». Me levanté para ir al servicio, tanto líquido había hecho mella en mi vejiga.

—Una idea cojonuda, chicos —dije a mis amigos cuando salí del baño.

Ya arrastraba las palabras, pero ellos también; incluso Marco y Moira, que son los más responsables, estaban *contentillos*.

—Tengo una idea. —Brian se levantó y nos mandó callar—. Vamos a jugar al juego de la botella.

«Pero ¿qué tenemos? ¿Doce años? Quiero beber, beber, beber y beber, no quiero jugar a nada».

Entre mis amigos hubo reacciones de todo tipo, algunos entusiasmados, otros indiferentes.

—Sííí —gritó Pear—, me encanta la idea. Vamos a jugar. Necesito borrar los besos de Daniel de mis labios.

—Vale —aceptó Moira—, pero sin liarnos mucho, que mañana tenemos examen de historia a primera hora.

«Exacto. Se me había olvidado. En fin, ¡a la mierda!». Poco a poco, toda la pandilla aceptó. Observé a Oliver, no creí que le entusiasmara la idea, a pesar de que ya se había besado con varias chicas. Comenzó dos veranos atrás, cuando teníamos catorce y todos nos habíamos dado nuestro primer beso. Él fue el último. Cada verano, Oliver y Adam, junto con sus familias, pasaban un par de semanas conmigo en Malibú. Nos habíamos vuelto tan inseparables que nuestros padres nos permitieron vernos en verano. Así fue como ellos se hicieron amigos también. Una vecinita de mi abuelo andaba detrás de Olly, ese verano se lanzó y Oliver aceptó. Quería saber qué era todo aquello de besarse. Más tarde, nos explicó que no le había parecido nada extraordinario.

Oliver fue el último en aceptar el juego de la botella.

—¡Bien! —Brian estaba entusiasmado, ¿tantas ganas tenía de meternos la lengua?—. Hablemos de las reglas.

—¿Reglas? —pregunté yo, mientras daba otro sorbo a la botella.

—Sí, reglas —continuó Brian—. Tienen que ser besos con lengua —señaló a Oliver con el dedo—, sin excepciones, Aston. Y deben durar un minuto.

—Vale, vale —aceptó mi amigo, levantando los brazos en señal de rendición.

—Necesitamos una botella vacía. —Olivia buscaba entre nosotros.

—Yo tengo una. —Vacié mi botella llenando el vaso de Pear, Adam y el mío, y la coloqué en el centro del corro.

—Venga, empezamos. Moira, gira la botella. —Brian, que se encontraba en el otro extremo del corro, se puso de rodillas, vino hasta mi sitio y ofreció la botella a Moira, que estaba sentada junto a Pear.

—Esperad.

—¿Y ahora qué ocurre, Adam?

—No pienso enrollarme con ninguno de vosotros —señaló a Oliver, Brian y Marco.

—¡Yo tampoco! —añadió Marco.

—¡Ni yo! —añadí yo.

Todos me miraron. «Vale, mejor me explico».

—Me refiero a que no pienso enrollarme con ninguna de ellas. —Hice un gesto con la cabeza para señalar a mis amigas.

—Bien, con gran pesar, aceptamos que no os enrolléis entre vosotras — aceptó Brian a regañadientes—. Solo besos entre sexos opuestos.

—¿Por qué no quieres enrollarte conmigo? —me preguntó Pear, indignada.

La miré con la ceja arqueada.

—Ya vendrás —me dijo, mirándome por encima del hombro.

Empezamos a jugar. Moira giró la botella, que dio una vuelta completa, y aterrizó en Natalie. Al ser una chica, no contaba. Al segundo tiro, la botella señaló a Marco. Se colocaron los dos en el centro del círculo improvisado y se besaron.

«Sí, señor, un besazo con lengua como Dios manda». Todos vitoreamos y silbamos. No me explico cómo no nos pillaron los vigilantes. Era nuestro día de suerte... o no. «Ojalá me expulsen, no tendría que ver la cara de Will». Cuando pensaba en él, despertaba el nudo que vivía en mi estómago. ¿Cuándo dejaría de dolerme?

Olivia cronometró el minuto con su reloj. Mientras yo divagaba entre mis pensamientos, Marco y Pear se enrollaron y Pear y Adam, también. Era el turno de Adam. Lanzó y... ¡la boca de la botella se detuvo enfrente de mí!

—¡Sí! ¡Adam y Totó! ¡Esto va a ser épico! —exclamó Brian.

Estaban todos entusiasmados por vernos besarnos a Adam y a mí. Qué morbosos. Levanté la vista hacia mi amigo y me miró con su perfecta sonrisa ladeada *mojabragas*.

—Ven aquí, Summers.

Me puse de rodillas junto a él y se lanzó a mis labios. Su lengua entró feroz en mi boca. Nos besamos con fervor durante un minuto. Los chicos chillaron la cuenta atrás: ¡cinco, cuatro, tres, dos, uno y... cero! Nos separamos al instante. Me quedé aturdida durante unos segundos.

—Sabes —Adam se chupó los labios— a menta. ¿Cuándo te has lavado los dientes?

—Cuando he ido al baño, tenía la boca peor que un estropajo.

Vaya besazo que me había dado mi mejor amigo, en cuanto a técnica fue perfecto. «¿Cuántos besos ha dado Adam? Joder, que tiene diecisiete años».

—Joder, Adam. Qué técnica más depurada. —No pude evitar agasajarlo.

—¿Te parece? Si es que hasta ahora solo os habíais enrollado con pringados.

—A mí también me ha gustado —me dijo Pear, sorprendida.

No sentí nada, pero me encantó el beso. Empecé a animarme, ¿quién era el siguiente? Me tocaba tirar a mí, lancé y... ¡Brian! Nos dimos un morreo de los buenos, que tampoco estuvo nada mal, pero me gustó más el de Adam. El juego continuó y, media hora después, nos habíamos enrollado casi todos con todos.

—¡Joder!

«¿Qué paaasa?». Miré hacia el lugar de donde provenía el grito y descubrí que había sido cosa de Adam.

—¡Tío, me has empapado! —Adam echaba la bronca a Brian porque le había tirado la bebida en los pantalones.

—Ponte otros —le sugirió Olivia—, o mejor, quítatelos y no te pongas nada.

Adam se quitó los pantalones y los tiró al suelo.

—No os volváis locas porque esto —Adam señaló su entrepierna— no es para vosotras.

—Claro, claro, es solo para Chloe —se burló Natalie.

—De momento, sí —confesó mi amigo.

Todos chillamos de alegría.

—¿Adam? ¿Sois novios? —preguntó Pear.

—Digamos que me gusta y punto.

Volvimos todos a silbar; por fin, Adam se fijaba en una chica para algo más que para echar un polvo rápido. Oliver le dio unas palmaditas en la espalda y se levantó para ir al baño.

—Sara, tu turno.

Cogí la botella y la giré. Cerré los ojos y me imaginé que era yo la que daba vueltas. En realidad, más que imaginármelo, lo sentí. «Joder, qué pedo llevo». Mis amigos gritaron frenéticos en cuanto se detuvo la botella. Abrí los ojos y descubrí el motivo de su entusiasmo. La botella señalaba el hueco vacío de Oliver. «Tengo que besar a Olly». En ese momento, mi siguiente beso salía por la puerta del baño.

—¡Aston, sorpresa! —le dijo Brian, sacando a la vez el móvil de uno de sus bolsillos—. Te toca enrollarte con Sarita, y yo voy a grabarlo.

Miré a Oliver, que me tendía la mano. Me sonrió de medio lado y le asomó uno de sus hoyuelos. Me sujetó de la mano y me levantó de mi sitio. Me tambaleé al tener que sostenerme en mis piernas. Oliver me agarró de la cintura con una mano, me cogió la nuca con la otra, y acercó sus labios a los míos.

Había un silencio sepulcral en la habitación, no se oían las risitas de fondo que llevaban horas resonando en mi cabeza. Cuando los labios de Oliver tocaron los míos, una corriente eléctrica me recorrió el cuerpo. Fue muy rápido, como un chispazo. Oliver también lo sintió, porque su cuerpo dio un espasmo y se apartó de mí unos milímetros.

—Aston, joder, hemos dicho con lengua. ¡Métesela hasta el fondo!

Oliver se aproximó de nuevo a mí y me besó, me abrió la boca con su lengua y la introdujo en mi interior. Le pasé mis manos por la nuca y respondí al beso. Esa electricidad que había sentido antes volvió, con menor intensidad, pero ahí estaba. Era diferente a los demás besos que me había dado con los chicos, no sabía a alcohol, sabía a Oliver. No sé explicarlo. Oliver me estrechó más entre sus brazos y seguimos besándonos.

—Vale, chicos. Suficiente.

Nos separamos ante el aviso de nuestros amigos y nos sentamos cada uno en nuestro sitio. Me sentí perdida. «¿Qué ha pasado?». El corazón me latía muy rápido, lo miré y lo mandé callar. Pear me subía el pulgar en señal de aprobación y los chicos palmeaban la espalda de Oliver.

El juego continuó durante otra botella más de alcohol. Nos seguimos besando, todos con todos, hasta que Pear se levantó y fue corriendo al baño para vomitar. Salió del baño, blanca como el papel.

—Me encuentro mejor, sigamos.

—Pear —la llamé. Creo que sonó algo como *Pirrrrrrr*.

—Estoy bien.

Y, así, seguimos, bebiendo y enrollándonos entre nosotros. Menuda

noche.

Daniel

Desayunaba una tostada, con mantequilla y mermelada, cuando vi a Will entrar en el comedor. Su mirada viajó derecha a la mesa de mi hermana, siempre lo hacía, creo que no era consciente de ello. Llegó a nuestra mesa y se sentó.

—¿Dónde está tu hermana?

Chasqué la lengua.

—No lo sé, esta mañana no ha aparecido ninguno de ellos. —Señalé con la cabeza hacia la mesa de mi hermana, que permanecía vacía.

Era muy extraño. A esas horas, solían estar todos desayunando, incluso mi hermana y sus dos amiguitos del alma deberían haber llegado de correr. ¿Dónde estaban todos?

—Qué raro, deberían estar aquí. —Will expresó en alto lo mismo que había pensado yo segundos antes. Sacudí la cabeza—. ¿Cómo va lo nuestro?

Intentábamos descubrir qué cojones había pasado aquella noche con Will y Tessa. Will decía que quería darle en las narices a mi hermana con la verdad, para que se arrepintiera y suplicara, de rodillas, regresar con él. Claro que él no pensaba volver con ella. Al menos, esa era la idea la primera semana después de la pelea. Con el paso de las semanas, la cosa fue cambiando. La segunda semana, se planteaba la posibilidad de perdonarla después de un millón de súplicas. La tercera semana, pretendía perdonarla sin más, sin súplicas y, en esos momentos, vivía desesperado por encontrar algo para poder correr a sus brazos.

—No sé, Will, estoy en un punto muerto. Te juro que, por más que pienso, no sé por dónde coño buscar —suspiré—. No sabemos ni lo que estamos buscando.

Will y yo estábamos seguros de que Tessa le dio algo aquella noche para drogarlo o dormirlo, pero ¿el qué? Existían tantas posibilidades. Era más complicado que buscar una aguja en un pajar. Vale que estuvimos bebiendo unas cervezas esa noche, pero, cuando Will se fue a su habitación, no estaba borracho, solo *contento*. Y con plena conciencia de sus actos. Sin embargo, se quedó dormido en cuestión de segundos y, al despertar, le costó un mundo despejarse. Me lo había explicado infinidad de veces; se sentía... drogado.

—Podríamos ir a la enfermería —sugirió Jack. Todos intentábamos ayudar a nuestro amigo. Y, además, se trataba de mi hermana.

—¿A la enfermería? —preguntó un dudoso Will.

—Sí —Jack nos aclaró sus pensamientos—, si te drogó con algo, puede que lo cogiera de la enfermería. Nos colamos dentro cuando no haya nadie y echamos un vistazo a ver lo que encontramos. No perdemos nada.

Tenía razón; de utilizar algún tranquilizante o algo similar, tuvo que conseguirlo en la enfermería. No creí que lo hubiera comprado fuera del colegio, ese tipo de medicamentos se venden con receta médica. Y, dentro del *Crowden*, el único sitio donde se podía conseguir algo así era en la enfermería. Debía comprobarlo.

—Voy yo.

—Dan, es muy arriesgado, si te pillan...

—Tranquilo, lo tengo todo bajo control. De todos los que estamos aquí, yo soy el que más posibilidades tiene de salir indemne si nos pillan.

Mi padre y la directora son íntimos amigos, y siempre nos ha tenido un cariño especial. Con mi hermana era más transigente que con cualquiera. Quedó claro al salir de rositas después de escaparse del colegio a las tantas de la noche. Si lo hubiera hecho otro alumno...

Mi hermana. Regresé mi mirada hacia su sitio, pero no había nadie. Eché un vistazo por todo el comedor para ver si se habían sentado en alguna otra mesa, como el mes pasado, pero no. Bien es cierto que, de andar por el comedor, se les hubiera notado. No eran demasiado silenciosos, siempre andaban cantando, gritando o metiendo ruido sin más. Pero, ese día, no había ni rastro de ellos, de ninguno de ellos. Miré a Will, que, obviamente, pensaba en lo mismo que yo. Consultó la hora en su reloj y frunció el ceño. Me miró preocupado.

—Quedan veinte minutos para que empiecen las clases. Quizá ha sucedido algo.

—Voy a buscarla.

Me levanté de la silla y salí del comedor. Me la sudaba que no me hablara, necesitaba saber dónde estaba.

Llegué a la residencia y subí al piso de mi hermana. «¿Se habrá quedado dormida? No, es imposible, Sara nunca se queda dormida. Bastante con que duerme seis horas del tirón. Y siempre está con Oliver o Adam, tendrían que haberse dormido todos».

Me detuve enfrente de su puerta. Toqué. Esperé, pero nadie me abrió.

Toqué más fuerte. Nada. Acerqué el oído a la puerta, pero no se escuchaba nada.

—¡Sara! —grité, mientras seguía llamando.

Estaba a punto de darme la vuelta, cuando oí ruido en el interior. Volví a tocar y seguí esperando. Al fin, se abrió la puerta, pero no estaba preparado para ver a la persona que se me puso enfrente: Pear.

—¿Daniel?

«Sí, Daniel. El mismo al que dejaste tirado sin preguntar primero el mes pasado». ¿Por qué me dolía verla? Apenas habíamos comenzado nada, solo nos acostábamos de vez en cuando. La observé de arriba abajo y me percaté de que algo pasaba. Tenía los ojos hinchados, como si apenas hubiera dormido, y unas ojeras que no había visto antes en su rostro. El pelo lo tenía hecho un desastre. Seguí bajando por su cuerpo: llevaba una camiseta que no era de ella; era de tío, negra y con el logotipo de un grupo de rock. «Adam, es de Adam». Convivía con él todos los putos veranos y las navidades, me conocía su vestuario de memoria. Continué bajando... «¿Está en ropa interior? ¿Qué coño pasa aquí?».

Abrí la puerta con dureza y me adentré en la habitación. Lo primero que noté fue el olor, apestaba a alcohol y a humanidad. «Joder, ¿qué han hecho estos inconscientes?».

El suelo estaba repleto de botellas de alcohol vacías y envoltorios de patatas fritas y más mierdas. Había ropa y zapatos tirados por toda la habitación. Al fondo, junto al piano, había gente durmiendo; no distinguí quiénes eran, solo veía un montón de piernas, algunas con ropa y otras no. Apoyada en la cama, estaba Olivia, sentada, pero totalmente dormida. Encima de la cama distinguí a mi hermana, a Oliver y a Adam.

Adam dormía en la esquina, pegado a la pared y con un pantalón de pijama... ¿rosa? Mi hermana lo abrazaba por detrás con una pierna encima de él. Estaba casi desnuda, apenas llevaba una camiseta interior de tirantes y... No pude mirar más. Junto a mi hermana, dormía Oliver, en calzoncillos.

—Joder, ¿pero qué coño habéis hecho aquí? ¿Una orgía?

5

No vuelvo a beber en mi vida

Oía gritos. «¿Quién grita tanto? Dejarme dormir». Cogí la almohada y me cubrí la cabeza con ella, en un intento de amortiguar los chillidos. Me dolía todo el cuerpo. Sentía la lengua acartonada y me sabía a alcohol. «¡Arg, qué asco! Que alguien me traiga agua y pastillas, sí, muchas pastillas. Qué sensación más horrible».

—¡SARA!!

Sonaba como si estuvieran usando un maldito altavoz. «¡Que se calle todo el mundo!». Apreté más la almohada contra mi cara. «Mierda, ahora me estoy ahogando». No podía respirar. Aparté la almohada. Me encontraba fatal.

«¿Qué me ocurre?». Me vinieron algunas imágenes a la mente de la noche anterior. «Ah, vale, resaca. No pienso volver a beber en mi vida. Esta vez, de verdad». Alguien se movió a mi lado.

—Sara, apaga el puto despertador.

Adam. Esa era la primera frase que decía por las mañanas. Todas las mañanas, sin excepción. Pero el despertador suena *¡pi, pi, pi!*, no *¡Sara, Sara, Sara!* Definitivamente, no era el despertador lo que escuchábamos. Me coloqué boca arriba y me tapé los ojos con el brazo. «Maldito sol. Demasiada luz». Volví a darme media vuelta y escondí el rostro en la espalda desnuda de alguien.

—¡SARA! —Ya no solo me chillaban, también me zarandeaban.

Levanté la cabeza para enfrentarme al causante de mi terrible despertar, y me encontré con el rostro cabreado de Daniel.

«¿Qué hace aquí mi hermano? ¿Dónde estoy? ¿Qué hora es?». Empecé a oír murmullos por la habitación. Hice un escaneo rápido y descubrí a toda la pandilla (medio desnuda) tirada por el suelo con mis almohadas. Pear estaba de pie junto a mi hermano. Se veía horrible. «Pues vaya pinta que tendré yo, entonces».

Brian se levantó del suelo y miró a mi hermano, entrecerrando los ojos y rascándose sus partes íntimas. Rodé los ojos. «Hombres».

—¿Summers?

—¿Qué? —contestamos los dos a la vez.

—Tú, no —me señaló Brian—, tú—apuntó a mi hermano—. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué coño habéis hecho en esta habitación? —gritó mi hermano, fuera de sí. No entendí su malestar. «No hemos hecho nada malo... ¿no? Mierda, no estoy segura, otra vez tengo lagunas. Desde luego que el alcohol, como arma de destrucción de recuerdos, es infalible».

Hice un esfuerzo por recuperar algún recuerdo más nítido de la noche anterior. «Nada, creo que no hemos hecho nada». Es verdad que nuestra pinta no presagiaba nada bueno. Aunque no recordaba demasiado, sí recordé llegar y encontrar a todos mis amigos bebiendo en mi habitación. Empecé a beber a morro de una botella de whisky para alcanzarlos... El juego de la botella... ahí empezaba a ser todo borroso, me acordaba de cómo empezamos, pero no de cómo terminamos. «Genial, Sara. Tú en tu línea».

—Creo que se nos fue un poco de las manos —admitió Pear. ¿De qué se había acordado?

—¿UN POCO? —gritó Daniel.

«¡Mi cabeza, joder!». Me la sujeté con las manos, en un intento de eliminar el malestar. Supliqué a Daniel, con la mirada, que dejara de gritar. Mi hermano se dirigió a todos nosotros.

—Tenéis quince minutos para llegar a clase. Y recoged esta pocilga.

Giró sobre sus talones y pegó un portazo. «Ay, joder, es peor que si me hubiera estampado la puerta en la cara. Seguro que lo ha hecho a propósito».

—¿A clase? —preguntó Olivia, horrorizada. Se levantó del suelo y se sentó en mi cama, encima de los pies de Oliver— ¿Qué hora es? ¿Qué día? ¿No es sábado?

—¡Mierda! —Moira resucitó y se colocó junto a Brian y Pear—. ¡Tenemos examen de historia en quince minutos!

«¿Qué? Imposible».

Empecé a oír exabruptos por toda la habitación. Oliver, que despertó de su letargo ante la mención del *examen*, se levantó a toda velocidad y fue directo al baño.

—Voy a ducharme, tardo un minuto, tengo aquí un uniforme.

Las chicas salieron volando de mi habitación hacia las suyas. Todas, excepto Pear, que se había quedado quieta junto a la puerta.

—Yo también me ducho aquí, olemos que damos asco. —Brian fue corriendo al baño—. No nos da tiempo a subir hasta nuestras habitaciones y

volver a bajar para ir a clase.

Adam y Marco lo siguieron y se metieron en el minúsculo baño. Escuché gritos de «apártate», «déjame sitio» y «a ti te toca salir ya». Corrí a mi armario y cogí ropa interior limpia y dos uniformes.

—Pear, reacciona —chillé a mi amiga, mientras guardaba toda la porquería en una bolsa de plástico—. Tenemos que ducharnos y vestarnos en cinco minutos. Ponte uno de mis uniformes y ropa interior limpia. —Le tendí la ropa.

Después de guardar la mayoría de la basura, recogí mi ropa y fui al baño. Percibí que Pear se movía detrás de mí.

—Chicos, ¡voy a entrar al baño estéis como estéis! —les anuncié.

Tras mi grito, Oliver salió con una de mis toallas atada a la cintura. Abrió mi armario y cogió su uniforme. Entré en el baño y choqué con Adam, que salía. Brian y Marco estaban saliendo de la ducha. «A los ojos, Sara. Míralos a los ojos».

—Sara, dime que tienes cuatro uniformes de tío en el armario.

—Lo dudo —le contesté, mientras cerraba la puerta en busca de intimidad.

—Joder —lo escuché jurar a través de la puerta.

Me metí en la ducha y fui protagonista del remojón más rápido de la historia; apenas estuve un minuto bajo el agua, pero hasta me lavé el pelo. No porque estuviera sucio, sino porque necesitaba que el agua me mojara la cabeza para poder despejarme. Y para quitar el mal olor. Cuando salí de la ducha, entró Pear. Me cepillé el pelo, me lavé los dientes y salí del baño a medio vestir. Fuera, mis amigos discutían por algo.

—Sara, ¡solo hay dos uniformes de tío!

¿Y qué esperaban? ¿Una tienda con ropa masculina del *Crowden*? Oliver y Adam ya se habían vestido. Brian y Marco me miraban como si yo tuviera las respuestas a sus problemas, pero no las tenía.

—Y, ahora, ¿qué hacemos?

—Poneos un chándal del colegio.

—Buena idea, Oliver. Dime que tenéis dos chándales aquí.

Buscaron en el armario, pero solo había uno. El de Oliver. Adam no lo había traído la noche anterior, me apuesto la mano derecha que para escaquearse del *footing* una vez más.

—¡Solo hay uno!

—No te preocupes, Marco, Sara tiene unos cuantos.

—No me pongo un chándal de tía, ni de coña.

Por más que Brian escupiera culebras por la boca, al final, tuvo que ponerse mi chándal. Marco es más alto y más ancho que él, así que se puso el de Oliver; era lo más lógico. Por suerte para él, sí tenía varias camisetas de chico. Pero el pantalón, me río solo de pensarlo, le quedaba corto, cortísimo, por encima de los tobillos y muy apretado. Eso sí, le marcaba un culito precioso. Por delante no quise mirarlo. De la sudadera decidió pasar, era demasiado humillante.

Diez minutos después de que mi hermano diera el portazo, salimos todos de la habitación. Nos habíamos preparado en un tiempo récord.

Fuimos corriendo a clase y llegamos un minuto después de que el profesor cerrara la puerta. Nos encontramos allí con las chicas. Antes de entrar, necesitaba hacer una pregunta a mis amigas.

—No me acuerdo de casi nada de lo que pasó ayer, otra vez. Decidme que no me he enrollado con ninguna de vosotras, por favor.

—Qué va, lo recordaría. Aunque, por si acaso, voy a comprobar mi móvil, de haber pasado, lo grabé fijo —me dijo Brian, a la vez que sacaba su móvil del apretado bolsillo del pantalón.

—A mí me metiste la lengua tres veces, nena. Háztelo mirar. —Oliver se rio de mí.

—En realidad, tú se la metiste a ella —aclaró Marco.

Todos lo miramos, horrorizados.

—La lengua, joder, la lengua. Santo Cielo, sois todos unos pervertidos.

No recordaba haberme enrollado tres veces con Oliver. Ni con Oliver, ni con ningún otro; era todo muy confuso. Entramos, y el profesor nos miró con evidente desagrado. Nos permitió pasar porque era día de examen e hizo una excepción, pero nos advirtió que nos restaría un punto de la nota final.

La clase estaba dispuesta con los pupitres individuales separados en modo «examen». Nos sentamos cada uno en nuestro sitio. Toda la clase nos miraba, llevábamos el pelo mojado y unas ojeras de campeonato.

—Señores. —Todos miramos hacia el profesor cuando vimos que se aproximaba a Brian y Marco—. ¿Por qué van con el chándal del colegio y no con el uniforme?

—Mmmm, pensábamos que tocaba clase de gimnasia. —Marco intentó salir del apuro con aquella excusa.

—¿Pensaban que había clase de gimnasia en lugar de examen de historia?

—Sí —se disculpó Brian—, es que nos hemos levantado pensando que

era jueves y no miércoles.

—Me alegro por usted, señor Mac Gregor. Pero que sepa que hoy es martes.

Toda la clase estalló en carcajadas, incluso nosotros; aun así, pude escuchar claramente el murmullo de Brian:

—Mac Ghriogair^[i]

Con el paso de los años, Brian ha ido adquiriendo una gran devoción por la cultura gaélica. Sus padres son de un pueblecito del norte de Inverness, Kilmuir, y desde muy pequeño siempre le han hablado en gaélico en su casa. Probablemente sean una de las pocas familias que lo hablen en Edimburgo. Y, como tal, le gusta que se pronuncie su apellido en gaélico, a pesar de que habitualmente los apellidos escoceses se han anglicado.

El profesor Sinclair ordenó que se sentaran y repartió los exámenes. A su señal, le di la vuelta y leí las preguntas. Comencé a redactar mis respuestas. Durante veinte minutos, no hice nada más que escribir.

Me levanté la primera de la silla y entregué el examen al profesor. Echó un vistazo por encima y me obsequió con un asentimiento de cabeza. Cuando terminaba de recoger mis cosas, Oliver se levantó y entregó su examen. Salimos de clase, y Brian nos siguió. Cuando estuvimos fuera, nos sentamos los tres en el suelo y apoyamos la espalda en la pared.

—Joder, tíos. No he podido poner ni la puta fecha. ¿Qué día es hoy?

Oliver y yo nos reímos. Me reí como hacía tiempo que no lo hacía. Uno a uno, salieron mis amigos. Todos con la cabeza agachada, incluso Marco y Moira, que eran los empollones del grupo.

Adam no perdió la oportunidad de vacilar a Brian por su despiste del día en el que estábamos y, ya de paso, aprovechó para pronunciar su nombre en gaélico (siempre lo hace para reírse de él, a pesar de ser gratamente recibido por parte de Brian):

—¿Qué tal el examen, *Briain*? Quizá deberían poner un calendario especial para ti con los nombres de la semana en gaélico.

—*Dùnadh do bheul!* —le contestó Brian. Mis conocimientos de la lengua gaélica escocesa son escasos, pero suficientes para saber que Brian acababa de decirle a Adam que cerrara la boca.

La segunda y la tercera hora pasaron muy muy despacio. Me dolía horrores la cabeza, lo único que quería era irme a la cama y dormir.

Llegó la ansiada hora del almuerzo y fuimos todos al comedor. No teníamos hambre, pero algo había que comer.

—Me está mirando el culo todo el maldito colegio, pero no tengo fuerzas para ir a cambiarme —se quejó Brian.

—El culo, dice —se rio Olivia—, y lo que no es el culo. ¡Vas apretadísimo y se te marca todo! No queda nada para la imaginación.

Todos nos agachamos y miramos por debajo de la mesa, a las partes bajas de nuestro amigo. Solo por curiosidad. Cuando adivinó nuestras intenciones, se cubrió con las manos.

—No va a estar así todo el día —me dijo Pear al oído—, ya lo pillaremos.

Después de comer, decidí irme a la cama. No pensaba acudir a las clases de la tarde, ni loca. Caminaba por los pasillos cuando vi a mi hermano. Mientras andaba, miraba hacia ambos lados como asegurándose de que nadie lo veía. «¿A dónde va?». Decidí seguirlo.

Nos detuvimos en la enfermería. ¿Qué pretendía hacer? Sacó algo del bolsillo y manipuló la cerradura. ¿Qué buscaba dentro de la enfermería? Nada legal, ahí dentro había medicinas, por eso cerraban con llave cuando las enfermeras no estaban. Don *Soyperfectoyhagotodobien* estaba a punto de cometer una infracción.

—¿Qué haces aquí, Daniel? Si te pillan, se te puede caer el pelo.

Se giró, sobresaltado por el sonido de mi voz, pero, en cuanto me reconoció, respiró aliviado y se relajó.

—Vaya, ¿ya has resucitado?

—No me encontraba tan mal.

—Sí, lo que tú digas. Y, por esto, tranquila —me dijo, señalando la cerradura—, lo tengo todo controlado.

—No, si yo estoy muy tranquila —le aclaré—. Por mí como si te tiras al vacío desde un tren en marcha. Lo que me preocupa es que hagas algo que no deberías hacer y te pillen. Llevamos el mismo apellido y no quiero que me salpique tu mierda. —Suficiente tenía con la mía.

Daniel se mantuvo en silencio durante unos segundos, que se me hicieron eternos, hasta que decidió contestarme.

—Descuida, no te va a salpicar.

—Eso espero.

—Intento descubrir qué cojones ocurrió la noche que Tessa se metió en la cama de Will.

—¿Quieres que te haga un dibujo?

—No, Sara. No tienes ni puta idea de lo que sucedió en esa habitación.

—Intento no imaginármelo. No me gusta flagelarme.

—¿Por qué no confías en él? Creemos que lo drogaron, Sara. Estaba bebido, pero no tanto como para hacer algo así sin ser consciente. Voy a entrar en la enfermería para ver si descubro algo que pudieran utilizar para dormirlo.

¿Había bebido? Eso no lo sabía. Yo había bebido la noche anterior y no me acordaba de todo lo que hice, vamos, que podría haber hecho cualquier cosa. «No, Sara, no. No lo excuses. Te ha engañado con otra, no lo olvides».

—¿Estaba borracho?

—No lo suficiente como para tirarse a otra sin darse cuenta.

—Ahí —dije, señalando la enfermería con la cabeza— no vas a encontrar nada de eso.

Conocía todos los medicamentos de la enfermería y no había nada capaz de tumbar a un alumno. Las drogas duras debían guardarlas en otro lugar, si es que las había. Giré sobre mis talones y me marché.

Me tumbé boca abajo en la cama y pensé en Will. Había bebido. Empecé a tener dudas, ya no lo veía todo tan claro. ¿Y si fue un descuido? Estaba dando por hecho que Will me engañó a propósito porque no me quería, pero ¿y si no fue así? ¿Y si me quería, pero cometió un error? ¿Sería capaz de perdonarlo? Tenía la cabeza hecha un lío.

Me negué a seguir pensando más en ello. Necesitaba descansar.

6

El beso

Descansar se transformó en que no me desperté hasta el día siguiente. Increíble. No había dormido tantas horas seguidas en toda mi vida. Al despertarme, vi a Oliver dormido junto a mí. Lo zarandeeé para que abandonara el sueño y fuimos a correr. Después, nos dirigimos al comedor para desayunar con nuestros amigos.

—*Totó*, hemos descubierto otra manera para que no tengas ataques y duermas como un bebé. —Adam me miró sonriente—. Emborracharte todas las noches es la solución a tus problemas de sueño.

«Muy gracioso, Adam». Me levanté y cogí mi desayuno, tenía un hambre atroz; el día anterior apenas había comido nada. Me preparé unos cuantos trozos de pan tostado con crema de chocolate y conté a mis amigos lo que había hablado con mi hermano en la puerta de la enfermería, y las dudas que empezaba a tener con el tema de mi exnovio.

—¿Y si no hizo nada, Sara? —me preguntó Olivia.

—¿Tú también te pones de su parte? —Adam estaba hecho una furia—. Sara, ¿no estarás pensando en perdonarlo?

—No, pero es que es todo tan extraño. Ahora que lo pienso en frío, ¿por qué se acostaría con Tessa si había quedado conmigo? No tiene ningún sentido, podía haberlo hecho en cualquier momento, pero arriesgarse así...

—No lo sé, *Totó*, eso solo lo sabe él —me contestó Adam.

—Exacto, Adam. Eso solo lo sabe él, pero Sara no le ha dejado explicarse. No me mires así —me dijo Moira, en cuanto se percató de mi mirada acusadora—, sabes que es verdad. Te has cerrado en banda y no has querido escuchar su versión.

Lo peor de todo: que tenía razón. Me froté los ojos. Me dolía la cabeza desde el día anterior y no había manera de que se me pasara. Brian me formuló la pregunta clave.

—Supongamos que te quiere, pero que iba borracho y se acostó con Tessa pensando que eras tú. —Adam estuvo a punto de interrumpir, pero Brian lo mandó callar con la mano—. ¿Lo perdonarías?

No lo sabía. Estaba muy confundida. Lo único de lo que tenía certeza absoluta era de que aún lo quería.

—¿Lo perdonarías? —Fue Oliver quien me preguntó aquello, y parecía enfadado o decepcionado conmigo. Me miraba como si no me conociera.

Tampoco sería algo tan extraño de entender. Todos los días hay personas que perdonan una infidelidad de su pareja. La gente comete errores.

—¿Y qué pasa con la confianza? —insistía Oliver—. ¿Vivirías tranquila y confiando plenamente en lo que hace cuando tú no estés delante?

Me recordaba nuestra conversación, cuando le dije que no confiaba en Will. Y, si no lo hice entonces, ¿cómo lo haría después de lo que había pasado? ¿Qué clase de relación nos esperaba?

Ya me había terminado el pan con chocolate. Destrocé las galletas que había cogido y las metí en la leche. Esperé a que se ablandaran y me las comí con la cuchara.

—Daniel también hace eso —me dijo Pear de manera casual.

—¿El qué?

«¿No confiar en su pareja? ¿Ser infiel?».

—Desperdiciar las galletas rompiéndolas y metiéndolas en la leche hasta que se derriten. Es asqueroso.

Dejé la cuchara dentro del tazón y me fijé en mi amiga. No tenía cara de que le resultara asqueroso. Más bien todo lo contrario. No dejaba de pensar en mi hermano. Tenía que hablar con ella. Me sentía la causante de su sufrimiento. Debía seguir con su historia con Daniel y olvidarse de que era mi hermano y de que teníamos nuestras diferencias.

Por la tarde, me quedé sola en mi habitación y aproveché para tocar el piano. En mi cabeza no había otra cosa que no fuera Will. «Ojalá pudiera dejar la mente en blanco, aunque solo fuera una hora al día». La idea de embotar mis sentidos con ayuda del alcohol cada vez cobraba más fuerza. Se me había olvidado lo mal que me sentía al día siguiente.

La puerta de mi habitación se abrió y apareció Pear. No dejé de tocar. Cerró con cuidado y vino hacia mí, me aparté y le dejé sitio en el taburete. Mi amiga se sentó a mi lado y apoyó la cabeza en mi hombro. Suspiró. Dejé de tocar.

—Tócame una canción, Sara.

—¿Quieres algo animado o algo que nos hunda más en el pozo en el que nos encontramos?

—Decídelo tú. —No levantó la cabeza de mi hombro.

La letra de la canción *Fix you*, de Coldplay, vino a mi cabeza. Era nuestra canción. La de Will y mía. La de nuestro primer beso. Empecé a tocar los

primeros acordes. Y a cantar.

*When you try your best, but you don't succeed
when you get what you want, but not what you need
when you feel so tired, but you can't sleep
Stuck in reverse*

Puse todos mis sentimientos en interpretar esa canción. Pear lloraba, sentía sus sollozos en mi hombro.

*Lights will guide you home
and ignite your bones
and I will try to fix you*

«¿Y quién me arregla a mí?». La canción llegó a su parte final.

*Tears stream down your face
I promise you that I'll learn from my mistakes
Tears stream down your face
And I...*

Aprender de mis errores, de eso trata la vida, ¿no? De que todos aprendamos de nuestros errores. Para ello, primero hay que saber qué error hemos cometido. ¿Cuál fue el mío? ¿Enamorarme de Will? ¿No confiar en él a ciegas? No tenía ni idea. Tampoco sabía cuál había sido el error de Pear.

En los acordes finales, mi amiga levantó la cabeza. Aprecié cómo se le erizaba la piel de los brazos. Toqué la última nota y coloqué las manos encima de mis rodillas.

—Sara, ha sido precioso.

—Tienes que hablar con mi hermano, Pear. No puedes seguir así.

Necesitaba estar sola un rato. Fui al embarcadero, a mi árbol con Will. Quería pensar, y aquel sitio me ayudaba a aclarar las ideas. Hacía semanas que no iba, desde que pasó todo. Me apoyé en el tronco e intenté relajarme mientras miraba al infinito. El sol se había escondido y las vistas eran espectaculares.

Escuché ramas que se quebraban detrás de mí. Alguien se acercaba. Definitivamente no era el día para estar sola. Mi corazón supo quién era

porque comenzó a latir desenfrenado.

Will se sentó a mi lado. No podía prohibirle que no lo hiciera, al fin y al cabo, también era su árbol. Por un momento, pensé que mi hermano había encontrado algo en la enfermería y que venía a mostrarme las pruebas para después poder mandarme a la mierda, tal y como me aseguró que haría. Me invadió la tristeza.

—¿Has venido a mostrarme lo que has encontrado? —Seguí admirando el atardecer.

—¿Qué? —Parecía confundido.

—Las pruebas. —Lo miré a los ojos, y su mirada gris me desarmó—. Las pruebas que ibas a encontrar para demostrar tu inocencia. ¿Has venido a mandarme a la mierda?

Will suspiró y bajó la mirada. Subió las rodillas y las rodeó con sus brazos.

—No hay pruebas, Sara. —Me miró a la cara—. No voy a poder demostrarte nada, por lo que tampoco voy a poder mandarte a la mierda. Es una pena.

Por lo menos hablábamos de manera civilizada, sin discutir y sin acusarnos el uno al otro de hacer cosas horribles. Es probable que fuera por el tiempo que había pasado. Es un hecho contrastado que, en caliente, sale de todo por tu boca. Tenía que haberme quedado en casa un mes, quizá entonces no estaríamos en esa situación. Quizá hubiéramos hablado las cosas con calma e intentado escuchar al otro. La culpa era de mi padre, que me obligó a volver a los dos días. «Eso, Sara, muy bien, echa la culpa a los demás y no reconozcas tus errores. Es más sencillo».

—¿Por qué no me has creído, Sara? —Estaba destrozado. Pensé que era imposible fingir de esa manera—. Dan confió en mí desde el primer momento y no me quiere tanto como se supone que tú me quieres.

«No me recuerdes lo de mi hermano. Maldito traidor. Todavía me duele».

—Me gustaría verte en mi situación.

—Estoy en ella todos los días, Sara.

«¿Qué? ¡Yo no lo he engañado!».

—¿Perdona?

—Sí, todas las noches te metes en la cama con Adam o con Oliver. ¡O con los dos!

—No es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque yo no hago nada sexual con ellos, son mis mejores amigos. Solo dormimos y hablamos.

—Eso lo sabes tú, Sara. Pero yo no. Yo lo único que sé es que dormís juntos.

Will se puso de pie y cogió una piedra del suelo. La lanzó al agua con rabia y dio una patada a otra.

—Estás sacando las cosas de contexto.

Me levanté y me apoyé contra el árbol, agotada, en todos los sentidos.

—Para nada. ¿Quién me dice a mí que no te has acostado con alguno de ellos? Podría haber pasado alguna noche. Un roce aquí, un roce allá.

Advertí que tragaba saliva solo de imaginárselo. Pero, en lugar de saliva, parecía que estuviera tragando su propia bilis. Se aproximó a mí y apoyó la palma de su mano izquierda cerca de mi cara.

—No ha pasado nada de eso.

Se acercó más a mí. Casi hasta tocarme.

—Y yo te creo.

«No, no es lo mismo. Yo los vi a los dos juntos, desnudos». Will pareció leerme el pensamiento.

—Incluso si entrara un día en tu dormitorio y te viera desnuda y abrazada a alguno de ellos —cerró los ojos con fuerza—, te preguntaría primero. Siempre te preguntaría primero, Sara.

Se separó de mí y apoyó la frente contra el tronco del árbol. El muro que había construido a mi alrededor durante esas semanas se desmoronó en aquel instante. Las lágrimas rodaban por mis mejillas.

«¿Por qué no le pregunté primero mirándolo a los ojos? ¿Por qué soy tan impulsiva? ¿Por qué no confío en él?». Siempre estaba predispuesta a pensar lo peor de Will. Quizá tantos años llevándonos mal tenían sus consecuencias. Y nos habíamos hecho tanto daño que tenía dudas.

—Sara —Will me sujetó la barbilla y me obligó a mirarlo—. Sara, mírame, mírame a los ojos. Te juro por mi vida que no pasó nada con Tessa. No recuerdo lo que sucedió, pero estoy seguro de que no hice nada. Solo he estado contigo. Créeme, por favor.

Se le rompió la voz. «¿Y si me dice la verdad? ¿Qué hago?».

—Will, estoy confundida, no puedo tomar una decisión ahora. Necesito pensar. Lo siento.

Me aparté de su lado y corrí de vuelta al colegio. Llegué a mi habitación, donde Adam me esperaba sentado en mi escritorio. Me acerqué y vi que

estaba haciendo los ejercicios que nos había mandado el profesor de matemáticas. Había un error en uno de ellos, se lo señalé y le dije *no* con la cabeza. No me pidió explicaciones de dónde me había metido las últimas horas. Nunca lo hacía. Vivía y dejaba vivir. Como Timón y Pumba. Me puse el pijama y me metí en la cama. Al poco tiempo, sentí el calor del cuerpo de Adam junto al mío. Me dormí.

Siempre te preguntaría primero, Sara.

Veía el menú del comedor, las páginas del tema de historia que habíamos estudiado en clase. 1935-1942, había fechas, muchas fechas. Los ejercicios de Adam de matemáticas, había un error.

Siempre te preguntaría primero, Sara.

La letra de Fix you. La veo una y otra vez, y las partituras para tocar la pieza musical en el piano. Y muchas partituras más: Beethoven, Chopin, Mozart... El error de Adam. Piedras que chocan contra el agua. Galletas desmenuzadas en la leche.

Me desperté, sobresaltada y sudada. Me di golpes en la cabeza para dejarla en blanco, pero no funcionaba. Me tumbé de nuevo en la cama para intentar dormir, pero las imágenes seguían ahí. Cada vez pasaban a más velocidad. Me volvería loca si es que no lo estaba ya.

Me levanté de la cama y di vueltas por la habitación. La oscuridad reinaba, pero me conocía cada recoveco, por lo que caminé, desesperada, por ella, sin tropezarme con nada. Entré en el baño y me mojé el rostro y el pelo para limpiarme el sudor y las lágrimas.

—Fuera —sollocé—, fuera de mi cabeza.

Me apoyé en la pared y me arrastré por ella hasta quedar sentada en el suelo. Subí las rodillas y me tiré del pelo con violencia. Mis sollozos cada vez sonaban más fuertes.

—Fuera, por favor —repetía una y otra vez—. ¡FUERA DE MI CABEZA!

—¿Sara? ¿Sara, dónde estás?

Adam entró en el baño y me encontró sentada en el suelo; llorando y temblando.

—Sara, joder, ¡lo siento! Estaba dormido y no te he oído.

Se agachó y me rodeó con los brazos. Intentó tranquilizarme con su melódica voz, pero de nada servía. Estaba muy alterada y tenía el cerebro a pleno rendimiento.

—Haz que se vayan, Adam —lloraba sin consuelo—, por favor. Haz que

se vayan.

Nos mecíamos juntos y yo cada vez estaba peor.

—Vamos, levántate, Sara.

Adam me agarró por las axilas y me ayudó a levantarme. Me sentó en la cama y me calzó mis Panama Jack. Me puso un abrigo por encima y me subió la cremallera hasta arriba. Tanto que la noté en la garganta.

—Shhh, tranquila, *Totó*. Vamos a salir de aquí.

Vi que trasteaba entre sus cosas. Se puso un jersey y unas playeras. Seguía con el pantalón del pijama puesto. Cogió mi mochila y buscó algo dentro. Lo encontró y me levantó de la cama.

—Vamos.

No fui consciente de a dónde íbamos hasta que llegamos. Me llevó a la pista de hielo. Me puso los patines, porque yo era incapaz de hacerlo sola, y me metió en la pista.

—Adam, ¿qué hacemos aquí? —Dejé de llorar. Miraba a mi alrededor sorprendida por encontrarnos allí.

—Venga, Summers. A ver cuántos goles consigues meterme.

«¿Qué? ¿Quiere jugar al hockey? ¿Ahora?». Miré mi reloj. «¿A las dos de la mañana?».

—Adam, no...

—¿A que no eres capaz de colarme un solo gol? Oliver y tú hacéis buen equipo, pero ahora estamos solos tú y yo. A ver lo que eres capaz de hacer tú sola.

«¿Insinúa que sin Oliver no soy nada? Ya veremos».

—Te vas a enterar, Wallace.

—Menos amenazas, Summers, y atácame.

Me lanzó un *stick* al aire y una pastilla. Lo cogí y fui directa hacia su portería a toda velocidad. Lancé, pero Adam la frenó con facilidad. Se rio de mí y emprendió su ataque. Nos lanzamos unos cuantos ataques el uno al otro y empecé a tener calor. Me quité la chaqueta. Mi mirada alternó entre mi amigo y yo. Estábamos los dos en pijama y con los patines puestos. Nunca olvidaré esa imagen. Ni los sentimientos que me invadieron. Amor, gratitud, paz.

Dos horas después, no podía mover ni un solo músculo de mi cuerpo. Adam me había dado una buena paliza, perdí hasta la cuenta de cuántos goles había logrado colarme. Llegó un momento en que dejé de contarlos. Nos quitamos los patines y regresamos al dormitorio. Me tiré a la cama y creo que

me quedé dormida antes de caer en ella.

Cuando me desperté, estaba sola en la habitación. Miré la hora, las once de la mañana. Me había dormido. Empecé a recordar los sucesos de la noche, mi ataque, los esfuerzos inútiles de Adam por dormirme, el partido de hockey. Adam me agotó físicamente y me despejó la cabeza. Me salvó, una vez más. No sé qué haría sin él. Cogí el móvil y descubrí que tenía un mensaje.

Adam: Buenos días, *Totó*. Te he dejado dormir, tú que puedes. Yo estoy sufriendo en clase de biología.

Los siguientes días fueron una agonía. Me pasaba el día llorando, había vuelto a retroceder sobre mis propios pasos. No me olvidaría nunca de Will. No volvería a tener ninguna relación porque Will me había arruinado para cualquier otro. Menos mal que contaba con un cerebro privilegiado, porque llevaba semanas sin enterarme de lo que decían en clase, en ninguna asignatura. La última clase de la mañana de aquel día terminó, pero no me levanté de mi sitio. Estaba en mi mundo, en mis divagaciones.

—Sara, ¿vamos a comer?

—¿Qué? —me disculpé—. Perdona, Pear. No te escuchaba.

—Estás en la luna. Te decía que si vamos a comer.

Nos habíamos quedado solos en clase. Rompí a llorar. La situación me sobrepasaba.

—¿Qué te sucede? ¿Sara?

Me levanté de la silla y me encaminé hacia el pasillo con la idea de dirigirme al comedor. Me limpié las lágrimas con el brazo.

—Ey —Adam me cogió con suavidad de la muñeca—, ¿estás bien?

—No, no estoy bien. No consigo sacarme a Will de la cabeza. Y lo peor es que...

—¿Qué? —Olivia me animó a que lo soltara todo.

—Es que me he dado cuenta de que no volveré a sentir lo mismo por nadie. —Miré a mis amigos y confesé mis más íntimos temores—. Nadie me va a besar como él ni a hacerme sentir todas las cosas que él me hace sentir. No voy a volver a sentir nada nunca más.

—¡Oh, por favor! Deja de decir gilipolleces.

Oliver se incorporó de la mesa donde estaba apoyado y se aproximó a mí. Me sujetó por la nuca y me acercó a su boca. No me dio tiempo a reaccionar.

Medio segundo después, me estaba besando.

El primer contacto fue electrizante, los dos saltamos y nos separamos. Recordaba esa sensación. La había sentido antes en el juego de la botella, cuando nos besamos por primera vez. Fue necesario otro beso de Oliver para que lo recordara. Lo había olvidado. Me metió la lengua en la boca buscando la mía. Se me paró el corazón con esa primera invasión. Sentí su otra mano en la cintura y, cuando quise abrazarlo para entregarme a él por completo, me soltó y se separó de mí, no sin antes darme un sonoro beso.

—Y no me digas que no has sentido nada porque no me lo creo.

Se marchó. Y yo necesité apoyarme en la mesa que tenía detrás de mí para mantener el equilibrio. Sentía cosas raras en el estómago. «¿Por qué ha dejado de besarme?». No quería que se detuviera. Me había sabido a poco. «¿Pero qué estoy diciendo? ¡Es Oliver! Mi mejor amigo. Sí, mi mejor amigo que me ha besado de una manera que jamás pensé que... Esto es de locos. Desde luego, sentir, lo he sentido. Mucho».

—Joder —exclamó Olivia—, esto sí que no lo veía venir.

—Los superdotados son extraños —añadió Marco.

—Ha sido una pasada.

—Sí, ha sido de película.

Mis amigos seguían hablando, pero yo no los escuchaba. Todavía esperaba a que mi corazón recuperara su ritmo. Me toqué los labios, sentía su sabor en ellos. ¿Dónde había aprendido Oliver a besar de esa manera? Era adictivo.

—Callaos todos, ¿es que nunca habéis visto a nadie besarse? —Adam acalló el resto de comentarios que estaban por llegar.

—¿Estás de broma? Jamás he visto a Oliver besar así a nadie —contestó Natalie.

—Yo jamás he visto a Oliver besar a nadie. Punto —sentenció Moira.

—¿Y la noche del juego de la botella?

—Esa noche es una nebulosa en mi memoria.

—En la de todos.

Sí. Aunque, hasta ese momento, no había sido consciente de cuánto.

Los Beatles

Dos semanas después del sorprendente (y sí, alucinante también, pero mi cerebro no quería reconocerlo) beso de Oliver, nos encontrábamos a mediados de abril. Ese beso, durante los primeros días, había causado un desmedido alboroto entre la pandilla; bien es verdad que no hacía falta demasiado para que nos alborotáramos. Pero después se convirtió en un tema *tabú*. No hablábamos de ello. Nadie. Nunca. Era como si no hubiera sucedido. Yo tampoco me permitía pensar en ello. Enterré los recuerdos en lo más profundo de mi mente con el propósito de no dejarlos salir. «Eso es, Sara. Autoconvéncete».

Will y yo habíamos tenido algún acercamiento, pero poca cosa. Cuatro palabras cruzadas. Sospechaba que mi hermano y él se habían dado por vencidos en su búsqueda; no iban a encontrar ninguna prueba para demostrar su inocencia y andaban muy taciturnos.

Y el pobre Adam llevaba varios días discutiendo con Chloe; más bien, ella discutía con él. Todo cuanto hacía mi amigo a ella le sentaba mal. No quería que estuviera con nosotros, conmigo en especial, e intentaba, desesperada, acaparar todo su tiempo libre. Aunque a Adam le atrajera aquella chica, escuchar la palabra «novia» por aquí y por allá, lo agobió. Adam no es de los que se dejan imponer nada. Dejó de contestarle a todos los mensajes del móvil y empezó a ignorar sus llamadas. Si lo que pretendía era pasar más tiempo con él, lo hacía muy mal; lo alejaba.

Cada semana que pasaba, subían las temperaturas; no hacía calor, pero el sol nos calentaba un poquito la piel.

Regresábamos a clase, después de estar un ratito tirados en la hierba alrededor de nuestro árbol, cuando reparamos en el alboroto formado en la entrada del colegio. Se habían juntado decenas de alumnos creando una especie de corro.

—¿Qué sucede ahí? —preguntó en alto Natalie.

—Ni idea, no veo a través de la piel de la gente.

Natalie me miró y puso los ojos en blanco. A veces, hasta yo me asqueo de mi sarcasmo, pero me sale solo. Nos metimos en el corro y yo me asomé entre las cabezas para ver qué pasaba. Al ser bajita, me costaba ver qué era lo

que provocaba tanta expectación.

Me situé entre dos cabezas y me puse de puntillas. Pear imitó el gesto junto a mí. Comprobé que alguien había colocado una guitarra eléctrica con un amplificador justo en la entrada del colegio. «Espera, yo conozco esa guitarra. ¡Como para no hacerlo después de tener que reconstruirla!». ¡Era la Fender de Will!

«Ay, madre, ¿qué va a hacer? ¿Va a tocar la guitarra?».

Me inquieté. Suele sucederme cuando no controlo la situación. Uno de los amigos de Will me vio y entró apresurado en el colegio. Poco después, salió Will. Cogió la guitarra y tocó. Sin esperas, sin discursos, solo tocó. Me costó asimilar que estuviera tocando la guitarra delante de medio colegio porque no le gustaba tocar en público. Automáticamente, la gente a mi alrededor se disolvió y provocó que me quedara enfrente de Will. Los únicos que no se movieron fueron mis amigos. Reconocí la melodía desde los primeros acordes. Era una canción de Los Beatles; me encantan Los Beatles y Will lo sabía.

*Oh! darling, please believe me
I'll never do you no harm
believe me when I tell you
I'll never do you no harm
Oh! darling, if you leave me
I'll never make it alone
believe me when I beg you
don't ever leave me alone*

Reproduje la letra en mi cabeza.

*¡Oh! cariño, por favor, créeme
nunca te haré daño
créeme cuando te digo
que nunca te haré daño
¡Oh! cariño, si me dejas
nunca lo conseguiré solo
créeme cuando te ruego
que nunca me dejes solo*

Se me anegaron los ojos de lágrimas. «Oh, Will, no me hagas esto, por favor. Quiero creerte, de verdad que deseo hacerlo, pero hay algo en mi interior que me frena. ¿Nunca me harás daño? Ya me lo has hecho. Y yo a ti. Lo nuestro no funciona».

Siguió cantando y tocando la guitarra con el corazón. Percibía las miradas de la gente en nosotros. Mis amigos me miraban, lo sentía, pero yo solo tenía ojos para Will. Debió de practicar mucho para aprenderse la canción; los Beatles no eran, para nada, su estilo.

Oh! darling, please believe me

Otra vez esa frase: «Créeme, por favor».

*I'll never let you down
believe me when I tell you
I'll never do you no harm*

Tocó los últimos acordes y... silencio. Los murmullos de la gente no se hicieron esperar. Temblaba, no podía controlarlo. Will me miraba esperando algo. ¿Una respuesta, quizá? En esos momentos no podía dársela, no después de lo que había sucedido con Oliver. «No, no pienses en eso, Sara. Te prometiste olvidarlo».

—Sara, qué romántico —me dijo Olivia, sujetándome la mano.

Mi hermana Kate y las hermanas de Adam vinieron corriendo hacia mí, entusiasmadas por la actuación. Esas cuatro siempre andaban juntas. Y siempre se emocionaban, por todo, de una manera que rozaba el escándalo. Era la leche verlas así, tan llenas de... tan tierna felicidad.

—Eso lo hace cualquiera —bufó Adam—, si quieres te toco yo una canción, o cien.

«Ay, Adam, qué poquito me entiendes a veces. O eso, o lo odias tanto que no ves sus intentos por mejorar las cosas». Will dejó la guitarra apoyada en la pared y se aproximó a mí.

—Chicos, vámonos. —Pear hizo el amago de meter a todos mis amigos dentro del colegio, pero no tuvo mucho éxito. Adam y Oliver se negaban a moverse. Los dos me miraban con acusación y decepción.

—Solo quiero hablar con él, creo que se lo ha ganado —les expliqué.

Adam chasqueó la lengua y se marchó, enfadado, sin mirarme,

arrastrando a sus hermanas y a Kate con él. Y Oliver... Oliver me clavó su mirada verde, dolido y resignado. El corazón me latió con fuerza y se me revolvió el estómago. Después de lo que había sucedido entre nosotros... me sentí mal, como si estuviera haciendo algo malo, como si estuviera cometiendo un crimen. Como si estuviera traicionándonos, a Oliver y a mí.

—Tú misma.

Fue como una bofetada. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? No sabía cómo manejar el giro que había dado mi relación con Olly después de aquel (maldito y revelador) beso.

Y, para rematar, la relación entre Will y mis dos mejores amigos nunca había sido buena, pero desde lo de Tessa había muerto.

Todo ello me dejaba en una situación complicada. Aunque creo que la palabra «complicada» no hacía justicia a mi situación. Me imaginé en medio de una selva. A mi derecha, un vacío negro, desconocido, se extendía hasta el infinito. Podría saltar para descubrir qué se escondía al final, quizá era necesario un salto de fe y me esperaba el paraíso al otro lado, pero ¿y si no había nada? Supondría mi propia destrucción. A mi izquierda, me esperaban una manada de leones, parecían amistosos, pero la desconfianza me embargaba y... el vacío me atraía. Definitivamente «complicada» no era la palabra.

Si era difícil antes de lo de Oliver, después de «eso»... No sabía si perdonaría a Will en algún momento, pero tenía claro que mis amigos no lo harían. Y, en el caso de que yo lo hiciera, sería un problema.

El resto de la pandilla siguió los pasos de Oliver y Adam. Pear me dio un apretón en el brazo para darme fuerzas.

Will redujo la distancia entre nosotros hasta colocarse enfrente de mí.

—Y ahora, ¿qué?

«Eso digo yo». Will se impacientó por mi falta de respuesta.

—Ya no sé qué más hacer, Sara. O me crees o no me crees. Última oportunidad.

—Will, no es fácil. Han pasado muchas cosas en estas últimas semanas y...

—Es un acto de fe, Sara —me interrumpió, y me robó la palabra. Claro que mi fe iba encaminada a saltar al vacío y la suya a que me lanzara a los leones.

—Dame tiempo, Will. Déjame pensar bien las cosas.

«¿Qué es lo que tienes que pensar, Sara? Ya has decidido ignorar tus

recientes sentimientos por el rubiales, entonces, ¿qué te impide volver con Will? La desconfianza. La imagen de Will y Tessa juntos que no me deja pensar con claridad».

—Está bien, pero no tardes demasiado. No voy a esperar por ti toda la vida.

Asentí con la cabeza, me acerqué a su mejilla y le di un beso. Necesitaba saber qué sentiría con su contacto. ¿Habría cambiado algo? Por desgracia, el beso fue tan rápido que apenas pude pararme a analizar las sensaciones.

—O a lo mejor sí.

«¿A lo mejor sí? ¿A qué se refiere?». Will me guiñó un ojo y entró en el colegio. Me quedé analizando su última frase. Reproduje toda la conversación hasta que lo entendí. A lo mejor sí me esperaba eternamente.

¿Estaba dispuesta a perdonar una infidelidad? Empezaba a pensar que sí.

Entré en el colegio. Pear me esperaba en la puerta.

—Vamos a hablar tú y yo, melusina.

Me reí. «Melusina». Desde que había escuchado en mi iPod *La Bella Melusina*, de Mendelsson, le dio por llamarme así. Le hizo gracia el nombre. Acepté sin rechistar.

Junto a nuestra clase, había un pequeño espacio abierto con un par de sofás verdes de terciopelo y una pequeña mesa de cristal. Nos sentamos juntas en uno de los sofás. Bueno, Pear se sentó y yo me dejé caer de manera drástica.

—Sara, ¿qué pasa por tu cabecita?

Decidí sincerarme. Hablar con Pear era como hablar conmigo misma, con la excepción de que a ella no podía engañarla.

—¿A ti te parecería una locura que volviera con Will?

—¿Con todo lo que ha pasado? Francamente, sí. —Bajé la mirada, pero ella me levantó la cabeza y me obligó a mirarla—. Y sabes a lo que me refiero.

Sí, sabía a lo que se refería. A Oliver. Pero yo no quería pensar en ello.

—Ya sé que mi historia con Will es complicada, pero...

—No estamos hablando de Will —me interrumpió—, estamos hablando de ti, de tus sentimientos. Voy a ser sincera contigo. Porque te conozco, porque te quiero y porque tengo que abrirte los ojos. Y puede que no te guste lo que voy a decirte, pero me siento en la obligación de hacerlo. Si no, no sería tu mejor amiga. Prométeme que me vas a escuchar y que vas a ser sincera contigo misma.

«Joder, otra vez me encontraba en la puñetera selva, entre el vacío y los leones». Me tocaba decidir. Estaba segura de que ese era el propósito de la conversación. Yo quería huir y esconderme, pero Pear no me lo permitiría. Y, la verdad, estaba harta de darle vueltas a todo. Tenía que tomar una decisión.

—Te lo prometo.

—¿Crees que estás enamorada de Will?

—Sí, por supuesto que sí.

—No lo digas tan segura, porque yo creo que estás muy confundida y no sabes lo que quieres o a quién quieres. Deja que te cuente mi perspectiva.

—Habla.

—Will te atrae, mucho. Está bueno, eso es evidente, y sientes una atracción física por él de la hostia, hablando mal.

—Sí, Will me atrae muchísimo, físicamente, pero no es solo eso, Pear.

—¿Te acuerdas de cómo te sentiste la primera vez que lo dejasteis por todo el asunto de la apuesta?

—Como para olvidarlo.

—Yo me acuerdo a la perfección de tu reacción. Will y tú llevabais dos años juntos y lo pasaste mal. Estuviste unas semanas tristona, melancólica, pero nada demasiado trágico.

—¿A dónde quieres llegar?

—¿Qué pasó la segunda vez que lo dejasteis? ¿Qué pasó cuando lo pillaste en la cama con Tessa? No me contestes —interrumpió mi respuesta—. Te lo cuento yo, que lo he vivido en primera línea. Te hundiste, Sara. Esta vez, de la manera más trágica posible. Era como si se hubiera acabado el mundo. Y eso es lo que me chocó. Porque tú no amas tanto a Will como para hacer lo que hiciste.

—¿Te parece que no tenía razones?

—No, me parece que lo que más te jodió fue que Will la había cagado. Que te había humillado. Y con tu peor enemiga. Estás acostumbrada a que todo te salga bien, a llevar tú las riendas de todo. Y, cuando los encontraste en la cama, todo tu mundo de naipes se derrumbó. Porque ¿cómo osaron hacerte eso a ti? A ti, que lo controlas todo. Te descolocó. Cuando sucedió lo de la apuesta, la culpa fue tuya. Pero, en esta ocasión, te la jugaron, los dos. Era la primera vez que te sucedía algo así y no supiste gestionarlo.

—Estás diciendo que no quiero a Will.

—No. Creo que lo quieres, por supuesto que sí, pero quiero que reconozcas que lo que te dolió fue tu orgullo, en un cincuenta por ciento, y

que el chico que te atrae como nada en la vida y al que has llegado a querer te engañara fue el cincuenta por ciento restante. Escaparte del colegio, Sara... tú no eres así, no eres tan débil. Pero aquello te desestabilizó.

No tenía que reconocer nada porque todo eso ya lo sabía yo.

—Es bastante probable que tengas razón.

—Y no he terminado. Estás acojonada por lo que pasó con Oliver.

Lo estaba. Cada vez que pensaba en ello, me palpitaba todo el cuerpo.

—No puedo permitirme pensar en Oliver, Pear. Y me aterra lo que eso pueda significar. Las sensaciones que viví junto a él... Jamás he sentido algo parecido, ni siquiera por Will. Y no quiero saber lo que significan. ¿Qué sentido tiene, además, si no va a volver a suceder nada entre Oliver y yo?

—Y, entonces, ¿qué vas a hacer?

—No puedo pensar en Oliver como en algo más que ser amigos. Lo primero, porque me da miedo y lo segundo, porque, aunque no esté loca de amor por Will, como tú dices, sí lo quiero.

—No he dicho que no lo quieras, Sara. Solo digo que no mueres de amor por él como te haces creer a ti misma y, si lo haces, es porque te sientes cómoda con esa relación. Porque no arriesgas demasiado. Os atraéis mutuamente, os queréis, funcionáis sexualmente, pero no hay más.

Pensé que eso resumía una relación amorosa. Atracción, cariño, sexo.

—¿Y qué más quieres que haya?

—Te lo podría contar, pero prefiero que lo averigües tú sola. Estoy segura de que tarde o temprano lo harás.

—Eso es una respuesta de mierda.

Mi amiga se rio con intensidad. Suspiré y apoyé la cabeza en el respaldo del sofá. Pear juntó su cabeza con la mía.

—Lo es. Entonces, ¿qué vas a hacer?

En aquel instante, tomé la postura más cobarde. Sí, cobarde. Mi primer acto de cobardía. Le di la espalda al vacío y me abrí paso entre los leones.

—Voy a intentarlo con Will. No quiero echar por la borda una relación de años ante el primer obstáculo que nos pone la vida.

—Sara, ¿estás segura? Creo que no estás haciendo bien las cosas. Piénsalo y aclara tus sentimientos. No huyas de ellos.

—No estoy huyendo.

Decidí guiarme por impulsos. Mi cuerpo pedía a gritos que volviera con Will. Por muchas razones, y una de ellas era porque aún sentía algo muy fuerte por él.

—Joder, con la que se lio aquel día —se lamentó Pear—. Tú no estabas, pero el asunto se nos fue de las manos, a todos.

No lo vi, pero me lo imaginaba. Sobre todo después de ver a cuatro de las personas que más me importaban en la vida con el rostro golpeado. Pear llevaba razón, después de la que lie ese día, perdonar y volver con Will... Era para darme de hostias. Se me ocurrió una idea para capear el temporal.

—No se lo cuentes a nadie, por favor. No quiero que se sepa.

—¿Qué quieres decir?

—De momento, voy a mantener en secreto que he decidido volver con Will. Excepto a Will, claro.

—Joder, Sara. ¿No estarás pensando en verte a escondidas con él?

Sí, eso era lo que estaba pensando. Al menos al principio. Y según cómo fueran las cosas, ya vería.

—¿Y mi hermano?

Pear levantó la cabeza del respaldo del sofá y me miró interrogante. Se me daba bien cambiar de tema. Me incorporé.

—No te hagas la tonta, ¿qué sentido tiene que yo vuelva con Will y tú sigas enfadada con mi hermano? Tienes que hablar con él.

—No sé cómo hacerlo. Ha pasado tanto tiempo... Lo más probable es que no quiera saber nada de mí.

—Entonces, no dejes que pase el tiempo y que se enfríen más las cosas.

—Y tampoco sé si estoy de acuerdo con su manera de proceder, anteponiendo a Will a todo. Parecen siameses. —Escondió la cabeza en uno de los cojines del sofá—. Ay, Sara, me gusta mucho. Estas semanas sin él han sido una pesadilla, cada vez que lo veo me entran ganas de tirarme a sus brazos, besarlo por todas partes y no dejarlo marchar nunca más.

Conocía la sensación.

—¿Vas a seguir fingiendo que no estás enamorada de él?

Me dio un golpe en el brazo y me miró indignada. Yo la miré levantando mis dos cejas. Su expresión se suavizó.

—No cuela, ¿eh?

—No, Pear. Nunca ha colado.

En la cena, mis amigos seguían enfadados. Los conozco bien. Estaban muy secos y me contestaban con monosílabos. A cada mordisco que daba a mi sándwich miraba de reajo hacia la mesa de Will. Parecía acalorado.

«¿Está discutiendo con mi hermano?». Di otro mordisco a mi comida e intenté disimular. Volví a mirarlos de reajo. Sí que daba la sensación de que

discutían. Quise reengancharme a la conversación de mis amigos, pero no pude. Mi mirada se dirigía una y otra vez hacia aquella mesa.

De repente, mi hermano se levantó y parecía dispuesto a abandonar el comedor. Pear se tensó a mi lado. Will movió la cabeza en señal de negación. Cuando creí que se había ido...

—¡Sara!

«¡Joder, qué susto!». Mi hermano me había gritado en medio del comedor.

—Te quiero en el aula de descanso en diez minutos.

«¿Pero este qué se cree? No voy a ir. A ver si se piensa que puede darme órdenes así como así».

—No pienso ir. —Crucé los brazos y me recosté en el respaldo de mi silla.

—Y mi madre se queja porque discuto con mi hermana mayor. —Marco tiene una hermana mucho mayor que nosotros, apenas coincidimos con ella en el *Crowden*—. Debería venir y veros a vosotros dos. Nosotros jamás hemos llegado a esos niveles de hostilidad. ¿Alguna vez os decís algo bonito?

—Creo que los he oído, en alguna ocasión, darse los buenos días —contestó Pear pizpireta—, pero no estoy segura, quizá lo he soñado. —Me sonrió y me guiñó un ojo.

—Mucho sueñas tú con mi hermano, me parece a mí.

Pasó de sonreírme a fulminarme con la mirada.

«Ay, melusina, melusina».

8

La pelea

¡Pero qué imbécil soy!, pensaba mientras me dirigía a la sala de descanso. Bastó un único grito del idiota de Daniel para que fuera de cabeza a acatar sus órdenes. Justifiqué mi comportamiento convenciéndome a mí misma de que lo que me había movido a obedecerle era la curiosidad. ¿Qué querría decirme?

Fui sola a su encuentro, ninguno de mis amigos me acompañó. Lo preferí así. Y tampoco es que Oliver y Adam estuvieran muy receptivos. ¿Cuándo se complicaron tanto nuestras vidas? ¿Cuándo dejamos de jugar en los columpios y nos subimos a aquel carrusel de desencuentros? ¿Eso era la adolescencia? Porque no me gustaba nada.

Llegué a la sala de descanso. La puerta estaba cerrada (algo extraño) y entré sin llamar. Di un grito ahogado por el espectáculo que se presentó ante mis ojos. Daniel estaba dentro, pero no estaba solo. ¡Estaba besándose con Chloe! ¡La chica de Adam! ¡En la boca! Dos personas me vinieron, al instante, a la cabeza: Adam y Pear.

Los amantes traidores se separaron abruptamente, bueno, más bien, lo hizo Daniel al escuchar la puerta. Yo me quedé pegada a la puerta, mi mano todavía sujetaba la manilla.

—¿Qué coño haces? —gritó a Chloe, haciéndose el sorprendido.

«¡No disimules ahora, Daniel! Todos los tíos son iguales. ¿Cómo has podido hacerle esto a Adam? ¿Y a Pear? Y yo animándola para que te perdonara». Las palabras no salían de mi boca, estaba impactada.

—Sara, no es lo que parece —me dijo mi hermano, acercándose a mí.

Ese era el eufemismo del año. ¿Por qué se empeñaban en negar lo evidente? «¿No es lo que parece? ¿No te estás enrollando con la chica de Adam?».

—Tengo que decírselo a Adam. —Era en lo único en que pensaba y lo único que era capaz de decir. Solté la manilla de la puerta y me di la vuelta, no sin antes lanzar a Chloe una mirada envenenada. Porque la culpa no era de mi hermano, era de los dos. Dos no se besan si uno no quiere.

—No, Sara, espera —Daniel llegó hasta mí y me sujetó del brazo, frenándome e impidiendo que me alejara de la sala—, no te vayas así, joder.

Te aseguro que no tengo ni puta idea de lo que acaba de pasar... ¡Yo no la he besado!

No lo escuché, tiré de mi brazo para soltarme, pero Daniel me sujetaba con fuerza.

—Joder, no le vayas con el cuento a Adam y Pear, al menos dame algo de tiempo.

¿Tiempo para qué? ¿Para inventarse alguna historia que justificara lo que había visto? «Oh, no, de ninguna manera».

—¿Qué? No, ni hablar. —Negué con la cabeza.

—No entiendo qué cojones ha pasado, Sara. Te juro que se me ha lanzado en cuanto has entrado.

«Sí, claro, a Will se le mete Tessa en la cama sin que se entere y a él le saltan las mujeres a los brazos sin pretenderlo. Vaya par».

—No, tengo que decírselo a Adam. Y a Pear. —Me solté del amarre de mi hermano y apunté a Chloe con mi dedo acusador—. Empezabas a gustarle, ¿sabes? Pero ahora me encargo yo de que se olvide de ti. Vas a salir de la misma manera que has entrado: rápido.

—¿No me vas a conceder el beneficio de la duda? ¿Vas a anteponer a Adam ante mí? —me preguntó mi hermano, sujetándome el brazo.

—Por supuesto que sí.

No dudé en contestar. Una y mil veces antepondría los intereses de Adam frente a los de mi hermano.

—Te repito que no sé qué ha sucedido. La loca esta —hizo un movimiento despectivo hacia la chica infiel— ha entrado detrás de mí hablándome del tiempo y no sé qué hostias más y me ha besado justo cuando abrías la puerta.

—Dan, no disimulemos más —intervino la asquerosa de Chloe—, por favor, estoy harta de mentiras y engaños.

—¿Pero qué coño dices, loca? —se aproximó a ella—. ¡DI LA PUTA VERDAD!

Corrí hacia ellos y me puse en medio. Daniel estaba muy alterado. En raras ocasiones perdía los nervios. Empecé a dudar. Cogí a mi hermano por los hombros y lo separé de la chica. Giré la cabeza y le grité.

—¡Lárgate!

La rubia oxigenada se marchó corriendo, sin mirar atrás, pero no parecía afectada, más bien me dio la impresión de que estaba... ¿satisfecha?

—Sara, un día —me suplicó mi hermano—, dame un día para ver por qué

coño esa tía se me ha lanzado a la boca. Porque te juro que no entiendo una mierda y necesito averiguarlo. Mañana se lo cuentas todo a Adam y Pear, haya llegado yo a algo o no.

No sabía qué hacer. Moría por contárselo a Adam, pero, por otra parte, debería aprender de mis errores y dar un voto de confianza a mi hermano, el que no di a Will. Lo pensé unos instantes hasta que asentí con la cabeza.

—Está bien. Tienes un día, Daniel. Ni uno más —le advertí con el dedo índice.

Me dio las gracias (supernovedad) y salió escopetado de la sala. Me quedé sola. Todo era muy extraño. ¿Por qué sonreía Chloe? Y, después de ver la reacción de mi hermano, tenía claro que no mentía, lo vi en sus ojos. Por eso acepté darle ese voto de confianza. Esperaba no arrepentirme.

Pasé una noche horrible, Adam dormía a mi lado, tranquilo como un bebé, y yo me sentía fatal sabiendo lo que sabía y sin poder contárselo. Le pregunté si había estado con Chloe esa noche, pero me explicó que ella había quedado con sus amigas.

«Claro, con sus amigas. Mentirosa».

Le prometí a mi hermano que le daría un día y eso haría. «No sé por qué me dejo convencer por él, si fuera al revés...».

Al día siguiente era martes, y me tocaba sesión con Brenda, la psicóloga. Me notó inquieta y me asedió a preguntas, pero me inventé historias sobre ataques nocturnos; eso le encantaba. Por supuesto, no le dije nada sobre mi último ataque.

Salí de su despacho y fui directa a clase. Cuando llegué, alguien estaba discutiendo.

—Sara. —Adam me vio, según entré por la puerta, y vino hacia mí, agitado y acelerado.

—No pidas apoyo a tu querida *Totó*, Adam. Ella lo sabía todo y no te lo contó.

—¡Cállate, joder! No eres más que una jodida mentirosa. —Estaba muy enfadado. «Oh, oh, tengo un mal presentimiento».

Miré a mis amigos, se les veía sorprendidos y contrariados. ¿Se habían enterado de lo del beso de Chloe con mi hermano?

«No puede ser, ¿quién se lo ha dicho?». Chloe no podía ser tan tonta como para perjudicarse por iniciativa propia. ¿O sí?

—¿No me crees, Adam? Vale, pregúntale a ella. Pregúntale a tu superamigueta, que me parece a mí que no lo es tanto... —Chloe me miró

triunfante. «Hija de... ».

Adam me miró y descubrió la verdad en mis ojos. No esperaba menos de él. Aquella maldita conexión que teníamos... Aquello no debería estar pasando, pretendía contárselo más tarde.

—Adam, escúchame —intenté explicarle lo sucedido, no quería que pensara que lo había traicionado, pero no me dejó continuar.

—No... no puede ser... Tú no... tú nunca... —Negaba con la cabeza mientras caminaba hacia atrás alejándose de mí.

—Adam, iba a decírtelo esta noche.

Error. En aquella ocasión, fui yo quien lo vio en sus ojos. En realidad, yo, y cualquiera que mirara, porque parecían dos bolas de fuego.

—Esta noche. ¿¿ESTA NOCHE?? —Adam levantó los brazos y yo di un respingo por su grito (a pesar de esperármelo)—. ¿Desde cuándo coño lo sabes, Sara?

«Joder, ya estamos con el Sara de las narices. ¡Qué manía tienen todos de llamarme por mi nombre cuando se cabrean!».

—Desde que pasó, nos pilló *in fraganti* a Daniel y a mí. —Eché una mirada fulminante a Chloe. O se callaba, o la callaba yo de un bofetón.

—¿Sara? —me preguntó Pear dolida.

«Mierda». Me había olvidado de que Pear estaba ahí. «Soy la peor amiga del mundo. Esto no puede estar pasando. Joder, Daniel. La que hemos liado».

Adam se llevó las manos a la cabeza. Intenté aproximarme a él, pero me apartó con un gesto brusco.

—¿Por qué no me lo has dicho? ¿Por defender a Daniel? ¿En serio? ¿A Daniel?

—No, Adam, las cosas no son así. Escúchame, por favor. Todo tiene una explicación.

—Las cosas no son así —Adam repitió mis palabras y se rio sarcástico (mala señal). Un segundo después, dio un golpe fuerte a la mesa con la palma de la mano—. ¿Y cómo coño son las cosas, Sara? ¿Acaso no me has ocultado la verdad?

No podía contestarle. A ese Adam no lo conocía, estaba muy muy dolido. Nunca me había gritado así, ni mirado así. Me sentía como expuesta ante el tribunal de la Santa Inquisición Española: a la hoguera, sin miramientos. La pregunta es: ¿era culpable de lo que se me acusaba? Yo creía que no.

—Adam, por favor. Déjame explicártelo.

—Lo que pasa es que Daniel, a pesar de todos vuestros jodidos

problemas, es tu hermano, tu sangre, y yo no. No necesito que me expliques nada, Sara. Vete a la mierda.

—Adam, espera. —Me acerqué a él y lo cogí del codo.

—¡Déjame en paz! ¡Ni te acerques! —Se zafó de mi agarre con violencia. Lo que vi en sus ojos me dejó destrozada.

No quería escucharme, le importaba una mierda que Chloe se hubiera besuqueado con mi hermano. Lo que le dolía, por encima de todo, era mi supuesta traición. Si tan solo me hubiera permitido explicarle que no había tal traición, que mi pecado fue conceder un día a mi hermano porque me juró que no había hecho nada y que quería intentar descubrir qué estaba pasando.

Miré a Oliver en busca de apoyo y comprensión mientras me caían lágrimas por las mejillas. Adam y yo nos habíamos enfadado antes, pero no de aquella manera. Estaba asustada. No podía perderlo. «Lo necesito más que al aire que respiro».

—Olly, déjame explicarte lo que ha pasado, por favor —le rogué.

Me miró como si lo hubiera traicionado a él también. Claro que lo nuestro traía cola. «No, tú no. Los dos a la vez, no». No pude evitar pensar que el día anterior estaban ambos enfadados conmigo por mi acercamiento con Will y que yo no hice nada para remediarlo. Y lo de Chloe fue la gota que colmó el vaso.

—Sí, luego te veo, primero... primero debo ir con Adam.

—Está bien —le susurré, llorando, cuando ya había salido por la puerta.

Brian se acercó a mí y me abrazó.

—Tranquila, Sara, está enfadado, pero se le pasará. Yo confío en ti, sé que no harías jamás nada en contra de Adam, y que no antepondrías a tu hermano por encima de él, no para hacerle daño.

Le di las gracias devolviéndole el abrazo. El resto de mis amigos se aproximaron a mí para brindarme su apoyo. Todos, excepto Pear.

—Pear, por favor, escúchame.

Se dio media vuelta y salió corriendo.

—¡Pear!

Corrí detrás de ella. Escuché las risitas de Chloe y compañía al pasar junto a ellas, pero las ignoré. Alcancé a mi amiga en las escaleras.

—Pear, espera. Perdóname y déjame que te lo explique todo. Daniel dice que...

Se giró y me miró enfadada, mientras levantaba la mano para hacerme callar.

—Sara, si me quieres, déjame en paz. Ahora no quiero ni verte. —Se dio la vuelta y bajó por la escalinata sin mirar atrás.

«Genial. Mis tres mejores amigos enfadados conmigo a la vez. Mi vida no podría ser mejor». A pesar de no creer en Dios, en momentos como aquel realmente pensaba que debía de existir alguien ahí arriba dispuesto a darme por culo por placer. De otra manera, ¿cómo era posible que me salieran las cosas tan mal? «Porque, cuando haces mal las cosas, estas son las consecuencias». A mi conciencia también le gustaba... tocarme la moral, por decirlo de una manera elegante.

Intenté, a lo largo de aquel maldito día, hablar con Pear, pero estaba muy enfadada y, como me dijo a la cara, no quería ni verme.

Por la noche, no podía dormir; no quería hacerlo si no tenía junto a mí ni a Adam ni a Oliver. Nunca pensé que me dejarían sola y, menos aún, después del ataque que había tenido días atrás. Me di cuenta de la enorme dependencia que tenía de ellos y me mosqueé. Nadie debería depender tanto de otra persona. Te hace débil.

Salí de mi dormitorio y escribí un mensaje a Pear:

Sara: ¿Puedo ir a tu habitación para que hablemos?

Pear: No.

«Joder. No me va a perdonar nunca». Me puse en su lugar y entendí su enfado. Enterarse de que mi hermano se había enrollado con otra chica y que yo lo sabía... era una traición, en toda regla, por mi parte. Claro que, si me hubiera escuchado, podría haberle explicado lo sucedido.

Como sabía que no iba a dormirme, me fui a la sala de música a tocar el piano. Estaba destrozada; cuando crees que nada puede ir a peor, suceden esas cosas. Y yo pensando que todos mis problemas eran estar peleada con Will y Daniel.

Intenté imitar a Beethoven con *Moonlight Sonata*. Más tarde (no sabía cuánto), estaba tan crispada que *Storm* de Vivaldi hizo acto de presencia. Había sobrepasado el toque de queda de la residencia, eso seguro. «Que vengán y me expulsen de una vez de este maldito colegio».

Escuché pasos a lo lejos. Se aproximaban a la sala.

—Joder, aquí estás. Te hemos buscado por todas partes.

El bueno de Oliver. «A buenas horas. No quiero verte. Ahora, no». No me

giré, pero lo noté cerca de mí.

—No has buscado demasiado.

Suspiró de manera exagerada. Vamos, en su línea. Si creía que me amedrentaría con sus suspiros, lo llevaba claro. Entendía (reconozco que cada vez menos) el mosqueo de Adam y Pear. Pero ¿él?

—Es tarde, vamos a dormir.

No tenía ganas de discutir. «Bien, pues quizá yo sí».

—No tengo sueño, ve tú.

—Nena.

—¿Qué, Oliver? —Lo miré a los ojos por primera vez.

Había una firme determinación en nuestras voces. Los dos estábamos enfadados. ¿El motivo? Creo que cada uno teníamos el nuestro. Lo que me quedó claro es que no tenía demasiado que ver con lo que había sucedido con Adam. Me di cuenta de que, en realidad, no me apetecía discutir con él, no me sentía preparada para lo que tuviera que decirme.

—Vamos a dormir. Fin de la discusión. —Bajó la tapa del piano de un golpe seco.

Definitivamente, no íbamos a discutir. Él no quería, y yo no sabía ni lo que quería. Cuando estoy enfadada, soy como una montaña rusa y paso de un extremo a otro en segundos.

Lo miré, fulminándolo con la mirada, pero le obedecí. «Oliver gana. Por hoy».

Nos metimos en la cama, yo lo más alejada posible de su cuerpo. No quería rozarlo. «Que te den, rubiales».

Al día siguiente, no bajé a desayunar con la pandilla. El sueño nocturno no fue reparador ni muchísimo menos. Apenas dormí, solo pensé en todo lo sucedido, en mis amigos, que no me habían escuchado. Y me enfadé. Me enfadé con Oliver, con Adam y con Pear. «¡Tres en raya!».

En clase, los ignoré, me cambié de sitio con Moira para no tener que estar cerca de ninguno de ellos. Oliver y Adam parecían más receptivos (a pesar de mi actitud), pero Pear pasaba olímpicamente de mí. Era muy frustrante. Y yo soy de fácil enfado, lo reconozco. Estoy muy lejos de ser perfecta.

Pasó la mañana y llegó la clase de gimnasia. Aquel año conmemorábamos los deportes. Eso significaba que, cada dos semanas, practicábamos un deporte diferente. Aquel día, tocaba voleibol.

Estaba a punto de devolver un golpe cuando alguien me empujó y me hizo perder el equilibrio. Caí de rodillas y me hice daño.

«Ay, duele».

Examiné mis rodillas, sangraba. Como me escocían horrores, me salieron muecas de dolor. Agité las manos, pero no se calmaba el escozor. Miré por encima del hombro para ver quién me había empujado: un esbirro de Tessa. No era un buen día para calentarme, tenía los nervios a punto para saltar a la mínima.

—Sara, ¿estás bien?

Era Adam, que se acercó a mí, con preocupación en el rostro. Lo miré con la misma expresión de extrañeza con la que miraría a una farola que de pronto me habla. Mi tren de pensamientos salió de la estación.

«No puede venir a ver si me ha pasado algo así, como si nada, no después de lo que me hizo pasar anoche. No después de pasar una noche horrible pensando que podría darme uno de mis ataques y que él no viniera a verme, a ayudarme; sabe que eso es sagrado. Pase lo que pase, no me puede dejar sola por las noches. Me prometió que siempre estaría a mi lado y ayer no lo estuvo, a propósito».

—Déjame ver. —Al comprobar que no le contestaba, se agachó junto a mí, y me tocó con su mano una de las rodillas, con delicadeza.

—No me toques, Adam.

—Sara, déjame ver qué te has hecho.

Nuestros amigos llegaron hasta nosotros junto al profesor.

—¡Que no me toques, Adam! —Le aparté las manos y me puse en pie. Di vueltas por el campo improvisado de voleibol en un intento de disminuir el dolor.

—Sara...

Adam me miró con dolor. Sentí el impulso de lanzarme a sus brazos y pedirle perdón, pero mi orgullo no me lo permitió. «Malditos genes Summers».

—Summers, vamos a la enfermería a que te curen eso. Seguid con la clase —terció el profesor. Di la espalda a Adam y me fui a la enfermería.

Después de que me curasen las rodillas, fui a comer. Llevaba el pantalón de chándal levantado hasta las pantorrillas para que les diera el aire a las heridas y se secase la pomada que me habían aplicado.

Llegué al comedor, pero no quería sentarme en mi mesa. Antes de coger la comida, me preparé un zumo de naranja; me apetecía, tenía la garganta seca. Me encontraba en tal estado de nervios por todo lo que había sucedido que se me cayó el zumo de las manos en medio del comedor.

Todos los alumnos aplaudieron, todos excepto mis amigos. Me puse a limpiarlo, pero enseguida vino una de las cocineras a ocuparse del desastre. Cogí una bandeja y me serví algo de comida. Divisé la mesa de mi hermano y allí me dirigí.

Me senté en una silla vacía y miré a mi hermano con resquemor.

—No me apetece sentarme con Adam y Pear, y es todo por tu culpa. Así que pienso comer aquí.

Mi hermano levantó las manos en señal de rendición.

—¡No te he dicho nada!

—¿Ahora eres tú la que está enfadada con Adam y Pear? —me preguntó Will.

No le contesté.

—Tienes un don especial para dar la vuelta a las cosas, Sarita —me dijo.

—No me han dejado explicarme. Solo se han enfadado y me han ignorado.

—¿Cómo se han atrevido a hacer semejante atrocidad? —El semblante de Will se transformó, en segundos, de falsa indignación a recochineo puro— ¿A que jode?

«¡Zas!». Miré al techo buscando a Dios y le pregunté, en silencio, que a ver por qué se empeñaba en seguir dándome por culo. «Porque te lo mereces», ahí estaba mi conciencia otra vez, aunque, en eso, tenía razón. Fue lo que yo hice con Will, no escucharlo, no permitir que se explicara. Y sí que jodía. Tenía una sensación arrolladora de impotencia y una enorme necesidad de que me creyeran. Era horrible. «¿Así se ha sentido Will todo este tiempo?». No me extrañaba que me pasara aquello, era un castigo por lo mal que me había portado con él. «Está bien, Dios todopoderoso, lo acepto. Haz conmigo lo que quieras».

—Aston viene hacia aquí.

«Colosal, ¿qué busca el rubiales en nuestra mesa? Es decir, ¿en la mesa de mi hermano? Joder, qué rápido me apropio de las cosas». Además de orgullo, los Summers tenemos el sentido de la propiedad muy extendido.

—¿Por qué te has sentado aquí? —me preguntó Oliver.

—No somos leprosos, Aston —le increpó Will.

Oliver hizo oídos sordos y esperó, paciente, mi respuesta.

—Porque me ha dado la gana.

Aunque reconocía que me había excedido con Will, por no escucharlo, eso no significaba que no estuviera enfadada con Oliver. ¿Por qué? Porque

estaba enfadada con el mundo. Me apetecía bronca con cualquiera que se cruzara en mi camino. Tenía un mal día.

—Ya has oído, Aston. Lárgate. No eres bien recibido. —La sensación de triunfo que asedió a Will fue apabullante. Era la primera vez en la vida que apartaba a Oliver de mi lado y lo disfrutó. El rubio me miró para confirmar sus palabras y yo me quedé impasible.

—Muy bien. Cuando recuperes la cordura, ven a buscarme. Y veré si me apetece estar contigo.

«¡Qué valor! Y luego soy yo la que da vuelta a las cosas. Puedes esperar sentado, rubiales».

Adam

Me sentía muy jodido. No podía estar peleado con Sara más de un día, no me gustaba. La quiero con toda mi alma, como si fuera una parte de mí, como si fuera mi hermana, más que eso, en realidad. Por eso me había jodido tanto lo ocurrido, por eso no dejé que se explicara. Estaba cabreado y no atendí a razones, pero estaba seguro de que Sara tuvo sus motivos para actuar como lo hizo. «Si tan solo me dejara acercarme a ella».

—Adam.

«Daniel». Ni lo miré. «Jodido Summers». Y yo pensando que en el fondo éramos colegas. Supongo que él no tiene fondo.

—Ya sabes que a mí Oliver y tú me importáis una mierda. —«Joder, empezamos bien. Lo que digo yo, sin fondo»—. Oliver más que tú, en realidad. Pero, por alguna extraña razón que no alcanzo a comprender, mi hermana os adora, a los dos. Deberías concederle el beneficio de la duda y escucharla. —Finjo que no lo escucho, pero él sigue a lo suyo—. Ayer, la cité en la sala de descanso para echarle la bronca por su estúpido comportamiento con Will y, antes de que llegara, entró Chloe y, en cuanto notó que se abría la puerta, se lanzó a mi boca. Sara se mosqueó y quería contártelo al instante, pero la convencí para que me concediera un solo día para intentar descubrir por qué la pirada de tu novia se me había lanzado a los brazos.

—No era mi novia —lo corregí.

—Como quieras, el caso es que...

—¿Has descubierto algo? —lo interrumpí.

—No. Pero te aseguro que fue cosa de ella. Puedes creerme o no. A mí me la suda. Pero mi hermana no se merece tu desprecio. Esta vez, tiene razón.

Acabó su discursito de los cojones y se largó. Y sabía que tenía razón; debí escuchar a Sara. No entendía la actitud de Chloe, pero tampoco me rompí demasiado la cabeza pensando en ello, lo que más me importaba era Sara.

Fui a buscarla para disculparme por no haber estado con ella por la noche. Oliver me aseguró que él se hacía cargo, que era mejor que pasáramos la noche separados. Jamás la hubiera dejado sola de no haber estado Olly con ella.

Mientras caminaba por el colegio en busca de mi amiga, distinguí a lo

lejos a Tessa y a Chloe. ¿Qué hacían esas dos juntas? Me pareció extraño de cojones, no eran amigas; de haberlo sido, no me hubiera enrollado con ella por muy buena que estuviera. Las seguí en silencio. Se metieron en el baño de chicas. «Mierda».

Sentía tanta curiosidad por aquella extraña pareja que pegué el oído a la puerta. Como no lograba escuchar nada, me arriesgué a entrar. Y di en el puto clavo, porque estaban dentro de uno de los baños, con la puerta cerrada, por lo que pude escucharlas sin que me descubrieran. Reían.

—*Te dije que mi plan funcionaría.*

Esa era Tessa Frambuesa. ¿A qué se refería? Una alerta se disparó en mi cuerpo.

—*Sí, ha sido genial, ¡los hemos separado! Y ha sido facilísimo.*

«¿Qué?».

—*Ya te dije que confiaras en mí. Sara es la debilidad de Adam y viceversa.*

—*No me importa haber perdido a Adam; de todas formas, nunca lo tuve. Siempre está Summers revoloteando por medio, me doy por satisfecha sabiendo que no se hablan.*

Me entraron ganas de entrar y partirles la cara a las dos. Escuché cómo celebraban toda la jugada hasta que no aguanté más y me piré.

Fui en busca de Sara, tenía que saber lo que habían hecho ese par. «Joder, ¡qué gilipollas soy!». Salí corriendo del colegio y recorrí todos los lugares en los que solíamos estar. Después de un par de vueltas, la encontré en nuestro árbol con Olivia y Brian.

—Sara, necesito hablar contigo. —No dejé que me interrumpiera—. He pillado a Tessa y Chloe hablando en el baño. —Entonces tuve toda su atención. Le extrañó. Lógico. Esas dos nunca habían cruzado más de dos frases.

—¿Tu Chloe? —me preguntó Olivia.

«Los cojones *mi* Chloe». Aun así, supe a qué se refería.

—Sí.

—¿Con Tessa Sorpresa? —insistió.

«*Sorpresa* la que me he llevado yo».

—Que sí, joder.

Qué complicado lo ponen siempre las mujeres, no le dejan a uno arrancar.

—Habrás intentado escuchar lo que decían, ¿no, Wallace? —«Coño, qué tocapelotas puede llegar a ponerse Sara cuando se lo propone».

—La duda ofende, *Totó*.

—¿Y qué has descubierto?

—Que lo tenían todo preparado, querían que tú y yo nos cabreáramos. Sabían que aparecerías en la *escena del crimen* porque escucharon a Daniel citarte en el comedor y se abalanzó sobre él para que tú los pillaras. Se la jugaron arriesgándose a que no me dirías nada porque Daniel lo negaría y tú le creerías...

Sara

La ira me poseyó y no fui capaz de controlarla. Pocas veces en mi vida me he sentido así. Había acumulado, desde el día anterior, un sentimiento demasiado negro en mi interior, y gritaba por su liberación. Era rabia por hacerme enfadar con Adam, rabia por robarme los patines y separarme de Will y rabia por meterse en su cama. Exploté. Y no había vuelta atrás. Me levanté de la hierba y me acerqué a Adam.

—¿Dónde estaban?

—¿Qué?

—¿Que dónde estaban? ¿En qué baño, Adam? —le pregunté, impaciente, mientras echaba a andar hacia el colegio.

—En el de la segunda planta, pero no sé si seguirán ahí.

Eché a correr en esa dirección.

—Sara, ¿a dónde vas?

Mis tres amigos me seguían mientras yo corría, enajenada, hacia el edificio principal. Subí los peldaños del patio a toda prisa y llegué a la entrada del colegio en un santiamén. Me paré un segundo para reflexionar. Estaban en el baño de la segunda planta y aún quedaba tiempo antes de volver a clase...

«¿Dónde estás, Tessa?». Me la jugué con la sala de descanso de la segunda planta. Además, ahí fue donde comenzó todo aquel embrollo. Subí los dos pisos que me separaban de mi objetivo como alma que lleva el diablo. Corrí por el pasillo hasta la sala de descanso. Llegué y me detuve ante la puerta abierta.

Las vi al fondo de la sala, riéndose por algo, y fui directa hacia Tessa. Adam me cogió de la muñeca, pero le grité que me dejara en paz de malas maneras. Tenía las mismas ansias de venganza que Uma Thurman en *Kill Bill*. Solo me faltaba la espada samurái.

Aparté a la gente que encontraba en mi camino a empujones e ignoré sus quejas. No sabía ni quiénes eran, no distinguía ningún rostro, solo el de ella.

Tessa.

Me lancé hacia mi archienemiga y la pegué un tortazo vertiendo toda mi rabia en ella. Me daba igual que me expulsaran, no me importaba nada, solo quería venganza, venganza por todo lo que me había hecho. La odié, jamás

pensé que podría albergar en mi corazón un sentimiento tan negro hacia otro ser humano.

—¿Qué haces? ¿Estás loca? —Intentó alejarse de mí, pero no se lo permití.

Tessa chillaba, se defendía con uñas y dientes y me alcanzó en varias ocasiones, pero no me dolía, no sentía nada, solo odio y ganas de venganza. La cogí de los pelos y la arrastré por media sala (sí, tal cual, vergonzoso). Sus gritos eran música para mis oídos. Y a mí me encanta la música. Nadie nos interrumpió, entiendo que Adam y Brian no dejaban que nadie se acercara, hasta que Tessa consiguió liberarse y ponerse encima de mí. Estuvo a punto de pegarme en la cara, pero Adam la sujetó la mano.

—Quieta, fierecilla. Ni se te ocurra.

Yo aún no había terminado. Aproveché la interrupción de Adam para lanzarme a por ella otra vez, pero no llegué a tocarla. En cuanto me posicioné encima de ella, unos brazos me sujetaron y me alejaron. Miré hacia atrás y vi que era mi hermano Daniel quien me retenía.

—¡Suéltame!

—¡Joder!, ¿qué ha pasado? —Daniel pedía explicaciones a Adam.

Yo intentaba liberarme y casi lo conseguí, porque me acerqué de nuevo a Tessa. Ella puso cara de terror y se colocó detrás de sus amigos, que habían ido a socorrerla. Pero volvieron a alejarme de ella. Entonces, me agarraban cuatro manos. Las otras eran de Will, reconocí sus brazos.

—¡Que me soltéis! —Chillaba mientras daba patadas al aire intentando en vano alcanzar a Tessa. No lo conseguiría. Me rendí. Fue entonces cuando noté el sabor de la sangre en mi boca y el horrible escozor en el ojo.

—¡Te juro que te vas a arrepentir de esta, Summers! ¡Te van a expulsar! ¡Te lo juro!

—No jures en vano, Teresa —le dijo mi hermano amenazador pero calmado—, hasta donde yo sé ha sido cosa de dos. O mejor aún, has empezado tú.

—¡Y una mierda! ¡Ha empezado ella! ¡Me ha atacado sin motivo!

«¿Sin motivo? ¡Me cago en... !».

Me fijé en su aspecto, y una especie de satisfacción me subió por el pecho. Era como si le hubiera pasado una apisonadora por encima. Su perfecto pelo rubio apuntaba hacia todas las direcciones.

—¿Tú crees? ¡Adam, Brian! —Mi hermano llamó a mis amigos—. ¿Quién ha empezado la pelea?

—Tessa Sabuesa —contestaron los dos, al unísono, con chulería.

—¡Mentira! ¡Tengo pruebas! ¡Todo el mundo ha visto cómo venía hacia mí como una puñetera loca! ¡Porque estás loca, Summers! ¡Estás desquiciada!

No lo negué.

—Yo no he visto tal cosa —me defendió Olivia.

—¿Tú qué vas a decir? ¡Eres su amiga! ¡La directora no os va a creer a ninguno de vosotros!

Daniel continuó hablando.

—Jack y Aaron no son sus amigos, son amigos de su exnovio. Exnovio, por cierto, con el que se lleva de puto culo como sabe todo el colegio. —Will, que persistía en su agarre, se tensó ante aquellas palabras—. No moverían un solo dedo para ayudarla. Antes está Will. Es un tema de lealtad, no creo que lo entiendas. Chicos —se giró hacia sus amigos—, ¿quién ha empezado la pelea?

—Tessa —contestaron los dos, de nuevo, a la vez.

—Es una pena que, a lo largo de los años, te hayas forjado tantos enemigos, Tessa. Yo, sin embargo, todo lo contrario. ¿Qué piensas que va a contar la gente? ¿Lo que digas tú o lo que diga yo? ¿De qué lado crees que se van a poner?

Nadie habló; hasta los amigos de Tessa permanecieron en silencio. A Chloe no la veía, debió de huir pensando que después iría a por ella. «Cobarde». Estaban todos bastante acojonados. Mi hermano tenía muchos amigos en el colegio, era influyente y nadie quería llevarse mal con él. No entendí su defensa hacía mi persona; quizás se sentía mal por todo lo ocurrido, a pesar de que le habían tendido una trampa.

—¿Qué está pasando aquí? —El profesor de matemáticas apareció de la nada. El *buenorro*.

Will me soltó al instante creando distancia. No quería que los profesores pensaran que estaba de mi lado.

—Pelea de gatas. Deberíais expulsarlas a las dos. Vaya espectáculo más lamentable. Este colegio últimamente deja mucho que desear.

«Gracias, Will».

Fui a curarme a la enfermería con mi hermano y Pear. Mi amiga se enteró de toda la movida (porque aún no era muy popular Twitter que, si no, mi pelea hubiera sido *trending topic* dentro de los muros del *Crowden* en cuestión de segundos). Nos habíamos cruzado con ella a la salida de la sala

de descanso. No nos dijimos nada. Ella me perdonaba y yo la perdonaba, aunque yo seguía *mosqueadilla*. No puedo evitarlo: cuando me enfado, me cuesta mucho desenfadarme.

Había tensión en la sala. Mucha. Diría que hasta superaba los mil voltios. Pear se mordía la lengua para no discutir con mi hermano por todo lo que había pasado. A fin de cuentas, no tenía derecho porque ya no estaban *liados*.

Adam prestaba declaración en el despacho de la directora. Intentó acompañarme a la enfermería, pero no se lo permití. Le chillé y lo acusé de mi estado de nervios. Estaba descontrolada y necesitaba desahogarme. Siempre la pagas con quien más cerca tienes. Al menos, Adam puede estar seguro de que se ha ganado el cielo aguantándome tanta tontería.

En plena cura, apareció Oliver por la puerta de la enfermería. «El que faltaba».

—Nena, ¿qué ha pasado? —me preguntó, preocupado, mientras se aproximaba a mí. Y para qué negarlo, ese «nena» me derritió por dentro. Oliver siempre tiene ese efecto en mí. Mi mosqueo se redujo a la mitad, pero no quise hacérselo saber.

—Nada.

—Acabo de cruzarme con Tessa, tiene la cara magullada y un cabreo que te cagas. Dicen que has sido tú. ¿Es cierto? —me preguntó con cautela.

—Sí, ha sido ella. Que no se repita, Sara —le confirmó Daniel—. Yo me largo.

Oliver y Daniel en la misma habitación... Difícil situación. Si había mal rollo antes de que llegara, después, todavía más. Cuando ambos se encontraban a escasos centímetros el uno del otro, la tensión se podía cortar con un cuchillo.

Oliver me apartó el pelo de la cara (yo también acabé con pelos de loca) y me miró a los ojos.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó Pear en mi lugar—, está bien. —Pear me acarició el pelo. Intentó recomponerme las dos trencitas que llevaba puestas.

—¿Me podéis contar lo que ha pasado?

Le hicimos un breve resumen: Tessa con sus maldades + Sara desquiciada = pelea asegurada.

Por la noche, estaba sola en mi dormitorio. Había pedido a Oliver que me dejara sola con la promesa de ir a buscarlo si lo necesitaba. Me habían dado unos calmantes y me encontraba algo más relajada. A la mañana siguiente,

debía ir a hablar con Peters.

«La que he liado hoy, no me reconozco. No me gusta verme así». Quería que todo volviera a la normalidad.

Me levanté de la cama y fui a la habitación de Adam. Entré y lo vi tumbado en la cama, con la luz apagada. Estaba de espaldas a mí. Me tumbé junto a él, pero sin tocarlo. Suspiré drásticamente, imitando a Oliver, para que se percatara de mi presencia, pero nada. Como no dio señales de vida, decidí actuar.

—Adam, ¿estás despierto?

—No.

«Ya sabía yo que estaba despierto». Toda defensa empieza por un buen ataque.

—Adam, ayer me dejaste sola.

No intentó defenderse.

—Me prometiste que, pasara lo que pasara, jamás me dejarías sola por la noche. —Se giró y nos quedamos de frente.

—No te dejé sola. Cuando me largué enfadado, Oliver vino conmigo. — Era consciente de ello, sí—. Estuvimos hablando y me di cuenta de que tenía que haber dejado que te explicaras. Tú no me harías daño a propósito.

«Y ahora se da cuenta el señorito. Después de la que se ha liado».

—Te estuvimos buscando en tu dormitorio, en la pista de hielo, en el embarcadero... Fuimos hasta «Once metros» en la moto de Olly, pero no aparecías.

—¿Fuiste de paquete en la moto de Olly?

Adam gruñó.

—Estaba tocando el piano —le expliqué.

—Lo sé, ¿en la sala de música? ¿Cuándo coño vas tú a la sala de música? Siempre tocas en tu dormitorio.

—Quizá mi subconsciente no quería que me encontrarais.

—Y estábamos preocupados, pero decidimos dar una vuelta por el colegio. Por suerte, escuchamos el piano y reconocería ese sonido hasta en el infierno. Nos asomamos a la sala y ahí estabas: aporreando a Vivaldi.

«Yo no *aporreo* a Vivaldi». Cada vez nos acercábamos más, ya casi nos tocábamos, sentía el calor de su cuerpo. Necesitaba aproximarme más.

—Quise entrar a pedirte perdón por no escucharte, pero estaba cabreado —reconoció—. Olly me dijo que se ocupaba él de ti. Y me largué. No he dormido nada en toda la noche, *Totó*. Pero sabía que estabas con Oliver; de lo

contrario, no te hubiera dejado sola. ¿Me perdonas?

Adam me miró y me abrazó. Me acurruqué y me relajé en su pecho.

—Perdóname tú a mí, Adam. Lo siento mucho, debí decírtelo al momento.

—Ya está olvidado, *Totó*. Te quiero demasiado como para permanecer más tiempo enfadado contigo.

—Yo también te quiero, Adam. No sabes cuánto.

9

El secreto

Al día siguiente, me levanté con un dolor terrible en el ojo izquierdo; Tessa me había alcanzado bien en algún momento mientras nos rebozábamos cual croquetas por el suelo. Y me dio fuerte, la muy asquerosa.

Me di una ducha rápida. Mientras me secaba con la toalla, intenté mirarme en el espejo, pero era imposible. Estaba empañado. Cogí la toalla y limpié el vaho del cristal. No quedó demasiado limpio, pero lo suficiente como para verme la avería que tenía en el ojo.

«¡Normal que me duela!». El blanco de mi ojo no era blanco, era rojo. Daba miedo verlo. También lucía un bonito color morado por la zona de alrededor. No me afectaba a la visión, así que supuse que no era nada grave. De todas formas, me despedí de Adam y fui directa a la enfermería para que me dieran algo para el dolor.

Después de salir de la enfermería, con mi pastilla en la mano y otra bronca por parte de la enfermera de dos pares de narices por pelearme, debía personarme en el despacho de la directora. La última vez me avisó de que no me pasaría ni una más. Si me expulsaban, no sabía cómo se tomaría mi padre la noticia. Reconozco que iba un poco asustada.

Llegué a la antesala que precedía al despacho de Peters, y la guapa y estirada secretaria me informó de que podía pasar. Toqué la puerta antes de entrar, pero no la abrí hasta que escuché la voz de la directora dándome permiso. Estaba sentada detrás de su gigantesco escritorio de madera de roble con las manos cruzadas y la barbilla apoyada en ellas. No sonreía. Nada nuevo.

—Buenos días, Sara. —Me miró a los ojos y enfocó la mirada en mi ojo morado. Se levantó y se acercó a mí; me sujetó por la barbilla y me examinó el ojo—. ¿Te han curado bien ese ojo en la enfermería?

—Ajá.

—¿Te duele?

—Ajá. —Le mostré el calmante que aún tenía en la mano antes de que me echara la bronca por no tomarme nada para el dolor. Masoquista no soy.

—Bien, siéntate.

Me senté en la silla, enfrente de ella, a la espera de la reprimenda. Abrió

uno de los armarios y sacó una botella de agua. Me la tendió y me tomé el calmante. Permanecimos en silencio varios segundos hasta que, al fin, el mando supremo del colegio decidió hablar.

—Ayer interrogué a veinte personas diferentes, y casi todos ellos afirmaban lo mismo: que Teresa Marlock empezó la pelea. —Se levantó de la silla y dio vueltas por el despacho—. No obstante, es curioso que tú solo tengas un ojo morado y ella tenga la cara bastante más perjudicada. Es como si la hubieran pillado por sorpresa en lugar de ser ella quien atacara.

No me pronuncié. No había visto aún a Tessa Boloñesa, así que no podía emitir ningún juicio.

—Por otra parte, entre los testigos se encontraban tu hermano y varios de tus amigos. Y, si te soy sincera, dudo mucho que cualquiera de ellos permitiera que la señorita Marlock te pusiera una mano encima.

Seguía sin hablar.

—Lo que quiero exponer, Sara, es que estoy segura de que fuiste tú quien inició la pelea.

No me molesté en negarlo, ¿para qué? Las cartas estaban sobre la mesa. La expulsión a la vuelta de la esquina.

—¿No vas a negarlo?

—¿Para qué? Tú parece tener una idea clara de lo que ocurrió. —Desde años atrás, tuteaba a la directora cuando estábamos a solas.

—Sara, no utilices psicología inversa conmigo, que nos conocemos. —Se sentó en su sitio—. Algo muy grave ha debido de hacerte la señorita Marlock para que actuaras así, tú no eres una persona violenta. ¿Me lo vas a contar?

—No.

«Quizá, cuando tenga treinta años, te contaré que, bajo el tejado de tu querido colegio, los alumnos mantienen relaciones sexuales habituales, pero, de momento, mejor me callo».

—Lo imaginaba. Sara, sé que no estás pasando por tu mejor momento y que tenías que explotar de alguna manera. Como no tengo pruebas contra ti, la versión oficial va a ser que las dos iniciasteis la pelea a la vez. No es necesario que te explique lo poco contenta que está la señorita Marlock con esta solución. Y, desde luego, vais a estar las dos expulsadas durante una semana, pero no os vais a ir a casa. Estaréis recluidas en la biblioteca.

—Bien. —«Guau, mucho mejor de lo que me imaginaba. ¿Quién entiende a los adultos?».

—Y, Sara, que no se repita. No quiero que te acerques a Teresa Marlock

para nada. Ignora sus provocaciones y no te metas en más líos. ¿Entendido?

—Te lo prometo. —Crucé los dedos en mi espalda. No se puede ir por la vida prometiendo cosas así como así.

—Bien. Ahora vete a clase, pero, a partir de la semana que viene, estáis las dos expulsadas.

Cuando llegué a clase, mis amigos no se creían lo que les contaba. Me había librado de una expulsión en toda regla. Yo tampoco me lo creía. Minutos antes de que llegara el profesor, Tessa Caramesa entró por la puerta. La examiné de pies a cabeza: tenía la cara arañada y un ojo y un pómulo morado. La nariz hinchada y el labio cortado. Subí la mirada y llegué hasta sus ojos, que me miraban con odio y rabia, mucha rabia. Tessa pasó de largo y se sentó en su sitio, en la primera fila.

Las horas pasaron y cayó la noche. Fui con mis amigos a la sala de música a ver un ensayo de los chicos. Mientras tocaban, me asomé a la ventana y apoyé mi frente en el cristal, que se empañó por el vaho que provocaba mi respiración. Distinguí el embarcadero y algo dentro de mí me impulsó a salir del colegio y dirigirme hacia allí.

—¿A dónde vas? —me preguntó Adam.

—A dar una vuelta. —No di más explicaciones.

Llegué a mi destino. Reinaba un absoluto silencio. Solo se escuchaba el sonido del agua que transcurría por el río y el crujir de la madera bajo mis pisadas. Me senté y cerré los ojos, disfrutando de la soledad y la tranquilidad.

—Hola.

No abrí los ojos cuando escuché la voz de Will. Me quedé esperando su siguiente línea. Se sentó a mi lado y nuestros muslos se rozaron.

—La que liaste ayer, Sarita. —Giró la cabeza y buscó mi mirada—. Debiste avisarme de lo que ocurría. Al fin y al cabo, también es mi guerra.

Decidí mirarlo a los ojos. Los suyos eran casi negros, estaban muy dilatados.

—¿Tú crees?

—Sí, ¿acaso no te has peleado con ella por lo que nos ha hecho?

—¿*Lo que nos ha hecho*?

—Sí, Sara. *Lo que nos ha hecho* —enfaticó el «nos».

Decidí sincerarme con Will.

—No... no solo fue eso, Will. Lleva meses sin darme tregua. Fue un arrebató, me sacó de mis casillas, no pude controlarme. No me gusta perder así el control, pero tampoco me arrepiento. Lo necesitaba.

—Te ha hecho mucho daño, Sara. Cualquier otro hubiera saltado mucho antes. ¿Te han expulsado?

—Una semana, a partir del lunes que viene. Pero en el colegio, nada de irnos a casa.

Me levanté y sacudí la falda del uniforme. Quería alejarme y estar sola. Mi cabeza no podía más, mis sentimientos estaban a punto de estallar y no era capaz de seguir mirando a Will después de todo el daño que le había hecho.

—Espera —me ordenó mientras me sujetaba del codo—, ¿te vas? ¿Y qué pasa conmigo, Sara? ¿Qué pasa con nosotros?

—Will —titubeé—, han pasado muchas cosas en estas últimas semanas. Si tú supieras...

—¿Me quieres? —me interrumpió.

—¿Qué?

No me esperaba una pregunta tan directa por su parte. ¿Lo quería? «Sí... sí lo quiero, a lo mejor no tanto como... Joder, estoy tan confundida».

—¿Me quieres, Sara?

—Sí —titubeé.

—Entonces olvidémonos de todo lo demás.

Me agarró de la nuca y me acercó a su boca. Su beso fue violento y agresivo. Había mucha necesidad en ese beso. Habían pasado muchas semanas desde nuestro último contacto íntimo. Me olvidé de todo, de mis problemas, mis pensamientos, mis dudas, solo deseaba que su toque me invadiera y me hiciera sentir.

Nos aproximamos a nuestro árbol hasta que quedé apoyada en él. No dejamos de besarnos. Nuestras respiraciones se aceleraron y nuestras manos recorrían nuestros cuerpos, reconociéndolos. Me separé de Will y le puse las manos en el pecho. Me miró asustado, pensando que lo rechazaba, pero era todo lo contrario.

—¿Has cambiado de opinión?

—Hazme el amor, Will.

Sonrió de oreja a oreja y aceptó mi petición con gusto.

—¿Aquí?

Asentí con la cabeza.

—Sí, aquí. Ahora.

—Cómo te gusta arriesgar, Sarita. Pero, esta vez, no me voy a quejar.

Nos tumbamos en la hierba y nos besamos por todas partes. Necesitaba

sentirlo dentro. Le desabroché el pantalón y metí mi mano en su interior. Will gimió y se puso encima de mí. No nos quitamos la ropa. Bastó con bajarle los pantalones y el bóxer y que él apartara mi ropa interior para que pudiera penetrarme. Sin embargo, cuando estaba a punto de hacerlo, caí en la cuenta de algo importante.

—Will, el preservativo.

—Tengo uno en la cartera.

Lo miré interrogante.

—Siempre llevo uno en la cartera. Todos los tíos lo hacemos. Es como las tías con el cacao de labios.

Sonreí porque era cierto que yo llevaba un bálsamo labial en la mochila o en el bolso. Lo ayudé a ponerse el preservativo y me coloqué a horcajadas encima de él, colocando mis rodillas sobre la fría hierba. Cuando lo tuve en mi interior, ya no hubo espacio para las dudas.

Cuando nos saciamos el uno del otro, nos quedamos apoyados en el tronco del árbol.

—¿Will?

—¿Hmmm?

—Nadie puede saber que estamos juntos.

No le hizo gracia. Lo supe. Quería proclamar nuestra reconciliación por todo el colegio.

—¿Por qué no?

—Porque se lio muy gorda con todo lo que ocurrió. Incluso mi familia se enteró.

—Sara, si me hubieras dejado explicarme...

—Eso no tiene remedio, Will. Vamos a empezar de cero. No vamos a escondernos siempre, solo dame unas semanas hasta que las cosas se calmen.

—No estaba nada convencido—. Por favor.

—Está bien, Sara. Pero no voy a esconderme toda la vida. No quiero salir contigo en secreto.

—Si nos vemos en secreto, nadie nos va a molestar.

—Entonces, ¿quieres venir ahora a mi habitación en secreto? —El muy incitador comenzó a darme besos por el rostro y el cuello. Así, ¿quién podía resistirse?

—Deja que envíe un mensaje a Pear para que nos cubra.

—¿Pear lo sabe?

—Sí, Pear siempre lo sabe todo.

Will y yo llevábamos dos semanas viéndonos en secreto. El mes de mayo llegó. Pronto llegarían las vacaciones de verano y tendríamos que separarnos de nuevo. Me fastidiaba. Me apetecía estar con él las veinticuatro horas del día. Una vez que hube tomado la decisión de volver con Will, lo hice entregándome del todo. Recordando lo fuertes que eran mis sentimientos por él antes de que pasara todo el asunto de Tessa.

Verse a escondidas tenía su morbo, aunque era difícil, porque lo tenía tan cerca y tan lejos a la vez... Casi podía tocarlo, pero no debía arriesgarme, por si nos descubrían. Aprovechábamos cada segundo que podíamos para vernos o tan solo para rozarnos durante segundos. En la cola del comedor, el simple roce de su brazo contra el mío me hacía cerrar los ojos y disfrutar de tan mísero contacto. Si nos cruzábamos por algún pasillo, nos las apañábamos para besuquearnos en algún rincón. A la pista de hielo no se acercaba porque los chicos siempre andaban por ahí; estaba a punto de finalizar la liga y tenían que entrenar duro. Por las noches, me escapaba un ratito a su habitación; nos la jugábamos mucho, teniendo en cuenta que Adam vive justo enfrente.

Pear y Daniel empezaron a hablar de nuevo. Intenté hacer entender a Pear (de todas las maneras posibles) que no tenía ningún sentido que yo hubiera vuelto con Will y que ella y mi hermano siguieran peleados. No se habían sentado a discutir sobre lo ocurrido, pero me había dado cuenta de que, cuando se cruzaban en los pasillos, se saludaban y se miraban con ojitos tiernos. Era un comienzo.

El primer domingo de mayo, Will tuvo partido de fútbol. Era un partido importante, la temporada estaba a punto de finalizar y su equipo encabezaba la tabla. Como Marco no se perdía un solo partido, fuimos todos a verlo. Yo, como siempre, con un libro, para disimular que le echaba miradas furtivas. Cada día llevaba peor el no poder tocarlo en público.

Pasaron los minutos y el árbitro tocó el silbato anunciando la finalización del primer tiempo. Antes de sentarnos a ver el partido, me aseguré de que todas mis amigas fueran al baño.

—Tengo que ir al baño. —Me levanté dispuesta a largarme lo más rápido posible.

Pear puso los ojos en blanco, sabía a dónde me dirigía.

—¿Otra vez? —preguntó Natalie, distraída.

—Sí —les grité desde la escalinata. En esos casos, lo mejor es darse mucha prisa, para que no haya lugar a demasiadas preguntas o a que alguien decidiera acompañarme.

Fui corriendo hacia los vestuarios de los jugadores y, en cuanto giré la esquina, alguien me agarró de los brazos, mi espalda chocó contra su pecho de hormigón y me empotró contra la pared. Un maravilloso olor me invadió las fosas nasales.

—¿Adónde ibas tan deprisa?

—A buscarte.

Will estaba igual de desesperado que yo. Lo único que queríamos era besarnos y tocarnos. Abrimos la puerta de los vestuarios y nos metimos dentro. Nos magreamos todo lo que pudimos durante los escasos minutos que duraba el descanso.

Volví a mi sitio corriendo (me pasaba el día corriendo) quince minutos después, demasiado tiempo para hacer un pipí, pero nadie sospechó.

«Vaya, podría haberme ocurrido algo y mis amigos tan tranquilos disfrutando del aire libre».

10

Al agua, patos

Una semana después del partido de fútbol de Will, del que salieron victoriosos, disfrutaba junto a la pandilla de un copioso desayuno.

—Yo también quiero comer tortitas con sirope de chocolate. ¿Cuántas llevas ya?

No tenía ni idea, había recuperado mi apetito y no podía dejar de engullir tortitas. Sería la felicidad.

—Vuelves a estar rara —me informó Adam mientras se metía media tortita con nata en la boca.

No les hice caso y seguí con mi desayuno.

—Llevas semanas desaparecida. ¿En qué andas? —me preguntó Brian.

Miré a Pear para que me diera una respuesta, pero estaba ocupada tragándose un *croissant*.

—Estoy enseñando a Pear a...

«Mierda, ¿a qué? ¿A QUÉÉÉ?». Tenía que hacer tiempo. Supliqué con los ojos ayuda a mi amiga, que ya no comía, pero no dijo ni una palabra. Supuse que no se le debía de ocurrir nada, o eso, o se lo estaba pasando bomba a mi costa.

—¿A qué? —me interpeló Adam con la comida en la boca.

Me hice la tonta.

—¿Qué?

—Que, ¿a qué?

—¿A qué, qué?

«A ver quién aguanta más». Adam, confundido, sacudió la cabeza y tragó lo que tenía en la boca.

—Que a qué la estás enseñando.

—¿A quién?

—Sara, ¿me estás vacilando?

«Bien, he desviado la atención de dónde paso últimamente la mayoría del tiempo». Llevar una relación a escondidas era todo un reto. No pensé que fuera tan difícil. Lo mejor sería que confesara de una vez. Eché una ojeada por todos mis amigos. «Mejor suelto la noticia en otro momento, ahora son demasiados».

Por suerte para mí, Natalie decidió intervenir.

—He tomado una decisión. A partir de ahora, bueno, a partir de mañana, voy a ir todas las mañanas a correr con vosotros.

—No vas a aguantar ni dos minutos y nos vas a retrasar —le dijo Oliver, molesto.

—Sí voy a aguantar, me lo voy a tomar en serio.

—Ya veremos.

Al día siguiente, Natalie se presentó muy emocionada en el patio del colegio. Era nuestro punto de partida. Mientras calentábamos, nos preguntó qué hacíamos. Le explicamos que, antes de empezar a correr, hay que preparar los músculos, y nos obedeció en todo lo que le dijimos. Cuando llevábamos unos seis minutos corriendo, nos preguntó que cuánto quedaba para terminar.

—Cuarenta minutos.

—¿Qué? ¿Os habéis vuelto locos? Estoy a punto de desfallecer. —Natalie se tumbó en el suelo y supe (supimos todos) que no se levantaría hasta pasado un rato.

—¿Cuánto ha durado? —preguntó Adam.

—Seis minutos, treinta y ocho segundos —nos informó Oliver, mirando su reloj. Había puesto el cronómetro.

—¡He ganado!! —gritó Adam entusiasmado.

—¿Habéis apostado sobre el tiempo que duraría corriendo?

—Sí —contestamos los tres al unísono, sin ningún tipo de remordimiento.

Ese día, en clase de gimnasia, tocaba un nuevo deporte; era el turno de las piraguas. Estaríamos dos semanas practicando piragüismo. Y, por suerte o por desgracia para mí, compartíamos esa hora con la clase de Will y Daniel. Intenté no mirar a Will demasiado para que nadie sospechara, estaba segura de que se me ponían ojitos tontos cuando lo miraba.

Hacía un día soleado, era casi mediados de mayo, y se notaba que la primavera estaba presente. El sol brillaba con intensidad y el viento corría cálido; parecía un día de verano.

El profesor de gimnasia nos obligó a ponernos los trajes de neopreno y los chalecos salvavidas. También nos hizo echarnos crema solar por la cara y por la parte de los brazos y piernas que quedaba al descubierto por debajo del traje. Había piraguas de dos y tres plazas. Mis dos mejores amigos y yo nos metimos en una de tres plazas.

—Escuchadme todos. Meteos al agua y seguidme, intentaremos recorrer

unos cuantos kilómetros.

«Vaya coñazo de clase». Adam me leyó el pensamiento.

—¿Y si nos vamos para el lado contrario a tomar el sol? Somos un montón de piraguas, no creo que el profesor se dé cuenta. Y, si no, podemos decirle que nos hemos perdido.

«Mmmm, qué apetecible, una hora repanchingados en la piragua tomando el sol, en lugar de una hora remando sin sentido».

—Por mí, sí.

Oliver asintió con la cabeza en señal de aprobación. Nos alejamos de la multitud cuando creímos que nadie nos veía, aunque, sin saberlo, otra piragua nos seguía los pasos de cerca.

Nos paramos cuando vimos que el grupo se había alejado lo suficiente como para no distinguarnos y nos relajamos. Hacía calor, los trajes de neopreno nos sobraban. Nos los quitamos, chalecos salvavidas incluidos, y nos quedamos los tres en bañador. Yo me senté a la cabeza de la piragua, subí las piernas por encima y me puse cómoda. Mis acompañantes hicieron lo mismo.

«Esto es vida. Podría quedarme así horas y horas».

—¡Oh, qué maravilla!

Me hizo gracia escuchar a Adam hablar de aquella manera. Comencé a reírme. Mi amigo me dio una patadita en el hombro con su pie.

—Y, tú, ¿de qué te ríes?

—De ti —le respondí con sinceridad—. Me hace gracia escuchar a un rockero *mojabragas* como tú expresarse así: «Oh, qué maravilla».

Oliver se carcajeó por mi comentario, yo me contagié y me reí todavía más.

—Qué graciosillos estáis hoy —escupió Adam, malhumorado.

Unos minutos más tarde, cuando se me tostaba la piel bajo los rayos del sol, y más a gusto estaba, sentí como caían sobre mí litros de agua.

«¡¡¡JODER, QUÉ FRÍA!!!».

Abrí los ojos, me incorporé y descubrí a los causantes del salpicón. Will y mi hermano se descojonaban de la risa por habernos mojado. Y no solo eso, sino que con los remos empujaban más agua salpicándonos de nuevo. Al ser yo la que estaba en primera posición, fui la que se llevó la mayor parte del agua, incluso sentí que Adam se parapetaba detrás de mi cuerpo.

—PERO ¿QUÉ COÑO HACÉIS? ¡¿SOIS GILIPOLLAS?! —Los insultos y los juramentos de mis dos amigos se interpusieron entre ellos.

Yo no me molesté en insultarlos. Me puse de pie encima de la canoa y me lancé contra el cuerpo de mi novio secreto. Llevaba el traje de neopreno por la cintura dejando el pecho al descubierto. Y vaya pecho. Sentí el contacto de nuestros cuerpos cuando se tocaron y caímos los dos al agua.

Me había lanzado hacia él con intensidad, por lo que caímos al agua con fuerza y nos sumergimos en las profundidades del río. En cuanto tocamos el agua y nos vimos encubiertos por ella, aprovechamos para besarnos y tocarnos y yo, con la excusa de hundirlo más, lo abracé con fuerza.

Cuando salimos a la superficie, Oliver y Adam peleaban con su otro atacante, que no hacía otra cosa que seguir descojonándose de la risa. Yo, por mi parte, zambullí más a Will en el agua y lo besé por última vez. Cuando salimos, me mostré lo más indignada posible. Volví a subirme muy digna a mi canoa y me fijé en la expresión de felicidad de Will.

«¿Cómo no se han dado cuenta mis amigos de lo que está pasando a su alrededor?». No podía retrasarlo más, debía contárselo lo antes posible.

Logramos mezclarnos con el grupo, cuando regresaron de su excursión, y nos fuimos todos a las duchas. Yo solo pensaba en cómo les diría a mis mejores amigos que había vuelto con Will.

Para cuando terminé de vestirme, ya había tomado la decisión del cuándo: sería al día siguiente por la noche.

Debía preparar mi discurso.

11

Un punto de inflexión

Al día siguiente, después de cenar, me escabullí de mis amigos con la excusa de ir con Pear a la biblioteca a buscar unos libros. Cogimos esa dirección, para no levantar sospechas. Por el camino, intentaba convencer a mi amiga para que hablara con mi hermano, justo cuando nos cruzamos con el susodicho a la entrada de la biblioteca.

—Ahora o nunca —susurré a Pear en el oído.

—¡Daniel!

«Caramba, qué rapidez, mis consejos han surtido efecto». Mi hermano se giró hacia Pear, sorprendido, y mi amiga se puso roja como un tomate. Los segundos pasaban y no decía nada. Le di una patadita en el pie para ayudarla a arrancar.

—Que... que quería decirte, mmm... preguntarte... que... que... —«Uff, nada, no arranca». Le di otra patadita, de la que mi hermano fue consciente, porque me miró con la frente arrugada, pero yo me hice la loca y miré hacia el techo. Solo me faltaba silbar—. Que si te apetece quedar dentro de un rato para hablar.

—¿Para hablar de qué?

«Joder, Daniel. ¡Cómo te gusta poner las cosas difíciles! ¿Soy yo también así de impertinente?».

—Pu... pues no sé, de algo.

«¡Muy bien, Pear! ¿Quién va a resistirse a semejante proposición?».

—¿Vas a pedirme perdón?

—Pe...pe... ¿perdón?

—Sí, perdón por no confiar en mí, dos veces. —Le mostró dos dedos en la cara—. Y por dejarme tirado a la primera de cambio.

Me froté los ojos con las manos. La cosa no marchaba bien. Mejor les daba un empujoncito.

—Chicos, ¿por qué no empezáis por juntaros y exponer cada uno por qué está enfadado con el otro?

—Tú no te metas, lianta. —Me señaló mi hermano—. ¿Acaso me meto yo en tus cosas?

«Siempre».

—Daniel, en media hora te espero en la entrada de la biblioteca. Si no vienes, no te preocupes, que sabré interpretarlo. Espero que tú sepas *interpretar* las consecuencias de tal acto.

—¿Ahora me amenazas? —Se rio, sarcástico.

—Tómalo como quieras, Summers.

¡Esa era mi chica! No podría estar más orgullosa, a la vez que sorprendida. Nos alejábamos cuando escuchamos a mi hermano gritar.

—¡Tengo entrenamiento!

—¡Búscate la vida! —contestó mi amiga, gritando a la vez.

Con lo poco que quedaba para el próximo partido y con lo exigente que era el entrenador de los chicos, mi hermano no lo tendría nada fácil para escabullirse.

—¿Yo me pongo así de tonta cuando estoy nerviosa?

—No me hagas hablar.

Nos separamos un rato después y me fui a la habitación de Will, sabía que Adam no estaba en la suya porque entrenaban en la pista de hielo. Miré el reloj, aún tenían para una hora más.

En la habitación de Will, me tumbé en su cama con mi cabeza encima de su pecho mientras él me acariciaba el pelo. Estuve a punto de caer dormida. Pasó el tiempo... se acercaba el momento.

—Will.

—Dime.

—He tomado una decisión.

Will levantó la cabeza y giró la mía para que lo mirara, cambié de postura y me senté en la cama con las piernas cruzadas. Él puso las manos detrás de la cabeza y me miró expectante.

—Voy a decirles a Oliver y Adam que estamos juntos.

—¿Cuándo?

Miré el reloj.

—En quince minutos.

—¿Estás segura?

—Sí, no puedo seguir mintiéndoles. Me está matando por dentro. Prefiero enfrentarme a sus gritos y enfados a seguir así. —Will se incorporó, y nuestros ojos quedaron a la misma altura.

—Sara, no permitas que se inmiscuyan tanto en tu vida. Si se enfadan, es su problema, no el tuyo. ¡Joder, a ver si vas a tener que comunicarles cada decisión que tomes en la vida para que te den el visto bueno!

No lo entendía y no me molesté en explicárselo, no me apetecía discutir. Me tumbé de nuevo en la cama y lo obligué a tumbarse conmigo. Lo abracé con fuerza.

Al cabo de un rato, escuchamos las voces de Adam y Oliver. Habían llegado. Hablaban de algo de hockey. Cuando entraron en la habitación de Adam, sus voces dejaron de escucharse.

Los nervios se adueñaron de mí. «Tranquila, Sara, tan solo son Oliver y Adam. Son tus mejores amigos, no pasa nada. Ellos lo entenderán. Te quieren por encima de todo».

—Allá voy. —Me levanté de la cama.

Will me besó por última vez y me deseó suerte.

Me situé con sigilo enfrente de la puerta de Adam. Will cerró su puerta con cuidado. Cogí aire y entré sin llamar.

Los encontré sentados en la cama y con un cuaderno en medio con muchos garabatos encima. Supuse que sería alguna estrategia de juego. Adam explicaba algo a Oliver mientras gesticulaban movimientos con el bolígrafo. Al percibir que se abría la puerta de la habitación, los dos levantaron la cabeza.

—Hola, *Totó*. ¿Qué tal por la biblioteca? —Al segundo siguiente de formularme la pregunta, Adam bajó la mirada al cuaderno y siguió con su perorata.

Di un par de vueltas por la habitación. Cogí aire, otra vez.

—Chicos, necesito deciros algo.

Los dos miraron de nuevo hacia mí.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Oliver.

«Mierda, esto va a ser mucho más difícil de lo que pensaba».

—Yo he... he vuelto... —titubeé. Decenas de imágenes de Oliver y más me vinieron a la cabeza. ¿Por qué acudían a mí en aquellos momentos? ¿Por qué se me formó un nudo en el estómago si la decisión la había tomado hacía semanas? Intenté apartar las imágenes de mi mente como tanto tiempo llevaba haciendo. Creo que incluso hice un gesto con la mano, tal como hacía Tom Cruise en *Minority Report* cuando quería desechar alguna imagen.

—¿Has vuelto... qué? Y no empieces a marearme como el otro día.

—He vuelto con Will —afirmé lo más segura que pude. A partir de ese momento, evité mirar a Oliver.

—¿Cómo que has vuelto con Will? ¿Qué quieres decir?

«Ay, Adam, ¿tú que crees?».

—Pues eso, que estamos saliendo juntos desde hace varias semanas. Lo hemos mantenido en secreto. Lo he perdonado y...

—¿Es una broma? ¡Porque no tiene ni puta gracia!

—No, Adam. Hablo en serio.

—¿Le has perdonado que se tirara a otra tía? Porque recuerdas que fue eso lo que hizo, ¿no?

Como para no acordarme. Toda la discusión discurría entre Adam y yo. Oliver aún no se había pronunciado. Yo seguía sin mirarlo, pero sentía su mirada, taladrándome.

—Sí.

—¿Sí, qué? ¿Sí, lo has perdonado? ¿Sí, te acuerdas de que se folló a otra?

—Sí a las dos cosas, Adam —le contesté, cortante.

—No puedo creerlo.

Adam daba vueltas por toda la habitación. Oliver seguía sentado en la cama, apoyado en el cabecero, sin mediar palabra. Lo veía por el rabillo del ojo porque todavía no era capaz de enfrentarme a su mirada.

—¿Por qué, Sara? ¿Por qué has vuelto con él? ¿Acaso te gusta sufrir?

—Porque estoy enamorada de él. —No, definitivamente, era incapaz de mirar a Oliver mientras hablaba en esos términos de Will.

—No. ¡No! ¡Me niego a pensar que eso sea amor! El amor no puede ser tan destructivo. Vosotros no sois felices juntos. ¿Y no os dais cuenta a las personas que os estáis llevando por delante con vuestra historia?

«No nos hemos llevado a nadie por delante. Podía haber pasado, pero lo frenamos a tiempo». O eso pensaba yo...

—¡Lo vuestro es obsesión! Estáis obsesionados el uno con el otro, no entiendo por qué puta razón. ¡Sara, ese gilipollas no te aporta nada! ¿Acaso no lo ves?

La confesión iba mucho peor de lo que pensaba. Adam estaba encolerizado. Oliver, mudo.

—¡Adam, es mi vida!

—¡Muy bien! ¡Pues estréllate tú sola contra la puta pared!

—¡Perfecto!

—¡Bien!

—¿Y tú? —le pregunté, por fin, al rubio. Necesitaba mirarlo. Necesitaba que me dijera algo.

—¿Yo, qué?

—¿No vas a decirme nada?

No tenía que haber preguntado. Sus labios se apretaron en una fina línea.

—¿Y yo qué coño quieres que te diga, Sara? —La frialdad en su tono de voz me dejó sin palabras.

Ya estaba todo dicho. No podía permanecer allí ni un segundo más. Salí por la puerta dando un sonoro portazo. Observé la puerta de la habitación de Will, pero no me apetecía entrar. Quería estar sola, necesitaba estar sola.

¿Y yo qué coño quieres que te diga, Sara?

Sara, aquel *Sara* me dolió más que cualquier otro *Sara* que me dijera cualquiera. Hacía tiempo que Oliver no me llamaba por mi nombre. Me resultó extraño. No me gustaba que me llamara Sara. Quería que me llamara *na*, como siempre.

12

El accidente

Pear

Regresé a mi habitación acompañada por Daniel. Al final, se las había apañado para escaparse del entrenamiento y encontrarse conmigo en la biblioteca. Y hablamos. Y discutimos. Y después nos besamos. Me sentía tan feliz. No pusimos nombre a nuestra extraña relación porque la palabra «novios» no existe en el diccionario de Daniel Summers, pero me conformaba con tenerlo así.

Estuvimos un rato largo magreándonos en su habitación y, a las tantas de la madrugada, Daniel me acompañó a mi piso. Estábamos a punto de entrar en mi dormitorio cuando escuché sonar un piano al fondo del corredor. Era Sara, fijo.

—Espera.

—¿Qué pasa?

—Tu hermana, está aporreando a Vivaldi en el piano. Solo lo hace cuando está muy disgustada, generalmente contigo o con Will.

—Pues esta vez yo no he sido. Que yo sepa.

—Voy a ver qué le pasa. Mañana hablamos.

Nos besamos y me encaminé a la habitación de mi amiga. Me sorprendió que su vecina de al lado no diera golpes en la pared para que cesara la música. Toqué la puerta, pero el piano no dejó de sonar; con aquel ruido era imposible que me escuchara. Sujeté el pomo de la puerta y empujé. Estaba abierta. Entré y la vi.

Se giró sorprendida ante la intrusión. Cesó la partitura. Se enjugó las lágrimas con las manos y se colocó el pelo por detrás de las orejas.

—¿Por qué estás aporreando a Vivaldi? ¿Has discutido con Will?

—No, me he peleado con Adam y Oliver. Bueno, con Oliver no sé si se puede considerar pelea a las dos frases que hemos cruzado.

—¿Qué ha ocurrido?

—Les he contado lo de Will.

—No me digas más, se ha liado la de San Quintín.

Sara afirmó con la cabeza mientras lloraba sin consuelo. «Aquí no

hacemos nada». Miré hacia la ventana e intuí que pronto amanecería.

—Están muy enfadados —las lágrimas caían por sus mejillas sin control. Me acerqué a ella y la abracé—, no sé si van a querer hablarme alguna vez. Pear, yo me muero, si ellos no me hablan, me muero.

—No exageres, no van a estar enfadados toda la vida. Te quieren con locura y tú no te vas a morir.

—Es la primera noche que paso sola desde los nueve años. Ninguno de ellos ha venido.

Me hablaba con absoluto terror, le temblaban los labios y las manos. La abracé más fuerte e intenté que se calmara, pero era imposible.

—Vamos, acompáñame.

—¿A dónde?

—Está a punto de amanecer, es una maravilla verlo desde un sitio secreto que conozco. —Me miró extrañada, seguro que pensando en que no había ningún lugar que yo conociera y ella no. Y era cierto, pero tenía que engañarla de alguna manera; de lo contrario, no vendría—. Vamos a las caballerizas.

—¿Quieres que vayamos a caballo?

—Sí, claro. A pie tardaríamos una eternidad y no me apetece andar. Ya sabes que no me gusta andar. Ni hacer ejercicio en general.

—Pear, yo monto a caballo lo justo, es probable que tardemos menos si vamos a pie.

—Tonterías. Venga, vamos, melusina. No me obligues a arrastrarte hasta allí.

—Pear, no me apetece, no tengo ganas de nada y no me gustan los caballos.

«¿Y arriesgarme a que tenga uno de sus ataques con Adam y Oliver desaparecidos en combate? Ni loca. Esta noche no dormimos ninguna de las dos».

—Sara, vas a hacer lo que yo diga y punto. Ponte las playeras, que nos vamos ya.

Me miró amenazante (por lo menos conseguí que dejara de llorar), pero sabía que cuando me pongo burra no hay quien me gane. Y, en el fondo, ella también temía sus ataques; por eso tocaba al piano, no se metería sola a la cama, no con lo alterada que estaba.

Nos escabullimos de la residencia y llegamos a las caballerizas. Fui a coger mi caballo, pero en el último momento se lo cedí a Sara; con lo poco

que le gustaba montarlos, mejor que lo hiciera con una cara amiga. Me había acompañado miles de veces a peinar y dar de comer a Percy, mi caballo. No es que fueran amigos íntimos, pero tampoco eran dos desconocidos.

Yo cogí otro caballo, uno propiedad del colegio. Los ensillé y ayudé a Sara a subirse sobre Percy. Salimos de las caballerizas y nos internamos en el bosque. El sol empezaba a despuntar por el horizonte y el cielo se teñía de naranja. Era precioso.

—¿Has visto qué bonito?

—No hay ningún lugar secreto, ¿verdad?

—No —me reí—, me has pillado. Pero, ya que estamos aquí, aprovecha el momento y disfruta.

—¿Cómo quieres que disfrute encima del bichito este?

—Sara, con las piruetas que haces sobre los patines, que tengas miedo a montar a caballo me resulta increíble, a la par que gracioso. Venga, relájate —la animé—. Podemos hacer lo que queramos. ¿Qué te pide el cuerpo?

—Me pide que grite. Tengo ganas de gritar a todo el mundo: a Oliver, a Adam, a Will... ¡A todos!

—Pues hazlo. Grita. Aquí no vas a despertar a nadie.

Un segundo después, escuché el alarido de mi mejor amiga.

—¡Muy bien! ¿Mejor?

—Sí. ¿Cuándo se han complicado tanto nuestras vidas, Pear? ¿Por qué debo elegir entre mi novio y mis amigos? No es justo.

—No tienes que elegir entre ellos. Todo se va a arreglar.

Sara siguió gritando y gritando delante de mí. Ella llevaba la marcha y abría el camino. Nos habíamos alejado del colegio, pero no estábamos perdidas, conocía bien esos parajes y mi compañera también. Sara es como una brújula. Además, bordeábamos la carretera, no había pérdida.

Con Sara no suelo tener miedo a casi nada, siempre sabe lo que hay que hacer, con la excepción de su vida sentimental. Pero eso es porque no quiere aceptar la realidad. Ya lo hará. Me preocupaba lo que había ocurrido. Más tarde, en el colegio, iría a hablar con Oliver y Adam para intentar arreglar las cosas.

Un fuerte estruendo de rueda me sacó de golpe de mis pensamientos. Miré asustada hacia la curva que teníamos delante y apareció, de la nada, un coche todoterreno a toda velocidad, a punto de salirse de la carretera.

—¡SARA, CUIDADO!

Demasiado tarde. Mi amiga, que en ese momento miraba hacia atrás,

sonriéndome, giró la cabeza hacia el coche. Pero lo tenía encima. Nadie hubiera podido reaccionar a tiempo. Vi cómo cerraba los ojos ante el inminente impacto y me decía adiós con la mirada. Ese segundo, ese puto segundo, fue suficiente para que se diera cuenta de lo que iba a suceder. De que, quizá, era la última vez que nos veíamos. No quiero ni imaginarme lo que es creer que estás a punto de morir. Lo que te pasa por la cabeza en esos momentos. Lo que le pasó a Sara por la cabeza en esos momentos. Nunca lo sabremos. Y yo jamás podré olvidar esa imagen. Todavía tengo pesadillas.

—¡NOOOO! ¡SARAAA!

El coche chocó contra Percy, que se encabritó y fue lanzado por el impacto hacia el suelo del bosque. Durante lo que me parecieron horas, fui testigo (incapaz de hacer nada) de cómo eran arrastrados por la tierra, intuía que ambos, porque a Sara no conseguía verla. Por instinto, mis malditos ojos se cerraron unos segundos. El solo hecho de imaginarme a Sara debajo del caballo o del coche provocó que se me parara el corazón. Dejé de respirar.

Cuando abrí los ojos, solo veía el humo que salía del coche y solo escuchaba los quejidos del caballo.

—¡SARAAA! —Me bajé de mi caballo y corrí hacia el desastre que tenía a escasos metros de distancia. Busqué a Sara con desesperación, no conseguía ver nada, las lágrimas me nublaban la vista.

Cuando llegué al coche, una puerta se abrió y alguien salió de dentro. Sangraba y gritaba, pero no podía oírlo, tenía taponados los oídos. Creo que por el pánico.

—¡Saraaa! ¡Saraaa! —grité, desesperada.

—¡Joder!, ¿de dónde coño habéis salido? ¡No os he visto! ¡Se me ha ido el control del coche en la curva! ¡HA SIDO SOLO UN PUTO SEGUNDO!

Llegué a la altura del caballo, y lo que vieron mis ojos me provocó náuseas. Estaba destrozado, había sangre por todas partes y emitía un sonido agonizante. Se moría. Junto al caballo, hallé a Sara.

«¡Oh, madre mía!».

Nunca había visto un cuerpo humano en tales condiciones. No pude soportarlo y vomité todo lo que tenía dentro. Cuando lo hube soltado todo, me acerqué a ella y la toqué con mis temblorosas manos. Se me llenaron de sangre. Había mucha sangre, estaba por todas partes, se me colaba su olor por las fosas nasales.

—¡Saraaa! —Lloré—. ¡Abre los ojos, Sara! ¡No te mueras, por favor! ¡NO TE MUERAS! ¡SARAAA!

—He llamado a una ambulancia. —Me giré hacia esa voz titubeante. El conductor del coche tenía el rostro cubierto de sangre, como el de Sara. Se aproximó a ella con intención de tocarla.

—¡No la toques! ¡No te acerques a ella!

—¡Necesito comprobar si está viva!

Sus palabras penetraron en mi cerebro. Examiné a Sara, su cuerpo maltrecho.

«No puedes estar muerta, no, no. No puedes estar muerta».

No permitiría que se acercara a ella de ninguna manera. Sujeté la cabeza de Sara, había escuchado en alguna parte que no hay que mover el cuerpo tras un accidente, por si tuviera alguna fractura relacionada con la espalda y que fuera a peor, pero no pude evitarlo, necesitaba tocarla. Apoyé su cabeza entre mis rodillas, me abracé a ella y lloré.

—Sara, aguanta, la ambulancia viene de camino, ellos te van a curar. No te mueras, por favor, no te mueras. No te mueras, por favor, no te mueras. No te mueras, por favor, no te mueras.

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que escuché el sonido de la ambulancia. Me separaron de Sara y me dejaron a un lado. Se desprendieron de su camisa, dejando su cuerpo expuesto. Había tres personas atendiéndola. Durante los siguientes minutos, no supe lo que hacían. Ahora sé que intentaban reanimarla.

—¡Malcolm! ¡Malcolm! ¡Basta ya! ¡Está muerta! Ha muerto. No respira.

«¿Qué? No. No puede ser, no he escuchado bien. No puede estar muerta. No, no, no, no».

—No. Venga, preciosa, reacciona. ¡No es más que una cría!

—Malcolm...

—No te vas a morir en mis manos, tienes toda una vida por delante, reacciona. ¡Vamos! ¡Reacciona!

Más tarde supe lo que era la reanimación cardiopulmonar. Había visto esa imagen miles de veces por la televisión. Mientras uno de ellos contaba, el otro había apoyado el talón de la mano a la altura del esternón de Sara y realizaba compresiones. Lo alternaban con respiraciones en su boca. La mujer examinaba todo su cuerpo y hablaba con sus compañeros.

No puedo recordar lo que hablaban, en mi cabeza solo escuchaba el conteo de uno de los chicos, y palabras sueltas: «Parada cardíaca», «no reacciona», «no hay estímulo», «no respira», «masaje cardíaco».

Uno de ellos parecía desesperado, creo que el tal Malcolm (en ocasiones,

todavía escucho a su compañera gritando su nombre, pero no les pongo cara, a ninguno de ellos), no hacía más que darle golpes en el esternón. Hasta que dejó de hacerlo y acercó su boca a la de Sara.

—¡Esperad! ¡Respira! ¡Está reaccionando!

—Muy bien, muy bien, chica guapa. Así me gusta.

—Malcolm, el latido es muy débil, no sé si va a aguantar. Tiene un golpe muy fuerte en la cabeza, casi con seguridad que hay herida cerebral.

—Vamos a llevarla a toda hostia al hospital y que ellos valoren. Y que alguien atienda a esa otra chiquilla, ha entrado en pánico.

La intubaron y la metieron en la ambulancia. Recuerdo dos tubos. En la ambulancia me hablaban (para que saliera de mi estado), me informaban del de Sara y me explicaron para qué servían los tubos. Uno de ellos era para ventilar mejor y el otro para aislar la vía aérea, por si Sara vomitaba, para que no se atragantara y no se le fuera la lengua hacia atrás cerrando la faringe, la laringe y que no pudiera respirar.

Daniel

Me desperté empapado en sudor.

«¿He tenido una pesadilla?».

No me acordaba de por qué me había despertado, de repente, sobresaltado. «No, no ha sido una pesadilla». Era una sensación desconocida hasta ese momento que sentía en todo mi cuerpo. Miré por la ventana, ya amanecía. Aún me quedaba algo de tiempo para dormir, me había acostado a las tantas de la madrugada y me sentía agotado. Esas escasas horas de sueño no habían conseguido que descansara lo suficiente. Me tumbé en la cama y me dormí.

Poco después, me levanté con una mala sensación en el cuerpo. Me duché y fui al comedor a desayunar. Cuando llegué, mis amigos ya estaban allí. No tenía hambre, me puse un café y me senté en mi silla.

—¿Dónde está mi hermana? —pregunté a Will. Solía tenerla controlada.

—Aún es temprano, estará haciendo *footing* con Adam y Oliver, como todas las mañanas.

«Sí, será eso», pensé, nada convencido. Miré de nuevo hacia su mesa, estaban todos excepto Oliver, Adam, Pear y mi hermana. No entendía la razón de mi inquietud.

—¿Qué te ocurre, Dan?

—Tengo una extraña sensación en el cuerpo. No sé, como si algo no fuera bien.

—¿Algo? ¿Qué algo?

—No... no lo sé. ¿Dónde está Pear?

—Sí que estás paranoico. Ya sabes cómo es, le cuesta despegarse de las sábanas. ¿Es que no conoces a tu chica?

«Mi chica». Sí, la conocía, solía llegar la última a desayunar. «¿Es mi chica? No tengo ni puta idea de lo que es. Solo sé que pienso demasiado en ella».

—Venga, tío, tranquilízate, que todo está bien. —Mi amigo me dio una palmada en la espalda en señal de apoyo—. Mierda, Dan, estás temblando. ¿Qué te pasa?

—No lo sé —contesté con sinceridad.

—Oye, si estás tan intranquilo, llámala por teléfono. Lo más probable es

que se haya dormido.

«Sí, eso voy a hacer, llamarla por teléfono».

Amanda Peters

Recuerdo esa mañana. Trataba temas escolares en mi despacho con varios profesores. Iba a explotarme la cabeza, empezaba la mañana movida. Sonó el teléfono. Era un número externo.

—Disculpadme, por favor —solicité a mis colegas—. Voy a atender la llamada, es externa.

Descolgué el teléfono y contesté.

—Amanda Peters.

—¿Amanda?

—Soy yo, ¿quién habla? —Era una voz conocida, pero la persona al otro lado del teléfono hablaba tan alterada, que no conseguía entender nada.

—Amanda, soy Laura Aston.

«¿Laura Aston?». Me pareció extraño que me llamase a esas horas. ¿Qué pasaría? Escuché con atención las siguientes palabras de mi interlocutora, pero no podía creerlo. No podía ser, era imposible. Sara Summers en ese momento hacía *footing* con sus amigos por el colegio. Era imposible que fuera ella.

—No, eso es imposible. No puede ser ella. Ella no. —No pude evitar empezar a sollozar. Era terrible lo que había ocurrido. Mis compañeros me observaban sin saber qué hacer.

Colgué y, aunque parecía que estuviese flotando, sabía lo que debía hacer.

—Amanda, ¿qué ocurre?

—Sara. —Me tembló la voz—. Sara Summers ha tenido un accidente.

—¿Un accidente? ¿Dónde? ¿En el colegio?

—Sí, en los alrededores. No sé mucho más.

—¿Está bien?

—No, está en coma. —Las piernas me temblaban y tuve que sentarme. Debía tranquilizarme. Cogí aire y me levanté—. Tengo... tengo que avisar a Daniel.

—No puede ser, pero ¿qué ha pasado?

—Hay que avisar a Aston y a Wallace.

—Sí, pero primero a Daniel. Primero a su hermano.

Daniel

«Joder, el tiempo pasa y no viene nadie. ¿Por qué estoy tan nervioso?».

Miré, por quincuagésima vez, hacia la mesa de mi hermana y comprobé, por quincuagésima vez, que no parecían preocupados. Casi era la hora de ir a clase y ninguno de los cuatro aparecía. Y ninguno de ellos cogía el maldito teléfono.

—Dan —me llamó Will—, Peters viene hacia aquí.

Seguí la dirección de su mirada y la vi. Vi la angustia y el miedo en su expresión. No me hizo falta saber nada más. Era mi hermana. Algo había pasado.

Me levanté y caminé despacio hacia ella. Antes de que me explicara nada, pregunté yo primero.

—¿Dónde está mi hermana?

—En el hospital.

La taza de café, que aún sujetaba en la mano, cayó al suelo a cámara lenta y se rompió en mil pedazos. Peters intentaba decirme algo, pero no la escuchaba. Eché a correr hacia la salida del comedor con un único objetivo: encontrar a mi hermana.

Adam

Fui al comedor a pesar de que apenas quedaban diez minutos para que empezaran las clases. «No sé ni para qué me molestó en venir. Bueno, sí, para buscar a Olly». No había sabido nada de él desde que la noche anterior había salido escopetado de mi habitación cuando Sara se marchó después de soltar el notición. Lo llamé cientos de veces, pero no contestaba. No quería hablar con nadie. Lo entendía. Oliver es muy especial, jodidamente especial; respeté su necesidad de aislarse y no lo busqué más.

Con Sara no había hablado aún, pero caminaba convencido de que tendría que escucharme en cuanto la viera. Cuando fui a su dormitorio a buscarla, casi de madrugada, para dormir con ella, no estaba. Los remordimientos que tenía por dejarla sola se solaparon con la mala hostia que me entraba solo de pensar que había vuelto con el gilipollas de Will.

Nada más entrar en el comedor, alguien chocó contra mi costado derecho con fuerza.

—¡Joder! ¡Mira por dónde vas, Summers!

El idiota de Will salió corriendo detrás de él y tampoco me vio. ¿A dónde irían tan rápido? Entré al comedor, había mucho alboroto. «¿Qué coño pasa?». Antes de ir hacia mi mesa con mis amigos, me fijé en el centro del comedor. Algo había llamado mi atención. Alguien. Era la directora Peters con varios profesores a su alrededor. Era extraño, nunca se la veía por allí; ella y los profesores comían en otro comedor. Me vio y empezó a caminar hacia mí. Y la expresión de su cara, mierda, la expresión de su cara... lo decía todo.

De repente, caí en algo.

Mis ojos oscilaron entre Will, Daniel y Peters. No quise hacer la pregunta, pero tuve que hacerla. Mi cuerpo comenzó a temblar y mi corazón a latir con mucha fuerza y rápido, muy rápido. Lo sentía en mis oídos. Empecé a negar con la cabeza.

—¿Sara?

—Sí, Adam. Está en el hospital.

El suelo del comedor se abrió bajo mis pies y caí en el abismo más profundo. No fui muy consciente de lo que sucedía a mi alrededor ni del tiempo que transcurrió hasta que eché a correr. No sé qué pretendía, intentar

alcanzar a Daniel, coger la moto de Oliver, aunque no tuviera ni carnet de conducir ni las llaves, o correr al hospital. Solo sé que pensé que, cuanto más corriera en esa dirección, más cerca estaría de ella.

Cuando llegué al parking del colegio, alguien me agarró del brazo y me metió en un coche. Volví en mí, era el coche de uno de los profesores. Peters iba de copiloto. Escuché palabras sueltas: *caballo, coche, accidente, coma, Sara...* Pero no hablaban de mi Sara, no, era imposible que se tratara de ella.

Tenía calor, sudaba. Me quité el jersey y me quedé en manga corta. «Joder, qué puto calor». Me abrasaba. Y empecé a sentirme mareado.

Redujimos la velocidad, miré por la ventana: habíamos llegado al aparcamiento del hospital. No esperé a que el coche se detuviera del todo, abrí la puerta y salí escopetado.

Fui a urgencias y pregunté por Sara Summers. No sabía por qué lo hacía, no era *Totó* la que había tenido ese horrible accidente, pero las palabras me salieron solas. Para mi sorpresa, la chica de recepción (creo que era una chica, no me acuerdo bien) me indicó que pasara a una de las salas que había al lado. Cuando entré, Daniel y Will estaban allí. Y el padre de Sara, los padres de Oliver y... mis padres.

—Adam. —Mi madre vino hacia mí y me abrazó.

Resulta que sí, que todo aquello era por mi Sara.

Me solté del abrazo de mi madre y me arrastré por la pared hasta llegar al suelo, que desapareció de nuevo bajo mis pies. Me volvió a engullir la oscuridad.

«Sara, Sara, Sara». Escuchaba mis propios gritos. «No, espera, no soy yo».

—¡Sara! ¡Sara!

Era Oliver. Me levanté y salí en su busca. Nos encontramos en la entrada de la sala de espera. Estaba llorando, nunca había visto llorar a Oliver.

—¿Dónde está?

No lo sabía, no sabía una puta mierda. No pude contestar ni a esa insignificante pregunta.

Sus padres corrieron a abrazarlo. Solo se escuchaban sollozos. Sollozos, lloros y lamentaciones. Me alejé porque no lo soportaba más, pero los sollozos no cesaron. Me topé con mi imagen en un espejo: era yo, era yo quien lloraba.

Como mil putos minutos después, el padre de Natalie (trabajaba como cirujano en ese maldito hospital) se dignó a aparecer para hablarnos de Sara.

«Por favor, que sean buenas noticias». El padre de Sara se aproximó a él, desesperado por escuchar noticias de su hija.

—John. —Lo abrazó y le apretó el hombro.

—¿Cómo está mi hija?

—No os quiero engañar. Ha tenido un accidente muy grave. El conductor de un todoterreno iba ebrio y por encima de la velocidad permitida. Se ha salido en una curva y se ha llevado a Sara por delante cuando paseaba a caballo. Ambos han sido desplazados varios metros por la tierra. El impacto ha sido muy fuerte y tiene una importante lesión cerebral. Los órganos del cuerpo se han desplazado y han impactado entre ellos, provocando daños internos que ponen en peligro sus funciones vitales. Ese desplazamiento ha provocado la rotura de varios vasos sanguíneos y una hemorragia interna. Le hemos extirpado el bazo y el apéndice, pero sigue habiendo órganos dañados. En el momento del impacto, creemos que se cayó del caballo, pero una de sus piernas debió de quedarse enganchada en el estribo, porque llegó en muy mal estado, presentaba múltiples fracturas de tibia y peroné. Ahora lo que más me preocupa es la lesión cerebral, hemos tenido que inducirle un coma para que el cerebro consuma el mínimo de energía hasta alcanzar una estabilidad y no sé... no sé cuándo se va a despertar, no sé si su cuerpo va a poder aguantar tanta intervención quirúrgica, habrá que ir con cuidado, pero... ¿Daniel?

Miré hacia Daniel, que se había sentado en el suelo; respiraba con dificultad. El padre de Natalie se acercó a su lado a gran velocidad.

—¡Daniel! —John se acercó a su hijo.

—¡Está sufriendo un ataque de ansiedad, no puede respirar! ¡Que alguien venga a ayudarme!

Aparecieron dos enfermeras y se agacharon al suelo para ayudar a Daniel.

«Joder, ¡esto es una puta pesadilla! No es real».

—¡Daniel! —Pear también corrió a socorrer a Daniel. Ni siquiera era consciente de que mi amiga estaba allí.

Me fui a mi rincón y me sumergí en mi abismo. Era un buen lugar.

13

En coma

Daniel

Recuperé la consciencia y respiré tranquilo. «Ha sido una pesadilla, solo ha sido una pesadilla». Sin embargo, algo no iba bien. Lo presentía.

¿Dónde estaba? Lo primero que me llegó fue ese asqueroso olor a desinfectante, a hospital. Después: los sollozos. Abrí los ojos y miré a mi alrededor. Me encontraba en una sala de hospital tumbado en un áspero sofá, y alguien me acariciaba el cabello.

«Sara».

Mi hermana había tenido un accidente. Recordé las palabras del doctor Murray: *...Los órganos del cuerpo se han desplazado y han impactado entre ellos, provocando daños internos que ponen en peligro sus funciones vitales. Ese desplazamiento ha provocado la rotura de varios vasos sanguíneos y hemorragia interna...*

—¿Daniel?

Me incorporé, era Pear quien me acariciaba.

—¿Dónde está mi hermana? —Pear se tensó ante la mención de Sara. La observé, tenía los ojos hinchados de llorar. Le temblaba el labio inferior y respiraba entrecortadamente.

—Daniel. —La madre de Oliver se sentó junto a mí. Me sentí protegido. Menos solo. No sé por qué—. Has tenido un ataque de ansiedad. Te han administrado unos calmantes y te has quedado dormido. Intenta no alterarte, por favor, tu familia te necesita. —Parecía estar a punto de ponerse a llorar. Notaba los esfuerzos que hacía por aguantar las lágrimas dentro de sus ojos.

Eché una ojeada por la sala: Pear y Laura estaban sentadas conmigo en el sofá, una a cada lado. En el sofá de enfrente, el marido de Laura y los padres de Adam. A Oliver lo vi apoyado en la pared, parecía drogado. Me entraron ganas de chasquear los dedos delante de su cara para ver si reaccionaba. Adam descansaba junto a él (no esperaba otra cosa), sentado en el suelo y con la cabeza escondida entre las piernas. Will se sentaba en una de las sillas con la mirada perdida.

—¿Dónde está mi padre?

—Hablando con Alan. —Es el nombre de pila del doctor Murray, el padre de Natalie—. Tu hermano Alex ha ido con él.

—¿Mi hermano está aquí?

—Sí, vino al poco de llegar tú. También vinieron Kate y los amigos de tu hermana. Mis padres se han llevado a Kate a Edimburgo. Es demasiado pequeña para pasar por esto. Alan, después de varias horas, ha obligado a su hija y al resto a irse al colegio a descansar. Yo estoy intentando mover a Oliver y a Adam, pero no creo que lo consiga.

Me dio la sensación de que habían pasado demasiadas cosas.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Trece horas. —«¿Trece horas? No puede ser»—. Tuvieron que administrarte algo fuerte para que te calmaras.

«Joder, no me acuerdo de nada».

—¿Y mi hermana? —Una soga imaginaria alrededor de mi cuello me ahogaba, no me dejaba respirar con facilidad. Las palabras del doctor Murray se repetían en mi cabeza. Necesitaba ver a mi hermana.

Me levanté, y justo mi padre y mi hermano entraron en la sala con el padre de Natalie. Mi padre lo hizo con la cara desencajada. La soga me estranguló aún más el cuello. En cualquier momento me lo partiría en dos.

—Papá. —Me acerqué y abracé a mi padre. No pensé que, a mis diecisiete años, un abrazo de mi progenitor significara tanto, pero la verdad es que un poco de aire entró en mis pulmones —. Papá, dime que todo va a estar bien, por favor.

—Sara acaba de salir de la última operación —explicó el doctor Murray—. No podemos arriesgarnos más. Está muy débil pero estable. Vamos a moverla a una habitación. —Oliver y Will reaccionaron, y Adam levantó la cabeza; no obstante, el doctor adivinó sus intenciones y mató sus esperanzas—. De momento no podéis verla. Id a casa, descansad y mañana venís y veremos si os puedo dejar entrar.

—Alan, ¿se ha despertado? —preguntó la madre de Adam mientras acariciaba la cabeza a su hijo.

—No, está en coma. Y tenéis que haceros a la idea de que es imposible saber si va a despertarse o cuándo lo va a hacer. Pueden pasar horas o meses; sé que es duro, pero...

Oliver salió escopetado de la habitación. No supe a dónde iba y no me importó. Que se preocuparan sus padres por él. Yo bastante tenía con lo mío. Las siguientes palabras del médico no las escuché. No dejaba de pensar en lo

último que había dicho: que quizá mi hermana no despertara. Pero eso era imposible. Me negaba a aceptarlo.

—Daniel, vamos. He reservado un par de habitaciones en el hotel de enfrente para que Alex y tú podáis descansar. —Desperté de mi ensoñación tras las palabras de mi padre.

«¿Qué? Ni de coña. No pienso separarme de Sara, ¿y si se despierta y se ve sola? No, ni hablar».

—No me voy a ninguna parte.

—Daniel, por favor —me suplicó mi padre—, no hagas las cosas más difíciles. Tienes que descansar. Mañana, a primera hora, puedes venir de nuevo.

—No, de aquí no me muevo. Vais a tener que sacarme a rastras y, aun así, pienso volver en cuanto os deis media vuelta. ¿Y si abre los ojos, papá? ¿Y si se despierta y no me ve? —Reconocí la duda y el sufrimiento en el rostro de mi padre. Murray y él se miraron entre ellos.

—Está bien, puede quedarse —aceptó el doctor.

Una enfermera me guio a la habitación de mi hermana. Abrí la puerta sin pensarlo y entré acelerado. Mi padre, mi hermano mayor y el doctor entraron detrás de mí. Me acerqué a la cama y contuve la respiración. Esa no era mi hermana, ¿qué le había pasado?

—¿Qué... —mil lágrimas caían por mis mejillas y solo era capaz de hablar en susurros. La soga del cuello me apretaba demasiado—... qué le ha pasado en la cara?

—Por eso no quería que la vieras. Tu hermana se ha dado un golpe fortísimo al chocar contra el suelo, creemos que arrastró el rostro varios metros por la tierra, por las contusiones y las heridas que presenta. La hemos curado, pero ahora está muy hinchada, es cuestión de días que su aspecto mejore.

—¿Tú lo sabías? —pregunté a mi padre.

—Sí, Alex y yo hemos podido verla hace un momento.

¡Dios! Tenía el rostro deformado y amoratado. Me imaginé el sufrimiento por el que tuvo que pasar y un escalofrío me recorrió el cuerpo. El dolor que debió de sentir... Deseé con todas mis fuerzas que hubiera perdido pronto el conocimiento. Y que no se acordara de nada al despertar. Porque iba a despertar. Quise acariciarla pero... ¿Y si le hacía daño?

Tenía tubos y cables por todo el cuerpo. La habían tapado con una sábana hasta los hombros y tenía los brazos, llenos de moratones, sacados por fuera.

Me senté en la silla que había enfrente de la cama y rompí a llorar como si tuviera dos años. No recuerdo haber llorado nunca así.

Varias horas después, me quedé solo en la habitación. Mi padre fue a acompañar a Alex al hotel y, de paso, a avisar a nuestros familiares de lo ocurrido. Aunque Alex insistió, no pudo quedarse. El doctor Murray no nos permitiría de ninguna manera que permaneciéramos los tres en la habitación. Me senté en una silla que había junto a la ventana. Después de horas mirando a la nada (sí, horas), me di cuenta de que desde allí no veía bien a mi hermana. Me levanté y acerqué la silla a la cama, a la altura de sus hombros. Acababa de sentarme cuando los aparatos que rodeaban a Sara arrancaron a pitar y a volverse locos. ¿Qué pasaba?

Empezó a entrar un montón de gente en la habitación, médicos y enfermeras. Se llevaron a mi hermana y me quedé solo. Salí corriendo detrás de ellos.

—¡Sara! ¿Dónde la lleváis? ¿Qué le ocurre a mi hermana?

El doctor Murray giró la cabeza y se dignó a contestarme.

—Daniel, tenemos que intervenir de inmediato. ¡No te muevas de la habitación!

Me quedé de pie en medio del pasillo. «¡QUÉ PUTA PESADILLA! No te muevas, Sara. Aguanta».

Cuando mi padre llegó al hospital, yo seguía en medio del pasillo mirando hacia la puerta por donde se habían llevado a mi hermana. Regresamos a la habitación y esperamos. Fue una espera eterna. Me dio tiempo para pensar en muchas cosas, demasiadas. Me acordé de Will y de los dos mejores amigos de Sara. No sabía dónde estarían, supuse que los habían obligado a ir a casa.

Mi padre me dio una pastilla que ni me molesté en preguntar para qué servía; abrí la boca y me la tragué. Me dejé caer en el sofá de dos plazas que había debajo de la ventana y me dormí.

Cuando me desperté, aún no habían traído a mi hermana de vuelta. Había amanecido. Ignoraba los días que llevaba en ese lugar. ¿Dos? ¿Tres? ¿Cuatro? Mi padre estaba sentado en la silla que había ocupado yo horas antes. Le pregunté por mi hermana y me dijo que llevaban horas en el quirófano y que aún no habían acabado.

«De puta madre. Son todo *buenas noticias*». Al menos, no había perdido la ironía.

Media hora después, se abrió la puerta de la habitación. Por fin traían a mi hermana. Murray nos explicó que habían conseguido estabilizarla. Me

acerqué a la cama y comencé a gritarle, aunque sabía que no podía escucharme. Pero tenía que sacarlo de dentro.

—¡Despierta! ¡DESPIERTA YA! —La apunté con el dedo—. ¡NO SE TE OCURRA MORIRTE PORQUE TE JURO QUE NO TE LO PERDONO EN LA VIDA! —Me calmé después de desahogarme y me senté a su lado. La agarré de las manos—. Por favor, no me dejes solo. Por favor.

Dos días después, todo seguía igual. No dormía si no era con calmantes, que me atontaban los sentidos. Me despertaba por las horribles pesadillas. Tenía miedo de que mi hermana se desestabilizara como la última vez. Mientras escuchara el intermitente *pi, pi, pi* de la máquina que la controlaba, respiraba tranquilo.

Su rostro tenía mejor aspecto. Todavía lucía golpes y moratones, pero no se veía desfigurado; era ella. Aún no habían dejado entrar a nadie. En más de una ocasión escuché los gritos de Oliver y Adam que venían de fuera de la habitación. No me molesté en salir, permanecía dentro de ese cubículo veinticuatro horas al día.

Mi padre me llevó ropa limpia para que me cambiara. Había un pequeño cuarto de baño con una ducha, pero no la había usado aún. ¿Y si se despertaba justo mientras me duchaba?

Mi móvil se quedó sin batería, pero no quise cargarlo. No quería saber nada del resto del mundo. No quería saber nada de nadie.

Al sexto día, mi padre me informó de que empezarían a permitir entrar a la gente para que vieran a Sara. Bien, pero yo no pensaba moverme. Observé pasar a todos mis compañeros del colegio, escuché sus conversaciones. Algunas de esas conversaciones no las debería haber escuchado. Eran demasiado... privadas. Pero ellos sabían que yo estaba ahí (en ningún momento me escondí), por lo que fue su decisión hablar o no. No estaba dispuesto a moverme de esa habitación.

Los más habituales eran Will, Oliver, Adam y Pear. Venían todos los días, sin excepción. Más de una vez al día insistían en quedarse a dormir, pero no les dejaban. El resto de sus amigos venían cada dos días. Desde luego, ninguno de ellos pasaba más de tres días sin verla.

Hay determinadas visitas que nunca olvidaré. Una de ellas: la primera vez que Adam entró.

Me miró nada más entrar, pero no nos dijimos nada. Yo permanecí afincado en mi pequeño sofá. Era mi nueva casa. Se acercó a la cama y se estremeció al ver a mi hermana. «Pues si la hubieras visto hace seis días...

Ahora parece una modelo de pasarela en comparación con cómo estaba».

—Hola, Totó. —«Totó». Es el apodo que le puse yo cuando éramos unos críos, era increíble que siguieran llamándola así—. El padre de Natalie nos ha dicho que es muy probable que escuches todo lo que decimos. Nos ha aconsejado que no dejemos de hablarte. Quiero... quiero pedirte perdón. Perdóname, por favor. No voy a volver a discutir contigo en la vida, puedes hacer lo que quieras, lo que quieras, Sara, y yo te voy a apoyar en todo. —Se le caían las lágrimas, que intentaba disimular sin éxito, quitándolas con el dedo—. Pero no te vayas, por favor. —La situación le pudo y se echó a llorar encima de ella—. Eres la persona que más quiero en el mundo, no me dejes, por favor.

Mentiría si dijera que no me emocioné, nunca imaginé que la querría tanto. También me mosqueé. Por lo que pude entender tuvieron una bronca de la hostia. ¿Qué habría pasado?

Después de Adam, vino Oliver, pero solo permaneció en silencio mirándola durante, no sé, horas. No dijo ni una palabra.

Y, por último, Pear. Soy consciente de lo injusto que fui con ella en aquellos días. Debo reconocer que la culpaba... sí, joder, la culpaba, en parte, por lo que había ocurrido. ¿Por qué coño tuvo que obligarla a salir a montar? Si no hubiera insistido, todo aquello no estaría pasando. Estaba enfadado con ella. Frustrado. Equivocado.

Nada más entrar, se acercó a Sara y se sentó junto a ella. Le pidió perdón y habló con ella (¿por qué coño todo el jodido mundo pide perdón en esas circunstancias? Me tocaba mucho los cojones. Sé consecuente con lo que haces). Lloró, habló un poco más y lloró otra vez. Después intentó acercarse a mí, y digo *intentó* porque ni siquiera le permití acercarse a menos de dos metros. Levanté la mano y le ordené que se largara.

Al día siguiente, vinieron el resto de sus amigos. Reconozco que desconecté y no escuché lo que decían. Estaba harto. Era más de lo mismo.

Los padres de Oliver y Adam eran asiduos. Lo mejor de las visitas de la madre de Oliver era que solía traer a mi hermana Kate. Me gustaba tenerla allí. Nuestros papeles se invirtieron, a menudo, y era ella quien me consolaba a mí a pesar de su juventud. Kate era demasiado madura para su edad, quizá por necesidad, porque siempre ha estado algo apartada de nosotros. Estuvimos años separados hasta que ella entró en el *Crowden* y, cuando lo hizo, ya teníamos nuestras vidas hechas, sin ella. Necesitaba sentirme unido a mi familia. Y lo hice. Sobre todo cuando llegaron mis abuelos de Estados

Unidos.

Durante las primeras semanas, solo permitían que entraran de uno en uno. Y todos los putos días eran iguales. Adam y sus conversaciones, Oliver y sus silencios, Pear y sus lamentaciones.

Y así pasaron tres semanas.

Y aquel lunes, tres semanas después de su primera visita, Oliver habló por primera vez. Fue la visita que más me impactó, sin ninguna duda.

Se acercó a ella con mucho cuidado y entrelazó su mano con la de mi hermana. La besó y antes de hablar, rompió a llorar. Conocía esa maldita sensación.

—Necesito contarte una cosa. Te he ocultado algo importante. ¿Te acuerdas de lo que dije después de que pasara lo que pasó entre nosotros? ¿Te acuerdas de que dije que teníamos que detenerlo porque estaba a punto de caer *loca e irremediamente enamorado de ti*? Demasiado tarde, ya lo estoy. Al parecer, desde niños. Es una larga historia. —Mis ojos por poco no se salen de sus cuencas. ¿Oliver enamorado de Sara? ¿Y qué coño ocurrió entre ellos? Por sus palabras, no había que ser muy listo para adivinar a qué se refería—. Una larga historia que no te puedo contar. Porque nunca vas a saber cuáles son mis verdaderos sentimientos por ti. Quiero hacerte una promesa. Una promesa que voy a cumplir hasta el fin de mis días. Sé que estás enamorada de Will, de lo contrario no habrías vuelto con él a escondidas. —«Espera, ¿qué?»—. Te prometo que no voy a interponerme en esa relación. No importa lo que suceda entre nosotros, si tú lo quieres, yo te voy a apoyar.

Hundí la cara entre mis manos y me mantuve así durante un rato. ¿Qué coño pasaba en la vida de mi hermana? ¡¿Y por qué yo no me enteraba de nada, joder?!

Ese mismo día, cuando vino Will a verla, le pedí explicaciones. Me confesó que habían vuelto varias semanas antes del accidente, pero que lo mantuvieron en secreto por petición de Sara. Justo la noche del accidente, ella había quedado con sus amigos para contarles la verdad. Hasta ahí llegaban sus conocimientos. No me costó imaginarme la bronca que tuvieron esos tres tras la confesión. Por eso mi hermana *aporreaba a Vivaldi*, como me explicó Pear, aquella noche.

En todo ese tiempo, no había hablado más de cinco frases con Pear. Mi rechazo inicial cesó y dio paso a saludos cortantes pero educados y... la verdad, poco más. No estaba para nadie. Y menos para ella. Sabía que no

pasaba por un buen momento, que se sentía culpable, pero no podía ayudarla. ¿Cómo coño iba a ayudarla si yo sentía lo mismo? ¿Si la creía culpable?

Por la tarde, Murray abrió la veda y permitió visitas de más de dos personas. Vinieron varios de sus amigos y ese día... ese día Pear explotó. Reconozco que yo tuve toda la culpa. Ella intentaba consolarme y ayudarme, pero yo no permitía que nadie se acercara a mí, y, para más inri, a ella la miraba con rencor. La situación la sobrepasó.

—Ya no puedo más. ¡NO PUEDO MÁS! ¡Es mi mejor amiga la que se muere en esa cama! ¡Y fui yo quien la sacó de su habitación y la obligó a dar un paseo a caballo! Si no fuera por mí...

—¡Exacto! Si no fuera por ti... —Joder, ahí me lucí. Maldita situación.

—¿Qué coño quieres de mí, Daniel? ¿Qué quieres que haga? —me contestó llorando— No puedo volver atrás y no puedo...

—Pear —su amigo Marco la interrumpió. Me miró con evidente desaprobación e intentó tranquilizarla, que es lo que debería haber hecho yo en vez de alterarla más—, no te hagas eso, no pienses en los posibles «y si no hubiera hecho eso». El único culpable de lo que ha pasado es el maldito conductor del coche que iba borracho y a toda hostia por una estrecha carretera llena de curvas. ¡Tenemos que dejar de culparnos entre nosotros de una puta vez, joder!

Se abrazaron y se consolaron el uno al otro. Muy tierno todo. Yo tenía los nervios desquiciados, la sola mención del hijo de puta que había dejado así a mi hermana hizo que me entraran ganas de golpear cosas.

Sin pensarlo, me lancé hacia el sofá y comencé a dar patadas. Toda mi frustración se iba en esas patadas, hasta que alguien me agarró de los brazos para frenarme.

—Daniel, el sofá no te ha hecho nada. Ya está, tranquilízate. —Creo que fue Brian quien me detuvo.

—Tenemos que dejar de discutir entre nosotros y de echarnos las culpas, hay que permanecer unidos.

Menos mal que por la noche Adam vino tranquilo y, en parte, animado. Ese día no hubiera soportado un drama más.

—No te vas a creer lo que ha pasado hoy —le contó—. Moira se ha pegado con Tessa Milanese. Bueno, apenas le ha dado dos tortazos, porque las han separado. ¿Te lo imaginas? Con lo seria y tranquila que es Moira. Al parecer, ha sido a causa de un comentario poco afortunado que hizo sobre ti. No me han querido contar lo que ha dicho, creo que tienen miedo de mi

reacción.

A la mañana siguiente, noté la frustración de Adam en sus palabras. Ya no estaba tan animado.

—¿Sabes dónde está Olivia? En la iglesia que hay a la vuelta de la esquina de este maldito hospital. Va todos los días, es igual de atea que tú, pero va a rezar a vete a saber qué Dios para que no te lleve con él. Joder, es de locos.

Esa misma tarde, hasta el fuerte de Adam se derrumbó como el resto de los mortales.

—¡JODER! ¿Cuándo vas a abrir los putos ojos, Sara? ¿Sabes, qué? Yo también voy a rezar, voy a hacer una petición y una promesa. Voy a pedirle a Dios que no te lleve con él, que te deje con nosotros, y, a cambio, prometo no molestarlo nunca más.

El despertar

Un mes después del accidente

Daniel

Había pasado más de un mes desde el día del accidente. Más de un puto mes. Y nada. Sara no despertaba. Mis esperanzas decaían con el paso de los días. Faltaba poco para las vacaciones de verano. Pero yo no sentía que fuera verano, más bien parecía invierno, un jodido invierno frío y largo que no tenía fin.

Sara ya tenía casi todos los moratones del cuerpo curados. Sus órganos estaban sanos y se valían por sí solos. Lo que más me preocupaba era la pierna. Le hicieron varias intervenciones para intentar arreglar la avería que tenía en la tibia y el peroné, y después solo decían que había que esperar. Esperar a que se despertara y ver cómo le respondía. Tenía fracturas cerca de la rodilla y necesitaba tiempo. Pregunté a todo el mundo que pasaba por la habitación si podría patinar de nuevo, pero nadie se atrevía a decirme nada. Había que esperar. Joder, *esperar*, estaba hasta los cojones de esperar. ¿Qué le explicaría a mi hermana cuando se despertara y me preguntara por su pierna? La sola idea de que no pudiera patinar... Tuve que suplicar a Murray, tenía que hacerle saber lo importante que era para ella.

—Por favor, doctor Murray. Patinar es lo que más le gusta hacer en la vida, tiene que conseguir que se recupere sin secuelas. Por favor.

—Daniel, estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos.

Lo sabía, pero me gustaba recordárselo. Después de suplicarle, siempre hablaba con mi hermana.

—Pero primero tienes que despertarte, Sara. Cuanto más tiempo estés en coma, más graves pueden ser tus lesiones.

Sus amigos seguían sin faltar a las visitas. Le contaban todo lo que había pasado el día anterior en el colegio y gilipolleces varias. Adam era quien más cosas le contaba y quien le actualizaba cada pocos días la música del iPod que le colocábamos en los oídos. Dicen que la música ayuda. Y mi hermana adora la música.

Hacía más de un mes que no pasaba por el colegio. No hice ni un solo examen final. La directora, en una de sus visitas, me dijo que no me preocupara por nada, que pasaba de curso y que haría los exámenes después del verano. Como si me importara.

La psicóloga del colegio venía cada dos por tres para hablar conmigo; decía que necesitaba hablar con alguien de toda aquella situación. ¡No necesitaba una puta psicóloga! Lo único que necesitaba era que mi hermana se despertara, ya no sabía cómo decírselo.

En ningún momento abandoné la habitación de mi hermana. No salía al exterior para nada. Me acostumbré a vivir dentro de esas cuatro paredes. Tardé más de tres semanas en fijarme en que eran de un rosa muy pálido. Mi padre y mi hermano me proveyeron de ropa y comida. Tampoco es que comiera demasiado. Pero sí me duchaba más a menudo; alguien (cualquiera que estuviera en la habitación) me hacía la guardia entretanto. Intentaba no mirarme demasiado en el espejo, no me gustaba lo que veía. No sé cuantos kilos perdí, calculo que los mismos que Sara. Cada vez estaba más delgada, parecía tan frágil. No era ni la mitad de lo que fue.

La mitad del día hablaba con mi hermana; le comentaba mis impresiones sobre las conversaciones que entablaban sus amigos con ella. La otra mitad del día, leía. No sé cuántos libros llegué a leer. Todos trataban sobre lo mismo: pacientes comatosos.

Mis mayores preocupaciones eran dos.

La primera: la pérdida de memoria. Era consciente de que la totalidad de las personas que sufren accidentes de esas características no se acuerdan de nada de lo que pasó el día del accidente, no se acuerdan de haberse despertado por la mañana, ni de haber desayunado. Nada. Pero algunos, además, pierden más memoria y pueden incluso no reconocer a sus familiares. ¿Y si Sara no se acordaba de nosotros?

Mi otra preocupación era que, cuando despertara, no fuera ella, sino otra versión de sí misma.

Lo hablaba con Murray día sí y día también (estoy seguro de que acabó hasta los cojones de mí) y siempre me decía lo mismo: que en ocasiones se trata de detalles insignificantes. Años atrás, me explicó, tuvo un paciente que al despertar del coma se volvió vegetariano; no soportaba ver un trozo de carne roja. Mientras solo fuera eso... Pero ¿y si era peor? ¿Y si cambiaba tanto su personalidad y no era más que una sombra de lo que fue?

Como no pensaba en la posibilidad de que cuando despertara su

recuperación no fuera completa, cuando me topaba con las palabras «parálisis» o «estado vegetativo» arrancaba la página, la tiraba a la basura y pasaba a la siguiente.

Aquella mañana, se abrió la puerta de la habitación a la misma hora de todos los días y entró una de las enfermeras asignadas a mi hermana: la cuarentona rubia. Su nombre lo ignoraba, pero sí sabía que la semana anterior le había tocado el turno de tarde y que aquella semana le tocaba de mañana. Me conocía los turnos de todas ellas.

—Buenos días, Daniel. ¿Ya has desayunado?

—No, estoy esperando a mi padre, que llegará en cualquier momento.

—Muy bien, ¿y cómo está nuestra chica favorita esta mañana?

—Igual. —Percibió la frustración y el cansancio en el tono de mi voz. Revisó las constantes de mi hermana y me palmeó el hombro en señal de apoyo.

—Ánimo, cariño. No pierdas la esperanza. Y no dejes de hablar con ella, te está escuchando.

Qué sencillas se ven las cosas desde fuera. Abandonó la habitación y nos quedamos solos. Me levanté y me asomé a la ventana. Otro día soleado. Ojalá ella hubiera podido verlo, con lo que le gusta tostarse al sol. Siempre la he criticado por tumbarse a tomar el sol, la solía llamar lagartija. En ese momento, hubiera matado por verla perder todas esas horas en la tumbona. Me giré hacia ella sonriendo y detecté un movimiento en su rostro. «¿Qué ha sido eso?».

—¿Sara? —Me acerqué a ella, pero seguía igual. Sin embargo, había visto un movimiento, no estaba loco. Salí de la habitación y grité para que alguien viniera a verla.

—¿Qué ocurre? —Entró la misma enfermera, la cuarentona rubia que estaba en la habitación de al lado haciendo su ronda.

—Se ha movido, mi hermana se ha movido. Estaba asomado a la ventana y, cuando me he girado, he visto un movimiento. —La examinó, le miró los ojos y las constantes vitales, pero no había... nada—. Te juro que se ha movido.

—Y te creo, es habitual en este tipo de pacientes. Son movimientos involuntarios.

—Ya sé lo que son los jodidos movimientos involuntarios, pero esta vez ha sido diferente. —La enfermera me miró con lastima y se marchó. Sabía lo que había visto. Me acerqué a mi hermana y me quedé a escasos centímetros

de su cara.

—Venga, Sara. Te he visto. Sé que estás ahí, en algún sitio. Vamos, despierta.

Sus parpados temblaron, la cogí de la mano y no aparté mi mirada de sus ojos. Un segundo después, los abrió.

—¿*Totó*?

Sara

—*Venga, Sara. Te he visto. Sé que estás ahí, en algún sitio. Vamos, despierta.*

«¿Despierta? ¿Estoy dormida?». Me movía en la oscuridad. No conseguía abrir los ojos. Pero alguien me hablaba, oía voces en la distancia. Y un constante pitido de una máquina que estaba cerca, muy cerca.

Despierta.

«Eso intento». Pero me costaba, era como si no tuviera cuerpo, como si estuviera en la nada. De repente, fui consciente de mis ojos y los abrí, despacio, dejando atrás la oscuridad. Los párpados me pesaban y tuve que hacer un verdadero esfuerzo para abrirlos. Una luz brillante y cegadora me inundó los ojos.

—*¿Totó?*

«¿Daniel? ¿Dónde estoy?». Observé mi entorno, pero no reconocí la habitación. Olía... raro. Las paredes eran rosas y el techo blanco con varios halógenos distribuidos por toda la superficie. A mi lado derecho había una mesita con varios jarrones llenos de flores y botellas de agua. Algunas vacías. Miré hacia la ventana, y la repisa que había justo debajo estaba llena de más jarrones con flores.

Intenté mover las manos, sentí un calambre y miré hacia abajo: de mi mano izquierda salía una vía intravenosa. Me molestaba. Regresé la mirada hacia mi hermano, pero no estaba en el mismo sitio. Se había levantado y salido por la puerta. Carraspeé porque sentía la garganta seca. Tenía mucha sed.

—*¡Doctor Murray! ¡Que venga alguien, ya! ¡Enfermera!*

Mi hermano volvió juntó a mí, seguido del padre de Natalie y de varias enfermeras. ¿Qué hacía allí el doctor Murray?

—*¿Sara? ¿Cómo te encuentras?*

Confundida y muy cansada. Me dolían todos los músculos del cuerpo. Y no podía moverme, solo era capaz de girar mi cabeza de izquierda a derecha y viceversa. El miedo comenzó a atenazarme cuando me di cuenta de que no recordaba cómo había llegado a aquel lugar. Necesitaba que alguien me explicara qué hacía yo allí y por qué no podía moverme. Me puse muy nerviosa.

—Tranquila, Sara. No te inquietes. —Debía de ser muy transparente—. Estás en el hospital, sufriste un accidente mientras paseabas a caballo y has estado en coma.

¿*En coma?* ¿*Accidente?* No me acordaba de nada, me sentía muy perdida.

—Tengo sed. —Apenas me salió un susurro. Me chupé los labios y tragué saliva.

Mi hermano abrió una botella de agua y me dio de beber, pero no conseguí tragar y se me cayó el agua por la barbilla. Daniel se disculpó y me mojó los labios con una gasa. Carraspeé de nuevo. ¿Se me había olvidado tragar?

—¿Por qué no puedo moverme? —Y esa no era mi voz, era mucho más ronca.

—Es algo natural. Tu cuerpo lleva muchas semanas sin funcionar. Lo mismo que tus cuerdas vocales, es cuestión de tiempo que todo vuelva a la normalidad.

¿*Semanas sin funcionar?* ¿Cuánto tiempo estuve dormida?

—¿En qué mes estamos?

—Hoy es veinte de junio.

—¿De qué año?

Mi médico y Daniel sonrieron.

—Del mismo año. Tranquila, has estado en coma poco más de un mes. Y en todo este tiempo tu hermano no se ha separado de ti. Ha estado viviendo en esta habitación contigo. No ha salido ni para comer. Te ha estado cuidando.

Las enfermeras me tocaban por todas partes. Una de ellas por poco me metió un dedo en el ojo. Me obligaron a hacer movimientos oculares y probaron mis reflejos.

Me giré hacia mi hermano. Sonreía de una manera que nunca lo había visto. Irradiaba felicidad.

—Tú siempre queriendo llamar la atención —bromeé.

—Es ella —dijo mi hermano al doctor.

Pues claro que era yo. ¿Quién si no?

—¿Qué es lo último que recuerdas?

Cerré los ojos e intenté hacer memoria. Los recuerdos acudían a mí como flashes. Recordé mi pelea con Will por haberlo pillado con Tessa en la cama. Joder, se me encogió el estómago de recordarlo. El juego de la botella, la canción de los Beatles, Will y yo juntos... Y lo último que recordaba era la

clase de gimnasia. Navegábamos todos en las canoas hasta que mis amigos y yo nos separamos. Will y Daniel nos salpicaron y me tiré encima de Will. Nos besamos debajo del agua. Después de eso... nada. Esas últimas imágenes estaban borrosas, no supe si habían pasado en realidad o si eran producto de mi cabeza.

—Recuerdo estar con las canoas en clase de gimnasia y que Will y tú vinisteis a salpicarnos. Después de eso, nada. ¿Es real?

—Sí, fue la mañana anterior al accidente —informó mi hermano al doctor.

—Bien, teniendo en cuenta que el accidente sucedió la madrugada del quince de mayo, has borrado de tu memoria los dos días previos al suceso.

—¿Sara?

Esa voz. Mi padre. Se quedó mirándome desde el quicio de la puerta. Llegó hasta mí en dos pasos y me abrazó con fuerza. Apenas me dejaba respirar.

—¿Cuándo...? ¿Cómo...? ¿Por qué no me habéis llamado? —preguntó entre sollozos.

—Hola, John. Tu hija acaba de despertar hace apenas cinco minutos. La estamos examinando y todo parece estar bien.

Mi padre y el doctor Murray empezaron a hablar de un montón de cosas. Me preguntaron trocientas mil veces si estaba bien. Mi hermano cogió el teléfono y se lo puso en el oído. Llamaba a alguien. Se levantó y se aproximó a la ventana. Me apetecía comerme un yogurt. Y tocar el piano.

—*Oliver, mi hermana ha despertado.*

Oliver. Oliver. Su nombre retumbó en mi cabeza. Quería verlo. El corazón comenzó a latirme con fuerza. Había algo que..., no lo recordaba, pero algo importante había ocurrido entre Oliver y yo. También moría de ganas de ver a Adam, a Pear... a todos, pero Oliver... ¿Por qué tenía aquella sensación de que había olvidado algo importante?

Mi hermano no se alejó de la ventana y siguió llamando por teléfono mientras yo atendía a las miles de preguntas que me hacían mi padre y el padre de Natalie.

En aquel momento no me di cuenta, pero ahora me pregunto por qué mi hermano decidió llamar a Oliver en primer lugar. Nunca se lo pregunté.

Un rato después, ya me habían puesto en antecedentes sobre lo ocurrido. Un conductor borracho me había atropellado con el coche. No entendía qué hacía yo montando a caballo con lo poco que me gusta. Tendría que

preguntarle a Pear. Necesitaba la ayuda de mis amigos para rellenar los huecos vacíos de mi memoria. Tuve suerte y, por lo que me contaron, el pobre Percy se llevó la mayor parte del golpe; debió de fallecer casi al instante. Yo no tuve más que unas magulladuras y fracturas en la tibia y el peroné, pero me di un golpe fuerte en la cabeza, de ahí el coma.

Mientras me narraban la historia, noté algo extraño en sus expresiones. Mi hermano apenas me miraba. Tenía la sensación de que me ocultaban algo, pero lo dejé pasar. Me explicaron que me habían operado la pierna un par de veces y que iba a estar bien, pero, debido al tiempo que había estado postrada en la cama, me esperaban unos duros meses de rehabilitación. Intenté levantarme, pero no me dejaron. Debía ir con cuidado.

A cada segundo que pasaba, me hacía más consciente de mi situación, de lo que había ocurrido y de las consecuencias.

Mi hermano me ponía al corriente de todo lo acontecido en aquellas semanas, cuando se abrió la puerta de la habitación.

Oliver.

Fue como un sopapo de información. En cuanto lo vi, lo recordé todo. Todo.

Vino corriendo y me abrazó con la misma fuerza que había hecho mi padre una hora antes. Detrás de él, llegaron Adam y el resto de la pandilla. Nos fundimos todos en un enorme abrazo. Era todo muy extraño; para mí, había estado con ellos el día anterior, pero en realidad no los veía desde hacía semanas. No lo pensé demasiado, mi cabeza solo me permitía pensar en una cosa:

Oliver Aston.

Unos meses atrás

Después de aquel beso inesperado de Oliver que le recordó a Sara que sí podía volver a sentir algo gracias a un beso

Piel con piel

Después del no esperado pero alucinante beso de Oliver, me fui a mi dormitorio. Necesitaba pensar. En Will, en Oliver, en mí, en todo.

Me senté en el piano y comencé a tocar: *Apologize*, de One Republic.

Después de un largo rato desahogándome con el piano, la puerta de mi habitación se abrió. Sin llamar. Nunca llaman. Sea quien sea. «Debería acostumbrarme a poner el pestillo. ¡Necesito privacidad!».

—Hola, nena.

El repartidor de besos profesional vino directo al fondo de la habitación y se acodó en mi piano inclinándose hacia mí para mirarme a los ojos. Le eché un vistazo de reojo sin dejar de tocar. Se le veía contento. No estaba afectado. ¿Y por qué debería estar afectado? Tampoco es que a mí me hubiera afectado el beso que nos dimos. Mi subconsciente insistía en hacerme entender que no tenía ningún sentido mentirme y, aunque sabía que razón no le faltaba, lo ignoré.

—He venido a pedirte perdón.

¿Por el beso? ¿Y me lo decía así de sopetón? ¿Sin anestesia? Él siempre tan directo. No se andaba por las ramas. Yo también sería directa. Ya que nos metíamos de lleno en el asunto...

—¿Has venido a pedirme perdón por besarme?

—¡No! ¡Por supuesto que no! —me contestó, indignado. ¿Cómo que no? Y entonces, ¿por qué me pedía perdón?

—He venido a pedirte perdón por haberme puesto borde contigo delante de todos —me aclaró—. Lo siento de veras.

—Ah, eso —le dije, confundida. ¿Quién entiende a los hombres? De todo lo que había ocurrido horas antes, me pedía perdón por gritarme. ¿Y por meterme la lengua hasta la campanilla sin pedirme permiso no se disculpaba?

—Sí, eso. ¿Qué pensabas?

Seguí tocando el piano. Si él no lo sabía, no pensaba aclarárselo.

—¿Pensabas que quería pedirte perdón por besarte?

Me encogí de hombros.

—Jamás te pediría perdón por algo así. Te puedo besar cuando me dé la gana.

Mis manos dejaron las teclas al instante y mi voz emitió una sonora carcajada. Pero, este, ¿qué se creía?

—¿Tú crees? —lo reté. No sé por qué. ¿Qué buscaba? ¿Qué reacción era la que quería provocar en él?

—¡Claro que sí! ¿Por qué no podría besarte?

—¿Cómo que por qué? Porque no puedes.

—¿Eso crees?

—Sí —titubeé.

Oliver se sentó a horcajadas encima del taburete del piano y me cogió la barbilla. ¿Qué iba a hacer? Se aproximó a mí. ¿Iba a besarme? Me miró con sus ojos verdes y sonrió con superioridad. Acercó sus labios a los míos y me besó. Sentí sus cálidos labios sobre los míos y una sensación alucinante de plenitud me asoló. Segundos después, se separó de mis labios y me miró socarrón.

Me había besado. Me había besado porque le había dado la gana.

Insolente y guapísimo sabelotodo.

Entonces pensé que yo también podía besarlo cuando quisiera. Cambié mi postura y quedamos uno enfrente del otro.

Lo sujeté de la nuca y entonces fui yo quien acabó con la escasa distancia que nos separaba. Le metí la lengua. Me respondió con la suya y me agarró por la cintura. Nos besamos durante un buen rato sin despegarnos un centímetro el uno del otro. Introduje la mano por debajo de su camiseta para sentirlo más cerca, y Oliver, en cuanto sintió mi toque, se estremeció. Me costaba creer que nos estuviéramos tocando de aquella manera. Era extraño, pero, a la vez, se sentía tan... perfecto.

Oliver me cogió la mano y me instó a que nos levantáramos juntos de la banqueta. Nos sentamos en la cama sin soltarnos las manos. No dijimos nada. No era necesario. Las cosas entre nosotros salían solas, como si fuera su curso natural.

Le quité la camiseta y lo admiré en silencio. Tenía un cuerpo musculoso. Acerqué la palma de mi mano a su piel y tanteé su pecho con mi dedo índice. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo; desde la punta del dedo de la mano hasta la punta del dedo del pie. Su cuerpo desprendía muchísimo calor. Lo acaricié por todo el pecho con el mismo dedo, que me seguía hormigueando por los espasmos del escalofrío.

Lo miré a la cara y descubrí que observaba mis sutiles movimientos con los ojos muy abiertos. Nunca nos habíamos tocado de esa manera. Nunca

nadie había tocado a Oliver de esa manera. Yo fui la primera. Me gustaba la sensación que me provocó tal pensamiento.

El resto de mis dedos se unieron a la exploración. Lo acaricié por todo el pecho, el abdomen, el ombligo, las costillas, la espalda. ¿Cómo era posible que el simple hecho de acariciar a otra persona me provocara tanto placer?

Oliver se desprendió de mi camiseta y me dejó en sujetador. Era un sujetador muy sencillo; rosa de algodón. Imitó mis movimientos y me tocó. Rozó mis pechos, con su dedo índice, por encima del sujetador y sentí cómo se endurecían. Estaba muy excitada. Nunca pensé que mi mejor amigo podría proporcionarme ese tipo de sensaciones. Él sintió la dureza de mis pezones y paseó su dedo una vez más por encima del sujetador. Solté un gemido.

Nos miramos a los ojos y me bajó los tirantes del sujetador. Me acarició la espalda, a la vez que aproximaba su rostro al mío e iba directo al broche de mi sostén. Sentía su respiración en mi oído. Giré la cabeza para verlo de cerca y observé sus labios. Eran de un rojo intenso y estaban entreabiertos. Me apetecía besarlos. No, me moría por besarlos. Su boca era adictiva, no encontré otra razón para justificar mi deseo por ella. Intenté reprimir ese pensamiento mordéndome el labio inferior.

Consiguió desabrocharme el sujetador sin esfuerzo y me lo quitó. Me miró, me tenía hipnotizada por la intensidad de su mirada y sus roces. Me tocó el pecho con las dos manos y mis gemidos no tuvieron control.

Le aparté con suavidad las manos y me separé de él. Ansiaba tocarlo. En lo único en lo que pensaba era en su placer, más que en el mío propio.

Lo tumbé en la cama y me puse a su lado de rodillas. Le quité los zapatos y los calcetines. Oliver respiraba muy muy fuerte; yo también lo hacía. Acerqué mis manos a sus pantalones y los desabroché, tiré para abajo y se los quité. Solo llevaba encima los calzoncillos. Eran unos bóxer negros con la cinta elástica en gris. Los tenía muy apretados, apenas podían albergar lo que había dentro. Me subí encima de sus piernas y le pasé la lengua por el ombligo, que dejaba un rastro de vello rubio hacia abajo. Lo besé por encima del ombligo y llegué hasta el pecho. Mis manos lo acariciaron por todas partes. Los gemidos de mi mejor amigo me llegaban hasta lo más profundo de mi alma. Eso se lo provocaba yo; mis caricias.

Oliver me sujetó por las caderas y me tumbó de espaldas en la cama. Me desabrochó la falda y la deslizó por mis piernas; me quitó las medias. Nos miramos. Introdujo sus manos por debajo de la cinta elástica de mis braguitas rosas, a juego con el sujetador, y se deshizo de ellas.

¡Oh, por favor! ¡Iba a explotar de placer! Era lo más sensual que había hecho en toda mi vida. Estaba desnuda. Recorrió con la mirada todo mi cuerpo sin un ápice de vergüenza. Entonces comenzó a besarme, empezó por la boca. Sí, por fin. Necesitaba besarlo. Fue bajando por mi cuerpo, me besó los pechos y se metió los pezones en la boca. Me probaba, me saboreaba, y le gustaba. Siguió bajando y me besó las costillas y el ombligo. Me retorcí de placer. Metió la lengua dentro de mi ombligo y siguió bajando...

Cuando llegó al centro de mi placer, pensé que pasaría de largo. Oliver era inexperto en lo que a sexo se refiere. Me besó en mi sexo y yo arqueé la espalda. Mis gemidos resonaban por toda la habitación. Introdujo la lengua y me besó despacio. Metió las manos por debajo de mi trasero y me manoseó con ganas. Me subió hacia arriba para acceder mejor. Yo no pude más y exploté, exploté en un orgasmo que se formó desde lo más profundo de mi ser. No pensé que un orgasmo pudiera ser tan intenso sin penetración.

Recuperé la respiración mientras Oliver seguía besándome. Había subido hasta el ombligo de nuevo. Levantó la cabeza y me miró. Le brillaban los ojos.

—¿Te has corrido? —Siempre tan directo, no sabe ser de otra manera.

En otros aspectos de mi vida, estaba acostumbrada a esas preguntas tan directas por su parte, pero en ese ámbito... Me ruboricé.

—Sí —le respondí.

—Bien —me dijo, esbozando una sonrisa.

Siguió besándome, pero lo frené. Lo tumbé en la cama y me puse encima. Ahora me tocaba a mí; quería besarlo por todas partes. Me había vuelto adicta a su sabor.

Le sujeté los calzoncillos, los fui desplazando muy despacio por sus piernas y los arrojé al suelo. Lo tenía desnudo al completo, devolví el examen visual que él había realizado antes a mi cuerpo. Estaba muy excitado. Subí mis manos por sus piernas, acariciándolo y besándolo. Lo besé el hueso de la cadera y en la uve que se le formaba debajo del ombligo. Cuando llegué a la zona prohibida, acerqué mi mano con cuidado. Empecé a acariciarlo, de arriba abajo. No dejé de mirarlo. Oliver cerró los ojos, pero los abrió al instante. Nuestras miradas se clavaron la una en la otra y yo me perdí por completo en ese verde embaucador. Él me quitó las manos de su sexo.

—No sigas, no voy a poder aguantar más.

Se subió encima de mí y nos besamos en la boca. Nos besamos como si fuera la última vez que nos fuésemos a besar, con necesidad y pasión. Mis

piernas se abrieron por instinto, y él se colocó entre ellas. Estaba excitada de nuevo y empecé a moverme buscando el contacto. Oliver también se movió y ambos sentimos cuando su pene se posicionó a la entrada de mi sexo. Estábamos a punto de hacer el amor. En ese instante, no deseaba hacer otra cosa. Pero era su primera vez, no quería robarle su primera vez sin saber si estaba seguro.

—Oliver, ¿qué estamos haciendo?

—No lo sé, pero no pares, por favor. —Su voz sonaba ronca, profunda.

No, no pararía. Abrí más las piernas invitándolo a entrar. Me penetró, deliciosamente lento, y sentí su miembro deslizándose por mi interior hasta que nuestras caderas quedaron unidas. Los dos gemimos y nos miramos. Me besó para ahogar nuestros gritos. Pasé un brazo en torno a sus hombros y rodeé su cintura con mis piernas. Levanté mis caderas para encontrarme con las suyas hasta que nuestros movimientos se acompasaron. Nos movimos más rápido y nuestras respiraciones se aceleraron. Lo sujeté por las nalgas porque necesitaba sentirlo más profundo. Iba a correrme por segunda vez, pero no quería hacerlo sin él.

Dejamos de besarnos y nos miramos. Su expresión era de puro éxtasis. Estaba a punto. Le dije que sí con la cabeza y los dos caímos en un orgasmo arrollador. No habíamos usado preservativo. Yo tomaba la píldora y siempre había usado preservativo con Will, así que no existía peligro. Quizá fue por eso por lo que había sentido tanto placer. Terminamos, y Oliver se quedó tumbado encima de mí, con la cabeza escondida entre mis pechos.

—¿Estás bien? —Metí mis dedos por el nacimiento de su pelo y le subí la cabeza para que quedase a mi altura. Sudaba, los dos lo hacíamos. Y aún seguía dentro de mí.

—Sí, muy bien. —Me sonrió.

Salió de mí y nos quedamos abrazados en la cama. Permanecimos así, sin hablar, solo mirándonos. El sueño nos venció y nos quedamos dormidos.

A la mañana siguiente, me desperté temprano. Oliver y yo seguíamos abrazados y desnudos. Sentí su erección en mi trasero. «Vaya, así que este es el famoso despertar masculino». Nunca antes lo había notado. A pesar de dormir a diario con Oliver y Adam, nunca habíamos estado tan... cerca. Me excité otra vez. Sentí cuando Oliver se despertó.

—Buenos días, nene. —Me giré y quedamos frente a frente.

Oliver me sonrió.

—No sé si te has dado cuenta de una cosa —lo informé.

—¿De qué? —me preguntó, extrañado.

—Creo que ya no eres virgen.

Se rio a carcajadas.

—¿Tú crees? —me preguntó, sardónico.

—Bueno, más bien estoy segura.

—¿Ah, sí? Pues yo no lo tengo tan claro.

—¿Cómo que no?

—No, deberíamos hacerlo otra vez para asegurarnos.

Entonces fui yo la que me reí a carcajadas. Oliver me empujó hasta ponerme de espaldas y se tumbó encima de mí. Comenzó a besarme en la boca.

—Te gustó, ¿eh? —le pregunté con chulería.

Dejó de besarme y me miró a los ojos. Me separó las piernas.

—Sí.

Nos reímos y nos acariciamos. Le pasé las manos por su firme trasero. Me notaba preparada. Oliver me penetró sin más dilación.

—Shhh... y sin chillar, que hay alumnos por los pasillos.

¿Se podía tener el ego más grande? Y eso que era su segunda vez.

Nos movimos con desenfreno buscando el placer, que llegó pronto. Terminamos y recuperamos la respiración. Me besó en la frente.

—Vale, podemos hacerlo oficial, ya no soy virgen.

Nos reímos de nuevo, y sentí su pene moverse en mi interior. Todavía permanecíamos en esa postura cuando se abrió la puerta de mi habitación. ¡Joder, qué manía de no llamar! A Oliver y a mí se nos paró el corazón. A los dos. Sentí cómo ambos dejaban de latir durante un segundo.

—¡La hostia!

Era Adam; nuestros corazones latieron de nuevo y respiramos aliviados. Realicé un escáner visual de la pinta que teníamos y, por suerte, las sábanas nos cubrían, pero, claro, se intuía con facilidad lo que hacíamos.

—¿Qué coño hacéis? ¡Oh, joder! ¿Estáis desnudos?

Oliver salió de dentro de mí con cuidado y se levantó de la cama tal y como su madre lo trajo al mundo.

—Joder, Aston, córtate un poco y tápate. Todavía estás empalmado.

Oliver no le hizo ni caso y se metió en el baño. Oímos el ruido de la ducha. ¡Qué vergüenza! Me escondí debajo de las sábanas.

—¿Ahora te pones vergonzosa, *Totó*? Vamos, no te cortes y métete en la ducha con él. No creo que os quede nada por descubrir el uno del otro. Os

espero en el comedor desayunando. Seguro que tenéis hambre.

Saqué la cabeza de debajo de mis protectoras sábanas y lo miré con el rostro rojo de la vergüenza.

—Ya hablaremos tú y yo, jovencita —me dijo, jovial, antes de irse y cerrar con suavidad.

Me quedé en la cama, pensando. Nunca imaginé que algo así pudiera pasar entre Oliver y yo ni, desde luego, que me gustaría tanto.

Me levanté para darme una ducha. Entré en el baño justo cuando Oliver salía. Estaba mojado y seguía desnudo. Yo me excité al instante. Pero ¿qué me pasaba? Lo miré de arriba abajo. Tenía un cuerpo perfecto, era puro músculo, tenía la espalda ancha y las caderas estrechas. Quería secarle todas las gotitas de agua con mi lengua. «Joder, Sara, estás muy mal».

—Deja de mirarme así.

—Así, ¿cómo?

—Como si quisieras secarme con la lengua.

¡¿Es que acaso sabía leer mentes?!

—¡No te miraba así, creído! —mentí con descaro.

—¡Ya, lo que tú digas!

Ese día, en uno de los descansos entre clase y clase, no me aguanté las ganas de contárselo a alguien. Pear, Natalie y Olivia estaban conmigo. Moira estaba enferma en su casa con una gastroenteritis aguda.

—Chicas, ayer ocurrió algo con Oliver.

—Sí, que te metió la lengua delante de todos. ¡Fue la leche! —Se rio Pear.

—No, me refiero a que, más tarde, en mi habitación, pasó algo.

Mis tres amigas me miraron alucinadas.

—¿A qué te refieres con «algo»? ¿Os besasteis?

—Mmm... Sí.

—¿Hicisteis algo más? —Olivia parecía leerme el pensamiento.
¡Demonios con los lectores de mentes!

—Mmm... Sí.

—¿Hasta dónde llegasteis?

Dudé. ¡Por favor, éramos Oliver y yo! Empecé a ser consciente de lo que habíamos hecho, pero no me arrepentí.

—Sara, ¿hasta dónde llegasteis? —repitió Pear.

—Hasta el final.

Pear abrió los ojos como platos al escucharme.

—¿Te lo has tirado?

—¡No grites! Siempre igual contigo.

—¿Eso es un sí?

—Sí. —Les puse dos dedos en la cara—. Dos veces.

—¿Te corriste dos veces o lo hicisteis dos veces? —me preguntó Olivia. Sonreí, ampliamente, y les susurré la respuesta para darle más emoción.

—Ambas.

—¿Qué?

Les expliqué, paso a paso, todo lo que sucedió, *con pelos y señales* como dice mi mejor amiga. Con cada cosa que les contaba, más alucinadas se quedaban.

—Usaste preservativo.

No era una pregunta.

—No.

—¿Cómo que no?

—Es que sucedió sin más.

—Me parece alucinante que no usarais preservativo. Es una irresponsabilidad, Sara. ¿Ninguna de las dos veces? —Pear también me mostró dos dedos.

—No pasa nada, Pear. Yo tomo la píldora por mis desarreglos con el periodo, no hay peligro de embarazo. Por otra parte, con Will siempre uso preservativo, y Olly era virgen, así que no hemos corrido ningún riesgo.

—¿Y ahora, qué?

No entendí la pregunta.

—¿Qué quieres decir con que «ahora, qué»?

—Pues eso, que a ver qué sois ahora.

Las miré a las tres.

—¿Novios? ¿Follamigos? ¿Amantes? —sugirió Olivia.

«Ninguna de ellas», pensé.

—No somos nada de eso. Seguimos siendo Olly y yo. Nada ha cambiado.

Ese fin de semana, nos fuimos a esquiar a Saas Fee. Cogimos un vuelo y nos alojamos en casa de Oliver. Sus padres nos dejaron las llaves. Nos consideraban suficientemente adultos como para pasar solos un fin de semana en la nieve. Llegamos el viernes muy tarde y nos fuimos todos directos a la cama. Estábamos exhaustos.

A la mañana siguiente, nos levantamos muy temprano y subimos a las pistas. Pasamos allí todo el día. Esquiamos hasta que anocheció y regresamos a casa.

Después de cenar, nos quedamos charlando en el salón de los Aston. Oliver estaba tumbado en el sofá tocando la guitarra. No tocaba nada en especial, solo probaba diferentes combinaciones de acordes. Llevaba una camiseta blanca de manga larga, el pantalón de esquiar puesto y los pies desnudos. Tenía una pierna flexionada en el sofá y la otra estirada y apoyada en la mesa que le quedaba a la izquierda. Me puse mala de verlo, no sabía qué me pasaba. No entendía si era por esa postura tan sensual que tenía o por qué narices, pero me entraron ganas de saltar encima de él y besarlo hasta que se acabase el mundo. Desde que habíamos estado juntos, no podía pensar en otra cosa. Decidí irme a dormir, era lo mejor. Me levanté y me sacudí los pantalones.

—Me voy a dormir.

—¿Tan temprano? —me preguntó Natalie.

—Sí, estoy cansada. Hasta mañana. —Me dirigí a las escaleras que llevaban a mi habitación. A Oliver no lo miré. Mejor así. Me preocupaba que pudiera leer el deseo en mis ojos.

—Sara, préstame el libro que me recomendaste —me dijo Pear.

—No voy a bajártelo. Si quieres, vienes conmigo y lo coges —le chillé mientras subía.

—¡No puedo moverme del sofá! ¡Estoy agotada! Mañana por la mañana cuando me despierte voy a tu dormitorio —me contestó, gritando también.

—¡Vale!

Llegué a mi habitación y cerré la puerta detrás de mí. Me apoyé en ella y suspiré. Permanecí así unos minutos hasta que reanudé mis movimientos. Me quité toda la ropa excepto las braguitas. Me puse la parte de arriba del pijama y, en ese instante, llamaron a la puerta. Pensé que quizá fuera Pear, que había decidido venir a por el dichoso libro. «Anda que no le habrá costado levantar el culo del sofá». Abrí, pero no era Pear.

Era Oliver.

Nos miramos sin decirnos nada. Seguía con la misma ropa con la que lo había dejado en el sofá. Tenía el cabello alborotado y los labios húmedos. Nos aproximamos el uno al otro al mismo tiempo. Aunque, más que aproximarnos, nos lanzamos. Nos besamos igual que animales sedientos y nos metimos en la habitación.

Oliver me empotró contra la puerta de la habitación y me besó con frenesí. Yo le pasé mis manos por los hombros y fui bajando hasta tocarle el culo. Se agachó y me levantó la parte de arriba del pijama. No llevaba sujetador, se volvió loco con la visión y me acarició los pechos mientras se metía uno de mis pezones en la boca. Me tiró del otro con dos de sus dedos. «Uff, qué calor». Me volvía loca.

Me quitó la camiseta y siguió con su cometido. Cerré los ojos y levanté la cabeza hacia el techo. Comencé a gemir. Oliver me silenció con la boca, no queríamos que nuestros amigos nos escuchasen. Bueno, él no quería, a mí me era indiferente. Quería gritar y que supieran lo que me hacía sentir. Abandonó mis pechos y se puso de rodillas, me quitó la ropa interior y subió de nuevo, dejando un rastro de besos por todo mi cuerpo. Nos besamos. Lo toqué, a través del pantalón, y se volvió loco. Me cogió y rodeó su cintura con mis piernas, yo estaba desnuda y él no se había quitado ni una prenda. Comenzamos a frotarnos. Me llevó a la cama y caímos los dos. Yo encima de él. Empecé a desnudarlo. No me tomé demasiado tiempo, le quité la ropa desesperada por tenerlo dentro de mí.

Lo despojé de los pantalones y el bóxer a la vez. Cuando lo tuve desnudo en mi cama, no dejé que cambiase de postura, me senté encima de su erección y bajé. Los dos gemimos de placer. Empecé a moverme. Ahora era Oliver quien no podía silenciar sus gemidos. Lo cabalgué durante unos segundos hasta que comencé a notar un hormigueo en el bajo vientre. En esa postura, mis sensaciones aumentaban. Iba a ser rápido.

—Oliver —lo avisé.

Aumentó el ritmo de sus estocadas y se corrió conmigo. Terminé exhausta encima de él. Fue increíble. Me separé y me tumbé en la cama boca arriba. No nos dijimos nada, sobran las palabras. Se levantó de la cama y fue al baño. Volvió con una toalla húmeda y me limpió. La tiró al suelo y se tumbó a mi lado. Nos quedamos dormidos.

A la mañana siguiente, yo fui la primera en despertarme. Me di la vuelta y me topé con la espalda de Oliver. Los rayos del sol se reflejaban en su pelo y parecía más rubio. Le acaricié la espalda, era muy suave. Me acerqué, olía a él. Mi mano seguía explorando su cuerpo, le acaricié la cadera y el costado, volví a subir y le acaricié el brazo. Me di cuenta de que se había despertado. Se dio la vuelta aún con los ojos cerrados.

—Me gusta que me acaricies —ronroneó.

¡No me lo podía creer! ¡¿Aquel era mi Oliver?! Me reí y confesé la razón

de mi risa.

—Nunca pensé que esa frase saldría de tu boca.

—¿Por qué no? —me preguntó, con la frente arrugada, mientras se apoyaba en la cama con el codo.

—¿Y me lo preguntas? A ver, déjame pensar... ¿Porque rehúyes el contacto humano?

Se puso muy serio. Me di cuenta de que no le había gustado mi comentario.

—Jamás he rehuido tu contacto. Ni siquiera cuando nos conocimos. Siempre he aceptado tus caricias. Siempre me han gustado.

Retrocedí en el tiempo y recordé que era cierto que nunca se apartó de mí por estar demasiado cerca o me puso mala cara por rozarlo sin querer. Ni siquiera aquellos primeros días en los que nuestra relación era... tirante.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Se movió y se quedó boca arriba, mirando al techo, cubriéndose el rostro con el brazo—. Contigo es diferente, siempre lo ha sido.

No sabía qué decir, nunca me había planteado la posibilidad de que Oliver me viera diferente a los demás. Era consciente de que formaba parte de su círculo de confianza, era su mejor amiga, pero de ahí a ser especial...

—Sara, creo que tenemos que dejar de hacer esto.

Lo miré confundida. ¿A qué se refería?

—Tú y yo no podemos ser amigos que follan de vez en cuando.

Viva la sinceridad. Pero ¿qué esperaba de Oliver? Su negativa a seguir acostándonos me sentó peor que un jarro de agua fría. Porque no me había saciado. Pero tenía razón. ¿A dónde nos llevaba aquello? «A ninguna parte».

—Lo sé —reconocí.

—No, no lo sabes —suspiró—. Nena, estoy a punto de caer loca e irremediabilmente enamorado de ti, y eso es algo que no me puedo permitir.

«¡Ay, mi madre! ¿Qué? ¿Olly enamorado de mí?». Jamás una idea como esa se me hubiera cruzado por la cabeza, que pasara algo así sería... nefasto para nuestra relación. El amor lo fastidia todo. Al menos, ese tipo de amor. Había aprendido bien la lección. Prefería la amistad, era más segura. Y mi amistad con mi entonces compañero de cama era lo más seguro que tenía en la vida. No pensaba estropearlo por querer jugar un rato a las casitas.

—No me lo puedo permitir —continuó mi amigo— porque tú estás enamorada de Will y no pienso luchar contra eso. No quiero compartirte con él. No podría hacerlo. Por eso tenemos que parar ahora, para que las cosas

sigan como siempre.

Había demasiadas cosas que analizar en esa última frase, pero lo dejé estar. Era lo mejor.

—Vale.

—Porque sigues enamorada de él, ¿verdad?

No me lo había planteado, aún estaba enfadada por todo el tema de Tessa, pero sí lo estaba. No podía deshacerme de ese sentimiento con tanta facilidad.

—No me respondas. No hace falta. No debí preguntártelo. Lo siento.

Sonreímos. Nos aproximamos y nos besamos en la boca por última vez. Lo saboreé todo lo que pude, pero acabó rápido. Oliver se levantó y se metió en la ducha.

Mientras tanto, yo pensaba en todo lo que había sucedido. Tenía razón, no podíamos seguir así, era demasiado peligroso.

Estaba medio traspuesta tirada en la cama cuando llamaron a la puerta. Debía de ser Pear, que venía a por el libro que me había pedido la noche anterior. Me levanté y me enrollé la sábana al cuerpo; no me apetecía vestirme, total, para recibir a Pear qué más daba. Abrí, y esa vez tampoco era mi amiga. Era Brian. Entró sin que le diera permiso a pesar de encontrarme semidesnuda. Empezaba a pensar que había demasiada confianza en la pandilla.

—Pear sigue tumbada en el sofá, no se ha levantado ni para ir a dormir. Tanto ejercicio ha podido con ella. Me ha dicho que te pida el libro que...

De repente, Oliver salió de la ducha desnudo y secándose sus partes con una minúscula toalla. La mirada de Brian osciló entre ambos: Olly desnudo, yo desnuda y con la sábana a modo de toga... Se puede decir más alto, pero no más claro.

—¡Shite^[ii]!, decidme que esto no es lo que parece.

Suspiré de manera muy exagerada mientras me sentaba en la cama. Esa manera de suspirar me la había pegado Oliver. Todo se pega.

—Resulta que esto —nos señalé a Oliver y a mí— sí es lo que parece.

Ale, ya lo había dicho. No me apetecía mentir más y no ocurriría de nuevo, así que ¿para qué ocultarlo?

—¿Lo saben los demás?

—Adam sí. —Oliver habló por primera vez.

—Y Pear —lo miré disculpándome—, Olivia y Natalie.

Caramba, lo sabía más de media pandilla.

—Seré discreto. Me piro, sed buenos. O no.

¿Por qué no parecía demasiado sorprendido? Ya cerraba la puerta, pero la volvió a abrir en cuanto escuchó mi voz.

—Brian, el libro. —Cogí el libro de mi mesita y se lo acerqué mientras Oliver se sentaba en la cama, poniéndose los calzoncillos con tranquilidad.

—Gracias, casi me lo dejo. —Lo cogió y abrió la puerta para salir—. Por cierto, Olly. ¡Enhorabuena! No has sido el último en perder la virginidad.

Oliver le lanzó el primer objeto que encontró a su alrededor (unos pantalones), pero no lo alcanzó porque Brian cerró la puerta justo a tiempo, mientras se desternillaba de risa.

—Voy a ducharme. —Dejé caer la sábana al suelo en cuanto se cerró la puerta y me fui al baño.

—Te espero.

—No es necesario, vete a desayunar.

—No, tranquila, te espero y bajamos juntos.

—Bien.

Y, así, nuestra relación volvió a la normalidad. No nos comportamos de manera diferente ni cogimos vergüenzas que nunca habíamos tenido. Sí que reconozco que eché en falta tenerlo en ese sentido, habían sido buenos momentos, pero teníamos que continuar con nuestra relación tal y como era.

De vuelta en el colegio, Adam me cogió por banda en cuanto pudo.

—¿No tienes nada que contarme, *Totó*?

—No.

—Venga, no te hagas la interesante. He hablado con Oliver.

—¿Y qué te dijo?

—Todo. Me ha contado todo lo que ha pasado entre vosotros y la razón por la que habéis dejado lo que fuera que empezais a tener.

—¿Te ha dicho que no quiere seguir acostándose conmigo porque está a punto de enamorarse de mí? —Formulé la pregunta de manera retórica, pero admito que la reacción de Adam no me la esperaba. Me esquivó la mirada y cambió de tema.

—Y, tú, ¿qué? ¿Qué pasa contigo? ¿Te has enamorado de él?

¿Por qué había hecho eso? Lo conocía lo suficiente como para saber que Adam, cuando quería mentirme, me rehuía la mirada y me cambiaba de tema. ¿Qué es lo que le había contado Oliver? Lo miré escrutadora, pero me dijo

con la mirada: «No vas a sacar nada de mí».

—Contéstame, *Totó*.

—Tú no me has contestado a mí.

—Era una pregunta retórica, no necesita contestación. ¿Has visto cómo aprendo? —Movi6 la cabeza para que contestase a su pregunta.

¿Estaba enamorada de Oliver? «No, claro que no. Si lo estuviera, me habría dado cuenta». Estaba enamorada de Will. ¿Lo estaba? ¿Me habría acostado con Oliver si estuviera enamorada de Will? ¿Me habría acostado con Oliver sin estar un poco enamorada de él? ¿Se puede estar *un poco* enamorada? Demasiadas dudas. ¿C6mo se reconoce el amor? A Oliver lo quería, pero como amigo, eso es, por eso me sentía tan c6moda con él. Era amor, s6, pero fraternal.

—No —contesté a Adam sin atisbo de duda.

«Espero que no», pensé, muerta de miedo.

16

Confesiones

Adam

Horas después de volver de Saas Fee

Por fin me había quedado a solas con Olly. Empezamos a caminar y nos sentamos en nuestro árbol.

—¿Qué, rubiales? ¿Me vas a contar lo que ha pasado con *Totó*?

—Ya sabes lo que ha pasado con ella.

—Quiero oír tu versión. Llámalo curiosidad.

Me lo contó todo desde el principio. Cómo se enfadó con ella cuando la escuchó decir que no volvería a sentir a nadie más, cómo fue a pedirle disculpas por haberle gritado, cómo empezaron a besarse, cómo se exploraron el uno al otro, cómo terminaron haciendo el amor y cómo había terminado todo.

—¿Y tú te lo crees?

—¿El qué?

—Que estás a punto de enamorarte de ella.

—¿Qué quieres decir?

—Joder, Oliver, con lo listo que tú eres. —Parecía no entenderme. Le confesé lo que llevaba pensando desde los diez años—. ¿Has pensado en la posibilidad de que ya estés *loca e irremediablemente* enamorado de ella?

—¡Joder, no!

—Bien, pues interiorízalo un momento. —Me tumbé en la hierba, con la cabeza apoyada en mis brazos—. Tómame tu tiempo, no tengo prisa.

—Adam, no estoy para bromas, ¿a qué te refieres?

—Olly, yo no puedo explicarte lo que sientes por *Totó*. Tienes que darte cuenta tú mismo.

—No estoy enamorado de ella. La quiero igual que la quieres tú.

—Igual que yo, ¿eh? Pues nada, me paso luego por su dormitorio y me la follo. Queda entre amigos, ¿no?

—¿Pero qué dices, idiota? —De un momento a otro echaría fuego por la boca.

—¿Te molestaría?

—¿Que te acostaras con ella? —Asentí con la cabeza—. Sí, joder.

—No entiendo por qué, a mí no me molesta que vosotros os hayáis acostado. Es más, me alegro. Me jode que lo haga con Von Kleist porque no la merece, pero por nada más. ¿Qué sientes cuando la besas? —Me miró frunciendo el ceño—. ¿Sabes lo que sentí yo el día del juego de la botella? Nada, fue como besar a mi hermana. Podría tener una noche de sexo con ella porque está muy buena y, en el fondo, sé que no es mi hermana, pero no pasaría de ahí. Yo no la deseo, ¿y tú?

—A todas horas. —Perdía por momentos el color de la cara, y eso que es moreno de piel.

—¿Qué sientes cuando estás con ella, Olly?

—No es sencillo de explicar. Siento que, cuando estamos juntos, todo encaja. Es como si fuera mi otra mitad. Lo que a mí me falta, le sobra a ella, y viceversa. Pero esa es la manera en la que siempre la he visto. Nada ha cambiado. No la veo diferente por haberme acostado con ella.

—Exacto. Yo no siento nada de eso, Olly. Ella no es mi mitad.

Se frotó los ojos y se despeinó más.

—¡Mierda! ¿Eso es estar enamorado? ¿Estoy enamorado de Sara?

—¡Premio!

—Adam, esto es un puto desastre. Este no era el plan. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

—Tranquilo, es lógico. Digo yo. Son sentimientos nuevos, no es fácil reconocerlos de buenas a primeras, pero tenían que salir.

Levanté la mirada.

—¿Desde cuándo lo sabes tú?

—Desde el principio. ¿Por qué crees que no has notado diferencia en tus sentimientos por acostarte con ella? Porque ya la querías de esa manera antes de eso. Tuve que callármelo durante años hasta que comenzamos a hablarlo los chicos y yo hace cuatro años.

—¿Ellos lo saben?

—Sí, claro. Déjame que te transporte cuatro años atrás. Estábamos todos sentados alrededor de nuestro árbol, era junio y hacía un calor de pelotas. Lo recuerdo bien porque aquí no suele hacer mucho calor. A Sara le llegó un mensaje y sonó una melodía muy rara.

Cuatro años antes

—Pear, qué manía tienes de tocar mis cosas, ¿me has vuelto a cambiar la melodía del móvil?

—¡Sí! ¿A que te gusta? Y no me mires así, que tú tienes tus manías y yo no digo nada.

—Mentira, yo no tengo manías.

No pude evitar interrumpir su pequeña discusión y dar mi opinión. Sara es muy maniática, para todo.

—¡Uy, que no! ¡Habló la reina de las manías!

—Dime una, listo.

—Te puedo nombrar varias, pero empezaremos por... ¡la música!

—¿Qué pasa con la música?

—Siempre que escuchas cualquier melodía, empiezas a bailar con los pies y subes los hombros arriba y abajo, se mueven al ritmo de la música, no puedes evitarlo.

—¡Eso no es cierto!

—Sí que lo es, pero no te preocupes, a mí me parece adorable —añadió Oliver.

Un rato después, nos quedamos solos los chicos; las chicas se habían largado corriendo a conocer al nuevo profesor de matemáticas que acababa de llegar y que, al parecer, estaba muy bueno. Y luego dicen de nosotros, hay que joderse.

Oliver también se piró; en aquella época no le gustaba permanecer demasiado tiempo en grupo. Le gustaba más estar solo.

—¡Eh, tíos, yo no puedo aguantarme más! —anunció Brian.

—¿Qué pasa? ¿Te estás meando?

—¡No! ¿Me parece adorable? ¿EN SERIO? ¿Es que soy el único que se ha dado cuenta de que Olly está superpillado por Sara? —Lanzó un tremendo suspiro—. ¡Joder, ya lo he soltado! Llevaba tiempo carcomiéndome. Es que es tan evidente...

—¿Qué dices? —Marco alucinaba—. ¡Eso es imposible! Lo que pasa es que están muy unidos.

—Que no, Marco, que te digo yo que hay algo más.

—Adam, tú pasas mucho tiempo con ellos. Algo habrás notado.

Me rendí ante la evidencia.

—Sí, está enamorado, pero no lo sabe.

—¿Sara no lo sabe?
—¡Oliver no lo sabe! Y Sara tampoco, claro.
—Vaya bombazo.
—Adam, y ¿por qué no se lo dices, a ver si se lanza?
—No, dale tiempo. Olly necesita su tiempo.

—¿Y no me dijisteis nada? Sois unos cabronazos.
—No me hubieras hecho ni puto caso, no estabas preparado para enfrentarte a tus sentimientos.
—¿Y ahora sí?
Preferí no contestar.
—Olly, ¿por qué no luchas por ella?
—No, ella está enamorada de Will. No tengo nada que hacer. No quiero meterme en medio.
—¿Y si no es así? ¿Y si estáis destinados a estar juntos? ¿Y si fue él quien se metió en medio de vosotros dos antes de que os diera tiempo a empezar nada? —Eso es algo que siempre había pensado desde que Sara apareció por la habitación contándonos que se había enrollado con Von Kleist.
—Adam, no insistas. La decisión está tomada. Sara no debe saber que estoy enamorado de ella. Jamás, ¿me entiendes?
—Como quieras. Pero creo que eres el único que se la merece, que está a su altura.
—Eso lo dices porque a mí me quieres y odias a Von Kleist.
—Odio a Von Kleist porque él está enamorado del envoltorio. Sara tiene muy bonito envoltorio, pero tú... tú lo estás de su esencia. Y, además, es un gilipollas.
—Precioso, pero no insistas, Adam. Ya te he dicho que la decisión está tomada.
—Pero la tomaste antes de saber que la querías. Creo que *Totó* y tú encajáis, como un puzle.
—Adam, eso no cambia nada.
«Perfecto. Lo que tú quieras. Veremos cómo acaba todo». De momento, Von Kleist estaba fuera de la ecuación. Sara jamás le perdonaría que la hubiera engañado con Tessa.

De vuelta en la habitación del hospital

La dura recuperación

Salí de mi ensoñación y me di de bruces con la realidad. ¿Qué había hecho? ¿Cómo pude negar lo que sentía por Oliver? ¿Cómo pude dar la espalda a esos sentimientos, sin tan siquiera pararme a pensar qué significaban? ¿Sin averiguar por qué estaban ahí? ¿Cómo pude volver con Will cuando me sentía tan confundida? Cuando jamás tuve por él esos sentimientos tan diferentes, tan viscerales. ¿En qué clase de persona me convertía aquello? *Cobarde*, fue lo primero que me vino a la cabeza. Entonces, tocaba asumir las consecuencias.

Mis amigos me hacían tantas preguntas que apenas me dejaban contestar a todas. Y menos mal, porque al menos me tenían distraída. Intenté no mirar demasiado a Oliver. Me daba vergüenza. Me sentía asqueada. Había vuelto con Will dos semanas después de acostarme con él. Y todo por miedo, miedo a aquellos sentimientos a los que no podía dar nombre, a los que ni había intentado dar nombre. Intenté sonreír y contestar a todo lo que me preguntaban mis amigos.

Se notaba que me habían echado en falta. Me puse en su piel y me entraron escalofríos; debía de haber sido muy duro para ellos pasar por esa amarga experiencia. Los miré y descubrí cambios en su apariencia física. Se les veía más delgados y ojerosos, no tenían muy buen aspecto. Oliver se tumbó conmigo en la cama, y Adam hizo lo mismo, pero en el otro extremo. Estábamos acostumbrados a compartir camas estrechas. Me enfrenté a la mirada de Oliver.

«¿Estamos bien?», le preguntaron mis ojos.

«Estamos bien», me contestaron los suyos.

Y debíamos de estarlo, porque no noté mentira en sus ojos, ni rencor, ni enfado, solo... calidez. Claro que Oliver no sabía que yo había vuelto con Will porque lo manteníamos en secreto, ¿o ya no? Joder, «confundida» no definía bien mi estado de ánimo, andaba más perdida que después de ver el último capítulo de *Perdidos*.

Me entraron ganas de dormir, llevaba todo el día somnolienta. Los médicos me dijeron que lo primero que debía reestablecer mi cuerpo eran los «ritmos de sueño y vigiliass habituales».

Por momentos, me entraban ganas de llorar. No entendía el motivo. Me sentía rara. Era como si todo aquello le estuviera pasando a otra persona, o a mí, pero en otra vida. Marco me miró y creo que fue consciente de mi malestar, porque dio una palmada y empezó a hablarme de tonterías para distraerme.

—Sara, tenemos que ponerte al día de todo lo que ha ocurrido este mes.

—Moira tiene novio y no adivinarías jamás de quien se trata.

—¿Quién es? —pregunté curiosa.

—¡Harry, el pirado! —me informó Pear, sin dejar que Moira hablara primero.

—¡No puede ser!

—¡No lo llaméis así! No es ningún pirado. Y es guapísimo —lo defendió su novia.

—Que se lo digan a Sara, que suspiraba por él a los diez años —dijo Pear.

—Si no lo cuentas, revientas.

—¿Te gustaba Harry, el pirado? —Adam me miraba horrorizado. «No me hagas hablar, guapito de cara, que todos tenemos un pasado». Sin menospreciar al novio de mi amiga, por supuesto, que al cabo de los años, había dejado de ser «Harry, el pirado» para ser solo Harry.

—¡Que no lo llaméis así!

Estábamos hablando de todo y nada cuando apareció Will por el dintel de la puerta. La habitación se volvió silenciosa, nadie decía nada.

¿Y qué se supone que tenía que hacer yo en ese momento? Antes de que tomara una decisión, él la tomó por mí. Se acercó con lentitud a la cama, y mis dos amigos se levantaron al momento. ¿Le dejaban el camino libre? ¿Qué ocurría? ¿Ya sabían todos que éramos novios? Supuse que se habrían enterado después del accidente. ¿Me encontraba en una dimensión paralela donde mi novio y mis amigos se llevaban bien? Apoyó una de sus rodillas en mi cama y me abrazó.

—Hola, Sarita. Te he echado de menos —me susurró al oído. Sentí su cálido toque sobre mis mejillas. Y tantas cosas más: miedo, arrepentimiento, vergüenza, dolor, cariño y... amor. Sí, amor también. Porque, a pesar de esos extraños sentimientos que me embargaban cuando estaba cerca de Olly, a Will lo quería. Pero no estaba locamente enamorada de él. Fue en ese preciso momento cuando empecé a darme cuenta. Y no tenía ni puñetera idea de lo que tenía que hacer.

Poco después, las enfermeras obligaron a todos a marcharse, a todos

excepto a Daniel y a mi padre. Había demasiada gente en la habitación y yo necesitaba descansar. Me habían sometido a infinidad de pruebas durante el día y estaba agotada.

El doctor Murray me informó de que la mañana siguiente debía levantarme de la cama; hacer pequeños movimientos e ir destensando mis músculos. Antes de la hora de dormir, entró un fisioterapeuta en mi habitación y practicamos ejercicios con las piernas: flexionar la rodilla izquierda, subirla y bajarla, arriba y abajo de nuevo, y así durante un buen rato. Según me contó, llevaba practicando esos ejercicios conmigo varias semanas mientras yo estaba en coma. Sin embargo, me llamó la atención que no hiciera los mismos ejercicios con mi otra pierna.

—¿Por qué no hacemos lo mismo con mi pierna derecha?

El fisioterapeuta y mi hermano se miraron. Y fue una mirada que no me gustó nada. ¿Qué me ocultaban?

—¿Papá? ¿Daniel? —Miré a mi hermano y a mi padre y les pedí explicaciones.

—Yo mejor os dejo solos.

—¿Qué le pasa a mi pierna? —pregunté con miedo. Me subió un escalofrío de la cabeza a los pies. Era algo malo. Sabía que era algo malo.

—Hija, sufriste múltiples fracturas en la pierna derecha, te han operado varias veces y vas a necesitar rehabilitación, pero vas a poder andar sin problemas y...

—¿Y patinar? ¿Voy a poder patinar? —pregunté, con un nudo en la garganta. El corazón dio un triple salto mortal, y después otro... y otro.

Mi padre se quedó mudo.

—¿Daniel?

—Sara, ahora lo más importante es que te mejores y que recuperes el control de tus piernas.

—¿Y qué coño significa eso?

—Que nos enfrentaremos a los problemas según vayan surgiendo. Ahora tu único objetivo es volver a andar con normalidad.

El doctor Murray vino a mi habitación y me explicó con exactitud el estado de mi pierna derecha que, la verdad, no pintaba demasiado bien. Había sido necesaria una intervención quirúrgica para acercar y fijar los extremos del hueso fracturado y, además, también se dañaron los músculos y tendones de la zona. Todo eso, junto con que había estado más de un mes en coma, sin moverme, incrementó la debilidad de los músculos de mi pierna y alteró la

capacidad de mi cuerpo para usarla con normalidad. Así que, en resumen, debía fortalecer toda la musculatura de mi pierna derecha.

Me aseguró que el tiempo de recuperación dependía de mí y de factores como mi edad, estado de salud, estilo de vida... En el caso de fracturas de tibia y peroné, los días de rehabilitación rondaban entre ciento cincuenta y doscientos días, pero podía haber complicaciones y otros nervios involucrados que alargaran este periodo. Lo primordial era que siguiera las instrucciones que me dieran.

Estuve a punto de echarme a llorar, pero decidí hacer caso a mi hermano (por una vez en la vida) y aparté ese problema de mi cabeza. Me concentraría en caminar, y lo demás ya vendría. No podía derrumbarme antes de empezar. No, de ninguna manera lo haría.

Esa noche, mi hermano durmió en mi habitación. Me dijo que, a partir del día siguiente, empezaría a dejarme algunos momentos. Lo había pasado muy mal, su apariencia física lo decía todo. Aquello significaba que... ¿me quería? Se me infló el pecho de pensarlo, y me asomó una sonrisa. No sé si él captó algo en mi mirada, algo de todo el amor que sentía por él, y de mis preguntas sobre nuestra complicada relación, porque noté que me miraba de reojo, sentado en la silla cerca de mi cama. Alternaba entre la tele que había colgada enfrente de mi cama y mi rostro.

Yo también hice lo mismo, miraba la tele y, de reojo, a él.

Estuvimos así un buen rato, hasta que se levantó de la silla y me sacó de dudas.

—Joder, Sara. —Se lanzó a mi cuerpo y me abrazó con fuerza—. ¡Cómo te quiero! No vuelvas a hacerme algo así. Me has quitado diez años de vida.

Le acaricié el pelo y asentí con la cabeza.

Seguíamos viendo la tele cuando Oliver y Adam se colaron en mi habitación. Hasta la mañana siguiente no harían más rondas, por lo que dormirían conmigo esa noche. Me pareció una idea estupenda. Y, de la misma manera que aparté el problema de mi pierna de la cabeza, aparté mis dudas con respecto a Oliver y Will. «Solo hasta que me recupere».

Al día siguiente empezaba mi rehabilitación. Estaba asustada, para qué negarlo, tenía miedo de que la pierna mala no me respondiera y no pudiera volver a caminar. No sé por qué pensaba esas cosas, el doctor me había dicho que podría andar sin problemas (patinar era otro asunto), pero que necesitaría tiempo y mucho ejercicio.

Me desperté a media noche encharcada en sudor. Había tenido una

pesadilla horrible, la recordaba bien: por más que intentaba ponerme de pie, mis rodillas se doblaban y caía al suelo. Antes de volver a dormirme, tomé una decisión: echaría a todo el mundo de mi habitación y solo nos quedaríamos el fisioterapeuta y yo. Quería enfrentarme a aquello sola, no quería que estuvieran presentes si mis piernas fallaban y... En fin, que prefería estar sola.

Por la mañana, cumplí con mis propósitos de la noche anterior. Mi padre y mis hermanos no estuvieron de acuerdo y se enfrentaron a mi decisión, pero no tenían nada que hacer, ya que el médico les dijo que era mejor no hacerme discutir, no era bueno para mi cerebro. Muy a su pesar, salieron por la puerta como los demás.

Apareció mi fisioterapeuta. Era una chica joven, muy alegre y simpática; tenía el cuerpo voluminoso y el rostro redondo. Toda ella me transmitía tranquilidad. Sabía lo que hacía.

Después de realizar varios ejercicios, recostada en la cama, llegó la hora de levantarme.

—Muy bien, Sara Summers, ha llegado el momento de salir de la cama. Debes de estar deseándolo. Vamos a ir paso a paso.

Un escalofrío me recorrió toda la columna vertebral. No había estado más nerviosa en toda mi vida. En esos momentos, hasta preferiría dar un discurso desnuda ante miles de oyentes.

Me ayudó a sentarme en la cama.

—Agárrate al andador. —Hice caso a lo que me decía y me puse de pie con su ayuda.

Fue duro; las piernas no me respondieron y no conseguí dar ni medio paso. Anna, la fisioterapeuta, intentó calmarme, después de que me pusiera histérica pensando que no volvería a andar en la vida, y me explicó que la rehabilitación sería un proceso largo y doloroso. Los primeros días serían los peores, porque tenía que acostumbrar a mis piernas a moverse de nuevo.

—No pretendas correr después de estar más de un mes en coma con los músculos dormidos. Date tiempo.

Durante las siguientes tres semanas en el hospital, estuve inmersa en mi rehabilitación física y neurológica. Seguía una dieta especial y realizaba terapias de memoria visual, auditiva y de lectura. Me pasaba horas jugando al

juego infantil *memory*. Tenía sesiones de fisioterapia y de logopedia para volver a hablar con fluidez. Me lo tomé muy en serio y no hacía otra cosa al día que practicar y practicar. Mi familia me decía que me lo tomara con calma, pero yo no podía. Quería recuperarme lo antes posible.

Me restringieron las visitas, me explicaron que para evitar demasiados estímulos que saturaran mi cerebro: no más de tres personas a la vez en mi habitación. Y menos mal, porque ya solo con esas tres me saturaba, no paraban de hablarme y de tocarme. Al parecer, el equipo médico les había recomendado que lo hicieran, todo para mi mejoría.

Después de esas tres intensas semanas, me dieron el alta en el hospital y dejaron que siguiera con mi rehabilitación en casa. Estábamos en julio y las clases habían finalizado. La directora Peters vino a visitarme en varias ocasiones y me dijo que no me preocupara por nada. En unos meses, si las cosas marchaban bien, me incorporaría a las clases con mis compañeros. Me pasaron de curso sin hacer los exámenes. Era una alumna de matrícula de honor y, con mis notas de los anteriores trimestres, pasaba de sobra. Oliver se encontraba en mi misma situación. Sin embargo, Daniel, Adam y Pear tendrían que estudiar en verano y presentarse a la recuperación en septiembre. De todas formas, me confesó *off the record*, que pasaban de curso, hecho del que ellos eran conscientes.

Cuando salí del hospital, lo hice en silla de ruedas, porque mi pierna derecha no me permitía hacer trayectos largos, pero, aun así, estaba animada. En esas semanas había mejorado muchísimo y era capaz de dar pasitos seguidos yo sola.

Pero los problemas empezaron cuando llegué a mi casa. Lo primero que vi al entrar al salón fue mi piano de cola. Le pedí a mi hermano que me ayudara a sentarme y empecé a tocar, pero mis dedos no respondían. Me sentía torpe y apenas recordaba ninguna pieza musical. Antes del accidente, las partituras acudían a mi cerebro como si las tuviera delante de mis ojos, pero entonces estaban en blanco, apenas atisbaba un par de compases sueltos.

Todo ello me crispó los nervios y acabé peleándome con el piano, con mi hermano y con todo lo que se me pusiera por delante. Y lo peor de todo es que ni siquiera podía levantarme de manera drástica y encerrarme en mi habitación dando un portazo. No, demasiadas escaleras. Necesité pedir a mi hermano Alex que me levantara y me llevara en brazos a mi dormitorio y me dejara sobre la cama. Lo que tenía claro era que sin portazo no me quedaba.

—Cierra de un portazo cuando salgas, por favor. —Mi hermano, que tiene

más paciencia que un santo, me obedeció y dio un sonoro portazo. Bien, me sentía algo mejor. Y seguro que él, también.

Como mi humor no mejoró en las siguientes semanas, a mi padre y a mi abuelo (toda mi familia de Estados Unidos se había trasladado a Edimburgo desde mi accidente) se les ocurrió cambiar de aires y largarnos todos a la casa de mi abuelo en Malibú. Me convencieron diciéndome que me vendría bien el buen tiempo y que habían localizado una clínica de rehabilitación de fama mundial. Y un equipo de psicólogos, por supuesto. No nos olvidemos de los psicólogos. No tenía nada que perder; acepté.

Una semana después, cruzábamos la verja de la estupenda mansión de mi abuelo en la costa californiana. Es blanca en su totalidad, el único toque de color se lo dan los marcos de las ventanas y las contraventanas, que son de color verde. La mansión, de diez habitaciones y catorce baños, tiene una piscina gigante con vistas al mar y una bajada directa a la playa. Siempre me ha encantado esa casa, pero entonces me sentía... rara. Era como tener al alcance de la mano todas las cosas que me hacían feliz, pero sin poder disfrutarlas. Y, en cierto modo, supongo que era así. ¿Para qué quería tener una piscina si no podía nadar? Y no solo eso, además tenía que ver cómo se tiraba mi hermana pequeña por uno de los toboganes. No la culpaba, que mi vida diera un giro de ciento ochenta grados no significaba que la de las personas que me rodeaban tuviera que hacerlo. Aun así, escuché a Daniel varias veces echar la bronca a mi hermana por hacer ese tipo de cosas delante de mí.

Permanecí en Malibú tres meses, tres largos y agónicos meses. Tres meses de rehabilitación física, mental, psicológica y no sé cuántas más. Toda mi familia me apoyaba y satisfacía todos mis caprichos. Bendita paciencia que tuvieron todos. Oliver y Adam se unieron a nosotros dos semanas después. Vinieron con sus respectivas familias y su sola presencia me daba ánimos. Con ellos, siempre me sentía menos triste.

Justo después de su llegada, empecé a realizar ejercicios en la piscina. Al final sí que la disfruté; no como me hubiera gustado, pero algo es algo. Mi nuevo fisioterapeuta me obligó a nadar, decía que era muy beneficioso para el desarrollo de mis músculos, así que todos los días permanecía una hora metida en el agua haciendo largos cada vez a mayor velocidad.

Comencé a tocar el piano después de cinco semanas enfadada con la música. No había recuperado mi agilidad en los dedos, pero conseguí memorizar un montón de partituras y podía tocar media hora seguida sin parar para descansar.

Esto último no lo hubiera conseguido si no hubiera sido por la ayuda de Oliver. Me descubrió una noche peleándome con el piano y jurando en todos los idiomas que conozco. Me levantó del taburete y se sentó él en mi lugar. Después, me sentó sobre sus rodillas, quedando mis piernas colgando a ambos lados. Colocó sus manos en las teclas y me obligó a poner las mías encima. Estuvimos horas tocando.

«Poco a poco», como me decía todo el mundo.

Adam y Oliver estuvieron el resto del verano conmigo, como cada año. Pero llegó el momento de despedirse. Las clases habían comenzado, y Adam y Daniel debían presentarse a los exámenes que no habían hecho el curso pasado, así que el mes de septiembre lo pasé sola con mi padre y mis abuelos. Dábamos largos paseos por la playa y apenas cojeaba.

Para finales de octubre, era capaz de recorrer todos los kilómetros que quisiera sin andador y sin muletas. Caminaba con normalidad.

Sin duda, un verano que ninguno de nosotros olvidaremos en la vida.

De vuelta en el colegio

A principios de noviembre, me incorporé a las clases; casi seis meses después de mi accidente. Nadie me lo aconsejó, pero yo insistí. Necesitaba recuperar mi vida, mis rutinas. Algo que me hiciera sentir que seguía siendo yo. Mi cerebro funcionaba casi a pleno rendimiento y caminaba a la perfección.

Todos me decían que era un milagro y que debía estar contenta. No obstante, no lo estaba. Para mí, un milagro hubiera sido salir indemne del accidente y no ser la mitad de lo que fui.

Mi padre me llevó en coche al colegio y me acompañó al despacho de la directora. Hablamos durante una hora, todo en presencia de Brenda, la psicóloga, por supuesto. Ansiaba que la gente dejara de repetirme las mismas cosas cada cinco segundos: que me lo tomara con calma, que no acudiera a todas las clases, que debía seguir con los ejercicios de rehabilitación, que nada de esfuerzos, bla, bla, bla.

—¿Quieres que te acompañe a tu clase? —me preguntó mi padre una vez fuera del despacho de la directora.

—No, papá. Gracias, pero prefiero ir sola. —Me hubiera gustado mencionarle que no tenía cinco años y que era capaz de ir a mi clase por mis propios pies, pero me callé. Me callé porque, escasos meses atrás, no hubiera podido hacerlo yo sola y porque no se lo merecía después de todo lo que había pasado desde mi accidente.

—Está bien, dame un beso. Tómatelo con calma. El viernes vengo a recogerte. —Le di un beso y tomamos caminos diferentes; él hacia la salida y yo en dirección a mi aula. Me di cuenta de algo.

Era mi último año en el *Crowden School*.

Caminé despacio por los pasillos, saboreando cada paso, y recordando cientos de situaciones vividas entre aquellos muros. Después de todo lo que había renegado del colegio, me parecía increíble lo que lo había echado en falta.

Ojalá me hubiera incorporado a las clases con el resto de mis compañeros, ojalá hubiera podido ir el primer día a «Once metros» para estrenar el curso, o a bañarme en el río tirándome desde el embarcadero o ponerme mis patines

e ir un rato a la pista.

«Mis patines». Se me formó un nudo en el estómago al pensar en ellos. Sacudí la cabeza y los alejé de mis pensamientos: había llegado a la puerta de mi aula. Nadie sabía que estaba allí, la idea inicial era incorporarme la semana siguiente. Quise dar una sorpresa a mi gente. Solo esperaba que mi hermano no se me hubiera adelantado.

La puerta estaba cerrada, y el profesor y los alumnos, dentro. Cogí aire y sujeté la manilla con tanta fuerza que los nudillos se volvieron blancos. La solté. «Venga, Sara, con lo que te ha costado llegar hasta aquí, no te acobardes ahora». Sin pensarlo más, llamé a la puerta con suavidad y la abrí muy muy despacio. De hecho, no la abrí del todo, solo lo justo para introducir mi cabeza y asomarme a la clase. Veinte cabezas se giraron para curiosear quién llamaba a la puerta una vez iniciada la clase.

—¡Sara!

Mi nombre resonó por toda el aula. Un segundo después de entrar, mis pies no tocaban el suelo. Era Adam con su gran abrazo de oso.

—¿Cómo no nos has avisado de que venías hoy? —me preguntó, mientras me levantaba en volandas para darme vueltas.

—Quería que fuera una sorpresa.

—Bájala, Adam. No la acapares para ti solo —Escuché quejarse a Pear.

Todos mis amigos nos rodearon a Adam y a mí y, en cuanto me dejó libre, nos fundimos en un abrazo. Me estrujaron y me besaron y yo... encantada, los había echado de menos. Acudieron a mi encuentro el resto de la clase, casi en su totalidad, todos me dieron la bienvenida y me dijeron que se alegraban de que estuviera bien. Durante mis meses de rehabilitación, recibí multitud de mensajes de casi todos ellos dándome apoyo.

—Bienvenida, señorita Summers. —El *buenorro* del profesor de matemáticas se acercó a saludarme. ¡Qué guapísimo, por favor!

El resto del día se me pasó volando, no hice otra cosa que no fuera saludar, dar besos y abrazos y explicar que me encontraba bien. El personal de las cocinas salió de su templo a la hora de comer para verme; los profesores, cuando se cruzaban conmigo, dejaban lo que estaban haciendo para darme un abrazo. Y así todo el colegio.

En el recreo, mi grupo de amigos y el de Will se juntaron y pasamos todos un buen rato. Will, al verme aproximarme a él, vino corriendo en mi busca. Por su expresión de desconcierto, adiviné que mi hermano había mantenido la boca cerrada. Tenía que poner en orden mi situación sentimental, pero todo

a su tiempo.

Por la noche, en mi cama, junto a Adam, no dejaba de pensar en mi pierna. No exterioricé mis temores con mi mejor amigo. Hablar de ello era convertirlo en una realidad. Y no estaba preparada.

Lo primero que hice en cuanto llegamos a Edimburgo fue acudir al hospital para que el doctor Murray viera mis progresos. Me hicieron radiografías de mi pierna mala y en dos días vendría el padre de Natalie en persona para darme los resultados.

Después de tantos meses de esfuerzos y de rehabilitación, sabría en qué situación se encontraba mi delicado hueso. A pesar de encontrarme en el *Crowden*, no fui capaz de entrar en la pista de hielo. Prefería esperar a los resultados.

Cuando me desperté por la mañana, tomé una decisión y, antes de bajar a desayunar, fui sola al despacho de la directora con la intención de adelantar un día la visita del doctor.

—Hola, Sara, cariño, ¿qué tal tu primer día? —me preguntó Peters, en cuanto me vio—. Ven, pasa a mi despacho.

Después del interrogatorio de rigor (¿has dormido bien? ¿te lo estás tomando con calma? ¿qué tal las clases?), le comuniqué mi decisión.

—¿Puedes preguntar al doctor Murray si puede venir hoy a darme los resultados de las pruebas, por favor?

—Sí, claro. Ahora lo llamo. —Descolgó el teléfono y marcó el número de memoria. Yo me quedé sentada, observando las estanterías llenas de libros, mientras ella hablaba con el padre de Natalie. En mis meses de ausencia, había incorporado varias novedades a su colección. De lejos, escuché la conversación que se mantenía enfrente de mí.

—¿Alan? Hola, Amanda Peters. Me pregunta Sara Summers si podríamos adelantar tu visita de mañana para hoy. ¿Tienes los resultados? ¿Sí? Perfecto. ¿A media mañana te viene bien? —Peters me hizo un gesto para que diera mi conformidad sobre la nueva cita. Asentí con la cabeza—. Perfecto, quedamos así, entonces. Hasta dentro de un rato, Alan, y muchas gracias por todo.

Bien. En un par de horas sabría algo más sobre mi futuro.

—Sara, voy a avisar a tu padre sobre el cambio en la visita de Alan. Va a llegar con el tiempo justo.

—No. —Precisamente había cambiado la cita porque no quería que viniera mi padre.

—¿Perdona?

—No quiero que avises a nadie, ni a mi padre, ni a mi hermano. Quiero hacerlo sola.

—Sara... —me recriminó.

—Por favor —le supliqué.

—Está bien. Tu padre me va a matar.

—Gracias.

Como llegaba tarde a clase, decidí no ir. Nadie me diría nada. Me dijeron que me lo tomara con calma. Paseé por el colegio sin rumbo y mis pies me llevaron a la pista de hielo. Entré, estaba vacía. En las horas lectivas nunca había nadie. Me acerqué a la barrera y me senté en los asientos de la primera fila. Observé la pista, sintiendo una horrible presión en la boca del estómago.

Durante los últimos meses, había olvidado los patines a propósito, porque mi objetivo era caminar y fortalecer mi pierna. No quería pensar en nada más, pero una vez que estuve casi recuperada por completo... solo pensaba en patinar.

Meses atrás, me había planteado la posibilidad de hablar con mi padre y comunicarle mi decisión de dedicarme al patinaje artístico como profesión. Tenía miedo; no sabía cómo se lo tomaría. Y ¿para qué sirvieron todos esos planes? No se puede pensar en el futuro porque un día sales de tu casa, te atropella un coche y adiós futuro, adiós sueños y adiós todo. Menuda mierda.

Me quedé dos horas observando la pista de hielo, sin interrupciones. Entonces miré la hora, quedaban cinco minutos para la cita con el doctor Murray. Me levanté y abandoné la pista. Tenía varios mensajes en el móvil y alguna llamada de mis amigos preguntándome por mi paradero. Mandé un mensaje a Oliver explicando que había salido a dar un paseo y que más tarde iría a clase. Me contestó con un escueto «ok». En otras circunstancias, seguro que habría indagado para que concretara más, pero, dado mi carácter inestable e irascible de los últimos meses, decidió callar.

Cuando llegué a la antesala del despacho de la directora, Murray y Peters me esperaban.

—Hola, Sara —me saludó mi médico con un apretón de manos.

Sonreí, inquieta, y tomamos asiento. Peters en su silla, detrás de la mesa de madera de roble, y nosotros, en las dos sillas apostadas enfrente de ella, destinadas para visitas. Empezaron a parlotear sobre mi mejoría, sobre mis rutinas, mis ejercicios..., pero yo solo deseaba saber una cosa.

—Doctor Murray, ¿cómo está mi pierna?

Divagó y divagó sobre el estado de mi pierna desde que llegué al hospital; las diferentes cirugías que tuvieron que hacerme cuando estaba en coma y un montón de datos más. Empecé a impacientarme. Cuando me explicó el objetivo de las últimas pruebas realizadas, utilizó demasiados términos médicos con los que no estaba familiarizada. Me encontraba al borde de un ataque de nervios y notaba la garganta seca, pero, a la vez, tenía la sensación de que, si intentaba beber, aunque solo fuera agua, vomitaría. Cuando no pude más, interrumpí su exposición.

—Yo no soy médico, no entiendo lo que dices. Lo único que quiero saber es si... —hice la pregunta crucial, el motivo por el que estábamos allí— ¿voy a poder patinar?

La sala se sumió en un silencio incómodo y yo no aparté mi mirada del rostro de mi médico. El estómago se me saldría por la boca en cualquier momento y me temblaba todo el cuerpo.

—No, lo siento mucho, Sara.

«No».

Mi corazón dejó de latir.

«No».

Se me cortó la respiración.

«No». «No». «No».

La respuesta del doctor retumbaba en mis oídos.

«No».

Miles de imágenes de mis competiciones pasaron por mis ojos.

«No».

Los entrenamientos con los chicos, nuestros partidos sin normas... Mis sueños. Se acabó todo.

Alguien me agarró del hombro. Hice un esfuerzo sobrehumano por volver a la realidad, al despacho de Amanda Peters.

—¿Sara? —Abrí los ojos, que ni me había percatado de haber cerrado, y vi a Peters agachada junto a mí sujetándome la mano.

—Sara. —El portador de la peor noticia que me habían dado hasta ese momento me cogió de la otra mano—. Tu rodilla no está al cien por cien a pesar de la rehabilitación. Este tipo de lesiones en la rodilla son muy complicadas. El diseño óseo y anatómico de la rodilla es quizás uno de los más complejos de nuestro cuerpo. Aun así, puedes llevar una vida normal, pero en cuanto al deporte, no, imposible.

Silencio.

—Hay una pequeña posibilidad, pero es muy remota. Hay una operación, es un método novedoso que solo realizan un puñado de doctores en todo el mundo y que podría rehabilitar tu pierna al noventa por ciento. No obstante, las posibilidades de éxito son del veinte por ciento y, aun así..., dedicarte al patinaje, de manera profesional, queda descartado.

—Necesito salir de aquí. —No aguantaba más, apenas escuchaba lo que me decían.

—Sara, espera, por favor, no te vayas así. Soy consciente de lo que significaba patinar para ti.

Significaba. Pasado. Porque no volvería a sentir el hielo bajo mis pies. Me levanté y liberé mis manos.

—Estoy bien. —Intenté disimular—. Solo tengo que asumirlo.

—Sara...

—Necesito espacio, por favor.

—Está bien. Pero no salgas del colegio. —Peters me cogió de la barbilla y me obligó a mirarla a los ojos—. Prométemelo, Sara.

—Te lo prometo. —Solo quería salir de allí y era capaz de decir o hacer cualquier cosa con tal de conseguirlo.

Abandoné el despacho y, para mi sorpresa, la secretaria de Peters no estaba en su sitio sentada. Me apoyé en la puerta y cerré los ojos.

«Nunca más voy a patinar».

Noté como una lágrima caía en mi mejilla, pero solo una. Creo que mi cerebro no había interiorizado aún la conversación de ahí dentro y muchísimo menos las consecuencias. Parecía un sueño, un horrible sueño.

Me despegué de la pared y arranqué a andar. Los pasillos estaban atestados de gente. No los veía, solo percibía alboroto a mi alrededor. Oía palabras sueltas, pero no encadenaba ninguna frase. El mundo perdió nitidez. A medida que avanzaba, tenía la sensación de andar sobre un camino fabricado con nubes, nubes blancas de algodón. Los escasos pasos que había dado cayeron firmes sobre la nube, pero intuía que, dentro de dos, tres, o cuatro pasos más, la nube se volvería real y se abriría un agujero por el que caería sin remedio; no tenía nada a lo que sujetarme. Mientras andaba, cada paso se tornaba más blando, era como una ruleta rusa, ¿cuántos compartimentos quedaban vacíos hasta la bala? ¿Cuántos pasos me quedaban por dar hasta que se abrieran las nubes y cayera?

Todo transcurría a cámara lenta, percibía estudiantes sin rostro pasar por mi lado y puertas que se abrían y se cerraban. Llegué a las escaleras de

caracol y las bajé, una a una, no sabía a dónde iba. De repente, sentí que alguien me sujetaba por un brazo, no conseguía ver quién era; mi mirada no enfocaba nada concreto.

—¿Sara? Sara, ¿estás bien? —La voz me sonaba, era familiar, demasiado familiar. Abrí bien los ojos y volví a la realidad. Me encontré con unos grandes ojos azules que me miraban con preocupación. Esos ojos... era como mirarme en un espejo—. ¡Sara! ¿Qué te pasa?

—¿Daniel?

Fue en ese preciso momento cuando el cielo se abrió y las nubes desaparecieron. Debería estar en el suelo, pero no lo estaba porque mi hermano me abrazaba con fuerza. Escondí mi cabeza en el hueco de su cuello y él me rodeó la cintura con sus brazos. Me apretó más contra él y lo abracé, lo abracé como nunca lo había hecho. Rompí a llorar.

No sé cuánto tiempo permanecemos abrazados, pero, cuando volví a la consciencia, estábamos los dos arrodillados en el suelo y yo no había dejado de llorar.

—Sara, ¿qué ha pasado? —me preguntó, preocupado.

—He hablado con el doctor Murray.

—¿Qué? Pero si no habíamos quedado hasta mañana. —Me miró a los ojos y vio la culpabilidad en mi mirada—. ¿Qué te ha dicho?

—Que no voy a poder patinar. —Me entendió, a pesar de la congoja y los sollozos.

—¿Qué? No puede ser.

Por desgracia, sí podía ser.

—Sara, ¿no te ha dicho nada más? ¿No hay ninguna posibilidad? ¿Nada? Intenté recordar todo lo que habíamos hablado en el despacho.

—Sí, ha dicho algo de una operación, pero debe de ser algo novedoso y, no sé, no he escuchado bien.

—Sara, escúchame. Te juro que voy a encontrar al mejor cirujano de este maldito mundo para que te opere y te cure. Vas a volver a patinar, confía en mí. No vamos a parar hasta dar con la solución. —Me cogió de la barbilla y me levantó la cabeza—. ¿Me has entendido?

—Sí. —Seguía llorando sin control.

—Bien. Confía en mí, Sara.

Mi hermano fue a hablar con el padre de Natalie y se pasaron el resto del día y toda la noche localizando a un cirujano capaz de realizar esa operación. Después de millones de conversaciones y de mover hilos entre las personas

más influyentes que conocemos, un prestigioso cirujano de Estados Unidos me citó para la semana siguiente. Mi padre vino a buscarnos a Daniel y a mí, y volamos de vuelta hacia el hogar de mi familia.

Había durado tres días en el colegio. Un nuevo récord, sin duda.

La operación y lo que ocurrió después

Permanecimos en Estados Unidos un mes completo.

Mi nuevo médico parecía muy interesado en mi caso; había operado a un gran número de deportistas de élite y se intuía a simple vista que amaba su trabajo. Durante los primeros días, me hicieron mil pruebas y me explicaron con detenimiento cuál era el problema con mi rodilla y qué tratamiento le darían. Parecía optimista y supuso un gran alivio para mí. Estaba tan preocupada y asustada que una primera reunión negativa habría sido devastadora.

Aquellos días previos a la operación, tuve que prepararme física y mentalmente. Hice todos los ejercicios que me mandaron y cumplí a rajatabla con todas las recomendaciones. Mi hermano Daniel me acompañaba todas las mañanas a pasear y me ayudaba con mis ejercicios de rehabilitación. Y no me pasaba ni una con el tema de la alimentación. Y, así, pasaron los días: entre dietas, ejercicios y reuniones con mi médico.

El día de la operación estaba hecha un flan, la anestesia era local y me asustaba muchísimo, eso de estar viendo cómo te operan... ¿Y si se me pasaba la anestesia en plena operación? ¡Qué horror!

Cuando me sentaron en la silla de ruedas para acercarme al quirófano, parecía que iba al matadero, o eso fue lo que dijo mi hermano Daniel cuando me despedí de ellos como si no hubiera un mañana. Mientras me administraban la anestesia, empecé a sudar y no dejé de hacerlo en ningún momento durante las cinco horas que duró la intervención (que a mí me parecieron por lo menos veinte), pero pasaría por ello una y mil veces más si eso significaba que me curaría. Por fortuna, todo marchó bien y no sentí nada de dolor.

Después de salir del hospital, estuve más de quince días de reposo hasta que el doctor vino a verme al hotel en el que nos hospedábamos mi familia y yo. Había venido a verme casi todos los días para examinarme, pero esa visita era la definitiva. Nos sentamos los cuatro en el saloncito del que disponíamos; Daniel y yo, a un lado de la pequeña mesa dispuesta en el medio, y el doctor y mi padre enfrente. Una vez hechos los saludos de rigor, comenzó la reunión.

—Bien, Sara. Tengo buenas y malas noticias.

Joder, otra vez a sudar. No sé cuál quería escuchar primero. Mi corazón latía desbocado. Recordé mi última conversación con el doctor Murray y reconozco que me vine abajo. Mi hermano me agarró la mano para infundirme apoyo.

—¿Empezamos por la buena?

—Por favor.

—Hemos conseguido reconstruir tu rodilla casi en su totalidad. No solo vas a poder caminar con normalidad como hasta ahora sino que, además, vas a poder correr, saltar, patinar... todo lo que quieras hacer, Sara.

«Patinar». Lo había dejado para el final. ¡Podía patinar! Me lancé a sus brazos desde mi posición. No podían ser mejores noticias. Estaba pletórica. No acababa de creérmelo. Mi padre y mi hermano me abrazaron. Necesitaba corroborarlo.

—¿Seguro? ¿Puedo patinar?

—Sí, Sara. Sin embargo —«mierda, siempre hay un pero»—, no te aconsejo que pienses en el patinaje como en una profesión.

Ah, vale, que todavía quedaba la mala noticia. No entendía nada.

—Entonces, ¿puedo o no puedo patinar?

—Puedes patinar, puedes correr, puedes practicar deporte, pero sin excesos. Dedicarte profesionalmente a cualquier deporte es imposible, Sara. Como he dicho, tu rodilla está casi recuperada por completo, pero ese pequeño porcentaje que no hemos alcanzado te imposibilita para el exceso de entrenamiento que supone una profesión de deportista. Lo siento, Sara. Pero puedes patinar como *hobby*.

—Doctor, Sara no quiere dedicarse al patinaje profesional, siempre lo ha considerado un *hobby* —interrumpió mi padre. Nunca llegué a confesarle mis más ocultos anhelos. Nunca le dije que quería ser patinadora. Entonces, ya no importaba.

—Un *hobby* que ama más que cualquier otra cosa, por lo que he podido observar.

«Mira, papá, él lo ha pillado a la primera, ¿por qué tú nunca lo has querido ver?».

—Centrémonos en la pierna. —Mi padre intentó escurrir el bulto, no compartía mi pasión por el patinaje. O eso, o entendía a la perfección lo que pasaba, quizá lo supo siempre, pero estuvo escurriendo el bulto. Nunca lo sabré.

—Tu pierna está bien y puedes patinar sin preocupaciones, incluso puedes participar en algún torneo a pequeña escala. La recuperación de tu pierna es del noventa por ciento, lo que significa que puedes lesionarte con facilidad, y otra lesión sería funesta. Podrías perder la movilidad en esa pierna. Por lo demás, puedes correr, saltar, nadar...

—Está bien, doctor, lo entiendo. Muchas gracias por todo.

—Ha sido un placer, y espero que, en cuanto llegues a Edimburgo, juegues uno de esos torneos de hockey sin reglas con tus amigos. Pero con cuidado.

Podía patinar, no sería patinadora profesional, pero lo importante es que podía patinar. No voy a negar que hubo algo que me oprimió el pecho en aquel instante porque se había cerrado, de manera permanente, una de mis posibles salidas profesionales, pero, después de hacerme a la idea de no poder patinar, aquello era un regalo, un regalo que me daba la vida.

A primeros de diciembre, regresé al colegio. Había perdido el primer trimestre completo, por lo que tendría que meterle caña a partir de entonces. Nunca creí que podría tener problemas con mis estudios... si me lo hubieran dicho un año antes, los habría tildado de locos.

Las primeras semanas fueron frenéticas. Quise ponerme al día con todo lo antes posible, pero mi cerebro no trabajaba tan rápido como me hubiera gustado. Todos me apoyaban: mis amigos, mi novio, mi familia, el profesorado...

Desde mi regreso, el profesor de gimnasia se ocupó, casi a tiempo completo, de mi rehabilitación. Todas las mañanas, a primera hora, tenía sesión con él. Y me obligaban a nadar una hora diaria.

Mantenia correspondencia vía email con mi médico americano. Insistía en decirme que necesitaba acostumbrar la pierna a mis rutinas. Daniel me acompañaba todas las mañanas y me ayudaba con los ejercicios de rehabilitación, tal y como hizo en Estados Unidos; parece que le cogió gusto, y yo encantada. Will venía con nosotros en algunas ocasiones. Era el único momento en que nos veíamos, porque el resto del día, entre las clases, la rehabilitación, los ejercicios mentales... Apenas tenía tiempo para nosotros, y el problema era que no sabía si aquello me aliviaba o me entristecía. Creo que un poco de las dos. Tenía que aclararme en cuanto a mis sentimientos, no

podía retrasarlo más porque, al final, me acabaría explotando en la cara. Y no era justo para Will.

La tercera mañana de mi entrenamiento empezaron los problemas. Corría sin esforzarme y Cameron, el profesor de gimnasia, me llamó la atención:

—Sara, no te estás esforzando. ¿De qué tienes miedo?

¿De qué tengo miedo? ¿Tú qué crees? No confiaba en mi rodilla, a pesar de todo lo que me decían y de que sabía que estaba bien, no confiaba en ella.

—De romperme la rodilla, de que estalle en mil pedazos —me sinceré.

—Sara, no te vas a romper, puedes correr. Debes correr, de hecho. De lo contrario, vas a hacer vasa a tu pierna.

Para él era fácil decirlo, no estaba en mi piel.

Diez días después, Oliver y Adam vinieron conmigo al entrenamiento. Llevaban días insistiendo y no pude negarme más. La verdad es que intentaba evitar a Oliver porque no me dejaba concentrarme en lo mío, solo hacía que me comiera más la cabeza por nuestra situación. Su cercanía no ayudaba. No ayudaba a mi paja mental, porque a mi rehabilitación ayudaba mucho, muchísimo. ¿Por qué siempre sabe lo que necesito?

Minutos después de trotar sin ganas, Oliver me animó a que corriese con él y... paso a paso me fui soltando.

—Muy bien, nena. Venga, no tengas miedo. ¡A ver si me ganas!

«Sí, claro, pues te vas a quedar solo corriendo, rubito. Estoy yo como para echar carreras».

—¡Venga! —me incitaba una y otra vez.

Intentaba alcanzarlo, pero, cuando me acercaba, aceleraba y lo perdía. Así estuvimos durante una hora; me ponía la miel en los labios para después quitármela. Y, sin darme cuenta, estuve corriendo dándolo todo.

Al día siguiente, cuando entramos en clase, el profesor aún no había llegado. Nos sentamos en nuestros pupitres y esperamos. Mis amigos debatían sobre no sé qué, y yo andaba sumida en mis pensamientos. Todos los días me insistían para que fuera a la pista de hielo, pero no me atrevía. Continuaba aterrada, ¿y si hacía un salto y al pisar el hielo me lesionaba? No. Prefería esperar a sentirme preparada. No era el momento. Empezaba a pensar que quizás el momento no llegaría nunca.

—Ven a bailar conmigo. —Oliver interrumpió mis divagaciones.

—No hay música y no me apetece bailar, Olly —contesté.

—¡Hace siglos que no bailamos! Yo te canto al oído, ven conmigo.

—Oliver, no, no me apetece —me quejé, mientras me arrastraba a la

mitad de la clase.

Me cogió las manos y comenzó a moverse con gracilidad.

—Sigue sin haber música.

La boca de Oliver se acercó a mi oído y comenzó a cantar *Back for good*, de Take That. Tuve una época, en mi pubertad, en la que me encantaba escuchar Take That. Mis amigos se reían de mí y decían que era la peor música que habían escuchado en su vida. Claro que, ¡qué iban a decir los *rockeros*! Me reí por su acertada elección y me animé. Bailamos y acompañamos nuestros pasos a la canción. Todo surgió... como antes. Como si no hubiera ocurrido el accidente. El profesor Sinclair nos interrumpió.

—Summers, Aston, sois una pareja de baile encantadora, pero sentaos ahora mismo, que empezamos con la clase. —Lo dijo como si nosotros fuéramos los causantes de que hubiera llegado tarde, perdiendo media clase. ¡Qué morro!

Oliver me susurró al oído.

—Ya puedes tachar otra cosa de tu lista de objetivos a medio plazo.

—¿El qué?

—Bailar con el mejor bailarín de toda Escocia.

Creído.

Poco antes de las vacaciones de Navidad, Natalie convocó un gabinete de crisis urgente media hora antes del comienzo de las clases. Y recalcó que solo podíamos asistir las chicas. Con lo abandonadas que tenía a mis amigas, no lo dudé, y acudí puntual a la cita. Dejé por un momento mi entrenamiento mental (todavía realizaba ejercicios con el *memory* y un montón de cosas más para recuperar mis habilidades) y me dirigí a mi clase.

Durante el camino, pensaba en Pear. Me di cuenta de que había estado tan ensimismada en mis asuntos y tan metida en mi rehabilitación que hacía tiempo que no teníamos un momento a solas, ella y yo. No la veía contenta y, aunque intentaba disimularlo, no era la misma. Algo le pasaba. Pear es una chica muy positiva y siempre tiene una sonrisa y buenas palabras para regalar a los demás; si había algo que la perturbaba, sin duda era por mi hermano Daniel. No tenía ni idea de en qué punto se encontraban. Tenía que hablar con ella.

Cuando llegué a clase, vi que dentro del aula solo estaban mis amigas.

Necesitaba pasar un rato con ellas, airearme de mis problemas y sentirme útil. Me había perdido muchas cosas mientras estuve en coma. Y, en cuanto pudiera, intentaría quedarme a solas con Pear.

Saludé a mis amigas y me senté junto a ellas. Sin más dilación, Natalie nos expuso sus preocupaciones:

—Estoy planteándome la posibilidad de acostarme con Brian. Siempre me ha hecho tilín y ¿qué mejor que perder la virginidad con un amigo? Creo que me sentiría más segura y no sé... cuidada. Necesito que me digáis qué os parece la idea. ¿Afectará luego a nuestra amistad?

Oh, oh, tema escabroso.

—A mí me parece bien. —No esperaba otra respuesta por parte de Pear. Siempre ha tenido claro que amor y sexo son cosas diferentes.

—A mí no me parece bien —la contradijo Moira—, tienes que estar enamorada antes de hacer una cosa así.

—Pues a mí tampoco me parece mala idea, ¿por qué no? —dijo Olivia.

Habían hablado todas mis amigas y... solo faltaba yo.

—Sara, ¿tú qué opinas?

—Yo me callo. —Era lo mejor, dadas las circunstancias.

—Pero tu opinión es la que más me interesa, Sara.

Suspiré. Aquel tema de conversión era lo que menos necesitaba en ese momento.

—Por favor, Sara. Tú te has acostado con uno de tus mejores amigos. Tres veces. —Joder, con las puntualizaciones—. Dime qué debo hacer.

—¿QUÉÉÉ? REPITE ESO.

Moira se levantó de la silla y me miró con los ojos desorbitados. Me quedé sin palabras. ¿No lo sabía?

—Mujer, ¿a qué viene tanto escándalo? —se quejó Olivia—. Ni que fuera noticia nueva.

—¿Cómo que te has acostado tres veces con uno de tus mejores amigos? ¿Con quién? ¿Cuándo?

Pues no, no lo sabía. ¿Cómo era posible?

—¿Cómo que con quién? Moira, ocurrió hace meses, ¿dónde estabas tú? —le preguntó Pear.

—¿Cuándo pasó?

—Pues... en abril, sí, en abril, justo antes de aquel fin de semana que fuimos a Saas Fee sin adultos, ¿no te acuerdas? —le dijo Natalie.

—¿Te refieres a esa semana que estuve en mi casa con gastroenteritis y

que no pude venir al colegio en quince días?

Nos quedamos las cuatro pensativas. Era posible. Ups.

—Mmm... sí, creo que sí. Fue esa semana —confirmé yo.

—¿Y me lo contáis ahora?

—Shhh, no chilles. Si te callas, te lo contamos todo.

Miramos hacia la puerta del aula, pero aún no llegaban nuestros compañeros. Entre susurros, contamos a Moira, entre todas, mi experiencia sexual con uno de mis mejores amigos.

Tessa

—¿QUÉÉÉ? REPITE ESO.

Me acercaba con Megan a clase y, antes de llegar, escuché los gritos que venían de dentro. Joder, era la voz de Moira. Todo el día andaban con sus historias, no se puede ser más escandalosas. Desde el regreso de Summers, no se les veía a todos tan alicaídos. Una lástima.

—Mujer, ¿a qué viene tanto escándalo?

Estaba a punto de irrumpir en el aula, pero la siguiente frase que escuché me dejó atónita:

—¡Sara! ¿Cómo que te has acostado tres veces con uno de tus mejores amigos? ¿Con quién? ¿Cuándo?

¿Qué? ¿Sara se había acostado con uno de sus mejores amigos? ¿Con quién? Megan y yo nos miramos con los ojos agrandados por la sorpresa. ¿Le había puesto los cuernos a Will? Hice un gesto a Megan para que guardara silencio y nos quedamos escuchando detrás de la puerta.

—¿Cómo que con quién? Moira, ocurrió hace meses, ¿dónde estabas tú?

—¿Cuándo pasó?

—Pues... en abril, sí en abril, justo antes de aquel fin de semana que fuimos a Saas Fee sin adultos, ¿no te acuerdas?

En abril, tiré hacia atrás en el tiempo... Parece que fue justo después de que me metiera en la cama de Will; habían pasado ocho meses ya.

Continué escuchando, necesitaba saber con quién había sido.

—¿Te refieres a esa semana que estuve en mi casa con gastroenteritis y que no pude venir al colegio en quince días?

—Mmm... sí, creo que sí. Fue esa semana.

—¿Y me lo contáis ahora?

—Shhh, no chilles, si te callas, te lo contamos.

¡Mierda! Empezaron a susurrar y no pude escuchar nada más. Hice una seña a Megan para que me siguiera y nos metimos en el baño. Me gustaba planear maldades en el baño.

—¿Tú has escuchado lo mismo que yo? —me avasalló Megan en cuanto cerramos la puerta del baño.

—Sí, vaya con Summers. Y parecía tonta.

—¿Con quién crees que habrá sido? Podría haber sido con cualquiera de

ellos cuatro.

Inútil. Esa chica no veía más allá de sus narices.

—No. Cualquiera de ellos, no. Es Aston o Wallace, estoy segura. Necesito averiguarlo. Tengo que descubrir con cuál de los dos ha sido.

—¿Y cómo lo vas a hacer?

—Los voy a observar. Si han tenido sexo entre ellos, ha debido de cambiar su relación, no van a comportarse como si nada, solo hay que fijarse bien.

Salimos del baño y entramos en clase. Todavía estaban las cinco inseparables dentro del aula, cuchicheando, pero nos hicimos las locas como si no hubiéramos escuchado nada. Minutos más tarde, entraron los chicos.

Los observé durante todo el día, pero no veía nada extraño entre ellos. «Quizás debería poner mi atención en Marco y Brian... No, no. Estoy segura de que ha sido con Oliver o Adam».

A última hora, decidí actuar. Me posicioné en medio de la clase a charlar con varios compañeros, para aproximarme más, y escuché sus conversaciones. Estaban todos callados cuando Marco empezó a dar golpes a la mesa con la palma de la mano. Cuando cogió el ritmo, se puso a cantar. Joder, se pasaban todo el puto día cantando, aquello parecía *Sonrisas y Lágrimas*:

*I never thought I'd miss you half as much as I do.
And I never thought I'd feel this way the way I feel about you.
As soon as I wake up, every night, every day.*

Varios de ellos se unieron al italiano. Fantástico. Estuve a punto de vomitar.

*I know that it's you I need to take the blues away.
It must be love, love, love.
It must be love, love, love.
Nothing more nothing less love is the best.*

—Venga, chicos, a bailar todos —los animó Marco—. ¡Sara, venga, que ayer te vi bailar con Olly, no te hagas la remolona!

Adam sacó a bailar a Sara al pasillo de la clase, y Oliver fue detrás. Ella se colocó en medio de los dos y empezaron a mover las caderas al son de la

melodía. Delante, detrás, delante, detrás. Todos se reían a carcajadas. Aunque Sara no se sentía segura; sus movimientos eran comedidos. Sin embargo, no había ni un atisbo de vergüenza en ellos, ahí estaba frotándose por delante con Adam y por detrás con Oliver. Joder, no había podido equivocarme, su amante tenía que ser uno de ellos dos. Pero, por más que observaba y observaba, se comportaban como siempre. Varias estrofas más tarde, el profesor de historia entró en clase.

—Ya vale de cánticos y bailes, todo el mundo a su sitio.

Nos ordenó ir a la página cincuenta y ocho. La busqué y, horror, tocaba la revolución industrial. Qué coñazo. Empezó con su aburrida exposición, pero se detuvo a medio camino.

—Señor Verti, ¿quiere estarse quieto? Todavía escucho los golpes de sus palmas contra la mesa.

—Sí, profesor Sinclair.

Puse los ojos en blanco. Gentuza. Acerqué mi cabeza a Megan y le susurré al oído:

—No voy a descubrir nada. Se lo voy a contar a Will.

—¿Qué dices? ¿A Will? ¿Crees que no lo sabe? —Afirmé con la cabeza—. ¿Estás segura, Tessa? Se va a liar una gorda.

Sonreí. Sí, se iba a liar una gorda. Y, al fin, Will sería mío.

Por la tarde, después de las clases, fui en busca de mi objetivo. Lo busqué por varios sitios, sin éxito, hasta que lo divisé a lo lejos. Y no había ni rastro de su queridísimo amigo del alma. Y era raro, porque esos dos no se separaban ni para mear. Genial, resultaría todo más violento si estuviera Daniel Summers delante. Era mi oportunidad.

Lo que «omití» contar

Will

—Will, necesito hablar contigo de algo importante.

«¿Tessa? ¿Qué demonios querrá?». Fingí no haberla escuchado.

—Will, es importante —insistió. Ya se cansaría. Me di la vuelta, ignorándolas tanto a ella como a su amiga.

—Está bien, como quieras. Te soltaré el bombazo delante de todos tus amigos. Te advierto que va a ser algo... humillante.

Joder, qué agonía. No soportaba a esa chica, era superior a mí. No se me olvidaba lo que nos había hecho a Sara y a mí. Aquel maldito día que se metió en mi cama, ese día abrió una brecha en nuestra relación que nos había costado mucho cerrar, tanto que no estaba seguro de haberlo conseguido del todo. Desde que Sara y yo habíamos vuelto a estar juntos, algo había cambiado, ella no era la misma. Y tenía la sensación de que cada día iba a peor, cada día la sentía más lejos.

—Sara ha mantenido relaciones sexuales con uno de sus mejores amigos. Tres veces.

«¿QUÉÉÉ? Maldita zorra sin escrúpulos». Me lancé a por ella como un loco y la acorralé contra la pared hasta que nos quedamos a escasos centímetros.

—Retíralo. Ahora.

Mis amigos intentaron que me alejara de ella, pero la tenía bien acorralada, a pesar de no tocarle ni un solo pelo de la cabeza. No permitiría que siguiera haciéndonos daño con sus mentiras. Su amiga ni se acercó a nosotros. Se quedó en un segundo plano a dos metros de distancia. Chica inteligente.

—¡RETÍRALO! —repetí, fuera de mí.

—Will, tranquilo —me dijo Jack—. Déjala, por favor. No merece la pena. —Le hice caso y me separé de ella. No sin lanzarle una última advertencia.

—Yo que tú me lavarías la puta boca antes de volver a hablar de mi novia.

—Estoy diciendo la verdad —insistió.

—Ni se te ocurra siquiera nombrarla —la amenacé.

—Ocurrió por primera vez en abril; justo antes de que se fueran a Saas Fee a esquiar sin la supervisión de un adulto.

Recordé ese fin de semana. Sara y yo aún no nos habíamos reconciliado, pero yo seguía sus pasos de cerca. ¿Cómo coño sabía Tessa lo de Saas Fee?

—Y Moira no pudo ir porque estaba en su casa con gastroenteritis.

¡Joder! De eso no me acordaba, pero eran demasiados datos.

«No, no la escuches, no es más que una de sus tretas. Tú confías en Sara. No permitas que te haga dudar de ella».

—No te miento. Pregúntale a ella. ¿Crees que te invitaría a contárselo si no fuera cierto? Se lo he escuchado decir a sus amigas. Pregúntale y, si no es cierto, os pido perdón de rodillas. A ti y a ella.

Joder, había mucha determinación en su voz, demasiada. No podía ser, Sara no me haría algo así. Y de haberlo hecho... ¿Cuándo? Necesitaba saberlo. Retrocedí al mes de abril. Antes de volver a estar juntos en secreto, ella me aseguró que nunca había tenido relaciones sexuales con sus amigos a pesar de dormir juntos. ¿Me mintió? ¿O fue después? ¡Mierda! Empezaba a dar por sentado que lo había hecho. La amiga de Tessa se acercó con precaución a mí y habló por primera vez.

—Will. Tessa no miente. —«Pues será la primera vez»—. Yo también lo escuché. Lo comentaron ayer en el aula. Lo siento.

¡Y una polla que lo sentía! «¡Oh, joder, joder! No puede ser». Sin embargo, había algo en mi interior que me decía lo contrario. Para ese momento, ya tenía el estómago revuelto y el corazón martilleaba mi pecho con fuerza.

«¿Sara, qué has hecho? Y ¿con quién?».

Sara

Descansaba en mi árbol con mis amigos mientras hacíamos estúpidos tests de estúpidas revistas para adolescentes. Saboreé el instante. Me encantaban esos momentos. Si algo había aprendido a hacer después del coma, era a valorar cada momento del día, cada actividad que realizaba. Era un lujo volver a estar así con todos ellos. Despreocupados. Felices.

Nos reímos como locos cuando Pear afirmó que, según las respuestas que había dado, Adam J. Wallace era una chica decidida, coqueta y autosuficiente.

Miré hacia el frente porque advertí que alguien venía hacia nosotros: era Will. Venía solo. Mis amigos continuaron analizando sus respuestas mientras yo me levantaba para acudir a su encuentro. Sin embargo, no me permitió acercarme a él.

—¿A cuál de los dos, Sara? —me preguntó a bocajarro—. ¿A cuál de los dos te has follado? ¿A Aston o a Wallace?

¿Qué? No podía ser. ¿Cómo se había enterado? ¿Quién se lo había dicho? Durante el segundo que transcurrió hasta que le contesté, pasaron por mi cabeza infinidad de posibilidades. ¿Se lo dijo Oliver? ¿Adam? ¿Alguno de mis amigos? ¿Por qué? No, imposible. Ellos nunca harían algo así. ¿Y, entonces, cómo lo había sabido? «No, por favor, esto no puede estar pasando».

—Will... —No me salían las palabras. Quise sujetarle el brazo, porque necesitaba tocarlo, pero me apartó la mano con brusquedad.

—¿CON CUÁL DE LOS DOS?

El grito provocó que mis amigos se levantaran del suelo y vinieran hacia nosotros.

—Eh, ¿qué ocurre? —nos preguntó Adam, preocupado.

Ninguno de los dos contestamos ni apartamos la vista el uno del otro. Necesitaba hacerle entender que no le había sido infiel. Que aquello que intenté olvidar durante meses pasó mientras nosotros no estábamos juntos. No quería que se sintiera engañado, aunque ahora me doy cuenta de que mi comportamiento no tenía justificación. Sí, lo había engañado. Lo engañé durante meses ocultándole la verdad de mis sentimientos. No sé cómo, recobré la voz.

—Will, escúchame, por favor. Cuando sucedió aquello, tú y yo no estábamos juntos y yo...

—¡Tú y yo siempre estamos juntos! —me interrumpió, sin darme opción a réplica, porque, demonios, tenía razón.

—Tranquilo, Von Kleist. —El tono de Adam fue claramente amenazador.

—¿Has sido tú, Wallace? ¿Tú te has follado a mi novia? —le preguntó, con voz de ultratumba.

Parecía una pesadilla, pero no lo era. Era real. Will se había enterado de lo que hice, de lo que hicimos. No entendía cómo. Lo que estaba claro era que, tal y como predije, el asunto me había explotado en la cara. Me lo merecía por no haberle puesto remedio cuando tuve que hacerlo. Por no haber sido clara con respecto a mis sentimientos ni con Will, ni conmigo.

Adam y el resto del grupo comprendieron, en ese instante, lo que ocurría. Will se había enterado de que había mantenido relaciones sexuales con alguien más aparte de con él. Pero no sabía con quién.

—Te estás pasando, Von Kleist. Ten mucho cuidado con lo que dices — interrumpió Oliver.

No necesité escuchar la siguiente frase de mi novio para saber que hubiera sido mejor que Oliver no interviniera. Cerré los ojos desolada antes de que Will volviera a hablar.

—¡Sé que has sido tú, Aston! ¡Siempre lo he sabido, hijo de puta! —Will se lanzó hacia Oliver para darle un puñetazo, pero Brian y Adam lo sujetaron. Por su parte, Marco y Olivia agarraron a Oliver, que no se amedrentó, y se lanzó contra su enemigo número uno.

Otra pelea no, por favor. Intenté tranquilizar las cosas, pero estaban ambos demasiado crispados por la situación; por el pasado que arrastrábamos.

—Will, escúchame. Te repito que fue cuando tú y yo no estábamos juntos. —Intenté hablar con calma, pero no podía. Los nervios pudieron conmigo y comencé a chillar. Fue mi manera de defenderme. No la mejor, la única que encontré—. Lo habíamos dejado porque tú te acostaste con Tessa, ¿recuerdas?

—¡No me toques los cojones, Sara! Yo no me he acostado con Tessa, pero tú sí lo has hecho con ese imbécil. ¡Y, además, me mentiste!

Ante tal insulto, Oliver reaccionó de nuevo e intentó aproximarse a Will, pero, por fortuna, mis amigos lo sujetaron.

—No, no te he mentado. —Eso sí que no. Ocultar información no es

mentir.

—Sí, lo hiciste. Te dije que yo confiaba en ti todas las noches cuando te metías en la cama con ellos, y tú me mentiste en mi cara. Me aseguraste que no hacíais *nada sexual*. ¡Claro, porque follar no es nada sexual!

Recordé esa conversación, fue cuando nos encontramos en el embarcadero y tuvimos nuestra primera charla pacífica. Oliver y yo nos habíamos besado en el juego de la botella, pero no había pasado nada más. Todavía.

—En ese momento no había pasado nada.

—¡Qué conveniente! ¿Y esperas que me lo crea?

—Sí. ¡Will, créeme, por favor! ¡En ese momento no habíamos hecho nada!

—Pues no lo hago. No te creo ni una puta palabra. —Me señaló con un dedo acusador y su rostro quedó a escasos milímetros del mío— ¿Cómo te sienta, Sarita?

«Como que me lo merezco».

—Ya basta, Von Kleist. Lárgate o no respondo —lo amenazó Oliver.

Will rio con amargura.

—No puedo creer que me esté pasando esto. —Se pasó las manos por el cabello, desesperado.

—Venga, Will. Tranquilo. —Brian intentaba apaciguar las cosas.

—¡Dejadme en paz! —Intentó zafarse de sus captores sin éxito—. ¿Por qué volviste conmigo? ¿Por qué, si es más que obvio que sigues sin creerme con lo de Tessa? ¿Por qué, si no es a mí a quien quieres?

He ahí las preguntas que ni yo sabía contestar. Se me ocurrieron algunas posibles respuestas. Por cobardía, comodidad, añoranza... y, joder, por amor. Porque aún lo quería.

—No me contestes, no quiero saber nada. ¡Me das asco! No te acerques a mí.

Después de su amenaza, se dio media vuelta y se marchó dando fuertes pasos. Fui consciente de dónde me encontraba. Todos mis amigos me rodeaban. Cerré los ojos e intenté alejar el dolor de mi pecho.

—No voy a llorar —les dije, con las lágrimas a punto de asomar—, esta vez no. Todo esto es culpa mía. No creo que exista una manera peor de hacer las cosas.

—Joder, ¿pero cuándo cojones os habéis acostado vosotros dos? —nos preguntó Marco, alucinado.

—Anda mira, pues no he sido la última en enterarme.

Me senté en el suelo, apoyando la espalda en el árbol, y pensé en todo lo que acababa de suceder.

—Tranquila, Sara. —Estaba muy nerviosa y empezaba a temblar. Había conseguido contener mis lágrimas de milagro—. Tranquila.

Mis amigos intentaban calmarme. De pronto, me di cuenta de que había una voz que no escuchaba.

—¿Dónde está Oliver?

Me levanté y miré hacia todos los lados. No estaba.

—¿Dónde está?

«Oh, no». Había ido a buscar a Will.

Will

¡Joder, era cierto! Sara y Aston juntos. Porque sabía que había sido él, tenía que ser él. Regresé al lugar donde me esperaban mis amigos, sin ser consciente de haber hecho todo el camino andando.

—Will, ¿qué ha pasado? —me preguntó Aaron.

Me pasé las manos por el pelo y me senté en uno de los escalones. ¿Qué coño había pasado? «No lo sé, no tengo ni puta idea, joder». No entendía ni yo lo que había sucedido. Estaba en *shock*.

—Eh, tíos. ¿Qué hacéis?

Dan. No me dio tiempo a pensar en una respuesta porque formuló, al instante, otra pregunta.

—¿Le ha pasado algo a mi hermana?

¿A qué venía esa pregunta? Levanté la cabeza, que tenía entre mis rodillas, y lo miré interrogante.

—¿Por qué viene Oliver Aston corriendo hacia aquí con pinta de querer matar a alguien?

Aston. Mi cerebro se activó. Miré hacia donde señalaba Dan y me levanté. Corrí a su encuentro.

—¡Aquí me tienes, Von Kleist! —me gritó el cabrón—. ¡No te tengo miedo!

Nos encontramos a medio camino, con la adrenalina a punto de estallar. No sé quién golpeó primero, ni segundo, pero yo no paré de darle hostias a diestro y siniestro, una por cada toque al cuerpo de Sara. Solo de pensarlo se me revolvía el estómago y me entraban ganas de vomitar.

Caímos al suelo y seguimos pegándonos. Mis amigos intentaban separarnos, pero no lo consiguieron, los dos estábamos demasiado enzarzados en la pelea. Oí que me llamaban, pero no hice caso. Después de un montón de hostias, nos separaron.

Distinguí sangre en el uniforme del hijo de perra que tenía enfrente, pero no la suficiente. Muchos alumnos se agolparon a nuestro alrededor y supe que no dejarían que nos pegásemos más.

Me supo a poco. «Ya te pillaré en otra ocasión, cabronazo».

Cuando se disipó todo el alboroto, Dan me acompañó a la enfermería del colegio. La enfermera me atendió a mí en primer lugar. Por suerte, había

varias salas y Aston y yo no teníamos que vernos la cara. Intentaba contener la ira, pero estaba a punto de explotar. En cuanto la enfermera salió por la puerta, me desaté.

En un arrebato de rabia, arrasé con todas las medicinas y los ungüentos que había encima del mostrador. Respiré tan fuerte que mi pecho subió y bajó con violencia. Todavía se escuchaban los ruidos de los botes rodando por el suelo. Miré a mi amigo, que permanecía de pie, apoyado contra la puerta sin decirme nada. Apreté los puños con fuerza y me cagué en todos mis muertos. Comencé a dar patadas a uno de los armarios hasta que conseguí desencajarlo.

—¡JODER! ¡HOSTIA PUTA!

—¿Te sientes mejor?

—No.

Tenía ganas de gritar y de pegarme con todo lo que se me cruzara por delante. Y la actitud pasiva de Dan no ayudaba demasiado.

—¿No me vas a preguntar por qué me he peleado con Oliver Aston?

—No me hace falta; sé por qué te has peleado con él.

¿Daniel sabía lo que había sucedido entre su hermana y Aston? ¿Desde cuándo? ¿Qué más sorpresas me esperaban aquel día?

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde que mi hermana estaba en el hospital, allí escuché muchas conversaciones. Muchas conversaciones privadas que quizás no debería haber escuchado.

Cojonudo, parece que era el día de las confesiones.

—Ya, de puta madre. —Me reí sin ganas, o más bien, me reí para no llorar—. Así que soy el único que no sabía que mi novia se tiraba a uno de sus mejores amigos.

—Cuidado, Will, estás hablando de mi hermana.

—Mierda, lo siento, pero es que... Aston me saca de mis casillas, no puedo evitarlo, es superior a mí, siempre he sabido que la quiere para él. Nunca la ha mirado de la misma manera que Adam. Joder, los odio a los dos, a los tres. No quiero volver a ver a tu hermana ni en pintura.

—No deberías odiarlos. A ellos, me refiero, porque a mi hermana no la odias, no de momento.

—¿Ahora eres defensor de esos dos gilipollas?

Otra novedad.

—No, pero me he dado cuenta de que la quieren. La quieren por encima

de todo.

«Sí, no te jode. La quieren tanto que se la follan. Joder».

—¿Sabes si tu hermana —cómo me dolieron aquellas palabras— está enamorada de él?

—No lo sé, Will. Mi hermana estaba en coma, no podía contestar.

—¿Quieres saber algo? No estuvieron juntos una vez, fueron varias. —Me miró extrañado y continué hablando—. Una vez puede ser un error, pero más no. Más es una confirmación.

—¿Una confirmación de qué?

—De que está enamorada de él. No se hubiera acostado con él tres veces de no haberlo estado.

—Tienes demasiados datos, ¿cómo te has enterado de todo?

—Tu hermana lo comentó el otro día con sus amigas en clase.

—¿Y lo oíste directamente?

—No.

No podía decir que sí porque sería mentirle en su cara y eso, a él, no podía hacérselo.

—¿Quién te lo ha contado? ¿Quién escuchaba detrás de la puerta?

Su rostro pasó del blanco al rojo. Si se enteraba de que Tessa se había vuelto a meter en la vida de su hermana, era capaz de hacer cualquier cosa. Desde el accidente de Sara, mi amigo estaba descontrolado.

—Eso no importa ahora, Dan —sentencié.

—¿Estás protegiendo a la persona que ha destrozado la vida de mi hermana?

—No, te estoy protegiendo a ti.

De una expulsión y una probable demanda legal por agresión.

21

Cambios

Después de buscar a Oliver por todo el colegio, unos compañeros de clase me informaron de que Will y él se habían peleado en el patio y que los habían llevado a ambos a la enfermería. Me dirigí al lugar lo más rápido que pude, sin esperar al resto de mis amigos y sin darles ningún tipo de explicación. Entré corriendo al colegio y subí por las escaleras de dos en dos. Llegué a la planta de la enfermería.

Entré. Había dos puertas precedidas por una pequeña sala de espera. Antes de decidirme por alguna de ellas, mi hermano salió por la puerta de la derecha. Nos miramos, pero no nos dijimos nada. No había en sus ojos decepción o enfado como otras veces, más bien todo lo contrario, había comprensión y apoyo. Sin embargo, no era el momento. Solo pensaba en encontrar a Olly y ver cómo estaba. Si mi hermano había salido por esa puerta, era porque ahí debía de estar Will. Elegí la otra puerta.

Abrí de golpe y descubrí a Oliver sentado en la camilla con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos; se sujetaba la mano izquierda, que mantenía con el puño cerrado, con la mano derecha, en la que sostenía además unas gasas. Supuse que sería para las heridas de los nudillos, por los puñetazos. Puede que en las películas los puñetazos no generen consecuencias para quien los da, pero la realidad es que sí las tiene. Se puede producir una fractura en la mano cuando uno de sus huesos se quiebra.

La mano está formada por huesos falanges y huesos metacarpianos. Las falanges son los huesos de los dedos. Los metacarpianos son los huesos que forman los nudillos y conectan la mano a la muñeca. Estaba segura de que los nudillos de Olly no debían de estar en su mejor momento, me dolía solo de pensarlo porque todo aquello había sido por mi culpa. No es agradable que se peleen por ti, es doloroso e inútil, porque a golpes no se arreglan las cosas.

A medida que me aproximaba a él descubría, con horror, heridas por todo el rostro. Si entonces, que eran tan recientes, se le notaban tanto, no quería imaginarme cómo estaría al día siguiente. Llegué hasta él con lágrimas en los ojos.

—Olly, ¿qué te ha hecho?

—Tranquila, estoy bien. Y él también se ha llevado lo suyo —me

contestó, a la defensiva. Ignoré su tono porque creí que debía de estar muy enfadado con Will y conmigo, por todos los líos que nos traíamos y que afectaban a nuestro entorno sin remedio.

—¿Te han mirado bien las heridas? —Me situé entre sus piernas y le sujeté la barbilla con mi mano para verlo de cerca. Primero lo examiné de manera visual y luego lo toqué con cuidado por toda la cara. Oliver hacía muecas de molestia y cerraba los ojos por el dolor, pero yo seguía con mi examen. Me paré en la herida de su ceja y la rocé con la yema del dedo—. Esta herida no está curada, necesitas puntos. ¿Dónde está la enfermera?

—Ha ido a buscar no sé qué. No he prestado demasiada atención. —Se le notaba la frustración en la voz. Cada segundo que pasaba, mi culpabilidad crecía.

Acerqué la gasa a su ceja y le limpié la herida con mucho cuidado; adelantaría trabajo para cuando volviese la enfermera. A la vez que limpiaba, lo miraba de reojo. No debería haber ido a buscar a Will, habría sido mejor dejar las cosas como estaban y no tomar decisiones en caliente, nunca traen nada positivo. Si lo sabré yo. Oliver se dio cuenta de mis miradas furtivas.

—No me mires con esa cara. Hace mucho tiempo que teníamos este asunto que resolver tu novio y yo.

Apreté demasiado, sin querer, la gasa contra su frente, y Oliver dio un respingo por el dolor. Acerqué mi boca a su ceja y soplé con suavidad para calmarlo. Dejé la gasa sobre la camilla y puse mis manos alrededor de su nuca con la precaución de no hacerle daño, apoyé mi cabeza en su hombro y lo abracé con fuerza.

—Lo siento, es culpa mía.

Me eché a llorar por el desastre que era mi vida y por todo lo que me había llevado por delante.

—No voy a negar tu parte de culpa, pero él tampoco tenía que haber reaccionado de esa manera y yo... —levanté la cabeza de su hombro y lo miré a los ojos pensando «¿tú, qué?»—... yo no debería haberme metido en medio de vuestra relación. Fue un error.

Sus palabras me provocaron un fuerte dolor en el pecho. ¿Fue un error? ¿Se refiere a que él y yo estuviéramos juntos de manera íntima? Nunca lo consideré un error, fue algo que pasó entre los dos y que ni quisimos ni pudimos evitar. Y fue precioso. Que lo hubiera enterrado en el fondo de mi cabeza no significaba que lo considerase una terrible equivocación; es que me daba terror pensar en lo que podían significar todas las sensaciones y los

sentimientos que viví aquellos días, porque era algo que no había sentido antes, ni siquiera por Will. Y eso daba que pensar, pero no quería hacerlo, porque mi amistad con Oliver era lo más importante que tenía en la vida y no podía arriesgarme a fastidiarlo por intentar algo que igual mataba lo que teníamos.

Además, él no me quería de ese modo, no estaba enamorado de mí, sería como darme golpes yo sola contra la pared.

No quise preguntar a Oliver a qué se refería con que había sido un error, era demasiado doloroso. La puerta de la enfermería se abrió y aparecieron por el umbral la enfermera y mis amigos. Todos se aproximaron para ver cómo estaba su compañero y yo me alejé con sigilo. Me quedé en un segundo plano.

—Fuera todo el mundo, tengo que terminar de curarlo —nos gritó la enfermera. No parecía estar de buen humor, casi nunca lo estaba—. Y, cuando digo todo el mundo, me refiero a que salgáis todos, Adam y Sara incluidos.

Mis amigos se quejaron, pero yo sabía que no había nada que hacer. Me asomé entre sus cabezas, envié una sonrisa de apoyo a Oliver y le susurré con los labios que luego lo vería.

Esa noche dormimos los tres juntos. Hablamos de todo lo que había pasado sin entrar demasiado en los detalles. Olly todavía sentía molestias por todo el cuerpo debido a la pelea, se tumbó en la cama y en pocos segundos se quedó dormido. No era de extrañar, con tanto calmante que le habían suministrado. Adam aprovechó la intimidad y me preguntó sobre mi relación con Will.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—No lo sé, Adam —me sinceré—. Will debe de odiarme y razones no le faltan. Y, aunque no lo hiciera, no podemos volver a estar juntos a corto plazo, necesitamos tiempo para asumir lo que ha sucedido, para ordenar nuestros sentimientos y, en el futuro... veremos si queda algo que salvar.

—¿Cómo coño se ha enterado?

—No tengo ni idea, pero supongo que este tipo de cosas no se pueden ocultar. —Nos tumbamos en la cama y reinó el silencio. Después de mi accidente, todo mi entorno andaba con pies de plomo conmigo. Parecía que todo lo que hacía estaba bien, tenían miedo de mi reacción. No discutían conmigo, así que no sabía lo que pensaban en realidad. Asco de vida.

No creí que mi relación con Will superase aquel nuevo mazazo, no creí

que me perdonase. Si a mí me costó perdonar (y no estaba segura de haberlo hecho) su posible desliz con Tessa, no quería pensar lo que debía de estar sufriendo. Debí habérselo contado antes de volver con él, debí haber sido sincera, era algo lo suficientemente importante como para hacerlo, pero no había vuelta atrás. Hay que aprender a vivir con las consecuencias de nuestros errores.

Tessa. Me acordé de lo horrible que fue aquella noche y las noches y los días siguientes. No tenía ni idea de lo que había ocurrido aquel día, puede que Will tuviera razón cuando me juraba y perjuraba que no pasó nada. Lo que sí es seguro es que entre mi mejor amigo y yo sí pasó. Y no importaba que Will y yo estuviéramos enfadados, porque tenía razón cuando decía que él y yo siempre estábamos juntos. Si hubiera escuchado que había estado con otra chica en esos meses de *impasse*, me habría vuelto loca. Así somos las personas, egoístas por naturaleza.

«Perdóname, Will».

Pensé que estaría mucho peor después de nuestra ruptura, que tendría el corazón destrozado y unas ganas tremendas de llorar, pero no fue así. Estaba triste y decepcionada, pero mi relación con Will había pasado por tantos altibajos en los últimos años que creo que mi cuerpo y mi mente estaban acostumbrados. O puede que, después de mi accidente, hubiera dejado de sentir. Veía las cosas desde otra perspectiva. Y un desengaño amoroso no me parecía la cosa más terrible del mundo. En los últimos meses, había aprendido a luchar para seguir adelante con mi vida y eso es lo que haría. Aunque fuera una mierda de vida.

Al día siguiente, en el colegio, no se hablaba de otra cosa. Caminaba con Oliver por los pasillos y todos se giraban para mirarlo y comentar en susurros sus apreciaciones. Tenía el rostro hecho un cromo. Dolía verlo. Supuse que era cuestión de un par de días, hasta que pasase otra cosa y la gente perdiese el interés en nosotros.

No me crucé con Will en los pasillos, pero sí lo vi en el comedor. Lo miré de reojo y nuestras miradas se cruzaron. No parecía enfadado, la pelea con Oliver se había ocupado de paliar ese sentimiento en parte; ahora solo quedaban decepción y tristeza. No sé qué es peor. No tenía el rostro tan magullado como Oliver, pero se había llevado el peor golpe, el del corazón.

Y esas heridas son más difíciles de cerrar.

Los ánimos estaban decaídos. Por suerte, Brian siempre estaba dispuesto a poner las cartas sobre la mesa para que afrontásemos lo que había sucedido y pudiésemos seguir con nuestras vidas.

—Joder, la que se ha liado. No llevo la cuenta de cuántas personas me han preguntado el motivo de la pelea, pero sospechan que ha sido algo que concierne a Sara.

—¡Qué perspicaces! —contestó Pear, con desdén —¿Por qué se pelearían Oliver y Will si no es por Sara? ¿Por el último *muffin* de la cafetería? Idiotas...

—Creo que lo mejor es que hablemos con naturalidad de lo que ha pasado. Vosotros dos os habéis acostado, ¿y qué? No habéis cometido ningún delito. Esas cosas pasan todos los días; además, ninguno de los dos tenía pareja en ese momento.

Todos miramos a Brian sin saber qué contestar. Hablar de mi vida sexual con Olly no era lo que más me apetecía en ese momento. Y menos delante de siete personas que me escrutaban con la mirada.

—¿Qué? ¿No estáis de acuerdo? ¿O es que es demasiado pronto para bromear sobre el tema? ¡Por Dios, vosotros dos habéis mantenido relaciones sexuales! ¡RELACIONES SEXUALES! ¡Es la hostia! Deberíamos poder hablarlo sin ruborizarnos, siempre hemos hablado de todo sin que nos causara problemas.

Tenía razón, éramos un grupo extrovertido en ese sentido, quizás porque éramos amigos desde los nueve años y porque pasábamos juntos muchas horas. No teníamos pelos en la lengua para hablar de nuestras intimidades.

—Tienes razón, Brian. ¿Qué quieres saber? ¿Dónde fue? ¿Cómo? ¿Cuántas veces? ¿En qué postura? ¿Quién alcanzó primero el orgasmo? —le pregunté a bocajarro. «Vale, creo que me he pasado». Oliver me miró horrorizado, y Marco intentó esconder la risa. Las chicas me miraban con atención con los ojos desorbitados, y Adam negaba con la cabeza intentando, también, disimular una sonrisa. Pear me dio una patada por debajo de la mesa que, por supuesto, notaron todos.

—Vale, aún es demasiado reciente para hablar de ello. Démonos un par de semanas —aceptó Brian—. ¿Cómo van esas heridas, Olly?

—Mejor que ayer y peor que mañana.

—Voy a coger otro café. —Adam se levantó y se dirigió a la cafetera.

—Me estoy dando cuenta de que, después de todo, no te has acostado con

Brian —dijo Pear a Natalie.

—¿Qué decís? —preguntó el aludido.

—¿Os habéis fijado en el culo de Adam? —nos preguntó Olivia, intentando salvar el incómodo silencio—. ¿Desde cuándo tiene ese culo tan apetecible?

Las cuatro chicas ladeamos la cabeza y miramos lascivas el culo de Adam.

—Muy buen culo, sí —opinó Pear.

—Yo no le veo nada especial —replicó Brian, molesto.

—Envidioso.

Me reí. Eso es lo que tienen los amigos, te sacan una sonrisa cuando menos te lo esperas. Pero no todo podía ser recibir. Aproveché que mis amigos estaban distraídos hablando de traseros para hablar con Pear.

—Pear.

—Dime, melusina.

—¿Cómo van las cosas con mi hermano?

—Uff, vaya temita para hablarlo ahora en medio de la comida.

—Lo siento, he estado en mi propio mundo. Soy una mala amiga.

—Sí que lo eres, pero te perdono. —Me dio un beso en la mejilla—. Y con respecto a tu hermano... estamos en un punto muerto desde tu accidente.

—Pear...

—No te preocupes, estoy bien.

—No, no lo estás. ¿Qué os ha pasado?

—Durante el tiempo que estuviste en coma, Daniel estuvo... ausente. Intenté acercarme a él para brindarle mi apoyo, pero estaba muy hermético, encerrado en sí mismo. No me dejó aproximarme y yo... lo necesitaba a él. Yo estaba delante cuando ocurrió todo y... En fin, no fue fácil para nadie. Creo que estoy enfadada con él por apartarme. Por una parte, lo entiendo, pero, por otra, me dan ganas de pegarle una patada en las pelotas.

Sí, mi hermano también despierta en mí ese sentimiento a menudo.

—Pear, voy a decirte algo que he aprendido estos últimos meses. Vive el momento y lucha por lo que quieres, bastante dura es la vida como para que la compliquemos más.

—Consejos vendo, pero para mí no tengo.

—¿A qué viene eso?

—¿Crees que no me he dado cuenta de que aún no has pisado el hielo? ¿A qué demonios esperas?

—Eso es diferente.

—¿Ah, sí? Explícamelo.

—Yo... yo no quiero patinar.

Me miró con la ceja levantada. Me conocía demasiado.

—Repítetelo todos los días hasta que te lo creas.

Por la tarde, mi hermano se aproximó a mí. No hablamos del tema prohibido (Will-Sara-Oliver); sería muy incómodo. Si me costaba hablarlo con mis amigos, pues con mi hermano... Por un momento, me entraron ganas de preguntarle por Pear, pero me contuve. Debía dejar que esa relación fluyese a su ritmo.

—Vamos un rato a la pista —sugirió sin preaviso. ¿A la pista? ¿De hielo? ¿Pero qué les había dado a todos de repente con el hielo? ¿Había hablado con Pear?

—¿Para qué?

—¿Tú qué crees? —me dijo, riéndose. Pero no era una risa sincera, estaba tenso—. A patinar un rato. Solo un poco, con calma, un primer contacto con el hielo. Yo te ayudo.

—Daniel.

—Sara —me contestó, con el mismo tono de advertencia.

—No puedo.

—No digas gilipolleces, es hora de que lo intentes, tu rehabilitación ha ido muy bien.

—No, Daniel, no puedo.

—No quieres, lo que no sé es por qué. ¿Me lo explicas?

¿Qué tenía que explicar? No quería enfrentarme a lo que fui una vez y que no volvería a ser. Era demasiado doloroso, era como si me quedara ciega de repente y me ofreciesen un ratito de vista borrosa al día. Prefería no ver nada en absoluto. No sé si era una buena opción, pero era mi opción.

—Ahora no me apetece —mentí. Quería que se fuese y se olvidase del tema.

—Bien, ¿mañana? —insistió.

—Vale, mañana hablamos.

Mis amigos también me apretaban para que fuera a la pista, ni siquiera había ido a ver entrenar a los chicos, era como si una pared invisible me estuviera impidiendo entrar. Ellos seguían insistiendo y yo me negaba. A ver quién se cansaba antes.

Al día siguiente, mi hermano vino en mi busca e intentó convencerme

para que fuéramos juntos a la pista. Qué pesado. Le dije que no me apetecía y me puso mala cara, pero no me dijo nada. Un día después, cuando le insistí en que no me apetecía, no solo me puso mala cara; también me chilló, así, de repente. Creo que estaba desesperado. Y yo, inestable. Bonita combinación.

Pasaron los días y nada cambió. Will ni me miraba, cosa que en el fondo agradecía. Prefería que no me mirase a ver esa expresión de decepción en su rostro. Oliver y él sí que habían tenido que verse las caras en el despacho de la directora. Por lo que me contó Olly, intentó por todos los medios saber el motivo de la pelea, pero, por fortuna, ambos supieron mantener el tipo y estar de acuerdo en la pequeña mentira que se inventaron sobre la marcha. Al parecer, se pelearon porque uno le había mirado mal al otro. ¿Quién empezó? Los dos a la vez. ¿Creíble? No, pero, como nadie había dicho algo diferente a la directora, no le quedó más remedio que castigarlos con una expulsión de quince días. Eso sí, con una advertencia: la próxima pelea, expulsión automática del colegio.

Como la familia de Will vivía en Alemania, la directora aceptó que ambos se quedaran en el colegio.

Las heridas de Oliver se fueron curando día tras día. Todas las noches le hacía las curas y le aplicaba las pomadas. Y todas las noches le pedía perdón.

En cuanto al patinaje, Daniel seguía insistiendo, todos los días sin descanso. Había días que se enfadaba y discutíamos, otros días venía más suave intentando razonar conmigo, pero no conseguía convencerme. Me preguntaba cuándo se cansaría.

No quiero patinar

Entrábamos en nuestra última semana de colegio antes de las vacaciones de Navidad. Will y Oliver seguían sin poder ir a clase. Tampoco es que les importase demasiado. Oliver aprovechó esas dos semanas para pasar más tiempo con sus preciados mapas estelares. Y, en cuanto llegaba el atardecer, se situaba en el telescopio y pasaba así media noche.

Me desperté el lunes por la mañana y no sentí a Olly a mi lado. Abrí los ojos y descubrí que era porque no estaba. Habría ido a correr antes de que nos levantásemos nosotros. Últimamente corría mucho, muchísimo. Empezó con la rutina cuando todavía tenía contusiones por el cuerpo, y en contra de las recomendaciones del médico del colegio.

Me encontré con Adam en la escalinata de la residencia y salimos a la calle para nuestra sesión matutina de *footing*. Yo por fin me había soltado y llevaba varias semanas cumpliendo con mis ejercicios diarios. Corría igual que antes.

Cuando nos encontramos con Oliver, estaba tirado en el suelo intentando recuperar el aliento. Le dijimos que nos esperase ahí descansando hasta que nosotros cogiéramos ritmo, pero no quiso. Insistió en levantarse y acompañarnos, alegando que ya había descansado suficiente. Lo observé; estaba al borde del colapso. Tenía la camiseta empapada y le chorreaba el cabello del sudor. Pero no insistí, porque con Oliver no se puede discutir. Cuando quiere hacer algo, lo hace. Adam y yo nos lo tomamos con calma al principio, para dejar que nuestro loco corredor recuperase la respiración.

Cuando estuvimos satisfechos con el ejercicio y estirábamos los músculos, se aproximó a nosotros Andrew, mi entrenador de patinaje. Había estado evitándolo, lo reconozco. Sabía lo que quería, que volviese a la pista y me pusiera los patines, pero no podía hacerlo. Me daba terror.

—Hola, chicos ¿cómo va todo?

—Bien —contestamos los tres, a la vez. A poco explicativos no hay quien nos gane.

—Eso está bien. ¿Cómo van los entrenamientos? —preguntó a los chicos.

Mis amigos le explicaron en qué punto de la liga se encontraban; Andrew mostraba excesivo interés y, claro, ellos se emocionaban y seguían a lo suyo.

Mierda. Así, como quien no quiere la cosa, habíamos entrado en el tema *pista de hielo*. Intenté alejarme para que no me tocara la conversación, pero era demasiado tarde.

—¿Y tú, Sara?

«Ya estamos».

—Yo, ¿qué? —Me hice la tonta, aunque no me serviría de nada.

—Quedan dos meses para el campeonato intercolegial de patinaje, estás a tiempo de presentarte, ¿qué me dices?

¿Qué? ¡Estaba loco! Yo no quería ni pisar la pista y él pretendía que me presentara a un campeonato.

—No puedo competir.

—¿Quién lo dice?

—Mi cirujano.

—Eso no es cierto, he hablado con él y me ha explicado lo que habló contigo. No puedes dedicarte al patinaje de manera profesional, pero sí puedes participar en algún torneillo de menor escala.

Yo no dije nada, solo quería que me dejase en paz. Repetí en mi interior: «¿Presentarme al torneo? Ni de coña».

—Sara, nadie dice que tengas que ganar, es solo para que vuelvas a la pista a patinar. ¿No crees que ya es hora?

Yo continué sin contestar.

—Sara —ahora era Adam quien me increpaba—, solo inténtalo y a ver qué pasa, nosotros te acompañamos. Vamos, entramos en el hielo y patinamos por diversión, como en los viejos tiempos.

Esos viejos tiempos no volverían. ¿Acaso era yo la única que lo entendía?

—No quiero.

—¿Por qué? Tu pierna está bien, hace tiempo que has vuelto a correr con normalidad y estás recuperando tu vida.

—Es el último paso que te queda —Entonces era Oliver quien me animaba. Maldito traidor tocapelotas.

Pero yo no podía hacerlo, no sé por qué no lo entendían. ¿Por qué insistían tanto? Que se fueran haciendo a la idea de que no volvería a patinar, como había hecho yo. Hay muchísimas otras cosas que hacer en la vida, ¿no?

—Dejadme en paz. No quiero competir, ¿es que no lo entendéis? —Me di media vuelta y corrí hacia el colegio.

Mientras me duchaba, pensaba en todo lo que había pasado desde el accidente. Y reconozco que echaba de menos la pista. A lo mejor podría ir

solo a mirar. La última vez que fui, fue el día que el doctor Murray me dijo que no podría patinar. Ese tipo de cosas no se olvidan, te marcan de por vida y te crean fobias e inseguridades.

Después de las clases, fui a la pista y me senté en las gradas, en primera fila. Es donde solía sentarme cuando venía a animar a mis chicos en los entrenamientos. Observé a la gente; había varias patinadoras entrenando giros y algún que otro jugador de hockey. Me quedé ahí sentada durante horas. La gente entraba y salía, pero yo permanecía ahí observando todo.

Will

Llevaba más de media hora buscando a Dan y no lo encontraba. Al final me decidí por la pista de hielo. La había dejado para el final por motivos obvios, no quería cruzarme con Aston ni con Sara. Dolía demasiado. Y verlos juntos me mataba.

Entré, y lo descubrí apoyado en la pared mirando hacia las gradas. Estaba muy concentrado. Me acerqué a él y le palmeé el hombro para que saliese de su mundo particular.

—¿Qué pasa, Dan? ¿Qué haces sujetando la pared?

—Mi hermana —señaló con la cabeza hacia la primera fila de las gradas—, no quiere patinar. Tiene miedo. He intentado de todo, pero nada.

Lo sabía. Sabía que me encontraría con ella. Y no es porque parase demasiado por la pista, pero tenía la intuición de que ese día estaba allí. Dan me había contado en alguna ocasión que intentaba que su hermana volviera a patinar. No pensé que Sara pasaría por esta situación, di por sentado que, en cuanto regresara de la operación, patinaría de nuevo. Es lo que había hecho siempre. Lo que más le gustaba hacer en la vida. Eso y acostarse con su mejor amigo, claro. Joder, no me aguantaba ni yo, si pudiera me patearía el culo. Pensaba en cómo la ayudaría yo de seguir juntos... «No, Will, no es asunto tuyo. Ni lo pienses». Miré a Sara y suspiré de alivio, estaba sola.

—¿Qué has intentado? —pregunté a mi amigo. Solo por curiosidad. Sí, sí, solo por curiosidad.

—Te juro que lo he probado todo, mil maneras diferentes de convencerla, pero no se atreve a ponerse los patines.

—Quizá no habéis tocado la tecla adecuada, ¿quieres que lo haga yo? Total, a mí ya me odia. —«¡Mierda! ¿De dónde coño ha salido eso? ¿Qué parte de no es asunto tuyo es la que no has entendido, Will?».

—Will, no quiero llegar a esos extremos, mi hermana desde el accidente está inestable, no la quiero presionar.

—Chorradas, lo que pasa es que vosotros os empeñáis en tratarla como si fuera una jodida muñeca de cristal que va a romperse en cualquier momento, pero no es así. Sara es fuerte, joder, puede tener muchos defectos, pero la debilidad de mente no es uno de ellos. —«Bah, estaba claro desde el principio que iba a involucrarme. Soy un puto pringado».

—Bien, tú mismo. Inténtalo.

«Lo hago por ayudar a mi mejor amigo, no porque sea un puto pringado. Joder, ¿a quién coño quiero engañar?».

Miré a Sara y fui caminando hacia ella con decisión. Mientras caminaba, pensaba en qué decirle. Joder, me odiaría aún más, pero era necesario. Llegué hasta ella y me situé enfrente, apoyado en la barandilla que separa los asientos de la pista. Le tapé la visibilidad, y, así, no tenía más remedio que mirarme.

—Hola, Sarita. Me ha dicho un pajarito que no te presentas a la competición. Tanto ruido con la dichosa operación, ¿para qué?

—Ahora no, Will.

—No sé de qué se sorprende la gente. Yo lo veía venir. —Tenía toda su atención. «Hazlo, Will. No te echas atrás, no la mires a los ojos, di lo que has venido a decir y lárgate»—. Siempre acabas fracasando en todo lo que haces. Nuestra relación, los campeonatos de patinaje, ¿cuándo fue la última vez que ganaste algo? Ni me acuerdo, entre apuestas y accidentes. Y no nos olvidemos del piano, ya ni siquiera eso haces bien. No te preocupes, Sarita, yo entiendo que te hayas vuelto una cobarde.

La expresión de dolor que cubrió su rostro me destrozó por dentro. «Perdóname, Sara». No podía verla; me di media vuelta y me marché. No había dado ni diez pasos cuando mi mejor amigo me enfrentó.

—¿No te has pasado?

—No. Deja que mis palabras hagan mella en ella y la ciegue la rabia. Volverá a patinar o, al menos, a intentarlo. Vigílala de cerca.

Me fui con el corazón destrozado. Puta vida.

Sara

Me quedé petrificada cuando Will se fue, después de lo que me dijo. Mi primer pensamiento fue enfadarme con él, chillarle y desahogarme. Estuve a punto de dar el paso, pero decidí calmarme. Entonces pensé. Pensé en lo dolido que tenía que estar Will para decirme esas cosas tan horribles. Le había hecho un daño irreparable. Nuestra relación era insalvable, no quedaba nada de lo que fuimos, ahora solo éramos capaces de hacernos daño. No, no podía enfadarme con él porque no tenía la culpa, solo intentaba curar sus heridas y, si para ello era necesario que me usase como saco de boxeo, lo aceptaba.

Además, tenía razón, había fracasado en todo en la vida. Y por eso no quería patinar, no quería sumar un fracaso más. Pero no era una cobarde. Eso sí que no. Siempre me había enfrentado a lo que viniera (solo había una excepción: Oliver) y nunca había agachado las orejas, no era ese mi carácter. ¿Es posible que estuviese siendo una cobarde y que lo estuviera disfrazando con el miedo?

Seguí pensando en ello mientras me encaminaba a la salida de la pista. En la puerta, me crucé con mi hermano. Percibí cómo titubeaba, no sabía qué hacer, no sabía cómo tratarme, ¿habría escuchado lo que me había dicho Will? ¿También pensaba que era una cobarde? Le ahorré el incómodo momento de decidir si decirme algo o no saludándolo con un asentimiento de cabeza y dejándolo atrás. No me siguió.

Los dos días siguientes fueron horribles, no hacía más que repetir y repetir en mi cabeza las palabras de Will.

La noche del miércoles, mientras estaba tumbada en la cama, me di cuenta de que debía tomar una decisión: o intentar patinar o no hacerlo nunca. Me movía en la cama porque no podía concentrarme. Me levanté y fui al armario. Cogí un pantalón de deporte negro y una sudadera a juego y me cambié de ropa a oscuras. Cuando me ponía las playeras Adam se despertó.

—¿Sara?

—Sí, tranquilo. Estoy bien.

—¿Qué haces? —Se levantó de la cama y me vio calzándome—. ¿A dónde vas a estas horas?

—A pensar.

—¿No puedes pensar aquí?

—No. No puedo, Adam. Voy a airearme y vuelvo, no te preocupes. —Le di un beso en la mejilla. No sabía qué decisión tomar, pero estaba segura de que quería hacerlo sola.

—Está bien. No tardes.

Abrí la puerta de mi habitación y me fui. Cuando salí a la calle, el viento gélido me azotó en la cara; no esperaba que hiciera tanto frío. No me había abrigado demasiado, por lo que corrí hasta el polideportivo. Abrí con mi llave y fui directa a la pista de hielo. Lo primero que hice nada más entrar fue ir a los vestuarios, abrir mi taquilla... y allí me esperaban: mis patines. No había decidido aún meterme en la pista a patinar, pero, por si acaso, los cogí. Y porque me apetecía verlos. No los había tocado desde el accidente, sabía que estaban ahí, pero no había querido acercarme. Hacía siete meses que no patinaba.

Salí a la pista y me senté en la primera fila de las gradas. Estaba en penumbra. Solo había encendido las luces, que se proyectaban sobre el hielo como charcos de luz. Apoyé la bolsa con los patines en la butaca de al lado. Dejé la mente en blanco, debía tomar la decisión y aceptar las consecuencias.

Si decidía no hacerlo, se acabaría para siempre. Hablaría con mi familia y les pediría, por favor, que aceptasen y respetasen mi decisión de no volver a patinar. Y, si decidía hacerlo... aceptaría lo que viniese, aceptaría que no volvería a ser lo que fui, pero que, a pesar de ello, podía seguir con mi gran pasión como un... ¿*hobby*?

Flexioné mi rodilla izquierda y apoyé la barbilla en ella. Miré hacia la pista. Permanecí así bastante tiempo. ¿Una hora? ¿Dos? No sabía qué hacer. Estaba aterrorizada. Tal vez, si pisase el hielo, podría sentir mejor a lo que me enfrentaba. Sí, eso haría. Saqué los patines de la bolsa y me los puse. Di el último tirón al cordón y cogí aire.

Me puse de pie y entré en la pista. Las gradas quedaban ocultas por la oscuridad, solo estábamos el hielo y yo. Mi primer contacto con él fue extraño, era como si nos conociéramos de toda la vida, pero a la vez fuera la primera vez que nos veíamos. Sin embargo, no me sentía insegura, todo lo contrario, pisé con fuerza y fui patinando despacio hasta el centro.

«Y ahora, ¿qué?».

Intenté recordar la primera vez que me había puesto unos patines, pero no pude. Desde que tengo uso de razón había sabido patinar. Era demasiado pequeña como para acordarme, tenía tres años. Me quedé de pie, quieta, y me

vinieron miles de imágenes diferentes a la cabeza. Mis entrenamientos, los campeonatos, los premios que empecé a ganar desde los ocho años, jugando al hockey sin reglas con mis chicos, haciendo el gamberro sin más... Eran tantos los recuerdos.

Recordé un día en especial; un día de entrenamiento en el que bajé a la pista a jugar con los chicos. Me tocó en el equipo con Adam y jugábamos contra Oliver, Marco, Brian y Daniel. Era un reto. Teníamos todas las de perder, así que decidimos atacar los puntos débiles de Oliver; de algo tenía que servir ser sus mejores amigos. El plan era situarme enfrente de la portería contraria y que Adam me pasara la pastilla; yo empezaría a dar vueltas para despistar a nuestro portero favorito hasta parar de golpe y colarle el disco por la derecha, que es su talón de Aquiles. Así lo hicimos y, por supuesto, metí gol y lo celebré con Adam. Oliver se enfadó y decidieron que lo mejor era atacarme a lo bestia y hacerme caer. Mi hermano se prestó voluntario para la hazaña, ¿quién si no? Estuvimos varios minutos peleando entre nosotros mientras él intentaba tirarme.

No pudo hacerlo, por más que lo intentó todo, pero, cuando desistió y me dejó tranquila, Olly me hizo la zancadilla por detrás y caí. A partir de ese momento, nos volvimos locos y empezamos a perseguirnos los unos a los otros por la pista. El partido quedó en segundo plano. Fue un gran día. Es uno de los recuerdos más bonitos que tengo.

No podía dejar que esas imágenes fueran solo recuerdos.

Quería volver a vivirlas.

Tomé la decisión: quería intentarlo.

23

Entrenar

Por primera vez desde que había entrado en la pista, fui consciente de la música que sonaba de fondo: *Wind of Change*, de Scorpions. Empecé a patinar con temor, con mucho cuidado, igual que si anduviera por encima de una placa de hielo que podría resquebrajarse en cualquier momento. El problema: no estaba segura de qué era lo que podría resquebrajarse, si el hielo o yo.

Me recorrí patinando toda la pista de arriba abajo, pero sin saltar y sin hacer giros. Era lo que más miedo me daba, prefería en primer lugar familiarizarme con el hielo.

Continué patinando, relajada (y a la vez con el corazón a mil por hora), durante unos minutos, hasta que me di cuenta de que debía saltar; tenía que descubrir si era capaz de hacerlo. Me preparé, empezaría por uno pequeñito, sencillo: un *salchou*. Patiné marcha atrás y dibujé círculos con mis pies, tomé impulso y... me arrepentí en el último momento.

«Mierda».

Lo intenté un par de veces más, pero nada, en el último segundo algo me frenaba. Aun así, no me rendí. Podía estar así horas y horas, estaba dispuesta a ello, lo intentaría las veces que hiciera falta, como si era necesario que lo intentase un millón de veces, estaba segura de que en algún momento mi cuerpo saltaría.

Will

Estaba tumbado encima de la cama compadeciéndome de mí mismo cuando llamaron a la puerta de mi habitación. Miré la hora y vi que eran las doce de la noche. Joder, ¿quién coño llamaba a esas horas? Me levanté cabreado y abrí. Era mi mejor amigo quien me esperaba al otro lado.

—Me ha llamado Adam. —Lo miré esperando que continuase, estaba claro que tenía algo más que decir, algo relacionado con Sara. No creí que Adam llamase a Daniel para hablar sobre el tiempo—. Mi hermana ha ido a la pista de hielo.

Los dos sabíamos lo que significaba aquello. Que mis palabras habían surtido el efecto deseado.

—¿Me acompañas?

—No creo que quiera verme allí.

—No nos va a ver.

En ese caso, acepté. No me lo perdería por nada del mundo.

—Pasa, me voy a vestir.

—Tranquilo, hay tiempo. Lo meditaré hasta la saciedad antes de lanzarse.

Me puse unos pantalones vaqueros, los primeros que pillé, y un jersey. Cogí una chaqueta y salimos.

Cuando llegamos al polideportivo, comprobamos que estaba abierto. Sara siempre lo dejaba abierto cuando venía por las noches, así sus amiguitos de los cojones podían entrar a patinar con ella. Según me vino la imagen de Oliver Aston, la expulsé de mi cabeza. No podía pensar en eso. No era el momento. Bastante me había amargado ya la existencia.

Dejamos los vestuarios atrás y entramos en la pista, que estaba en penumbra. Solo se iluminaba el hielo. Miramos hacia las primeras filas y allí estaba ella. Pensativa. Temerosa. Deseé poder meterme en su cabeza para darle ánimos. Deseé que las cosas fueran diferentes entre nosotros. Y deseé que no se hubiera acostado con su mejor amigo. Hablando del demonio, no debía de andar lejos. Si Adam había tenido la decencia de avisar a Dan, sin duda había avisado a toda la jodida caballería.

Dan me guio hacia uno de los extremos y nos quedamos allí, apoyados en la pared hasta que Sara decidiese hacer algún movimiento, si es que decidía hacerlo. Con ella nunca se sabe. Es imprevisible. Actúa por impulsos, sin

detenerse a pensar primero. Es una de las cosas que más me gusta de ella, su espontaneidad, pero también es una de las cosas que más odio.

Alrededor de una hora después, se inclinó hacia el suelo y cogió la bolsa de los patines. Dan y yo nos miramos sin decirnos nada: había llegado el momento. Se tomó más tiempo de lo habitual en atarse los cordones, estaba inquieta.

Entró en la pista, despacio, y se situó en el centro. Se quedó allí parada y no hizo más movimientos. «Venga, Sara. Ya que has llegado hasta aquí ahora no te puedes echar atrás». Permaneció unos minutos sin moverse y, cuando creí que no podría hacerlo, empezó a patinar. Patinaba de manera lenta, segura, sin florituras. «Tendrá que acostumbrarse al hielo».

Después de varios minutos de toma de contacto con la pista, intentó saltar, pero en el último momento se acobardó. Unos segundos más tarde, lo intentó por segunda vez, pero tampoco lo consiguió.

—Suéltate ya —pronuncié en voz alta. Dan me miró y suspiró con impaciencia.

Lo intentó varias veces más, sin éxito. No era poco lo que había conseguido, había entrado en la pista, había patinado. Cuando creí que no saltaría, atisbé un cambio en su actitud, en su postura. La había visto patinar tantas veces que detectaba cada movimiento que hacía, había determinación en su postura, en su actitud. Aceleró y... ¡saltó!

—¡Sí! —murmuramos Dan y yo al unísono.

Una vez hizo aquel salto, ya no hubo quien la parase, empezó a combinar saltos, uno detrás de otro. Se atrevió incluso con saltos más complicados, hizo un *axel* y después un doble *axel*. El miedo había desaparecido.

«Muy bien, Sara».

Escuchamos ruidos del otro lado de las gradas y vimos cómo bajaban por las escaleras todos sus amigos aplaudiendo, chillando y silbando. Sara se giró, por el alboroto, y se sorprendió al verlos allí. Pensaba que estaba sola.

Adam fue el primero en llegar hasta ella, la cogió en volandas y la abrazó con fuerza. Los demás se unieron al instante y se abrazaron todos. «Precioso». Yo debería estar ahí. Pero no lo hacía, porque me cabreeé tanto con el asunto del jodido Aston que no medí las consecuencias. Porque, aunque me corroyese por dentro, cuando sucedió, ella y yo estábamos enfadados, ella pensando que yo la había engañado y yo cabreado con su actitud errática.

Creí que lo podríamos haber superado juntos, pero ya era demasiado

tarde. Quería a Sara, pero la odiaba a la vez. No sabía lo que pasaba con Aston, en qué punto se encontraban, pero todo parecía indicar que se habían olvidado de lo que ocurrió y que seguían con sus vidas como amigos. Yo rezaba todos los putos días para que fuera así. Para que no se enamorase de él. Para que no fueran felices juntos. Ni separados. Porque lo que deseaba era que Sara fuera infeliz y se diera cuenta de que solo conmigo volvería a estar plena.

Los amigos de Sara la seguían felicitando; entraron sin patines y hubo más de un resbalón. Vi de refilón cómo se abrazaban Aston y Sara. Suficiente. Decidí marcharme.

—Ve con ellos —animé a mi amigo.

—No, prefiero dejarla que lo disfrute con los suyos.

—Tú eres uno de los suyos, Dan. No te pierdas este momento. Vete y abrázala por mí. Por favor.

—Will...

—Estoy bien.

—De acuerdo.

Me quedé parado viendo cómo mi amigo se dirigía hacia ellos. Cuando Dan llegó hasta Sara, la sujetó por los hombros y la giró para verla de frente. Vi la enorme sonrisa que tenía en la cara. La atrajo hacia sí y se abrazaron. Sonreí. Era bueno verlos así y no peleando.

—¡Vamos a ponernos los patines! —Escuché decir a Brian.

Se me rompió el alma por no poder vivir ese momento con ella. Otra experiencia que no habíamos podido compartir juntos. La odié por ello. Me escabullí, sin que me vieran, hacia la salida.

Sara

Estaba feliz, no me podía creer que estuviera patinando. No todo estaba perdido. Cogí prestado el teléfono de Daniel y llamé a mi padre y a mi hermano Alex para compartirlo con ellos. Mis amigos ya estaban allí. Y Daniel. Solo me faltaba Will. El instinto me hizo girarme hacia atrás y mirar hacia uno de los extremos de la pista, había alguien allí. ¿Era Will? No, lo más probable era que fueran imaginaciones mías.

Me quedé sola en la pista mientras todos salían a ponerse los patines tras la sugerencia de Brian. No podía dejar de sonreír y de patinar. Quería patinar toda la noche.

La pandilla entró en la pista con los patines puestos. Mi hermano venía con ellos. Su presencia hacía que ese momento fuera aún más perfecto. Era como si no hubiera pasado el tiempo, como si no hubiera existido el accidente. Los observé con disimulo, a él y a Pear. Parecían animados y juraría que incluso tonteaban. Sí, tonteaban, la actitud coqueta de Pear y las miraditas de mi hermano lo confirmaban. «No la dejes escapar, Daniel. No hagas las cosas tan mal como yo».

Sentía los músculos agarrotados, tendría que practicar todos los días para acostumbrar a mi cuerpo. Lo estaba deseando.

Nos pasamos casi toda la noche en la pista: jugando, riendo, disfrutando.

Al día siguiente, casi no podíamos ni levantarnos. Por suerte, era el último día de clase antes de las vacaciones de Navidad, así que apenas había clases. Todo el mundo andaba frenético preparando maletas y organizando el vestuario para asistir al concierto de Navidad.

No sé cómo, pero Andrew sabía que la noche anterior había empezado a patinar. Le faltó tiempo para venir a animarme a inscribirme en el campeonato.

—Andrew, es una locura. Apenas he empezado a patinar, no me da tiempo a preparar un campeonato.

—Sara, no quiero que te apuntes para ganar, quiero que lo hagas para disfrutar del momento y aprovechar el que con toda probabilidad sea el último campeonato al que puedas asistir.

Al año siguiente iríamos a la universidad y tendría que dejar apartados los patines. El cuerpo me dio una sacudida solo de pensarlo.

—No lo sé, Andrew.

—Vamos, Sara. Anímate, sin tomártelo en serio. Hazlo por diversión. Disfruta patinando como siempre has hecho. —Sonrió. Estaba a punto de convencerme y lo sabía—. Vamos a hacer una cosa —propuso—, empezaremos con calma, aún hay tiempo para apuntarse y dentro de un mes vemos cómo vamos. ¿Te parece?

Era cierto que sería mi último campeonato. La última oportunidad para patinar enfrente del público. El final de una etapa. Tenía que hacerlo, por mí. Sonreí.

—Está bien, me has convencido.

—¡Esa es mi chica! Eres una luchadora, Sara. No te vas a arrepentir. Disfruta de las navidades y vuelve con las pilas cargadas. Voy a dedicar todo mi tiempo a tu entrenamiento.

Lo abracé, agradecida, y nos dimos un beso de despedida. Volvería con las pilas cargadas, eso era un hecho.

En el concierto de Navidad, me senté junto a Pear. Fui consciente de que deseaba contarme algo, pero no podía porque estábamos rodeados de gente.

—Venga, suéltalo ya —le dije, muy bajito, cerca del oído. Ella sonrió, aun sin mirarme, y se hizo la interesante—. ¡Si lo estás deseando!

—No, lo estás deseando tú, cotilla.

Cierto. La había notado especialmente contenta toda la mañana y quería saber la razón. Algo me decía que algún miembro de la familia Summers tenía algo que ver.

—Está bien, pesada, te lo voy a contar. —Puso los ojos en blanco y miró en derredor, comprobando que todos miraban ensimismados el concierto—. Ayer decidí hacerte caso y, cuando salimos de la pista, me fui directa a la habitación de Daniel.

Dejó de hablar para darle más morbo al asunto.

—¡Sigue contándome! No me dejes así. ¿Te abrió la puerta y te dejó entrar para que hablaseis?

—No. Me abrió la puerta y me lancé a darle un morreo de los buenos. Casi me lo como allí mismo.

—¡Sí!

—¡Cállate! —Miré hacia todos lados y sonreí con cara de circunstancias a toda la gente que nos miraba—. Y luego soy yo la escandalosa.

—¡Es que es genial, Pear! Entonces, ¿estáis juntos?

—No lo sé. De momento, hemos vuelto a ser «amigos con derecho a

beneficios sexuales» —me lo dijo con la sonrisa más inmensa del mundo. Y yo le devolví el gesto. Por fin, las cosas empezaban a ir bien.

La noticia de mi vuelta a la pista cayó con mucha alegría en mi familia y en las familias de mis amigos.

En navidades, fuimos a los Alpes, siguiendo la tradición. Fueron unas navidades diferentes. Las viví de otra manera. Disfrutando cada momento y agradeciendo a la vida que me hubiera concedido una nueva oportunidad.

En el pueblo de Saas Fee hay una pista de hielo. Me pasé todos los días de mis vacaciones practicando con los patines, reencontrándonos y acostumbrándonos el uno al otro. Se pasaron los días volando y, antes de darme cuenta, tocaba regresar al *Crowden*.

Volví al colegio emocionada. Tenía una par de meses escasos para prepararme para el campeonato. Estaba muy animada. Tenía ganas de entrenar a todas horas, quería demostrarle al mundo entero que había vuelto.

Que Sara Summers había vuelto.

Descubrimientos

Los meses de enero y febrero fueron frenéticos. Apenas quedaban cuatro semanas para los exámenes y seis para el campeonato. Los días se me fueron patinando y estudiando muchísimo. Tenía que ponerme al día con mis compañeros. Todavía me costaba memorizar las cosas como antes, pero mejoraba día a día.

A principios de febrero, Andrew y yo decidimos que me inscribiera en el campeonato de patinaje. Como cada año, la primera eliminatoria era en el *Crowden*, lo que me daba ventaja. Estábamos preparando un gran número. Mi pierna respondía bien y me sentía satisfecha con los avances que había hecho.

Los exámenes nos fueron bien a toda la pandilla y estábamos inmersos en la elección de la carrera universitaria para el año siguiente. Natalie lo tenía claro, quería estudiar Medicina, al igual que su padre, y Moira sería enfermera. Olivia quería estudiar Filología y Marco, Ingeniería.

El resto no lo teníamos tan claro. Brian y Pear dudaban entre varias opciones, y mis dos mejores amigos y yo... no teníamos ni idea. Lo que teníamos casi todos claro era que queríamos ir a la misma universidad, la de Edimburgo. No es que fuera la decisión más madura, pero queríamos estar juntos y, además, esa universidad ofrece una amplia gama de estudios universitarios y está muy bien considerada.

En plena clase de historia, la directora Peters irrumpió con varios profesores y nos entregó la documentación que necesitábamos rellenar para la inscripción en la universidad. Tocaba decidir. No era justo que tuviera que cerrar en ese momento a qué me dedicaría durante el resto de mi vida, no estaba preparada para tomar una decisión así. No sabía qué quería hacer, no sabía quién quería ser.

—Adam, ¿qué vas a poner? —le pregunté, para ver si me daba alguna idea.

—Ni pajolera idea, mis padres quieren que estudie Derecho para que algún día herede el despacho familiar. Pero no me apetece una mierda. ¿Tú qué vas a poner?

Negué con la cabeza. Hasta que se me ocurrió una idea.

—Si quieres nos apuntamos los dos a Derecho, así estaremos juntos.

Sé que no fue una decisión responsable, pero estudiar Derecho no me disgustaba. Y estaría con Adam.

—¿Qué cuchicheáis? —nos interrumpió Oliver.

—Creo que vamos a apuntarnos los dos a Derecho. ¿Y tú?

—No lo sé.

—Podemos apuntarnos los tres a lo mismo.

—Me parece bien.

Y así fue como decidimos estudiar los tres la carrera de Derecho. Desde luego, no fue la decisión más meditada y madura del mundo. En aquel momento, nuestros estudios universitarios poco nos importaban.

La semana del campeonato, tenía los nervios a flor de piel. Estaba preparada, pero asustada a la vez. Nunca lo había estado tanto. Siempre había estado muy segura en la pista, pero ya no.

Cada pocos minutos, necesitaba ir al baño a mojarme el rostro y despejarme. Si hubiera sabido lo que acarrearía una de mis múltiples visitas al servicio... no habría ido.

Me miraba en el espejo mientras me ajustaba la coleta, cuando entró una alumna. Era una compañera de clase de Daniel. Apenas habíamos hablado en los nueve años que llevaba estudiando en el colegio; no por nada especial, no habíamos coincidido. En cuanto la vi entrar, supe que algo sucedía. Temblaba y tenía los ojos rojos e hinchados de llorar.

—¿Estás bien?

Ella ni me miró. Intenté recordar su nombre. Kelly. La cogí del brazo, a la vez que volvía a intentar entablar conversación con ella.

—Kelly, ¿estás bien?

Dio un respingo cuando notó mi contacto; ni me había visto al entrar en el baño.

—¿Qué?

—Que si estás bien, tienes mala cara. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No, gracias. Estoy bien.

No lo estaba. No quise darme la vuelta y dejarla sola con su problema porque se veía que necesitaba ayuda. Insistí.

—Ya sé que no somos amigas, pero puedes contarme lo que sea, quizás pueda ayudarte. A veces resulta más sencillo hablar con desconocidos.

—Nadie puede ayudarme, van a expulsarme del colegio y mis padres me van a matar.

Rompió a llorar. La abracé.

—Tranquila, Kelly, todo tiene solución. Te lo aseguro.

—Estoy embarazada.

Vaya, eso no me lo esperaba.

Tessa

Estaba en el baño, frustrada por los últimos acontecimientos. Nunca imaginé que Summers fuera capaz de apuntarse al campeonato de patinaje. Se suponía que no podía patinar, pero ahí estaba, entrenando a tope y mejorando día a día.

Necesitaba tranquilizarme, era imposible que me ganase, había perdido demasiados entrenamientos y no estaba al cien por cien. No tenía nada que temer. Ese año el campeonato sería mío, como el año anterior.

Un sonido en la puerta me sacó de mis pensamientos. Alguien había entrado en el baño. Esperaría a que saliera, no me apetecía cruzarme con nadie. Poco después, oí entrar a otra persona y me pareció que alguien sollozaba. Antes de que me diese tiempo a reaccionar, escuché la voz de Summers. Bendita casualidad.

Preguntó a la alumna desconocida qué le pasaba. Kelly, la llamó Kelly. ¿Kelly? Mmm, sabía quién era. Seguí jugueteando con el móvil porque me importaba una mierda lo que le pasase a esa chica, hasta que oí algo que me hizo poner el oído.

—*Estoy embarazada.*

¿Perdona? ¿Embarazada? No sabía ni que tuviera novio. Empezaron a hablar entre susurros, pero pude escuchar cómo Summers intentaba calmarla.

—*¿De cuánto crees que estás?*

—*Tres semanas. Me van a expulsar en cuanto se enteren en Dirección.*
¿Qué voy a hacer?

Más lloros y más sollozos. Puse los ojos en blanco. Qué pesadez.

—*Estás de muy poquito y quedan menos de cuatro meses para que acabe el curso. No tienen por qué enterarse, si es que decides seguir adelante.*

—*No sé qué hacer.*

—*¿Tienes a alguien a quien acudir?*

—*Sí, mi hermana mayor. Vive con su marido en Londres.*

...

Dejé de escuchar. No necesitaba saber más. Al parecer, Summers la había convencido para que no dijera nada; lo ocultaría hasta que acabase el curso para así poder graduarse en el *Crowden*. Si la expulsasen en aquel momento, figuraría en su expediente. En cambio, si lo ocultaba, su expediente estaría

impecable y podría tomarse un par de años sabáticos e ir más tarde a la universidad. Bien pensado, aunque no me gustaría verme en su pellejo.

Claro que todo ese plan dependía de que nadie se enterase de la verdad, y resulta que yo me había enterado. De momento, lo mantendría en secreto, podría serme útil en el futuro.

Para que luego digan que escuchar detrás de las paredes es una pérdida de tiempo. Para mí, era mi pasatiempo favorito.

Sara

Había regresado al hielo después de acompañar a Kelly a la cafetería de la pista para que se tomara algo caliente. Pobre Kelly. Estaba muy asustada. Deseé que todo le saliera bien y que pudiera ocultar su embarazo hasta que acabasen las clases. Sería una faena que la expulsaran en los últimos meses de colegio.

Un par de horas después, di por finalizado mi entrenamiento; estaba agotada. Llamé a Olly para comprobar si ya me esperaba en mi habitación. Me contestó al cuarto tono.

—*Hola.*

—*Oliver.*

—*Dime.*

Resoplaba.

—¿Qué te pasa?

—*Nada.*

—¿Por qué parece que te falta el aliento?

—*Porque estoy corriendo.*

¿A las diez de la noche?

—Yo me voy ya a la cama, estoy rendida.

—*Vale, ahora voy, nos vemos allí.*

Cuando apareció por mi habitación, venía completamente sudado, el pelo le goteaba y lo tenía pegado a la frente, tenía pinta de haberse echado una botella de agua por encima. ¿Qué le pasaba para que se diese esas palizas corriendo? Se quitó la camiseta y las playeras y las dejó tiradas en el suelo. Al girarse para irse a duchar, no pude evitar mirarle la retaguardia. «¡Mira para arriba, mira para arriba, Sara. Deja de mirarle el culo!». Decidí que lo mejor era que me metiese en la cama, me esperaban unos días muy duros, quedaban tres días para el campeonato. No me permitía pensar en ninguna otra cosa.

Llegó el día del campeonato, y me levanté más tranquila de lo que esperaba. No tenía ni las esperanzas ni la intención de ganar. Esa vez no. Tan solo quería vivir la emoción de una competición por última vez. Mi última

competición.

—¿Tienes tus patines? —me preguntó Adam cuando terminábamos de desayunar.

—Sí, he dormido con ellos, por si acaso. —Después de lo que hizo Tessa la última vez, no pensaba arriesgarme.

—Chica lista.

Nos dirigimos a los vestuarios de la pista, donde tenía preparado mi traje para la competición. Era azul clarito y tenía un lazo rosa en la cintura que se ataba por la espalda con una lazada.

Cuando salí, todos mis seres queridos vinieron a abrazarme y a darme besos. No faltaba nadie. Mi padre, mis hermanos, mis amigos y las familias de Adam y Oliver (faltaba Will... pero ya lo había dado por perdido). Las tres hermanas pequeñas de Adam estaban emocionadas, la más pequeña aún no había entrado en el *Crowden* porque apenas tenía cinco años, pero las otras dos, de ocho y once años, se habían apuntado ese año a patinaje sobre hielo. Supongo que ver a tu hermano mayor y a sus amigos todo el día en el hielo influye para que te guste más.

Desde el jurado, nos indicaron las posiciones de salida. Cada año competíamos los mismos colegios y cada colegio contaba con dos candidatas. Nos había tocado a los alumnos del *Crowden* los primeros. Yo tenía el tercer turno.

Mientras esperaba, intenté relajarme. Quería disfrutarlo. Cuando sonó mi nombre, me acerqué a la pista. En cuanto pisé el hielo, sufrí un subidón de adrenalina. No sé si fue porque no estaba allí para ganar, sino para participar, pero bordé el programa. Saboreé cada movimiento y, aunque se trataba de un programa sencillo, por mi problema con la pierna, al jurado le gustó.

Durante la siguiente hora, se fueron sucediendo el resto de patinadoras. A cada cual mejor. Decidí esconderme un rato en los vestuarios hasta que me tocase de nuevo. Me quité los patines y me masajé los pies y la rodilla. Cuando me los colocaba de nuevo, la puerta de los vestuarios se abrió.

Tessa.

Ni en mis más perturbadores sueños me hubiera imaginado lo que ocurriría a continuación.

Intenté ignorarla, pero fue imposible. Había venido a por mí.

—Hola, Summers.

No contesté. No quería discutir. No quería que me estropeará el momento.

—Me tienes sorprendida, muy sorprendida. —No le hice el más mínimo

caso, pero ella insistió con su discurso—. No pensé que podrías mejorar tanto en estos dos últimos meses. Para ser sincera, no entraba en mis planes que te presentaras a este campeonato —suspiró—, pero aquí estás. Y lo estás haciendo bien, demasiado bien. No es que tema que puedas ganarme, sin embargo, comprenderás que no puedo arriesgarme.

Sus últimas palabras hicieron que levantase la mirada hacia su cara. Tenía los brazos cruzados e irradiaba hostilidad. Me levanté de mi asiento y me acerqué a ella. ¿Qué quería decir con eso? ¿Era una amenaza? Pronto lo descubrí.

—¿A qué has venido, Tessa?

—A pedirte que te dejes ganar.

Me reí ante su planteamiento. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Bastará con una caída aparatosa de la que no te puedes levantar. Eso te restará los puntos necesarios para asegurarme la victoria.

Pero ¿hablaba en serio?

—Estás loca, Tessa. ¿De verdad has llegado a creer en algún momento que aceptaría semejante locura? Estás peor de lo que aparentas.

—No pensé que fuera a ser sencillo, pero resulta que tengo una baza.

Escuché con atención. Estábamos muy cerca la una de la otra. Podría golpearla y amordazarla, meterla en un coche y que se la llevaran lejos. Un problema menos. «No, Sara, sabes que eso no va a pasar».

—Tengo la sensación de que siempre estoy en el lugar y en el momento indicado. El otro día te escuché hablar con Kelly en el baño, sé que está embarazada y que va a *intentar* —enfaticó esa palabra— ocultarlo hasta que acabemos el curso y así tener un expediente perfecto para cuando quiera ir a la universidad en un par de años. Lástima que ese estupendo plan no dependa de ella.

—¿A dónde quieres llegar?

—Déjate ganar, Summers. O te prometo que voy donde Peters y se lo cuento todo.

No sería capaz de hacer algo así. Me negaba a pensar que involucraría a esa pobre chica en nuestros problemas.

—No te atreverás, ni siquiera tú puedes ser tan mala. Esa chica es inocente, ¿arruinarías su vida solo por ganar un campeonato de patinaje?

—No, no. No te equivoques, Summers. Esa no es la pregunta. La pregunta es: ¿eres tú capaz de hacerlo? Porque depende de ti.

Aquello no podía estar pasando. ¿De dónde venía aquel odio tan profundo

y visceral que tenía contra mí? Estaba dispuesta a llevarse a cualquiera por delante con tal de quedar por encima de mí. La idea del secuestro regresó a mi mente.

—Venga, Summers. Ambas sabemos lo que vas a hacer. No le des más vueltas. No vas a arruinar la vida de esa chica. Tu conciencia no te lo permitiría.

—¿Por qué me odias tanto?

—¿Acaso crees que después de la paliza que me diste me quedaría tan tranquila sin buscar venganza? No, Sarita, haberlo pensado antes de enfrentarte a mí y de tomar lo que no te pertenecía. Y, ahora, me voy; me toca salir en breve.

Me quedé ahí sola, de pie, sin saber qué hacer. Pensando en lo injusta que era la vida. Injusta porque Kelly no se merecía ser expulsada por el capricho de Tessa. Injusta porque yo tampoco me lo merecía.

Los primeros sentimientos que me vinieron eran de pura rabia. Rabia porque mi enemiga se saliese con la suya y rabia porque, si hacía lo que me decía, todo el mundo pensaría que no estaba preparada, que mi pierna había fallado y que no volvería a patinar jamás. Pero, al cabo de pocos segundos, me invadió la tristeza porque, si decidía aceptar el chantaje, la última imagen que tendrían de mí sería cayendo al hielo e incapaz de levantarme.

Antes de que se cerrase la puerta de los vestuarios, Tessa me dio la estocada final.

—Y Summers... que sea una caída convincente.

Porque los sueños, sueños son

Salí de los vestuarios y me dirigí a la pista. Me aproximé a la barandilla y apoyé mis codos en ella. Tessa interpretaba su programa. Miraba hacia ella, pero en realidad no la veía. Estaba perdida en mis pensamientos. Era inútil que me plantease la posibilidad de tener una conversación conmigo misma sobre si aceptar o no el chantaje de Tessa porque, como ella había recalcado, la decisión ya la había tomado. De ninguna manera podía permitir que Kelly fuese expulsada, no si estaba en mi mano evitarlo.

Unos brazos me agarraron por detrás y me cubrieron los ojos con las manos. Oliver. Su colonia inundó todos mis sentidos.

—Olly —susurré con suavidad.

—Me has pillado —me dijo al oído mientras separaba sus manos de mis ojos—. He venido a desearte suerte, eres la siguiente.

Continuaba mirando hacia la pista; sacudí la cabeza para dejar la mente en blanco y le agradecí sus ánimos. Aunque no servirían para nada. Mi moral estaba por los suelos y él lo notó.

—¿Estás nerviosa? —continuó susurrándome al oído.

—Sí —conseguí contestarle.

Oliver me dio la vuelta y se aproximó a mí, juntó su frente con la mía. Me agarró por la cintura. Cerramos los ojos.

—Estate tranquila. Lo estás haciendo muy bien, nena.

Zas. Fue como si me hubieran dado una bofetada. Supuse que, cinco minutos después, no seguiría sintiendo lo mismo.

Su aliento se entrelazó con el mío, nuestros labios casi se rozaron. Durante unos segundos, creí que iba a besarme, hasta que abrió los ojos y se apartó, con demasiada brusquedad, de mí. Me guiñó un ojo y volvió con nuestra gente. Me quedé con una sensación extraña en el cuerpo. Como si deseara ese beso más que nada en el mundo. «No, Sara. Olvídalo».

Un minuto después, escuché mi nombre por los altavoces. Me crucé en la entrada con Tessa, que me sonrió con desdén. Entré y patiné hasta el centro de la pista.

De fondo: *Los miserables, I Dreamed a Dream.*

Sonaron los primeros compases, pero no me moví. Me quedé quieta en

medio de la pista. Quizás lo mejor era que me rindiese, ¿para qué empezar a ejecutar un programa en el que terminaría tirada en el suelo? No merecía la pena. No había ninguna necesidad de alargar la agonía.

Levanté la vista y miré hacia las gradas. Todos me miraron con extrañeza, no entendían por qué permanecía de pie sin moverme. Supondrían que serían los nervios los culpables.

La música seguía sonando.

Mis ojos se encontraron con los de Pear, que me sonrió y me dio ánimos. Una lágrima recorrió mi mejilla. ¿El motivo? No lo sé: frustración, impotencia, tristeza. No quería mirar a nadie, no quería que viesen el fracaso en mis ojos.

Antes de centrar mi mirada en el hielo, me crucé con los ojos verdes de Oliver. Se me cerró el estómago.

Estoy muy orgulloso de ti.

Nos miramos durante unos instantes. Me sonrió y nos comunicamos con la mirada. Sentí su apoyo y su comprensión. Estaría orgulloso de mí hiciera lo que hiciera; en ese momento lo comprendí. Había llegado hasta ahí y eso era lo importante.

Paseé mi mirada por toda mi familia: mi padre, mis hermanos, Adam, Brian, Nick... todos me sonreían. Todos estaban orgullosos de mí.

Tomé una decisión. Cerré los ojos. Patinaría hasta el final, entonces caería para no levantarme, pero no me rendiría antes de tiempo. Lo haría por ellos y por mí. Demostraría, durante unos minutos, que seguía siendo la misma. Y luego se acabaría. Para siempre.

Escuché la música, ya debería haber hecho varios movimientos, por lo que decidí improvisar. Andrew iba a matarme. La melodía era suave, empecé a moverme en el primer «Soñé un sueño tiempo atrás». Mis primeros movimientos fueron suaves, acordes a la pieza. Di vueltas por la pista. Despacio, tranquila. Disfrutando de cada segundo. Porque el tiempo corría en mi contra y había comenzado la cuenta atrás. No quería llegar a cero.

La pieza comenzó a coger fuerza y yo con ella. Empecé con los primeros giros. Comencé a dar vueltas y disfruté de la sensación. Me acordé de cuando Will me preguntó qué se sentía al dar tantas vueltas. Parecía que había sucedido en otra vida. Lo recordaba tan tan lejano. Qué pequeños eran mis problemas por aquel entonces y qué grandes los veía yo. Seguí dando vueltas, mientras el tiempo seguía corriendo sin que yo pudiera evitarlo. Aquella sería mi última actuación y era consciente de que iba a saberme a poco.

En el momento más álgido de la pieza, di el primer salto: triple *axel* y, tras aterrizar, lo combiné con un doble *loop*. Durante los siguientes segundos, giré y giré, salté y salté. Encadené un ejercicio con otro sin parones, sin demoras. Quería darlo todo. Los espectadores se levantaron y me aplaudieron. Quizás fueron los segundos que mejor he patinado en toda mi vida. Y casi todo el público asistente a ese evento conocía mi historia. Los aplausos continuaban, pero yo los escuchaba muy lejanos.

La letra se cortó durante unos instantes y solo se escuchaba la dulce melodía. Había llegado el momento de caer en picado. Cuando comenzó la letra de nuevo ejecuté un triple *loop* y... caí al suelo.

Miré hacia las gradas; todos me animaban para que me levantase. Mi mirada se cruzó con la de mi mejor amigo, de nuevo, y negué con la cabeza. La música siguió su curso. Ella no había llegado a su final, yo sí. No me levantaría. Subí las rodillas y escondí la cabeza entre ellas. Lágrimas de frustración se deslizaron por mis mejillas.

Siempre había pensado que nadie podría frenarme, que podría hacer lo que quisiera en la vida. Cualquier sueño estaba al alcance de mi mano. Así de prepotente era. En ese instante, me di cuenta de que estaba yendo a contracorriente. El primer golpe que me dio la vida fue en mi accidente. El segundo me lo llevé en ese momento. Y el último, el peor de todos, aún estaba por llegar. Adiós a mis sueños. Necesitaba esa dosis de realidad.

—¿Qué ha pasado?

Andrew entró en la pista y vino corriendo, se aproximó a mí muy preocupado. Yo seguía sentada en el suelo. Me limpié las lágrimas con la mano.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. —No me había hecho daño, no físico al menos.

—Ven, te ayudo a levantarte.

En cuanto me levanté, la pista empezó a llenarse de gente: Oliver, Adam, Daniel, mi padre... Y las gradas rompieron en aplausos. Mentiría si no reconociera que me emocioné.

Joder.

Me inundaron a preguntas. No estaba preparada para contestarlas. Quería salir de allí. Les aseguré que me encontraba bien y salí del hielo. Les pedí, por favor, que me dejaran sola unos minutos; quería cambiarme de ropa y quitarme los patines. Entré en el vestuario y me senté en uno de los bancos de madera. Aún no me había quitado el segundo patín cuando se abrió la puerta.

Will.

No sabía que había ido a verme.

«No, ahora no. Por favor». Tener a Will destilando su veneno en ese momento no era lo que más necesitaba.

—Vete, Will. No quiero discutir. —Terminé de quitarme el patín y me levanté para recoger la bolsa de mi taquilla y guardarlos. Abrí la taquilla y alcancé la bolsa. Volví a mi sitio y me senté.

—¿Por qué te has tirado?

«¿Qué? ¿Cómo demonios...?». Me quedé quieta, sujetando con una mano la bolsa y, con la otra, uno de los patines. Tres segundos y reaccioné.

—No me he tirado —mentí.

Will puso los brazos en jarras y me miró. Le mantuve la mirada; si la apartaba, le daría munición para convencerse más de que tenía razón. Permanecimos así varios segundos. Los conté: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

—Llevo desde los nueve años viéndote patinar. Conozco cada movimiento, cada giro, cada salto... y te has tirado. Estoy seguro.

Pues claro que estaba seguro. ¿Cómo no? El señorito era un sabelotodo. Bien es cierto que tenía razón, pero me fastidiaba. Me fastidiaba mucho. No podía decir la verdad, por Kelly. Will tenía que irse. Sabía que, si seguía insistiendo, me rendiría y le confesaría todo. Tuve que ser cruel con él, no me quedó más remedio.

—¿Qué quieres, Will?

—Solo quiero saber por qué lo has hecho. —Suspiró de pura frustración —. Era tu momento, Sara. Tu momento para demostrar a todo el mundo que te habías recuperado.

—Te repito que no me he tirado —enfaticé cada palabra.

—No me lo creo. Prueba otra vez.

Y, además, se ponía chulo. Era absurdo continuar con aquella discusión. Me puse las playeras y una sudadera por encima del traje de competición. Me solté la coleta y dejé mi melena suelta, que cayó hasta debajo de los hombros. Will me observaba en todo momento.

—Sara...

—¡Déjame en paz, Will! ¡DÉJAME EN PAZ!

Recogí la bolsa con los patines y le di un golpe al pasar por su lado, sin querer. Fui más brusca de lo que pretendía. No quería que me siguiera. No quería derrumbarme ante él y estuve a punto. Tuve que espantarlo. Me paré

antes de abrir la puerta y lo miré por encima del hombro.

—No me sigas. Tú y yo no somos nada, Will. No tienes derecho a preguntar. Ya no.

Abrí la puerta con violencia y la cerré dando un portazo. No me dio tiempo a ver su expresión después de mis duras palabras. Era mejor así. Salí a los pasillos y pasé de refilón por la pista. Todavía seguía el campeonato. Me encaminé hacia la salida y dejé el hielo atrás.

Respiré el aire puro a mi salida. Cerré los ojos unos segundos antes de alejarme de la pista. Otra vez, los recuerdos. Me vinieron a la mente imágenes mías recogiendo premios. «No, Sara, deja de torturarte. Ya no eres esa chica».

No quería patinar más. ¿Para qué? Ya nada merecía la pena. Me acerqué al contenedor de basura y arrojé mis patines, mis amados patines, a la basura. Adiós.

Porque los sueños, sueños son. Y la vida sigue.

Los chantajes de Tessa

Si en algún momento pensé que Tessa se conformaría con ganar en la competición, me equivocaba. Su odio hacia mí no tenía límites.

La semana después de la competición, la pasé explicando a todo el mundo que me encontraba bien: a mi padre (que me llamaba todos los días. TODOS LOS MALDITOS DÍAS), a mis amigos, a mis hermanos... La lista era larga. Mi familia creía que me había caído en aquel salto e intentaba animarme y asegurarse de que estaba bien, física y mentalmente; y mis amigos no se lo tragaban, ninguno de ellos. Por una vez, estaban en el mismo bando que mi exnovio. A ellos no había podido negárselo, pero les expliqué que no podía contarles de momento mis razones para hacer lo que hice y, aunque hubo alguna que otra discusión, sobre todo por parte de Olly, lo entendieron y me concedieron algo de tiempo.

Hice lo correcto en lo que se refiere a perder a propósito el concurso. En cuanto a arrojar los patines al contenedor de la basura... Debía dejar de actuar por impulsos, después llegaba el arrepentimiento. Para cuando quise ir a recuperarlos, ya era tarde, el camión de la basura había pasado y arrasado con todo a su paso. Mala suerte.

Diez días después de mi fracaso, sucedió un hecho insólito. La noche anterior, alguien accedió al garaje del colegio y rayó, con mucha mala leche, el coche nuevo de William Von Kleist. Apenas tenía un par de meses, se lo habían regalado sus padres por Navidad por estar a punto de graduarse en el *Crowden*. «Si estuviéramos juntos, ya no tendría que llevarlo yo», pensé, con nostalgia.

Nos enteramos de la noticia unos minutos antes de que empezara nuestra primera clase de la mañana; algunos de nuestros compañeros lo estaban gritando por los pasillos. En aquel colegio, los chismes viajaban a la velocidad de la luz.

—¡Alguien ha rayado esta noche el coche de Von Kleist! —Escuchamos, cuando ya estábamos sentados en nuestros sitios.

Por instinto, todos mis amigos y yo miramos hacia la misma persona. Él, que se notó observado, nos miró con incredulidad.

—¡Yo no he sido, joder! —se defendió Oliver—. Me importa una mierda

el coche de Von Kleist.

Cierto. Además, Oliver no haría algo así, no era su estilo. Es posible que Adam lo hiciera, pero Olly no. Adam. Lo miré y se dio cuenta de mi acusación.

—¡Yo tampoco he sido! Pero que se joda. Papaíto se lo arreglará y fin del problema.

—¿Quién habrá sido? —preguntó Brian—. Se lleva bien con todo el mundo. Excepto con vosotros tres.

Me encogí de hombros. No tenía ni la menor idea. Quizá querían rayar otro coche y se equivocaron, aunque era poco probable. Por otra parte, ya no sabía nada de su vida, podía haber forjado alguna enemistad con alguien en aquellos meses.

A la hora de la comida, mis amigos se adelantaron al comedor y yo me quedé en clase terminando unos ejercicios de matemáticas. Debía estudiar si no quería bajar la media. Estuve sola hasta que la voz que menos soportaba en todo el mundo rompió mi concentración.

—Hola, Summers.

Joder. ¿Acaso esa chica no tenía nada mejor que hacer que tocarme las narices constantemente? Qué fijación, por favor.

—Lárgate, Tessa. Tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

—Verás, es que tengo un problema.

—Y a mí me importa una mierda.

—Qué tensa estás, Summers. Relájate. Como te decía... tengo un problema.

«Respira, Sara». Conté hasta diez. Seguí con mis ejercicios. Pasé de ella. Fingí que no se encontraba en aquella clase hablando conmigo.

—Ayer intenté acercarme a Will.

Me tensé por la mención de su nombre, pero no levanté mi mirada del papel.

—Como vosotros ya no tenéis nada, y no creo que lo volváis a tener, pensé que era mi oportunidad, pero me rechazó. Y no de muy buenas maneras.

¿Y qué esperaba? Will no la soportaba después de todo lo que nos había hecho. Me parecía increíble que mantuviera las esperanzas. Aquello confirmó mis sospechas de que no estaba bien de la cabeza.

—El caso es que me enfadé mucho y, cuando me enfado, hago cosas muy malas.

Una bombilla se encendió en mi cabeza. Joder, Tessa. Ahora sí que se había pasado. Levanté la mirada y me encontré con sus odiosos ojos, que me miraron con indiferencia.

—Has sido tú quien ha rayado el coche de Will. —Chasqueé la lengua—. No me gustaría estar en tu pellejo. Will debe de andar muy muy cabreado, y no va a parar hasta llegar al responsable.

—Exacto, yo tampoco quiero estar en mi pellejo. —Se sentó en la silla que había a mi izquierda, la silla de Olly—. De hecho, esta mañana Will ha convocado una reunión en su clase y ha amenazado a todos para que confesase el culpable y, después de las clases de la tarde, dicen que va a venir a nuestra aula.

Parecía muy tranquila mientras me lo contaba. Me hizo sospechar. Ella leyó la pregunta en mi cara.

—No puedo permitir que Will se entere de que he sido yo. No sé qué sería capaz de hacer, creo que lo tengo un poquito saturado.

«¿Un poquito?». Dudé sobre si era optimista o imbécil. Me incliné por la segunda opción.

—Y he pensado que solo existe una persona en el mundo contra la que Will no tomaría represalias.

Esperaba que eso no significase lo que estaba pensando. Pero sí. Su siguiente palabra me lo confirmó.

—Tú.

Mis carcajadas resonaron por toda la habitación. No se me ocurrió otra cosa que hacer. Mis emociones de las últimas semanas eran como una montaña rusa, pasaba de la risa al llanto en cuestión de segundos, mi cuerpo estaba confundido y ya no sabía ni cómo reaccionar ante lo que me rodeaba. Porque, para ser sincera, no quería reírme, quería cogerla de los pelos y arrastrarla por toda la habitación como había hecho hacía casi un año. Pero, como eso no iba a suceder, mi cuerpo reaccionó así. Será un mecanismo de defensa.

—Tessa, me matas. Estás de psiquiátrico. —Me la imaginé con un traje blanco y con las manos sujetas a la espalda en una habitación blanca con las paredes mullidas. Qué imagen más maravillosa.

—No te preocupes, Summers. —Ignoró mi comentario—. Puede que al principio se enfade contigo, pero se le pasará, siempre te acaba perdonando por todo lo que haces. Y, si te soy sincera, nunca entenderé el motivo. ¿Qué les das, Summers?

No pensaba seguir con aquella conversación.

—No voy a hacerlo, no sé en qué tipo de realidad alternativa vives para llegar a pensar que yo te ayudaría.

—En la misma realidad en la que Kelly está embarazada.

Oh, joder. Otra vez no. Me levanté de mi silla, la cogí de la pechera, la obligué a levantarse y la estrellé contra la pared más próxima.

—Me incitaste a apostar a mi novio, me robaste los patines para asegurarte la victoria, te metiste en su cama, intentaste separarme de Adam y me has obligado a retirarme de una competición de la forma más humillante posible. ¿Quieres seguir tensando la cuerda, Tessa? Porque te juro por mi vida que me tienes al límite.

Me sentí inestable, era capaz de hacer cualquier cosa en ese momento. Al final, la loca que iría al psiquiátrico de las paredes mullidas sería yo. Tessa intentaba hablar, pero no podía. Estaba asustada. Me separé de ella por mi propio bien.

—Esta es la última vez que te pido algo.

—¿Y por qué coño debería creerte? —Me quedé enfrente de ella, cruzada de brazos.

—Te juro que, si me ayudas con esto, el secreto de Kelly seguirá siendo un secreto. Te repito que es la última vez.

—Más te vale, Teresa. —Me acerqué a ella—. Porque la próxima vez me va a importar todo una mierda. Kelly, su embarazo, este colegio, la expulsión... ¡Todo! ¿Me has entendido?

—Perfectamente.

Me alejé de ella y aprovechó para irse con el rabo entre las piernas. Pero con su objetivo cumplido, mal que me pesara. Siempre ganaba ella. Pero nunca más. «Lo siento, Kelly, pero esta es la última vez que te ayudo o terminaré con los nervios destrozados y cometiendo alguna locura».

Cuando llegué al comedor, mis amigos se extrañaron de que llegase tan tarde. No les di explicaciones y dieron por supuesto que me había entretenido con los estudios. Cogí algo de comer y me senté en mi sitio. Eché un vistazo por el comedor hasta toparme con la mesa de Will, pero él no se encontraba allí. Me esperaba una tarde entretenida. Diez minutos después, nos levantamos y fuimos a clase.

La última clase pasó muy despacio. Quería que todo acabase de una vez. Mentiría si dijera que no tenía miedo, porque sí lo tenía. Will y yo estábamos peor que nunca y no tenía ni idea de cómo reaccionaría ante mi falsa

confesión por el acto vandálico contra su coche.

En cuanto el profesor dejó la clase, y antes de que diese tiempo a cualquier alumno a salir por la puerta, Will entró en nuestra aula seguido de sus inseparables amigos: Aaron, Jack y, por supuesto, mi hermano Daniel.

Uno de ellos se apoyó en la puerta, dejándonos claro que nadie saldría de allí hasta que ellos no quisieran. Will, al pasar junto a mí, ni me miró. Era como si no existiera. No me sorprendió, y después de lo que iba a hacer, no íbamos a poder permanecer ni en la misma habitación los dos juntos. Se apoyó en la mesa del profesor y nos miró a todos de frente.

—No me voy a andar con rodeos —explicó—. Como ya todos sabréis, esta noche alguien ha accedido al garaje del colegio y ha rayado mi coche. Voy a llegar hasta el culpable, eso os lo puedo asegurar. Si estoy aquí, es para dar la oportunidad a quien haya sido de que confiese. Es lo mejor que puede hacer. Lo consideraré un atenuante.

No se escuchó ni un susurro. Mis manos comenzaron a sudar y una gota me resbaló por la espalda. Will seguía con su discurso.

—Si confiesa ahora, prometo ser más amable —dijo, de manera suave, pero sonaba a amenaza—. Tenéis un minuto. —Se giró hacia su reloj y conectó el cronómetro.

Había llegado el momento. Miré hacia Tessa y me instó con la cabeza a que me levantase. Hice el amago y me volví a sentar. Mierda. Cerré los ojos y suspiré. Cuando los volví a abrir, la mirada de mi enemiga era de clara advertencia.

—Treinta segundos —nos advirtió Will. Joder, qué rápido pasaba el tiempo ahora.

Los cuatro rostros de nuestros secuestradores eran máscaras de fría amenaza. Miré a mi hermano, que permanecía estudiando cada rostro que tenía alrededor. Buscaba algún signo de culpabilidad en alguno de ellos. En ningún momento miró hacia mí porque, para él, era inocente.

Me levanté, asegurándome de hacer el suficiente ruido para que me vieran. Mi hermano, entonces, sí miró hacia mí, pero su expresión no se suavizó. Estaban los cuatro muy cabreados.

—Siéntate, Summers.

Los dos nos miramos con sorpresa. Nunca nos habíamos llamado por nuestro apellido. Resultaba extraño. No lo obedecí. Adam tiró de mí para que me sentase y me miró desconcertado.

—He sido yo —me pronuncié. Todo mi alrededor se revolvió. Mis

compañeros empezaron a murmurar diferentes expresiones de incredulidad. Adam seguía tirando de mí y me susurró:

—¿Qué haces?

—¿Perdona? —Will, confundido, arrugó la frente y se aproximó a mi sitio.

—Yo te he rayado el coche.

—¿Pero qué...? —comenzó a decir Daniel.

Will levantó la mano, indicándole a mi hermano que se callase.

—¿Tú? —Cruzó los brazos sobre su pecho y me miró sonriendo. Al parecer, le hacía gracia que me hubiera declarado culpable. Tenía que hacer algo más drástico para que me creyera.

—Sí, yo.

—No me lo creo.

—¿Crees que no te odio lo suficiente?

Escuché un gemido a mi alrededor, intuí que había sido Moira. Will me miró sin inmutarse, pero ya no sonreía. Era un tempano de hielo. Le hizo un gesto a Jack, que seguía custodiando la puerta.

—Todo el mundo fuera. Ya —ordenó.

Jack abrió la puerta. Mis compañeros dudaron; algunos no sabían si moverse, por miedo, y a otros les podía la curiosidad.

—¡He dicho *ya!*

Ante el grito de Will, salieron todos escopetados. Tessa me miró mientras salía y me guiñó un ojo. Maldita víbora. Mis amigos se quedaron. Cuando salió el último alumno, Jack cerró la puerta, pero esa vez no se quedó allí apoyado, sino que vino hacia nosotros. El primero en interceptarme fue mi hermano.

—¿Qué cojones estás haciendo, Sara?

Me solté de su agarre y le mentí en toda su cara.

—¿Qué parte de *yo he rayado el coche* no entiendes, Daniel?

—¡Tú no has sido! —me gritó—. No harías algo así.

Vaya, gracias. Era la primera vez que creía en mí, lástima que en esa ocasión necesitase todo lo contrario.

—¿Qué coño pasa contigo, Sara? Estás haciendo cosas muy extrañas —me acusó Will, enfadado.

—¡No me pasa nada! —les grité a todos—. Te he rayado el coche porque no te soporto y quería hacerte daño.

—Sé que no has sido tú —se aproximó peligrosamente a mí—, y ambos

sabemos que tienes maneras mucho más efectivas para hacerme daño que rayarme el puto coche.

—Piensa lo que quieras.

—Lo que no sé es a quién coño estás protegiendo. —Su mirada se dirigió hacia Oliver.

—Ni lo mires, Will. Él no ha sido.

—Él tiene voz —dijo Oliver, mosqueado por aquella situación.

«Ahora no, Olly».

—Está bien, tú ganas. Has sido tú. ¿Te has quedado más tranquila? ¿Te has desquitado lo suficiente o necesitas algo más? ¿Quieres que te dé mi guitarra para que puedas tirarla al río?

—Estoy bien, gracias —respondí, sardónica.

—Me alegro por ti. —Les hizo una seña a sus amigos—. Vámonos.

Los cuatro salieron por la puerta, no sin que antes mi hermano dijera la última palabra.

—Voy a llegar al fondo de todo este asunto.

Cerraron la puerta del aula, me senté en la primera silla que encontré y choqué mi frente contra la madera. Joder. Cuando levanté la cabeza, todos mis amigos me miraron.

—¿Qué? —les pregunté a la defensiva.

—Estamos esperando a que nos cuentes ya de una vez qué coño pasa.

Bien, había llegado el momento.

—Kelly está embarazada.

—¿Kelly?

—¿Qué Kelly?

—¿Quién es esa?

—Kelly Osborn, va a la otra clase. Rubia, ojos claros. Rellenita. Andares extraños.

—Joder, Oliver. ¿Cómo consigues retener tanta información?

—Porque es superdotado.

—Porque me fijo en los detalles.

—¿Y qué tiene que ver esa chica en todo esto? —terció Adam, dejando el tema de Kelly de lado.

—Me lo confesó unos días antes del campeonato en los servicios. Tessa lo escuchó y ha estado chantajeándome desde entonces. Fin de la historia. —Una vez lo dije en voz alta, me sentí estúpida por haberme dejado manejar por una insulsa como Tessa Marlock.

—¿Qué quieres decir con que ha estado chantajeándote?

Les conté todo. Desde cómo me encontré con Kelly en el baño hasta cómo Tessa me abordó en clase aquella mañana. Mis amigos mostraron su disconformidad con todo y Pear incluso se levantó dispuesta a salir de clase y enfrentarse a Tessa. Por suerte, conseguí retenerla. Había que pensar en Kelly, me repetía una y otra vez. ¡Maldigo el día que entré en ese baño! Nos calmamos y les hice prometer que no dirían nada. Tenía tal cansancio mental que lo mejor era dejar el tema.

Pasé el resto del día estudiando en la biblioteca. Era la mejor manera de evadirme del mundo.

Por la noche, en la cama, miraba el techo en penumbra. Sentí cómo Oliver se revolvió a mi lado y se quedó en mi misma posición, con los brazos detrás de la cabeza.

—Me lo tenías que haber contado antes. No me gusta que me excluyas de tus problemas.

—Lo siento.

Me acurrugué en su pecho desnudo, respiré su aroma y me olvidé de todos mis problemas. Pasé mi brazo por su cintura y Olly me abrazó con fuerza. Hacía muchísimo tiempo que no teníamos un contacto tan próximo. No nos evitábamos, pero tampoco propiciábamos ese tipo de situaciones. Habíamos dormido juntos muchas noches después de nuestro pequeño romance (por llamarlo de alguna manera), pero no así. No tocándonos con cada fibra de nuestra piel. Me entraron ganas de besarle el pecho y acariciar todo su relajado cuerpo, pero me contuve. Él no me veía de esa manera, me repetí por millonésima vez. Era un amor fraternal. Aun así, coloqué mi pierna encima de las suyas.

¡Atrévete a apartarme!

Oliver me dio un dulce beso en la cabeza y nos dormimos abrazados.

Hoy cumpla dieciocho años

Me desperté, como todas las mañanas, antes de que sonase el despertador. Abrí los ojos y me empapé de la luz del amanecer.

Aquel día cumplía dieciocho años. Guau.

Miré a mi lado y solo vi a Adam dormido. Recordé que la noche anterior nos habíamos metido los tres juntos a la cama, entonces... ¿dónde estaba Oliver?

Me giré hacia el dormilón y le hice cosquillas en las orejas con la sábana. Le molestaba muchísimo, pero quería despertarlo.

—Adammmm.

Gruñidos.

—Adammmm, ¿qué día es hoy?

Más gruñidos. Era imposible despertarlo. Qué chaval. Era como un oso hibernando. La puerta de mi habitación se abrió y entró el chico desaparecido, empapado en sudor.

—¿Y tú de dónde sales?

—Me he despertado temprano y he ido a correr un rato.

¿Un rato? A juzgar por su apariencia, había estado corriendo toda la noche.

—Estás todo sudado.

—No me digas. No se te escapa una esta mañana. —Le saqué la lengua en señal de burla—. Feliz cumpleaños, listilla.

Se aproximó y me dio un beso en la mejilla.

—Me voy a duchar, no tardo nada.

Antes de que se fuera hacia el baño, lo agarré de la mano y lo tiré en la cama. Cayó encima de mí, pero al segundo se incorporó y se quedó entre Adam y yo. Quiso quejarse, pero le puse la mano en la boca y no lo dejé hablar.

—Ayúdame primero a despertar al oso.

Comenzamos a molestar a Adam con más intensidad; podemos llegar a ser muy puñeteros. Oliver le gritó su nombre al oído para que se despertase y yo lo destapé.

—Joder, tío. Apesta a sudor, ¡qué asco das! Quítate de encima —se

quejó Adam.

¿Asco? Para nada. Qué curioso que algo que para algunos resulta desagradable a otros se nos antoje... apetitoso. «En fin, a otra cosa, Sara».

Objetivo despertar a la marmota: cumplido. Nos reímos, y Olly se fue a la ducha. Adam me felicitó y lo obligué a que me diese algunos mimitos. Los necesitaba.

Tocaron a la puerta, dejé de molestar a mi amigo y miré hacia la entrada de mi habitación. La puerta se abrió y apareció Pear en pijama.

—¡Feliz día, cumpleaños! —dijo, mientras se metía en la cama entre Adam y yo.

—Gracias.

—¿Cómo te has levantado esta mañana? ¿Te sientes más madura? ¿Ya sabes que puedes ir a cárcel a partir de hoy?

¿Cómo me sentía? Igual que siempre. No me sentía más madura ni diferente, aunque sí había algo en mi interior que burbujeaba. Era una sensación nueva, una sensación de... ¿libertad? Ya era mayor de edad y podía tomar mis propias decisiones. Y hacer un montón de cosas que hasta el día anterior no podía hacer, no legalmente.

Uno a uno fueron llegando todos mis amigos. ¡Menuda sorpresa! No me lo esperaba. Pensé que los vería como cada año, en el comedor. Nos tumbamos en la cama como pudimos. Marco y Brian fueron los últimos en llegar y traían dos bandejas llenas de comida. Los miré alucinada.

—¿Qué es todo esto?

—La directora nos ha dejado traerte el desayuno a la cama, ha dicho que seamos discretos, no quiere que esto se repita cada vez que un alumno cumpla años. Nos hemos pegado un madrugón de cojones, hemos ido los primeros al comedor y hemos cogido de todo —me explicó Brian.

—Y tanto que de todo —se quejó Marco—. Es increíble que en un grupo de nueve personas se tomen seis clases diferentes de leche: de avena para Sara, de soja para Pear, semidesnatada para Natalie y Moira, con fibra para Olivia, normal para nosotros y con chocolate para Adam. Tío, madura de una vez. Desayunas lo mismo desde los nueve años.

—¡Que te den! —gritó el aludido.

—Chicos, es genial. Muchas gracias. Es el mejor regalo que me podíais dar.

—¡Qué rico todo! —Olivia daba palmaditas con las manos mientras se ponía de rodillas encima de la cama.

Arrancaron todos a comer como si no se hubieran alimentado en una semana. Me quedé mirándolos, a todos ellos. Hablaban y reían, y yo, por primera vez en meses, me sentía feliz. Feliz de tenerlos a mi lado. Y feliz porque me habían dado justo lo que necesitaba.

Después de ponernos morados con el desayuno, Oliver encendió dos velas, con el número uno y el ocho, y me dijo que pidiera un deseo. Después de pensarlo, ya sabía lo que quería hacer.

—Mi deseo es...

—¡No lo digas en alto! —me interrumpió Moira.

La miré, tranquilizándola con los ojos, y continué.

—Mi deseo es que cada uno de vosotros pida un deseo. Y, como es mi cumple, seguro que se cumplen todos.

Mi idea resultó ser una sorpresa y una alegría para casi todos.

—Genial, Sara. Eres la mejor.

—Todos a pedir un deseo, acerquémonos a las velas. —Brian nos invitó con los brazos para que acercásemos todas nuestras cabezas mientras Oliver encendía de nuevo las velas y las colocaba encima de una tostada—. Vamos, Pear.

—Yo paso. Pedid vosotros.

—¿Cómo que pasas? No digas tonterías y acércate —insistió Brian.

—Yo no pido deseos.

—¿Pero qué tontería es esa? —añadió Natalie.

—No es ninguna tontería, no me gusta pedir deseos y punto.

¿Y punto? Parecía mentira que nos conociese desde los nueve años. Estaba clarísimo que no lo dejaríamos pasar. Y, además, ¿desde cuándo no le gustaban los deseos?

—Pear...

—La última vez que pedí un deseo fue cuando pensé que Daniel se había liado con Chloe. Lo odié. Y deseé con todas mis fuerzas que sufriera tanto como me estaba haciendo sufrir a mí. —Solo me miraba a mí—. Y, entonces, tú tuviste el accidente y casi te mueres, y Daniel sufrió; ya lo creo que sufrió. Prefiero no pedir más deseos.

Me acerqué a ella.

—Eso no tuvo nada que ver con mi accidente.

—Ya, bueno, lo que sea. ¿Abrimos los regalos?

Will

Era el cumpleaños de Dan y Sara. No la había felicitado y no creía que lo fuera a hacer. Apenas nos dirigíamos la palabra más que para pelearnos. No tenía sentido. Sabía que no había sido ella quien había rayado mi coche, pero no lograba entender qué o a quién protegía. Si había sido Aston... no quería ni pensarlo, porque me daban ganas de liarme a hostias con medio colegio. Y no porque me hubiera rayado el puto coche, sino porque significaría que ella estaba defendiéndolo. A él. Joder. No existía nada en la vida que me pudiera joder más que ver a esos dos traidores unidos. Me jodía y mucho.

—Hola —me saludó Dan, al sentarse a mi lado.

—Feliz cumpleaños, colega. Ya eres mayor de edad. —Le palmeé la espalda.

De momento, estábamos los dos solos en nuestra mesa del comedor. Sara y sus jodidos amigos aún no habían llegado. Había mirado varias veces hacia su mesa. ¿Por qué? Porque era gilipollas. Era una especie de acto reflejo, llevaba haciéndolo tantos años que ya no podía evitarlo.

—Will, quería hablar contigo. —Aparté la mirada de la mesa de Sara, porque sí, estaba mirando de nuevo. Joder.

—¿Qué sucede?

—Mi hermana no te ha rayado el coche. Estoy seguro.

Tenía ese tema pendiente de hablar con Dan, pero, por una cosa o por otra, no habíamos encontrado el momento. Le transmití todas mis sospechas.

—Ya lo sé. Tu hermana está muy rara, algo ha pasado. Te lo cuento porque me importas y es tu hermana, no porque me interese nada de lo que pasa en su estúpida vida.

Dan me levantó la ceja.

—Lo que tú digas.

Lo fulminé con la mirada.

—Pero tienes razón —me dijo—, algo pasa.

—¿Tú crees que se cayó por aquel salto el día de la competición? —le pregunté.

Se le salieron los ojos de las orbitas.

—¿Cuál cojones es la otra alternativa?

Joder, no sospechaba nada.

—Dan, tenemos que hablar.

Mi amigo miró la hora del reloj.

—Ahora no puedo. He quedado con mi padre. Luego te busco.

—¿Tu padre ha venido al colegio?

—Sí, quería darle el regalo de cumpleaños a mi hermana en persona. Ya te enterarás.

—No me interesa.

—Claro, claro.

Idiota.

Sara

Mis amigos me arrastraron hasta la entrada del colegio, no entendía qué se traían entre manos. Intenté sonsacar algo a Adam, pero me juró y perjuró que no sabía nada, que lo había llamado Daniel por teléfono y le había dicho que me acercaran a la entrada del colegio. Cuando llegamos, reconocí la silueta del hombre que estaba de espaldas.

—¿Papá? —Corrí a su encuentro.

Mi padre me abrazó y me felicitó por el cumpleaños. No tenía ni idea de que venía ese día al colegio. Mi hermano Daniel lo acompañaba. No nos habíamos felicitado el uno al otro, era la costumbre.

—He venido a traerte tu regalo de cumpleaños, está fuera esperándote. — Lo miré extrañada. ¿Qué me habría comprado?

Salí a la calle seguida por mi padre. Y... aquello que vieron mis ojos no podía ser real.

¡¡¡ERA UN COCHE!!! ¡¡Me había comprado un coche!! ¡Un precioso BMW Serie 3 Cabrio, rojo! Y venía rodeado con un lazo blanco gigante. Me acerqué, dando saltitos y gritando de alegría, a tocarlo, para comprobar que era de verdad. Volví con mi padre y lo abracé. Él me dio las llaves y regresé al coche para sentarme en el lugar del piloto. Toqué todos los botones y abrí todos los compartimentos que había. ¡Me encantaba! Oliver y Adam se aproximaron y se metieron conmigo en el descapotable. Empezaron a toquetearlo todo.

—Te dije que le iba a gustar. —Escuché cómo mi hermano hablaba con mi padre—. ¡Esto es para que no vuelvas a coger mi coche sin permiso! —me gritó Daniel.

Espera, ¿ese coche era mío? Pensé que sería un regalo común para mi hermano y para mí.

—Yo nunca te he robado el coche. —Intenté parecer convincente.

—Sara, no me hagas hablar, que, cuando tú vas, yo vuelvo.

—Luego vamos a celebrarlo al pueblo, os invito a comer a todos —añadió mi padre, intentando evitar que sus dos hijos iniciasen una nueva discusión.

—Yo puedo llevar a dos más en mi coche nuevo —dije, entusiasmada, acariciando el volante con mis manos.

—Yo ni loco voy contigo, aprecio demasiado mi vida —dijo Daniel.

Cretino.

Más tarde, a la hora de la comida, nos dividimos en varios coches y mi padre nos llevó a todos a comer a un restaurante a Perth. A mi hermano y a mí incluso nos dejó beber vino, pero no nos gustó demasiado. No entendía por qué gustaba tanto a los adultos.

Por la tarde, no fuimos a clase; supuse que mi padre ya lo había concretado con Peters. Después de comer, nos invitó a unos helados. Pasamos un bonito día en familia.

El nuevo novio de Tessa

Había pasado una semana desde que había alcanzado la mayoría de edad. Todos los días íbamos a Perth a dar un paseo, lo hacíamos solo por subirnos al coche. Adam y Olly me rogaron que les dejara conducirlo y, a pesar de mi renuencia, al final, lo consiguieron. Para que se quitaran la inquietud.

Ese día me tocaba comer rápido. Me serví algo ligero y, quince minutos después de sentarme, me despedí de mis compañeros y me fui a la biblioteca. Quería coger prestadas unas partituras para practicar con el piano.

A medio camino, tuve que darme la vuelta, al percatarme de que había olvidado la mochila en el comedor. Mierda. Mi cabeza ya no era la de antes.

Cuando llegué a mi mesa, nadie me vio. Estaban los chicos muy entretenidos hablando de algo. Y las chicas estaban ojeando una revista. Según me acercaba, escuché el último comentario de Adam.

—Os digo que es cierto. Además, lo he comprobado.

—¿Cómo? —le preguntó Marco, sospechoso.

—El otro día puse el coche de Sara a ciento ochenta kilómetros por hora. —Adam tintineó las llaves de mi coche en sus dedos—. Y fue como la seda. Ni un temblor. La hostia, chavales.

«¿QUÉÉÉ?».

—¿Que has hecho qué?

Todos se sobresaltaron por mi grito, incluso Oliver, que suele ser imperturbable.

—¡La hostia!, ¿tú no te habías ido?

—¡Adam James Wallace! ¡Devuélveme mis llaves! ¡Ahora!

Me miró, primero fulminándome con la mirada por llamarlo por su nombre completo (lo odia) y, después, con su mejor carita de inocente al darse cuenta de que lo había pillado en su travesura. Se levantó de la silla.

—¡Me tengo que ir, Sara Fiona Summers! —Salió corriendo del comedor. «¡Me lo cargo!».

Acababa de desvelar, delante de todo el comedor, mi secreto mejor guardado: mi segundo nombre. Desconocido por todo el mundo, incluso por la mayoría de mis amigos, excepto por mi familia. Jamás utilizo mi segundo nombre, me lo puso una tía abuela de mi madre porque decía que debía llevar un nombre escocés, puesto que toda la familia de mi

madre es escocesa. Y no me gusta nada. Todavía le echo en cara a mi padre que aceptara tal cosa. ¡Y la culpa es de Daniel! ¡Que se chivó a Adam y Oliver cuando teníamos diez años! Claro que mi querido hermanito tampoco se libra de segundo nombre. En realidad, ninguno de los cuatro hermanos lo hacemos.

—¡Adam! —Iba a perseguirlo, pero no sin antes decir mi última palabra. Oliver era, sin duda, el cómplice de Adam en cuanto al robo de mi coche.

—Ya hablaremos de esto, rubiales.

—¡Me declaro inocente! ¡Él me obligó a hacerlo! —Olly puso los brazos en alto e intentó disimular la risa. Capullo traidor.

—¿Fiona? ¿En serio? —me preguntó Brian, tronchándose de la risa.

—¿Ese no es el nombre de la novia de Shrek? —preguntó Olivia.

Los fulminé con la mirada, a todos, y salí detrás de Adam. Tenía que recuperar mis llaves. Y echarle una bronca de narices por llamarme Fiona.

Cuando dejé el comedor atrás, divisé al velociraptor de mi mejor amigo doblando la esquina que daba a las escaleras. Corrí detrás de él y las bajé de dos en dos. Salimos al patio y estuve a punto de alcanzarlo. Adam perdía fuerzas porque no hacía más que reírse. Se iba a enterar. Llegamos hasta nuestro árbol y se escondió detrás de él.

—Da la cara, Wallace.

—Vamos, *Totó*, lo he hecho por el bien de tu coche. ¿Acaso no sabes que hay que llevarlo al límite para que tenga una vida plena y placentera? Lo dicen los mejores especialistas del mundo de la automoción.

Sí, claro. ¿Qué sabría él, que apenas acababa de sacarse el carnet de conducir? ¡Era la primera vez que tenía unas llaves de coche en su poder! Entonces, me di cuenta de algo.

—¿De dónde sacaste las llaves?

—Me las dio Oliver. Estamos juntos en esto, deberías dividir tu mala hostia entre los dos.

Ya sabía yo que era cosa de los dos.

—¿Y cómo las consiguió él, si no me he separado de ellas?

—Lo ignoro, supongo que te metería mano y no te diste ni cuenta.

¡Cómo no iba a darme cuenta de algo así! Adam seguía parapetado detrás de nuestro árbol, dábamos vueltas, como tontos, alrededor de él y, cuando estaba a punto de alcanzarlo, Olivia me sujetó del brazo y me obligó a detenerme.

—¡Me has llamado Fiona! —le dije, a pesar de que Olivia insistía en

separarme del árbol.

—¡Lo siento! ¡Se me ha escapado! —Lo sentía tanto que le lloraban los ojos de la risa.

—Sara, no te imaginas lo que ha pasado en el comedor —me dijo Olivia, muy seria.

—Ilumíname —le dije, sin apartar mi mirada de Adam James Wallace.

—Ven, siéntate. —Entonces, la miré, y me di cuenta de que tenía la cara desencajada. ¿Qué pasaba? Más dramas no, por favor. Estaba saturada.

—Olivia, ¿qué ocurre? —le dije, con clara impaciencia en mi voz.

—Acaba de pasar algo en el comedor, algo que no te va a gustar nada.

—Suéltalo ya, Olivia. —Adam salió de detrás del árbol y se situó a mi lado, preocupado.

—Al parecer, Tessa se ha echado nuevo novio. Se acaba de enrollar con él delante de medio colegio y han hecho oficial, delante de sus amigos, que son pareja.

Joder. Tessa, Tessa, Tessa. ¿Y a mí qué me importaba lo que hiciera esa petarda? No quería saber nada de ella. Me crispaba incluso escuchar su estúpido nombre. No tenía ganas ni de llamarla hamburguesa. Así de mal estaban las cosas.

—Olivia, ¿te importaría no nombrármela, por favor?

—Pero es que no sabes quién es el novio.

—¡No me importa! Por mí como si se lía con... ¡con el Papa!

—Sara...

Me di la vuelta, dispuesta a marcharme y no seguir escuchando nada más. Pero, Olivia, insistió.

—Sara, su novio es tu hermano. Es Daniel.

Me quedé paralizada. ¿Daniel? No, no era posible. Él no me haría algo así, sabía lo dañina que había sido esa arpía para mí. Olivia estaba equivocada. Me giré hasta quedar enfrente de mis dos amigos, que me miraban: ella con tristeza; él, sorprendido.

—No puede ser, ¿estás segura? —preguntó mi amigo.

—Sí, Adam, lo he visto con mis propios ojos.

Yo seguía sin reaccionar. ¿Tessa y Daniel? Imposible. Me repetía a mí misma que no, que, antes que con ella, mi hermano se liaría con cualquier otra. Y eso, en el caso de que estuviera soltero y sin compromiso. Pero, hasta donde yo sabía, él y Pear seguían juntos.

—¿Pear lo sabe? —Mi voz salió como un susurro. «Que me diga que no,

por favor. Que me diga que no».

—Estaba en el comedor cuando saltó la noticia.

No. Pobre Pear. ¿Cómo había podido mi hermano hacer una cosa así? No entendía nada. Me negaba a creerlo, necesitaba confirmarlo con él. Le mandé un mensaje de texto.

Sara: ¿Dónde estás?

Ni hola ni nada, directa al asunto. No esperé su respuesta. Avancé, a paso ligero, hacia la entrada del colegio, intentando asimilar todo lo que me había contado Olivia. Primero aclararía el asunto con Daniel y después iría a buscar a Pear, una vez tuviera claro lo que había sucedido. Subía por las escaleras, hacia el comedor, cuando recibí la respuesta.

Daniel: En mi clase, ¿por qué?

«Como si no lo supieras».

Sara: No te muevas.

Tardé cuatro minutos. Cuatro minutos en subir diez plantas a todo correr y llegar hasta su clase. Adam y Olivia venían conmigo. Cuando entré, me faltaba el aire. Oteé toda la clase y vi a Daniel y a sus amigos (entre los que se incluía mi exnovio) apoyados en las mesas. Había bastantes alumnos más. Iba a ser como ver un espectáculo en vivo y en directo. Me acerqué a ellos con la respiración agitada. Mi mirada se dirigió primero a Will, pero la aparté. Él ni me había mirado, lo que era habitual.

—Dime que no es verdad —exigí a Daniel. Aún tenía esperanzas.

—Todavía no te leo la mente, aunque me falta poco para conseguirlo, te lo aseguro. ¿El qué no es verdad? ¿Puedes ser más explícita, por favor?

—Dime que no estás liado con Tessa.

—No estoy liado con Tessa.

Lo sabía, sabía que no podía ser cierto.

—Estamos saliendo juntos, es algo más que un simple lío.

Me sentí como si me arrojaran un cubo de agua fría a la cara. Solo podía pensar en Pear. «No tienes perdón, Daniel». Miré a Will, que parecía indiferente, como si no fuera con él. Y, en cierta manera, así era; a él no tenía

por qué importarle lo que me pasase a mí con Tessa. Ni lo que le pasase a Pear con mi hermano.

—Entonces es cierto. No me lo puedo creer. —Pasé de la incredulidad a la furia en segundos.

—Tampoco exageres, hermanita.

—Tienes que dejarla, ahora mismo —le ordené.

—¿Perdona?

—Que la dejes, Daniel.

—¿Y por qué tendría que hacer tal cosa?

—¿Por qué? ¿Te parece poco que sea mi archienemiga número uno?

—Oh, Sara, por favor, que no tienes doce años. Madura de una vez.

—No puedes estar con ella después de lo que me ha hecho.

—¿Qué te ha hecho? ¿Te ha copiado algún modelito? ¿El color del esmalte de uñas, quizás?

—No, Daniel. Me ha hecho cosas... cosas graves. Y tú lo sabes. —«Y tú también», le dije a Will con la mente. No podía echar la culpa a Tessa por lo que nos había pasado a Will y a mí, porque la culpa era mía. Pero, si ella no se hubiera empeñado en joderme la vida y no se hubiera acostado con mi novio, ahora seguiríamos juntos. O quizá no. Quizá hubiera ocurrido de todas formas. Imposible saberlo. Pero, de todas maneras, me parecía increíble que Will apoyara a Daniel en aquello.

—No pienso dejarla por algo que pasó hace un año, Sara. ¡Un año! Cometió un error, pero no ha vuelto a hacerte nada desde aquello.

¿Que no me había hecho nada nuevo? «Si tú supieras. ¿No te basta mi palabra, Daniel?». Y yo pensando que empezábamos a tener una relación de hermanos normal...

—¡Sí que me ha hecho!

—¿Qué te ha hecho? —me preguntó, interesado, mi hermano.

—Ella... ella...

—Venga, Sara, dímelo. Dime qué es lo que te ha hecho y, si lo considero lo suficientemente grave, la dejaré. Te lo prometo.

No podía decir nada, no se trataba de mí. Debía proteger a Kelly, demasiadas personas lo sabían ya. Y la clase estaba llena de gente, cada vez llegaban más alumnos. Todos en silencio, todos escuchando la pelea de los mellizos Summers. Ni los amigos de mi hermano ni los míos se habían pronunciado.

—Dímelo —me insistió.

—No tengo que darte explicaciones, Daniel. ¿No te vale con que te diga que me ha hecho daño?

—No, no me vale.

—¿Y qué pasa con Pear?

—¿Qué sucede con ella? —Aunque quisiera ocultármelo, había visto un atisbo de dolor en sus ojos. O quizá me lo había imaginado, con Daniel nunca se sabe. Nunca sé lo que pasa por su cabeza.

—¿No estabais juntos?

Daniel se rio.

—Por supuesto que no, solo nos divertíamos a ratos. Y me he cansado. Díselo a tu amigueta, para que no me acose reclamando amor.

A veces piensas que conoces a las personas, pero en realidad no las conoces para nada. En aquel momento, mi hermano era un desconocido para mí. Una persona horrible, sin sentimientos. Mi enfado llegó a su peor momento.

—Te odio, Daniel. Eres despreciable.

—Nada nuevo. Hace años que lo asimilé. ¿Algo más?

—No. Nada más —le contesté, más triste que enfadada.

Abandoné la clase ante las miradas de decenas de ojos. Olivia vino conmigo, pero Adam no. Mi hermano y él no era que se llevaran bien, pero tampoco se llevaban mal, siempre habían tenido una conexión especial.

—Lárgate, Adam —se anticipó mi hermano—. Y no me des el sermón, que nos conocemos.

—Que te jodan, Daniel.

Daniel

Plan A, fracasado. Debíamos pasar al plan B. No es que tuviera demasiadas esperanzas de que mi hermana confesara a la primera, pero tenía que intentarlo. ¿Qué coño me ocultaba?

Aunque contaba con ello, en el fondo de mi mente, estaba enfadado. Enfadado con ella por creer que era capaz de liarme con su peor enemiga. A veces, tenía dudas de los resultados de los miles de tests de inteligencia que le habían hecho a lo largo de su vida. ¿Cómo una persona tan inteligente podía ser tan obtusa?

Por otro lado, ¿qué esperaba? Me había esforzado mucho por que pareciera real, porque tenía que creerlo todo el mundo y, sobre todo, tenía que creerlo mi objetivo: Tessa Marlock. Me aseguré de que la bronca con mi hermana la tuviéramos en clase, para que lo escuchasen todos y le fueran con el cuento a Tessa. Necesitaba que confiase en mí.

—Joder, Dan. Te has pasado —me dijo Aaron. Les hice una señal, a todos, para que saliésemos de clase. Ya no me interesaba que los demás escuchasen nada.

—Hasta yo sé que esa tía odia a tu hermana y se pasa el día haciéndole putadas. ¿En qué coño estás pensando?

—Aaron tiene razón, y no importa que haya pasado un año, se metió en la cama de Will, joder —añadió Jack. Se quedó mirando a Will, esperando alguna clase de explicación. Decidí ser yo quien los pusiera en antecedentes.

—Le ha hecho algo.

—¿De qué hablas?

—De Tessa. Ha hecho algo a mi hermana. Pero no sé el qué. Y ha quedado claro que Sara no me lo va a contar.

—Joder, ¿era una encerrona?

—Sí —continuó Will—, creemos que Sara se dejó caer en el campeonato de patinaje a propósito. Y seguro que no fue ella quien me rayó el coche. Teníamos la sospecha de que Tessa estaba metida en esto y acabamos de comprobar que andábamos bien encaminados.

Will me contó, la noche de mi cumpleaños, todas sus sospechas, y estuvimos pensando cuál podía ser la manera más rápida y eficaz de saber lo que había pasado. Llegamos a la conclusión de que, si mi hermana no

confesaba por las buenas, tendríamos que sonsacárselo a Tessa por las malas; si es que era ella la culpable, que, a juzgar por la reacción de Sara, parecía que sí. Nos echamos a suertes cuál de los dos sería el afortunado novio de Tessa. Perdí yo. Solo esperaba que, cuando todo aquello pasase, Pear me perdonase. Pero tenía que hacerlo. Y no podía arriesgarme a contárselo todo, porque era imprescindible que Tessa viese que había muy mal rollo entre nosotros y que no tuviera duda de que mi acercamiento a ella era real y no iba con segundas intenciones.

—¿Y cuál es el plan?

—Aproximarme lo suficiente a Tessa y encontrar alguna mierda con la cual amenazarla para que confiese. Tengo que ganarme su confianza y descubrir qué cojones ha hecho a mi hermana.

—¿Y después?

—Devolvérsela, multiplicado por cien.

—Cuenta con nosotros.

Sara

Debía encontrar a Pear. Escuché un sonido de móvil. Era el de Olivia.

—Chicos, Moira me ha mandado un mensaje, están todos en la habitación de Pear. —Salimos del edificio principal y corrimos hacia la residencia. Cuando llegamos, abrí la puerta de la habitación de mi amiga sin llamar. Entré la primera y vi a todos mis amigos sentados entre la cama y el suelo.

—Hola. —Reconozco que fue poco original, pero no sabía qué otra cosa decir. Me acerqué a Pear y me senté a su lado.

—Nos ha dicho Olivia que estabas con Daniel. ¿Qué ha sucedido? —me preguntó Brian.

—Quería que me dijera a la cara que se ha liado con Tessa. Y exigirle que la dejara.

—¿Y ha funcionado?

—¿Tú qué crees?

Pear no dijo nada, permanecía en silencio. No me gustaba. Pear nunca estaba callada, siempre tenía algo que decir, siempre tenía que abrir su corazón y expresar lo que sentía, porque no es de las que se lo guardan dentro.

—Yo aún no me lo creo. ¿Daniel con Tessa? ¿Es una broma de mal gusto?

—No, no es broma. No sé ni cómo me he sorprendido al principio. Todo lo que hace mi hermano lo hace pensando en sí mismo y el resto del mundo poco cuenta. No importa quién salga perjudicado por el camino. Me había olvidado. Lo siento, Pear. Ojalá pudiera borrar todos los actos de mi hermano. Pero no puedo.

—Daniel puede tener a quien quiera, ¿por qué con ella?

—Porque me odia. —Marco tenía razón, mi hermano podía liarse con cualquiera, la mitad del colegio suspiraba a su paso.

Las primeras palabras de Pear fueron para defender a mi hermano.

—Daniel no te odia, Sara.

—Pear, no lo defiendas. No se lo merece. Abre los ojos. No puedes ponerte de su lado después de lo que ha hecho.

—No, Sara, abre tú los ojos. Ignoro la razón por la que Daniel ha hecho lo que ha hecho, y soy consciente de que la mayoría de la gente que lo rodea le

importa una mierda, pero tú no eres una de ellas. Es probable que seas la persona que más quiere en el mundo.

—Pear, ¿cómo puedes pensar así después de lo que ha hecho? Te ciega tu amor por él. Eres demasiado buena.

—No, Sara. Daniel es la persona más fuerte que conozco, no se implica emocionalmente con nadie, pero yo lo he visto derrumbarse. Lo he visto derrumbarse por ti. Cuando tuviste el accidente y el padre de Nat nos contó lo que le pasaba a tu cuerpo, tu hermano tuvo un ataque de ansiedad por imaginarte en esa situación. No me digas que te odia, porque no es así.

—¿Qué... —estaba muy confusa— qué le sucedía a mi cuerpo? ¿Por qué tuvo un ataque de ansiedad?

—Genial, Pear. Tenías que soltarlo —le recriminó Adam.

—Lo siento. Lo siento, Sara. Pero es que no me parece justo tu trato hacia Daniel.

—¿Alguien va a contarme qué demonios dijo el doctor Murray?

Silencio. Nadie dijo nada.

—Oliver.

Silencio.

—Adam.

—Puede que, cuando despertaste del coma, tu padre y tus hermanos decidieran suavizar la situación. Para que no te alteraras, no había motivo para que supieras todos los detalles, lo peor había pasado.

—¿Qué dijo, Adam?

—No recuerdo las palabras exactas.

Los miré a todos, pero nadie parecía dispuesto a contarme nada.

—Estoy bien, ha pasado casi un año desde mi accidente, podéis contármelo. No soy tan frágil. Puedo soportar lo que sea.

—Es curioso que no recuerde casi nada de aquellas semanas —dijo Oliver, sin mirarme. Tenía la vista perdida en la pared, como si estuviera pensando en alto—. Sin embargo, algunas palabras de Murray las tengo grabadas a fuego en mi cabeza. *«El conductor de un todoterreno iba ebrio y por encima de la velocidad permitida. Se ha salido en una curva y se ha llevado a Sara por delante... El impacto ha sido muy fuerte y tiene una importante lesión cerebral. Los órganos del cuerpo se han desplazado y han impactado entre ellos, provocando daños internos... Ese desplazamiento ha provocado la rotura de varios vasos sanguíneos y una hemorragia interna. Le hemos extirpado el bazo y el apéndice, pero sigue habiendo órganos*

dañados... Una de sus piernas debió de quedarse enganchada en el estribo...». Y creo que, más o menos, ahí fue cuando Daniel colapsó.

A partir de ese momento, esas palabras también se grabaron a fuego en mi mente. Sería algo que compartiríamos Oliver y yo para toda la vida. Cada vez que hablábamos de mi accidente, era más consciente de lo que tuvieron que pasar las personas que me querían. Me levanté y salí de la habitación.

Vagué sin rumbo por el colegio, pensando en todo lo que había pasado desde mi accidente, y mis piernas me llevaron al embarcadero. Me senté y cerré los ojos.

—Sara.

—Hola, Olivia.

Comenzó a hablar sin que yo le preguntase nada.

—No hablamos demasiado de tu accidente, ni siquiera entre nosotros. Es un tema tabú. Los «días oscuros» lo llamamos. Fue... —la animé para que continuase—... fue horrible, Sara. Daniel sufrió un ataque de ansiedad, tuvieron que atenderlo entre tres personas y suministrarle pastillas para que se calmara. Cuando despertó, se negó a salir de tu habitación, no quería que te despertaras y te sintieras sola. Se encerró en su mundo y no se comunicaba con nadie. Apartó incluso a Pear de su lado. Tu padre estaba desesperado. Adam... no quiero ni pensar en lo que hubiera hecho Adam si te hubiera pasado algo, no creo que lo superara en la vida. Estaba destrozado. Eres casi todo su mundo. Oliver... no asimilo que sea capaz de acordarse de esas palabras porque durante esas semanas era un fantasma, como si estuviera muerto en vida, no reaccionaba a casi ningún estímulo externo. Pear se sentía culpable; ella lo vio todo, te obligó a salir a montar a caballo y es algo que no se va a perdonar nunca. Lleva meses acudiendo al despacho de Brenda. Tiene pesadillas por las noches.

—Ella no tuvo la culpa —susurré. ¿Por qué no me habían contado nada de eso antes?

—A ver si puedes convencerla tú de eso. Fueron unas semanas horribles, discutíamos entre nosotros, nos pasábamos media vida en ese hospital infernal, rezando para que todo saliera bien, rezando para que despertaras y para que, cuando lo hicieras, despertaras tú. Porque no sabíamos quién podría despertarse de ese coma. Y, entonces —las lágrimas se deslizaban por mis mejillas sin vergüenza—, una mañana, Daniel llamó a Oliver. Y le dijo que te habías despertado —se rio—. Y que querías tocar el piano. Entonces lo supimos, te habías despertado y eras tú. Era tu esencia. Nuestra Sara había

vuelto.

—Gracias, Olivia. —Rodeé su cuello con los brazos y la abracé con fuerza.

Del embarcadero fui directa a la habitación de Daniel. Me olvidé de todo, de todos mis problemas, de Tessa, de sus mentiras, de ellos dos juntos. Llamé a la puerta y enseguida me abrió. Lo había sorprendido, no me esperaba. Miré con disimulo dentro de su habitación y comprobé que estaba solo. Sin embargo, me quedé en la puerta.

Me acerqué a él y lo abracé. Lo abracé con todas mis fuerzas, como si fuera el último abrazo que daría en mi vida. Quería decirle tantas cosas. Al principio, se quedó frío, supongo que por la sorpresa, pero, al momento, me correspondió y me rodeó con sus brazos. Comencé a llorar.

—Daniel, perdóname. No te odio. Perdóname, por favor.

—Ya lo sé.

—Te quiero y siempre te querré, hagas lo que hagas.

Noté su sonrisa en mi cabello. Dicho aquello, recordé que se había liado con Tessa y seguí con mi enfado.

—Pero no te creas que se me olvida que te has liado con mi peor enemiga y que has traicionado a mi mejor amiga.

—Sara...

—Lo que le has hecho a Pear no tiene nombre. Vete a la mierda, Daniel. Eres lo peor.

—¡Sara! —me llamó cuando me iba—. Bipolaridad. Háztelo mirar.

Le hice un corte de mangas y me marché. Escuché el portazo cuando cerró la puerta.

Hay hermanos perfectos que se quieren y viven en armonía. Pero no era nuestro caso. Nosotros no nos llevábamos bien y nuestra relación no era sencilla, porque los dos éramos de carácter complicado. Sin embargo, había algo que entonces sabía y que no iba a olvidar. Daniel y yo nos queríamos. Y eso no iba a cambiar, pasase lo que pasase.

El viaje definitivo

Febrero pasó. El sol se hizo su hueco, y cada día brillaba con más intensidad.

Cinco de marzo de 2010: otra fecha que jamás olvidaríamos.

Cuando ocurre una desgracia, nunca viene sola; empiezas a caer y a caer y parece no haber fin. Y, cuando crees que no puedes caer más, el suelo vuelve a abrirse bajo tus pies y sigues cayendo hasta que te sumerges en el abismo más profundo. Y, entonces, ¿cómo sales de ahí?

Desde que me había enterado de toda la verdad de mi accidente, Pear y yo no nos separábamos ni un minuto. Me atrincheré en su cama y la obligué a que me hablase sobre esas pesadillas y sobre sus sesiones con Brenda, la psicóloga. No había vuelto a subirse a un caballo, y me propuse cambiarlo. Sabía que me costaría, pero el esfuerzo valía la pena. También hablábamos mucho de mi hermano. Pear insistía en buscar un motivo oculto para que estuviera haciendo aquello. Yo creí que era una manera desesperada de seguir confiando en él y negar la realidad. Y la realidad era que estaba enamorada hasta las trancas de mi hermano. Ya sabía yo que ese rollito de amigos con derecho a roce era peligroso, porque corres el riesgo de enamorarte. «¿Sigues pensando en Pear, Sara? ¿O te ves reflejada en la situación? Maldito subconsciente. Maldito Oliver».

El día cuatro de marzo, estaba deprimida. No por nada en especial, pero había días que me levantaba animada y otros días que me levantaba tristonera. Era uno de esos días en los que eres consciente de todos los problemas que arrastras a tus espaldas y... te abrumba. Mi accidente, Pear y su caballo, Pear y su culpabilidad, mi fracaso con Will, mis sentimientos por Oliver, a los que me negaba a darles nombre, la nueva traición de mi hermano, Tessa, mis patines...

Era jueves, y Oliver se había marchado con sus padres a Edimburgo a pasar el día y hasta la mañana siguiente no volvería. Solía hacerlo de vez en cuando.

Por la tarde, después de las clases, Adam entró en mi dormitorio. Venía con la maleta preparada. Se iba a esquiar con sus padres y sus hermanas.

—Hola, *Totó*. Vengo a despedirme.

Intenté poner la mejor de mis sonrisas. No quería que se fuera

preocupado. Era tradición en su familia irse todos los inviernos, los seis, a esquiar un fin de semana largo. Me levanté de la cama y lo abracé. Aspiré su olor y me sentí mejor. Me sentí en casa.

—Pásalo muy bien, Adam. Nos vemos el domingo.

—¿Estás bien? —Me conocía demasiado.

—Sí, claro que sí.

—¿Vas a dormir con Pear?

—Sí, no te preocupes, y vete ya.

—Sara, ¿quieres que me quede?

—¡No, por supuesto que no! Adam, voy a estar bien, no te preocupes. Y, además, Olly viene mañana.

—Puedo quedarme, no me importa. Ya lo sabes.

—Adam. Estoy bien. Venga, ¡lárgate ya! —Lo sujeté del brazo y lo obligué a salir de mi dormitorio. No quería que se fuese, quería que se quedase conmigo. Pero no podía hacerle eso. Se merecía unos días con su familia. ¿Por qué tenían que irse mis dos mejores amigos el mismo fin de semana? Intenté contener las lágrimas en mis ojos, sin éxito.

—Joder, *Totó*. Voy a decirles a mis padres que se vayan sin mí.

—Adam, no, por favor. Yo...

—Pero pídemelo. Necesitas pedírmelo. Tienes que aprender a pedir ayuda cuando la necesitas, *Totó*, nunca lo haces.

Me costaba pedir ayuda, lo reconozco. Y es difícil romper con ese tipo de actitudes.

—Quédate conmigo, por favor. —Me acabé rindiendo.

Adam me abrazó, y yo me sentí egoísta.

—Soy la peor persona del mundo.

—No. No lo eres. Y no te preocupes, mañana, en cuanto llegue Olly, me iré por mi cuenta y me reuniré con mi familia en las pistas.

—No te merezco.

—Nadie lo hace. —Me sonrió de medio lado y me dio un beso en la cabeza.

Adam se fue a hablar con sus padres para explicarles que, al final, no iría con ellos. No se lo tomaron mal, entendían que eran tiempos difíciles. Y, además, solo tardaría un día en reunirse con ellos. Vinieron todos a mi dormitorio y se despidieron de mí. Adam no deshizo la maleta y nos metimos temprano en la cama. Al día siguiente, le esperaba un duro día de viaje.

Por la mañana, nos despertamos temprano, pero nos quedamos en la cama

hablando y recordando tiempos mejores. Adam se iba a media mañana. Como no tenía nada mejor que hacer hasta la hora de la salida, decidió venir a la clase de primera hora con nosotros. Apenas cinco minutos después de que empezase la clase, la secretaria de la directora Peters irrumpió en nuestra aula.

—Disculpad la interrupción.

—¿Qué necesitas, Sharon? —preguntó con amabilidad la profesora. Ojalá hubiera sido tan amable con nosotros. Así hubiéramos dejado de llamarla «La Terminator».

—Vengo a buscar a Adam Wallace.

¿A Adam? Me extrañé.

—¿Qué has hecho, Adam? —le preguntó Brian.

—¡Nada! —se defendió mi amigo.

—Muy bien. Señor Wallace, salga, por favor.

Adam se levantó y salió de clase acompañado por Sharon. En cuanto se cerró la puerta, empecé a preocuparme, no sabía la razón. Habían podido llamarlo por cualquier motivo, pero algo en mi interior me decía que no, que había sucedido algo grave. Me levanté de mi silla y me acerqué a la salida.

—Señorita Summers. ¿Dónde cree usted que va?

—Necesito ir al servicio.

—¿No es capaz de aguantarse con la edad que tiene? Siéntese.

—No, no me puedo aguantar.

—Si sale por esa puerta, señorita Summers, lo hace con la mitad de esta asignatura suspendida. Y no es lo que más le conviene.

Ni lo dudé, salí de clase y di un portazo. Subí por las escaleras, despacio, como si no quisiera llegar a mi destino; tenía un mal presentimiento en el cuerpo. Mi corazón empezó a galopar en mi pecho y, a medida que me aproximaba, me inquietaba más. Aceleré el paso. Cuando llegué a la planta donde se encontraba el despacho de Peters, escuché a alguien discutir. Era la voz de Adam. Empecé a correr.

—¡Dejadme en paz! ¡No me toquéis!

Descubrí a Sharon sentada en su sitio con los ojos llorosos. Pasé igual que una exhalación a su lado hacia la puerta del despacho de la directora.

—¡Espera, Sara! ¡No puedes entrar ahí!

Abrí la puerta y lo primero que vi fue a Peters, junto con Brenda, y con el jefe de estudios. Sus caras no presagiaban nada bueno.

—*Totó* —me susurró Adam, apenas con un hilo de voz.

Miré a mi izquierda, y Adam vino lanzado hacia mí. Tenía una expresión en la mirada que no le había visto en mi vida. Estaba desolado. Me abrazó, con tanta fuerza, que caímos los dos al suelo. Adam lloraba sin consuelo, y yo no sabía qué le pasaba. Nos quedamos abrazados en el suelo. Él lo hacía como si no tuviera nada más que abrazar y como si se le escapara el tiempo entre los dedos.

—Tranquilo, cariño. Estoy aquí. No me voy a mover. Shhh, estoy aquí — repetía una y otra vez.

Rompí a llorar sin poder evitarlo. Porque me rompía el alma verlo así. Porque algo muy malo había pasado. Porque, a pesar de tenerlo entre mis brazos, lo noté muy lejos. Más lejos que nunca.

—*Dejémoslos solos.* —Escuché, de fondo, la orden de Peters.

—*Amanda, no creo que sea lo mejor.*

—*Brenda, vámonos. Necesitan unos minutos a solas.*

Permanecimos en el suelo dos horas. Dos horas, llorando. Dos horas, sujetando a Adam con mis brazos y susurrándole palabras de amor. Oliver entró en algún momento, no recuerdo cuándo, y se unió a nosotros.

Más tarde, la noticia cayó sobre mí como un rascacielos de cien pisos. La familia de Adam había tenido un accidente de coche en la nieve. No habían sobrevivido. Ninguno. Ni su madre, ni su padre, ni ninguna de sus tres hermanas. Había fallecido toda su familia. En el acto. Y él debería haber estado en ese coche. Pero no estaba, porque yo le pedí que se quedara conmigo.

Dos días después, se celebró el funeral en Edimburgo. Vino todo el mundo. Familiares, profesores, alumnos. Era abrumador. Todos se aproximaban a Adam para darle el pésame y era comprensible, es lo que se hace en esos casos, pero no deja de ser doloroso. Era un recordatorio constante de lo sucedido. No le dieron a Adam ni un puto segundo de tregua.

El momento del entierro fue el peor, sin ninguna duda. Yo no me solté del brazo de Adam; tenía la sensación de que, si lo hacía, se desplomaría. Desde aquellos gritos que escuché en el despacho de Peters, no había dicho ni una palabra más, ni una. No tenía ni idea de cómo íbamos a superar aquello.

Cuando acabó todo, la gente seguía acercándose a Adam para darle todo su apoyo. «Dejadlo en paz, joder. ¿Por qué tienen que suceder estas cosas? ¿Por qué la vida es tan injusta?». Por eso nunca he creído en Dios, porque, si existiera alguien ahí arriba, no habría permitido esa desgracia.

Me acordé de las hermanas de Adam, apenas habían empezado a vivir.

Tenían tanta vitalidad, tantos sueños. Y sus padres, siempre tan comprensivos con las trastadas que hacíamos. Derrochaban amor entre ellos y entre las personas que se encontraban a su alrededor. Eran una familia completa, una familia que irradiaba felicidad. Y ahora no estaban. Y no volverían. No podía más, necesitaba airearme. Aproveché el momento en que los abuelos de Adam lo arrancaron de mis brazos para consolarlo para escabullirme.

Salí del cementerio hacia el aparcamiento. No podía respirar. Necesitaba aire. Aceleré el paso y llegué hasta la mitad de la carretera. Cogí aire y lloré sin consuelo. Cerré los ojos. Intenté sacarlo todo. Me abracé a mí misma y sentí que el mundo daba vueltas a mi alrededor. Escuché pasos que se acercaban.

—Sara. Vuelve ahí dentro. Ahora.

Era mi hermano.

—Daniel, déjame tranquila.

—No, Sara. Tienes que regresar.

—No puedo. No puedo, Daniel. Es demasiado doloroso. No puedo soportarlo.

—Pues vas a tener que hacerlo. —Me secó las lágrimas con sus manos y me empujó, de vuelta, camino al cementerio—. Trágate las lágrimas, Sara. Trágate las porque no puedes permitirte las, no delante de Adam.

—Daniel.

—No, escúchame. Ese chico acaba de perder a toda su familia. Ahora mismo, su vida pende de dos hilos muy finos y tú eres uno de ellos. No puedes derrumbarte, no mientras él pueda verte, porque caerá contigo. Tienes que ser fuerte, Sara. Tienes que hacerlo por él, para que tenga en quién apoyarse. Y, cuando se duerma, si es que lo consigue, entonces llora todo lo que necesites y desahógate. Pero ahora, no.

—Tienes razón —reconocí sollozando—. Lo siento. Esto me supera. Dame un minuto, por favor.

Mi hermano asintió con la cabeza. Me sequé las lágrimas y me puse las gafas de sol. Intenté tranquilizarme, debía hacerlo por Adam. Volvimos juntos al cementerio. Busqué a Adam con la mirada. Y lo encontré. Parecía... parecía un niño perdido, un niño de tres años que se había perdido y que no encontraba a su madre. Era horrible. «Trágate las lágrimas, Sara. Te necesita entera».

Me acerqué a él y le di la mano. Me la asió con fuerza. Como si necesitara mi contacto para seguir viviendo. En cierta manera, supongo que así era.

Uno tras otro, los asistentes al funeral se fueron marchando.

Mi padre tuvo que llevarse a mi hermana Kate a rastras a casa. Las hermanas de Adam eran sus amigas, y no entendía por qué, de un día para otro, no las vería nunca más. Intenté explicárselo, pero... es que yo tampoco lo entendía. La abracé con fuerza e intenté transmitirle seguridad.

Lo más difícil fue convencer a nuestros padres y a los abuelos de Adam para que se fueran y nos dejaran solos. Adam necesitaba permanecer con sus padres más tiempo, no estaba preparado para marcharse. Necesitaba despedirse y no podía hacerlo con cien personas a su alrededor diciéndole lo mucho que lo sentían.

Después de estar horas enfrente de las tumbas de su familia, empezó a anochecer. Ninguno dijimos nada, no fue necesario.

La noche se volvió más oscura. Las horas pasaron.

¿Cómo te despidas de toda tu familia? ¿Cómo tomas la decisión de marcharte y dejarlos atrás? Cuando falleció mi madre, yo era tan pequeña que apenas lo recuerdo. No recuerdo estar en el cementerio despidiéndonos de ella. Quizá ni fui al entierro, quizá mi padre nos evitó ese dolor.

Adam rompió a llorar, desesperado.

Más tiempo pasó.

Adam dejó de llorar, para, minutos después, volver a empezar.

Empezó a llover.

Permanecimos los tres enfrente de las tumbas, sin movernos.

A cada minuto que pasaba, más fuerte llovía. Ya no sabía si Adam lloraba o no. No sabía si lo hacía Oliver. No sabía si lo hacía yo.

—Sacadme de aquí, por favor —nos suplicó, tiempo después, con la voz rota.

Esa noche, en mi cama, con Adam abrazado a mi cuerpo, pensé que en la vida pasas momentos buenos y momentos malos junto a la gente que quieres. Los momentos buenos son muy fáciles de llevar y todos nos queremos y somos muy amigos. Pero es en los momentos malos cuando te das cuenta de cuánto amas a las personas que están a tu lado. Porque su dolor es tu dolor. Mientras acariciaba la cabeza de Adam, pensé que ojalá fuera capaz de poder arrancar ese dolor de mi mejor amigo de su corazón y asumirlo como mío, haría lo que fuera con tal de aliviarlo.

Dos meses después

30

Oscuridad

Mayo nos alcanzó y, en dos meses más, nos graduaríamos en el *Crowden School* y nos iríamos a la universidad. Llegábamos al final de una etapa de nuestras vidas y una nueva se abría.

Adam había regresado al colegio apenas dos semanas después de la tragedia, a pesar de la renuencia por parte de todos los adultos. Y nosotros volvimos con él. Esas dos semanas, antes de volver, estuvo viviendo en mi casa, pero sus abuelos le dijeron que no tenía que ser así, que ellos eran su familia y que esperaban que, cuando regresara a Edimburgo para ir a la universidad, se fuera a vivir con ellos.

Adam no dijo ni que sí ni que no, la verdad es que no decía demasiado. No hablaba, no dormía y apenas comía. Lo poco que decía era para chillar o discutir por la más mínima cosa. Oliver y yo le dejamos hacer y lo apoyamos en todas sus decisiones, tenía que vivir su duelo a su manera. Y había dejado el hockey. Todos lo hicieron. Seguir jugando sin Adam... no era una posibilidad. Incluso Daniel lo dejó.

Era una situación muy difícil. Adam era un espectro, no era Adam. «Necesita tiempo», me repetía a mí misma todos los días, «volverá cuando esté preparado para hacerlo». Pero el resto de mis amigos no opinaban lo mismo.

—Sara, tienes que reaccionar, por Adam. No está bien. —Brian intentó razonar conmigo, una vez más, pero yo no estaba por la labor.

—¡Pues claro que no está bien! ¡Dejadlo en paz!

La más mínima crítica a mi Adam hacía que sacase las garras, no me gustaba que nadie hablase mal de él ni que criticasen sus actuaciones. Yo sí podía hacerlo, pero los demás no. Quien quisiera entenderlo que lo hiciera y quien no... era su problema. Estaba pasando por el peor momento de su vida. Necesitaba tiempo y comprensión por parte de todos, no gente diciéndole lo que podía o no podía hacer.

—Sara, esto va a terminar mal —me advirtió Marco, negando con la cabeza.

—¿En serio? —Me enfrenté a él—. ¿Peor de lo que está?

No me contestó.

—Esto ya ha acabado mal, Marco —sentencié.

Me levanté y preparé un zumo de naranja antes de ir a la residencia. En el fondo, sabía que tenían toda la razón, no podíamos seguir así. Habíamos dejado su tiempo de duelo a Adam, no le habíamos parado los pies por miedo a desestabilizarlo, pero se estaba destruyendo y no debíamos permitirlo. Había llegado la hora de hacerlo reaccionar para que pudiese seguir con su vida.

Entré en la habitación de Adam, que apestaba a alcohol. No era ninguna novedad, se emborrachaba dos veces por semana. Lo que no entendía era de dónde sacaba las botellas. Si pillaba por banda al cabrón que se las estuviera dando, le rompería todos los dientes. Adam todavía dormía. Descorrí las cortinas para que entrase algo de luz y me enfrenté a sus protestas, como todos los días. Me senté en su cama y le ofrecí el zumo de naranja con una pastilla.

—Bébetelo —le pedí con suavidad.

—Y, si no lo hago, ¿qué?

Quería provocarme, pero no lo conseguiría, no pensaba enfadarme con él. ¿Así era yo cuando estaba en mi rehabilitación? Recordé estar enfadada con el mundo. Recordé pensar que nada peor podía pasarme en la vida. Qué equivocada estaba y qué egoísta fui.

—No se te quitará el dolor de cabeza en todo el día.

—Me importa una mierda. —Se levantó de la cama y acercó a su boca la botella de *whisky* que había en la mesa.

—Adam, no. —Me levanté y le quité la botella, como tantas veces había hecho en los últimos meses. Oliver y yo intentábamos con todas nuestras fuerzas que no bebiera, pero había días que conseguía echarnos de malas maneras de su dormitorio y no nos dejaba entrar hasta el día siguiente. Pero, en esta ocasión, no me ganaría la batalla. No estaba dispuesta a que se acercara a esa botella. Primero, intentaría hacérselo entender por las buenas —. Así no desaparecen los problemas. Cuando se te pase el efecto del alcohol, volverán.

—Entonces volveré a beber. Problema resuelto.

Me quitó la botella, con brusquedad, de las manos y bebió un trago.

—Adam, para. —Intenté quitársela.

—Que te jodan, Sara. Hazme un favor y olvídate. —Arrojó la botella contra la pared y se rompió en mil pedazos.

Me alegré de que lo hiciera. Está demostrado que arrojar objetos contra la

pared disipa parte de la rabia. Y, además, ya no podía beberse esa botella.

—Voy a limpiarlo.

—No, Sara. No vas a limpiar nada, ¡vas a largarte de aquí! ¡Fuera!

Estaba más alterado de lo habitual.

—¡No pienso irme a ninguna parte, Adam!

—¡Quiero que te vayas! ¡Que desaparezcas de mi vida! ¡Aléjate de mí!
¿Es que no lo entiendes? ¡NO QUIERO QUERER A NADIE!

—Adam, mírame. —Le cogí la cara con mis manos y nos sentamos en la cama—. A mí no vas a perderme.

—Así será más sencillo cuando no estéis. —Hizo caso omiso de mi declaración, no me estaba escuchando.

—Te repito que no voy a separarme de ti. Te guste o no, estás atado a mí de por vida.

Ese día, por la tarde, Adam tenía sesión con Brenda. Tenía que estar con ella tres días a la semana. No sabía de qué hablaban, no nos habían dejado entrar. Aproveché ese rato para subir a la azotea del edificio principal y aislarme del mundo. Pensé en la familia de Adam. Los echaba de menos, eran mi familia. Me acogieron como una más desde los nueve años. Había visto nacer a dos de sus hermanas. Las había tenido en mis brazos cuando apenas tenían horas de vida. Pero mi dolor no era siquiera una sombra del dolor de Adam. No tenía derecho a sufrirlo, pero me lo permitía unos escasos momentos al día.

Me llegó un mensaje de Oliver. Quería saber dónde estaba. Le expliqué mi paradero y esperé. Llegó a la azotea cinco minutos después. Vino a avisarme de que debía irse a pasar la noche a Edimburgo. Su abuelo había venido de visita y quería pasar un día con él.

Yo estaba apoyada con los codos en el muro que separaba la azotea del abismo, y Olly me abrazó por detrás juntando mi espalda con su pecho.

—¿Seguro que estaréis bien? Hoy Adam tiene mal día. Acabo de dejarlo con la pandilla en su dormitorio.

—Sí, vete tranquilo. Puedo manejarlo.

—Está bien, llámame si me necesitáis. No importa la hora que sea.

Me dio un beso en la mejilla y se fue. Me quedé un buen rato pensando, aprovechando mis últimos momentos en soledad. Cuando estaba a punto de irme, me llamaron por teléfono. Era Brian.

—¡Sara! Ven al dormitorio de Adam. ¡Ya!

—¿Qué ocurre?

—¡Ven ya!

Colgué y salí corriendo. ¿Qué habría pasado? No fui consciente de haber hecho todo el camino desde la azotea hasta la residencia. Cuando llegué al piso de los chicos, abrí la puerta de la habitación de Adam sin saber lo que me encontraría dentro. Todos mis amigos estaban allí, y Adam daba vueltas por la habitación. Se le veía enloquecido y discutía con Marco.

—¡Dámelo, Adam!

—¡Que te jodan! ¡Que os jodan a todos!

Adam y Marco estaban a punto de pegarse. Me metí en medio.

—¿Qué está pasando aquí?

—Eso —Marco señaló la bolsita que Adam llevaba en la mano— es lo que está pasando. Y no me digas que no te lo advertí —me escupió las palabras en la cara.

Miré con detenimiento la minúscula bolsa, sin saber a qué se refería Marco, hasta que descubrí lo que era. «Oh, joder. No, no, no. Adam, no. Eso no».

—¿Qué coño es eso, Adam? —No necesitaba su respuesta para saber lo que era, pero quería que me lo dijera.

—¿A ti qué coño te importa?

—¡No me hables así! ¡No soy una puta desconocida en tu vida!

Me fijé en sus ojos, tenía las pupilas dilatadas y respiraba con dificultad. Estaba eufórico y agresivo al mismo tiempo. Estaba drogado.

—¿Cuánto has consumido? ¿Cuánto, Adam? ¡CONTÉSTAME! —Adam vaciló y no me contestó. Le quité la bolsa de la mano y fui al baño.

—¿De dónde coño lo ha sacado? —pregunté a Brian y Marco al pasar por su lado. Cuando yo no estaba con Adam, ellos lo acompañaban.

—No lo sé —respondió Brian—, te juro que no lo sé. —Marco ni me contestó, se agarraba el pelo con las manos y tenía los ojos llorosos.

—Sara —me dijo Moira, llorando—, te avisamos de que esto podía pasar.

—Ahora no, Moira. No es el momento.

—¿Desde cuándo lo está consumiendo? —Pear vino detrás de mí hacia el baño.

—Es la primera vez. —Arrojé todo el contenido de la bolsa que, por suerte, era bastante, por el retrete. No debía de haber consumido mucho.

—¿Cómo puedes saberlo?

—¡PORQUE LO SÉ Y PUNTO! —Estaba muy nerviosa. Cuando tiré de la cisterna del retrete, las manos me temblaban.

—¡Sara!

—¿Qué? —Salí del baño a todo correr.

—Algo le sucede, Sara. ¡Algo le pasa a Adam!

«Oh, madre mía, Adam». Estaba sufriendo espasmos y le costaba respirar, le temblaba todo el cuerpo y parecía que iba a ahogarse en cualquier momento. Me acerqué a él y noté que tenía mucho calor, chorreaba de sudor y tenía la mirada desenfocada.

—Está sufriendo un ataque —pensé en alto.

—¿Un ataque de qué? —preguntó alguien.

—¡No lo sé, joder! ¡YO NO LO SÉ TODO! —Coloqué la palma de mi mano en su mejilla e intenté llegar hasta sus ojos. «Vamos, Adam, mírame. ¡Reacciona!».

—Voy a avisar a la directora, ¡tiene que venir alguien a ayudarnos!

—¡No! Creo que es un ataque de ansiedad —les chillé, a todos en general, sin apartar mi mirada de Adam.

—¡Sara! ¡Alguien tiene que ayudarlo! ¡No puede respirar!

—No avises a nadie, dame un minuto primero.

Adam cayó al suelo, llegué hasta él y lo coloqué en posición fetal, después me puse detrás de él en la misma posición. Lo abracé, sin apretar demasiado, de manera que mi pecho tocaba su espalda. Mandé callar a todo el mundo, necesitaba silencio.

—Vamos, Adam. Respira, respira conmigo. Mira cómo lo hago yo, imita mis movimientos. —Inspiré y expiré muy despacio, mi pecho se movía arriba y abajo—. Es fácil, llevas haciéndolo toda la vida. Adam, siénteme, siente cómo respiro. —Su respiración se suavizó y su cuerpo se relajó—. Así, tranquilo, tranquilo, siente cómo se mueve mi cuerpo y haz lo mismo. Así, muy bien, Adam. Lo estás haciendo muy bien. Respira.

Levanté mi mirada hacia mis amigos, estaban todos paralizados, llorando. Todos. Yo también lloraba, aunque no había sido consciente de ello. Olivia aún seguía con la mano en la manilla de la puerta, preparada para salir en busca de ayuda. Cerré los ojos y escondí mi cabeza en la nuca de Adam. Seguimos respirando juntos durante unos minutos más.

Al cabo de un rato, me levanté y me situé delante de él. Lo miré a los ojos y deseé, de nuevo, con todas mis fuerzas, quitarle parte de ese dolor que ninguna persona a su edad debería sufrir. Éramos demasiado jóvenes para sufrir tanto. No habíamos empezado a vivir aún. La vida no podía ser tan dura.

—Ayúdame a meterlo en la cama.

Para la hora de cenar, Adam se había quedado dormido en mi regazo. Le acaricié la cabeza y lloré en silencio. No sabía si había pasado la crisis de ansiedad, no tenía ni idea de lo que debía hacer. Estaba muy asustada. Y muy perdida.

—Sara —me llamó Marco con suavidad—, vete a descansar un rato, yo me quedo con Adam.

—No, ¿y si se despierta con otra crisis?

—Creo que ha pasado lo peor. Necesitas descansar, duerme un poco. No puedes estar ahí sentada toda la noche. Yo me quedo.

—Estoy bien. No voy a moverme de aquí.

—Vale. Entonces haremos turnos para acompañarte.

Asentí con la cabeza y la apoyé en el cabecero de la cama. Lágrimas nuevas brotaron de mis ojos.

Adam no se despertó hasta el día siguiente. Supuse que el cansancio y la ingesta de alcohol y drogas, junto con el ataque de ansiedad, pudieron con él. Me alegré de que hubiera descansado.

—¿Sara?

Adam se incorporó, nos miramos el uno al otro y los recuerdos de la noche anterior vinieron a nuestras memorias. Supe que él lo estaba reviviendo todo. Se lo noté. Permanecí impassible. Brian y Pear estaban con nosotros. Nadie dijo nada. Cuando fui consciente de que Adam recordaba todo lo que había pasado, me levanté y fui al baño.

—Si vuelves a hacer algo así, no te lo perdono en la vida, Adam.

Regresé a la habitación y me tumbé en la cama de espaldas a ellos. Estaba agotada y no tenía ningún sentido marcharme a mi habitación. No me molesté ni en ponerme ropa más cómoda. Quería dormir y olvidarme de la que, con toda probabilidad, había sido la noche más difícil de mi vida.

Debería haber avisado a Oliver, pensé, poco antes de dormirme. Pero no quería preocuparlo. Cuando viniese, se enteraría de todo; lo peor había pasado. O eso esperaba. Estaba en un estado semiinconsciente y escuché los susurros de mis amigos.

—Adam, vete a comer algo, necesitas alimentarte.

—No quiero dejarla sola.

—Ya me quedo yo con ella.

—No, quiero quedarme.

—Está bien, te traemos algo de comer entonces.

—*Vale. Traed algo para Totó.*

—*Sí, por supuesto.*

Por la tarde, vino Oliver. Los chicos le explicaron todo lo sucedido la noche anterior, y Olly me echó en cara que no lo hubiera llamado al momento. Como no quería alterar a Adam, la pagó conmigo. No necesitaba esa mierda. Salí de la habitación del infierno y vagué por el colegio.

Todavía no habían acabado las clases. Natalie me había contado que Peters fue a la habitación de Adam mientras yo dormía. Le explicaron que había sido una noche dura y que no habíamos dormido demasiado, sin entrar en detalles, por supuesto. Supondría la expulsión directa de Adam del *Crowden*. La directora nos permitió faltar ese día a todas las clases; estaba siendo muy permisiva con todo el asunto. Se lo agradecería toda la vida. «En algún momento lo haré en persona, cuando me sienta con fuerzas».

Caminaba tan ensimismada en mis pensamientos que no me fijé ni por dónde iba, hasta que acabé chocándome con alguien.

—Mira por dónde vas, idiota.

Tessa. Nos miramos la una a la otra. Había llegado hasta la puerta de la sala de descanso donde casi todos los alumnos pasábamos el rato después de comer y antes de que empezaran las clases.

—Joder, Summers. Vaya careto que llevas. Estás horrible. ¿Hace cuánto que no te lavas el pelo? Y un poquito de maquillaje tampoco te vendría mal... te lo digo por si quieres dejar de parecer un zombi.

Intenté pasar de ella, pero cuando alguien tiene ganas de pelea...

—¿Sabes? La vida me sonrío. Estoy feliz. —Y, de verdad, su expresión era de pura felicidad. Empezó a soltarme un discursito de lo bien que le iban las cosas, aunque a mi cabeza solo llegaba un bla, bla, bla. Hasta que un nombre hizo eco en lo más profundo de mi mente y reaccioné.

Daniel.

—¿Qué has dicho?

—Pues eso, que nunca me ha gustado Daniel. No es que no sea guapo, que lo es, pero tenía una especie de obsesión hacia Will. Pero ahora que lo tengo enamorado, tengo ganas de jugar y divertirme con él...

No permití que terminara la frase. La cogí del cuello y la arrastré por el pasillo hasta que la empotré contra la pared.

—No te atrevas a hacerle algo a mi hermano, porque te vas a arrepentir.

Tessa comenzó a chillar y a pedir ayuda, yo descargué todo mi cansancio y mi furia en ella.

—¡Daniel, ayúdame! ¡Está loca!

Mi hermano y Will, que debían de estar dentro de la sala de descanso, vinieron corriendo hasta donde nos encontrábamos y nos separaron. No había llegado casi ni a tocarla.

—¡Esta vez no te libras de la expulsión, Summers! ¡Ya estoy hasta las narices de tanta amenaza! ¡La que te vas a arrepentir vas a ser tú de meterte en mi camino!

Intenté, con todas mis fuerzas, soltarme de Will para poder llegar a ella. Daniel me miró a los ojos y vio algo que no le gustó.

—¡Llévatela, Will! ¡Llévatela!

Will me arrastró hasta uno de los pasillos y me apoyó en la pared.

—Suéltame —le exigí.

Me soltó al instante y puso sus brazos en alto.

—¿Qué te pasa, Sara? —me preguntó, preocupado—. Estás muy nerviosa, te tiembla todo el cuerpo.

Me di cuenta de que parecíamos dos desconocidos. No sabíamos nada el uno del otro. Yo no sabía cómo le iba la vida y él tampoco sabía cómo me iba a mí la mía. No sabía del infierno que había pasado la noche anterior ni del desastre que era mi vida esa misma mañana. La situación se escapaba de mi control. No éramos más que marionetas de la vida.

—Tienes que tranquilizarte. No puedes seguir bailando al son de esa chica. Te maneja a su antojo, te saca de tus casillas. No te dejes, Sara.

Daniel apareció por la esquina del pasillo y llegó hasta nosotros.

—¿Qué pasa contigo? —me acusó—. He conseguido tranquilizar a Tessa, pero no puedes jugártela de esa manera. La directora Peters no va a consentir que le pegues de nuevo, te lo aseguro. Por mucho apellido Summers que lleves, a la próxima, serás expulsada.

—No me importa —me apoyé contra la pared, derrotada.

—Sara, sé que estás pasando por algo muy difícil —no tenía ni idea—, pero no puedes dejar que Tessa te altere de esa manera.

—Tú no sabes lo que me ha hecho.

Mi hermano se acercó a mí y colocó sus manos en mis hombros.

—Sí lo sé.

«¿Perdona?».

—¿Qué sabes?

—Lo sé todo, Sara. Y no gracias a ti. Pero necesito tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para hacer pagar a Tessa por todo lo que te ha hecho. Deja que yo me ocupe, confía en mí. Aunque sea por una vez en tu vida. Yo me voy a ocupar de todo. Ve con Adam. ¿Qué tal está?

—No lo sé.

Y esa era la terrible verdad. No tenía ni idea de en qué estado se encontraba mi mejor amigo. Lo que sí sabía, de lo que sí estaba segura, era de que lo sacaría de ese maldito agujero.

Después de mi interludio con Daniel y Will, volví a la habitación de Adam. Cuando llegué, estaban varios de nuestros amigos dentro, no me fijé ni en quiénes eran.

—Dejadnos solos —ordené.

Salieron al instante. Todos excepto uno, claro. Me acerqué a Adam y hablé alto y claro.

—Quiero que me lleves contigo, estés donde estés. Arrástrame hasta el fondo, Adam. Y, una vez los dos estemos ahí abajo, te cogeré de la mano y te sacaré de ahí. Pero, primero, necesito encontrarte. Déjame encontrarte.

La decisión

Unos días después de esa terrible noche, ocurrió algo que cambió nuestro futuro. O, desde luego, el futuro que creíamos tener a corto plazo. Pero, si algo había aprendido en mi corta vida, era que las cosas sucedían por algo, y que cuando no era el momento de hacer lo que llevábamos toda la vida planeando... no era el momento. No importa lo que digan los demás, tú sabes que has tomado la decisión acertada. La que tenías que tomar para intentar encauzar tu vida.

Estaba en mi cama junto a Adam. Oliver se había ido horas antes a su habitación a dormir. Habíamos intentado dormir los tres juntos, pero era una causa perdida. La cama era demasiado estrecha para lo inquietos que estábamos. Nos movíamos mucho y era imposible conciliar el sueño. Incluso estando solo los dos me costaba dormir.

Todos los días vivía con miedo. Tenía miedo de que cualquier día me llamasen para informarme de que Adam había tenido un accidente o que le había pasado alguna otra desgracia, pero no podía cogerlo de la mano y llevarlo a mi vera. No tenía cuatro años, tenía dieciocho. ¿Qué pasaría cuando acabáramos el colegio? No sabía cuáles eran los nuevos planes de Adam, si es que tenía alguno.

Escuché mi teléfono móvil. Lo tenía siempre encendido, y con el volumen a tope, necesitaba saber que, si alguien intentaba localizarme, lo haría a la primera.

—¿Sara?

¿Adam? Me incorporé y encendí la luz. No podía ser Adam porque dormía junto a mí. Pero, al girarme, descubrí que no estaba. ¿Cuándo se había ido?

—Adam, ¿dónde estás?

—Necesito que vengas a buscarme.

Estaba borracho perdido. ¿Cuándo se había largado? ¿Y cómo no me había dado cuenta? No podía creer que me hubiera dormido de una manera tan profunda.

—Dime dónde estás.

—No lo sé, en una cabina de teléfono, me he dejado el móvil en tu

dormitorio. No me encuentro bien.

«Genial, Adam. ¿Cuántas cabinas de teléfono hay en Perth? Piensa, Sara, piensa».

—Dime lo que ves a tu alrededor, cualquier cosa que veas, por insignificante que te parezca.

Comenzó a darme datos, me costaba mucho entenderlo, estaba tan borracho que apenas podía hablar. Mientras lo mantenía al teléfono, me puse un abrigo por encima del pijama y unas playeras. Cogí las llaves del coche y fui al garaje. Arranqué el coche y salí disparada hacia el pueblo. Cuando llegué a la verja de la entrada, le expliqué al vigilante que debía ir a buscar a Adam. Nos conocía, eran muchos años en aquel colegio, y sabía por la difícil situación por la que pasaba mi mejor amigo en esos momentos. Me preguntó que cuándo se había ido y cómo. No pude contestarle porque no tenía ni idea.

No me puso problemas, pero me dijo que debía informar a la directora al día siguiente. Acepté sin rechistar, qué remedio.

Después de unos minutos conduciendo, Adam me dio un dato importante sobre su paradero. Sabía dónde estaba. Aceleré y fui en su busca. Quince minutos después, llegué a mi destino. Lo encontré sentado en la acera, delante de la cabina de teléfono y con la cabeza escondida entre las piernas.

—Adam.

Levantó la cabeza y me miró con el semblante sombrío.

—Joder, la he vuelto a cagar.

—Vamos, Adam. Vamos a la cama. Tienes que dejar de pillarte estos pedos. Te estás jodiendo la vida.

Asintió con la cabeza. Lo ayudé a levantarse y a subirse en el coche.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le pregunté, mientras lo llevaba de vuelta al colegio.

—He cogido la moto de Olly.

Claro, por eso había podido salir del colegio sin que lo vieran. Con la moto no era necesario pasar por la verja de entrada, podía salir por el bosque y, desde ahí, acceder a la carretera que llevaba al pueblo. Miré alrededor y no vi la moto. Supuse que la habría dejado en alguna parte y habría venido andando. Viendo lo ebrio que estaba, era una buena decisión. Al menos le quedaba algo de responsabilidad.

—¿Te acuerdas de dónde la has dejado?

—No.

Quizá me excedí con lo de la responsabilidad. Una sonrisa asomó por mis

labios, en mitad de la tragedia.

—Olly va a matarme. —No entendía cómo era capaz de hablar, estaba sentado en el coche casi inconsciente. Sus últimas fuerzas las había utilizado en hablar por teléfono conmigo. Y, una vez que lo había encontrado, se había dejado vencer por el cansancio.

—Casi seguro que sí. Quiere más a esa moto que a nada en el mundo.

—No, a ti te quiere mucho más —susurró, apoyado contra la ventana. No le di demasiada importancia, no sabía ni lo que decía. Segundos después, cayó en un profundo sueño. Y fue un alivio, porque no tuve que dar demasiadas explicaciones al vigilante al volver al colegio. Mejor dormido que borracho.

A duras penas conseguí meterlo en mi habitación. Arrastrar un peso casi muerto es difícil. Y más para una chica tan poca cosa como yo. Cuando estaba a punto de tirarlo en la cama, Adam se echó para atrás.

—Voy a vomitar.

Su cuerpo empezó a convulsionarse y yo reaccioné a tiempo y lo acompañé al retrete. Mientras él estaba de rodillas en el suelo, mojé una toalla en el grifo para pasársela por la frente. Le aparté los rizos y esperé a que terminase para limpiarle la boca. Cuando acabó, se quedó sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Me senté junto a él.

—No puedo más, Sara. No lo aguanto más. Necesito desconectar y dejar atrás toda esta mierda. Necesito largarme de aquí.

—Bien, pues larguémonos.

—¿A dónde?

—A donde tú quieras.

—¿Vendrías conmigo?

Giré mi cabeza a la derecha y me encontré con sus ojos. Cerré los míos y apoyé la cabeza en su hombro. Me rodeó con su brazo.

—Iría contigo hasta el fin del mundo si fuera necesario, pero prométeme que vas a intentar mejorar.

—Te lo prometo.

—Todo va a salir bien. —Lo besé en la cabeza.

—Te quiero, *Totó*.

—Y yo a ti. Adam, sé que no puedo hacer nada para cambiar las cosas y para hacer que te sientas mejor, pero necesito que sepas que no estás solo. Oliver y yo estamos contigo y vamos a estarlo siempre. Somos tu familia.

Nos quedamos unos minutos callados en los que solo se escuchaban

nuestras respiraciones. Ambos asumiendo lo que estábamos a punto de hacer.

—¿Y qué pasa con la universidad? —preguntó Adam minutos después.

—La universidad no se va a mover. Seguirá aquí cuando regresemos.

—¿Y si no lo hacemos?

—No lo sé, Adam. Universidades hay por todo el mundo. No es algo que me preocupe.

—Tu padre va a poner el grito en el cielo.

—Ya nos enfrentaremos a ello cuando toque.

—Me apetece Estados Unidos.

—Así será entonces.

Nos quedamos dormidos en el suelo del baño.

De madrugada, me desperté y zarandé a Adam para que nos moviésemos ambos a la cama. No conseguimos dormirnos de nuevo.

A las siete de la mañana en punto, Oliver entró en mi habitación. Adam y yo estábamos sentados en la cama con el ordenador portátil en mis piernas.

—Hola, qué madrugadores —nos saludó, sorprendido. Sorprendido porque, por primera vez en meses, Adam parecía animado.

—Hola —contestamos Adam y yo, sin levantar la vista del ordenador.

—¿Qué hacéis ahí tan concentrados?

—Comprando unos vuelos por internet.

—¿Unos vuelos? ¿A dónde?

—A Boston. Será nuestra primera parada.

—¿Primera parada? ¿De qué estáis hablando?

—Nos vamos a Estados Unidos en cuanto acabemos los últimos exámenes en el *Crowden* y no sabemos cuándo regresaremos. Adiós, Edimburgo. Adiós, universidad. Hola, futuro incierto.

—Ah, genial. ¿Y pensáis largaros sin mí?

—Hemos comprado tres pasajes.

—¿Con qué dinero?

—Hemos utilizado la tarjeta que los abuelos de Adam le prestaron *para emergencias*.

—Bien.

Oliver no lo dudó ni un segundo. Nos íbamos los tres. Decidimos mantenerlo en secreto. Cuanto más tarde lo supiesen nuestras familias, mejor.

—Por cierto —añadió Adam—, te aconsejo que vayas al pueblo con Sara en su coche y busques tu moto.

—¿Qué quieres decir con que *busque mi moto*? —preguntó el aludido,

inquieto.

Adam y yo nos miramos y me puso cara de cachorro abandonado. «Ah, no, guapito, de esta sales tú solo. Explícaselo tú al señorito obsesivo compulsivo con sus cosas».

—Voy a ducharme, os dejo para que habléis. ¡Suerte! —grité a Adam desde el baño.

A la hora de presentar la matricula definitiva para la universidad, ninguno de los tres lo hicimos. Fue entonces cuando fuimos conscientes de que nos íbamos. Abandonaríamos a nuestras familias y a nuestros amigos. Adam lo necesitaba, y tanto Oliver como yo haríamos cualquier cosa por él.

La venganza

Estábamos todos juntos cenando en el comedor. No recordaba cuándo había sido el último día que compartimos una comida los nueve juntos. Adam estaba más animado, nuestro viaje le hizo atisbar una pequeña luz al final del túnel. Observé a todos mis amigos y, por primera vez en meses, fui consciente de que no sabía nada de lo que había sucedido en sus vidas desde el accidente de la familia de Adam. Había estado concentrada en él y me había olvidado de todo lo demás.

Tampoco les habíamos contado nuestros planes de futuro. Que lo supieran no iba a cambiar nada, se enterarían cuando llegase el momento. Sí parecían sorprendidos por la repentina recuperación de Adam, pero no dijeron nada. A veces, es mejor callar. Miré a Pear y se me creó un nudo en el estómago, ella sería a quien más echaría de menos. Estaba más alejada de ella que nunca. Esperaba que me perdonase algún día por abandonarla, esperaba que lo entendiese.

Dirigí la mirada hacia la mesa de mi hermano. La que se iba a liar cuando se enterase. Preferí no pensarlo. Me fijé bien en él y descubrí lo concentrado que estaba, hablando con sus amigos. Algo tramaban. ¿Qué sería?

Will

Por fin teníamos a Tessa donde queríamos. Dan había hecho un trabajo cojonudo; había costado, sobre todo a él, que había tenido que enrollarse con ella, pero habíamos dado con algo. Algo muy jugoso. Algo ilegal. Algo que haría cantar a la rubita como un pajarillo si no quería que la expulsasen. Cuando saliese toda la verdad, esperaba aportarle algo de alegría y tranquilidad a Sara.

En los últimos meses, Sara vivía en una realidad paralela. No se relacionaba con nadie, no hablaba, no iba a clase, no comía bien. Pasaba la mayor parte de las horas del día con Adam. Era como si ninguno de ellos estudiara en el colegio, no se les veía el pelo. Estaba preocupado, no debería estarlo, pero lo estaba. No podía evitarlo. Cuando preguntaba por ella a Dan, él se frustraba más de lo que estaba. No sabía nada de su hermana desde hacía más de dos meses.

Juntamos los cuatro las cabezas, no queríamos que nadie nos escuchara.

—No basta con subir el vídeo que hemos conseguido a la web del colegio —explicaba Dan—. Necesitamos encontrar a alguien que sea capaz de divulgarlo en todas las televisiones y ordenadores. Y, sobre todo, que no puedan apagarlo en un par de horas. Quiero que lo vea todo el mundo.

—No creo que haya demasiados alumnos capaces de hacer algo así —dijo Jack—. Tu hermana es una de ellas, pero, como a ella no podemos pedírselo, la lista disminuye.

—No, no podemos pedírselo a ella. Y yo diría aún más —añadió Dan—. La persona que lo haga no solo tiene que ser capaz de hacerlo, tiene que estar dispuesta a arriesgarse a que la pillen y caerse con todo el equipo. Una cosa así solo lo haría alguien que idolatre tanto mi apellido como para que no le importe arriesgarse a una expulsión a un mes de graduarnos. Manipular la web del colegio y transmitir un vídeo sin consentimiento de la persona implicada no está permitido. Lo he comprobado.

Sabía por dónde iba mi amigo. «Joder».

—Así la lista baja —añadió Jack.

—Sí, baja tanto que tan solo queda una persona en ella —aclaró Dan.

—Aston —me escuché nombrar en alto.

—Exacto, Oliver Aston. Es nuestra única posibilidad.

El jodido Oliver Aston.

—Joder, tu hermana no podía juntarse con un simple mortal, no, tenía que hacerse la mejor amiga de un puto superdotado como ella, de alguien que está a su nivel, no como yo, que soy un puto pringado.

—Will, no creo que mi hermana se juntara con Oliver por eso.

—¿Y entonces por qué coño se juntaron?

—Es mejor que no te dé mi opinión.

—¿Qué es lo que crees? ¿Que el puto destino los unió? ¡Como si no lo supiera ya, joder!

—Ya hablo yo con él. —Me cambió de tema. Sí, mejor. Porque estaba a punto de liarme a hostias con la puta pared—. Conociéndolo, voy a tener que ser persuasivo.

—Va a aceptar por ella, por Sara. Haría cualquier cosa por ella —reconocí.

—Eso espero.

Daniel

¿Dónde podía andar Aston? No tenía ni puta idea. Antes los tenía más controlados, pero ya no sabía dónde coño se metían. Y no podía avasallarlos en su clase porque necesitaba pillarlos a solas. Así que me volví loco, buscándolo por todo el colegio, después de finalizar las clases.

Lo primero que hice fue ir a su habitación, pero no había nadie. Después de probar por todos los malditos rincones del colegio, me acerqué al laboratorio. Abrí la puerta y ¡bingo! «Debería haber venido aquí en primer lugar... con lo friki que es...».

—Aston —lo saludé al entrar.

—Summers —me contestó, con desprecio, sin levantar la mirada del cuaderno.

—Necesito que me hagas un favor.

Miró hacia atrás, buscando a la persona a quien se suponía que yo estaba pidiendo el favor. Muy gracioso. Entonces hizo cómo que se percataba de que me estaba dirigiendo a él y empezó a descojonarse de la risa.

—Sí, claro. —El muy imbécil esbozó una de sus habituales sonrisas cínicas.

—Estoy hablando en serio, Oliver. Necesito que me ayudes con algo importante. —Decidí llamarlo por su nombre a ver si así limábamos asperezas.

—Aún no ha llegado el día en que yo te haga un favor, Summers. —Quedó claro que limar las asperezas de los últimos nueve años no iba a ser cosa fácil. Tuve que intentarlo por otros medios más... rastreros. Joder, esperaba que no llegásemos a las manos. No quería más problemas. En cierto modo, iba a disfrutarlo. Me encantaba penetrar en esa pose de imperturbabilidad y tocarle los cojones.

—¿Y por mi hermana? ¿Lo harías por ella?

Cambió la expresión burlona de su cara.

—¿Por Kate?

¡Ja! ¡Lo tenía! Ya me prestaba toda su atención.

—No, Aston. No es por Kate. Es por mi otra hermana, ya sabes, por la que estás «loca e irremediabilmente enamorado». Si no recuerdo mal, creo que esas fueron tus palabras.

Joder, fue como si me lanzara dardos envenenados por los ojos.

Al día siguiente, estaba todo preparado. A la hora del desayuno, Tessa vino a mi mesa, como todas las mañanas. Intentó darme un beso en la boca, pero aparté la cara. Me miró sorprendida y no esperé ni un segundo más. «Que empiece el espectáculo».

—Ven, vamos a un sitio más tranquilo.

—¿Qué ocurre?

—Tengo una sorpresa para ti.

—Me gustan las sorpresas.

«Pues esta te va a encantar». Intenté no mostrar ningún sentimiento. Los chicos nos siguieron hasta la primera aula que encontramos vacía. Cerramos la puerta y la rodeamos.

—Querida mía, mira lo que grabé hace un par de días en el móvil.

Le enseñé el vídeo que había conseguido grabar de puta casualidad. Se le pusieron los ojos como platos. Quiso arrebatarme el móvil de las manos, pero levanté el brazo. Era imposible que llegara, era demasiado bajita. Intentó subirse encima de mí para llegar a su objetivo.

—Tranquila, fiero. —La aparté de mí sin dificultad.

—Daniel, ¿qué coño significa esto? ¿Cuándo lo has grabado?

—Ya te lo he dicho, hace un par de días. Me escapé de clase para ir al baño, y te vi, con tus dos amiguitos, deambular por los pasillos. Vuestra actitud decía a gritos que algo malo estabais a punto de hacer. Decidí seguiros.

—¡Esa no soy yo!

Me partí el culo de la risa.

—No me jodas, Tessa. Se ve clarísimo que eres tú. Luego hay tomas aun mejores.

Como no era tonta, enseguida se dio cuenta de que por ahí no podía seguir.

—¿Por qué haces esto? ¿Qué quieres de mí?

—Porque creo que no te has portado bien en los últimos años. —Me miró con sospecha—. Te has metido en la vida de mi hermana y ha llegado la hora de que pagues por ello. Has sido muy estúpida al creer que me liaría contigo después de todo lo que has hecho. Y ahora quiero que confieses.

—No sé de qué estás hablando. —Se puso a la defensiva. Estaba muy confundida y superacojonada. Joder, se había creído que estaba loco por ella. Una vez más, dudé de los tests de inteligencia de mi hermana. ¿Cómo había

podido con ella aquella criatura tan insignificante?

—Te ayudaré a recordar. ¿Ves este portátil? —Le mostré el ordenador que llevaba en mis manos— A ver, abrimos página web del *Crowden* y... subiendo vídeo.

—¡No!! ¡Por favor, no! Pídeme lo que quieras, haré lo que sea, pero no subas ese vídeo, por favor. Nos expulsarían a los tres. Por favor, Daniel. — Ya habían llegado las lágrimas—. No lo hagas. Voy a devolverlo todo.

—¿Ves cómo empezamos a entendernos? Muy bien, Tessa. Y ahora, quiero que confieses todo lo que le has hecho a mi hermana. Y no te dejes nada que tengo el dedo muy largo. —Le di a subir el vídeo de nuevo.

—¡No, por favor! Voy a contártelo todo, pero no subas ese vídeo.

Lo detuve. Encendí la grabadora de mi móvil. Tessa, a pesar de sus súplicas, intentaba matarme con la mirada.

—Yo... yo incité a Summers para que hiciera la apuesta y robé sus patines el día de la competición para que perdiera —titubeó.

Eso ya lo sabía. Quería más.

—Continúa.

—Cuando... —miró a Will, de reojo, venía lo más crítico—... cuando Will y Sara volvieron a estar juntos, decidí hacer algo para separarlos.

—¿Qué me hiciste? —Will la asió del brazo.

—Eh, tranquilo, Will. —Le toqué el hombro para que se tranquilizase. Sabía lo duro que resultaba para él. Sacaría a cualquiera de sus casillas. Pero no podíamos llamar la atención ni joderla pasándonos de la raya con Tessa. Estábamos muy cerca del final.

—Megan me ayudó. Fue a los establos y puso nervioso a uno de los caballos, a propósito. El caballo se encabritó y tuvieron que tranquilizarlo con ketamina. —¡Joder! Era mucho peor de lo que pensábamos—. Cuando se la administraron, Megan se quedó con la jeringuilla, suele quedar algún resto. Lo guardamos y, en la cena, te lo eché en la bebida sin que te dieras cuenta y...

—¡¿Pero tú estás loca?! ¿Eres consciente de lo que podrías haberme hecho? —Entre Aaron y yo tuvimos que sujetar a Will para que no se lanzara a por ella.

—Will, sé por lo que estás pasando, pero, si no te tranquilizas, vas a tener que largarte. Tenemos que acabar con esto. —Lo miré a los ojos e intenté tranquilizarlo.

Mi amigo asintió con la cabeza y se apoyó en la pared intentando

tranquilizarse.

—Eran solo unas gotas —se defendió Tessa—. No corrías ningún riesgo.

—Sigue —le ordené.

—Por la noche, me colé en tu habitación —se dirigió a Will—, me desnudé y me metí en tu cama. Megan estaba en la ventana, controlaba la entrada a la residencia y, en cuanto Sara apareciera, me avisaría. Lo demás ya lo sabéis.

«Tranquilízate, Daniel, tranquilízate». La animé a que continuase.

—Más tarde, me alié con Chloe para separar a Summers de Adam. No sabíamos qué hacer hasta que te escuchamos quedar con tu hermana en el comedor. Era nuestra oportunidad. Chloe fue detrás de ti y se aseguró de cerrar la puerta. Te besó en cuanto sintió que se abría. Sabíamos que lo negarías todo y nos la jugamos a que Summers no contara nada a Adam. Acertamos.

La hice una seña con la mano. «¡Suéltalo todo, coño!».

—Después de que tu hermana me golpeará, juré que me vengaría en cuanto tuviera la oportunidad. Y mi primera oportunidad llegó cuando escuché detrás de la puerta de nuestra clase cómo Summers comentaba con sus amigas que se había acostado con uno de sus mejores amigos. No supe con quién había sido, no hablaron de nombres. Intenté averiguarlo, pero fue imposible. Decidí contárselo a Will para que se pelearan y terminaran. Así, Will sería solo para mí. Supongo que fue con Oliver, después de lo que pasó luego...

—No me toques los cojones, Tessa. No te lo recomiendo. —Will se había sentado en el suelo y tenía la cabeza entre sus rodillas—. Sigue, estoy seguro de que tú tienes algo que ver con la caída de Sara en el campeonato de patinaje.

—Poco antes de ese día, mientras estaba en el baño, escuché a Sara hablar con Kelly, es una chica de vuestra clase.

—Ya sabemos quién es Kelly —la interrumpí. Lo que no entendí es qué coño pintaba ella en el asunto.

—Lo que no sabéis es que está embarazada.

Me importaba una mierda lo que pasase en la vida de los demás. Seguía sin saber a dónde nos llevaba eso.

—¿Y?

—Kelly se lo confesó a Summers. Y... si esa información llegaba hasta la directora, la expulsarían al instante.

Suficiente, lo vi todo claro.

—¿Con eso amenazaste a mi hermana?

—Sí, le dije que, si no se dejaba ganar, lo contaría todo.

—¿Algo más?

—La obligué a cargar con las culpas de lo de tu coche —habló a Will—. En realidad, fui yo, no soportaba que no me quisieras incluso habiendo perdido a Summers. Y eso es todo.

—¿Acaso te parece poco?

—Eh... no.

Perfecto, ya tenía toda la información que necesitaba. Volví a levantar la pantalla del portátil y... «Subiendo vídeo». En escasos minutos estaría por todo el colegio. Aston se había asegurado de ello.

—¿Qué haces? ¡Te lo he contado todo!

—Ya lo sé.

—¿Entonces por qué subes el vídeo? Para, por favor. —Sus lágrimas no me conmovieron para nada. Cien lágrimas tuyas equivalían a una de mi hermana. Tenía una larga penitencia por delante.

—¿Creías que después de todo lo que has hecho no iba a subirlo?

—No, no, no, por favor. —Se puso de rodillas y empezó a suplicarme para que no lo hiciera.

—Suéltame y lárgate. Y vete preparando las maletas.

Su actitud cambió, en un segundo, de sumisa arrepentida a tigresa al ataque. Me atacó con todas sus ganas, pero me zafé sin esfuerzo. Nos dimos la media vuelta los cuatro y la dejamos en el suelo llorando. De camino al punto de encuentro con Oliver, hablé con mi amigo.

—¿Estás bien, Will?

—No, joder, no. No estoy bien. Esa tía ha arruinado mi relación con Sara.

—Después de verificar con Aston que todo está bien, voy a buscar a mi hermana, necesito que sepa todo esto —dije, señalando la grabación de mi móvil.

—No permitas que escuche lo de la ketamina.

—¿Por qué?

—Porque sigue pensando que me acosté con ella. Y quiero que deje de creerlo porque confía en mí. No porque Tessa lo haya confesado todo.

—Will, ¿estás seguro?

—Sí.

—De acuerdo.

Sara

Cuando entré con Adam en el edificio principal (llegábamos tardísimo al desayuno, pero, tal y como estaban las cosas, no quería obligarlo a madrugar), había un gran revuelo. Todos los alumnos estaban revolucionados. ¿Qué había ocurrido? En ese colegio no había ni un puñetero día tranquilo.

—¡Sara! ¡Adam! —nos llamó Pear—. Venid corriendo. No os vais a creer lo que está pasando. Daniel acaba de llamarme por teléfono para avisarme.

¿Daniel había llamado a Pear por teléfono? Pues sí que me había perdido cosas aquellos meses que había estado concentrada en Adam. Pensé que no se hablaban. Nos agarró de las manos, y fuimos los tres, corriendo, a una de las salas de entretenimiento. Cuando entramos, todo el mundo estaba absorto viendo la televisión. Miré a ver qué demonios estaban viendo y... «¡No puede ser!». Eran Tessa y sus dos amigos. Se los reconocía de sobra en el vídeo. Y estaban... ¡robando dinero de las taquillas de los alumnos!

—Joder —exclamó Adam a mi lado—, ¿esa no es Tessa Molinesa?

—Lo es —nos confirmó alguien a nuestras espaldas. Era Daniel—. Y los otros dos son Marvin y Megan. Y no habéis visto lo mejor, después de las taquillas de los alumnos, entran en la sala de los profesores y roban algunos exámenes.

—¿Has visto todo el vídeo?

—Yo he subido el vídeo, Sara.

Entonces me di cuenta de algo. Daniel me dijo que estaba ocupándose de mis problemas con Tessa. Lo entendí todo.

—Esto es lo que buscabas saliendo con ella.

—Exacto. Te dije que confiaras en mí, que yo me ocuparía de todo. No vuelvas a ocultarme algo así.

Giró sobre sus talones y ni siquiera me dio tiempo a darle las gracias por lo que acababa de hacer por mí.

Aquel día fue una locura, en el colegio no se hablaba de otra cosa. A la hora de la cena, aún comentábamos las últimas novedades.

—La directora anda frenética intentando averiguar quién ha sido el culpable de distribuir el vídeo por todas las televisiones del colegio. Intentaron cortarlo y dejar de emitirlo, pero fue imposible, estuvo más de dos

horas en antena. No sé quién ha sido, pero lo aplaudo. —Marco comenzó a aplaudir con sus manos.

—Sí, según el profesor de informática, puede contar con los dedos de su mano derecha los alumnos capaces de hacer algo así. Y cito palabras textuales: «Ha sido un trabajo impecable, mal que nos pese» —añadió Olivia.

—No consiguen dar con el origen. Quien haya sido ha borrado bien sus huellas. ¿Quién habrá sido? Con todos los enemigos que tiene Tessa, vete a saber.

—Sí, me pregunto quién habrá sido —dijo Adam frotándose la barbilla con el dedo—, ¿eh, Aston?

—¿Qué? —preguntó el aludido, con tono de suficiencia.

—¡No disimules, Olly! Sé que has sido tú.

«¿¿Quééé??».

—¿Has sido tú?

Oliver me respondió con media sonrisa. ¡Había sido él!

—Yo solo he distribuido el vídeo y me he asegurado de tenerlo en antena durante horas, el resto ha sido cosa de Summers.

—Vaya —comentó Brian—, Oliver Aston y Daniel Summers trabajando en equipo. Eso no se ve todos los días.

«No, eso no se ve todos los días».

—Y al fin se ha resuelto el asunto de los robos. Desde hace meses, todas las semanas desaparecía dinero de las taquillas.

—¿En serio? —preguntamos Adam y yo al unísono.

Definitivamente, habíamos estado demasiado inmersos en nuestra pequeña burbuja.

Expulsaron a Tessa y a sus dos esbirros por robo. De los responsables del vídeo, nunca se supo nada. Podría ir de buena chica y decir que me dio pena, que en el fondo no se lo merecían, pero no sería sincera. Porque la verdad es que me era indiferente lo que les pasase a esos tres después de todo lo que me habían hecho. Mis amigos debatían sobre la decisión, tan abrupta, de la directora. Interrumpí la conversación para contarles lo que había descubierto: que mi hermano lo tenía planeado todo desde el principio.

—Por eso Daniel se enrolló con Tessa.

—Ya os dije que algo tramaba, ¿cómo iba a liarse con Tessa después de lo que les hizo a Sara y a Will? ¿Y no os parecía raro que a Will no le importara que estuvieran juntos? ¡Por favor, que son mejores amigos desde los nueve años! —nos increpó Pear.

—¿Y cómo supo que encontraría algo en el comportamiento de Tessa como para que la expulsaran? —preguntó Marco

—Ha sido suerte —sentenció Oliver.

—Concedámosle el beneficio de la duda. No creo que se metiera a ciegas en tal embrollo sin un plan —lo defendió Moira.

—Resulta que sí. Me lo ha dicho él, ha sido suerte —repitió Olly.

«Bendita suerte».

—¿Tú que piensas, Sara? De la expulsión, me refiero —me preguntó Olivia.

—¿Sabes, Adam? Voy a robarte tu frase.

—¿Qué frase?

—Que se jodan.

—¡Yo no digo eso!

—Sí que lo dices, un montón.

La luz al final del túnel

Seguíamos en el comedor comentando la expulsión de Tessa y sus compinches. Peters había llamado a sus respectivos padres y debían venir a recogerlos, *con efecto inmediato*. Tessa había estado jugando con la expulsión de Kelly y al final fue ella la expulsada. Paradojas de la vida.

—Sara, ¿puedes venir un momento?

Mi hermano interrumpió nuestra cena y me instó para que lo siguiese. Qué serio estaba. Antes parecía contento. ¡Vaya cambios de humor! Lo observé de cerca, al levantarme de la silla, y me fijé en cómo miraba de reojo a Pear. ¡Acabáramos! Supuse que, al descubrirse todo el pastel, querría aclarar las cosas con mi amiga. Pero, por lo que pude percibir, Pear no estaba muy por la labor, ya que lo estaba ignorando. Después de todo, se había enrollado con otra tía durante meses. Difícil situación.

—¿A dónde vamos?

—A mi taquilla. Tengo una cosa para ti.

—¿El qué?

—Espera y verás.

Cuánto secretismo. Recorrimos los pasillos del colegio y llegamos a nuestras taquillas. Mi hermano abrió la suya, pero, antes de que metiese la mano dentro, la cerré de golpe. Lo que fuera que quisiera enseñarme, podía esperar.

—Ella confió en ti desde el primer momento.

—¿Quién?

—Pear. Mientras todos los demás alucinábamos por lo que habías hecho, ella insistía en que tenías una razón oculta para actuar así. A pesar de que la más perjudicada era ella.

—Ya.

—Ya, ¿qué?

—¿Y por qué ahora ni me mira?

—Daniel, joder, que confiara en ti no significa que no le haya dolido todo lo que ha pasado. Cúrratelo un poquito.

Mi hermano volvió a abrir la taquilla, dando por zanjado el asunto. Pero yo aún no había terminado de hablar. Necesitaba saber más cosas.

—¿Cómo supisteis que Tessa me había chantajeado?

Daniel suspiró y se apoyó en la taquilla.

—Will estaba seguro de que no te habías caído en la competición y, después de tu confesión de lo de su coche, estaba claro que algo ocurría.

—Sí, pero de ahí a saber que había sido todo cosa de ella...

—Fue una corazonada. Will me explicó que había estado observando a Tessa y que estaba más contenta de lo habitual. Primero teníamos que confirmar que era ella la culpable. Y decidimos jugárnosla.

—¿Cómo?

—Provocándote.

—Ya.

Todas las piezas empezaron a encajar.

—Me lie con Tessa en el comedor para que vinieras a reclamarme. Saqué el tema de la supuesta infidelidad de Will con ella para ver si era eso lo que más te pesaba, pero tú nos dejaste ver que había algo más. A partir de ahí, supimos lo que teníamos que hacer. Fue un golpe de suerte. Y deberías saber todas las putadas que te ha hecho. Las tengo grabadas en mi móvil.

—Ahora no quiero escucharlas. Quizá más adelante.

—Bien. Y, ahora, asómate.

Rodé los ojos, por su cabezonería, y me asomé a su taquilla para ver qué era eso tan importante que quería enseñarme. Pegué un grito ahogado.

—¡¡Oh!!

No podía ser. ¡Era la bolsa de mis patines! Lo miré, buscando una confirmación, y me sonrió con chulería. Necesitaba comprobarlo. Abrí la bolsa, a toda velocidad, y vi que dentro ¡estaban mis patines! ¿Cómo los había conseguido? Saqué la bolsa entera de la taquilla y me abracé a ellos. Eran reales, estaban allí. Abracé a mi hermano.

—¿Cómo puede ser que tú tengas mis patines, Daniel? —le pregunté, excitada—. Los tiré a la basura.

—Sí, lo sé.

—Y después me arrepentí...

—Como siempre.

—... pero pasó el camión de la basura.

—Ese dato lo ignoraba.

—¿Cómo, Daniel?

—Fácil, Will te vio tirarlos. Cuando te fuiste, se metió en el contenedor y los recuperó. Después me los dio a mí y yo los he tenido en mi taquilla todo

este tiempo esperando a que los quisieras.

—No me lo puedo creer.

—Quise dártelos antes, pero, con todo el problema de la familia de Adam... creí que no era el momento.

Me dejó sin palabras.

—Sara, que no vayas a participar en campeonatos no significa que no puedas patinar.

—Ya lo sé. Estaba enfadada, actúe sin pensar.

—Sí, lo de siempre.

—Muchas gracias, Daniel.

—Yo no he sido, Sara. Ha sido Will.

Will.

Tenía que encontrarlo. Me colgué la mochila a la espalda y fui al comedor. Con suerte, todavía andaría por ahí. Mi hermano me siguió de cerca. Caminaba a paso ligero; bajé por las escaleras con un sinfín de emociones en el cuerpo que no sabía explicar. Se había tirado al contenedor de basura para recuperar mis patines. A cada paso que daba, mi corazón sonaba más fuerte en mis oídos.

Entré en el comedor y lo busqué con la mirada, me dirigí hacia su mesa y, justo en ese momento, se levantó para irse. Nos encontramos a medio camino. Cuando nos cruzamos, nos miramos a los ojos. Me detuve, pero Will pasó de largo y me dio la espalda. Me giré y lo llamé.

—Will.

Se dio la vuelta y me contestó de malas maneras.

—¿Qué?

Eso pensé yo. ¿Qué? Pues que no me podía creer que hubiera hecho algo así por mí. Y que, a pesar de todo lo que había pasado, me quería. Y que yo tenía la cabeza hecha un lío. Sin embargo, tenía claro qué era lo que me pedía el cuerpo. Me acerqué a él y me lancé a rodear su cuello con mis brazos. Y lo besé. Will se quedó quieto, no movió ni un músculo, y no, tampoco movió la lengua. La única que besaba a alguien era yo.

Cuando creí que me soltaría de un empujón, sucedió lo contrario. Me rodeó la cintura con los brazos y me besó. Me metió la lengua y me sometió a su voluntad. Nos estrechamos con fuerza. Nos besamos durante no sé cuánto tiempo. Al principio, me sentía como en una burbuja donde solo estábamos él y yo, hasta que los murmullos del exterior penetraron en ella. Oía vítores y aplausos por todo el comedor. Nos separamos y nos miramos a los ojos.

Tenía tanto que agradecerle.

—Gracias, Will. Por los patines, por confiar en mí. Gracias, por todo.

—¿Qué significa este beso, Sara? ¿Es solo gratitud?

—No lo sé.

—Bien, cuando lo sepas, te estaré esperando.

Se dio media vuelta y salió del comedor mientras el resto de alumnos seguían vitoreándolo. Algunos incluso se levantaron para darle palmaditas en la espalda. Me crucé con la mirada sorprendida de mi hermano. Antes de someterme a mí misma a un interrogatorio de los buenos por lo que acababa de hacer, escuché mi nombre.

—¿Sara?

Miré hacia el lugar de donde venía el sonido. Era Pear, y estaba muy cerca de mí. Joder, había besado a Will a cinco pasos de la mesa donde cenaban mis amigos. Y la mayoría de ellos aún tenían la boca abierta.

—¿Qué llevas en la espalda? —me preguntó Pear mientras se levantaba y venía hacia mí.

—Will se metió en la basura y recuperó mis patines —expliqué, mientras me aproximaba a la mesa.

—Ahhh —mis amigos lanzaron, a la vez, murmullos de comprensión.

—Pear, tengo que decirte algo.

Era Daniel quien la llamaba. Aunque más que decir algo... Fue visto y no visto. Mi hermano se aproximó a mi amiga y le dio un besazo de película. Pear se dejó hacer durante los primeros segundos, igual que había hecho Will conmigo. Después, sujetó a mi hermano del pelo y le devolvió el beso. Entonces, no supe quién besaba a quién. «Vaya, ¿así es como se ha visto, desde fuera, mi beso con Will?».

El comedor estalló en aplausos.

—Pues sí que estáis besucones hoy los Summers —opinó Marco—. Voy a avisar a los compañeritos de Kate, que se anden con ojo.

Lo miré y, entonces... entonces me crucé con los ojos más verdes que había visto en mi vida. No debería dolerme su mirada, porque no habíamos tenido nada desde aquella vez y, de hecho, yo estuve saliendo con Will después de lo que sucedió. Pero me dolía. Me dolía que Oliver hubiera visto mi beso con Will.

Los dos enamorados acabaron de besarse y se fueron juntos de la mano.

—Yo sé de alguien que esta noche moja fijo.

—¡Brian! —lo recriminó Moira.

—¿Qué? Es la verdad.

Me quedé de pie, parada en medio del comedor. No sabía qué hacer.

—Ven, Sarita. Siéntate y cuéntanos toda la historia. —Brian me invitó a sentarme con ellos. Yo lo hice con cierto aire de culpabilidad. Había besado a Will porque había querido y no me arrepentía. Pero no podía evitar sentirme fatal por actuar una vez más por impulsos y por no pensar en las consecuencias.

Les conté todo. Cuando Will me asedió después de que me tirara al hielo, cuando me marché y tiré los patines a la basura... todo.

—No sabía que Will se había enfrentado a ti después de la caída, eso no nos lo habías contado —me dijo Olivia.

No, eso no lo había contado. Siempre hay cosas que te guardas para ti.

—No te martirices por el beso que acabas de darle, Sara. —Ahí estaba ese *Sara* tan doloroso. Porque, joder, cada vez que Oliver me llamaba por mi nombre, algo malo se removía en mi interior—. Cualquiera en tu lugar habría actuado de la misma manera.

—Ese chico te quiere —afirmó Natalie.

Ese chico, sí. El otro, el que ocupaba la mayoría de mis pensamientos y que acababa de darme su aprobación al beso que había dado a mi exnovio, desde luego que no. No me quería. No de manera romántica. Desconecté. Y se creó un silencio incómodo en la mesa. Por suerte, ahí estaba Brian para romperlo.

—Por cierto, Sarita, ¿sabías que Fiona viene a significar *la pura, la blanca, la limpia*?

Bonita manera de romper el silencio. Le lancé rayos láser por los ojos.

Ese fin de semana nos íbamos a Edimburgo. Y quería olvidarme de todo. Hablaría con Will a la vuelta. Cuando tuviera claro lo que quería hacer.

No vamos a la universidad, aceptadlo

Había sido un fin de semana de mierda. Estaba enfadada. Enfadada con el mundo, aunque no tuviera derecho. «Si lo sé, me quedo en el colegio».

El sábado salimos por los pubs de Edimburgo. Solo estábamos los chicos y yo. Pear había ido a casa a pasar el fin de semana, pero solo tuvo tiempo para Daniel. Tenían mucho tiempo por recuperar. El sábado por la noche fueron al cine solitos a hacerse arrumacos y a meterse mano. Pero no eran novios, no.

La cosa empezó bien. Estábamos los cinco apoyados en la barra, bebiendo, hablando y riendo. Por fin aliviábamos un poco de tensión, después de tantos meses de drama. Adam parecía otro, no el mismo de siempre, pero tampoco el de los últimos meses. De vez en cuando, también bailábamos. Las fans de Oliver enseguida empezaron a hacer acto de presencia, como siempre que salíamos. Estaba acostumbrada a ver cómo las chicas revoloteaban a su alrededor, requiriendo atención por su parte, pero él nunca se había prestado a ello. Hasta ese sábado.

No solo hizo caso a una de las chicas. Si solo hubiera sido eso... pero no. La besó, la besó delante de todo el mundo. Fue peor que recibir una patada en el estómago. Y no tenía derecho a sentirme así, lo sé, pero no podía evitarlo. Me molestaba horrores que se hubiera besado con esa chica y de lo que pudieron hacer después... Prefería no saberlo.

En mitad de la velada, Adam me cogió por banda y me preguntó si estaba bien. A él no podía engañarlo. Algo empezaba a sospechar. Me sugirió que nos fuéramos juntos a casa y no lo rechacé. Nos despedimos de los chicos, diciendo que Adam no se encontraba bien y que yo lo acompañaba a casa. Más tarde, nos llegó un mensaje de Marco. Nos contaba que Oliver y la chica salieron juntos del pub, para asombro de todos y... no vino a dormir esa noche a mi casa, tal y como habíamos quedado.

A la mañana siguiente, apareció en el desayuno como si nada. «Como si no hubiera pasado la noche follando con esa zorra, perdón, chica, con esa chica. Que a mí no me ha hecho nada».

Observé a Oliver de reojo mientras desayunábamos, en el comedor del colegio, aquel lunes de mierda. Parecía feliz. Le miré la boca, acababa de

pasarse la lengua por el labio inferior para chupar una gota de chocolate que se le había caído de la tortita. «Mierda, esa boca. ¿Por qué me provoca tanto? ¿Por qué quiero besarlo y chuparle yo el chocolate?».

—¿Qué me miras?

Salí de mi improvisado sueño húmedo con mi mejor amigo. «¿Me está hablando a mí?».

—¿Qué?

—¿Tengo algo en la cara? Estás mirándome fijamente —me repitió Oliver.

Miré a mis amigos, todos esperaban mi respuesta.

—No te miraba a ti. Ha coincidido que miraba en tu dirección, pero solo pensaba —me defendí. «Uff, qué momento más bochornoso. Quiero desaparecer. Quiero desaparecer. Quiero. Desaparecer. Por favor».

—¿Y en qué pensabas tan concentrada? Parecía que querías chupar la cara de Oliver —me soltó Brian, con una amplia sonrisa.

«Insolente metomentodo. ¡Qué horror! Piensa algo rápido, piensa algo rápido. PIENSA ALGO RÁPIDO. ¡YA!».

—En que, después de lo de los patines, creo que necesito hablar con Will. Quizás podamos arreglar las cosas.

¿Por qué dije eso? ¿Qué pretendía? ¿Hacer daño a Oliver? ¿Provocarle celos? ¿Provocarle... algo? El susodicho me sacó de dudas.

—Hazlo —me lo dijo sonriéndome, sincero—, vete a buscarlo si te lo pide el corazón.

No le dolía. No le dolía pensar que podía irme con Will. ¿Y por qué iba a dolerle si no me quería?

—Pero tendrás que hacerlo luego —me dijo Moira—. Ahora hay que ir al auditorio, hoy vienen a darnos una charla sobre la universidad a todos los alumnos de último curso.

¡Se me había olvidado! Venían varios representantes de la Universidad de Edimburgo a explicarnos todo el proceso de iniciación para nuevos alumnos. También querían hablarnos sobre lo que se esperaba de nosotros el año siguiente. Ya fuera en esa universidad o en cualquier otra. La semana anterior había finalizado el plazo para la inscripción en Edimburgo. Ninguno de los tres la presentamos.

«No hay vuelta atrás».

Nos aproximamos al auditorio y nos sentamos en las primeras filas. Además de varios representantes de la universidad, asistieron algunos de

nuestros profesores, entre ellos, el guapetón de matemáticas. Y menos mal, porque el resto, incluidos los catedráticos, eran calvos, feos y barrigones. ¿No había profesores *buenorros* en la universidad? Apenas había empezado el discurso cuando la secretaria de la directora lo interrumpió.

—Disculpadme, necesito llevarme a tres alumnos al despacho de la directora Peters.

—¿A quiénes? —preguntó el *buenorro*.

—Summers, Aston y Wallace.

Al oír Summers, tanto mi hermano como yo nos levantamos y miramos interrogantes a la secretaria de la directora.

—Sara Summers —nos aclaró.

Mi hermano se sentó frunciendo el ceño. No le gusta no saber lo que ocurre a su alrededor.

—¿Y no puede ser en otro momento? Estamos en plena charla sobre lo que les espera a estos chicos el año que viene en la universidad, es importante que estén todos.

—No se preocupe por eso, profesor Mac Alistair, porque estos tres alumnos el año que viene no van a ir a la universidad.

«Vaya, pues ya lo saben».

Nos marchamos de la charla lo más rápido posible, evitando contestar a las preguntas de nuestros amigos, que no entendían por qué motivo Sharon había dicho tal barbaridad. Fuimos hasta el despacho de Peters sin hablar. Tendríamos que aguantar el chaparrón de nuestra querida directora y concluir que había llegado el momento de decírselo a nuestros padres. Mejor que se enteraran por nosotros que por la directora.

Tomé la firme decisión de hablar con mi padre el siguiente fin de semana, pero, al abrir la puerta del despacho, mi plan se fue al garete tan rápido como había llegado. Porque mi padre estaba dentro del despacho con expresión de... reprobación, por decirlo de una manera elegante.

Tragué saliva. Mierda.

No solo estaba mi padre, también estaban los padres de Oliver y los abuelos de Adam. Tragué más saliva.

—Pasad, chicos —nos invitó Peters con fingida amabilidad—, y sentaos. Creo que tenéis algo que contarnos.

Nos sentamos, pero no dijimos nada. ¿Quién empezaba?

—¿Queréis que os ayude a arrancar? —Continuó, sin que contestáramos—. La semana pasada finalizaron los plazos de entrega de la documentación

necesaria para la universidad. Os lo hemos recordado por activa y por pasiva. Imaginaos mi sorpresa cuando me llama un colega de la Universidad de Edimburgo para informarme de que tres de mis alumnos que hicieron la prematrícula no han realizado la matrícula definitiva. —Se paseaba amenazante delante de nosotros con sus taconazos de diez centímetros—. Y, llamadme desconfiada, pero estoy segura de que no ha sido un descuido. Lo habéis hecho a propósito.

Nuestros familiares no decían nada. Esperaban nuestra confirmación. Hice un gesto a Oliver con la mirada para que empezara él. Siempre se le ha dado bien soltar discursitos y yo estaba demasiado asustada con la mirada de mi padre. Porque no era cara de reprobación, era de mala hostia, de mala hostia de las buenas, de las que intimidan. Antes de que Oliver arrancara a hablar, se abrió la puerta del despacho y entró mi hermano Daniel. Oliver, ignorándolo, carraspeó y habló.

—Tienes razón. No vamos a ir a la universidad. Nos vamos a Estados Unidos de mochileros.

«¡Tacto, Oliver! ¡Un poco de tacto, por Dios!». Di una patada a su silla y me miró con la frente arrugada. Por otra parte, en el despacho se desató la Tercera Guerra Mundial. No entendía nada de lo que decían, solo oía gritos.

Mi padre gritaba, los padres de Oliver gritaban, los abuelos de Adam gritaban, mi hermano gritaba... «¿Y qué pinta este aquí?». No nos dejaban explicarnos, solo nos amenazaban, pretendiendo imponer su voluntad.

Cuando empecé a escuchar frases como «pedir favores personales para hacer ahora la inscripción» o «hay otras universidades», decidí intervenir. Como nadie hacía amago de escucharme, me levanté y me coloqué en el medio de la sala. Por fin tenía su atención.

—No vamos a ir a la universidad y... —levanté la mano para acallar las réplicas—... y no quiero sobrepasarme, pero no podéis hacer nada. Somos los tres mayores de edad, podemos elegir.

—Papá, ¿vas a dejar que te hable así la mocosa esta?

—¡Daniel, cállate! —contestó mi padre, furioso.

«Eso, cállate».

—Mira, hija, a ver si lo entiendes a la primera. Mientras sigas viviendo bajo mi techo, harás lo que yo diga. Ser adulto no significa hacer lo que me da la gana porque tengo dieciocho años. Para poder tomar tus propias decisiones necesitas primero ser independiente y, lo más importante, ser una persona madura, Sara.

—No necesitamos vuestro dinero —añadió Adam—, podemos trabajar y buscarnos la vida.

—¿Esto es cosa tuya, Adam James Wallace?!

No pude evitar curvar los labios en un amago de sonrisa. Mi amigo le echó una mala mirada a su abuelo, pero, por lo demás, todos ignoramos su pregunta.

—¿Y de qué vais a trabajar? ¿Acaso sabéis lo que supone pagar un alquiler? ¿Comida? ¿Ropa? —nos preguntó el padre de Olly. Nunca lo había visto enfadado.

—Lo sabemos —contestó mi amigo a su padre y a todos en general—. No necesitamos demasiado, podemos compartir la misma habitación. Llevamos haciéndolo toda la vida. —¿Por qué nadie parecía sorprendido ante ese comentario de Oliver? Es cierto que nuestras familias nos permitían dormir juntos en vacaciones, pero ¿Peters? ¿Era consciente de que nos metíamos los tres en mi dormitorio? Preferí dejarlo pasar—. Y, en cuanto a trabajar, tenemos dos manos y dos piernas. Trabajaremos de lo que haga falta. Camareros, dependientes... lo que sea.

—No.

—¿Qué? —pregunté a mi padre. No sabía lo que significaba ese «no».

—La respuesta es no. No vais a hacerlo.

—Permitidme interrumpir, por favor —solicitó Peters—. Vamos a tratarnos todos como adultos. ¿Nos podéis explicar por qué habéis tomado esa decisión?

—Es lo que queremos hacer.

—Pero no tiene ningún sentido, ¿es que no lo veis? Vosotros dos —Peters nos señaló a Olly y a mí— tenéis la suerte de poseer una mente privilegiada. Ojalá todos fuéramos iguales, pero no es así. Tenéis un futuro prometedor. En realidad, los tres lo tenéis, y ¿vais a ignorarlo?

—Sara, puedes estudiar la carrera que quieras, tienes esa suerte, no la desaproveches —me dijo mi padre.

—¿Y qué quieres que estudie, papá? Dime. ¿Qué es lo que se supone que debo hacer? ¿Quieres que sea matemática? ¿Física? ¿Arquitecta?

—No lo sé, hija. Cualquiera de ellas me sirve. Lo que tú quieras.

—Es que yo no quiero nada de eso. Solo quiero... ser feliz. ¿Acaso no se trata de eso? ¿De buscar lo que te haga feliz? Pues yo no quiero ser matemática, papá, ni arquitecta. Lo único que sé es que tengo un vacío enorme en el pecho y que no sé cómo llenarlo. Pero tengo claro que la

universidad no es la respuesta. No ahora.

—Hija.

—Hace tiempo me dijiste que ojalá pudierais ayudarnos a no cometer errores —me dirigí a la madre de Olly—, pero que no era posible. Que nosotros teníamos que caernos y levantarnos solos. De eso trata la vida. —Me coloqué enfrente de mi padre—. Déjame equivocarme, papá. Déjame decidir. No estoy diciendo que no vayamos a estudiar, solo os pedimos tiempo para saber qué es lo que queremos hacer en la vida. Por favor.

Silencio. No sabía qué más explicar para que nos entendieran.

—Un año —me contestó.

—¿Perdona?

Laura miró al resto de adultos responsables de la sala y todos asintieron con la cabeza.

—Os damos un año. Haced lo que queráis, tomaos un año sabático y aprended de la vida. Pasado el plazo, volveréis a casa e iréis a la universidad. A estudiar lo que queráis, pero a estudiar. ¿Estamos todos de acuerdo?

—¿Por qué un año? ¿Y si necesitamos más tiempo?

—Adam —lo llamó el padre de Olly—. Un año es suficiente plazo para que os desfoguéis. Y, cuando regreséis, no vas a ir a una prisión, vais a estudiar en una universidad.

—¿Qué decís? —nos preguntó Laura.

—Increíble, siempre se sale con la suya. —Si mi hermano no hace su aportación, revienta. Lo fulminé con la mirada.

—Aceptamos —Oliver habló por los tres—. Un año.

—Y, por supuesto —añadió mi padre—, podéis olvidaros de vuestro fideicomiso. No os vamos a financiar esta locura. Queréis ser adultos, bien, sedlo con todas las consecuencias.

—Contábamos con ello. Lo tenemos todo bajo control —sentenció Olly.

Yo no lo tenía tan claro, pero supuse que nos apañaríamos. Adam y yo somos más bien pequeños, pero a Oliver, con lo alto que es, tendríamos que alimentarlo bien.

—Ahora volved con vuestros compañeros.

Antes de salir, mi hermano me aferró el brazo.

—Gran discurso. ¿Ves cómo cuando quieres te sales con la tuya? Al final va a resultar que sí eres tan lista como dicen.

Salió el primero del despacho, no sin dar antes un sonoro portazo. Qué mala leche tenemos los Summers y cómo nos gusta pegar portazos.

El viaje de fin de curso

Estábamos todos como locos por nuestro deseado viaje de fin de curso. Después de no sé cuántas votaciones y discusiones, salió ganadora París: la ciudad de la luz.

Me apetecía disfrutar de ese viaje, ya que, en escasas semanas, iba a separarme de mis amigos durante una larga temporada. Si alguien me hubiera dicho lo que me llevaría de ese colegio cuando mi padre me matriculó a los nueve años, no lo hubiera creído. Mis amigos son lo más importante que tengo en la vida, son mi familia. Una familia no impuesta, una familia elegida. Iba a echarlos en falta y estaba segura de que Adam y Oliver también, pero nuestro inminente viaje no era algo negociable, era algo que necesitábamos los tres. Sobre todo Adam.

Adam se encontraba mejor, todo lo mejor que se puede estar cuando hace escasos meses que ha fallecido toda tu familia. Pero, al menos, ya no se escondía en la oscuridad del fondo del pozo. Veía la luz y asomaba la cabeza con timidez. Sus heridas no sanarían jamás, pero deseaba que cicatrizaran lo suficiente como para seguir adelante. Desde que sabíamos que nuestro viaje era una realidad, su ánimo mejoró día tras día. Necesitaba salir de allí, de aquella maldita rutina. Y, sobre todo, necesitaba estar lejos de casa una temporada, en algún lugar en el que, allá donde mirara, no viera recuerdos de su familia. Y yo lo acompañaría durante todo el camino, como le dije a él; si tenía que llegar hasta el fin del mundo para que creciera la esperanza en su alma, lo haría.

Con esos pensamientos, terminé de preparar la maleta y me metí en la cama. Mis amigos dormían desde hacía rato, pero yo había esperado hasta última hora para recoger mis cosas. Me gusta hacerlo en la oscuridad de la noche. Soy un ave nocturna. No tardé demasiado, habíamos hecho una lista. Una de mis amigas llevaba el secador de pelo; otra, las planchas para el pelo; otra, el champú y la mascarilla; otra, la laca; y, a mí, me tocó el iPod con los altavoces. De esa manera, teníamos más sitio en la maleta para meter ropa y zapatos.

El día siguiente fue un caos. Éramos un total de cuarenta adolescentes a los que movilizar y tan solo vinieron cuatro profesores con nosotros. Lo que

significa que tocaba a unos doce o trece alumnos por profesor. Y, todo hay que decirlo, no ponemos las cosas fáciles. Que si me he olvidado una cosa, que si necesito ir al servicio antes de embarcar, que si no me queda asiento para sentarme en la sala de espera del aeropuerto y estoy muy cansado, que si tengo demasiado peso en la maleta y hay que pagar sobrepeso (y que conste que esto le ocurrió a un chico y no a una chica). Cuando nos sentamos todos en el avión y nos abrochamos los cinturones, escuché a los profesores suspirar de alivio: primera fase conseguida.

Entre autobuses, aviones y taxis llegamos a la capital francesa. Nos alojamos en un hotelito, que me resultó ideal, en la zona de Ópera. Nunca antes había estado en París, pero, por lo que pude ver en el mapa, estábamos bastante céntricos. Para cuando entramos en nuestras habitaciones, eran las once de la noche.

Nos ordenaron acostarnos temprano; al día siguiente, debíamos encontrarnos todos en recepción a primera hora. En cada habitación nos alojábamos entre dos y tres alumnos. A mí me tocó con Pear y con Olivia. Teníamos ocupado casi todo el hotel. Nos pegamos una ducha rápida, nos pusimos los pijamas y nos metimos a la cama. Claro que dormir... lo que se dice dormir... no dormimos demasiado, teníamos muchas cosas de las que hablar. Por eso no fui a la habitación de Adam y Oliver. Hablamos hasta que nos venció el sueño. Al día siguiente, nos esperaba un día intenso.

Cuando me desperté, tuve la sensación de no haber dormido nada. De hecho, creo que cerré los ojos y, pocos segundos después, sonó el despertador. Aun así, me levanté como un rayo. La cama y yo no somos demasiado amigas. Nos vestimos y bajamos a desayunar. Cuando llegamos al comedor, la mayoría de los alumnos untaban mermelada en sus tostadas. Qué madrugadores. Nos habíamos levantado todos con energía. París nos esperaba ahí fuera.

Nos sentamos igual que si estuviéramos en el *Crowden*. Así de cuadrículados somos. No fuera a ser que, por error, nos tocara desayunar con algún alumno que no estuviera en nuestro círculo de confianza.

De vez en cuando, echaba miraditas a mi exnovio. Sabía que debía hablar con él, pero no era el momento. Tenía que estar muy segura de lo que quería decirle. Necesitaba tener claros mis sentimientos hacia él. Y tenía que explicarle que me marchaba un año fuera. No soy tonta, sabía que mi hermano le habría contado con detalle todo, pero intuía que debía de estar esperando una explicación por mi parte.

Después de desayunar, nos regalaron diez minutos para subir a nuestras habitaciones a lavarnos los dientes o a hacer lo que nos diera la gana. Y, una vez en recepción, nos obsequiaron con una interminable charla sobre la responsabilidad, la obediencia y, en caso de que no cumpliéramos con las premisas anteriores, sobre cómo llegar al hotel en caso de pérdida. Agotador. ¡Que teníamos dieciocho años, por favor! «Aunque me apuesto el cuello a que más de uno se pierde».

Nos aproximamos en tropel, andando, hasta el edificio de la Ópera. Todos con las mochilas por delante, tal y como nos habían indicado los profesores, por si nos robaran los cuadernos y los bolígrafos que llevábamos dentro. Porque no cargábamos con nada más, eso y unos pocos euros. Lo poco que nos habían dado nuestros progenitores para ir a París. Pensaban, con acierto, que, si no llevábamos dinero, no podríamos liarla.

Antes de llegar a Ópera, Adam avistó un *Dunkin' Donuts* en una esquina. Nos hizo una seña con la cabeza para que lo siguiéramos. Miramos hacia la manada y vimos que se habían parado, y que los profesores estaban dando otro discurso. Tengo debilidad por esos donuts, no lo puedo evitar, es una obsesión. Sin pensárnoslo demasiado, los tres mosqueteros nos separamos del grupo y nos metimos en el establecimiento.

—¿Qué tomamos? —nos preguntó Olly apoyado en la barra.

—Yo quiero un donut cubierto de chocolate y con virutas de colores —pedí yo.

—Lo mismo para mí —le dijo Adam—. Y añade un chocolate caliente.

—Marchando tres donuts y un chocolate caliente —dijo Oliver mientras se acodaba en la barra del establecimiento.

Oliver trasladó nuestros pedidos a un camarero con cara de pocos amigos. No a todo el mundo le sienta bien madrugar. Nos tomamos los donuts en un abrir y cerrar de ojos. Tanto, que me supo a poco, así que, antes de salir, pedí otro, para llevar, al camarero. El antipático camarero se transformó en simpático camarero y enseguida me atendió.

—¿Algo más, preciosa?

—No, muchas gracias. —Para que luego digan que los franceses son ariscos.

—Joder, y a mi casi me escupe en el chocolate.

—Envidioso.

—Anda, vamos, antes de que se den cuenta de que no estamos.

Cogí mi delicioso donut y salimos del local. Nos encaminamos con

tranquilidad hacia nuestros compañeros, que aún seguían de charla. No esperaba menos. Sin permiso, Olly pegó un mordisco al donut que llevaba en la mano, pero no me dio tiempo a echarle la bronca: me llegaron los gritos por otro lado.

—¿¡Y vosotros tres dónde estabais!?

«Uy, uy, que se le salen los ojos de las cuencas. ¡Pero si han sido dos minutos!».

—Hemos ido a comprar unos donuts —los informó Olly con la boca llena.

—¡Pero si acabáis de desayunar! —La profesora suspiró y sacudió la cabeza—. ¡No importa! —Se aproximó con paso firme a nosotros, me agarró de la mano y me separó de mis dos amigos—. Voy a cortar el cordón umbilical... aquí.

«¿¿Ein??».

—Como hemos explicado —seguía hablando «La *Terminator*»—, vamos a separarnos en cuatro grupos para realizar un *Quiztown* por el centro de la ciudad.

—¿Un *Quiztown*?

—Sí, Adam. Os hemos preparado unas preguntas que os está repartiendo el profesor Mac Alistair —*el buenorro*— y que tenéis que traer contestadas en un par de horas.

—¿Qué preguntas?

—Preguntas sobre la historia de Francia. Como la fecha de inicio de la Revolución Francesa, por ejemplo.

—1789 —contestamos Oliver y yo a la vez.

Pear, que se había aproximado a mí, me dio un codazo y me puso mala cara.

—No me seas tan friki.

—Lo siento, me sale solo.

Negó con la cabeza en señal de reprobación.

—A ver quién te controla cuando no te tenga yo cerca.

—Sí, exacto —nos dijo la profesora a Oliver y a mí, fulminándonos con la mirada por la respuesta—. Pero la respuesta os la deben dar los propios parisinos. ¡Y queda terminantemente prohibido hacer trampas! Además, cada grupo irá acompañado de un profesor.

Nos separaron en cuatro grupos y, de todos mis amigos, me tocó con Pear y Olivia. Formaron dos grupos de chicas y dos de chicos. Eché un vistazo a

mis chicos y los cuatro estaban juntos. La buena noticia: nos tocó con el profesor *buenorro*. ¡Sí!

Dos horas después, nos encontramos en el punto de encuentro. Fuimos el segundo grupo en llegar. Estábamos casi muertas, pero no de cansancio, sino de aburrimiento.

Poco a poco llegaron los demás. Moira y Natalie nos preguntaron qué tal lo habíamos pasado. Olivia fue la primera en contestar.

—Genial. Apenas he tenido que hablar con los franceses porque Sara se sabía todas las respuestas y he podido dedicarme a admirar al profesor Mac Alistair. Creo que es el hombre más guapo que hay sobre la faz de la tierra — suspiró y juro que le salían corazones por la cabeza—. Estoy enamorada.

—¿Cómo vas a estar enamorada, Olivia? —protestó Natalie—. No lo conoces, podría ser un déspota o un idiota en la intimidad.

—Lo dudo —añadió Pear—, es imposible que tenga más mala leche después de toda la que suelta en clase.

—Sí, yo también lo creo —dijo Moira.

—Era por sacarle algún defecto. Todos lo tienen. O eso dice mi madre. Y me ha dicho que, si creemos que un hombre es perfecto, es o porque es nuestro padre o porque estamos enamoradas de él.

Lo pensé un momento, quizás tenía razón porque mi padre es el padre más perfecto del mundo. No lo cambiaría por nada.

—Pues lo que yo digo, que estoy enamorada —sentenció Olivia.

Nos quedamos las cinco embobadas mirando al profesor. Soñar es libre. De repente, sentí una mano en mi barbilla. Perdí de vista al *buenorro* y me fijé en el dueño de la mano.

—Es por la baba. Se te estaba cayendo —me informó Oliver, divertido.

«Exagerado».

—¿Qué miráis las cinco tan concentradas? —nos preguntó Brian.

—¡Qué van a mirar! Al profesor de matemáticas —contestó Marco.

—Joder, qué obsesión. Tampoco es para tanto.

El objeto de nuestro deseo interrumpió nuestra conversación. Como estábamos cerca de la Torre Eiffel, nos aproximaríamos dando un paseo. Un paseo de un kilómetro. Las quejas no se hicieron esperar. Pero daba igual, porque mandaban ellos.

El paseo resultó ser muy entretenido. Descubrí que París es una de esas ciudades en las que, andes por donde andes, siempre hay algo fascinante que ver. Las calles, los edificios, los monumentos... los encuentras por doquier.

El último tramo lo hicimos en barco, fue una sorpresa que nos tenían preparada. El paseo por el río resultó igual de maravilloso que el paseo a pie. Vimos la réplica de la Estatua de la Libertad, a pequeña escala.

Cuando el barco terminó su recorrido, nos topamos, de frente, con la Torre Eiffel. *Oh, là, là*. Es impresionante. Una magnífica construcción, un amasijo de hierros convertidos en uno de los monumentos más emblemáticos del mundo entero. Nos aproximamos hasta quedar dentro de los cuatro pilares.

—Bien, chicos. Tenemos dos opciones para subir, o por los ascensores — la profesora nos señaló con la mano los dos ascensores con una cola cada uno de unas doscientas personas—, o por las escaleras.

En las escaleras no había colas. Parecía la mejor opción, solo por no esperar al ascensor.

—¿Cuántas escaleras hay?

—Muchas —contesté a Pear sin dar el número exacto.

—Son 1.665 escaleras, por si alguien se lo está preguntando —continuó la profesora—, cada cual que suba como más le apetezca. Nos encontraremos todos arriba.

—Vamos por las escaleras, ¿no? Ni de coña espero dos horas en la cola —nos dijo Brian.

—¡Te echo una carrera! —me susurró Oliver al oído.

—¿Una carrera?

—Sí, por las escaleras.

—¿Por todas las escaleras?

—Hasta el primer tramo.

—Son trescientas cuarenta y cinco escaleras hasta el primer piso.

—¿No te atreves, ojitos azules?

¿*Ojitos azules*? Hacía una eternidad que nadie me llamaba así. Tenía esa sonrisa pícara en la cara que tanto me gusta de él. Una carrera, ¿eh? Tendría que hacer trampa si quería tener ventaja.

Empecé a correr hacia mi objetivo antes de que a Olly le diera tiempo a reaccionar. Miré hacia atrás por encima de mi hombro.

—¡Te quedas atrás, rubio!

—¡Ven aquí, tramposa!

Oliver corría detrás de mí mientras yo me dirigía a toda velocidad hacia el primer escalón.

—¿Y esos dos locos a dónde van corriendo? —Escuché preguntar a

Marco.

Al principio, subía los escalones de dos en dos, y aun así, Oliver cada vez acortaba más y más la pequeña ventaja que le había sacado. Por lo general, la gente que sube en plan tranquilo por las escaleras es educada y lo hacen en fila india por la derecha y agarrándose a la barandilla, dejando, de esa manera, la parte izquierda de las escaleras libre para los que vamos más ligeros. Pero siempre hay algún grupito de gente que va hablando y ocupando todo el tramo, por lo que, más de una vez, tuve que chillar. La primera vez, cuando llevábamos cuarenta y siete escalones subidos.

—¡Paso! ¡Paso, por favor!

Entre la carrera y lo que me reía, tuve a Oliver pegado a mi culo en un santiamén. En ocasiones, llegó incluso a agarrarme de la camiseta, pero conseguí soltarme, no sé ni cómo, con tanta risa.

Ciento cinco escalones. Ya quedaba menos. No habíamos subido ni la mitad y ya notaba que no podía más. Cuarenta escalones más y sentí la barrera psicológica del cansancio. Conozco mi cuerpo y supe que podía forzarlo más. No es cansancio real, me decía, es psicológico. Sudaba por todas las partes de mi cuerpo. POR. TODAS. Incluso por las que jamás pensé que uno pueda sudar. Miré para atrás y vi a Oliver igual que yo, pero no cesaba en su intento por alcanzarme.

Doscientos escalones. Habíamos subido la mitad. «Esto está chupado», pensé. Por desgracia, treinta escalones más tarde, volví a encontrarme con un grupo que ocupaba la totalidad de las escaleras. En esa ocasión, no conseguí que se apartaran lo suficientemente rápido, por lo que me vi obligada a pararme unos escasos segundos, que mi contrincante aprovechó para cogerme por el brazo, apartarme de un empujón (suave, pero empujón al fin y al cabo) y adelantarme. ¡Mierda!

Reanudé la marcha y subí, otra vez, los escalones de dos en dos para intentar alcanzarlo, pero no lo conseguí. Lo agarré de la manga de la sudadera, pero se me escapó.

Trescientos escalones superados. Quedaba la recta final. Si tenía que subirme encima de él lo haría, pues no estaba dispuesta a rendirme. Y quizás algo de juego sucio...

—¡Olly, me duele la pierna!

—¡Pues siéntate, que luego bajo a buscarte! ¡Después de haberte ganado!

—¡Capullo!

—¡Mentirosa! —Ni me miró para asegurarse de que estaba bien. Me

conoce demasiado.

Trescientas treinta escaleras. Solo quedaban quince más. Podía ver el final. Hice un último esfuerzo y saqué fuerzas de donde no las tenía. Llegué hasta Oliver y lo agarré de la cintura en un intento por adelantarlo. Lo conseguí, pero él me agarró a mí y me echó hacia atrás. Durante las últimas cinco escaleras tuvimos una auténtica guerra de titanes, todo valía. Empujones, pisotones... Hasta nos subimos uno encima del otro, bueno más bien, me subí yo. Pero en el último escalón, Oliver se soltó y me ganó.

—¡Sí! —gritó, mientras ponía los brazos en alto.

Nos quedamos los dos de pie en el primer piso y empecé a marearme. Sin hablar, nos tumbamos boca arriba en el suelo y giramos la cabeza de tal manera que quedamos mirándonos a escasos centímetros el uno del otro. Nuestro pecho subía y bajaba a gran velocidad acompañado con nuestras respiraciones irregulares. Nos chorreaba sudor por todo el rostro. De hecho, sentía el pelo pegado a mi cara. No conseguiría levantarme en unas cuantas horas. Nunca había estado tan cansada, ni con las duras sesiones de entrenamiento con Andrew. Y nunca me había sentido más feliz. Fue perfecto.

Y, entonces, unimos nuestras miradas y sonreímos. Su sonrisa me volvió loca, era esa en la que le salen los hoyuelos. De golpe, me di cuenta de algo. Él era perfecto. No le cambiaría ni un pelo de la cabeza, ni un gesto, ni una expresión, ni un ápice de su personalidad. Fue en ese momento cuando lo supe, cuando pude darle sentido a todo lo que había estado sintiendo por él. Estaba enamorada. Estaba enamorada de mi mejor amigo.

Oliver

Joder, qué sensación tenía de felicidad, de plenitud. Con Sara siempre es así. Cuando estoy con ella, no me hace falta nada más. «Vale, Oliver, has cubierto hoy el cupo de cursiladas. Ahora compórtate como un hombre».

Nos quedamos mirándonos a los ojos hasta que noté un cambio en su mirada. Como si, de repente, hubiera descubierto algo nuevo. Me miraba de manera diferente, pero no soy capaz de explicarlo. Nunca me había mirado así. «¿Qué estás pensando, Sara? ¿Qué pasa por esa cabecita tuya?». Siempre lo pienso, donaría mi cuerpo y mi mente a la ciencia si ello me permitiera meterme en su cabeza.

Es un misterio para mí; la conozco hasta el más mínimo detalle, puedo decir con exactitud qué respuesta va a dar a cualquier pregunta, qué actitud va a tomar ante casi cualquier circunstancia, qué va a pedir para comer en un restaurante... Me conozco todo su cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, lo tengo grabado en mi cabeza, pero desconozco lo más importante: su mente. Nunca sé lo que está pensando, lo que viene antes de dar una respuesta. Me descoloca. Y me vuelve loco.

«¿Quieres saber lo que estoy pensando yo, nena? Te quiero. Te quiero con toda el alma. Joder, Oliver. ¡Díselo a ella! ¡Échale un par de cojones y díselo! ¡A ELLA! ¡No a ti mismo, como llevas haciendo un puto año!».

Pero no podía hacerlo, porque ella amaba a Will. Cada vez que recordaba el beso que se dieron en la cafetería, se me revolvía todo. Enterré esa imagen en el lugar más recóndito de mi mente porque me dolía verla. Intenté disimular y darle ánimos, porque eso es lo que hacen los amigos. Pero me dolía el alma de repetirme a mí mismo que Sara lo quiere a él. Que lo ha elegido a él. Que siempre lo va a elegir a él.

Me concentré en su rostro, en sus ojos, en su boca. Su boca. Aún teníamos las respiraciones agitadas. Las mejillas de Sara estaban encendidas por el esfuerzo y parecía feliz. Daba gusto verla. ¡Coño! Me merecía un puto premio por lo que estaba aguantando. Sara abrió la boca y se pasó la lengua por el labio inferior. No pude más. Me acerqué a ella hasta que nuestros alientos se mezclaron.

¿Por qué no se apartaba? Fue como aquel día en la competición de patinaje, cuando estuve a punto de besarla, hasta que tuve un minuto de

lucidez y me aparté. Pero ya no me quedaban fuerzas.

¿Deseaba ella que la besara? Volví a mirar su expresión. «Joder, tío. Blanco y en botella. ¡Venga, me lanzo y que pase lo que tenga que pasar!».

Me acerqué y le di un pico y, con ese pico, con ese puto segundo de contacto, despertaron todos mis sentidos, todos los sentimientos que Sara me provocaba y que había intentado borrar estando con otras tías, aunque me muriera por dentro porque no era lo que quería hacer. Porque no era yo, pero mi necesidad de olvidar a Sara era superior al desagrado que me provoca el contacto humano. Pero había fracasado. Porque la tenía metida debajo de mi piel y eso no se va tan fácil. No creí que se fuera nunca.

Me separé y observé su expresión. Estaba sonriendo. Estaba sonriendo como hacía mucho tiempo que no la veía sonreír. Y lo había hecho yo. El pecho se me hinchó de orgullo. «¿Y si la beso de verdad? Joder, ¿por qué no puedo leer las mentes? Vaya atraso de la humanidad. Espera, espera. Ella se está aproximando a mi boca. SE. ESTÁ. APROXIMANDO. A. MI. BOCA».

¿Sara quería más? ¿Era posible?

—¡Ya hemos llegado, par de locos!

«¡Me cago en...! ¡Mierda! ¡Joder! ¿Cómo han subido tan rápido los demás? ¿Cuánto tiempo llevamos tumbados? ¿Por qué han tenido que aparecer en este momento? ¿Cómo voy a saber ahora si Sara quería besarme?».

«Es mejor así. No te confundas, Oliver. No veas cosas donde no las hay. Ella te quiere y te besa porque eres su mejor amigo, pero no porque esté enamorada. Quizás necesita sentirse querida después de todo lo que ha sucedido. Pero lleva su anillo. Todos los jodidos días lo veo. No me hace falta saber nada más. Ella es de él. No mía».

Me separé de ella y simulé que no había sucedido nada. Pero me mentía. Porque aquel fue uno de los momentos más especiales que he vivido junto a Sara. Y eso no me lo puede arrebatarse nadie. Nadie.

Sara

—¡Ya hemos llegado, par de locos! —nos gritó Brian junto a Marco.

«¡Nooo! ¡Ahora no, por favor! ¡Iba a besarme! Porque iba a besarme, ¿verdad? O iba a besarlo yo, pero porque él me ha besado primero. Sí, me ha dado un pico y no se ha apartado de mí. Claro que eso no significa que quisiera besarme. Solo ha sido un beso corto de amigos. ¿O ha sido algo más? ¡No lo sé!».

Lo miré esperanzada, para ver si descubría algo en su actitud, pero me di cuenta de que el momento había pasado. Oliver se separó de mi lado y dio por finalizada nuestra aproximación. Incluso se mostró frío y lejano. «Está claro que no ha significado lo mismo para él que para mí. No, Sara. No te quiere. Asúmelo de una vez».

Un rato después, cuando Adam y las chicas terminaron de subir por las escaleras, seguíamos en la misma posición. Olivia fue la última en llegar.

—¿De verdad habéis subido corriendo? —No esperó nuestra respuesta—. Estáis pirados. Dejad que me siente, solo de verlos me canso.

Durante los tres días siguientes nos pateamos París de cabo a rabo. Nuestros profesores son de la firme opinión de que una ciudad se conoce caminando, por lo que apenas nos dejaron coger transporte público. No mientras estuviéramos con ellos. En nuestro tiempo libre podíamos hacer lo que quisiéramos.

Visitamos Notre Dame (subimos por los peldaños, despacio y uno a uno), y sacamos una foto de todos nuestros pies pisando el kilómetro cero que se encuentra justo a los pies de la catedral. Recorrimos el Barrio Latino, nos tiramos un día entero viendo el museo del Louvre, el Arco del Triunfo, los Campos Elíseos, Montmartre...

Muchos de nuestros compañeros insistían en entrar a ver el espectáculo que aún se ofrece en el Moulin Rouge, pero no entraba en el programa y la respuesta fue un rotundo no. Aun así, algunos se escaparon a verlo en nuestro último día en la ciudad. Nosotros no entramos entre ellos. Queríamos aprovechar la última tarde para estar los nueve juntos, disfrutando de nuestra compañía. Saboreando la amarga despedida.

Nos sentamos a orillas del río Sena en un rinconcito, en círculo. Recordamos todas nuestras aventuras y nos pusimos nostálgicos. Nos abrazamos y nos dedicamos palabras de amor.

—Chicos, no os olvidéis de nosotros. Seguiremos aquí cuando regreséis.

—Pues claro que no se van a olvidar. Además, un año pasa rápido y vamos a estar en contacto —dijo Moira.

—Sí, pero no va a ser lo mismo —me dijo Pear.

—Ya sé lo que vamos a hacer ahora. No seríamos nosotros si no nos lanzáramos al agua.

—¿Qué dices, Brian?

—He leído que hay un puente por aquí cerca desde donde se tiran los parisinos en verano.

—Buena idea, Briain —lo vaciló Adam, pronunciando su nombre en gaélico.

—¿Eres consciente de que llamándome así me haces un favor?

—Claro que sí, tontorrón.

Dicho y hecho.

El susodicho puente era el puente de Saint Martin. Nos aproximamos a él por la orilla del río Sena. Por el camino, íbamos riéndonos y disfrutando los unos de los otros.

Al llegar, el primero en lanzarse fue Olly. Se quitó la camiseta y dejó su torso a la vista de todos. Y ¿qué era lo único en lo que podía pensar yo? Pues que ese cuerpo lo había lamido con la lengua. Tan pronto como vino el pensamiento, lo deseché. No quería pensar en mis sentimientos por Oliver. Debía esperar que pasara el tiempo y digerirlos.

Uno tras otro nos lanzamos todos al agua. Cuando atardeció, volvimos al hotel. Era hora de hacer las maletas y regresar a Escocia.

Aunque fuera por poco tiempo.

Adiós, *Crowden*

Era nuestra última semana en el *Crowden School*. Aún no me lo creía. No pensé que llegaría tan rápido ese momento. Fue una semana tranquila, habíamos finalizado todos los exámenes y, con mucho esfuerzo y estudio, conseguí graduarme con matrícula de honor. Aunque, por el momento, no me sirviera para nada. Seguía sin saber qué hacer con mi vida.

Aquellos últimos días, los alumnos los aprovechábamos para hacer las maletas, preparar las funciones musicales de fin de curso (en las que no participaba) y poco más.

La semana siguiente, el *Crowden* organizaba una fiesta de graduación para los alumnos de último curso, donde nos colocarían los birretes y nos repartirían los diplomas, muy americano todo. No podemos olvidarnos de la procedencia del colegio. Adam, Oliver y yo nos lo íbamos a perder. Nuestro vuelo salía ese mismo viernes. Nuestras familias serían las encargadas de recoger los diplomas por nosotros.

Me encontraba inmersa en la preparación de las maletas para Estados Unidos, había tantas cosas que quería llevar... que el problema era que no me entraba todo. Debía hacer selección. Estaba acostumbrada a viajar para unas cuantas semanas. Pero, si planeas viajar durante todo un año, ¿qué te llevas?

La semana anterior, viajamos a Edimburgo y cogimos un montón de cosas para llevar al colegio: todo lo que necesitábamos para el viaje y que no teníamos allí. Había preparado cajas con las cosas que no iba a llevarme para que mi padre las devolviera a casa. A casa. Nunca más al *Crowden*. Era duro.

Cuando tuve todo empaquetado, fui consciente de cierto asunto que no debía retrasar más. Tenía que hablar con Will. Tenía que cerrar ese capítulo de mi vida. Se me había agotado el tiempo. Y no quería irme sin despedirme. No se lo merecía.

De camino a su encuentro, pensé en nosotros: en todo lo que habíamos vivido en esos años, en lo que nos habíamos querido y peleado a partes iguales. Acabé en la puerta de la habitación de Will, que se abrió antes de que me diera tiempo a llamar. Por poco no choqué con él, que salía acelerado.

—¡Sara!

—Hola, ¿podemos hablar?

«Muy bien, Sara. Directa al asunto».

Will titubeó unos segundos.

—Sí, claro. Había quedado con los chicos para ir al pueblo, pero pueden adelantarse sin mí.

—¿Seguro? Puedo venir en otro momento si...

—No, ya que por fin te has decidido, no quiero aplazarlo más —me interrumpió—. Llevo semanas esperándote.

Entornó la puerta y me invitó a pasar. No lo pensé y entré, cerrando la puerta detrás de mí. Will escribió algo en su móvil y se tumbó en la cama mirando al techo, despreocupado, y yo me tumbé junto a él. Como en los viejos tiempos. Porque no había ido a pelear sino a hablar de nosotros de manera pacífica. Y debía reconocer que Will me lo estaba poniendo muy fácil. No parecía enfadado.

—¿Tienes las maletas preparadas? —me preguntó para romper el hielo.

—Sí, ya tengo casi todo.

—Así que un año.

Ya empezábamos con lo interesante. Ninguno de los dos apartaba la mirada del techo.

—¿Por qué no me lo dijiste, Sara? ¿No crees que merecía saberlo?

—Por supuesto que sí, pero, Will, apenas nos dirigíamos la palabra.

—Eso no importa. Me parece algo lo suficientemente importante como para que me lo dijeras. ¿Es que todos estos años juntos no han significado nada para ti? ¿Es eso, Sara?

Sentí cómo giraba la cabeza y posaba su mirada en mí. Aparté la mía del techo y me encontré con su rostro, que era la clara estampa del dolor y la decepción.

—No, claro que no. Pero ¿tú crees que, en caso de irte tú a estudiar fuera, me lo hubieras dicho?

—¿Sabes qué es lo más cojonudo de todo, Sara? Que ni siquiera sabes dónde me voy a estudiar. No me lo has preguntado. Podría irme al otro lado del mundo y tú no lo sabrías.

Cierto. No tenía ni idea de lo que había planeado Will para su futuro. Me sentí miserable. En los últimos meses, solo había pensado en Oliver, Adam y en mí. Me había olvidado de que el mundo a mi alrededor seguía girando.

—Lo siento, siento haber desconectado tanto. Aun así, ¿qué pretendías? ¿Que nos contáramos nuestros planes de futuro entre insulto e insulto?

—Por ejemplo.

—Sé realista, Will. Lo nuestro había acabado y no de la mejor manera. — Después de lo mal que hice las cosas, aunque no hubiera pasado lo de Adam y no hubiera desconectado del mundo, no me habría atrevido a preguntarle nada.

—No, lo nuestro aún no se ha acabado. Todavía llevas mi anillo. Eso significa que aún me quieres. Mientras exista una mínima posibilidad de que tú y yo lo intentemos, no me voy a rendir. Te quiero. A pesar de todo, te quiero. Y sé que la última vez la cagué yo por no escucharte e intentar entenderte. He tenido que vivir con ello los últimos putos meses.

—La cagamos los dos. No cargues con la culpa. Yo debí haber sido sincera contigo desde el principio.

—Supongo que sí.

—¿Habrías vuelto conmigo de haberlo sabido?

Di por hecho que sabía a lo que me refería. No quise preguntarle, directamente, si me hubiera perdonado que me acostara con Oliver. Era demasiado violento.

—No lo sé. —Will se revolvió el pelo y miró el techo de nuevo—. Joder, sí lo sé.

—Will, contéstame con sinceridad.

—Claro que te hubiera perdonado. No al principio. Me habría cogido un cabreo de un par de cojones. Hubiera dado puñetazos a las paredes y arrojado cosas al suelo. Pero, después de soltar la rabia, te habría perdonado.

—Quizá ahora estaríamos juntos. Aunque supongo que, si no lo estamos, es porque tiene que ser así.

—Te he perdonado.

—¿Qué?

—Estoy corrigiendo mi frase anterior. Cuando te he dicho que te habría perdonado si me lo hubieras confesado antes de volver a estar juntos. Lo que quiero decir, Sara, es que te perdono.

Se giró, por segunda vez, para mirarme, y colocó su codo en el colchón. Acercó su mano a mi mejilla y me acarició con ternura. Cerré los ojos.

—Sara, te he echado mucho de menos. Déjame intentarlo.

Reaccioné al momento.

—No, Will, espera.

Pero no me escuchó. Se lanzó a mis labios y me besó. Me besó como si fuera lo más preciado que había en su vida. Intenté resistirme, pero él se colocó encima de mí y me aprisionó entre sus brazos.

Comencé a recordar sus besos y sus caricias. Y... me dejé querer. Porque aún albergaba sentimientos por Will y porque lo había echado de menos. No te puedes desenamorar de una persona de la noche a la mañana. Siempre queda algo.

Will veneraba mi cuerpo como si fuera un tesoro. Nos acariciábamos y nos besábamos por todas partes. Enseguida nos desnudamos y me olvidé de todo: de Oliver, de Estados Unidos, de mis dudas.

¿Que no tendría que haber hecho aquello? Sí. Pero no soy perfecta. Tengo debilidades. Y, en aquel momento, necesitaba que me quisieran. Es egoísta, lo sé. Pero Will consiguió que me olvidara de todo y de todos.

Acaricié el cuerpo de Will como si fuera la última vez, reteniendo cada porción de piel en mi memoria, cada sensación. Me senté a horcajadas sobre su cuerpo y me froté contra él. Él gimió, yo gemí. Él se arqueó, yo me arqueé. No hablamos, solo sentimos. Lo ayudé a colocarse el preservativo y bajé mi cuerpo hasta que me uní a él por completo.

—No voy a aguantar mucho, Sara.

—No lo hagas.

Mis palabras fueron el detonante para que Will acabara. Yo lo hice segundos después y me desplomé sobre su pecho. Permanecimos así un rato, hasta que nuestras respiraciones se ralentizaron. Después, me bajé de su cuerpo y me tumbé junto a él.

—Edimburgo —me dijo.

—¿Qué?

—Me voy a la Universidad de Edimburgo. A estudiar Arquitectura. Con Daniel.

—¿Y tus padres?

—Mis padres querían que regresara a Alemania, pero han acabado aceptando mi decisión. Llevo toda la vida viviendo fuera de mi casa. Tener que volver ahora y convivir con ellos a diario sería, no sé, extraño.

—Te entiendo.

—Sara, ¿qué ha significado esto?

No había significado nada. No me refiero a que no lo sintiera, sino a que no cambiaba nada.

—No lo sé. La despedida, supongo.

—¿Me has echado un polvo de despedida? —me acusó, mientras se levantaba de la cama y comenzaba a vestirse.

—Creía que había sido cosa de los dos.

—Sara, quiero volver contigo. Quiero que lo intentemos una última vez —me dijo, mientras se abrochaba los pantalones vaqueros y se sentaba a mi lado en la cama.

—No, Will. No puede ser. Me voy un año fuera.

—No me importa. Podemos llevar una relación a distancia. Muchas parejas lo hacen.

No. Si algo tenía claro es que no quería volver con Will. No sería justo ni para él ni para mí. Aun sin mudarme a Norteamérica, no hubiera vuelto con él. No era el momento. No con mi reciente descubrimiento sobre mis sentimientos por Oliver. Es cierto que no me había quitado el anillo, pero no lo hice porque se lo prometí a Will. Le prometí que no me lo quitaría mientras albergara sentimientos por él, por muy pequeños que fueran.

—Pero yo no quiero. Necesito aclararme, necesito estar lejos de todo esto. Volver a estar juntos ahora sería un error.

—Vale, necesitas irte. ¿Y tienes que hacerlo con él?

—Will, me voy por Adam. Él lo necesita.

—¿Y si yo necesito que te quedes? ¿Y si te pido que te quedes conmigo y que no te vayas?

—Will, no lo hagas. No me hagas elegir entre tú y Adam.

—¿Por qué?

—Porque vas a perder.

—Bien. —Se levantó de la cama y se giró hacia la ventana—. Entonces no tenemos nada más de qué hablar. Adiós, Sara.

—Will, no quiero irme así. Por favor, vamos a hablarlo. No quiero marcharme y que estés enfadado.

—Lárgate, Sara.

—No, así no. Me voy un año fuera y...

—¡¡LÁRGATE!! ¡¡NO QUIERO VERTE!!

Por más que lo intenté, Will no quiso hablar conmigo. Me marché. Salí de la habitación y me quedé apoyada en la puerta, llorando. Otra vez había acabado en la cama de Will y otra vez habíamos discutido.

Se abrió la puerta de la habitación de enfrente. Adam, vestido con pantalones vaqueros negros y camiseta gris de manga larga, parecía que iba a alguna parte, pero al verme abrió la puerta del todo y me invitó a entrar. Cuando me acerqué, me ofreció sus brazos, me cobijé dentro y lloré desconsolada. Adam cerró la puerta.

—*Totó*, estás llorando y no creo que sea solo por despedirte de Will. ¿Qué

ha pasado ahí dentro?

—Mi vida es un desastre, Adam.

—Primero date una ducha a ver si despejas la cabeza.

Fui directa al baño y abrí el grifo de la ducha mientras me desnudaba. El baño se llenó de vapor y mi reflejo se difuminó en el espejo. Me metí debajo del agua y dejé que me empapara todo el cuerpo. ¿Qué estaba haciendo con mi vida? Cuando salí, le expliqué a Adam todo lo que había sucedido en la habitación de Will.

—Sara, es sexo. No le des más vueltas. No hay que estar enamorada ni creer que es el chico de tu vida para acostarte con alguien. Es algo físico. Will y tú os atraéis físicamente. Fin de la historia.

—Eso es muy egoísta. Will y yo tenemos una historia. No somos dos personas que nos hemos encontrado en un pub.

—Le has dejado claro que no querías volver con él.

—Se lo he dicho después.

—No importa. ¿Qué esperaba? Te largas un año entero. No le des tantas vueltas y asume el sexo como algo natural que sucede entre las personas. Sin ataduras. Sin compromisos. Yo lo hago y no me fustigo por ello, aunque puede que alguna vez lo pruebe...

Adam consiguió sacarme una sonrisa. Entendía lo que me decía, pero tener sexo con tu exnovio antes de largarte un año entero de viaje... era complicado.

La semana pasó tan rápido que no fui consciente de nada hasta que estábamos todos en el aparcamiento despidiéndonos. Nos abrazamos, nos besamos, nos dijimos que nos queríamos y una vez más, acabamos llorando.

—Quiero saber de ti todos los días —me dijo Pear, mientras se secaba las lágrimas—, no me obligues a coger un avión e ir a buscarte.

—Prometo escribirte todos los días.

—Chicos, pasadlo muy bien, nos vemos a la vuelta.

Abracé a mis amigos, de nuevo, uno a uno. Y entre tanto lío de abrazos, Marco se aproximó a mí y me separó del resto.

—Tráeme a Adam de vuelta. Al verdadero, por favor. Prométeme que lo vas a intentar con todas tus fuerzas.

—Lo haré, confía en mí.

Asintió con la cabeza y me dio un fuerte abrazo. De los chicos, Marco siempre ha sido el más cariñoso y el más sentido. Es un buen chico. ¡Cómo los iba a añorar! Otra vez a llorar. Era un no parar.

La directora Peters vino a despedirse de nosotros. Habló con nuestras familias y nos besó (en la frente) a nosotros tres. Era la primera vez que nos daba un beso.

—Ya solo me queda un Summers en el *Crowden*.

Mi padre miró el reloj: había llegado la hora de irse. Todos nuestros amigos volvieron al colegio y nos quedamos solos los tres, parados en medio del aparcamiento, hasta que los padres de Oliver nos movieron.

Mientras Oliver y Adam se alejaban en el coche de los Aston, mi padre metía las maletas en el nuestro. Me acerqué a la entrada del colegio y me senté en las escaleras. Daniel se sentó a mi lado.

—¿Crees que huir de tus problemas va a solucionarlos?

—¿Qué quieres decir?

—Que los estás moviendo de país, pero no por eso van a desaparecer. Cuando vuelvas, seguirá todo donde lo dejaste y tendrás que enfrentarte a ello.

—Eso no lo sabemos, Daniel. Puede que...

—¿Qué? —me interrumpió—. ¿Que irte con Oliver un año y separarte de Will te va a ayudar a saber de cuál de los dos estás más enamorada?

¿Qué? ¿Cómo lo sabía?

—No soy imbécil, Sara. Y sé cosas.

—¿Qué cosas?

Se levantó de las escaleras y entró en el colegio.

—Que tengas buen viaje.

—¿No me acompañas al aeropuerto?

—No —me contestó sin mirar atrás.

«Genial. Que pases un buen año, Daniel». Pero, entonces, me acordé de algo.

—¡Daniel! Espera.

—¿Qué quieres, Sara?

—Prométeme que vas a ayudar a Pear. Tienes que continuar donde yo lo he dejado. Necesita acercarse a un caballo de nuevo y, sobre todo, necesita saber que no fue su culpa. La tengo casi convencida, pero me da miedo que la distancia... No la abandones, Daniel.

—No te preocupes por ella, yo me ocupo.

Antes de entrar en el coche, miré al cielo. Después al colegio. Will no se despidió de mí. Andaba por algún lugar ahí dentro, pero no quiso verme. Entendía su enfado, pero había tomado la decisión correcta. No sabía lo que sentía por él. Lo quería, pero no era un sentimiento tan fuerte como lo era antes. Me arriesgaba a perderlo, pero estaba dispuesta a asumirlo.

Me senté en el coche y apoyé la cabeza en el cristal.

—¿Estás preparada, cariño? —me preguntó mi padre.

«No».

—Sí. Vámonos.

Dos años y tres meses después

(Más tiempo de lo previsto...)

Septiembre 2012

Aeropuerto de Los Ángeles

—*Última llamada para los pasajeros del vuelo BA1542 destino Edimburgo.*

La voz aterciopelada de la operadora de British Airways resonó por todo el aeropuerto. Era nuestro vuelo. Había llegado el momento. El momento de regresar a casa. Nos levantamos los tres a la vez de nuestros asientos.

—¿Preparados para volver, chicos? —nos preguntó Adam, de camino a la puerta de embarque.

Oliver y yo nos miramos el uno al otro y fue una mirada que... que decía tantas cosas.

—Supongo que sí —contesté yo sin ninguna convicción.

Regresábamos a Edimburgo después de más de dos años haciendo de trotamundos por Estados Unidos. No parecía que hubiera pasado tanto tiempo; más bien, era como si apenas acabáramos de llegar. Sin embargo, en esos dos años, habían pasado tantas cosas...

Las decisiones de Sara

*Las decisiones
de Sara*

PRIMERA PARTE

1

La vuelta a casa

Septiembre de 2012. Aeropuerto de Los Ángeles.

—Última llamada para los pasajeros del vuelo BA1542 destino Londres.

La voz aterciopelada de la operadora de la British Airways resonó por todo el aeropuerto. Era nuestro vuelo. Había llegado el momento. El momento de regresar a casa. Nos levantamos los tres a la vez de nuestros asientos.

—¿Preparados para volver, chicos? —nos preguntó Adam, de camino a la puerta de embarque.

Oliver y yo nos miramos el uno al otro y fue una mirada que... que decía tantas cosas.

—Supongo que sí —contesté yo sin ninguna convicción.

Regresábamos a Edimburgo después de más de dos años haciendo de trotamundos por Estados Unidos. No parecía que hubiera pasado tanto tiempo; más bien, era como si apenas acabáramos de llegar. Sin embargo, en esos dos años, habían pasado tantas cosas...

Mostramos a la azafata nuestros billetes de clase turista y cruzamos por el embarque. Llegamos a nuestra fila y, cuando vi qué asiento me había tocado, le pregunté a Adam si me lo cambiaba por el suyo y me dejaba en la ventanilla. Él aceptó a cambio de que yo hiciera la cena durante la siguiente semana, porque estaba «hasta las pelotas de alimentarnos», pero caímos en la cuenta de que no era necesario que nos dividiésemos las tareas de la casa. Porque aquella aventura había llegado a su fin. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. No uno de los buenos, de los que me provocaba Oliver, no, fue uno de los malos.

La idea inicial era regresar cada uno a su hogar. Así lo habíamos decidido la noche anterior. Adam se iría con sus abuelos, y Oliver y yo con nuestros respectivos padres. Era lo que nos habían pedido y, después de lo que tuvieron que soportar con nuestra ausencia, no nos sentimos con fuerzas para decirles que no. Al menos no al principio. Con el tiempo, ya se vería. Tan solo había pasado un día y ya me arrepentía de esa decisión. Separarme de Oliver y Adam cuando llevaba años sin hacerlo para absolutamente nada...

No tenía ni idea de cómo gestionarlo.

Tomé mi asiento y cerré los ojos. Por una parte, tenía ganas de que el avión despegase y, por otra parte, no quería que alzase el vuelo nunca. Es difícil de explicar. Cuando no quieres hacer algo, cuanto más rápido pase, mejor. Pero, a la vez, no quieres que pase. Y lo cierto era que yo no quería irme. Y Oliver y Adam tampoco. Pero me había visto obligada a hacerlo. Y ellos conmigo.

Abrí los ojos y giré la cabeza hacia mi izquierda, apoyándola en el respaldo de mi asiento. Oliver imitó mi postura y nos quedamos frente a frente, mirándonos a los ojos. Nos acercamos más. Su mirada era seria, triste, asustada. Como la mía de las últimas horas. Nos comunicamos en silencio. Sus ojos preguntaron primero.

«¿Estás bien?».

«No».

«No podemos hacer nada».

¿No podíamos? ¿No podíamos hacer nada para evitar aquella horrible y fea desazón que sentía en el cuerpo? ¿Y si todavía estábamos a tiempo? Expresé mis pensamientos.

«¿No podemos? ¿O sí?».

Oliver vio la ¿esperanza? en mi pregunta. Cerró los ojos. Y cuando los volvió a abrir, me habló de nuevo.

«Vámonos. Bajémonos del avión y olvidémonos de todo».

Imité su gesto y cerré los ojos. Suspiré. Los volví a abrir. No existía nada en el mundo que deseara más que aquello. Lo deseaba con todas mis fuerzas. Porque tenía miedo. Miedo de que las cosas cambiasen a partir de ese momento. Miedo de haber vivido en esa burbuja de la que nos había hablado Adam. Y miedo de que se rompiese ahora que nos tocaba regresar. Porque... ¿y si lo que habíamos vivido no había sido real?

«Sí, vámonos».

—¿Me estás hablando en serio? —me preguntó en voz alta. Nuestra pequeña conversación secreta se acababa de tornar importante.

—¿Tú qué crees? —le respondí. No quería decir que sí abiertamente porque, aunque quería bajarme de ese avión, era un paso que nos complicaría mucho la vida. No éramos solo nosotros. No podíamos seguir siendo tan egoístas.

—No tengo ni idea. Eres imprevisible. —Levantó la mano y me acarició la frente, las sienes y el cabello—. Nunca sé lo que pasa por esta cabecita

tuya. No tienes ni idea de lo que sería capaz de hacer por poder acceder a ella.

—¿Venderías tu alma? —Le sonreí coqueta.

—Es muy probable —me dijo muy serio.

Un escalofrío me subió por la espina dorsal. Uno de los buenos. Rompí los escasos centímetros que nos separaban y junté nuestras bocas en un dulce beso. Un beso que quería expresar tantas cosas. Cosas que no era capaz de decir en voz alta. No había sido capaz de hacerlo en todos aquellos meses. Pero decidí demostrárselo a lo grande. Ahí iba mi prueba de amor. Me separé y nos miramos.

Me levanté dispuesta a dejar aquel avión. A mandar todo a la mierda y luchar por lo que quería. Oliver sonrió y se levantó conmigo.

—¿Dónde cojones vais tan decididos? —nos preguntó Adam con el ceño fruncido.

Ninguno de los dos fuimos capaces de responder. Quizá porque no sabíamos la respuesta.

—No iréis a montároslo en el cuarto de baño otra vez, ¿no? La hostia, al menos esperad a que despegue el avión. Sois insaciables, joder.

—Por favor, siéntense en sus asientos y pónganse los cinturones de seguridad. Vamos a despegar —nos comunicó la azafata, que pasaba en ese momento por nuestra fila.

Miré a Olly, que se mantuvo fijo en su posición. Quería bajarse de aquel avión infernal y nadie podría impedirselo. Nadie, excepto yo. Y me lo hizo saber. La decisión final recaía sobre mí.

—¿Señorita? ¿Me está escuchando? —insistió la azafata—. Vamos a despegar ya.

—¿Sara? ¿Qué cojones te pasa? ¿Te has quedado sorda? —me preguntó Adam.

Oliver no dijo nada. Al menos en voz alta. Sentí el peso del mundo sobre mi espalda. Y las miradas de todos ellos. Me acordé de Daniel y de la promesa que le había hecho hacía escasos días. Y me senté.

No siempre he estado de acuerdo con las decisiones que he tomado en la vida. Hay veces en las que me he equivocado, y mucho. Pero nunca me he arrepentido de haberlas tomado. Porque son mis decisiones las que me han hecho crecer como persona, tanto las acertadas como las equivocadas. Hasta aquel momento. Porque no bajarme de aquel avión es la peor decisión que he tomado en toda mi vida. Ojalá pudiera viajar en el tiempo y arreglar lo que hice. Pero no es posible. Así que tengo que vivir con ello. Con las decisiones

de Sara.

Durante el resto del trayecto, actuamos como si no hubiera ocurrido nada, como si no hubiéramos estado a punto de largarnos juntos y olvidarnos del mundo. Oliver no me sacó el tema, y yo se lo agradecí.

¿Por qué entonces sentía ese agujero en el pecho? ¿Por qué sentía que había cometido un gravísimo error? ¿Por qué sentía que esa decisión era aún más importante que cualquier otra que hubiera tomado en mi corta vida?

Saqué el iPod de mi mochila y me puse música. Necesitaba algo marchoso para desprenderme de esa mala sensación que tenía en el cuerpo. Fui pasando con el dedo por la lista de canciones hasta que encontré la que necesitaba: *Fight For This Love*, de Cheryl Cole. Enseguida me envolvió el ritmo de la música. Y digo el ritmo porque lo que es la letra... no había caído en ella. Maldito karma y maldito subconsciente.

Acerqué mi mano a la de Oliver y las entrelacé con fuerza. Él me respondió con la misma intensidad y alivió mi desazón. Estábamos bien. Aunque ¿por qué no íbamos a estarlo? Olly y yo no éramos nada, aparte de amigos. Amigos que se acostaban de vez en cuando. Bueno, algo más que de vez en cuando. A diario, de hecho. Pero no éramos pareja. Al menos yo creía que no lo éramos. Nunca lo habíamos hablado. Y eso que llevábamos meses acostándonos.

«¿Y por qué os queríais fugar juntos hace unos minutos?». Visualicé en mi mente las posibles respuestas y elegí la última opción: no sabe, no contesta.

Muchas veces había intentado insinuarle algo. Había intentado mantener una conversación de adultos para hablar de lo que sucedía entre nosotros. Pero en el momento de la verdad me acobardaba. ¿Y si lo hablábamos y él se echaba para atrás porque veía que podía convertirse en algo serio? No quería arriesgarme. Prefería continuar como estábamos. Amigos que tenían sexo a diario, pero con exclusividad.

Un enlace y muchísimas horas después, aterrizamos en Edimburgo. Rescatamos nuestras maletas de la cinta transportadora y fuimos hacia la salida. Lo primero que vi, en cuanto crucé las puertas, fue a mi padre. Me quedé parada en el sitio y solté las maletas y la mochila que llevaba al hombro. Tal cual. Como en las películas.

Habían pasado algo más de dos años desde la última vez que lo había visto en ese mismo aeropuerto. En las últimas semanas, muchas veces pensaba que el tiempo había pasado tan rápido que parecía que hacía diez

días que nos habíamos ido y no ochocientos veinticinco. Pero no era así. Ahora que lo veía, era consciente de cada día que habíamos estado separados, de todo lo que había pasado en mi vida sin que él supiese nada al respecto. Corrí a sus brazos y lo abracé lo más fuerte que fui capaz. Y me sentí muy lejos de él, a pesar de estar tan cerca.

Mi padre me devolvió el abrazo y enseguida se separó para cogerme el rostro con sus manos y mirarme atentamente. Creo que no se acababa de convencer de que estábamos allí. Demasiadas veces les habíamos dicho que no queríamos regresar.

—¿Estás bien? —me preguntó. Al principio me sorprendió la pregunta; me esperaba más un «¿qué tal el viaje?» o incluso un «¿estáis cansados?» porque es lo típico que se dice en esos casos. Pero no. Le traía sin cuidado el viaje. Solo quería saber si me encontraba bien. No le quise mentir, así que me abracé a él, aunque sabía que su abrazo no curaría mis dolencias. Eso solo podían hacerlo los dos chicos que, a mi lado, se reencontraban con sus familias.

—Ya estás aquí, cariño. —Mi padre me acarició la espalda con suavidad y me dio un beso en la cabeza.

—La hija pródiga ha vuelto.

Me asomé por encima del hombro de mi padre y vi a mis tres hermanos. Ignoré el comentario de Daniel y me acerqué a abrazar a Alex y Kate. Ahora que los veía, me daba cuenta de que también a ellos los había echado de menos. De toda mi familia, el único al que había visto en todo ese tiempo había sido a Daniel. Hacía diez días exactamente. Y gracias a eso, o por culpa de eso, estábamos de vuelta.

—¿Cómo está mi Summers favorita? —Mi hermano Alex se unió a nosotros.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti, enana. No te vuelvas a ir tan lejos.

Miré a mis dos amigos, que se fundían en abrazos con sus familias. Y me centré en Adam. En mi Adam. En el Adam que tanto había luchado durante ese par de años para volver a la normalidad. Y en que no eran sus padres quienes lo abrazaban, sino sus abuelos. Y no es lo mismo. Joder, claro que no es lo mismo. La burbuja que habíamos creado a nuestro alrededor comenzó a resquebrajarse. *Crack*. Ese fue el primer instante en que lo noté. Como también notaba la mirada perdida de Adam. Y no quería perderlo. No quería que sintiera que el perfecto mundo que habíamos creado se desmoronaba.

Me acerqué a él y lo cogí de la mano. Adam sonrió y me miró con dulzura.

—Estoy bien —me aseguró.

—Ven a mi casa a dormir esta noche.

—No puedo, *Totó*. Tengo que intentarlo con ellos —me explicó, señalando a sus abuelos, que se habían alejado para darnos privacidad.

—Siempre me olvido de que ahora eres tú el más sensato del grupo.

—Gracias por cogerme de la mano.

—Te quiero, Adam. Prométeme que vas a venir a nosotros si lo necesitas.

—Te lo prometo.

Y sabía que no mentía. Nos reunimos con nuestras familias sin soltarnos de la mano.

Una vez que nos hubimos achuchado y besado todos con todos, nos dirigimos al *parking* del aeropuerto.

—Sara, ¡qué guapa te veo! —me dijo mi hermana, mientras bajábamos en el ascensor—. ¿Qué te has hecho en el pelo?

—Mechas californianas —contestaron Olly y Adam al unísono.

—Papá, yo también quiero unas iguales. ¡Por favor! ¡Por favor! —suplicó mi hermana.

Mi padre resopló; aún no había salido de criar a dos adolescentes y ya venía el siguiente.

—Ya veremos.

—Papááá —se quejó Kate.

Le di un golpecito a mi padre con el brazo y le hice una señal con la cabeza que quería decir más o menos: «Venga, papá. Enróllate un poquito».

Guardamos las maletas, cada uno en nuestro coche, y nos quedamos los tres parados formando un círculo. Era la despedida. Ahí nos separábamos. Por primera vez en dos años. Aquel horrible escalofrío me recorrió el cuerpo de nuevo y el corazón comenzó a dar golpes en mi pecho. Algo trataba de decirme. Contábamos con la separación y llevábamos días preparándonos, pero, joder, ¡qué duro era! Quise echarme a llorar. De hecho, los ojos se me anegaron de lágrimas. Estuve a punto de sujetarme a las piernas de cualquiera de ellos para que no nos pudieran separar. Era lógico que nuestros seres queridos quisieran estar a solas con nosotros esa primera noche; teníamos tantas cosas que contarles y que compartir con ellos... Pero aquella separación fue lo más difícil que habíamos hecho en mucho tiempo. Sentía como si me despojaban de partes fundamentales de mi alma.

Una vez pasado el bache de la inminente separación, nos sonreímos con camaradería por todos los secretos que guardábamos. Había cosas que se quedarían siempre entre nosotros. Oliver me guiñó un ojo y nos separamos.

No sería por mucho tiempo. Nos habían informado, de camino a los coches, de que al día siguiente tenían preparada una fiesta de bienvenida en mi casa.

Durante el trayecto en coche, apoyé la frente en el cristal y me eché a llorar. Solo habían pasado cinco minutos y ya los echaba de menos. Alguien me agarró la mano y me la apretó. No tuve que girarme para saber quién era. Daniel.

Al llegar a casa, me sentí extraña. No la sentía como mi casa. En realidad, nunca la había sentido como tal. Mi primera casa fue el *Crowden School* y, después, Estados Unidos. Tendría que adaptarme a esa nueva realidad.

Cené con mi familia y les conté alguna de nuestras peripecias. Durante la cena, envié varios mensajes a Adam preguntándole por su estado de ánimo.

Adam: No se siente como mi casa.

Sara: Lo sé.

Adam: ¿Pasará?

Sara: Pasará.

Tuve que mentirle. En realidad, más que mentirle, tuve que depositar mis esperanzas en ese mensaje. Porque todo ese anhelo que sentía, que me desgarraba por dentro... pasaría, ¿verdad?

Después de cenar, nos sentamos en los sofás y seguimos hablando hasta las tantas de la noche. Mi padre fue el primero en acostarse. Mis hermanos y yo nos quedamos viendo una película en la televisión, medio tumbados unos encima de los otros. No recuerdo qué película era, solo los recuerdo a ellos. A las tantas de la madrugada, me llegó un mensaje al móvil.

Oliver: ¿Todo bien, ojitos azules?

Sara: Sí, creo que sí. ¿Tú?

Oliver: Se me hace raro dormir sin que estés dándome patadas.

Sara: Y a mí sin que me claves la rodilla en la cadera.

Oliver: Lo sé.

Sara: ¿Has hablado con Adam?

Oliver: Sí. Está bien. Duerme tranquila. Buenas noches, nena.

Sara: Buenas noches, nene.

«Te quiero» me habría gustado añadir, pero, como tantas otras veces, no encontré el valor suficiente para hacerlo. Sonreí y dejé el móvil en la mesa auxiliar que teníamos enfrente del sofá. Me tumbé y puse las piernas encima de las de Daniel. Alex me dio un toque con su hombro.

—Vaya sonrisa más bobalicona que tienes. ¿Quién era? ¿No te habrás echado novio en Estados Unidos?

¡¿Novio?! ¡Ojalá lo fuera! Pero no. No era mi novio, era mi mejor amigo. Aunque yo estuviera loca por él y me pusiera tonta incluso por un simple mensaje suyo. Como no supe qué contestar, no dije nada.

—No te hagas tanto la interesante —me echó en cara Daniel—. Me juego una mano a que era Oliver —dijo su nombre con retintín— o Adam.

Lo de Adam nos quedó claro, a los dos, que lo decía para disimular, porque sabía perfectamente que hablaba con Oliver.

—Ten cuidado con lo que te juegas, pequeño Summers —lo provoqué. No pensaba admitir que tenía razón.

—Soy mayor que tú, pequeña Summers —me replicó.

Y dale.

—Ya veo que en la universidad no te están enseñando nada nuevo. —Y así de fácil era. Nuestra pequeña pelea dialéctica había comenzado. ¡Cómo lo echaba de menos! Mis rifirrafes con Daniel me daban vida.

—Estoy estudiando Arquitectura, hermanita, no Medicina.

—¿No dicen que la universidad es la escuela de la vida?

—Cuando vayas a alguna, vienes y me lo cuentas.

Lo fulminé con la mirada. Él me sonrió insolente. Mierda. Había ganado. Tanto pensar en Oliver me atrofiaba el cerebro. «Céntrate, Sara».

—Minipunto para el mellizo mayor. ¿Has perdido reflejos, *Totó*? No solía ganarte con tanta facilidad —reconoció.

Levanté el dedo medio.

—Que te den.

Acomodé bien mis piernas encima de las tuyas y seguimos viendo la tele. Me fue venciendo el sueño hasta que nos quedamos dormidos los cuatro en el sofá.

Bienvenida a casa, Sara.

2

Hola de nuevo, *Crowden*

A la mañana siguiente, me desperté en el mismo lugar en el que me había quedado dormida. Me sorprendieron los primeros rayos del sol y me sentí desorientada. ¿Dónde estaba? Palmeé a mi alrededor y me topé con el brazo de alguien. Pero no era el brazo que me había acostumbrado a acariciar. Abrí los ojos y me encontré tumbada sobre el costado izquierdo de mi hermano Daniel.

Empecé a recordar. Estaba en Edimburgo. Habíamos regresado. Mi corazón dio un vuelco. ¿Por qué me sentía tan mal? ¿Qué significaba esa tristeza que me invadía? Me alegraba estar con mi familia, pero tenía un sentimiento de ¿morriña? ¿Podía ser? ¿Se puede echar en falta un estilo de vida? ¿Un país entero, pero a la vez ningún lugar determinado dentro de ese país?

Nunca antes me había sentido así. No quería cambiar de vida. Quería seguir tal y como estábamos. Había sido muy feliz, los tres lo habíamos sido. ¿Por qué no me había bajado de ese avión? ¿Qué hacía allí? Quería estar y a la vez no quería estar. ¿Era eso posible?

—Joder, me duele todo el cuerpo. —Mi hermano me empujó con su cuerpo—. Quítate de encima. ¿Cuánto has engordado?

—Idiota. ¡Yo no he engordado! —Otra vez el temita. En realidad sí lo había hecho. ¿Pero tanto como para que se diese cuenta mi hermano? Que lo notara Oliver lo entendía, pero ¿aquel tocapelotas?

—¡Para no haber engordado, pesas una tonelada!

—¡No peso una tonelada! Serás tú, que has perdido músculo. ¡Estás muy esmirriado!

—¡Esmirriado para aguantar tu peso ya lo creo que estoy!

Cuando estaba a punto de lanzarme sobre Daniel, escuché cómo me llamaban por mi nombre.

—¿Sara?

Miré hacia la puerta del salón y me encontré con la sonrisa de la señora Baker. Llevaba trabajando en mi casa desde que tenía uso de razón. Hacía de todo: de cocinera, ama de llaves, niñera... Me levanté del sofá y corrí a abrazarla.

—¿Cuándo has llegado? No me ha avisado nadie. Cuando te he

escuchado discutir con Daniel, pensé que era mi mente viajando al pasado.

—Llegué ayer. No lo sabe casi nadie. Ni siquiera nuestros amigos. Queríamos darles una sorpresa. —Entonces caí en algo. Me giré y puse los brazos en jarras.

—No te habrás chivado a Pear de que hemos vuelto, ¿eh, Daniel?

—A lo mejor sí, a lo mejor no —me dijo, despreocupado, mientras ponía las piernas encima de la mesa.

—¡Dime que no te has chivado! —grité mientras me dirigía a él.

Casi lo alcanzo, pero saltó por el respaldo del sofá y empezó a correr por el salón. Retrocedí y pasé por detrás del sofá para darle caza y hacerle pagar por sus comentarios ofensivos. Si había algo a lo que nunca había tenido miedo, era a pegarme con mi hermano. Casi siempre acababa recibiendo yo los peores golpes, pero él también se llevaba alguno. Él era fuerte, pero yo era muy rápida.

—¡Intenta pillarme a ver si te pones en forma! ¡No te preocupes, hermanita, yo te ayudo a bajar esos kilitos de más!

—¡Eres gilipollas!

—Se acabó la paz en esta casa —dijo Alex mientras se estiraba.

—¡Qué ilusión tenerlos a los dos así! Estaba la casa demasiado tranquila.

—Por cierto, ¿dónde está Kate? —preguntó Alex a la señora Baker.

—Se ha ido con tu padre temprano al colegio. Me he encontrado con ellos en la entrada de casa.

Después de un suculento desayuno con las oportunas bromas por parte de Daniel sobre en qué parte de mi anatomía se asentarían las tortitas con chocolate y nata, subí las escaleras hacia mi habitación para pegarme una ducha rápida y vestirme. Ese día volvíamos al *Crowden*. Teníamos que ir a recoger unos documentos sobre nuestro expediente académico que necesitábamos entregar en la Universidad de Edimburgo.

Tras dos años (con sus noches y sus días) y largas charlas con mis dos mejores amigos, sabíamos lo que queríamos estudiar en la universidad.

Adam estudiaría Derecho, como era la idea original, pero ahora por vocación. Quería continuar con el legado que dejaron sus padres. Y quería hacerlo bien, no ser el típico accionista que dejaba que otros llevaran sus negocios por él. Oliver y yo nos íbamos a matricular también en Derecho para estar los tres juntos. Y, quién sabe, en el futuro quizá compartiéramos despacho. Aunque no lo hacíamos por eso. Lo hacíamos por estar cerca de Adam.

Oliver, además, quería estudiar Astrofísica. Siempre ha amado el Universo por encima de todo, por lo que, cuando me lo mencionó, no tuve ninguna duda. Había acertado. Esa era su vocación. Rodeado de telescopios y mapas estelares.

Y, respecto a mí, aparte de Derecho, estudiaría Ciencias Médicas. Me quería especializar en Anatomía. Quería conocer y descubrir el funcionamiento del cuerpo humano, y así ser capaz de ayudar en el futuro a personas que tuvieran problemas como el que yo tuve después de mi accidente.

Mientras me peinaba, escuché el claxon del coche de Olly por la ventana abierta de mi habitación.

—¡Ya voy! —grité a la nada, porque era más que obvio que desde el coche no me oirían.

Terminé de prepararme a toda prisa, cogí el bolso, metí el móvil, la cartera, las gafas de sol, las llaves... Cuando lo tuve todo, di un último vistazo a mi imagen en el espejo y... volvió a sonar la bocina.

—¡Sara! ¿Estás sorda? ¡Tienes a los dos mosqueteros dando bocinazos por todo el maldito vecindario! —me gritó mi hermano desde su habitación antes de entrar en el baño que compartíamos.

—¡He dicho que ya voy! Solo un poco de colonia más por aquí —me eché colonia por detrás de las orejas—, y por aquí —me eché un poquito más en las muñecas. Perfecta.

—Vaya tufo a tía que has dejado en el baño —me dijo mi hermano, haciendo aspavientos con el brazo y poniendo cara de desagrado.

—¡Acostúmbrate! —Cogí una horquilla, por si luego me molestaba el pelo en la cara, y salí del baño.

Y otra vez los bocinazos.

—¡Coño, que ya baja! —gritó mi hermano por la ventana de mi habitación.

—¿Tú no tienes clase? —pregunté al malhumorado que tenía al lado.

—A primera hora, no.

Y lo dijo tan seguro que casi hasta me lo creí. Casi.

—Ya... —le dije, escéptica, mientras salía escopetada de mi habitación.

Bajé las escaleras a todo correr y salí por la puerta de casa. Adam iba de copiloto, por lo que me tocaba ir en los asientos traseros. Más cambios. En Estados Unidos, solía ser yo quien conducía. Oliver es demasiado lento para mi gusto. Y para el de Adam, que conste. Unos kilómetros más adelante, me

concentré en el paisaje. Conocía el camino de memoria. Lo disfruté.

Cuando llegamos al colegio, Oliver aparcó el coche y me bajé enseguida. Aspiré el olor del lugar, tantos recuerdos me venían a la cabeza. Recordé el primer día de colegio, cuando tenía nueve años y estuve ahí mismo con mi padre observando el imponente edificio que tenía enfrente. Lo vi igual de intimidante que en aquel entonces. Qué de cosas habían pasado. Algunas buenas y otras no tanto..., pero no podía evitar sentir nostalgia por esos años que no volverían.

No volvería a reír por esos pasillos, ni a patinar en la pista de hielo ni a escuchar las nuevas canciones de los chicos en la sala de música. Ahora sí la sentía como una auténtica despedida. No dos años atrás cuando nos fuimos.

Olly me cogió la mano y subimos juntos las escaleras. Hasta que llegamos al despacho de la directora Peters, saludamos a multitud de profesores y alumnos. Eso sí se parecía más a regresar a casa. Me encontré con mi hermana Kate y sus amigas y le di un saludo rápido. Tenía la pobre una cara de sueño... no debía de haber dormido demasiado bien en el sofá.

Cuando llegamos a la antesala, que presidía Sharon, ya nos esperaban Brenda, la psicóloga, y Amanda. Como ya no estudiaba en el colegio, supuse que podía llamarla por su nombre de pila.

No nos dio tiempo ni a decir hola porque, en un segundo, Amanda nos abrazaba y nos daba besos en las mejillas. No recordaba aquella actitud tan cariñosa. «No la recordabas, Sara, porque no existía». Pues sí que cambia la actitud de los profesores cuando eres exalumno... No me veía tomando unas copas con ella, aunque nunca se sabe.

—¿Cómo estáis, chicos? Os veo guapísimos. Estáis diferentes. Ya no sois mis niños.

No, no lo éramos. Si algo podía afirmar después de esos dos años, era que habíamos cambiado. Habíamos madurado. El vivir solos, por nuestra cuenta, tan lejos de nuestro hogar, nos había obligado a ello.

Nos dimos los besos de rigor con Brenda. No sabía muy bien qué pintaba allí. ¿No pensaría pasarnos consulta?

—Quiero que me contéis todo lo que habéis hecho en estos dos últimos años.

Dos horas después, no teníamos nada más que contar. Habíamos recorrido todo nuestro viaje de cabo a rabo, las partes que se podían contar, por supuesto.

—¡Vaya! ¡Habéis hecho de todo, chicos! —nos dijo nuestra antigua

directora emocionada.

—Sí, Sara incluso ha aprendido a planchar la ropa —soltó Adam.

—¡No me lo creo!

Tenía que salir el temita... y ¿por qué se extrañaba tanto? ¿Acaso no me veía capaz de planchar la ropa?

—Resulta que perdió una apuesta y se ha pasado los últimos meses planchando toda nuestra ropa —explicó Adam.

—¿Y cómo ha ido?

—Pues llevamos los últimos meses llevando la ropa arrugada —añadió Oliver.

—No es lo suyo, no —reconoció Adam.

¡Serán capullos!

—Pues habéroslo planchado vosotros —dije yo.

—Pero eso no hubiera sido tan divertido —reconoció Oliver, con su sonrisa de hoyuelos. No me encandiles, rubiales, no me encandiles.

Después de nuestra charla, Amanda nos facilitó los papeles que habíamos ido a recoger. Y llegó el momento de la despedida. Si no era para siempre, desde luego, era por una larga temporada.

—Todos los años se me hace duro ver cómo se gradúan mis alumnos —suspiró Peters—, son muchos años con todos ellos, los he visto crecer. Pero, en vuestro caso, es todavía más duro. Os voy a echar muchísimo de menos.

No pude evitar emocionarme y que se me escapase una lágrima por la situación. Oliver y Adam ni se inmutaron. ¡Hombres!

Al salir del despacho, nos encontramos con más profesores y, mientras mis amigos cruzaban cuatro palabras con ellos, aproveché para hablar con Amanda.

—Quería darte las gracias por todo lo que has hecho por nosotros. Cada día me hago más consciente de que siempre has estado ahí, velando por nuestros intereses. Y no nos dábamos cuenta.

—Sara, no dudes nunca de que lo he hecho voluntariamente. Siempre he tenido una vena muy protectora con vosotros tres.

—Y con Adam... Todo lo que nos ayudaste y pasaste por alto...

—He pasado por alto muchas más cosas de las que te imaginas, Sara. Y no solo en lo que se refiere a Adam, que fue mucho, no te lo niego.

¿Ah, sí? ¿Cuánto sabía? Pensábamos que era un poco ignorante en cuanto a lo que pasaba en los muros de su colegio, pero ahora me daba cuenta de que quizá los ignorantes éramos nosotros. Siempre nos creemos más listos que los

adultos. Error.

—Gracias. Gracias, de corazón.

—Bueno, basta de sentimentalismos. —No era lo tuyo, la verdad—. Pásate por la pista de hielo antes de irte, Andrew quería verte.

Fuimos a la pista y vimos a Andrew en pleno entrenamiento. Enseguida nos vio y vino patinando hacia nuestra posición.

—¡Sara! ¡Chicos! Bienvenidos. —Salió del hielo y nos fundimos en otro abrazo—. Amanda me ha dicho que os pasaríais por aquí. ¿Qué tal vuestra aventura?

Volvimos a contar toda la historia, saltándonos más capítulos que la vez anterior. Aunque el temita de la plancha siempre salía, ¡cómo no! Cuando estábamos a punto de despedirnos, Andrew me dijo que tenía una cosa para mí.

—¿Qué es?

—Espera y verás.

Nos miramos los tres extrañados. Entró en los vestuarios y, escasos minutos después, salió con algo escondido en la mano. Cuando llegó a mí, abrió la mano y vi lo que era.

—Esto es tuyo. Te lo dejaste aquí.

Eran las llaves del polideportivo. Las llaves para poder acceder a la pista de hielo. Eran mis llaves. Se las había devuelto a Amanda el último día que estuve aquí.

—¿Qué quieres decir con que son mías?

—Son tus llaves. Amanda me ha dado permiso para devolvértelas y que así puedas venir a patinar cuando quieras.

No me lo podía creer. Salté al cuello de mi exentrenador y me abracé a él con fuerza.

—¿De verdad? ¿Puedo seguir utilizando la pista?

—Por supuesto que sí.

En Edimburgo no hay pista de hielo. Solo la que ponen en Navidad, pero la quitan después de las festividades. Y está llena de gente. Pero la del colegio era una pista auténtica. Aunque no patinaba de manera profesional, no quería dejar de hacerlo del todo. Adoraba el patinaje sobre hielo. Era una parte importante de mí. Y esa pista era la única oportunidad que tenía de continuar con ello, aunque fuera esporádicamente. Era consciente de que, entre la universidad y mi vida en Edimburgo, no podría ir todo lo que desearía. Pero sería suficiente para mí. Era un regalo.

—No te imaginas lo que esto significa para mí.

—Sí, lo sabemos —contestó una voz desde detrás de nosotros—, por eso te las damos.

Amanda.

Me lancé a sus brazos.

—¡Gracias! ¡Muchísimas gracias! ¡No me lo puedo creer! ¡Voy a intentar venir todas las semanas!

Nos despedimos y nos metimos en el coche de vuelta a Edimburgo. Lo hice con una gran sonrisa en la cara. Porque no había sido una despedida, sino un hasta luego. Pero, cuando descendíamos por la carretera, se nos ocurrió una idea mejor que la de regresar directos a la ciudad.

Nos desviamos a «Once metros» a reencontrarnos con nuestro pasado. La agradable sensación de libertad y frenesí que siempre me había provocado ese salto... me embargó. Nos bajamos del coche y nos quitamos la ropa hasta quedarnos en ropa interior. Antes de saltar, Oliver señaló su espalda.

—Sube.

De un saltito, me subí a ella y crucé las piernas por su estómago. Hundí la cabeza en el hueco de su cuello y le di un par de besos. Era tan apetitoso. Oliver se estremeció por mis caricias y saltamos juntos. Cuando estábamos a punto de tocar el agua, me solté para no hacernos daño al caer. Abajo, nos encontramos con Adam. Jugamos en el agua y volvimos al coche.

Esa tarde, fuimos al cementerio a visitar a la familia de Adam. Llegamos y vimos que lo que más llamaba la atención eran los dos ramos de rosas que descansaban en la tumba de su madre. Ahí estaban. Veinticuatro rosas rojas disecadas y preciosas. Pear había hecho un gran trabajo.

—¿Has sido tú? —me preguntó Adam, alucinado.

—Pear, en realidad.

—Tú se lo pediste —afirmó, sin atisbo de duda.

—¿Te gusta? —Pasé mi brazo por sus hombros.

—No creo que hubiera podido sobrevivir a esto sin vosotros.

3

El reencuentro

Nuestros amigos no sabían que habíamos vuelto de Estados Unidos. Cuando nos mandábamos mensajes con ellos, fingíamos que estábamos aún al otro lado del charco. Les habíamos dicho que en breve regresaríamos, pero no especificamos el día.

Tenía unas ganas locas de ver a Pear. Habíamos estado en contacto continuo esos años, pero no era lo mismo. Llevaba dos años enrollada con mi hermano, pero sin llegar a nada serio. Eso era algo que había que hablar cara a cara.

Después de comer en casa de los padres de Oliver, decidimos poner el «Plan Reencuentro» en acción.

Envié un mensaje a Pear.

Sara: ¡Hola, melusina! ¿Cómo va todo? Nosotros preparando las maletas para volver.

Pear: Holaaa. ¡Por fin! ¿¿Cuándo volvéis??

Sara: En un par de días.

Pear: ¿¿Sííí?? ¡¡No me lo creo!!

Sara: Enseguida nos vemos, ¿dónde andas?

Pear: Estoy en el Whistlebinkies con la pandilla al completo.

¡Genial!

—Chicos, están todos en el Whistlebinkies.

Whistlebinkies es uno de los pubs más famosos que hay en Edimburgo, además de una sala de conciertos. Desde un cartel que colocan a la entrada se puede ver toda la programación de conciertos, y uno de los días de la semana siempre lo dedican al «micrófono abierto», en el que cualquiera puede mostrar sus talentos musicales sin necesidad de ser conocido.

Me acordé de aquel bar en Las Vegas. De todas las veces que nos subimos

al escenario a cantar y crear mágicos momentos los tres juntos.

—Perfecto. ¿Vamos? —sugirió Adam. Tenía ganas de ver a los chicos.

Le dije a Pear que andaba ocupada con las maletas y corté la conversación. Media hora después, habíamos aparcado el coche y estábamos en la puerta del pub. Adam la abrió y me dejó entrar a mí en primer lugar.

En un primer vistazo, no localicé a la pandilla, y eso que no había demasiada gente. Pero, de pronto, escuché la risa de Pear. Esa risa que llevaba tanto tiempo sin oír. Descansaban todos en la barra de espaldas a nosotros. Todos, excepto Natalie. Solo había cursado un año de Medicina en la universidad en Edimburgo. Después, decidió acabar la carrera en otra universidad lejos de Escocia. Nos explicó que no quería pasarse toda la vida en el mismo lugar y que, si no lo hacía entonces, no lo haría nunca.

—Allí están —dijo Oliver en cuanto los vio.

Y fue como si Pear nos escuchara, porque giró lentamente su cabeza y nos vio. Agrandó tanto los ojos que casi se le salieron de las órbitas.

—¿Sara? —me preguntó para asegurarse de que no era una alucinación.

—¿Sara? —repitió Brian, extrañado. A continuación, persiguió la mirada de Pear y llegó hasta nosotros.

Y, en aquel preciso momento, todos nuestros amigos giraron sus cabezas. Lo vi a cámara lenta. Nos quedamos todos paralizados, ellos en su lado y nosotros en el nuestro. Sonreímos y nos mantuvimos la mirada los unos a los otros. Hasta que Brian dio el primer paso y vino corriendo a nuestro encuentro. Me cogió en volandas y me dio vueltas sin cesar.

En pocos segundos, me sentí rodeada por todos ellos. Y reconocí cada abrazo, cada olor, cada sensación. Aquello me acercó un poquito más a casa.

Me giré, llena de plenitud, sonriendo hacia mis amigos, y vi a Oliver, al intocable Oliver Aston, fundido en un gran abrazo con Marco. Probablemente fuera el primero que se habían dado en su vida, exceptuando sus abrazos deportivos en la pista. Adam hizo lo propio con Pear, y cuando se separaron... nuestras miradas se cruzaron. Y el mundo desapareció, porque solo la veía a ella. No era capaz de escuchar ni la música, solo los latidos de mi corazón, que danzaban desbocados por la felicidad de ese reencuentro.

Cuando llegué a su posición, ya había soltado las primeras lágrimas. Pasé mis brazos por su cuello y me aferré a ella. Y no quise soltarla nunca. Poco a poco, el sonido volvió a mis oídos y la realidad se hizo nítida.

—Esta ha sido la última vez que te largas y me dejas atrás —me dijo, con lágrimas en los ojos.

—Te lo prometo. —La miré bien y descubrí los cambios en su aspecto después de tanto tiempo—. ¡Qué pelo más largo, Pear! ¡Y te has quitado el flequillo! ¡Estás guapísima!

Habían pasado muchas cosas en la vida de mi amiga durante esos años. Y algunas de esas cosas las supe por Daniel. Porque lo llamaba e interrogaba para que me contara cómo mi amiga se iba recuperando de sus heridas. De las heridas que había dejado en ella mi accidente. Volvió a montar a caballo, pero ya no lo hacía con asiduidad. Ya no sentía nada al hacerlo, solo malos recuerdos. Pero, al menos, lo había superado.

Me fijé en el resto de mis amigos, todos ellos habían sufrido cambios visibles.

—Marco, ¡vaya rapada de pelo!

—Es para parecer mayor, a las tías os gustan mayores.

—Yo te veo la cara de crío imberbe de siempre, Marquito —lo vaciló Adam.

—¡Mira quién fue a hablar! ¿Cuándo te va a crecer la barba para que puedas afeitarte, Adam?

—¿Y esas patillas que te has dejado? Eres un macarra, tío. —Adam se acercó a Marco para tocarle las patillas y reírse de él.

Después de abrazarnos y reconocernos físicamente los unos a los otros, vinieron las preguntas.

—¿Cuándo habéis vuelto? ¿Y por qué estáis tan morenos? ¿No habéis dado un palo al agua o qué?—nos preguntó Brian.

—Nos acaba de decir Pear que estabais haciendo las maletas —dijo Moira en alto, aunque era más un pensamiento que una pregunta.

—Nos hemos vuelto muy rápidos —replicó Adam.

—¡Espero que no para todo, Adam!

—¡Que te jodan! —Adam se acercó a Marco y le revolvió el pelo para fastidiarlo.

—Oliver, no me digas que por fin has descubierto la teletransportación —le dijo Brian, socarrón.

—Te dije que algún día lo conseguiría. —Y le guiñó un ojo.

—Venga va, en serio. ¿Qué hacéis aquí? —inquirió Olivia—. ¿Por qué no nos habíais avisado de que llegabais?

—Llegamos ayer por la noche. No os hemos querido decir nada porque queríamos daros una sorpresa —expliqué.

—¡Y vaya sorpresa! ¡No me puedo creer que estéis aquí!

Nos abrazamos de nuevo y todo fueron sonrisas y piropos. Fue como si no hubiera pasado el tiempo.

—¡Vamos a tomar algo, tíos! ¡Para celebrar! —Brian nos dirigió con sus brazos a todos hacia la barra.

—Hablando de celebración, Briain —había echado en falta ese sonido gaélico: Briain. Adam le pasó el brazo por los hombros a Brian y caminaron juntos—, hay una fiesta de bienvenida dentro de un par de horas en casa de *Totó*. Y debemos llegar sobrios. Así que controlad, colegas.

—Joder, cómo has madurado, rockero de pacotilla.

Nos acercamos a la barra y pedimos unas Guinness. Nos las tomamos tranquilamente y hablamos de todo. Oliver, Adam y yo les contamos un montón de historias de Estados Unidos. Algunas ya las conocían, pero, aun así, nos escucharon con atención. No era lo mismo contarlo en correos electrónicos que en persona. De vez en cuando, nos interrumpían para hacer preguntas y meterse aún más en la historia. Desde que entramos en el local, no habíamos dejado de sonreír.

Todos querían contarnos en dos horas lo que había pasado en los últimos dos años. Aunque habíamos mantenido el contacto, insistían en hacernos partícipes de todo lo que nos habíamos perdido mientras no habíamos estado con ellos. No paraban de hablar, y se superponían los unos a los otros. Yo los miraba a todos sin escucharlos, y disfrutaba del momento. Los había echado de menos; aunque mis dos años en Estados Unidos hubieran sido los mejores de mi vida, había echado en falta a mis amigos.

Cuando estábamos a punto de salir por la puerta para ir todos a mi casa, Marco me sujetó del brazo y me apartó del resto de la pandilla.

—Has traído a Adam de vuelta. A nuestro Adam.

—Te dije que lo haría. De eso trataba este viaje.

—Gracias. —Nos fundimos en otro abrazo—. Ya hablaremos.

Y había mucho de lo que hablar. Porque traer de vuelta a Adam no había sido nada sencillo. Al contrario, había sido muy complicado. Tanto que hubo incluso momentos en los que realmente pensé que no lo conseguiríamos. Pero ni Oliver ni yo nos cansamos de luchar. El primer año fue el más duro, porque Adam se negaba a aceptar lo que había ocurrido y comenzó a actuar como si no pasara nada. Y pasaba de todo. Hasta que la situación lo superó y reventó. A partir de ahí, todo fue mejorando. Me acuerdo de lo que pensé en aquel momento: una vez que tocas fondo, solo puedes subir.

Cuando llegamos a mi casa, todos nos esperaban. Mi padre había

preparado una barbacoa en el jardín y lo había adornado con multitud de luces de colores y guirnaldas. Había conectado los altavoces y Lady Gaga sonaba a todo volumen. ¿*Lady Gaga*? Sin duda, mi hermana Kate había metido la mano en la elección de la música.

Enseguida nos mezclamos con los invitados, que eran, en su gran mayoría, los padres de mis mejores amigos y algunos amigos íntimos de mis hermanos con los que me había criado.

Me di cuenta de que Pear y Daniel andaban muy juntitos. No se paseaban agarrados de la mano, pero estaban en todo momento el uno pendiente del otro. En cuanto pillé a Pear a solas, me acerqué a hablar con ella.

—Vaya, pero si te ha dejado un ratito sola mi queridísimo hermano.

—Y ya lo echo de menos —me dijo con pesar.

—Vaya parejita que hacéis.

—No somos pareja, solo amigos con derecho a roce.

—Oh, vamos, Pear. Lleváis dos años saliendo juntos a todas partes y yéndoos de vacaciones los dos solitos, sois supernovios. Reconócelo.

—¡Cállate! —Mi amiga miró hacia ambos lados, buscando a mi hermano —. A ver si te va a escuchar y va a salir espantado.

—Sois novios y lo sabes —le susurré al oído.

Pear sonrió con satisfacción.

Un movimiento en el centro del jardín nos llamó la atención. Eran Adam y Brian bailando animadamente al ritmo de David Guetta. Ellos dos solitos en un momento se montaron una buena coreografía. Adam y Brian siempre han sido el alma de la fiesta. Todos los observábamos risueños.

Cuando la fiesta llegó a su máximo apogeo, en un solo segundo, la música marchosa cesó para dar paso a algo más pausado. Solo necesité escuchar los dos primeros compases para reconocer la canción: *The Scientist*, de Coldplay. Era una versión instrumental. Me alejé del barullo y me situé en una de las esquinas del jardín para disfrutar con las vistas de las personas a las que más quería, pasándoselo bien.

Comencé a mecerme suavemente al ritmo de la melodía cuando unos brazos me sujetaron por detrás y un cuerpo cálido se meció conmigo.

—Hola —me susurró Oliver al oído. Una sensación de auténtico placer me invadió. Quería dejarme llevar, pero estábamos en el jardín de mi casa, con mi padre, sus padres y unas cuarenta personas más.

—Nos puede ver alguien.

—Que nos vean, no estamos haciendo nada indecoroso... todavía. —

Oliver me chupó el lóbulo de la oreja y me besó el cuello, provocándome un hormigueo por toda la zona—. Solo somos tú y yo, bailando.

Solo bailando precisamente no estábamos.

—¿Te has dado cuenta de que llevamos casi un día sin acariciarnos? Para ser exactos —miró el reloj—, veintidós horas, treinta y siete minutos y cincuenta segundos.

Sí, me había dado cuenta.

—No era consciente, ¿tanto ha pasado? —le dije, para tomarle el pelo.

—Ven conmigo, quiero recordarte lo que te hacen mis manos.

Entramos en el salón de casa entre risas y arrumacos. Nos paramos en medio de las escaleras que suben a la segunda planta para besarnos, porque no aguantábamos más. Desde que su lengua entró en contacto con la mía, no pude parar. Necesitaba tocarlo por todo el cuerpo y sentirlo. Oliver rompió el beso y seguimos subiendo las escaleras hasta el final. Una vez arriba, me colocó en la balaustrada, donde todavía nos podían ver desde el jardín. Se puso detrás de mí y me sujetó por las caderas. Comenzó a acariciarme despacio, a la vez que me besaba el cuello y me susurraba al oído.

—Desde aquí nos pueden ver. ¿Crees que mirará alguien hacia aquí?

Ni lo sabía ni me importaba. Estaba perdida en sus caricias.

—Eres un perverso —fui capaz de decirle, con la respiración entrecortada.

—Y a ti que te gusta.

Entonces, me levantó la falda y me acarició los muslos hasta llegar al elástico de mi ropa interior.

—¿Te gusta?

—Sí.

—Eres una perversa.

—Somos una pareja de perversos.

En cuanto dije la palabra «pareja», me tensé, esperando su reacción. No había pensado antes de hablar y me había salido solo. Sin filtro. Como siempre. Sentí cómo Oliver se reía mientras me besaba la clavícula.

—Perversos y empollones. Somos tal para cual.

Algo me saltó en el pecho. ¿Qué significaba aquello? No solo aceptaba que éramos pareja, sino que, además, había dicho que estábamos hechos el uno para el otro. No con esas palabras, pero era lo que había querido decir, ¿no? Me entró una necesidad imperiosa de besarlo por todas partes. Me di la vuelta y arrastré hasta la pared del fondo a un Oliver confundido y excitado

por mi arranque de pasión.

—Joder, cómo me pone que te pongas así de burra.

Lo sabía. Le tiré del cabello y lo besé con fuerza. Metí mis manos por debajo de su camiseta y lo acaricié. Reconocería su cuerpo con los ojos cerrados con mi simple tacto sobre su piel, aunque me pusieran delante cientos de cuerpos de chicos diferentes. Tenía cada centímetro de su cuerpo grabado a fuego en mis retinas y en mi mente. Había recorrido cada hueco con las manos, los labios y la lengua. Y mi necesidad de seguir haciéndolo crecía cada día. Era una necesidad física, jamás había deseado con tanto fervor poseer otro cuerpo humano. Era adicta a su sabor, a su cuerpo. Podría encerrarme durante días en una habitación solo alimentándome de él. Sé que suena enfermizo, pero era lo que sentía. No necesitaba nada más para ser feliz. Solo a él. Bueno, aunque supongo que, llegado el momento, tendríamos que ingerir algún alimento si no queríamos morir de inanición.

Oliver pasó sus labios por mi cuello, impregnándome con su aliento.

—Vamos a tu habitación.

Dejó de besarme, me asió de la mano y me arrastró por el pasillo. La habitación de Daniel fue la primera que encontramos; entramos en ella porque era una manera rápida de llegar hasta la mía. Solo teníamos que cruzar el cuarto de baño. Sin embargo, no cruzamos. Porque estábamos tan necesitados el uno del otro que nos quedamos en una de las paredes de Daniel. No nos dio tiempo ni a desvestirnos del todo. Oliver me subió la falda y tiró de mis braguitas para quitármelas. Levanté primero un pie y luego el otro, y las lanzamos lejos. En ese momento, poco me importaba donde cayeran. Ojo, en ese momento.

Acerqué mis manos a su cinturón e intenté soltárselo con impaciencia, pero los astros no estaban de mi parte.

—¡Joder, quítamelo ya!

—No puedo, se ha enganchado —expliqué, casi sin respiración—. No quiere salir el palito por el agujero.

—Nena, el objetivo siempre es que el palito *entre* por el agujero —me recalcó.

—¿*El palito*? —le pregunté socarrona, mientras se desprendía de su propio cinturón. Cuando lo consiguió, se bajó los pantalones y los calzoncillos a la vez.

—Ven aquí.

Me sujetó del trasero y me obligó a rodearlo con las piernas. Caminó

conmigo encima hasta que chocamos con algo y caímos los dos. Por suerte, la superficie sobre la que caímos era blandita. Mierda, ¡era la cama de Daniel! Y Oliver ya se introducía dentro de mí.

—¡Espera, espera, en la cama de Daniel, no!

—No hay tiempo. —Y con esa última frase y un gemido profundo y gutural me penetró del todo. Y, claro, a mí el cómo y el dónde ya me daban igual. El placer que sentía era indescriptible. Era la mejor sensación que existía en el mundo. Nos movimos a la vez y sentía cómo nuestras caderas se encontraban en cada envite.

—Más fuerte —le dije.

Oliver aceleró sus embestidas y sospeché que tardaríamos muy poco en terminar.

—No aguanto más.

Me llegó un orgasmo demoledor que me recorrió de la cabeza a los pies. Y segundos después, se corrió él. Oliver salió de mi interior y se tumbó en la cama a mi lado.

Nos quedamos acostados, recuperando nuestros ritmos cardiacos.

—Daniel nos va a matar si se entera. Y a ti —apoyé mi cabeza en su hombro— te tiene muchas ganas.

—Sí que me tiene ganas, sí. ¿Y si se lo contamos?

Le pegué un golpe en el brazo y él se rio. Le encantaba provocar a mi hermano. Era un juego mutuo que se traían desde siempre.

—¡Eres idiota!

—Es solo por verle la cara.

Me levanté y busqué mi ropa interior para ponérmela y bajar a nuestra fiesta de bienvenida, pero no la encontré en un primer vistazo. Miré debajo de la cama y tampoco se hallaba allí.

—Mierda, no encuentro mis bragas, ayúdame a buscarlas.

—No las necesitas.

—No seas guarro —le dije, mientras buscaba por debajo de la cama—, no puedo ir sin ropa interior.

—Si no bajamos ya, van a venir a buscarnos. A mí no me importa que vayas sin bragas. —Y mientras me lo decía, me metió una mano por debajo de la falda y me tocó el trasero. Le pegué un manotazo y seguí buscando.

Un minuto después, me di cuenta de que tenía razón, llevábamos demasiado rato allí arriba, era cuestión de tiempo que alguien subiera a ver qué estábamos haciendo. Entré corriendo a mi habitación y cogí ropa interior

limpia. Volvimos a la fiesta veinte minutos después de haberla abandonado. Nada más entrar en el jardín, nos encontramos con nuestros amigos.

—¿Dónde estabais? —nos preguntó Pear.

—Viendo las estrellas.

Dije lo primero que se me pasó por la cabeza, que, aunque no era una verdad absoluta, tampoco era mentira. Porque Oliver me hacía ver las estrellas en todos los sentidos, literal y metafóricamente.

Mi mirada se dirigió a Oliver, que sonrió satisfecho por mi respuesta. Su ego acababa de multiplicarse por diez.

—Joder, qué obsesión —se quejó Brian.

—Ni te imaginas cuánto, Brian —contestó Adam, aburrido, porque él se imaginaba lo que habíamos estado haciendo. De hecho, su mirada de hastío nos confirmó que sabía perfectamente lo que habíamos estado haciendo.

Cuando la fiesta se dio por concluida, me costó horrores despedirme de Oliver. Eran demasiados meses durmiendo juntos sin despegarnos como para terminarlo de golpe y porrazo. Lo echaba mucho de menos. A los dos. El día anterior, me había quedado dormida en el sofá con mis hermanos, pero esa noche intentaría dormir sola en mi cama. Tenía veinte años, no podía ser tan difícil.

Al día siguiente, mis dos amigos y yo teníamos previsto acudir a la universidad para confirmar las asignaturas que íbamos a cursar en el primer año y recoger nuestros horarios. Oliver y yo íbamos a tener que hacer malabarismos para cuadrar las dos carreras que pretendíamos estudiar.

Entré en la habitación de Daniel para informarlo de que al día siguiente iríamos a la universidad, para que lo supiera. Y porque quizá nos tendría que hacer de guía los primeros días. Crucé el baño y lo vi sentado sobre la cama, trabajando con multitud de planos. Me imaginé que sería algún trabajo para clase.

—Daniel —lo llamé desde la entrada de su habitación.

Sin levantar la vista de sus encantadores planos, me contestó de malas maneras, como si estuviera descubriendo el cemento y yo lo hubiera interrumpido.

—¿Qué quieres? —Lo que en realidad me quiso decir fue: «Acabas de cargarte el futuro de la humanidad por interrumpirme. Lárgate y no vuelvas en media vida».

—Mañana voy con los chicos a la universidad a formalizar la matrícula.

—Vale. —En esa ocasión, el mensaje subliminal fue: «No me interesa,

lárgate de una vez. ¿Es que no entiendes que estoy a punto de hacer un gran descubrimiento para el mundo y me estás molestando?».

Cuando me daba la vuelta, un objeto de color lila, medio escondido debajo de la mesa de trabajo de Daniel, me llamó la atención. ¡Eran mis braguitas! Debía recuperarlas, pero en ese momento era imposible, porque el petardo de mi hermano me pillaría con las manos en la masa. Lo pensé unos segundos y decidí que la mejor opción era esconderlas bien debajo de la mesa y acudir más tarde a recogerlas, cuando Daniel estuviese dormido.

Me acerqué, con disimulo, a la mesa de arquitecto de Daniel e intenté alcanzar mi ropa interior con el pie. Por suerte, mi mellizo me ignoraba deliberadamente. Metí el pie debajo de la mesa y arrastré como pude las braguitas hasta el fondo. Debía decir alguna cosa ya o Daniel se daría cuenta de que escondía algo.

—Bien, pues eso, ejem, que mañana vamos a la universidad.

«¡Vaya lumbrera, Sara! ¿No podías decir otra cosa?». No me extrañó que mi hermano levantase la cabeza de sus dibujitos para mirarme.

—Eso ya lo has dicho. ¿Qué te pasa?

—¿A mí? —Coloqué el pie en su posición original. ¡Por favor, que estén bien escondidas!

—Sí, a ti. Estás rara. Más de lo habitual —me aclaró.

—Ajá.

Eché un vistazo rápido de reojo para asegurarme de que no se veían y hablé sin pensar, otra vez.

—Pues eso, que mañana vamos a la universidad.

Levanté la vista y Daniel me arqueó la ceja. Era mejor que me fuera y no la siguiese liando más. Mis braguitas estaban a salvo. Salí escopetada de la habitación.

—¡Buenas noches!

Por supuesto, no recibí contestación.

Me metí en la cama y me abracé a la almohada. Al día siguiente, Oliver se desternillaría de la risa cuando se lo contase. Con ese último pensamiento, me quedé dormida. Así de fácil.

4

La Universidad

Después de lo que me parecieron siglos (aunque en realidad solo habían pasado tres horas), teníamos nuestras asignaturas y horarios en la mano. Ese día teníamos clase, pero habíamos decidido empezar al día siguiente. Las adaptaciones es mejor hacerlas poco a poco, irse acostumbrando pasito a pasito a las nuevas rutinas de la vida.

Salimos de Secretaría y decidimos dar una vuelta por el campus para familiarizarnos con él.

—Tenemos bastantes clases de Derecho que coinciden con algunas clases vuestras. ¿Cómo coño lo vais a hacer? —nos preguntó Adam, preocupado.

—Asistiendo a las clases importantes y faltando a las que son más sencillas —le contestó Oliver.

—Estáis pirados, estudiando dos carreras a la vez. —Adam le quitó a Oliver su horario del primer curso de Astrofísica—. Déjame ver qué asignaturas tienes. Física 1A: Fundamentos de la Física. Física 1B: El Universo. ¡Vaya coñazo! No quiero saber más.

Adam le devolvió su horario al propietario para, segundos después, quitarme el mío de las manos de malas maneras.

—A ver qué tenemos por aquí... Biología, moléculas, genes... ¡Joder, peor todavía! Como carrera, no sé, pero como método para dormir del tirón creo que has dado en el clavo, *Totó*. Estás a punto de descubrir un nuevo mundo —extendió los brazos como si estuviera presentando una obra de teatro—: el mundo del sueño profundo.

—Qué bobo eres.

—Ya me lo dirás.

—Lo mejor de todo es que estamos los tres en la misma zona del campus —comentó Oliver, ignorando los comentarios de su mejor amigo.

—Sí, al menos el primer año.

Nos encontrábamos en el campus central de la Universidad de Edimburgo, entre George Square y Potterow. Me gustaba. Edificios históricos se intercalaban con construcciones nuevas y le confería un aspecto... único. Paseamos por los alrededores, pero era tan inmensa que era imposible verlo todo.

Mientras caminábamos, observé mis horarios. Debía hacer una buena planificación si no quería que fuera un desastre. Primero, me centraría en las clases de Ciencias Médicas, para enterarme bien de a qué asignaturas podía faltar. Y luego empezaría a asistir a las clases de Derecho. Sería complicado, pero no tenía prisa. Ya vería cuántas asignaturas podía aprobar cada año.

—¿Te apetece dormir esta noche en mi casa?

La pregunta de Oliver me sacó de mis cavilaciones.

—¿Qué?

—Puedo llamar a mi madre y decirle que vas a quedarte a dormir porque tenemos que mirar unos temas de la universidad. —Me levantó las cejas repetidas veces y me miró de manera provocativa.

¿Pasar una noche entera con Oliver? Mi respuesta fue instantánea.

—Suená bien.

—Yo paso, tíos —añadió Adam, como si a él también lo hubiera invitado —, no quiero morir por sobredosis de azúcar. Después de dos días separados, a ver quién cojones os aguanta.

Le saqué la lengua por su comentario. Había vivido nuestra historia y nuestros encuentros desde el principio, pero no era para tanto. Oliver cogió el teléfono del bolsillo trasero de su pantalón y llamó a su madre. Adam y yo nos adelantamos unos pasos y seguimos comentando nuestros horarios. Poco después, Oliver nos alcanzó.

—Hecho. Esta noche duermes en mi casa.

—Genial, luego aviso a mi padre.

—En tu casa, que no en tu cama. Quizá debería decirle a mamá Aston que os vigile de cerca, no sabe lo que os traéis entre manos —bromeó Adam.

—¿Y qué es lo que nos traemos entre manos? —continuó Oliver con la broma.

—Ya lo sabéis, insaciables. No me hagáis decirlo en alto.

Nos acercamos los dos a Adam y empezamos a abrazarlo y hacerle mimos. Nos pusimos todo lo empalagosos que pudimos, sabiendo lo que le fastidiaba. Adam no solía mostrar ese tipo de sentimientos en público. Acabaría con su fachada de tipo duro.

—¡Venga, un abrazo de grupo! —grité en alto.

—¡Dejadme en paz, coño!

Lo soltamos entre risas y seguimos caminando. Al dar la vuelta a la esquina, divisé a lo lejos una figura conocida; reconocería los andares de mi hermano a kilómetros de distancia. Venía hablando con alguien, me fijé

mejor y... Oh, madre mía.

Era Will.

A cada paso que dábamos más nos acercábamos. Mi corazón empezó a bombear con fuerza por la impresión; hacía dos años que no sabía nada de él. No nos habíamos escrito, ni hablado ni nada. Nunca le había preguntado a mi hermano por él. Cero contacto. ¿Qué habría sido de él durante esos años? Deseé con todo mi corazón que le hubiera ido bien y que hubiera conseguido ser feliz, como yo. No pude evitar sentir una espinita clavada en mi corazón por no haber terminado bien las cosas con él, nuestros asuntos se quedaron... inacabados.

Inconscientemente, dirigí mi mirada hacia mi mano izquierda. Todavía llevaba su anillo. Nunca me lo llegué a quitar. Lo hice por respeto. Porque, aunque no lo quería como antes, le prometí que lo llevaría hasta que nuestras posibilidades de volver juntos fueran inexistentes. Y ese momento había llegado. No me recorrieron cientos de mariposas el estómago y ni me puse nerviosa con su presencia ni me entraron ganas de besarlo. No estaba enamorada de él. Aunque sí tenía un bonito recuerdo.

—¿Sarita? —me gritó cuando estábamos a cinco metros de distancia.

Lo saludé, con timidez, con la mano. Vino corriendo hacia mí, pero, cuando estábamos a menos de un metro, se detuvo. Se acercó despacio y me dio un beso en la mejilla. Olía muy bien, pero diferente a como lo recordaba. Debía de haber cambiado de colonia, o de jabón.

—Tu hermano me ha dicho que venías. ¿Qué tal estás?

—Muy bien.

—Sí —me miró maravillado—, ya te veo.

Él también se veía bien, no había cambiado demasiado; el pelo más largo, quizá. Me alegré de verlo. Después de todo lo que habíamos pasado, nos merecíamos al menos poder ser algo parecido a amigos. Y sentí que podíamos llegar a serlo. Aunque mi corazón pertenecía a Oliver, le guardaba un gran cariño.

Adam carraspeó detrás de mí. Por un momento, me había olvidado de que no estaba sola. Miré a Oliver, que permanecía impassible, mirándome con fijeza y sin mostrar ningún tipo de sentimiento. Intenté despedirme de Will con la mayor premura posible para que Olly no se sintiese incómodo, pero Adam me interrumpió e inició conversación.

—¡Von Kleist! ¿A nosotros no nos das un besito en la mejilla?

—Joder, Wallace. Haces que parezca que no ha pasado el tiempo.

—Sí, yo también te quiero —le contestó el aludido.

—¿Ya habéis arreglado todo el papeleo? —nos preguntó Daniel para cambiar el rumbo de la conversación.

—Sí, ya lo tenemos todo. Mañana empezamos con las clases.

—¿Qué vas a estudiar? —Will se dirigió a mí.

—Derecho y Ciencias Médicas.

Will frunció el ceño.

—Vaya. Te pega. Lo de Ciencias Médicas. El Derecho no lo acabo de ver.

—Lástima —nos interrumpió Adam. Oliver seguía sin mediar palabra—, pero no es asunto tuyo lo que vaya a estudiar.

—Relájate, Wallace. ¿Qué pasa? ¿Ahora eres su novio y no me he enterado?

—No, yo no, pero... —lo interrumpí antes de que siguiese hablando de lo que no debía. No porque Will escuchase que Oliver era mi novio, eso no me importaba. Lo que me preocupaba era que el propio Oliver lo escuchase y me lo negase en la cara.

—Nosotros nos vamos ya, tenemos un montón de cosas que hacer.

—¿Qué tenéis que hacer, si acabáis de llegar y no vais a ir a clase?

Después de tantos años conviviendo con mi hermano mellizo, había llegado a la conclusión de que la mitad de su tiempo disfrutaba complicándome la vida. Lo taladré con la mirada.

—Cosas, Daniel. ¿Y tú? ¿No tienes clase? —lo atacó.

—Mmm... A esta hora, no —me contestó dubitativo.

—Ayer no tenías clase a primera hora, hoy tampoco tienes *a esta hora*. ¡Vaya horario más flexible! Y luego dicen que la Arquitectura es dura. ¿Lo sabe papá?

—Mejor os vais, sí —contestó enfurruñado.

Nos despedimos y nos alejamos caminando. Cuando estábamos a varios metros de distancia, escuché un grito.

—¡Sarita!

Me giré y vi que era Will quien me llamaba.

—¡Podríamos quedar algún día para tomar un café! —gritó desde la distancia.

¿Un café? ¿Con Will? ¿Y de qué hablaríamos? Nunca habíamos tenido grandes conversaciones, no teníamos demasiadas cosas en común. No me había planteado que ese día podría encontrarme con él. De haberlo hecho... ¡me habría preparado algo! Pero así, sin previo aviso, no sabía qué decir.

Tampoco quería darle esperanzas, eso lo tenía claro. Aunque en algún momento tendría que quedar con él para devolverle el anillo. Más adelante. De momento, era mejor no contestar. Le sonreí, me despedí con la mano y me di la vuelta.

—¿Nos vamos? —sugerí a mis chicos.

—Sí, salgamos de aquí —contestó Oliver.

—Esperad —nos dijo Adam—. Voy a avisar a la pandilla de que nos vamos ya. Quizá les apetezca saltarse las clases y venir a tomar algo.

Esperamos a que acabasen las clases de nuestros amigos y dejamos todos juntos la universidad para ir a tomar algo a uno de nuestros pubs favoritos. Porque así funciona la universidad. Si quieres, vas a clase, y, si no... no vas. Luego, en los exámenes finales nos veríamos las caras. Oliver y yo siempre habíamos faltado a clases en el *Crowden School* para hacer otras cosas. Era nuestro privilegio. Pero poder hacerlo ahora, con todos nuestros amigos, era algo nuevo.

Sospeché que me iba a gustar. No por el hecho de faltar a clase, porque tenía claro que había ido a estudiar, quería aprender. Pero la libertad que se palpaba en el ambiente me gustaba.

Lo que pasó en Estados Unidos se quedó en Estados Unidos

Por la noche, fuimos todos a cenar a casa de los Aston. Oliver llamó a su madre para avisarla de que no íbamos solo nosotros; la pandilla al completo se había apuntado.

Y ahí estábamos, sentados en el comedor de Oliver, degustando una magnífica cena entre risas y recuerdos.

Laura había preparado una segunda fiesta de bienvenida aprovechando que estábamos todos. No entendía cómo era capaz de organizar tantísimas cosas con tan poco tiempo de antelación. Siempre la he admirado. Por una parte, me sentía culpable por ocultarle lo que ocurría entre su hijo y yo. Pero, por otra parte, ¿qué podía contarle si yo misma lo desconocía?

«Habla con Olly», me dijo mi vocecita interior. «No podéis permanecer así eternamente. Dile lo que sientes».

¿Qué debía hacer? ¿Hablar con él? ¿Arriesgarme? Quizá era mejor saber ya de una vez lo que pasaba entre nosotros porque, cuanto más tiempo pasase, más enamorada estaría de él, y más duro podía ser el golpe.

¿*Más enamorada*? ¿Acaso era eso posible? Finalicé mi charla interior y me reenganché a la conversación de mis amigos.

—Entonces, ¿qué me decís? ¿Reunimos a la banda?

Marco y Brian andaban locos por retomar el grupo de música que formaban los cuatro en el *Crowden*. En aquellos dos años, nuestros amigos habían dejado aparcado el tema de la música. Nosotros, en cambio, no habíamos parado de tocar. Nos habíamos subido a los escenarios en Estados Unidos y habíamos cantado y tocado los tres juntos.

—Por mí, sí —afirmó Adam—, me apetece tocar con todos vosotros.

—¿Oliver? —lo llamó Brian—. ¿Tú qué dices?

—Bien. Ya hablaremos.

Olly llevaba toda la tarde bastante espeso. Supuse, en un primer momento, que estaría haciendo sus cavilaciones con todas las asignaturas que teníamos ese año. Hasta que no lo tuviera todo bajo control, no se quedaría tranquilo. Lo conocía bien.

Al final de la cena, el grupo estaba de vuelta; al día siguiente, empezarían

con los ensayos. Nos despedimos de nuestros amigos y nos quedamos solos los Aston y yo.

Hablamos sobre la universidad y nuestras nuevas rutinas, pero todas nuestras conversaciones acababan derivando, sin remedio, en el viaje a Estados Unidos. Acabaría pasando cuando no fuera la novedad. La naturaleza curiosa de Nick, el hermano mayor de Oliver, nos hacía preguntas que pretendían ahondar demasiado en detalles que no queríamos desvelar.

—En algún momento me tendréis que hablar de ese viaje vuestro sin papá y mamá delante.

Yo sonreí con gesto de complicidad y Oliver no dijo nada. Tenía la mirada perdida. Su hermano se levantó del sofá y le chasqueó los dedos en la cara.

—¡Oliver!

—¿Qué coño quieres? —respondió el aludido de malas maneras.

—Que despiertes, enano, estás en la luna.

—Olvídame. Y no me llames enano; soy más alto que tú, capullo.

Nick se sentó a mi lado y chasqueó la lengua.

—Caray, me lo devolvéis todavía más irascible de lo que ya era.

—Me voy a la cama. —Oliver se despidió (si a eso se le podía considerar despedida) de nosotros y subió por las escaleras hacia su habitación.

Sí que estaba raro, pero entendía que Adam y yo también. Era por el cambio. Hasta que nos adaptásemos.

Los padres de Olly se fueron a la cama y yo me quedé hablando con Nick. Y, un rato después, nos fuimos los dos a dormir.

Me metí en mi habitación, porque, después de tantos años incluso tenía un cuarto propio en la casa de Oliver, y me acosté sobre la cama. Estiré la mano y pensé que era una cama demasiado grande para mí sola. En los últimos dos años no había dormido ni un día sola, ni uno. Y de vuelta en Edimburgo ya llevaba dos. Después de dudar durante más o menos cinco minutos, me di cuenta de que no tenía ningún sentido que yo estuviera ahí, y él estuviera solo en su cama. Ya éramos adultos, teníamos veinte años. Y sus padres nos habían visto dormir juntos toda la vida.

Salí de mi habitación y me sorprendió que Olly no hubiera venido antes a mi encuentro. Recorrí sigilosa el pasillo hasta que llegué a mi destino. Me paré enfrente de su cuarto y abrí despacio la puerta. Estaba en penumbra, pero se vislumbraba un bulto metido en la cama, se debía de haber quedado dormido. Me acerqué despacio, de puntillas, y me acosté con él. Estaba

tapado hasta las orejas, no importaba que estuviéramos a veinte grados de temperatura o a cincuenta, él siempre dormía con el edredón hasta arriba. Me aproximé y lo abracé por detrás. Mmm... ahora todo estaba en su sitio. Aspiré su olor y le acaricié el brazo; él dio un respingo y se apartó.

—Tranquilo, nene. Solo soy yo.

—No te esperaba.

—Bueno, tus padres están acostumbrados a que durmamos juntos, no se van a escandalizar. —La idea de hacer cosas indecentes con Oliver en la casa de sus padres se tornaba atractiva, muy atractiva. Acerqué mi boca a su oído y le susurré—. Aunque, esta vez, tendrás que ser sigiloso. Sé lo que te gusta gritar mi nombre, pero intenta contenerme. —Le di un beso detrás de la oreja y metí mi mano por debajo de su ropa interior.

—Sara, estate quieta —me apartó la mano de su piel.

—No se van a enterar, tontito.

Oliver se sentó en la cama y se apoyó en el cabecero. Yo lo imité.

—¿Qué te pasa? —No entendía nada, estaba muy raro.

—Nada, ¿puedes volver a tu cama, por favor? —me dijo exasperado.

«¿¿PERDONA??». La sangre me zumbó en los oídos. ¿Que me fuera a mi cama? ¿Pero qué...?

—¿Quieres que me vaya? —le pregunté, como si no lo hubiera escuchado bien la primera vez. Porque era imposible que lo hubiera escuchado bien.

—Sí, estoy cansado, no... no me apetece hacer nada.

Estaba muy serio, incluso parecía... ¿enfadado? ¿A qué venía aquello? ¿Qué había hecho? Me di cuenta de que el amor te hace tremendamente insegura.

—No tenemos que hacer nada, Oliver. Solo dormir.

Suspiró. Sí, uno de sus fuertes suspiros. Es curioso que en algunas ocasiones me parezcan adorables y en otras me den ganas de estrangularlo. Todavía no tengo claro cuál de las dos se me antojaba ese día.

—Tenemos que hablar.

«Oh, oh». Se levantó de la cama. Sólo llevaba encima el bóxer negro.

—Oliver, ¿qué pasa?

Se frotó los ojos con la mano y miró al techo. Miré yo en esa dirección a ver qué era lo que le parecía tan interesante, pero no había nada.

—¿Oliver?

—Sara —me percaté de que, desde que había entrado en la habitación, me había llamado por mi nombre; hacía mucho tiempo que no me llamaba por mi

nombre—, no... no podemos seguir haciendo esto.

No, por favor. Estaba teniendo un *dêjâvu*. Pero no, no podía significar lo que yo creía. O quizá sí. Quizá había llegado por fin ese momento que llevaba meses temiendo.

—¿Hacer, qué? —«Dilo», lo insté con la mirada.

—Hacer esto, Sara. —Nos señaló a ambos—. Acostarnos de vez en cuando. Mantener relaciones sexuales.

—¿Acostarnos *de vez en cuando*? —Me levanté de la cama y lo enfrenté—. Será una bromita, ¿no? Desde ya, te digo que no me está haciendo ni puñetera gracia.

—Sara.

—¡Ni Sara ni mierdas! Llevamos siete meses «manteniendo relaciones sexuales», como tú dices —hice comillas con mis dedos ante su manera de expresar lo que habíamos estado haciendo. Para mí, hacíamos el amor—, cada día. Cada puñetero día, Oliver. Así que, dime, por favor, ¿qué pasa?

—Pasa que hemos vuelto al mundo real.

Fue como si me arrancaran la piel a tiras. Así debía de sentirse. «Respira, Sara. No te olvides de respirar».

—¿Al mundo real? ¿Acaso estos dos últimos años no han sido reales?

—No, Sara, no lo han sido. Hemos estado viviendo en una burbuja, como dijo Adam, pero se ha roto, y tenemos que retomar nuestras vidas de siempre. Donde tú y yo somos mejores amigos, pero nada más.

¿Eso era lo que pensaba de nuestra relación? ¿Que no había sido real? Claro que ninguno de los dos dijo en ningún momento que fuera una relación, no hablamos de nuestros sentimientos, pero yo pensé... No importa lo que pensase. Durante los últimos meses había estado tentada de preguntarle: ¿qué somos? Y esa noche casi me había decidido a hacerlo. Si se lo hubiera preguntado antes, quizá ahora no estaría sufriendo. Para él, solo disfrutábamos físicamente el uno del otro. Eso había sido para él, un rollo. No me derrumbaría, no delante de él. Por lo menos, ya sabía la verdad.

—Tienes razón, esto es el mundo real. Lo siento, pensé que tendríamos unos días de adaptación. Culpa mía. —Todavía no entiendo cómo fui capaz de seguir hablando. Mi corazón se rompía en mil pedazos como si una bomba nuclear hubiera explotado desde dentro. Si no salía de esa habitación en ese momento... Me di la vuelta y salí corriendo.

Me puse unos pantalones y unas playeras que tenía en el armario de mi dormitorio. Siempre guardaba ropa de recambio en aquella casa. Bajé las

escaleras con sigilo para no despertar a nadie. Por suerte, había ido en mi coche. Salí escopetada de la propiedad de los Aston.

Aceleré y aceleré; cien kilómetros por hora, ciento treinta, ciento cincuenta, ciento ochenta, doscientos... No fui capaz de levantar el pie del acelerador. Dolía demasiado, jamás pensé que dolería tanto. Nunca antes había dolido tanto. Conduje sin rumbo, no sabía a dónde ir, no sabía a quién acudir. El terror se agolpaba dentro de mí. Me había dejado. Oliver me había dejado. Se me formó un nudo en el estómago que provocó una fuerte oleada de nauseas en mi garganta.

Media hora después, disminuí la velocidad, detuve el coche y me quedé sentada mirando al vacío. Cogí el móvil y marqué un número de teléfono que me sabía de memoria.

—¿Sí?

—Pear.

—¿Sara? ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—No —le confesé entre sollozos.

—¿Dónde estás?

—En el acantilado.

—*No te muevas, voy para allí.*

«Bien, ya viene Pear, todo va a estar bien, Sara. Solo espera un poco más. No te derrumbes ahora».

Para cuando llegó mi amiga, las lágrimas corrían sin control por mis mejillas. Me abrazó fuerte y empecé a hablar sin control. Le conté a Pear que acababa de discutir con Oliver como si ella fuera consciente de toda nuestra relación.

—Pero ¿de qué me estás hablando, Sara? ¿Estáis juntos? ¿Olly y tú? — me preguntó alucinada.

—¿Juntos? No lo sé, Pear. ¿Qué significa estar juntos? Hemos ido de la mano paseando por multitud de calles y playas, hemos visto las estrellas y dibujado las constelaciones con nuestros dedos, hemos hecho el amor cada día y nos hemos despertado el uno en los brazos del otro. —Paré para respirar—. Hemos ido al cine, al teatro, hemos cantado y tocado juntos...

—Sara —me abrazó fuertemente—, eso es una pareja.

—Él no lo ve así.

—Sara, cuéntamelo todo.

—No sé por dónde empezar.

—Empieza por el principio, suele ser un buen comienzo —me animó

Pear.

—Ni siquiera sé cuál es el principio.

—Entonces empecemos por el momento exacto en el que tú y yo nos separamos.

La miré con el ceño fruncido.

—Eso nos lleva al avión camino de Boston.

—Perfecto. Empieza por ahí. Y no te dejes los detalles. Quiero saberlo todo.

Dos años y tres meses antes

6

Estados Unidos: la llegada

Boston. Junio de 2010.

Nos subimos al gigantesco avión, nerviosos, impacientes, expectantes ante la apabullante incertidumbre de lo que nos depararía el futuro. Apenas hablamos entre nosotros durante el viaje, estábamos sumidos en nuestros pensamientos. Yo pensaba en Adam, me asustaba que recayera en la depresión, que dejara de expresarme sus temores, sus anhelos, sus emociones. El viaje a Estados Unidos era un soplo de aire fresco, pero, por otra parte, era algo tan nuevo, tan desconocido, que asustaba. Me asustaba por tener la certeza de que aquel *nuevo hábitat* no lo controlaba. Y porque estábamos solos. Ahora nuestra supervivencia dependía solo de nosotros.

Pensaba en Daniel. En que me hubiera gustado despedirme de él de otra manera. Avanzábamos un paso en nuestra relación y retrocedíamos tres. Sin embargo, confiaba en él. Confiaba tanto que sentía que había dejado a Pear en buenas manos.

Y pensaba en Will. En que me daba pena que lo nuestro no hubiera funcionado. Pero solo eso, pena. Ni dolor, ni arrepentimiento, ni ganas de arrancarme de la piel nuestra historia, como cuando sucedió lo de Tessa. ¿Fue amor adolescente? ¿Qué significa *amor adolescente*? ¿Una especie de amor intenso, pero sin... profundidad?

En fin, que mi viaje en avión dio para mucho.

Despegué mi rostro de la pequeña ventana del avión y miré a mi izquierda. Oliver tenía los ojos cerrados y la boca semiabierta. Me asomé unos centímetros más y divisé a Adam con los ojos igual de cerrados y con la boca abierta por completo. Quizá la única sumida en mis pensamientos era yo. Mis chicos solo dormían. Me embargó la ternura y sonreí, porque la verdad es que estaban de foto.

El viaje se me hizo peligrosamente corto. Un rato con mi iPod escuchando música, un poco de lectura, una película y habíamos llegado.

Cuando escuché que volábamos cerca de nuestro destino, desperté a los chicos. Enseguida, el piloto nos comunicó la hora y temperatura en Boston. Comencé a guardar todas mis pertenencias en la mochila.

—¿Sincronizamos relojes? —nos sugirió Oliver.

—Sincronizando —dijimos Adam y yo al unísono.

Me asomé a la ventana, y Boston apareció bajo mis pies. A cada segundo, nos acercábamos más, y la ciudad se hacía más grande. Cuando aterrizamos, nos quedamos sentados en los asientos mientras los responsables se ocupaban de abrir las puertas del avión.

—Ya estamos aquí, chicos —les dije, para compartir con ellos ese gran momento ante el que nos encontrábamos.

—Sí, no hay vuelta atrás. Hola, Boston. —Oliver, tras saludar a nuestro nuevo hogar, me miró con disimulo. Fueron solo unos segundos, pero suficientes para compartir nuestra preocupación por Adam, por la situación, por lo que nos esperaba fuera del avión. Por todo.

Nos bajamos del avión con una sonrisa de oreja a oreja. Era una sonrisa nerviosa, temblorosa, pero sonrisa al fin y al cabo. Éramos libres. Libres para vivir como quisiéramos, con nuestras normas. Y a nuestro ritmo.

Teníamos algo de dinero ahorrado para sobrevivir un par de meses, por lo que encontrar trabajo no era nuestra máxima prioridad. Recogimos las maletas de la cinta transportadora y salimos al exterior.

Cerré los ojos. Inspiré. Me llegó el aroma de Boston. Era un olor... diferente. ¿Es posible que los países huelan? Inspiré el aroma de nuevo. Definitivamente, olía distinto. También los colores eran diferentes. Boston era... rojizo. Escocia era verde.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—Yo iría al apartamento a dejar las maletas y, luego... sobre la marcha —sugirió Olly.

—Bien —aceptamos Adam y yo.

Cogimos un taxi y compartimos con el taxista la dirección del apartamento que habíamos reservado semanas atrás desde el *Crowden School*. Observaba por la ventana el camino que recorríamos. Era un paisaje tan diferente... Aunque ya lo había imaginado. Antes de nuestro viaje, había navegado por la web para conocer los sitios más emblemáticos de la ciudad y hacerme con el ambiente.

Cuando bajamos del taxi, nos quedamos, de pie, observando el edificio. No era la típica construcción señorial de Boston, pero no estaba mal, solo un poco ruinoso.

La casera del apartamento nos había comunicado un par de días antes que nos dejaba las llaves en el piso de enfrente. Llamamos al timbre y nos abrió

la puerta un chico de color, alto, muy alto y con *piercings* por todo el rostro. En la ceja, en la nariz, en el labio, en la barbilla. Todo ello, sumado con la actitud de su cuerpo, daba la impresión de ser alguien despreocupado, libre.

—¿Sois los nuevos vecinos? —nos preguntó, aburrido.

—Sí —contestamos los tres a la vez, asombrados por su acierto. Aunque quizá era solo que el hombre no recibía demasiadas visitas.

—No os sorprendáis tanto, vuestros blanquecinos y flacuchos cuerpos dicen a gritos que sois ingleses.

—Escoceses, en realidad —lo corrigió Oliver.

—¿No es lo mismo? —nos preguntó con desdén.

—Sí, ¿nos das las llaves? —le dije con rapidez, antes de que Adam iniciase una discusión sobre política y nacionalidades. Lo vi abrir la boca para replicar, pero, ante mi intervención, la cerró sin emitir sonido alguno.

—Esperadme aquí. —Se dio media vuelta dispuesto a marcharse, pero retrocedió sobre sus pasos y se colocó frente a nosotros señalándonos con el dedo—. No entréis en mi apartamento. Nunca.

Cuando desapareció por el pasillo de su morada, nos miramos los tres los unos a los otros.

—¿Y este pirado?

—¡Shhh! ¡Cállate, Adam! A ver si nos va a oír.

—Me importa dos cojones que me escuche. ¿*Ingleses*? ¿Le pregunto yo en su cara si es canadiense? ¿Es que acaso no sabe diferenciar dos putos países!?

Poco después, nuestro estrafalario vecino nos entregó nuestras llaves y nos cerró la puerta en las narices. Ya sabíamos a quién no debíamos molestar para pedir un poquito de sal en caso de necesidad.

Nos dimos la vuelta y entramos en nuestra nueva casa. Era pequeña, muy pequeña.

—Este es nuestro hogar, tíos. —Oliver entró en el mini apartamento y dio una vuelta completa sobre sí mismo señalando el espacio con los brazos extendidos.

Lo que vimos fue una habitación cuadrada con una minúscula cocina y un sofá decente, con una mesita auxiliar enfrente y una televisión del año de mi abuela. Las paredes amarillentas tenían algunos trozos con el papel caído a tiras y, al fondo a la derecha, se podía ver una pequeña habitación donde asomaba una cama y poco más.

—Es perfecto —anuncié con una gran sonrisa en la cara.

Las siguientes semanas se convirtieron en un torbellino de actividades donde nos familiarizamos con el ambiente, buscamos trabajo e hicimos turismo por una de las ciudades más antiguas de Estados Unidos. Recorrer la ciudad no nos llevó más de diez días, y encontrar trabajo, dos más.

Nos contrataron, a los tres, como dependientes para una tienda de ropa juvenil en Copley Place, un centro comercial en el centro de la ciudad. Se trata de una tienda de ropa mundialmente conocida donde contratan a jóvenes estudiantes por un bajo salario. En aquella ciudad, había mucho movimiento estudiantil, y habíamos llegado en la época en la que terminaban las clases en las universidades y se producían todas las contrataciones nuevas para el curso siguiente. Cuando nos facilitaron el calendario de trabajo, descubrimos que nuestros turnos no coincidían demasiado, pero establecimos una rutina.

Por las mañanas, nos levantábamos temprano para nuestra sesión de *footing* diaria. Cada día, recorríamos un sitio diferente de la ciudad y descubríamos lugares que, más tarde, en nuestros ratos libres, visitaríamos. Todos los días almorzábamos los tres juntos, era nuestro momento especial, y era imperturbable. Al menos hasta que alguien lo perturbaba.

La primera vez sucedió cuando llevábamos dos meses en la ciudad. Olly nos envió un mensaje para avisarnos de que no podía acudir a comer. ¿Que no podía? ¿Por qué? No nos dio ninguna explicación y tampoco se la pedimos.

—¿Cómo que no puede? —pregunté a Adam, por curiosidad—. ¿Qué tiene que hacer que no sepamos?

Una vocecita interior me dijo que Oliver tenía una vida y que no podía pretender que me avisase de todo lo que hacía. Lo entendí, por supuesto que lo entendí. Era solo que me resultaba extraño no saber dónde se encontraba las veinticuatro horas del día. En el *Crowden* siempre nos teníamos los tres localizados. Pero ya no estábamos allí, por lo que debía cambiar el chip. A pesar de ir allí juntos, éramos tres personas independientes.

—¡Y yo qué coño sé! Y tampoco me importa.

Por supuesto que no le importaba, porque, desde que habíamos llegado, nada le importaba. Estaba en fase de negociación, otra vez. O quizá nunca había salido de ella.

Antes de emigrar de Edimburgo, había notado una mejoría en su humor y

pensé que la primera fase de todas, la peor, la más dura, aquella fase en la cual se negaba a aceptar que su familia no estaba y se rebelaba contra el mundo, la habíamos superado. Incluso los primeros días, después de llegar a Boston, se le veía animado por el cambio, por estar los tres juntos y lejos de todo aquello, pero día tras día su humor fue decayendo.

Lo asemejé con un capítulo que había visto en una serie de médicos. Al parecer, antes de morir, algunos enfermos terminales sufren un subidón de energía, parecen recuperados, pero después, caen con más fuerza hasta morir. Y eso era lo que le había pasado a Adam. Tuvo un subidón por la ilusión de ir a Estados Unidos y cambiar de aires, por dejar todos los recuerdos dolorosos atrás. Pero, en cuanto se dio cuenta de que los problemas que dejó allí habían venido en el equipaje (fue exactamente lo que me advirtió Daniel), volvió a caer. Y mi miedo era que cayese más profundo de lo que estábamos, como los enfermos terminales.

¿Cuándo tocaríamos fondo?

La novedad había pasado, y los fantasmas volvían a acecharlo en la oscuridad. Por las noches, tenía pesadillas; lo escuchábamos e intentábamos apoyarlo y permanecer a su lado, pero estaba cerrado en banda. Rechazaba nuestra ayuda y huía despavorido a la calle para regresar horas después sin explicarnos ni qué había hecho ni dónde había estado ni con quién. Tenía claro que esa actitud en Oliver debía aceptarla, pero no en Adam. No hasta estar segura de que estaba centrado. Al menos, no volvía ebrio. No quería retroceder a aquella etapa. No quería retroceder el camino andado. No podía hacerlo. Sería horrible.

Por eso me había comprado varios libros. Cuando tenía tiempo libre, me sentaba en algún parque o en la Biblioteca Pública de Boston y leía. Leía sobre cómo ayudar a alguien que había perdido a un ser querido, o en nuestro caso, a demasiados seres queridos. Leía sobre las diferentes etapas de lo que se conoce como «duelo», ese proceso de adaptación emocional por el que pasa cualquier persona después de perder algo o a alguien. Acudía a la biblioteca, investigaba, preguntaba, volvía a leer. Haría lo que hiciera falta. Pero me sentía tan perdida... Yo no era psicóloga. ¿Y si nuestra ayuda no era suficiente? ¿Y si, por aferrarnos a la idea de que los tres juntos podíamos superar cualquier adversidad, lo estábamos perjudicando?

En ocasiones, nos creemos titanes contra el mundo, pero hasta ellos tuvieron su derrota frente a seres inferiores.

—Adam, ¿vas a dejar esa actitud pasiva agresiva en algún momento? —

Suspiré y me dejé caer derrotada en el respaldo de la silla. Quería discutir con él, que lo sacase de dentro, lo que fuera, pero que saliese. Me gustaba el Adam que gritaba, que sentía, que luchaba. No aquel Adam que pasaba de todo y de todos y no hacía otra cosa más que dar malas contestaciones. Tenía que provocarlo. El aludido me miró y me taladró con los ojos.

—¿Quieres decirme algo, Sara?

Hacía semanas que no me llamaba *Totó*. Algo que debería alegrarme, porque nunca me gustó ese apodo, pero no, me entristecía muchísimo. «Venga, Sara. Te lo está poniendo muy fácil. Dale donde más le duele para hacerlo reaccionar, para que se dé cuenta de que, si no es por las buenas, será por las malas».

—Podemos buscar a alguien que nos ayude. Hace tiempo que no hablas con...

—¿Con un puto loquero? —me gritó, enloquecido. Bien, íbamos por buen camino. «Cabréate, Adam. ¡Siente algo, joder!».

—Adam, podríamos contactar con un buen psicólogo que pueda aconsejarnos sobre cuál es el camino a seguir. —No me gastaba un farol del todo. Una ayuda externa no nos vendría mal.

Pero no era una opción, su mirada me lo dijo. Y no quería discutirlo conmigo. Había metido la pata hasta el fondo. No sabía cómo acertar con Adam, había momentos en que volvíamos a ser los de siempre, pero, en otros, se me escurría entre los dedos. Ya no sabía ni cómo hacerlo enfadar.

—Se me ha quitado el hambre.

Se levantó y se marchó. Me quedé sola.

«Bien. Lo estás haciendo *genial*, Sara». Pero no me rendí. «Voy a cabrearte, Adam, algún día. Te prometo que voy a hacer que sientas de nuevo».

Para cuando llegué por la noche a casa, me había olvidado de que Oliver no había venido a comer y de que todavía no había dado señales de vida. Todos mis pensamientos se centraban en Adam. En ayudarlo, en salir del puto pozo en el que llevábamos meses ahogándonos.

Al llegar al rellano de mi piso, vi que la puerta de mi *simpático* vecino estaba abierta y que tenían una buena fiesta montada dentro. La música se escuchaba desde el ascensor. Cuando metí la llave en la cerradura, alguien salió de la casa.

—Vaya, vaya. ¿Y esta preciosidad?

—Es la inglesa de la que te hablé.

Giré la cabeza para fulminarlos con la mirada y me metí en el apartamento.

La puerta de la habitación estaba cerrada, lo que significaba que Adam estaba dentro. No lo molesté. Debía planear bien mi estrategia.

Me apetecía cambiar de aires, Boston no estaba resultando. Empecé a sopesar una idea en mi cabeza. Encendí la tele y paseé por los canales, sin concentrarme en nada en concreto. Dejé uno al azar.

En ese momento, se abrió la puerta del apartamento.

—Hola, nena. ¿Qué tal el día? —Oliver hizo un escaneo rápido por el minúsculo apartamento—. ¿Estás sola?

—Si me preguntas por el «sin sangre», está encerrado en la habitación. Me parece que hoy dormimos en el sofá. Al menos, yo.

Oliver se quitó la sudadera, la tiró de cualquier manera encima de una silla y se sentó conmigo en el sofá. Demonios, con lo meticuloso que es con sus mapas estelares y sus papeles, desde luego el orden del apartamento le importaba un comino.

—¿Ha ocurrido algo? —me preguntó, arrugando la frente.

Antes de contestarle, me señaló con la cabeza la televisión, preguntándome en silencio qué veía. Me encogí de hombros y me quitó el mando de la mano para cambiar de canal.

—Lo que viene siendo la tónica de las últimas semanas. Pasotismo, pasotismo y más pasotismo.

—Tenemos que hacer que reaccione.

—He pensado que deberíamos mudarnos.

—¿Cambiar de ciudad? —Asentí con la cabeza—. ¿A dónde?

Oliver se acercó más a mí y me pasó el brazo por los hombros. Me acurruqué contra su pecho. Al menos, sabía que no estaba sola.

—He pensado en Nueva York. Es una ciudad que tiene de todo. Algo encontraremos que lo distraiga.

—Me gusta Nueva York.

—¿Tenemos dinero para los billetes de avión y para alojarnos en algún lugar durante un tiempo hasta que encontremos trabajo? —Me negaba a viajar tantas horas en coche con Adam y su nuevo humor. Oliver era el responsable de las finanzas. Miró hacia el techo e hizo un cálculo rápido.

—Si nos alimentamos de mantequilla de cacahuete y tofu durante las próximas semanas y utilizamos el fondo que nos queda para emergencias, sí.

Lo pensé un instante y me eché a reír a carcajadas. Era reír o llorar. Y

debía ser positiva. La libertad podía llegar a ser una verdadera mierda.

—Lo superaremos. Y, cuando tengamos cuarenta años, nos reiremos de todo esto. —Inclinó la cabeza para acercar sus ojos a los míos y nos miramos—. No podemos rendirnos.

—Cuéntame algo gracioso —le sugerí, recostándome en su hombro.

—¿Gracioso? Déjame pensar. —Volvió a mirar hacia el techo durante unos segundos—. Ya lo tengo. Un par de físicos teóricos discuten el presupuesto para un acelerador de partículas. Uno le dice al otro: «Joder, qué caro sale todo. ¿Por qué no podemos hacer como los matemáticos, que solo necesitan papel, lápiz y una papelería?». «O como los filósofos», le contesta el otro, «que solo necesitan papel y lápiz».

Levanté la cabeza, lo miré y estallé en carcajadas.

—¿Descartamos Filosofía como futura carrera universitaria?

—Sí, descartamos Filosofía. Venga, te cuento otro chiste, que me he venido arriba.

¡Cómo no! Oliver y sus fricadas. Cuando se pone a hablar de ciencia, sea en el ámbito que sea, no hay quien lo pare. Puede pasarse horas, incluso días, hablando de ello. Y a mí me encanta escucharlo, no voy a negarlo. Adoro verlo en su hábitat.

—En cierta ocasión, le preguntaron a un vendedor cómo podía vender tan baratos sus sándwiches de conejo. A lo que respondió: «Bueno, tengo que admitir que hay un poco de carne de caballo. Pero la mezcla es solo cincuenta-cincuenta, uso el mismo número de conejos que de caballos».

Me volví a reír sin parar.

—¿Descartamos Estadística? —le pregunté.

—Descartada.

—Admítelo, Olly, estás deseando poder ir a la universidad para meterte con los estudiantes de Filosofía, Estadística y Química.

—De hecho, puede que me haya colado ya en algunas clases de la Universidad de Boston.

—No quiero saberlo.

—Pues allá va otro. Va un átomo caminando por la calle con claros síntomas de estar preocupado, cuando otro átomo conocido lo ve y le pregunta: «¿Qué te sucede? ¿Por qué esa cara de preocupación?». A lo que responde: «Es que perdí un electrón». «Bueno, no le des importancia, hay que ser positivo».

Me lloraban los ojos de la risa. ¡Ese sí que era bueno!

—La Física tiene posibilidades —le dije, limpiándome las lágrimas de los ojos.

—Sí que las tiene. Venga te toca.

—¿Yo? Mmm... ¿Qué le dice un superconductor a otro? «Joder, qué frío, no resisto más».

Los dos nos reímos sin parar. Porque, en ese momento, estábamos en nuestra pequeña burbuja que nos protegía de todo.

—Definitivamente, Física.

—Nena, tienes que colarte conmigo en algunas de esas clases. Te van a encantar.

Seguimos hablando de chistes absurdos sobre ciencia hasta que nos empezó a doler la tripa de tanto reírnos. Y era consciente de que a la mayoría de la gente esas cosas no les hacían tanta gracia, pero era nuestro mundo. Y ambos lo necesitábamos.

—¿Estará Adam dormido? —me preguntó Oliver mientras engullíamos un paquete de patatas fritas en el sofá un rato después.

—No lo sé. Supongo que sí.

—¿Qué te parece si entramos en la habitación, lo despertamos y le contamos chistes sobre ciencia sin parar?

—Creo que va a enrabiarse. No nos soporta cuando nos ponemos en plan friki.

—¡Genial! ¡Empiezas tú! Cuéntale el del superconductor. Nos va a odiar.

—Perfecto, al menos es una reacción.

Estados Unidos: el primer año

Después de Boston, pasamos cuatro meses en Nueva York. No era nuestra intención quedarnos allí tanto tiempo, porque los alquileres en Manhattan no son precisamente baratos, pero un hecho excepcional hizo que pudiéramos permitirnos disfrutar de la ciudad más cosmopolita del mundo con cantidades ingentes de dinero en el bolsillo.

Al poco de llegar, mientras recorríamos las calles neoyorkinas en una de nuestras sesiones matutinas de *footing*, vi algo en la acera de enfrente que me llamó la atención. Me coloqué la mano en la frente a modo de visera, para evitar el reflejo de la luz del sol, y enfoqué la mirada en el escaparate. Se trataba de una tienda de instrumentos musicales.

De pronto, apareció un hilo invisible que me impulsó a caminar hacia ese lugar sin que yo pudiera evitarlo. Me quedé parada en medio del pavimento unos segundos, lo que hizo que mis amigos cesaran su carrera y mirasen hacia atrás para ver por qué me había detenido.

—¿Totó?

Sin decirles nada, crucé al trote hacia la tienda. Mis amigos me siguieron sin hacer preguntas. Observé el interior unos segundos a través de la puerta de cristal y, acto seguido, accedimos a ella. La tienda por dentro era grande y alargada, formando un perfecto rectángulo. Los instrumentos aparecían por doquier y, al fondo, había un gran mostrador, donde un dependiente atendía a unos señores. Las paredes estaban llenas de partituras enmarcadas y retratos de compositores. Resultaba... acogedora.

No pude evitar acordarme de mi piano. Habíamos vuelto a ser amigos. No estaba al mismo nivel de antes de mi accidente, pero me conformaba. Desde que habíamos dejado Edimburgo meses atrás no había vuelto a tocar.

La tienda estaba bastante concurrida y el mismo hilo invisible que me había llevado hasta allí me arrastró sin remedio hacia uno de los pianos que descansaba solitario en una de las esquinas del fondo de la tienda.

Sin más tiempo para pensar, mis dedos se deslizaron por cada una de las teclas interpretando *Bad Romance*, de Lady Gaga. Era justo la canción que escuchaba en el iPod mientras corríamos minutos atrás. Oliver se sentó junto a mí y formó acordes acertados con su mano izquierda, de modo que acabamos tocando la pieza a cuatro manos.

Sin previo aviso, aceleré mis movimientos y toqué a toda velocidad. Olly me siguió sin problema, era algo que hacíamos habitualmente, nos sentábamos e improvisábamos juntos. En otro momento de la pieza, me calmé y disminuimos la velocidad a propósito. Durante el resto de la actuación, jugamos a acelerar y decelerar para ver si éramos capaces de seguirnos el *tempo* el uno al otro.

Cuando dimos por finalizada la interpretación, escuchamos aplausos. Al parecer, mientras tocábamos, habían entrado varios viandantes a la tienda movidos por el sonido de la música. Estábamos tan concentrados en el piano que no nos habíamos percatado.

Dimos las gracias por los aplausos y las palabras de admiración y, cuando nos disponíamos a abandonar la tienda, alguien nos retuvo.

—Eso —me dijo mi interlocutor señalando el piano con la cabeza— ha sido impresionante. ¿Quieres trabajar para mí?

—¿Perdona?

«¿Que si quiero qué?». Me fijé bien en él. Era un hombre alto, bien entrado en la cuarentena. Iba trajeado y con el cabello cano engominado, llevaba un maletín en la mano izquierda y un café para llevar en la derecha.

—Quiero que des clases de piano a mi hijo, estoy dispuesto a pagarte hasta cuatrocientos dólares la hora.

Adam escupió todo el líquido de la botella de agua que bebía encima de mi hombro. Lo miré con indignación e intenté limpiarme la sudadera.

—Aceptamos. —Oliver tendió la mano al hombre trajeado para sellar el trato.

Y, así, comencé a dar clases de piano a un niño pijo de la Quinta Avenida de once años de edad y con pocas dotes para la música.

Consecuencia: su padre quería que practicásemos todos los días laborales durante un par de horas al día.

Siguiente consecuencia: cuatro mil dólares semanales para nuestro bolsillo. Adoraba Nueva York.

Sin embargo, la felicidad no duró demasiado. No sé quién fue la primera persona en afirmar que el dinero no da la felicidad; sé que Oscar Wilde lo dijo, pero ignoro si fue el primero en hacerlo. Desde luego, fuera quien fuera, lo bordó.

Poco después de empezar con las clases de piano, una mañana volví temprano al apartamento que habíamos alquilado en el barrio de Harlem. Mi paseo en solitario se había visto truncado por un terrible dolor de cabeza.

Abrí la puerta de acero y me llegó un sonido desde el fondo de la vivienda. Qué extraño. Adam estaba trabajando y Oliver había ido a la Universidad de Nueva York a colarse en algunas clases, como de costumbre. Parecía la televisión del dormitorio. ¿Nos la habíamos dejado encendida?

Crucé el pequeño y luminoso salón de estilo *vintage* y me aproximé hacia la habitación por el estrecho pasillo. La puerta estaba entornada. La abrí del todo y oteé el interior. Nuestra habitación en esa ciudad contaba con dos camas enormes y una minúscula mesita en el medio. Y tirado en una de las camas, con las sábanas desordenadas y medio arrastradas por el suelo, descubrí a Adam viendo un concurso matutino de televisión.

—¿Qué haces aquí? ¿No tienes turno en la cafetería? —Antes de mi contratación como profesora de piano, Adam había encontrado trabajo en una gran franquicia de cafés.

—Lo he dejado —me dijo, sin mirarme.

—¿Cómo dices?

—No tiene ningún sentido que siga trabajando más de ocho horas diarias por una mierda de salario cuando tú te estás hinchando los bolsillos con el finolis del piano. No nos hace falta.

Ah, no, eso sí que no. No me importaba que no necesitásemos el dinero, Adam debía trabajar. No podía estar veinticuatro horas al día en casa sin nada más que hacer que regodearse en su desgracia. Tenía que estar entretenido con algo, no quería que tuviera todo el santo día para pensar.

—Ni lo pienses, Adam. Habla con el encargado y vuelve al trabajo —le ordené.

—¿Qué dices? —Bajó el volumen de la televisión y se levantó de la cama para enfrentarse a mí—. Ni de coña. Además, Oliver tampoco trabaja.

—Adam, no es una sugerencia. Vuelve al trabajo. —Me crucé de brazos y lo enfrenté sin miedo.

—¿Por qué? —Levantó los brazos en señal de frustración—. ¿Por qué coño quieres que vuelva al puto trabajo si no lo necesitamos?

—Porque no quiero que estés todo el puñetero día en casa sin hacer nada.

—Haré lo que me dé la jodida gana, tú no eres mi madre.

Los dos nos tensamos ante la mención de su madre. Son esas típicas frases que te salen sin pensar. *Me cago en tu madre, júramelo por tu madre...* Y podría nombrar un montón de ejemplos más. El problema es que, cuando decimos esas frases hechas, no nos damos cuenta de que hay personas que no tienen madre. En aquella ocasión, lo había dicho él, sin darse cuenta. Intenté

salir de aquello de la mejor manera posible.

—Porque no lo soy, no te voy a consentir este comportamiento de niño irresponsable. Y ni pienses por un momento que te voy a mantener, porque desde ahora te aviso de que te corto el grifo. —Genial, unos pocos meses allí y ya hablaba como mi padre.

—Bien, no necesito tu puto dinero —me contestó con desdén. Se tumbó en la cama, apoyando la espalda en el respaldo y subió el volumen de la televisión.

—Perfecto. Recuérдалo la próxima vez que tengas que viajar en metro o que entres en un supermercado a comprar una bebida cuando tengas sed.

Adam se levantó, por segunda vez, de la cama y lanzó al suelo, con muy mala leche, el mando de la tele.

—¿Qué coño quieres de mí, Sara?

—¡QUIERO QUE LLORES! —exploté. Me acerqué a él y nos quedamos a escasos centímetros. Suspiré para tranquilizarlo. No quería perder los nervios. Los gritos no llevan a ninguna parte—. Aún no te he visto llorar, Adam —le dije, más calmada.

—Que llore. ¿Quieres que llore? —me preguntó Adam, incrédulo, poniendo los brazos en jarras.

—Sí, quiero que llores por tu familia. No lo haces desde el día del funeral. Tienes que sacarlo de dentro, Adam. Debes asumir lo que sucedió.

Adam se tensó de nuevo. Siempre lo hacía cuando se mencionaba la muerte de su familia. Se sentó y se frotó la cabeza con las manos.

—No me sale, Sara. No me sale, joder.

—Ya lo sé. —Me senté a su lado y le hice suaves caricias en la espalda—. No te sale porque no lo has asimilado. No te has hecho a la idea. Ya no están, Adam. Y no van a volver. —Me rompía por dentro hablarle de esa manera tan cruel, pero debía hacerlo reaccionar—. Pero no estás solo, Oliver y yo no vamos a dejarte nunca.

Adam bufó.

—Por favor, Adam —le rogué.

—No puedo seguir con esto. —Se levantó de la cama, por tercera vez, se puso las playeras y salió escopetado de la habitación. Segundos después, abandonó el apartamento dando un portazo.

Yo permanecí sentada en la cama. Me tiré hacia atrás hasta apoyar la espalda en el colchón y me quedé pensando en si no estaba dando palos de ciego.

Adam volvió a trabajar a regañadientes y se tiró una semana entera sin hablarme. Yo tampoco le insistí demasiado porque, cuando se ponía así, era mejor esperar a que pasase la tormenta. Eso sí, cuando nos sentábamos juntos en el sofá o cuando dormíamos, yo me acercaba mucho a él y buscaba el contacto para que supiera que, aunque no me hablase, estaba ahí. Al principio se apartaba, pero poco a poco dejó de rechazarme.

Un sábado, semanas después de la discusión, nos encontrábamos ya casi a finales de diciembre. Eran fechas difíciles, en breve comenzarían las festividades navideñas. Eran fiestas muy familiares, demasiado familiares. Y eran nuestras primeras fiestas los tres solos.

Adam tenía turno de mañana en la cafetería, por lo que estábamos solos Olly y yo en el apartamento.

—Ha dejado de nevar. ¿Te apetece ir a Central Park a jugar al béisbol? — me preguntó mi amigo desde la cocina.

Me acerqué en su busca, y nos encontramos a medio camino. Lo miré arrugando la frente por el desconcierto.

—¿Al parque? ¿A jugar al béisbol?

Oliver asintió entusiasmado con la cabeza mientras se dirigía a la ventana del salón dándole pequeños sorbitos al refresco que había cogido de la nevera.

—Me he estado fijando y lo hacen todos los neoyorquinos. Es el deporte nacional. Siempre que veo alguna película o serie, o leo un libro ambientado en Nueva York, los protagonistas juegan al béisbol. No podemos vivir en esta ciudad y no jugar al béisbol.

—No sé jugar al béisbol. Jamás he cogido un bate. —Me acerqué a la ventana, junto a él, y apoyé la frente en el cristal. Era verdad, había dejado de nevar.

—Yo te enseño, nena. —Distinguí, desde el cristal, su sonrisa de suficiencia.

—Olly, tú tampoco has jugado en tu vida. —Aparté la cabeza del cristal y me apoyé de medio lado.

—Me he leído las reglas por internet, listilla. Venga, vamos. —Me cogió de la mano y nos acercamos a la salida. Nos abrigamos con mucha ropa y abrimos la puerta de la calle—. Podemos comprar el bate y el resto de cosas

de camino.

«¿*El resto de cosas?* ¿Cuántas cosas hacen falta para jugar al béisbol?».

Cogimos el metro y, en menos de veinte minutos, nos plantamos en Manhattan. Por el camino, Olly me explicó las reglas del béisbol. Así, con una simple pincelada, me pareció un juego divertido, interesante. Compramos un bate, una pelota y un guante.

Llegamos andando a Central Park y buscamos un sitio para jugar. A pesar del frío, se veía bastante gente paseando tranquilamente. Encontramos un espacio amplio y Oliver dibujó las bases con montículos de tierra del propio parque. Aunque había estado nevando hasta hacía poco, el cielo se había despejado y se filtraban los rayos del sol.

—Recuerda lo más importante: una carrera se obtiene cuando el corredor logra pisar la primera, segunda y tercera base —Oliver señalaba las bases que había improvisado en la tierra según me lo explicaba—, llegando por último al *home* o cuarta base.

—Entendido. Pásame el bate que empiezo yo —dije, animada.

—Tienes que recorrer las bases en orden y sin ser eliminada.

—Que sí, que sí. —Me coloqué en mi sitio, pero me entró una duda—. Y, si no le doy a la primera a la pelota con el bate, ¿qué pasa? ¿Cuántas posibilidades tengo?

—Tres —me confirmó, dándose la vuelta para dirigirse a su posición.

—¿Diez, has dicho? —intenté camelarlo. Tres posibilidades me resultaban muy escasas—. ¡Genial, vamos a por ello!

Oliver se dio la vuelta y me señaló con la mano que sujetaba la bola.

—He dicho...

—¿Doce? —No permití que terminara la frase.

Se lo pensó unos segundos y acabó cediendo.

—Cuatro. —Se dio la vuelta.

—¿Ocho?

—¿Seis? —me tanteó, sin volverse.

—Hecho.

Me coloqué en el sitio que me indicó Olly y me ajusté bien la chaqueta y los guantes. Hacía un frío que pelaba. Cogí el bate con fuerza y practiqué lanzando golpes suaves contra el aire. Cuando había calentado lo suficiente, indiqué a mi contrincante, que permanecía en su posición dando pequeños saltitos para entrar en calor, que estaba preparada.

Me lanzó la bola y bateé con fuerza, pero no sirvió de nada porque no

conseguí dar a la pelota. Vaya, parecía más fácil de lo que en realidad era.

Primer intento de golpear la bola: fallido.

—¡*Strike!* —me gritó Oliver desde su posición.

«Ya sé, ya sé, friki listillo». Me coloqué de nuevo y me ajusté la ropa. Con tanto abrigo no tenía libertad de movimientos.

—¡Olly!

—¡¿Qué?! —me devolvió el grito desde su posición.

—¡Me molesta la ropa!

—¡Quítatela!

Sí, claro. Tío listo.

—¡Hace frío!

—¡Si por algún casual consigues darle a la bola, la carrera te hará entrar en calor!

—¡Capullo!

—¡Venga, va! —Comenzaba a perder la paciencia. La pierde con demasiada facilidad, ahora que lo pienso. Pero sin acritud, eh.

—¡Espera que me coloco en posición!

Volvió a lanzarme la bola... y *strike* otra vez. No conseguía dar con el puñetero bate a la puñetera pelotita. «Me cago en la leche». Se había convertido en algo personal.

—¿Seguro que esta es la pelota reglamentaria? —le pregunté, dudosa.

—¡Sí!, nueve pulgadas. ¿Por qué lo preguntas?

—La veo demasiado pequeña.

—Tiene el tamaño justo. ¡Colócate ya o te descalifico por pesada!

«Ya, *tamaño justo*. Lo que tú digas».

Cuatro intentos más y continuaba sin dar a la bola.

—¡Último intento, ojitos azules! —me informó, socarrón. Su buen humor era directamente proporcional a mi cabreo y frustración.

Cómo lo disfrutaba el muy... friki listillo y... capullo.

Lanzó la bola por última vez y... ¡Sí! La golpeé con fuerza y salió disparada hacia el cielo. Increíble. Fue la suerte del principiante, fijo.

Comencé a correr por las bases a la vez que miraba hacia Oliver, que había salido disparado en busca de la bola. Cuando pisé la tercera base, mi amigo ya venía hacia mí, corriendo a toda velocidad con la pelota en la mano. Me arriesgué e intenté hacer una carrera completa. Miré hacia atrás y descubrí a Olly a pocos pasos de mí. ¡Mierda! Me iba a alcanzar. Intenté correr más rápido, pero tanta ropa que llevaba puesta y el suelo mojado me

frenaban.

Antes de llegar a mi objetivo, Oliver me alcanzó, me cogió por la cintura y nos precipitamos los dos hacia el suelo. A pesar de tener a Oliver encima de mí, me arrastré por el suelo en un intento desesperado por alcanzar la meta con la mano. Forcejamos y me arrastré unos centímetros más, pero, entre el peso que tenía encima y la risa, no conseguía avanzar lo suficiente.

—Deja de serpentear cual culebrilla de mar, estás descalificada —me informó Olly entre risas. Me sujetó de la pierna derecha y me deslizó hacia atrás separándome de mi ansiada cuarta base.

—¡No me voy a rendir! —le grité, forcejeando con la pierna para que me soltase.

—¿Rendirte? —Oliver me deslizó por el suelo y consiguió ponerme boca arriba. Se sentó encima de mis piernas y cruzó los brazos sobre su abdomen —. Nena, estás descalificada. DES.CA.LI.FI.CA.DA. Te lo puedo decir más alto, pero no más claro.

Como que me llamaba Sara Summers que conseguiría hacer una carrera completa. Y, además, Oliver no se podía imaginar la reacción que provocaba en mi cuerpo con su solo contacto. Era mejor que corriese el aire.

—Está bien. Quítate de encima, que no puedo respirar.

En cuanto sentí el peso de Oliver fuera de mi cuerpo, me puse de rodillas y repté lo más rápido que pude hacia mi victoria.

—¡Quieta, culebrilla!

Justo cuando toqué la base, Oliver me arrastró por el suelo apartándome de ella. Pero tarde, ¡la había tocado! Me puse de pie y comencé a correr dando vueltas por nuestro improvisado campo de béisbol.

—¡*HOME RUN!* ¡*HOME RUN!*

—Sara, no ha sido *home run*. ¡Estabas descalificada!

Oliver vino hacia mí y me asió los brazos para que dejase de saltar.

—¿Quién es la mejor? ¿Quién te ha hecho un *home run*, friki listillo?

—No me has hecho ningún *home run* porque... ¿Qué me has llamado?

—¡*FRIKI LISTILLO HOMERUNEADO POR SARA SUMMERS!*

Me desembaracé de sus brazos y salí corriendo en dirección contraria.

—Te vas a comer esas palabras, culebrilla.

Oliver me persiguió por medio Central Park. Corrí por la hierba, crucé un minúsculo puente. Me alcanzó, lo esquivé, me cogió en volandas, intenté soltarme, nos caímos, nos levantamos, corrimos más.

Unas cuantas jugadas más, una nueva nevada, y ambos llegamos a nuestro

apartamento, empapados y rendidos por el cansancio. Necesitábamos de manera urgente una ducha caliente. Estábamos tiritando.

—Venga, tramposilla, métete en la ducha para entrar en calor —me dijo, a la vez que le castañeaban los dientes.

Estábamos los dos demasiado mojados.

—Métete conmigo.

Oliver agrandó los ojos. Y yo prometo que solo se lo propuse para que entrase en calor, no había ninguna intención más allá de eso. Que estaba irresistible con esa pinta de deportista sudado y despeinado, sí. Que me entraban ganas de comérmelo a trocitos, también. Pero, ante todo, no permitiría que pasase frío cuando podíamos ducharnos los dos juntos. Como él no dijo nada, porque al parecer lo había dejado sin palabras, intenté convencerlo.

—¡Oh, por favor! ¡Ya nos hemos visto desnudos! Y es un caso urgente de salud. Estás más azul que la sudadera que llevas puesta. Y, si te sientes incómodo, nos podemos meter con la ropa interior puesta.

Oliver lo pensó durante unos segundos y la necesidad de entrar en calor primó ante todo.

—Está bien.

Entramos en el baño y nos quitamos la ropa a toda prisa. Oliver acabó antes y enseguida se metió en la ducha con el bóxer puesto. «Bien, Sara, menos mal que él ha acabado antes, porque, si no, te quedabas aquí en cueros sin ponerte ni un poquito roja».

Me quité todo menos la ropa interior y me metí con él bajo el agua caliente.

Estaba ardiendo. Mi cuerpo lo agradeció y, poco a poco, fui entrando en calor. Temblé un par de veces por el recordatorio del frío aún en mi cuerpo, hasta que los músculos y las articulaciones se empezaron a relajar. Las mamparas de la ducha se llenaron de vaho por la condensación del agua caliente.

—¡Qué gusto! Estaba congelada.

Oliver me abrazó y me metió de lleno bajo el chorro de agua caliente. Aunque en las películas y en los libros te venden que las duchas para dos son estimulantes, la verdad es que son incómodas de narices. No entrábamos los dos bien, y el agua me caía de refilón. Quizá para un interludio sexual donde lo que menos te importa es ducharte, pues está bien, pero, desde luego, para ducharse, es incómodo. Tal vez si mientras entrábamos en calor tuviéramos

ese interludio sexual... La verdad es que, así abrazaditos, no se estaba nada mal. «¡Detente, Sara, que te vas por las ramas!».

—Ven aquí, tienes nieve hasta en las pestañas.

Aproveché para lavarme el pelo y, cuando me aclaraba con el agua, escuchamos un grito.

—¡Chicos! ¿Estáis en casa? —Adam había llegado de trabajar.

—¡En la ducha! —le grité, para que supiese que sí estábamos en casa.

—¿Sara? —repitió Adam.

—¡Sí! ¡Nos estamos duchando!

—¿Y Olly dónde está?

¿Pero con quién se creía que me duchaba cuando le había explicado «nos estamos duchando»?

—¡En la ducha! —gritó el aludido.

La puerta del baño se abrió de golpe.

—¿Estáis los dos ahí dentro? Joder, no veo nada.

—Sí —contestamos al unísono.

—¿Solos?

—¿Cómo que solos? ¿Qué crees que estamos haciendo aquí, Adam? —le pregunté, ofendida. ¿Se pensaba que teníamos una orgía montada en la ducha?

—Yo qué coño sé. Os dejo que sigáis haciendo lo que quiera que estéis haciendo ahí dentro.

Más tarde, estábamos los tres calentitos cenando comida japonesa sentados en nuestro sofá gigante con cheslón incluido. Me había puesto mi pijama de franela azul de nubes. Una vez me metía en la cama, me tenía que quitar los pantalones por el exceso de calor, pero, en ese momento, me encontraba a gusto.

—¿Qué es eso? —nos preguntó Adam, señalando con la mano el bate que habíamos dejado apoyado en la pared del pasillo.

—Un bate de béisbol —le aclaró Olly, sin apartar la mirada de la televisión.

—¿Han entrado a robar? —nos preguntó, receloso.

—No, hemos ido a Central Park a jugar.

Nos miró como si estuviéramos locos.

—¿Al béisbol? ¿Por qué? ¿Y con este día de nieve?

—Ajá. Al béisbol. Porque a Oliver un sábado encerrado en casa le puede. Y que sepas que le he hecho un *home run*.

—No me has hecho un *home run* —replicó Oliver con cansancio.

—¿Quieres venir mañana con nosotros? —pregunté, esperanzada. «Por favor, Adam, dime que sí, dime que sí. Será divertido. Necesitas divertirte».

—No puedo, algunos tenemos que trabajar —me contestó con retintín.

—Vente cuando acabes tu turno —sugirió Oliver.

—Ya veré.

No sé si por suerte o por desgracia, Adam decidió acompañarnos al día siguiente a nuestra segunda sesión de béisbol. ¿Y por qué digo «por suerte o por desgracia»? Porque no acabó de la manera en que esperábamos que acabara, pero sí se convirtió en el momento que yo llevaba esperando muchísimo tiempo.

El partido iba bien. Oliver le explicó las reglas a Adam con detalle, pero como si no lo hubiera hecho, porque nos las saltamos infinidad de veces. Era más divertido. Jugamos en el mismo lugar que el día anterior, ya que todavía quedaban algunas marcas de nuestro juego. Lo pasamos bien, incluso Adam sonrió ocasionalmente. El problema vino después.

Estábamos sentados en un banco cercano a nuestro campo de béisbol improvisado descansando y comiendo los bocatas que yo había preparado en casa, cuando Central Park comenzó a llenarse de gente. De familias enteras. Era el día previo a Nochebuena. Las familias se sucedían las unas a las otras. Los niños correteaban felices al lado de sus padres. Escuchábamos las conversaciones de los viandantes que paseaban felices y hacían planes para la cena del día siguiente.

Adam se quedó quieto. Tenso. Dejó de comer. Tenía la mirada perdida. Cuando lo miré, tenía los ojos anegados en lágrimas. Arrastré mi mano por el banco y agarré con fuerza la suya. Oliver también se había dado cuenta de la parálisis de Adam. Nos quedamos los tres quietos. Hasta que Adam se levantó del banco como un resorte y empezó a dar vueltas en círculo mirando al cielo. Su respiración se volvió irregular.

—Adam. —Oliver y yo nos levantamos con él.

Se dejó caer en uno de los muchos árboles que nos rodeaban. Se inclinó hacia delante y apoyó las manos sobre las rodillas dobladas, en un intento de recuperar el aliento. Era como si tuviera ganas de vomitar. Probablemente las tenía. Se incorporó y comenzó a darle puñetazos al árbol. Después pasó a las patadas y, cuando hubo descargado toda la rabia, acabó dándose golpes suaves con la cabeza.

—¡Joder! ¡JODER! ¿POR QUÉ A ELLOS? ¿POR QUÉ?

—Adam...

—DIME, ¿POR QUÉ?

—No lo sé, Adam —me sinceré, aguantándome las ganas de llorar.

—Ya no van a volver —nos confesó con el rostro lleno de lágrimas.

—No, Adam. —Oliver se acercó y le puso un brazo en el hombro en señal de apoyo. Se acercó más a él hasta que terminaron fundiéndose en un hermoso abrazo lleno de sentimientos. De anhelo, tristeza, pérdida, apoyo, amor.

Me aproximé a ellos y me uní al apretón. No sé cuánto tiempo permanecimos abrazados, pero, cuando los copos de nieve nos traspasaron los abrigos, pensé que era hora de regresar a casa.

Durante el resto de la noche y parte del día siguiente, un sentimiento arrollador de tristeza envolvió a nuestro amigo, que lo expresó con llanto frecuente. Lo abrazamos y dejamos que se soltase. Lo necesitaba. Era como si hubiera perdido a su familia por segunda vez. Por fin habíamos tocado fondo. Ya solo quedaba mejorar. O, al menos, eso esperaba.

Esa Nochebuena no sabía qué hacer. No me apetecía cocinar y sentarnos en la mesa juntos a cenar como si no pasara nada en nuestras vidas. Se presentaba una noche dura, pero, por suerte, ahí estaba Oliver para salvarla.

Apareció por el apartamento con un par de pizzas como si fuera un día cualquiera. Pusimos una película de acción y nos quedamos medio traspuestos en el sofá.

—Vamos, chicos. Tenemos que ir a un sitio —nos comunicó Oliver a media noche—. Coged vuestros patines.

—¿Ahora? ¿Los patines de hielo? —le pregunté, sorprendida.

—Ajá. Adam tú también coge los tuyos.

No pregunté más. Confiaba en mi mejor amigo. Si decía que teníamos que ir a un sitio, era porque teníamos que ir.

Adam obedeció. No era más que una persona vacía que se dejaba llevar por nosotros como una botella abandonada por las olas del mar. Nos ataviamos con ropa de abrigo: gorros, guantes, bufandas... Y salimos a la calle con los patines en nuestros hombros. No tenía ni idea de a dónde íbamos. A esas horas, no había ningún sitio donde pudiéramos patinar. O eso era lo que yo creía.

Oliver nos llevó a la pista de hielo del Rockefeller Center. Y no tenía ni idea de cómo lo había conseguido, porque, aunque permanecía cerrada para el público, el vigilante nos dejó entrar. La pista estaba abierta para nosotros y

estábamos solos.

—¿Cómo lo has hecho?

—No te voy a desvelar todos mis secretos.

Nos pusimos los patines y saltamos a la pista. Jugamos, reímos, corrimos, nos hicimos trampas los unos a los otros. Volvimos al pasado. Lo recordamos. Nos sentamos los tres en el hielo y lloramos juntos por la familia de Adam. Ahora tenía esperanza. Íbamos a salir de aquello.

A partir de esa noche, Adam comenzó a cambiar de actitud. Estaba triste, pero no pasaba de todo. Tenía ganas de seguir adelante y puso todo de su parte.

Yo cada día me sentía más enamorada de Oliver. Probablemente fuera la mejor persona que conocía. Había días en los que me tocaba la moral y se me hacía muy difícil convivir con él. Estar enamorada de tu mejor amigo y no ser correspondida no es fácil.

Pero, a pesar de mis sentimientos secretos por Oliver y a pesar de todo, existía aquella amistad que nos unía y que era indestructible. Estaba por encima de todo lo demás. Aunque, a veces, era duro, muy duro.

Una de las noches que salimos de fiesta, a tomar unas copas y bailar, para animar a Adam, sucedió lo inevitable, por primera vez.

Siempre que salíamos, había chicas alrededor de Olly, estaba acostumbrada a ello. Esa noche lucía especialmente guapo. Llevaba unos pantalones pitillo que se ajustaban a su cuerpo como una segunda piel y una camiseta blanca de Guns N' Roses. Del grupito de chicas que se le habían acercado al principio de la noche, dos horas después, solo quedaba una.

Yo bailé con Adam e intenté disimular que no me interesaba lo que hiciera Olly con esa chica, pero, cuando vi sus rostros a escasos centímetros el uno del otro, noté que un nudo me oprimía la garganta; tenía el presentimiento de que lo inevitable pasaría de un momento a otro. Iban a enrollarse. Delante de mí.

Me obligué a no apartar la mirada. Necesitaba verlo y acostumbrarme a ese tipo de imagen, porque sucedería muchas veces a lo largo de mi vida y no podía experimentar esa sensación de tristeza y desazón cada vez que sucediera. Cerré los ojos e intenté concentrarme en aparentar normalidad. Y, cuando los abrí... cuando los abrí, estaba sucediendo.

Oliver se besaba con la morena de piernas interminables. Era como si quisieran comerse el uno al otro. Después de varios segundos aguantando la tortura, no pude más.

—Tengo que ir al baño —grité a Adam con la intención de dejarme oír por encima de la música.

—¿Te acompaño? —me preguntó por señas.

—No, ahora vuelvo.

El local estaba a reventar y la música alta me taladraba los oídos. Empujé la puerta y entré en los servicios. Me coloqué enfrente del espejo y observé mi mirada derrotada. Abrí el grifo y me mojé las manos y la nuca. ¿Cómo mato este sentimiento? ¿Qué tengo que hacer para desenamorarme de mi mejor amigo? Necesitaba saber la respuesta. Joder, qué duro era verlo con otras chicas, sobre todo porque no estaba acostumbrada. Oliver siempre había sido tan... suyo. Tan mío.

Todavía recordaba sus besos, lo que me provocaban. Lo tenía grabado en mi memoria. Aunque tal vez lo estuviera idealizando. Hacía tanto tiempo de aquello. Debería besarlo para quitarme la tontería de una vez. Quizá me daría cuenta de que no era para tanto y que no sentía nada. Sacudí la cabeza para hacer desaparecer la idea.

Volví con Adam y miré de reojo al lugar donde, apenas unos minutos antes, Oliver y la morena se devoraban. Pero ya no estaban. Como si Adam leyera la pregunta en mi rostro, me explicó que se habían ido.

—Pero tranquila, se han ido a la casa de ella.

¡Qué estupenda noticia! ¡Faltaría más que encima las metiera en mi cama!

—¿Otra copa? —sugerí.

Tres copas después, Adam y yo entrábamos por la puerta de casa tambaleándonos. La habitación me daba vueltas y el ron con Coca-Cola quería salir por donde había entrado. Nos tumbamos en la cama sin desvestirnos, pero la habitación no dejaba de girar.

—¿*Totó*?

—¿Qué?

—Gracias por todo. Sé que me he portado fatal estos últimos meses, pero no podía evitarlo. No estaba bien. Sigo sin estarlo.

—Adam.

—¿Qué?

—Te quiero. —Con esas dos palabras, resumí todo lo que quería decirle. Significaba «acepto tus disculpas», significaba «estoy aquí para ti, siempre»,

significaba «tú eres mi familia y yo soy la tuya».

Intenté dormirme, pero era imposible. Me encontraba fatal.

—Adam.

—Mmm.

—Todo da vueltas.

—Pon el ancla.

—¿Que ponga qué?

—El ancla. Apoya uno de los pies en el suelo. Estarás mejor.

Le hice caso y me moví hacia el extremo derecho de la cama para poder bajar mi pie derecho al suelo. La habitación dejó de girar. La mala sensación del estómago no remitió, pero al menos estaba quieta.

Nos quedamos dormidos al instante.

Cuando nos quisimos dar cuenta, llevábamos casi ocho meses en Estados Unidos. Apenas nos quedaban cinco más antes de tener que regresar a Edimburgo y solo habíamos estado en dos ciudades.

Una noche, comenté con mis amigos que se nos pasaba el tiempo y, a pesar de lo cómodos que estábamos (el aliciente económico ayudaba bastante), decidimos cambiar de ciudad y con mucha, muchísima pena, dejamos Nueva York.

Pasamos por Washington y Nashville sin pena ni gloria, apenas un mes para las dos ciudades. No nos molestamos en buscar trabajo, teníamos bastante dinero ahorrado y nos dedicamos a hacer turismo por ellas. Por el día, conocíamos los monumentos y los sitios más emblemáticos de la ciudad y, por la noche, conocíamos los bares.

Adam entró en la dinámica de tontear con chicas y llevárselas a la cama prácticamente todas las noches. Era como volver a estar en el *Crowden School*. Pero, si eso le servía para apartar la tristeza por unos momentos, por mí que se tirase a medio país.

Para cuando llegamos a Orlando, me había hecho con un mapa de Estados

Unidos, y según íbamos conquistando estados (esto es, según el lugar de procedencia de la chica a la que se tiraba esa noche) colocaba muescas en el mapa. A esas alturas, tenía media costa este conquistada.

Y Oliver era otra historia. Estaba irreconocible; si alguien había cambiado en aquel último año, había sido él. Si Adam tenía media costa conquistada... Oliver tenía medio país. Empezó aquella noche en Nueva York y ya no paró. Había descubierto las ventajas del contacto humano y del sexo. Porque lo había visto con mis propios ojos, de lo contrario, no lo hubiera creído. Incluso Adam y yo lo habíamos bautizado con un nuevo nombre sin que él fuera consciente de ello, por supuesto. Ya no era Olly, era Don *Nomegustaelcontactohumanoperoahoramelasfolloatodas*.

No hacía falta ni que cerrase los ojos para ver a Oliver besándose con todas aquellas chicas, había de todos los colores y sabores: rubias, morenas, pelirrojas, americanas, orientales. No hacía ascos a nada. Increíble. Era como si fuera otra persona.

El cinco de marzo, se cumplió el primer aniversario de la muerte de la familia de Adam. El cuatro de marzo pasamos un mal día y, casi a media noche, Adam se derrumbó.

—Lo peor de todo es no poder estar allí con ellos.

—¿Quieres volver?

—No, pero me hubiera gustado llevarle flores a mi madre. Le gustaban las rosas rojas.

Fui al baño y mandé un mensaje a Pear después de mirar la hora. Ya era por la mañana en Edimburgo y mi amiga debía de estar levantada para ir a clase.

Sara: Pear, necesito un favor.

Pear: Dime.

Sara: Necesito que compres un ramo enorme de rosas rojas y que lo lleves al cementerio.

Pear: Hoy es cinco de marzo.

Sara: Allí sí. Aquí todavía no.

Pear: No te preocupes, yo me encargo.

Sara: ¿Pear?

Pear: ¿Sí?

Sara: No permitas que se estropeen.

Pear: No lo harán.

En Nueva Orleans nos quedamos dos meses. Recuerdo Nueva Orleans como una de las ciudades donde más disfrutamos. Una noche, con un par de copas de más, no se me ocurrió otra cosa que subirme al escenario y ponerme a cantar en el karaoke. Envalentonada por el alcohol, canté y bailé sin ningún pudor a la vista de todo el local. Algún gallo que otro solté, era culpa del alcohol. En mitad de la canción (sospecho que para intentar paliar mi desastrosa actuación), Oliver subió al escenario y cantamos juntos. El muy capullo ni borracho cantaba mal. Cuando acabó la canción, nos abrazamos para felicitarnos mutuamente por el espectáculo y nos quedamos muy juntos.

Por un momento, pensé que me besaría, y la sola idea de que lo hiciera provocaba que mi corazón se parase unos segundos. ¿Sería como lo recordaba? ¿Mejor? ¿Peor? ¿Y si me lanzaba? Pero no sucedió nada. Seguimos bebiendo y Olly acabó la noche con una chica que no era yo.

Hacia mediados del segundo mes, el clima se volvió muy agradable. Solíamos salir a pasear y a sentarnos en algún rincón de los parques a leer, dormir o a contarnos historias y pasar el rato juntos sin más.

Me gustaban esos momentos. Adam se sentaba en la hierba, con la espalda apoyada en un árbol. Yo me sentaba a su lado, apoyaba la cabeza en su hombro y Oliver se tumbaba en la hierba todo lo largo que era y colocaba su cabeza en mi regazo. Yo metía las manos entre su melena rubia y

disfrutaba de la sensación y de sus ronroneos. Cuando se quedaba dormido, podía mirarlo a gusto y estudiarle el rostro. Sobra decir que aquellas eran las mejores experiencias que había vivido desde que habíamos dejado nuestro hogar. Así de simple era yo. Volvíamos a ser nosotros. Si cerraba los ojos, todavía estábamos en el *Crowden* en esa posición.

Cuando Oliver no se quedaba dormido, solía leernos algún libro. A Olly le gustaba leernos cosas. Y, de vez en cuando, le gustaba que le leyeran.

—Toma, lee esto en voz alta —me dijo en una ocasión.

—¿Qué es? —Miré la cubierta y vi el título del libro: Un viaje por la gravedad y el espacio-tiempo, de John Archibald Wheeler.

—¿Este libro no lo has leído ya?

—Calla y lee.

Comencé a leer. Oliver cerró los ojos y se ajustó en mi regazo.

Un rato después, llegué a la conclusión de que, si lo leía entero, no íbamos a acabar nunca. Pasarían los meses y seguiríamos ahondando en el espacio-tiempo. Decidí saltarme algún párrafo de vez en cuando para acelerar el proceso. A la tercera vez que lo hice, Oliver se tumbó de lado y alzó la cabeza sobre una mano mientras me miraba atentamente.

—¿Te estás saltando párrafos?

¡Qué tío! ¡Se lo sabe de memoria! Ya sabía yo que no era la primera vez que lo leía.

—Por supuesto que no. ¿Por quién me tomas? —contesté, a la defensiva.

Adam me miró divertido y me dijo con la mirada «te ha pillado». Suspiré y seguí leyendo hasta que el sol se escondió por el horizonte.

Nuestra última parada: Houston. Un poco de turismo y poco más.

Balance del año: positivo. Terrible comienzo, pero, a pesar de las dudas y de las inseguridades, fue un buen año. Habíamos madurado, habíamos aprendido y habíamos empezado a disfrutar de la vida. Pero no estábamos preparados para regresar, aún no.

Cuando apenas quedaba un mes de plazo para volver a Edimburgo, habíamos tomado la decisión. Nos quedábamos. Solo faltaba comunicárselo a nuestros padres. Temblaba solo de pensarlo.

8

Estados Unidos: segundo año: el acercamiento

Después de gritos y disputas al teléfono con nuestras familias, que nos quedábamos un año más en Estados Unidos era un hecho. Y menos mal, porque nos faltaba toda la costa oeste por visitar.

De Houston nos movimos a Seattle. Cuando me subí al avión, tenía la sensación de empezar desde cero. De que otra nueva aventura se abría bajo mis pies. Recordé el viaje desde Edimburgo. El miedo, la congoja por lo desconocido. Todo eso ya no existía. Ahora solo cabía la excitación por conocer nuevos lugares y seguir viviendo experiencias junto con mis dos mejores amigos.

Ese día me acordé de Will. Llevaba un año entero sin verlo y sin saber de él, y apenas pensaba en él. Los primeros meses entraba más en mis pensamientos, pero, después de un año, no le dedicaba ni un minuto al día. Esa situación me hacía pensar. Por fin entendía aquella famosa frase que había escuchado en infinidad de ocasiones. ¿Puede ser el amor tan efímero? ¿Es posible querer tanto a una persona y olvidarte de ella en doce meses? Siempre pensé que algo así sería imposible. Incluso llegué a considerar el hecho de que jamás sentiría por otro chico lo que sentía por Will. ¿Cómo podía estar tan equivocada?

O quizá el problema fuese yo. Cabía la posibilidad de que no supiera lo que era el amor, o que estuviera incapacitada para enamorarme hasta la medula de alguien. Quizá tampoco estaba enamorada de Oliver. ¿Y si no era capaz de amar? ¿Qué tipo de vida me esperaba? ¿Una vida sin amor?

Seattle me encantó. Es famosa por ser la tierra natal de la música *grunge* y de bandas que impulsaron ese movimiento a comienzos de los noventa como Nirvana, Pearl Jam, Soundgarden o Alice in Chains. Además, allí nació el famoso guitarrista de rock Jimi Hendrix y también Duff McKagan, integrante de la banda Guns N' Roses.

Alquilamos un apartamento en la zona de Queen Anne, un barrio bastante céntrico, y nos salió barato. Era minúsculo, pero tenía lo necesario. Dos dormitorios, un baño y un salón-cocina-comedor. Desde que empezamos a trabajar y ganar dinero, siempre alquilábamos pisos con dos habitaciones. Dormir los tres en una cama resultaba incómodo, ya no éramos unos niños. Yo siempre me quedaba con una de las habitaciones y los chicos con la otra.

Luego, a la hora de dormir, prácticamente todas las noches dormía con Adam.

Seattle es una ciudad que ofrece cientos de posibilidades para disfrutar del tiempo libre. El Space Needle y el lago Washington eran mis favoritos. Nos gustaba subir de vez en cuando al Space Needle. Es una torre de casi doscientos metros de altura y desde arriba hay unas vistas impresionantes de toda la ciudad. Siempre que íbamos, aprovechábamos la hora del atardecer, y así se hacía de noche mientras estábamos arriba. Era precioso observar cómo toda la ciudad se iluminaba a cada segundo.

Según pasaba el tiempo, cada vez nos americanizábamos más, como decía Adam.

—¿Os apetece ir a un partido de béisbol? —nos sugirió Oliver una tarde.

—Olly, nos estamos enganchando.

—A mí me parece una idea cojonuda.

—¿Ves? ¡Hasta Adam se ha enganchado!

Compramos las entradas por internet y nos preparamos para salir. De camino a Safeco Field, el estadio de béisbol de Seattle, Oliver nos contó que los Mariners eran el equipo de Seattle y un montón de datos más sobre ellos: los mejores jugadores, los peores jugadores, los contrincantes, su posición en la liga nacional y mil cosas más de las cuales he de reconocer que desconecté un poquito.

Cuando llegamos, me quedé con la boca abierta. El estadio era impresionante. Nunca había estado en un estadio de béisbol. Me encantó. Estaba a reventar de gente y el ambiente era inmejorable.

Nos sentamos en nuestros asientos y lo vivimos como tres americanos más. Íbamos de parte de los Mariners, por supuesto; ya que estábamos en su ciudad, había que apoyarlos. Ese día, los de casa ganaron el partido. A la salida, Oliver se detuvo en la tienda de regalos a echar un vistazo.

—Ahora vuelvo —nos informó antes de meterse en la tienda.

Cuando salió, lo hizo con una bolsa en la mano. Me la mostró y me dijo que eligiera una. Dudosa, introduje mi mano en la bolsa y saqué uno de los objetos, envuelto en papel. Lo desenvolví y era ¡una taza! ¡Una preciosísima taza de los Mariners!

—¡Es una taza!

—Llevas un año quejándote de que no tienes taza propia para desayunar.

—Olly, ¡me encanta! —Me acerqué a él y le di un abrazo con sonoro beso en la mejilla incluido.

—¿Y yo, qué? —se quejó Adam.

—Venga, tontorrón, mete la mano.

Adam obedeció y sacó otra taza parecida a la mía.

—¡Me encanta! —Adam imitó mi tono de voz y le dio un abrazo a Olly y otro sonoro beso en la mejilla. Qué bobito es.

Pero no me importaba que me imitase y se riese de mí porque estaba feliz ¡por una taza!

Por la noche, nos acurrucamos los tres en el sofá y vimos una película. Le tocaba elegir a Adam. Nos obligó a ver *La guerra de las galaxias*, otra vez. Me puse en el medio y me incliné más hacia la parte donde descansaba Olly. ¿Y si me acercaba un poquito más? ¡Qué narices! Apoyé mi cabeza en su hombro y le rodeé con la mano la cintura. Como de costumbre, mi cuerpo respondió al suyo con apenas un contacto. Me abrumaba. ¿Cómo se puede sentir tanto con tan poco?

Durante las siguientes semanas, seguimos con entusiasmo la liga de béisbol americana y, después de cuatro victorias consecutivas de los Marineers, salimos a celebrarlo a un bar de moda.

Tan solo diez minutos después de entrar, ya revoloteaban las fans de Oliver a su alrededor. Adam y yo nos apartamos y lo dejamos hacer.

A la tercera vez que vi a Oliver sonreír a la rubita, me bajé del taburete y me encaminé a la salida sin mirar atrás. Era consciente de que él no tenía la culpa de mis sentimientos, pero eso no significaba que tuviera que verlo todas las puñeteras noches que salíamos. Pensé que me acostumbraría a verlo, pero no, no me acostumbraba y preferí irme a casa.

Me tumbé de espaldas en la cama y miré al techo. Maldije por lo asquerosa que era mi vida. Porque, cada vez que veía a Oliver enrollarse con una tía, dolía más. Y debería ser al revés, ¿no? No podía pasarme así toda la vida, no era sano. Debía olvidarme de mis sentimientos por Oliver y estar feliz cuando él lo estaba. De momento, iba cuesta abajo, de culo y sin frenos.

Escuché una llave en la cerradura. Alguien venía. Era Adam. Reconocía los pasos de los dos a la perfección. Venía solo. Se metió en su habitación y cerró la puerta con suavidad.

Me levanté, atravesé los metros que nos separaban y me metí en su cama.

—Pensé que dormías, por eso no he entrado en tu dormitorio, no quería

despertarte.

Me arrebujé y me relajé en sus brazos. Intenté conciliar el sueño, pero no pude. No se trataba de uno de mis ataques nocturnos; hacía un año que no los tenía (curiosa la psicología humana), solo era que sentía una inquietud que no sabía explicar.

—La hostia, Sara, deja de moverte —me chilló Adam, con la voz amortiguada por la almohada.

—Adam, no puedo dormir. Me he dado cuenta de que estoy buscando algo. —Ignoré su reciente mal humor.

—Pues búscalo mañana.

—Es que no sé lo que busco —intentaba explicarle mis pensamientos, pero no era fácil.

Adam se dio la vuelta y me miró con cara de cabreo.

—En serio, *Totó*. ¿A estas horas?

—Déjalo, no quiero despertarte.

—Ya me has despertado. Ahora cuéntamelo.

Nos sentamos los dos en la cama apoyando la espalda en el cabecero de madera.

—Es que llevo tiempo sintiendo que me falta algo. Y me he dado cuenta de que es algo que estoy buscando, algo que he perdido o que nunca he tenido, no sé, pero creo que hasta que no lo encuentre no va a desaparecer esta sensación.

—*Totó*, lo encontrarás, créeme. —El pobre no hacía más que bostezar. Solo a mí se me ocurría filosofar a esas horas. Pero es que, cuando viene, viene.

—Pero ¿cómo? Ni siquiera sé lo que es. —Me tumbé en la cama—. Esto es una mierda.

—Lo averiguarás.

—Lo dices para que te deje en paz y me duerma.

—No, lo digo en serio. No lo pienses, sea lo que sea lo que estás buscando, lo encontrarás cuando llegue el momento.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sé y punto.

A la mañana siguiente, me levanté con energía, desperté a Adam y lo convencí para que viniese a correr conmigo. Algo milagroso, teniendo en cuenta que el día anterior lo tuve despierto hasta las tantas de la madrugada. Lo dejé vistiéndose en la habitación y fui dando saltitos a la mía, al fondo del

piso, a coger la ropa que utilizaba para correr.

Entré y me encontré a Oliver despatarrado en la cama y roncando. «Anoche llegaría fino». No lo sentí llegar. La habitación olía que apestaba. Me cambié rápido y abrí la ventana para que ventilase. Salí por la puerta de la habitación y crucé el largo pasillo hasta llegar al salón-cocina-comedor y... ¡Sorpresa!

La rubia de la noche anterior estaba apoyada en la barra de la cocina bebiéndose un café en mi taza. EN. MI. TA. ZA.

¡EN MI TAZA DE LOS MARINEERS!

Busqué a Adam con la mirada y lo encontré de pie en medio del salón, con cara de circunstancias.

No me podía creer que Oliver le hubiera permitido dormir en casa. Nunca traía a las chicas a casa, siempre se marchaban a vete a saber a dónde a follar. Y nunca nunca se quedaba a dormir con ellas porque, a la mañana siguiente, siempre aparecía en su cama. No en la mía, claro, ya me aseguraba yo de meterme con Adam para que no durmiera conmigo. No soportaría el olor que arrastraba de otras mujeres.

—Buenos días, tú debes de ser Sara. Yo soy Verónica —me saludó, sonriente, mientras me tendía la mano.

No le devolví el saludo. No podía.

—No me sigas, Adam.

Giré sobre mis talones y salí por la puerta.

Pulsé el botón e intenté esperar el ascensor, pero no pude; la adrenalina que escondía mi cuerpo no me permitía estar quieta. Bajé las escaleras corriendo y salí a la calle. Di una gran bocanada de aire y mis pulmones funcionaron de nuevo, había dejado de respirar. Empecé a correr y mis ojos se llenaron de lágrimas.

«No, Sara, no llores. Y no lo odies, él no tiene la culpa. Él no tiene la culpa. Él no tiene la culpa». El problema era yo. El problema lo tenía yo por enamorarme de quien no debía.

Me dirigí a buen ritmo hacia el lago Washington. Corría y lloraba a la vez. A cada segundo, aceleraba más el paso. Sentía cómo la coleta con la que me había recogido el pelo se movía a mi ritmo. Adelantaba a corredores, uno detrás de otro. Y escuchaba cómo crujían las hojas secas que descansaban en el suelo. Gotas de sudor me resbalaban por el cuello, y las que caían por la frente se mezclaban con las lágrimas. Algunas personas con las que me cruzaba se me quedaban mirando. Incluso alguna llegó a frenarme para

comprobar si me encontraba bien. Asentía con la cabeza y seguía corriendo, intentando recuperar mi suave cadencia.

Un punzante dolor me abrasaba la rodilla mala, pero el dolor del pecho era aun mayor, por lo que continué corriendo. Corrí durante incontables kilómetros más.

Cuando llegué a mi destino, tenía la respiración agitada y me ardía todo el cuerpo. Me quemaban los pulmones y el alma a partes iguales. Estiré los músculos y me quedé sentada en el suelo, observando cómo se balanceaban las profundas aguas del lago. El corazón me palpitaba con fuerza. El dolor no cesaba.

Cuando había llorado todo lo que tenía que llorar, mi cerebro empezó a funcionar. Pasé de la tristeza y la desolación al cabreo y la rabia en dos segundos. ¿Él no tenía la culpa? ¿ÉL NO TENÍA LA CULPA? ¡¡GILIPOLLAS!! ¡Pues claro que tenía la culpa! Podía aceptar que se follase a medio mundo, pero ¡¡EN MI CAMA, NO!! Joder, qué asco. ¡Qué falta de respeto era esa!

En todo el tiempo que llevábamos allí, Adam jamás había traído a una chica a casa. Y no lo había hecho, supongo que por respeto a nosotros dos, a que dormíamos los tres en las mismas camas.

Y, encima, le había permitido desayunar en mi taza. ¡MI TAZA! Muy escrupuloso que era el niño para sus cosas, pero a los demás que nos jodieran. ¿Ahora resultaba que tenía que tragarme las babas de sus amantes en mi cama y en mi taza? Ni de coña.

¿Me habría enfadado tanto si hubiera sido Adam el que lo hubiera hecho? ¿O eran celos? No lo sabía, lo que tenía claro era que no me hacía ninguna gracia que metiera a una desconocida en mi cama. Por lo tanto, sí, me hubiera enfadado. Cuando se comparte piso, y cama en nuestro caso, hay que mantener ciertas reglas.

Seis horas después, muy a mi pesar, volví a casa. Me apetecía tanto como clavarme un puñal en el corazón, pero albergaba la esperanza de que la rubia no estuviera, porque, con el cabreo que tenía en el cuerpo, me habría llevado lo que fuera por delante.

—Hola —saludé dudosa al entrar.

Tanto Oliver como Adam vinieron a la entrada del apartamento a recibirme.

—¿Totó? Por fin apareces.

—¿Ya se ha ido Valentina? —pregunté a Oliver, con la voz más gélida

que fui capaz de emitir.

—Verónica —me corrigió.

«Manda huevos».

—Ya, lo que sea.

Fui a la cocina, seguida por los dos, rescaté mi taza de desayuno del fregadero y la tiré a la basura delante de sus narices. La lancé con tanta mala leche que se hizo añicos en la papelera. Es posible que pareciese una actitud rebelde e infantil, pero es que seguía con toda esa rabia dentro del cuerpo.

—¿Por qué has tirado la taza que te regalé?

—Si vas a empezar a traer a tías a nuestra cama, avísame, porque me cambio de apartamento. No por nada, Olly, es que no me gusta dormir encima de los fluidos de otras personas que no conozco de nada y que a saber qué enfermedades tienen. —Y aún no había terminado—. Y no pretenderás que beba de esa taza después de que tu polvo de esta noche la haya chupado.

—Joder, Sara, cuando te pones así, eres una puta borde. No tienes medida.

Lo fulminé con la mirada. «No me provoques, Oliver, no te conviene». Bastante me contenía ya.

—Lo siento —se disculpó acercándose a mí—, no volverá a pasar. No ha sido planeado, le dije que se largara cuando...

No, no, no. No quería escuchar más. No quería saber nada de sus encuentros sexuales. Ni lo que le dijo, ni lo que le hizo, ni nada.

—Demasiada información. No me interesa, créeme.

—Pero es que no es lo que piensas. —Me cogió del brazo, pero yo me solté bruscamente.

—¿Has visto que algún día Adam o yo trajéramos aquí a nuestros polvos? ¿A que no? Porque, cuando lo hacemos, lo hacemos en la calle. —La verdad verdadera es que yo no lo hacía, pero eso él no tenía por qué saberlo. Era posible que todas aquellas noches que él se quedaba follando por ahí, yo hiciera lo mismo. Aunque, claro, eso a él le importaba dos cojones—. Por respeto, Oliver. ¿Te gustaría dormir en una cama donde he estado follando con un tío?

La expresión de dolor que transmitió su rostro durante unos segundos me golpeó y me hizo recular. Pero, pronto, su dolor se transformó en algo peor. En cabreo.

—¡Me cago en la puta! Ya lo he hecho. ¡Cientos de veces! Me he comido las putas babas de William Von Kleist ni sé las veces, cuando dormías conmigo después de follar con él.

¿Había dicho recular? Ni de coña.

—Jamás follé con Will en mi cama. Ese privilegio solo lo tuviste tú. —«Chúpate esa, Aston». A ver qué me decía a eso. Acababa de hablar del tema tabú.

Oliver se cruzó de brazos.

—No me lo creo.

¿Cómo? Muy bien, podía creer lo que le diera la puñetera gana.

—Y a mí me importa una mierda.

—¿En tanto tiempo nunca lo hicisteis en la cama? —Me cambió de tema, sin hacer alusión a nuestra historia. Cobarde.

—En la pista de hielo, en el embarcadero, en su cama... —Iba contando con los dedos de la mano—. Pero en la mía, no. Y te aseguro que no fue casualidad, fue algo premeditado. Se llama respeto.

Al principio, reconozco que lo hice por respeto a mis amigos. Pero, una vez que Olly y yo lo hicimos allí, yacer con Will en el mismo sitio me resultaba sucio. Como si estuviera traicionándolo. Desde aquello, siempre me las apañaba para terminar en la habitación de Will. Después de mi confesión, Oliver reculó.

—Joder, lo siento. Ya te he dicho que no debería haberse quedado.

—Mira, no importa. A partir de ahora, esa será tu cama. Haz lo que quieras en ella, pero la otra ni la toques. ¡Y a mí ni te acerques!

—¡A la mierda!

Su grito me sobresaltó. Viva la bipolaridad. Otro que pasaba de cero a cien en dos segundos. Oliver se puso las deportivas y se fue dando un portazo.

—¡Genial! ¡A la mierda! —lo parafraseé.

Me metí en mi habitación y abrí el armario con tanta mala hostia que casi desencajé las bisagras de las puertas. Adam vino detrás de mí.

—¿Qué haces?

—Trasladar mi ropa a vuestro armario.

—¿Desde cuándo, *Totó*?

Adam me perseguía por el pasillo. Yo llevaba parte de mi ropa hecha una bola en mis brazos. La tiré sobre la cama de Adam (y ahora mía) y saqué del armario de los chicos todas las prendas que reconocía que eran de Oliver. Tiré de la ropa con fuerza hasta descolgarla de las perchas y abrí los cajones en busca de más. Volví a mi habitación con las prendas de Oliver en los brazos.

—Desde cuándo, ¿qué? —pregunté, enfadada, a Adam. No estaba yo para adivinanzas.

—¿Desde cuándo sabes que estás loquita por los huesos del rubiales? —preguntó Adam con cautela.

Joder. Mierda. Entré en mi habitación (perdón, exhabitación) y arrojé la ropa de Oliver al suelo. No tenía ningún sentido engañarlo, a él no.

—¿Tanto se me nota?

Cogí más ropa de mi armario y repetí la operación.

—*Totó*, eres transparente, siempre lo has sido. Llevo meses sospechándolo. Y el otro idiota está tan ciego que ni lo ve.

—Mejor para mí.

—Joder, Sara. No te imaginas el esfuerzo que estoy haciendo para quedarme callado.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, olvídalo. Cuéntamelo todo. ¿Cuándo fue?

—En el viaje de fin de curso a París. Fue como una revelación, Adam.

—*Oh, là, là*.

Le conté a mi amigo toda la historia. Cómo empecé a darme cuenta de que sentía cosas raras por Oliver, cómo descubrí que lo quería en la Torre Eiffel, cómo había pasado ese último año. Viaje tras viaje por el pasillo, movía la ropa de mi armario al armario de los chicos y, a la vez, sacaba la ropa de Oliver de su sitio y la arrojaba dentro de su nueva habitación echa una bola.

Cuando terminé, me senté en el suelo del pasillo exhausta. Adam no se había separado de mi lado ni un momento.

—¿Puedo contarte algo sin riesgo de que me des una paliza? —Aunque parecía que me lo preguntaba circunspecto, realmente se aguantaba las ganas de reírse. ¡¿Qué le hacía tanta gracia?! —

—¿Qué? —le pregunté de mala leche.

—No la trajo a casa, *Totó*. Me he enterado esta mañana. Cuando lo he despertado y la tal Verónica seguía aquí, han tenido una bronca de la hostia y la ha echado del piso de malas maneras. ¿Sigo?

—Pss —dije, indiferente. «Oh, vamos, ¿a quién quieres engañar, Sara? Te mueres por saber algo más».

—Bien. Resulta que ayer Oliver iba demasiado borracho como para andar por sus propios pies, así que la rubita decidió acompañarlo a casa. Como tampoco pudo abrir la puerta, tuvo que abrir ella y, por supuesto, debió de

meterlo en la cama y decidió que no era mala idea quedarse a dormir con él. Oliver ni se dio cuenta.

—Ya qué más da, Adam. No hay vuelta atrás.

—Sí la hay. Y lo primero que vas a hacer es disculparte con él.

—No pienso disculparme —le dije, tozuda, cruzando los brazos.

—Vamos a hacer una cosa. En primer lugar, vamos a recoger toda la ropa de Olly y colgarla en el armario. En su *nuevo armario* —me aclaró, después de mi terrible mirada—. Ya sabes lo poco que le gusta que toquen sus cosas y no queremos que esto se ponga peor. Después, vamos a sentarnos tú y yo en el sofá y te voy a preparar un helado de la hostia. Te vas a tranquilizar, vas a meter azúcar al cuerpo y vamos a hablar largo y tendido sobre lo que ha pasado. ¿Hasta ahora bien?

—Pss.

—Perfecto, y ¿qué te parece si a partir de hoy dormimos tú y yo siempre juntos? Compartiremos habitación hasta el fin de los días. Y Olly que tenga su propia habitación para él solo.

—¿Desde cuándo eres tan sensato?

—Desde que tú no lo eres. Hay que compensar la balanza, si no este pequeño grupo de tres se va a la mierda. Deberías haberte visto, *Totó*.

—No ha sido para tanto.

—¿Que no? Lo único que ha hecho el chaval ha sido estar demasiado borracho y vas tú y le montas la bronca del siglo. Vaya tela, Sara. —Adam no aguantó más y se desternilló de la risa.

—¡Deja de reírte, Adam! —Le pegué un puñetazo en el brazo—. Que se fastidie, noches alegres...

—¡Qué va! Estaba tan borracho que creo que ni follaron.

«¿De verdad? Pues qué pena más grande». Adam me miró con las cejas arqueadas.

—¿No pretenderás que lo sienta? —le pregunté.

—Pobre Olly, para una vez que la lía. Vaya pollo le has montado.

El muy capullo se siguió riendo de mí y de la situación durante horas sin cortarse un pelo. Me sugirió que jugásemos a algo para matar el tiempo y nos decantamos por el *scrabble*. Al poco de llegar al apartamento, descubrimos en un altillo un montón de juegos de mesa. Los dueños debieron de dejárselos allí. Nos habían venido bien para matar tardes lluviosas o días como aquel. Y estábamos muy tranquilos hasta que llegó el desaparecido.

Cuando escuchamos abrirse la puerta de la entrada, los dos levantamos la

cabeza del juego. Oliver vino hecho un basilisco directo hacia mí y apuntándome con el dedo comenzó a amenazarme.

—Una cosa te voy a decir. Más te vale no traer a esta casa a ningún gilipollas porque te juro que sale por la ventana.

—¿Es una amenaza?

—Sí.

Me dejó con la palabra en la boca y salió escopetado hacia su habitación.

—Ya verás cuándo vea que has tocado sus cosas, en tres, dos, uno...

—¡¡SARA!! —Me sobresalté y todo por el grito.

—¡Ahí está! —Adam aplaudió, animado.

—A ti todo esto te hace gracia, ¿verdad?

—Sí, bastante. Tendríais que veros.

—¿Por qué coño has movido mis cosas de sitio? —me preguntó Oliver asomándose por el pasillo.

—¡No pienso entrar en la habitación de los fluidos nunca más! —Me levanté y di unos cuantos pasos hacia él.

—Pero ¿qué dices?

—A partir de ahora, esa es tu habitación. Deberías agradecerme por haberte hecho el traslado con el mayor cuidado del mundo.

—No te imaginas lo frustrado que me tienes. ¡Ni te lo imaginas, Sara!

—¡Y tú a mí!

—Me voy a mi cuarto, no me apetece ni verte.

—¿Te refieres a tu *nuevo cuarto*, no?

Oliver bufó y cerró de un portazo. Genial. Yo tampoco quería verlo. Volví con Adam y me senté en la silla.

—Vuelve y discúlpate.

—No quiero.

—*Totó...* —Me miró con desaprobación y señaló con la cabeza hacia la habitación—. Discúlpate, te has pasado. Llevas pasándote con él desde que te has levantado esta mañana.

Acepté a regañadientes y fui a la nueva habitación de Oliver. Toqué a la puerta y esperé a que me diese permiso. Lo mismo entraba y me colgaba de la lámpara.

—¿Qué? —me gritó desde dentro. Me lo tomé como una invitación y abrí la puerta. Estaba sentado en la cama y con la pelota de béisbol en la mano. En cuanto me vio, me mató con la mirada. Se le veía cabreadísimo.

—¿Qué cojones quieres ahora? ¿Mi pescuezo?

—He venido a disculparme, imbécil.

—No me insultes, Sara. Desde luego que, si así vienes a disculparte...

—Estás a la defensiva.

—Entra.

—¿Qué?

—Entra y discúlpate. No quiero hablar contigo a cuatro metros de distancia.

Mierda. No quería entrar en aquella habitación. No sabía por qué. Resultaba que al final no era la habitación de los fluidos, pero, aun así, Olly había dormido allí con la tía esa. Seguro que olía a ella. Mi amigo vio mi reticencia. Lo hacía a propósito. Para que reculase y me tragase mis palabras de antes de no entrar en la puñetera habitación de los fluidos. Capullo manipulador.

—Entra, Sara. No te lo voy a repetir más.

Me tragué todo mi orgullo y entré. Oliver, al ver mi predisposición, se calmó y suavizó la expresión de su rostro.

—Siéntate —me pidió suavemente.

Eso sí que no. En esa cama no me sentaba hasta que cambiase las sábanas.

—No, gracias. Seré rápida. Siento haberte chillado. No tenía derecho. Y siento haber tocado tus cosas —lo dije de carrerilla y sin parar para respirar.

Oliver no dijo nada. Silencio total. ¿Significaba eso que aceptaba mis disculpas o que no?

—Has roto la taza que te regalé.

—Lo siento.

—No pienso comprarte otra.

—Ya me la compraré yo. O cogeré la de Adam.

—Joder, qué mala hostia tienes, Sara.

¿Y qué podía contestar a eso? Nada, porque tenía razón. Cuando me cabreo, no tengo medida. No lo puedo evitar. Y, como había dicho Adam, había sido un ataque de celos en toda regla. Llevaba meses bullendo en mi interior hasta que había explotado. Di media vuelta y salí corriendo.

—¡Sara!

Nuestras últimas semanas en Seattle enturbiaron toda nuestra estancia allí. Oliver y yo no volvimos a hablar del tema de la rubia, pero había algo que había cambiado entre nosotros.

Para recorrer la costa oeste de Estados Unidos, nos decantamos por el coche. Alquilamos uno en Seattle y lo devolvimos en nuestro siguiente destino. Y así sucesivamente. Durante los largos trayectos por esas rectas interminables, me dio tiempo a pensar en Oliver y en mí. Nuestra relación empezaba a fluir a pasitos muy muy pequeños. Ahora que lo veía en la distancia de unas cuantas semanas, no entendía cómo me pude enfadar tanto. Los celos me volvieron loca, supongo. ¿De dónde me vendría a mí aquella mala leche?

Cuando llegamos a Aspen, nuestro humor mejoró notablemente. Sería por el cambio de aires. Como teníamos pensado acabar en Las Vegas, decidimos meternos un poco hacia el interior. Y, además, nos apetecía esquiar.

Permanecemos un mes en la nieve y nos lo pasamos genial. Nos presentamos a las pruebas de monitor de esquí para principiantes y las superamos los tres. Era un gran trabajo, bien remunerado y divertido. Durante todo el mes, no libramos ni un solo día, pero no nos importaba. Trabajamos diez horas diarias sin descanso. No nos daba tiempo a mucho más y estábamos más separados que juntos. Lo necesitábamos.

En mis escasos ratos libres, me pasaba por la pista de patinaje. Patinaba hasta no poder más y, cuando llegaba al apartamento, caía en la cama medio muerta por el cansancio. Y, tal y como acordamos en Seattle, siempre dormía con Adam.

Me supuso un gran alivio poder hablar con Adam de mis sentimientos por Oliver. Me había quitado un gran peso de encima. Joder, cómo pesan los secretos.

Después de nuestra aventura en la nieve, pasamos por San Francisco. No nos pillaba de camino, pero, como no teníamos nada más que hacer, nos apeteció San Francisco y allá que fuimos. Nos alojamos en las afueras y trabajamos en una hamburguesería. Desde luego que a polifacéticos no nos ganaba nadie. Tan pronto enseñaba a bajar en cuña a un chaval de ocho años por una pendiente nevada como le servía una doble hamburguesa con queso y *bacon*.

El mes que permanecemos en la ciudad californiana pasó demasiado rápido y apenas nos dio tiempo a hacer nada.

Y, por fin, llegamos a Las Vegas. Llevaba esperando ese momento desde el día que cogimos el primer avión en Edimburgo. Había visto muchísimas películas y documentales sobre la ciudad, y siempre me había llamado la atención. La ciudad del pecado.

Las primeras semanas nos hospedamos en uno de los hoteles más famosos de Las Vegas: el Bellagio. Era un capricho que queríamos darnos. Y, por supuesto, la habitación tenía dos dormitorios bien separados. Llevábamos dos meses trabajando a destajo. Y a pesar de estar alojados en ese hotel, trabajábamos sirviendo copas por la noche en otro.

Como teníamos todo el día libre, aprovechamos para visitar el Gran Cañón del Colorado y buscar apartamento. Y, alguna tarde que otra, nos metimos en los casinos. Pero solo un poquito. Bueno, la verdad es que alguna tarde se nos fue de las manos, pero es que era superdivertido.

Lo que más me gustaba era la ruleta. Por el día, las apuestas eran bajas, por lo que apostábamos unos pocos dólares en cada jugada. Y nos lo pasábamos genial. Es un juego excitante, y las bebidas mientras jugabas eran gratuitas. Cada vez que ganaba, gritaba entusiasmada como una loca. Mi mirada se cruzaba con la de Oliver. Sus ojos, verdes e intensos, me observaban divertidos. Y se reía, se reía de mi excitación y entusiasmo. Le asomaban los hoyuelos. Esos estúpidos hoyuelos.

La primera noche que libramos en la discoteca salimos a tomar unas copas. Decidí ponerme elegante. Rescaté del fondo del armario (o de la maleta) un vestido negro, corto y con tirantes finos. Me miré en el espejo del cuarto de baño y me puse una trenza alta. Me maquillé ligeramente y... ¡lista! Salí del baño y los chicos me esperaban, perfumados y elegantes, en el salón. No había sido la única que había decidido ponerse guapa.

«Joder con el rubiales». Lo miré de arriba abajo con disimulo (o quizá no). Mierda. Qué bueno estaba. Llevaba unos vaqueros negros con botas militares y una camiseta gris de manga corta. Y me repasaba de arriba abajo... Salí de la habitación con una gran sonrisa en la cara.

Después de un par de horas bailando, acabamos en la discoteca de nuestro hotel. Saludamos a los camareros, a los que ya conocíamos, y compartimos con ellos un par de rondas de chupitos. Una de las camareras enseguida le hizo carantoñas a Oliver y tonteó con él con descaro. Y, a pesar de que

llevaba tiempo en sequía, aquella vez le siguió el rollo. Ya estábamos de nuevo. Los ignoré y me fui al centro de la pista a bailar.

Poco después, Adam se unió a mí y bailamos juntos. Intenté pasármelo bien y no mirar hacia la barra, pero es que estaba tan guapo que no podía evitarlo. La explosión de celos me atravesó desde dentro cuando vi cómo le regalaba una estúpida sonrisa descarada a la camarera. Me entraron unas ganas tremendas de partirle su perfecta sonrisa de un tortazo.

—¿Quieres acabar con esto de una vez por todas? —La voz de Adam, cerca de mi oído, me sobresaltó.

—¿Acabar con qué?

Adam me señaló a Olly y a la camarera con la mirada.

—Tengo una idea para hacer que Oliver reaccione. ¿Vas a confiar en mí y me vas a seguir el rollo, haga lo que haga?

Observé a mi amigo arrugando la frente. Últimamente, no se sabía por dónde iba a salir, tan pronto estaba triste como contento. O divertido como amargado. Y, además, le había dado por decir cosas sin sentido. ¿Para que Oliver reaccionara a qué? ¿A qué se refería?

Adam, que vio la duda en mi rostro, se reagrupó en posición ofendida.

—¡No me mires así! Eres como una montaña rusa emocional. —Le puse el dedo en el pecho—. Estás inestable, Adam. Pero confío en ti.

—Genial, porque tú y yo nos vamos a enrollar. —Me atraganté con la bebida cuando me lo dijo.

—¿A qué te refieres?

—A mi lengua dentro de tu boca y enroscándose con la tuya —me explicó sugerente.

—Necesito un chupito.

—Ven, vamos a la barra. —Me cogió de la mano y nos acercamos a la barra, pero a otra zona, no a donde se encontraban el salido y la camarera.

Le pedí al camarero una nueva ronda de chupitos y me bebí los dos.

—¿Y tiene que ser con lengua? —pregunté a Adam.

—Tiene que parecer auténtico, *Totó*.

—¿Y de qué va a servir?

—Entre nosotros hay un código —me explicó—, está prohibido enrollarse con la chica del otro. Es la regla más básica.

—Yo no soy la chica de Oliver.

—Pero lo fuiste, y de ninguna manera va a permitir que tú y yo nos enrollemos. Y, además, si tú y yo nos enrollamos es porque sentimos algo

especial el uno por el otro, no lo vamos a hacer porque sí, los amigos no hacen eso.

—Oliver y yo lo hicimos.

—No fue porque sí, *Totó*, y él lo sabe —me explicó, impaciente. Yo no entendía nada, pero le seguía el rollo. Los chupitos empezaron a hacer efecto en mí—. Confía en mí, va a venir como un puto loco a separarnos y se va a olvidar de la camarera. Va a estar acojonado pensando que tú y yo podamos tener algo más que amistad. ¿No quieres joderle la noche?

—Venga, vamos —resolví.

Volvimos a la pista y Adam nos colocó en un sitio estratégico en medio de la sala, desde donde Oliver y compañía nos veían de pleno.

—Probablemente te meta mano. Y tú deberías hacer lo mismo.

Antes de que me diese tiempo a asimilar las palabras, tenía la lengua de Adam en mi garganta. Joder, qué bien besaba. Recordé haberlo besado años atrás en aquel juego de la botella. Y recordé que lo hacía bien. Adam se separó de mis labios, de repente.

—¿De qué eran los chupitos que te has tomado? ¿De fresa?

—Ajá —asentí entusiasmada. Madre mía, qué pedo llevaba.

Adam se lanzó a mis labios por segunda vez y me devoró. Me tocó el trasero, pero yo estaba tiesa como un palo. No sabía si aquello era buena idea.

—Imagínate que soy él —dijo contra mis labios.

«Entendido. Imagínate que estás besando al rubiales que te quita el sueño». Dicho y hecho. O más bien, pensado y ejecutado. Le devolví el beso con pasión y lo manoseé por todo el cuerpo. Puede que al principio me sintiera intimidada, pero ya no. Puse mis manos en su bonito trasero y me restregué contra él. Noté su erección a través de mi vestido.

—¡Adam!

—Joder, no soy de piedra.

Nos empezamos a reír por la situación y seguimos besándonos. Debíamos de estar dando un espectáculo de los buenos. Abrí uno de mis ojos y miré hacia la barra. Oliver nos observaba. Oliver nos observaba, petrificado. Un segundo más tarde, Oliver nos observaba muy cabreado. Sus ojos verdes se clavaron en mí y dejó de lado a la morena para venir hacia nosotros. Continué restregándome contra un Adam ajeno a lo que ocurría a su alrededor.

—¿Qué coño hacéis?

Oliver nos separó con brusquedad y nos quedamos los tres formando un triángulo perfecto. Miré a Adam asustada y vi la pinta que tenía:

descamisado, con los labios hinchados y el bulto en el pantalón. Y no decía nada. Paseé mi mirada hasta Oliver, que mantenía los puños apretados y nos quería matar con la suya. Y yo estaba borracha y cachonda. Borracha por los chupitos que había tomado, y cachonda porque llevaba más de un año sin mantener relaciones sexuales y tampoco era de piedra y porque, aunque Oliver parecía que quisiera matarnos, yo solo era capaz de mirarlo de arriba abajo y recrearme con lo bueno que estaba. Oliver Aston cabreado da mucho morbo.

Con la respiración aún agitada, me acerqué a Adam y le rodeé el cuello con los brazos. ¿Por qué? No lo sé. Quizá porque manteniendo el contacto con Adam me sentía más segura o quizá porque quería llevar a Oliver al límite. Como estábamos en la ciudad del juego, decidí jugar.

Quitó uno de mis brazos del cuello de Adam y toqué el pecho de Oliver incitándolo a que se uniera a nosotros, pero él me cogió la mano y me la apartó. Temblé. ¿Acababa de rechazarme?

El corazón se me desbocó. Entonces cogió mi mano, con firmeza, y me acercó a su cuerpo, alejándome de los brazos de Adam. Hundió su otra mano en mi melena y justo me dio tiempo a inhalar una bocanada de aire antes de que sus labios chocasen con los míos. «Joder, por fin».

En algún lugar recóndito de mi mente aguardaban los recuerdos de sus besos, de aquellos besos que compartimos. Los recordaba como algo extraordinario. Pero llegué a pensar que todo lo que habíamos sentido fue fruto de la novedad y la sorpresa. Acababa de descubrir que me equivocaba.

Me metió la lengua con agresividad, fuera de sí, y yo le respondí de la misma manera. Poco después tuvimos que detenernos porque a ambos nos faltaba el aliento.

Agarré la tela de su camiseta y tiré de él hacía mí para sentirlo más cerca. Para besarlo otra vez. Su boca sabía a alcohol y Coca-Cola. Le metí las manos por debajo de la camiseta y le acaricié la piel desnuda de la espalda.

—Nena —me susurró, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos.

Ni siquiera me di cuenta de que no estábamos en la discoteca. Nos habíamos movido, frenéticos, por el pasillo, en busca del ascensor, sin quitarnos las manos el uno de encima del otro y sin dejar de mordernos los labios. Nos apoyamos en las puertas cerradas del ascensor y Oliver me estrechó contra él. Sus manos me tocaban por todo el cuerpo y me acariciaban con suavidad.

—¡Joder, lo que tarda el puto ascensor! —gritó, enfurruñado, sin despegar

sus labios de los míos.

Caí en la cuenta de algo.

—¿Has pulsado el botón?

Se separó del todo de mí y me miró con los ojos brillantes y enfebrecidos por el deseo.

—No. ¿Y tú?

Negué con la cabeza. Estallamos en carcajadas y pulsamos el botón a la vez. Cuando nuestros dedos se tocaron, el deseo estalló en mi interior. Nos miramos a los ojos y nos quedamos quietos, en silencio, escrutándonos el uno al otro. No había que ser muy listo para saber lo que pensaba mi acompañante.

¿Qué estábamos haciendo? Yo no tenía dudas, tenía claro lo que quería, lo quería a él de una manera tan desesperada que, si se le ocurría arrepentirse, no sabía lo que haría. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que nos habíamos tocado y besado... Lo recordaba como algo alucinante, pero las sensaciones las había olvidado.

Las puertas del ascensor se abrieron y los dos salimos de nuestros pensamientos. Permanecemos quietos. Era el momento de decidir. De decidir si continuábamos o lo dejábamos en ese momento. Una cosa era clara: si parábamos, sería para siempre.

Los dos miramos hacia el habitáculo vacío a nuestro lado y volvimos a mirarnos. «Depende de ti, Olly. Yo estoy dispuesta a entrar y seguir con lo que estábamos. ¿Y tú?».

Un segundo después, me asió de la mano y me metió en el ascensor, me empotró contra la pared y me besó con posesión.

Me subió el vestido, me sacó el pecho de la copa del sujetador y me acarició con suavidad. No sabía dónde estaba el límite entre el placer y el dolor. Gemí, y me arqueé en busca del contacto con su cuerpo. Mi respuesta espoleó a Oliver, que me sacó el otro pecho y me estiró ambos pezones con sus manos, mientras su lengua se volvía más violenta sobre la mía. Me mordisqueó el cuello y me saboreó. Jadeé en su oído.

Sentí su tremenda excitación contra mi estómago. Bajé mi mano y lo acaricié. A Oliver se le escapó un gruñido de placer y me besó más fuerte. Tanto me animaban sus gruñidos que me atreví a acercarme al botón de su pantalón y a desabrochárselo. Metí mi mano por dentro de su ropa interior y cerré mis dedos en torno a él. Oliver impulsó sus caderas hacia mi mano, haciéndome saber que le gustaba lo que hacía y que quería más.

El ruidito del ascensor que avisaba de la llegada a nuestro piso nos paralizó. Se abrieron las puertas y ambos miramos a la vez hacia la salida. Por suerte, no había nadie. De haberlo habido, se hubieran encontrado a una chica con el vestido hasta el cuello y la mano metida dentro de los pantalones desabrochados del chico, y con el aludido con las manos apretando las nalgas de la chica y la boca en su pecho. Esa era exactamente la pinta que teníamos. Lo sabía, porque acababa de verlo en el espejo del ascensor.

Salimos como pudimos, y seguimos besándonos por el pasillo hasta llegar a nuestra habitación. Oliver me dio la espalda para abrir la puerta. Cuando se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros buscando la llave, estos cayeron, dejando el bóxer a la vista. Metí las manos por dentro y le apreté el trasero con las manos.

Consiguió abrir la puerta y, para cuando entramos, ya tenía los vaqueros por las rodillas. Se quitó las botas a una velocidad supersónica y empujó los vaqueros y el calzoncillo hacia abajo hasta sacárselos del todo. Me miró. Sus ojos verdes lucían más oscuros que nunca.

—Necesito arrancarte la ropa.

Sus manos descendieron poco a poco por mi cuerpo, bajaron por la cintura; me sobó el trasero con precisión y me acarició los muslos. Llegó hasta el elástico de mis braguitas y me las quitó. Después, subió el vestido por mi cuerpo y me lo sacó por la cabeza. Me alzó del suelo y le rodeé la cintura con mis piernas. Enredé las manos en su pelo y lo besé con fervor. Nuestras lenguas se encontraron y el gruñido que salió de la garganta de Oliver me puso a cien. Nos movimos a mi dormitorio poseídos por el placer y la excitación. Me tumbó en la cama, clavó sus ojos sexis en los míos y sonrió. Yo me quedé atrapada en esa sonrisa y esos hoyuelos que me volvían loca.

Se agarró su sexo con el puño derecho y se abrió paso a mi interior, gimiendo. No sé cómo tuve un último momento de lucidez.

—Oliver, el preservativo.

—Tarde —me dijo, penetrándome por segunda vez.

—Sal y pónelo. Yo no he estado con nadie, pero tú sí.

—Sara, nunca he estado con nadie sin preservativo.

—Oliver...

—Confía en mí. Nunca te mentaría en algo así.

Lo creí. Aunque, si me llega a decir que era el mismísimo Dios de los cielos reencarnado en un chaval de veinte años, me lo habría creído igual.

Sus músculos se crispaban y distendían mientras nos movíamos. Mis

jadeos eran incontrolables, salían de lo más profundo de mi alma. Mis uñas arañaban su espalda. Mi cuerpo empezó a temblar por la anticipación hasta que me rompí en mil pedazos.

Nos quedamos abrazados intentando recuperar la respiración. Estábamos sudando. No habíamos llegado a quitarnos ni su camiseta ni mi sujetador.

Oliver, no sé, pero yo me quedé dormida al instante. No recuerdo ni que se apartase de encima de mí. Lo que sí recuerdo es despertarnos en mitad de la noche y volverlo a hacer para después dormirnos al amanecer completamente desnudos.

A la mañana siguiente, me desperté como si un camión hubiera pasado por encima de mí. Qué digo un camión, ¡cien camiones! Pero estaba feliz, muy feliz.

Me di la vuelta y observé su perfil. Tenía un brazo bajo la cabeza. La sábana lo cubría justo hasta la altura de las caderas. Aparté la mirada de su piel desnuda y lo miré a la cara. Sus largas pestañas descansaban en sus mejillas y se curvaban justo al final. El bello durmiente se removió y abrió los ojos lentamente.

—Hola —me dijo, con una voz espesa aún por el sueño.

—Buenos días. —Levanté la mano y le aparté el pelo de los ojos. Quizá era una actitud demasiado cariñosa, pero no me salió comportarme con él de otra manera.

Oliver se puso de lado. Sus piernas desnudas buscaron las mías por debajo de las sábanas. Nos enredamos y nos acercamos un poco más. Me contoneé para que viese lo que quería. Lo que necesitaba. Tenía ganas de besarlo hasta dejarlo sin aliento. Y, por lo que parecía, él también, porque entrecerró los ojos y me besó. ¡Y yo sin lavarme los dientes y con la resaca que tenía después de los chupitos! ¡Qué horror!

Se subió encima de mí y metió las manos por debajo de mi trasero.

—¡Quítate de encima! ¡Tiene que saberme la boca a rayos!

Mis palabras fueron engullidas por su beso. Su lengua buscó la mía. Colocó las manos en el colchón a ambos lados de mi cabeza y con la voz enronquecida gimió a la entrada de mi boca.

—Mmm.

—Lo digo en serio, Olly, ¡apártate y déjame ir al baño!

—No.

Me retorcí e intenté escabullirme hacia una de las esquinas de la cama.

—La culebrilla de mar ha vuelto. —Me seguí retorciendo hasta toparme

con el borde de la cama—. Joder, nena, me estás poniendo a cien con ese movimiento.

Y, entre que yo intentaba escaparme y él que no me escapase, acabamos los dos espantados en el suelo y muertos de la risa. Oliver me cogió por debajo del trasero y me subió encima de él. Nuestros sexos quedaron a escasos milímetros el uno del otro. ¡Así no hay quien se resista! Me coloqué en posición y acabé por unirnos del todo.

—Buena decisión.

Acerqué mi boca a su cuello y lo saboreé, le mordí el labio. Oliver movió sus caderas y entró y salió de mí lentamente. Yo me acoplé a sus movimientos, pero de repente frenó.

—Muévete —le ordené, abducida por el placer.

Oliver me miró socarrón.

—A la orden, ojitos azules, solo disfrutaba del momento.

Me moví más rápido encima de su cuerpo y arqueé mi espalda. Le tiré del pelo y conseguí arrancar de su garganta un fuerte gemido. Empujé mis caderas para sentirlo más dentro, y Oliver me sujetó por las caderas para marcar el ritmo.

Se apartó y salió de mi cuerpo, y yo sentí una extraña sensación de vacío muy grande. Volvió a entrar y se quedó quieto, mirándome.

—Lo quiero lento.

—Me vas a matar —le dije. Estaba a punto.

Nos sumimos en un baile lento, sin apartar la mirada el uno del otro. Sin besarnos. Tan solo, observándonos. Llegamos al orgasmo a la vez dos segundos antes de que llamaran a la puerta.

—¿Estáis visibles? —nos preguntó Adam. ¡Qué oportuno!

—¿Nos habrá oído? —le susurré a Oliver.

Me separé de él y me senté a su lado apoyándonos en la cama. Arrancamos la sábana de la cama y nos tapamos con ella.

—Sí, pasa.

—¿Seguro? Me he quedado sordo de tanto gemido, no quiero quedarme ciego también.

—Nos ha oído —me dijo Oliver, guiñándome el ojo.

Adam abrió la puerta y nos vio tirados en el suelo.

—Buenos días, tortolitos —nos dijo, sonriente. No creí que su felicidad se equiparase a la nuestra, pero, desde luego, estaba cerca.

Estados Unidos: ¿somos novios?

Todavía sentados en el suelo, Oliver y yo dimos los buenos días igual de sonrientes a Adam. Agarré la sábana y tiré de ella, destapando a Oliver por completo. Me levanté lo más digna que pude para ir a ducharme. El olor a sexo y a Oliver se desprendía por todos los poros de mi piel.

—Me voy a la ducha —los informé, de camino al cuarto de baño.

—Y yo me piro, luego os veo.

—No te vayas tan rápido —Oliver (en toda su desnudez) frenó a Adam y lo señaló con el dedo—, tú y yo tenemos una conversación pendiente.

—Vale, pero tápate el culo primero.

¿Y Oliver de qué quería hablar con Adam? Se le veía serio. En cuanto tuviera ocasión intentaría sonsacárselo. Abrí el grifo de la ducha y, mientras caía el agua caliente sobre mi piel, una bombilla se encendió en mi mente. Quizá era por lo del beso de la noche anterior. Si existía un código, como me aseguró Adam, tendrían que arreglar las cosas. No me gustaba que discutiesen por mi culpa. Y, además, Adam lo había hecho por mí.

La puerta del cuarto de baño se abrió y, un segundo después, Oliver entró en la ducha. Me rodeó la cintura con los brazos y me acercó a él. Sujeté sus brazos con los míos y me apoyé en su pecho.

—¿Qué tienes que hablar con Adam? —le pregunté a bocajarro.

Oliver suspiró. ¡Cómo no!

—Cosas de tíos.

—Olly, cuéntamelo.

—¿Por qué os enrollasteis ayer Adam y tú? —Me tensé ante la pregunta. ¡Sabía que era por eso! ¿Le decía la verdad o qué le decía? Lo medité unos segundos y me decanté por una mezcla entre la verdad y la mentira. Me di la vuelta y me separé.

—Para darte celos.

—¿Perdona? ¿Te estás quedando conmigo?

—Porque eres guapo, Oliver. Y lo sabes. Y ayer estabas... arrebatador. Para comerte. Me apeteciste —intenté restarle importancia. Que pensase que solo era atracción, no quería asustarlo diciéndole que estaba loca por él— y, como no me hacías caso, se me ocurrió besar a Adam para llamar tu atención. Sé que te atraigo, si no no te hubieras liado conmigo la primera vez.

Ya lo había dicho. Oliver me observó con sus ojos verdes. No se movió, no pestañeó. Ni siquiera me puso su sonrisilla de canalla cuando reconocí que me resultaba guapo. «Has dicho arrebatador, Sara. A. RRE. BA. TA. DOR. Te mereces una bofetada mental. ¿Así disimulas que estás loca por él?».

El chorro de agua le caía con fuerza en la cabeza y el pelo se le pegaba a la frente. Me miró de una manera que me costó entender. Era como si quisiera leerme, como si quisiera adentrarse en mi mente.

Abrió la boca para hablar, pero la cerró de nuevo. Puso los brazos en jarras y siguió mirándome. Después de lo que me parecieron horas, habló.

—¿Se te ocurrió a ti?

—A los dos —contesté sin pensar.

—Un poco arriesgado, ¿no crees? —Apartó las manos de mi cintura y las apoyó en la pared cerca de mi rostro—. ¿Y si no me hubiera molestado?

Moví la mano, quitándole importancia al tema.

—Adam sabía que te molestaría.

Entonces fue Oliver quien se tensó con mis palabras. Su expresión pasó de dudosa a cautelosa.

—¿Qué coño te ha contado el bocazas de Adam?

«Eh, tranquilo, ¿a qué viene esa actitud?».

—No sé qué de un código entre tíos. Resulta que, como tú y yo nos enrollamos en el pasado, estoy vetada para todos tus colegas.

—¿Y nada más?

—¿Qué más tendría que contarme?

Entonces fui yo quien arrugó la frente.

—Nada.

—Pues eso.

—Bien.

—¿Me vas a besar ya?

Sonrió y me besó.

—Sigo estando... mmm... ¿arrebatador?

Ya sabía yo que me lo restregaría de un momento a otro.

Una semana después, nos mudamos a un pequeño adosado ubicado en las afueras de Las Vegas. Era una monada de apartamento. Me enamoré de él en cuanto lo vi. Las paredes estaban pintadas de un amarillo muy suave y todos

los muebles eran de madera. Parecía muy cuidado y decorado con mimo. Tenía dos habitaciones, una de ellas con cuarto de baño. Nos lo echamos a suertes y me tocó a mí la habitación completa. Y Oliver, con la excusa del baño, se mudó conmigo. Permanentemente. Nuestra habitación tenía una cama bastante grande y un pequeño balcón que daba acceso al mini jardín que teníamos.

Esa noche, me tocaba turno en la discoteca. No me apetecía nada, quería estar con Olly. Por suerte, tanto él como Adam vinieron a verme. Les serví unas cervezas y seguí trabajando. Era viernes y el local estaba a reventar.

Cuando la noche se calmó, nos juntamos todos los camareros a charlar un rato. Mis amigos también se acercaron. Ben, uno de los camareros, que se llevaba muy bien con Olly, le sugirió que, el próximo domingo que librásemos, podíamos ir al local de moda que le había recomendado. Como no tenía ni idea de lo que hablaban, le pregunté sobre ello, y nos explicó que había un bar, cerca del hotel en el que trabajábamos, donde se escuchaba música en vivo. Las personas del público podían salir a cantar o tocar algún instrumento. Podía ser *cover* o no. Se aceptaba de todo y cualquiera podía subir al escenario. No era necesario inscribirse en ningún sitio, iba sobre la marcha. Pintaba bien.

A última hora de la noche, no podía más. La música explotaba en los altavoces a un volumen ensordecedor. Yo servía copas a mis últimos clientes y contaba los minutos para salir. Mientras esperaba a que me pagasen la consumición, dirigí la mirada a mi chico. Sí, mi chico. Porque siempre sería mi chico, y no me importaba lo que él pensase al respecto. Se había quedado a esperarme hasta última hora. Qué tierno. Adam hacía horas que se había ido de fiesta con unas turistas españolas. No volveríamos a verle el pelo hasta la mañana siguiente. Oliver me observaba con atención desde el otro extremo de la barra mientras daba pequeños sorbitos al botellín de cerveza que sujetaba en la mano. Aparté la mirada y cogí el dinero que habían dejado en la barra los chicos de la última ronda.

Me quité el delantal y salí de la barra. Me acerqué a Oliver y me quedé parada enfrente de él. Primero, nos miramos a los ojos. Luego, su mirada me recorrió el cuerpo con lascivia. Subió por las piernas y llegó hasta mi boca. Después, sus ojos abandonaron mi boca y volvieron a estar fijos en los míos. Aumentó la temperatura de mi cuerpo por momentos. Y la de todo el local.

Metió las manos por la cinturilla de mis pantalones y se adueñó de mi boca. Enseguida nos separamos, a fin de cuentas, estábamos en nuestro lugar

de trabajo. Inspiré hondo y su mirada se volvió más intensa.

—Vámonos a casa.

Me pasó el brazo por los hombros y, juntos y agarraditos, nos fuimos a casa.

Ese domingo, decidimos pasarnos por el local que nos había recomendado Ben la otra noche. Nos costó encontrarlo, porque estaba escondido en un callejón, y por un momento casi nos rendimos. Menos mal que no lo hicimos. Porque resultó ser todo un descubrimiento. Entramos, y me gustó desde el primer momento. Se respiraba un aire, no sé... agradable, amigable, musical, sano.

La barra se situaba a la izquierda de la entrada y, al fondo, había un escenario muy iluminado, con un montón de instrumentos musicales encima. Las mesas estaban dispuestas por todo el bar menos por la zona del escenario, que permanecía vacía. Pedimos unas cervezas y nos sentamos en una de las mesas.

Sin previo aviso, unas chicas se subieron al escenario y comenzaron a versionar una canción de Bon Jovi. Una de ellas tocaba la guitarra y la otra cantaba. Cuando acabaron, otra pareja se animó y cogió la batuta. Lo divertido era que no había nada preparado; salías y sacabas lo que llevabas dentro. Así de sencillo. Era perfecto.

Adam repiqueteaba con los dedos en sus muslos, siguiendo el ritmo de la melodía. En ese instante, en el escenario se encontraba una pandilla de cinco chicos que imitaban a los Sex Pistols. Nuestros compañeros de trabajo aparecieron y se quedaron en la barra disfrutando del espectáculo. Cuando acabaron, todos aplaudimos entusiasmados. Había sido bestial.

—Eh, tíos. —Ben saludó con una palmada en la espalda a mis amigos y a mí con un beso en la mejilla—. ¿Qué os ha parecido?

—Cojonudo, chaval. Este sitio es de puta madre —Adam contestó por los tres.

—Ya te dije que os fliparía —se dirigió a nuestro Olly—. Cualquier músico que se precie adora este lugar.

—Estoy de acuerdo —contestó el rubiales.

—Oye, tío, ¿por qué no te animas y sales a cantar algo con tu chica y con Adam?

¡Toma, lo que había soltado el chico sin pensar! *Tu chica*. Miré atentamente a Oliver, pero no parecía haberse dado cuenta, porque ni se inmutó; solo nos miraba buscando una confirmación.

—¿Vamos?

Adam y yo asentimos con la cabeza. Hacía muchísimo tiempo que no tocábamos los tres juntos. Lo echaba de menos. Eran nuestros momentos especiales.

Subimos los tres al escenario. Desde allí arriba, se veía todo tan diferente... Oliver cogió el micrófono y se colocó una de las guitarras, Adam cogió otra y yo me senté al piano. Los murmullos se silenciaron y la música que sonaba por los altavoces cesó. Los focos me apuntaban a los ojos. No habíamos preparado nada, pero no era necesario. En cuanto Oliver tocó los primeros acordes con su guitarra, Adam y yo lo seguimos. Llevábamos jugando a ese juego desde la pubertad. Oliver elegía un tema y empezaba a interpretarlo con su guitarra, en cuanto Adam y yo le cogíamos el ritmo, cambiaba a otro tema y así sucesivamente hasta que nos aburríamos.

Oliver eligió *You Shock Me All Nighth Long*, de AC DC, para empezar. Comencé a tocar los acordes en el piano y tocamos los tres al compás perfectamente compenetrados. Después de cantar el primer estribillo, Oliver cambió de canción. Dos segundos y reconocí la pieza: *Blitzkrieg Bop*, de Los Ramones.

Seguimos interpretando temas uno detrás de otro. Red Hot Chili Peppers, Aerosmith, Los Beatles, Guns N' Roses, Coldplay, Queen, Lenny Kravitz. Para el gran final, Olly escogió una pieza de Nirvana, *Lithium*. Por ser la última, la interpretamos de principio a fin. Me encantaba observar a Oliver cuando cantaba, me hipnotizaba. Lo que más me gustaba era cuando empezaba a gritar como buen rockero. Tenía un bonito perfil, me encantaba ver cómo se le curvaba el pelo rubio bajo las orejas, y esa irresistible curva de sus labios... Vamos, ¡músico follable en toda regla! «Y sí, Sara, tú te lo estás tirando».

Cuando acabó la actuación, el garito se llenó de aplausos y vítores. Bajamos del escenario y nos siguieron aplaudiendo. ¡Menudo éxito! El público nos daba palmaditas mientras regresábamos a nuestra mesa. Nos sentamos, y la pandilla de Ben vino a felicitarnos en persona. Nos tomamos otra copa, y otra, y otra, y otra más.

Cuando mi estómago no daba más de sí, sugerí a Oliver que nos fuéramos a casa. Buscamos a Adam y lo vimos entretenido liándose con una pelirroja.

Nos acercamos para decirle que nos íbamos, pero nos despachó enseguida.

Salimos a la calle dando un traspié. Estábamos los dos bastante perjudicados, Oliver incluso más que yo. Casi tuve que llevarlo a rastras, no sabía si íbamos a ser capaces de llegar a casa. Pesaba demasiado. Lo mejor era coger un taxi. Con torpeza, me quité mis zapatos de tacón. Mis doloridos pies no los aguantaban más. Dejé a Olly sentado en el bordillo de la acera y me asomé a la carretera en busca de un taxi.

—Joder, menudas vistas tengo desde aquí abajo.

Oliver arrastró sus manos por mis piernas. Empezó por los tobillos y fue subiendo con deliciosa lentitud. Giré la cabeza y vi su descarada sonrisa provocándome.

—Nene, no se te va a levantar.

—¿Qué? —Se levantó y me acercó a su cuerpo—. ¿Es eso un reto?

Me envolvió en sus brazos y me empujó por la calle hasta empotrarme contra el coche más cercano. Se apretó fogosamente contra mí y se restregó arriba y abajo. En pocos segundos, estaba ardiendo. Nos besamos sin dejarnos respirar. Oliver me agarró por la cintura y me dio la vuelta, colocándome de frente contra el coche.

—Oliver.

—Shhh, concéntrate en lo que estamos.

Metió las manos por debajo de las medias y las fue bajando poco a poco. Comenzó a besarme y a chuparme los tobillos. Y fue subiendo. Me besó la parte trasera de las rodillas. Y siguió subiendo. Me besó los glúteos y me separó las piernas con su rodilla. Apoyé las manos contra el cristal del coche. Esperaba que al dueño todavía le quedase fiesta por delante...

Aunque intenté evitarlo, los gimoteos me salieron solos. Me estaba volviendo loca. Sus dientes presionaban en los puntos más débiles. Me ardía la piel. Metió la cabeza por debajo de mis piernas y con la lengua accedió al centro de mi sexo. Y yo me quería morir, pero de gusto. Oliver me besaba con absoluta delicia. «Joder, vaya lengua».

—Oliver, no puedo más.

Se levantó y se puso detrás de mí en toda su longitud. Tanteé a través de su bóxer su impresionante erección. Sus manos se unieron con las mías para desabrocharse el pantalón. Cuando se lo soltó, me sujetó las manos y me las puso en el techo del coche por encima de mi cabeza. Me separó más las piernas, me bajó la ropa interior y me penetró de golpe. Sujetó mis manos con las suyas y se movió en mi interior con estocadas fuertes. Sus sonidos

graves y roncosp me llevaron al extremo.

Me chupó el lóbulosp de la oreja y me deshice un poquito más. El orgasmo se cocía en mi interior. Los dos estábamos jadeando y nuestras manos se apretaron fuertemente.

—Oliver...

—Ya voy, joder.

No podía más, intenté pensar en otra cosa para alargarlo, pero no pude. Solo podía pensar en Oliver, en su olor, en su tacto, en sus besos...

—¡Ya! —me gritó.

Me dejé llevar. El fogonazo de calor se extendió por todos los rincones de mi cuerpo. Nos quedamos quietos, en la misma postura, recuperándonos del asalto. Oliver se apartó de mí para respirar hondo.

—Reto superado. Ahora, llévame a casa.

Paré un taxi, y el conductor tuvo que ayudarme a meter a Oliver en el coche. Le di mi palabra de que no vomitaría y le supliqué que, por favor, nos llevase a casa. Vivíamos a cinco minutos. Cuando conseguimos sentarlo en los asientos de atrás, su espalda fue arrastrándose poco a poco hasta caer. No me quedó más remedio que subirme de copiloto. Le puse cara de circunstancias al conductor y arrancamos.

Escuché a Oliver gruñir y quejarse. Mi mente se dividió en dos pensamientos, el primero, que no vomitase. El segundo, en el tremendo polvazo que acabábamos de echar.

—¿Nena?

—Estoy aquí —le dije desde mi posición.

Oliver palpó el asiento a su lado.

—¿Por qué no duermes conmigo?

—Porque no estamos en la cama.

«Y cállate ya, por Dios». Era capaz de empezar a decirme guarradas sin ningún tipo de filtro.

Cuando llegamos a nuestra calle, di gracias a todos los dioses del Olimpo por ayudarme a conseguirlo. El taxista tuvo que ayudarme a meter a Oliver en casa. Lo tiramos en la cama y salimos a la calle. Le pagué la carrera y volví a casa.

Me puse de rodillas en la cama y le quité la ropa a Oliver, que olía a sexo y alcohol.

—No sé si voy a poder darte otro —balbuceó el borrachín.

—¿Pero qué dices de otro? ¡Si estás inconsciente! —Lo levanté lo justo

para pasarle la camiseta por la cabeza.

Ni me contestó. Se había dormido.

Unas horas después, me desperté temprano, con un dolor de cabeza de campeonato. Recogí toda la ropa tirada por el suelo, tanto de Oliver como mía. Vestido, medias, pantalones... Mientras tanto, tarareé una de las canciones que habíamos tocado la noche anterior. Se me había metido en la cabeza y no quería salir. Cuando recogí la última prenda, descubrí que mis zapatos no aparecían.

Me agaché y los busqué debajo de la cama, pero nada. Salí al salón y seguí buscando.

—¿Qué buscas, nena? —Oliver se había despertado y caminaba hacia mí bostezando y estirándose.

—Mis zapatos.

—¿Qué zapatos?

—Los que llevaba ayer. ¿Tú recuerdas si entré con ellos en casa?

Oliver me miró levantando las cejas.

—Ni siquiera recuerdo cómo coño llegamos a casa.

—Mejor.

—Creo recordar que no es la primera vez que pierdes unos zapatos. Deberías salir de fiesta con playeras. —Se acercó a mí y me dio un pico en los labios. Era un beso de buenos días. O un beso de «no aguanto ni un minuto más sin besarte». Y había un pequeño aleteo de mariposas en mi estómago. ¿Me quiere? ¿Somos novios?

Las semanas pasaron y nuestra estancia en Las Vegas empezó a hacerse pesada. Había muchas cosas que hacer, pero llevábamos allí tres meses y lo habíamos visto todo. Habíamos entrado en el mes de abril, y el calor empezaba a apretar. Lo mejor eran las noches. Después de trabajar, solíamos ir al local donde tocamos los tres juntos aquella primera vez y casi siempre acabábamos subiendo al escenario por petición popular. Luego, tomábamos algo y nos marchábamos a casa, donde Oliver y yo hacíamos el amor dulcemente. Todas las noches.

Una mañana, me desperté entre sus brazos, con la cabeza apoyada en su pecho. Escuché los latidos de su corazón. Acompasados, tranquilos. Aunque no quería, tenía que levantarme.

Me moví por el apartamento hasta la habitación de Adam. Ese día le tocaba turno de mañana en el bar. Un par de semanas atrás, nos habían ascendido de camareros de copas por la noche a camareros de día, donde las propinas eran mejores. Entré directamente y aparté las cortinas.

—Adam, levántate. Vas a llegar tarde.

—Asdkjnsd.

—Lo que quieras, pero levántate ya.

Salí de la habitación y fui a la cocina a preparar el desayuno para los tres. Mientras exprimía las naranjas, Oliver se acercó a mí por detrás y metió las manos por debajo de mi ropa interior mientras me besaba en el cuello.

—Buenos días. Mmm, ¿esto es para mí? —Cogió el zumo de naranja que acababa de preparar y se lo bebió.

—Joder, ¿no estáis hasta los cojones de trabajar? —Adam hizo su aparición en la cocina—. Yo llevo más de un año sin parar apenas. Necesito unas putas vacaciones.

—¿Y de qué vamos a vivir, Adam? —le preguntó Olly.

Se me ocurrió una idea.

—¿Y si nos vamos a Malibú a casa de mis abuelos? Por lo menos tendremos alojamiento gratis.

—Hostia, qué buena idea.

—¿Y de dónde vamos a sacar las llaves? —Oliver siempre sacando la puntilla a todo.

—Puedo llamar a mi abuela, pondré vocecita de niña buena y le diré que estamos agotados y que si nos dejan la casa durante una temporada. Y, por supuesto, sin que se entere mi padre.

A nuestras familias siempre les comunicábamos nuestros movimientos, en todo momento sabían qué ciudad estábamos visitando, pero nunca nunca les decíamos en qué hotel estábamos o la dirección del apartamento. No queríamos que se presentasen allí de improviso. Tomamos la decisión de venir solos y así queríamos estar, hasta el final.

—Me gusta cómo piensas, ojitos azules.

Esa mañana, llamé a mi abuela y le di un poquito de pena. No me costó más de dos minutos convencerla. No solo nos dejaban la casa, me aseguró que la chica de la limpieza se encargaría de todo una vez a la semana y nos haría la compra de comida y de todo lo que necesitásemos.

Pero no podía abandonar Las Vegas sin despedirme del Gran Cañón. Aquel sitio me había calado hondo. Era impresionante, y aproveché la última

tarde para visitarlo por última vez. Oliver decidió acompañarme y juntos recorrimos, una vez más, el *Skywalk* y los alrededores. Convencimos a varios turistas para que nos sacaran fotos mientras saltábamos al borde de los precipicios. Alguno puso cara de susto pensando que podríamos caer por el barranco, pero lo teníamos controlado.

Algunas de esas instantáneas las guardo en mi memoria como recordatorio de uno de los momentos más especiales que he vivido con Oliver. Porque lo que sucedió después, lo que sucedió mientras el sol se escondía y el Cañón se vestía de rojo, lo recordaré siempre como lo más bonito que he vivido en mucho tiempo.

Oliver y yo nos sentamos al borde de uno de los precipicios a ver el atardecer. Nos quedamos los dos con las rodillas subidas y nuestros brazos rodeándolas. Y, en medio de esas espectaculares vistas, Oliver apartó la mirada y se concentró en mí. Se acercó, despacio, a mis labios, y me besó. Me besó con dulzura y me di cuenta de que, obviando aquel beso que Oliver me robó mientras yo intentaba olvidarme de Will, era la primera vez que nos besábamos sin sexo o alcohol de por medio. Era nuestro primer beso de... ¿amor? De ¿pareja? No sabría catalogarlo, pero una cosa era segura, era nuestro primer beso de ALGO.

Tres días después, estábamos subidos en un avión rumbo a Los Ángeles. Mi abuela nos había mandado los billetes por correo. No nos lo pensamos ni medio segundo. Aceptamos.

En el avión, me tocó sentarme en el medio. Adam iba en la ventana y Olly en el pasillo. A medio camino, me entraron ganas de ir al cuarto de baño. Me levanté y caminé por el estrecho pasillo hasta los servicios. Cuando me lavaba las manos llamaron a la puerta.

—Ya voy —grité.

Siguieron llamando con insistencia.

—¡Que ya voy!

Volvieron a llamar. «¿Será posible?». Abrí la puerta con impaciencia, dispuesta a ponerle cara de rottweiler a quien quisiera que estuviese llamando.

—¡Olly! —Me sobresalté al verlo—. ¿Qué haces aquí?

—¿Tú qué crees? —Me empujó para dentro—. Déjame pasar, que viene una azafata. Venga, venga, venga, que viene ya.

—Pero ¿qué haces? —Sonreí y negué con la cabeza, mientras cerrábamos la puerta—. ¡Estás loco!

Oliver me agarró del trasero y me empujó contra el pequeño lavabo. Me besó.

—¡Estate quieto! ¡Nos van a pillar!

—Tranquila, nena, no nos pueden echar del avión. —Siguió besándome hasta dejarme sin aliento. Me succionó el cuello con fuerza.

—¡Olly, me muero de la vergüenza si nos pillan! —Le puse la mano en el pecho para apartarlo, pero no hice demasiada presión. ¿Quién podía negarse a ese chico?

Le rodeé el cuello con las manos y me rendí a sus besos demoledores. Me colocó encima del diminuto lavabo, donde apenas me entraba el culo, y me acarició la piel por debajo de la camiseta. Me eché para atrás para ponerme cómoda. Apoyé la cabeza en el espejo y empecé a notar que se me mojaba el trasero. ¿Pero qué...?

—¡Mierda!

Me bajé con rapidez del lavabo y me toqué el pantalón. ¡Estaba empapado!

—¿Qué pasa?

—¡Estoy mojada!

—Pues claro, nena, de eso se trata. —Siguió metiéndome mano sin inmutarse.

—¡Que no es eso!

Miramos los dos hacia el grifo y sí, efectivamente, lo había abierto con el trasero. Las carcajadas de Oliver tuvieron que oírse hasta en la cabina del piloto.

—No te rías, idiota.

—Venga, tampoco es para tanto, es solo agua.

Con que esas teníamos, ¿eh? ¿Solo era agua?

Me giré hacia el grifo abierto y me llené las manos de agua. Me di la vuelta con cuidado y... ¡toma!

—¡Me has mojado los pantalones!

Entonces, la que se partía de la risa era yo.

—Ahora estamos empatados.

—¡Joder, parece que me he meado! ¡O peor, que me he corrido en los pantalones! ¡Te vas a enterar!

Antes de que Oliver tuviera tiempo de coger agua, me llené las manos y volví a apuntarle en el mismo sitio. Forcejamos y luchamos por mojarnos el uno al otro, pero lo único que conseguimos fue mojar el suelo.

—Mira la que has liado.

—Vámonos.

Abrimos la puerta del baño y descubrimos que no había nadie fuera. Menos mal. Oliver me empujó para dentro del baño.

—Espera, que salgo yo primero.

—¡Ni lo pienses! Yo no me quedo aquí sola después de la que hemos organizado.

Oliver carraspeó y se irguió todo digno. Salimos entre risas, pero enseguida paramos y nos comportamos. No queríamos que se pensasen otra cosa. Antes de sentarnos, Adam nos miró, y sus ojos se dirigieron a la entrepierna de Oliver.

—Joder, lo vuestro es increíble. Parecéis conejos.

—Adam, es agua. No hemos hecho nada —intenté explicar.

Nuestro amigo puso los ojos en blanco.

—Sí, no te jode. Y yo me chupo el puto dedo. —Negó con la cabeza y se giró a mirar por la ventana.

Oliver y yo nos sentamos en nuestros asientos. ¡Tenía el trasero congelado! Me incorporé y me toqué el pantalón con la mano.

—Jolín, estoy empapada.

Adam bufó.

—No quiero saber nada.

Estados Unidos: Los Ángeles

Cuando el taxi nos dejó en la mansión de Malibú, mis abuelos ya nos esperaban en la entrada. En cuanto nos vieron bajarnos del vehículo, vinieron corriendo a recibirnos (todo lo que dan de sí, claro) con besos y abrazos.

—Abuela, te has chivado al abuelo —la reñí, mientras me daba besos por las dos mejillas.

—Estaba loco de ganas por verte. Pero tranquila, que os vamos a guardar el secreto. —Me sonrió confidente—. Podéis quedaros aquí el tiempo que queráis.

Entramos en la casa y estaba todo como siempre. Las paredes pintadas de azul pastel, los techos altísimos, los muebles de madera blanca, el piano de cola, los grandes ventanales por los cuales entraba el sol a raudales, la escalera de caracol en la que tantas veces me había deslizado por la barra...

Subí las escaleras pasando mi mano por el pasamanos de madera maciza. Los demás me seguían de cerca. Miles de recuerdos me vinieron a la cabeza. Había vivido tantas cosas en aquella casa. La última vez que había estado ahí fue en el proceso de recuperación de mi accidente. Se me encogía el corazón solo de pensarlo. Qué negra veía la vida en aquel entonces. Todo me parecía mal y no tenía ni un solo pensamiento positivo. Me alegré de haber salido de aquello, aunque supuse que era algo que debía vivir para convertirme en lo que era en aquel momento.

Llegamos a mi cuarto y mis abuelos me ayudaron a meter las maletas en la habitación. Adam y Oliver pasaron de largo hasta llegar a sus habitaciones, no sin antes lanzarme Oliver una mirada de «volveré». Mi habitación lucía como siempre. El armario blanco empotrado en la pared, el sillón de lectura en una de las esquinas, en el cual Oliver había pasado tantísimas horas practicando con la guitarra, la gigantesca cama con el cabezal de madera en tonos blanco y azul y el cristal detrás de la cama que cubría la mitad de la pared.

Abrí el armario y descubrí con emoción que tenía muchísima ropa veraniega colgada en las perchas. Por fin ropa nueva, llevaba casi dos años poniéndome las mismas prendas. No podíamos gastarnos el dinero en ropa. La comida y el alojamiento primaban.

Cuando hubimos organizado las cosas, mis abuelos nos invitaron a

almorzar en un restaurante del centro del pueblo. Se pararon a saludar a unos amigos y, mientras tanto, nos acercamos a la mesa que nos indicó el camarero. Oliver me apartó la silla para que me sentase y me dio un suave beso cariñoso en los labios. Era la primera vez que nos besábamos en público a la luz del día. Con mis abuelos a dos pasos. En nuestro memorable beso del Cañón, no hubo testigos.

Durante la agradable comida, les contamos a mis abuelos muchísimas historias y hablamos de todo un poco. Mi abuelo me preguntó por mi padre y mis hermanos. Le prometí que los llamaríamos todas las semanas y se quedó más tranquilo. «La familia es importante», repetía siempre. Después de la comida, mis abuelos regresaron a su casa de Los Ángeles.

En cuanto volvimos a casa, lo primero que hizo Oliver fue trasladar su maleta a mi dormitorio.

—¿Dónde está el telescopio? —me preguntó, mientras apartaba mi ropa del armario para uno de los lados y así poder colocar la suya.

Años atrás, mi abuelo nos regaló un telescopio por navidades. Sabía lo enganchado que estaba mi amigo a los astros del firmamento. Era viejo y se había quedado obsoleto, pero lo seguíamos usando siempre que veníamos en verano.

—Supongo que donde lo dejaste la última vez —le contesté, asomándome al armario para comprobar que no me robase ninguna percha más.

Para cuando anocheció, habíamos encontrado el ansiado telescopio y salimos un rato los tres al jardín a estrenarlo.

Las primeras semanas en Malibú fueron de adaptación. Todos los lunes venía una cincuentona muy simpática a limpiarnos la casa y prepararnos la comida. El resto de la semana nos apañábamos solos. Mi abuela me llamaba a diario para asegurarse de que estábamos bien, que comíamos bien, que lavábamos la ropa... Y todos los días le repetía que llevábamos dos años cuidándonos nosotros solos. Yo era un desastre en la cocina, y Oliver era todavía peor, por lo que llevábamos todo ese tiempo alimentándonos de lo que nos preparaba Adam, pero eso ella no lo sabía.

Solíamos jugar al béisbol a menudo, pero Oliver y sus superreflejos supersónicos siempre nos ganaban. Y, cada noche, cogíamos el telescopio e íbamos a ver las estrellas a la playa. En ocasiones, incluso nos llevábamos

algo para cenar allí los tres juntos, pero Adam enseguida se aburrió y acabamos yendo solos Olly y yo.

En ocasiones, quedábamos con nuestros amigos del vecindario. En cuanto los avisamos de que andábamos por allí, no tardaron ni media hora en presentarse en nuestra casa. Formábamos un grupo grande, unas veinte personas. Nos conocíamos desde niños. Había más chicos que chicas. Entre ellas, la primera chica con la que Oliver se había dado su primer beso con lengua y algún que otro chico que tonteaba conmigo en aquellos años en los que aún éramos adolescentes de no más de quince años.

Había uno de ellos en concreto que, todos los veranos, merodeaba detrás de mí. Lo tenía loco. Siempre lo había rechazado y jamás había mostrado más interés en él que el de la simple amistad, pero, aun así, me tanteaba cada vez que tenía ocasión. Pero ese verano Oliver se encargó de que todo el *grupito* supiese que estábamos juntos. Era como si llevara años deseando darle en las narices con ello.

Y no era nada sutil, me cogía de la mano, me besaba, me mordisqueaba, me sentaba encima de él... Adam, que lo veía todo, ponía los ojos en blanco y se metía con su mejor amigo siempre que tenía ocasión:

—Si quieres puedes mearle encima, pero creo que ha quedado claro que estáis juntos. Relájate, rubiales, ese gilipollas no creo que se le vuelva a acercar.

Una noche cualquiera, Olly y yo paseábamos por la playa con un par de linternas y con el telescopio en la mano. Bajé la linterna y enfoqué a su retaguardia. Ese trasero. Cómo me provocaba su movimiento de caderas. Oliver se giró para decirme algo y rápidamente enfoqué la linterna hacia su cara.

—¿Me estabas enfocando el culo con la linterna?

Quizá no fui tan rápida.

—¡Jamás se me ocurriría! Además, lo tengo muy visto —intenté disimular.

—Ya. Lo que tú digas, perversa.

—¡Yo no soy una perversa! —De un salto me subí a su espalda.

Forcejamos hasta que caímos los dos en la arena. Dimos vueltas por el suelo hasta que quedé encima de él. Nos besamos y nos magreamos. Ya que estábamos en postura...

—Me estabas mirando el culo, reconócelo. —Me mostró su sonrisa más canalla, sí, la de los hoyuelos—. Adoras mi trasero.

—Vamos, levanta de ahí, antes de que te veas aplastado por tu enorme ego.

Me levanté y busqué mi linterna. Había caído por algún lado, cerca de donde estábamos, pero no la encontraba. Agarré la suya, que aún sujetaba en la mano, y enfoqué hacia la arena.

—Mierda.

—¿Qué ocurre? —me preguntó, todavía tumbado en la arena y sin ninguna intención de levantarse.

—No encuentro la linterna.

—Así ya no puedes mirarme el culo.

—¡Cállate y ayúdame a encontrarla!

—Tengo una idea mejor. —Me asió del brazo y me tiró al suelo. Caí de rodillas y él se incorporó para quedar a mi altura.

Su linterna se cayó conmigo y quedó boca arriba, enfocando lo mínimo para que nos viésemos entre nosotros.

Sus labios se fundieron con los míos. Nuestras lenguas se encontraron y se saborearon. Lo que empezó siendo un beso inocente se convirtió en un arrebató de pasión en toda regla. Sus manos buscaron mi cuerpo, que se entregó a ellas sin reservas. Separamos nuestras bocas lo justo para que Oliver metiese las manos por debajo del vestido y tirara de él hasta sacármelo por la cabeza. Yo lo imité y le quité la camiseta. Lo empujé y lo tumbé boca arriba en la arena. Posé mis labios en uno de sus pezones y comencé a besarlo, bajé por las costillas, besé su hermoso torso en forma de uve y subí hasta encontrarme con su otro pezón. Oliver se estremeció, y yo sonreí por lo que era capaz de provocarle con mis besos.

—¿De qué te ríes? —Dejó de acariciarme e inclinó la cabeza hacia arriba. Distinguí la expresión confundida de su rostro por la suave luz que llegaba desde la linterna.

—De ti. —Me incorporé y lo besé suavemente en los labios.

—¿De mí? —me preguntó, asombrado, separándose de mis labios.

—Se te pone la piel de gallina cuando te beso —confesé, reprimiendo una carcajada.

—A eso se le llama sentir, ojitos azules. —Me desternillé de la risa—. Y tú también lo haces. ¿Te lo demuestro?

Antes de que me diese tiempo a contestar, me agarró de las nalgas y me dio la vuelta chocando mi espalda contra la arena y quedando él encima de mí. Me quitó el sujetador y comenzó a besarme por el pecho. Un calor sofocante descendía por mi sexo y gemí de placer.

Bajó con los labios sobre mi cuerpo hasta llegar a mi ropa interior. Me la arrancó y me repasó de arriba abajo comiéndome con la mirada. No se cortó un pelo y recorrió una y otra vez mi cuerpo, parándose varios segundos de más en mis pechos. Inclino la cabeza hacia mi sexo y se chupó el labio inferior con la lengua, pero no me tocó. Su expresión era de puro deseo. ¡Joder! Terminaría muy pronto como siguiere mirándome de esa manera.

Mi cuerpo se estremeció ante tal pensamiento y noté cómo se me puso la piel de gallina por las piernas y los brazos.

Oliver me acarició los muslos con las puntas de sus manos y sonrió socarrón.

—Vaya. ¿Qué tenemos aquí? Y ni siquiera me ha hecho falta tocarte. ¡Soy el puto amo!

—Eres un idiota.

—Y tú, una sinsorga. Y, ahora, te voy a follar.

Esa boca sucia que tenía me volvía loca. Me incorporé y lo agarré de la nuca para besarlo, morderlo y comérmelo entero.

—¡Cómo te pone que te diga guarradas! —Me devolvió los besos, riéndose a la vez.

—¡Cállate y bésame!

—Pero ¿a que te pone? —insistió, tumbándome en la arena.

No se podía imaginar cuánto. Me ponía cachonda solo de oírlo. Nos quedamos tendidos de costado mirándonos de frente.

—¡Dímelo! Pídeme que te diga guarradas mientras lo hacemos. —Me separó las piernas con la mano y accedió a mi sexo. Me retorcí de placer buscando más—. Vamos, nena, córrete en mi mano. —Sus movimientos se volvieron más acelerados. Gemí en su oído hasta que me arrolló el orgasmo y Oliver silenció mis gritos con su boca.

Cuando me recuperé, lo tumbé de un empujón y lo desprendí de la ropa que le quedaba.

—No sé si me pone a mí más cachonda escucharte decir guarradas o a ti decírmelas.

—Móntame. Necesito estar dentro de ti.

Me senté sobre sus muslos, nuestros sexos se rozaron. Quería ir despacio, pero Oliver movió sus caderas y me penetró de un empujón.

—Ah —grité.

Oliver salió y volvió a entrar de un empujón.

—Hoy lo quiero fuerte —confesó nublado por el placer.

—Sí...

—¿Sabes también lo que quiero?

Nuestras caderas se separaban y encontraban en movimientos sincronizados.

—¿Qué quieres? —Lo miré a los ojos y me quedé ahí, enganchada.

—Metértela por el culo, joder. —Creí que se correría solo por lo que acababa de decir.

Porque me invadía el placer, que, si no, le decía cuatro cosas. ¿Por la retaguardia? Creo que no.

—Ni lo pienses. —Detuve mis movimientos y lo miré desafiante.

—Bueno, ya lo discutiremos. Joder, no pares.

Inicié mi movimiento de caderas en círculos.

—Puedes matarte a pajas pensando en ello si quieres, porque no lo vas a hacer.

—Ya lo hago.

Detuve mis movimientos, otra vez.

—¿El qué?

—Matarme a pajas pensando en ello. Y no pares, coño.

Oliver arrancó nuestros movimientos.

—¿Te masturbas pensando en mí?

—Sí, claro. —Me agarró de las nalgas y me penetró con más fuerza—. Cuando tengo ganas de follarte y no estás conmigo, de alguna manera tengo que bajarme la hinchazón.

Oliver y su sinceridad. La sola imagen de él dándose placer hacía que mi cuerpo se convirtiese en gelatina.

—Eres un perverso.

—Ya lo creo que sí.

—Quiero verlo. —Lo acepto, yo también soy un poco perversa. Pero la sola idea de imaginármelo dándose placer a sí mismo me ponía a cien. Sin parar de penetrarme, me miró a los ojos y sonrió.

—¿Quieres ver cómo me masturbo?

Joder, esa boca. Sonidos entrecortados salían de su boca mientras me decía guarradas. No tardaría ni un minuto más en terminar.

—Sí.

—Hecho. —Me mordió el lóbulo de la oreja y me succionó el cuello con fuerza.

—Más fuerte —le ordené. Toda esa conversación me sobrepasaba—. Sí, así. Olly, no pares.

—Ni loco.

—No puedo más...

—Hazlo ya.

Terminamos desmadejados uno encima del otro. La sensación que tenía mi cuerpo era de calma total. Adoraba los momentos post orgásmicos.

—Joder, nena. Hoy no hemos llegado ni a colocar el telescopio.

—¿Acabamos de hacer el amor y en lo primero que piensas es en tu telescopio?

Oliver me miró con cara de inocente. No tenía remedio.

—Me he olvidado de él mientras lo hacíamos.

Ah, bueno. Eso lo aclaraba todo. No sabía si sentirme halagada o insultada.

—Eres un friki.

Primero se hizo el ofendido, llevándose una mano al pecho, y luego su sonrisa se ensanchó. Me quedé apoyada en su pecho.

—Pues acabas de gritar el nombre de este friki mientras te llevaba al orgasmo con su megapolla de friki.

—¡Eres un cerdo! —Le pegué un manotazo suave en los abdominales—. Y no he dicho que no me gusten los frikis.

—¿Frikis en general? ¿Te molan todos?

—No, solo tú. —Me acerqué y lo besé.

—Solo yo. —Se quedó quieto. No me besó.

—Sí. Anda, ven y bésame.

«Bésame, antes de que mis palabras calen hondo en ti y salgas corriendo». Porque yo ya me había convencido de que éramos perfectos el uno para el otro, pero él todavía no, y no quería asustarlo.

Nos levantamos y nos sacudimos la arena del cuerpo. Buscamos nuestra ropa y, milagrosamente, encontramos todo. La ropa interior, mi vestido, sus pantalones. Todo, menos mi linterna. Nos pusimos las prendas mientras buscábamos, pero nada. Lo dejamos por imposible. Anduvimos unos metros

por la orilla, hasta que Oliver encontró el lugar idóneo para montar el telescopio. Me senté a su lado mientras colocaba todos los artilugios y enfocaba el visor al oscuro cielo. Me removí, inquieta. Me sentía incómoda. Me picaba el trasero un montón.

—Tengo arena por todo el culo —confesé, mientras me sacudía la ropa interior en un desesperado intento de arreglar la situación. Qué sensación más incómoda.

—No me gusta comer arena. Si fuera otra cosa, te la quitaba a lametazos. Lo dijo sin inmutarse y sin apartar la mirada del telescopio.

Durante la siguiente hora, Oliver me enseñó un montón de estrellas y constelaciones, y me explicó muchísimas historias. Llevaba toda la vida contándome aquellas historias, pero nunca se acababan. Siempre me enseñaba cosas nuevas.

—Tengo sueño. —Hacía rato que había comenzado a bostezar. Estaba agotada. Y, conociéndolo, todavía nos quedaban un par de horas más por allí.

—Enseguida nos vamos.

Me senté en sus muslos, mirándolo de frente. Me agaché, apoyé la cabeza en su pecho y escuché los latidos de su relajado corazón. Olía a jabón, a mar y a verano. Me erguí y metí la cabeza en el hueco de su cuello. Y, ahí, me quedé dormida.

Al día siguiente, me levanté con un chupetón en el cuello. ¡Un chupetón! Y en todo el cuello. Iba a matarlo.

Muchos días salíamos a pasear por el pueblo. Nos cogíamos de la mano y andábamos sin rumbo fijo. En esas fechas veraniegas, la playa estaba siempre a reborar de gente y había muchísimo ambiente por la calle.

Uno de los días, al pasar al lado de una heladería artesana, me entraron ganas de helado. Entramos, y Oliver me pidió uno doble de nata con cucurucho cubierto de chocolate. Era mi favorito. Es una de esas cosas que llevas comiendo desde la infancia y que, aunque pasen los años, te siguen sabiendo igual de deliciosas.

—¿Tú no quieres uno?

—No, ya le daré alguna lametada al tuyo —me contestó con lascivia. Lo dicho, un perverso.

Me comí mi helado con auténtico placer. De todas las estaciones del año,

sin duda, el verano es mi favorita. En Edimburgo, pocos helados podía comer. Por eso me gustaba tanto pasar los veranos en Malibú.

En medio del paseo, Oliver comenzó a gruñir.

—Deja de hacer eso.

—¿El qué?

—¿No te estás oyendo? Me está volviendo loco ese ruidito que haces.

—¿Qué ruidito? —Le di otra lametada a mi helado. Riquísimo.

—Ese que acabas de hacer. Joder, es el mismo que haces cuando te estás muriendo de placer bajo mi cuerpo... o encima de él.

Me atraganté con el helado.

—¿Qué dices?

—Es algo así como... mmm. —Puso expresión de placer e imitó el sonido que, según él, hacía. Desde luego, si lo hacía (que no lo pongo en duda), era algo inconsciente.

—No es verdad —le dije para llevarle la contraria.

—Sí lo es, y cierras los ojos y vuelves a hacer mmm...

Una pareja de ancianos, con la que justo nos cruzábamos, escucharon el gemido de Oliver y nos miraron con evidente desaprobación.

—Cállate, que nos mira todo el mundo.

—Mmm. —Y cada vez lo decía más alto.

—¡Oliver!

—Mmm. —Y más alto.

Me alejé de él, corriendo, para que las decenas de personas que nos observaban no pensasen que estábamos juntos, pero Oliver me persiguió y me agarró bien fuerte de la cintura para que no me escapase.

Otro día, quedé con mis dos amigos en una cafetería de la ciudad que contaba con una terracita ideal para tomar algo. Había aprovechado la mañana para hacer algunas compras, mientras Adam pasaba el rato con una chavala y Oliver iba en el coche de mis abuelos, que dejaban siempre en el garaje, a Los Ángeles a comprar no sé qué libro que necesitaba para el estudio de los agujeros negros.

Entré en la cafetería y eché una ojeada rápida para comprobar si había llegado alguno de los dos, pero no. Era la primera. Pedí un granizado de fresa en la barra y busqué una mesa libre en la terraza.

De camino a la mesa, mi móvil emitió un zumbido. Parecía un mensaje. Pensé que sería Oliver, para avisarme de que venía de camino. Saqué el móvil de mi minibolso con la mano que tenía libre, y comprobé que, en efecto, era Oliver. Me enviaba una foto. La abrí.

¡Joder!

Se me cayó el vaso con el granizado de las manos y se estrelló contra el suelo, rompiéndose en mil pedazos. Miré a toda la gente que estaba en la terraza y me morí de la vergüenza. Hasta que lo vi a él. Se partía de la risa y venía hacia mí.

—Te voy a matar —le dije, mientras intentaba recoger los desperdicios del suelo. Enseguida vino una de las camareras a ocuparse de ello. Le pedí disculpas por lo sucedido y me ofrecí a ayudarla, pero no me lo permitió.

—Joder, no sabía que tendrías esa reacción. De haberlo sabido, habría esperado a que te sentaras.

—¿Cómo quieres que reaccione al ver esto?! —Levanté el móvil y le enseñé la foto al gracioso de mi novio. Espera, ¿novio? «Ay, Sara, que mal estás. Te estás encoñando demasiado».

Oliver cogió mi móvil y lo guardó en su bolsillo.

—¡No hagas eso! Lo va a ver todo el mundo.

—¿De repente te has vuelto vergonzoso?

—¿De nuestra intimidad? Por supuesto que sí.

Aquella era una de las cosas que más amaba de él. ¿Cómo era posible que fuera tan cerrado hacia el exterior cuando era tan abierto conmigo? No había ningún tipo de censura entre nosotros.

—¿Y por qué no me has avisado de que estabas aquí?

—Quería verte la cara. —Estaba intentando no desternillarse de la risa.

—Capullo —lo insulté, pero lo único que conseguí fue que se riera con más ganas. Me plantó un sonoro beso en los labios y me dio una palmada en el trasero.

—Ve a sentarte, que voy ahora. ¿Otro de esos? —me preguntó, señalando el charco que había dejado mi granizado en el suelo y que la camarera se afanaba por limpiar.

De camino a la mesa, pensaba en la imagen. ¿Cómo se le ocurría mandarme eso? ¿Cómo se le ocurría mandarme una foto de su mano acariciando su pene? ¡Se estaba masturbando! ¡Y a mí se me mojaban las bragas solo de pensarlo!

—Ya estoy aquí. —Su voz rompió mis pensamientos lujuriosos.

—Voy a matarte —le repetí, para que se enterase bien.

—Me dijiste que querías verlo —me recordó con tono travieso.

—No pensé que te harías una foto. ¿Cuándo lo has hecho?

—Te gustaría saberlo, ¿eh?

—Simple curiosidad.

Cerré las piernas y junté mis muslos. «Piensa en otra cosa, piensa en otra cosa, Sara».

—¿Te has puesto cachonda viendo la foto?

Cómo me conocía el muy capullo.

—No.

—Joder, nena. Eres insaciable. Me vas a dejar seco.

—Pues que sepas que esto no cuenta. Me refería a verte en vivo y en directo.

Poco después llegó Adam. Dejamos nuestra pervertida conversación aparcada y disfrutamos de las vistas. El sol se teñía de naranja y se escondía tras el océano. Eran unas vistas preciosas. Aunque no todos las disfrutábamos. Adam prefería comerse con la mirada a la rubia sentada dos mesas más allá de la nuestra, que, por cierto, se estaba enrollando con un tío, un tío que estaba como un queso; podía apreciarlo así a simple vista desde mi posición.

—No la mires tanto, Adam. Te vas a quedar con las ganas. ¿No has visto al maromo que tiene por novio?

—No es su novio.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Intuición. ¡¿A que me la tiro?! —me provocó.

«¡Me parto!». Ni en sus mejores sueños. Con semejante espécimen que tenía al lado, como para engañarlo con otro.

—¿A que no?

—¿Qué te apuestas? ¿Tú qué dices, Olly?

—Voy de tu parte.

«¡Olly! ¡Será traidor!».

—¿Los dos contra mí?

—¿No te atreves?

—Claro que me atrevo.

—De puta madre. Si pierdes, tienes que plancharnos la ropa; esto de esperar a los lunes es un coñazo, me quedo sin mis mejores camisetas. Y así no pillo.

—Si no te cambiaras de camiseta cuatro veces al día... —le eché en cara—. ¿Y si gano yo?

—Pide lo que quieras.

—Mmm —lo pensé un momento—, ¿tendréis que estar un mes sin sexo!

—Nena, te das cuenta de que eso es contraproducente para ti, ¿verdad? —me recordó Oliver levantando las cejas.

Mierda, era cierto. No había caído en eso. Todavía no me acostumbraba a la idea de estar liada con Oliver, y eso que llevábamos seis meses *juntos*.

—Vale, pues, entonces, tenéis que dejarme elegir a mí la película de los jueves por la noche durante toda la estancia que nos queda aquí. —Que, ya que lo mencionaba, era poca.

—Joder, ¡eso no! Estoy hasta las pelotas de ver pelis de tías.

—Es mi última oferta, Adam James Wallace.

—Está bien, acepto, Sara Fio... —lo interrumpí para que no terminara de pronunciar mi segundo nombre.

—Acaba esa frase, y te juro que te tengo viendo *Crepúsculo* durante meses.

La sonrisilla de Adam se borró de golpe de su rostro. Sabe que no me gusta jurar en vano. Nos dimos la mano y sellamos el pacto.

No hace falta decir que perdí la estúpida apuesta. ¿Cómo me iba a imaginar yo que la chica caería tan fácilmente? ¿Qué les das, Adam?

Un par de noches después, disfrutaba de una revitalizante ducha mientras me quitaba la arena del cuerpo. Habíamos estado todo el día en la playa, y la piel me ardía. Los tres lucíamos un moreno considerable. Es lo que tiene estar ociosos todo el santo día. Si se hubiera enterado mi padre de que estábamos allí sin trabajar y sin hacer nada, se cogía un avión y me buscaba por todo el estado para llevarme de las orejas de vuelta a Edimburgo.

Cuando salí del baño, Oliver estaba recostado en el pequeño sofá de mi dormitorio. Desnudo. Tenía una de las piernas flexionada, con la planta del pie apoyada en el sofá, y la otra descansaba sobre el reposabrazos. Tenía el cabello mojado por la ducha que se había dado antes que yo y le salpicaban gotas por el pecho desnudo. Vaya imagen. Era fascinante. Sería difícil olvidarla.

Sin decir nada, empezó a acariciarse despacio. Oh, joder. ¡Iba a masturbarse delante de mí! ¡Ahora! ¡No estaba preparada! Podía haberme avisado. «¿Y qué crees que conseguirías con eso, Sara? ¡Yo qué sé! Prepararme de alguna manera».

Mi chico sonrió y me guiñó el ojo. Se sujetó su sexo con la mano abierta y empezó a bombear arriba y abajo. Mi cuerpo despertó y un latigazo de placer me recorrió el cuerpo. La sonrisa de Olly se borró y se puso serio. Sus ojos se entornaron por el placer y su boca se quedó entreabierta. Su respiración se tornó errática.

No podía apartar mi mirada de su cuerpo. Más bien, de su mano. Era adictivo. Me acerqué y me quedé a poca distancia del sofá. Me chupé el labio inferior. Ese chico tenía el don de llevarme al límite sin tocarme. Sus movimientos se volvieron más bruscos y acelerados. Incluyó la cabeza hacia atrás y apoyó la nuca en el respaldo. Cerró los ojos y gimió. Yo también lo hice. Era la imagen más erótica que había visto en toda mi vida. Lo miré a los ojos, pero los tenía cerrados, hasta que levantó la cabeza, los abrió y me devoró con la mirada.

—Detente —le ordené. No podía más.

—No. Quiero que veas cómo termino.

—Si no paras, me voy a correr, y quiero hacerlo follando contigo. — Mierda, ¡ya hablaba como él!

—Oh, joder. Si me dices más guarradas, esto se acaba, y no quiero que se acabe.

—Yo tampoco.

—Tócate.

—¿Qué?

—Quiero que te toques como si lo hiciera yo.

Me solté el cinturón y dejé caer el albornoz. Mis manos bajaron por mi estómago hasta que encontraron mi sexo.

—Hostia —exclamó Oliver con la voz ronca—. No, mejor no te toques o me corro ya. Dejémoslo para luego.

¿Para luego? Ni hablar. Yo no podía más. Me senté en la cama delante de él y me abrí de piernas. A Oliver se le salieron los ojos de las órbitas. Me acaricié bajo su atenta mirada.

—Me corro, nena. Mírame.

Nos miramos a los ojos y vi los suyos nublados por el placer. Oliver comenzó a gemir y su mano se movió a una velocidad frenética. En ningún momento cerró los ojos ni apartó su mirada de los míos.

—Joder —gritó cuando le vino el orgasmo.

Se quedó medio tumbado en el sofá y sin dejar de mirarme. Sus ojos bajaron a mi sexo. Yo continué tocándome. Nunca antes había hecho algo así.

Fue alucinante. No me dio vergüenza. Confiaba tanto en él que incluso vi natural que ambos compartiésemos esos momentos tan íntimos del ser humano.

Me seguí tocando, y él no se movió de su posición. Y, aunque parezca increíble, pocos minutos después, su sexo volvió a cobrar vida.

—¿Te estás excitando de nuevo?

—Joder, como para no hacerlo. Ven aquí.

—¡Si acabas de terminar!

—Y allá voy otra vez. No aguanto quieto ni un puto minuto más, tengo que tocarte.

Oliver me levantó de la cama y me colocó a cuatro patas en el sofá. Me abrió las nalgas y se introdujo en mi interior. Me penetró con fuerza, dos veces, tres, cuatro... Me besó la espalda y me acarició el pecho. Me agarré al sofá y me mordí los labios. Poco después, caímos rendidos.

—¿Nena?

—Mmm. —No podía ni hablar.

—Ha sido acojonante.

Asentí con la cabeza.

—Tenemos que hacerlo más a menudo.

Volví a asentir, porque seguía sin poder hablar.

—Te he puesto a cien, ¿a que sí?

—Bastante... —conseguí expresar.

—¿Tanto como para que me dejes metértela por detrás?

—Ni en tus mejores sueños.

—¿Y solo la puntita?

Pocos segundos antes, había sentido tanto placer en mi cuerpo que le hubiera dejado hacerme cualquier cosa. Que me la metiera por donde le diera la real gana.

—Ya veremos...

Oliver me acarició las caderas. Me moví para estar más cómoda. Nos quedamos los dos desnudos tumbados de espaldas, yo encima de él. Era la gloria. Lástima que se nos acabara el tiempo.

Estados Unidos: la despedida

Nos quedaban poco más de diez días en Estados Unidos y la tristeza cada vez me envolvía más. No quería irme. ¿Por qué debíamos irnos? ¿Por qué, cuando mejor marchaban las cosas? ¿Por qué, cuando por fin éramos felices? Oliver y yo estábamos mejor que nunca y Adam... volvía a ser mi Adam, con sus cicatrices y sus fantasmas, que jamás desaparecerían, pero volvía a ser mi Adam.

Me senté en la isla de la cocina con las piernas colgando y coloqué las manos debajo de mi trasero mientras Adam preparaba la cena. Había conectado el móvil al altavoz y la música resonaba por toda la cocina. *Rock and roll* en estado puro. Adam se movía por toda la estancia con maestría y comodidad, y bailaba con la cabeza al ritmo de la música.

Se dio la vuelta y me miró de frente, simuló tocar una guitarra imaginaria unos segundos, luego la cogió con las manos y la lanzó hacia mí para que continuase yo. Sujeté la guitarra imaginaria y seguí con la parodia, aparentando que la tocaba. La tiré al aire, me bajé de la mesa y cogí dos cucharones gigantes. Era el turno de la «batería». Le di al bombo y al platillo y acabé lanzándole ambas cucharas a Adam. Las cogió al vuelo y siguió «tocando».

Cuando apareció Oliver por la cocina, Adam daba los últimos retoques a la cena y yo ponía la mesa. Me dio un dulce beso en los labios y me ayudó con los cubiertos.

Después de cenar, salí al jardín a que me diese el aire. La temperatura exterior era perfecta. Me senté en el borde de la piscina. Las luces del interior estaban encendidas, y el agua azulada bailaba en completa calma. Me quité las bailarinas y metí los pies en el agua.

Dos años. Habían pasado dos años. Asustaba la velocidad a la que corría la vida. No te permite frenar y, aunque tú la quieras desafiar y detengas tu vida en un acto de rebeldía, ella continúa. Siempre continúa.

La puerta acristalada que daba al jardín se abrió, y escuché pasos acercándose hacia mí. Esos pasos eran de Oliver. Se sentó detrás de mí, metiendo a su vez los pies en el agua, y me rodeó la cintura con los brazos. Entrelazó sus dedos a la altura de mi estómago y apoyó la barbilla en mi hombro.

—¿Qué haces aquí sola? —me preguntó suavemente.

—Pensar.

—¿Me lo vas a contar? —me preguntó, dudoso. Inseguro. No estaba acostumbrada a verlo en esa faceta, siempre se le veía tan seguro de sí mismo. ¿De dónde venía esa inseguridad?

—No quiero irme —confesé.

—¿Y si nos quedamos? —me preguntó, tanteándome.

—¿Qué quieres decir?

—Podemos ir a alguna universidad de aquí, los tres. A la que sea. Tú y yo no vamos a tener ningún problema en superar las pruebas de acceso. Nos adaptaremos a lo que decida Adam. Que él elija, y lo ayudaremos a entrar donde quiera.

—Pero...

¿Quedarnos allí? ¿Los tres? ¿Para siempre? Era una locura. ¿Cómo íbamos a hacerlo?

—Nena, Adam está bien, está fuerte, y puede conseguir cualquier cosa que se proponga. Y las posibilidades de este país son infinitas. Podemos estudiar lo que queramos.

—Oliver, no podemos pagarlo, y nuestras familias no nos van a ayudar. No si nos quedamos aquí.

—En unos meses podremos acceder a nuestro fideicomiso. No tenemos que regresar. Y, además, Adam tiene su herencia, y tú puedes acceder a la indemnización por tu accidente cuando quieras. Es mucho dinero, nena. Podemos hacerlo.

—¿Cuánto tiempo llevas pensándolo?

—Un tiempo.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No sabía si querías quedarte.

—¿Y Adam?

—Adam va a ir a donde vayamos nosotros. Separarnos no es una opción. No, separarnos no era una opción. Nunca lo sería.

—¿Qué me dices?

Ni siquiera tuve que pensarlo.

—Te digo que sí.

—¿Sí?

Oliver me besó por todas partes.

—Sí, quiero quedarme —repetí, para convencerlo de que hablaba en

serio.

Nos abrazamos, y me tuve que ajustar el pantalón corto que llevaba porque me apretaba la cintura. Mmm, no era la primera vez que lo notaba.

—Olly, ¿crees que he engordado?

Vaya preguntita. Su expresión al principio fue de desconcierto, pero luego sonrió.

—Sí.

—¿Sí? ¿Y por qué no me has dicho nada?

—Porque es algo normal. Has dejado el patinaje, ya no haces tanto ejercicio y sigues comiendo lo mismo.

—Yo pensaba que podía comer todo lo que quisiera porque tenía un buen metabolismo.

—Y lo tienes, créeme, pero dejar la competición ha hecho que tu cuerpo cambie. —Me rozó las caderas con los pulgares y recorrió todo mi cuerpo con las yemas de sus dedos—. Has pasado de ser una niña a ser una mujer.

—¡Yo no tenía cuerpo de niña! —me quejé. Incluso me crecieron las tetas y todo.

—Sí que lo tenías.

—Pues bien que te recreaste a base de bien en este cuerpo de niña. —Toma, ya lo había dicho.

—Ya lo creo que sí. Yo no he dicho que no me gustara, solo digo que te has desarrollado. Y que, si antes estabas buena, ahora estás... ¿arrebataadora?

—¡Eres idiota!

Entramos en casa y le explicamos a Adam nuestras nuevas intenciones. No solo no puso ningún problema, sino que un brillo especial en su mirada me dijo que deseaba quedarse.

Esa noche llamamos a nuestras familias. En las últimas llamadas que había tenido con mi padre, no dejaba de recordarme el día de nuestra vuelta. Hacía unas semanas que nos habían mandado los vuelos. Todo estaba preparado para que volviésemos a Edimburgo y fuéramos allí a la universidad. Todos, desde allí, habían hecho un gran esfuerzo para que retomásemos nuestras vidas justo donde las habíamos dejado.

Los gritos de los padres de Oliver se escucharon desde mi lado del sofá y los de mi padre no se hicieron esperar. Amenazaron con venir a buscarnos si no volvíamos en quince días. Si tenían que «mover cielo y tierra para localizarnos», lo harían, palabras textuales. Y había más, porque, cuando lo hicieran, no íbamos a volver a ver la luz del sol en mucho tiempo.

Afortunadamente, nosotros estábamos aquí, y ellos, allí. ¿Qué podían hacer para impedirlo?

Al día siguiente, estuvimos toda la mañana en casa, informándonos sobre las universidades que había y los estudios que ofrecían. Demasiada información. Demasiadas posibilidades. Teníamos claro lo que queríamos estudiar, pero elegir el dónde iba a resultar más complicado de lo que pensamos en un primer momento.

Dos días más tarde, para despejarnos, fuimos a la playa. Adam vino un rato a darse un chapuzón y enseguida nos abandonó. Había quedado con la rubia de la apuesta.

Oliver y yo nos quedamos un poco más tomando el sol. Yo, tumbada boca abajo, y él, boca arriba. Tenía una rodilla doblada hacia la izquierda y un brazo tapándole los ojos. Se iba a quedar dormido. Era su postura de dormir, siempre me clavaba la rodilla en las costillas cuando estábamos en la cama.

—Te vas a quemar. Voy a echarte crema.

Me incorporé y cogí la crema solar de la bolsa de la playa. Me subí encima de sus piernas y se la eché por el pecho. La esparcí con mimo y bajé hasta los abdominales. Le bajé el bañador verde fosforito por las caderas y continué esparciéndole la crema por esa zona, por precaución, por supuesto. No vaya a ser que se le bajase el bañador nadando en el agua y se quemase.

—Joder, nena. Vaya excusa de mierda. Lo que querías era meterme mano. —Colocó sus brazos detrás de la cabeza en una clara actitud de «haz conmigo todo lo que quieras, no voy a oponer ningún tipo de resistencia».

—No seas creído. —Yo seguí echándole crema, recreándome bien en sus músculos—. No eres tan irresistible.

Oliver se rio y se incorporó, apoyando los codos en la toalla. Entrecerró los ojos, le daba el sol en pleno rostro.

—Date la vuelta, que te echo por la espalda.

«Sí, mejor date la vuelta o te como aquí mismo». Me eché crema en la mano y se la apliqué con suavidad, haciendo círculos por los hombros y la espalda. Terminé y lancé la crema a mi toalla. Ya que estaba subida encima de su trasero, quise aprovechar las posibilidades que me daba la posición. Le besé la columna increíblemente larga y le acaricié la suave piel. Oliver ronroneó y colocó la cabeza de lado. Me acerqué y le di un beso en la mejilla. Qué perfil más bonito tenía. «¡Y qué tonta estás, Sara!».

—¡Qué guapo eres, coño! —Si no lo decía, reventaba.

—Esa boca... —me advirtió sonriendo.

—¿Esta boca, qué? —lo provoqué.

—¡Me la voy a comer!

Se incorporó de golpe, provocando que me desmoronase de encima de él. Caí en mi toalla de costado, pero Oliver me tumbó de espaldas y atacó con pasión mi boca. Su lengua buscó la mía y me sujetó por las nalgas. Ya sabía yo a dónde llevaba aquello.

—Estate quieto o nos van a echar de la playa por escándalo público.

—Me la suda. Te voy a comer entera.

Me deshice de sus brazos y me levanté de la toalla.

—Eso será si me pillas.

Eché a correr por toda la playa, esquivando toallas y castillos de arena por doquier. Oliver me alcanzó en un suspiro y me subió a sus hombros como si fuera un saco de patatas.

—¡Bájame, cavernícola!

Desde esa posición, se veía todo del revés. Le di azotes en el trasero, pero no me soltó. Comenzó a correr por la playa hasta que llegamos al agua y me soltó sin contemplaciones. Se me cortó la respiración por la impresión y hasta tragué agua.

—¡Está helada, idiota!

—Ven que te caliento.

Me lancé a sus brazos y, del impulso, caímos los dos al agua.

Más tarde, llegamos a casa llenos de arena y salitre. Me había hecho un moño alto en el cabello y no llevaba puesta más que una camiseta de tirantes encima del bikini mojado. Noté el olor del mar en nuestros cuerpos y vi la sal pegada en los pelitos de los bronceados brazos de Olly.

—No me has dejado meterte mano en la playa. Eres una estrecha.

—¿No crees que esa pobre playa ya ha visto suficiente?

—No, qué va.

Se acercó a mí y me besó con suavidad. Me sujetó el trasero con fuerza y yo, de un salto, le rodeé la cintura con las piernas.

—Nos da tiempo a uno rapidito antes de que llegue Adam de su cita con la rubia.

Oliver subió las escaleras del porche conmigo en brazos. Metió una mano por dentro de mi bikini y me manoseó el pecho. No sabía cómo era capaz de sujetarme y magrearme a la vez. Empujó la puerta con su hombro y nos precipitamos dentro de casa. Recorrimos el pasillo y entramos en el comedor. Nos besábamos sin parar de reírnos, y mi nivel de excitación se acentuaba

con cada toque de su mano en mi pecho.

—*Ejem.*

Durante una milésima de segundo, pensé que era Adam, que había llegado antes que nosotros a casa, pero mi subconsciente me dijo que no. Que no era él. Porque, aunque solo había sido un simple «ejem», reconocí esa voz. Y no era la de Adam.

Era la de mi hermano. Daniel.

Me quedé paralizada, y Oliver lo notó. Él sí pensó que era Adam. Giré mi cabeza lentamente y allí, en medio del iluminado salón de mis abuelos y con los brazos en jarras, estaba Daniel.

Cuando Oliver siguió mi mirada y descubrió al intruso, noté cómo se tensaba. Sin embargo, no tuvo más reacción que esa. Me sujetaba con sus brazos, y su mano no se movía de mi pecho por debajo del bikini. Y ese era el punto exacto donde mi hermano dirigía su mirada. «¡Olly, reacciona! ¡Quítame las manos de encima!».

—¿Te importa apartar las manos de... mi hermana? —La voz de mi hermano me bajó el calentón al momento. De golpe y porrazo. Había pasado de estar quemándome en las brasas a congelada en un maldito frigorífico.

—¿Daniel? —pronunció Oliver, incrédulo, más para sí mismo que otra cosa. Pero mi hermano lo escuchó.

—Sí, Daniel. En persona. No soy un puto espejismo. ¿Puedes dejar de meterle mano a mi hermana? Me estoy poniendo enfermo.

Oliver apartó con rapidez la mano de mi cuerpo, y yo me arrastré por el suyo hasta sentir el suelo bajo mis pies.

Me fijé en mi hermano con detenimiento. Se le veía cambiado. ¿Era posible que hubiera crecido? Estaba más alto que la última vez que nos habíamos visto, y más fuerte. Tenía el pelo más largo y más oscuro. Y parecía, no sé, más maduro. Menos niño.

—¿Qué haces aquí, Daniel? —conseguí preguntar, después de un incómodo silencio. Aunque creo que la palabra *incómodo* no lo describía lo suficientemente bien. Era mucho peor. ¡Nos había pillado con las manos en la masa!

—Quería daros una sorpresa, pero, mira por dónde, me la he llevado yo.

La puerta de casa se abrió.

—Tíos, soy yo —gritó Adam desde la entrada—. Si estáis desnudos, tenéis diez segundos para vestiros. Estoy hasta las pelotas de verte el culo, Oliver.

Joder, qué oportuno. Por norma general, entraba en silencio y se escandalizaba después. Tal y como nos había dicho, diez segundos después, nuestro amigo entró sonriente en el salón.

—Pero míralos, vestiditos y a más de diez palmos de distancia el uno del otro. Cada vez sois más rápidos.

La cara de circunstancias que debíamos de tener Oliver y yo llamó la atención de Adam.

—¿Qué os pasa?

Le señalé con la cabeza el centro del salón para que descubriera a mi hermano de una puñetera vez y dejase de decir gilipolleces.

—¡Hostias! ¿Daniel? ¿Qué haces aquí?

—Necesito sentarme —contestó el interpelado.

Nos sentamos los cuatro en los dos sofás que tenían mis abuelos en el salón. Eso sí, Oliver en un extremo y yo en el otro. El ambiente estaba tan tenso que incluso cortaba la piel.

—¿Cómo nos has encontrado? —Quizá no era la mejor forma de iniciar una conversación, pero, leñe, hacía apenas cuarenta y ocho horas que habíamos comunicado a nuestras familias que nos quedábamos, y les había faltado tiempo para mandar a mi hermano.

—Sabía que estabais todavía en Los Ángeles. No sabía por dónde empezar, pero la casa de los abuelos me pareció un buen punto de partida. A fin de cuentas, siempre pasamos los veranos aquí. Y aquí estáis. La pregunta es... ¿desde cuándo?

—Desde hace cinco meses.

—¿Desde que vinisteis a Los Ángeles después de Las Vegas?

Asentí con la cabeza.

—Cojonudo. Muy maduro por vuestra parte esconderos aquí.

—Daniel...

—Mira, Sara, me importa dos cojones lo que me tengas que decir y no he venido a discutir. He venido a buscarte. A buscaros. A los tres. A llevaros a casa.

Estaba segura de que había venido a buscarnos. Me lo imaginé desde que lo había visto en el salón.

—Yo no tengo casa.

—No me toques los huevos, Adam. Mi casa es tu casa, y lo sabes. Eres uno más de la familia. No hay nada aquí que no tengas allí. Al contrario.

—Daniel, no queremos regresar. Estamos bien aquí.

—No me voy a ir sin vosotros. Podemos jugar a las casitas el tiempo que queráis, pero acabareis cediendo.

Dos horas después, habíamos discutido, gritado, nos habíamos calmado y habíamos discutido de nuevo. Nosotros no nos queríamos ir, pero sabía que mi hermano no permitiría que nos quedáramos. Y no olvidemos el chantaje psicológico al que nos sometía. Me sofoqué. Necesitábamos un descanso.

Adam se marchó a la cocina a preparar la cena, era su manera de relajarse, y Oliver fue a ayudarlo, supongo que para darnos privacidad. Nos quedamos Daniel y yo solos. Tenía la sensación de estar viendo a un Daniel muy lejano. Era como si no lo conociera. Habían pasado muchas cosas en todo ese tiempo en nuestras vidas y, al no vivirlas juntos, nos habíamos alejado un poquito más. Habíamos mantenido el contacto por mensajes y, cuando hablaba con mi padre por teléfono, siempre lo escuchaba a él de fondo, emitiendo juicios de valor sobre esto y aquello. Mi hermano y yo nunca habíamos sido demasiado cercanos, y la distancia nos había separado aún más.

Al tenerlo enfrente, tan cerca de mí después de tanto tiempo, me di cuenta de lo muchísimo que lo quería y de lo que lo había echado en falta. Daniel y yo no podíamos permanecer juntos demasiado tiempo, pero tampoco podíamos hacerlo separados.

Me levanté del sofá. Él se encontraba en el otro extremo del salón, apoyado en el marco de la ventana.

—Hace dos años que no nos vemos. —Aunque estaba de espaldas a mí, sabía que me había escuchado.

Se giró y se quedó de frente, mirándome con atención. No me dijo nada. Seguí hablando.

—Y no has venido a abrazarme. —Desde que había llegado, lo único que había hecho era chillarme y echarme cosas en cara. Y era posible que, con quince años, abrazar a mi hermano fuera lo último que se me pasara por la cabeza. Pero ahora lo necesitaba.

—Tú tampoco a mí. Y no te olvides de que fuiste tú la que te largaste. — Y continuaba echándome cosas en cara.

Me acerqué dos pasos a su posición. Él no se movió.

—Yo... —«vamos, Sara. Es Daniel. No tienes nada de lo que avergonzarte»— yo... puede que te haya echado de menos... en alguna ocasión.

—Puede que yo también, en alguna ocasión —repitió mis palabras.

Me acerqué más.

—O puede que... que te haya echado muchísimo de menos. —Acorté la distancia que nos quedaba, con lágrimas en los ojos, y lo abracé con todas mis fuerzas. Me envolvió entre sus brazos y dejé que salieran todas las lágrimas. Mierda, cómo lo quería. No me avergüenza reconocer que adoro al tocapelotas de mi hermano mellizo.

Cuando Oliver y Adam entraron en el salón para comunicarnos que la cena estaba lista, seguíamos abrazados. Entonces lo supieron. Volvíamos a Edimburgo.

Dos días después, mi hermano se marchó. Me había hecho prometer que íbamos a coger el avión diez días más tarde. Quiso dejarnos solos para que nos despidiésemos sin presiones, para que lo hiciésemos a nuestra manera. Y sobre la pillada que nos hizo a Oliver y a mí no había mencionado nada, cosa que yo agradecía. Hablar de ello con mi hermano me habría resultado violento.

En aquellos diez días, nos despedimos de nuestros amigos, preparamos las maletas, fuimos a la playa, comimos helado, visitamos a mis abuelos... Había tantas cosas que hacer y tan poco tiempo...

La noche anterior a nuestra partida, fuimos a la playa para despedirnos. Nos tumbamos boca arriba y nos quedamos en silencio. Miré las estrellas del negro cielo y reconocí casi todas las constelaciones. Casi todas. Porque alguna todavía se me escapaba. Le pregunté a Oliver por ellas y me cogió la mano. La alzó y me dijo que apuntase con mi dedo todo aquello que no conocía. Le fui señalando estrellas al azar, y él, con su mano encima de mi dedo, me fue mostrando todas las constelaciones que se veían esa última noche en el cielo.

Adam estaba muy callado, taciturno. Oliver se incorporó y se dirigió a él.

—¿Adam? ¿Pasa algo?

—Tengo miedo, tíos. ¿Y si hemos estado viviendo en una burbuja y se rompe cuando nos vayamos de aquí?

Y no sé si fue casualidad o que mi amigo se había vuelto profético, pero dio en el puto clavo. Claro que, en ese momento, no lo sabíamos.

—Adam, somos las personas que somos, tanto aquí como allí. Un lugar no define a una persona, lo hacen sus actos.

—No lo sé. Solo sé que estoy acojonado. Acojonado de verdad.

Más tarde, en mi habitación, metí la última prenda en mi maleta y le dije a Olly que me ayudase a cerrarla. Mientras lo hacíamos, no sé por qué, instintivamente me toqué el anillo que llevaba en la mano. El anillo de Will. No era porque estuviera pensando en él, era una costumbre. Oliver se dio cuenta.

—Nunca te lo quitas.

—¿Perdona? —Intenté hacerme la loca, pero no coló.

—Ese anillo —me confirmó, mirándolo con desagrado—, lo llevas siempre.

—No puedo quitármelo. Por eso lo llevo. —No quería hablar de ello, pero él sí.

—¿Por qué?

—Porque hice una promesa.

—¿Una promesa?

—Sí.

—¿Y qué prometiste?

—No quitármelo.

—¿Nunca? —me preguntó con cautela.

—No, nunca no, solo cuando ya no... Es complicado.

—No es tan complicado. Las promesas a veces se rompen.

Pero yo no quería romperla así. No me parecía justo para Will. No iba a quitármelo y guardarlo en un cajón. No estaba enamorada de él y no sabía si alguna vez lo había estado, porque lo que sentía por Oliver jamás lo había sentido por nadie, pero quería hacer las cosas bien. Y eso significaba volver a verlo y devolverle el anillo en persona.

Me negaba a seguir hablando de aquello. Era nuestra última noche juntos. Lo que deseaba era decirle que lo quería, que me había enamorado de él. ¿Y si se lo decía? ¿Qué era lo peor que podía pasar? Que me respondiera que él no sentía lo mismo, que se sintiera incómodo y me dijera que no podíamos acostarnos más. Podía arriesgarme. Y si resultaba que... ¿él también me quería?

Levanté el asa de la maleta y la arrastré hasta un extremo de mi habitación. Cogí a Oliver de la mano y lo situé en medio de la estancia.

Él se dejó hacer, pero el rictus de su rostro me dejó saber que no le había gustado la conversación que acabábamos de tener. No era el mejor momento para confesarle mis sentimientos. La verdad es que no me atrevía, al menos a decírselo con mi voz. Tenía miedo de ser vulnerable, de ofrecerle mi corazón,

mi vida, mi alma y que lo rechazase. Pero iba a mostrárselo.

Le quité la camiseta y me quedé embobada admirando su cuerpo. Cerré los ojos y acerqué mi boca a su bronceado pecho. Apoyé las manos en sus hombros y le pasé la lengua por el cuello, lo besé y lo chupé a la vez. Aspiré su olor y probé su sabor. Oliver era exquisito, me embriagaba. Su respiración se volvió irregular. Me moví por su cuerpo y me coloqué detrás de él. Le besé los hombros, los omoplatos, y fui bajando hasta donde la espalda pierde su nombre. Y mis besos me supieron a despedida. Y su cuerpo vibraba con cada uno. Sin embargo, sentí que ese cuerpo no me pertenecía y que, en cualquier momento, me impediría que lo siguiese besando.

Como no se acababa de relajar, me acerqué a la mesita al lado de mi cama y conecté el altavoz. Desbloqueé el teléfono y puse música. La primera canción que sonó fue *Creep*, de Radiohead.

Volví a su lado y lo besé en la boca. Primero, con un beso suave, para ver su reacción. Me separé lo justo de sus labios para mirarlo a los ojos y le supliqué que me amase como yo lo amaba a él. Cuando lo besé por segunda vez, Oliver enredó los dedos en mi melena y me apretó contra su cuerpo. Nos besamos tranquilos, despacio, saboreando cada hueco de nuestras bocas como si fuera la primera vez... o la última.

Finalicé nuestro beso en la boca y paseé mi lengua por su mandíbula. Regresé a la boca y le mordí el labio inferior. Levanté la mirada y comprobé que en ningún momento había dejado de mirarme. Lucía excitado y embelesado a la vez. Me separé y me puse de rodillas. Despacio. Le desabroché el pantalón y se lo bajé, junto con el bóxer, hasta los tobillos. Le levanté un pie y deslicé la pernera del pantalón por él. Y, luego, repetí la acción con el otro pie.

Aparté la ropa a un lado y le besé los muslos. Subí, y llegué hasta la marca que había dejado el sol en su piel. Saqué la lengua y le chupé las caderas, bajé y alcancé el suave vello rubio que le cubría parte del ombligo. Seguí bajando... El leve gimoteo de Oliver me dio fuerzas para seguir. Posé una mano sobre su trasero, para acercarme más. Sentí su abdomen moverse en cada respiración, cada vez más rápido, más desesperado. Me agarró la cabeza con las manos y me guio. Cerré los ojos y dejé que me dirigiera. Sus sonidos disimulados se convirtieron en gemidos guturales. Estaba muy excitada y... todavía no me había tocado. Oliver hizo el amago de apartarse, pero no lo dejé hasta que terminó.

Sin decirnos nada, me ayudó a levantarme y comenzó a desvestirme. Me

quitó la camiseta de tirantes, el sujetador, los pantalones cortos y las braguitas. Una vez me tuvo desnuda, me besó por todo el cuerpo, como yo había hecho con él. Me besó en la boca y en el cuello. Me chupó los pezones y el ombligo. Me besó la muñeca y arrastró su lengua por todo mi brazo, dejando una estela de saliva y de calor sofocante a su paso. Me empujó y me sentó en el borde de la cama. Mi laxo cuerpo se dejó hacer, como antes había hecho el suyo. Me eché hacia atrás y apoyé los codos en el colchón.

Oliver me sujetó por el pie, y lo besó y lo chupó hasta llegar al muslo. Luego, cogió mi otro pie y repitió la operación, me lamió los gemelos, las rodillas, las pantorrillas. Cuando su lengua llegó a mi sexo, me tumbé del todo, porque me provocaba tal oleada de placer que tuve que agarrarme a las sábanas con fuerza. Moví la cabeza hacia ambos lados, era incapaz de quedarme quieta. Me incorporé y vi su precioso pelo rubio entre mis piernas. Oliver levantó la mirada y siguió besándome despacio. Desde ese momento hasta que terminé en su boca, no apartamos la mirada el uno del otro.

Sin embargo, ninguno de los dos tuvimos suficiente. Me senté en la cama, y él lo hizo conmigo. Abrió sus piernas y me subió encima, obligándome a rodearle la cadera con ellas. Frotamos nuestros sexos hasta que se unieron. Curvó la espalda y, con la boca, me besó el pecho, mientras con la mano me acariciaba la piel. Hicimos el amor lentamente, sentados el uno sobre el otro. Sin besarnos. Solo escuchando nuestras respiraciones intermitentes y nuestros suaves gimoteos. Y sin dejar de mirarnos a los ojos. Verde y azul. Y apenados. Nunca pensé que dejar aquel país me fuera a provocar tales reacciones.

Nos pasamos toda la noche haciendo el amor, hasta que nuestros cuerpos no dieron más de sí. Nos quedamos mirándonos a la cara, abrazados y con las piernas enredadas, y, cuando cerré los ojos, el cielo comenzó a teñirse de naranja. Lo último que escuché fue su respiración relajada y lo último que sentí fue su dulce aliento en mi rostro. Y me di cuenta de que, desde mi primer beso, no nos habíamos dirigido la palabra. Solo habíamos... sentido. Y no supe por qué, pero me dormí con unas ganas inmensas de ponerme a llorar.

Y al día siguiente...

Última llamada para los pasajeros del vuelo BA1542 destino Londres.

De vuelta en Edimburgo,
junto a Pear

12

De vuelta al presente

No había más que contar. Había abierto mi corazón y lo había sacado todo.

Pear había escuchado con atención mi relato. No me había interrumpido en ninguna ocasión, pero, una vez terminé, las preguntas salieron de su boca de manera atropellada. Quería saber más, conocer hasta el último detalle, pero yo no podía más. El dolor que sentía en el pecho por saber que lo había perdido, que no podría volver a tocarlo, acariciarlo, sentirlo, pudo conmigo. Recordarlo todo hizo que me diese cuenta de lo que había tenido y lo que había perdido. Había abrazado la felicidad a su lado, pero todo llegaba a su fin.

—Daniel no me mencionó que hubiera ido a veros.

—No fue una visita de cortesía, vino a traernos de vuelta.

—Aun así, no me lo contó. Me habría gustado ir con él. Me habría gustado estar con vosotros.

—Quizá por eso no te lo dijo. Venía con un objetivo. Y ojalá no hubiera venido nunca. Puede que nada de esto estuviera pasando.

—Sara, no ha pasado nada malo. Solo que estás enamorada de Oliver.

—Sí. Eso ha quedado bastante claro.

No pude evitar el toque de ironía en mi voz.

—Esto yo lo veía venir. Puede que tú te dieras cuenta en París, pero yo intenté hacértelo ver mucho antes.

Lo sabía. Escondí la cara entre mis manos y sollocé.

—Él no me quiere.

Crack.

Otro pedazo (bastante grande) de la burbuja que nos encerraba en nuestro mundo perfecto cayó al suelo. La certeza de saber que no sentía nada por mí era como si me quemaran con hierro ardiente.

—¿Cómo no te va a querer? —Pear separó mis manos de mi rostro y me cogió de la barbilla para que la mirase—. Siempre ha besado el suelo que tú pisas.

—No te lo he contado todo. ¿Por qué crees que estoy llorando?

—Porque estás asustada por lo que sentís. A veces los sentimientos asustan, Sara.

—Sí, estoy asustada, pero no es por eso. Amar no me asusta. Oliver me ha

rechazado esta noche, Pear. Me ha dicho que lo que sucedió en Los Ángeles no fue real y que ahora que estamos aquí... que ahora que estamos aquí... — no conseguía decirlo— se acabó.

—No puede ser. Oliver está loco por ti. Algo ha tenido que ocurrir.

—Pear, por favor, no me digas eso, me hace demasiado daño. Ahora sé que no es así.

—Pero es que...

—Pear —la interrumpí.

—Está bien. Cuéntame lo que ha pasado esta noche.

Le relaté lo que habíamos vivido en los últimos días. La llegada, la dura separación, la visita al *Crowden*, a la universidad, la fiesta del día anterior y todo lo que ocurrió después.

—Joder, Sara, no entiendo nada. Te juro que no. No es lógico una reacción así, de repente. Estabais bien. Más que bien, diría yo. Se le han cruzado los cables, eso o nos ha estado engañando todos estos años y no es la persona que yo pensaba que era.

—No la tomes contra él. No tiene la culpa de no quererme.

—No lo defiendas. —Me levanté y Pear lo hizo conmigo. Nos acercamos al borde del acantilado y observé la oscuridad. Apenas se distinguía dónde acababa el mar y dónde empezaba el cielo—. Había notado algo. Estabas tan feliz, Sara. Feliz como nunca. Y ellos también. Habéis vuelto con un brillo especial en la mirada. Los tres. Esa clase de brillo no se consigue siempre.

—Lo sé.

—¿Y ahora qué va a pasar entre vosotros?

—Nada, no puedo culparlo, Pear. Él nunca me ha prometido nada, jamás hemos hablado de lo que éramos. Yo solita me he imaginado cuentos de princesas y príncipes en mi cabeza. Él jamás se ha portado mal conmigo, en los últimos meses me lo ha dado todo, sin reservas.

—Has cambiado. No eres la Sara que dejó Edimburgo hace dos años. En aquel entonces, te habrías cabreado con él y con medio mundo y no le hubieras hablado en semanas.

—Probablemente. —Crucé los brazos y aspiré el olor a mar.

—Aunque no me gusta que seas tan pasiva, Sara.

—Oliver es mi mejor amigo, y jamás me ha hecho daño a propósito, él no sabe lo que siento. No fui sincera con él y ahora tengo que asumir las consecuencias. Tal vez si se lo hubiera contado todo...

—Díselo ahora, Sara.

—No. Ahora ya es tarde. —Me giré y me senté en la fría y húmeda hierba.

Pasamos toda la noche en el acantilado. Me dormí acurrucada en el regazo de mi amiga y me desperté por el sonido de mi móvil. Entreabrí los ojos y miré el nombre de la pantalla. El corazón me dio un vuelco y perdí todo el aire que almacenaban mis pulmones.

Era Oliver.

Miré a mi amiga, que tenía pinta de no haber dormido nada en toda la noche, y me hizo un gesto para que contestase. Descolgué, no quería que se presentase en mi casa preguntando por mí.

—¿Diga?

—*¿Dónde estás? No estás en tu cama.*

¿Y ahora se había dado cuenta? Me limpié las lágrimas y disimulé. Solo escuchar su voz hacía que desease respirar. ¿Por qué? ¿Por qué tenía esa facilidad para darme y quitarme la vida? Intenté hablar como si no llevara horas llorando, intenté aparentar normalidad.

—No, me he levantado temprano y estoy con Pear hablando de nuestras cosas, ya sabes.

—*Sara, tenemos que hablar, ayer...*

—No, no hay nada de qué hablar, Olly. —Tragué con dificultad y contuve las lágrimas en los ojos. «Cuelga ya, Sara. Cuelga ya»—. No te preocupes, las cosas ayer me quedaron claras. Tenías razón, debemos volver a nuestras vidas de siempre.

—*Sara, nena...*

No, eso sí que no, no podía soportarlo.

—¡Adiós, Olly! Te veo luego.

Colgué y me eché de nuevo a llorar sin consuelo.

—Se acabó, Pear.

—Cómo me jode, Sara. Cómo me jode que mi mejor amiga haya vivido la experiencia más bonita del mundo y que me lo cuentes así. ¿Por qué no me dijiste nada antes?

—Porque pensaba que, si lo contaba, se rompería el hechizo. Y al final se ha roto de todas maneras.

—Joder, Sara. Ven aquí, cariño. Vamos a salir de esta, haremos lo que haga falta, pero escúchame bien, vamos a salir de esta.

Cuando entré en casa, destrozada y con el ánimo por los suelos, mi familia al completo desayunaba en la mesa del comedor.

—Sara, cariño —me saludó mi padre—. No te esperábamos tan temprano. Si me paraba a hablar con ellos, me desmoronaría. Disimulé mi desasosiego con una tímida sonrisa y me fui a mi cuarto. Mientras subía las escaleras, apenas respiraba. Llegué a mi dormitorio y me vine abajo. Me llevé las manos al rostro y empecé a llorar sin control. Tenía tal congoja que me temblaba todo el cuerpo. Las lágrimas saladas llegaban hasta mi boca.

—Sara, ¿qué te pasa?

Giré bruscamente la cabeza y descubrí que Daniel me había seguido. Hizo amago de acercarse para abrazarme, pero lo frené con la mano y le dije que no con la cabeza.

—Déjame, Daniel.

—¿Cómo te voy a dejar? —estalló mi hermano—. Estás temblando. Sea lo que sea, tranquilízate, joder.

—No... no puedo.

Daniel cerró la puerta de mi habitación y fue corriendo hacia el baño para cerrar la puerta también. Y, haciendo caso omiso de mis ruegos, me estrechó con fuerza entre sus brazos. Hundió mi cabeza en su pecho y mis sollozos continuaron.

—Sara, me estoy preocupando. ¿Qué coño ha pasado?

Solo pensar en Oliver y en lo que había sucedido unas horas atrás... y mi corazón se paró por un segundo y mis sollozos me impidieron respirar. Las lágrimas cayeron sin control por mi rostro y me creció una ansiedad en la boca del estómago imposible de calmar.

—Respira, joder. Respira.

No podía. ¿Qué era ese dolor que sentía en el pecho? Jamás lo había sentido antes. Era horrible.

Daniel me separó de su cuerpo y me agarró el rostro con las manos.

—Respira, Sara —me dijo, mientras me rozaba las mejillas con sus dedos para limpiarme las lágrimas.

Yo lo intentaba. Juro que lo intentaba. Pero algo me obstruía las vías respiratorias.

—Por favor, Sara. Por favor, respira. No me hagas esto.

Escuché la súplica en la voz de mi hermano. Mi cuerpo se calmó por segundos y mis respiraciones se volvieron largas.

—Inspira aire por la nariz y suéltalo por la boca.

Cuando me calmé, mi hermano me abrazó y nos quedamos en silencio. Se lo agradecí, no podía hablar. Bastante trabajo tenía con respirar.

Un rato después, Daniel me sentó en la cama y salió disparado hacia el baño. Me quedé sentada mirando al vacío. Enseguida volvió con un vaso de agua en la mano.

—Tómame esto.

Me acercó la mano y me tendió una pastilla.

—¿Qué es?

—Tómatelo.

Le hice caso y me lo tomé. Sin más preguntas. Me ayudé del agua para tragarla y me tumbé en la cama. Daniel se quedó de pie con los brazos cruzados. Permanecimos así... no sé, minutos, horas, años, hasta que el cansancio me venció y se me cerraron los ojos. Lo último que vi fue a mi hermano mirándome como nunca antes lo había hecho. Con pena.

Cuando abrí los ojos, lo primero que vi fue a Daniel apoyado en el alfeizar de mi ventana. Y, no sé cómo, pero supo que me había despertado.

—¿Ha sido Aston?

Negué con la cabeza asustada. No quería que fuera a por él.

—Júrame que no es por él.

Eso no podía hacerlo.

—Cabrón de mierda. Lo voy a matar. —Mi hermano salió disparado hacia la puerta de la habitación.

—No, Daniel, por favor. —Conseguí frenarlo antes de que saliese—. Escúchame. No es lo que tú piensas. Él no me ha hecho nada, he sido yo sola.

—¿De qué coño estás hablando?

—Daniel, estoy enamorada de él.

—Eso ya lo sé.

—Pero no podemos estar juntos. No quiero destruir mi amistad con él por intentar tener algo más... —le mentí—. Por eso lloro. Tengo que olvidarme de él. Tenemos que ser solo amigos.

—Sara, sé que hay algo más.

—Daniel, somos igual de amigos que siempre. ¿Crees que yo lo seguiría siendo si me hubiera dañado a propósito?

—Supongo que no —me contestó sin convicción.

—No necesitas saber nada más.

—¿Eso me lo puedes jurar?

—¿El qué?

—Que no te ha hecho daño a propósito. Que es culpa tuya.

—Sí. —Ahora que parecía que se había calmado, me acerqué a mi cama y

me tumbé boca abajo—. Te lo juro.

—Joder, Sara. Me sacas de mis casillas.

—Por favor, Daniel. Déjalo así. Y no me hables más del tema, por favor —le supliqué.

—Está bien —me dijo, mientras negaba con la cabeza.

—Sé lo que estás pensando.

—¿Qué estoy pensando? —Levanté la cabeza de la almohada y lo vi de pie junto a mi cama.

—Que doy pena llorando así por un tío.

A los ojos de mi hermano, debía de resultar patética. Él nunca se implicaba demasiado con nadie. Ni siquiera con Pear, por lo que había podido comprobar. A él jamás le pasaría algo así, porque, si no abres tu corazón, no te lo pueden romper.

—Te equivocas. Lo que estoy pensando es que no entiendo qué cojones ha pasado para que mi hermana, la persona más fuerte que conozco, la persona que ha tenido motivos de sobra a lo largo de su vida para caer y pedir ayuda y no lo ha hecho, la persona que ha sufrido lo indecible y ha visto derrumbarse en un pozo sin fondo a su mejor amigo y lo ha sacado de allí, ahora esté así de destrozada. —Se detuvo para respirar—. Eso es lo que estoy pensando.

A todos nos llega nuestro momento. Y puede que parezca vergonzoso que después de haber sufrido un accidente como el mío y haber seguido adelante con entereza, después de haber tenido que abandonar el sueño de mi vida de patinar para seguir soñando por otras cosas, y después de haber superado la muerte de la familia de Adam sin destrozarnos por completo, estuviera deshecha en lágrimas porque un chico no me quería.

Debería darme vergüenza llorar por algo tan trivial como eso después de lo que nos había tocado vivir en nuestras vidas, pero no. No me daba vergüenza. Para que un vaso de agua se desborde hacen falta muchísimas gotas. Sin embargo, el detonante final, es la última gota. Y Oliver había sido mi gota.

13

Verdades ocultas

Adam

Cuando la madre de Oliver me abrió la puerta de su casa, intenté mostrar la mayor calma posible y la saludé con amabilidad. Ella, como siempre, se lanzó a mis brazos y repartió besos por toda mi cara. Me dejé hacer y nos introdujimos juntos en la casa. Saludé al padre de mi amigo y, en cuanto pude, me escabullí por las escaleras al piso de arriba.

Pear me acababa de llamar para preguntarme qué había pasado con Oliver esa noche. No tenía ni puta idea de lo que me hablaba. Me obligó a que hablase con él, con urgencia, y me colgó. Me colgó. Así, sin más explicaciones. Jodidas mujeres. ¿Por qué no hablan claro? ¡Y encima me hacían madrugar, coño!

Abrí la puerta de la habitación con fuerza y me encontré a Oliver sentado en la cama con la espalda apoyada en el cabecero y con una pastilla de hockey entre las manos. Joder, definitivamente algo había pasado. Y algo gordo. Porque hacía tiempo que no veía a Oliver con esa expresión en el rostro. Miento. En la puta vida lo había visto con esa expresión en el rostro. Y solo existía una persona en el mundo capaz de destrozar así a mi mejor amigo; ella era su talón de Aquiles: Sara.

—¿Me puedes explicar qué cojones ha pasado? —le escupí a la cara mientras me acercaba a la cama. Mi pregunta había sonado más dura de lo que pretendía. Me podía la preocupación.

—Sigue enamorada de él —me contestó, sin levantar la vista de la pastilla. ¿Y este ahora qué cojones decía? ¿Se habría fumado algo?

—¿Enamorada? ¿Quién de quién? —le pregunté, curioso. Agarré la silla que tenía junto a su escritorio y me senté.

—Sara. De Von Kleist.

Pero ¿qué coño...?

—¡No digas gilipolleces! Ese idiota está más olvidado que el tebeo.

¡Qué puto alivio! Me reí de sus ocurrencias y, por primera vez desde que me había llamado Pear, me relajé. Idiota enamorado, supongo que era inevitable sentir celos. Sabía yo que el encuentro con Von Kleist traería cola.

Joder, me había preocupado pensando que había sucedido algo entre Sara y él.

—Estoy hablando en serio, Adam. ¿No viste cómo lo miró ayer en la universidad?

¿Pero qué...?

—Olly, ¿de qué coño estás hablando? ¿Quién miró a quién? No te sigo.

Como de costumbre, vamos. El cerebro de mi mejor amigo es la cosa más misteriosa y difícil que existe en este puto mundo. A veces pienso que la única persona capaz de comprenderlo es Sara. Y el destino ha querido que se conocieran. Y, si no lo hubiera hecho, yo sabía de uno que andaría sin rumbo por esta jodida vida. Han tenido esa suerte. No siempre ocurre.

—Ayer, cuando nos encontramos con Will en el campus, no pude quitar la mirada de la expresión de Sara al verlo. Era algo que me carcomía por dentro desde hacía mucho tiempo. ¿Qué pasaría cuando volviera a verlo? Ahora ya lo sé. Fue una mirada de anhelo por encontrarse, tras tanto tiempo, con el amor de su vida.

—Alto, alto. —Señalé tiempo muerto con mis manos—. No lo miró de esa manera. Es más, no lo miró de ninguna jodida manera. Ni anhelo, ni amor, ni odio, ni ninguna pollada de esas. Tú eres el amor de su vida.

Joder, ya hablaba como una puñetera tía. Pero lo que fuera por quitarle esas absurdas ideas de la cabeza al gilipollas que tenía enfrente.

—Sí lo hizo, Adam. Solo que tú no eres consciente porque no la observabas como yo.

—¿Y tú, sí? ¿Estabas en su cabeza?

—No, joder. Pero lo vi en sus ojos, la conozco bien.

Y una puta mierda. Vale, empezaba a perder la paciencia. Ya me imaginaba lo que había pasado. Solo de pensarlo me entró un cabreo monumental.

—No, Oliver, eso lo vieron tus estúpidos celos. La realidad es que no lo miró de ninguna manera. La realidad es que te lo estás imaginando todo.

—No importa, lo que tenía que pasar ha pasado.

¿Y qué cojones quería decir eso? «Joder, Oliver. Dime que no lo has hecho».

—¿Qué coño has hecho? —le pregunté, aun sabiendo la respuesta. Seguro que habían tenido una bronca de cojones y por eso lloraba Sara.

—He cortado con ella.

—¿¿¿QUÉÉÉ??

No puede ser. Eso no. Ni de coña.

—Bueno, cortar... Tampoco es que tuviéramos una relación que terminar. Pero he acabado con lo que sea que tuviéramos.

—¿Estás loco? Oliver, tío, reacciona, por favor. No puedes hacer eso.

—Ya lo he hecho, Adam.

Y era un error. Un error muy grave. Sara no había mirado a Von Kleist de ninguna manera. Joder, tenía que hacérselo entender.

—¿Vas a dejar que se escape de tus brazos? ¿Otra vez, Olly? ¿Y por el mismo motivo? ¿Por ese gilipollas?

—Nunca la he tenido, Adam. Ella sigue enamorada de *ese gilipollas* y, mientras eso pase, no pienso inmiscuirme.

—Has perdido la razón. Estás dejando escapar a la chica de tus sueños de la que estás más enamorado que de la propia vida por... ¿celos?

—Déjame en paz, Adam.

—Tienes miedo.

—No tengo miedo.

—Estás acojonado de descubrir cuáles son sus sentimientos hacia ti. Miedo de que no sean los que tú esperas. ¿Por qué no le preguntas a ella, Oliver? Quizá te llesves una sorpresa.

—Conozco sus sentimientos de sobra.

—¿Tú crees? Porque yo creo que no sabes una puta mierda.

—¿Y tú sí?

No iba a discutir por cuál de los dos conocía mejor a Sara (que era yo, por supuesto).

—Oliver, ella te quiere. ¿Crees que hubiera estado todo este tiempo contigo sin quererte? ¿Sin sentir nada más que atracción física?

—Ya sé que me quiere, pero de quien está enamorada es de él.

—Oliver, por favor. No lo hagas. Es un puto insulto a lo que habéis tenido que lo termines así. Habla con ella, dile lo que sientes. Acabad con esto de una puta vez.

—¡Adam, ya lo he acabado! ¡Joder! ¡No puedo más! —Se levantó de la cama y lanzó la pastilla contra la pared— ¿De qué me ha servido dárselo todo? ¿DE QUÉ? Un puto minuto con su exnovio y se va todo a la mierda. No pienso seguir con este juego. Jamás en la vida Sara ha luchado por nosotros. Jamás. Nos liamos, yo le digo que no puedo más y ella acepta sin pestañear. ¿Te acuerdas de cómo lo pasaba cuando discutía con Will? La destrozaba por dentro. Porque lo ama, y a mí no. Y eso me está destruyendo.

Un discurso precioso, aunque equivocado. Jamás pensé que, después de lo que habían tenido, Oliver se rindiera de aquella manera. Estaba cabreado, muy cabreado. Y eso no era bueno. Y, si él se cerró en banda, yo también lo hice. Me rendí. Y fue un error.

—¿Dónde está?

No era necesario que dijera a quién me refería.

—Con Pear.

Salí dando un portazo de su habitación. Cogí mi teléfono móvil y llamé a Sara para ver si era capaz de arreglar aquel puto desastre.

—¿Adam?

Estaba llorando. «¿Qué has hecho, Olly?».

—¿Dónde estás?

Me daba su ubicación cuando noté que Oliver salía de su habitación detrás de mí. Sara ya no se encontraba con Pear, iba camino a su casa. Colgué el teléfono.

—Adam.

—¿Qué? —le contesté de malas maneras.

—No le digas nada a Sara —me suplicó.

—¿Qué es lo que no quieres que le diga?

—Ya lo sabes.

—¿Qué estás loco por ella, pero que eres tan gilipollas que la vas a dejar escapar porque crees que sigue enamorada de su exnovio?

Oliver dudó por unos instantes hasta que lo reconoció.

—Sí, eso. No quiero que me compadezca. Jodería nuestra amistad.

Chasquéé la lengua. «Tú sí que estás jodido y bien jodido».

—Por favor, Adam. Júrame que nunca en la vida le vas a decir nada de esto a Sara.

Ahí me di cuenta de que no había vuelta atrás. Conocía a mi mejor amigo como la puta palma de mi mano. Y no cambiaría de opinión. La decisión estaba tomada.

—Muy bien, como quieras. De todas formas, no te la mereces. Ya no.

Sara

Las horas pasaban y cada vez me encontraba peor. Oliver me había llamado varias veces, pero no quería cogerle el teléfono. Aún no. No quería echarme a llorar en cuanto escuchase su melódica voz. Hacía rato, había echado a Adam de mi habitación. Quería estar sola.

Escuché el timbre de casa. Pensé que seguro que era Adam. Había amenazado con regresar en un rato. No sonó por segunda vez, por lo que intuí que alguien había abierto la puerta. Cuando, momentos después, se abrió la puerta de mi habitación, esperé ver una maraña de rizos morenos, pero, sin embargo, fue la cara de mi mejor amiga la que vi al otro lado.

—Hola, melusina, ¿cómo sigues?

Pear se acercó a mi cama y se sentó con las piernas cruzadas enfrente de mí.

—Mal. —Lo dije con un hilillo de voz, porque me abrasaba la garganta por todo lo que había llorado en las últimas horas.

—Sara, tienes que hablar con él. A mí no me coge el teléfono.

—No —negué con la cabeza—, no puedo.

—Lo que no puedes es seguir así. Mírate. Estás inconsolable. Te juro que no sé qué hacer para ayudarte. Pídeme lo que sea.

—No puedes hacer nada, siento... siento que no puedo respirar.

—Sara, ven aquí. —Pear se acercó y me abrazó con fuerza.

—No puedo soportarlo, Pear.

—¿Y él?

—Él nada, supongo, no sabe por lo que estoy pasando, no quiero que se sienta culpable. Le he mandado un mensaje diciéndole que me iba a dormir un rato y no he vuelto a cogerle el teléfono. No puedo enfrentarme a él. Y no puedo perderlo, Pear, no puedo perderlo como amigo, porque me muero.

La puerta de mi habitación se abrió, y esa vez sí fue Adam quien apareció por el umbral.

—No me voy a ir, *Totó* —me amenazó, antes de que le dijera nada.

No discutí. Me tumbé en la cama con la espalda apoyada en el colchón.

—Adam —le suplicó Pear entre susurros—, dime que hay algo detrás de todo esto, algo que tú sabes y nosotras no.

Mi mejor amigo tardó en contestar. Titubeó.

—Lo siento, no hay nada.

Y, por un segundo, por un maldito segundo, pensé que mentía. Que había algo detrás de todo aquello. Que Oliver me quería, pero que actuaba así por una razón. Conocía a Adam, y el tono de su voz lo había delatado. A mí no podía engañarme. Pero, entonces, me di cuenta de que no había nada, nada que no fueran mis deseos de que todo aquello no estuviera pasando y que, por ello, mi imaginación me había jugado una mala pasada.

Al día siguiente, mi padre organizó una barbacoa en el jardín de casa. Él y Alex debían ir por asuntos de trabajo a la oficina de Los Ángeles y mi padre había querido reunir a los amigos más cercanos para despedirse de ellos. Entre esos amigos figuraban los Aston, en primera línea. Porque la vida es así de jodida.

Pretendía esquivar a Oliver durante unos días, al menos hasta que se me pasara la congoja, pero el destino no da tregua. Así que allí estaba, apoyada en uno de los cristales que separaban el salón del jardín, tragándome mis sentimientos y sonriendo a todo el mundo como si no me sintiera destrozada por dentro. Claro que todavía no había llegado el objeto de mi desgracia. Cuando lo hiciera, no tenía ni idea de lo que pasaría.

Todos mis amigos hablaban conmigo y bromeaban sobre todo, ajenos al enorme dolor que me carcomía por dentro. Era un dolor tan visceral que me entraban ganas de gritar, arrancarme el pelo de la cabeza y dar patadas a todo lo que se me pusiera por delante. Pero eso no podía hacerlo. Probablemente me internarían en un psiquiátrico.

—Sara, cariño. Pensé que ayer te quedarías a desayunar.

Esa voz. La madre de Oliver. Si albergaba alguna duda de lo que iba a sentir cuando lo viera, se acabó. Porque había llegado. Me giré y vi que Oliver venía detrás de su madre. Laura se acercó a mí y me dio un abrazo y un sonoro beso en la mejilla.

—Voy a saludar a tu padre —se giró hacia su hijo y le sonrió con amor—, os dejo tranquilos.

Oliver se colocó a mi lado y las entrañas se me estremecieron al tenerlo tan cerca. Lo miré de reojo. Tenía los ojos rojos y un rastro de barba rubia en el mentón y las mejillas. Parecía derrotado. Había tensión en sus ojos y me rehuía la mirada. Se veía frustración en toda su expresión, y juro por todas las

putas estrellas del firmamento que no entendía por qué. Había sido él quien me había dejado a mí.

Tuve que controlar el llanto y mantener a raya el nudo que se había formado en mi garganta. El mismo nudo que no me dejaba respirar.

—Sara, quiero hablar contigo, estaba dispuesto a dejar las cosas como están, pero no puedo porque...

Le corté el gran discurso que parecía dispuesto a recitar. Empezaba mi actuación. No pensaba dejar que me volviera a decir que no me quería.

—¿Para qué quieres hablar?

—¿Que para qué? —me dijo con dolor—. Para que entendamos los dos qué fue lo que sucedió el otro día.

—Oliver, perdóname.

—¿Por qué? —me susurró.

Me giré para hablarle a la cara y fue la peor decisión que pude tomar. Esos ojos, joder, esos ojos verdes eran mi perdición. Y ellos ni siquiera me miraban. Ni siquiera reparaban en mí, cuando hacía unos días era lo único que hacían. Respiré de manera entrecortada y titubeé al hablar.

—Por... enfadarme... contigo ayer. Tenías razón. Tenemos que... volver a la vida real. Es solo que...que no me lo esperaba y me sentó fatal.

—Ayer no me cogías el teléfono —me acusó con la cabeza baja. En ningún momento me miró a los ojos—. ¿Es porque estabas enfadada? Sara, ¿te duele lo que ocurrió entre nosotros?

¿Que si me dolía? ¿Qué pretendía? ¿Hurgar en la herida? ¿Tan poco le importaba? ¿O tan poco creía que me importaba él? Me entraron ganas de gritarle todo lo que tenía dentro. Que lo quería y que lo que había pasado me había destrozado. Pero no iba a hacerlo.

—Al principio sí, pero enseguida se me pasó. Me lie con Pear hablando de nuestras cosas y luego caí rendida en la cama.

Mentía, pero él no podía darse cuenta. La tristeza me ahogaba, no podía más. «Respira, Sara, ya queda poco».

—Nena...

—No me llames así, por favor —le supliqué. Hacía un esfuerzo titánico por mantener las formas y estaba a punto de derrumbarme. Oliver alzó la cabeza con los ojos cargados de pesar y... ¿miedo?

—Sara —me dio la impresión de que le costaba llamarme así. Pensé que sería por la falta de costumbre—, te conozco y sé que mientes. No sé el motivo. Pero quiero explicarte lo que pasó la otra noche, déjame decirte lo

que he venido a decir.

—Olly, no le demos más vueltas.

—Me estás matando por dentro, nen... Sara. ¿Qué nos ha pasado? Prefiero que lo hablemos, que nos gritemos, pero no me trates con esa indiferencia.

Y ahora me miraba a los ojos. Parecía que había sacado el valor. ¡Pues que te jodan, Aston! Evité su mirada y miré hacia otra parte. Daniel nos acababa de ver y venía directo a nosotros. Tenía que acabar con aquella conversación.

—O, mejor, olvidémonos de todo. —Le tendí mi mano temblorosa—. ¿Amigos?

Oliver dudó, pero finalmente me tendió la mano. Cuando nuestra piel se tocó, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Aparté la mano enseguida y la froté en mi pantalón corto para que desapareciera la sensación de electricidad.

Crack.

Otro trozo de la burbuja cayó.

—Luego te veo, Olly. Daniel me reclama.

Lo dejé en medio del jardín y alcancé a mi hermano a escasos metros. Lo cogí del brazo e impedí que se acercase a Oliver. Mi hermano se resistió hasta que escuchó mi suplica.

—Daniel, si montas una escenita, te aseguro que no me ayudas. Todo lo contrario. Por favor.

Bufó y salió disparado en dirección contraria.

No me acerqué a Oliver durante el resto de la velada. No era la actitud adecuada, pero no lo podía aguantar. Incluso estando lejos de él me temblaban las piernas y me latía el corazón a mil por hora. Dolía tanto como una herida abierta en carne viva. Y, a pesar de que estábamos a escasos metros de distancia, la sensación era como si nos separase el puto océano Atlántico.

Me asfixiaba. Pear notó mi inquietud y pasó su mano por mi espalda de vez en cuando, para tranquilizarme.

Después de aquella noche, debieron de haberme dado un puñetero Oscar.

La tristeza más absoluta

A la mañana siguiente, no me desperté para despedir a mi padre y a mi hermano. No tenía fuerzas. No quería salir de la cama. Me quedaría a vivir allí para siempre. Me agarré a la almohada y escuché cómo las gotas de lluvia golpeaban las ventanas. Necesitaba dormir; al menos, mientras estuviera inconsciente, no me acordaría de Oliver. Di cien vueltas en la cama hasta que me di cuenta de que no sería capaz de hacerlo.

Cogí el móvil y entré en la galería de fotos. ¿Por qué? Pues porque me gustaba torturarme. Había un montón de fotos íntimas de los dos juntos: en la cama, en la playa, en la bolera... Recordaba esa última foto como si tan solo hubieran pasado horas. Lucía radiante, posando en la pista con todos los bolos tirados por el suelo. Fui corriendo a sacármela antes de que desaparecieran. Fue la primera vez en la vida que gané a Oliver a los bolos.

—Has hecho trampas —me decía todo enfurruñado.

—¿Yo, trampas? No sé de qué me hablas.

—¡Hablo de tus técnicas altamente disuasorias! De tu lengua en mi oído distrayéndome mientras lanzaba la bola. ¡Exijo empezar de nuevo!

—¡Pero si solo han sido dos besitos de nada! ¡Qué fácil te distraes, rubiales!

—¡Quiero la revancha!

Volví al presente. Borré todas las fotos, las recuperé, las borré otra vez y acabé guardándolas en una carpeta aparte. Las lágrimas brotaban de mis ojos y mi cuerpo temblaba por los sollozos. Y, en lo único en lo que podía pensar, era en cómo era posible que hacía tan solo una semana estuviéramos tan felices y ahora todo se hubiera acabado. ¿Qué coño había pasado? Lo peor fue no entenderlo. Por más que pensaba y recordaba nuestros últimos días, no encontraba una explicación. Nada que me hiciera entender por qué me había dejado de un día para otro. No, ni siquiera de un día para otro. Porque recordaba que me había invitado a pasar la noche en su casa. Y, horas después... se acabó. ¿Qué había pasado en ese tiempo? ¿Qué?

No sé cuánto tiempo después, mi hermano entró en la habitación. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Me dolía la cabeza y tenía las sábanas

empapadas de tanto llanto.

—Papá y Alex se han ido. Les he dicho que te sentías cansada. No sospechan nada. —Mi hermano se acercó a la ventana para descorrer las cortinas, pero le supliqué que no lo hiciera. Quería dormir y con luz era incapaz de hacerlo.

—Entiendo que hoy no vas a ir a clase. —Se sentó en mi cama y me cogió de la barbilla para ver bien mi lamentable aspecto.

—No quiero ver a nadie, Daniel. Por favor, si viene alguien, haz que se vaya. Te lo suplico. Y no quiero verlo a él, por favor, no dejes que se acerque a mí.

—No lo hará.

Daniel cogió mi móvil de la mesita de noche y comenzó a mover los dedos por la pantalla a toda velocidad.

—¿Qué haces?

—Escribir algo en el grupo de WhatsApp que tienes con tus amiguitos.

Un espeluznante temor nació en lo más profundo de mi ser. Cuando dejó el móvil en la mesita, se lo pregunté.

—¿Qué has puesto? —susurré.

—No quieres visitas, ¿verdad? Pues alguna mierda de explicación hay que dar. Resulta que te has ido con tu padre y con tu hermano Alex a Los Ángeles durante unas semanas porque los has echado taaaanto en falta que quieres recuperar el tiempo perdido. Por eso y porque quedarte aquí compartiendo casa conmigo sería una pesadilla.

Todos mis temores desaparecieron al instante. Si mis amigos pensaban que estaba fuera, podía quedarme en casa sin tener que dar explicaciones.

—Gracias.

—De nada. Tienes unas semanas por delante para sacarte de dentro lo que necesites. Nadie va a molestarte. Me ocuparé de que Kate no venga ningún fin de semana. Ya veré qué me invento. Y esto —me dijo señalando mi móvil—, me lo quedo.

Lo cogió y se lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón vaquero. Bien, cero contacto con el exterior. Era la mejor idea que había tenido mi hermano en mucho tiempo.

Según pasaron las horas, y los días, resultó que no me encontraba tan sola

como en un primer momento imaginé. Porque mi hermano seguía ahí. Y no estaba dispuesto a dejarme en paz.

—Sara, tienes que alimentarte, no has comido nada en dos días —me dijo, cuarenta y ocho horas después—. Te estás quedando en los putos huesos. Estás demacrada.

Y no era solo de no comer, porque tampoco dormía ni dejaba de llorar.

Un día más tarde, Pear vino a visitarme. Era la única que conocía la verdad. Daniel no había podido mentirle a ella. Conocía todos los detalles de lo ocurrido y no se habría creído que me había ido así, sin más. Las conversaciones que mantenían entre ellos en mi dormitorio eran como una nebulosa para mí. No me sentía capaz ni de enfocar la mirada en ellos.

—Haz que coma algo, por favor. O te juro que se lo meto en la puta boca a la fuerza.

—Tranquilízate, Daniel. Yo me ocupo.

—Vale. Os dejo solas.

Oí lo que me pareció un casto beso en los labios y, segundos después, mi mejor amiga apareció en mi campo de visión. Cerré los ojos e ignoré las súplicas para que comiera. ¿No entendían que no quería nada? ¿Que solo quería estar sola?

Horas después, mi hermano apareció por mi habitación.

—Joder, Sara. Estamos solos en esto y te juro que no sé qué más hacer. ¿Sabes cuántas veces cojo el puto teléfono y marco el número de papá para contarle lo que está pasando para que venga a ayudarme? ¡Por lo menos cuatro veces al día! ¡Coño!

Se largó y me dejó sola con mis pensamientos. Volvería poco después, me pediría perdón y regresaríamos a la misma rutina. Hasta que le tocara tanto los cojones que tuviera que explotar de alguna manera. Llevábamos así varios días.

Un rato después...

—No voy a llamar a papá. Era para que comieras algo —me confesó.

Me amenazaba cada día con algo nuevo cuando veía que no comía. Pero es que no me entraba la comida por la boca. Tenía el estómago cerrado.

—Al menos, tómate el zumo de frutas. Lo he hecho yo, no veas la que he armado en la cocina. Me he peleado con la puta licuadora. Ha ganado ella, por si te interesa saberlo. Hay fruta hasta en el techo.

Cogí el zumo e hice el esfuerzo de tragarlo. Pero el nudo que tenía en la garganta no permitía que pasase nada por ahí. Si apenas pasaba el oxígeno, ¿cómo iba a entrar comida?

—Saldremos de esta, Sara.

Esa noche me quedé sin lágrimas. Sabía que era de noche porque había sentido a Daniel meterse en la cama, no porque distinguiese entre la noche y el día. No quería permanecer otra noche más sin dormir porque necesitaba olvidarme, aunque solo fuera durante unas horas, de mi pesar. E hice lo que jamás había hecho en mis veinte años. Me levanté de la cama y fui despacio a la habitación de mi hermano. Me acerqué a la cama, levanté las sábanas y me metí dentro. Lo abracé y cerré los ojos.

Oliver

Me desperté empapado en sudor. Había vuelto a soñar con ella. Joder, todas las putas noches igual. Antes lo llevaba mal, pero, después de lo que habíamos vivido en Estados Unidos, era insoportable. Aun así, jamás retrocedería en el tiempo para borrar lo que habíamos vivido. Merecía la pena todo el sufrimiento con tal de haber pasado juntos aquellos meses. Aquellos putos maravillosos meses.

¿Por qué no me quieres, nena? ¿Por qué cojones no me quieres como lo quieres a él? ¡Joder! Como te quiero yo a ti.

Desde que se largó con su familia a Los Ángeles, yo me retorcí de dolor recordando nuestros días allí. Le había mandado miles de mensajes porque necesitaba saber de ella. Y me los contestaba a todos. Debería sentirme satisfecho, pero no. Sus respuestas eran tan... frías. Parecían distantes. No, no lo parecían, lo eran. Como si no las estuviera escribiendo ella. Y eso me acojonaba. Me acojonaba haberla cagado y haberme cargado, además de la relación que más feliz me había hecho en la vida, nuestra amistad.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer? No podía seguir acostándome con ella y pensar que estaría con la mente en otro tío. ¿Quién soportaría algo así? Yo no. Porque la quería solo para mí, no a medias. Porque me había vuelto loco de los putos celos.

Cogí el móvil y leí su último mensaje. Parecía contenta. ¿Tan pronto me había olvidado? ¿Ni un poquito me había colado en su corazón? Puta vida.

Estaba cabreado. La quería y la odiaba a partes iguales. Me levanté de la cama y di vueltas por la habitación, desesperado. ¿Qué fui para ti, Sara? ¿Por qué tuviste que rendirte tan rápido? ¿Por qué no me convenciste de que me amabas cuando te dejé? ¿Por qué no me amas? ¿Por qué permitiste que terminara, tan rápido, lo más increíble que habíamos construido juntos?

Porque lo que hicimos en Estados Unidos no fue echar un polvo tras otro. Fue mucho más. Nos conocimos, todavía más, de lo que ya lo hacíamos. Lo hicimos en un plano más íntimo y alcanzamos unos niveles que jamás pensé que podría alcanzar con nadie. Y, de haber imaginado hacerlo con alguien, solo podía ser con ella. Porque ella era mi otra puta mitad. En ese momento, lo supe. Joder, ¿qué había hecho?

La echaba de menos. Echaba de menos sus besos, sus caricias, sus risas.

Pero, sobre todo, echaba de menos a mi mejor amiga. Y rezaba para que esos meses no cambiasen nuestra relación. No lo soportaría. Podía aguantarme las ganas de liarme a hostias con la pared por verla cerca de Von Kleist. Pero no verla sería insoportable.

La ironía de todo aquello era que ella pensaba que la había dejado porque me había aburrido de nuestros polvos. «De puta madre, Oliver. ¿Por qué no fuiste sincero con ella? ¿Por qué no le dijiste la verdad?».

Porque fui un cobarde. Por miedo a que sus palabras me confirmasen que no era más que un deseo sexual para ella. Escogí no escucharlo y salir por la puerta de atrás. No estaba orgulloso de ello. El amor te hace débil e insignificante. Me daba pena a mí mismo.

Aun así, lo intenté. Aquel día, en el jardín de su casa, intenté decírsele todo, confesarme y que supiera de una puta vez lo que sentía por ella. Pero no pude. Porque no me permitió hacerlo. Porque, horas después de nuestra ruptura, ella estaba tan tranquila, tal vez un poco enfadada, porque sabía que ocultaba algo, pero, desde luego, no tan afectada como yo. Y yo que pensaba que quizá me amaba. Iluso de mí.

Sentía rabia. Y deseos de arrasar con todo a mi paso. Me acerqué a la silla de mi escritorio y la sujeté con fuerza hasta que mis nudillos se volvieron blancos. La levanté del suelo y la lancé contra la pared.

Estúpido, era un jodido estúpido. «Y tú, mi querida Sara, eres... eres...».

—¡Te odio! Te odio, joder.

Agarré la pequeña lámpara de mi escritorio y la lancé contra la pared. Y me sentí mejor. Sentaba de puta madre. Canalizaba mi rabia. Empecé a lanzar todas las cosas que encontraba a mi paso.

En mitad de mi ataque de ira, se abrió la puerta de mi habitación y se encendió la luz.

—¿Oliver? ¿Qué te ocurre, hijo? —El tono de mi madre era de preocupación.

—Oliver, ¿qué estás haciendo? —El tono de mi padre era de mosqueo.

Las lágrimas se agolparon en mis mejillas y caí de rodillas al suelo. No podía más.

—Oliver, cariño. —Mi madre se puso de rodillas en el suelo junto a mí—. Shhh, tranquilo, mi vida. Lloro todo lo que necesites. Desahógate.

«Por favor, nena, no vuelvas con él. Demuéstrame que no estoy en lo cierto. Demuéstrame que es a mí a quien quieres, y no a él. Por favor».

—Por favor, por favor...

La odiaba por no quererme, pero la quería, aunque ella no me quisiera a mí. Y por eso me odiaba a mí mismo. Y esa es la tristeza más absoluta que puede sentir el ser humano.

Pasaron una semana...

...dos semanas...

...tres semanas...

...cuatro semanas...

...cinco semanas

15

El cine

El mundo que me rodeaba pensaba que me había ido de vacaciones con mi padre y mi hermano para recuperar el tiempo perdido. Incluso Oliver lo pensaba. Me resultaba increíble que, después de lo que había sucedido entre nosotros, se creyese que no me había afectado y que me había ido, tranquilamente, con mi familia de vacaciones. Aunque, pensándolo bien, a él no le había afectado nuestra ruptura. ¿Por qué debería pensar que a mí sí?

Mis pasos me llevaron hasta la playa que hay cerca de mi casa. Me senté en la arena y contemplé el mar infinito. Siempre parecía infinito, lo mirases desde donde lo mirases. El cielo estaba despejado y el sol lucía espléndido.

Escuché una canción a lo lejos. Debía de venir de alguna de las casas del vecindario. Era una canción que conocía. La había escuchado antes, no hacía mucho, pero no era capaz de localizar cuándo. *O'Children*, de Nick Cave. ¿Dónde la había escuchado? Fuera donde fuera, estaba con Oliver. Eso seguro. Cientos de imágenes de los dos juntos me vinieron a la cabeza. Su sonrisa depredadora que asomaba por debajo de las sábanas mientras me hacía cosquillas, yo bailando en sus brazos dando mil vueltas hasta marearnos y caer rendidos al suelo, Oliver desnudo tocando la guitarra... Eran tantas imágenes.

La canción continuaba. Mi felicidad junto a Oliver no. Supuse que para él había sido como una canción. Como esas canciones que escuchas y enseguida te gustan y no puedes dejar de escucharlas. Finalizan y empieza otra canción, pero le das a la tecla de retroceder y la vuelves a poner. Y no te cansas de escucharla y la disfrutas cada vez más. Hasta que, un día, dejas de hacerlo. Te has cansado de ella. Eso había sido yo para Oliver. Una canción que se había cansado de escuchar. Por fin lo entendía.

No podía seguir así. Debía recuperar mi vida. O, al menos, lo que quedaba de ella. Había llorado demasiado, y compadeciéndome de mí misma no saldría de aquello. Tomé una decisión.

Se acabó. Se acabó Oliver para siempre. Jamás volvería a pensar en él de una manera romántica. Porque amigos seguiríamos siendo, no había nada ni nadie que pudiera con ello (ni siquiera nosotros). Pero, aun así, algo se había roto dentro de mí. Y no sabía si podría perdonárselo algún día. Aunque él no tuviera la culpa. No sabía si podría perdonarle que se hubiera cansado de mí.

Pero, como no podía pensar así si pretendía retomar nuestra vida antes de liarnos en aquel maldito local en Las Vegas, tenía que construir un muro a mi alrededor. Un muro a través del cual no sintiese nada. Un muro que nadie fuera capaz de traspasar. Y menos, él.

Volví a casa con la cabeza alta y dispuesta a empezar de cero. Me preguntaba cuántas veces a lo largo de mi vida tendría que empezar de cero. Era... desolador. Me creaba una inseguridad que no sabía cómo combatir.

Entré por la puerta y encontré a mi hermano sentado en el sofá viendo la tele con una caja de pizza encima de la mesa. Tenía las piernas cruzadas y apoyadas en la mesa y un plato con una porción reposaba en sus muslos. Cuando crucé el umbral del salón, me miró expectante. Como si estuviera esperando algo. Como me observaba las últimas semanas cada vez que aparecía en su campo de visión. Ese día, sin embargo, no agachó la cabeza y siguió con lo suyo. Ese día, notó un cambio.

—¿Lista para volver? —me preguntó, mientras dejaba el plato encima de la mesa.

Asentí con la cabeza a la vez que le contestaba.

—Lista para volver.

—Un viaje largo, ¿no crees?

¿Cinco semanas para olvidar mi relación con Oliver me parecía un largo tiempo? No, para nada. Podría haber estado mucho más. Muchísimo más. Presentí que toda una vida. Pero mi afán de superación había podido más.

—No, no lo creo —me sinceré.

—Ya. Yo tampoco.

Y esas tres palabras envolvían muchísimo más de lo que aparentaban. Pero ni él ni yo hicimos hincapié en ello.

—He pedido pizza —me informó, señalando la caja con la cabeza.

Miré la pizza y descubrí que llevaba champiñones. Los odiaba. Y él lo sabía.

—¿Lleva champiñones?

—Ajá.

—Odio los champiñones.

—Lo sé —me contestó, aguantándose la risa—. Pero a mí me gustan. Ven, siéntate y apártalos en la esquina del plato como haces siempre. Puede que luego tengas una sorpresa de chocolate esperándote en la cocina. Y no me mires así, se supone que has estado en Los Ángeles pasándotelo de puta madre, pero tienes pinta de haber estado en el puto Auschwitz.

—¿Me devuelves mi móvil? —le pregunté, antes de sentarme. Daniel, que se había incorporado para coger el plato, se quedó a medio camino—. Voy a avisar de que he regresado.

Mi hermano me miró de reojo, indeciso. Apoyó los codos en las rodillas y fijó su mirada en mí.

—Sara, voy a eliminar alguna de las conversaciones que tienes en el *whatsapp*. Bueno, una en concreto.

Me quedé quieta enfrente de él. No aparté la mirada.

—¿Cuál?

—Ya lo sabes.

Le formulé la pregunta que llevaba semanas deseando hacer. Creí que estaría preparada para escucharlo.

—¿Ha escrito durante estas semanas?

—¿Tú qué crees? —mi hermano me devolvió la pregunta.

—No lo sé, Daniel.

De verdad que no lo sabía. Una parte de mí me decía que nuestra amistad no había quedado rota. Al menos, no por mi parte. Pero quizá por su parte sí. Quizá se había cansado de mí de esa manera. Hasta entonces, no había querido ni pensarlo. Porque eso sí me destrozaría, sin remedio. Y durante mucho más tiempo que cinco semanas. Ni mi orgullo ni mi cabezonería me levantarían en mucho tiempo.

—Todos los días. Varias veces al día.

Cuando escuché la respuesta de mi hermano, respiré de nuevo. No era consciente de que contenía el aliento.

—¿Le has contestado?

—Siempre. —Se levantó del sofá y se paró enfrente de mí. Me sujetó la nuca con la mano y me acercó más a él—. ¿Crees que iba a permitir que ese gilipollas pensara que sufrías por su culpa? Ni de coña. Es más, como te he anticipado, te lo has pasado de puta madre.

Me guiñó un ojo y se sentó. Dio palmaditas a su lado para que me sentase junto a él.

—Daniel, si borras esa conversación, borrarás lo que nos hemos escrito durante años. Todo lo que nos hemos dicho, todas las fotos que hemos compartido, los vídeos, las notas de voz... nuestros «buenos días»... Toda nuestra historia. Todo. —El pensamiento de que mi hermano hubiera entrado a fisgonear lo que contenían esas conversaciones provocó que me subiera el rubor por las mejillas. Joder, es que había cada foto y cada conversación...

—Exacto. Pero escribiréis nuevas historias. Desde cero. Como amigos.

Desde cero. «Justo lo que querías, Sara. Y tu hermano te lo está ofreciendo en bandeja». Pero era una decisión tan difícil que podría pasarme cinco semanas más pensando en ello. Y, como esa no era una posibilidad, hice lo que creí que tenía que hacer. Aunque me doliese en el alma. Aunque me rompiese por dentro. Si es que quedaba algo por romper.

—Bórrala.

Daniel sacó mi móvil y la borró sin dilación antes de que me arrepintiese.

Dolió. Me rompió otra vez. Joder, sí que quedaba algo por romper. Me senté a su lado y apoyé mi cabeza en su hombro. Las lágrimas se deslizaron por mi rostro.

—Sara.

—Son las últimas. Te lo prometo.

Daniel me abrazó y, poco después, nos terminamos juntos la pizza.

Cinco segundos después de avisar a mis amigos de que había llegado, el móvil no dejó de vibrar. Cogí aire y los leí todos. Lo que más me dolía era haber mentido a Adam. Les contesté a todo y les dije que estaba exhausta y que quedábamos al día siguiente, así tenía una noche más para prepararme.

La única persona que no contestó a mi mensaje fue Oliver. Y estaba en línea. Lo había comprobado. Antes de que me comiese la cabeza pensando en ello, Daniel me interrumpió.

—Sara, Will va a aparecer por aquí en cualquier momento. Que lo sepas.

—¿Will? ¿Por qué?

—Porque llevo semanas desaparecido. No hace más que preguntarme dónde me meto y por qué coño no voy a clase. No sé cuánto tiempo más voy a poder evitarlo.

Tenía razón. Will y mi hermano eran inseparables. Como no tenía ninguna gana de encontrarme con él, me despedí de mi hermano y subí a mi habitación.

Me metí en la cama y pensé en aquellas últimas semanas. Me di cuenta del sacrificio que había hecho Daniel todo ese tiempo. Había mentido a su familia, a sus amigos. Había fingido ser yo mediante mensajes de móvil. Me había alimentado, me había aguantado, consolado.

Me levanté de la cama y me di una ducha. Me puse un pantalón de deporte y una camiseta y bajé las escaleras hacia el salón dispuesta a darle las gracias, a decirle un *te quiero* y a compartir ese postre de chocolate con él. Pero no estaba solo. Will había llegado y enseguida me vio. Me había

olvidado de él, de la advertencia de mi hermano de que era más que probable que se pasara por casa. Se levantó del sofá y se acercó a besarme en la mejilla.

—Hola, Sara.

—Hola.

—¿Un viaje duro? —Arrugué la frente por su pregunta. ¿Por qué me preguntaba eso?—. No tienes buen aspecto.

Mi hermano me lanzó un «te lo dije» con la mirada desde el sofá.

—Iba a proponerle a tu hermano noche de cine, ¿te apuntas?

—Joder, cine otra vez.

A Will siempre le había gustado el cine. No me extrañaba que arrastrase a mi hermano cada vez que tenía ocasión.

—Entonces, ¿te apuntas? —Ignoró a mi hermano y continuó insistiéndome.

—No, id vosotros.

No me apetecía ir a ningún sitio. No me apetecía hacer nada. Y menos ir al cine con Will.

—Vente con nosotros, Sara. Te vendrá bien —me aconsejó mi hermano.

Me senté en el sofá junto a él.

—Lo siento, pero no me apetece.

Todavía no entiendo cómo, pero entre los dos me convencieron para ir al puñetero cine. Me cambié de ropa y nos montamos en el coche de Will. Fuimos al centro y vimos una película de acción. Si alguien me hubiera preguntado de qué trataba la película, no habría sabido qué contestar. No me había enterado de nada.

En el viaje de vuelta, pensaba que no quería irme a casa tan temprano. Necesitaba aire. En esa puñetera casa no podía respirar. Era entrar en mi habitación y recordar las últimas cinco semanas.

—Detén el coche —le dije a Will. Mi hermano giró la cabeza y me miró dubitativo.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Quiero dar un paseo.

—No vas a ir tú sola caminando a casa. Es de noche.

—No me va a pasar nada.

—Te acompaño —soltó Will—. Dan, ¿llevas tú el coche?

Y, en un abrir y cerrar de ojos, me vi parada en la acera, con Will a mi lado, viendo cómo su coche se alejaba con mi hermano al volante. ¿Por qué

tenían que complicarse tanto las cosas? Tenía tantas ganas de pasear con Will como de ponerme a bailar.

—Will —intenté explicarle—, yo no...

—Sara— me interrumpió—, déjame acompañarte a casa. Como amigos, no soy estúpido, sé que no estás para nada más. Me he dado cuenta.

Pude haberme sentido culpable por llorar por otro delante de mi exnovio, pero no lo hice. Estaba enamorada de Oliver y no me avergonzaba. Ni pretendía ocultarlo. Lo mío con Will se había acabado. Y había sido él quien había insistido en llevarme al cine y acompañarme a casa.

Una hora después llegamos a casa. No hablamos demasiado por el camino. Él me contó cómo le iba en la universidad y me habló sobre la gente nueva que había conocido. Y no me preguntó por Estados Unidos. Ni una sola vez.

Llegamos a mi casa y abrí el bolso para sacar las llaves. Will me hablaba sobre no sé qué proyecto que tuvo que presentar y cómo se desplomó en medio de la clase, y se moría de la risa al recordarlo, aunque en su momento quisiera desaparecer de la faz de la Tierra. Recordé la sensación. La sensación de cuando algo te abochorna hasta no poder más y, tiempo después, te hace gracia. Y de ahí la frase: «En el futuro nos reiremos de todo esto». Me reí con él, más por educación que por otra cosa, y entramos en el salón. Y se me cayó el mundo encima.

En medio de mi salón, me esperaba Oliver.

Mi primer impulso fue lanzarme a sus brazos y decirle que lo quería con locura y que me conformaba con cualquier cosa que me diese, pero, sin embargo, me quedé paralizada. En *shock*. No lo esperaba.

Oliver, al vernos juntos a Will y a mí, palideció y tragó con dificultad.

—O... Oliver. ¿Qué... qué haces aquí? —conseguí preguntarle. Y no entendí por qué mi pregunta provocó que se pusiera a la defensiva. Me embargó la ansiedad. Ansiedad por tenerlo tan cerca y tener que tragarme mis sentimientos.

—Hace cinco semanas que no nos vemos.

Will me dio un beso en la mejilla y se acercó, jovial, a mi gran amor.

—¿Qué pasa, machote? —Le puso el brazo en el hombro y la mirada gélida con la que le respondió Oliver hubiera congelado hasta el mismísimo infierno.

«Quítale las manos de encima, Will, por favor. Por favor». Como si me hubiera escuchado, levantó la mano y se despidió de nosotros para irse a su

casa.

—Acaba de llegar. Casi os cruzáis en la puerta —aclaró mi hermano, refiriéndose a Oliver—. Estaba a punto de decirle que habías salido con Will al cine, ya sabes, para que no te esperara. No sabía cuánto tardaríais.

¿Que había salido con Will al cine? ¿*Había salido*? ¿En singular? ¿Por qué no le decía que me habían obligado a ir al cine con ellos?

—Sara, ¿al... al cine? ¿Con... Will? —Oliver buscó mi mirada, pero no la encontró. No permití que lo hiciera.

La sensación de mareo y ahogo, cuando pronunció así mi nombre, fue insoportable. Disimulé no tener el corazón en la garganta. Disimulé que, cada vez que me miraba y me hablaba, otro trocito de mi alma no se perdía para siempre. Disimulé tantas cosas.

—No has podido esperar ni a que se enfriara el cadáver.

En un primer momento, no entendí lo que decía. ¿Cadáver? Hasta que leí entre líneas. Hasta que recordé que había entrado en casa con Will y que Oliver pensaba que nos habíamos ido juntos al cine. El cadáver era nuestra relación. Oliver creyó que intentaba recuperar mi relación con Will. Y, como mi capacidad de habla había quedado anulada, no pude replicarle.

Cruzó el salón en mi dirección, pero pasó de largo. Abrió la puerta de la calle y escupió sus últimas palabras.

—No te lloves un mal rato, Sara. Ni me expliques nada. Sabía que esto pasaría. Siempre lo he sabido.

Y entonces sí me giré y lo miré a los ojos. Y su mirada me mató. Todo el aire abandonó mis pulmones como si me golpearan con un bate en el estómago.

La puerta se cerró de golpe. Y esa última mirada, esa mirada de decepción, de desolación, no la olvidaría jamás, me perseguiría hasta el fin de mis días.

Crack.

El último trozo de nuestra burbuja cayó. Ya no quedaba nada.

Una nueva vida

Me desperté sobresaltada. Había tenido otra pesadilla. La misma de los últimos tiempos. Me despertaba pensando que Oliver me había dejado y, durante un segundo (bendito segundo), me tranquilizaba y pensaba que había sido solo una pesadilla, estiraba la mano para tocarlo y entonces era cuando me daba cuenta de que se había ido de verdad. Que no era una pesadilla. Era la cruda realidad.

Me levanté de la cama y me di una ducha como si fuera una autómata. Es lo que debía hacer. Aquella mañana volvía a la universidad. Estábamos a mediados de octubre. Tuve que obligarme a ir porque, como siguiese sin asistir a clase, perdería todo el año. Había quedado allí con la pandilla. También vería a Oliver, nuestro último encuentro había sido... desolador, así que mentiría si no dijera que estaba asustada. No tenía ni idea de cómo sobrellevar la situación.

Desayuné a toda prisa con mi hermano y, después, me acercó en coche al campus. De camino, envié un mensaje a Adam para informarlo de que, durante las primeras semanas, asistiría a las clases de Ciencias Médicas. Ya me pasarían más tarde los apuntes de Derecho. De aquella manera, evitaba estar tanto tiempo con Oliver. Me hacía daño. Sabía que no podía evitarlo eternamente, pero, en aquel momento, era como una droga de la que me acababa de desenganchar. Si continuaba consumiéndola a diario, jamás conseguiría deshacerme de su dependencia. En cambio, si la tomaba en pequeñas dosis, con el paso del tiempo, podríamos convivir en armonía.

Daniel me acompañó a mi clase y me dejó rodeada de un montón de gente nueva. No vi sus caras. Mi mente estaba en otro lugar, otro lugar mucho más oscuro que no me dejaba sentir, no me dejaba ver, escuchar, interactuar, pensar, decidir... Solo me permitía... dejarme llevar por lo que los demás me decían que debía hacer.

Me sentí como si estuviera en mi primer día en el *Crowden*, pero mucho más vulnerable, insegura, desconfiada. Fui hacia las primeras filas (eran las más vacías) y me senté en uno de los asientos libres. El aula no tenía nada de especial, o al menos no me lo pareció (ya pocas cosas lo hacían). Era la típica clase rectangular con un gran pizarrón en el frente y una tarima desde la cual el profesor impartía su clase.

Recordé las veces que me había colado con Oliver en las universidades de Estados Unidos. Sacudí la cabeza y me concentré en la clase. Tomé apuntes de todo lo que decía el profesor, como un robot. Él hablaba, y yo anotaba sus palabras en un papel. No entendía de qué hablaba, ni siquiera me molesté en hacerlo.

Al término de la clase, la chica sentada a mi lado me preguntó si era nueva. Le expliqué que había estado fuera y que acababa de aterrizar en Edimburgo. Me ofreció sus apuntes y me invitó a quedar en algún momento para ponerme al día de las clases que me había perdido. Le dije a todo que sí. Espero que no me pidiera a cambio a mi primogénito, porque sin duda también se lo di. Nos intercambiamos los teléfonos y me dirigí a la salida para despejarme entre clase y clase. Pero no conseguí salir por la puerta porque, allí mismo, apoyado en la pared, me esperaba Adam.

—¿Dónde has estado estas últimas semanas? —arremetió sin saludarme.

—En Los Ángeles —contestó el robot.

—Ya. Y, entonces, ¿me vas a explicar cómo cojones ha hecho Daniel para contestar a tus mensajes mientras tú estabas allí y él aquí?

Cerré los ojos. ¿Se había dado cuenta? ¡Por supuesto que se había dado cuenta! Miré hacia la puerta. No quería hablar con él. Con nadie, en realidad. No quería reconocer que le había mentido durante semanas.

—Ni lo pienses —me advirtió.

—¿El qué?

—Salir corriendo por esa puerta para evitar esta conversación.

Me rendí y se lo conté, todo. Era Adam. Al principio, se mosqueó. No entendía por qué le había mentido. Se suponía que nuestra amistad estaba por encima de todas esas mierdas. Pero, cuando le expliqué por lo que había pasado (aún no había terminado), su actitud se suavizó y me obligó a prometer que nunca más lo apartaría de mis problemas. Me confesó que sospechaba desde el primer momento que no había salido de Edimburgo, pero que quería darme tiempo.

Cuando quedé con mis amigos, se dieron cuenta, imagino que por mi aspecto, de que algo había ocurrido. Pero no preguntaron. Oliver y yo nos mirábamos de reojo. La hostilidad se palpaba en el ambiente. Él estaba cabreado y yo... no sé cómo estaba. Creo que seguía con mi gran actuación de los Oscar. No lo puedo afirmar con seguridad. No sé cómo me veían desde fuera. Estaba enfadada (aquel sentimiento lo recuerdo bien), pero creo que conseguí disimularlo. Y sé que no tenía derecho a estarlo, porque Oliver

podía terminar con algo que no le llenaba cuando le diese la gana, pero lo odiaba por hacernos eso. Por eso fingía que era su amiga, aunque no debía de hacerlo muy bien. Y él... él no sé qué fingía. Parecía enfadado, y yo no tenía ni idea de por qué. Ignoraba sus motivos, pero alguno tendría. Como no lo hablábamos, tendríamos que dejar que el tiempo curase las heridas.

Al día siguiente, mi padre y mi hermano volvieron de su viaje y, si notaron algo extraño en mí, no lo mencionaron. Nadie lo hizo.

Las semanas pasaron, y los meses, y, hacia el mes de diciembre, recuperé mi aspecto y peso habitual. Y lo que fuera que me pasara en mi súbito viaje quedó en el olvido. Para el exterior, porque mi interior seguía vacío. Había adquirido una rutina con la que me iba bastante bien: decir a todo que sí y dejar que los demás decidieran por mí. Era más seguro, ellos sabían qué era lo mejor para mí. Yo no lo sabía.

En cuanto a Oliver, después de tantos meses, mis sentimientos eran contradictorios. Cuando no estaba con él, me embargaba la soledad, y no deseaba otra cosa que estar a su lado. Lo extrañaba a cada segundo. Sentía que me faltaba... algo. Era una sensación que siempre había tenido, pero en aquel momento estaba más acrecentada. Y, cuando lo veía, aunque solo fuera durante un segundo, deseaba no volver a verlo en mi vida, porque dolía, dolía demasiado, a pesar de la capa de indiferencia con la que me vestía a diario.

Nuestra relación no se había recuperado, ni muchísimo menos, pero los dos estábamos haciendo un gran esfuerzo por ser los que éramos antes de Las Vegas. La premisa era: nuestra historia de amor jamás sucedió.

Mis encuentros con Will cada vez eran más habituales. Pasaba mucho tiempo con mi hermano y, por ende, con él. Quedábamos para todo: para tomar algo en la cafetería del campus, para estudiar, para ir al cine... Siempre los tres juntos: Daniel, Will y yo. Mi hermano me insistía mucho y yo... me dejaba llevar. Y, la mayoría de las veces, hacia el final de la velada, Daniel ponía excusas absurdas para dejarnos solos. Y no se notaba nada, no, nada de nada. Al principio me molestaba, pero, un tiempo después, la verdad es que pocas cosas me molestaban. Me dejé manipular. Había descubierto que Will y yo no nos conocíamos tanto como siempre habíamos supuesto. Y he de reconocer que pasaba buenos momentos con ellos, aunque jamás lo habría imaginado. Necesitaba esos momentos. Sin embargo, yo mantenía el mismo

vacío en mi estómago. El mismo vacío que me embargaba desde hacía meses.

Volví de golpe al presente. El profesor de Biología me había preguntado algo, pero no fui capaz de contestar. «Genial, Sara, el semestre está a punto de finalizar y tú no sabes ni por dónde te da el aire».

En ocasiones, toda la pandilla íbamos a la pista de hielo del *Crowden*. Solíamos aprovechar algún viernes que otro. Como al día siguiente no había que madrugar, no nos importaba llegar tarde a casa. Los chicos solían jugar partidos de hockey mientras las chicas patinábamos y hablábamos de nuestras cosas. Bueno, ellas hablaban, yo escuchaba y asentía con la cabeza.

Un día cualquiera, mientras estábamos allí, apareció por la pista el profesor buenorro. Me quedé parada en la pista y lo observé, no entendía qué hacía allí. En todos los años que había estudiado en aquel colegio, jamás lo había visto en la pista de hielo. Ni siquiera en los partidos de los chicos. Debía de ser un antihockey o algo así, porque el resto de profesores siempre venían.

Mi amiga Olivia, que permanecía charlando con Moira y Pear, salió del grupo y se acercó a las gradas, desde donde nos observaba nuestro antiguo profesor de Matemáticas. Se colocó a escasos centímetros de él y coqueteó sin ningún pudor. ¿Qué significaba aquello? Patiné hasta la posición de Pear dispuesta a compartir con ella mi descubrimiento. Fue mi primera reacción en meses.

—¿Has visto eso? —señalé al buenorro y a Olivia con la cabeza.

—¿El qué? —me preguntó, confundida.

—A Olivia con el buenorro —le dije, señalando a la parejita.

—Pues claro que los he visto —me dijo, quitándole importancia—, se han vuelto muy amiguitos, ya lo sabes.

—No, no lo sé. —Mi subida de tono provocó que los chicos vinieran para ver qué sucedía.

—¿Qué cuchicheáis? —nos preguntó Marco, haciendo florituras con su *stick*.

—¡Eso! —Señalé a los tortolitos con el dedo.

—¿Qué es eso? —nos preguntó Brian, ceñudo.

—Olivia y nuestro profesor de Matemáticas tonteando a cinco metros de distancia —les expliqué, exasperada.

—Llevan casi un año tonteando. —Brian nos miró a Adam, a Oliver y a mí, y se dio cuenta de algo—. ¿No os lo habíamos dicho?

—¡NO! —contestamos los tres a la vez. Y, por primera vez en meses, Oliver y yo compartimos una mirada. Y, aunque solo fuera una mirada de «¿qué demonios está pasando con esos dos?», era algo. El brillo y la diversión de sus ojos verdes fueron como un soplo de vida para mi inexistente corazón.

—¡Qué fuerte! ¿Estáis hablando en serio? —preguntó Adam, alucinado.

—Joder, el año pasado no hablábamos de otra cosa.

—Fijo que dimos por supuesto que os lo habíamos contado.

Y, en ese justo momento, el profesor buenorro y Olivia empezaron a enrollarse. Reprimí un grito ahogado. Conocía los nombres de todas las tías con las que se habían enrollado Brian y Marco en esos dos años y... ¡no nos habían contado eso!

—¡Estoy flipando, Pear! ¿Cómo no me has contado algo así? —recriminé a mi amiga.

—¡Nunca se habían enrollado! ¡Es la primera vez! Lo único que hacían era tontear cuando se encontraban en algún pub. Resulta que el profesor buenorro vive en Edimburgo. Y suele ir a casa un par de fines de semana al mes.

Nos quedamos los siete observando la escena sin ningún disimulo. Diría que incluso nos acercamos para verlo mejor.

—¡Joder, le está metiendo la lengua hasta la campanilla!

—La hostia con el profesor de Matemáticas. ¿No es ilegal enrollarse con alumnas?

—Adam, hace años que Olivia no es alumna suya.

Cuando se separaron y nuestra amiga volvió con nosotros, con las mejillas sonrojadas, la obligamos a que nos contase todo. Y, claro, ella lo hizo encantada; nos contó hasta el último detalle. Y era superromántico. Me alegraba por ella. Era refrescante escuchar historias bonitas de amor.

El día antes de Nochebuena, Will me acompañó a comprar los regalos de Navidad para mi familia. Daniel era terriblemente complicado y necesitaba ayuda. Aunque, comprase lo que comprase, lo cambiaría por otra cosa que le gustara más. Empecé a considerar la idea de regalarle un vale, pero Will no

me lo permitió y le compramos un estuche chulísimo con compases y demás artilugios que utilizan los arquitectos.

Después, paseamos por las adornadas calles, a paso tranquilo, hasta que empezó a nevar y nos vimos obligados a refugiarnos en la primera cafetería que encontramos para tomarnos un chocolate caliente. Nos sacudimos la ropa mojada y nos sentamos en uno de los rincones. Me quité el gorro y la bufanda, mientras Will se acercaba a la barra a pedir nuestras bebidas. Cuando volvió, me ofreció la mía y brindamos por nuestra tarde satisfactoria de compras navideñas. No me pasó desapercibido que Will, en lugar de sentarse en la silla de enfrente, tal como estaba, la arrastró, con disimulo, y la aproximó a mi lado. Estábamos tan juntos que nos tocábamos las rodillas. No me quejé (no lo hacía por nada), pero me sentí un poco incómoda, violenta.

Vimos a una pareja discutir y enrollarse un minuto después y recordamos entre risas (las mías salían cuando las de él lo hacían) nuestro pasado. Nuestras peleas, nuestras venganzas, nuestras reconciliaciones. Will y yo teníamos una historia. Lo había olvidado.

Sin previo aviso, Will inclinó su rostro hacia el mío y me besó. En los labios. Me besó y, aunque no sentí lo mismo que cuando me besaba Olly (ni algo remotamente parecido)... no me fue indiferente del todo. No me gustó, pero me sentí querida. Creo que quizá solo fue la necesidad de sentir algo.

—Sara, ¿y si lo intentamos? —me sugirió, rozando su frente con la mía.

¿Qué? No entendía cómo habíamos pasado de pasear juntos de vez en cuando a replantearnos volver a ser pareja. Creo que me estaba perdiendo bastantes detalles de mi propia vida. Aquello de dejarse llevar por la corriente... quizá no era tan bueno.

—Will.

—Iremos poco a poco.

—Will, no. No puedo.

—No me rechaces. Piénsalo. Por favor. ¿No crees que nos merecemos una última oportunidad?

—Ahora mismo eso es en lo último en lo que podría pensar.

—Todavía llevas mi anillo.

¿Su qué? Dirigí mi mirada a lo que apuntaban sus ojos. El anillo. Aún seguía en mi mano. Me había olvidado de él. Me había olvidado de devolvérselo.

—¿No crees que nos merecemos una última oportunidad? —insistió.

«No», decía mi cabeza. No tenía corazón, en mi pecho solo había un

hueco vacío. No tenía nada que ofrecerle. Pero mi boca no emitió sonido alguno.

Esa noche, estaba tumbada en el sofá viendo una película con mis hermanos cuando llamaron al timbre. Qué raro. Era casi medianoche. ¿Quién acudía a una casa ajena a esas horas?

—Voy yo. —Daniel se levantó y fue a abrir.

Seguí concentrada en las imágenes de la película hasta que escuché a mi hermano llamarme.

—¡Sara!

Levanté la vista de la tele. Mi hermano volvía al salón y detrás de él... venía Adam.

—¿Adam? —Me levanté del sofá. No tenía buen aspecto—. ¿Ha pasado algo?

—¿Puedo vivir aquí contigo? Lo he intentado, *Totó*, te juro que he intentado vivir en esa casa, pero no puedo. No puedo.

Me acerqué a él y lo abracé con fuerza. Joder, ¿desde cuándo estaba así? ¿Por qué no había hablado conmigo antes de llegar a ese punto?

—¿Adam? —Alex vino hacia nosotros.

—Por supuesto que puedes quedarte aquí. Todo el tiempo que necesites —le dije.

—Claro que sí —afirmó mi hermano Alex.

—¿Qué tal te suena *toda la vida*? —me preguntó mi amigo.

—Suena bien —sonreí. Fue mi primera sonrisa verdadera en meses.

—¿Y tu padre? ¿Dejará que me quede?

Mi padre se había ido a la cama, pero no creí que pusiera ninguna objeción. Daniel interrumpió nuestra conversación.

—¿Has traído tus cosas?

—Sí, las he dejado en la entrada. No pensaba regresar aunque no hubiese podido quedarme aquí.

—Voy a buscarlas —se ofreció.

Daniel regresó con las maletas de Adam, y Alex lo ayudó a dejarlas en la habitación de invitados.

Nos metimos los dos en mi cama y nos quedamos mirando el techo lleno de estrellas. Me las había puesto Oliver, muchísimos años atrás, y nunca las había quitado. Me ayudaban a dormir. Tenían una especie de efecto tranquilizador que acababa dejándome *k.o.*

Adam se removió y colocó el brazo detrás de la cabeza.

—Joder, Sara, solo he aguantado tres putos meses sin vosotros. ¿Qué coño pasa conmigo?

Sin quitarle ojo a las estrellas, suspiré con fuerza. Era algo en lo que había pensado últimamente. Antes de nuestro viaje, los tres éramos bastante dependientes los unos de los otros, pero, después del viaje, esa dependencia había crecido hasta convertirse en un monstruo enorme que nos apresaba entre sus garras y no nos dejaba avanzar.

—Y tú sigues necesitando esas putas estrellas de críos para dormir — continuó—. Somos patéticos, *Totó*.

Le di un codazo en el brazo por meterse conmigo.

—¡Auch! Vaya rechazazo tienes.

—¿Crees que deberíamos habernos quedado allí para siempre? —Me giré y me puse de costado. Adam me miró y se colocó de lado, sujetándose la cabeza con la mano y apoyando el codo en el colchón.

—No. No creo que sea bueno vivir en una burbuja eternamente. Había que salir al mundo real y enfrentarse a lo que viniera.

Supuse que tenía razón, porque, aunque Oliver se empeñara en hacerme creer que aquello no era real, sí lo fue. Pero es verdad que vivíamos encerrados en nuestro pequeño mundo de tres. Y necesitábamos salir al exterior para demostrarnos a nosotros mismos que lo que habíamos creado era indestructible. Y había resultado que no lo era tanto. Al menos en lo que se refería a mi relación con Oliver. La recuperación de Adam era sólida, solo necesitaba tiempo para adaptarse al mundo. Para convivir con todos esos recuerdos que dejamos atrás cuando nos fuimos, pero que al regresar aguardaban en el mismo sitio. Y esos horribles recuerdos solo podía enfrentarlos desde ahí. Volviendo a su casa, donde vivió durante diecisiete años con su familia. Mierda, estaba tan ensimismada en mi propia adaptación que no me había dado cuenta de lo dura que debía de haber sido la vuelta para Adam. Y las puñeteras fechas navideñas...

—Adam, perdóname.

—*Totó*, estoy bien. Es solo que odio esa puta casa. Y mis abuelos — suspiró—, joder, ellos no saben cómo tratarme. Solo vosotros sabéis cómo hacerlo.

—¿Qué han dicho tus abuelos cuando te has ido?

—Qué no han dicho, querrás decir. No ha sido agradable, ya lo solucionaré.

—¿Has hablado con Oliver de todo esto?

—No.

Lo dijo con un tono de voz tan brusco, tan tajante, que presentí que pasaba algo.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Es que no estamos pasando por nuestro mejor momento.

—¿Estáis enfadados?

—Solo un poco, pero no te preocupes. —Cambió de postura y se quedó mirando al techo.

—No me gusta que os enfadéis.

—Tranquila, se nos pasará.

La gran decisión

Me desperté por la mañana y vi que Adam no estaba en la cama. Me pareció increíble que se hubiera despertado antes que yo. Miré la hora y descubrí que era mediodía. ¡Era imposible! Había dormido casi doce horas del tirón.

Me levanté de la cama y fui en busca de mi amigo. Decidí pasar primero por el cuarto de baño y, al entrar, escuché gritos en la habitación de mi hermano. Abrí la puerta que comunicaba con su habitación y los vi a los dos jugando, excitados, a la videoconsola. En cuanto me vieron, pusieron el juego en pausa.

—¡Si se ha despertado la dormilona!

Ignoré a mi hermano y hablé con Adam.

—¿A qué hora te has levantado?

—Temprano. Quería coincidir con tu padre en el desayuno para hablar con él.

—¿Y habéis hablado?

—Sí.

—¿Todo bien?

—Mejor que bien. Ya está todo arreglado, tu padre incluso ha hablado con mis abuelos para convencerlos de que era lo mejor.

—Por cierto, adécéntate —me dijo mi hermano—, papá llega enseguida, ha dicho que hoy viene a comer a casa.

Me duché y me vestí. Cuando bajé al salón, mi familia me esperaba en la mesa. Incluido Adam, que era uno más. Mi padre nos explicó que, después de comer, debía ir al aeropuerto a recoger a mi familia. Mis abuelos y todos mis tíos con mis primos venían a pasar las navidades con nosotros, como todos los años.

Envié un mensaje a Pear y quedé con ella en un pub del centro para tomar algo. Quería estar con ella aunque solo fuera un rato en aquellas fechas tan señaladas.

Le pregunté a Adam si estaba bien y me aseguró que sí. Me dio un beso en la frente y se quedó con Daniel jugando a la videoconsola.

Entré en el pub, y enseguida vi a Pear en una mesa del fondo. Me acerqué y dejé mi abrigo en el respaldo de una de las sillas. Le di un beso en la mejilla y me senté enfrente de ella, justo cuando vino el camarero con un par de

cervezas. Di un par de tragos largos y las palabras salieron solas de mi boca. Le hablé sobre el beso con Will y sobre la propuesta que me había hecho. Era algo que no salía de mi cabeza y necesitaba hablarlo con alguien. O que alguien decidiera por mí. Seguía sin verme capaz de tomar mis propias decisiones.

—Sara, ¿te has planteado volver con él? —me preguntó.

Le contesté con el corazón, con ese que debía de estar en algún lugar recóndito de mi pecho.

—No.

—¿Por qué no?

Entonces, contestó mi cordura (sí, aún me quedaba algo).

—Porque no estoy enamorada de él. Y porque quiero a Oliver. No pienso volver a hacerlo, Pear. Lo hice una vez y fue un desastre.

—¿A qué te refieres? —me preguntó, antes de darle un sorbo a la cerveza.

—Cuando estuve con Oliver la primera vez, en vez de afrontar lo que habíamos hecho, hui de mis sentimientos y me refugié en los brazos de Will.

—En aquel entonces, no sabías que querías a Oliver.

—Sentía cosas, Pear. Cosas a las que no sabía darles nombre. Eso debería haber sido suficiente. Tú me lo quisiste hacer entender, ¿no lo recuerdas? Estabas totalmente en contra de que volviera con Will.

—Cierto. Y no me hiciste ni caso. Por eso, creo que ahora deberías escucharme. Yo sé lo que te conviene, Sara. Aquella vez supe que sentías algo muy fuerte por Oliver y que lo tuyo con Will no era más que una atracción física de la leche y un cariño desmesurado. Un amor adolescente. Te aconsejé que no volvieras con Will, pero tú lo pusiste por encima de Oliver.

Era verdad. Volví con Will porque creí quererlo más que a Oliver. Bueno, creí no, deseé hacerlo. Me convencí de ello por el miedo que sentía de reconocer mis sentimientos por mi mejor amigo.

—Aquella vez, aún estaba colada por Will y por Oliver... tenía sentimientos extraños que no quería reconocer. No fue una decisión tan complicada, aunque sí equivocada. Los quería a los dos, y me autoconvencí de que a Will lo quería más. De que volviendo con él todo volvería a la normalidad.

—Y ahora estás segura de que ya no sientes nada por él.

—¿Por Will? No. —Di un largo trago a mi Guinness.

Pear imitó mi gesto y se quedó unos minutos pensativa.

—¿Sabes lo que creo?

—No.

—Que tienes que darle esa última oportunidad a lo tuyo con Will.

—No... es una locura. —Negué con la cabeza. Mi cabeza quería obedecer a Pear, llevaba meses funcionando como una autómatas, asintiendo a todo lo que los demás decían que debía hacer. Pero mi corazón gritaba que no. Que no lo hiciera. Que no me dejara convencer.

—Tienes que olvidarte de Oliver. En un principio, pensé que habíais tenido una discusión de enamorados y que lo arreglaríais, pero ha pasado el tiempo y me he dado cuenta de que no. Que lo que pasa es que Oliver Aston es un imbécil integral. Y no puedes seguir así, Sara. Llevas meses sumida en la tristeza más absoluta, y los únicos momentos en los que te he visto asomar un poco la cabeza es cuando quedas con Will. Te entretiene, te hace pasar buenos ratos. Eso es lo que necesitas.

—No voy a volver con Will para olvidarme de Oliver.

—No, primero vas a olvidarte de Oliver, y luego vas a volver con Will.

—No puedo olvidarme de Oliver, Pear.

—Sí puedes. Vas a coger tus sentimientos por él y los vas a arrojar al vacío.

—¿Qué dices?

—¿Los has cogido? —me interrumpió mi amiga—. Vamos, pon tu mano en la sien y arráncalos.

—Pear, tú has visto muchas películas.

—No me discutas y obedece. Haz así con las manos. —Me mostró sus manos agarrando unos sentimientos imaginarios de su cabeza y encerrándolos en los puños.

Como no me apetecía discutir, hice lo que me decía. Me concentré en mi amor por Oliver, lo saqué de mi mente y lo escondí en el puño.

—Ahora abre el puño y tíralos. Y no vuelvas a pensar en ellos, Sara.

Abrí el puño y simulé que los dejaba escapar. Pero en realidad no lo hice, los escondí. Los atrapé.

—Y, ahora, hablemos de Will, y no me interrumpas. —Me hizo una señal de silencio en cuanto vio que abría la boca para quejarme—. Sara, hubo un tiempo en que te encantaba estar con Will y, aunque estamos de acuerdo en que fue un amor de juventud, mi abuela siempre dice que, donde hubo fuego, cenizas quedan.

—No queda nada, Pear. Es a Oliver a quien quiero.

—Querías —me recuerda—. Sé que no es justo para Will, pero tienes que olvidarte de Oliver. Y un clavo saca otro clavo, y Will y tú pasasteis buenos momentos juntos. Solo te digo que lo intentes, no tienes nada que perder. Inténtalo, Sara. Inténtalo por última vez. ¿No crees que vuestra historia se quedó inacabada?

—No lo sé. Puede que sí, pero... Pear, no estoy enamorada de él, no puedo fingir...

—No finjas. No es eso lo que te estoy pidiendo. Solo te digo que empecéis de cero, que le des una última oportunidad.

—¿Sin quererlo?

—Estás obcecada con Oliver, pero tienes que seguir adelante. No pienses en que quieres a uno o no quieres al otro. Empieza de cero. ¿Will te atrae físicamente?

—Sí —reconocí.

—¿Y te cae bien?

—Sí. —Sobre todo, con lo que había descubierto de él en los últimos meses.

—No necesitas más para intentarlo con él. No te hablo de retomar la relación que tenáis, sino de iniciar una nueva. No pretendas amarlo y continuar desde donde lo dejasteis. Solo empezad algo nuevo. Creo que va a ser positivo para ti. Ilusionarte otra vez.

Los gritos de mi corazón que decían *no* cada vez se escuchaban más lejanos. La cabeza estaba ganando la batalla.

—Voy a por otra ronda de cervezas —concluí.

—Sara —mi amiga me asió del brazo cuando pasé por su lado—, solo quiero que estés bien y, ahora mismo, Oliver no es la solución. Es el problema. Y Will ha cambiado mucho en estos años, he pasado muchas horas con él y Daniel. Es un gran chico, solo que no llegamos a conocerlo en el colegio. Y creo que podría verte bien conocerlo ahora. Sin expectativas, solo déjate llevar.

En ocasiones me olvidaba de que, mientras estuvimos en Estados Unidos, el mundo continuó dando vueltas. Nosotros vivíamos en nuestra burbuja, pero nuestros amigos siguieron con sus vidas. Pear siguió con su vida, separada de la mía. Esos dos años nos alejaban, en cierto modo. Pear siempre fue defensora de Oliver y, sin embargo, ahí estaba, intentando que le diera una oportunidad a Will.

En la cena de Nochebuena, seguí dándole vueltas a la cabeza. Oía las

conversaciones a mi alrededor y sonreía cuando los demás lo hacían. Volver con Will me parecía una locura. Aunque, como decía Pear, no sería volver al punto en el que lo dejamos, sino empezar de nuevo.

Me metí en la cama temprano. Miré al techo. Malditas estrellas. Todas las noches cerraba los ojos y las estrellas de Oliver eran lo último que veía. Hice algo que ninguna persona debería hacer cuando tiene un lio tremendo en la cabeza y unas cuantas cervezas y copas de champán de más. Cogí el móvil y entré en el *whatsapp*. Abrí un nuevo chat con Olly. Desde el día del cine, solo habíamos hablado en el chat de la pandilla. Observé la foto que tenía de perfil. Se la había sacado yo en Los Ángeles. Y estaba tan guapo que costaba mirarlo.

Sara: Hola, ¿estás despierto?

La respuesta me llegó al momento.

Oliver: Sí.

Sara: ¿Qué tal la cena familiar?

Oliver: Como siempre. ¿Qué tal Adam?

Sara: Mejor. Ha pasado buena noche. Ahora está con mis hermanos y primos jugando a los videojuegos.

Oliver: Bien.

Sara: ¿Sabes lo que me gustaría? Estar los tres solos celebrando las navidades. Como en los últimos años. No nos hacía falta nada más para ser felices. Lo echo de menos. ¿Tú no lo echas de menos, Olly? ¿No quieres volver?

«Por favor, dime que sí. Pídeme que volvamos a nuestra burbuja. Podemos reconstruirla».

Escribiendo... escribiendo... escribiendo...

Oliver: Tienes que seguir con tu vida.

Fue como una bofetada. Una bofetada que acabó por silenciar a mi corazón. Ya no lo escuchaba. Solo a Will, Daniel, Pear... Decidí volver con Will entre sollozos y temblores.

Al día siguiente era Navidad. No recuerdo ni lo que comimos. A la hora de los postres, la familia Aston al completo y los abuelos de Adam vinieron a mi casa. Y, como el destino quiso que Oliver y yo coincidiéramos los dos solos en la cocina, le di la noticia.

—Voy a intentarlo con Will.

Fue el primero en enterarse. No sé por qué se lo dije a él en primer lugar. Incluso antes de que lo supiera el propio Will. ¿Acaso pensaba que haría algo para impedirlo? ¿Que me diría que me quería, que era suya y que no iba a permitir que estuviese con cualquiera que no fuera él? Quizá sí lo pensaba, esperanzada, pero no fue lo que sucedió.

—Bien. Me parece bien —me dijo, aunque su expresión indicaba justo lo contrario que sus palabras. Pero no supe verlo.

Salimos de la cocina y no volvimos a mencionar el tema. Ahora me tocaba decírselo a Adam.

Adam

Cuando Sara me contó sus intenciones de volver con el idiota de su exnovio, tuve que parpadear varias veces para asegurarme de que no era un puto sueño. Joder, ¿cómo coño se habían complicado tanto las cosas? Hacía cuatro meses, mis mejores amigos no podían quitarse las manos de encima y ahora apenas se hablaban. Y, para colmo, el puto Von Kleist entraba de nuevo en la ecuación.

—Sara, te estás equivocando. —Debía quitarle esa absurda idea de la cabeza.

—Tengo que seguir adelante, Adam.

—¿Con Von Kleist? No me jodas, Sara.

—Adam, en su día nos quisimos y...

—Tú lo has dicho, *en su día* —la interrumpí—. Pasado, Sara. No lo necesitas para seguir adelante.

—Solo voy a intentarlo, a darnos una última oportunidad. Adam, cuando estoy con Will, me olvido un poquito de lo jodida que está mi vida. Me hace reír, me entretiene, me saca por ahí.

—No eres un puto perro, Sara.

Joder, aquello no era motivo para empezar una relación. Lo que Sara necesitaba era que el gilipollas de mi mejor amigo reaccionase. ¡Putas promesas! Debería haberlo mandado todo a la mierda y decirles la verdad. «¿Por qué coño prometiste no decir nada, Adam?».

—Y es guapo, y me cae bien...

¡Venga ya! Y la otra seguía diciendo chorradas. Chorradas que no salían de ella.

—¿Quién coño te está metiendo esas ideas en la cabeza? No lo necesitas para seguir adelante, Sara. Yo te puedo llevar al cine y a donde te dé la jodida gana.

—Adam, no se trata de eso.

—Te estás sintiendo obligada a hacer esto. Te estás dejando llevar. Llevas meses haciéndolo. ¡Reacciona, coño!

—Nadie me está arrastrando a hacer nada.

—¡Sí lo hacen! Will, Pear, Daniel. ¡Todos, joder! Te estás dejando llevar por ellos, por lo que creen que es mejor para ti. Pero tú puedes tomar tus propias decisiones.

«Hazlo, joder. Sé tú misma». Tenía que hacérselo entender. Pero, por mucho que lo intenté, fue inútil. No podía luchar contra el puto lavado de cerebro que le estaban haciendo entre todos. Y la respetaba demasiado como para ir corriendo a donde Oliver y confesarle lo que pasaba en realidad.

—¿Vas a contarle lo de Oliver?

—Sí, supongo que sí. Aunque entiendo que se lo imagina. No soy el alma de la fiesta precisamente.

—*Totó*, cuéntaselo. Recuerda la que se lio la última vez. Si vas a llevar hasta el final esta estupidez, al menos hazlo bien. Von Kleist tiene que saber lo que pasó entre Olly y tú. Bastantes mentiras rigen tu vida. No sumes una más.

—Adam, ni pienses en decirle a Oliver lo que siento por él. Me lo prometiste. Es problema mío *regir mi vida por mentiras*, como tú dices.

Por si me quedaba alguna duda de contarle todo, acababa de morir con las palabras de Sara.

—Que sí, joder.

Que volviese con ese imbécil si quería. De todas formas, no creí que durasen más de seis meses.

Después de mi cojonuda charla con Sara, fui a buscar a Oliver a ver si lo hacía reaccionar de alguna manera. Después de buscarlo por toda la puta casa, lo encontré tumbado en la cama de Sara. Tenía un aspecto lamentable. Parecía un jodido animalillo recién apaleado. Joder, vaya dos.

—Estás hecho un asco.

—Que te jodan, Adam.

—Estáis los dos tan concentrados en vuestro propio dolor que no veis lo que está sufriendo el otro. ¡Es de locos, joder!

—¿Qué coño quieres decir con eso?

Estuve tentado a contarle todo, pero se lo acababa de prometer a Sara por décima vez. ¡Joder! Cumpliría mi promesa aunque me jodiera en el alma.

—Que todo esto es culpa tuya —le solté a bocajarro—. Piénsalo cuando tengas que llevar a sus hijos al cine mientras ellos follan en su casa de ensueño.

Oliver se llevó las dos manos al rostro y se lo frotó con resignación.

—Joder, Adam.

—Esta situación la has provocado tú, tus celos irracionales, tus absurdos pensamientos de que Sara seguía enamorada del bobo ese.

—Bueno, pues parece que no estaba muy equivocado —me dijo con

resquemor.

—No me vengas con gilipolleces. Ella podría haber sido tuya. Para siempre.

Estaba hablando como una tía, otra vez.

—Nunca lo ha sido, no sé por qué te empeñas en afirmar lo contrario.

¡¡¡Porque lo sé, gilipollas!!! Lástima que eso no se lo pudiera decir. Se acabó, estaba hasta los cojones. Venía dispuesto a convencerlo de que hiciera algo, pero no pensaba pegarme contra la puta pared.

—¿Sabes? Siempre te he admirado. Desde que éramos unos críos — confesé—. Oliver Aston, el superdotado. Tan seguro de sí mismo, tan listo, siempre yendo por delante de los demás. Eras como un ejemplo a seguir para mí. Y mírate ahora, vas a la universidad y vas a ser astrofísico, no me cabe ninguna duda de que lo vas a conseguir. Sí, vas a ser un gran astrofísico. Pero ahora te veo por dentro, y no eres más que un puto niño inseguro que está demasiado asustado de que el gran amor de su vida lo rechace, y por eso ni siquiera lo intenta. Eres un cobarde.

Abandoné la habitación y lo dejé tumbado en la cama de Sara. «Disfrútala mientras puedas, porque vas a estar una temporada sin poder volver a tumbarte ahí».

Cita para cuatro

Cuando ya le había contado a medio mundo que había vuelto con Will, me di cuenta de que él todavía no lo sabía. Creo que fue así porque decírselo a él lo haría real. Y tenía miedo. Pero no podía echarme atrás.

El día veintiséis de diciembre fui a la biblioteca de la facultad con Adam y Oliver, a estudiar para los exámenes del primer semestre. Era como las típicas bibliotecas que aparecen en las películas. Con sus minúsculas lamparitas, sus amplias mesas de madera, y ese silencio... ensordecedor. Nos sentamos en una de las mesas, Oliver enfrente de mí y Adam a mi derecha. Desperdigamos los libros por la mesa y nos quedamos en silencio.

Los minutos pasaban y algunos ratos me concentraba en los libros; el resto del tiempo levantaba la vista y miraba de reojo a Oliver, que lucía concentrado en sus fórmulas interminables de física. Cuando levantó su mirada y me pilló en pleno escrutinio, bajé la vista y simulé estar superconcentrada en lo mío. A la quinta vez que nuestros ojos coincidieron, cuando bajé la mirada, no pude evitar esconder una sonrisa. Esa fue mi segunda sonrisa real en meses. Cuando levanté la mirada de nuevo, descubrí que él también se reía con disimulo. El aleteo de las mariposas en mi estómago renació.

Después de comer, la biblioteca se habría quedado vacía si no hubiera sido por nosotros tres. En una de mis miradas furtivas a Oliver, vi que se frotaba los ojos con fuerza.

—¿Qué te pasa? —le pregunté, con preocupación. No podía evitar que mi cuerpo reaccionara a sus acciones.

—No sé, me duele la cabeza y veo borroso.

—¿Borroso? —Qué extraño, quizá era por estar tantas horas con la vista pegada a los libros, pero nunca antes le había pasado—. ¿Cuántos dedos ves aquí?

Levanté mi mano derecha al frente y le mostré cuatro dedos.

—No tan borroso —me contestó, con un deje de burla en la voz.

—Ya, pero ¿cuántos dedos ves? —Adam se acercó a mi lado y continuó con la broma.

—Cuatro —nos contestó, poniendo los ojos en blanco.

—¿Y ahora? —Le mostré los mismos dedos, pero alejando mi mano de su

alcance.

Adam y yo estallamos en carcajadas. Carcajadas reales. Por fin. Y tan solo habían pasado cuatro meses.

—Que os den.

—Shhh... —La bibliotecaria nos mandó callar y nos miró con reprobación.

—¿Y a esta qué le pasa? ¡Si estamos solos! —se quejó Adam.

Oliver continuaba frotándose los ojos con insistencia.

—Es probable que tengas un ojo vago —le expliqué a Oliver en susurros—. Tápate un ojo y luego el otro a ver si ves igual por ambos. —Me levanté de la silla y le tapé con la mano el ojo izquierdo. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Mierda, lo había tocado sin darme cuenta. El primer roce desde nuestra ruptura. Aparté la mano con rapidez y me senté.

Oliver me obedeció y se tapó ambos ojos con la mano, primero uno y luego otro.

—Joder, con este ojo veo todo borroso.

Me arriesgué a decirle lo que creía.

—Quizá tengan que ponerte gafas.

—¿Por qué? —me replicó, sobresaltado.

—Por vista cansada. —Escuché un zumbido. Abrí la mochila que tenía en el suelo y vi que la pantalla de mi móvil se había iluminado. Iba a cogerlo, pero la premisa de Adam me hizo darme la vuelta.

—No pueden ponerle gafas.

—¿Por qué? —preguntamos Oliver y yo a la vez.

—Porque es astrofísico.

¿Pero qué tendrá que ver una cosa con la otra? Decidí entrar al trapo.

—¿Y qué? —pregunté a Adam.

—Pues que se le va a chocar el cristal de la gafa con el cristal del visor del telescopio.

Estallé en carcajadas y arrastré conmigo a Adam. La imagen que había descrito me vino a la cabeza y no pude parar de reírme. Me dolía el estómago y me lloraban los ojos. Qué sensación tan maravillosa. ¿Por qué solo me sentía de esa manera con Oliver y Adam? ¿Por qué no recuerdo momentos así con otras personas?

—Shhh...

—¡Joder, cómo da la tabarra! —Adam se quejó una vez más, entre risas, por la bibliotecaria.

—No van a ponerme gafas, capullos —afirmó Oliver de mala leche.

—*Totó* dice que sí y está estudiando Ciencias Médicas.

Oliver se cruzó de brazos y se apoyó en la silla.

—¿Llevas un semestre y te crees con el juicio de emitir un veredicto?

—Sí, y voy a defender mi postura hasta el final; no olvides que también estudio Derecho —le contesté con chulería.

—*Totó* 1, Oliver 0 —dijo Adam con guasa.

Por un instante, pensé que volvíamos a ser los de siempre. Oliver bufó y siguió estudiando en un intento de ignorarnos. Aunque acabó cediendo y llamó a su madre para que le pidiera hora con el oftalmólogo para esa misma tarde. Cuando volví a mis libros, recordé el mensaje sin leer de mi móvil. Me agaché para sacarlo de la mochila y lo leí.

Will: Hola. ¿Te hace una bolera con Dan y Pear?

Sara: ¿¿¿¿????

Will: Ja, ja, ja. Me acabo de enterar de que van a echar una partida de bolos y me ha apetecido. ¿Te apuntas?

No me parecía mala idea. Aunque, ¿con Pear y Daniel? Nunca habíamos salido los cuatro juntos a ninguna parte. Y menos todavía en plan *parejitas*. Pero podía ser mi oportunidad para que supiera que éramos novios. «Sí, Sara, es importante que la otra parte lo sepa». Miré de reojo a Oliver. Era como un tic. No lo podía evitar.

Sara: Estoy estudiando. ¿Cuándo habéis quedado?

Will: En un par de horas.

Sara: Bien, quedamos allí.

Will: ¿No quieres que pase a recogerte?

Sara: No, voy por mi cuenta.

Will: Genial. Te veo luego. Un beso.

No le contesté al último mensaje. Me costaba tratar a Will de esa forma tan cariñosa cuando, hasta hacía poco, era así con otro. Otro al que tenía enfrente. Levanté la vista del móvil y vi que Oliver me miraba con atención. Dejé el móvil sobre la mesa y seguí estudiando.

Me concentré en los libros durante las dos horas siguientes. Fotocopié los apuntes de Adam y Oliver y pegué un repaso a las asignaturas de Derecho. Para cuando volví a mirar el reloj, era la hora de irme. Recogí mis cosas y me puse la chaqueta.

—Ey, ¿te vas ya? —me preguntó Olly, confundido.

—Sí, me voy a la bolera con Will y la parejita feliz.

Los recuerdos de Oliver y míos en la bolera de Malibú volvieron a mi mente. Pero el *flashback* apenas duró un segundo, no lo dejé salir más.

—¿Vas con Daniel y Pear? —Si antes se le veía confundido, ahora estaba alucinando.

—Sí, y se me hace raro, no te creas. —Me desenganché de sus ojos porque no podía seguir manteniéndole la mirada—. Bueno, me marchó, que voy tarde. *Ciao*, Olly.

Se quedó mirándome con no sé... ¿anhelo? Me sentí incapaz de interpretarlo. Me negué a seguir pensando en él, estaba rehaciendo mi vida y creía que lo estaba haciendo bien. No podía dejar de querer a Oliver, nunca lo haría. Pero las cosas con Will iban a ir bien. Tenían que ir bien.

—Adam, me voy —le grité a mi amigo, que buscaba un libro en uno de los pasillos.

—¿A dónde?

—¡A la bolera!

Y salí escopetada de la biblioteca.

—¿Ha dicho a la bolera? —Escuché a mi amigo a lo lejos cómo le preguntaba, confundido, a Oliver.

Cuando llegué a la bolera, vi que Pear me había mandado un mensaje explicándome que estaban dentro con todo preparado. Crucé la puerta y los busqué con la mirada. Había como quince pistas de bolos. Me puse de puntillas y los localicé en uno de los carriles del centro. Will, cuando me vio, terminaba de atarse los zapatos de bolos. Se levantó y me acerqué a él. Le di un tímido beso en la mejilla.

—Hola.

—¿Y eso? —me respondió sonriente.

—Acepto.

Al principio no lo entendió, hasta que se le abrieron los ojos y se le ensanchó la sonrisa. Me cogió en volandas y dimos vueltas por toda la bolera. Escondí la cabeza en el hueco de su hombro y cerré los ojos. Esperaba no estar equivocándome. Porque, aunque mi cuerpo estaba allí, mi mente seguía en la biblioteca.

Para mi sorpresa, pasamos una tarde muy divertida. Primero jugamos chicos contra chicas y luego echamos una última partida de parejitas.

—Vamos, Sara, esa bola pesa más que tú. Coge otra más ligera —me aconsejó Will cuando íbamos perdiendo.

—No soy ninguna debilucha. ¡Peso cincuenta y tres kilos!

—Y subiendo...

Fulminé con la mirada a mi hermano.

—¡Vete a la mierda, Daniel!

Cuando terminamos de jugar, con una victoria aplastante por parte de Pear y Daniel, me senté a ponerme los zapatos con mala leche. ¡Cómo me fastidiaba perder! Y más contra mi hermano, que me había ganado dos veces, ¡dos! Y que, además, lo celebraba con mi amiga por todo lo alto.

—¿Puedo pedirte un favor? —me preguntó Will mientras se sentaba a mi lado.

—Mmm, supongo que sí. —Saqué la lengua a Daniel, que interpretaba su baile de la victoria a escasos metros de distancia.

—Y, por favor, no pienses en ningún momento que te quiero hacer elegir o separarte de ellos, es solo que...

¿Separarme de quién?

—¿Qué pasa, Will?

—Hoy nos lo hemos pasado bien, ¿no?

—Sí —reconocí.

—Antes no solíamos hacer este tipo de cosas, siempre estabas con tus amigos.

Me miró con timidez, y yo le hice un gesto para que continuase.

—No quiero que me apartes de ti por estar con Oliver y Adam. Sé que son tus mejores amigos, y te juro que lo acepto y lo respeto, pero lo único que te pido es que no pases con ellos todo tu tiempo. Dedícame algo a mí, por la sencilla razón de que quiero estar contigo. Por nada más.

En el pasado, Oliver y Adam siempre habían estado por encima de cualquier cosa. Mis planes con ellos no eran cancelables y, a pesar de ser la

novia de Will, lo dejaba en un segundo plano. Ya no éramos unos críos, si quería que la relación funcionase debía empezar a tomar decisiones adultas. Oliver y Adam tenían que dejar de ser el eje de mi vida.

—Está bien.

Cuando llegué a casa por la noche, fui a mi cuarto y me tumbé en la cama. Miré hacia el techo. A las estrellas. Cogí el móvil y abrí el chat que tenía con Oliver y Adam.

Sara: ¿Qué tal la visita al oftalmólogo?

Oliver: Me han puesto gafas, tengo vista cansada.

Adam: Ja, ja, ja. ¿Le has dicho lo del telescopio?

Oliver: Vete a la mierda, Adam.

Adam entró sonriente en mi habitación. Se tumbó conmigo en la cama y seguimos chateando con Oliver. Se me hacía raro que nosotros dos estuviéramos allí y él... no.

Sara: ¿Vamos mañana a la biblioteca?

Oliver: Sí.

Adam: Si no hay más remedio... Olly, ¿vas a llevar las gafas?

Oliver: No, me las están graduando.

Sara: Nos vemos allí. Buenas noches.

Oliver: Hasta mañana.

Me levanté de la cama y abrí el armario para ponerme el pijama.

—¿Qué tal la bolera? —me preguntó Adam desde la cama.

—Divertida.

—Has perdido, ¿a que sí?

—Sí —contesté, a regañadientes, mientras me ponía el pantalón.

Pensé por un momento en decirle lo que había hablado con Will esa tarde, pero al final decidí contárselo al día siguiente en la biblioteca junto con Oliver. No me apetecía discutir a esas horas. Entré al baño a lavarme los dientes y entreví por la puerta a mi hermano pensativo tumbado en la cama.

Me enjuagué la boca con agua y me asomé a su habitación. Enseguida me vio.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Estás muy pensativo.

—No eres la única cabeza pensante de esta casa.

¡Pensativo y borde! Giré sobre mis talones y volví a mi cuarto; cuando estaba así, era mejor dejarlo a su aire. Y eso que hacía una hora celebraba su victoria en los bolos. Pero luego la del carácter cambiante soy yo.

Al día siguiente, en la biblioteca, aproveché uno de los descansos para comunicar a mis amigos la decisión que había tomado.

—Will quiere que pasemos más tiempo juntos. —Me removí en la silla buscando una postura más cómoda.

—¿Y? —me preguntó Adam, con su tono más borde.

—Que el día solo tiene veinticuatro horas.

—Di lo que tengas que decir, Sara.

Oliver permanecía en silencio, pero sin apartar la mirada de mis ojos. Me intimidaba. Carraspeé y me centré en Adam.

—Que entre la universidad, el patinaje, vosotros y todo lo demás no... no tengo de dónde rascar. —«Dilo ya, Sara»—. Voy a tener que robar un poco de nuestro tiempo. No mucho, lo prometo.

—Vas a pasar menos tiempo con nosotros para estar con tu nuevo y reutilizado novio —me espetó Adam, mosqueado.

—Adam, no te enfades. Solo serán momentos puntuales.

—Ya veremos. Eso lo dices ahora.

—Te lo prometo. —Me levanté de la silla con energía. Era una situación incómoda, no me gustaba—. Voy a buscar un libro.

No aguantaba más el escrutinio de Oliver. Porque me miraba como si se estuviera colando dentro de mi mente y tenía miedo de que viese más de lo que le estaba permitido.

—Enhorabuena, chaval. Eres un puto crack. —Escuché que le recriminaba Adam a Oliver mientras me alejaba.

Mi vida con Will

En la biblioteca, Oliver y yo pasamos nuestros buenos momentos, aunque, por lo general, me trataba de manera afable pero impersonal. Echaba de menos a mi mejor amigo. Era lo que más echaba en falta de él. No sabía si nos recuperaríamos algún día. Apenas nos rozábamos. Era como si fuéramos intocables el uno para el otro.

Lo busqué con la mirada y lo localicé ojeando libros en las estanterías. Los pantalones que llevaba puestos le quedaban especialmente bien. Maldito. Se puso de puntillas para alcanzar un libro de la estantería más alta (yo ni con tacones podría llegar a esa altura) y los pantalones le colgaron holgados de las caderas.

Mi mente sucia se los quitó. «No, no, no, Sara. No puedes hacer eso. Oliver no es tuyo». Aunque, ¿acaso lo había sido alguna vez? Yo pensaba que sí, pero en aquel momento no me sentía segura de nada. De lo único que estaba segura era de que quería olvidarme de todo, abrazarlo y llevármelo a mi cuarto para tumbarnos en la cama y perderme en sus brazos.

Escuché un carraspeo a mi derecha. Con gran pesar, dejé de observar al objeto de mi deseo y me giré para descubrir a Adam mirándome con perspicacia.

—¿Qué miras?

—Nada —me defendí—, solo recitaba la lección en mi mente.

—*Totó*, mientes fatal. No tienes remedio. ¿Ya sabe tu novio que miras a otro con lascivia?

—No lo miraba con lascivia.

—Ah, pero ¿sabes de quién estoy hablando? —me dijo guasón—. Pensé que estabas recitando la lección.

—Y lo hacía, pero justo ha aparecido en mi campo de visión con esos malditos pantalones. —Las palabras salieron atropelladamente por mi boca antes de que pudiera impedirlo.

Adam buscó a Oliver con la mirada y arrugó la frente, confundido.

—¿Qué tienen esos pantalones? No les veo nada raro.

¿Por qué pensaba en cómo le quedaban los pantalones? «Porque lo deseas. En todos los sentidos». *Deseaba*, corregí a mi subconsciente. «Que no te enteras». «La que no te enteras eres tú», me contestó. Decidí dejar de

discutir conmigo misma.

—¿Por qué no vas a buscar el libro que necesitamos para el trabajo de Derecho Político? —me sugirió Adam.

—Creo que lo está buscando Olly.

—Vete a comprobarlo. Necesitamos ese libro.

Puse los ojos en blanco y me acerqué a Oliver para preguntarle si andaba buscando el mismo libro que necesitábamos nosotros, y resultó que sí. Me explicó que había varios libros que trataban sobre el mismo tema y, entre los dos, les echamos un vistazo rápido, pero no nos convenció ninguno de ellos. Seguimos buscando cada uno por un lado. Busqué por todas las filas de libros hasta que vi uno en las alturas que me convenció. Como no alcanzaba tan alto, le pedí a Oliver que me lo cogiese él. Cuando se acercó a mi posición y levantó el brazo para coger el libro se le levantó la camiseta y una buena porción de su piel quedó al descubierto.

Sin pensarlo, acerqué mi mano a su cadera y le hice cosquillas. «Joder, Sara. ¡Utiliza el filtro! ¡Pensar antes de actuar!». Pero estaba tan acostumbrada a tocarlo que se me hacía difícil no hacerlo. Mi mano actuó sola, por impulso, sin considerar lo que le decía mi cerebro. Cuando quise apartarla, Oliver me la sujetó con la suya y no me lo permitió. Cogí aire. Necesitaba ese contacto con él.

Se giró y nos quedamos frente a frente. Mi mano pegada a su piel y su mano pegada a la mía. Metí mi otra mano por debajo de su camiseta y le acaricié la espalda. Choqué mi frente con su pecho, cerré los ojos y suspiré. Mis manos recorrieron su aterciopelada piel recordando todas las sensaciones que me provocaban. Escuché a mi propio corazón latir a toda velocidad y mi cuerpo tembló. Mis extremidades parecían de gelatina; si no fuera porque me sujetaba a él, me caería.

—Nena...

Oliver me abrazó y me apretó contra su cuerpo para después levantarme el jersey y rozar mi piel con la yema de sus dedos. Mi teléfono vibró en mi bolsillo, pero no me veía capaz de apartar las manos de su cuerpo. La vibración cesó, pero volvió a empezar. Y otra vez.

—Quienquiera que sea está insistiendo mucho.

Me separé de él y saqué el móvil de mi bolsillo. Los dos vimos el nombre que apareció en la pantalla a la vez.

—Contesta. No hagas esperar a tu novio. —Se apartó de mi cuerpo bruscamente y salió de la biblioteca.

Le mandé un mensaje a Will diciéndole que lo llamaba en un rato y volví a mi sitio. Necesitaba sentarme porque todavía me temblaba el cuerpo.

—Lo he visto. —El susurro de Adam en mi oído me sobresaltó.

—Cállate, Adam.

Cuando Will vino a buscarme a casa, nos encontramos con mi padre en la puerta. Se saludaron con un apretón de manos y mi padre nos miró, dudoso. ¿Qué tienen los padres que pueden ver siempre más allá de la apariencia? Llevaba meses saliendo con Will en plan amigos y nunca me había dicho nada, y precisamente ese día, que era nuestra primera salida los dos solos, como pareja, me hacía la gran pregunta.

—¿Vosotros dos volvéis a estar juntos? —A la vez, nos señaló con los dedos.

Yo quería que me tragase la tierra, pero, por fortuna, ahí estaba Will para defender la situación.

—Sí, señor.

—Papá, tenemos que irnos. —Corté la conversación antes de que se volviera más embarazosa.

—Está bien, pasadlo bien.

Me acerqué y le di un beso.

—Adiós.

De camino al coche, Will sonrió para sus adentros.

—¿De qué te ríes?

—¿Son imaginaciones mías o tu padre se alegra de que hayamos vuelto?

¡Cómo no iba a alegrarse después de los meses que había pasado llorando por todas las esquinas! Aunque no me hubiera mencionado nada, tonto no era.

El piso de Will era enorme. Era un cuarto piso y, nada más entrar, lo que más llamaba la atención era el brillante suelo de madera de nogal. Las paredes eran blancas y contrastaban con el marrón oscuro de las puertas. Según entrabas a la derecha, veías el enorme salón con vistas al centro de la ciudad y con amplios sofás de cuero oscuro. Tenía muy pocos muebles, lo justo y le daba un aspecto... frío. Sin ningún tipo de toque personal. Will me enseñó el resto de la casa y acabamos en la cocina buscando en el frigorífico algo para comer.

Después de picar algo, nos sentamos en el sofá a ver una película y, hacia la mitad, sentí cómo Will se acercaba cada vez más a mí y cómo sus manos buscaban el contacto con mi cuerpo. Me giró la cabeza y me besó con pasión.

Enredamos nuestras lenguas y me empujó suavemente para dejarme tumbada en el sofá. Me levantó el jersey y me acarició la piel.

Me dejé hacer e intenté colaborar, pero no pude. Me sentía... ¿rara? Sentía que mi cuerpo no le pertenecía y que lo que estábamos haciendo estaba mal. Solo recordaba lo que había pasado hacía escasas horas en la biblioteca con Oliver, cómo mi cuerpo respondía a sus caricias.

—Will, para, por favor. —Lo aparté de encima de mí y me incorporé—. No puedo.

—¿Estás bien? —me preguntó, preocupado.

—No, lo siento. No puedo hacerlo. —Me llevé las manos a la cara y empecé a llorar.

—Tranquila, Sara, no tenemos que hacer nada.

¡Cómo era posible que lo estuviera rechazando! En el *Crowden*, me moría por sus huesos, por tocarlo, y ahora solo pensaba en el cuerpo de Oliver derritiéndose junto al mío.

—No sé si voy a poder —le confesé. Aceptar aquella relación no había sido una buena idea. No soportaba ni que me tocara.

—Sara, iremos poco a poco.

—Will, estoy... estoy rota.

—¡Joder! ¿Qué te ha hecho? —Se levantó del sofá, furioso, y me miró con los brazos en jarras.

—¿Lo sabes?

—Sara, habría que estar muy ciego para no verlo. Te ha hecho mucho daño.

—Se me pasará. Es cuestión de tiempo, me olvidaré de él. —Me froté las manos en el pantalón, en un intento de paliar el sudor que empezaba a envolver todo mi cuerpo.

—Jamás te había visto así de afectada, ni siquiera cuando te peleabas conmigo. ¿Tan enamorada estás de él?

—Sí —no tenía ningún sentido ocultárselo—, lo siento.

—Ya te lo he dicho, iremos poco a poco.

—Si no quieres seguir con esto, lo entiendo.

—No, Sara, no voy a dejarte marchar. —Se sentó junto a mí y me sujetó las manos.

Recordé las palabras de Adam que me aconsejaban, o más bien me obligaban, a contarle a Will mi historia con Oliver.

—¿Quieres que te lo cuente todo?

—No, por favor. Solo saber que quieres a otro es más de lo que puedo aguantar. Vamos a hacer una cosa. Te propongo empezar de cero, tú y yo. Olvidémonos del pasado.

—Es mucho pasado que olvidar.

—Sara, quiero ser tu amigo, además de tu novio. Nunca hemos sido amigos. Solo novios o enemigos. Si no nos estábamos enrollando, nos estábamos peleando. Eso no es sano. Ya no tenemos quince años. Vamos a construir una relación desde los cimientos. ¿Qué me dices? ¿Me aceptas como amigo... y lo que surja?

No podía seguir así. Oliver ya no estaba en mi vida. No me quería y, si no lo hacía después de lo que había pasado entre nosotros, no lo haría nunca. Debía darle un punto final a aquello de una vez por todas. Will me ofrecía su amistad y lo que surgiera... Sin presiones, sin prisas.

—Sí, acepto.

Will me tendió la mano para que se la cogiese.

—William Von Kleist. Alemán de nacimiento, pero criado en Escocia. Me gusta el fútbol, los coches y el cine.

—Sara Summers. Escocesa con sangre americana e irlandesa. Me gusta leer, ir al cine y tocar el piano. Antes solía patinar sobre hielo.

—¿Patinaje sobre hielo? Jamás lo habría adivinado. —Nos reímos los dos. Resultaba ser una pequeña cura para mi corazón malherido—. Podríamos ir algún día a patinar, aunque te adelanto que no soy muy estable sobre los patines.

—¿Por qué no me sorprende?

—Encantado de conocerte, Sara Summers.

—Lo mismo digo, William Von Kleist.

—Mis amigos me llaman Will.

Desde que lo conocí, lo llamaba por su nombre completo. Solo empecé a llamarlo Will cuando nos liamos. Aun así, siempre que nos enfadábamos, volvía a ser William. A partir de ese momento, sería siempre Will.

—Me gusta Will.

—Me gusta Sara.

Supe con certeza que jamás volvería a ser *Sarita* para él. William y Sarita ya no existían. No había lugar para ellos. Supe que el momento de mirar a Oliver con lascivia, como decía Adam, había acabado. Reforcé el muro que había construido a mi alrededor para que no pudiera penetrar en mi interior. Nunca más.

Cuando volví a mi casa, vi que todos cenaban en el comedor: mi padre, mis hermanos y Adam. Me uní a ellos y picoteé un poco. Después de cenar, nos quedamos Adam y yo solos de sobremesa.

—Adam, he tomado una decisión.

Adam me miró esperando a que continuase.

—Voy a tomármelo en serio con Will. Voy a intentarlo de verdad. Y eso significa que se acabó Oliver. Lo que has visto hoy no lo vas a ver más.

—Sara, a mí no tienes que convencerme.

Nos quedamos en silencio, asimilando sus palabras, hasta que Adam lo rompió.

—¿Sabes lo que pienso de tu novio?

«Por favor, Adam. No me lo pongas más difícil». Me negaba a pelearme constantemente con él por Will. Le supliqué con la mirada que pusiera algo de buena intención por su parte para que las cosas fueran bien.

—Nos quiere separar. Quiere separarnos a Oliver y a mí de ti —me aclaró.

—Adam, eso no es verdad —le dije cansada.

—Sí lo es. A mí no me engaña con la mierda de que quiere pasar más tiempo contigo. Se está aprovechando de lo vulnerable que eres en este momento para llevarte a su terreno. Lo está haciendo bien el muy cabrón.

—No voy a seguir discutiendo contigo sobre Will. —Me levanté de la silla con la intención de encerrarme en mi habitación.

Will no se lo merecía. Estaba poniendo todo de su parte para que me recuperase. Incluso había aceptado mi relación con Oliver (o eso pensaba yo) y quería intentarlo. Adam se equivocaba.

—Tú misma. El tiempo lo dirá.

La ruptura

El primer día de clases después de las vacaciones de Navidad, quedé con Pear en la cafetería de la facultad para tomar algo y ponernos al día. No nos habíamos visto demasiado desde el día de la bolera y tenía un montón de cosas que contarle. En cuanto acabó la clase, me despedí de Adam y Oliver explicándoles que había quedado con Pear. Adam me miró con reprobación por saltarme la siguiente clase a escasos días de empezar los exámenes, y Oliver ni me contestó, lo que venía siendo la tónica habitual.

No me hablaba desde nuestro último e intenso encuentro en la biblioteca, y Adam seguía mosqueado por mi relación con Will; por lo que, cuando Pear me mandó un mensaje pidiéndome quedar con urgencia, no lo dudé.

En cuanto crucé la puerta de la cafetería, noté que algo le pasaba a mi amiga. Estaba sentada en una de las mesas del fondo con un café entre las manos y la mirada ausente. Pedí un café en la barra y me acerqué a su mesa. Dejé la mochila en una de las sillas vacías al lado de la suya y me senté a su otro lado.

—Buenos días, melusina.

—Tú hermano está raro.

Tardé varios segundos en interiorizar sus palabras. ¿Mi hermano? ¿Raro? Menuda novedad. Mi hermano siempre ha sido muy raro. Es muy suyo.

—Bueno, pero en su línea, ¿no?

—No. Algo le pasa, Sara.

Durante la siguiente hora, mi amiga me contó que Daniel llevaba actuando de manera extraña las últimas semanas. Apenas habían quedado y, cuando lo hacían, parecía ausente. Mi consejo fue que hablase con él. Pear no se sentía segura en esa relación y cada vez iba a peor. Ella quería más, necesitaba formalizar la relación y que Daniel la tuviera en cuenta en su vida para todo, no solo para cuando a él le apeteciera.

—Tampoco me contesta a todos los mensajes y parece como si los míos le molestaran. —Dirigió la mirada hacia la puerta de la cafetería—. ¡Mierda!

—¿Qué? —Me giré y vi a mi hermano entrar en la cafetería con Will y algunos compañeros de clase a los que no conocía.

Se acercaron a saludarnos. Will me dio un pico en los labios y Daniel dijo un simple «hola». Se disculparon con nosotras y volvieron a su mesa. Tenían

que presentar un proyecto y, como trabajaban en grupo, necesitaban estar un rato con sus compañeros.

Ya habían finalizado las clases de la mañana y la cafetería empezó a llenarse de alumnos deseosos de un merecido descanso.

—No sé dónde he leído que los gemelos están conectados —me dijo Pear de repente—. Seguro que Daniel y tú lo estáis.

Lo dudé. Por muchísimos motivos.

—Daniel y yo no somos gemelos. Somos mellizos.

—Bueno, pero dará lo mismo, ¿no?

—Depende de para qué. No tengo ni idea de lo que está pasando por esa cabecita tuya.

—Tu hermano está raro, Sara. Y se me ha ocurrido una idea. Tienes que meterte en su mente.

—Tú estás loca —me reí.

—Lo digo en serio. Si se supone que estáis tan conectados —acercó su cabeza a la mía y me habló en susurros—, seguro que podéis comunicaros con la mente. Y, además, tú eres superdotada. ¡Si no puedes tú, no puede nadie!

—¡Exacto!

—Por favor... —Me puso la carita, la carita de perrito abandonado, ¡sabía que no podía resistirme a la carita!

—Está bieeeeeen... Pero que conste que todo esto me parece una locura.

—Concentración total, Sara. —Me apartó el café y me despejó la mesa.

—Pues con el barullo que hay aquí... —me quejé.

—Míralo fijamente e intenta adentrarte en su mente.

Hice lo que me dijo y me concentré en mi hermano. Apoyé los codos en la mesa y me sujeté las sienes con la mano. Daniel se había sentado justo enfrente de mí, pero lo único que veía era a una chica morena con el cabello muy corto que cada vez se acercaba más a él.

—¿Qué hacéis, bomboncitos? —Con el rabillo del ojo vi a Brian acercarse a nuestra mesa.

—No interrumpas, Brian —le espetó Pear—. Sara está intentando meterse en la mente de Daniel.

—Muy graciosa, Pear. Venga, ¿qué hacéis tan concentradas? ¿A quién estamos criticando?

Pear no contestó, y yo no aparté la vista de Daniel, pero imaginé la fulminante mirada que mi amiga le estaría dirigiendo a nuestro querido Brian.

—Me estás vacilando —afirmó, no preguntó.

—No. Y cállate, si la desconcentras no funciona.

—Oh, claro, si no funciona seguro que es porque no está concentrada —afirmó con ironía mientras se sentaba en la última silla vacía que quedaba en nuestra mesa.

Cuatro intentos más de colarme en la mente de mi hermano y llegaron el resto de nuestros amigos a la cafetería. Sentí cómo Adam apartaba las mochilas de la silla vacía al lado de Pear, y el resto arrastraban sillas de las mesas de al lado.

—¿Qué hacéis tan callados, tíos?

Entonces, la misma morena monísima que se había sentado al lado de mi hermano le tocó el brazo con afecto. Oh, oh. Pear empezó a jurar en todos los idiomas que conocía y el barullo de voces cada vez era más fuerte. ¡Así era imposible concentrarse!

—Nada, Pear. No veo nada. —Me apoyé en el respaldo de mi silla y crucé los brazos. Enfrente de mí se había sentado Oliver. No quería mirarlo directamente porque sabía que él me observaba. Seguramente para preguntarme qué ocurría, pero, como no me hablaba ni para cosas banales... pues, ahora, que se aguantase.

—¿Qué estás buscando? —me preguntó Marco con la boca llena de algún tipo de dulce.

—¿En serio no ves nada? Porque yo estoy viendo más de lo que me gustaría. —El cabreo de Pear se encontraba en plena ebullición y no quitaba ojo de la mesa de mi hermano—. ¿Y sabes lo peor? —insistió mi amiga, como si estuviéramos solas.

—Chicas, ¿qué pasa? —preguntó Moira, confundida.

Pear no me permitió ni que me pensase la respuesta a su pregunta. A Moira la ignoró sin contemplaciones.

—Lo peor es que *esa* —inquirió, señalándola con la mano— sabe que estamos liados, pero, como no somos *pareja* —esa última palabra la dijo con mucha ironía—, le importa una mierda.

Aquello iba a acabar mal. Pear se levantó y fue a la mesa de los arquitectos. Yo fui detrás de ella para intentar frenar... no sé, lo que hiciera falta. Pero no había quien frenase aquello. Se plantó al lado de mi hermano, pero este ni levantó la cabeza.

—Daniel, tengo que hablar contigo —le espetó de malas maneras.

—¿Ahora? ¿Qué pasa? Estoy liado con esto. —Mi hermano ahora sí

levantó la cabeza de los planos que ojeaba en ese momento, confundido.

—Sí, ahora.

La chica de cabello corto no se apartó de Daniel, siguió con sus pezuñas, perdón, con sus manos, en el antebrazo de mi hermano. Will me miró, flipado por el arranque de Pear, y me preguntó qué pasaba, moviendo los labios. Negué con la cabeza, a la espera de descubrir dónde acabaría aquello.

—Bien, habla.

Mi hermano siempre poniendo las cosas fáciles. No pensé que Pear fuera capaz de soltárselo todo a la cara en medio de la cafetería de la facultad y delante del grupo de amigos de mi hermano. Pero vaya si lo hizo.

—Se acabó, Daniel. No puedo más. O estamos juntos o no lo estamos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Daniel, por inercia, supongo, porque estaba bien claro.

—Lo que estás entendiendo. Si quieres que sigamos juntos, lo haremos como pareja. Quiero ser tu novia. Quiero que todo el mundo sepa que estamos juntos y que ninguna... —se lo pensó, mientras fulminaba con la mirada a la compañera de mi hermano— *otra* se sienta con el derecho a tocarte.

Daniel se percató de la mano de su compañera y la apartó sin delicadeza. Ni se había dado cuenta de que lo manoseaba. ¡Así son los tíos de gilipollas!

—Pear, esto es obsesivo. Joder, no estábamos haciendo nada. —Se levantó y asió del brazo a mi amiga. Le hizo un gesto a Will para que no se levantara. La sacó fuera de la cafetería y yo los seguí. Bueno, yo y todos nuestros amigos. Con nosotros ya podría haber hecho mil gestos para que no los siguiéramos, que no habría conseguido nada. No tenía esa autoridad.

—No lo aguanto más, Daniel. O todo o nada —le dijo Pear en cuanto salimos a la calle.

—¿Es un ultimátum?

—Es un «ya no puedo más», pero tómatelo como quieras.

—¿Ya no puedes más? ¿Así, de repente?

—No, de repente, no. ¿Por qué no me avisaste de que ibas a Los Ángeles a buscar a Sara?

Ya sabía yo que aquel asunto traería cola. No deberíamos estar ahí. Era una discusión muy personal, pero tampoco quería dejar sola a mi amiga. Ni a mi hermano.

—¿A qué viene eso?

—¿A buscar a Sara? —preguntó Olivia—. ¿De qué habla? ¿Cuándo fue

eso?

Nuestros amigos no entendían nada y nos miraban alternativamente a Oliver, Adam y a mí. Los mandé callar con la mano.

—Contéstame, Daniel. ¿Por qué no me llevaste contigo?

—Porque no.

—Eso no me sirve. Necesito una explicación.

—¿Una explicación de por qué fui a buscar a mi hermana?

—No, de por qué no me llevaste contigo. O de por qué ni siquiera me lo mencionaste. Sara es mi mejor amiga, Daniel.

—Sí, y es mi hermana. Era un tema familiar, no sé por qué...

—Exacto. Era un tema familiar. Ni siquiera te planteaste la posibilidad de llevarme contigo. Nunca me tienes en cuenta para nada. No me consideras parte de tu familia.

—Joder, Pear. Sí te tengo en cuenta, pero la familia es familia y los amigos son amigos y...

Lo cortó.

—A Adam lo consideras familia. Y no es más que un amigo de tu hermana. Y esto no va en tu contra, Adam —se disculpó con mi amigo—. Solo trato de entender la diferencia. Entender por qué me mantienes a distancia cuando con otros no lo haces.

—O todo o nada has dicho, ¿no? —Mi hermano se negó a seguir hablando de ese tema. Y sentí de nuevo que el resto sobrábamos ahí. Pero tenía los pies anclados al suelo. No podía moverme.

—Sí. Elige —titubeó mi amiga. «Joder, Pear, ¿qué estás haciendo? ¿Estás segura?».

—Nada.

Ni siquiera lo pensó. Se dio la vuelta y se marchó dejándonos a todos con la boca abierta.

—Daniel, ¡espera!

Adam salió en busca de mi hermano. Y Pear salió corriendo en la otra dirección.

—Ya me ocupo yo —informé a todos.

La alcancé unos metros más tarde, caminando sin rumbo. Nos sentamos en el banco más cercano y la abracé con fuerza. Desgraciadamente, sabía lo que sentía. Intenté secarle las lágrimas y tranquilizarla, pero poco pude hacer. Al principio solo lloraba, después comenzó a hablar entre hipidos.

—Sabía desde un principio que no éramos nada, solo sexo. No sé de qué

me sorprendo.

—Pear, eso no es verdad. Lo sabes tú, lo sabe él y lo sabemos todos.

Rompió a llorar.

—¿Y, entonces, qué ha pasado? ¿Por qué me ha dejado?

Esa era la peor sensación de todas, hablaba la voz de la experiencia. No saber qué había pasado era terrible. No saber por qué antes éramos felices y por qué ahora no lo éramos, sin un motivo aparente, hacía que te volvieres loca estrujándote la cabeza, dándole vueltas a los últimos días. Y, cuando no encuentras respuestas, te desesperas y te echas la culpa a ti misma.

—No lo sé —le dije, sin dejar de abrazarla. Y era verdad. No tenía la menor idea de lo que pasaba por la cabeza de Daniel.

—Por favor, dime que va a dejar de doler.

—Shhh —intenté consolarla.

—Dime que ya no te duele.

No pude contestar. Ambas éramos conscientes de que todavía dolía.

—¿Sara? Han pasado meses. ¿Oliver te sigue doliendo? —Levantó la cabeza de mi hombro. Tenía los ojos hinchados y rojos de tanto llorar. Y esa desesperación en su voz... joder. Mi amiga necesitaba mentirse a sí misma y que yo también lo hiciera. Que la apoyara en esa mentira. Eso la reconfortaría, aunque solo fuera por unas milésimas de segundo.

—No.

Acompañé a Pear a casa y no me marché hasta que la dejé dormida en la cama. Sus padres estaban preocupados y no me quedó más remedio que contarles que había discutido con Daniel. Me subí en el coche y apoyé la frente en el volante. Suspiré y arranqué.

Cuando llegué a mi casa, saludé en voz alta a quienquiera que estuviera y subí a la habitación de Daniel.

—Hola. —Me apoyé en el marco de la puerta. Daniel estaba tumbado en la cama mirando al techo. No sé qué tendrán los techos de las habitaciones que siempre los miramos tanto. Bueno, el mío, al menos, tiene estrellas.

—Si lo que buscas es bronca por haber dejado a tu amiguita del alma, ven mañana. Hoy no estoy de humor.

Me acerqué a la cama y me tumbé a su lado, mirando al techo.

—No he venido a discutir.

Giró la cabeza y me miró extrañado. A continuación, volvió a mirar hacia el interesantísimo techo.

—Tampoco quiero hablar.

—Bien.

Nos quedamos los dos en la misma posición. Quería que supiera que, aunque la otra parte era mi mejor amiga, yo lo apoyaba. Porque, si algo sabía, era que la quería. Lo que no entendía era lo que le frenaba. Pero algo había, y él mismo tendría que tratar con ello.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—No —me respondió seco, pero yo se la hice de todas maneras.

—¿Te has acostado con otras chicas mientras lo hacías con ella?

Antes de que tuviera tiempo de mandarme a la mierda, escuché que alguien me llamaba. Era Kate. Era viernes y ese fin de semana le tocaba estar en casa.

—¡Sara!

—Aquí —grité desde mi posición.

—*¿Me dejas por favor, por favor, por favor, el vestido azul que llevabas el otro día? Ese que solo tiene un tirante... ¿Dónde estás?*

Se asomó a la habitación de Daniel y nos vio.

—¿Qué pasa?

—Tenemos un mal día —le expliqué sin más.

—Oh.

Kate se acercó y se tumbó en la cama, al otro lado de Daniel. Ahora los tres mirábamos al techo. «Quizá debería prestarle alguna de mis estrellas». Permanecimos así un buen rato sin hablar.

—¡Chicos! —Alex se asomó por la puerta—. La cena está lista. Papá ha llamado, llegará tarde. ¿Qué hacéis?

—Daniel tiene un mal día —explicó Kate. Yo no le había dicho que Daniel lo tuviera, solo que «tenemos un mal día». Debía de notársele en la cara. Para que luego dijera que no quería a Pear.

—¿Os apetece una película? —sugirió mi hermana.

—¿Qué decís de película? —Justo Adam asomó por la puerta.

—Daniel ha tenido un mal día —explicó Kate.

—Algo he oído, sí. —Adam se hizo el loco, como si no hubiera escuchado la bronca desde primera fila.

—Vamos a ver una peli —le dije a mi amigo.

—Genial, ¿la vemos aquí?

—Voy a subir la cena —añadió Alex, antes de salir por la puerta.

—Te ayudo. —Mi hermana se levantó de la cama y salió detrás de Alex.

—Yo traeré las bebidas. —Adam salió detrás de ellos.

Nos quedamos Daniel y yo solos.

—No —me dijo.

—¿No?

—No he estado con otras chicas.

Lo sabía. La quería. ¿Por qué la había dejado entonces?

—Daniel, yo sé que quieres a Pear mucho más de lo que has dejado entrever hoy.

—No se trata de querer o no querer. No quiero una relación, Sara. No es lo mío. Joder, tengo veinte años. No quiero atarme tan joven. El otro día, en la bolera, cuando salimos los cuatro, supe que no es lo que quiero en mi vida. Al menos no ahora, tal vez en un futuro. Joder, Sara, cada vez me asfixiaba más.

—¿Y por qué has aguantado tanto tiempo con ella?

—Estábamos bien. Quedábamos cuando nos apetecía, sin presiones. Pero me he dado cuenta de que cada vez me ataba más y más. Y el puto nudo cada vez me asfixia más y más.

Entonces era por miedo. Miedo por lo que sentía por ella. Daniel no estaba acostumbrado a ese tipo de sentimientos. No solía atarse a nada ni a nadie. Quería huir porque le asustaba lo que sentía por Pear, porque no quería comprometerse. No insistí más porque debía darse cuenta él solo de lo que significaba para él mi mejor amiga.

Mientras vimos la película hice un recuento de la situación. Menudo comienzo de año:

Pear, destrozada por el rechazo de mi hermano.

Mi hermano, destrozado porque tenía miedo de querer.

Adam, mosqueado porque yo quería pasar más tiempo con Will.

Will, acojonado de lo que nos esperaba en nuestra relación.

Yo no sabía ni por dónde me daba el aire.

Y del rubiales, mejor no hablar.

Vaya panorama se nos presentaba.

SEGUNDA PARTE

Tres años y cuatro meses después

¿En qué punto estamos?

Abril de 2016.

«¡Qué calor! Me quemo». Estaba tumbada en la arena, miré al cielo, el sol brillaba con intensidad. Me retorcí en la toalla. Pero no solo era calor, era... ¿placer? Abrí las piernas y un intenso cosquilleo se extendió por mi cuerpo. Me agarré a la toalla y levanté las caderas. La playa paradisiaca en la que me encontraba comenzó a desdibujarse hasta que desapareció por completo. Abrí los ojos. El sol fue sustituido por un altísimo techo blanco. El techo blanco de la habitación de Will.

Estaba en su cama. Dormida. ¿Era aquello un sueño erótico? No, el placer seguía dominando mi cuerpo. Me asomé por debajo de las sábanas entre gemidos y descubrí la cabeza de mi novio entre mis piernas. Levanté las rodillas y apoyé las plantas de los pies en el mullido colchón. Levanté más las caderas y me acoplé a las caricias de la lengua de Will. Lo agarré del pelo y abrí más las piernas. Unos cuantos gemidos más y terminé en su boca.

Aún con los últimos espasmos del orgasmo recorriéndome el cuerpo, Will se incorporó y me penetró de golpe. Pasé las piernas por sus caderas y le sujeté las nalgas buscando la fricción. Con cada penetración, yo intentaba frotar mi clítoris con su cuerpo y, poco a poco, el placer se instaló de nuevo en mi cuerpo.

Will escondió la cabeza en el hueco de mi hombro mientras gemidos roncros salían de su boca.

—Sara, me voy ya.

—¿Ya? —le pregunté con la voz entrecortada.

—Sí, ¿tú todavía no estás?

Joder, no. Mi cuerpo no creaba orgasmos cada dos minutos. Afirmé con la cabeza porque no quería que se aguantase y dejé que terminara sin mí. Cuando acabó, me besó en los labios y se tumbó a mi lado.

—Buenos días.

Sonreí en respuesta. El sexo con Will era bueno. Era tranquilo, pero casi siempre llegaba al orgasmo y eso era lo importante, ¿no?

—¿Te ha gustado el despertar?

—No ha estado mal. Podrías despertarme así todos los días —le dejé caer.

—Ya que sacas el tema, quería preguntarte algo.

¿*Ya que saco el tema?* ¿Qué tema?

—Sara, apenas te quedan un par de meses para graduarte.

—Ajá.

—¿Qué planes tienes?

—¿Planes? No lo he pensado todavía. —Miré el reloj y descubrí con horror que era tardísimo. ¡Mierda! ¡Llegaba tarde a clase! ¿Me había dormido? ¿Por qué no había sonado el despertador? ¿Y por qué no me habían avisado ni Adam ni Oliver para nuestra sesión matutina de *footing*?

Me levanté de la cama y busqué mi ropa. Levanté las sábanas y encontré la ropa interior en un rincón del colchón. Me la había quitado Will mientras dormía. Recogí el resto de cosas, esparcidas por la habitación, y las guardé en mi mochila de deporte. Saqué la ropa limpia y me metí en la ducha. Will vino detrás de mí. Abrí el grifo de la ducha y me quité la poca ropa que me quedaba ante el escrutinio de mi novio.

—Estaba pensando que, una vez que te gradúes, podrías venirte a vivir aquí, conmigo. —El sonido de su voz me llegaba amortiguado a través de la mampara de la ducha, pero... ¿había entendido bien?

—¿Vivir aquí? ¿Contigo? —Me enjaboné el cuerpo a toda prisa y me lo aclaré con el agua con cuidado de no mojarme el cabello.

—Sí, eso he dicho.

Salí de la ducha y me sequé con la toalla. Will me miraba esperando una respuesta.

—Will, no lo había pensado, yo... no sé qué decir.

—En el despacho están contentos conmigo, y tú seguro que encuentras algo cuando termines la universidad. Y casi vives aquí, pasas más tiempo que en tu casa. ¿No te aburres de estar siempre con la mochila de aquí para allá?

—Ya, pero aun así... —Salí del cuarto de baño y comencé a vestirme.

—¿No crees que ya estamos en ese punto? —Se sentó en la cama y siguió todos mis movimientos con la mirada.

La verdad, no sabía en qué punto estábamos. Pero en el de irnos a vivir juntos, no.

—No lo sé, Will. Alex se acaba de mudar y...

Mi hermano mayor acababa de abandonar el nido familiar. Llevaba dos años saliendo con una chica majísima y habían dado el gran paso. No era que hubiéramos montado un drama, pero, independientemente de que me pasara

la mitad de los días en casa de Will, se le echaba de menos. Me gustaba cenar con toda mi familia. Cada uno teníamos nuestra vida y apenas parábamos por casa. Y ese era uno de los pocos momentos que pasábamos todos juntos.

—Y todavía queda un montón de gente viviendo en esa casa, Sara. —Will se puso un bóxer limpio y, por su tono de voz, no parecía muy contento con mi reacción ante su propuesta—. Y, además, tu hermana Kate está a dos meses de terminar en el *Crowden*. Enseguida la tendréis por casa todo el día.

Sí, mi hermana Kate se graduaba un año tarde. Había tenido una adolescencia... difícil, y acabó repitiendo uno de los cursos.

—Déjame pensarlo, ¿vale? —Me miré en el espejo y me peiné. Cogí la mochila, verifiqué que llevaba todo y salí por la puerta de la habitación.

—¿No desayunas?

—¡No me da tiempo! Me tomaré algo entre clase y clase.

—¿Seguro? Te puedo preparar algo rápido —me sugirió, mientras me ponía los zapatos.

—¿Hoy no trabajas? —Lo vi muy tranquilo para la hora que era y normalmente entraba temprano a trabajar.

Will se colocó en un despacho de arquitectos de Edimburgo al poco de terminar la carrera. Empezó haciendo prácticas y, al finalizarlas, le ofrecieron un contrato a jornada completa. Le gustaba mucho su trabajo y estaba encantado con sus compañeros y jefes.

—Sí, ahora me ducho y me visto. He quedado con un cliente en media hora cerca de aquí. ¿Te paso a buscar por la facultad?

—No, hoy es jueves. He quedado con la pandilla. —Todos los jueves, por norma, quedábamos. Años atrás, había llegado un momento en el que nos empezamos a dispersar cada uno con nuestras vidas y, cuando nos dimos cuenta, hicimos la promesa de quedar todos los jueves, sin excusas. A la única que dejábamos faltar era a Moira, que trabajaba por turnos. También quedábamos en otras ocasiones para salir de fiesta, o ir al cine, o incluso al *Crowden* a patinar, pero los jueves eran sagrados. Era algo fijo.

—¿Ya es jueves? —me contestó, malhumorado.

—Sí.

—¿Tienes que quedar todos los jueves?

—Will, es el único día de la semana que veo a mis amigos. —Por nada del mundo pensaba renunciar a eso, porque, si empezaba faltando algún día por aquí y otro por allá, para cuando me diese cuenta, ya no los veía.

—Los ves todos los días en clase —me increpó.

—Me refiero a *todos* mis amigos. —En clase solo estaba con Oliver y Adam.

—¿Y no puedes hacer hoy una excepción? Se me ocurre una forma buenísima de pasar la tarde. —Se acercó a mí y me acarició el trasero con claras intenciones sexuales.

—Hoy no, Will. ¡Te veo mañana! —Le di un suave beso en los labios y salí escopetada hacia la universidad. Bajé las escaleras a todo correr y salí a la calle. Me metí en el coche y me incorporé al tráfico de la ciudad.

Las cosas con Will iban bien; aun así, teníamos nuestras peleas, como todas las parejas. La verdad es que nuestras peleas siempre eran por lo mismo: mis amigos. Según mi novio, pasaba demasiado tiempo con ellos. Con lo bien que habíamos empezado la mañana y al final casi nos peleamos. Y ¿por qué tenía la sensación de que me había regalado un orgasmo con la lengua para tenerme contenta antes de soltarme la bomba de vivir juntos?

Iba conduciendo cuando me sonó el móvil. Aproveché el semáforo en rojo para ver quién era.

Oliver: ¿Dónde estás? Hoy no llegas a clase.

Sara: ¡Me he dormido, pero estoy llegando! Tardo 5 minutos. ¡No me habéis despertado para el *footing*!

Oliver: Adam se ha rajado y yo me he entretenido con algo... ¿Has desayunado?

Sara: No me ha dado tiempo.

¿Entretenido con algo? Qué misterioso. El semáforo se puso en verde y arranqué aún con el móvil en la mano. Giré a la derecha y empecé a buscar sitio para aparcar. Cuando salí del coche, eché un último vistazo al móvil y vi un mensaje nuevo de Oliver.

Oliver: Te espero en la puerta.

Corrí por la universidad hasta llegar a mi clase. Divisé de lejos a Oliver apoyado en la pared y con un café para llevar en la mano. En cuatro pasos más, llegué a su altura.

—¡Ya estoy!

—Por los pelos. Toma —me ofreció el café y un donut de chocolate que no había visto desde la distancia—, te he traído algo para que comas.

—Qué bien, me muero de hambre.

—Lo suponía.

—¿Y Adam?

—Está dentro con Savannah.

—No se rinde.

—Ya sabes que no.

Adam llevaba meses detrás de una compañera de clase. Perdón, de *otra* compañera de clase. Porque ya llevaba unas cuantas a sus espaldas. De clase y de no clase. Entramos en el aula y lo vi en una de las filas del centro. Desde allí, distinguía cómo le metía fichas a la chica. Oliver y yo nos sentamos en nuestra fila habitual y, en ese instante, entró el profesor y cerró la puerta, prohibiendo la entrada a cualquier alumno que llegase detrás de él. Su clase, sus normas. Nuestro amigo se despidió de la chica y se sentó con nosotros.

—Buenos días, *Totó*.

Lo saludé con la mano porque tenía la boca llena de donut y me concentré en lo que nos explicaba el profesor. Ese último año, muchas asignaturas se aprobaban con un proyecto de fin de carrera, pero esa asignatura en concreto no. El profesor era bastante hueso, por lo que los tres acudíamos a todas sus clases a diario.

Después de las clases, fuimos un rato a la biblioteca a estudiar y a media tarde me dirigí con Adam y Oliver a un pub cercano donde habíamos quedado con el resto de la pandilla. Siempre quedábamos allí, nos hicimos fieles seguidores de sus cervezas mientras estudiábamos todos en la universidad.

Nuestros amigos ya se habían licenciado, nos llevaban dos años de ventaja. Solo quedábamos nosotros tres y Natalie, que estaba eligiendo especialización en Medicina.

Entramos en el pub y vimos a nuestros amigos relajados en una de las mesas del fondo. Pedimos nuestras bebidas en la barra y nos sentamos con ellos. Nos preguntaron sobre nuestros últimos exámenes y nos contaron sus aventuras en el trabajo.

Brian y Pear se habían licenciado en Informática y Económicas, respectivamente, y llevaban varios años trabajando en un par de multinacionales que los tenían explotados. Marco era ingeniero y andaba

metido en un proyecto importante para una gran empresa de Edimburgo. Olivia trabajaba como ayudante de editor en una editorial y Moira era enfermera en el Servicio Nacional de Sanidad.

A todos les iba bien, al menos en lo que se refería a trabajo. Sentimentalmente hablando... había de todo.

Pear llevaba más de tres años dando tumbos entre compañeros de facultad y compañeros de trabajo. La relación con mi hermano era... regular. Al principio de la ruptura, no podían estar en la misma habitación (sobre todo, Pear), pero pasó el tiempo y la cosa acabó mejorando. Se comportaban como un viejo matrimonio, siempre metiéndose el uno con el otro, pero se les veía cómodos dentro de su incómoda relación.

Adam seguía igual que siempre, picando aquí y allá, pero nada serio. No sabía comprometerse con nadie. Era un alma libre.

Moira y Harry llevaban siete años juntos. Era la relación más estable del grupo. Ni una sola crisis había pasado la parejita. Todo un logro.

Brian y Marco habían tenido sus historias, pero nada que hubiera perdurado, y permanecían ambos solteros, aunque Marco llevaba una par de meses quedando con una chica que había conocido en el gimnasio y parecía que la cosa empezaba a ir en serio. Todavía no la conocíamos y estábamos deseando hacerlo. Todos los días que quedábamos, intentábamos persuadirlo para que la trajera un jueves, y creo que ya lo teníamos casi convencido.

Olivia y el profesor buenorro eran supernovios. A aquel beso en la pista de hielo le siguió otro y otro, y, semanas después, formalizaron la relación. Al resto aún se nos hacía rarísimo ir de fiesta con nuestro antiguo profesor de Matemáticas. Infundía tanto... respeto. No me acababa de acostumbrar a jugar a beber rondas de chupitos sin manos con él. Siempre tenía la sensación de que me castigaría contra la pared.

Y Oliver... ay, Oliver. Solo con nombrarlo en mis pensamientos, el muro que había construido a mi alrededor se reforzaba. Ni eso me permitía. No podía. No había vuelto a sus andadas de antes de nuestra «relación» y no se acostaba con medio país, o, al menos, si lo hacía, yo no me enteraba. Y, bueno, hiciera lo que hiciera, no era asunto mío. Volvíamos a ser mejores amigos y eso era lo importante, ¿no?

Nos pusimos al día, tomamos un par de rondas más y nos despedimos hasta el próximo día.

Todos los jueves dormía en mi casa. Aprovechaba que estaba con Adam y nos íbamos juntos al nido. Adam aún vivía con nosotros. Cuando llegábamos

a casa, mi padre siempre nos esperaba para cenar. En la cena, me preguntaba por Will y me dejaba caer que pasaba demasiado tiempo en su casa. Adam siempre le daba la razón.

«¿Les cuento ahora que me ha pedido que viva con él?».

—¿Y qué tal está el *simpático* de tu novio? —me preguntó Adam con profundo desinterés. Su relación no había mejorado en los últimos años. Apenas se hablaban y pocas veces coincidíamos todos juntos. Sabía que se evitaban a propósito.

—Bien, Adam —respondí, escueta.

Mejor esperaba a otra ocasión para contarles la posibilidad de mi futuro traslado.

El viaje a África

Me había levantado temprano para ir a la biblioteca a estudiar antes de que comenzasen las clases, y Will había querido acompañarme antes de irse a trabajar. Había quedado allí con Oliver y Adam. Aparcamos lejos, porque el tráfico era terrible esa mañana, y fuimos dando un paseo. Hacía un día agradable. No llovía, y la temperatura era alta para ser tan temprano. Se notaba que había llegado la primavera. Y que la sangre altera...

—A la tarde, han quedado los chicos del despacho para tomar unas cervezas después del curro. Vienen con las novias, ¿te apuntas? —me preguntó Will, risueño.

—Will, hoy es jueves. —Siempre me proponía planes los jueves. Empezaba a dudar de que fuera casualidad.

—Joder, es verdad. Otra vez es jueves. —Para él, parecía una desgracia, pero para mí era una alegría. Me gustaban los jueves—. ¿Y no puedes cancelar los planes con tus amigos? Aunque solo sea por hoy. —Nos paramos en medio de la calle—. Sara, los ves todas las putas semanas.

—Hoy no puedo cancelar, Will. —Reanudé la marcha.

—Nunca puedes cancelar —se quejó mi novio.

—Moirá nos ha dicho que tiene algo importante que decirnos. —Nos había mandado la noche anterior un mensaje al chat del grupo donde nos decía que tenía una noticia que darnos. Y Moira no era muy de noticias. Su vida no solía alterarse a menudo. Ojalá pudiera decir lo mismo de la mía.

—Ya. Siempre hay algo.

Ignoré su cabreo y seguí paseando tranquila, agarrada a su mano.

—¿Te has pensado lo de vivir juntos?

Y dale. Pues no. Andaba liada con los exámenes y no quería plantearme nada.

—Will, no insistas, te pedí tiempo.

—Ha pasado una semana.

—Una semana no es tiempo suficiente. —Nos paramos de nuevo en medio de la calle—. Es una decisión muy importante. Tengo que pensarlo bien. Y, además, está Adam.

—Sara, primero —Will me pasó las manos por la cintura y me acercó a él —, llevamos más de tres años juntos y segundo, ¿no crees que *ese* ya es

mayorcito para vivir por su cuenta? —No me gustó nada cómo sonó su «ese». Lo había dicho de manera despectiva. Sabía que Will y Adam no se llevaban bien, pero no me gustaba nada cuando se despreciaban el uno al otro. Eran dos de las personas más importantes de mi vida. Joder, ¿algún día se llevarían bien, aunque solo fuera un poquito?

—*Ese*, como tú dices, es mi mejor amigo. —Me solté de su agarre y seguí caminando hacia la biblioteca dejando a mi novio atrás—. Es mi hermano —sentencié, mirando hacia atrás por encima de mi hombro.

Will me alcanzó en dos pasos y me cogió de la mano para seguir caminando juntos.

—No lo es, Sara. Tus hermanos son Alex, Daniel y Kate. No hay ningún Adam. Y no puede vivir debajo de tus faldas toda la puta vida.

Vale, esa conversación empezaba a irse por otros derroteros. ¿Cómo habíamos empezado hablando de vivir juntos y acabado discutiendo por Adam? Siempre discutíamos por Adam, y por Oliver, dicho sea de paso. Un porcentaje muy alto de mis discusiones con Will era por ellos. Y la mayoría de veces cedía, porque no quería que se sintiera inseguro por mis dos mejores amigos. Y ellos sabían que cedía, pero no se enfadaban, ya no. Lo tenían asumido. Aun así, era agotador, era como estar todo el día en pie de guerra.

—No vive debajo de mis faldas. Vive conmigo —le contesté, cortante. Will supo que había cruzado el límite porque enseguida cambió de expresión y me abrazó por detrás para hacerme arrumacos.

—Dile que se venga a vivir con nosotros.

Y ahora bromeaba, ¿quién entiende a los tíos?

—Muy gracioso.

—No discutamos por eso, ¿de acuerdo? —Me dio un beso en los labios y me cogió de la mano para arrastrarme por la calle.

Llegamos a la biblioteca diez minutos después. Mis amigos me esperaban en la puerta. Debían de estar hablando de algo muy gracioso porque se reían con bastante escándalo. Podía ver los hoyuelos de Oliver desde dos metros de distancia. Sí, desde tan lejos. Apenas llegamos a su posición, empezó la guerra.

—Míralos qué monos de la manita y todo. ¿Es para que no se te escape, Von Kleist?

«Joder, Adam, cómo te pasas». Lo fulminé con la mirada. No era la mejor mañana para tocarle las narices a Will.

—No lo sé, dímelo tú, que sigues pegado a su culo desde los nueve años.

Fulminé con la mirada a Will.

—Tocapelotas —susurró Oliver, lo suficientemente alto como para que lo escuchásemos.

Fulminé con la mirada a Oliver.

—Y qué a gusto estoy, coño —contestó Adam, risueño.

Me había cansado de fulminar con la mirada a las personas que me rodeaban. Esa mañana habían debido de desayunar todos sarcasmo. «Pues que les aproveche».

—Me voy a estudiar. —Iba a meterme en la biblioteca sin mirar atrás, pero Will me sujetó de la muñeca con suavidad.

—Bien. Te veo mañana. —Se acercó a darme un beso con lengua muy poco apropiado para el lugar en el que estábamos. Joder, ¡que incluso me inclinó la espalda!

—Hasta otra, pareja —se despidió de mis amigos, guiñándoles un ojo. Se marchó satisfecho, muy satisfecho, porque, al parecer, había ganado el concurso de meadas.

Me metí en la biblioteca y mis amigos me siguieron. Escogimos el mismo sitio de siempre y empezamos a esparcir nuestras cosas por la amplia mesa.

—¿Qué le has hecho a tu novio esta mañana? —me preguntó Adam con guasa—. ¿O se ha levantado con el pie izquierdo? No suele replicarme.

Me senté y abrí el libro por la última página donde me había quedado el día anterior.

—Hemos discutido.

—¡Nooo! —Adam se llevó la mano al pecho con fingida preocupación, y Oliver se rio entre dientes—. ¿Problemas en el paraíso?

—Mmm.

—¿Lo vais a dejar?

Levanté la cabeza del libro.

—¿Qué? Claro que no.

—¿Qué ha pasado? —se interesó Oliver.

—Luego os lo cuento. Ahora no me apetece hablar de ello. —Nos concentramos en los apuntes y no volvimos a tocar el tema.

Después de un duro día de estudio y de clases, a media tarde dimos por finalizada la tortura y nos dirigimos al pub de los jueves. Me sentía intrigada por lo que nos tenía que contar Moira. Pear llevaba todo el día interrogándome sobre el asunto, pero le había dicho tropecientos veces que no sabía nada. Habíamos especulado un poquito. Debía de ser algo

importante. Jugamos con todas las posibilidades y nos decantamos por las dos más probables: o iba a cambiar de trabajo o se iba a algún país subdesarrollado a hacer labores humanitarias.

De camino al pub, nos cruzamos con mi hermano Daniel por la calle. Iba hablando por teléfono y nos dijo que esperásemos con la mano mientras colgaba.

—¿Qué haces por aquí? —le preguntó Adam.

—He quedado en —miró el reloj— veinte minutos cerca de aquí.

—¿Con quién? —le pregunté, interesada.

—Con una chica —me dijo, levantando los ojos de manera sugerente.

—¿Con qué chica? —insistí. Más por curiosidad que otra cosa. Bueno, sí, vale. Y para contárselo luego a Pear.

—Buen intento, hermanita.

—Vente con nosotros al pub mientras esperas. Moira tiene que darnos una noticia —lo invitó Adam. Mi hermano puso cara de «¿en serio?». Como le picaba la curiosidad, decidió acompañarnos.

Cuando entramos en el pub, nuestros amigos ya nos esperaban, como de costumbre. Novedad: había venido Harry, el novio de Moira. Pues sí que debía de ser una noticia importante, Harry no solía quedar demasiado con nosotros. Es muy majo y le caemos bien, pero no es de nuestro estilo.

En cuanto Pear vio aparecer a mi hermano con nosotros, se acercó a saludarlo. Bueno, saludarlo es una forma de hablar.

—¿Habéis venido recogiendo vagabundos de la calle? —Mi hermano pasó de ella y se acercó a la mesa a saludar a mis amigos. Pear ignoró el pasotismo de mi hermano y vino a susurrarme al oído—. Ha venido Harry. Fijo que se van los dos a África tipo «médicos sin fronteras en pareja».

—Pero si Harry es contable, ¿qué va a hacer allí?

—¡Yo qué sé! Ahora nos lo explicarán.

Nos acercamos las dos al grupo y vimos que había dos sillas libres al lado de mi hermano. Me senté en medio de los dos para que corriera el aire. Cuando estábamos todos sentados, Moira y Harry se levantaron.

—Hola a todos. Tenemos que daros una noticia. Es un proyecto común, por eso le he pedido a Harry que me acompañara —nos explicó Moira.

—¿Ves cómo se van juntos a África? —me dijo mi amiga al oído.

—Venga, Moira, suéltalo ya —le gritó Brian.

Nuestra amiga nos mostró su mano. Una mano, que en uno de sus dedos, llevaba un anillo con un diamante bastante grande.

—¡Chicos! ¡¡¡Nos casamos!!!

¿Quééé? ¿Se casaban? ¡Pero si todavía estábamos en la universidad! La gente no se casa mientras está en la universidad. Oh, madre mía, a no ser que...

—¿Estás embarazada? —preguntamos Daniel y yo al unísono. Olivia, que se había levantado a darles dos besos, se quedó parada a medio camino.

Alguien me dio una patada por debajo de la mesa. «¡Ay, qué daño!». Había sido Oliver, fijo. Lo miré para confirmarlo y su cara de «Sara, no seas impertinente» me lo confirmó.

—¡No! Claro que no estoy embarazada —nos contestó Moira a mi hermano y a mí.

—Entonces, ¿no os vais a África? —les preguntó Pear.

—¿A África? —preguntó Harry, confundido.

—¿Y por qué te casas a los veinticuatro? —Recibí otra patada de Oliver por la pregunta.

—No me caso a los veinticuatro, la boda es dentro de más de un año.

—Pero si todavía estamos en la universidad. —Apunté con la mirada a Oliver: «Como se te ocurra darme otra patada, te capó, rubiales».

—*Estáis* en la universidad —apuntó nuestra amiga—, yo me licencié hace dos años y tengo un trabajo estable, y Harry también.

«Coño, es verdad». A veces se me hacía raro estar en momentos diferentes de nuestra vida. Siempre habíamos ido todos de la mano.

—Cierto —afirmé.

—¡Felicidades, chicos! —Olivia por fin les dio un beso a cada uno y los abrazó. Y fue la señal para que todos los demás nos levantásemos de nuestros sitios y nos acercásemos a felicitarlos con más besos y abrazos.

Nos contaron felices todos sus planes y, una vez pasado el *shock* inicial (es que joder, de irse a África a casarse hay un mundo), todos nos entusiasamos con la idea y prometimos a Moira ayudarla con todo lo que necesitase. ¡La primera boda de la pandilla!

—Bien, yo me largo —nos comunicó mi hermano, entre abrazo y felicitación.

—Sí, huye antes de que se te peque algo. —Pear simuló una cruz con los dos dedos índices, como si se estuviera protegiendo de algún mal superior—. ¡Relación amorosa! ¡Relación amorosa!

—Madura, Pear.

—Adiós, señor Maduro.

Mi hermano le sacó el dedo corazón y salió del bar. Y así toodos los días.

Nos quedamos un rato largo bebiendo cervezas y picando frutos secos. Harry y Moira nos hicieron partícipes de todos los avances que habían hecho respecto a la boda. Mientras todos parloteaban, Oliver se sentó a mi lado, en la silla que había dejado Daniel vacía.

—Ni una patada más —le advertí—, sé que has sido tú.

—Alguien tenía que frenarte —se acercó a mi oído—, ¿cómo se te ocurre pensar que estaba embarazada?

—Como que tú no lo has pensado...

—Claro que no —me dijo, conteniendo una sonrisa—. Por cierto, ¿por qué habéis discutido Will y tú esta mañana? Al final no nos lo has contado.

No se le escapaba una al rubiales. Supuse que había llegado el momento de contarlo. No sabía por qué estaba nerviosa. Solo era una sugerencia, no había aceptado todavía.

—¿Qué cuchicheáis vosotros dos? —nos preguntó Marco. Si es que en ese grupo no se podía tener secretos.

—Will me ha preguntado si quiero irme a vivir con él.

Un segundo después de soltar la bomba, las preguntas se sucedieron. Miré a Oliver, que me observaba con los ojos asombrados.

—¿Y vas a hacerlo? —me preguntó Olivia.

Oliver continuaba observándome con atención y... ¿por qué no podía apartar la mirada de sus ojos verdes?

—No, no lo creo —dije, mirándolo solo a él.

—¿Por qué no? —me preguntó alguien. Y era una buena pregunta. «¿Por qué no, Sara?».

—Porque no sé si quiero —me sinceré, aparté la mirada del rubio y me dirigí a todos mis amigos—. Creo que todavía no estamos en ese punto. Estoy feliz viviendo en mi casa, con mi familia —miré a Adam de reojo, todavía no había dicho nada—, de vez en cuando voy a la suya a pasar la noche y, bueno... yo estoy bien así. ¿Por qué no podemos quedarnos como estamos?

—Tendréis que avanzar, Sara —me dijo Moira.

—Todavía estoy en la universidad —continué explicando. O poniendo excusas.

—Te gradúas en un par de meses —apuntó Brian.

—Sí, eso dice Will. Aun así, es muy precipitado, yo no tengo prisa. Somos muy jóvenes. —Más excusas.

—Moira se casa en poco más de un año —me recordó Olivia.

—Pero yo no soy Moira. No llevo toda la vida con mi novio.

—¡Joder que no, Sara! —añadió Marco—. ¡Si lleváis juntos desde los catorce años!

—Hemos tenido saltos. Saltos importantes que nos han distanciado. — Sentí la mirada de Oliver encima de mí.

—Solo os separasteis mientras estuve en Estados Unidos y alguna peleílla que otra.

La mayoría de mis amigos insistieron en que no era una idea tan descabellada lo que me proponía Will. No para que lo hiciera ya mismo, pero sí a medio plazo. Era el siguiente paso en nuestra relación. Desconocían mi historia verdadera... creían que siempre había estado enamorada de Will. Sabían que Oliver y yo nos habíamos liado en el último curso del *Crowden*, pero ni se imaginaban todo lo que había detrás de eso.

Por suerte para mí, cuando más incómoda me resultaba la conversación, Adam zanjó el asunto.

—Sara, no quieres hacerlo —afirmó.

—No.

—Pues, entonces, no hay nada más que hablar. No lo hagas.

Lanzó el golpe de gracia para acabar con la tensión que había en el ambiente.

—Si quieres, se lo digo yo a Von Kleist —se ofreció, animado.

—Idiota.

Enseñando a los pequeños

Había quedado temprano con Oliver para ir juntos a la facultad. El día anterior, por la noche, me había llamado por teléfono para explicarme que antes de ir a clase quería enseñarme «una cosa» que había hecho. «Una cosa». No había dicho más. Sí que es verdad que llevaba los últimos tiempos ocupado con *algo*... quizá tuviera algo que ver. Adam no quiso venir, llevaba demasiados madrugones seguidos (como últimamente estaba muy vago, lo habíamos obligado a correr todas las mañanas sin excepción) y se había quedado un rato más en la cama.

Aparqué mi coche enfrente de su casa y apagué el motor. Miré alrededor y no vi ni rastro de mi amigo. Abrí uno de los bolsillos de mi mochila, que descansaba sobre el asiento del copiloto, y saqué el móvil del interior. Apoyé la espalda contra el respaldo del asiento y le mandé un mensaje.

Sara: ¿Estás listo? Ya he llegado. Te espero en el coche. Estoy justo enfrente.

Oliver: No, mi madre me ha liado. Me quedan 5 minutos. Ven a casa.

Sara: Ok, voy.

Devolví el móvil al fondo de la mochila y salí del coche. Crucé corriendo la carretera y llamé al timbre de los Aston con energía matutina. Me recibió Laura con los brazos abiertos.

—Pasa, cariño. —Me adentré en el interior—. ¿Has desayunado?

—Sí, he desayunado en casa. —Le trajo sin cuidado porque enseguida me plantó las tortitas con chocolate delante. ¡Cómo sabe lo que me gustan!

—¡Oliver! —La escuché gritar hacia las escaleras—. Sara está aquí.

—¡Ya voy! —gritó en respuesta el aludido.

—¿Has leído el libro que te recomendé? —me preguntó la madre de mi amigo, mientras se sentaba a mi lado en la mesa del comedor.

Le contesté afirmativamente y entramos en un entretenido debate sobre la trama y el desenlace del libro. A ella no le convencía el trágico final, pero, en mi opinión, ningún otro hubiera estado a la altura. Era lo que pedía la

historia. Laura y yo somos amantes de la lectura y siempre nos recomendamos libros la una a la otra. Me comí las tortitas a gusto, y Oliver seguía sin aparecer. ¡Qué chaval!

—Voy a buscarlo —dije, mirando el reloj y levantándome de la mesa—, al final no llegamos a clase, y primero quiere enseñarme «algo» que ha hecho. Por cierto, ¿tú sabes lo que es?

—¿Que si yo sé algo sobre los tejemanajes que se trae mi hijo pequeño? —me preguntó, divertida—. ¡Qué cosas tienes, cariño!

Sonreí, dándole la razón, y me dirigí a las escaleras para subir a la planta de arriba. Uff, me costaba un montón subirlas, me pesaba el estómago. Demasiadas tortitas. Llegué exhausta al pasillo (mi energía matutina era cosa del pasado) y seguí caminando hacia el fondo, que es donde se ubica la habitación de Oliver. Cuando entré, me choqué con una pared de hormigón. Una pared de hormigón con el pecho al descubierto y que, además, olía de maravilla. Miré embobada hacia sus abdominales perfectos y me obligué a decirle algo.

—¿Todavía estás así? —«Coño, Sara, pero no se lo digas a los abdominales. ¡Díselo a la cara!».

—¡Ya voy! ¡Cinco minutos! —me dijo y salió apresurado, directo al baño.

Cinco minutos me había dicho desde que había llegado a su casa y me había dado tiempo hasta de hincharme a tortitas. ¡Demonios con los cinco minutos!

Entré en su habitación a esperarlo y así, de paso, a meterle presión. Observé las cuatro paredes del dormitorio con atención. En los tres últimos años había parado poco por aquella casa; alguna que otra cena con los Aston y mis sesiones de lectura con Laura, pero siempre me quedaba en el salón. Y ni un solo día me había quedado a dormir. No había estado en aquella habitación desde el horrible día en el que Oliver me dejó. Moví la cabeza para quitarme esos amargos recuerdos de mi mente y me entretuve curioseando las cosas de Oliver.

Era una habitación bastante grande, decorada en tonos blancos y azules marino, con una cama de matrimonio en el centro y una gran mesa de estudio a la izquierda, llena de libros y papeles. A la derecha, tenía el armario, que permanecía abierto y con ropa desordenada por todas las baldas y, al lado de la ventana, descansaba el telescopio. En una de las paredes había una foto mía, llevaba años ahí. Nos la sacó Adam en el *Crowden* mientras yo hacía

unas piruetas patinando y Oliver se ponía de rodillas sobre el hielo con su cámara de fotos para coger un primer plano.

Seguí paseando la mirada por las paredes (llenas de diferentes láminas del Universo) y por encima de la cama, donde tenía varias estanterías con un montón de libros y algún adorno que otro.

Me acerqué a las baldas porque algo me llamó la atención. Me quité los zapatos y me subí a la cama. Cogí el objeto con las manos. Era una bola de nieve pequeña; albergaba en su interior a tres personas patinando en una pista de hielo. Era la bola de nieve que les regalé unas navidades. Nuestras primeras navidades los tres solos en Estados Unidos. Las compré poco después de pasar la Nochebuena patinando en el Rockefeller Center, cuando Oliver consiguió que lo abrieran solo para nosotros. Compré dos, una para él y otra para Adam. Las vi en un escaparate y no pude resistirme.

Oliver la había guardado todo ese tiempo. Y, por lo que podía ver por las estanterías, también un montón de fotos nuestras; en algunas sonriendo, en otras posando descaradamente. Oh, y la pulsera de la amistad que nos regalamos en Malibú, la tenía enganchada en uno de los barrotes del cabecero de la cama. La rocé con los dedos y recordé haber tirado la mía a la basura. Siempre me arrepiento de las decisiones que tomo en caliente, pero sigo haciéndolo. No puedo remediarlo. Es parte de mí.

—Ya estoy.

Me giré y vi a Oliver apoyado en el marco de la puerta de su habitación. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí, desde luego no tenía pinta de que acabase de llegar. Solo esperaba que desde su posición no escuchase los fuertes latidos de mi corazón.

—Todavía la conservas —carraspeé y le mostré la bola de nieve.

—Sí.

—A Adam le duró dos días. —Recordé que la rompió en Estados Unidos sin querer. No llegó viva a Edimburgo. Siempre que recordaba aquella época me embargaba un gran anhelo. Suspiré.

—Ya, como todo —me contestó con su sonrisa de medio lado—. ¿Vamos?

—Sí. —Dejé la bola de nieve en su sitio y me bajé de la cama. Me puse los zapatos y salimos juntos de la habitación.

Nos despedimos de Laura y salimos de casa. En el viaje en coche, intenté sonsacar a Oliver información sobre qué era eso que quería enseñarme, pero no soltó prenda. «Paciencia», me pidió. ¡Qué fácil es decirlo!

Llegamos a la facultad de Astrofísica. Recorrimos los largos pasillos hasta que llegamos a una puerta cerrada. Nos paramos y quedamos frente a frente.

—El mes pasado me llamó uno de mis profesores —comenzó a explicarme—, la Universidad va a ofrecer en las próximas semanas unos seminarios sobre el Universo para diversos colegios del país. La idea es mostrar a los futuros estudiantes universitarios el maravilloso mundo de la Astrofísica.

—¿*Maravilloso mundo*? ¿Esas fueron las palabras de tu profesor?

—No, eso es cosecha mía —reconoció, sonriendo.

Lo sabía.

—Una gran iniciativa —pensé en voz alta.

—Opino lo mismo —me dijo—. El decano de la facultad me preguntó si, en esas sesiones, podía enseñar a los estudiantes más jóvenes por qué creo que el cielo que nos cubre es tan increíble. ¿Quieres que te lo enseñe? —me preguntó, con los ojos brillantes.

—¡Claro que sí!

—Tápate los ojos.

Oliver se colocó detrás de mí y me puso las manos en los ojos para que no pudiera ver nada. No se fiaba. Sus manos olían a jabón.

—¿Ves algo?

—No.

—¿Seguro?

—Que sí, pesado —le respondí, con voz cansina.

—Vale. Entramos. Espera —detuvimos el pequeño avance que habíamos hecho—, entro un segundo a conectar y encender las luces. —Se separó de mí y escuché cómo abría la puerta. No abrí los ojos. No quería estropearle la sorpresa.

Cuando regresó, continuó tapándome los ojos con una de sus manos y, con la otra, me sujetó por la cintura para guiarme por el camino. Caminamos muy despacio por la habitación, como si estuviéramos sorteando obstáculos, hasta que nos detuvimos.

—Ya estás en la posición exacta —me susurró al oído—. Voy a destaparte los ojos, ¿preparada?

—Preparada. —Y nerviosa. No tenía ni idea de lo que había preparado Oliver.

Apartó la mano de mis ojos y los abrí. Y, ¡oh, madre mía! Solté un grito ahogado a la vez que me tapé la boca con las manos de la impresión por lo

que veían mis ojos. Era nuestro sistema solar a pequeña escala. Y creo que jamás voy a encontrar las palabras exactas para describirlo.

La habitación permanecía a oscuras y la poca luz que había provenía de la iluminación que emitían las estrellas, los planetas y los asteroides. Había vaciado el aula por completo y, ahora, en el centro, había una gran bola de color fuego que representaba al Sol. Me acerqué con cuidado para rozarlo con mis dedos; parecía que todos los objetos flotaban en el aire, pero, si te fijabas con atención, colgaban de un hilo muy fino, casi invisible.

—¿Qué es esto?

—Hilo de seda —me explicó cerca de mi oído—, aguanta bastante peso. De todas formas, los planetas y los asteroides por dentro están huecos.

Cerca del Sol, se encontraban Mercurio, Venus, la Tierra y Marte. Cada uno en el lugar que le correspondía y todos ellos perfectamente representados. Color, forma, tamaño... Eran perfectos.

Mercurio, pequeñito y lleno de cráteres.

Venus, brillante.

La Tierra, con luces que pretendían mostrar dónde se asentaba la mayor parte de la civilización.

Marte, rojo y con muchísimos volcanes.

Enormes bolas representaban a Júpiter con sus lunas, Saturno (mi favorito) y sus anillos, Urano inclinado y Neptuno de un color azulado precioso.

También estaba Plutón y el resto de planetas enanos. Entre las órbitas de Marte y Júpiter, se concentraban la mayoría de los asteroides y había varios cometas y cientos de estrellas que formaban algunas de las constelaciones más famosas. Las estrellas se parecían a las típicas luces que se colocan en el árbol de navidad, pero eran más pequeñas y redondas.

Oliver caminaba por la sala como si fuese el dueño del lugar. Porque ahí se sentía cómodo. Entre planetas y estrellas. Más cómodo que cuando se movía entre personas reales de carne y hueso. Pero menos cómodo que conmigo. Se colocó detrás de mí y puso su rostro a la altura del mío. Con una mano me rodeó la cintura y con la otra sujetó mi mano y apuntó con nuestros dedos unidos hacia varias estrellas.

—¿Las ves? —me susurró al oído, deliciosamente suave.

—Sí. —Eran las constelaciones de Leo y Virgo que rodeaban a Saturno.

—¿Qué ves? —me preguntó, sonriendo en mi oído.

—Leo —moví nuestros dedos para apuntar a la constelación de Leo— y

Virgo. —Le mostré la constelación de Virgo.

—Mmm, muy bien, ojitos azules. Ya veo que me escuchabas.

—Solo de vez en cuando.

—Ya no puedes engañarme, nena.

—Olly, esto es increíble. —Seguía sin encontrar las palabras que harían justicia a lo que veía—. Es precioso. —Realmente es una de las cosas más hermosas que he visto en mi vida. Tenía ganas de llorar, de llorar de emoción, porque todo aquello era Oliver.

—Se me ha ocurrido que es una manera bastante visual de enseñarles a los niños a amar el Universo —me dijo, con voz ronca.

—Sin duda, lo harán. Lo amarán.

¿Cómo no hacerlo? Una raja amenazó con resquebrajar mi muro de protección. Pero no lo permití. No podía hacerlo.

—¿Cuándo has organizado todo esto?

—Por las noches. Llevo todo el mes viniendo aquí después de cenar. —No tenía ni idea de las escapadas nocturnas de mi amigo—. Como tampoco duermo demasiado, mejor aquí que en casa sin hacer nada.

—¿Lo has hecho tú solo? —le pregunté, alucinada. ¿Y por qué todavía estábamos tan juntos?

—No, conseguí engañar a varios alumnos de primero. Lo acabamos ayer.

—¿Lo han visto los ponentes de las sesiones? —Me giré y me quedé mirándolo a la cara.

—No, tú eres la primera. —Acerqué las manos a su cuello y le coloqué bien los cuellos de la camisa—. Bueno, sin contar a los pobres sufridores de primero.

—¿Cuándo tienes la ponencia?

—En unas semanas.

—Tienes que colarme.

—No creo que pueda.

—Déjame tus gafas de intelectual y me haré pasar por estudiante de Astrofísica.

—Graciosilla. —Me cogió de la mano y atravesamos con cuidado el sistema solar de vuelta hacia la salida—. Haré lo que pueda, pero no prometo nada.

Abandonamos la sala y llegamos a clase dos horas tarde. Le expliqué a Adam lo que había visto, y Oliver prometió enseñárselo en algún momento antes de la exposición a los niños.

—Sara, ¿mañana vienes al ensayo? —me preguntó Adam entre clase y clase.

—Sí. —Los chicos llevaban años ensayando con su grupo de música, me atrevo a decir que incluso tenían temas buenos, muy buenos, pero se lo tomaban como algo secundario, algo con lo que pasar el rato juntos y divertirse. La semana anterior le había comentado a Adam que un día me pasaría a verlos.

—Hace mucho tiempo que no vienes a vernos.

—Sí —hice memoria—, un par de meses.

—Un par de meses, o siete meses, más bien.

—¿Tanto ha pasado?

—Sí.

—¿Los has contado?

—Pues sí.

La discusión

Al día siguiente, caminaba por los pasillos de la facultad junto a Oliver y Adam hacia la cafetería. Era la hora de comer e íbamos a aprovechar para tomarnos un pequeño descanso. Will me había llamado por teléfono para avisarme de que venía a hacerme una visita rápida.

Me ajusté el pañuelo al cuello y entrecerré los ojos por el frío. Hacía mal día, habían bajado las temperaturas y el cielo estaba lleno de nubarrones. Al entrar en la cafetería, enseguida me sobró toda la ropa.

Will había llegado. Nos acercamos a su mesa y nos sentamos los cuatro juntos. Esperaba que no acabásemos discutiendo. Sabía que las posibilidades eran escasas, pero nunca había que perder la esperanza. Me acerqué a la barra con mi novio y pedimos las bebidas y varios sándwiches para comer. De vuelta a la mesa, la conversación transcurrió sin incidentes hasta que...

—¡Totó! ¿Estás preparada para una intensa sesión de *rock and roll*? —me preguntó Adam.

—Nací preparada para el *rock and roll* —le contesté, guiñándole el ojo.

—¡Esa es mi chica! —Adam le dio un mordisco a su sándwich y me devolvió el guiño.

—¿De qué habláis? —se interesó Will, poniendo los codos encima de la mesa.

—Esta tarde voy a pasarme por el ensayo de los chicos. Hace tiempo que no voy. —Adam afirmó con la cabeza, dándome la razón.

—¿Esta noche?

—Sí.

—Pero hoy no es jueves.

Los tres levantamos la vista de nuestro sándwich y lo miramos con guasa por el comentario. No, no era jueves.

—Buena apreciación —añadió Oliver socarrón—. De hecho, hoy es miércoles.

—Tenía pensada una noche especial de cena y cine —me dijo, ignorando el comentario de Oliver—. Sé que los jueves no puedo hacer planes contigo porque es el día que pasas con tus *amigos* —retintín en la palabra «amigos»—, pero, repito, hoy no es jueves. —Ah, vale. En ese instante entendí el comentario del jueves.

—Podéis ir mañana —replicó Adam, con un tono que no presagiaba nada bueno.

—Podríamos —mi novio chasqueó la lengua—, pero resulta que la película que quiero ver la quitan ya de la cartelera.

—No, mañana tampoco podéis ir. —Oliver puso cara de disculpa, pero lo dijo con sorna—. Es jueves.

El rostro de Will no presagiaba nada bueno.

—Vaya. ¡Qué casualidad! —dije yo, intentando destensar el ambiente. Después de todo, sí íbamos a acabar discutiendo.

—Puedes ir cualquier otro día a ver a los chicos tocar. —Will siguió insistiendo en cancelar mis planes con aire despreocupado—. Pero la peli la quitan hoy. —Ahí lo dejó caer.

Eché una mirada a Adam para ver su reacción. Hervía de la rabia. «Mierda, ¿qué hago?».

—Tienes razón. Puedo ir cualquier día a ver a los chicos. —Acabé cediendo porque las últimas veces que Will me había propuesto algo siempre le había dicho que no por ser jueves. Y era cierto que al ensayo podía ir cualquier día.

—De puta madre. Sara, ¿podemos hablar un momento? —Adam tiró lo que le quedaba de sándwich al plato de malas maneras y se levantó de la mesa.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

Hice una mueca hacia Oliver y Will. ¿Íbamos a dejarlos solos? ¿A esos dos? Oliver vio mi duda y me lanzó con los ojos un clarísimo «tranquila, me comportaré en tu ausencia».

Bien. Adam me hizo un gesto para que saliésemos de la cafetería. Fuimos andando despacio, alejándonos cada vez más, hasta que nos encontramos a una distancia prudencial, donde no podían escuchar lo que hablábamos. Sabía que Adam estaba enfadado por lo del ensayo de esa noche y que me caería la bronca del siglo por cancelarlo, pero pensé que tampoco era para tanto. Will tenía razón. «Puedo ir cualquier otro día a verlos». Y la película era esa tarde o nunca.

—¿Qué pasa, Adam? —le dije, impaciente.

—¿Que qué pasa? —Estaba más enfadado de lo que yo creía—. Pasa que habíamos quedado. Tú y yo, Sara. Eso pasa.

—Adam, podemos quedar otro día.

—¡No se trata de eso! Habíamos quedado, Sara. Otro día no, hoy. ¡Hace siglos que no vienes a vernos a los ensayos!

Miré alrededor, por si alguien nos estuviera observando. El campus estaba lleno de alumnos y estábamos dando un buen espectáculo.

—Adam, no te pongas así.

—¡Me pongo como me sale de los cojones, joder! Antes no te perdías ningún ensayo.

—¿Antes de que?

—Antes de Will 2.0.

¿Perdona?

—¿Will 2.0? ¿Qué coño significa eso?

—Es la forma en la que distinguimos tu relación con Will antes de Estados Unidos y después de Estados Unidos.

—¿La forma en la que la distinguís quiénes, Adam?

Estaba alucinando.

—¡Qué más da! Estamos hablando de que nos acabas de dejar tirados a causa de tu novio. Otra vez —recalcó.

No quería hablar de Will con Adam porque sabía que le tenía muchas ganas. Estaba cansada de discutir siempre por lo mismo. Discutía con Will por Adam, discutía con Adam por Will. Joder. Bueno, al menos con Oliver no discutía. Absolutamente de nada. No estaba segura de si eso era bueno o malo. Me froté los ojos con los dedos y volví a mi conversación con Adam.

—Adam, te prometo que el próximo día sí voy a ir.

—No quiero que me prometas nada. ¿Sabes qué? Haz lo que te dé la puta gana. O mejor, haz lo que le dé la puta gana al gilipollas de tu novio, como siempre haces.

—Adam.

—¡Ni Adam ni mierdas! —Respiró hondo e intentó calmarse—. No te reconozco, Sara. Te juro que no te reconozco.

Comenzó a andar alejándose de mí. Seguí sus pasos hasta que llegamos a un aula vacía. Me cogió del brazo, me metió dentro y cerró de un portazo.

—Adam, no quiero discutir.

—¡Pues yo sí! ¡Llevo tres putos años callado y no puedo más!

—¿De qué hablas?

—De ti, Sara. De que esa puta relación que llevas con tu novio te ha anulado. ¿Acaso no lo ves? —Levantó las manos en señal de frustración—. Siempre haces lo que él quiere, vais a donde él quiere, comes y vistes como

él quiere. ¿Y qué pasa contigo? ¿Es que no tienes personalidad? Tú no eres mi Sara. No la Sara que conocí a los nueve años, ni la Sara con quien crecí ni la Sara con la que he vivido los mejores y peores momentos de mi vida. Te he visto discutir con gente por el simple hecho de querer llevar la contraria cuando no tenías razón y te he visto enfadarte por chorradas porque eras una puta niña mimada. Y la echo de menos, porque esa eras tú, con tus defectos y tus virtudes. Con tu genio y orgullo. —Adam se sentó en una de las sillas del aula y escondió la cabeza en las rodillas—. Ya no sé quién eres, Sara. Te juro que no lo sé.

—Adam. —Me puse de cuclillas a su lado y me apoyé en sus piernas—. Claro que no soy la misma. No puedo serlo. Porque ahora no soy solo yo. Tengo una pareja, y las parejas toman juntos las decisiones, no va cada uno por su lado.

—¿Juntos? No, Sara. En vuestro caso las decisiones las toma él. ¿Tan ciega estás que no lo ves? ¿O no quieres verlo? Teniendo en cuenta que tonta no eres, me inclino más por la segunda opción.

—Estoy intentando que mi relación con Will funcione, Adam. Llevo tres años luchando para que funcione.

—¿A costa de qué?

—A costa de nada. No puedo estar todo el día con vosotros porque hay alguien más en mi vida. Tienes que aceptarlo. No somos solo nosotros tres contra el mundo, Adam. Will es importante para mí, quizá en el futuro alguna chica lo sea para ti. Yo lo aceptaré y tendré que asumir que no todo tu tiempo me pertenece.

—¿Crees que estoy celoso? —me interrumpió y se levantó de la silla—. No es eso, joder. Es que...

—¿Qué es, Adam? Suéltalo, ya.

—¡Es que Will no te aporta nada! ¡Nada! ¡Nunca lo ha hecho! ¡No sé qué coño ves en él! Puedo entender que con quince años te atrajera físicamente, pero, joder, ¡ya tienes veinticuatro! ¡Y sigue sin aportarte nada! No entiendo qué haces a su lado. Porque, además de no aportarte nada, te está anulando, te está haciendo desaparecer.

—Eso no es verdad.

—¿Ah, no? Entonces, dime —se apoyó en una de las mesas y se cruzó de brazos—, ¿qué te aporta Will?

—Muchas cosas.

—Dime una.

—¡No lo sé! —Mierda, no podía pensar en nada que no fuera hacerle entender a Adam que mi relación con Will era buena—. Pero me aporta muchísimas cosas. —Estaba segura de ello.

—¡Una, Sara! Dime una puta cosa que te aporte.

Me senté en una silla y me masajeeé las sienes. No se me ocurría nada.

—¿Hasta dónde piensas llegar con esta relación sin sentido? —me preguntó, sentándose a mi lado.

—Hasta el final.

—¿Aunque no lo quieras?

—Adam, sí lo quiero.

—No como hay que querer. No como se debe querer al amor de tu vida. ¿Sabes por qué lo sé?

—Sorpréndeme —le contesté de mala gana.

—Porque no eres feliz. —Me apuntó con el dedo en el pecho.

—¿Y qué sabes tú de relaciones, Adam? ¡No has tenido una relación seria en tu vida!

—No, yo no. Pero tú sí. Y yo lo he visto.

«No. No, por favor. Eso no». La discusión se nos escapaba de las manos.

—Adam, no. —Lo corté. Porque no quería seguir por ahí. Pero él sí quería.

—Lo he visto, Sara. Te he visto querer con toda el alma y el corazón. Y te he visto ser feliz con el chico que quieres. Se te iluminaba la cara solo con verlo.

—Eso no fue una relación y pasó hace mucho tiempo. No quiero remover la mierda del pasado.

Me levanté, pero Adam me persiguió e insistió.

—También he visto cómo caías y cómo te levantabas cuando la vida te ponía a prueba. ¿Y sabes lo que no he visto?

A esas alturas de la conversación, ya no quería hablar.

—No te he visto luchar por él. Jamás. Has aceptado lo que te venía sin que se te moviera un solo pelo de la cabeza. En su momento, no me di cuenta y lo culpé a él. Pero ahora lo veo. Veo que él tenía parte de razón.

—No había nada por lo que luchar, Adam.

—¿Cómo vas a saberlo si nunca lo has intentado?

—¿Intentar qué? Sabes mejor que nadie que él no me quería de esa manera.

—No, yo no sé nada de eso. Eso es lo que tú dices.

—Adam —me puse los dedos en la sien y me masajeeé otra vez; empezaba a dolerme la cabeza—, no quiero hablar de él.

—¿De quién? ¿De quién estamos hablando?

—Ya sabes de quién.

—No. Di su nombre.

—¡Adam, basta de juegos!

—¡DI SU PUTO NOMBRE!

—No voy a decir su nombre y no voy a seguir discutiendo por algo que...

—Dilo, joder —no me dejó terminar la frase—. ¿DE QUIÉN COÑO ESTAMOS HABLANDO?

—¡DE OLIVER, JODER! ¡ESTAMOS HABLANDO DE OLIVER ASTON! ¿CONTENTO?

—Bien, era por si lo habías olvidado. —Se dejó caer en otra silla y apoyó los codos en el pupitre.

—¿Olvidado? —Di un golpe seco en la mesa donde se apoyaba, necesitaba sacar toda esa adrenalina de mi cuerpo—. ¿OLVIDADO, ADAM? No, no lo he olvidado. ¿Qué es lo que quieres? ¿Destruirme? Porque, si Will me anula, Oliver me destruye. Porque no me quiere como quiero que lo haga y eso me mata, Adam. Puede que con Will sea otra Sara, pero, si me dejo arrastrar por la indiferencia de Oliver, no volverías a ver a la Sara que dices, porque con ese Oliver, con el Oliver que no me ama, no soy nada.

—Estás hablando en presente.

—¿Qué?

—Has dicho que Oliver no te quiere como quieres que lo haga. En presente.

—Es una forma de hablar. —Di media vuelta, dispuesta a salir de esa maldita clase que cada vez me parecía más pequeña.

—No, no lo es.

—Ya basta, Adam. —Fui a abrir la puerta, pero Adam lo impidió.

—¡Y una mierda! No voy a quedarme sin hacer nada cuando veo que pasan los años y sigues empeñada en seguir con algo que te va a acabar pasando factura en el futuro. Porque esta situación, Sara, va a acabar explotándote en la cara.

—¡Y ese será mi problema! ¡Mi puto problema, Adam!

—No. Tus problemas son los míos. No me apartes más.

—¿Qué coño quieres de mí, Adam? —Estaba al borde del colapso, no quería revivir mi historia con Oliver, no quería recordar lo que me hacía

sentir. No me lo podía permitir. Agrietaría demasiado mi muro de protección.

—Hace años tú me hiciste esa pregunta, ¿lo recuerdas?

—Sí, me acuerdo.

—Querías que reaccionara porque eres mi mejor amiga y me quieres. Tratabas de ayudarme. ¿No ves que es lo mismo que quiero yo?

—Te repito, Adam. ¿Qué coño quieres que haga? —Me apoyé contra la puerta de la clase. No podía más.

—Quiero que lo dejes, a Von Kleist.

—¿Te has vuelto loco?

—No. Te repito que es de puta madre enrollarse con dieciséis años con el malote del colegio, Sara, pero ya no eres una cría. Necesitas una relación de verdad.

—Adam.

—Y ahora no me refiero a Oliver. Te quiera o no te quiera es indiferente. No te digo que lo dejes por él. Tienes que dejarlo por ti, Sara. Porque esa relación no te lleva a ninguna parte, estás perdiendo los mejores años de tu vida.

—Adam, ese es tu punto de vista.

—No, Sara, estás apagada. Ya no brillas, antes siempre brillabas.

Me di la vuelta y apoyé la frente en la puerta.

—Sara, el tiempo pasa y no hay vuelta atrás.

—Esta discusión se acaba aquí.

Abrí la puerta y me largué. Ese día no hubo ni ensayo, ni cine, ni cena, ni nada. Apagué el móvil y fui corriendo hacia mi coche rumbo a ninguna parte.

Maldito Von Kleist

Adam

No había pegado ojo en toda la puta noche pensando en mi discusión con Sara. No me gustaba pelearme con ella, pero no podía permitir que siguiera perdiendo el tiempo con ese gilipollas. No era feliz y, encima, el muy imbécil se la llevaba a su terreno, cada vez más. Había sido algo muy sutil, lo había hecho despacio, sin prisa; de hecho, había tardado tres putos años, pero había conseguido que Sara lo tuviera más en cuenta a él que a nosotros.

Durante la mañana, hice las paces con Sara y prometí (con los dedos cruzados, por descontado) no inmiscuirme en su vida amorosa. ¡Ja! ¡Y una mierda! Era jueves, noche de pandilla, lo que significaba que, durante toda la tarde y la noche, Von Kleist estaría fuera de juego. Jódete, cabrón. De momento, los jueves eran sagrados, pero no sabía cuánto duraría; cada vez la tenía más cogida por los huevos. Bueno, o por donde sea que se coge a las tías, joder.

Después de la última clase, me disculpé con mis dos mejores amigos aludiendo un compromiso con una chavala (mentira, aunque podría ser) y fui a buscar a Will al despacho de arquitectos donde trabajaba. Ese día me apetecía bronca.

El jodido despacho ocupaba dos plantas de un edificio del centro de Edimburgo. Subí las escaleras y toqué la puerta acristalada que decía Jensen & McMullan Arquitectos. Me abrieron y me adentré en el espacioso y luminoso vestíbulo. Nunca antes había estado allí; desde luego, no se podía negar que era un despacho de arquitectos. Demasiado modernos para mi gusto; pero, oye, no me metía con los gustos de los demás. Las mesas donde se sentaban las tres secretarias que custodiaban la recepción (todas rubias) eran demasiado futuristas, parecía que estuvieran en el aire, como si no tuvieran patas. Incluso me agaché para buscarlas, hostias, tenían que sujetarse con alguna puñetera pata. Las paredes estaban llenas de cuadros extraños y hasta las escaleras que subían al segundo piso eran la cosa más rara que había visto en mi vida. No me gustaba.

—Hola, bienvenido a Jensen & McMullan Arquitectos —me saludó la

rubia número uno—. ¿Tiene cita?

—No —ni de coña—, estoy buscando a Von Kleist.

—¿A Will? —me preguntó, sonriente.

—Así de alto —puse la mano a la altura de mi cabeza—, ceño fruncido constante y cara de gilipollas.

—¿Perdona? —Abrió los ojos exageradamente por mi descripción del susodicho. Mejor me quedaba formalito, que no quería que me echasen de allí a patadas. Desde luego, no antes de haber hablado con míster arquitecto.

—Sí, a Will. William Von Kleist.

—Ahora lo llamo, a ver si puede atenderlo. ¿Su nombre?

—Adam Wallace. Ya sabe quién soy.

—Tome asiento, por favor. —Me señaló una de las cuatro sillas que había en una pequeña salita de espera.

Y yo me quedé de pie. ¿Por qué? Pues por llevar la contraria. Rubia número uno cogió el teléfono que tenía en su mesita y llamó a Will. Rubia número dos y rubia número tres me miraban con cara de miedo. Joder, ¡ni que fuera a comérmelas! Vale que quizá no estaban acostumbradas a ver gente con mi atuendo (pantalones negros, camiseta negra, botas negras, chupa de cuero negra), pero tampoco era para tanto. Aunque sí que me dieron ganas de sacar la lengua y chuparme el labio de manera lasciva, a ver si se les caía el puto palo que llevaban metido por el culo.

—Ahora viene —me informó número uno.

Asentí con la cabeza y apoyé el brazo en la mesa de rubia número dos, que era la que estaba más buena. El idiota del novio de mi amiga llegó a recepción pocos minutos después.

—¿Adam? —me preguntó, sorprendido por mi visita—. ¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

Al principio dudó, pero finalmente aceptó.

—Pasa por aquí. —Me indicó el camino hacia una sala vacía. Qué amable el cabrón. Querría quedar bien con las rubias, pero a mí no me la pegaba: esa sonrisa era más falsa que su relación con Sara. Guiñé un ojo a la rubia y seguí al arquitectucho de los cojones.

—Soy todo tuyo —me dijo, con clara ironía. Ese tío no me soportaba y yo a él, menos. Nos quedamos cada uno en un extremo de la sala sin sentarnos, yo junto a la ventana.

—Sé a lo que juegas. —Se lo solté sin preámbulos, porque los tíos somos así. Las cosas claras y a la cara.

—Ah, muy bien. ¿Me lo explicas?

—Quieres separarnos de Sara. A Oliver y a mí.

El muy cabrón sonrió. Se acarició el labio con el dedo, pensativo, y se acercó a mí. ¿A que le pego dos hostias?

—¿Quieres que te cuente una historia, Adam?

«¿Una historia?». Acepté su proposición para ver a dónde quería llegar, pero, vamos, que las dos hostias se las iba a llevar.

—¿Tengo otro remedio?

Suspiró y comenzó a andar en círculos por toda la sala. Lo seguí con la mirada sin moverme ni un ápice.

—Hace muchos años, cuando estábamos a punto de terminar de estudiar en el *Crowden*, me enteré, de un día para otro, de que Sara se largaba a Estados Unidos con sus dos amiguitos del alma. —Me señaló, puesto que yo era uno de esos «amiguitos del ama»—. Y, a pesar de que en ese preciso momento estábamos separados, me jodió. Mucho.

Lo recordaba. Estaban separados porque Sara y Oliver se acostaron y, cuando él se enteró, perdió el control y la abandonó. Lo que todavía me costaba entender era cómo cojones había vuelto con él tres años atrás. Como el muy idiota se había quedado callado, asentí con la cabeza para que continuase y me apoyé en el cristal.

—Recuerdo hablar con Sara y plantearle qué pasaría si yo le pidiera que se quedara aquí, conmigo, que no se fuera con vosotros. ¿Sabes lo que me dijo?

Desde luego, no había que ser una lumbrera para adivinarlo. Aunque, bueno, él nunca había sido especialmente listo.

—Supongo que te dijo que no, teniendo en cuenta que estuvimos más de dos años fuera.

—Me dijo mucho más que eso, Adam. —Dejó de dar vueltas y se paró enfrente de mí—. Me dijo que se marchaba por ti y que no la obligara a elegir entre tú o yo. Porque iba a perder.

¡Esa es mi chica!

—Eso debió de joderte. —Sonreí levemente, aunque en mi interior me descojonaba de la risa.

—Bastante. Lo reconozco. Pero ¿qué pasaría si le hiciera elegir ahora? —Puso los brazos en jarras y se acercó más a mí. Me incorporé dejando atrás el cómodo cristal y lo enfrenté—. ¿Qué pasaría, Wallace?

—Lo mismo —afirmé con seguridad.

Will se rio.

—Me temo que no. Ahora, la elección soy yo, así que ándate con cuidado y no me toques los cojones. Te puedo hacer desaparecer antes de que siquiera pestañees.

Joder, lo dijo tan seguro de sí mismo, el muy hijo de puta.

—No creo que odiar a los mejores amigos de tu novia sea lo más inteligente que has hecho en la vida.

—Y yo creo que no tienes ni puta idea de lo que es una pareja. Ya sabes lo que dicen, los que comparten colchón, comparten opinión. Dame tiempo y no seréis más que un bonito recuerdo del pasado. Los dos.

Ese era el Will que yo siempre había visto. Sara no lo conocía. Jamás había mostrado esa cara delante de ella.

—¿Realmente la quieres, Von Kleist? ¿O es una especie de reto para ti?

—Por supuesto que la quiero. —Se echó hacia atrás y se sentó en una de las sillas.

—Yo creo que no. Creo que estás obsesionado con ella. Porque no la controlas. Mientras que siempre has tenido a todas babeando por ti, Sara se te ha escapado una y otra vez.

—Te equivocas. A ella la quiero, pero a ti no; a ti te quiero bien lejos, y al imbécil de Aston también.

No sé ni cómo me contuve, después de escuchar cómo insultaba a mi mejor amigo.

—Nosotros somos sus mejores amigos. Si la quisieras, lo harías con el paquete completo. Y le darías libertad. En lugar de eso, la atas en corto y le prohíbes que nos vea. Sutilmente, eso tengo que reconocértelo.

—No me jodas, Adam. Ese amor no existe. —Se levantó y empezó con las putas vueltas. Llevaba unos cuantos kilómetros.

—¿Qué es lo que no existe? ¿El tipo de amor en el que quieres que tu pareja sea feliz?

Will chasqueó la lengua y no me contestó.

—Te aprovechaste de ella cuando más vulnerable estaba.

—¿Y por qué lo estaba, Adam? ¿Te contesto yo? Porque un hijo de puta que no soy yo la dejó así.

Lo sujeté de las solapas y le susurré muy cerca de su cara. Mi contrincante me miró con sorpresa. Como si no entendiera por qué cojones me había afectado tanto que llamase hijo de puta a Oliver.

—Cuidado con lo que dices, Von Kleist. Esos insultos pueden salirte muy

caros. —No había ninguna otra cosa que me apeteciera más que darle dos hostias, pero no lo hice, por respeto a Sara. Por eso lo solté y me alejé.

—¿Y a ti qué coño te importa cómo lo llame?

¿Que qué me importaba? ¿Que insultase a mi mejor amigo? ¿Pero ese tío era gilipollas? Todavía se llevaba las hostias. A la mierda Sara y a la mierda todo. Intenté tranquilizarme.

—No lo vas a conseguir. —Lo apunté con el dedo—. Nunca será tuya del todo.

—¿Ya te ha contado que nos vamos a vivir juntos?

¿Cómo? No era posible, Sara me había dicho que no quería hacerlo.

—Por tu cara veo que no. Vaya, antes os lo contabais todo, ¿no? Pero ahora, ese tipo de decisiones las habla conmigo. Tu tiempo se acaba, Wallace.

—Tú jamás vas a hacerla feliz. No respetas su vida.

—Me encantaría seguir con esta charla, pero tengo una reunión importante. —Salió por la puerta dejándola abierta y me dejó solo.

Tomé una decisión. Los separaría. Fuera como fuera. Ya vería cómo.

Miré la hora, llegaba tarde a la quedada con la pandilla. Marco quería presentarnos a su nueva novia, la del gimnasio; llevaban tiempo tonteando, se veía venir. No recordaba el nombre de la chica, era algo como Hansel o Gretel o ni puta idea. Lo que sí recordaba era que era española, del norte de España. Llevaba todo el año en Edimburgo de Erasmus y acababa la carrera en junio, como nosotros.

Llegué al pub de los jueves con la puta lengua fuera. Abrí la puerta con fuerza y enseguida vi a mis amigos. Se habían sentado en la mesa de siempre, no tenía pérdida.

—Adam, ¡llegas tarde! —me gritó Sara mientras me acercaba.

Me disculpé y me dejé caer en una de las sillas, derrotado. Joder, día duro.

—Adam, ella es Raquel. —Raquel, joder. ¡Eso es! Me levanté para saludar a la chica de Marco como Dios manda. Estaba buena, hacían buena pareja. No se la veía demasiado cohibida por conocer de golpe a tanta gente. Me gustaba.

—Estás aquí con la beca Erasmus, ¿no? —formulé varias preguntas al azar para conocerla y para que se integrase. Nos contó con detalle cuál era su procedencia y que estudiaba Psicología. Pobre Marquito, ¡psicóloga! A saber qué coño pensaba de todos nosotros en ese momento.

—Moirá, ¿qué te pasa? —preguntó Olivia—. Hoy estás en tu mundo.

¿Ah, sí? Ni me había fijado.

—Estoy estancada en uno de los temas del curso y no puedo dejar de pensar en ello.

Moira estaba estudiando no sé qué grado o master o alguna mierda de esas para ser mejor enfermera. Decía que quería ampliar sus conocimientos. Yo, por mi parte, en cuanto me licenciase, no pensaba tocar un puto libro jamás en la vida. Qué equivocado estaba...

—¿Qué problema tienes? Quizá te podamos ayudar —propuso Brian. Nos quedamos todos mirándolo y arqueando las cejas. El informático pretendía ayudar a la enfermera con una duda, eso me gustaría verlo.

—¿Qué? Quizá es algo de culturilla general —se defendió nuestro amigo.

—Necesito aislar de una foto del corazón una arteria coronaria en concreto, y el problema es que, con tantas venas y arterias, no consigo focalizarla. Está escondida la muy escurridiza.

Escurridiza, dijo. Joder, Moira. No decía una puta palabrota ni de coña. Hostias, a mí me salían solas.

—¿Tienes por ahí el dibujo? —preguntó Sara.

—Sí.

—Déjame verlo.

Moira le pasó el dibujito a Sara, que lo vi de lejos y... la hostia, no se veían más que cientos de minúsculas venitas. ¿Cómo coño encontraría nada ahí? Y porque había dicho que era el corazón, pero, desde luego, los corazones que yo había visto no tenían esa pinta. Empezaron a hablar entre ellas sobre venas y arterias y nombres que no había oído en mi vida.

—¿Me ayudas? —le propuso Sara a Oliver. Y no hacía falta que dijeran nada más. Esos dos se entendían sin necesidad de palabras. Sara se levantó y fue hacia la salida, y Oliver se acercó a la barra a hablar con el camarero. Cuando volvieron, Sara llevaba una pizarra entre las manos, creo que era la que se encontraba en la entrada del pub anunciando las ofertas del día y la *Happy Hour*, y Oliver lo hacía con unos cuantos rotuladores, uno rojo, otro negro y otro azul.

Colocaron la pizarra de forma que lo viese Moira desde su posición y dibujaron lo que creo que era la forma del corazón. Desde luego, no era el típico corazoncito que dibujan las tías cuando se encoñan con algún tío.

—Esta es la arteria que buscas —la informó Sara, dibujando una línea negra—, vamos a pintarla bien gruesa para que no la pierdas.

—Elige color —le dijo Sara a Oliver.

—Rojo. Venas. —Le pasó a Sara el rotulador azul.

—Muy bien. —Se giró hacia Moira y le enseñó su rotulador—. Azul. Arterias.

Empezó el espectáculo. Oliver sujetó el libro y, entre los dos, por turnos, fueron colocando venas y arterias. Ahí estaban mis dos mejores amigos en plena acción. Era acojonante verlos. Aunque dibujaban rayas por todo el puto dibujo, la raya negra que había dibujado Sara al principio seguía visible.

Todos nosotros estábamos mirando la pizarra, Moira concentrada y Raquel alucinada.

—Es alucinante lo que estoy viendo —le comentó a Marco en un susurro. Pero no tan bajo como para que no lo escuchásemos los demás.

—Solo son Oliver y Sara.

—Puede que para ti lo sea porque estás acostumbrado a verlos, pero a mí me resulta fascinante. ¿Hacen estas cosas a menudo?

—A veces. Ellos... —dirigió la mirada a mis amigos— son especiales.

Especiales. Sí que lo son.

—Son superdotados. Ella ni siquiera necesita mirar el libro —afirmó la psicóloga.

Marco no contestó. A ninguno de ellos les gustaba que la gente supiera que eran un poquito más listos que el resto de la gente. Llevaban toda la vida intentando ser normales y adaptándose a los demás. Entre nosotros no fingían. Pero de cara al exterior... Creo que no se habían dado cuenta de que Raquel estaba allí.

—¿Memoria eidética?

Joder con la psicóloga. No pude evitar contestar yo a esa pregunta con otra pregunta.

—¿Eres psicóloga o del FBI?

—Se me da bien leer a las personas.

—Ya veo.

—Hacen una gran pareja, parecen hechos el uno para el otro —afirmó de pronto.

—No son pareja —esa vez Marco sí contestó—, solo son mejores amigos. ¿Por qué lo has pensado?

—No lo sé, se les ve tan... es difícil explicarlo. Compenetrados no es la palabra, es algo más. Mucho más.

Repito: joder con la psicóloga.

Esa noche, antes de meterme en la cama, escuché una conversación entre Sara y Daniel. Yo estaba tumbado en la cama de Sara y ellos en el cuarto de

baño lavándose los dientes.

—Marco nos ha presentado a su novia, Raquel, es una chica muy maja — le comentó Sara a su hermano. La voz se escuchaba amortiguada, debía de tener el cepillo de dientes en la boca, pero, como no callaba ni debajo del agua...

—¿La ha llevado a vuestro *jueves social*?

—Sí.

—Mmm, qué novedad. —Vale, ahora era Daniel quien tenía el cepillo en la boca.

—¿Por qué lo dices?

—Siempre estáis solo vosotros. El día que apareció Moira con su novio, perdón, *prometido*, os quedasteis mirándolo con cara rara.

—¡Qué tonterías dices! —Alguno de los dos había abierto el grifo para enjuagarse.

—Lo que tú digas.

—Pues la chica es muy maja y va a venir más jueves, para que lo sepas.

—¿Vais a permitir que entre en el grupo?

—Pues claro.

—No lo digas como si fuera algo obvio porque no lo es. Algo especial debe de tener esa chica.

—¿Por qué dices eso, Daniel?

—Porque sois un grupo muy cerrado, no dejáis entrar a nadie de fuera.

—Eso no es verdad. —Sara entró en la habitación y me miró dubitativa. Su mirada me preguntaba «¿a que no es verdad, Adam?».

—Sí, lo es —afirmó Daniel a lo lejos.

Y yo no sabía qué cojones contestar. ¿Éramos un grupo cerrado? Nunca me lo había planteado. A lo mejor habíamos estado toda la vida protegiéndonos del exterior inconscientemente. O puede que yo hubiera estado protegiendo sin darme cuenta a Oliver y a Sara, velando por mantener sus complicadas vidas en el máximo anonimato posible.

La confesión accidental

Un par de jueves después, Raquel estaba integrada en el grupo. Era una de las nuestras. No sabría explicarlo, pero hay ocasiones en que conectas con la gente, hablas con ella, pasas ratos a su lado y descubres que tienes las mismas aficiones y que piensas parecido.

Normalmente, los jueves tomábamos un par de Guinness y nos íbamos a casa. Y, sobre todo, en esas terribles fechas del mes de mayo en que los chicos y yo teníamos los exámenes finales casi encima. Pero ese día nos habíamos liado un poquito más de la cuenta. Bueno, si un «poquito» se le puede llamar a haberse tomado más cervezas de las que tomábamos sumando todos los jueves del mes y estar todos bastante ebrios.

Como era casi fin de semana, había bastante ambiente en el pub y ninguno queríamos irnos a casa, supongo que cada uno de nosotros teníamos nuestras razones para estar allí ahogándonos en alcohol. Las razones de Pear eran claras. Mejor dicho, la razón: Daniel Summers.

Mi hermano había empezado a salir con una chica y parecía algo serio. Hasta ese momento, solo había tenido rollos, miles de rollos, pero sin llegar a nada importante. Pero las últimas semanas había estado saliendo mucho con la misma chica y no solo para tirársela, como decía Pear. Habían estado yendo al cine, a cenar, a correr juntos... Pintaba mal.

Pear, como represalia, había empezado a quedar más a menudo con uno de sus compañeros de trabajo. Se lo tomaba como si fuera una competición. Ambos lo hacían. Si uno se enrollaba con alguien, el otro lo imitaba; si la una lo llevaba al cine, el otro la llevaba al teatro. Y así habían pasado los tres últimos años.

—Mi compañero de trabajo, quiero decir, mi futuro novio, es Virgo, como yo. Olly, ¿tú crees que nos irá bien? —preguntó una ebria Pear a mi amigo con una nueva cerveza en la mano.

—¡Y yo qué coño sé! —contestó Oliver con desdén. Olly era mucho de desdenes, como si no le importara nada ni nadie y pasara de todo. No existía nada en el mundo lo suficientemente importante como para traspasar su piel y que le afectara de alguna manera. Todo le resbalaba. ¿Eso había sonado a reproche? Porque no era mi intención. No, qué va.

—¡Pues si no lo sabes tú, que eres astrólogo!

—Yo no soy astrólogo. —A esas alturas, yo moría de la risa. «Yo no soy astrólogo», «yo no soy astrólogo», repetí, imitando la voz de Oliver. Ni los rayos láser que me disparaba por los ojos me callaban. Es lo que tiene el alcohol. Te envalentona.

—¿Ah, no? —preguntó Pear, confundida.

—No, Pear, soy astrónomo. AS. TRÓ. NO. MO —repitió, remarcando todas las letras.

—Joder con el friki. Qué especialito te pones cuando quieres. ¿Qué diferencia hay?

—Ninguna, Pear —contesté yo para picar a mi amigo.

—Seguro que es un capullo, como todos —añadió Olivia.

¿Y a esta qué le pasaba?

—¿Has discutido con el profe? ¿No era perfecto? Y cito palabras textuales: —Brian comenzó a enumerar con los dedos de las manos— *guapísimo, maduro, amable, cariñoso, sexy, trabajador...*

Olivia lo interrumpió.

—Pues quizá deberíamos añadir algún adverbio que otro para definir mejor sus cualidades: —imitó el gesto de Brian de ir añadiendo calificativos con sus dedos— *demasiado* maduro, *demasiado* trabajador, *demasiado* responsable, *demasiado* ocupado, *demasiado* mayor para una cría como yo.

—Eso ha sido solo un adverbio, no alguno que otro —comentó Oliver con despreocupación.

Olivia lo fulminó con la mirada y se fue a la barra a pedir más cerveza. Le hice un gesto con la mano para que me pidiera otra a mí. Recordé que había ido en coche hasta allí. Quizá tuviera que llamar a mi hermano para que viniese a buscarme. Miré a Pear y escuché cómo usaba el adverbio «demasiado» para definir a mi hermano. Quizá llamarlo para que viniese a buscarme no era la mejor idea.

—¿Sabéis que las tías eligen a sus novios basándose en que consideren que los genes sean buenos para sus hijos futuros? —nos dijo Marco. Su novia lo miró embobada, no importaba las gilipolleces que dijera, siempre lo miraba igual. Enamorada.

—¿Estás de coña? ¿De dónde has sacado eso, tío? —preguntó Adam.

Muchos debates y adverbios después (a alguno le tenían que estar pitando los oídos constantemente), dejé de ingerir cerveza. Había bebido demasiado. Intenté enfocar mi mirada turbia en el reloj de mi muñeca. Joder, las dos de la mañana. Moira nos había abandonado hacía rato. Tenía que trabajar al día

siguiente. Qué responsable era la tía. Nosotros seguíamos arreglando el mundo.

El pub había cerrado las puertas de cara al exterior. Era algo que solían hacer, cerraban y la fiesta continuaba dentro con los clientes de más confianza. Estábamos nosotros y un par de grupitos más en la barra charlando con los camareros.

Raquel nos contaba cotilleos jugosos de su facultad. Al parecer, ella y sus compañeras de clase llevaban todo el año coincidiendo con Adam en la cafetería y no les había pasado desapercibido. Y, como a mi amigo le encantaba que le regalasen los oídos, ahí andábamos, sonsacándole a la novia de Marco todo lo que podíamos.

—Y, cuando te liaste con Judy, nos contó que...

—¿Judy? —interrumpió Adam—. No me acuerdo de ninguna Judy. — Nos miró a Oliver y a mí como si tuviéramos la respuesta. ¡Claro, hombre! Si él ni se molestó en memorizar su nombre, ¿cómo pretendía que lo hiciéramos nosotros?

—Pues es una pena que no te acuerdes, porque ella guarda un gran recuerdo. Nos contó todo lo que pasó entre vosotros al detalle y debo decirte que dejaste el listón bien alto.

—¡De puta madre, colega! —lo felicitó Brian.

—Quizá me pase por tu clase mañana para que me la presentes de nuevo.

—Y nos dijo que eres el mejor trasero que ha manoseado en su vida.

—Doy fe —dije, levantando la mano. Adam tenía un buen culo. Siempre lo había tenido. El mejor trasero de la pandilla, sin duda.

—¿Das fe? —me preguntó Brian, extrañado—. ¿Cuándo le has manoseado tú el culo a Adam?

—Cuando nos enrollamos en Las Vegas —expliqué, como si fuera la cosa más obvia del mundo y, entonces, caí en la cuenta de algo: no lo sabían. Porque contarles eso sería contarles que, segundos después, me enrollé con Oliver. Y eso no lo sabía nadie. Como siempre nos lo contábamos todo, había dado por hecho que lo sabían.

Adam me dio una patada por debajo de la mesa. Sí, ¡lo sé, lo sé! A ver cómo salía ahora de esa. Cogí la botella de cerveza de Oliver, que estaba a mi lado, y le di un sorbo. «Ay, no, mierda, que había dicho que no más cerveza». Se la devolví y lo miré a los ojos. ¿Y qué me decían estos? «Eres una bocazas, no te puedo dejar beber. A ver ahora cómo lo explicas. Estoy deseando verlo. Y no se me olvida que te enrollaste con Adam». Sí, todo eso

me dijeron. Don Desdenes solía ser muy expresivo cuando se lo proponía.

Bueno, quizá mi comentario pasaba desapercibido.

—¿¿¿Cuándo qué?? —preguntó Olivia, alterada. Pues no, no había pasado desapercibido. ¿No se suponía que estaban todos borrachos? ¡Joder, qué oído más fino tenían cuando querían!

—¿Vosotros dos os enrollasteis? —Marco nos señaló a Adam y a mí.

—¿Pero enrollarse de enrollarse? —preguntó Brian, mosqueado.

—Sara, ¿te has tirado a Adam? —Olivia tenía los ojos desorbitados y se cogió de la mano de Raquel para darle más emoción al asunto. Y la pobre Raquel no decía ni palabra, creo que no se enteraba de mucho. Demasiado pasado que recordar. Podría escribir un libro con mi historia. O cuatro.

—Oye, que quizá me la tiré yo a ella —añadió el aludido, ofendido—. Me siento como un objeto sexual.

—¿Y dónde estaba Oliver a todo esto? —Brian hizo la pregunta en general, pero no quitó la vista de Oliver.

Silencio incómodo.

—¿Qué más da dónde estuviera Oliver?

«Muy bien, Olivia».

—Algo tendrá que decir, digo yo.

—Oliver, ¿tú permitiste que se acostaran juntos? —le preguntó Marco.

—¿Y por qué tendría algo que decir? —«Muy bien dicho, Pear».

—Porque Sara y Oliver se acostaron —nos explicó Brian—. Eso anula las posibilidades de cualquiera de nosotros con ella. Es el código.

«Ah, joder. El famoso código».

—¿Qué código? —preguntaron todas las chicas al unísono. Yo me callé, conocía el código.

—¡El código! —bufó Brian, exasperado—, siempre hay un código entre tíos. Y el nuestro dice, claramente, que ninguno de nosotros puede liarse con ninguna tía que se haya liado con alguno de nosotros anteriormente.

—¿Y coetáneamente? —preguntó dudosa mi mejor amiga.

—¿Coetáneamente? Explícate —ordenó Brian.

—Yo nunca me he enrollado con ninguno de vosotros —empezó a explicar Pear.

—Tampoco podrías —se adelantó Adam.

—¿Por qué?

—Daniel Summers.

—Daniel no es de vuestro grupo. No es vuestro amigo.

—Son efectos colaterales. Capítulo cuatro. El código es complicado.

—Ya. —Mi amiga lanzó un sonoro suspiro de exasperación—. Voy a obviarlo. Imaginaos que yo nunca me hubiera enrollado con Míster *Noquierorelacionesserias*. ¿Podría hacer un trío con dos de vosotros? ¿O con tres?

—¿Eso no sería un cuarteto? —Olivia expresó su duda en alto.

—Creo que sería una orgía —aclaré yo.

—¡Lo que sea! —Pear enseguida cortó nuestro pequeño debate—. ¿Podríamos?

—Creo que eso no lo hemos registrado en el código. —Adam se dio golpecitos en el labio con el dedo y miró a Oliver.

—¿En serio? —«Vaya mierda de código».

—No, no lo hicimos —confirmó Olly.

—Joder, qué cortos de miras —bufó Pear.

—Teníamos doce años. —Apuntó Brian. Por lo que había podido comprobar en los últimos minutos, Brian era un ferviente defensor del código.

—De todas formas, volviendo al tema original, si lo que tuvieron Oliver y Sara fue una minucia, ¿para qué tanto rollo?

«Eso digo yo».

—No importa —respondió Marco, tajante—. Se acostaron. Dos veces, ¿no?

—Creo que fueron tres —dijo Brian, pensativo.

—Lo que sea, el caso es que Sara está prohibida para nosotros.

—¿Lo tenéis por escrito? —se interesó Raquel.

—Por supuesto que sí —le respondió Adam—, ¿por quién nos tomas?

—De hecho, yo guardo una copia en mi móvil, le saqué una foto hace unos años —explicó cariñosamente Marco a su novia, mientras sacaba el móvil del bolsillo del pantalón—. A veces tengo que recurrir a él. Tenía —se corrigió él mismo ante nuestra atenta mirada—, tenía que recurrir a él. Ya no me hace falta. —Acercó la boca a los labios de su novia y la besó.

—Déjame verlo. —Pear arrebató el móvil a Marco de las manos. Buscó entre las fotos, pero había tantas que Marco tuvo que recuperar su móvil y buscar la foto del código. Cuando la encontró, nos la enseñó a los demás. Era un folio, escrito con el puño y letra de Oliver Aston a los doce años. Reconocería sus trazos en cualquiera de sus edades.

—¿Qué es eso rojo?

—Sangre.

—¡Joder, qué asco!, ¿lo firmasteis con sangre?

—Pues claro, ¡el código es algo serio!

—¡Muy serio no debe de ser cuando Adam se lo saltó! —afirmó Olivia.

—No nos acostamos. —Intenté aportar mi granito de información a la conversación, pero con tanto grito ni me oyeron—. ¡NO NOS ACOSTAMOS! —grité, levantándome de la silla y dando un golpe a la mesa con la mano.

—Muy bien, Sara —me animó Pear—. ¿Os ha quedado claro? ¡NO SE ACOSTARON!

—Nos ha quedado claro a nosotros, a aquellos tíos de la barra y hasta a los del pub de enfrente.

Muerta de la vergüenza por el espectáculo que acababa de dar, me volví a sentar y me prometí a mí misma no volver a hablar.

—¿Y por qué os enrollasteis?

Bueno, vale, una última aclaración y me callaba. Y como no sabía qué decir...

—¡Empezó él! —acusé a Adam con el dedo.

—Estábamos borrachos y nos aburríamos. Solo fueron cuatro besos y algunos magreos.

No coló. Sus caras lo demostraron. Sospechaban que había algo más detrás de todo el asunto.

—¿Y nunca habéis roto el código? —Raquel insistía en saber más del maldito código.

—Eso pensábamos nosotros, pero al parecer estábamos equivocados —le contestó Brian.

—¿Y qué pasa si Adam se enamora de Sara? —preguntó Olivia.

—No puede hacer eso —dijo Brian con voz cansada.

—¿Por qué?

—Porque lo prohíbe el código.

—¿El código le prohíbe enamorarse de Sara? Eso no se puede controlar.

—Claro que se puede controlar. Si quería enamorarse de Sara, que lo hubiera hecho antes que Olly. Pero, como no fue así, pues a joderse. Se desenamora y listo.

—Oliver fue el primero, y eso hay que respetarlo —afirmó Marco, contundente.

«Esperad, esperad. ¡Retroceded, retroceded!». Ese tema me interesaba.

¿Había dicho que Oliver se enamoró de mí? Ja, ja, ja, qué ilusos. Oliver no conocía los sentimientos, era como un robot.

—¿El primero en qué? ¿En enamorarse? —preguntó Raquel.

—No —dije yo, cantarina.

Los chicos se callaron y se miraron entre ellos.

—Es indiferente por lo que lo hiciera, el caso es que fue el primero —sentenció Brian.

Me habría gustado decir algo a eso, pero no podía; me habría gustado preguntar, por ejemplo: entonces, ¿por qué lo hizo? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? Pero era mejor quedarme calladita. La verdad era que el motivo ya ni me importaba, porque Oliver tampoco me importaba.

—¿Por qué vosotros dos os enrollasteis si no os gustabais? —nos preguntó Raquel a Oliver y a mí. Buena pregunta, sí, señora. Miré a Oliver con cara de mala leche para que contestase él. «Adelante, cuéntales por qué te enrollaste conmigo si no me querías». Pero lo que vi en su expresión me dejó alucinada. Oliver me miraba con la misma pregunta en la cara, ¡tendrá morro! Afortunadamente, la siguiente pregunta de Marco nos permitió no contestar.

—¿Vosotros dos también os enrollasteis alguna otra noche porque ibais ciegos y os aburríais? —nos preguntó Marco a Oliver y a mí.

Silencio sepulcral. ¿Por qué se hacía el silencio cuando hablaban de Oliver y de mí?

—¿Por qué os lo estáis pensando?

Porque no quería mentirles a la cara.

—No —respondió Oliver, con sequedad.

Al parecer, mentir a nuestros amigos solo me importaba a mí. Aunque, si lo pensaba detenidamente, tampoco era una mentira del todo, no nos enrollamos otro día por estar borrachos y aburridos. Nos enrollamos ese mismo día y no por estar aburridos. Al menos yo; la razón de Oliver nunca la sabré.

—No me puedo creer que os enrollarais. —Brian seguía con el temita, censurándonos con la mirada—. ¿Alguna otra información que hayáis omitido? Joder, con todas las gilipollecas que nos habéis contado de aquellos dos años. Os habéis dejado lo más jugoso.

—Y a ti, ¿qué te pasa? —le inquirió Adam, molesto.

—Tú —señaló a Adam— te saltaste el código. Y no entiendo cómo tú —señaló a Oliver— lo permitiste. Qué decepción.

«Joder».

—Entonces, ¿por qué vosotros dos os enrollasteis si no os gustabais? —Y Raquel erre que erre con lo suyo.

Dos horas después...

—¿Si? —me respondió mi hermano, adormilado, al cuarto tono. Intuí que había sido al cuarto, porque con el pitido que tenía en los oídos no escuchaba bien.

—¿Daniel?

—¿Sabes qué hora es, Sara? —De adormilado a cabreado en dos segundos. Era como el motor de un Ferrari.

—Mmmm... —Miré el reloj, pero no distinguía los números—. No.

—¿Estás borracha?

—Entre otras cosas. ¿Vienes a buscarme? —le pregunté, con mi mejor vocecilla de no haber roto un plato en la vida.

—¿Dónde estás?

—Donde todos los jueves.

—¿Tengo que llevar también a tus amiguitos a casa?

—Mmm... —Los miré y vi que estaban todos superborrachos—. Sí.

—¿A cuántos?

—¿Cuántos te entran en el coche?

Cuando mi hermano llegó al pub, no venía solo. El profesor Mac Alistair venía con él. No me acostumbraba a llamarlo por su apellido; para mí, siempre sería el profesor *buenorro*. Aunque quizá ya era hora de llamarlo por su nombre... Él y mi hermano debieron de encontrarse en la entrada. Cuando nos vieron y descubrieron el cuadro que componíamos, los dos suspiraron y negaron con la cabeza. El primero en hablar fue mi hermano. Se acercó a nosotros y nos dividió en dos bandos para después dirigirse a Don Demasiado.

—Esta mitad para mí —nos señaló a Oliver, a Adam, a Pear y a mí—, y el resto son tuyos.

Qué mandón. Me acerqué a su oído y le susurré como pude:

—No le hables así —señalé al novio de mi amiga—, es profesor.

—Sara, hace seis años que dejaste el colegio. Supéralo ya. Y vosotros —señaló a mis amigos—, subid al coche. Y ni una puta palabra en el viaje —sobre todo se dirigía a Pear—, no estoy de humor.

—Yo me callo —dije yo—, pero que sepas que mañana tienes que llevar mi coche a casa. Está ahí fuera aparcado.

—¡Me cago en la puta, Sara! ¿Vas a madurar en algún momento?

—¿Puedo ir en el otro coche? —me preguntó Pear al oído.

Aquella noche

Al día siguiente, no sabía si mis amigos habían ido a trabajar; supuse que sí, pero yo, desde luego, no había ido a la universidad y no había abierto un libro. Con la resaca que tenía, no podría concentrarme en nada; en consecuencia, pasé una mañana muy tranquila en la cama hasta que me despertaron unas voces en el piso de abajo. Más que voces, era una voz en particular y era muy muy molesta. Muy aguda.

Antes de bajar las escaleras, me asomé a la habitación de Adam y, tal y como sospechaba, vi que mi amigo roncaba en la misma posición en la que se había quedado dormido. Con los zapatos puestos y todo. Me acerqué y se los quité. Lo tapé con el edredón y salí de la habitación.

Bajé las escaleras, bostezando unas cuantas veces seguidas, y seguí el sonido de la irritante voz. Llegué hasta la entrada de casa y descubrí a mi hermano Daniel despidiéndose de su nueva novia; o, al menos, eso intuí. La había visto un par de veces, pero nunca había hablado con ella. No quise desaprovechar aquella oportunidad (desconocía el motivo, pero tenía la firme sospecha de que mi hermano había estado evitando ese momento), por lo que, inmediatamente, me acerqué a ellos.

—Buenos días —saludé todo lo alegre que mi resaca me permitió. Conseguí que los dos tortolitos se girasen hacia mí al instante.

—¿Buenos días? Son las dos de la tarde —me respondió mi hermano con acritud. Siempre con acritud.

Ignoré a Daniel y me fijé en la chica que tenía enfrente, de cabello rubio, muy liso y largo. Seguí bajando y llegué hasta sus gigantescos ojos verdes. Era alta, bastante alta. Caramba, hasta yo era capaz de reconocer que tenía unas piernas kilométricas. En resumen, era muy guapa.

—Hola, yo soy Sara. —Le ofrecí mi mano, haciendo alarde de la buena educación que había recibido.

—¿Tú eres la melliza? —Horrible, tenía una voz tan horrible que, más que hablar, chillaba, pero, eso sí, con mucho entusiasmo. Después de su saludo, me devolvió el escrutinio que yo le acababa de hacer a ella. Eché un vistazo a mi aspecto a través del cristal que tenía enfrente, y mi imagen no era muy halagadora: pelo superrevuelto, ojos hinchados y llenos de legañas, pijama de cuadros rosas y blancos con los botones de arriba bastante mal

abrochados y pies descalzos. ¡Menuda primera impresión!

—Sí —afirmé, con el mismo entusiasmo, mientras intentaba quitarme las legañas de los ojos a la vez que chasqueaba la lengua para quitarme el mal sabor de boca.

Hecha la presentación oficial, cruzamos un par de frases más de cortesía y la chica se disculpó porque debía irse a no sé dónde.

—Te veo luego, *Dan Dan* —le dijo a mi hermano de forma sugerente, pero a mí me sonó asqueroso. ¿De dónde había sacado a esa chica?

—¿*Dan Dan*? ¿En serio? —le pregunté a mi hermano en cuanto cerró la puerta.

—Ni una palabra, Sara.

¿Qué hacía mi hermano con esa petarda?

—Está bien, no te mosquees, *Dan Dan*. —Salí entre risas, corriendo hacia la cocina dispuesta a pegarme un gran desayuno.

—Joder, qué cruz —lo escuché murmurar detrás de mí.

Un rato después, navegaba aburrida en mis páginas favoritas cuando descubrí el gran acontecimiento del mes. ¡Cómo no me había acordado antes! No sabía dónde tenía la cabeza últimamente, porque hacía meses que llevaban anunciando un concierto de piano de Ludovico Einaudi en el Usher Hall de Edimburgo y se me había olvidado por completo. La sala de conciertos del Usher Hall es de las más destacadas del mundo y la acústica es increíble, por lo que ¡no me lo podía perder! Por suerte, mi padre era asiduo y siempre guardaban algunas entradas para los recurrentes.

A las cinco de la tarde en punto, Adam y yo salimos por la puerta del garaje de mi casa para ir al concierto. Como teníamos tiempo de sobra, primero fuimos a ver a la pandilla, que tomaba algo en un local del centro, intentando recuperarse de la resaca. Nos movimos cómodos por la ciudad, pero me costó muchísimo buscar aparcamiento y tuve que dar varias vueltas hasta que conseguí estacionar mi coche. Teníamos un buen paseo hasta donde nos esperaban nuestros amigos, pero a Adam y a mí nunca nos faltaba conversación.

—¿Tu novio te ha dejado quedar esta noche conmigo? —me preguntó mi impertinente amigo con fingido aire despreocupado.

—Adam, no empieces.

—Dos días seguidos contigo no se disfrutan todas las semanas, *Totó*.

—Lo he llamado para explicarle que me hace mucha ilusión ir contigo a este concierto y no me ha puesto demasiados problemas.

—Ya... El bueno de Von Kleist. ¿Es consciente del pedo que te cogiste ayer?

—Mmm... no. Puede que le haya dicho que llegamos a casa cuatro horas antes de lo que realmente lo hicimos. —Cuatro, o incluso cinco...

—Tranquila, a mí me la suda lo que le cuentes a tu novio. —Había que reconocer que mi mejor amigo era puro amor. Y ahora me miraba raro.

—¿Por qué me miras de esa manera?

—Por nada —me dijo, evadiendo mi pregunta y reformulando él una nueva—. ¿No quieres que hablemos de lo que pasó ayer?

—¿Qué pasó ayer? —Si se creía que él era el único que podía evadir preguntas, iba listo.

—Nada —me contestó suspirando—. ¿Has avisado a Oliver para que viniera con nosotros?

—Sí, pero no podía. —Lo había llamado en cuanto había descubierto lo del concierto de esa noche—. Está preparando la ponencia de la semana que viene.

El viernes siguiente arrancaba el programa de *Enseñemos el Universo a los futuros universitarios* y Olly llevaba semanas preparándolo, tanto que, incluso, estaba segura de que se había levantado temprano a pesar de la resaca.

Seguimos paseando por el centro de la ciudad y pinchándonos el uno al otro hasta que llegamos a la cafetería donde nos esperaban nuestros amigos. Adam me abrió la puerta, haciendo alarde de su galantería, y enseguida divisé a mis amigos.

—No pegáis —nos dijo el simpático Brian en cuanto nos vio—. Tú vas demasiado pija —explicó señalándome—, y tú demasiado rockero —afirmó señalando a Adam.

Adam y yo nos miramos extrañados de arriba abajo el uno al otro en busca de esas diferencias tan notables que señalaba Brian. Adam llevaba unos pantalones negros pitillo con cadenas en los bolsillos, muy ajustados, y una camiseta gris de Los Ramones cubierta por su chaqueta de cuero negra. Yo llevaba un vestido de un solo tirante, rosa fucsia y morado, con muchos volantes, y que me quedaba por encima de la rodilla. En los pies, lucía unos zapatos plateados con un tacón considerable. El cabello lo llevaba ondulado y suelto sobre mis hombros.

—Lo que he dicho, no pegáis —Brian se reafirmó después de nuestro propio escrutinio.

—Y nos importa una mierda.

Adam me acompañó a la barra y compartimos un té con nuestros amigos entre risas y recuerdos de la noche anterior. Enseguida pasó el tiempo.

—Mañana tengo que ir al *Crowden* a ayudar a mi hermana con la mudanza —recordé en voz alta. Mi hermana estaba a punto de terminar su último curso en el internado y nos había pedido que fuéramos a ayudarla a guardar todas sus pertenencias en cajas para después trasladarlas a casa.

—La pequeña Kate va a la universidad el año que viene.

—¿Necesitas ayuda? —ofreció Marco.

—No me vendrían mal unas manos de más —reconocí, teniendo en cuenta la cantidad de cosas que compraba mi hermana y lo poco que le gustaba deshacerse de ellas.

—Mañana quedamos allí, entonces. Podemos ir todos —propuso Olivia, y el resto asintió.

—Genial. Gracias, chicos.

Concretamos con la pandilla la quedada para el día siguiente. Nos acabamos la consumición y nos levantamos como un resorte cuando le dije a Adam la hora que era. Llegábamos tarde.

—Nosotros nos vamos.

—Pasadlo bien, parejita dispar.

Fuimos caminando a la sala de conciertos porque aparcar en la ciudad sería complicado, y era mejor dejar el coche tranquilo. Cuando llegamos a la preciosa construcción circular, apenas quedaba gente en la entrada, por lo que nos apresuramos a subir las escaleras. Entramos en el Usher Hall con el tiempo justo y nos acercamos a nuestros asientos con la mayor discreción de la que fuimos capaces. Siempre me había encantado esa sala de conciertos, y no solo por los altos techos, el escenario, o el órgano. Era algo más, pero no sabía el qué.

El concertista era tan impresionante que podría estar horas y días escuchándolo. Adam estuvo inquieto durante toda la velada y, de vez en cuando, me miraba de reojo y hacía un par de amagos de preguntarme algo, pero no se atrevía. En el descanso, lo obligué a que hablase conmigo, fuera lo que fuera.

—Suéltalo, Adam —lo apremié.

—¿Te vas a vivir con él? —me preguntó, sin apartar los ojos del escenario, y, por lo tanto, sin mirarme.

—¿Con quién? —Adam giró la cabeza y me miró a los ojos.

—Con Von Kleist.

—No —afirmé rotunda. No entendía por qué me lo preguntaba, hacía semanas que había zanjado ese asunto. Y él lo sabía.

—¿Y él lo sabe?

—Sí, claro. —Aun con la firme propuesta de mi amigo para decírselo a mi novio en persona, opté por contárselo yo misma al día siguiente de tomar la decisión.

—¿Me lo contarías? Si te fueras a vivir con él, ¿me lo contarías?

—Por supuesto que sí. ¿A qué viene todo esto, Adam?

—¿Crees que conoces a tu novio? —Ya estábamos. No quería empezar una nueva discusión por Will.

—¿Podemos no discutir hoy, por favor?

—Podemos.

Cuando terminó el concierto y salimos del Usher Hall, un agotadísimo Oliver nos esperaba a la salida, apoyado en uno de los coches aparcados en la carretera. Tenía pinta de haber salido a la calle en un arrebato de cansancio. Me lo imaginé arrojando las notas de la ponencia a la mesa y saliendo de casa apresurado.

—¡Olly! ¿Tú no andabas preparando una ponencia?

—Me he escapado un rato —se incorporó y se acercó a nosotros—, necesitaba airearme. ¿Qué tal el concierto?

—¡Inmejorable! —Aplaudí entusiasmada. Me había encantado porque me había transmitido muchísimo y, a la vez, me había hecho sentir, y eso es algo que, por desgracia, no siempre pasa cuando acudes a un evento de ese tipo.

—¡Aburrido! —Le eché una mala mirada a Adam por su falsa sinceridad, porque sabía que le había gustado. Me guiñó un ojo y me revolvió el cabello para despeinarme.

—¿Os apetece tomar algo? —propuso Olly.

Adam y yo asentimos, contentos por la propuesta inesperada. Me situé en medio de los dos y los agarré a cada uno de un brazo mientras íbamos paseando por las calles de Edimburgo, hasta que vi en la acera de enfrente un pub al que solíamos ir de vez en cuando en el que ponían buena música y había un gran ambiente.

Miramos hacia ambos lados de la carretera y cruzamos a todo correr hasta la otra acera. Entramos y nos acercamos directos a la barra a tomar algo. El pub tenía una larguísima barra de madera maciza al fondo que cruzaba todo el local. La parte central se veía vacía (se notaba a primera vista que era la

zona del bailoteo) y cerca de las paredes había unas cuantas mesas para sentarse a tomar algo tranquilamente. Habíamos llegado temprano porque apenas había clientes. Estábamos nosotros y un par de grupos más.

—Yo todavía tengo resaca de ayer —les dije a mis amigos en la barra.

—¿Sabes cómo se quita la resaca? —me preguntó Oliver. Le hice un gesto con la mano para que me contestase—. Con más alcohol, así que... ¡Ronda de chupitos para todos!

Apoyamos los codos en la barra y llamamos con nuestras manos la atención del musculoso camarero. Pedimos una ronda de chupitos de tequila. El camarero colocó los tres vasos de chupito enfrente de nosotros, los cogimos, brindamos por nosotros y para dentro. Sin limón y sin sal porque... tonterías las justas. Después pedimos otra. Y luego otra.

—Tercera ronda, chicos. Esta sin manos. ¡Solo con la boca!

Colocamos los brazos en la espalda y acercamos las bocas a la barra (sí, vale, no era la primera vez que lo hacíamos). Cogimos los minúsculos vasitos con la boca y subimos la cabeza hacia arriba para tragarnos el líquido. Yo me atraganté y le pedí con señas al camarero que me diese algo para beber y poder pasar el tequila, y, por supuesto, mis amigos se descojonaron de la risa.

Después de los tres chupitos y de mi atragantamiento, dejamos la barra atrás y echamos una partida de dardos. No es necesario que diga que ninguno de los tres dimos en la diana; desde luego, yo ya sentía los efectos del tequila en mi cuerpo. Oliver lucía muy concentrado, entrecerraba los ojos y todo para apuntar, pero sabía que, por lo menos, veía dos dianas.

La música de fondo cada vez era más alta y el local se empezó a llenar. Era viernes por la noche, y tanto estudiantes como trabajadores entraban deseosos de pasarlo bien durante unas horas.

De repente sonó *Help*, de Los Beatles. Oliver me cogió del brazo y salimos al centro a bailar. Empezamos a girar y, aunque no bailábamos tanto como lo hacíamos antes, nuestra sincronización no había empeorado. Nuestros movimientos iban al unísono y Adam se unió a nosotros. Cantamos como locos y bailamos los tres juntos como hacía tiempo que no lo hacíamos.

Y el mundo desapareció. Los problemas, los enfados, la tristeza, el anhelo. Todo. Solo quedábamos nosotros.

Salimos del pub y recorrimos las calles de Edimburgo entre risas y bailes. Pasamos por una discoteca y arrastré a mis dos amigos hacia dentro sin pensarlo. La música era atronadora y hacía que me palpitasen los oídos. Había muchísima gente y tuvimos que meternos al fondo del local hasta

encontrar un sitio espacioso en el que entrásemos los tres. La luz parpadeaba cada pocos segundos y parecía ir al compás de la música.

Bailamos sin parar hasta que sonó *You're Gonna Go Far Kid*, de Offspring, y nos volvimos locos del todo. Nos chocamos entre nosotros y movimos las cabezas exageradamente.

Hacia la mitad de la canción, aparecieron unos chicos con unos cañones en las manos y empezaron a tirar espuma por todo el local. Yo grité por la sorpresa inicial, pero seguimos bailando y la espuma nos llegó a las rodillas, y luego a las caderas. Nuestros pasos cada vez se hacían más torpes y nuestras risas más sonoras.

Para cuando dejaron de tirar espuma, estábamos empapados, nos chorreaba todo el pelo y la ropa se nos adhería al cuerpo. Me resbalé y acabamos los tres en el suelo muriéndonos de la risa.

Hay noches que planeas salir y pasártelo bomba y pones muchísimas expectativas en ella, pero, cuando llegas a casa horas después, te das cuenta de que no ha sido para tanto y que no te lo has pasado tan bien como esperabas. Y hay otras noches que, sin pensarlo, y sin pretenderlo, se convierten en una de esas salidas inolvidables.

Al día siguiente, no tenía ni idea de cómo había llegado a la cama, dado que no recordaba demasiado de la noche anterior. Recordaba cantar, bailar, la espuma, pero nada concreto. Aun así, me desperté con una gran sonrisa, a pesar de estar en la cama vestida con la ropa del día anterior y el pelo hecho una maraña por haberme metido a dormir con él todavía mojado.

Desperté a Adam, que dormía a mi lado con la misma mala pinta, y me metí en la ducha. La graduación de mi hermana era la semana siguiente, y esa mañana íbamos al *Crowden* a ayudarla con la mudanza.

Desayunamos algo rápido con mi hermano Daniel y fuimos al garaje. Y entonces...

Pero ¿dónde...? No podía ser, debería estar aquí. Hice memoria de la noche anterior, pero nada. Estaba en blanco y no quería sonar a película de la década pasada, pero lo tenía que preguntar.

—Adam, ¿dónde...? ¿Dónde está mi coche?

El secreto de Oliver

Volví sobre mis pasos y entré corriendo en casa seguida por Adam. Localicé a mi hermano todavía desayunando en la cocina. No sé por qué, pero siempre que tenía algún problema recurría a Daniel. Era mi salvavidas, aunque, por supuesto, nunca se lo diría. Bastante grande tiene ya el ego.

—Daniel, tenemos un problema —le dije, según entré por la puerta de la cocina.

—¿Tenemos? —Mi hermano me miró escéptico, aún masticando las galletas con el carrillo izquierdo.

—He perdido el coche. —Me senté en la silla de enfrente y me masajé las sienes. «Piensa, Sara, piensa. ¿Dónde viste tu coche por última vez?».

—El tren —me contestó, irritado.

«¿Qué?». Mi hermano vio la duda en mi expresión y habló.

—Si te refieres a alguna clase de eufemismo para decir que has perdido la oportunidad de algo, se dice «he perdido el tren» —me aclaró—. No te imaginas la cantidad de veces que pongo en duda los resultados de tus tests psicológicos —añadió con desdén.

A veces olvido lo irritante que puede llegar a ser. Adam se apoyó en la encimera de la cocina y cogió una manzana verde del frutero. Tenía la impresión de que todo ese asunto le hacía bastante gracia. Capullo.

—No, Daniel, he perdido mi coche, el de verdad.

—¿El BMW?

—Sí.

—¿Rojo?

—Sí.

—¿Descapotable?

—¡Sí! ¡Solo tengo un coche, Daniel! —Oficialmente, había perdido los nervios.

—Bueno, quizá ya ni eso. —Esa fue la primera aportación que hacía mi mejor amigo en toda la mañana.

Ay, Adam, si las miradas matasen...

Le conté a mi hermano, con la inestimable ayuda de Adam, todo el itinerario que seguimos la noche anterior para que supiera por dónde empezar a buscar mi precioso coche. Después de unas cuarenta reprimendas y de que

me llamase inmadura como veinte veces, le dejé mis llaves y me aseguré que lo encontraría. Su convicción me relajó; Daniel tenía ese don, sabía tranquilizarme. Si decía que iba a hacer algo, era porque sabía que lo podía cumplir. Y, si no podía hacerlo, no me lo prometía. Jamás hablaba por hablar.

Adam y yo nos teníamos que ir al *Crowden* a ayudar a mi hermana. Íbamos tarde y había muchísimas cosas que recoger. Cogimos prestado el coche de Daniel para ir a nuestro antiguo colegio, y recogimos a Pear y Olivia de camino. El resto de la pandilla venía en otro coche. Oliver tenía que hacer algo concerniente a la ponencia de la semana siguiente, por lo que vendría más tarde. Les explicamos a nuestras amigas lo que había pasado.

—Pregúntale a Olly, quizá se acuerde —sugirió Olivia.

—Todavía no me puedo creer que hayáis perdido el coche —nos dijo Pear.

—No está perdido, es solo que no me acuerdo de dónde lo aparcamos. —Apunté con el dedo a Adam, que conducía—. A partir de hoy, quedan prohibidos los chupitos de tequila.

—¿Pero vosotros no ibais ayer a un concierto de piano? ¿Dónde entra el tequila dentro de ese aburridísimo plan?

Les contamos por encima nuestra noche del día anterior. Miré por el espejo a Pear, que contenía la risa.

—No se te ocurra reírte.

Llegamos al colegio y fuimos al cuarto de mi hermana pequeña para ayudarla a meter en cajas toda la ropa. Un rato después, y alrededor de unas siete cajas, llegaron casi a la vez Oliver y el resto de la pandilla. Aprovechando su llegada, nos tomamos un descanso y fuimos a la cafetería a tomar algo. Pedimos unos refrescos y nos sentamos en nuestra mesa habitual, que habíamos pillado libre de milagro.

Había muchísimo alboroto en el *Crowden* con la llegada de la graduación de los alumnos de último curso. Padres e hijos caminaban con avidez por todo el colegio, maletas que iban y venían, había cajas por todas partes y hasta el camarero que atendía la cafetería parecía estresado. Eso no se veía todos los días.

—¿Cómo van las cosas con «el profe»? —preguntó Brian a Olivia.

—No lo lloames así. Y las cosas van regular. Si solía hacer hincapié en mi inmadurez, imaginaos después de tener que venir a buscarnos al pub el otro día. —Olivia suspiró antes de continuar—. Me ha dicho que el único maduro de todos nosotros es Daniel. ¿Os lo podéis creer?

—Eso es inadmisible. Daniel *no* es de nuestro grupo —declaró Pear con contundencia, haciendo mucho énfasis en el «no».

—Precisamente Daniel me ha llamado inmadura repetidas veces esta mañana —pensé en voz alta.

—¡Qué valor! —me respondió Pear.

—Debería aceptarte como eres y, si no le gusta, que se busque a una de su edad —declaró Marco en defensa de nuestra amiga.

—Eso es. Tiene que aceptarte como eres. —Pear dio la razón a Marco.

—Joder, ni que os acabarais de conocer. Lleváis más de tres años saliendo juntos, ¿eso no debería estar superado?

—Tú no puedes opinar, Olly. Jamás has tenido una relación amorosa. —Pude sentir cómo Pear se arrepentía de esas palabras medio segundo después de haberlas dicho, pero, desafortunadamente, era tarde.

—Sí que la ha tenido.

Mierda, Adam. Se le había escapado. Lo miré con mis ojos casi fuera de sus órbitas y me pidió perdón con la mirada, pero el daño estaba hecho. ¿Ahora cómo íbamos a salir de ahí? Y, encima, después de lo del jueves. Porque, obviamente, se refería a mí. ¿Qué pasaba últimamente que no hacíamos más que meter la pata?

—¿Qué?

—¿Cuándo?

—¿Con quién?

—¿Cuánto tiempo?

—¿Dónde?

Todos nos avasallaron a preguntas, tanto a mis dos mejores amigos como a mí. Cerré los ojos y respiré con profundidad.

—¡Tiempo muerto! ¡Tiempo muerto! —Adam enseguida cortó el aluvión de preguntas.

—¡Joder, queremos saber! —gritó Brian, exasperado—. ¡Se trata del intocable Oliver Aston!

—Sois unos cotillas —los acusé. No se me ocurría otra cosa que decir. Una vez más, estaba en blanco.

—¿Oliver y una relación amorosa con una chavala? Oh, sí, sin duda, queremos saber. —Marco corroboró las palabras de Brian y chocaron sus manos para apoyarse mutuamente.

—Porque... fue con una chica, ¿no? —añadió Brian.

—¡Brian! —inquirió Moira—. Con esa actitud no nos van a contar nada.

—¡Era broma! Para relajar el ambiente. Va, cuéntanos. —Brian colocó los codos en la mesa para crear más intimidad—. ¿Fue en Estados Unidos? ¿Por qué tengo la sensación de que no nos habéis contado las cosas más jugosas de lo que pasó allí?

Mi mirada se dirigió a Oliver Aston sin remedio. «¿Y ahora qué hacemos, rubiales?». Me devolvió la mirada con una intensidad que no sentía desde hacía años. Aparté rápido mis ojos de los suyos porque no quería que los demás lo notasen. Como me habían empezado a temblar las manos, las metí por debajo de mis piernas.

—Sí, fue en Estados Unidos —contestó Adam con seguridad.

—¿Con quién fue? —insistió Brian.

—Con una chica —respondió Oliver.

—Vale, me lo merezco.

—Pero ¿fue una relación? —preguntó Olivia—. ¿Por qué nunca nos habíais dicho nada?

—No lo sé. Era... complicado. —Sentí su mirada taladrándome, pero me negué a mover los ojos de mi refresco.

Sí, supongo que *complicado* lo definía bien para el señor Aston. Él siempre hacía las cosas complicadas, y supongo que nunca aceptaría que tuvimos una relación. Para mí, sin embargo, era más sencillo de definir. Me enamoré de él y le entregué mi corazón y mi alma. Así de sencillo. Luego, él lo pisoteó y le dio una fuerte patada para apartarlo de su lado y todavía resistían las marcas de aquellas crueles pisadas.

—No lo era tanto —explicó Adam, apoyando la espalda en el respaldo de la silla—. Ellos lo hicieron complicado. Pero, bueno, esa no es más que mi más modesta opinión.

Los dos lo fulminamos con la mirada.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Siete meses —contestó Oliver, contundente. Al menos, eso lo recordaba.

—¡Joder! ¿De verdad? —Nuestros amigos estaban alucinados. Cada vez acercaban más las cabezas al centro de la mesa.

—¿Era guapa?

—Sí. —«No lo mires, Sara. No lo mires».

—¿Y qué más?

—¿Habéis mantenido el contacto todo este tiempo?

—No —contestó Olly.

—Sí —contestó Adam a la vez que su mejor amigo.

Todos nos miraron ceñudos. Yo no me pronuncié. Hacía rato que no lo hacía.

—¿Y dónde está ahora esa chica misteriosa?

—Lejos.

—¿Tanto?

—Sí.

—Está casada con otro tío, un arquitecto, y tienen un par de críos. Mellizos, creo. La genética... Vaya putada, ¿eh?

Joder, Adam, ¡cómo te pasas!

Pear

Después de mi metedura de pata, seguimos ayudando a Kate con la mudanza. «Jodeer, vaya bocaza tienes, Pear». Todavía no había tenido ocasión de hablar a solas con Sara, pero los rayos láser que le salían por los ojos me lo habían dicho todo. Los chicos se habían quedado en la cafetería; ayudar a guardar ropa en cajas no era lo suyo. Me pregunté para qué habían venido entonces.

—Pues para pasar un rato todos juntos —me dijo Moira. Coño, lo había dicho en alto. Me pasaba mucho, me lo había pegado Sara.

—Kate, tienes más ropa que tu hermana y yo juntas. —No sabía cuántas cajas llevábamos ya. Aquello era interminable.

—De hecho, hay ropa vuestra en algún cajón —respondió la aludida.

—¿Por qué no vais llevando algunas cajas al coche? —sugirió Sara.

—Vale, déjanos las llaves del coche de tu hermano.

Me guardé las llaves de Daniel (quemaban un poquito, todo lo que tenía que ver con Daniel me quemaba) en el bolsillo del pantalón y eché un vistazo a las cajas. Tanteé todas ellas y acabé decidiéndome por la que creía que tenía menos peso. Olivia y Moira cogieron una caja cada una y salimos en dirección al garaje. En cuanto llegamos, abrí el maletero y metimos las cajas dentro.

—¿Sabéis lo que creo, chicas? —Olivia puso el brazo en lo alto del maletero y me impidió cerrarlo.

—¿Qué?

—Que la novia secreta de Oliver es... era... Sara.

¡Me cago en todo! ¡Joder con Olivia! ¡Las pillaba todas al vuelo! «Calma, Pear. Niégalo hasta el final, lo último es aceptarlo».

—¿Nuestra Sara? —Moira nos susurró la pregunta como si se tratara de un asunto de estado. Yo hice un gesto con la mano como diciendo «esta tía está loca». Olivia asintió con la cabeza, «sí, nuestra Sara». Me cagué otra vez en todo.

—¡Venga ya! No puede ser. —Menos mal que a Moira le quedaba un poco de cordura.

—Lo digo en serio.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Por qué lo dices? —me atreví a preguntar.

—Por muchísimos motivos, ¿queréis que os enumere todos?

—Por favor. —Ya de metidas en el lío...

—Bien. Primero: porque Sara no ha dicho ni palabra, estaba blanca como el papel. ¿No os habéis fijado?

—No —contestamos las dos. Yo, para disimular, y la pobre Moira porque nunca se enteraba de nada. Joder, cuando se lo contase a Sara me mataría.

—Segundo: Oliver no ha apartado la mirada de Sara en ningún momento.

Moira y yo escuchamos las explicaciones de Olivia y la invitamos a continuar.

—¿Y os acordáis de la conversación del día de la borrachera? —Como para olvidarla. Y esa vez Sara metió la pata hasta el fondo ella solita, admitiendo que se había liado con Adam. ¿Ves? Todos cometíamos errores —. Se quedaron raros cuando les preguntamos si se habían enrollado ellos dos. Y no olvidemos que ya se enrollaron en el pasado.

Moira me miró, yo insistía en poner cara de no tener ni la más mínima idea de lo que hablaba Olivia.

—Cuarto: Pear tampoco ha dicho nada. Y, seamos sinceros, nos enteramos de que el intocable Oliver Aston ha tenido una relación amorosa y ¿Pear no tiene nada que preguntar? No me lo creo.

Mierda. Ahí me habían pillado.

—¿Pear? —Oh, oh, Moira empezaba a dudar.

—Estás delirando, Olivia. Yo no sé nada.

—Creo que tienes razón, Liv. —Definitivamente, Moira se había pasado al otro lado—. Es todo muy raro.

—¿Oliver y Sara juntos en Estados Unidos? ¿Durante siete meses? —Puse especial énfasis en sonar con total incredulidad—. Estáis locas.

—Repito. Se acostaron un par de veces en el colegio. No es una idea descabellada.

—Venga, Pear. Tú seguro que lo sabes.

—Yo no sé nada.

—Sabemos que lo sabes. Si a alguien se lo contaría Sara, sería a ti.

—Olivia, no le vamos a sonsacar nada —concluyó Moira—. Si Sara no quiere que lo sepamos, Pear no nos lo va a contar.

Exacto. Mientras dejase de pensar en alto o soltar chorradas por mi boca, todo iría bien.

—¿Vamos donde los chicos a descansar otro ratito? —Cambié de tema en cuanto tuve ocasión—. Estoy agotada.

Will

Daniel había encontrado el coche de Sara a unas cinco manzanas del Usher Hall. Era increíble que no se acordaran de dónde lo habían aparcado. No sabía si echarle la bronca del siglo o reírme con ella. Había cogido las llaves y me había acercado al *Crowden* para devolvérselo.

Accedí al garaje del colegio y me costó aparcar, porque estaba a reventar de coches. Había demasiadas familias ayudando a sus hijos con la mudanza. Vi un sitio libre en una esquina y fui hacia él. Me bajé del coche y distinguí a lo lejos a las amigas de Sara cargando con cajas. Me acerqué a ellas para ayudarlas.

—¿Sabéis lo que creo, chicas?

—¿Qué?

—*Que la novia secreta de Oliver es... era... Sara.*

Me frené ante lo que acababa de escuchar. ¿De qué coño hablaban? ¿Oliver y Sara? ¿Novios? ¿Cuándo? Joder, se me había secado la boca y el corazón me empezó a palpar con fuerza.

—¿Nuestra Sara?

—*¡Venga ya! No puede ser.*

—*Lo digo en serio.*

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Por qué lo dices?

—*Por muchísimos motivos, ¿queréis que os enumere todos?*

—*Por favor.*

«Sí, por favor». Necesitaba saberlo todo. Me acerqué la mano al corazón para que dejase de bombear tan rápido, tenía la sensación de que en cualquier momento hasta las chicas lo escucharían.

—*Bien. Primero: porque Sara no ha dicho ni palabra, estaba blanca como el papel. ¿No os habéis fijado?*

—No

—*Segundo: Oliver no ha apartado la mirada de Sara en ningún momento. ¡Menuda puta novedad! Era la historia de mi vida.*

—*¿Y os acordáis de la conversación del día de la borrachera? Se quedaron raros cuando les preguntamos si se habían enrollado ellos dos. Y*

no olvidemos que se enrollaron en el pasado.

¿Cuándo coño había pasado eso?

—*Cuarto: Pear tampoco ha dicho nada. Y, seamos sinceros, nos enteramos de que el intocable Oliver Aston ha tenido una relación amorosa y Pear no tiene nada que preguntar. No me lo creo.*

—¿Pear?

—*Estás delirando, Olivia. Yo no sé nada.*

Conocía a Pear desde los nueve años. Ignoraba si sus amigas se habían dado cuenta, pero yo sí lo había hecho. Mentía. ¡Joder, mentía!

—*Creo que tienes razón, Liv. Es todo muy raro.*

—¿*Oliver y Sara juntos en Estados Unidos? ¿Durante siete meses? Estáis locas.*

¿Siete meses? Tenía que salir de allí.

—*Ya se acostaron un par de veces en el colegio. No es una idea descabellada.*

Seguí escuchando las voces mientras me alejaba. Afortunadamente, tenían la puerta del maletero levantada y no me habían visto llegar. Aunque, para ser sincero, me importaba una mierda que me vieran.

Entré en la habitación de Kate sin llamar y ahí estaban las dos, tan tranquilas y felices. Estaba todo patas arriba. Había ropa y cajas por todas partes y era todo un puto caos. Me saludaron, contentas por la sorpresa, y la rabia me consumió.

—Kate, ¿puedes dejarnos solos? —pregunté, cortante.

—Sí, claro —contestó, sorprendida. Se levantó de la cama y salió de la habitación con sigilo.

—¿Qué te pasa? Estás muy serio. —Sara se acercó a besarme, pero la aparté.

—Toma, las llaves de tu coche. Tu hermano lo ha encontrado a unas cinco manzanas del Usher Hall y lo he traído hasta aquí. —Se las lancé y las alcanzó al vuelo. Siempre había tenido buenos reflejos. Empezó a preguntarme por su coche, quería saber dónde lo había encontrado Dan con exactitud y cómo podía ser que su hermano lo hubiera encontrado tan rápido, pero no le di pie.

—He venido por dos motivos —expliqué, lo más calmado que pude, porque en realidad tenía ganas de romper con todo—, uno de ellos es para darte un consejo y el otro, para hacerte una pregunta.

Arrugó la frente confundida.

—¿Un consejo?

—Sí, un consejo. ¿Quieres saber cuál es?

—Will, estás muy raro. ¿Qué te pasa?

No había visto nada todavía. Utilicé el tono de voz más frío que había usado en mi vida con ella. Era como si estuviera hablando con mi peor enemigo.

—Mi consejo es para ti y todas tus *amiguitas*, porque, a pesar de lo acontecido en el pasado, no aprendéis. Cuando habléis de cosas privadas, delicadas y... secretas, deberíais primero asegurarnos de que no hay nadie escuchando detrás de la puta puerta. Realmente, eso te está jodiendo la vida, Sara.

—No te entiendo. Will, ¿qué ocurre?

—Tranquila, enseguida lo vas a entender. En cuanto te formule la pregunta.

—¿Qué pregunta? —me preguntó, exasperada. Empezaba a cabrearse. Pues no le quedaba nada hasta llegar a mi nivel.

—¿Mantuviste una relación con Oliver Aston durante siete meses mientras estuvisteis en Estados Unidos? Contéstame solo sí o no. No quiero saber más.

Ya sabía la respuesta, pero quería escucharla de su boca. Su cara era todo un poema, no se lo esperaba. Ver una oveja volando la habría sorprendido menos. Aunque no era una cara de sorpresa que dijera «¿cómo te has enterado?». Era más bien una cara de «¿a qué viene esto?».

—¿A qué viene esto ahora, Will? —Ahí estaba.

—Respuesta equivocada, ¿sí o no?

—Will, no te entiendo.

—¡RESPUESTA EQUIVOCADA! ¿SÍ O NO?

—Sí.

Joder, y me lo dijo tan tranquila.

Otra vez Oliver

—Joder, no me puedo creer que estemos pasando por esto. Es como revivir el puto pasado.

—Pues no lo hagamos, Will. Han pasado muchos años desde aquello. Hemos rehecho nuestra vida. No sé a qué viene hablar de ello. Pensé que lo habías olvidado.

No entendía nada. ¿A qué venía aquello? ¿Y por qué estaba tan enfadado? Ya sabía que Oliver y yo estuvimos juntos en el pasado, nunca había sido un secreto entre nosotros. Cuando me pidió intentarlo, fui muy clara con él, le dije que estaba destrozada, que tenía el corazón hecho polvo por Oliver. Y él lo aceptó, me dijo que fuéramos amigos y que empezáramos desde cero.

—¿Cómo coño quieres que lo olvide? —Me cogió del codo y me miró desesperado—. ¿Por qué me lo has ocultado todos estos años? ¿Por qué?

—¿Ocultado? Pero ¿qué dices? Yo no te he ocultado nada.

—No me hablaste de tu relación con Aston. Nunca me hablaste de esos siete meses que estuvisteis juntos.

Eso era cierto. Yo quise explicárselo todo, pero él no me dejó. Dijo que prefería no conocer los detalles.

—¡Porque tú así quisiste que fuera! ¿No te acuerdas? Intenté decírtelo, Will, pero me dijiste que no querías saber nada, no querías saber los detalles, íbamos a empezar desde cero.

—¡Joder! ¡Porque pensé que hablabas de otro tío! ¡No del jodido Oliver Aston!

¿Qué?

—¿De otro tío? Will, no entiendo nada. ¿Qué otro tío?

—¡Del tío que te había destrozado el corazón!

—Oliver. Fue Oliver, Will. Pero eso ya lo sabes. No entiendo nada.

Se sentó en la cama y se frotó los ojos.

—¡Joder, el puto Oliver Aston! No me lo puedo creer. Fue él. Fue él — repetía una y otra vez. Tardé unos segundos hasta que lo entendí. No podía ser. Will pensaba que hablaba de otra persona. Pero ¿cómo era posible? Intenté recordar nuestra conversación de hacía más de tres años, intenté recordar si el nombre de Oliver había salido a colación, pero era imposible. En aquella época, yo era como un espectro. No recordaba mucho.

—Pensé que lo sabías. Estaba segura de que lo sabías —dije, más para mí misma que para él.

—Pues no lo sabía. Joder, cómo iba a imaginarme que era él quien te había hecho tanto daño. Estabais tan normales.

—¿Tan normales? ¿TAN NORMALES, WILL? —No pude evitar levantar la voz—. ¿DÓNDE COÑO MIRABAS?

—¡NO LO SÉ! —Levantó la voz y se calmó—. No tengo ni puta idea.

—Vale. Fue Oliver. Ahora ha quedado claro. Pero ¿qué más da que fuera con él o con cualquier otro? Es pasado, Will.

—¡No da igual, Sara! Porque has estado enamorada de él toda tu maldita vida. Por eso estabas tan triste, estabas... destrozada, nunca te había visto así, ni siquiera las veces que tú y yo lo habíamos dejado. ¿Cómo no me di cuenta? ¡Dios! ¡¿Tan ciego estaba por volver contigo que no quise ver la realidad?!

—Will, no te voy a negar que estaba enamorada de Oliver porque mentiría, pero me olvidé de él, me centré en nosotros y he estado los últimos años luchando por que esta relación saliera adelante, porque nos lo merecíamos. ¿Lo recuerdas? Una última oportunidad.

—¡Joder! —Dio una patada a la mesita de mi hermana y cayó al suelo con todo lo que tenía encima.

—Te prometo que, en estos años, jamás me he acercado a él. —Le sujete el rostro—. Will, tienes que creerme, por favor. Desde el instante en que decidí volver contigo, Oliver se convirtió en mi mejor amigo, como Adam, y no lo he vuelto a ver de ninguna otra manera. No me lo he permitido.

Will me soltó las manos y se separó de mí.

—¿Por qué volviste conmigo, Sara? ¿Por qué, si estabas enamorada de él? ¡Tuvisteis una relación, joder! ¿Qué pasó?

—No tuvimos una relación. Solo... nos enrollamos durante unos meses, pero no fue una relación. Cuando volvimos a Escocia, Oliver decidió terminar con lo que teníamos, fuera lo que fuera. Porque él nunca me ha querido de esa manera, Will.

—Eso no se lo cree nadie, Sara.

—Es la verdad, te prometo que es la verdad. Me dejó de un día para otro, pero ni siquiera pude culparlo o enfadarme con él porque no me debía nada, nunca me prometió nada.

—No sé las razones por las que te dejó ese gilipollas, pero te aseguro que no fue porque no estuviera loco por ti, créeme.

—Piensa lo que quieras, Will, pero la verdad es que...

—La verdad es que nunca me has querido. Volviste conmigo por despecho. Porque tu queridísimo Aston te dejó tirada después de usarte durante meses.

Eso dolió. Aunque razón no le faltaba, así fue. Pero eso no quitaba que me hubiera pasado los últimos años intentando que nuestra relación funcionara. Y tampoco era verdad que no lo quisiera.

—¿Cómo puedes decir que no te quiero? ¿Y todos estos años? ¿No han significado nada?

—Puede que me quieras, pero no es amor. No estás enamorada de mí, joder, después de más de tres putos años seguimos en la misma situación.

—No me digas que no hemos avanzado nada en estos años porque no es verdad. Nos queremos y hemos construido una relación.

—Ha sido una manera de sobrevivir a tu dolor. Me has usado, igual que te usó él a ti.

—Ya sabías en qué condiciones me encontraba cuando volvimos. No te engañé, Will. Te engañaste tú solo. No lo quisiste ver. Insististe e insististe hasta que acepté darnos una oportunidad. ¡No pretendas echarme a mí la culpa de todo esto, joder! ¡YA ESTOY HARTA! ¡HARTA! ¡NO FUE MI CULPA! ¡HABERME DEJADO EN PAZ! YO NO QUERÍA VOLVER CONTIGO, PERO ME CONVENCISTEIS ENTRE TODOS.

—¿¡Ahora tengo yo la culpa!? ¿Tengo yo la culpa de estar loco por ti?

—No lo sé, Will. Lo único que sé es que esta vez yo no he hecho nada malo. ¿Te acuerdas del día que fuimos al cine?

—¿Cuándo?

—Al poco de regresar de Estados Unidos, me marché unas semanas con mi padre y mi hermano a Los Ángeles. ¿De eso te acuerdas?

—Sí.

—Era mentira. —Me senté en la cama y rememoré todo. Las lágrimas recorrieron mis mejillas—. No me fui a ninguna parte, me quedé en casa, en la cama. Llorando. Daniel se ocupó de mí. Él lo planeó todo, porque no soportaba el contacto con Oliver. Me resultaba demasiado doloroso, así que a mi hermano se le ocurrió un viaje ficticio para poder recuperarme del golpe emocional. El día que decidimos que me tocaba volver, apareciste por casa invitando a Daniel al cine. Y me convencisteis para que os acompañara. Cuando llegamos tú y yo a mi casa, Oliver me estaba esperando. ¿Me sigues?

—Sí.

—¿Y pretendes que crea que no notaste cómo se me rompió el alma en pedazos al verlo? ¿No viste su cara? ¿No te percataste de que hacía semanas que no nos veíamos y no éramos capaces de mirarnos a los ojos ni de acercarnos a menos de cinco metros?

—No, Sara. No lo vi.

—¿Sabes lo que creo? Creo que, en el fondo, sí lo viste. Sabías que era Oliver, pero cerraste los ojos y no quisiste verlo porque, de haberlo hecho, jamás te hubieras atrevido a volver conmigo. Era mucho más sencillo para ti pensar que fue otro tío, algún desconocido que se quedó allí, a diez mil kilómetros de distancia.

—Me largo. Esto se ha acabado, Sara.

—¿Qué? ¡No puedes irte así! —le dije, enfadada. Estábamos hablando y la conversación aún no había acabado.

—Quédate con Oliver o haz lo que te dé la puta gana, pero no quiero volver a verte en mi vida.

—¿Qué parte de que Oliver no me quiere no has entendido?

—Oh, pobrecita. Qué pena me das, Sara. Sigues enamorada de él. Eres patética y una mentirosa. Me has hecho perder los últimos tres años de mi vida. Y ¿sabes algo más? Te lo mereces, te mereces todo lo que te pasó y lo que te está pasando ahora.

—Will, no digas cosas de las que luego te vas a arrepentir.

—No me digas lo que puedo o no puedo decir.

Agarró el pomo de la puerta y la abrió. Mi hermana estaba al otro lado. Por su expresión, supe que había escuchado toda la discusión.

—Si sales por esa puerta, no vuelvas a entrar. Nunca más, Will. Si te vas, se acaba para siempre. —Me sequé las lágrimas de los ojos y lo miré con decisión.

—Que te jodan, Sarita. —Salió de la habitación y pegó tal portazo que la puerta se abrió de nuevo.

Me quedé pensando. ¿Qué coño acababa de pasar? Estaba en *shock*. No podía mover ni un solo músculo de mi cuerpo. Me senté en la cama en un intento de coger aire y de que mi cuerpo dejase de temblar. Kate entró pocos segundos después e intentó calmarme, pero no pudo.

—Sara, shh, tranquila. —Me abrazó y me acarició la espalda con suavidad, pero yo no podía tranquilizarme, no después de lo que acababa de pasar.

Me levanté de la cama y salí corriendo de la habitación. Fui directa hacia

la salida y justo antes de alcanzarla me crucé con mis amigos.

—Sara, ¿a dónde vas tan deprisa?

No vi a nadie más que a Oliver. Y toda la tensión y la rabia contenida acumulada en mi cuerpo durante la última media hora, explotó.

—¡ESTO ES POR TU CULPA! ¡POR TU MALDITA CULPA! ¡TE ODIÓ!

Te odio. ¿Por qué le había dicho eso? Porque quería hacerle daño y porque, equivocadamente, pensaba que en última instancia él tenía la culpa de todo lo que estaba pasando.

Fue tan devastador el daño que me hizo Oliver cuando me dejó casi cuatro años atrás que, durante todo ese tiempo, había desarrollado el pensamiento de que, cuando algo me dolía de aquella manera, era a causa de Oliver, porque solo él era capaz de hacerme eso. Era capaz de darme la felicidad absoluta y, a la vez, la tristeza más desgarradora.

Nadie dijo nada, estaban tan sorprendidos por mi arrebato que no les había dado tiempo a reaccionar. Me marché corriendo. Fui hacia el garaje y busqué mi coche. Por suerte, Will acababa de darme las llaves. Me moví desesperada en el subterráneo hasta que lo vi. Me metí dentro a toda velocidad y arranqué.

Oliver

—*¡ESTO ES POR TU CULPA! ¡POR TU MALDITA CULPA! ¡TE ODIO!*

Me había quedado bloqueado. Cuando se tranquilizó y echó a correr, me quedé paralizado, sin reaccionar. ¿Mi culpa? ¿Me odia? ¿Qué coño estaba pasando?

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Adam.

—No lo sé. —Realmente no tenía ni puta idea.

—¿Y ahora qué le has hecho?

—Nada, joder.

—Parecía alterada.

—Voy a ver qué le pasa.

Los dos echamos a correr en la dirección que había tomado Sara. Llegamos a la calle y vimos cómo salía escopetada con su descapotable rojo. Hice el amago de coger mi coche, pero Adam me frenó.

—Joder, ¿qué hace aquí el coche de Sara? ¿De dónde ha salido?

Lo ignoré y me solté de su agarre para ir volando a por mi coche.

—Ya no la vas a alcanzar.

—Voy a intentarlo.

Sus palabras se repetían en mi cabeza. *Te odio. Te odio. Te odio.*

Una semana difícil

Salí volando de las fronteras del *Crowden* y conduje con un único objetivo en mi mente: huir. Al menos, de momento; luego ya vería.

Pensé que, cuanto más me alejase, más lejos estarían mis problemas y todo lo que acababa de suceder con Will en la habitación de mi hermana. Estaba en un estado de semiinconsciencia, creía que soñaba y que, en realidad, Will no me había dejado. Eso tenía que ser, porque la posibilidad de que todo hubiera sucedido de verdad me provocaba tal compresión en el pecho que no me dejaba respirar, y debía seguir respirando, eso lo había aprendido hacía años.

Miré por el espejo retrovisor y descubrí que Oliver me seguía; era su matrícula, era su coche y Olly no dejaba que nadie tocara sus cosas, por lo que era él quien conducía. Cada vez se acercaba más, lo que significaba que el bueno y responsable de Oliver Aston rebasaba los límites de velocidad. Aceleré mi coche con la firme intención de perderlo de vista, no podía dejar que me alcanzase, no quería hablar con nadie y menos con él. «Lo siento, rubiales, pero esto se acaba aquí».

Aceleré mi coche al límite y le saqué la suficiente ventaja como para perderlo en la incorporación a la autopista que nos llevaba a casa porque, en lugar de escoger esa dirección, cogí otra. No sabía ni cuál, no me había fijado en los carteles. Miré hacia atrás en repetidas ocasiones y respiré tranquila cuando estuve segura de que Oliver me había perdido.

No detuve el coche en ningún momento y no me dirigí a ningún sitio en realidad, solo permanecí conduciendo durante horas o, al menos, lo que a mí me parecieron horas. Y debieron de serlo, porque, cuando salí de mi ensimismamiento y me fijé en lo que había a mi alrededor, no reconocí el lugar. «Genial, Sara, te has perdido».

El paisaje que me rodeaba era verde y lleno de montañas y árboles. La carretera era una línea recta que parecía no tener fin. El teléfono móvil no dejaba de sonar entre llamadas y mensajes, y quise ignorarlas, en parte porque escucharlas era convertir la situación en real.

Finalmente, estacioné el coche en un área de descanso y revisé el móvil. Había un montón de llamadas de Oliver, Pear y Adam, pero ninguna de Will. Apoyé la cabeza en mi asiento e intenté tragar, en un intento de que

desapareciera el nudo que tenía en la garganta, pero no funcionaba. También había alguna llamada de mi padre y de Daniel.

Ignoré todas las llamadas y todos los mensajes, excepto los de Adam, que pasaron de ser amables y cariñosos a persuasivos y demandantes.

Adam: Sara, ven a casa. Ya. No me obligues a ir a buscarte.

Contesté a su último mensaje.

Sara: Me he perdido.

Adam: Mándame tu ubicación.

Sara: No, tranquilo, pongo el GPS.

Adam: Sara, mándame tu ubicación.

Ignoré su último mensaje.

Sara: Me ha llamado mi padre, ¿sabe algo de lo que ha pasado?

Adam: No, solo quería avisarnos de que no llegáramos tarde a cenar. Va a hacer una especie de celebración por la graduación de tu hermana.

Sara: ¿Estás con Oliver? No quiero verlo.

Adam: Te prometo que no lo vas a hacer, anda buscándote por toda la maldita ciudad después de haberte perdido a la salida del colegio. Kate me ha contado que has discutido con Will.

Mi corazón pegó un brinco ante la mención de Will.

Sara: Es mucho peor de lo que te imaginas.

Puse el GPS y emprendí mi regreso a casa.

Cuando llegué a mi garaje, Adam me esperaba en la puerta y tenía pinta de llevar allí desde que le había dicho que me ponía en camino. Aparqué en

mi plaza y salí del coche derrotada física y psicológicamente. Adam me esperó con los brazos abiertos. Y, Dios, realmente pensé que no sabía qué haría si no estuviese en mi vida.

—Cuéntame qué ha ocurrido.

Fuimos a mi habitación y reproduje toda la conversación con Will sin saltarme nada. A cada palabra que decía, se hacía más real. Había sucedido, Will me había dejado. A la mierda toda mi lucha de los últimos años, otro fracaso más a sumar en mi lista.

—Te dije que hablaras con él, que se lo contaras todo.

Me tumbé en la cama mirando hacia las estrellas de mi techo. Adam se tumbó a mi lado.

—No me quiso escuchar, Adam —le expliqué, apartando mi mirada de las estrellas y mirándolo directamente a él—. No quiso saber toda la historia, pero di por hecho que sabía que se trataba de Oliver. ¿Quién más podía ser?

—Las cosas no hay que darlas por hechas —me dijo mirándome a los ojos—. Y tú siempre das demasiadas cosas por hechas.

—¿Qué pasa contigo, Adam? Se supone que deberías estar loco de felicidad porque Will me ha dejado. ¿No es lo que querías?

—Por supuesto que sí, pero no me gusta verte sufrir. Habría preferido que lo dejaras tú porque te dices cuenta de que era un gilipollas y no al revés.

—¿Me estás llamando gilipollas?

—No, ya sabes lo que quiero decir, no me gusta que te haya dejado él.

—No siempre las cosas suceden como queremos.

—¡Chicos, a cenar! —nos llamó mi padre, un rato después.

Bajamos a cenar y en la mesa nos esperaban mis hermanos, mi padre y una cena por todo lo alto. Durante toda la velada, no hice más que recibir miraditas de Daniel y Kate. Tendría que hablar con ellos en algún momento. Kate estaría alucinando después de lo que había escuchado, y Daniel se habría enterado de todo por Will; pero en ese momento no me apetecía hablar con ellos, por lo que, después de cenar, me disculpé con mis seres queridos, alegando que me encontraba exhausta, y me fui a la cama.

Al día siguiente, tuve que poner la mejor de mis sonrisas porque era la graduación de mi hermana pequeña, y muchos profesores y familiares de las amigas de Kate vinieron a saludarme después de la entrega de los diplomas. Una de las mejores amigas de mi hermana había dado el gran discurso de despedida de curso y esperaba que no me preguntase qué me había parecido porque no había escuchado ni una palabra, apenas había visto a mi hermana

recoger su diploma y lucir su preciosa toga roja. Era una pésima hermana, deberían sustituirme.

Peters se acercó a saludarme y se extrañó por no ver a Will. Durante el tiempo que habíamos estado juntos, veníamos mucho a la pista de hielo y todo el mundo nos veía como a un solo ente.

—Sara, ¿dónde está Will?

—No ha venido. —Y, por la cara que puso mi antigua directora, creo que se imaginó que algo había pasado, porque no insistió más.

No tenía el valor para confesar que no estábamos juntos e intuí que era porque aún ni yo misma me lo creía. Habían sido tres años y medio de estar siempre juntos y, de repente, ya no lo estábamos. Es como si sujetas algo con fuerza en la mano y, de pronto, desaparece. Al principio no entiendes a dónde ha ido a parar y lo buscas por todas partes, hasta que te das cuenta de que se ha ido para siempre. Me había acostumbrado a la compañía de Will y, en aquel momento, era todo tan... raro.

Nuestros amigos estaban allí y, por supuesto, los Aston se habían acercado a la graduación de mi hermana, ¡cómo no! El hecho de ser mejores amigos y de que nuestras familias estuvieran tan unidas, en ocasiones, era un verdadero coñazo, porque no lo podía evitar tanto como me gustaría. ¿Y por qué lo quería evitar? Ni yo misma lo sabía, lo único de lo que estaba segura era de que no tenía valor para enfrentarme a él. Y era consciente de que mi actitud era inmadura, pero necesitaba tiempo para pensar en todo lo que había pasado y, después, me enfrentaría a Oliver Aston.

—Ni me hables, Oliver —me adelanté, en cuanto lo vi acercarse a mí.

—Mierda, Sara. Tenemos que hablar.

—No quiero hablar contigo. Ahora no. —Me di media vuelta y salí del auditorio.

—¡En algún momento tendremos que hacerlo! —me gritó, mientras se alejaba en la dirección contraria.

Podría ser, pero no de momento.

—¿Alguien va a contarnos qué coño ha pasado? —Escuché cómo Brian preguntaba, exasperado.

Le eché una última mirada a Adam, dándole permiso para que lo contase todo. Y, cuando digo todo, es todo. Ya daba igual, no más mentiras.

Adam

Sara me dejó contarle todo, y eso fue lo que hice. Joder, fue como una puta liberación. No es fácil guardar secretos, y menos uno tan grande como ese, pero yo lo habría hecho toda la vida. Les conté a mis amigos toda la historia de Sara y Oliver y, una hora después, llegamos a la bronca de Sara y Von Kleist. Podría haber disimulado y hacer ver que me dolía o me jodía lo que había pasado y, aunque bien es cierto que no quería que Sara sufriera, estaba acojonadamente contento por los acontecimientos.

Hasta nunca, Von Kleist. Él solito la había cagado, me había ahorrado el trabajo sucio.

—Joder, hasta que salió —me dijo Brian, cabreado—. Ya os ha costado.

—Así que... Sara y Oliver juntos.

—Sí, pero, desde que volvió con Will, nunca más ha vuelto a dormir con Olly ni se ha acercado a él de una manera íntima. Lo ha respetado siempre.

—Ahora lo entiendo todo, joder, tío, estaba flipando cuando me enteré de que te habías enrollado con Sara. ¡Con la chica de tu mejor amigo! Algo no encajaba.

—Ya noté el cabreo que cogiste —confesé—. Sara y yo solo nos enrollamos para dar celos a Oliver y que espabilara.

—Hiciste de puta madre, buen trabajo —me felicitó Marco.

—Chicos, no puedo evitar sentirme culpable por lo que ha pasado —confesó Olivia apesadumbrada—, si no hubiera hablado de mis sospechas con las chicas, Will no nos habría escuchado y...

—Olivia, es lo mejor que ha podido pasar —interrumpí—. Yo ya perfilaba un plan para separarlos.

—¿Qué habías planeado?

—Esa información me la guardo, puede que la necesite en el futuro.

—Joder, ahora entiendo muchas cosas —reconoció Brian.

—¿Os disteis cuenta de que pasaba algo?

—Yo sí. Oliver y Sara al principio actuaban más confidentes de lo habitual, con más miraditas entre ellos. Me imaginé que se habían enrollado en Estados Unidos, pero, de repente, de un día para otro, Sara se pira a Los Ángeles y Oliver se queda destrozado. Algo gordo había pasado.

—¿Por qué no me preguntaste?

—Porque, si ellos no habían dicho nada, es porque no querían hacerlo.

—No es que no quisieran, ni siquiera habían pensado en ello. Fue todo tan rápido...

Sara

La siguiente semana la pasé sola porque no quería estar con nadie, solo mis pensamientos y yo. A mi familia no le había dado más explicación que que Will y yo lo habíamos dejado. Bueno, más bien, que Will me había dejado, aunque, en realidad, los únicos desconocedores de la verdad eran mi padre y Alex, porque Daniel y Kate lo sabían todo. Después de la bronca que tuve con Will en el *Crowden*, y que mi hermana escuchó, tuve que contarles toda la historia desde que me lie con Oliver en el colegio hasta hoy.

Aun con todo, no fue hasta cuatro días después de lo sucedido que empecé a darme cuenta de lo que había pasado, de que no tenía novio, de que Will había desaparecido de mi vida de la noche a la mañana y de que nuestra relación no volvería a ser una realidad. Se me encogía el estómago por ello.

Y, tres días después, seguía igual o peor, porque, además, tenía la sensación de que aquello aún no se había acabado, no le había dado el cierre que necesitaba. Una vez más, mi relación con Will se quedaba en el aire.

Adiós, Will

Tras reflexionar durante unos días, me acerqué a la pista de hielo del *Crowden*. Me gustaba estar en el hielo, me hacía sentir bien, libre, y a la vez arropada. El colegio estaba vacío por las vacaciones de verano y en la pista solo patinaba yo. Había pasado una semana desde mi ruptura con Will; me había encerrado en mi habitación, había pensado mucho y, por fin, lo había entendido todo.

Y no solo lo había entendido, lo había asimilado. Sin embargo, no había soltado ninguna lágrima.

Al principio, me lo tomé con demasiada calma. No era consciente de lo que pasaba en mi vida; el castillo que había construido durante los últimos años, y que yo pensaba que era fuerte, había resultado ser tan débil que se derrumbó con la primera tormenta.

Will y yo no discutíamos demasiado y, cuando lo hacíamos, era algo calmado, como si estuviera planificado, pero, desde luego, no eran grandes broncas. Discutíamos muchísimo más y peor cuando estábamos en el colegio. Y desde luego que discutía muchísimo más con Adam. Quizá era el miedo mutuo que teníamos de que todo se fuera a la mierda por una bronca, así que parecía que éramos conscientes de lo débil que era nuestro castillo. Y así había sido. El primer obstáculo de nuestra relación y no lo habíamos superado.

¿Dónde tenía yo la cabeza para pensar que nuestra relación era fuerte? Adam tenía razón y Will tenía razón, aquella relación no llevaba a ninguna parte y, si la acepté en el pasado, fue por cómo me encontraba, pero ya no tenía sentido porque no estaba enamorada de Will. Lo quería, pero no lo amaba.

Y, joder, darse cuenta de todo eso dolía, dolía muchísimo y tenía una emoción en el cuerpo que no sabría describir, de algo malo, como de no estar cumpliendo con el cometido de la vida. Y luego estaba esa sensación que tenía de búsqueda desde hacía tantísimos años. ¿De búsqueda de qué? Todavía no lo sabía, pero algo estaba buscando y aún no lo había encontrado.

En medio de mis pensamientos, vi una sombra que se acercaba por las gradas. Cuanto más se acercaba, más nítida se hacía la desconocida figura, hasta que descubrí que era Will. Dejé de patinar y me acerqué a la barandilla.

—Hola —me saludó.

—Will, ¿qué haces aquí?

—He venido a disculparme. Joder, reaccioné fatal y me arrepiento un montón y quiero decirte que no me importa lo que haya pasado con Aston, y que tú y yo...

Vaya, directo al grano. Lo corté antes de que finalizase su discurso, que seguro llevaba toda la semana preparando.

—No, Will. Te dije que, si te marchabas, no volvieras jamás.

—Lo sé y lo siento, no me castigues por eso, por favor. Perdóname —suplicó, cogiéndome las manos y acercándose a él.

—No, Will. —Me solté de su agarre porque mi decisión estaba tomada.

—Sara, vamos a hablar, solo dame un momento.

—Will.

—Por favor.

Si hablaba con él, era posible que por fin cerrásemos ese capítulo de nuestra vida. Solo por eso, acepté, porque aún estaba muy cabreada con él por cómo habían sucedido las cosas una semana atrás.

—Está bien.

Salí de la pista y me quité los patines, me puse las playeras y nos sentamos en un par de sillas de las gradas.

—Sara, podemos superar esto. Tú y yo siempre lo superamos todo, no es más que un bache más en el camino.

—No, Will, esta vez, no.

—¿Ya no me quieres? —La forma en que me formuló la pregunta... joder, juro que jamás lo había visto tan triste y a mí se me formó una inmensa congoja en el cuerpo. «Allá vamos, Sara». Dios sabe que lo había intentado, había intentado con todas mis fuerzas que esa relación funcionase.

—No se trata de querer o no querer, Will.

—Sí se trata de eso, Sara. Si me quieres, podemos con cualquier cosa.

—¿Igual que lo hemos hecho hasta ahora? —Will no me contestó—. Lo hemos intentado y no ha funcionado. Oliver siempre va a estar entre nosotros, no lo vas a soportar y yo no tengo fuerzas para luchar por esto.

—Joder, Sara, te he dicho que siento mucho mi reacción del otro día, pero es que...

—Tú siempre igual, Will. Descubres algo, te enfadas, mandas todo a la mierda, me humillas, me dejas y, al día siguiente, se te pasa el enfado y yo tengo que aceptarlo y volver contigo.

—Sara, lo siento. Pero es que Aston me saca de mis casillas. Es mi puto talón de Aquiles.

—La primera vez que te enteraste de que había estado con él me dijiste de todo. Incluso que te daba asco. Mandaste nuestra relación a la mierda por algo que había pasado mientras tú y yo no estábamos juntos. —Intentó interrumpirme, pero no se lo permití—. Porque yo, y escúchame bien, en la vida te he sido infiel. Y, aun así, puedo llegar a entender tu reacción en el pasado. Pero lo de ahora no, yo no te oculté nada, me ofrecí a contártelo todo y tú no quisiste. Daba por hecho que sabías que era Oliver quien me había dejado en ese estado y ¿qué haces tú? Mandas otra vez todo a la mierda. Y esta vez no tienes razón. Esta vez no, Will.

—¿Nunca me has sido infiel? —preguntó, escrutándome con la mirada.

Me levanté de la silla y salí al pasillo de las gradas, dándole la espalda a Will. Pensé mi respuesta unos segundos, porque me había prometido a mí misma no ocultarle nada más, aunque sabía que la espera debía de estar haciéndole mucho daño.

—Físicamente, no. Nunca. Y mentalmente —suspiré—, no te puedo decir que en estos años Oliver no ha entrado nunca en mi cabeza porque mentiría, pero lo que sí te puedo asegurar es que construí un muro a mi alrededor y, cada vez que ha amenazado con romperse, lo he hecho más fuerte, y jamás le he permitido entrar.

—Entonces sí has pensado en él. —Will me agarró de la muñeca y me giró hasta que quedamos frente a frente. Vi su expresión de puro dolor y fui consciente de lo que habíamos hecho con nuestras vidas, de lo terriblemente mal que hacía siempre las cosas y de lo que me había estado engañando esos años intentando que funcionara lo mío con Will, aun sabiendo que nunca lo querría como se merecía. Me sentí fatal.

—Lo siento, Will. Perdóname por todo lo que te he hecho.

Y, por fin, hice algo que debí haber hecho hacía muchos años. Me quité el anillo que Will me había regalado hacía tantísimo tiempo con la promesa de no quitármelo hasta que estuviera segura de que entre él y yo no había ninguna posibilidad. Su rostro se convirtió en puro terror.

—No, no te lo quites, por favor. Te lo suplico. —Se puso de rodillas y me abrazó por la cintura a la vez que empezaba a llorar desconsoladamente. Yo seguí con el anillo en la mano, muriéndome de pena y de dolor por dentro y... por fin... rompí a llorar. Lloré todo lo que no había llorado durante la semana y, si tuviera que explicar el motivo, me resultaría muy difícil, porque

lloré por tantas cosas...

Lloré por Will, porque no se merecía lo que le había hecho. Lo había destrozado.

Lloré por nosotros, porque, a pesar de haberlo intentado, habíamos fracasado como pareja.

Lloré por mí, porque es imposible hacer las cosas peor de lo que yo las hacía, porque mi vida era un desastre y no sabía qué hacer con ella, porque no sabía querer y porque, por esa incapacidad, me estaba llevando todo por delante a mi paso.

Lloré porque no odiaba a Will ni a Oliver, me odiaba a mí misma.

—No me abandones —me imploró Will—, por favor. —Me abrazó tan fuerte que entre los lloros y el apretón, apenas podía respirar. Aflojé su agarre, sintiéndome la persona más cruel del mundo, y le puse el anillo en la mano. La cerré en un puño y me puse de rodillas junto a él.

—Lo siento, Will. Perdóname.

Nos miramos a los ojos, y Will lo entendió. Ya no había vuelta atrás.

—¿Me dejas que te cuente una última cosa? —me suplicó.

Asentí con la cabeza.

—¿Sabes cuál creo que fue el principio de nuestro fin?

—No.

—La noche que me pillaste en la cama con Tessa. Aquel día empezaste a dejar de quererme.

—Will... —Las lágrimas cayeron sin control sobre mis mejillas.

—¿Y sabes qué es lo peor? Que nunca me has creído. Me perdonaste y volviste conmigo, pero seguías pensando, perdón, sigues pensando, que estaba borracho y que me acosté con ella.

—Will, ¿crees que es necesario que hablemos de aquello? —No tenía ningún sentido remover la mierda del pasado, bastante afectados estábamos ya.

—Sí, lo creo.

—No tiene ningún sentido.

—Déjame decirte esto, por favor.

—Está bien.

—No pasó nada entre Tessa y yo. Me drogó y me quedé dormido. Nos desnudó a ambos y se metió en mi cama a la espera de que tú llegaras.

—¿Qué?

—Los detalles los tiene Dan en su ordenador. Cuando la obligamos a

confesar todo lo que te había hecho, esa fue una de las cosas que confesó. Reconoció que lo hizo para separarnos y lo consiguió, vaya si lo consiguió, porque esa noche abrió una brecha insalvable entre nosotros.

Sí, era posible que tuviera razón, esa noche algo se rompió dentro de mí. Sin embargo, no fue eso lo que nos separó.

—Nunca llegué a escuchar esa grabación. Daniel me lo contó por encima y no quise saber más.

—Aunque la hubieras escuchado no te habrías enterado de nada de esto.

—¿Por qué?

—Porque le dije a Dan que te lo ocultara. Hay dos versiones, una completa y otra incompleta.

—¿Por qué? —repetí.

—Porque quería que creyeras en mí. Y nunca lo he conseguido. Joder, y no dejo de pensar que, si eso nunca hubiera pasado...

—Estaríamos en el mismo punto —interrumpí.

—No.

—Sí, Will. Yo ya lo he entendido.

—¿Qué es lo que has entendido?

—Que tú —le toqué el corazón, aún de rodillas— y yo no estamos destinados a estar juntos. Tú no eres para mí, de la misma manera que yo no soy para ti. No nos hubiéramos hecho felices el uno al otro, por más que nos empeñáramos en que funcionara. Aunque no hubiera pasado lo de Tessa, esto que tenemos —nos señalé a ambos— habría muerto de todas maneras.

En aquella pista habíamos vivido los momentos más importantes de nuestra vida. Nuestro primer beso, nuestra primera vez y, ahora, nuestra ruptura definitiva.

—Cuando estabas loca por mí, ¿te hice daño?

—Sí.

—¿Aston te hizo más daño que yo? —Hice un gesto de extrañeza con mi rostro y él lo notó—. Contéstame, por favor.

—Sí —reconocí. El dolor que Oliver me provocó nunca podría ser superado por nada ni nadie.

—Mucho más, ¿verdad?

—Sí.

—¿Confías en él? —Will se levantó y yo lo seguí.

—Sí.

—¿Cuánto?

—Le confiaría mi vida. Pero es por la amistad que nos une.

—No importa el motivo. ¿Por qué nunca has confiado en mí de esa manera? ¿Por qué no me creíste, Sara? ¡Joder!, ¿por qué?

—No lo sé, Will.

—No creo que pueda. No puedo perdonarte que no me quieras. Adiós, Sara.

Me dio un beso en la mejilla y salió de la pista. Caí al suelo y lloré. Eran lágrimas de pesar, de tristeza, de fracaso, pero también de libertad. Y, aunque estaba hundida por la mierda de vida que llevaba, a la vez, me sentí liberada y, a partir de ese día, no volvería a tomar más decisiones basadas en el dolor. Necesitaba un tiempo sola, lamerme mis heridas y pensar en el futuro. Pero, antes, tenía que descargar todo lo que llevaba dentro.

Will

Abandonar esa pista de hielo fue lo más duro que había hecho en mi jodida vida, pero no tenía nada que hacer. Ella no me quería.

En cuanto salí, me apoyé en la pared más cercana para respirar. Me asomé y la vi desplomarse en el suelo. Llamé por teléfono a mi mejor amigo y me contestó al primer tono.

—*Will.*

—Dan, ven a buscar a tu hermana. —Me limpié las lágrimas de los ojos, aunque estaba seguro de que mi amigo era capaz de adivinar mi estado desde el otro lado del teléfono.

—*¿Qué ha pasado?*

—Hemos... —se me cayeron lágrimas nuevas— hemos terminado. Para siempre.

Silencio.

—*Will.*

—Dan, tu hermana está llorando y no tengo ganas de consolarla. Tampoco creo que me dejara. Pero creo que alguien tiene que hacerlo.

—*¿Qué? ¿Dónde estáis?*

—En el colegio, en la pista de hielo.

—*Voy para allá.*

—Date prisa, por favor.

—*Llegaré lo antes posible.*

Daniel

Will me esperaba a la entrada del polideportivo y tenía una pinta horrible; parecía desolado y, aunque me afectaba verlo así porque, joder, era mi puto mejor amigo, lo que más me importaba era mi hermana, porque, como le hubiera hecho algo, juro que lo mataba a hostias.

—Vete a casa, Will —le dije, cortante.

—La he cagado, Dan. Creo que para siempre.

—Vete, Will. Antes de que te parta la cara por hacerle esto a mi hermana.

—Dan.

—Lárgate —escupí, antes de ir a buscar a mi hermana.

Entré en el polideportivo y fui directo a la pista. No tenía más que seguir los sollozos para dar con mi hermana, estaba tumbada en el suelo en posición fetal llorando sin control.

—Sara. —Me acerqué a ella y la incorporé lo suficiente para abrazarla.

—Pensé que lo sabía, de verdad que pensé que lo sabía. Era obvio que pasaba algo entre Olly y yo.

—No lo era tanto, te lo aseguro. Los dos disimuláis bien. Ocultáis con maestría vuestros sentimientos.

—¿Tanto, Daniel?

—No, tanto no —reconocí con sinceridad.

—Además, pensé que tú se lo habrías contado.

—¿Yo?

—Sí, tú nos viste en la casa del abuelo.

—¿Y?

—Supuse que lo habíais hablado, no como algo malo. A fin de cuentas, no estábamos haciendo nada malo, los dos éramos libres y hacía años que Will y yo lo habíamos dejado. Solo pensé que se lo habías contado.

—¿Y por qué cojones iba a contárselo?

—No lo sé, como una anécdota, un cotilleo. Él es tu mejor amigo.

—Y tú eres mi hermana.

Sara

Ignoré cómo había llegado a mi habitación. Las últimas horas, una vez más, eran una nebulosa.

Toc Toc Toc.

Llamaron a mi puerta. Me levanté del escritorio y abrí.

Oliver.

¿Lo dejaba pasar? Dudé unos instantes y acabé separándome de la puerta. Nos debíamos una conversación. Tal vez, la última.

—¿Y ese milagro? ¿Tú llamando a mi puerta?

—¿Por qué dices eso?

—Porque nunca llamas, siempre entras sin más.

—Sara...

Cerró la puerta despacio y se apoyó en ella.

—Sara, tenemos que hablar.

Odio esa frase. Nunca trae nada bueno y, sobre todo, viniendo de él, pero tenía razón.

—Bien, vamos a hablar.

La conversación

Me senté en la cama con las manos debajo de las piernas, y Oliver se apoyó en mi escritorio, sujetando con fuerza la madera con las manos.

—¿Empiezo yo?

Le hice un gesto con la mano que venía a significar «tú mismo».

—Siento lo que ha pasado, Sara. No me gusta verte sufrir, pero no entiendo por qué me culpas a mí. —Levanté las cejas—. No me mires así, es verdad, no es culpa mía. Yo ni siquiera sabía que tu novio ignoraba que tú y yo estuvimos juntos. Tendrías que habérselo dicho, después de lo que pasó la última vez.

Mal empezábamos. Apenas había dicho dos frases y ya tenía ganas de darle una hostia con la mano bien abierta. «Cálmate, Sara. Cálmate». Aunque la rabia se apoderara de mí, intenté hablar calmada, sin chillar, al menos de momento. Lo que no pude evitar fue levantarme de la cama y acercarme a él, a la vez que lo señalaba con el dedo.

—No tienes ni idea de cómo eran las cosas entre nosotros ni de en qué términos decidimos volver a estar juntos, así que no te atrevas a juzgarme o ya puedes largarte por donde has venido.

—No te estoy juzgando —levantó las manos en señal de rendición—, solo estoy... No importa. Está bien, dejemos eso al margen. Empezasteis a salir y no quisisteis saber nada de lo que había hecho el otro en los años que no estuvisteis juntos, eso puedo llegar a entenderlo. Años después, la verdad sale a la luz por accidente. Por accidente, Sara. Yo no he tenido nada que ver. Ergo yo no tengo la culpa.

¿Ergo? ¿ERGO? ¡Tu abuela! No, joder, su abuela sí que no tiene la culpa.

—Claro, por supuesto. Don Perfecto hace y deshace a su antojo, pero no pasa nada. ¡Sus actos nunca tienen consecuencias y, si las tienen, él se lava las manos!

Había empezado a chillar, ya no había vuelta atrás.

—¿Por qué estás tan enfadada conmigo? ¿Yo qué culpa tengo, joder? — Se incorporó y se aproximó a mí con evidente cabreo.

—¡Tú tienes toda la culpa de lo que ha pasado! ¡De todo! ¡Yo estaba enamorada de ti, pero tú me dejaste! He intentado rehacer mi vida con Will y ¿de qué me ha servido? ¡De nada! ¡Otros cuatro años de mi vida tirados a la

basura! Porque, una y otra vez, tú vuelves a aparecer y, una y otra vez tú...

Oliver me agarró del brazo súbitamente. Lo miré. Tenía los ojos fuera de sus órbitas.

—¿Qué acabas de decir?

—No lo sé... He dicho muchas cosas.

—¿Has dicho que... que estabas enamorada de mí?

¿Lo había dicho? No lo sabía, estaba muy alterada y no controlaba lo que decía. Pero sentí que me había quitado un gran peso de encima. Uno que llevaba demasiados años cargando sobre mi espalda. Me negaba a seguir ocultando mis verdades. No me importaba que Oliver se enterara de lo enamorada que estuve de él, no me avergonzaba de ello. Eran sentimientos bonitos, sanos, a pesar de lo que hice con ellos. No volvería a esconderlos, no. No lo haría.

—Sí, Oliver, eso he dicho. Estaba enamorada de ti —reconocí, cinco años tarde.

—No puede ser...

—¿Por qué? —le pregunté, extrañada. No era esa la reacción que me esperaba de él. Me esperaba más un: «Oh, Sara. Siento no haberte correspondido». O incluso un: «Nena, ya lo sabía, pero preferí no sacar el tema para no hacerte daño».

—Llevas toda tu vida enamorada de William Von Kleist, nunca has dejado de quererlo. ¿En qué momento... cuándo me has querido a mí? No... no puede ser.

¿Nunca había dejado de querer a Will? Por supuesto que dejé de quererlo; al menos, dejé de estar enamorada de él, porque mis sentimientos por Oliver lo borraron todo. Y mi amor por Will se apagó y quedó reducido a algo insignificante. Él dice que nunca había estado enamorada de él. Yo creo que sí lo estuve. Lo estuve como una niña de catorce años puede estarlo de su primer amor. Puede que no fuera algo visceral como lo que sentía por Oliver, pero era fuerte, en aquel momento lo era. Fuerte y... momentáneo, pasajero. Pero no quería discutir aquello con Oliver. Me centraría solo en la parte que le incumbía a él.

—¿En serio no sabes cuándo te he querido, Oliver? —pregunté, frustrada. Quizá no sabía mostrar mis sentimientos. Will pensaba que nunca lo había querido, Oliver no era capaz de darse cuenta de que lo amaba más que a nada en la vida. Obviamente, el problema era mío. No de ellos.

Dio vueltas por la habitación, revolviéndose el pelo con las manos.

—¿En Estados Unidos? —me preguntó con dolor. Dolor que yo no comprendía.

—Buena deducción, teniendo en cuenta lo que vivimos allí. Pero ya me había enamorado antes de que llegáramos allí.

—¿Antes? —me preguntó, descolocado—. ¿Cuándo?

—Eso ya no importa. —Además, ni yo misma lo sabía. Conocía el momento en que me di cuenta de mi amor por él, pero ¿desde cuándo? Lo ignoraba.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Lo miré y, joder, esa mirada, esa mirada que tenía en los ojos... era la más triste que había visto en mi vida.

—¿Para qué? Yo no era más que un rollo para ti, no quería complicar más las cosas entre nosotros.

A Oliver se le saltaron las lágrimas de los ojos. Y... hacía tiempo que no me sentía tan perdida. No comprendía su actitud, su tristeza, su dolor.

—Debiste decírmelo, Sara.

—¿Por qué?

—Nena, yo te quie... te quería.

—Ya sé que me quieres, Oliver. Eso nunca lo he dudado. —Por eso jamás me planteé la posibilidad de terminar mi relación de amistad con él. Y, aunque me lo hubiera planteado, dudo que lo hubiera conseguido.

—No me has entendido. Me refiero a querer de querer. A amar.

¿Qué? Mi cerebro sufrió un cortocircuito. Tuve que recrear su última frase en mi cabeza para estudiar su significado.

Me refiero a querer de querer. A amar.

No, no puede ser. Necesitaba recrearlo de nuevo.

Me refiero a querer de querer. A amar.

Aquello cayó sobre mí como una bomba. Me asfixiaba y no me dejaba respirar.

—¿Amar? Te refieres a que... ¿a que estabas enamorado de mí?

Después de pensarlo durante lo que me parecieron siglos, lo confesó.

—Sí. A eso me refiero. Estaba enamorado de ti.

No puede ser. No, no, no puede ser. ¿Oliver enamorado de mí? Era imposible. Yo... yo lo hubiera notado. No había podido estar tan ciega. Sin embargo, mi siguiente pregunta la formuló mi cerebro, que no mi corazón, porque fue mi cerebro el primero en darse cuenta de que estaba equivocado respecto a las fechas, y de que la realidad nos aplastaba. De que Oliver había acabado enamorándose de mí después de liarnos en Las Vegas. Mi corazón

tardaría muchísimo más en hacerlo.

—¿Desde cuándo?

—¿Desde cuándo estoy enamorado de ti o desde cuándo lo sé?

Quizá otra persona no hubiera entendido la pregunta, pero yo sí la entendía porque creo que llevo toda mi vida enamorada de él, pero empecé a ser consciente de ello a los dieciocho años.

—¿Desde cuándo lo sabes? —Apenas me salía la voz.

—Desde —gran suspiro—, desde que teníamos diecisiete años.

¿Qué? No, imposible.

—¿Desde hace siete años?!

Me reí por no llorar. Hacía siete años que lo sabía, era mucho antes de que nos liáramos en Las Vegas. Me agarré el cabello con las manos, y di vueltas alrededor de mí misma. Siete años, siete años enamorado de mí, podríamos... podríamos haber estado juntos.

—Sara, nena. —Se acercó a mí.

—¡No me toques, Oliver! ¡Y no me llames nena! Hace siete años que estabas enamorado de mí y ¿no se te ocurrió decírmelo en ningún momento?

—Tú tampoco me lo dijiste a mí. Deberías habérmelo dicho.

Tiré años atrás en mis recuerdos. Nuestra primera vez... teníamos diecisiete años, nos acostamos varias veces hasta que él lo detuvo. Recordé nuestra conversación:

—Sara, tenemos que dejar de hacer esto. Tú y yo no podemos ser amigos que... que follan de vez en cuando.

—Ya lo sé.

—No, no lo sabes. Nena, estoy a punto de estar loca e irremediabilmente enamorado de ti y es algo que no me puedo permitir.

Volví al presente. A mi dormitorio, que era más pequeño que nunca.

—Me mentiste.

—¿Cuándo?

—La primera vez que me dejaste, cuando me dijiste que no podíamos seguir acostándonos porque estabas a punto de enamorarte de mí.

—No te mentí, en ese momento lo pensaba. Hasta que, días después, Adam me abrió los ojos.

—¿Y por qué no me lo dijiste entonces?

—Porque estabas enamorada de Will, ¿qué sentido tenía que yo te dijera nada? ¿Acaso cambiaría algo? Además, poco después, volviste con él —me dijo con obvio rencor.

Me quité las lágrimas con la mano. Por supuesto que hubiera cambiado las cosas.

—Quizá sí hubiera cambiado las cosas. —¿Cómo pudimos hacerlo tan mal?

—Yo no lo creo. Cuando nos dijiste a Adam y a mí que volvías con Will, algo se rompió dentro de mí, estaba cabreado contigo, conmigo mismo, con la vida. Cuando te fuiste, me largué con la moto y estuve toda la noche dando vueltas. Al día siguiente, estaba todavía más cabreado contigo, tenía ganas de... de hacerte daño de alguna manera, dejándote de hablar durante un tiempo o liándome con alguna tía para ver si te dolía, aunque solo fuera un poco de lo que me dolía a mí imaginarte con él. No quería perdonarte, no en ese momento, y, cuando llegué al colegio —se sentó y escondió la cabeza entre las rodillas, cogió aire, levantó la cabeza y me miró—, cuando llegué al colegio me dijeron que te habían llevado al hospital, habías tenido un accidente muy grave y nadie me supo decir si estabas viva o muerta. —Cerró los ojos y solo se veía dolor en su expresión—. Renunciaría una y mil veces a mi vida con tal de no sentir ese dolor de nuevo. Semanas después, fui a verte al hospital y te confesé mis sentimientos y te hice una promesa, una promesa que juré cumplir hasta el día de mi muerte.

—¿Qué promesa? —pregunté entre susurros. Hacía rato que apenas me salía la voz, pero Oliver me había escuchado.

—Que nunca me interpondría en tu relación con Will. De ninguna manera, ni con hechos ni con palabras, te apoyaría siempre en tu decisión de estar con él, nunca más volvería a enfadarme contigo por ello, nunca, pasara lo que pasara, ni aunque tú y yo estuviéramos juntos durante meses y luego decidieras volver con él.

Analiqué todas sus palabras y caí en la cuenta de algo.

—¿Por eso te liaste con todas esas tías después de mi accidente? ¿Para hacerme daño?

—No, claro que no. Para ese momento, ya te había hecho la promesa y aceptaba tu relación con Will.

—Entonces, ¿decidiste sin más liarte con todas?

—No.

—Dime, Oliver, dime toda la verdad de una vez.

—¡Lo hice para olvidarme de ti! ¿Contenta? ¡Necesitaba sacarte de mi sistema porque estabas metida por debajo de mi piel! Y no podía aguantarlo más. Imaginarte con él... me mataba, porque aunque ya no estabais juntos tú

seguías queriéndolo. Una cosa es que aceptara que no fueras para mí y otra cosa es que fuera fácil. Porque no lo fue. Aun así, aun liándome con todas ellas, no lograba olvidarte. Fue muy estúpido pensar que unos cuantos besos borrarían los recuerdos de tus manos y tus labios. Fue como arrancarme la piel a tiras, pero tenía que sacarte de dentro.

—¿Por eso te follabas a todo lo que se te ponía por delante en Estados Unidos?

—Sí.

—No te puedes ni imaginar el daño que me hacías. Lo que me dolía verte con todas aquellas chicas.

—Créeme. Lo sé. Lo he sufrido. Yo, al menos, no me enamoré de ninguna de ellas.

—¿Y por qué te liaste conmigo en Las Vegas?

Ahora los dos alzamos la voz.

—Ah, no, Sara. Ahora te toca a ti. ¿Por qué te liaste tú conmigo? Porque empezaste tú, me provocaste hasta que no pude aguantarlo más. Me pusiste el caramelo en la boca y no pude rechazarlo, estaba enamorado de ti como un gilipollas y no era tan fuerte como para rechazarte. Pero ¿y tú? ¿Por qué decidiste actuar en ese momento?

—Estaba celosa. Yo era la primera que te había tocado y... me sentía alguien importante, quería ser la única que lo hiciera y, entonces, tú dejaste que todas ellas te tocaran y... me sentí morir.

—Eso es muy egoísta, Sara. ¿Ni contigo ni sin ti?

—No es eso, me he explicado fatal. Yo te quería, Oliver. Cuando nos acostamos por primera vez, empecé a sentir cosas a las que no sabía poner nombre. Yo quería ser quien te tocara, quien te besara. Estaba enamorada de ti, pero no me daba cuenta. Hasta que lo hice, en París. Y, cuando por fin te tuve en Estados Unidos, no era para que no estuvieras con otras, era porque estaba loca por ti y... Esos meses fueron los más felices de mi vida. Pero, al regresar, me dejaste. ¿Y dices que estabas enamorado de mí? En ese momento desde luego que no; de lo contrario, no me habrías dejado.

—Todo en la vida tiene un motivo, Sara. Todo.

—Claro que sí, que no me querías. —Me froté la cara, no entendía nada —. Todo esto no tiene ningún sentido.

—Sí te quería, con toda mi alma.

—¿Y por qué me dejaste?

—Porque seguías enamorada de Will, y te hice una promesa. No

inmiscuirme.

—No, eso no es verdad. Me dejaste muchísimo antes de que yo empezara a tener apenas relación con Will.

—Nos encontramos con ellos en la universidad, con Daniel y Will, ¿te acuerdas? El día que fuimos a formalizar la matrícula.

Lo recordaba vagamente... Esos días estaban algo borrosos en mis recuerdos.

—No me acuerdo muy bien, Oliver —reconocí, agotada.

Se rio, era una risa cargada de indignación.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Que tú no te acuerdes y que yo lo recuerde cada maldito día de mi vida, como si lo viviera una y otra vez.

¿Qué pasó ese día?

—¿Por qué?

—Porque fue el día en que me di cuenta de que lo querías a él. Ni dos años de separación ni una relación conmigo pudieron con eso.

—¿Qué estás diciendo? No te entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes, Sara?

—¿Por qué dices que lo quería a él?

—Por cómo lo miraste.

—¿Qué? No lo miré de ninguna manera.

—Sí lo hiciste, lo miraste con un brillo especial, como si, después de tanto tiempo fuera de casa, por fin la hubieras encontrado.

—Eso no es verdad. —Era imposible que fuera así, porque yo estaba loca por Oliver, mi enamoramiento de adolescente por Will había muerto. La rabia creció dentro de mí —. Dime que no me dejaste por eso, Oliver. Por favor, ¡¡Dime que no me dejaste por una estúpida mirada que creíste haber visto!! ¡DIME QUE NO TE CARGASTE NUESTRA RELACIÓN POR UNOS ESTÚPIDOS CELOS!

—Sara...

—¡¡Ni siquiera lo hablaste conmigo!! ¡¡Me dejaste sin más!!!

—¡¡No puedes negarme que lo querías cuando meses después volviste con él!! Puede que estuvieras enamorada de los dos, pero él siempre ha estado por encima.

—Oliver, no tienes ni idea.

—¿No tengo ni idea?

—No.

«Tuve que intentar enamorarme de nuevo de él, para poder olvidarte a ti». Pero eso no se lo diría, no merecía la pena. No le diría que lo quería a él por encima de todo. Tuve la felicidad al alcance de la mano, pero mi mejor amigo y gran amor la dejó escapar sin motivo. Nada tenía sentido.

—Estábamos enamorados. Cuando tomé la decisión de no bajarnos del avión. —Esa maldita decisión—. Nos queríamos. Tú y yo nos queríamos, Oliver.

—Sí.

—Podíamos haber empezado una vida juntos.

—Sí.

—Pero yo decidí no bajar y me hiciste pagar por ello.

—Todo se reduce a lo mismo, Sara. A que siempre lo eliges a él. Jamás me has dado razones para pensar que me querías a mí. No de esa manera. Jamás has luchado por lo nuestro.

—Tú tampoco lo hiciste, Oliver.

—No sabía que había algo por lo que luchar.

—¿Y yo sí? Esto no tiene sentido, han pasado casi cuatro años, no removamos más la mierda.

—Yo sí quiero removerla, Sara. Me acabas de confesar que estabas enamorada de mí y...

—Y tú no me crees.

—Sí te creo.

—No, no creo que sepas lo fuertes que eran mis sentimientos. Porque a Will siempre lo he querido más que a ti, ¿verdad? —Su mirada de culpabilidad me lo dijo todo—. ¿Qué más da ya? Estaba enamorada, pero ya no lo estoy. No tiene sentido que sigamos discutiendo por ello. Es cosa del pasado.

—Qué volátil. Ahora me quieres, ahora no me quieres.

Entonces fui yo la que me acerqué violentamente a él y lo sujeté del brazo.

—He dicho que no te atrevas a juzgarme. Olvidarte es la cosa más difícil que he tenido que hacer en mi vida. Lárgate, Oliver.

Porque me sentía tan culpable por lo que nos habíamos hecho en el pasado que era incapaz de mirarlo de frente. Porque me sentía tan impotente, ni diciéndoselo a la cara me creía... No habría conseguido nada en el pasado. No me habría creído. Estaba obcecado con la idea de que quería más a Will. Y la culpa era mía.

—No podemos dejar las cosas así. Tú me quieres, Sara, y yo...

—Yo ya no te quiero —lo corté. Aunque sí lo hacía, con todo mi corazón. Pero estaba tan enterrado ese sentimiento que no sabía cómo tratarlo. No sabía cómo tratarnos a nosotros.

—Bien. Yo... yo tampoco te quiero.

Una daga se me clavó en el corazón.

—Bien, pues estamos en paz.

—Sí, supongo que sí.

Se dio la vuelta, dispuesto a abandonar mi habitación, pero lo detuve.

—Oliver.

—¿Qué? —No se giró para contestarme.

—Antes has dicho que Adam te abrió los ojos.

—Sí.

—¿Él sabía lo que sentías por mí?

Se giró.

—Sí, siempre lo ha sabido. Incluso antes que yo mismo.

—Genial.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada, nos habríamos ahorrado muchos disgustos si me lo hubiera dicho.

Aunque no todos.

—¿Sabía lo tuyo?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Lo sospechaba desde hacía tiempo, pero se lo confirmé en Seattle, después del incidente de la rubia y mi taza de los Marineers, ¿lo recuerdas?

Oliver se mantuvo en silencio. Pero no era un silencio agradable, de esos que siempre teníamos y de los que disfrutábamos. No, era un silencio arrollador, que me aplastaba y me creaba inseguridad.

—Estabas celosa —dijo por fin.

—Al parecer, Adam fue el único en darse cuenta.

—Adam.

Y se marchó antes de que me diera tiempo a reaccionar.

Lloré.

Lloré por esa relación tan preciosa que pudo ser, pero no fue.

Lloré por los estúpidos celos, que parecen ser el motor que mueve nuestras vidas.

Lloré por mi mejor amigo, porque, aquel día, algo se rompió para siempre.

Y lloré por Will, porque era el más inocente de toda esta historia y el que había sufrido las consecuencias de nuestra cobardía.

Ya sabía qué era ese sentimiento que me aprisionaba desde hacía una semana. Era un cúmulo de sentimientos que me ahogaban.

Me sentía cobarde, culpable, arrepentida, engañada, manipulada... fracasada.

Simplemente Sara

Simply

Sara

Prólogo

por Abril Camino

Corría el mes de noviembre de 2016 cuando conocí a Sara, Oliver y Adam. Me los presentó su autora, Susanna, y mi primer pensamiento fue el mismo que tengo siempre que alguien me contrata para una corrección: «¿cómo puedo ayudar a la autora a mejorar este libro?». Eso duró hasta que me senté con el manuscrito en la mano y empecé a leer. Me hicieron falta muy pocas páginas para que me enamorara tanto de su historia que a punto estuvo de olvidármeme que estaba leyendo por trabajo, no por ocio.

Han pasado seis meses desde que atravesé las puertas del Crowden School, y hace pocas horas que he leído el desenlace de estas historias de amor. Sí, en plural. Porque, para mí, la magia de esta saga es que no gira alrededor de las aventuras y desventuras de una pareja enamorada. Esta es la historia de muchos amores. De los buenos. De los malos. De los fraternales. De los apasionados. De los tranquilos. De los superficiales. De los que duran toda la vida.

Es la historia del amor de Sara y Oliver, que algún día se darán cuenta de que se enamoraron a los nueve años, cuando se retaron sin darse cuenta a ser las dos partes de un todo sin perder ni un ápice de lo que son por sí mismos.

Es la historia del amor de Sara y Will, que se quisieron como solo se quiere en la adolescencia, cuando las pasiones nos dominan y el juicio se nubla.

Es la historia del amor de Sara y Daniel, dos hermanos que se quieren tanto que solo pueden demostrarlo creyendo que se odian. Que fingen que quieren matarse, pero saben que darían sus vidas por el otro.

Es la historia del amor de nueve chicos que se encuentran en un internado y se convierten en familia. Para lo bueno, lo malo y lo regular. Pero, sobre todo, para siempre.

Y es la historia de Adam. De su amor por Sara. Tan arrollador. Tan infantil, en el mejor sentido del término. Tan puro. De su amor por Oliver, el chico que no se dejaba tocar, pero que necesita los abrazos de su mejor amigo. Del de Sara por Adam. Brutal y desmedido. «Porque perderías». Esa fue la frase con la que aconsejó a Will que nunca la hiciera elegir entre Adam y él. Y es que todas las historias de amor perderían si las comparáramos con las de esa peculiar familia de tres que forman Adam, Oliver y Sara. Una familia que no necesita ser de sangre porque es de algo más fuerte. De

amistad.

Durante estos seis meses en que Susanna y yo hemos trabajado mano a mano en las novelas de Sara y compañía, le he dicho muchas cosas que me gustaban de sus libros. Pero hay una que siempre destacaré por encima de las demás y que quizá sea la que ha hecho que estos libros se convirtieran para mí en algo tan especial: la amistad por encima de todo. Por encima del amor. Por encima del dolor. Dio igual cuánto daño se hicieran Oliver y Sara en asuntos de amor romántico, dio igual cuánta pasión sintieran, dio igual todo: nunca titubearon en su decisión de mantener su amistad por encima de cualquier cosa. Y eso no es fácil. Pero es maravilloso.

Toca decirles adiós a los chicos del Crowden. Aunque, en mi caso, sé que tardaré tiempo en olvidarlos. A Sara y su impulsividad. A Oliver y sus manías. A Adam y su capacidad para sobrevivir al peor infierno. No es un secreto que él es mi personaje favorito, así que me meteré en su piel para imaginarlo diciéndome:

—Joder, cállate ya y deja que la gente lea el libro, que lo estarán deseando.

Tus deseos son órdenes, rockero.

Bienvenidos al desenlace de Sara Summers.

Abril Camino
Mayo de 2017

1

El punto de partida

Cántame, me dijiste cántame...

Creo que suena el despertador, pero no me importa porque hoy no me puedo levantar, como dice la canción de aquel famoso grupo pop español. Y mañana ya veré, así que puede seguir sonando todo lo que quiera.

...cántame por el camino, y agarrado a tu cintura te canté...

Joder, y sigue. «Ignórala».

...a la sombra de los pinos...

Y encima es la cancioncita de las narices que me ha puesto Pear como despertador del móvil. Resulta que ahora le ha dado por el folclore español, por influencia de su madre. ¡Qué manía tiene de tocar mis cosas!

Sin pensarlo ni un segundo más, doy un manotazo al móvil para silenciarlo.

Cántame, me dijiste cántame...

«¿¡No se va a callar nunca!?!». Estiro la mano para alcanzar el maldito aparato, que se encuentra encima de la mesita al lado de mi cama, pero no lo alcanzo. Me estiro más hasta que... «Vale, ya lo tengo». A continuación, lo lanzo con toda la fuerza que mi brazo derecho me permite, teniendo en cuenta mi posición boca abajo en la cama. Me trae sin cuidado donde aterrice, solo quiero que se calle. Solo quiero dormir.

...cántame por el camino, y agarrado a tu cintura te canté...

«¡Imposible!». Definitivamente, el mundo está en mi contra. Siempre cuidando del puñetero móvil como si fuera una joya preciada, porque al mínimo golpe se rompe, y ahora que quiero que se muera, ¡ni tirándolo al vacío!

Me levanto de la cama y lo busco. «¿Dónde habrá caído?». No distingo nada entre tanta oscuridad, por lo que decido guiarme por el sonido. Me agacho y palpo la superficie del suelo hasta que por fin doy con él, lo agarro con una mano y apago la alarma. «Ya está». Me vuelvo a la cama y, entonces, sí que sí, no pienso levantarme jamás.

Friends will be friends...

«Y, ahora, ¡¿qué pasa?!». Tardo medio segundo en darme cuenta de que alguien me está llamando por teléfono. Es Adam. Esa es su canción, la suya y la de... la de Oliver. No pienso responder, hoy no estoy para nadie. No quiero

hablar, no quiero pensar, no quiero recordar, no quiero que duela tanto. Tan solo quiero intentar dormir y olvidarme del mundo.

...when you're in need of love they give you care and attention...

«Suficiente». Me levanto de la cama (por segunda vez) y apago el teléfono, aunque sé que no queda demasiado tiempo para que Adam cruce el escaso espacio que nos separa y aparezca en mi dormitorio para nuestra sesión matutina de *footing*. Que me acabe de llamar por teléfono solo puede significar una cosa: que se me acabó la tregua.

Aunque es posible que todas nuestras cómodas y arraigadas rutinas vayan a cambiar en un futuro (demasiado) próximo, o quizá ya hayan cambiado. Hoy no es un día ordinario, hoy se cumple una semana desde que comenzó mi nueva vida, mi nueva vida sin él. Jamás vamos a poder recuperarnos de lo que ha pasado. Y jamás volveremos a ser las mismas personas. Me estremezco solo de pensarlo.

«No. No puedo pensar en eso». Y no quiero llorar más, aún tengo los ojos hinchados después de toda una semana (con sus noches y sus días) de llorar sin descanso, y no quiero empezar otra vez. Hoy no me permito pensar en él ni un segundo. Solo quiero que me dejen en paz, todo el mundo, que me dejen hundirme en la miseria. Y Adam lo sabe. Aun así, estoy segura de que vendrá a levantarme de la cama, porque no soporta verme de esta manera. Su llamada de teléfono solo ha sido un aviso para que me vaya haciendo a la idea. Tiene gracia; casi todas las mañanas lo tenemos que arrastrar Olly y yo fuera de la cama, porque siempre se le pegan las sábanas. Si por él fuera, se perdería todas las sesiones de *footing*, pero sé que esta mañana se ha despertado temprano con una clara intención. Solo tengo que esperar.

Minutos después, alguien toca a la puerta de mi habitación: toc, toc, toc.

«Qué considerado». Teniendo en cuenta que jamás llama a mi puerta... No contesto. Va a entrar de todas maneras. Mi amigo del alma abre la puerta y aprecio cómo se filtra la impertinente luz matinal en mi dormitorio. Me molesta en los ojos y me cubro la cabeza con la almohada.

—*Totó* —me llama.

—Déjame en paz, Adam.

—Ni en tus mejores sueños. Llevas así una semana y no pienso consentirte ni un día más.

No le contesto. Y no solo eso, sino que, para dar más énfasis a mi respuesta negativa a su sugerencia, me doy la vuelta (con almohada incluida) dándole la espalda a mi amigo.

—Muy bien, *Totó*, tienes dos opciones. Por las buenas o por las malas. Y por las malas significa que voy a descorrer las cortinas del todo y a meterte en la ducha con el pijama aún puesto. Tú decides. No sería tu primer remojón con ropa. Y creo recordar que el primero no te entusiasmó.

Lo miro amenazante y entrecerrando los ojos, aunque sé que no me va a servir de nada. Adam tiene esa expresión en la cara de «no pienso ceder y vas a hacer lo que yo diga».

No tengo fuerzas ni para darle pena ni para camelármelo y que me deje hacer lo que yo quiera; por lo tanto, no me queda más remedio que decirle lo que siento.

—Adam, por favor, no tengo fuerzas para levantarme, no quiero hacer nada. Solo quiero que el mundo deje de girar porque mi vida es un auténtico asco y ya no puedo más. —Percibo cómo se me escapan dos lágrimas por el rostro, demasiado tiempo llevaban acumuladas en mis ojos.

—Sara, escúchame. —Adam se sienta en mi cama y me sujeta la cara con las manos, rozando mis mejillas con sus pulgares—. Ya sé cómo te sientes, y tienes razones para estar así, pero dentro de cinco días empiezan los exámenes finales y terminar dos carreras a la vez, incluso para una cerebrita como tú, requiere un mínimo de esfuerzo. Levántate, dúchate y nos vamos a la biblioteca a estudiar. Cuando acaben los exámenes, te prometo que voy a dejar que te derrumbes, llores y chilles todo lo que quieras. Yo estaré ahí contigo cada segundo, pero vas a tener que darle una orden específica a ese cerebro privilegiado que tienes para que olvide, de manera temporal, lo sucedido en la última semana.

—No puedo. —Mis lágrimas ya caen libres por mis mejillas, no puedo contenerlas más.

Adam me estrecha entre sus brazos y, joder, qué bien sientan sus achuchones. Hacen que me sienta segura, hacen que piense que aquí cobijada nada malo me puede pasar, pero sé que no puedo vivir así para siempre.

—Sí, podemos. —Me besa la cabeza—. Entre los tres vamos a salir de esta, como siempre hemos hecho. Olly está esperando en la biblioteca, hoy nos libramos del *footing*. —Arqueo una ceja por el pesar de su comentario. Seguro que se siente terrible por saltarse el ejercicio matutino. Seguro que sí.

2

Los exámenes finales

Me siento mal. Olvidarme de Oliver ha sido una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer en la vida. De hecho, fue tan difícil que ahora sé con certeza absoluta que no lo conseguí. En realidad, creo que ni siquiera lo intenté de verdad. Lo que hice fue encerrar mis sentimientos por él. Contenerlos. Contenerlos como una presa contiene el agua. Y me he pasado los últimos cuatro años aterrada a que el agua, que en ningún momento ha dejado de hacer presión, rompiera la presa. Aterrada a que se abrieran grietas por todas partes. Aterrada a que explotara.

Hasta que lo ha hecho.

Explotó en el momento en que le devolví el anillo a Will y, por primera vez en cuatro años, me sentí libre para dejar de sujetar la pared. Y ahora me siento hundida. Me he quedado sumergida en el agua, inundada por todos esos sentimientos y por la culpabilidad. La culpabilidad de que fuimos tan cobardes que no nos dijimos la verdad. Nos habríamos ahorrado mucho sufrimiento. Y no solo nuestro.

Nos hemos jodido la vida. Y darte cuenta de eso duele. Tienes la sensación de no avanzar. De no haber hecho nada bien. De no haber conseguido nada en la vida. De haber tirado los últimos años a la basura. De haber fracasado.

He fracasado en mi relación con Will. Lo intenté, pero ahora soy consciente de que fue una mala decisión, una salida fácil, rápida, cómoda. Y toca pagar las consecuencias.

Y he fracasado en mi relación con Oliver. Así que me siento mal. Frustrada, dolida, arrepentida, culpable, engañada. No sé cómo gestionar tantos sentimientos.

Haciendo de tripas corazón y obedeciendo a Adam, me he levantado, duchado, vestido, desayunado y salido a la calle en un tiempo récord. «Bravo, Sara. Ahora, si quieres aprobar los exámenes, tienes que actuar como si la última semana no hubiera existido. Olvidar, Sara. Olvidar la última semana».

Sé que va a ser duro, pero no va a ser lo más duro que me ha tocado vivir en la vida. Hasta el momento, mi vida no ha sido un camino de rosas. Esta situación no es más que otro bache en el camino de ortigas y espinas que me ha tocado recorrer. Muchas veces me pregunto qué habrá al final del

camino... Creo que prefiero no saberlo.

He venido con Adam, en su coche, a la biblioteca de la universidad, y ni una palabra ha salido de nuestras bocas durante el trayecto. Yo, por mi parte, me encuentro en un estado constante de concentración, preparándome para obviar mis sentimientos y comportarme con Oliver como si no hubiera pasado nada extraordinario entre nosotros. Y Adam me ha dejado tranquila. Nos hemos separado en la puerta de la biblioteca; he preferido entrar a todo correr antes de que apareciera Oliver con sus estúpidos hoyuelos y su pelo rubio. Adam se ha quedado esperándolo.

Soy consciente de lo difícil que debe de resultar esta situación para Adam, teniendo en cuenta que tanto Oliver como yo somos sus mejores amigos. En nuestra historia no hay un verdugo y un inocente, los dos somos culpables de lo que ha pasado, aunque Oliver es más culpable que yo. ¿Por qué? Porque sí, porque me siento mejor echándole la culpa a él, porque no hacerlo significaría que estuvo en mi mano poder hacer las cosas de otra manera, y eso me está matando.

Tan solo tenía que haber echado a un lado mis miedos y confesarle mis sentimientos, o haber pensado, en frío, que algo debía de haber sucedido para que Oliver me dejara de la noche a la mañana sin explicación. Debí haber confiado más en su amor por mí, pero no lo hice. Joder, ahora lo veo todo tan claro.

«Olvidar, Sara, olvidar la última semana». Ese es el objetivo, así que dale otro rumbo a tus pensamientos.

En la biblioteca, me siento donde siempre. Saco los libros de la mochila, me pongo los auriculares del iPod y subo el volumen hasta que no da más de sí. Escondo la cabeza entre los libros y me meto en materia con la esperanza de no enterarme de la llegada de mis dos amigos, sobre todo del rubio de ojos verdes. Pero ni toda la concentración del mundo podría evitar ese momento porque, en cuanto Oliver pisa la biblioteca, soy consciente de ello. Reconozco sus andares aunque no esté mirándolo de pleno y su presencia inunda casi todos mis sentidos: su silueta vista de reajo; su olor, que llega hasta lo más profundo de mi ser; su sabor, que aún permanece en mi memoria; el oído, porque puedo escucharlo suspirar. ¡Maldito amor! Pero no pasa nada, porque tengo mi mantra bien asumido: «Olvidar, Sara, olvidar la última semana».

No levanto la cabeza. Sigo estudiando, o aparentando que lo hago, como si no me hubiera enterado de su entrada. Ni siquiera tengo que devolverle el

saludo porque, como tengo la música a todo volumen, finjo no escucharlo.

Noto cómo toma asiento enfrente de mí y cómo se queda quieto esperando alguna reacción por mi parte, pero, al ver mi actitud de pasotismo total, saca sus propios libros de la mochila y se pone a estudiar. Y mierda, eso me duele; que responda a mi ignorancia con más ignorancia me duele en el alma. Sé que es infantil y estúpido, pero es así.

Adam se sienta a mi lado y me da un toque en el brazo al que no respondo. Solo elevo la vista unos segundos, los justos para decirle: «Tiempo, Adam, necesito tiempo». Soy una borde y no se lo merece, pero me consuelo diciéndome a mí misma que esta tristeza y esta rabia que me hierve por dentro solo van a durar un par de semanas.

Me cuesta mantenerme despierta y concentrada en los libros debido a la semana de mal dormir que he tenido. Los primeros exámenes que tenemos son los de Derecho, por lo que, a media mañana, tanto Oliver como Adam me interrumpen y comienzan a explicarme cuál va a ser el plan de acción. Yo los oigo sin escucharlos, hasta que Adam me quita los auriculares de los oídos y me pide atención. De malas maneras, acepto y cruzo los brazos sobre el pecho mientras apoyo la espalda en el respaldo de la silla en un intento de parecer indiferente. Pero, cuando Oliver toma la palabra y comienza a hablarme como si nunca hubiera pasado nada entre nosotros, como si nunca nos hubiéramos amado y lo hubiéramos echado a perder por nuestros celos e inseguridades, algo explota en mi interior. Joder, ¿por qué no está tan afectado como lo estoy yo? ¿Cómo puede comportarse así después de lo que nos confesamos la semana pasada? ¿Acaso no le afectó ni un poquito? ¿Tan poco me quiere que le importa todo una mierda? «Olvidar, Sara, olvidar la última semana».

Justo en ese momento, Adam se levanta de su sitio para coger agua y, mientras Oliver sigue con su perorata (incluso tiene el valor de medio sonreírme en más de una ocasión), mi cabreo crece y crece, y la bomba que ha explotado en mi interior se extiende tanto como para alcanzar cotas inimaginables... Hasta que sobrepasa la piel y sale de mi cuerpo. Mi cabeza intenta repetir el mantra, pero... «Olvidar, Sara, olvidar la...». ¡¡Y una mierda olvidar!! ¡A la mierda el mantra y a la mierda todo!

—¿A ti te corre la sangre por las venas, Oliver? —Mi pregunta lo pilla tan de sorpresa que se queda paralizado. Alzo la mano y golpeo con fuerza el libro que sostiene entre sus manos, con el que me está tratando de explicar vete a saber qué—. ¡Contéstame!

Y, vaya, he debido de gritar mucho, porque todas las personas que se encuentran en la biblioteca han girado las cabezas hacia nosotros con curiosidad. Incluso la bibliotecaria nos mira con ganas de saber qué es lo que ha provocado mi arrebató, porque no se molesta en echarme la bronca por gritar.

—¿Puedes gritarme más fuerte? Creo que en el condado de al lado no te han oído.

¡Y me lo dice así! ¡Con todo su descaro! Y no me lo susurra, no, me lo dice bien alto. Bonita manera de evadir mi pregunta. En ocasiones, pienso que no tiene sentimientos, es imposible que los tenga; de lo contrario, deberían afectarle más las cosas. Pero aquí estoy yo, destrozada por lo que ha pasado entre nosotros, y ahí está él, estudiando como si nada.

Necesito despejarme. Decido salir a la calle a tomar el aire; con suerte me sacó la sangre de las venas y me comporto como él: impasible.

—¿Adónde vas ahora? —me pregunta, cabreado, cuando ve que me levanto.

—¡¡¡A tomar por culo!!! —contesto, sin mirar atrás. Salgo escopetada hacia la salida, y justo impacto con Adam, que regresa con botellas de agua para los tres. No le doy tiempo ni ocasión a que me dirija la palabra.

—¿Qué ha pasado? —pregunta a Oliver.

Su respuesta: suspiros y más suspiros. No sabe hacer otra cosa. Abandono la biblioteca farfullando para mis adentros.

En cuanto salgo a la calle, el silencio del interior queda engullido por la vida del campus. Los alumnos vienen y van. Algunos solos, otros en compañía. Están los que se ríen y los que caminan solos con sus pensamientos. Me froto los ojos con la mano y me siento en las escaleras que dan acceso a la biblioteca. Joder con los mantras, ¿quién demonios dice que son efectivos?

No llevo ni dos minutos sentada cuando Oliver pasa por mi lado y se sitúa enfrente de mí. Tiene los puños apretados a ambos lados de su cuerpo y respira agitadamente. Cuando me habla, lo hace tranquilo, aunque su cuerpo parece querer gritar de indignación.

—¿Puedes volver a entrar? Si prefieres que yo me mueva a la otra punta de la biblioteca, lo hago, pero tienes que escuchar lo que tiene que decirte Adam, es el plan que hemos estructurado para que puedas aprobar todas las asignaturas; es importante. Eso lo ves, ¿verdad?

Joder.

—Buena idea —le respondo.

—¿El plan? —pregunta, esperanzado.

—No. Que te sientes en otro sitio.

Me levanto sin darle derecho a réplica y entro de nuevo en el agonizante silencio de la biblioteca. Estoy segura de que, con Oliver lejos de mí, el jodido mantra va a funcionar y voy a poder estudiar. Ahora es lo único que tengo que hacer. Y, aunque me duela enviarlo lejos de mí, debo hacerlo. Cuanto menos contacto, mejor. No quiero que acabemos peor de lo que estamos.

Oliver entra detrás de mí y recoge sus cosas ante la mirada atónita de Adam. Da media vuelta y se sienta en el extremo opuesto al que ocupamos nosotros.

—¿Por qué? —me pregunta Adam, señalando a Oliver con los ojos.

—Porque es lo mejor —explico, mientras tomo asiento y organizo, distraída, mis apuntes—. De momento, no podemos estar cerca el uno del otro.

—¿No *podéis*? —me replica, recalcando el «podéis».

—Ahora no, Adam. Por favor. —Me da mucha rabia que Adam se vea involucrado en esta situación de la que él no tiene ninguna culpa. Espera... ¿ninguna culpa? Me acuerdo de un detalle de mi última conversación con Oliver. Estaba tan ocupada en fustigarme por lo que había pasado que lo había olvidado. Y me entran ganas de ponerme a gritar como una loca contra Adam por no habernos contado todo lo que sabía, pero bastante tengo con no hablarme con Oliver, así que me voy a morder la lengua y a controlarme—. Por cierto, sé que sabías desde el principio que Oliver estaba enamorado de mí. ¿Por qué nunca me dijiste nada?

—Joder, hasta que por fin lo sueltas.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto, confundida.

—Oliver quiso darme dos hostias después de hablar contigo por no haberle contado que estabas enamorada de él, y tú aún no me habías echado nada en cara. Te estaba esperando.

—Bien, pues aquí estoy. Explícamelo.

—¿Qué valor tenéis los dos! ¡¡Pretenderéis que yo tenga la culpa!!

—¿Por qué no nos dijiste nada, Adam?

—Porque os lo juré a los dos por separado. Os estaba tan agradecido por lo que habíais hecho por mí que no quería romper vuestra confianza en mí. Y pensé que era cuestión de semanas, o como mucho de meses, que os dierais

cuenta de la verdad. Por desgracia, no fue así, y el tiempo fue pasando. Joder, pasaba demasiado rápido y cada vez se me hacía más difícil atreverme a soltaros la bomba. Mirando hacia atrás, queda claro que os lo tenía que haber dicho.

—Sí —admito, incapaz de enfadarme con él porque... porque tiene razón.

—Joder, *Totó*, fuiste su primera vez. ¿Eso no te dio ninguna pista? ¿Cómo no lo viste?

—¡Silencio al fondo a la derecha! —nos reprende la bibliotecaria a gritos. Claro, ella sí puede gritar. Escondemos las cabezas en los libros y seguimos hablando en susurros.

—No lo sé.

—Pero ahora estás a tiempo de arreglar las cosas.

—Ahora no puedo, Adam. Estoy demasiado afectada.

—Tú todavía lo quieres.

Algo que Adam ha sabido desde siempre. Me pregunto si también sabe...

—¿Y él a mí?

Su respuesta: primero me mira a los ojos con intensidad. Y después...

—Pregúntaselo.

—Me dijo que no.

—Y tú a él.

—Joder, sí que os lo contáis todo.

—Yo no pienso entrometerme; sois adultos, arreglad vuestras desavenencias y dejad de comportaros como críos.

—Bueno, ya veremos.

—También sé que no le has contado todo. Sigue pensando que quieres al inútil de Von Kleist.

—No insultes a Will, que no te ha hecho nada.

—Algún día te contaré cuatro cosas de Will, cuando tengas la cabeza más despejada y lo veas todo desde otra perspectiva.

—¿Qué quieres decir?

—Nada —dice, restándole importancia con un gesto de la mano—, cosas mías. Oye, *Totó*...

—¿Qué?

—Lo estás haciendo fatal. Lo sabes, ¿no?

—Sí.

—¿Y por qué no lo arreglas?

—Es complicado.

—No lo es. Sois vosotros los que os empeñáis en complicarlo. No quisisteis discutir lo que ocurrió por no destruir vuestra amistad y, al final, mira lo que ha pasado.

—Dame tiempo, Adam.

—Claro, porque los últimos seis años no han sido suficientes.

—Deja de machacarme, necesito un hombro en el que llorar, no una espada de la que defenderme.

Adam se ríe a carcajadas por mi comentario.

—Pero mira que eres tontita.

Sonreímos los dos y nos abrazamos.

—¡A los tortolitos del fondo! —interrumpe de nuevo la bibliotecaria—. Me alegra mucho que arregléis vuestras diferencias de enamorados —se ha equivocado de chico, y mira que llevamos años viniendo—, pero aquí se viene a estudiar.

—Qué ganas tengo de acabar la carrera y decirle cuatro cosas a esa mujer odiosa. No sé si regalarle un donut o un puto consolador —me dice Adam al oído—. En fin, pongámonos a lo nuestro.

Durante la siguiente hora, Adam me muestra las fechas de los exámenes y el *planning* que han organizado entre los dos para que pueda aprobar las dos carreras. Empiezo a recorrer las fechas una a una hasta que una sombra se cierne sobre mí.

Oliver Aston.

—He venido a coger una cosa —me explica, sin que yo le pregunte nada.

—Bien, cógelo y lárgate. —Muy bien, Sara. Ha quedado más que claro que el mantra no funciona. Habrá que buscar otra alternativa.

—¡Joder, Sara! ¡¡Ya está bien!!

La bibliotecaria nos llama la atención, una vez más. Una más y nos echa, lo veo en su mirada. Oliver se agacha para quedar a mi altura y me habla al oído.

—Sara, ante todo soy tu mejor amigo. Eso nunca va a cambiar.

—Eso ya ha cambiado —contesto, sin despegar los ojos del *planning*.

—Tienes que contarme ese secreto tuyo que tienes para pasar del amor a la indiferencia.

—¿Amor? Hace muchos años que no te quiero de esa manera, Oliver. No te lo tengas tan creído.

—No hace tanto tiempo —titubea—. Y el amor no se acaba de un día para otro.

—El mío sí, a lo mejor... a lo mejor nunca estuve enamorada de ti, quizá fue un capricho. De lo contrario, no te habría olvidado tan fácilmente, ¿no?

Me siento mal al mentirle a la cara, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? No sé defenderme de otra manera.

—O a lo mejor eres una cría inmadura.

Muy digno, gira sobre sus talones y vuelve a su sitio sin darme derecho a réplica.

Planifico todas mis asignaturas con esmero. En algunas tengo que hacer un examen final y en otras tengo que presentar un proyecto. En estas últimas semanas, por increíble que parezca, Oliver se ha ocupado de ello y los tiene terminados. En cuanto Adam me da esta información, un vacío enorme se me instala en el pecho y me siento fatal por cómo me estoy comportando. Si Oliver es capaz de aislar nuestros problemas y seguir siendo mi mejor amigo, yo también debería poder hacerlo.

Me levanto de mi sitio y me acerco a su mesa. En cuanto llego, alza la vista y me mira con expectación. Venía con la firme intención de darle las gracias por su ayuda, pero hay algo que me carcome por dentro. Es esa frase que me ha dicho antes: *Y el amor no se acaba de un día para otro*. A pesar de que me tiembla todo el cuerpo y de que estoy a punto de vomitar por los nervios, se lo pregunto.

—¿Tú me quieres? Y no me refiero a quererme como amiga, me refiero a querer de...

—Sé a lo que te refieres —me interrumpe con brusquedad.

—¿Y bien? —La sensación de malestar no desaparece de mi cuerpo; más bien, todo lo contrario, se acrecienta. Al tembleque y a las ganas de vomitar hay que sumar sudor de manos y posible desfallecimiento, porque la sala ha empezado a girar sin parar.

—No.

¿No? Ahí lo tienes, Sara, todas tus dudas resueltas. El poco sonido de fondo de la biblioteca de pasar hojas y poco más desaparece de mis oídos y solo escucho un pitido, que amenaza con acabar con mi vida en menos de dos segundos.

—No pienso contestarte mientras mantengas esa actitud hostil conmigo. Así no se hablan las cosas.

«Espera. Retrocedemos». Capto sus palabras y el pitido cesa. ¿Qué acaba de decirme?

—¡Tú también estás hostil! —le suelto sin pensar. Estoy demasiado

aturdida.

—¡¡¡Shhhhhh!!! —La bibliotecaria, otra vez. Hoy se está ganando cada penique de su sueldo—. ¡Será posible, señorita Summers!

—Joder, estoy enfadado contigo, Sara —me dice Oliver, sin hacer caso a esa odiosa mujer—. Ni te imaginas cuánto. Finjo —queda claro que mucho mejor que yo— no estarlo porque lo necesitamos. No me apetece desnudarme delante de ti. Ahora, no.

Después de esta última discusión, no volvemos a tocar el tema. Me aísló en los estudios y lo consigo. Desconecto, por fin.

Dos meses después

3

Vacaciones de verano

Los días y los exámenes pasan rápido. Para cuando me quiero enterar, estoy saliendo del que, con toda probabilidad, será mi último examen de la universidad.

Y quince días más tarde tenemos los resultados. No tengo ni idea de cómo he sido capaz de licenciarme.

Se acabó la universidad.

Así que hoy es un día más en mi nueva vida de postuniversitaria. El sol no brilla y los pajaritos no cantan y, como he terminado los exámenes, no tengo que fingir que mi vida no se ha ido a la mierda por unos puñeteros malentendidos. Por increíble que parezca, después de dos meses obviando mi situación, no estoy triste, solo estoy... indiferente. Sin objetivos a la vista y sin nada más que hacer que verlas venir. Quizá, así, me empiecen a salir bien las cosas.

Como hoy es jueves, hemos quedado toda la pandilla en el pub de siempre. Yo no quería ir, pero Adam me ha convencido para hacerlo, no por las razones que me daba él, sino para que dejara de darme la tabarra. Al principio, he pensado que seguro que a Will le sentaba como una patada en el culo, pero, un segundo después, me he dado cuenta de que Will y yo no somos nada. Todavía me cuesta creerlo, o aceptarlo, no sé. No es fácil acabar de la noche a la mañana con las rutinas que llevas años siguiendo. Will y yo no estamos juntos. Oliver y yo estábamos enamorados. Oliver y yo no somos amigos. El latigazo que me da el corazón incluso hace que me estremezca desde la cabeza hasta los pies.

—¿Sara? —Pear me zarandea el cuerpo y por poco se me cae la Coca-Cola que sujeto en la mano.

—¿Qué pasa?

—Te hemos preguntado si te parece bien.

—¿El qué? —Creo que me he perdido la última media hora de conversación.

—¿Dónde has estado la última media hora?

—Aquí, con vosotros.

—Hablábamos sobre la posibilidad de hacer un viaje por la costa de Croacia en barco durante quince días y, a la vuelta, parar en la isla de Ibiza un

par de semanas más —me explica Brian.

—¿Cuándo habéis pensado todo eso?

—En la última media hora en la que estabas *aquí, con nosotros* —me aclara Oliver con retintín.

—¿A ti qué te parece? —me pregunta Adam antes de que me lance al cuello de Oliver Aston. Estoy segura de que disfruta tocándome las narices. Supongo que será su forma de vengarse por la frustración que debe de sentir con mi actitud errática. Y, bueno, quizá por lo mal que hice las cosas en el pasado. De cualquier manera, me molesta, y supongo que mi mirada matadora ha debido de darle pistas a Adam de mis intenciones.

—¿Podéis cogeros tantas vacaciones? —pregunto a mis amigos trabajadores.

—No te preocupes por eso, lo hemos arreglado en nuestros trabajos.

—Yo me he quedado sin vacaciones de Navidad durante los próximos tres años —me informa Olivia.

—Bien, haced lo que queráis —opino con desgana.

—Pero tú vienes, ¿no? —Pear me mira con esperanza.

—Sí, ¿por qué no? No tengo nada más que hacer.

—Tu entusiasmo es contagioso de pelotas —añade Oliver.

Queda más que claro que la tregua que nos habíamos dado para aprobar los exámenes ha llegado a su fin.

—Pues tengo un saco lleno.

—¿De entusiasmo o de ganas de tocar los cojones?

—¡Decidido entonces! —grita Moira para calmar las aguas—. Nos vamos de vacaciones a Croacia y a Ibiza. Ya me ocupo yo de todo y os voy informando.

—A mí ni te molestes en informarme de nada, desde ahora te digo a todo que sí.

Joder, a veces me sorprendo incluso yo de lo borde que puedo llegar a ser, pero es que me sale solo.

—Meted en la maleta un saco de paciencia. Lo vamos a necesitar.

—Sobre todo tú, rubiales. No tienes ni idea de lo insoportable que puedo ponerme.

—Créeme, lo sé.

Lo miro con desdén y sigo perdida en mis pensamientos.

Daniel

Que mi hermana se vaya de viaje con sus amigos no me parece la mejor idea del mundo, teniendo en cuenta que en ese grupito de amigos está Oliver. Pero así lo han decidido y cualquiera les dice nada. No he hablado con mi hermana en persona, pero sospeché que algo gordo había pasado desde el minuto uno en que Will y Sara lo dejaron de repente.

Primero me enteré de que fue Will quien había dejado a mi hermana al descubrir que ella y Aston estuvieron liados, pero, dado que este no quería darme ningún tipo de explicación más (y mi hermana todavía menos), fui a buscar respuestas con Adam. Él siempre lo sabe todo. Me hizo un resumen demasiado escueto, pero lo suficientemente detallado como para darme cuenta de que mi hermana sufría de nuevo por el jodido Oliver Aston. Su relación con Will estaba condenada al fracaso desde hacía años. Creo que, en realidad, siempre lo había estado.

Y por eso me encuentro en la cocina de los Aston tomando café con el más joven y jodidamente impertinente de la familia. Tomando café en completo silencio, porque hablar con Oliver no es fácil.

—¿A qué has venido, Summers?

Tomó lo que me queda de café y dejó la taza en la mesa. Me encuentro con su mirada y decido, por una vez en la vida, hablar con él sin segundas intenciones y sin odiarlo por dentro por tener a mi hermana a su merced desde los putos nueve años.

—Mi hermana no está bien.

—Ya lo sé.

—Este viaje es una pésima idea. —¿Quince días enteros con él en un barco sin opción de poder escapar? ¿Y luego otros quince días habitando juntos en la misma casa? Es la peor idea del mundo, teniendo en cuenta lo que le gusta a mi hermana huir de sus problemas en lugar de afrontarlos.

—Se supone que lo hacemos por ella. Para que se despeje y se olvide de...

Aston duda, pero yo tengo claro de qué (o, mejor, de quién) tiene que olvidarse.

—¿De ti?

—De lo que ha pasado —me corrige, visiblemente cabreado.

—Es lo mismo.

—Eso no es...

—Aston —lo interrumpo, antes de que hable—, el caso es que tengo miedo de que mi hermana se descontrole.

—Eso no va a pasar, puedo controlarla.

—*Podías* controlarla. Ahora tú eres el foco de sus problemas.

—También está Adam.

Sí, pero no sé si será suficiente. Decido acabar con esta conversación y le hago saber el objetivo final de mi visita.

—Llamadme si me necesitáis, ¿de acuerdo?

—Tranquilo, ya te he dicho que puedo controlarla.

—Quítate esa falsa egolatría delante de mí, no es necesaria. Y llámame, por favor, solo si la situación se descontrola. Solo si mi hermana se descontrola.

—Está bien —claudica. Y, joder, se le ve afectado.

—Tú tampoco estás bien. —Las palabras salen de mi boca sin que pueda detenerlas.

—¿Alguna cosa más? —me pregunta, con acritud, ignorando mi última afirmación. Antes de que me dé tiempo a contestarle, su madre entra en la cocina.

—¿Te quedas a cenar, cariño?

—No. Gracias por la invitación, pero he quedado.

—Bueno, otro día.

—Sí, adiós.

Me voy con la misma intranquilidad con la que he venido, porque, joder, este viaje es una pésima idea. Deberían irse ellos y dejarme a mí a Sara, pero sé que eso no va a pasar, por lo que lo mejor que puedo hacer es no irme demasiado lejos por si Aston me llama.

Sara

Primeros minutos en el velero y quince días más por delante aquí metida. Eso supone veintiún mil seiscientos minutos. Demasiado tiempo rodeada solo de agua y... Oliver. ¿En dónde me he metido?

Según he subido al barco, me he quedado en medio de la cubierta sin saber qué hacer. Mientras notaba el movimiento de mis amigos a mi alrededor, organizando maletas y camarotes, me he dirigido como una autómata a la proa del velero. Sujetándome a la vela de proa, me he sentado y me he quedado con la vista clavada en el horizonte; en el mar. Y aquí sigo, una hora después.

Si echo la mirada hacia atrás, me saluda la ciudad costera de Split, que es desde donde arrancamos nuestro viaje. No me he fijado demasiado en ella por el camino, pero lo poco que he visto me ha causado buena impresión. Además de ser una ciudad declarada patrimonio de la humanidad, me ha parecido una urbe con mucha vida. Calles medievales, restos romanos y palacios. En otras circunstancias, seguro que hubiera callejeado por todos sus rincones sin descanso.

Miro de nuevo al horizonte, que en escasos minutos se ha teñido de naranja, y permanezco inmóvil hasta que se esconde el sol. El velero comienza su travesía y pronto el viento me refresca el cuerpo. Me abrazo a mí misma, para resguardarme del frío, y sigo contemplando cómo nos introducimos de lleno en las oscuras aguas del mar Adriático. Mis amigos pululan a mi alrededor, pero ninguno se acerca a mí hasta horas después.

—¿Sara?

Sin mirar atrás, siento cómo Pear se acerca y se sienta junto a mí. Me coloca una sudadera en la cabeza y me ayuda a ponérmela. Me envuelve el calor y el olor de mi mejor amiga. Le sonrío, como muestra de agradecimiento, y paso mi brazo por sus hombros.

—Estás helada —me dice.

—Estoy bien.

—He dejado tus cosas en el camarote de Adam.

Asiento con la cabeza y desenfoco mi mirada, otra vez, en el mar. Nos quedamos en un cómodo y agradable silencio hasta que es interrumpido por el vozarrón de Brian.

—¡Pear! Ya está la cena.

—¡Ahora voy! —grita mi amiga como respuesta—. ¿Vienes? —me pregunta.

—No tengo hambre. Luego picaré algo.

—Está bien —me dice, poco convencida.

Las siguientes horas son horribles. Es como cuando estás a pleno rendimiento y no notas el cansancio hasta que paras, y entonces te viene todo encima. Eso es con exactitud lo que me sucede. De repente, soy consciente de toda mi realidad. La mentira que construí en mi cabeza para sobrevivir a los exámenes de la universidad cae y la presión que siento sobre mi cuerpo es tan fuerte que no sé si voy a poder sobrevivir a ello.

Aunque mi cuerpo permanece quieto, sin moverse, la sensación que tengo es que me muevo y caigo al agua. Intento nadar para que las olas no me engullan hasta lo más profundo, pero, por más que lo intento, no lo consigo. Me falta el aire, y el terror envuelve mi cuerpo. Me hundo.

Me levanto con la respiración entrecortada y rezo para que el oxígeno no abandone mis pulmones. Salto de la proa como puedo y corro a los camarotes en busca de mi salvavidas. Bajo las escaleras, apoyándome en la barandilla, y abro una a una todas las cabinas que encuentro a mi paso. Solo tengo que asomar la cabeza en cada una de ellas para saber que no es la que busco, hasta que por fin la encuentro. No importa que la negrura no me permita apenas vislumbrar nada. La escasa luz de la luna, que se filtra por la pequeña ventana del camarote, es suficiente para reconocer el bulto que se cobija bajo las sábanas: Adam.

—Adam. —Mi susurro entrecortado consigue que mi amigo yerga la cabeza y me descubra parada en el umbral de su cabina. Ni siquiera le doy tiempo a que hable; me lanzo a sus brazos y me echo a llorar como hacía años que no lo hacía. Es un llanto desgarrador, que me parte el alma. Es mi única manera de mostrar lo asustada y perdida que me siento. Y lo arrepentida que estoy por las decisiones tan erróneas que he tomado en la vida. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo. Ojalá pudiera.

—Shh, ven aquí. —Adam me abraza con fuerza—. Suéltalo todo. Ahora sí, *Totó*. Yo te sujeto.

Lloro en sus brazos, durante horas, mientras Adam me acaricia la cabeza con suavidad. Los brazos de Adam siempre han tenido un efecto tranquilizador en mí. No tiene que decirme nada, tan solo abrazarme.

—¿Qué hemos hecho, Adam? —le pregunto, por fin, entre sollozos.

—Nacer, crecer, quererlos, joderlos, equivocarnos...

Supongo que eso lo resume todo, sí.

—Y ahora toca perdonar y aprender, Sara.

—No me gusta que me llames Sara.

—Y a mí no me gusta que toques tanto los cojones aquí y allá, pero es lo que hay. Y, aun así, te adoro por ello.

Adam me estrecha más fuerte entre sus brazos, mostrándome todo su amor.

—Y Oliver también —añade.

—Necesito tiempo —le digo.

—Tómame todo el que necesites, pero con cabeza, ¿de acuerdo?

Asiento y me quedo dormida en sus brazos.

Cuando me despierto a la mañana siguiente, estoy sola en la cama. Durante dos segundos, mi mente está limpia y mi cuerpo tranquilo. Dos segundos. Ese es el tiempo que tarda mi cerebro en reubicarse y revivir la noche de ayer, y en atormentarme de nuevo con las peores imágenes de mi vida.

El despecho de Will es lo primero que me viene a la cabeza. Su imagen, arrodillado enfrente de mí, suplicándome por otra oportunidad. Ningún ser humano con un corazón bombeando en su interior sería inmune ante tan desoladora visión. Yo, desde luego, no lo soy, y menos aun sabiendo que yo lo puse en esa situación, mi egoísmo lo hizo, porque cuando decidí volver con él estaba segura de que no estaba enamorada de él.

La imagen de Will es sustituida por la de un Oliver arrodillado, rodeándome la cintura con los brazos y besándome las caderas, pero la felicidad solo dura un espasmo porque esa imagen hace muchos años que dejó de ser algo real. Lo hizo en el momento en el que decidí no bajarme de ese avión. Y aunque debí haber confesado mis sentimientos en una de tantas oportunidades que tuve, Oliver tampoco lo hizo. Y ese mismo Oliver me quería desde la primera vez que tuvimos relaciones sexuales, tal vez incluso desde mucho antes, pero nunca dijo nada.

Sacudo la cabeza y me levanto de la cama. Las paredes del camarote se me echan encima y me asfixian sin remedio. «Tengo que salir de aquí. Tengo que dejar de pensar». Y solo se me ocurre una idea para dejar de hacerlo: ejercicio físico.

Me dirijo con paso rápido al pequeño armario al fondo del compartimento y abro una de las puertas. Tal y como pensaba, Pear ha sacado toda mi ropa

de la maleta y la ha ordenado entre las perchas y las baldas. Abro uno de los cajones y encuentro mi bañador deportivo. Me quito la ropa que llevo puesta desde ayer y salgo solo con el bañador puesto. Entro en la cabina y me encuentro con Marco al timón. El abuelo de Brian siente pasión por el mar y siempre lo ha llevado con él en su lancha a motor. Le enseñó a navegar y Brian hizo lo propio con Marco.

—Sara.

Solo necesito una mirada suya para darme cuenta de que ayer por la noche escuchó mis terribles sollozos.

—Para.

—¿Qué?

—Detén el velero.

—¿Ahora? Sara, estamos en medio de la nada. Tardaremos un rato en llegar a Drvenik.

Apoyo mi mano en la suya y lo miro con ojos suplicantes.

—Detenlo, ahora.

Marco sigue dudando.

—Por favor, será solo un momento.

—Está bien.

Sin darle tiempo a preguntarme la razón por la que quiero que pare la nave, salgo de la cabina y, a los pocos pasos, me encuentro con mis amigos desayunando en una mesa situada cerca de la popa. Las conversaciones cesan en ese momento, y todos me miran con lástima. Todos menos Oliver, que mantiene su mirada clavada en el desayuno. Estoy segura de que no solo Marco me escuchó llorar ayer durante horas. Todos lo hicieron.

Nos quedamos mirándonos los unos a los otros sin que nadie se arranque a decir nada, hasta que el velero para. El sol me pica en mi cuerpo casi desnudo, por lo que deduzco que debe de ser mediodía. Siento cómo nos detenemos. Sin pensármelo dos veces, me subo a la baranda y me tiro de cabeza a las frías aguas del Adriático.

En cuanto mi cuerpo sale a la superficie en busca de oxígeno, empiezo a nadar con control y sin alejarme demasiado del velero; no quiero matarme en el intento. Lo único que quiero es olvidar, despejar la cabeza.

Cuando doy la vuelta y me dirijo de nuevo al yate, veo que Adam está metido en el agua esperándome. Me acerco nadando hasta él y, con solo mirarlo una vez, entiendo que necesito hacer esto. Aun así, cada vez que doy la vuelta y vuelvo a su posición, siempre está esperándome. Cincuenta largos

después, no es Adam quien me espera, sino Oliver. Y después de él, Pear, Olivia, Brian.

Ignoro el tiempo que paso nadando, pero calculo que horas, teniendo en cuenta el estado de mi cuerpo cuando decido volver a la nave. Marco es quien me espera junto a las escaleras, me ayuda a subir y, aunque en mi destino me esperan demasiados rostros pidiendo explicaciones, lo único de lo que soy capaz es de aguantarme las ganas de vomitar hasta que llego al cuarto de baño. Recorro el camino corriendo, sin saber cómo es posible que las piernas me respondan, y con la mano en la boca. Abro la puerta del servicio y, sin encender la luz, me pongo de rodillas y vomito.

Me quedo sentada en el suelo a punto del desmayo y empiezo a tiritar de frío y de deshidratación. Apenas puedo abrir los ojos, a pesar de que estoy acostumbrada a nadar en el mar sin necesidad de usar gafas de buceo. He estado demasiadas horas metida en el agua salada y me escuecen tanto los ojos que me entran ganas de arrancármelos.

—Joder, *Totó*. Podías haber parado antes. —Adam me pone una gruesa toalla por encima y me frota los brazos para que entre en calor.

—Lo necesitaba —contesto como puedo. A pesar de que ahora me siento como si estuviera a punto de morirme, mientras nadaba, lo único que pasaba por mi cabeza era el ritmo de mis acompasadas respiraciones y poco más. El dolor físico superaba el dolor emocional.

—Abre los ojos —me pide mi amigo con suavidad.

—No puedo —le digo, frotándomelos—. Me pican mucho.

—No te toques. —Adam me aparta la mano—. Intenta abrirlos mientras voy a buscar algo para curarte eso.

En los escasos minutos que tarda Adam en volver al baño, consigo abrir una pequeña rendija de mis hinchados y doloridos ojos. Me echa unas gotas que escuecen como si me echaran alcohol en una herida abierta y me trae algo para beber.

—No quiero beber, no me entra nada, solo quiero descansar.

—Sara, no me toques los cojones, no puedes estar así.

Al día siguiente, mi intención es seguir la misma rutina. Levantarme, nadar hasta reventar y dormir hasta la extenuación. Lo que sea con tal de no pensar en nada. Una vez que tengo el bañador puesto, voy directa a la cabina en busca de Marco, que, en cuanto me ve aparecer por la puerta, me señala con su dedo acusador a la vez que me grita.

—No pienso parar el velero. Da media vuelta y desayuna algo tranquila.

—Quiero nadar.

—¿Otra vez? Ni de coña. —Gira la cabeza y agarra el timón con fuerza.

—Sí, otra vez. ¿Vas a parar el velero o salto sin más?

—No, joder, tú eres capaz de tirarte en este instante. Espera que paro.

Así actúo durante días. ¿Cuántos? Ni idea. Creo que hemos parado en las islas Drvenik, en Vis y en Bisevo. Seguro que son ciudades preciosas, pero la verdad es que no tengo ni idea porque no me he bajado del barco en ninguna ocasión, por más que me han insistido mis amigos. Y me han insistido mucho, pero, para un rato que tienen para olvidarse de mí y disfrutar de sus vacaciones, no quiero estropeárselo. Estoy segura de que no saben qué hacer conmigo.

Una mañana, cuando me despierto, mi idea original es seguir la rutina impuesta en los últimos días, pero hay algo que me lo impide. Me pongo el bañador y salgo a cubierta, pero, en lugar de ver a mis amigos desayunando, me encuentro con mi hermano esperándome al final de las escaleras con los brazos cruzados y cara de mala hostia.

—¿Daniel? ¿Qué haces aquí?

—He oído que estabas divirtiéndote sin mí y no he querido perdérmelo.

Aparto a mi hermano de un empujón y camino hacia mis amigos en busca de respuestas. Pronto me percató de que estamos parados en el puerto de alguna ciudad.

—¿Quién lo ha llamado? —pregunto a todos, pero dirijo mi mirada, con especial énfasis, a Pear.

—He sido yo —confiesa Oliver, sin el menor ápice de arrepentimiento. Incluso diría que me reta a que se lo eche en cara.

Creo que es la última persona de la que me esperaría algo así, dado que su relación con mi hermano es inexistente.

—Sara, vamos a dar un paseo —me dice mi hermano.

—No me apetece.

—Sara, vamos. —Mi hermano me sujeta del codo y me arrastra hacia los camarotes.

—¡Que me sueltes! —Me despojo de su agarre y lo empujo para que me deje en paz, pero para lo único que sirve es para que me sujete con más fuerza de ambos brazos y me empuje contra la pared.

—¡Cambia de actitud conmigo, niña! He tenido que coger tres vuelos, un ferry y un autobús para llegar desde Edimburgo hasta aquí. Llevo dos días sin dormir y eso me pone de muy mala hostia y, como me sigas tocando los

cojones, te subo a un avión de vuelta a casa antes de que te des cuenta.

Busco a Pear con la mirada, en busca de ayuda, pero niega con la cabeza, haciéndome saber que está de acuerdo con la actitud de Daniel. Genial. ¿Ahora se pone de su parte? ¿No se supone que no se soportan el uno al otro?

—Vamos a dar un paseo —me dice despacio y con calma—. Cámbiate, que te espero aquí. Tienes cinco minutos.

Mientras bajo las escaleras, mi hermano me suelta otra de sus amenazas. Intuyo que en el día de hoy va a haber unas cuantas.

—¡Cinco minutos, Sara! Ni uno más. Te juro que te cojo del brazo y te saco a la calle estés como estés.

Sí, lo sé. Mi hermano siempre ha cumplido con sus amenazas. Sé que habla en serio. Maldito Oliver Aston metomentodo.

Cuatro minutos y cuarenta y siete segundos después, subo las escaleras, preparada para dar ese paseo obligado con mi hermano. Salimos del velero y cruzamos el puerto en dirección al centro de la ciudad.

—Vamos a pasear por la ciudad hasta encontrar un sitio agradable donde comer algo y, así, de paso, hacemos turismo.

—Ni siquiera sé en qué ciudad estamos —murmuro en bajito, pero, por desgracia, el oído hiperdesarrollado de mi hermano lo escucha.

—¿Qué has dicho?

—Que no sé dónde estamos.

—Joder, qué ganas me entran de darte dos hostias. ¿Para qué coño has venido a este viaje si no sabes ni dónde estás? Sabía que debía habértelo impedido. Camina delante de mí y ni me hables, a ver si me tranquilizo.

—Me parece perfecto. Y... estamos ¿en...?

—Korcula —escupe, cabreado.

—Ajá.

Por lo que puedo ver, esta ciudad está rodeada por imponentes almenas defensivas, emana historia por doquier con sus calles de mármol y sus muchas construcciones renacentistas y góticas. Nos sentamos en una modesta terraza y mi hermano pide comida para cuatro.

—Te has pasado. No tengo tanta hambre.

—Pues es todo para ti. Tómatelo con calma, no tenemos prisa.

—¿Estás loco? No puedo comerme todo esto.

—Yo ya he desayunado y tú llevas una semana sin apenas comer. Empieza, porque frío no te va a saber igual. Lo digo por ti. —A continuación, coge el periódico de la mesa de al lado y comienza a leer, ignorándome por

completo.

—Si me como todo esto, voy a vomitar.

—Bueno, nada nuevo, ¿verdad? —Continúa leyendo sin mirarme—. Al menos vomitarás comida y no bilis.

—¿Te crees muy gracioso?

Baja el periódico y acerca su cabeza a la mía con aire amenazador.

—¿Gracioso? No. Créeme que no me hace ni puta gracia que lleves una semana sin comer y nadando hasta vomitar. Por suerte o por desgracia para ti, yo no soy ninguno de tus amiguitos. A mí no me camelas con tus lloros y tus lamentaciones. Cómete la puta comida o te juro por mi vida que te la meto por la boca a la fuerza.

Joder, cualquiera le lleva la contraria. Empiezo a comer, pero enseguida se me llena el estómago. Y todas las súplicas que le dedico a mi mellizo no sirven de nada porque me obliga a comerme todo el desayuno. Solo una hora después, cuando ve que estoy hasta arriba, mete su tenedor en mi plato para ayudarme a terminar lo poco que me queda. Me tomo una manzanilla para que no me haga daño al estómago semejante atracón y nos quedamos una hora más en completo silencio.

Cuando mi hermano lo considera, nos levantamos y caminamos unas horas por la ciudad. En el fondo de mi corazón se lo agradezco, porque necesitaba andar y despejarme. Antes de volver al barco, paramos en un restaurante italiano para comer. Todavía tengo el copioso desayuno tardío en la boca del estómago, pero ni me molesto en negarme, no me va a servir de nada.

Después de comer, volvemos a quedarnos en silencio, hasta que lo rompe mi hermano.

—Tienes una pinta horrible. ¿Eres consciente?

—No me he mirado al espejo.

—Sara, que no tenga que volver. Compórtate o te vuelves conmigo a Edimburgo. Se acabó el nadar hasta vomitar, el no comer y se acabó todo lo demás. ¿Me has entendido?

—Sí. —Y lo he hecho. Me cabrea no poder hacer lo que me salga de las narices, pero, como no quiero tener al pesado de mi hermano detrás de mí de nuevo, tendré que controlarme. Él, que me conoce demasiado, sabe lo que estoy pensando.

—No lo hagas por mí, Sara. Hazlo por ti. ¿No te das cuenta de que no puedes seguir así? ¿Cuándo va a acabar esta tortura que te estás imponiendo

tú sola? No tiene ningún sentido. Lo hecho, hecho está. Ahora toca mirar hacia delante.

—No es tan sencillo, solo dame tiempo. Lo único que quería era... dejar de pensar en mis problemas.

—Por dejar de pensar en ellos no van a desaparecer, Sara. Es la historia de siempre, afróntalos de una puta vez.

Tiene razón. Siempre tiene razón.

—Te prometo que voy a hacer un esfuerzo.

—Más te vale. Porque, si sigues en las mismas, me voy a enterar. Tengo a Aston de mi parte. Nadie lo diría, ¿eh?

—Ahora mismo, cualquiera que esté en mi contra goza de su gratitud.

—No machaques tanto al rubiales.

—¿En serio, Daniel?

—Sara, solo digo que esto no es fácil para ninguno de los dos, pero estáis enfadados por algo que pasó hace más de cuatro años y, además, lo superasteis en su momento. Esa lucha interna que tienes contigo misma no tiene ningún sentido.

—Pero es que esos cuatro años han sido una mentira, Daniel. He dado la espalda a toda mi vida por una mentira. Volví con Will, intenté que lo nuestro saliera bien, dejé de salir con mis amigos, dejé a Adam y Oliver de lado, dejé de ir a patinar...

—Sara, eso no es así. De toda la población mundial, tú eres la persona que más tiempo dedica a sus amigos.

—No es verdad. Había días que no pasaba apenas tiempo con Oliver y Adam. Y con el resto de la pandilla solo me veía los jueves y algún fin de semana.

—Sara, eso es lo normal para cualquier amigo.

—Para nosotros no.

Daniel suspira.

—Ya lo sé.

—Todo es una mierda, Daniel.

—Bienvenida al mundo real, Sara. ¿Crees que la vida de los demás es fácil? ¿Que solo vosotros dos os equivocáis? No puedes machacarte por haber cometido errores, lo que tienes que hacer es intentar no seguir cometiéndolos. Y recuperar tu vida. Tus amigos, tus patines, tus aficiones. No debiste dejarlo. Will te quería como eras. No debiste convertirte en la novia que creías que él quería.

¡Mierda! Otra vez tiene razón. ¿Por qué siempre tiene razón? ¿Por qué mis problemas parecen más pequeños cuando los hablo con él? Me he estado comportando como una imbécil.

—Dame tiempo, Daniel. Estoy trabajando en ello.

Ya está entrada la noche cuando decidimos volver al velero. Y aunque no se lo digo con palabras, mi hermano sabe que agradezco lo que ha hecho hoy por mí.

—Aquí la tenéis, como nueva —comunica a toda la tropa según entramos.

—Daniel, ¿te quedas a cenar? —le pregunta Pear con voz amable. ¿Cuándo han empezado estos dos a llevarse bien? Observo a mi hermano y descubro que no soy la única que se ha sorprendido por la amable pregunta.

—Sí, y a dormir —contesta dudoso—. Mi viaje de vuelta comienza mañana temprano.

—Genial, pongo dos cubiertos más y cenamos.

¿¿Otra vez a comer?? ¡No, por favor!

—¿Ahora? Me he pasado el día comiendo.

—Pues un poquito más, verás como caes redonda en la cama.

—Daniel, dame un poco de tregua. —Nos miramos a los ojos y llegamos a un entendimiento.

—Está bien, pero es la última comida que te saltas. Sabes que hablo en serio, Sara.

—Tranquilo, me lo has dejado claro.

—Perfecto, entonces. Vete a dormir.

Daniel se va mañana, así que me acerco a él, le doy un beso en la mejilla y le susurro un *gracias* al oído.

Me doy la vuelta y paso al lado de mis amigos. Mañana les pediré disculpas por los malos ratos que les he hecho pasar, a todos menos a Oliver, porque, aunque reconozco que la visita de mi hermano es lo mejor que me podía haber pasado y que ha sido gracias a él, no puedo disculparme, no me siento con fuerzas tal y como está nuestra situación en estos momentos.

Me voy a mi camarote y cierro de un portazo. Me lo pedía el cuerpo. No he llegado ni a tumbarme en la cama cuando la puerta se abre.

Oliver me mira, y es tal el dolor que vislumbro tras su máscara fría de imperturbabilidad que estoy a punto de correr hacia él y abrazarlo como hace años que no lo hago, pero el momento se rompe en cuanto sujeta la puerta con fuerza, la cierra con un portazo todavía más fuerte que el mío y se marcha.

Pues sí que lo he cabreado. Quizá debería replantearme lo de no disculparme con él...

Vacaciones de verano: segunda parte

Después de la visita de mi hermano, las cosas se tranquilizan. No es que mi humor haya mejorado, pero me comporto como una persona civilizada, al menos con la mayoría de mis amigos, porque, con Oliver, la cosa está peor que nunca.

Ni me habla, ni me mira, ni se acerca a mí y... duele. Duele un montón. Supongo que me lo merezco. Y ni él hace el intento por acercarse ni yo tampoco.

Yo llevo su indiferencia lo mejor que puedo y finjo que no me importa, aunque creo que no engaño a nadie. Puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que, en todos los años que la pandilla llevamos siendo amigos, jamás se habían cruzado tantas miraditas mal disimuladas a mi costa.

Durante el resto del crucero, Adam y Pear me obligan a visitar todas las islas y ciudades en las que paramos, y he de reconocer que me viene bien, me despeja y me entretiene a la vez. Aunque reconozco que la mayoría de las veces estoy mirando a Oliver, que camina siempre delante de mí, también veo muchos monumentos y paraísos naturales impresionantes. Durante esos días visitamos Mljet, Scedro y Hvar.

La isla de Mljet posee una leyenda de amor intensa, que tiene como protagonistas a Ulises y Calipso. Después de la caminata que nos hemos dado, me siento en la hierba mirando al mar y pienso en ellos, en su historia.

Cuenta la mitología que, tras nueve días a la deriva, Ulises desembarcó en la isla de Ogigia, donde vivía Calipso, la hija del titán Atlas. Y esa mítica isla de Ogigia se dice que es Mljet. Observando a mi alrededor, sí tengo que reconocer que estos parajes se ajustan bastante a las descripciones que hacía Homero en *La Odisea*.

Calipso retuvo a Ulises durante la friolera de siete años y trató de hacerle olvidar Ítaca, su patria, pero él se cansó pronto de sus abrazos y solía sentarse abatido en la costa, mirando al mar, tal y como estoy haciendo yo ahora, pensando en mi historia de amor y en el vacío que habita en mi interior, que me desgarran desde hace meses.

En aquella ocasión, Zeus envió a Hermes con la orden de que Calipso dejara en libertad a Ulises, y ella no tuvo otra opción que obedecer. Le construyó una balsa, la abasteció y, aunque Ulises sospechaba que le estaba

tendiendo una trampa, Calipso juró por el Estigia que no lo engañaba y le prestó un hacha, una azuela, taladros y todas las demás herramientas necesarias para que Ulises improvisara una balsa con una veintena de troncos de árbol enlazados. Después, la botó al agua con rodillos, dio un beso de despedida a Calipso y partió empujado por una suave brisa.

Es un claro ejemplo de lo destructivo que puede llegar a ser el amor si una de las dos partes se obsesiona. ¿Sería yo capaz de llegar a esos extremos? Creo que no.

Aunque, pensándolo bien, si retuviera a Oliver durante años en esta isla, seguro que al final llegaríamos a un entendimiento. No nos quedaría más remedio si fuéramos los únicos habitantes. Pensar que la solución a mis problemas con Oliver radica en encerrarnos en una isla es desolador. ¿Hasta esto hemos llegado?

—¿En qué piensas?

Pear está sentada a mi lado, muy acomodada, por lo que intuyo que lleva un rato y yo ni me había dado cuenta.

—En Ulises y Calipso.

Mi mejor amiga me mira con los ojos entrecerrados y con un brillo de diversión.

—¿Qué me miras?

—Llevo un rato aquí sentada pensando: ¿qué es lo que tiene a Sara tan concentrada que ni se ha dado cuenta de que me he sentado a su lado? Y he pensado en bastantes posibilidades, pero juro —levanta la mano derecha imitando un juramento— que eso jamás lo hubiera adivinado. Tienes una mente muy extraña.

No contesto.

—¿Y qué les pasa a esos dos? ¿A Ulises y *Caliso*?

—Es Calipso, y es una chica.

—¡Bah, qué típico! Pensaba que al menos tendríamos una historia ardiente que contar.

Ruedo los ojos y le cuento la historia de Ulises al detalle, tal y como me la contó a mí mi padre cuando era pequeña.

—Vaya con la ninfa... ¿Sabes? Creo que ni reteniendo a tu hermano aquí contra su voluntad, por muchos arrumacos que le hiciera, aguantaría conmigo más de siete días. Seguro que se lanzaría al mar a morir.

—¿Y por qué querrías retener a mi hermano en una isla si no sientes nada por él?

Hace años que Pear y yo no hablamos de mi hermano. Mi amiga siempre se queja de todo lo que hace, pero nunca me ha reconocido que sigue enamorada de él. Aunque tampoco es necesario que me lo diga. Aun así, a pesar de saberlo, nunca he tocado el tema. Si ella no quiere hablar de ello, no voy a ser yo quien la obligue.

—No sé qué contestarte a eso —reconoce.

—No lo hagas.

Nos quedamos en silencio hasta que yo me acuerdo de lo que pensaba antes de que llegara mi amiga. Sonrío.

—¿De qué te ríes? —me pregunta, intrigada.

—Yo también pensaba en retener a Oliver aquí. —Al ver su expresión de sorpresa, la saco de su error—. ¡Pero no por las mismas razones que tú!

—¿Y cuáles son tus razones?

—Si lo encerrara en esta isla conmigo, al final, tendríamos que acabar hablándonos y arreglando nuestros problemas.

—Ya, claro, ¿y qué crees que vendría después de eso?

—¿Construir una balsa y cruzar el océano?

—Me voy a hacer la tonta y me lo voy a creer como tú has hecho antes conmigo.

Pear me abraza y me da besos por la mejilla. Me dejo hacer, sin reaccionar, hasta que comienza a hacerme cosquillas por todo el cuerpo y entonces me río, me río de verdad.

Después de volver al velero y coger fuerzas, continuamos nuestro camino hacia Scedro, y después Hvar, ciudad cuyas murallas del siglo trece encierran hermosos palacios góticos y calles peatonales de mármol. Todo es precioso, pero no puedo evitar pensar que llevo quince días viendo islas verdes y frondosas rodeadas de mar y, al final, me parecen todas iguales.

Menos mal que Hvar tiene una animada vida nocturna; es el lugar ideal para salir a tomar una copa... o unas cuantas. La segunda noche, Pear y yo hacemos un trato: prohibido hablar de Daniel y de Oliver, por nuestra salud mental, la mía por partida doble.

Acabado el crucero por Croacia, toca pasar un par de semanas en la isla de Ibiza, en España.

Moira ha alquilado una preciosa villa blanca en la zona de Santa Eulalia. El terreno consta de unos mil doscientos metros cuadrados, tiene vistas al mar y una probable puesta de sol memorable. La casa apenas tiene paredes, solo las necesarias para aguantar la construcción. El resto son cristaleras enormes

que llegan desde el suelo hasta el techo. Está rodeada de palmeras y cuenta con una zona de *chill out* en una parte del jardín. Tiene habitaciones de sobra para que no tengamos que compartir entre nosotros, chimenea y una piscina enorme con jacuzzi incluido. Y un precioso piano de cola.

—Hay un piano —digo en voz alta en cuanto lo veo.

—Sí, Olly se aseguró de que hubiera uno. Si no había piano, no alquilábamos la casa —me informa Moira sonriendo.

Claro, cómo no. El perfecto Oliver Aston siempre tan considerado. No me habla, pero, eso sí, se asegura de que pueda tocar el piano, y de que me sienta culpable por ser tan miserable de no hablarle mientras él tiene estos encantadores detalles conmigo. ¿Por qué no puedo pedirle perdón y seguir con nuestras vidas? ¿Aunque solo sea como amigos? Quizá sea eso lo que me está matando, que solo vamos a ser amigos aun habiéndonos amado. Aun sabiendo lo feliz que me puede llegar a hacer.

Dejo mis cosas en una de las primeras habitaciones que encuentro, y, tal y como se veía por fuera, tiene un gran ventanal en uno de los lados. Apoyo la frente en el cristal y observo el hermoso exterior, que empieza a oscurecerse con la caída del sol. Ante semejante panorama, me propongo pasármelo bien en estos días.

Al día siguiente, corroboro lo que ya me imaginaba. Me encanta esta isla, lo tiene todo. Buenas vistas, buena comida, buen ambiente. Cierro los ojos y cojo aire. Huele tan bien, huele a Ibiza. Jamás me había encontrado con un olor así.

Recorremos todas las calas poco transitadas de la isla y alguna más. Comemos paella y bebemos sangría. Todas las noches vemos la puesta del sol, a veces desde casa, y otras veces desde algún *garito* que nos ha llamado la atención. Visitamos el puerto y el centro de la ciudad, y observamos embelesados los desfiles de *gogós* de las discotecas.

Los quince días transcurren sin demasiadas novedades, pero el último día pasa... lo que tenía que pasar: que la situación explota, por fin.

A pesar de estar de bastante mejor humor que al inicio del viaje, es inevitable que algún día te levantes con el pie izquierdo. Todo te sale mal: se te resbala de las manos el exprimidor cuando tenías el vaso lleno de zumo, provocando que caiga al suelo; la tostada cae, por descontado, por la parte de la mermelada; pasta de dientes en la camiseta recién puesta... Ley de Murphy en todo su apogeo: *Si algo puede salir mal, va a salir mal.*

Antes de comer, Oliver prepara unos martinis, y yo decido tumbarme en

una de las hamacas que rodean la piscina con mi precioso y escueto bikini rojo, a relajarme a base de alcohol. Y estoy tan tranquila, pero Olivia no sé qué problema tiene con su tumbona y con la posición del sol que no hace más que moverse de un lado para otro.

—Estate quieta, me estás mareando —le recrimino, bajándome las gafas de sol.

—Eso es porque estás borracha —afirma con contundencia.

—No lo suficiente.

Oliver viene de nuevo con la bandeja llena de copas de Martini.

—Ponme otro.

—Te has tomado cuatro en cinco minutos, ¿no crees que deberías parar?

—¿Eres mi padre?

—No.

—Pues ponme otro.

—Tampoco soy tu puto esclavo.

—Esa boquita —le digo, para seguir provocándolo. Oliver no es muy dado a decir palabrotas; creo que Adam las dice todas por los tres juntos. Claro que, cuando Oliver se cabrea, las suelta todas juntas.

—Bien que te ha gustado esta boquita cuando has querido.

Parece que hoy estamos contestones. ¿Igual también se le ha caído la tostada y tiene un mal día y ha decidido descargarse conmigo? Y yo pensando que iba a quedarme aquí tranquilita en mi hamaca tomando el sol y bañándome en martinis con aceitunas.

—Cierto, me ha gustado, pero ya no me gusta, así que, cuando te dirijas a mí, muestra un poco de jodido respeto. —Yo también sé decir palabrotas—. Que se note que has ido a un colegio de pago.

—He ido al mismo puto colegio de pago que tú, y no veo que tú hayas mostrado ni un ápice de puto respeto por ninguno de nosotros durante el puto mes que llevamos de vacaciones. —Intento contar los «putos», ¿cuántos van ya?—. Bueno, si es que a esto se le pueden llamar vacaciones.

—No haber venido —le digo, tan tranquila; creo que es el alcohol que corre por mis venas el que no me permite exaltarme.

—¡¡A la mierda!!

Oliver tira la bandeja al suelo provocando tal estruendo que hasta el grupito de nuestros amigos que permanecía dentro de la casa sale para ver qué ha sucedido.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Brian.

Miro a mi alrededor y veo que todos los ojos de la pandilla están puestos en Oliver y en mí. Nos siguen con la mirada incluso cuando ven que Oliver me coge en volandas y me levanta de la tumbona. ¿Pero qué hace? ¡Dejad de mirarnos y ayudadme!

—¿Qué haces? ¡Suéltame, imbécil!

—Tus deseos son órdenes para mí, nena.

Me suelta cuando me tiene justo encima de la piscina. Caigo sobre el agua y me sumerjo hasta que toco el fondo con los pies. Cuando consigo salir y apartarme el cabello mojado del rostro, descubro que Oliver también está dentro de la piscina. Se me han bajado los martinis del tirón.

La pandilla al completo rodea la piscina, expectantes por el próximo movimiento. Oliver y yo nos miramos, cabreados el uno con el otro, pero sin decirnos nada. Es como un *western*, ¿quién será el primero en desenfundar?

—Venga, todo el mundo fuera de aquí. —Adam tira de ellos, uno por uno, y los guía hacia la entrada de la casa.

—Pero Adam... —intenta quejarse alguien.

—He. Dicho. Que. Todo. El. Mundo. Fuera. De. Aquí —repite despacio, marcando cada palabra con tono amenazador.

Se asegura de que entran todos en la casa y cierra de un portazo. Acto seguido, viene hacia nosotros y se sitúa en la orilla que tenemos más cerca.

—Ya está. Ahora sacadlo todo de una puta vez para que podamos seguir con nuestras jodidas vidas.

Conteo de palabrotas de los últimos minutos: ocho.

5

Caer

Durante los siguientes minutos, que a mí se me hacen eternos, pero que no creo que lo sean tanto, porque Adam no tiene demasiada paciencia, solo se escucha silencio. Ni siquiera hay borboteo de agua; tanto Oliver como yo permanecemos inmóviles, ambos en bañador y con el agua de la piscina que nos cubre hasta los hombros. Bueno, a Oliver algo menos porque me saca más de veinte centímetros.

—¡No tengo todo el maldito día! —nos chilla cabreado desde su seca posición—. Si no empezáis vosotros, lo haré yo, y os aseguro que me apetece soltar de todo por esta boquita, por lo que no os lo aconsejo. A no ser que estéis dispuestos a escuchar un par de verdades. —Sí, esto último ha sido una amenaza en toda regla.

—Creo que podemos solucionarlo entre nosotros —informa Oliver, sin quitarme su inquisitiva vista de encima. Tiene mechones de pelo que le cubren la frente y miles de diminutas gotitas por el rostro y el cuello. ¿Por qué tiene que ser tan guapo? No es justo. Incluso así, todo enfadado y dispuesto a atacarme, está para comérselo a besos. ¿Es que acaso voy a estar toda la vida loquita por él? ¡Que alguien me explique cómo curarme, por favor!

—¿Sí? —pregunta Adam para asegurarse—. Adelante, entonces, rubiales. Te ha tocado.

Tanto Oliver como yo dejamos de mirarnos para dirigir nuestros ojos a Adam. Él, que adivina nuestras intenciones, nos deja clara su postura.

—¿Qué? —nos dice, cruzando los brazos en el pecho—. No pienso largarme a ninguna parte. Lo que tengáis que decir lo vais a hacer delante de mí, así me encargo de que no haya malentendidos, ya que ha quedado más que claro con el paso de los años que vosotros solos sois unos putos liantes.

Oliver y yo volvemos a mirarnos de nuevo el uno al otro y aceptamos su postura. De todas maneras, se va a enterar después de todo lo que vamos a hablar. Claro que, entonces, tendría dos versiones subjetivas y, de esta manera, va a ser partícipe de la auténtica conversación real.

—¿No crees que es suficiente? —me pregunta Oliver con rabia.

¿Suficiente? Yo qué sé. Estoy metida en tal espiral de rabia y remordimiento que no sé cómo salir. Me siento como los guionistas de

algunas series que enrollan tanto la trama que luego no saben cómo cerrarla. Ahora los entiendo. Me prometo no volver a quejarme por esos finales tan insulsos.

—No lo sé —contesto entre susurros. ¿Será Oliver capaz de ver lo perdida que estoy en estos momentos? ¿Él está igual que yo?

—No lo sabes —repite mi frase, asintiendo con la cabeza—. ¿Esa es toda tu respuesta?

Ante su pregunta acusadora, yo solo puedo encogerme de hombros. Ni siquiera me encuentro como hace años, en medio de una encrucijada donde tengo que elegir entre varios caminos, porque lo único que veo a mi alrededor es la nada, no hay caminos por dónde tirar, solo vacío.

—¡Mierda, Sara! ¡Ya está bien! ¡No puedes seguir así! ¿No te basta con lo que sufrimos hace cuatro años? Joder, lo habíamos superado y estábamos bien. ¿Por qué te empeñas en seguir con esta actitud?

—No lo sé —repito, sumida en mi vacío.

—¡Sí lo sabes, joder! ¡Suéltalo ya! —Oliver golpea el agua con la mano, salpicándonos a los dos.

Esas pocas gotas de agua me sacan de mi ensimismamiento y, aunque no consigo ver ningún camino en el horizonte, sí distingo qué es lo que me ha llevado hasta donde estoy.

—¡Porque te odio y me odio a mí misma por lo que nos hemos hecho!

—¡Yo también estoy cabreado, joder! ¡Contigo, conmigo y con todo el puto mundo! ¿Pero qué sentido tiene estar pagando ahora por lo que hicimos hace tiempo? ¿Vamos a odiarnos lo que nos queda de vida? ¿Hemos perdido el derecho a seguir siendo amigos? Porque bastante duro es saber que te he perdido como pareja, no permitas que nos perdamos como amigos. Por favor.

Oliver se ha acercado tanto a mí que casi se rozan nuestras narices. Su olor me golpea y se me acelera el corazón. Me mira, esperando una reacción, pero yo lo único que hago es comenzar a llorar de impotencia. Estamos tan cerca el uno del otro que el cuerpo me pide a gritos que me lance y lo abrace, pero todavía hay algo que me lo impide. Tan lejos y tan cerca. Aun así, en mi mente, comienza a dibujarse un pequeño y borroso sendero que me lleva hasta él.

—Ya toca levantarse, Sara.

—¿Levantarse? —le pregunto, confundida.

—Sí, levantarse. Eso es lo que hacemos. Nos caemos, tocamos fondo y volvemos a subir para respirar de nuevo. Llevamos toda la puta vida

haciéndolo.

¿Eso es lo que hacemos? Supongo que sí. Caer para volver a levantarse.

—¿Y qué pasa si llega un momento que, de tanto caer, no puedes salir de ahí? —pregunto asustada.

—Eso nunca va a pasar, *Totó*. —Adam habla por primera vez—. Porque somos tres, y no vamos a caer los tres sin remedio, eso te lo puedo asegurar. Siempre habrá uno que no caiga del todo. Así funcionamos.

Siempre lo había creído así, pero la figura de Oliver ha cambiado en mi percepción y no sé cómo volver atrás.

—No sé cómo comportarme contigo —me dirijo a Oliver de nuevo, y su expresión de dolor hace que casi me arrepienta de mi comentario, pero es que es la verdad.

—No me digas eso, joder. Soy el de siempre. Soy tu Oliver, tu mejor amigo. Sigo siendo aquel niño de nueve años al que le robaste el corazón.

—¿Lo eres?

—Sí, eso nunca va a cambiar, desde luego no por mi parte. Nunca, Sara. Pase lo que pase.

A mi cabeza acuden imágenes de nuestro primer encuentro. Lo recuerdo como si hubiera pasado hace cinco minutos aunque han pasado más de quince años: su pose de niño altivo, sabelotodo e intransigente, sus enfrentamientos dialécticos conmigo, los acercamientos, nuestras primeras noches juntos, nuestros primeros momentos como amigos...

—¿Qué nos ha pasado? —En su voz se filtra la nostalgia.

—Quizá hemos cambiado.

—No, no es eso. ¿Te das cuenta de que conmigo eres más dura que con nadie? Incluso más dura que con él —me dice, señalando a Adam—, y se supone que estamos al mismo nivel. Perdonas los errores de los demás, pero los míos no, me castigas sin descanso. ¿No debería ser al revés? ¿No deberías pasar más por alto mis fallos porque me quieres? En lo bueno y en lo malo, ¿no? No soy perfecto, Sara. Yo también cometo errores.

«Pero para mí sí lo eres. O lo eras», estoy a punto de decirle. Nunca lo había pensado, jamás me había planteado que soy más exigente con él que con cualquiera. Quizá sea porque, junto con Adam, es a quien más quiero en el mundo, y jamás me había fallado hasta que lo jodimos todo liándonos. Repito mis propios pensamientos, *es a quien más quiero en el mundo*. La verdad me aplasta como si cayera una pared de cemento sobre mi cabeza. Me seco las lágrimas de las mejillas y me rindo. Ahora veo claro el camino.

—No puedo más, Olly, necesito que superemos esto. No quiero luchar más contra ti.

Levanto la mirada y espero con ansia su reacción.

—Ven aquí. —Y no tiene que decirme nada más. Me dejo envolver por sus brazos y le rodeo con los míos. Coloco mi mejilla en su cuello y vuelvo a ser feliz de nuevo. Así de fácil. Al final, Adam también tiene siempre razón: nosotros lo complicamos todo.

Nos abrazamos con fuerza mientras yo lloro de tristeza, de felicidad, de arrepentimiento y de un montón de sensaciones más. ¿Existen tantos tipos de lágrimas? Seguro que sí, y seguro que yo las he probado todas. ¡Cómo he echado de menos a mi mejor amigo!

Segundos después, Adam se lanza al agua y se mete en medio, abrazándonos a los dos.

—Ya era hora, joder.

Permanecemos abrazados un rato hasta que Adam habla de nuevo y nos separamos.

—¡Ya podéis salir! —chilla hacia el interior de la casa mientras salimos de la piscina.

Escuchamos aplausos. Toda la pandilla sale fuera para celebrar nuestra reconciliación y lo celebramos, vaya si lo celebramos, hasta que se acaba.

Volvemos a casa, volvemos a la realidad. ¿Qué voy a hacer con mi vida? No tengo ni idea. Resultaba entendible que no lo supiera con dieciocho años, pero con veinticuatro...

6

Y levantarse

Mi querido progenitor nos ha reunido en casa para darnos la bienvenida después del largo viaje que nos hemos pegado por nuestras vacaciones de verano y, ya de paso, para celebrar que Oliver, Adam y yo nos hemos licenciado (por fin) en la universidad.

A mi padre le encanta hacer reuniones. En cuanto tiene la menor oportunidad, organiza un guateque en casa. Ha colocado varias mesas en el amplio jardín, con canapés y bebidas, y ha colgado farolillos de colores por todas partes. Se le ve contento. Creo que, cuando me fui de vacaciones, sospechaba que me ocurría algo con Oliver, pero ahora, al vernos bien, intuye que, fuera lo que fuera, lo hemos solucionado.

El sol empieza a esconderse y el cielo se tiñe de naranja, pero la temperatura es agradable. Estamos a primeros de septiembre y, de momento, seguimos disfrutando del tiempo estival (aunque aquí, en Edimburgo, «estival» no es sinónimo de «cálido», pero este año está siendo más veraniego de lo habitual). Los invitados hablan, entretenidos, mientras comen y beben, y mis amigos están sentados en una de las mesas, charlando y riendo como los demás.

Me siento bien. Me gusta tenerlos a todos aquí. Entro al salón, me siento al piano y empiezo a mover mis dedos por las teclas, interpretando, a mi manera, una pieza de Beethoven.

Borrón y cuenta nueva: este es mi propósito para mi relación con Oliver. Queda prohibido pensar en lo que hicimos bien o mal o en lo que dejamos de hacer. Es mi mejor amigo y lo necesito como tal, así que voy a olvidarme de todo y hacer lo que me dicta el corazón; él sabe que necesito al rubio guaperas en mi día a día y dan ganas de pegarse cabezazos contra la pared pensando en los meses que hemos perdido peleándonos.

Claro que, visto desde fuera, parece sencillo. Pero hay que estar dentro del laberinto. Suele ser complicado encontrar la salida. Aun así, la hemos encontrado. Mi cuerpo se anima ante estos pensamientos positivos, y mi pierna izquierda bailotea al ritmo de la melodía. Todo va a salir bien.

Pear

Estoy sentada en una de las mesas que tienen los Summers en su jardín, con toda la pandilla, aunque es como si estuviera sola, porque estoy perdida en mis pensamientos; o, al menos, así es hasta que el centro de todos ellos aparece en mi campo de visión:

Daniel Summers.

Llevo meses evitándolo porque, a pesar de que han pasado años desde que me abandonó, no he podido olvidarlo ni siquiera un poquito. Y estoy harta. He tocado fondo.

En realidad, lo toqué hace meses, cuando me cansé de seguir con la continua guerra que llevábamos entre nosotros. El que más jodiera al otro ganaba, y todo valía: insultos verbales, liarse con otra persona delante de las narices del otro... Llevábamos años así y yo no podía seguir con ello porque ¿qué sentido tenía? ¿Ese es el tipo de relación que mantienen los exnovios? ¿Por qué nos hacíamos daño de esa manera?

Mi postura durante ese periodo era clara, quería que se diera cuenta de que yo era lo mejor de su vida, pero no estaba dando resultado, porque el tiempo pasaba y seguíamos igual. Y mantener algo así es agotador. Mi cabeza no daba para más y mi corazón estaba harto de sufrir.

Por eso me porté con él de manera tan civilizada el mes pasado cuando vino al velero a espabilar a su hermana. Se acabó el incordiarlo sin motivo. Daniel no me quiere (por fin me he dado cuenta de ello), así que quiero intentar llevarme bien con él por Sara. Si no fuera su hermano, lo más seguro es que no volviera a verlo en la vida, pero, como tengo asumido que voy a tenerlo a mi alrededor por siempre jamás, lo mejor es ignorarlo e intentar olvidarme de él. Supongo que Daniel respondía a mis ataques por inercia, pero, ahora que busco paz, tomará ejemplo y empezaremos a comportarnos de manera más civilizada.

El susodicho me hace un gesto con la cabeza desde la distancia, indicándome que lo siga. Sin dejar de mirarlo, veo cómo entra en la casa. ¿Qué quiere ahora? Hago el amago de levantarme, pero me retracto y me vuelvo a sentar. No quiero seguirlo a ningún sitio. No quiero ser su perrito faldero nunca más.

A pesar de estar ensimismada en mi mundo, hay algo que me llama la

atención. Una melodía. En un piano.

Sara.

En los últimos meses, las piezas que ha estado interpretando llevaban asociado un matiz triste y amargo. Era siempre igual, entraban ganas de echarse a llorar, pero hoy algo ha cambiado. Hay un toque... alegre, esperanzador; incluso estando yo en el jardín y ella en el salón, me llega el sonido.

—¿Estáis escuchando lo mismo que yo? —pregunto a mis amigos, que están sentados conmigo alrededor de la mesa.

—Sí —me contestan todos a la vez.

Busco a Oliver con la mirada, pero no lo encuentro. Recuerdo que sí ha llegado a estar sentado con nosotros en la mesa, pero ha debido de levantarse sin que me diera cuenta. Lo busco por el jardín y lo localizo apoyado en la puerta corredera que da acceso al salón. Está mirando fijamente a Sara. Vaya par.

—Ya empieza a ver la luz. ¿Notáis el matiz en la melodía?

—Alto y claro —contesta Adam con una gran sonrisa en la cara.

—¿Tan malo ha sido?

Me giro hacia esa voz desconocida. Es Raquel, la novia de Marco. Me cuesta hacerme a la idea de que ahora somos uno más. Cada vez pasa más tiempo con nosotros y que conste que no tengo nada en contra, es una buena chica. Me alegro por Marco, ha encontrado a su *yin*.

—Peor.

Me levanto de mi silla y justo siento que me vibra el móvil. Lo sacó del bolsillo del pantalón y Dan Dan aparece en la pantalla (cuando Sara me contó que su última conquista lo llamaba Dan Dan, no pudimos evitar, ninguna de las dos, ponerle ese nombre en el móvil. Es que, a ver, ¿Dan Dan?). Hace años que no me llama por teléfono, solo hemos intercambiado mensajes agresivos metiéndonos el uno con el otro. Ignoro la llamada y sigo mi camino.

Paso por delante de Oliver y le guiño un ojo. Me acerco al piano y me siento junto a Sara, que se echa a un lado y me hace hueco en el taburete a la vez que me sonrío. Disfruto del momento hasta que me vibra el móvil de nuevo. Otro mensaje.

Dan Dan: ¿Por qué no has venido conmigo? Sé que has entendido mi gesto, no te hagas la tonta.

¡Maldito Summers! Mi intención era precisamente hacerme la tonta. «Y es lo que voy a hacer», decido al instante. Pero mi querido exnovio, haciendo alarde de su escasa paciencia, me manda otro mensaje.

Dan Dan: ¿No vas a contestarme? ¿Puedo saber qué coño pasa contigo?

Sé lo insistente que puede llegar a ser el pequeño de los Summers, por lo que decido contestarle y dejarle las cosas claras.

Pear: ¿Por qué debería seguirte? Se acabó, Daniel. No puedo más.

Soltar esas palabras tiene un efecto liberador en mí. Todavía no he escupido por la boca todo lo que me gustaría, pero algo es algo.

Dan Dan: ¿No puedes más? ¿De qué coño estás hablando? Te espero en mi cuarto, si no vienes en dos minutos bajo a buscarte, me importa una mierda que estés con tus amigos.

Joder, ¡qué ganas me entran de darle un puñetazo en toda la cara! ¿Quién se cree que es? Si no fuera porque no quiero sacar a Sara de su pequeña burbuja de felicidad, lo hubiera esperado aquí con los puños preparados, pero ha tenido suerte, porque justo hoy su hermana ha decidido sacar la cabeza del hoyo en el que se encontraba.

Le toco un hombro a Sara en señal de apoyo y me levanto con pesar para dirigirme a la habitación del diablo en persona.

Mientras subo las inmaculadas escaleras, mi ira va incrementándose. Al llegar al segundo piso, casi me dejo llevar por ella; casi, porque, en el último momento, antes de cruzar el umbral de su santuario, decido seguir con el plan inicial: ignorar a Daniel Summers. Es la única manera de superarlo, no puedo seguir jugando a su juego.

Abro la puerta sin llamar y me lo encuentro a escasos centímetros de mi rostro. Tiene toda la pinta de que estaba a punto de salir en mi busca.

—¿Qué coño pasa contigo, Pear?

Me meto en la habitación porque no quiero discutir en el pasillo y, al entrar, miles de recuerdos me vienen a la cabeza. A pesar de haber cortado con Daniel hace años, mi presencia en su habitación ha sido continua. Cada

vez que venía a visitar a Sara, me colaba aquí para hacerle putadas. Le rompía los condones para que no pudiera tirarse a otras, le desordenaba los papeles colocados a la perfección sobre su excesivamente ordenada mesa de arquitecto, le escondía el ratón del ordenador, le cambiaba los tapones de los bolígrafos para que se equivocara de color... En fin, pequeñas travesuras para que tuviera siempre mi persona en mente.

He perdido la cuenta de cuántas caritas rojas enfadadas y de cuántas frases amenazadoras han llegado a mi WhatsApp. Cojo aire y me preparo para lo que viene.

—Conmigo no pasa nada. ¿Qué pasa contigo?

Daniel cierra la puerta de su habitación y, a continuación, pasa por mi lado como una exhalación para cerrar la puerta del baño que comunica con la habitación de su hermana. Se gira hacia mí y coloca sus brazos en la cintura.

—¿Puedo saber por qué coño llevas los últimos meses ignorándome?

Estaba segura de que se había dado cuenta de mi nueva actitud. Siempre ha sido un chico listo. Y yo nunca he sido de medias tintas.

—Porque no me apetece seguir peleando contigo, Daniel.

—¡Vaya! Así que reconoces que has estado evitándome.

—Sí. No tengo ningún problema en reconocerlo. Me he cansado de insultarte y de enrollarme con otros tíos para intentar darte celos. A partir de ahora, no existes para mí, ni para bien ni para mal.

—Pero ¿qué hostias estás diciendo?

Se acerca a mí y yo me siento en su cama. Siempre me ha gustado esta cama, es enorme y huele a él. Acaricio con suavidad el edredón azul marino con dibujitos de patines en línea y sonrío con añoranza. Creo que esto es una despedida.

—Daniel, ¿no estás harto de que nos peleemos? ¿No ves que no llegamos a nada? Nuestros caminos se separaron hace muchos años, y es hora de cortar por lo sano. Tenía la esperanza de que volviéramos a ser los de siempre en algún momento, pero me he dado cuenta de que eso no es posible.

Incluso yo me sorprendo de lo madura que parezco. Daniel se sienta a mi lado en la cama.

—¿Te has dado cuenta así, de repente?

—No, en realidad lo sé desde hace tiempo, pero no quería reconocerlo porque no estaba preparada.

—¿Qué quieres decir?

—Que tú no me quieres, Daniel. Y que creo que el chico del que yo me

enamoré, en realidad, nunca existió. Pensaba que tú eras mi príncipe azul, pero nunca lo has sido. Quiero enamorarme de nuevo de alguien que me quiera y esté dispuesto a todo por mí. —Me paro para respirar—. Y no puedo hacerlo si sigo luchando contigo. Necesito desintoxicarme de ti y para ello tengo que tratarte como lo que eres, el hermano de mi mejor amiga. No te voy a negar el saludo, porque además no te guardo ningún rencor, pero no me apetece darte nada más. Se acabaron nuestros juegos, puedes utilizar tus bolígrafos sin miedo a equivocarte de color.

¡Qué bien sienta esto! Lo he dejado sin palabras, porque tarda un rato en contestarme.

—No te reconozco.

—No tienes que hacerlo, tú y yo no somos nada.

—¡Deja de decir eso, joder!

—Es la verdad, tú solo eres el hermano de mi...

—¡Mentira! ¡Yo soy mucho más que eso y lo sabes! ¡Soy tu exnovio y tú eres mi exnovia! No metas a Sara en esto. Y, para que lo sepas, hace muchos años que no me confundo de bolígrafo, tengo un juego completo escondido en el cajón de los calcetines. Lo compré después de estar un mes entero pintando de rojo lo que quería pintar de negro.

Pues eso sí que no me lo esperaba. ¡Qué cabrón! ¡Cuántos minutos perdidos durante estos años cambiando los tapones! Sacudo la cabeza para cambiar la línea de mis pensamientos. No entiendo su actitud; debería estar contento de que por fin lo deje en paz.

—Está bien, Daniel. Somos exnovios, pero no por ello tenemos que estar siempre mordeándonos entre nosotros, eso tiene que cambiar.

—¡Yo no quiero que cambie nada entre nosotros! Estamos bien como estamos.

¿Que estamos bien? ¿Hacernos daño entre nosotros es estar bien?

Daniel cada vez está más cerca de mí, nuestros muslos se rozan y no lo soporto. Me levanto de la cama y me planto en medio de la habitación.

—¿Qué es lo que te cabrea tanto, Daniel? Por fin te voy a dejar en paz.

—¡Es que no quiero que me dejes en paz! —Se levanta también de la cama y me arrincona contra la pared.

—¿Qué quieres entonces? —pregunto, desesperada, y con la respiración agitada—. ¿Qué quieres de mí, Daniel?

Deseo con todas mis fuerzas que me conteste, saber qué demonios quiere este chico de mí, pero no me contesta, lo que hace es estrecharme más contra

su cuerpo y... besarme.

Sara

Casi todos los invitados se han ido y apenas he sido consciente de ello. Me alejo del piano y me acerco a Oliver y Adam, que descansan en el sofá.

—¿Y los demás?

—Se han ido, no han querido interrumpirte.

Qué extraño. Pear siempre me interrumpe, le importa muy poco que esté en medio de una interpretación, jamás se va sin despedirse de mí.

—¿Pear se ha ido?

—Supongo que sí, hace mucho que no la veo —contesta Adam, mientras se levanta del sofá—. Me apetece respirar aire fresco, ¿me acompañáis?

—Llevas toda la tarde en el jardín —increpa Oliver.

Envío un mensaje a mi amiga para ver dónde está.

—Me gusta el jardín —le responde Adam.

Nos dirigimos los tres al jardín cuando casi nos chocamos con Daniel. Se me queda mirando con una expresión extraña en la mirada.

—¿Qué me miras? —le pregunto a mi hermano.

—¿Qué me miras tú? —me devuelve la pregunta, de malas maneras.

—¿Yo? Nada —le digo, confundida.

—Vengo del baño, ¿es que acaso no puedo ir a mear?

—Puedes ir a donde te dé la gana. Nadie te ha dicho nada.

¿Pero a este qué le pasa?

—¡Pues deja de cuestionar lo que hago y lo que dejo de hacer!

—¿Me estás vacilando? —No se me ocurre otra alternativa para su extraño comportamiento.

—¡Déjame en paz ya, joder!

Se da media vuelta y sube las escaleras hacia el piso de arriba.

—¿Y a este qué le pasa? —expreso en alto mis pensamientos—. Y luego la bipolar soy yo.

—A mí no me preguntes —me dice Adam—, hace mucho que me rendí con los mellizos Summers. Se os quiere, pero no hay quien os entienda.

Pongo los ojos en blanco y salgo al jardín en busca de un lugar donde sentarme. Veo el balancín al fondo y me siento en el medio, dejando espacio para que Oliver y Adam se sienten a ambos lados. Ha refrescado, pero la temperatura sigue siendo agradable; como no es lo habitual en Edimburgo,

hay que disfrutarlo. Estoy en manga corta, pero no tengo frío porque los cuerpos de mis amigos me resguardan del poco aire fresco que corre.

Permanecemos un rato sentados mirando al infinito y disfrutando del momento hasta que Adam habla.

—Ya estamos licenciados, tíos. Se me va a hacer raro no tener que estudiar ni madrugar para ir a clase a diario.

—Tú no has hecho eso en la vida, Adam —le dice Oliver, riéndose. Yo lo secundo.

—Ya me entendéis, coño. ¿Qué vamos a hacer ahora?

No nos da tiempo a contestar porque nuestros padres aparecen en nuestro campo de visión.

—Adam, el lunes te paso a recoger a primera hora para ir al despacho. Me llevaré a Ewan conmigo y, entre los dos, te iremos poniendo al día de todo.

El padre de Oliver es CEO de una empresa de telecomunicaciones y, desde que fallecieron los padres de Adam, él, junto con su equipo de abogados, se han ocupado del despacho de los Wallace. Recuerdo que Adam les firmó un poder y, desde entonces, ellos han estado administrando el negocio en su nombre. Ahora que está licenciado, es lógico que el padre de Olly quiera ponerlo al día. Supongo que el tal Ewan será uno de sus abogados.

—Ahí tienes la respuesta a tu pregunta —le dice Oliver. Qué suerte, lanza una pregunta al aire y un segundo después tiene la respuesta, ¿por qué a mí no me pasa lo mismo?

Mi padre y los padres de Olly cruzan un par de frases más con nosotros y nos dejan solos de nuevo.

—¡Joder! ¡El lunes! Tu padre podría darme unas vacaciones. Acabo de licenciarme.

—Llevas más de un mes de vacaciones, Adam.

—Pero, a partir de ahora, se acabó para siempre.

—No seas tremendista. —Adam ignora mi comentario y continúa con su discurso.

—Tenía ganas de llevar el despacho de mis padres, sabéis que sí, para eso estudié Derecho. Pero, joder, se veía tan lejos, y, ahora que ha llegado el momento, estoy acojonado.

—No te preocupes, mi padre no te va a dejar solo.

—¿Y tú qué vas a hacer? —le pregunta Adam a Oliver.

—No lo sé, de momento el lunes tengo que ir a la universidad. Me han

llamado y me han dicho que acuda a primera hora.

—¿Para qué?

—No lo sé.

—Sara, ¿y tú?

—No tengo ni la menor idea —contesto con sinceridad.

—Tu padre quiere que vayas a su despacho.

—Ni loca trabajo con Daniel.

—Estaríais en departamentos diferentes, él es arquitecto y tú abogada — me informa Oliver—, apenas ibais a coincidir.

—Mi padre ya tiene abogados. Paso.

—Sara —Oliver insiste—, nos matriculamos en Derecho por Adam, pero a ti te gustó desde el principio. Resultó ser mejor de lo que pensabas.

—¿A dónde quieres llegar?

—¿Por qué no vas con Adam al despacho?

¿Con Adam? ¿A su despacho?

—Joder, Olly, ¿es una idea cojonuda!

No estoy de acuerdo con Adam.

—No sé qué pinto yo allí.

—Lo mismo que yo.

Le lanzo una mirada de reproche a Adam por su comentario.

—No me mires así, *Totó*, es la verdad. No siento que sea algo mío.

—No digas eso.

—Pero es una buena idea. Podrías ayudarme.

—Lo pensaré, pero no prometo nada.

—Tu padre no te va a dejar vagabundear por casa.

—Ahí tienes razón, Olly. Quizá me vaya a vagabundear a la tuya — comento, pensativa.

—Mi padre tampoco te va a dejar.

—Mierda, tienes razón. En fin, no voy a pensar en ello ahora. ¿Sabéis? Este es un buen momento para parafrasear a Escarlata O'Hara. Lo hago a menudo; me encanta hacerlo.

Mis amigos me miran ceñudos mientras yo paso los brazos por detrás de mi cabeza y me apoyo en el balancín.

—*Pensaré en eso mañana.*

Oliver... ¿profesor?

Adam se ha ido a primera hora de la mañana con el padre de Olly. Me resulta extraño levantarme y que no esté en la cama. Es tan inusual, nunca se despierta antes que yo. Supongo que tendré que acostumbrarme, ahora que mi mejor amigo va a empezar a trabajar y yo no.

Por lo que he podido deducir, cuando esta mañana ha llegado Eric a casa, Adam estaba vestido y desayunando en la cocina, pero han debido de tener una buena bronca porque me han despertado sus gritos inentendibles desde la cocina y, poco después, Adam ha vuelto a la habitación.

Me he levantado para darle los buenos días antes de que se fuera; he supuesto que había vuelto a subir a su habitación porque se le había olvidado algo, pero, al ver su expresión de hastío, me he dado cuenta de que pasaba algo.

—¿Qué te pasa? —Lo perseguí por el pasillo mientras se dirigía a su dormitorio murmurando improperios.

—Eric me ha obligado a cambiarme de ropa, dice que no puedo ir «con estas pintas» —se señaló a sí mismo— al despacho y que tengo que ponerme un traje.

Lo miré de arriba abajo: playeras Vans negras, pantalones vaqueros estrechos, camiseta negra, chupa de cuero, cabello alborotado...

—Y tiene razón. —Entramos en su cuarto y me senté en la cama a la espera de su siguiente movimiento.

—Esto tengo que negociarlo —me dijo, mientras removía la ropa de su armario en busca de un traje. Cuando por fin dio con uno, se desvistió a toda prisa y se puso su nuevo uniforme de trabajo.

—No es negociable, Adam. —Me acerqué a él y le coloqué bien los cuellos de la camisa. Y lo peiné con los dedos, que no le venía mal—. Ahora eres un abogado respetable y debes ir elegante, pero no te preocupes porque el fin de semana puedes volver a tus ropas de rockero perdonavidas.

—¿Y qué hago con esto? —me preguntó con la corbata en la mano.

Me quedé mirando la corbata con atención, pero no fui capaz de llegar a una solución.

—Dile a Eric que te ayude, yo no sé cómo se hace, pero prometo aprender a hacerlo para mañana.

Mi mejor amigo solo gruñó en respuesta. Me dio un beso en la mejilla y se fue corriendo al piso de abajo. Como no tenía nada que hacer, me he vuelto a meter en la cama, y aquí estoy ahora, recién levantada por segunda vez porque alguien me está llamando al móvil. Cojo mi teléfono y miro la pantalla para ver quién osa perturbar mi descanso.

Es Olly.

—Hola —respondo al momento.

—¿Estás en casa?

—Sí.

—No te muevas, llego en quince minutos.

Gran conversación. Me quedo sentada en la cama pensando en qué puede pasar para que Olly ande tan acelerado. Supongo que lo descubriré en quince minutos.

Me levanto de la cama y voy al baño a peinarme y lavarme la cara. Cuando decido que estoy más o menos presentable, salgo y voy directa a la cocina. De camino, leo el mensaje que me envió Pear ayer por la noche.

Pear: ¡Perdona! Me he ido sin despedirme, estaba cansada y te vi tan contenta y concentrada en el piano que me dio pena interrumpirte.

Al menos, parece que no le pasó nada.

—Buenos días, Sara. Hacía tiempo que no te despertabas tan tarde.

Miro el reloj y descubro que es mediodía. Todo un récord. Le devuelvo el saludo a la señora Baker y me siento en uno de los taburetes a desayunar.

—¿Lo de siempre?

—Sí, por favor.

Estoy comiéndome una tostada y hablando con mi querida niñera sobre el verano, a la vez que veo vídeos en internet de cómo se pone una corbata, cuando llaman a la puerta.

—Es Oliver —informo con la tostada aún en la boca—. Voy yo.

Me acerco a la puerta de entrada y abro con entusiasmo. Oliver me espera al otro lado con una gran bola amarillenta y rodeada de anillos. Bueno, más que ver a Oliver, lo intuyo detrás de semejante artefacto.

—Mira lo que te traigo —me dice mientras entra en casa. Pasa a la cocina, saluda a la señora Baker y apoya la bola en la mesa.

—Es Saturno.

—Muy bien, mi joven aprendiz *padawan*, veo que mis enseñanzas sirven

para algo.

—Cualquiera reconocería Saturno. —Me siento de nuevo y sigo desayunando mientras toqueteo y admiro el planeta que con tanto mimo Oliver construyó meses atrás para su ponencia ante los posibles futuros estudiantes de Astronomía.

—Te sorprenderías. —Se sienta a mi lado y me quita una de las tostadas de mi plato.

—¿Cómo es que te han dejado llevártelo de la universidad?

—Es mío, yo lo construí y, además, ahora voy a tener tiempo de sobra para construir otro, no creo que lo echen de menos. Así que este es para usted, señorita Summers.

—Explícame eso —le pido, mientras me levanto con la bola y pienso dónde voy a colocarla.

Subimos las escaleras hacia el piso de arriba y vamos directos a mi habitación.

—Me han ofrecido trabajo en la universidad, como profesor en el departamento de Astrofísica.

—¿En serio? —Dejo Saturno encima de mi cama y me giro para darle un abrazo—. ¡Olly, eso es genial! ¿Te van a dejar espacio para la investigación?

Lo que más le gusta a Oliver es mirar por el telescopio y observar y observar... No dudo que la enseñanza le guste, pero no creo que le llene.

—Voy a tener *espacio* por todas partes, nena.

—Qué bobo eres.

—Solo tengo un par de clases diarias, y el resto de mi jornada la voy a dedicar a la investigación.

—En ese caso, ¡felicidades! —Todavía sigo en sus brazos. Se está tan bien que no quiero moverme, pero no puedo estar aquí hasta la eternidad.

—Gracias. —Oh, joder, y esa sonrisa...

—¿Tienes que ir de traje? —Sigo colgada de su cuello, pero, oye, él tampoco me ha soltado.

—No.

—Adam se va a morir de envidia.

Entonces me acuerdo. Me suelto de su cuello y le cojo la mano para llevarlo conmigo a la habitación de mi hermano.

—Necesito aprender a poner corbatas —le explico, mientras abro el armario de Daniel en busca de una—, déjame probar contigo, he estado viendo unos vídeos en internet. ¿Qué tipo de nudo llevan los abogados,

alguno tipo *windsor* o algo más normal?

—Estamos hablando de Adam, con el normal es más que suficiente.

Cojo la primera corbata que encuentro y me acerco a Oliver para poner en marcha mi reciente aprendizaje. Le subo los cuellos de la camisa azul que lleva puesta y le paso la corbata por detrás del cuello. Rememoro los pasos que he visto y empiezo a maniobrar.

—¿Oliver?

—¿Mmm? —Aparto la vista del espléndido nudo que estoy haciendo y busco su mirada.

—¿Es eso lo que quieres hacer? ¿Vas a aceptar?

Le bajo los cuellos de la camisa y observo que he completado con éxito el objetivo de aprender a hacer nudos de corbata. Volvemos a mi habitación. Me siento en la cama y lo invito a sentarse a mi lado, pero Oliver se tira en la cama y se queda tumbado de espaldas mirando al techo. Lo imito y me tumbo a su lado.

—De momento, no sé lo que quiero hacer, pero la idea de ser profesor y enseñar al mundo lo maravilloso que es el cielo nocturno no me disgusta. Y poder hacerlo desde aquí, sin tener que irme lejos de... Bueno, de todo lo que tengo aquí... En fin, parece una propuesta imposible de rechazar, ¿no crees?

Cuando dice que no quiere irse lejos... ¿Lejos de mí, quiere decir?

—¿Eso qué significa, Oliver?

Como respuesta, solo obtengo un gran suspiro... Y un cambio de tema.

—Te invito a comer para celebrarlo.

Y me encantaría hacerlo comiendo con él, pero una idea se está forjando en mi cabeza. Una noticia así hay que celebrarla como es debido y, después de las terribles vacaciones que le he obligado a vivir, siento que le debo un día especial. Solo nosotros dos.

—No puedo comer contigo, pero quedamos en tu casa en... —lo pienso un momento mientras calculo el tiempo que me va a llevar hacer todo lo que quiero hacer— hora y media.

—¿Qué estás tramando?

Me levanto de la cama y abro el armario para elegir la ropa que me voy a poner. Dada la hora que es, vamos a andar muy justos de tiempo.

—¿Y a dónde vas tan acelerada?

—Nada malo. ¡Me voy a la ducha! Luego te veo.

Mientras accedo a mi garaje mando un *whatsapp* a Brian para ver si le apetece comer algo rápido conmigo. Por suerte para mí, no tiene grandes

planes y acepta encantado. Quedamos en un restaurante de comida italiana del centro en diez minutos y, para cuando llego, mi amigo me espera en una coqueta mesa al fondo del restaurante.

—Hola, Brian. —Se levanta para darme un beso en la mejilla y me invita a sentarme a su lado.

—Hola, Sarita.

—Vengo a pedirte un superfavor.

—Joder, qué directa. Sí que tienes prisa, y yo pensando que venías a comer conmigo por el placer de mi compañía.

—Eso también. —Le guiño un ojo y me pongo la servilleta en las rodillas.

Una simpática camarera viene a tomarnos el pedido. Echo un vistazo rápido a la carta y pido un plato de pasta rellena con salsa de trufa; Brian pide pizza.

—Y entonces, ¿qué puedo hacer por ti?

Allá voy.

—Necesito que me dejes el barco a motor de tu abuelo.

—¡Ni de coña! —Hasta la camarera que nos sirve las bebidas se sobresalta por el grito—. Te gusta demasiado la velocidad y quemar adrenalina.

—¿No te fías de mí?

—Ya sabes que no.

—Es para un paseo tranquilo, te lo prometo. Quiero compensar a Oliver por haberle tocado un poco las narices en las vacaciones.

—¿Un poco? ¿A Oliver? ¿Y qué pasa con el resto de nosotros?

—A ti ya te estoy invitando a comer y además, ¿no te alegra que Olly y yo empecemos a llevarnos bien?

—¡Qué morro tienes! Sabes que Oliver y tú sois mi debilidad, pero, si quieres el barco de mi abuelo, ya puedes pensar en algo bien jugoso para darme a cambio.

A Brian siempre le ha gustado mi coche, por ser descapotable, y sus padres jamás han accedido a comprarle uno por vivir en Edimburgo. Hace demasiado frío, de hecho yo creo que puedo contar con los dedos de la mano las veces que he levantado la capota.

—Te presto mi coche durante dos días.

—Quince días.

—Cinco.

—Siete. Es una semana, Sarita. No pienso bajar ni un día más.

—Hecho.

—¡De puta madre! Tenemos un trato.

—Necesito las llaves del barco y su situación exacta dentro del puerto.

—Vas a tener que pasarte por mi casa. Déjame que avise a mi madre para que te prepare todo.

—Bien, dile que voy en cuanto terminemos de comer.

—¿Vas a coger hoy el barco?

—Sí, estos planes son así.

—¿Para qué quieres tener a Oliver metido en un barco en medio del mar?

Como respuesta, levanto las cejas repetidamente.

Terminamos de comer y me dirijo con apremio a la casa de Brian. Mientras me tomo un té con su madre (ha sido imposible evitarlo), envío un mensaje a la madre de Oliver para que me prepare una bolsa con diversas cosas que necesitamos para nuestro viaje, y le mando el mismo mensaje a la señora Baker. Aprovecho que estoy con el móvil en la mano para mandarle otro a Adam, explicándole que voy a pasar el día fuera con Oliver.

Primero paso por mi casa y luego voy a recoger a Oliver a la suya. Como tenemos prisa, en cuanto abre la puerta, lo cojo del brazo y lo arrastro hasta el coche. Si entro en su casa, con lo que le gusta la charla a su madre, estoy perdida.

Mientras Oliver toma asiento en el lugar del copiloto, Laura me entrega la bolsa con lo que le he pedido y la meto en el maletero. Cierro el portón, me despido de ella y entro en el coche.

—¿Qué es eso que te ha dado mi madre?

—Una mochila con cosas que necesitamos.

Arranco el coche y, como Oliver vive en el centro de la ciudad, enseguida tomo el camino que me va a sacar de Edimburgo. Tenemos por delante un agradable viajecito hasta North Berwick, un pequeño pueblo pesquero donde el abuelo de Brian tiene amarrada su lancha a motor.

—¿A dónde me llevas?

—Es una sorpresa.

—Ya sabes que no me gustan demasiado las sorpresas.

—¡Vamos, Olly! Por una vez, déjate llevar. ¿No confías en mí?

—Está bien. Soy todo tuyo.

«Ojalá. En fin, tú a conducir, Sara».

Mi compañero de viaje apoya la cabeza en el asiento y me mira sonriendo, lo que provoca que a mí me palpите tanto el corazón que a punto

está de salirse del pecho.

Veinte minutos después, llegamos a North Berwick. Siempre me ha gustado este pueblo; tiene un encanto especial y es muy tranquilo y pintoresco. Mi padre solía traernos mucho por aquí de pequeños, tiene unas playas enormes de arena dorada y es perfecto para pasar un estupendo día de domingo.

Aparco el coche en cuanto diviso un hueco libre y vamos dando un paseo hasta el puerto, mientras admiramos las llamativas casitas de colores que encontramos por el camino. El cielo está bastante despejado, apenas hay algunas nubes y la mar está tranquila. La idea es navegar hacia las cuatro islas que tiene enfrente. Una de ellas se dice que inspiró a Stevenson para escribir *La isla del tesoro*, ya que veraneaba aquí cuando era pequeño. Y, después, bucear. Sé que no es comparable hacer esto aquí, en las frías aguas que bañan la costa de Edimburgo, con las paradisiacas islas del mar Adriático, pero tendrá que conformarse.

Cuando llegamos al puerto, enseguida localizo la lancha a motor del abuelo de Brian entre las decenas de barcos que se balancean anclados en el muelle. Es una *Joda 310 Mónaco* con una eslora de 9,35 metros. Subimos con cuidado al interior del barco y, antes de salir al mar, saco de las mochilas la ropa que necesitamos.

—Toma, ponte esto.

Le paso un jersey abrigado azul marino y un chubasquero, y me pongo mi propia ropa. El aire es frío y no quiero que nos destemplemos.

—¿De dónde has sacado todo esto?

—Me he recorrido media ciudad para preparar todo.

Una vez que estamos abrigados, me siento enfrente del timón, giro la llave de contacto y arranco. Mi padre nos enseñó a navegar a todos cuando entramos en la adolescencia. Me cuesta salir del puerto, hace mucho tiempo que no navego, pero, una vez superada esta dificultad... a disfrutar.

—Póngase cómodo, profesor Aston.

—«Profesor Aston» —repite—. Suena raro.

—Vas a volver locas a las alumnas, y a algunos alumnos.

—¿Por qué?

—Porque te vas a convertir en el profesor buenorro de la universidad. Verás cómo se incrementa el número de estudiantes de Astrofísica en el próximo semestre.

—Mmm... ¿Crees que *estoy buenorro*?

Lo miro, apartando momentáneamente la vista del agua, y sonrío con sorna. ¿El señor Aston quiere jugar? Juguemos.

—Olly, estuve liada contigo durante meses, por supuesto que pienso que estás buenorro.

—Podrías haberte liado conmigo porque te gustaban otras cosas de mí.

«Gustaban». Interesante uso del verbo en pasado, sobre todo teniendo en cuenta que yo he utilizado el presente para decirle que pienso que *está buenorro*.

—¿Otras cosas? Ah, claro, déjame pensar. Quizá lo que me volvió loca fueron todas esas manías insultantemente absurdas que tienes, o tal vez tus excentricidades, o tu extraño sentido del humor, o no, ¡mejor!, ese gran don de gentes con el que te ha dotado Dios... Sin duda, tus abdominales y tu preciosa cara no tuvieron nada que ver.

—¡Para, para! ¿Entonces solo me querías por mi físico?

—Sin duda. Es un buen físico.

Pero no solo es su físico. Esas otras actitudes que acabo de criticar me gustan. Y es que tengo que reconocer que Oliver me atrae en todos los sentidos, a pesar de su extraño sentido del humor y sus excentricidades. O quizá esa es la parte que más me atrae de él, porque lo hacen único. Al menos para mí lo es. No sé si me enamoré de él porque es único en el mundo o el estar enamorada de él lo ha hecho ser único. «¿Qué fue primero, el huevo o la gallina?».

Una cosa está clara: aun con el paso de los años, la llama sigue latente.

—¿Ponemos música? —«Sí, Sara, mejor cambia de tema». Oliver asiente con la cabeza mientras enciende el reproductor de CD del barco, a ver con qué nos sorprende el abuelo de Brian.

Empieza a sonar *Build Me Up Buttercup* y se destensa el ambiente. Esta canción anima a cualquiera. ¡Bravo, abuelo de Brian! Oliver empieza a mover, con disimulo, la cabeza al ritmo de la música, hasta que se pone de pie y empieza a darlo todo bailoteando e imitando pasos de los años sesenta. Bueno, lo que hace es un término medio entre bailar y hacer el bobo, pero me hace reír y babear como a una tonta y patética enamorada. Dios, ¡cómo quiero a este hombre! ¿Se me pasará este sentimiento algún día? Mierda, ¿por qué tiene que ser tan mono? ¡Incluso bailando con un chubasquero amarillo está para comérselo!

Nos acercamos al islote de Bass Rock, y miles de pájaros sobrevuelan nuestras cabezas. Cuando se acerca bailando hasta mi posición y me agarra

por detrás para que bailemos juntos, me palpita tanto el corazón que tengo miedo de que lo escuche. Sus manos en mi cintura me queman y su tacto traspasa todas las capas de ropa que nos separan.

—Vamos, nena —me susurra al oído—, demostremos a esos pájaros de lo que somos capaces.

—¡Qué tonto eres!

Me dejo hacer y bailamos unidos adentrándonos en el mar.

Avanzamos un poco más y apago el motor. Voy hacia las mochilas y saco los trajes de neopreno y las mini bombonas de aire. Oliver se acerca a mí y me mira alucinado.

—¿Vamos a bucear?

—¡Qué observador!

Me quito la ropa y me pongo el neopreno por encima del bikini. He venido preparada porque sabía que íbamos a bucear, pero entonces caigo en la cuenta de que no le he dicho a Olly que se pusiera bañador.

—¡Se me ha olvidado tu bañador!

—No importa, no lo necesito.

A continuación, se desnuda delante de mí. Y cuando digo *se desnuda*, me refiero a desnudo integral, ni los calzoncillos se deja puestos, y yo, por supuesto, me doy la vuelta para darle intimidad. Solo miro un poco de reojo. Un poco. Lo justo para verle la curva del trasero mientras se sube el neopreno. Trago con fuerza. «Joder, qué calor». Cojo la mini bombona de aire y me lanzo al agua sin pensarlo.

En dos suspiros, Oliver se une a mí y buceamos hasta que se nos acaba el aire de las bombonas. Cuando subimos de nuevo al barco, tenemos los labios azules y tiritamos de frío. Me entran unas ganas terribles de besarlo en la boca y devolverle el calor, y de que él me lo devuelva a mí. Nos quitamos los neoprenos y nos vestimos a toda prisa. Me permito observar a Oliver durante un rato, con su cabello rubio ceniza mojado y sus ojos verdes brillando. Siempre ha sido guapo, pero ahora, con el paso de los años, está... imponente.

Mientras volvemos al puerto, seguimos tiritando durante un buen rato. Tenemos los chubasqueros con la cremallera subida hasta arriba y tapándonos hasta la nariz. Estamos congelados, pero felices.

Para cuando llegamos a nuestro destino, el atardecer nos cae encima. Nos sentamos en el suelo del embarcadero y disfrutamos de las vistas todavía con el cabello mojado, pero con los labios rojos debido a los rayos de sol que los

han calentado.

Cuando cae la noche, no quiero que se acabe este día.

—Y ahora nos vamos a tomar unos chupitos para cerrar la celebración. —
Sujeto la mano de Oliver y vamos corriendo y riendo hasta el coche.

—Estás loquita —me dice por el camino.

«Loquita por tus huesos, idiota, aunque tú no te des cuenta». Que conste en acta que eso no lo he pensado yo, ha sido mi subconsciente traicionero que, en cuanto le doy un poco de alegría, no dice más que tonterías.

Dejamos el coche en el centro y entramos en el primer pub que vemos. La gente se nos queda mirando según nos acercamos a la barra, y no es para menos, tenemos unas pintas interesantes con el pelo mojado y los chubasqueros hasta la nariz.

Pedimos una ronda de tequilas y brindamos por el nuevo trabajo de Oliver. En las siguientes rondas, brindamos por el cielo y las estrellas, por el tequila y por tonterías varias. La ropa nos empieza a sobrar y nuestras mejillas comienzan a volverse rojas por el calor y el alcohol.

—Por nosotros —propone Oliver en una de las rondas. Nos miramos a los ojos y nos mantenemos la mirada durante varios maravillosos segundos. Acercamos nuestros vasos y los chocamos con complicidad.

Bebemos hasta marearnos y reímos hasta que nos duele la tripa. Cuando volvemos al coche, los dos estamos demasiado borrachos como para conducir. Yo opto por coger un taxi y dejar a Oliver en su casa de camino a la mía, pero mi amigo desecha esa posibilidad.

—¿Pretendes ir ahora hasta tu casa? No merece la pena, estando la mía tan cerca.

—¿Y entonces?

—Nos vamos a mi casa a dormir.

¿Juntos?

8

Otra noche juntos

Es tan tarde que las calles están vacías, tanto de coches como de viandantes; por ello, nos envalentonamos, ayudados por el tequila que nos corre por las venas y nos plantamos sonrientes en medio de la carretera a detener un taxi estilo Nueva York. Por desgracia, no viene ninguno en un buen rato, así que decidimos ir a casa dando un paseo. Nos va a venir bien para bajar el alcohol, porque vamos bastante perjudicados.

Durante el camino, mando un *whatsapp* a mi hermano Daniel para que sepa que no voy a dormir en casa porque duermo con Olly. ¡Toma ya! Solo de pensarlo me entran ganas de saltar, pero me contengo.

Llegamos a casa de los Aston y entramos por la puerta trasera, intentando no hacer demasiado ruido. Toda la casa está en absoluto silencio y sin una pizca de luz; es más de medianoche. Lo único que se escucha es el *tic tac* del reloj de cuco colgado en una de las paredes. Subimos a hurtadillas hasta la habitación de Oliver y cerramos la puerta con sigilo.

En cuanto veo la cama, voy directa hacia ella sin pensarlo; estoy agotada. Me quito el chubasquero y el jersey por el camino, los dejo caer al suelo y me lanzo boca abajo en el colchón sin remedio. Me abrazo a la almohada y hundo la nariz en ella, impregnándome de ese inconfundible olor que tanto he añorado en estos años. ¡Dios, esto es el paraíso! Podría quedarme a vivir en esta cama. De hecho, ¡quizás lo haga! Oliver trastea en sus cajones mientras yo cierro los ojos y entro en un estado de duermevela muy muy agradable. Mi alrededor desaparece en segundos y estoy a punto de rendirme al más profundo de los sueños.

—Nena. —Alguien me llama, pero no quiero desperezarme, estoy tan a gusto.

—¿Mmmm?

—No te duermas con la ropa puesta, quítatela. —Pero ¿dónde estoy?

Me giro hasta apoyar la espalda en el colchón y, como puedo, porque los párpados me pesan una barbaridad, abro despacio los ojos para descubrir a Oliver de pie, sin camiseta, con los vaqueros desabrochados y mirándome como si yo fuera lo más bonito que ha visto en el mundo. O, al menos, eso es lo que a mí me parece, porque estoy soñando y en mis sueños mando yo.

Pero, entonces, me doy cuenta de que no estoy soñando, que esto es real.

Estoy en la habitación del amor de mi vida, en su cama. Las palabras salen de mi boca antes de que pueda evitarlo.

—Quítamela.

Nos mantenemos la mirada durante unos segundos hasta que Oliver sonrío de medio lado, mostrándome su mirada más provocadora. Se sube de rodillas a la cama y avanza hasta llegar a mis pies. Noto cómo me quita muy despacio una playera y luego la otra, un calcetín... y otro calcetín. ¡Oh, por favor! ¡Oliver me va a desnudar!

Me encuentro de repente tan despierta que ni los párpados me pesan. No quiero analizar lo que estamos haciendo ni por qué lo estamos haciendo, solo quiero sentir. Me apoyo sobre los codos y lo observo con atención. Mi cabeza comienza a reproducir en bucle una y otra vez la última pieza que he estado tocando en el piano. *A Thousand Years*, de Cristina Perri. Es algo que suele pasarme a menudo, cuando desconecto la mente de cualquier pensamiento, mi propio subconsciente reproduce música sin descanso. Y en esta ocasión es tan fuerte que incluso creo que Oliver es capaz de escuchar lo que grita mi cerebro, porque es como si sus manos quisieran tocar la pieza sobre mi piel.

Se sienta en mis rodillas y acerca las manos a mi pantalón vaquero. Me suelta el botón con habilidad y me baja la cremallera con estudiada lentitud. Lo hace mirándome a los ojos, porque en ningún momento desviamos la mirada el uno del otro. Cuando su tacto me roza la piel de las caderas, es como si sus dedos estuvieran hechos de puro fuego, me queman de una manera tan exquisita que estaría dispuesta a arder en el infierno para siempre con tal de que no dejara de quemarme nunca.

Mete las manos por la cinturilla de mis pantalones y comienza a bajarlos sin un atisbo de duda en su mirada. Elevo las caderas para facilitarle la tarea y siento cómo mis piernas van quedándose desnudas. Se levanta de mis piernas y se pone de rodillas de nuevo, a mis pies, para acabar de quitarme los pantalones. Y, entonces, sube de nuevo y apoya los codos a ambos lados de mis caderas. Ay, ay, ay, ¿me va a quitar las braguitas? Se me pone la piel de gallina y siento que voy a explotar. Trago saliva y cierro los ojos de puro placer.

Cuando los abro de nuevo, Oliver tiene los labios a escasos centímetros de mi vientre. Aparta la mirada y se concentra en mi cuerpo. Baja un poco más... y un poco más hasta que sus labios rozan la zona de mi ombligo.

Y dejo de escuchar música porque mi cabeza solo grita «¡bésame, por favor!».

Oliver

«¡Bésala, joder!».

Tengo los labios tan cerca de su piel que hasta la puedo saborear. Huele a sal, a mar y a ella. Huele a volver a casa, a volver a ser feliz. Creí que había olvidado lo que era ese sentimiento, que jamás viviría de nuevo, pero aquí está, ha vuelto, y llevo horas saboreándolo junto a ella. Siempre junto a ella.

Levanto la vista hacia Sara, pero ahora no me mira. Tiene los ojos cerrados con fuerza y respira con dificultad. Miles de imágenes me vienen a la cabeza, imágenes que había escondido en lo más profundo de mi ser y que juré no volver a añorar. Como una broma del destino, acuden a mí con más fuerza que nunca; sin embargo, ya no me duelen, solo me embarga un sentimiento de dicha y felicidad tan profundo que no las voy a volver a enterrar nunca más. Es más, creo que voy a hacerme adicto a ellas, como lo fui hace tiempo, como lo he sido la mayor parte de mi vida. Sara en la cama con el cabello desparramado por la almohada, Sara besándome la piel, Sara sonriéndome, Sara patinando, acercándose veloz a mí para abrazarme. Sara.

De pronto, se le eriza la piel, y miles de diminutos y exquisitos granitos adornan su cuerpo. Ella tiembla y yo... Joder, yo tengo una erección de caballo. ¿Acabo de escuchar un gemido? Mierda, eso no ayuda para nada a mi situación. Cuando hace un momento me incitó a que le quitara la ropa, no pensé, solo actué. Y como quiero, o mejor dicho, *necesito* sentir el contacto de su piel, bajo los labios hasta que rozo su piel y entonces...

Una música terrible rompe el silencio. ¿Qué coño es eso? Levanto la cabeza y la guio hacia el lugar de donde proviene el sonido, que no es otro que sus pantalones, que están tirados en el suelo de la habitación de cualquier manera. Es su móvil. Es la melodía de *El exorcista*. Mi mente reacciona más rápido que mi cuerpo. Esa es la melodía que Sara tiene en el móvil cuando la llama su hermano.

—¿Daniel? —preguntamos dudosos los dos al unísono.

¡Maldito Summers! Por fin, mi cuerpo reacciona y me levanto como un resorte y me aparto de la cama. Como no sé qué hacer, me quito los pantalones y cojo unos de pijama para ponérmelos. Al notar que la condenada melodía sigue sonando, me giro hacia Sara.

—¿No vas a coger?

—¡No! Le he mandado un mensaje para avisarlo de que no iba a ir a dormir a casa. ¡No sé qué quiere ahora!

Y entonces sucede, Sara me mira y enfoca sus ojos en cierta parte de mi anatomía. Dirijo mi mirada al mismo sitio y ¡coño! ¡Todavía sigo empalmado! Intento ponerme los pantalones de pijama lo más rápido posible, pero estoy tan cachondo y tan nervioso que mi cerebro no es capaz de dar ninguna orden en condiciones a mi cuerpo, así que tropiezo y caigo al suelo sin remedio.

Sara

Oliver comienza a ponerse los pantalones de pijama como si le fuera la vida en ello, de tal manera que un pie se le queda enganchado en la tela y empieza a caer. Cae, cae, cae... y cae al suelo. «Pero ¿qué acaba de pasar?». Rompo a reír como una loca y hasta me tengo que sujetar el estómago con la mano por el dolor que siento de tanta risa. Es una risa que embarga tantos sentimientos a la vez. Diversión, nerviosismo, vergüenza, excitación, duda, miedo. ¿Cómo un solo acto puede mostrar tanto?

Me asomo por el borde de la cama y observo al patoso sin dejar de reírme. Oliver se levanta y me mira entre enfadado y divertido.

—¡No te rías! ¡Ni te has preocupado en preguntarme si estaba bien! Me he dado una buena hostia.

No puedo contestarle porque todavía no soy capaz de hablar, las lágrimas caen por mis mejillas y mi cerebro recrea la caída una y otra vez. Y lo que ha pasado antes de la caída. Ese momento que hemos vivido, pero que ya se ha enfriado. Aun así, estoy feliz.

—¡Sara! ¡Deja de reírte!

—No puedo... —intento vocalizar.

—¡Ahora verás!

Oliver se sube a la cama y comienza a hacerme cosquillas por todo el cuerpo. Le pido entre risas histéricas que se detenga, pero no me hace ni caso hasta que, al final, tengo que suplicarle.

Cuando ambos nos calmamos, veo que el cuerpo de Oliver apenas está cubierto por unos flojos pantalones grises de pijama que, por cierto, son tan finos que poco dejan a la imaginación. Yo estoy casi desnuda, solo llevo encima una camiseta de manga larga y la ropa interior. Bueno, al menos estoy depilada; en ocasiones como esta agradezco al cielo la aparición del láser en el mundo.

Con un poco de vergüenza, me escondo dentro de las sábanas para cubrir mi parcial desnudez y me coloco dándole la espalda, hasta que me giro y me encuentro con el verde de sus ojos. Me coloco de lado y lo observo divertida.

—Hola. —Me sonrío.

—Hola. —Yo también sonrío, y hasta es posible que en breve se me empiece a caer la baba de puro gusto. Estar así con él de nuevo, en la cama,

juntos, aunque no hagamos nada más que mirarnos el uno al otro es sencillamente... alucinante.

—¿En qué piensas?

—Otra vez me tienes en tu cama. —Demonios, vaya noche llevo, tiene que ser el alcohol el que me está soltando la lengua de esta manera tan libertina.

—Tengo la sensación de que nunca la has dejado. Has estado más años en ella que fuera de ella, por lo que lo extraño era que no estuvieras.

—Has echado en falta mis patadas, ¿eh? Yo he echado en falta tu rodilla en mis costillas. —Le doy un suave golpe en el hombro e intento quitar tensión a este momento. No quiero hablar del pasado. Desde luego no de *ese pasado*.

—He echado en falta dormir en horizontal. Tus patadas me hacían moverme tanto que al final siempre despertábamos en esa posición: en paralelo con el cabecero de la cama.

—Y a ti se te salían los pies fuera de la cama.

—Sí, no existen demasiadas camas con un ancho de metro noventa.

Nos quedamos en silencio tras esta última declaración. Me entran ganas de decirle que no se preocupe, que cuando me compre una casa me aseguraré de conseguir una cama lo suficientemente ancha como para que pueda dormir en horizontal sin que se le salgan los pies fuera de la cama, pero no se lo digo. Él, mientras tanto, observa el techo de la habitación con interés.

—Y ahora, tú, ¿en qué piensas?

—En estos últimos años hay temas que no he tocado con Adam y, bueno, tampoco contigo.

—¿Qué quieres saber?

—¿Sigues teniendo ataques? ¿Has tenido alguno en estos años?

Suspiro y cambio de posición. Me coloco con la espalda apoyada en el colchón, me tapo los ojos con el brazo y pienso. Mis ataques. Me había olvidado de ellos, pero, claro, eso es algo que Olly no sabe. Lo que me hace pensar que hemos estado más distanciados de lo que creía.

—No he tenido ninguno desde que volvimos de Estados Unidos.

—Allí apenas tuviste alguno, solo al principio.

—Sí.

—¿Ninguno en estos años?

—No.

—Y... ¿has dormido sola?

—No creo que tuviera nada que ver con eso, Olly. En el *Crowden* nunca dormía sola y, aun así, tenía ataques de vez en cuando. Yo solo... dejé de obsesionarme con ellos y se fueron, me olvidé de que los tenía y dejé de tenerlos. Puedes dormir tranquilo.

—En ese caso, buenas noches, nena.

—Buenas noches, rubiales.

Cierro los ojos, pero los abro de nuevo para ver si Oliver se ha dormido. Lo pilló con un ojo abierto, pero lo cierra en cuanto descubre que lo he pillado mirándome. Los cierro de nuevo, pero no puedo resistirme y los vuelvo a abrir. Los de Oliver permanecen cerrados hasta que, segundos después, los abre y me descubre él a mí. Nos reímos y nos seguimos retando con los ojos. Jugamos a cerrar los ojos para luego abrirlos y poder observar al contrario a destajo. Vaya par de bobos que estamos hechos; esto me recuerda a cuando los enamorados no quieren ser el primero en colgar el teléfono. Somos unos *moñas*, pero no me importa.

No recuerdo cuál de los dos se duerme primero, solo recuerdo abrir y cerrar los ojos hasta caer rendida con la respiración de Oliver a escasos centímetros de mi rostro.

Me despierto con una resaca terrible. Maldito ruido. ¿Dónde estoy? Abro los ojos. Vale, en una cama. Miro a mi alrededor para ubicarme... ¡Coño! ¡Estoy en la cama de Oliver! Mmm... Empiezo a recordar cómo he llegado hasta esta posición tan placentera, pero ese maldito ruido que me ha despertado insiste más y más. ¿*El exorcista* otra vez? ¿Daniel? ¿Qué quiere a estas horas de la mañana? Tengo la sensación de que hace apenas una hora que me quedé dormida. ¿Y dónde está mi teléfono?

Paso con cuidado por encima del cuerpo de Oliver, siguiendo la horrible melodía, hasta que llego a mis pantalones, que descansan abandonados en el suelo. Miro y, efectivamente, el nombre de Dan Dan aparece en la pantalla. Descuelgo el teléfono y vuelvo a mi sitio en la cama.

—¿Qué quieres? —contesto entre susurros, pero exasperada a la vez. No quiero que la inapropiada e incomprensible llamada de mi mellizo despierte a Oliver.

—¿Dónde coño estás? —Es tan fuerte el grito que se escucha al otro lado del teléfono que incluso tengo que apartar el aparato del oído.

—Acabas de dejarme sorda. —Tanteo los botones de uno de los laterales del teléfono y bajo el volumen con rapidez.

—¡Contéstame!

—¿Es que no sabes mirar tu móvil?

—*Repito, ¿dónde coño estás?*

—¿Cómo que dónde estoy? Sigo en casa de Olly. ¿Dónde voy a estar? Ayer te mandé un mensaje para avisarte de que no iba a dormir a casa. ¿No lo has visto?

—*Oh, sí, he visto un mensaje tuyo. De hecho, lo vi ayer por la noche, pero no te dignaste a cogerme el puto teléfono. Tiene que ser este, sí, dice: «md qiedp a doemoe em xasa dw olu».*

—¿Qué?

—*¡Exacto! Y después de ese gran mensaje, hay unos cuantos emoticonos de fuegos artificiales que, por suerte, fueron los que me llevaron a dilucidar que estabas bien. ¿Cómo coño tengo que interpretar esto, Sara?*

Me llevo la mano a la mejilla y niego con la cabeza. Mierda de tequilas.

—*Vaya, juraría que lo escribí bien... Sería el cansancio, era muy tarde.*

—*Seguro que fue cansancio, sí...*

Un movimiento a mi derecha me pone en alerta.

—Daniel, ahora no puedo hablar, no quiero despertar a Olly.

—*¡¡¿Qué?!! ¡Joder! ¡No sigas hablando, no quiero saber nada! ¡Mierda! ¿Por eso eran los fuegos artificiales?*

—¿Qué? ¡No! No eran por eso, eran porque...

—*¡Joder! ¡Mis oídos! ¡Que no quiero saber nada!*

Clic.

Me ha colgado. El muy idiota me ha colgado. Como soy una chica práctica, para el futuro saco una moraleja: si quieres que Daniel Summers te deje en paz, háblale de sexo.

Dejo el teléfono en el suelo y me giro hacia Oliver, que por suerte no se ha despertado. Apoyo la cabeza en la almohada y lo miro. La vida me debe de querer mucho en estos momentos porque tanto la sábana como el edredón están a los pies de la cama, por lo que puedo observar su cuerpo casi desnudo a placer. Creo que incluso estoy ronroneando como un gatito.

Hacía tiempo que no lo veía así. Cuando regresé con Will, nos alejamos en todos los sentidos. Tiene los músculos tonificados y bien definidos, y un vello muy suave le cubre el cuerpo. ¡Qué cuerpazo tiene! Siempre lo he admirado y sigo haciéndolo, porque solo puedo hacer eso, admirarlo. Ya no me permite tocarlo, al menos no de manera íntima. Aunque yo lo necesite. A pesar de que ayer él me tocó a mí como algo más que un amigo, yo no me atreví a hacerlo con él, dado lo peculiar que es con su cuerpo.

Me acerco para recrearme todavía más, tengo que aprovechar ahora que está dormido porque a saber cuándo tengo otra oportunidad como esta. ¿Y si lo beso? No, no, no, Sara. «¿Estás loca? ¿Y si se despierta?», me pregunta mi pepito grillo interno. «¿Y si no lo hace?», le contesto yo. Bah, es inútil mantener una conversación así con mi conciencia, la decisión está tomada: voy a besarlo.

Aproximo mis labios con decisión a su cuerpo y le beso el hombro y... las sensaciones que me atraviesan el cuerpo son tantas y tan intensas que dudo mucho que una burda descripción de las mismas les haga justicia. Escondo la cabeza en el hueco de su cuello y aspiro su dulce olor. Me arriesgo a besarlo de nuevo y, si se despierta, que sea lo que Dios quiera. Suerte que no creo demasiado en Dios. Aun así, es mejor no seguir arriesgando. Con todo el dolor de mi corazón dejo de besarlo, pero me abrazo a su cuerpo como si fuera mi tabla de salvación. Me quedo dormida.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, no estoy abrazada a él. Mis malditos movimientos me han apartado hacia la esquina de la cama.

—Buenos días —me saluda Oliver, somnoliento.

—Hola.

—¿Lo he soñado o ha vuelto a llamar tu hermano?

¿Mi hermano? Oh, oh. ¡Mierda! Si ha escuchado eso, quizá se ha dado cuenta de mis besos. Reacciona, Sara. ¿Y ahora qué digo? No sé, pero reacciona. Di algo, lo que sea.

—Lo has soñado, y todo lo que crees que ha pasado después, también.

—¿Qué?

Me levanto deprisa de la cama y voy al baño con la excusa (que a la vez es una realidad) de mi primer pis matutino. Cuando salgo del baño, Oliver se ha puesto una camiseta y me espera con unos pantalones en la mano para mí. Miro hacia abajo, aún sigo en ropa interior. Ups.

Bajamos a desayunar y, al entrar en el comedor, la familia Aston nos recibe.

—¡Pero mira a quién tenemos aquí! —El hermano de Oliver se levanta de la silla y me ofrece la otra para que me siente—. Buenos días, cuñada.

Él siempre me llama cuñada, o al menos antes lo hacía. No sé qué es lo que le ha llevado a hacerlo de nuevo, pero desde luego que, si Oliver no dice nada, tengo claro que yo tampoco lo voy a hacer.

—¡Sara! No sabíamos que estabas aquí, siéntate. —Los padres de Oliver lucen contentos con mi visita, y ni siquiera parecen sorprendidos, solo

contentos.

—Así que erais vosotros los que provocasteis la ruptura de mi sueño con vuestras estruendosas risas —nos acusa Nick.

—Fue él, que se cayó al suelo, de repente. —Apunto a Oliver con el dedo mientras me pongo mermelada en la tostada. Las otras tres cabezas lo miran en busca de una explicación.

Levanto la vista con disimulo hacia mi amigo y lo reto con los ojos a que explique qué estaba haciendo para caerse al suelo. Me devuelve la mirada con una clara amenaza de venganza que más que miedo me provoca risa.

—¿Cómo no me avisasteis de que te quedabas a dormir, Sara? Hubiera preparado algo especial para desayunar. —La madre de Oliver cambia de tema para salvar el trasero a su hijo.

—Fue una decisión de última hora. Salimos a tomar algo y vuestra casa pillaba más cerca que la mía. Y este desayuno es más que suficiente.

—¿Estuvisteis de marcha anoche?

—Sí, salimos a celebrar algo.

—¿El qué?

Ha llegado el momento de decírselo a los demás. Tengo claro que Oliver ha tomado la decisión de qué hacer con la propuesta que le hicieron en la universidad, pero, al decirlo a su familia, es como si se hiciera más real. Oliver va a ser profesor.

—Me han ofrecido un puesto en la Universidad de Edimburgo, en el departamento de Astrofísica.

—¡Cariño, eso es genial!

Toda su familia se levanta para felicitarlo y cubrirlo de abrazos y besos, pocos, que sabemos que a nuestro chico no le gusta el contacto humano. Se los quita de encima como puede, y su madre propone celebrarlo por todo lo alto. Es en ese momento cuando los dos nos miramos a los ojos sabiendo que no existe mayor celebración que la que hemos hecho nosotros.

9

La despedida de soltera

El mes de septiembre termina y, con él, el buen tiempo del que disfrutábamos. Pasa octubre y... noviembre y... Antes de que queramos darnos cuenta, estamos en pleno mes de diciembre. Llega la nieve, el frío, la Navidad, las luces, los buenos propósitos y... ¡La despedida de soltera de Moira!

Apenas quedan cinco meses para el gran día y hemos preferido celebrar la despedida de soltera con tiempo; bueno, «hemos preferido» es un eufemismo, la verdad es que Moira nos ha obligado a organizar su despedida entre los meses de diciembre y febrero como muy tarde. Con lo meticulosa que es, no ha podido evitar planificar hasta su propia despedida; eso sí, solo la fecha, porque el destino ha sido una decisión nuestra.

Después de mucho debatir y poner sobre la mesa decenas de destinos, ha salido ganadora la primera opción de Adam: ¡Las Vegas! Mi pobre amigo lleva meses trabajando a destajo en el bufete y llegando a casa a horas intempestivas para poder ponerse al día, por lo que tiene ganas de desconectar a lo grande.

Si me tengo que sincerar, es un destino que me provoca un montón de reacciones dispares. Alegría por volver a esa ciudad que tantos buenos recuerdos me trae a la mente, emoción por volver al continente donde más feliz he sido, ansiedad por lo que pueda sentir cuando pise de nuevo el lugar donde Oliver y yo iniciamos nuestra relación, tristeza por lo que hemos perdido desde aquellos días... En fin, pues eso, muchos sentimientos encontrados.

Moira no sabe nada del destino y llevamos más de dos semanas preparando la despedida a conciencia, a pesar de que solo vamos a estar tres días; van a ser tres días muy intensos. Las Vegas es intensa, por lo menos Las Vegas que yo conozco.

Hemos aprovechado que la homenajeadá está buscando los zapatos perfectos para el gran día con su futura familia política para reunirnos toda la pandilla en el pub de los jueves y cerrar la planificación de la despedida.

—Todavía tengo a Duncan mosqueado porque no le dejamos venir a Las Vegas —deja caer Olivia con resquemor.

—¿Quién es Duncan? —nos pregunta Brian, entre susurros, a Pear y a mí.

—¿Cómo que quién es Duncan, Brian? —Por lo visto, no ha sido tan *entre susurros*—. Duncan es mi novio, con el que llevo más de cuatro años de relación y más de uno viviendo juntos.

—¿El profe? —insiste, confundido.

—El mismo —confirma Pear.

—Joder, es la primera vez que escucho su nombre, siempre ha sido el «profesor buenorro». ¿Cuándo hemos empezado a llamarlo Duncan?

Ignoramos la pregunta de Brian y seguimos debatiendo sobre la asistencia o no de nuestras parejas. Para los que las tengan, claro, que, aunque mi corazoncito se ponga contento porque por suerte Oliver sí viene a la despedida, no es mi pareja, ni muchísimo menos. Desde aquel día en su cama, que ahora parece tan lejano, no ha habido más acercamientos de ese tipo. Oliver ha estado muy ocupado empapándose del funcionamiento de la universidad y preparando sus clases, por lo que nos hemos visto poco. Todavía no he asistido a ninguna de sus clases, pero sin duda lo voy a hacer en breve. Quiero ver cómo se desenvuelve delante de sus alumnos. ¿Qué tipo de rol de profesor asumiré? ¿El joven simpático? ¿El tirano? ¿Amigable? ¿Inaccesible? No se lo he querido preguntar porque prefiero descubrirlo por mí misma.

—Es una despedida de soltera y, hasta donde yo sé, se prepara con los amigos, no con las parejas de los amigos —aporta Adam, tajante.

—Raquel tampoco viene —explica Marco a Olivia, para que se dé cuenta de que están en igualdad de condiciones.

Raquel, la novia española de Marco, acabó el curso de Erasmus en Edimburgo y, una vez pasado el verano, ha tenido que volverse a España. A pesar de estar en constante contacto a través de las redes sociales y llamadas telefónicas, a Marco se le ve afligido, parece que esa chica le ha llegado al corazón. Y me consta que están haciendo todo lo posible por volver a estar juntos.

—¿Qué tal lleváis lo de la relación a distancia?

—Fatal. La echo muchos de menos. Ojalá le concedan la beca que ha solicitado para hacer el postgrado.

—¡Aprovecha que está lejos para disfrutar de la vida, chaval! ¡Que todavía eres muy joven para atarte a una mujer! Con la de tías buenas que hay en Edimburgo, tú prueba y, si al final no encuentras nada mejor, te la traes para aquí y listo.

¡Joder, me había olvidado de que el nuevo «novio» de Pear estaba sentado

con nosotros! Llevaba un rato callado y mejor que se hubiera quedado así. Pear lleva un mes saliendo con él, pero, según me ha contado mi amiga, disfrutan de una relación abierta... Es decir, que él se tira a todo lo que se le pone por delante y Pear no dice nada. Me ha explicado que se lo pasa bien con él y que no busca nada serio, así que, para ella, es perfecto.

Lo conoció en una cafetería cerca de su trabajo; él se sentó en su mesa alegando que, como estaba sola, no le debería importar prestarle una de las sillas vacías y surgió... algo surgió, pero no sé el qué. Atracción, supongo, o ganas de echar un polvo, porque amor no es. Guapo es un rato, pero gilipollas hasta decir basta.

Aprovechando que se acerca a la barra para pedir otra cerveza (para él solo, por cierto, que ni se ha molestado en ver si los demás queríamos otra ronda), voy a abordar a mi mejor amiga para decirle que su nuevo novio no me gusta nada, pero ella se me adelanta con otra cuestión que me pilla por sorpresa.

—¿Viene Daniel?

—¿Daniel? ¿Mi hermano?

Asiente con la cabeza con impaciencia como si fuera la mayor obviedad del mundo.

—¿Aquí? ¿Ahora? —le pregunto, confundida.

—No, aquí no. —Pone los ojos en blanco para dejar evidencia de que no me entero de nada—. A la despedida.

—No, ¿qué pinta Daniel en la despedida de Moira?

—Eso digo yo. No pinta nada.

—¿Entonces por qué iba a venir?

—¡Yo qué sé! Sara, no me lées.

Levanto las cejas y la miro con interrogación. ¿Que no la lée? No entiendo nada.

—No había pensado en Daniel —nos interrumpe Adam—. Quizá deberíamos invitarlo.

—No —contestamos tajantes Pear y yo al unísono.

Pocos días después, aterrizamos en el aeropuerto de Las Vegas. He estado nerviosa todo el viaje y apenas he podido descansar; tengo la sensación de

que estoy volviendo directa y sin frenos al pasado.

Por fortuna, en cuanto pisamos el suelo de Nevada, nos encontramos con Natalie, que ha volado desde su universidad hasta aquí. Entramos en tal situación de emoción, reencuentros y prisas por llegar al hotel, que mis nervios y pensamientos pasan a un segundo plano.

Hemos reservado una *suite* en el hotel Bellagio que dispone de cuatro habitaciones. Es el mismo hotel donde nos alojamos cuando Adam, Oliver y yo vinimos a Las Vegas por primera vez, el hotel donde nos liamos Oliver y yo por primera vez. Tengo que reconocer que intenté convencer a Adam para que cambiara de hotel, pero no hubo manera, le encanta este sitio y no vio motivos de peso para no venir. Capullo insensible. Estoy segura de que lo hizo a propósito.

En cuanto abrimos la puerta de la *suite*, nos quedamos mudos por la impresión. Es una habitación alucinante. Nada que ver con la que tuvimos nosotros en aquella época en la que teníamos menos dinero. La pared del fondo es una cristalera enorme desde donde podemos disfrutar de la imitación en miniatura de la Torre Eiffel del hotel París. Como es de noche, las vistas son todavía más impresionantes.

En el centro de la estancia hay un sofá verde enorme en forma de U lleno de cojines donde podemos sentarnos toda la pandilla sin estar apretujados. A la izquierda hay una televisión de plasma gigante colgada en la pared encima de una moderna chimenea. Y a la derecha se advierte un pasillo que, entiendo, llevará a las habitaciones. Hay diversas mesitas colocadas por doquier y adornadas con jarrones con flores y varios cuadros que hacen de la estancia un lugar agradable y hogareño.

Como los chicos se niegan a compartir habitación (cosas de hombres, jamás voy a entender qué problema tienen en dormir juntos en un dormitorio), una habitación es para Brian y Pear, a los que no les importa compartir cama, otra para Marco, la tercera para Moira, Olivia y Natalie y la última... para los tres que quedamos. Comparto cuarto con Oliver y Adam, como en los viejos tiempos.

Después de saltar en el sofá y en todas las camas de la *suite* –de alguna manera tenemos que quemar la emoción que sentimos de estar aquí–, deshacemos las maletas y nos preparamos para nuestra primera noche en Las Vegas: cenita en un restaurante al que solíamos ir a menudo cuando vivíamos aquí y bailoteo en discoteca sin hora de llegada a casa. Puede parecer algo simple para una despedida de soltera, pero Moira no nos ha dado más

margen. Nos ha facilitado una lista enorme con prohibiciones entre las que, por desgracia, se incluían los *boys* y cualquier tipo de *striptease*.

Me estoy poniendo los zapatos cuando Oliver sale de la ducha con una toallita mal puesta, y ¿por qué negarlo? Su apolínea visión es un regalo para mis ansiosos ojos. Se peina delante del espejo y vuelve al baño a vestirse. Cuando vuelve a salir, tiene el esmoquin colocado casi al completo. Quizás somos un poco exagerados al emperifollarnos tanto, pero esto es Las Vegas, aquí todo está permitido.

—¿Me ayudas con la pajarita?

—Claro.

Me levanto y me acerco a él. Le paso la cinta por detrás del cuello de la camisa y le hago el lazo. Me muero de ganas por tocarlo, mis manos quieren moverse hacia su cuerpo, pero las obligo a quedarse pegadas a la pajarita.

Salimos de la habitación de punta en blanco y nos dirigimos animados a cenar al restaurante. En la cena, hablamos y reímos como siempre y, cuando estamos algo tocados por el vino, Marco nos hace una advertencia.

—Que nadie entre en ninguna capilla a casarse, prohibido acercarse a esas zonas en parejas de dos.

Después de la cena, nos movemos de una discoteca a otra sin descanso. Bailamos todos con todos, en grupo y por parejas. A pesar de que he intentado evitar a Oliver durante toda la noche, porque no quiero acabar suplicándole que se case conmigo en una de esas capillas prohibidas por Marco, es inevitable que en algún momento de la noche nos encontremos juntos, uno enfrente del otro y con toda la pista para nosotros. Y, para mi consternación, todo ello sucede en la discoteca del Bellagio, donde empezó todo.

Aunque empezamos a movernos a cierta distancia al ritmo de *Stole The Show*, de Kygo Walker, al final bailamos de la manera más provocativa que se puede bailar, y empiezo a recordar todas las cosas indecorosas que mi compañero de baile me ha hecho en el pasado: encima de mí, debajo, de lado, sentados... Demasiados recuerdos en estas cuatro paredes.

Lo toco y él me toca, empieza por los hombros y baja hasta las muñecas para luego desandar el camino. La tensión sexual entre nosotros está en el aire y cada vez es más intensa. Esto va a acabar mal para mi pobre corazón, mejor me separo un poquito.

Con disimulo, me acerco a Adam, que, al advertir mi ansiedad, se arrima a bailar con nosotros. Nos echamos los tres unos cuantos pasos de baile de

esos que solíamos hacer cuando ensayábamos en el *Crowden*, dejando como siempre al público con la boca abierta.

Al final de la noche, nos acomodamos en la barra, cansados de tanto movimiento. Hablamos y recordamos viejas historias. Nos reímos de Adam, que lleva horas intentando sin éxito aparente llevarse a una morena despampanante a la cama. Cuando se acerca derrotado a nuestro lado, Brian se ríe un poquito más de él.

—Se te está resistiendo, rockero, ¿qué pasa? ¿Estás perdiendo facultades?

—Tengo un plan. No quería llegar tan lejos, pero ella me ha obligado. ¿Sabes lo que he aprendido de algunas mujeres a lo largo de los años? Que cuanto más inalcanzable seas, más te buscan.

Antes de que me dé tiempo a preguntarle por ese plan, se acerca a mí, me coge por la nuca y acerca su boca a la mía.

¿Pero qué...?

Siento su lengua en el fondo de mi boca y su otra mano en mi espalda, apretándome contra su cuerpo. No reacciono. Solo escucho cómo mis amigas ponen en su boca las preguntas que rondan por mi cabeza.

—¡Adam! ¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco?

—¿Pero cuánto ha bebido?

—¡Que alguien lo aparte de ahí!

Y no es hasta que escucho a Brian hablar que lo entiendo todo.

—¡Shh! ¡Callaos todas! Adam, la morenaza no te quita la vista de encima. Buena maniobra, cabronazo. No saques la lengua de esa boca hasta que te avise.

¿Así que es eso? Reacciono y le devuelvo el beso con fervor para demostrarle a esa chica... lo que sea que Adam quiera demostrarle. Mi falso amante, al notar mi colaboración, me planta las manos en el trasero y me inclina hacia abajo haciendo que se me arquee la espalda. Lo sujeto fuerte del cuello, no vaya a ser que al final, con tanta tontería, nos caigamos los dos al suelo. Escuchamos las risitas de fondo de nuestros amigos y no podemos evitar comenzar a reírnos nosotros mientras nos seguimos besando.

—Ya podéis parar, parejita. La chica acaba de salir de la discoteca con un mosqueo de los buenos.

Al instante, Adam y yo separamos nuestras bocas aunque mantenemos la misma postura.

—Fantástica reacción, *Totó*. Por cierto, a partir de hoy tú y yo somos novios —me susurra al oído y me ayuda a incorporarme.

—Adam, ¿le has dicho a esa chica que Sara es tu novia? —le pregunta Moira con evidente tono de reproche. Vaya oído que tiene.

—Sí, y como no se lo acababa de creer, he tenido que tomar medidas drásticas.

—Adam, la chavala te miraba sin pestañear hasta que habéis empezado a meteros mano.

—Ese era el plan, que piense que no me puede tener, así soy más deseable. —Se gira hacia mí y me guiña el ojo—. Luego te veo, preciosa.

Va a comenzar su camino hacia la salida de la pista por donde ha escapado la chica, pero antes se acerca a susurrarle algo al oído a un Oliver con los ojos aún como platos y la boca abierta; y dada la cercanía en la que nos encontramos, puedo escucharlo todo. Claro que, por otra parte, lo más seguro es que esa fuera la idea de Adam.

—¿Ves como no es tan difícil?

—Eres un capullo.

—Yo también te quiero. —Se gira de nuevo hacia mí de tal manera que nos habla a los dos a la vez—. Volveré tarde, amores. No me esperéis despiertos.

Oliver bufa y se gira hacia la barra en busca de su cerveza. Se la lleva a la boca y se la bebe casi de un trago. Brian se ríe, y Oliver se gira con expresión de mosqueo.

—¿Y tú de qué te ríes?

—¿Yo? De nada —le contesta el interpelado, mordiéndose el labio para evitar seguir con la risa.

Tras esta breve pero intensa interrupción, no soy capaz de concentrarme ni en la conversación ni en nada. Mi cabeza se llena de las imágenes de lo que sucedió en esta discoteca hace tantos años, el beso de mi supuesto novio me las trae a la mente sin remedio porque así comenzó todo en aquella ocasión: con un beso de Adam.

Y, por otra parte, no dejo de pensar en lo que ha pasado después del beso-magreo. ¿A qué ha venido el comentario que Adam le ha hecho a Oliver? ¿Será por mí? ¿Le estaba demostrando que no es tan difícil besarme... a mí? ¿O se refería a otra cosa? Una llama de esperanza se enciende en mi interior. ¿Y si Oliver todavía me quiere y estamos haciendo los dos el tonto no atreviéndonos a confesarlo? Sacudo la cabeza para despejarme. Demasiadas cosas en las que pensar para la primera noche en Las Vegas. Ya sabía yo que iba a ser un viaje intenso.

Cuando mi cabeza no puede más, está a punto de amanecer, aunque no lo parezca, porque dentro del hotel parece que la noche nunca acaba. Todos los hoteles de Las Vegas son así, no hay ventanas en las zonas de entretenimiento, así que no sabes si en la calle es de día o de noche. Decido dar por acabada la velada e irme a la habitación a dormir, y así se lo comunico a mis amigos. Oliver, Moira, Marco y Natalie me dicen que vienen conmigo. Pear, Brian y Olivia todavía están con ganas de fiesta.

Nos despedimos de ellos y salimos de la discoteca. Nos acercamos al ascensor y, mientras esperamos a que se abran las puertas, aprovecho para quitarme los zapatos que llevan horas maltratando a mis pobres y delicados pies. Mis amigas imitan mi gesto y los chicos se aflojan las pajaritas. Esperamos... esperamos y... esperamos. ¿Dónde está el maldito ascensor?

Como si Moira me hubiera leído el pensamiento, arroja la misma duda a nuestro pequeño grupo de cinco.

—¿Qué pasa con el ascensor? —Jamás escucharemos a Moira decir algo como *maldito ascensor*.

—¿Alguien le ha dado al botón de llamada? —pregunta Marco, dubitativo.

Y esa es la chispa que faltaba para que todo explote. El destino me está haciendo revivir la historia de nuevo, no me cabe duda. Levanto la mirada y me encuentro con los ojos de Oliver. El rubio por fin abandona su pose de chico enfadado, con la que nos ha deleitado la última parte de la noche, y me mira como si no pudiera creerse lo que acaba de pasar. Estallamos a reír los dos a la vez sin poder evitarlo.

—¿Y a estos dos qué les pasa? —pregunta Marco a todos en general—. Yo no le veo la gracia a que ninguno de nosotros hayamos llamado al ascensor.

Cuando, poco después, se abren las puertas, nos metemos en el ascensor, y Oliver y yo nos apoyamos en una de las paredes. En el pasado, entrábamos a trompicones, locos por tocarnos y quitarnos la ropa. Ahora, nuestros cuerpos se rozan y Oliver entrelaza sus manos con las mías. Él también lo siente. Y entonces me pregunto, ¿qué pasaría si estuviéramos los dos solos? ¿Si nuestros amigos no estuvieran aquí? ¿Saltaríamos el uno sobre el otro como animales en celo?

El ascensor se detiene cuando llegamos a nuestra planta. Oliver y yo somos los últimos en salir y los últimos en entrar en la *suite*. Mi corazón palpita en mi interior a toda velocidad, y una intensa excitación recorre mi

cuerpo pensando en que, en escasos segundos, vamos a estar solos en nuestra habitación para dar rienda a...

Sin previo aviso, Oliver me suelta la mano y se dirige al pasillo que lleva a nuestro nido de amor... No, ¡mierda!, quiero decir a nuestra habitación. Maldito subconsciente pervertido.

—Me voy a la cama. Estoy derrotado.

Nuestros amigos también se despiden y cada uno se mete en su dormitorio. Yo me quedo parada en medio del salón hasta que reacciono y sigo el camino de Oliver.

Entro en la estancia justo cuando el objeto de mis deseos se ha quitado la ropa y se está metiendo en la cama en calzoncillos, todo ello bajo mi atónita mirada. ¿Cómo puede pasar del calor al frío tan rápido? Mi primer pensamiento es tirarme encima y hacerle el amor, el segundo tirarme encima y... hacerle el amor.

Como no es una opción, entro en el baño, me desmaquillo, me lavo los dientes, me hecho colonia y me pongo el pijama. Y, aunque Oliver no estuviera en la cama, también hubiera llevado a cabo este ritual, porque me gusta irme limpiita a la cama, no lo he hecho para oler bien por si acaso Oliver decide arrimarse a mí. Sí, claro, Sarita. Y el primer paso es que tú te lo creas.

Salgo del baño, apago la luz y me meto en la cama, dándole la espalda a mi acompañante. Tenía que haberme dado una ducha fría, ¿cómo me quito estas ganas de saltarle encima y lamerle el cuerpo?

—¿Qué te pasa? —Ay, mierda, ¿no lo habré dicho en alto? Mi corazón se sale del pecho, se sale, ¡se sale! ¡Quiero vomitar!

—Mmm... Nada.

—No has dejado de moverte desde que te has metido en la cama.

Mi corazón recupera su ritmo habitual y las náuseas desaparecen. No lo he dicho en alto. Aunque debería aprender a controlarme, no me he dado cuenta de que me estaba moviendo tanto.

—No puedo dormir.

—¿Necesitas que te cuente un cuento?

—¿Sabes que estoy a pocos meses de cumplir veinticinco años?

—Me lo voy a tomar como un sí, nena.

Oliver se abraza a mi espalda y me habla al oído, me cuenta un cuento. ¿Cuál? No soy capaz de escucharlo. Mi mente solo es capaz de sentir su cercanía, su aliento, su respiración... ¿Y quién coño entiende a los astrofísicos superdotados? Su voz se va apagando hasta que el sueño me

vence.

Cuando me despierto, horas después, estoy sola en la cama. Al principio, no soy muy consciente de lo que ha pasado. Levanto las sábanas y advierto que aún llevo la ropa interior puesta. Vamos, que no ha pasado nada. Estoy sola, soltera y entera.

Escucho las risas de mis amigos en el salón y, sin molestarme en mirarme al espejo, me presento ante ellos. Están un tanto alborotados y, por lo que me cuentan, Adam y Brian han acabado durmiendo juntos en el sofá. Han llegado apenas hace unas horas y no han sido capaces ni de alcanzar sus dormitorios. Brian se está quejando de que no ha podido descansar y nos está incitando para que nos vayamos todos por ahí, a donde sea, le da igual. Adam sigue tumbado en el sofá, con un cojín cubriéndole el rostro, a medias entre el sueño y la vigilia.

—No he podido dormir con los ronquidos de Adam —se queja Brian.

—Yo no ronco —aclarla la *marmotilla*, con la voz distorsionada por el cojín.

—Sí roncas.

—*Totó*, diles que yo no ronco.

—Adam no ronca. Solo... respira algo fuerte, pero es muy sutil, a mí me ayuda a dormir. Siempre lo ha hecho y, cuando no lo escucho, siento que... me falta algo.

—¿Y qué va a decir su *novia*? —espeta Brian—. Todo tuyo entonces.

—Hablando de novias. Adam, ¿al final te has tirado a la morena? —pregunta Marco.

—A ella y a su amiga.

—Eres mi héroe.

—Pues el mío, no —dice Brian—. Se las folla fuera y viene a casa a roncar.

Dejamos a los más fiesteros en el sofá, intentando conciliar el sueño, y entramos en la pequeña cocina de la que disponemos para desayunar. Oliver y Marco se marchan para planificar el día y nos quedamos solas las chicas. Desayunamos tranquilas y comentamos las mejores jugadas de la noche anterior.

—¿Qué tal tu noche con Oliver? —La pregunta de Pear me pilla por sorpresa.

—Bien.

—Sara.

—¿Qué? Hace como mil años que Oliver no me altera.

«Mentirosa, mentirosa». Me toco la nariz por si acaso me ha empezado a crecer.

—Sara, que estamos solas, se han ido todas.

Miro a mi alrededor y compruebo que, efectivamente, se han ido las chicas a prepararse. Escondo la cabeza entre mis brazos y hablo con voz lastimera.

—Ay, Pear, estoy en un lío.

Para cuando estamos preparados, es la hora de comer. Brian y Adam siguen durmiendo, así que nos vamos sin ellos. Decidimos hacer un recorrido por los hoteles más famosos de Las Vegas en busca de un sitio para comer. Oliver y yo tenemos varias ideas, pero no queremos que los chicos dejen la ciudad sin visitar los hoteles más emblemáticos. Como estamos en invierno y en la calle hace un frío considerable, pasamos de hotel en hotel por los pasillos internos que los comunican. Es como ir paseando por la calle; además de discotecas y casinos, los hoteles de Las Vegas cuentan con multitud de restaurantes y tiendas, todo fantásticamente decorado y cubierto por un techo pintado de azul y blanco como si de un cielo se tratara.

Comemos unas hamburguesas gigantescas con un montón de patatas fritas en el hotel París y, después, nos pasamos un rato por el casino. Los dos descarriados se nos unen, y Adam, Pear y yo acabamos sentados en una de las ruletas. Apostamos un par de dólares por jugada y parece que la suerte está de nuestra parte porque empezamos a ganar dinero.

—Sara —mi amiga nos pasa los brazos por la espalda a Adam y a mí y acerca nuestras cabezas—, ¿no puedes hacer alguna operación matemática para acertar dónde va a caer la bola? Ya sabes, calculas la velocidad, el rebote...

—Tú has visto muchas películas, Pear.

—¿Podrías hacer eso? —me pregunta Adam, alucinado.

—¡Por supuesto que no! Además, ¿no sabéis que es ilegal hacer trampas en los casinos?

Seguimos en la misma mesa jugando durante horas, hasta que acumulamos más de trescientos dólares. ¡Adoro Las Vegas! El resto de la pandilla se acerca a nuestra mesa y les enseñamos lo que hemos ganado. Seguimos apostando con la adrenalina a tope en nuestros cuerpos.

—Tenemos que ir al hotel a prepararnos o no llegaremos al espectáculo de Copperfield.

—¿Cómo levantamos a estos tres de la mesa?

«¡Yo no me quiero ir!». Pero al final, Oliver termina agarrándome por las axilas y sacándome del casino a rastras. ¡Aguafiestas!

El espectáculo de magia nos fascina y esa noche, después de tomarnos una copa, nos vamos formales a la cama, ya que a la mañana siguiente tenemos que levantarnos muy temprano para irnos de excursión al Gran Cañón. Incluso se viene con nosotros sin rechistar Adam, que, por cierto, no ha vuelto a coincidir con la morena y tampoco ha hecho nada para propiciar un encuentro.

Cuando nos despertamos es domingo y, por lo tanto, nuestro último día en Las Vegas. Nos vestimos con prisa y bajamos a la recepción del hotel, donde nos espera un minibús para acercarnos al aeródromo en el que vamos a coger una avioneta que nos acercará al Gran Cañón. Mientras estuvimos viviendo en Las Vegas, Oliver y yo solíamos ir al Gran Cañón a sacar fotos o a disfrutar de las vistas mientras nos abrazábamos y nos inventábamos historias del viejo Oeste. Nos gustaba imaginarnos la cantidad de historias asombrosas que escondían esos increíbles parajes. Y luego está lo otro, lo de aquel beso, aquel primero beso que nos dimos Oliver y yo sin sexo o alcohol de por medio. Aquel primer beso... de verdad.

A nuestros amigos les fascinan las vistas y, después de sacarnos fotos a la orilla de todos los precipicios habidos y por haber, nos sentamos a comer algo. En pocas horas tenemos que volver a Edimburgo, y la tristeza se palpa en el ambiente.

—¿Por qué no te vienes a trabajar conmigo como sugirió Oliver? —La pregunta de Adam me pilla desprevenida. No hemos vuelto a tocar el tema en los últimos meses, y la verdad es que ni lo había pensado.

—¿Al despacho?

—Sí —contesta, entusiasmado.

—Sigo sin pintar nada ahí, Adam.

—Necesito que me ayudes a llevarlo todo.

—No me necesitas, tienes a tu disposición a un gran equipo de abogados.

—Pero te necesito a ti, *Totó*. Igual que tú necesitas mis ronquidos.

—Adam...

—Sí te necesito, tú eres lista, Sara, y siempre nos vendrá bien tu punto de vista. Para mí tu opinión es la que más me importa en el mundo, y puedes ayudarme a gestionar a las personas y a investigar para los casos más complicados y, bueno —sonríe—, nos vendría de puta madre que

memorizaras los infernales tomos que tenemos de jurisprudencia.

—¡Adam!

—Oh, vamos, solo tienes que leerlos una vez y entonces acudiríamos directamente a ti. Se llama eficiencia, Sara. ¿Qué me dices?

Todavía no he pensado lo que quiero hacer con mi vida. El Derecho me gusta y, a falta de otra cosa...

—Te digo que... acepto.

—¡Cojonudo! Empiezas mañana.

«Vaya, pues tengo trabajo».

Pocas horas después, en el aeropuerto, empiezo a pensar en lo que ha pasado este fin de semana con Oliver. No entiendo su actitud; a ratos está cercano, tocándome, abrazándome y dándome esperanzas, pero luego se le cruzan los cables y se vuelve frío y distante, me trata como a una amiga más y me vuelve loca. Necesito saber a qué atenerme con él. Necesito saber si tengo que rendirme o si puedo empezar a luchar por lo nuestro.

Cuando las azafatas de la línea aérea comienzan a embarcar a los pasajeros, mis amigos se levantan de sus sillas y se dirigen al mostrador; sin embargo, yo me quedo sentada. Puede que esta sea mi última oportunidad.

Pear se da la vuelta y me busca con la mirada. Cuando ve que sigo sentada, viene a mi encuentro.

—Venga, *vagonetas*. ¿Tan cansada estás que no puedes ni levantarte de la silla?

—Pear, no me quiero ir.

—Sara —se sienta a mi lado—, ¿a qué te refieres? ¿No quieres volver a casa?

—Me estoy volviendo loca. No puedo evitar pensar qué habría pasado si nos hubiéramos quedado.

—¿Qué?

—Cuando dejamos Estados Unidos la última vez, Oliver y yo éramos felices y, si nos hubiéramos bajado del avión...

—Sara...

—¿Y si le digo que nos quedemos ahora? Pear, ¿y si le confieso que lo quiero y que quiero quedarme aquí con él?

—Sara, eso es demasiado arriesgado. Ahora no tenéis nada.

—¿Y si estoy perdiendo la oportunidad de nuevo por no confesarle mis sentimientos?

—Sara, ¿dónde está Olly? Búscalos.

Busco con la mirada a mis amigos, pero solo queda Brian en la cola.

—Subiendo al avión.

—Exacto, subiendo al avión. ¿Eso no te dice nada? Sara, no quiero que sufras más.

—¡Chicas! ¿Qué hacéis ahí paradas? —Brian nos chilla desde su posición y nos indica con los brazos que nos acerquemos a la cola.

Pear espera con paciencia a que sea yo quien conteste.

—Ya vamos —lo informo mientras me levanto del asiento.

Vuelta a Edimburgo, otra vez.

10

Estás equivocado

Edimburgo no es grande, tiene una superficie de más o menos doscientos sesenta y cuatro kilómetros cuadrados y unos quinientos mil habitantes; aun así, hay personas que nos movemos por unas zonas y personas que lo hacen por otras. Con esto, lo que quiero decir es que no es fácil encontrarse con alguien si no frecuentas los mismos lugares, pero supongo que el destino tiene mucho que decir o mucho que enseñarnos.

Hoy es lunes. Hace escasas horas que aterrizamos en el aeropuerto de Edimburgo y me dirijo emocionada al despacho de Adam, tal y como le prometí ayer, a «familiarizarme con el entorno». No he venido con él a primera hora porque me apetecía quedarme en la cama, pensando y desintoxicándome de los últimos tres días.

He aparcado el coche unas manzanas más atrás y voy paseando por una de las calles principales de la ciudad viendo escaparates. Cuando estoy casi llegando al portal donde se encuentran las oficinas de Adam, lo veo acercarse a mí. Esos andares, por mucho que pase el tiempo, jamás los voy a olvidar.

William Von Kleist.

Llevamos sin vernos y sin hablar desde aquel día en el que yo le devolví el anillo y nos despedimos en la pista de hielo, hace siete meses. Daniel nunca me lo menta y yo tampoco le he preguntado por él, no quiero ponerlo en una situación incómoda.

Avanzo unos pasos justo hasta colocarme a la altura del portal, y él se acerca hasta mi posición. De aspecto sigue como siempre, tal vez algo ojeroso, pero bien en general.

—Hola, Sara. ¿Puedo decirte hola o ni siquiera puedo saludarte?

Joder, no me ha dado tiempo ni a responder. Genial, empezamos con buen pie. Nunca había visto a Will tan a la defensiva, y eso que llevamos cuarenta segundos juntos. «Muérdete la lengua, Sara y sé educada».

—Hola, Will. ¿Cómo te va? ¿Cómo tú por aquí? —El despacho de arquitectura donde trabajaba cuando estábamos juntos no se encuentra por esta zona, aunque, claro, quizá haya cambiado de trabajo en estos últimos meses.

—He venido a visitar a un cliente y me va muy bien, realmente bien. ¿Y a ti? ¿Ibas a meterte en este portal?

Esa frase me suena a sarcasmo contenido y, si piensa por un momento que me fastidia que le vaya «realmente bien», está muy equivocado; no le deseo ningún mal, más bien todo lo contrario.

—Sí, hoy empiezo a trabajar en el despacho de Adam.

—Ya veo que hay cosas que no cambian.

—¿A qué te refieres?

—A que, a pesar de que Aston y tú vais de autosuficientes por la vida y de que os creéis los mejores y los más fuertes, en el fondo, sois todo lo contrario. Vosotros sois los débiles, y Adam es el fuerte, el que tiene que cargar con vosotros. Sin él, no sois nada.

Arrugo la frente por el comentario. Me sorprende que se haya dado cuenta de la verdadera naturaleza de nuestra relación. Sin darme derecho a réplica, cambia de tema.

—¿Y por lo demás?

—Bien —contesto con sinceridad. Me va bien, teniendo en cuenta por lo que he pasado. Y, aunque podría estar mucho mejor, no me puedo quejar.

—¿Solo bien? —me pregunta, frunciendo las cejas.

—Pues sí, ¿no te parece suficiente?

—No sé, pensé que estarías, ya sabes, en las nubes, pletórica de felicidad —me dice, con un tono ahora sarcástico.

—Pues entonces sabes algo que yo no sé. ¿Por qué se supone que debo estar pletórica?

—¿No son así todos los comienzos de relaciones?

«Vale, ahora estoy muy perdida». Me río.

—Will, te prometo que no tengo ni la más remota idea de lo que me estás hablando.

—De Aston y de ti —me contesta, como si fuera la mayor obviedad del mundo.

—¿De Oliver y de mí? —Entonces, caigo en la cuenta—. Ah, piensas que estamos juntos.

Por lo que veo, él tampoco habla de mí con mi hermano Daniel. No habla para nada de mí.

—¿No estáis juntos? —me pregunta, alucinado.

—No.

—¿Qué cojones pasa con ese tío? O mejor dicho, ¿qué cojones pasa contigo?

—Conmigo no pasa nada —le respondo, ofendida. «¿Qué insinúa?».

Nos quedamos mirándonos a los ojos y retándonos a ver quién va a soltar el

primer ataque, porque, si algo tengo claro desde el principio de este encuentro, es que no va a ser un momento cordial entre exnovios, va a ser una batalla en toda regla. Will está demasiado dolido.

—Ya lo creo que pasa, tú no estás bien, Sara.

—¿Qué?

—Lo peor de cuando te dejan es no entender cuál ha sido el verdadero motivo de que te dejen. —«¡A mí me lo vas a contar!»—. Eso me ha estado carcomiendo durante este tiempo. Pensaba: si Sara me quiere, aunque solo sea un poco, ¿por qué ha pasado esto? ¿Por qué se ha ido a la mierda una relación de tantos años por un exnovio que apenas lo fue? Y ahora, por fin, conozco el motivo.

No sé por qué lo hago, pero de todas formas se lo pregunto, quizá es curiosidad...

—¿Por qué?

—Porque nunca me has querido, pero, tranquila —me dice, abortando mi intento de queja—, porque no me lo tomo como algo personal, la verdad es que ni me has querido a mí, ni has querido al gilipollas de Aston, ni has querido a nadie en tu vida que no seas tú y tú, porque no sabes querer. Ese es tu problema, Sarita, solo te quieres a ti misma. Qué triste, ¿no?

Sus palabras se sienten como un fuerte balonazo en el estómago, no porque piense que tenga razón, sino por los sentimientos tan destructivos y negativos que he provocado en él. Sé que lo que dice no es verdad; hubo un tiempo en el que me planteé lo mismo, pero ahora conozco mis sentimientos, entiendo a quién quiero y a quién no. Sé que amo a Oliver como jamás he amado a nadie en mi vida y sé que me enamoré de Will cuando era adolescente porque me sentía atraída por él y por todas las sensaciones nuevas que sientes a esa edad, esas primeras experiencias. Me enamoré de todo ello y Will estaba justo en el centro.

No quiero seguir haciéndole más daño, por lo que no voy a explicarle la diferencia entre mis sentimientos por él y por el gilipollas de Aston (no se me nota nada el resquemor del fin de semana), pero tampoco quiero que piense que tiene razón.

—Estás equivocado, Will.

—¿Estoy equivocado? —Asiento con la cabeza—. ¿Así, sin más? ¿No tienes nada más que decir?

—No.

—Una pena, porque yo sí tengo algo más que decirte. No vas a ser feliz en tu

vida, Sara, porque nunca vas a aprender a querer.

—Ser feliz o no serlo no tiene nada que ver con el querer.

—¿Ah, no?

—No. Son cosas diferentes.

—Tú y tus frases perfectas de sabelotodo insufrible. Supongo que esa es tu excusa.

Cierro los ojos y cojo aire. Will me odia y es culpa mía.

—A lo mejor.

—No entiendo por qué me molesto en seguir perdiendo el tiempo contigo. Será la costumbre. Hasta nunca, Sarita.

—Adiós, Will.

Me quedo apoyada en la pared, necesito algún tipo de sujeción para asimilar el mal momento que acabo de pasar. La vida debería avisarte de alguna manera de estas cosas, «cuidado, encontronazo doloroso hoy con exnovio», para así poder estar advertida de la batalla verbal o, al menos, para poder estar preparada emocionalmente.

Llamo al timbre y escucho el sonido inconfundible de la apertura de puertas. Como estoy hasta las narices de coger ascensores, subo andando por las escaleras hasta el tercer piso. Cuando llego a mi destino, la puerta principal que da acceso a las oficinas está abierta. Entro y decenas de recuerdos me invaden.

Hacía muchísimos años que no venía por aquí. Desde que falleció la familia de Adam. Todo sigue tal como lo recordaba, las paredes pintadas en amarillo pastel, los cuadros, el pasillo interminable que ahora no lo parece tanto, las robustas puertas de madera, el amplio mostrador de recepción donde solíamos escondernos cuando éramos pequeños.

Una agradable voz interrumpe mis recuerdos.

—Señorita, ¿qué desea?

Me giro hacia la joven recepcionista y le sonrío con amabilidad. Hace años, su lugar lo ocupaba una señora encantadora que siempre nos regañaba en broma cuando alborotábamos el despacho. Supongo que hay cosas que sí han cambiado.

—Hola, soy Sara Summers. Adam me está esperando.

—Claro, por supuesto.

La puerta de uno de los despachos más cercanos a la recepción se abre y Adam sale sonriente con unos papeles en la mano.

—¡Sara! ¡Has llegado! Ven, pasa. —Se acerca a la recepción a entregarle los

papeles a la recepcionista y me lleva a su despacho.

Recuerdo el despacho de su madre y el de su padre, y este al que nos dirigimos no pertenecía a ninguno de los dos. Entiendo la postura de Adam y, probablemente, yo en su lugar hubiera hecho lo mismo. Ocupará el despacho de sus padres el día que se lo gane. No quiero imaginarme lo que sintió el primer día que vino aquí. Se me humedecen los ojos ante tal pensamiento.

Entramos en el pequeño habitáculo y Adam cierra la puerta con suavidad. Me giro hacia él y lo abrazo con fuerza.

—Ey, ¿qué te pasa?

No quiero hablar de sus padres con Adam y tampoco quiero compartir mis recuerdos de este despacho con él. Todavía son demasiado dolorosos. Me pregunto si algún día dejarán de serlo. Prefiero hablarle de mi altercado matutino.

—¡Menuda mañana que llevo!

—¿Qué te pasa?

—Me he encontrado con Will —le digo, dejándome caer en el sillón que veo a mi alcance.

—¿Von Kleist?

—¿Conoces a otro Will? —pregunto, impaciente.

—Gracias a Dios, no —afirma, rotundo.

—Me ha dicho que no sé querer, que nunca lo quise ni a él ni a Oliver ni a nadie, solo a mí misma —confieso sin preámbulos.

—Sara —mi amigo se sienta en el sillón más cercano al mío y lo gira para que quedemos sentados uno enfrente del otro—, no lo escuches, está dolido. Will no supo quererte. Lo hizo de la forma equivocada. Se obsesionó contigo y veía fantasmas por todas partes.

—No lo sé, Adam. Quizá sea verdad que no supe quererlo como se merecía. Es un buen chico y yo lo traté siempre fatal.

—Lo primero: a querer no se aprende, se quiere o no se quiere, sale solo, y por más que te empeñaras nunca habrías podido forzar a tu corazón. Y segundo: no lo pongas en un pedestal como si estuviera muerto. Además, no era tan santo como tú te piensas. Quería separarte de nosotros.

—¿Qué dices?

—Me has entendido a la perfección.

—¿Por qué dices eso, Adam?

—Tuvimos un par de conversaciones bastante desagradables mientras estabais juntos.

—¿Cuándo? —Adam hace un gesto con la mano quitándole importancia al asunto—. Nunca me dijiste nada.

—Porque no me habrías hecho caso, estabas anulada. Pero me prometí a mí mismo separarte de él. Al final no me hizo falta, cuando se enteró de lo de Oliver él solito se cavó su propia tumba.

—Todavía lo disfrutas cuando te acuerdas.

—Sí, ¿para qué negarlo?

—Y me ha dicho otra cosa.

—¿El qué?

—Que entre nosotros...

—¿Nosotros?

—Sí, Oliver, tú y yo... Que de los tres eres tú el más fuerte y el que tira de nosotros dos.

—¿Lo dudabas? —me pregunta socarrón, queriendo aparentar lo que no es. Es algo que yo siempre he sabido, y él también, a pesar del bache por el que pasó.

—Nunca lo he dudado.

—¿Y qué más te ha dicho el sabelotodo de Von Kleist?

—¿Qué más me iba a decir? ¿No crees que ha sido suficiente?

Adam se queda pensativo durante unos segundos, abre la boca para decirme algo, pero la vuelve a cerrar. Me mira entrecerrando los ojos e intenta de nuevo hablarme de algo sin éxito. «¿Qué pasa, Adam? Tú nunca dudas. ¿Qué quieres decirme?». Segundos después de lo que supongo ha sido una importante lucha interior, lo suelta.

—Podría haberte dicho que yo estoy vivo gracias a ti, por ejemplo.

—Adam...

—Ni Adam, ni nada, Sara. ¿No crees que es momento de que lo hablemos? ¿De que me dejes darte las gracias por mantenerme vivo?

—No... no me des las gracias por eso, Adam. Jamás me des las gracias por eso. —Niego con la cabeza, se me parte el alma en mil pedazos por recordar de nuevo todo aquello y más todavía por ver a Adam dándome las gracias por algo que fue cosa del destino, que, aunque no lo fuera y dependiera de mí, lo haría mil veces más y que además...—. Adam, yo... —titubeo al hablar. No sé cómo decirle... lo que quiero decirle.

—Tú, ¿qué? ¿Qué pasa? ¿Por qué no reconoces que, si no fuera por ti, estaría enterrado junto a toda mi familia? Yo debería haber ido en ese coche.

Le hago un gesto brusco con la mano para que deje de hablar. La sola idea de

imaginarme a Adam enterrado en una tumba me produce unos horribles escalofríos por el cuerpo y se abre un hueco en mi pecho tan grande que sería capaz de engullirme entera. Me levanto del sillón y me acerco a la ventana.

—Sara, cuéntamelo. ¿Qué es lo que te carcome por dentro?

—Adam, hay algo que nunca te he dicho; bueno, en realidad, nunca he querido pensar en ello, así que difícilmente te lo podía haber dicho. —Hablo de manera atropellada, sin reflexionar primero lo que quiero decir. Se lo voy a contar tal cual lo siento en este momento.

—No divagues, Sara, y suéltalo.

Cojo aire. Adam se acerca a la ventana y se queda junto a mí. Apoyo la frente en el cristal de la ventana y miro hacia la calle, hacia los viandantes que vienen de acá para allá. Parecen felices y tranquilos, pero puede que en su interior arrastren también un pasado triste, como nosotros, como Adam.

—Adam, ¿tú crees en Dios? —le pregunto, sin apartar la mirada de la calle.

Mi amigo duda ante esta pregunta, no creo que piense en Dios demasiado y tampoco creo que en algún momento de su vida se haya hecho a sí mismo esta pregunta.

—No lo sé.

—Yo, sin embargo, estoy segura de que sí lo haces. —Me separo del cristal y me enfrento a la persona que representa uno de los pilares más importantes de mi vida.

—¿Por qué?

—Porque en uno de los momentos más difíciles de tu vida acudiste a él. Cuando salí del coma, me contaste lo que pasó mientras yo estaba... dormida. ¿Te acuerdas? —Adam asiente con la cabeza—. Me confesaste que habías rogado a Dios para que me salvara la vida y que juraste no volver a pedirle nada nunca más si te lo concedía. Y alguien de ahí arriba, llamémosle Dios o como te dé la gana, debió de escucharte, pero apuntó tu promesa y te la hizo pagar de la forma más cruel posible. Por eso no te concedió ni la oportunidad para pedir por la vida de tu familia, Adam. Porque quemaste el único cartucho conmigo. ¿Nunca lo has pensado?

—No. Mi familia murió porque así estaba escrito, ese era su destino, pero el tuyo no era morir en ese hospital. Por eso te salvaste. Y, si tuviera que vivir mil veces más esa situación, mil veces más rogaría por tu vida. Jamás me voy a arrepentir de lo que hice.

—Ya lo sé, solo es algo que... algo que pensé en aquella época...

—Sara, matarte a ti sería como matar una parte de mí. Si tú te cortas un

brazo, yo siento el dolor; si te quedas ciega la vida se apaga para mí; si tú sufres, yo sufro.

—Si tú saltas, yo salto.

—Exacto. ¡Qué tremendistas somos, la hostia! Pero es así. Ven aquí. —Me abraza con fuerza y escondo mi cabeza en el hueco de su cuello. Lloramos y reímos evocando recuerdos de su familia. Son recuerdos bonitos pero dolorosos. Supongo que siempre lo serán.

Horas después, seguimos en la misma posición.

Cuando terminamos de llorar y de abrazarnos, salimos del despacho con las energías renovadas. Adam me presenta como la nueva incorporación ante el personal. Los saludo con educación y damos un rodeo por la oficina. Después de conocer a todos, nos paramos ante una sala vacía.

—Este es tu despacho —me comunica Adam con entusiasmo.

—No necesito un despacho.

—Mejor, porque en realidad no lo es. Solo estaba tanteándote. He pensado que podríamos compartir el mío.

—Me parece bien.

—Perfecto —Adam me coge la mano y me la aprieta con fuerza—, y ahora, sígueme.

—¿A dónde vamos?

—Tenemos una pequeña sala donde guardamos toda la jurisprudencia. ¿Te acuerdas de que te hablé de ello?

Levanto una ceja.

—¿Qué? ¡No me mires así! Lo hago para que te distraigas.

Entramos en la pequeña sala, que de pequeña no tiene nada, y observo alucinada los montones y montones de libros que habitan aquí.

—Adam, aquí hay como mil quinientos tomos.

—Mil quinientos ochenta y uno, para ser exactos. Vaya ojo tienes, *Totó*. Yo seré el fuerte, pero sin ninguna duda tú eres la lista. Lo que no sé es dónde deja eso al rubiales.

—¿En el rarito?

Después de todo el día charlando con Adam y leyendo la maldita jurisprudencia, quedo con Pear para tomar algo antes de ir a casa. Se acerca a la oficina y sube para conocer mi nuevo despacho compartido. En cuanto ve a Adam, el comentario le sale espontáneo.

—Pero qué guapo estás con traje y corbata.

—No me toques las pelotas, Pear.

Bajamos a la calle y paramos en una agradable y coqueta cafetería a tomar algo. Todo va bien hasta que menciona al insustancial de su novio.

—¿Cómo que has quedado con él?

—Va a acercarse a tomar algo, ¿por qué te pones así?

—Porque no me apetece pasar el rato con tu novio.

—¿Y por qué no? Yo he pasado muchísimos ratos con tu novio.

Caramba, hoy sale Will por todas partes.

—Pero mi *exnovio* —puntualizo— es simpático y agradable.

—¿Me estás diciendo que mi novio no te cae bien? ¿Es eso, Sara?

—Pear, es un gilipollas.

—¡Genial! ¡Otra vez te pones de su parte! ¡No sé ni por qué me sorprendo!

—¿De parte de quién?

—¡De tu hermano!

—Pero ¿qué dices? ¿Por qué metes a mi hermano en esto? Estamos hablando de que tu novio es un poquito idiota, Pear. ¡No existe un «mi hermano» en esta historia!

Entonces sucede lo último para lo que estoy preparada. Joder, vaya día. Veo cómo se ruboriza y esconde la mirada de mi escrutinio.

—Oh, mierda. Sí existe un «mi hermano» en esta historia, ¿verdad?

Mi mejor amiga asiente con la cabeza avergonzada.

—¿Desde cuándo, Pear?

—Me besó después de volver de Ibiza.

—¿¡Qué!?! ¿Eso fue hace más de tres meses! ¡¿Y me lo dices ahora?!?

—¡Pero no pasó nada más, te lo prometo! Me besó y yo me largué corriendo, jurándome a mí misma que nunca más iba a caer en sus garras.

—¿Y desde entonces qué ha pasado?

—De todo. He caído en sus garras una y otra vez, una y otra vez. ¿Quieres detalles?

—No, por favor. ¿Y dónde entra tu nuevo novio en esta historia?

—Lo he hecho para darle celos a Daniel. ¿Te puedes creer que tu hermano está saliendo con una chica? ¡Son novios, Sara! Y yo soy la otra. ¡La amante! Solo quería devolvérsela. ¿Por qué conoce a chicas nuevas y las convierte en sus novias? ¿Por qué conmigo no lo hizo?

—¿Quieres la verdad? ¿Quieres que te diga lo que yo pienso desde hace mucho tiempo?

—Por favor.

—Porque a ti te quiere, y a ellas no. —Intenta interrumpirme, pero no se lo

consiento—. Y no pongas esa cara, Pear. Mi hermano está enamorado de ti, y eso le aterra, por eso huye de ti, y por eso salta de flor en flor sin pararse demasiado en cada una.

—¿Y por qué las hace sus novias?

—Porque no les tiene miedo como a ti, y las etiquetas no le importan. No está estableciendo ningún vínculo emocional con ninguna de ellas. Eso solo lo ha hecho contigo.

—No sé qué hacer.

—¿Quieres un consejo?

—¿Un consejo amoroso de tu parte? No eres muy fiable que digamos.

—¿Lo quieres o no?

—Ya sabes que sí.

—No te rindas, Pear. Yo lo hice y ahora me arrepiento todos los días de ello. Lucha por mi hermano y no lo dejes escapar.

—Jamás pensé que algún día me dirías algo así.

Desafortunadamente, no nos queda más tiempo para hablar porque, al momento, aparece por la puerta su futuro exnovio. Los dejo solos para que hablen y me voy a casa contenta porque, al final, creo que ha salido algo bueno del día de hoy.

Al llegar a mi casa, detecto a mi hermano en la cocina con el rabillo del ojo. Yo iba a pasar de largo, pero él me lo impide.

—¡Sara! ¿Has discutido con Will?

—¿Por qué lo dices?

—He estado con él y estaba muy taciturno, hacía tiempo que no lo veía así, solo se pone de esa manera cuando discute contigo, desde los nueve años que yo recuerde.

Will y mi hermano son íntimos amigos y quiero que siga siendo así, mi hermano valora mucho su amistad con él y llevan toda la vida apoyándose el uno al otro. No quiero contarle las cosas horribles que me ha dicho.

—Hemos tenido un... desencuentro, pero nada grave.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Sara, no quiero hablar de estos temas contigo, pero...

—¿Qué temas? —lo interrumpo a propósito.

—Pues estos temas de... amor, coño —dice con fastidio—, pero debo decirte que siempre he pensado que Will no era para ti, que no estabas... enamorada de él, vaya.

«¿Así que ahora quieres hablar de mi vida amorosa? Yo también sé jugar a esto».

—Yo tampoco quiero hablar de estos temas contigo, pero debo decirte que Pear sí es para ti, que sí estás enamorado de ella, vaya —imito su expresión.

—Lo sabes.

¿Que llevan meses liados en secreto? Sí, lo he descubierto hoy.

—Lo sé.

—Me voy a la cama.

—Vete, vete...

11

En la nieve

Las navidades llegan y, como cada año, las pasamos en Suiza todos juntos. Este año tomo la firme decisión de contagiarme del buen ambiente navideño y derrochar felicidad y amabilidad por todas partes.

Una noche, tres días antes de Nochevieja, mi hermano irrumpe en el salón, medio cabreado medio emocionado, mientras Oliver y yo jugamos con la videoconsola.

—Tenemos un problema —expone, situándose enfrente a mí.

—¿Tenemos?

—Me he visto obligado por las circunstancias a hacer una apuesta con un par de idiotas. Y tú me vas a ayudar.

—¿Una apuesta? No, no, no. Yo no apuesto más, Daniel. Siempre acabo perdiendo.

—Tranquila, solo nos estamos jugando nuestra hombría. El que pierda tiene que reconocer que es el Dios de la nieve.

No puedo con los hombres. ¿Lo he dicho alguna vez?

—No quiero saber nada.

—¿Qué parte de «tienes que ayudarme» es la que no entiendes?

—La de que yo te ayudo.

Mi hermano se sienta en la mesita de café que hay enfrente del sofá y sonrío con suficiencia. Sospechoso, muy sospechoso.

—Hermanita, ni me has dejado explicarte de qué va el asunto. Primero escúchame y luego tomas una decisión. Cuando descubras cuál es el objetivo de la apuesta, te aseguro que vas a aceptar sin dilación.

—¿Cuál es el objetivo?

—Saltar el *Despeñacuernos*.

¡El *Despeñacuernos*! ¡No me lo puedo creer! Es una caída al vacío que hay entre dos montañas fuera de pistas; la distancia entre ambos extremos es de unos ocho metros y nadie se ha atrevido a saltarlo desde hace más de veinte años. Los esquiadores pasamos de un extremo a otro por un estrecho camino habilitado para ello, vallado por completo y protegido.

—¡Ni de coña!

Oliver, que hasta ahora había permanecido callado y en un segundo plano, se levanta como un resorte del sofá y se enfrenta a mi hermano.

—No estoy hablando contigo, Aston.

—Pero yo contigo sí, y la respuesta es no.

—¿Sabes por dónde me paso tu opinión? —Mi hermano se levanta de la mesa y se acerca a Oliver, enfrentándolo con la mirada.

Yo también me levanto y me meto entre los dos.

—Daniel, ¿hablas en serio?

—¡Sara! —me recrimina Oliver—. Es demasiado peligroso.

—¿Crees que, si tuviera alguna duda de que podemos hacerlo sin ningún tipo de riesgo, se lo propondría a mi hermana?

—No —reconoce Oliver—, pero también creo que los Summers no tenéis medida, no veis el peligro y actuáis por impulsos.

—Tranquilo, Aston, si te vas a quedar más tranquilo, te dejo estudiar con nosotros las posibles maneras de realizar el salto. Y, si consideras que hay algún tipo de riesgo, abandonamos.

—¿Seguro?

—Palabra de Summers. Sara, ¿no tienes ganas de emociones fuertes?

—Ya tienes compañera para tu apuesta.

Oliver chasquea la lengua y se sienta de nuevo en el sofá, sabiéndose derrotado mientras mi hermano y yo sellamos el trato con un apretón de manos.

A la mañana siguiente, nos levantamos muy temprano para subir a las pistas y estudiar la zona y los diferentes caminos para llegar al *Despeñacuernos*. Una vez encontremos la forma más rápida de llegar hasta allí esquiando, prepararemos el salto.

Oliver y Adam nos acompañan. El primero no acaba de convencerse de que esta aventura sea buena idea, y el segundo se muere de ganas por saltar él también.

A pesar de que aún no ha salido el sol, la madre de Oliver está levantada y preparando los desayunos para todos. Daniel entra en la cocina y se sienta a la mesa con unos mapas de las pistas de esquí y varios rotuladores de colores que vamos a utilizar para planificar la estrategia. Me acerco a Laura y cojo un zumo de naranja que justo acaba de exprimir. Me surto con unas cuantas tortitas y me siento al lado de Daniel. Poco después, Adam y Oliver se sientan a nuestro lado con sus desayunos.

Al principio, tenemos que hablar en clave, y es incómodo porque Daniel para nada está en nuestra *onda*, pero, una vez que la madre de Oliver abandona la cocina, hablamos con total libertad y empezamos a entendernos.

—He estudiado los mapas y hay cuatro maneras de llegar al *Despeñacuernos*. Y creo que la más rápida es esta; es la más engorrosa y la más larga, pero también la más intransitada, y eso nos va a dar ventaja. —Mi hermano señala el camino con un rotulador rojo.

—Déjame ver. —Oliver le quita el mapa a mi hermano y lo mira con atención.

Daniel aprovecha el descanso para tomarse el zumo de naranja. Espera, ¡ese es mi zumo de naranja! ¡Qué descarado! Como Oliver sigue hablando distraído, cojo su zumo, que aún no ha probado, y me lo bebo. Mmm... ¡Qué fresquito!

—Necesitamos comprobar si por este camino se coge la suficiente velocidad como para saltar diez metros.

—Son ocho metros —lo corrige Daniel.

—Me parece conveniente contar con una margen de un par de metros de sobra, ¿no crees, Summers?

—Sí, buena idea —reconoce Daniel.

—¿Cuánta pendiente hay? —Adam repite la operación de Oliver y le quita los mapas para estudiarlos.

Cuando Oliver va a echar mano de su zumo de naranja, descubre que está vacío, arruga la frente y me mira interrogante. Yo miro hacia el techo y me hago la loca. Entonces le roba el zumo a Adam, que también lo tiene entero, mientras este hace cálculos y escribe notas sobre los mapas.

Cuando estamos de acuerdo en los preparativos que debemos realizar antes de dar el salto, Adam coge su vaso de zumo para bebérselo, pero...

—¿Qué coño...? ¿Y mi zumo?

Nos mira cabreado, pero nosotros enfocamos la mirada en los mapas con sumo interés. No le queda más remedio que levantarse y prepararse él otro zumo de naranja, no sin antes soltar por esa boquita tan fina que tiene mil y un juramentos.

Una vez en las pistas, cada uno de nosotros baja por uno de los cuatro caminos y, al llegar a nuestro destino, comprobamos que el elegido por Daniel es el más rápido. Para poder realizar el salto, tenemos que lanzarnos desde arriba y adquirir velocidad hasta alcanzar por lo menos los cien kilómetros por hora. Bajamos una primera vez con calma, con el propósito de estudiar el terreno y medir la distancia. Tenemos más de cuatrocientos metros de bajada, por lo que podremos conseguir la velocidad suficiente sin problemas.

Después, toca bajar muy rápido para medir la velocidad que somos capaces de alcanzar. Para ello, Oliver y Adam se sitúan a unos veinte metros del borde del precipicio para ayudarnos a parar, por si acaso cogemos demasiada velocidad y no somos capaces de frenar a tiempo. No queremos saltar, eso solo lo haremos el día de la apuesta. Si alguien nos viera, se iría todo al traste, ya que, como está prohibido realizar este salto, acordonarían la zona y... adiós apuesta. Oliver será quien se encargue de sujetarme a mí, y Adam a mi hermano. ¡Desde luego que yo no me voy a quejar!

Las primeras bajadas son más lentas, pero vamos cogiendo confianza y ganando velocidad. En la última bajada del día decido arriesgarme más y apurar la distancia de frenado.

—¡Sara, frena! ¡FRENA! —me grita Oliver a escasos metros de distancia.

Empiezo a frenar, pero he apurado tanto que impacto con violencia contra el cuerpo de Oliver; nos movemos abrazados —él, marcha atrás— y entre los dos frenamos pocos metros después sin problemas.

—¡No arriesgues tanto, joder!

—Llegábamos de sobra —me justifico.

Al día siguiente, seguimos con la misma dinámica y pasamos largas horas en las pistas, optimizando la bajada para dar el salto perfecto. Y, por la noche, después de cenar, nos vamos temprano a la cama para estar descansados para el gran día.

Antes de acostarnos, Oliver y yo nos metemos en su habitación para realizar unas últimas estimaciones y, por una cosa o por otra, me quedo a pasar la noche con él. Estamos tan derrotados que nos vence el sueño.

Cuando me despierto, una gran sonrisa se me dibuja en la cara. Otra vez estoy en su cama, aunque solo sea para dormir. Ha pasado mucho en nuestras vidas, pero al final hemos vuelto al punto de partida: Olly y yo compartiendo cama para dormir un día sí y otro también, como dos buenos amigos.

No quiero despertarlo; lo contemplo en silencio. Contemplo lo guapo que es, sus facciones perfectas, esos hoyuelos que me traen por el camino de la amargura. Ahora está relajado y no se le marcan tanto, pero reconozco el punto exacto en que se encuentran. «Justo aquí»... acerco mi dedo y lo toco con la punta.

—Deja de mirarme.

Aparto el dedo. Oliver todavía tiene los ojos cerrados.

—No te estaba mirando, creído, más que creído.

—Siempre sé cuándo me miras, sobre todo si intentas a la vez meterme un

dedo en el hoyuelo. Lo llevas haciendo toda la vida. Empiezo a pensar que tienes una obsesión por ellos.

Me ha pillado. Malditos hoyuelos. Ellos tienen la culpa. Hago el amago de levantarme de la cama, pero Oliver me frena.

—Sara. —Uy, *ese* Sara. Esto es serio. Se incorpora hasta quedar contra el respaldo de la cama y me mira con seriedad.

—¿Qué?

—Si lo ves mal, prométeme que no vas a saltar.

¡Otra vez con lo mismo!

—No te preocupes, Olly, lo tengo controlado. Podría incluso saltar diez metros adicionales.

—No me pidas que no me preocupe, tú solo prométemelo —me suplica, mirándome a los ojos—. Por favor.

—Te lo prometo, pero que sepas que estás perdiendo valentía con los años, Aston.

Su mirada quiere decirme algo, pero no sé el qué.

Esa mañana, apenas desayunamos ninguno de nosotros y nos dirigimos con apremio al punto de encuentro. Cogemos el remolque que nos lleva al punto más alto de la montaña y esperamos a nuestros contrincantes. Miro al cielo y me maravillo del día que hace. Es perfecto, no nieva y tampoco hace un día soleado. Unos pocos remolques más y dos chicos bastantes altos y con pinta de querer comerse el mundo se acercan a mi hermano.

—¿Quién de los dos es tu pareja? —le pregunta uno de ellos, señalando a Oliver y Adam.

—Ella —les explica señalándome a mí.

—Es una chica.

—Y tú, muy observador.

—Muy bien, Summers, tú mismo. Conoces las condiciones de la apuesta. Todo vale. No hay normas. La primera pareja que salte gana.

—Ellos nos van a esperar abajo —explica mi hermano, señalando a nuestros amigos—, necesitamos testigos que estén al tanto de nuestra victoria.

—Yo ya he colocado a los nuestros en posición.

—Perfecto, pues lo tenemos todo. ¿Empezamos?

Oliver y Adam se adelantan y bajan la pista esquiando hasta nuestro destino final.

Nos situamos los cuatro en línea recta en el borde de la pendiente y nos

preparamos. Me coloco bien los guantes y las gafas de ventisca. Me pongo en posición y quedo a la espera de la señal. Estoy bastante tranquila, teniendo en cuenta lo que me espera al final del camino, pero me alegro de no haber desayunado porque sería bastante vergonzoso vomitar delante de esos dos idiotas. «Venga, Sara, tú sabes cómo controlar tu cuerpo, y si no lo haces...».

Sara, si lo ves mal, prométeme que no vas a saltar.

«¡Mierda, ahora no! Joder, Oliver, sal de mi cabeza».

Daniel debe de percibir mi creciente nerviosismo porque me coge del brazo y me mira a los ojos. «¿Todo bien?», me pregunta con la mirada. Y no sé por qué, pero la confianza y la seguridad que irradia su expresión me dan las fuerzas necesarias para recuperar el control de mi cuerpo de nuevo. Asiento con la cabeza y sonrío convencida. Daniel me sigue mirando hasta que se convence de que estoy preparada.

Cuando uno de nuestros contrincantes inicia la cuenta atrás, la adrenalina comienza a fluir por mis venas y al grito de *¡ya!* salimos todos disparados.

Al principio bajamos los cuatro juntos, pero en la primera intersección ellos cogen un camino y nosotros otro. Han elegido el camino más corto, pero no por ello el más rápido, van a tener que esquivar a un montón de esquiadores. Principiantes.

Daniel y yo nos desviamos de nuevo fuera de las pistas y nos acercamos a la gran bajada. Cuando llegamos a la recta que nos va a conducir directos al salto, cambiamos de posición y cogemos velocidad. El viento me azota con fuerza el rostro y los esquíes tiemblan bajo mis pies. Doblo las rodillas y me precipito en línea recta hacia abajo a toda velocidad. Cada vez está más cerca el momento más importante: el despegue.

Sesenta metros.

Cuarenta metros.

Diez metros.

Miro a mi hermano, que permanece a mi lado, cojo impulso, flexiono las rodillas y... ¡salto!

Mientras estás ahí arriba, el mundo desaparece: los sonidos, el viento, mis sentidos. Todo se detiene, incluso dejas de respirar y lo único que sientes es el inmenso vacío que tienes bajo tus pies. Eso y una cosa más: los fuertes y rítmicos latidos de tu corazón.

Bum, bum, bum.

El vacío pasa tan rápido que enseguida estoy sobrevolando tierra firme. Mi hermano lo hace junto a mí. ¡Lo hemos conseguido!

La euforia me dura poco, porque ahora llega el momento más peligroso: el aterrizaje. Utilizo lo que se conoce como la posición *telemark*, con una rodilla por delante, que es la que se encarga de aguantar el impacto brutal en el suelo, y los brazos en su correcta posición para equilibrar el cuerpo y no caerse. No soy consciente de nada de lo que ha pasado hasta que me freno del todo.

—¡SÍÍÍ! ¡SÍÍÍ! —Escucho que grita alguien.

Miro a mi alrededor y no hay ni rastro de nuestros competidores. ¡Hemos llegado los primeros! Me quito los esquíes y corro a abrazar a mi hermano. Adam y Oliver se nos unen y saltamos los cuatro celebrando la victoria. Minutos después, llegan nuestros contrincantes, pero no soy capaz de enterarme de nada de lo que pasa. Todavía tengo la adrenalina de la carrera en la piel y mis sentidos no están activados del todo; mi corazón sigue escuchándose por encima del resto de los sonidos.

Abandonamos las pistas henchidos de orgullo y, ¡qué demonios!, con nuestros egos más grandes que nunca.

Horas después, en cuanto abrimos la puerta principal de casa, lo primero que nos encontramos es a Alex y Nick apostados en el pequeño descansillo con los brazos cruzados y unas expresiones que no presagian nada bueno.

—Vaya, vaya, mirad quiénes aparecen por aquí —dice mi hermano Alex, sardónico.

¿Alex sardónico? Esto pinta mal, muy mal.

—¿Dónde estabais?

—Por ahí... —contesta Daniel, cauteloso.

—Por ahí, ya... ¿No andaríais cerca del paso de *Despeñacuernos* por casualidad? —El *tonito* de Nick tampoco me da buenas vibraciones. Me parece a mí que estos dos saben lo que hemos hecho.

—¿Por el *Despeñacuernos*? —Adam nos mira a los demás poniendo cara de inocente—. No, qué va.

—Resulta que hoy cuatro personas se han atrevido a saltarlo y se rumorea que los dos primeros han sido un chico y una chica, ambos jóvenes, unos veintitantos y —Alex se acerca a Daniel y a mí y nos pone a cada uno una mano en la cabeza— como así de altos.

—Esa descripción incluye a la mitad de los esquiadores de Saas Fee —me atrevo a opinar.

—Estoy casi seguro de que habéis sido vosotros —mi hermano nos apunta con el dedo—, enanos inconscientes.

Confirmado. Lo saben.

—Alex, no tienes pruebas —apunta Daniel.

—¿A que te doy dos hostias?

—¡No hemos sido nosotros! —grito en alto para separar a mis dos hermanos.

—Sara —insiste Alex—, mírame a los ojos y júrame que no habéis sido vosotros.

—Te lo juro.

Se lo digo rápido y sin pensar, mirándolo a los ojos y procurando que no se dé cuenta de la turbación que siento por haberle mentado a la cara.

Por suerte, la puerta principal vuelve a abrirse para dar paso a nuestros padres.

—¿Qué hacéis aquí parados?

—Acabamos de llegar.

Nos quitamos la ropa de abrigo que nos sobra y colocamos los esquís en el armario que los Aston tienen habilitado para ello.

—Has tenido suerte de que fuera Alex, porque a mí no me hubieras engañado con ese juramento —me dice Daniel entre susurros.

—Últimamente me estoy luciendo, al final voy a arder en el infierno.

—Tampoco dramáticos.

—Chicos, ¿habéis oído lo de los cuatro esquiadores que han saltado el paso de *Despeñacuernos*? —nos pregunta la madre de Oliver mientras entramos en el gran salón.

—No, apenas... —contestamos los cuatro con aire distraído.

—No se habla de otra cosa, ¿dónde habéis estado metidos?

—En la pista de hielo —contestamos Oliver, Adam y yo.

—En la cafetería —contesta mi hermano Daniel a la vez que nosotros.

Niego con la cabeza y entrecierro los ojos mirando a mi hermano; definitivamente, no está en nuestra *onda*.

—¿Habéis estado en la pista de hielo o en la cafetería?

Le lanzo una mirada rápida a mi hermano: «no contestes, no la fastidies más».

—En ambas —comienza a explicar Oliver—. Hemos ido a echar un partido de hockey a la pista de hielo, pero Daniel no tiene el mismo aguante que antes y ha tenido que irse a la cafetería a descansar.

Adam y yo nos tenemos que morder la lengua para no reírnos y Daniel... Si las miradas matasen...

—En fin, me muero por darme una ducha, prometo ser rápida y estar preparada para la hora de la cena. —Giro sobre mis talones y huyo del interrogatorio.

—Sí, y nosotros también. —Adam empuja a Oliver y Daniel para que abandonen el salón.

A mitad de las escaleras, cuando los adultos no nos pueden escuchar, Daniel nos frena y nos mira cabreado.

—¿En la pista de hielo? ¿Y dónde coño están nuestros patines? Menos mal que nadie se ha dado cuenta. Desde luego que como creadores de coartadas sois un puto fracaso.

Mierda. ¡Los patines!

—¿Y cómo coño habéis reaccionado los tres tan rápido y habéis contestado lo mismo?

—Práctica —volvemos a contestar al unísono.

—Ya, pues la próxima vez me dejáis hablar a mí. Y luego resulta que la melliza lista eres tú, manda huevos. —Termina de subir las escaleras, pero antes de desaparecer por el pasillo dirige sus últimas palabras a Oliver—. Y tú estás pidiendo a gritos que te den dos hostias, no me provoques más, Aston.

12

El polvo

Una vez de vuelta en Edimburgo, nuestras vidas vuelven a su rutina habitual. Todos nosotros hemos empezado a trabajar, excepto Oliver, que aún sigue de vacaciones... Privilegios de trabajar en la universidad, tiene casi tantas vacaciones como sus estudiantes.

El lunes por la tarde, antes del inicio de las clases, nos acercamos al *Crowden* a patinar un rato en la pista de hielo. Como los alumnos no llegan hasta el día siguiente, tenemos todo el colegio para nosotros.

La mayoría del grupo llegamos a la vez, pero el coche en el que viene Pear con Brian y Marco se retrasa. Entramos en la pista sin ellos y, mientras los esperamos, calentamos un poco en el hielo.

Cuando aparecen por el polideportivo, nos acercamos a la barandilla a saludarlos. Mmm... Pear trae muy mala cara.

—¿Qué te pasa, Pear? —le pregunto.

—Venimos del hospital.

—¿De mi hospital? —pregunta Moira, escandalizada—. ¿Qué os ha pasado?

—¿No crees que es algo exagerado llamarlo *tu hospital*? —le pregunta Brian.

Moira lo ignora.

—No os preocupéis, nada grave. Llevaba un par de días incómoda y resulta que tengo infección de orina.

—¿Tienes cistitis? ¿Un lunes? ¿No lo habías dejado con tu novio?

—Sí —contesta Pear, extrañada, al interrogatorio de Moira. Enseguida me doy cuenta de lo que está pasando por la cabecita de Moira ahora mismo. Ay, Pear, en buen lío te has metido, amiga mía.

—Y, entonces, ¿con quién has mantenido relaciones sexuales este fin de semana?

Pear me mira abochornada, acusándome con la mirada. Y también me grita.

—¡¿Se lo has dicho?! ¿Les has contado lo mío con Daniel? ¡Si es que no sabes mantener la boca cerrada!

—No —le contesto muy tranquila—. Se lo acabas de contar tú solita. A todos, por cierto.

Nuestros amigos se miran entre ellos y las reacciones no se hacen esperar.

—¿Te has acostado con Daniel?

—¿Summers?

—¿Otra vez?

—¿Cuándo?

—¿Dónde?

—¿Por qué?

—¿Cómo?

Espera, ¿cómo? Todos nos giramos hacia la persona que ha hecho la última pregunta: Brian.

—Brian, ¿cómo? ¿En serio? —le pregunta Adam—. ¿Quieres que te haga un dibujito, fiero?

—Calla, idiota. Ha sido por inercia.

—Lo que tú digas...

Brian hace un gesto con la mano para restarle importancia al tema y nos dice muy serio:

—Chicos, el caso es que estamos perdiendo facultades, antes nos enterábamos siempre de todo. Y en los últimos tiempos no salen más que polvos por aquí y polvos por allá. ¿Alguien más tiene algo que confesar?

—¿Cómo lo has sabido, Moira? —le pregunta Pear a nuestra querida enfermera, ignorando el último comentario de Brian.

—El noventa por ciento de las infecciones de orina vienen provocadas por mantener relaciones sexuales. Y todos los lunes es la patología más común en el hospital.

—¿En serio? —pregunta Adam, alucinado.

—Sí.

—¿Tú sabías eso? —me pregunta Pear, aunque más que una pregunta parece una acusación. ¿Por qué tengo la sensación de que me quiere echar a mí la culpa de todo este embrollo?

—Claro —le contesto con cautela.

—¿Y por qué no me has dicho nada?!

—¿Cómo iba a saber yo que tenías cistitis? ¡Que no leo la mente!

—Vaya superdotada de mierda estás hecha —me contesta con resquemor—. ¡Nunca puedes hacer nada de lo que te pido!

Francamente, no sé qué contestar a eso.

—Estás desviando el tema, Pear —le dice Brian—. ¿Desde cuándo llevas liada con Daniel?

Miro a mi amiga. Va a explotar, lo veo en su expresión como luces de neón, en tres, dos, uno...

—¿Desde hace meses! ¿Y sabéis qué? ¡Que soy su amante! ¡Sí! Habéis oído bien. ¡Su amante, porque su novia es otra! ¡Y no quiero hablar del tema! ¡Y encima ahora resulta que tengo esta... esta infección por su culpa!

—Por su culpa no, Pear, es algo que suele pasar bastante a menudo —le dice Moira.

—¿También tú te pones de su parte?!

—¿Os apetece un chapuzón para eliminar tensiones? —pregunta Marco, entusiasmado, con la clara intención de dejar de lado esta conversación y de que Pear se tranquilice.

—¿Un chapuzón? ¿Dónde?

—Aquí, en la piscina.

—Marco, no podemos bañarnos en la piscina.

—¿Por qué? No hay nadie en el colegio y, además, la directora Peters le dio las llaves del polideportivo a Sara para que las usara a su antojo.

—No tenemos bañadores.

—¿Desde cuándo eso ha sido un problema? Nos podemos bañar en ropa interior, como siempre —dice Brian, contento con la idea.

—¿Me puedo meter al agua con cistitis?

—Sí —contestamos Moira y yo a la vez.

Aceptamos y salimos de la pista para quitarnos los patines. Los guardamos en las bolsas, junto con nuestros zapatos, y vamos descalzos, entre risas y gritos, hacia la zona de la piscina. Al llegar, nos deshacemos de la ropa hasta quedarnos en ropa interior. La apiñamos toda en un montón en el suelo.

Durante un largo rato, saltamos, nadamos, jugamos, nos hacemos aguadillas y nos divertimos a lo grande. Para cuando nos queremos dar cuenta, es tardísimo y los chicos proponen que nos marchemos ya. Oliver y yo nos quedamos rezagados buscando por el fondo de la piscina un anillo que se me ha resbalado del dedo. Cuando lo encontramos, salimos a la superficie y nos acercamos a las escaleras. El resto de la pandilla ha salido de la piscina. Hago el amago de poner mi pie en las escaleras, pero su voz me detiene.

—No me acabo de creer que lo hayamos encontrado. Has tenido una suerte de la hostia. Lo sabes, ¿verdad?

Termino por apoyar el pie. No me giro. Oliver sujeta la barandilla de las escaleras con ambas manos, dispuesto a subir detrás de mí, pero mi parón

hace que me quede encerrada entre su cuerpo y la escalera. Me quedo muy muy quieta. La respiración se me acelera por la cercanía. No quiero subir las escaleras. No, no quiero. Mi pie aún está en el primer escalón. El otro suspendido en el agua. Sus pies en el suelo. Nuestras manos casi se rozan en la barandilla.

Entonces, me giro. Cambio la posición de mis manos y quedamos frente a frente. Me siento en el último escalón. Nuestros ojos quedan a la misma altura.

Oliver se queda quieto. Decenas de gotas de agua le corren por la cara y yo quiero besar cada una de ellas. Llevo meses con el pensamiento de que tanta tensión sexual nos va a acabar explotando más pronto que tarde.

Y así es. Justo ahora.

Acerco, con convicción, mi boca a su rostro y empiezo a absorber cada gota con mis labios. Comienzo por la frente, le aparto el cabello mojado con la mano y aspiro con suma delicadeza cada una de ellas. Oliver parece no reaccionar, por lo que sigo con mi placentero trabajo, sin acabar de creerme que realmente me haya atrevido a hacer lo que estoy haciendo. Mi corazón late tan fuerte que sé que lo está escuchando, porque no hay ni un solo ruido más.

Bajo por la frente y le beso los ojos, que mantiene cerrados. Sigo bajando por los pómulos y cuando llego a los labios... paso de largo. Suelto la escalera y me agarro a sus hombros, paseo mis labios por su mandíbula y por su cuello. Saco la lengua y le lamo la piel, que sabe a cloro y a él, sobre todo a él. Arrastro la lengua por su clavícula y subo por el cuello, llego de nuevo a la mandíbula, a la boca. Rozo el borde de sus labios con la lengua. Cuando acabo, le rozo los labios con los míos y lo miro a los ojos, aún los tiene cerrados.

Espero, con paciencia, y, poco después, cuando no siente mis labios en su piel, los abre. También abre la boca, para respirar, para inhalar el aire que creo que necesitan sus pulmones. Y mis pulmones. Imito su gesto. Nuestros alientos se entrelazan. Mis ojos en su boca. Subo la mirada. Mis ojos en los suyos.

Mi corazón galopa a mil por hora en mi pecho, porque no sé lo que va a pasar ahora. Yo he dado el primer paso, ahora le toca a él. Apoyo la espalda en las escaleras de la piscina, a la espera. Debería sentirme incómoda, no es un sitio plácido donde apoyarse, pero no lo hago. Es como si estuviera tumbada sobre un colchón de plumas. Supongo que es por la anticipación de

lo que creo (y deseo con todo mi ser) que está a punto de suceder.

Sin apartar sus ojos de los míos, se acerca más a mí y me aprisiona contra la escalera. Un segundo después, siento el toque de sus manos en mis tobillos. Mira hacia abajo, hacia el agua, mientras poco a poco va subiendo sus manos por mis piernas dejando una estela de excitación a su paso. Su cabeza está tan cerca de mi cuerpo que siento cómo las gotas de agua que se deslizan por su cabello caen sobre mi pecho.

Sus manos continúan subiendo por mis piernas, por mis muslos... y más arriba. Gimo por la anticipación. Oliver no despega la mirada del agua, como si no quisiera perderse detalle de lo que pasa ahí abajo.

«Tócame, tócame más. No dejes de hacerlo, quiero que llegues hasta el fondo», me entran ganas de gritar.

Y mis ruegos parecen hacerse escuchar porque Oliver llega al vértice de mis muslos y aparta mi ropa interior para acceder a mi sexo. Introduce un dedo y el placer más absoluto recorre mi cuerpo, placer físico y placer del corazón, que da un brinco de la felicidad por tener a Oliver de nuevo en mi piel.

Le rodeo el cuello con los brazos, para sujetarme, levanto el trasero de la escalera y me dejo caer sobre su mano. Coloco la boca cerca de su oído, quiero que me escuche desde primera línea, quiero que escuche mis gimoteos por lo que le hace a mi cuerpo. Oliver, ante tales grititos de placer, me introduce un dedo más, y otro. Me muevo sobre su mano mientras recorro con la lengua el lóbulo de su oreja. Me la meto en la boca y le doy suaves mordiscos. El movimiento de sus dedos se acelera. Estoy a punto. Necesito... necesito... dirijo la boca a su hombro y lo muerdo, en un intento de paliar mis gritos por el orgasmo que comienza a recorrerme el cuerpo y que parece no querer detenerse nunca.

Al final, acabo gritándole al oído. En ningún momento dejo de abrazarme a su cuerpo ni de moverme al compás de sus movimientos. Nuestras mejillas entrechocan y, en los últimos espasmos de mi orgasmo, en mis últimos gritos, deslizo una de mis manos por su brazo, por su costado, por su vientre... hasta que llego a su bóxer. Meto la mano dentro y lo acaricio con la misma rapidez que él me acaricia a mí. Nuestras manos se rozan entre tanto movimiento y, a pesar de haber culminado ya, siento que la excitación no se detiene.

Oliver para el movimiento de su mano y saca los dedos de mi interior. Ahora es él el que se mueve al compás de mis caricias. Me recuesto en la escalera de nuevo y le ofrezco mi cuerpo. Oliver ahoga sus gemidos en mis

pechos. Me chupa la piel con necesidad y sube por mi cuello, llega a mi mejilla y descarga sus gritos al borde de mi boca.

No aguanto más, creo que si no lo beso... si no lo beso...

Cuando estoy a punto de hacerlo, Oliver aparta mi mano de su pene. Levanta la cabeza y me mira con sus ojos, que son puro deseo y excitación.

Sin pensarlo ni un segundo, acerca su boca a la mía y... me besa con violencia. «Sí, joder. Por fin». Otra vez este pensamiento. Por fin saboreo su boca de nuevo. Por fin estamos aquí. ¡Cuánto echaba de menos sus besos! Y su lengua, que empuja a la mía con fuerza. Nos besamos durante una dulce y corta eternidad. Me queman los labios y, a pesar de que Oliver deja de besarme la boca y pasa al cuello, todavía siento el calor de su aliento en ellos. Quiero más.

Yo ansío tocarlo, acariciarlo por todas partes y estrecharlo entre mis brazos. Me baja el sujetador y acerca su boca a uno de mis pezones mientras me acaricia el otro con las yemas de los dedos. Siento que voy a explotar de nuevo. Lo agarro del bóxer y se lo quito como puedo y con su ayuda, con impaciencia. Siento la presión de su sexo en mi estómago, levanto las piernas, lo rodeo con ellas mientras me aparta la ropa interior a un lado y busco el contacto de nuestros sexos. Cuando se encuentran, nos frotamos el uno contra el otro hasta que su pene se coloca en mi entrada y me penetra de una sola estocada.

Gemimos a la vez, por la intrusión; hacía demasiado tiempo desde la última vez. Demasiado tiempo. Apoyo mi frente en la suya y cierro los ojos. Me embiste con fuerza una y otra vez, y el agua de la piscina baila con nosotros.

Me agarro a la barandilla como puedo, y Oliver persigue mi boca en busca de más besos. Nuestros alientos chocan y las respiraciones tiemblan por tanta sensación. Ataca mi boca con pasión, pero no soy capaz de responder. Solo puedo gemir y dejarme llevar. Me sujeta los pechos con las manos y acerca su boca a los pezones, que están expuestos, ya que el sujetador se me ha quedado debajo. Sus tirones sobre mis pezones hacen que mi excitación llegue a su punto más alto. No puedo más, voy a explotar.

Sin esperarlo, me invade uno de los orgasmos más intensos que he tenido en toda mi vida, ni siquiera lo he visto venir. Cuatro embestidas más, y Oliver termina en mi interior.

No hemos usado preservativo. Como siempre. Por mi parte no hay problema, pero por la suya... no lo sé. Espero que eso de no usar protección

lo haga solo conmigo. Aun con todo, confío en él; de existir algún riesgo, no lo haría. Nos quedamos abrazados esperando a recuperar la respiración.

—Mierda —exclama Oliver, chasqueando la lengua—, esto ha sido un error. No puede volver a pasar.

¿Quééé? Se me atascan las palabras en la boca y no puedo hacer otra cosa que mirarlo horrorizada por lo que acaba de decir. Aún está dentro de mí y nuestras respiraciones siguen irregulares. ¿Ha dicho que *esto* ha sido un error? ¿De verdad ha dicho eso? «Sí, sí lo ha dicho, Sara». En los siguientes segundos, me rompo la cabeza pensando en ello, pero cada vez lo entiendo menos, y cada vez me cabreo más.

Oliver parece percatarse del importante detalle de que seguimos unidos y sale de mi interior con cuidado. Siento el cuerpo frío de repente y me estremezco. Me abrazo a mí misma y creo que... creo que nunca he sentido un vacío tan grande como el que siento ahora. ¿Un error? ¿Soy un error? ¿Habernos besado y... amado ha sido un error? ¿Por qué? Las mismas preguntas se repiten en mi cabeza una y otra vez. ¿Por qué no lo ha frenado antes si no quería hacerlo? ¿Ha permitido que hiciéramos el amor (con toda seguridad que para él ha sido un polvo) porque se lo he puesto fácil? ¿Se ha dejado hacer y ahora se arrepiente? Me siento... humillada. Siento que me ha tratado como a una tía cualquiera; se me rompe el alma. Siento que hemos hecho algo sucio. Él ha hecho que lo sienta así.

Lo observo buscar su calzoncillo, pero, por más que busca, no lo encuentra. Desiste y sale desnudo de la piscina. Lo localizo a mi izquierda y lo cojo. Cojo aire. Se lo lanzo con todas mis fuerzas y le doy con él en la parte trasera de sus piernas. Un arrebató. De los míos. Es mi respuesta a su: *esto ha sido un error*. Es mi respuesta a que me haya tratado como a una cualquiera. Se gira por la impresión del golpe.

—¿Estás loca? Podrías haberme hecho daño.

«Daño me has hecho tú a mí, a nosotros. A nuestra relación. Mucho más del que te puedas imaginar. Joder, esto no va acabar nunca. Estamos condenados a no entendernos». Me coloco el sujetador en su sitio y me encaro con él.

—¿No te he hecho daño? Qué pena.

—No, al menos no físicamente.

Si ahora me viene con esas, con que yo le hago daño emocional, después de lo que acaba de pasar entre nosotros... Me muerdo la boca para no replicarle con una insolencia de las mías. Porque sé que, si lo hago, esto va a

acabar mal. Muy mal. Porque mi cabreo va en aumento. Porque así no se hacen las cosas. Si no quería estar conmigo de manera íntima, que lo hubiera dicho antes, pero no después, y de la manera en que lo ha hecho.

Empieza a recoger su ropa del suelo y sé que, cuando la tenga toda, se marchará, sin vestir. No puedo permitirlo. Lo siento, pero no puedo callarme. Hoy no. Demasiado he callado en el pasado. Pero ya no más silencios entre nosotros. No me lo perdonaría a mí misma. Y estoy de acuerdo en una cosa con él: esto no puede volver a pasar. Mi corazón no lo soportaría. Y creo que nuestra relación tampoco. Salgo del agua y me acerco a recoger mi ropa, que está tirada en el suelo justo detrás de Oliver.

—No vuelvas a acercarte a mí.

Se da la vuelta, con la ropa y la bolsa de los patines en las manos.

—¿Necesitas que te recuerde que has sido tú la que me ha besado a mí?

No hace falta, no. Sé lo que he hecho. Y sé que debo cargar con las consecuencias. Solo quiero asegurarme no volver a sentirme nunca más como me estoy sintiendo ahora. Solo quiero asegurarme de que no vuelva a rechazarme, porque, visto lo visto, parece que no aprendo. Y también me gustaría saber el porqué de su actitud. ¿Por qué me habla con tanto resquemor? ¿Por qué parece estar enfadado? Pero, en este momento, lo más importante es protegerme para el futuro.

—No me refiero a ese tipo de acercamiento, que no va a volver a ocurrir entre tú y yo. Me refiero a que no te acerques a mí de ninguna manera. —«Protégete, Sara»—. No quiero que me toques, mantente alejado de mí, no te sientes a mi lado, no te metas en mi cama, no quiero que me toques ni un solo pelo de la cabeza.

Debo cortar por lo sano después de ver a dónde nos ha llevado el juegucito que nos traíamos entre manos. Acabo de negarle cualquier contacto físico conmigo a mi mejor amigo, al amor de mi vida. Se me cierra el estómago y aguanto las horribles ganas de vomitar que me invaden.

—Perfecto —me escupe cabreado—, recuérdalo la próxima vez que intentes olvidarte de tu exnovio follando conmigo.

¡Joder! ¡Joder! ¡JODER! ¿Por qué siempre tiene que salir Will en nuestras conversaciones? ¿Qué tendrá él que ver con lo que acaba de pasar?

—¿Sabes? Tienes una especie de fijación muy extraña con Will. Lo tienes endiosado, estoy empezando a pensar que estás enamorado de él.

—Yo no lo tengo endiosado, te aseguro que no, pero tú —me apunta con el dedo— lo has tenido *endiosado* toda la puta vida.

—No lo entiendo —reconozco, frustrada—. Es como si no quisieras que saliera de nuestras vidas. Siempre lo tienes presente.

—Y todo gracias a ti. Yo estuve ahí en todos esos momentos.

«¿De qué habla?». Me quedo en silencio, observándolo. Intentando entender sus palabras. Se pone los pantalones y me mira enfadado.

—No tengo memoria eidética como tú, pero hay recuerdos que jamás olvidaré. Como todas las veces que llorabas cuando Will y tú no os llevabais bien y él te humillaba; te importaba más que ninguna otra cosa en el mundo. O la primera vez que te besó, estuviste dos horas tocándote los labios, que todavía te hormigueaban. O cuando perdiste la virginidad con él, jamás te han brillado los ojos de esa manera. O cuando lo perdonaste después de que te fuera infiel; pensé que te conocía, pero ahí sí me sorprendiste. Nunca pensé que le perdonaras algo así y menos aún después de que tú y yo hubiéramos mantenido relaciones sexuales, *mis primeras relaciones sexuales* —recalca—. Después de eso, que volvieras con él al regresar de Estados Unidos te aseguro que no me sorprendió demasiado porque, cuando se trata de Will, no controlas, es más fuerte que tú, créeme, lo he aprendido con el paso de los años.

«Por fin. Hasta que salió». ¿Todo eso llevaba dentro? No, *llevaba* no. Lleva. Todo eso lleva dentro. No ve más allá de mi relación con Will. Me va a castigar con ello toda la vida. Me va a castigar por haber querido más a Will que a él. Me va a castigar por algo que... no es verdad. Ya no puedo seguir ocultándole información. Es hora de que lo sepa todo para que podamos cerrar ese capítulo de nuestras vidas. Ahora sé que jamás volveremos a estar juntos, no sabemos hacerlo, nos hacemos demasiado daño. Pero, aun así, la verdad tiene que salir. La saco de lo más profundo de mi ser.

—¡Volví con él porque tú me abandonaste!

No parece sorprenderse por mi confesión. Está obcecado con su versión y no escucha nada más.

—Claro, y, en lugar de intentar luchar por mí, te tiraste a sus brazos. ¡Como siempre haces! ¡Porque lo nuestro te importaba una mierda!

¿Luchar por él? Esto es nuevo. ¿Eso pretendía? No fue lo que me dijo la última vez, me dijo que se dio cuenta de que estaba enamorada de Will por una mirada que le eché y que ni recuerdo. No dijo nada de luchar por él. Al parecer, no soy la única que se guardó cosas. Me reafirmo en lo que pensé hace meses cuando tuvimos esta misma conversación: por más que él no quisiera reconocerlo, me puso a prueba.

—Por eso me dejaste, ¿verdad, Oliver? ¡Me rompiste el corazón porque querías que eligiera entre él o tú! ¡Por someterme a una prueba! ¡Yo te quería! ¡Joder, te quería! Más que a nada en el mundo, más que a Will y más que a cualquiera.

—¡Mentira! Nos querías a los dos, sí, pero tu amor por él era más grande que tu amor por mí y por eso lo elegiste.

—¡No! ¡Te quería a ti! Tú eras el amor de mi vida. —Derrotada, y harta de que no confíe en mí, me desnudo emocionalmente ante él y se lo confieso todo. Ahora viene mi verdad—. La primera vez que estuvimos juntos empecé a sentir... algo, pero no sabía ponerle nombre. Tú me dijiste que no querías enamorarte de mí y yo lo acepté porque me asusté. Sí, me asusté. Lo siento. Estaba muy confundida. Mucho más tarde, en París, pude darle nombre a ese algo, era amor, amor del de verdad. Lo que sentí por Will fue un enamoramiento infantil, de adolescente, intenso, sí, pero que murió tan rápido como nació. Si en aquel momento tú me hubieras dicho algo, si me hubieras dicho que me querías... Olly, si hubieras hablado conmigo... Le habría retirado incluso el saludo a Will si me lo hubieras pedido, aun sabiendo que era algo infantil y egoísta, pero habría estado dispuesta a hacer cualquier cosa para que te sintieras seguro de mi amor por ti.

Oliver me mira horrorizado. Cierra los ojos con fuerza y dos lágrimas se escapan de sus ojos. «Ya lo vas entendiendo».

—No puede ser. ¿Por qué volviste con él? —me pregunta entre susurros—. ¿Por qué te fuiste al puto cine con él cuando volviste de Los Ángeles?

Me quedo mirándolo con tristeza. ¡Cómo pudimos ser tan inmaduros y tan idiotas como para no sacar todo esto en su momento! Nos habríamos ahorrado tanto...

—No me fui a Los Ángeles.

—¿Perdona?

—Cuando me dijiste que lo nuestro se había acabado... caí en una profunda depresión. Me derrumbé y el dolor pudo conmigo, no entendía tu rechazo así, de repente, de un día para otro. Daniel fraguó toda la historia, yo no quería que me vieras así y que te sintieras culpable por no quererme.

—¿No te fuiste a los Ángeles con tu padre y con Alex?

Los ojos de Oliver siguen enrojecidos, y yo, a estas alturas, también he empezado a llorar.

—No.

—¿Y dónde estabas?

—Aquí, en Edimburgo. Encerrada en mi habitación.

—No puede ser, ¿estabas tan cerca?

—Sí, fue Daniel quien me ayudó a salir de aquello.

—¿Y Adam?

—No le contamos nada, pero lo sospeché desde el primer momento. Se lo confesé todo más tarde, cuando se supone que había vuelto. El día que viniste a mi casa —suspiro y cojo fuerzas—, ese día, Will apareció por casa porque mi hermano estaba desaparecido. No iba a la universidad y apenas salía de casa porque estaba cuidando de mí. Will vino para asegurarse de que todo estaba bien, hicieron planes para ir al cine y, sin saber cómo, me vi arrastrada a ir con ellos. A la vuelta, no podía más, y me bajé del coche a unas cuantas manzanas de distancia para despejarme. Will quiso bajarse conmigo para acompañarme y no pude hacer nada para evitarlo. Te aseguro que yo lo que quería era estar sola.

—Pero... Daniel dijo que habíais ido los dos solos.

—Aproveché la oportunidad perfecta para hacerte daño. Llegó a casa antes que nosotros y... Él sabía que yo estaba así por ti, pero no quería que tú lo supieras. Intuyó que, aunque no estuvieras enamorado de mí, te jodería verme con Will poco después de haber cortado conmigo. Orgullo masculino y todo eso.

—Entonces, ¿por qué volviste con Will? No lo entiendo.

—Porque me vi obligada a ello. En aquella época no sabía ni lo que hacía y me dejé arrastrar por todos: por Daniel, que me decía que era lo mejor y que aprovechaba cada oportunidad que tenía para dejarnos solos. Por Will, porque estuvo ahí cuando yo más lo necesitaba; sinceramente, podía haber sido él o cualquiera. Incluso Pear me lo metió por los ojos. Y lo intenté, juro que intenté quererlo de nuevo, pero no pude. Te quería demasiado a ti y no querías salir de mi corazón.

—Ni siquiera luchaste un poquito por nosotros.

—No. Y tú tampoco. Pero nada de eso importa. —Me pongo mis pantalones y recuerdo cómo me abandonaba hace unos minutos en la piscina—. Estoy cansada de esta historia. Se acabó. No puedo más.

—Sara. —Intenta tocarme, pero me aparto y me sigo vistiendo.

—Ya es tarde, Oliver. Nos hemos hecho demasiado daño. Tú nunca has confiado en mí, en lo que sentía por ti y... —antes de continuar, decido que no merece la pena seguir insistiendo—. Quiero decirte una última cosa para que te quede clara, por si aún tienes alguna duda a pesar de todo lo que te he

dicho. Lo habría dejado todo por ti. Te habría elegido por encima de todos y de todo, pero no me diste la oportunidad. Y yo no luché. Los dos nos equivocamos. Pero ahora tú solito nos has separado de nuevo, tus estúpidos celos lo han hecho.

Cojo la ropa, salgo del polideportivo y termino de vestirme por el camino. Nuestros amigos nos esperan en los coches. Me dirijo al mío como alma que lleva el diablo.

—Adam, Pear, subid al coche, nos vamos.

—¿Y Olly? ¿Qué ha pasado?

Oliver sale del polideportivo con los ojos rojos y una evidente súplica en la mirada, pero no le permito acercarse a nosotros.

—Tú en mi coche no entras —lo señalo con el dedo.

La súplica se convierte en enfado.

—Claro que sí, Sara, ¡tú siempre tomando la actitud más adulta!

—¡Soy igual de adulta que tú! ¿Te parece adulto haber follado conmigo ahí dentro para luego decirme, mientras aún seguías dentro de mí, que ha sido un error?

Todos nuestros amigos nos miran anonadados. Cambian el peso de una pierna a la otra, y es evidente que quieren dejarnos solos, pero no tienen adónde ir. Estamos en medio del aparcamiento. Oliver no me contesta, solo me mira de una manera indescifrable, no sé qué está pensando.

—Eso pensaba —concluyo.

Mi afirmación lo espolea.

—Puedes acusarme de muchas cosas, Sara, ¡lo reconozco!, pero no de lo que ha pasado ahí dentro. ¿Quieres que te recuerde otra vez que siempre que tú y yo nos hemos acostado ha sido porque tú has empezado?

Zas. Golpe bajo. Es verdad, siempre soy yo la que va a él. Porque yo estoy enamorada. Pero me acuerdo de la primera vez que lo hicimos en mi habitación de este mismo colegio. En esa ocasión, no empecé yo. Él me besó primero y eso lo desencadenó todo. Y la segunda y tercera vez, él vino a mí.

—Haz memoria, Aston, no siempre he empezado yo. Las tres primeras veces, empezaste tú. Ojalá... ojalá pudiera retroceder en el tiempo.

—¿Para que no hubiéramos hecho las cosas de esa manera? No me parece mala idea. Es lo que ha jodido todo.

—No, para no haberte conocido nunca.

Eso le ha dolido, lo noto en su expresión. Lo reconozco, me he pasado. El dolor que siento ha hablado por mí. «Bien, quizá así te das cuenta de lo que

sufro yo cuando me tratas como a una tía cualquiera». Me giro hacia mis amigos con decisión.

—Nos vamos.

Nos subimos los tres en el coche y cierro la puerta de un portazo. Rompo a llorar un segundo después.

—Sara, déjame conducir a mí. No estás en condiciones.

Acepto sin rechistar. Adam se pasa al lado del piloto y yo me dejo caer en el asiento del copiloto. Subo las rodillas y me abrazo a ellas. Arrancamos y, en unos minutos, salimos de las inmediaciones del colegio. Apoyo la cabeza en el cristal y lloro. Las ganas de vomitar vuelven con más fuerza que nunca y no las puedo frenar.

—Adam, para el coche, por favor.

Poco después, subimos de nuevo al coche.

—Sara, ¿no prefieres esperar aquí a que se acerquen los demás y aclarar las cosas con Oliver?

—No.

Mi amigo suspira con resignación. Sabe lo vehemente que puedo llegar a ser. Y que actúo de forma irreflexiva, dejándome llevar por los impulsos. Tiene que darme tiempo.

—Está bien.

Las consecuencias

De vuelta en Edimburgo, lo primero que hacemos es dejar en su casa a Pear, que se niega a bajarse del coche porque no quiere dejarme sola en estos momentos, pero la convengo para que lo haga. Lo último que quiero es hablar del tema y lo último que necesito es que mis dos amigos me miren de la forma en la que me están mirando ahora. Lástima.

Llegamos a casa y no hay nadie esperándonos. Toda la estancia permanece en silencio y en penumbra, a pesar de ser casi las diez de la noche. Mi padre no está en Escocia porque ha tenido que viajar a Londres por un asunto de trabajo, y Daniel supongo que todavía estará trabajando. No suele llegar tarde a casa, pero siempre hay algún día que se lía en la oficina.

Me encuentro tan activa que no puedo dejar de hacer cosas, incluso preparo la cena para mi hermano pensando que casi seguro llegará hambriento a casa. Enciendo la televisión para mantenerme distraída, pero no encuentro nada que me guste. Adam observa mis movimientos sin mediar palabra. Paseo la mirada por las películas que nos ofrecen los canales de pago y me detengo en una de acción que con toda probabilidad les guste a los chicos.

Me siento junto a Adam a la espera de que mi hermano aparezca por la puerta de casa, pero pasa el tiempo y no sucede nada. Comienzo a impacientarme y me levanto del sofá, empiezo a dar vueltas por el salón y me siento de nuevo.

—¿Dónde se ha metido mi hermano?

—No lo sé, pero Daniel es mayorcito como para que le controles la llegada a casa. Vamos a empezar tú y yo a ver la película y que luego se reenganche.

—No. A Daniel no le gustan las películas empezadas.

—*Totó...*

Lo interrumpo con la mano porque acabo de atisbar por la ventana cómo se acerca un coche. Me asomo para fisgonear, pero no es el coche de Daniel; sin embargo, veo a mi hermano salir del mismo. Al volante hay una rubia estirada que, al momento, me cae mal. ¡Qué bonito! ¡Yo aquí esperándolo mientras él pierde el tiempo con una de sus amiguitas!

Voy corriendo a abrir la puerta principal y los interrumpo en plena

despedida.

—¿Dónde coño estabas, Daniel? ¡Llevo toda la puñetera noche esperándote! ¡He hecho la cena, pero se ha quedado fría! ¡Quería ver una película contigo y, por una vez, estaba dispuesta a elegir una de las que te gustan a ti! Pero ¿sabes qué? ¡¡A LA MIERDA TODO!!

Antes de girarme para irme derecha a la cama y olvidarme de esta mierda de noche, veo cómo Daniel me mira con los ojos como platos. Como he dejado la puerta abierta, mientras me meto dentro de casa, puedo escucharlo discutir con la rubia.

—¡¡Te juro que no es mi novia, es mi hermana!! Hoy está más desequilibrada de lo habitual, es bipolar, ¿sabes? Aunque el resto del mundo se empeñe en llamarla superdotada.

—¡Vete a la mierda, Daniel!

—¡Candy!

¡Oh, Candy, por Dios! ¿De dónde saca a estas petardas? Si es que me lo pone a huevo.

El coche derrapa para salir a la carretera, y el portazo de Daniel lo más seguro es que lo hayan escuchado desde la casa de al lado.

—¿Qué coño pasa hoy contigo?

—¿Conmigo? ¿Y contigo? ¿Cómo puedes estar con Pear y con esa chica a la vez? ¡Has convertido a mi amiga en tu amante!

—No pienso hablar contigo de eso. ¡Y eso último sé que son palabras de tu amiguita! ¡Distingo su sello!

Lo malo de mi rabieta es que acabamos teniendo la bronca del siglo.

Lo bueno, que me despacho a gusto. Siempre la pagas con quien tienes más cerca.

Adam

La tarde siguiente a la bronca entre Sara y Oliver me reúno en un bar con uno de los afectados para apoyarlo, ya que la otra parte no quiere ni oír hablar del tema.

Nos tomamos unas cervezas y escucho sin interrupción la historia entera de lo que sucedió ayer entre mis dos mejores amigos por boca de Oliver. Y no es porque quiera tomar posición en esta guerra, pero es que en ocasiones tengo el convencimiento de que Oliver es el gilipollas más auténtico que he conocido en mi vida. ¿Cómo pudo joderla ayer de esa manera? Aunque, si tengo que sacar algo bueno de todo esto, es que creo que por fin mi amigo ha reaccionado.

Después de insultarlo de todas las maneras posibles y de darme cuenta de que nos hemos pasado con las cervezas, le mando un mensaje a Daniel para que nos venga a buscar. Ni Oliver ni yo estamos en condiciones de conducir. Mi amigo sigue lamentándose por lo mal que se comportó ayer. O hace cinco años, no estoy seguro.

—¿Tú me entiendes, Adam?

—No. Has hecho el gilipollas a lo grande, te has dejado llevar por los celos de manera exagerada y eso no hay quien lo entienda. Mira que te he avisado veces...

—¡Tenía mis motivos, Adam!

—¡Motivos equivocados!

—¡Sí! Pero motivos, al fin y al cabo. Tú sabes que Sara es lo que más quiero en la vida, ¿verdad?

—Sí —le contesto, cansado de dar siempre vueltas a lo mismo.

—El asunto es que, hasta ayer, yo pensaba que Sara quería a Will de la misma manera en que yo la quiero a ella y, como yo sé lo que implica querer así, pensé que... yo jamás podría enamorarme así de otra persona y tampoco podría olvidarla, entonces aplicaba esos razonamientos a su amor por Will.

—*El asunto* —repito sus palabras— es que ella nunca lo ha querido de esa manera, idiota. En cambio, a ti, sí.

—Pero yo eso no lo sabía.

—Ahora lo sabes.

—Sí, se acabaron las dudas, Adam. Y los celos, y las desconfianzas, y

todo.

—¿Vas a luchar por ella?

—Con todas mis fuerzas.

—Está muy cabreada...

—¡Coño! ¡Y yo!

—¿No dices que vas a luchar por ella?

—Una cosa no quita la otra. No puede montarme esas broncas, tiene que pensar antes de soltar mierdas por la boca y debería haber luchado por mí desde el primer momento...

—Frena, frena, que te calientas.

Sigue echando pestes por la boca un rato más, pero todo desde el amor más absoluto hacia el objetivo de su enfado.

—Joder, es que estoy muy cabreado, necesito un par de horas para que se me pase del todo.

Mientras esperamos al hermano de nuestra amiga, nos tomamos otra ronda. Cuando la terminamos, la camarera se acerca a nosotros para ver si queremos algo más y aprovecha para intentar ligar con mi amigo. Amigo que la despide sin miramientos.

—¿Por qué eres tan borde? La pobre chica no te ha hecho nada. Solo quería ligar contigo.

—Joder, me sale solo. —Se echa las manos a la cabeza y apoya la frente en la mesa.

—Por cierto, hemos bebido demasiado, así que hace un rato he llamado a Daniel para que venga a buscarnos.

—De puta madre —se queja, todavía con la frente en la mesa.

El susodicho elije ese momento para hacer su estelar aparición en el local. Echa un vistazo general y, cuando nos localiza, se acerca a nuestra mesa arrastrando los pies. Se deja caer en una de las sillas vacías.

—Necesito tomar algo.

—Siéntate, Summers. No te cortes. —¡Hostias! Oliver ya ha empezado a balbucear.

—¿Ya estás borracho, Aston?

—Ni de lejos.

—Entonces te reto a una guerra de chupitos, ¿a que te tumbo?

¡Cojonudo! Este ha venido con ganas de guerra.

—Joder, qué obsesión tenéis los Summers con los chupitos.

Supongo que con eso se refiere a la noche que celebraron con chupitos

(entre otras cosas) la oferta de trabajo de Olly. Sara y él solos, y que conste que no lo digo con resquemor, entiendo que quieran estar solos de vez en cuando; es más, deseo que lo hagan.

—¿No te atreves, Aston?

—Adam, avisa a la camarera.

Joderrrr...

Cuando la camarera trae la botella de *whisky*, Daniel le dice que la deje sobre la mesa. Llena dos vasos y le ofrece uno a su contrincante.

¡Uno!

El primer chupito les dura un suspiro en el vaso. El segundo y el tercero también.

¡Cuatro!

Siguen bebiendo sin descanso, pero empiezan a tragar con dificultad.

¡Siete!

En el octavo chupito, se ve que les empiezan a flaquear las fuerzas. No cogen el vaso con tanto ímpetu y les cuesta trabajo tragar el líquido.

¡Diez!

¡Vaya pedo que llevan los dos! De puta madre, ¿y ahora quién nos lleva a casa? Saco el móvil del bolsillo y solicito ayuda por segunda vez. Joder, mañana vamos a tener que venir con una grúa para recoger los coches.

—¿Sabes que Sara me quiere? —le pregunta el borrachín de mi amigo a Daniel—. ¡A mí! Más que a nadie.

Daniel lo mira con desagrado, no estoy seguro de si por lo que ha dicho o por el último chupito que acaba de meterse al gaznate.

—Sí, lo sé —responde molesto.

—Pero ahora está un poco mosqueada por un tema que sucedió ayer...

¿Un poco? «Cuidado con lo que cuentas, Oliver». Para evitar una catástrofe, decido sacarlos del bar y llevar la conversación por otros derroteros.

—Empezad a moveros. Ya tenemos quien nos lleve a casa y estará a punto de llegar.

—¿Quién? —me preguntan al unísono. «¿Cómo que quién? ¿Quién va a ser?».

—Sara.

—¡Mierda! —gritan lastimeros los dos, de nuevo a la vez. Vaya jodida sincronización que llevan, serán los chupitos de *whisky*.

—Yo tuve una bronca que te cagas con ella ayer por la noche, ¿cuál es tu

excusa?

—Es... complicado.

—Espera, espera, creo que estoy empezando a entender algo... ¿Es tu jodida culpa que ayer mi hermana estuviera en el estado en el que estaba? ¿Qué coño le hiciste?

—¡Nada que no quisiera dejarse hacer! —se defiende el muy idiota con los brazos en alto.

«Hostias, Olly, me parece que has olvidado con quién estás hablando». Daniel escupe el chupito que se acababa de llevar a la boca y abre los ojos con exageración cuando se percata de las palabras de mi amigo.

—¿Estás hablando de sexo? ¿DE SEXO CON MI HERMANA?

Y, entonces, mi amigo se da cuenta de lo que acaba de confesar y se echa para atrás esperando la reacción de Daniel. De repente, las luces de todo el local se atenúan y la música comienza a tronar por los altavoces. Mierda, ha comenzado la hora feliz. ¿Está sonando *Let's Twist Again*? ¿Pero este no es un bar de rock alternativo? Nos quedamos los tres escuchando la pegadiza melodía hasta que en el primer *let's twist again* apremio a Oliver para que se levante y huya lo más rápido posible.

—¡Corre!

—Yo te mato, hijo de puta.

Salen los dos disparados y Daniel sigue de cerca a mi amigo hacia el fondo del bar. ¿Hacia el fondo del bar? Joder, Oliver, así no vas a llegar demasiado lejos. Me levanto y voy tras ellos. Mi amigo, el bocazas, se ha parapetado detrás de una mesa donde cuatro amigas tomaban algo tranquilamente. Y digo *tomaban* porque ahora están todas con la boca abierta viendo a ese par de idiotas. Daniel intenta dar alcance a Olly, pero lo único que consigue es que den vueltas y vueltas alrededor de la mesa. Patético.

—¡Sal de ahí, Aston!

—¡Tu hermana es mayorcita y puede acostarse conmigo cuando quiera!

—¡De esta no te libras, soplapollas!

—¡Que te jodan, Summers!

Joder, qué bochorno. Menos mal que con el volumen de la música nadie puede escuchar nada de lo que dicen. Bueno, excepto por las cuatro señoritas que están sentadas en la mesa, que, considerando que ahora se están riendo con disimulo, estoy seguro de que están escuchando todo.

Varias vueltas después, Oliver consigue salir de la mesa infernal y se dirige hacia la salida a toda hostia.

—Sí, esperadme fuera mejor —digo, desde la soledad de mi posición.

Cuando salgo a la calle, descubro que han dejado de dar vueltas alrededor de una mesa para hacerlo alrededor de un coche.

—¡Ya basta, Daniel! ¿No ves que no puedo pelearme contigo? ¡Eres el hermano de la persona que más quiero en el mundo! ¡Me niego a darte una paliza! ¡Ya no!

«¿Está parafraseando a Shakespeare? ¿Le ha llamado Daniel?».

—¿Crees que puedes darme una paliza?

—Suficiente, los dos. —Me acerco al coche y me coloco entre ellos para acabar con esta gilipollez de una puta vez.

—¿Crees que puede darme una paliza?

—Oh, por favor, estáis los dos tan borrachos que ni podéis correr y menos todavía asestar un puñetazo; acertaríais uno aquí y otro allá y acabaríais golpeados a partes iguales. ¿Por qué no dejáis de hacer el imbécil y habláis las cosas como adultos? Joder, que no tenemos quince años, ¿no os da vergüenza que tenga que ser yo el maduro del grupo?

—Estoy enamorado de ella, Daniel, aunque eso ya lo sabes. —«¡Coño! Uno que se rinde, por fin»—. Me va a explotar el corazón de tanto amor.

«¡Joder, espera, que vomito corazones!». Es lo que pasa cuando te pasas con el alcohol; me niego a pensar que mi amigo pueda soltar tal cursilada estando sobrio.

—¿Y por qué cojones has hecho siempre las cosas tan mal?

—Porque soy gilipollas y estaba ciego por los celos, pero ya no lo estoy y voy a luchar por conquistar a tu hermana.

—Si estar enamorado significa soltar esas gilipolleces por la boca, agradezco al cielo no estar enamorado.

¿Que Daniel no está enamorado? ¡Ja!

—Anda, Romeo, deja de decir tú gilipolleces, que eso no se lo cree nadie.

—¿No? —farfulla mi amigo.

—No —confirma Oliver. Y flipo que todavía sea capaz de hablar y sostenerse de pie con la cantidad de alcohol que ha ingerido.

—Se ha caído un mito.

—Estoy bien jodido. Me he enamorado de Pear como un idiota.

Oliver suelta una risita y Daniel lo fulmina con la mirada.

—Tú no te rías, gilipollas.

—¿Qué coño te pasa conmigo, Daniel? ¿Por qué me odias tanto?

Daniel se acerca a mi amigo y le clava el dedo índice en el pecho.

—No tienes ni puta idea de lo que sufrió mi hermana cuando la dejaste. Perdóname si no eres mi persona favorita.

—No, no es eso. Ya me odiabas desde antes, desde mucho antes. Desde los nueve años.

Daniel no contesta. Es lo que se suele hacer cuando tu interlocutor lleva razón. Silencio positivo. El hermano de nuestra mejor amiga siempre nos ha rechazado a Oliver y a mí, desde el primer día que nos conoció. Creo que es porque nos veía como... enemigos. Enemigos por la afinidad que Sara fue adquiriendo con nosotros y que la separaba de él todavía más de lo que ya estaba. Con el paso de los años, su carácter y el mío congeniaron y aquella enemistad inicial fue desapareciendo, pero con Oliver... con Oliver siempre se ha mantenido en la distancia. Ambos lo han hecho. Mi amigo chasquea la lengua y continúa la conversación.

—Yo no lo sabía, no tenía ni idea, si yo hubiera sabido... ¿De verdad crees que si hubiera sabido el estado en el que se encontraba...? ¿Crees que yo...?

Daniel lo interrumpe sin miramientos.

—No lo sé, Oliver. No lo sé. Nunca te he entendido.

Por lo menos lo ha llamado por su nombre y no por su apellido, vamos progresando.

—Me importa una mierda que no me entiendas, lo que necesito saber es si crees que yo miraría hacia otro lado mientras tu hermana sufre.

—Supongo que no —reconoce Daniel—, siempre has estado a su lado y, si no fuera por ti... creo que mi hermana no sería la misma persona. Influyes mucho en ella, para bien.

Joder, es la puta noche de las confesiones. Y siguen... porque a mi amigo todavía le queda algo por decir.

—Daniel, yo no soy tu enemigo. —Silencio sepulcral. Muy bien, Olly. Supongo que eso lo resume todo—. Nunca lo he sido.

—Yo tampoco el tuyo.

Por fin, joder, por fin se han dado cuenta de que no tienen que pelear por el afecto de Sara, porque eso es lo que llevan haciendo toda la jodida vida. Daniel es su hermano y Olly su mejor amigo. Son dos parcelas diferenciadas.

Y llega el momento que jamás pensé que vería en toda mi vida: el abrazo de este par de idiotas. No sabría decir cuál de los dos da el primer paso porque, para cuando mis ojos lo asimilan, están pegados por completo. ¡Qué momentazo! Daniel sabe lo que significa este abrazo para Oliver, conoce su

pavor por el contacto humano. Y a Daniel no le gustan las demostraciones públicas de afecto. Es un gran momento, claro que sí.

—Eh, parejita —gritan desde la entrada principal del bar—, ¡no me habéis pagado los chupitos!

¡Mierda, las bebidas! Me acerco a la camarera y saco la cartera del bolsillo trasero de mi pantalón vaquero.

—Ya te pago yo.

—Por eso me ha tratado tan mal, ¿verdad?

—¿Perdona?

—Tu amigo, el rubito guaperas. —Dirige la mirada hacia Oliver y Daniel, que continúan abrazados—. No me ha hecho ni caso porque estaba esperando a su novio. No tenía nada que hacer.

Llegados a este punto. ¿Para qué coño voy a molestarme yo en dar explicaciones?

—Sí. Están muy enamorados.

La camarera se mete dentro del bar y yo vuelvo al lugar donde siguen mis amigos en la misma posición. Empiezo a pensar que lo hacen para sostenerse el uno al otro. A escasos metros de distancia diviso a Sara, que viene hacia nosotros.

—Chicos, ahí viene Sara y trae cara de mosqueo.

La parejita se separa y mira hacia el lugar que señalo.

—Joder, sí que trae cara de mala hostia.

—Yo no sabría deciros —comenta Olly entrecerrando los ojos—, no veo una mierda de lejos sin las gafas.

—Sí, no te jode, por no llevar gafas, dice. Tienes vista cansada, de lejos ves de puta madre. Yo más bien creo que es por los diez chupitos y las cervezas que te has metido en el cuerpo.

—Pero ¿qué tenemos aquí?

Oh, oh, tonito sarcástico que te cagas. Vamos, cabreo monumental.

—Tu hermano quería darle dos hostias a Olly.

Sara entrecierra los ojos. Los otros dos permanecen en silencio. Oliver con una cara de estúpido enamorado que te cagas y Daniel con cara de... bueno, con cara de Daniel.

—¿Por qué?

—Por haber mantenido relaciones sexuales contigo.

La expresión de estupefacción de mi amiga no tiene nombre. ¡Me parto! Sin embargo, se recompone y sigue con el interrogatorio.

—Y ¿ha sido mi imaginación o se estaban abrazando hace un minuto?

—Se estaban abrazando.

—¿Qué y cuánto habéis bebido? —les pregunta a los implicados.

Siguen en silencio. Sí, es mejor que mantengan la boca cerrada. Sobre todo Oliver, al que en breve se le va a empezar a caer la baba.

—¿Y se abrazaban porque...?

—Cosas de tíos.

—Madurad de una vez, joder. Tú te vienes conmigo —me dice, señalándome con el dedo—, los tortolitos que se busquen la vida.

—¿De verdad no los vas a llevar?

—No, que se busquen un taxi, por idiotas.

—*Totó...*

—¡Está bien! ¡Pero no quiero oír a ninguno de los dos! ¡Ni una palabra!

Vamos, que sigan como hasta ahora, ¿no? Mi amiga se da media vuelta, pero, antes de que lo haga, descubro que está intentando no sonreír. Que Oliver y Daniel puedan empezar a llevarse bien para ella es... un sueño hecho realidad.

Mientras caminamos al coche de Sara, los dos borrachos nos siguen unos pasos más atrás susurrando entre ellos, pero no lo suficiente como para que no escuche el último comentario que hace Oliver antes de entrar en el coche.

—Te mantendré informado de los avances con tu hermana.

Ahora resulta que, después de quince años de hostilidad, se van a hacer amigos. Hay que joderse.

Amarga venganza

Dos días después del lamentable espectáculo de los dos más grandes idiotas que forman parte de mi vida, quedo con Pear para tomar un café a media mañana. Mi amiga aprovecha que tiene que venir al centro a hacer unas gestiones para tomarse un descanso y yo, como tengo el mejor jefe del mundo, no tengo problemas para escaparme un rato y desconectar de tanta ley y tanto procedimiento.

Mientras espero en la cafetería, sentada en una de las mesas que da a la ventana, pienso en los terribles acontecimientos acontecidos en los últimos días.

Mentiría si dijera que mi corazón no saltó de alegría al descubrir a mi hermano y a Oliver abrazados. Y más cuando Adam me confirmó que habían enterrado el hacha de guerra que ambos tenían levantada desde los nueve años. Ignoro cuál fue en su momento el detonante que desencadenó que se llevaran mal desde tan pequeños e ignoro qué es lo que lo ha hecho desaparecer ahora que son adultos. Solo puedo pensar, y sentir, que una de las espinitas clavadas en mi corazón ha desaparecido, al igual que su enemistad. No me imagino a mi hermano y a mi... «¿a tu qué, Sara?»... a Oliver siendo amigos, y, bueno, me alegro por ellos. Aunque no deja de ser paradójico, justo Daniel y Oliver se hacen amigos cuando Oliver y yo dejamos de serlo.

Porque el hecho de que ese par haya hecho las paces no hace que mi enfado con Oliver se disipe. Ni muchísimo menos. Cada vez que me acuerdo de lo que pasó en esa piscina, me entran ganas de pegarle una patada en la entrepierna. Soltarme aquello de que fue un error cuando todavía estábamos... Me sentí tan... utilizada, tan humillada. Durante toda mi vida me había sentido privilegiada, especial, porque Oliver siempre me había tratado de una manera diferente, de una manera que solo me trataba a mí. Pero ese día me puso al nivel de cualquiera, como si fuera una chica de la calle con la que acababa de mantener relaciones sexuales, y eso me cabrea muchísimo. Además está esa obsesión que tiene con Will tan... irracional.

Creo que por fin he tocado fondo en mi relación con Oliver. Hasta ahora nunca lo había culpado directamente por nada, pero esto que ha hecho... Oh, sí, esto lleva su nombre y apellido. Y se la voy a devolver. Si cree que me

puede tratar como lo hizo sin que haya consecuencias...

Un pérfido plan empieza a fraguarse en mi mente. Desde la ventana, veo cómo mi amiga entra en la cafetería.

—Buenos días, melusina. —Me da un beso en la mejilla y se sienta en la silla frente a la mía.

—¡Buenos días!

Se quita el abrigo para colocarlo en el respaldo de la silla y me mira con la frente arrugada.

—¿Por qué me miras con esa cara? —le pregunto.

—Estás demasiado contenta esta mañana después de lo que ha pasado.

—¿Tú crees?

—¿Qué estás tramando? —«¡Cómo me conoce!». Decido adelantarle parte de mi plan, aunque todavía no sea más que una ligera idea.

—¿Sabes lo que más le molesta a Oliver Aston?

—Con apellido, ¿eh? Esto va en serio.

—Tú contéstame.

—¿Que lo toquen?

—Sí. ¿Y después?

—Se me abre todo un mundo de posibilidades, sin embargo, prefiero que me des tú la respuesta.

—Que toquen sus cosas.

—¿En qué estás pensando?

—En hacerlo sufrir un poquito. No sé cuándo ni cómo, pero lo sabré cuando llegue el momento. Solo tengo que esperar mi oportunidad.

Y la oportunidad llega un mes después.

Un mes en el que apenas nos hemos visto. Oliver ha estado muy ocupado con los exámenes de la universidad y preparando el nuevo semestre, y yo he estado todo el mes encerrada en el despacho de Adam poniéndome al día con el funcionamiento del bufete. Oliver me ha llamado varias veces al día durante este tiempo, pero nunca le he cogido el teléfono. Y tampoco contesto a sus mensajes.

Ya estamos a mediados del mes de febrero y hoy es jueves, por lo que me dirijo con paso ligero a la reunión semanal con mis amigos. Voy tarde porque me he querido quedar en el despacho, ultimando unos detalles para un juicio

que tenemos la semana que viene. Adam se ha ido hace un rato y hemos quedado en vernos en el pub.

Al entrar, diviso a mis amigos sentados en la mesa de siempre. Me acerco y los saludo con un beso en la mejilla. Cuando me siento, descubro que Oliver no está en la mesa. Miro hacia el pasillo que lleva al cuarto de baño y a la barra, por si justo se ha levantado, pero pasa el tiempo y no aparece. Ni muerta pregunto por él, pero Adam, que siempre está atento a todos mis movimientos, me pone en antecedentes.

—Oliver acaba de irse.

—¿Oliver? Ni me había dado cuenta de que no estaba.

—Por supuesto que no. Solo hacías un recorrido por todo el bar buscando a Peter Pan. De todas formas, me ha dicho que te dé un beso de despedida de su parte, así que aquí lo tienes. —Se acerca a mí y me da un pico en los labios.

—¿Peter Pan te ha pedido que me beses?

—No, graciosa. Oliver lo ha hecho.

—Ya. —Cojo una servilleta y me la paso por la boca para quitarme los restos del beso de Oliver. No sé qué parte de *no quiero que me toques nunca más* es la que no entiende.

—Ya sé que te da igual, pero te informo de que va a estar fuera de Edimburgo varios días. Ha tenido que irse a Londres con urgencia, han encontrado no sé qué en no sé dónde —hace un gesto con la mano señalando al cielo—; nunca lo entiendo cuando me habla de su trabajo, pero parecía importante y se ha ido con otro colega al observatorio de no sé dónde para ver si sacaban algo en claro.

—Es decir, que se ha ido a no sé dónde a buscar no sé qué que han encontrado en vete a saber dónde.

—Básicamente es eso, sí.

Durante la hora siguiente, no hablamos de otra cosa que no sea la boda de Moira, para la que apenas faltan tres meses. Intento escuchar cada detalle, pero al rato me es inevitable desconectar y pensar en mis cosas. Y por supuesto que siento curiosidad por saber qué es lo que ha llevado a Oliver a salir con urgencia a Londres, pero me tendré que aguantar.

Cuando salimos del bar, estoy a punto de despedirme de mis amigos e irme con Adam en mi coche a casa, pero hoy los astros se han alineado a mi favor. ¡Los astros! Chúpate esa, Aston.

—Esperad, chicos. Alguien tiene que acercar el coche de Olly a su casa.

—¿El coche de Olly? —pregunto interesada.

—Sí —me explica Brian—, ha salido de aquí tan rápido que no ha tenido tiempo para pasar por su casa a dejar el coche. Y sabes lo especial que es con sus cosas —«Sí, por supuesto que lo sé»—. No quiere que su preciado coche duerma en la calle, nos ha dado las llaves y nos ha obligado a llevárselo a casa.

Las palabras salen de mi boca con evidente excitación.

—Ya lo llevo yo a su casa.

—¿En serio? —me pregunta Brian, esperanzado.

—¿En serio? —me preguntan, a la vez, Adam y Pear, sospechosos.

—Sí, quería pasarme de todas formas a visitar a su madre, hace tiempo que no la veo. —El tono meloso de voz con el que digo esta última frase... Solo me falta el aro encima de la cabeza para parecer un angelito.

—¡Cojonudo, Sara! Nos haces un favor a todos.

«¡Bien! Ha colado».

—No hay problema, lo hago encantada. Dame las llaves —le pido con contenida excitación.

—Toma, son todas tuyas. El coche está aparcado justo ahí. —Me señala con la mano la acera de enfrente y al dirigir mi mirada hacia allí enseguida lo localizo.

—Adam, vete en mi coche a casa. —Adam se acerca para recoger las llaves de mi coche, que le ofrezco con la mano, y me mira con los ojos entrecerrados. Yo sonrío y le doy un beso de despedida. Por suerte, decide no hacer preguntas.

—Pear, te dejo en tu casa de camino, si quieres.

Nos subimos en el coche de Oliver y nos despedimos sonrientes de nuestros amigos. Sobra decir que, a pesar de que el cochecito de mi querido examigo tiene más de tres años, parece como si acabara de salir de la fábrica. No hay ni una mota de polvo, ni un CD de música tirado de malas maneras por los asientos ni nada fuera de lugar. Es más, estoy bastante segura de que incluso está más limpio y ordenado que cuando permanecía en el concesionario a la espera de su futuro maniático dueño.

En cuanto giramos la esquina, mi sonrisa desaparece y tomo rumbo a mi objetivo, que no es la casa de Oliver, ni muchísimo menos.

—Sara, Sarita mía, ¿a dónde vamos?

—A la playa que hay cerca de mi casa.

—¿A la playa?

—Sí, están haciendo unas obras en el paseo y, como ha estado lloviendo mucho estos días, hay una zona donde suele formarse un enorme barrizal.

—¿Barrizal?

—Sí, barrizal, terreno con charcos de barro a montones. —Me giro hacia mi amiga y le guiño un ojo con descaro.

—Joder, el mosqueo que se va a coger el *frikitísimo*.

—Bueno, así estaremos en paz y podré seguir con mi vida.

Cuando llegamos a la playa, toda la zona está desierta, no se ve ni un alma. Detengo el coche a escasos metros del barrizal y sujeto el volante con fuerza mientras planeo mi estrategia.

—¿Quieres bajar? Esto se va a mover un poco.

—¡Ni hablar! Quiero vivirlo desde dentro.

—Bien, ¿llevas el cinturón puesto? —Me acerco a Pear y compruebo que está todo correcto—. Agárrate fuerte. Allá vamos.

Piso el acelerador y cojo velocidad, me meto en el charco de lleno y derrapo con fuerza. Como el barro salpica incluso hasta la luna delantera, activo los limpiaparabrisas y repito la operación de nuevo. Durante los siguientes quince minutos, los derrapes se suceden los unos a los otros. Me doy un gran festín y no dejo charco sin pisar. Cuando el ambiente se empieza a llenar del inconfundible olor a rueda quemada, considero que ha sido suficiente y freno el motor.

Nos bajamos del coche para ver la obra de arte y debo de reconocer que es mucho mejor de lo que esperaba. El Q7 de Olly ya no es blanco, ahora es marrón, solo se salvan algunos trozos del techo. Sin embargo, no me siento satisfecha.

—¿No se te ha ido la mano con las ruedas? Las has destrozado.

—No. —Me doy media vuelta y me acerco al primer charco que tengo a mi alcance. Me meto dentro y comienzo a chapotear en el barro abducida por la mismísima Peppa Pig. Le hago una señal a Pear para que se acerque y salte conmigo. Para cuando terminamos de saltar, estamos cubiertas de barro mojado desde los pies hasta la cintura. Antes de irnos, meto las manos en el barro.

Nos subimos en el coche y nos restregamos bien por los asientos. Dejo a Pear en su casa, deseosa de meterse en la ducha, y yo sigo mi camino hacia la casa de Oliver. Cuando llego a la puerta del garaje, busco el mando en la guantera y le doy al botón. De pronto, siento unas luces detrás de mí que me deslumbran durante unos segundos.

Mierda, el hermano de Oliver está justo detrás. «¿Tenía que elegir este momento para volver a casa? ¡Maldita casualidad!». Nos metemos ambos en el garaje y aparcó en la plaza de Oliver. Nick deja su coche al lado. Antes de salir, echo un vistazo al coche por dentro. Está lleno de barro. Los asientos, el volante, la palanca de cambios, los pedales, las alfombrillas...

Nos bajamos de los coches a la vez y Nick se lleva las manos a la cabeza.

—¡Joder! ¡¿Qué le ha pasado al coche de mi hermano?! ¿Y a ti?

Me echo un vistazo a mí misma y he de reconocer que la pinta que tengo es bastante desastrosa. Tengo los zapatos y los pantalones llenos de barro seco, las manos e incluso el rostro y el cabello.

—Nos hemos peleado con unos charcos de barro, pero empezaron ellos. —¡Y no puedo evitar que una tímida sonrisa se cuele en mi expresión! ¡Me siento bien! ¡Me siento muy satisfecha con mi trabajo! Ha valido la pena, aunque ahora esté de barro hasta las cejas. Cuando Oliver vea su coche... La pena es que me lo voy a perder.

—¿Lo has hecho a propósito?

Me encojo de hombros.

—¿A qué se debe esta hostilidad, cuñada?

—A que tu hermano es gilipollas.

—Ya. ¿Os habéis vuelto a enrollar y habéis vuelto a discutir?

«¿A enrollar?». Mi expresión debe de ser idéntica al emoticono de *sorprendido y algo alucinado* del WhatsApp.

—¿Qué...? ¿Cómo...? No...

Jamás le hemos confesado al hermano de Oliver que alguna vez ha habido algo entre nosotros. ¿Cómo lo ha sabido?

—Vamos, Sara, sois tan obvios que tendría que ser mi padre para no darme cuenta. Pero, tranquila, si no quieres hablar de ello seguiré fingiendo que no sé nada, como he hecho toda la vida. Ven conmigo, te invito a una ducha.

Nick me pasa el brazo por encima de los hombros sin importarle que estén llenos de barro.

—Entonces, cuéntame, ¿qué te ha hecho el idiota de mi hermanito?

Oliver

Por fin aterrizamos en el aeropuerto de Edimburgo, después de tres días de estudio e investigaciones. Y todo para nada; ha sido una falsa alarma, pero había que comprobarlo. Joder, estoy agotado. Menos mal que hoy es domingo y voy a poder descansar hasta mañana.

Adam me ha mandado un mensaje esta mañana muy temprano para avisarme de que venían a recogerme al aeropuerto. Sí, estoy seguro de que ha dicho, *venían* en plural. ¿Será Sara quien lo acompañe?

Por una parte, me parece bastante improbable que Sara venga con Adam, teniendo en cuenta que lleva un mes entero sin dignarse ni a mirarme. Aunque, por otra parte, puede que estos días me haya echado tanto de menos que no ha podido resistirse a venir a buscarme.

Como está tan cabreada por lo que pasó, y como sé que tiene razón para estarlo, no he insistido demasiado en este tiempo para que me perdonara. La conozco y necesita tiempo. Mi acercamiento tiene que ser sutil. No la quiero cabrear todavía más, la estoy dejando hacer. Tengo que pensar en la mejor estrategia para acercarme a ella de nuevo.

La llama de esperanza que habitaba en mi interior muere en cuanto veo a Adam esperándome con Brian y Marco.

—Hola, rubio. ¿Qué tal el vuelo? —Adam me da unos suaves golpes en la espalda como bienvenida.

—Largo.

—¡Pero si es un trayecto cortísimo! Eres un pupas, Olly —me dice Brian, y yo le pongo mala cara.

Claro, él no lleva tres días sin apenas dormir, no te jode.

—Estarás agotado. Vamos a casa.

Nos dirigimos al parking del aeropuerto y enseguida localizo el descapotable rojo de Sara. Entonces, me acuerdo de mi coche.

—¿Llevasteis mi coche a casa?

—Sí, claro. Sara lo hizo —me explica Marco.

Un desagradable espasmo provoca que mi cuerpo reaccione de su largo letargo. ¿Ha dicho Sara? ¿Sara Summers?

—¿Perdona? ¿Qué acabas de decir?

—Que Sara se llevó tu coche a casa.

—¡¡¿Le habéis dejado mi coche a Sara?! ¿ESTÁIS LOCOS?

—Me he perdido —les dice Brian a Marco y Adam.

—¡Sara me odia, joder! ¡Es capaz de hacerle cualquier cosa a mi coche!

—No seas dramático, Olly. Sara no te odia y, de todas formas, ¿qué coño va a hacerle a tu coche? ¿Desmontarlo y enviarte las piezas por correo?

«Oh, mierda...».

—Adam, vamos primero a casa de Sara.

¡Mira cómo tiemblo!

Estoy desayunando muy tranquila en la cocina de mi casa. Mentira, no estoy tranquila. Adam se ha ido hace un rato al aeropuerto a buscar a Oliver. Lo reconozco, en los últimos días, algo parecido al arrepentimiento ha estado llamando a las puertas de mi alma.

Como en las películas, dos hombrecillos insoportables me aturullan a ambos lados de la cabeza. El que va vestido de angelito me sugiere que vaya corriendo al garaje de Oliver y le limpie el coche. «Con lo limpito que tiene siempre su coche... te va a matar», me repite una y otra vez su impertinente vocecilla. Pero también tengo al hombrecillo vestido de demonio que me dice lo contrario. «Se lo merecía. ¡Y no es más que un coche sucio! Él, sin embargo, ensució vuestra relación y te humilló de la peor forma posible». Joder, qué dramático es el de rojo. Me pregunto a quién se parecerá.

No me da tiempo a discutir más con ellos porque la puerta de mi casa se abre y Oliver vocifera mi nombre una y otra vez.

—¡SARA! ¡SARA!

Espero en la cocina pacientemente —mentira—, hasta que me encuentre. El hombrecillo de rojo me dice que no me preocupe, que no puede hacerme nada. Oliver siempre ha sido muy de ladrar, pero enseguida se desinfla. No le gustan los enfrentamientos.

—¡SARA!

¡Qué cerquita se escucha su voz! Debe de andar muy cerca.

—*Está en la cocina.* —Escucho una segunda voz. Maldito Daniel. Pues sí que se han hecho amigos. Segundos después, Oliver entra en la cocina con la mirada turbia y el rostro enfurecido.

—¿Dónde está?

—No sé de qué me estás hablando. —Disimulo bebiendo un sorbo de café.

—Mi coche, Sara. ¿Dónde está mi coche?

—¿Dónde va a estar? En tu garaje.

—Más te vale que no le hayas hecho nada —me dice, muy cerca de mi rostro.

—Oh, mira cómo tiemblo.

—Advertida estás.

Gira sobre sus talones y se va tan rápido como ha llegado. Mi hermano entra en la cocina y se sienta a desayunar enfrente de mí.

—Y, ahora, ¿qué le has hecho al rubiales?

Como no me apetece discutir, me levanto de la silla, dejo la taza y el plato de las tostadas en el fregadero y me voy a mi cuarto. Me tumbo boca arriba y miro el reloj. Mi coche puede llegar a ser muy rápido, y vaya si hoy lo es, porque en cuarenta minutos exactamente, Oliver entra de nuevo en mi casa dando gritos. Vale, ha visto su coche y no le ha gustado.

—¡Sara! ¡Sara, sé que estás en casa!

Mmm... creo que está subiendo las escaleras. «¿Qué hago? ¿Me escondo?».

—¡Sara! ¡Esta vez te has pasado!

Oliver entra en mi habitación y, ¡mierda!, no me ha dado tiempo a esconderme. Oh, oh, está muy muy cabreado. Se acerca a la cama y apunta con el dedo al piso de abajo.

—Baja.

—¿Perdona?

—Que bajas a tu garaje. Ahora. —Intenta cogermelo del brazo para sacarme de la cama, pero me aparto a tiempo. Yo puedo hacerlo sola. Me levanto y lo enfrento.

—¿Por qué?

—Porque he traído mi coche. Y ahora vas a limpiarlo. —Me pone el dedo en el pecho y se acerca peligrosamente a mí.

—¡Sí, claro! No tengo otra cosa que hacer. Tampoco es para ponerse así, Olly. —Me acerco a la ventana, dándole la espalda, y así de paso me alejo de él—. Fui a hacer *footing* por la playa y nos manchamos un poquito.

—Me importa una mierda si fuiste a hacer *footing* o a bañarte en un charco de barro. —Joder, qué intuición tiene el maldito—. Pero estate segura de que vas a limpiar hasta la última mancha.

—¡Por encima de mi cadáver!

—¡Como quieras!

Espera, ¿qué?

Se acerca a mi posición, me coge de la cintura y me sube a uno de sus hombros como si yo fuera un vulgar saco.

—¡Bájame, idiota! —Le asesto golpes en la espalda, pero no parece sentirlos.

—¡No! —Me pega un azote en el trasero para devolverme los golpes.

—¡No me toques el culo!

—¡No haberme tocado tú los cojones primero!

Bajamos las escaleras y yo sigo chillando, por si alguien nos escucha y me ayuda a bajarme de aquí. Pero en todo el camino no nos cruzamos con nadie. ¿Dónde se ha metido todo el mundo? Justo cerca de la pequeña puerta interior que da acceso al garaje de mi casa, nos cruzamos con Adam. ¡Por fin alguien que me ayude!

—¡Adam! ¡Adam, ayúdame!

—Ni hablar. No quiero saber nada de vuestras historias de matrimonio.

—¡Adam!

¡No me lo puedo creer! ¡No va a ayudarme! Oliver baja las escaleras y me lleva al garaje. Una vez allí, por fin me suelta. Miro a mi alrededor y veo su destrozadísimo coche al lado de la manguera que guarda mi padre para estos casos. Mi secuestrador cierra la persiana del garaje y nos deja dentro encerrados.

—Y, ahora, límpialo. Y da gracias por que no te obligo a hacerlo con la lengua.

Si algo he aprendido con el paso de los años, es a saber cuándo Oliver va en serio y cuándo no. Y, ahora mismo, va muy en serio. No me va a dejar salir de aquí hasta que no limpie el maldito coche, así que, muy a mi pesar, recojo la manguera del suelo y abro la llave de paso del agua.

Teniendo en cuenta la horrible capa de barro seco que cubre todo el coche, pongo el grifo a la máxima presión. Empiezo rociando las ruedas y enseguida el agua congelada que cae al suelo llega hasta mis descalzos pies. ¡Estoy descalza y en pijama! ¡El muy capullo no me ha dado tiempo ni a calzarme! Miro a Oliver, que permanece tan tranquilo apoyado en la pared y jugueteando con el móvil. ¡Y yo mojándome los pies! Jolín, que estamos en febrero, no son unas fechas muy apropiadas para darme un chapuzón aquí, a la sombra del frío garaje de mi casa.

El cabreo bulle en mi interior. Y él ahí sigue, tan tranquilo y calentito con su ropa seca y sus zapatos. Y esa postura tan chulesca y despreocupada, me entran ganas de... ¡Ganas de enchufarlo con la manguera para que pruebe en sus propias carnes el frío que hace, coño! «Espera, ¿y por qué no?».

No, no, Sara. Ni lo pienses. En bastantes líos te has metido por seguir la corriente al hombrecillo vestido de demonio. Bastante cabreado está Oliver como para que lo empeores. Sin embargo, no sé qué es lo que sucede, pero mis brazos no hacen caso a mi cerebro y actúan a su antojo. Esto es digno de

estudio.

Aferro la manguera con ambas manos y la dirijo de pleno hacia el confiado joven apostado en mi pared. ¡Toma, capullo!

Con el agua impactando en su cuerpo, no puedo distinguir bien su cara y, ¡qué pena más grande!, porque me habría encantado ver su expresión de estupefacción. Lo empapo de pies a cabeza y, joder, qué bien sienta. No soy consciente de que Oliver se acerca a mí hasta que lo tengo encima. Intenta quitarme la manguera de las manos, pero yo me aferro a ella como si me fuera la vida en ello. Aun así, consigue sujetarla y ahora cuatro manos dirigen la dirección del agua. Claro que dos de esas manos son mucho más fuertes que las otras dos.

El frío del agua cuando impacta en mi rostro me hace soltar un gemido. ¡Está congelada! Oliver me levanta la camiseta y mete la manguera por debajo para empaparme bien. Intento huir, pero es imposible. Mi contrincante me encierra entre sus brazos, de manera que mi espalda queda pegada a su húmedo pecho. Escondo la cabeza en el hueco de mi axila en un intento de evitar la manguera y la llevo contra su rostro.

Forcejamos más, hasta que Oliver consigue llevarnos hasta la pared y girar la llave de paso para cerrar el agua. Nos quedamos mirándonos sin mediar palabra. Yo, porque me he quedado muda ante el panorama que se me presenta: Oliver empapado, desde la punta de su pelo hasta la punta de sus pies.

El pelo rubio lo tiene aplastado sobre el rostro. El color verde de sus ojos es más intenso de lo que recordaba jamás. La camiseta se le ha quedado enroscada a la altura del ombligo. Los huesos de las caderas le asoman por el pantalón, formando dos vértices de un triángulo invertido que me resulta irresistible. Quiero chuparlo. «No, Sara, no. No quieres hacer eso, no quieres tocarlo nunca más, ¿recuerdas?».

Miro hacia abajo para observar los desperfectos en mi cuerpo. Tengo la parte de arriba del pijama mojada por completo y pegada a mi desnudo cuerpo. El pantalón, igual de mojado, se me ha bajado hasta asomar el borde de mis braguitas y, con el peso del agua, noto como va deslizándose más y más por mis caderas.

Levanto la mirada hacia mi compañero, y lo que veo en su mirada me asusta y me excita a partes iguales. Es puro deseo.

—No te acerques, no se te ocurra tocarme, Oliver.

—¿O qué? —me provoca, acercándose a mí con la mirada turbia de

excitación.

—Te vas a enterar.

—Oh, mira cómo tiemblo —contesta parafraseándome.

Capullo.

Continúa acercándose cual depredador a punto de atacar a su presa.

—Como te acerques medio centímetro más... no respondo, Oliver.

—¿Me estás amenazando, pequeña? —me pregunta con la voz ronca de deseo.

Repito. Capullo.

Camino hacia atrás, pero choco contra el paragolpes delantero del coche.

—Sara, no pienso volver a cerrar los ojos a lo nuestro, voy a ir a por ti.

—No...

Pero no me da tiempo a decir nada más porque Oliver empuja su cuerpo contra el mío y caemos los dos contra el embarrado capó del Q7. Lo que sucede en los siguientes veinte minutos ni un terremoto lo habría podido evitar.

Oliver me besa con violencia y ambos gemimos por el primer contacto. Le meto las manos en su precioso cabello mojado y lo acerco más a mí para sentirlo todavía más profundo. Lo primero que me llega es su olor. Intento aspirarlo lo máximo posible y emborracharme de tan delicioso aroma. El frío que sentía hace unos instantes desaparece y queda sustituido por el calor más placentero que existe.

Bajo las manos por su espalda y las suelo por debajo de la camiseta. Siento el peso de la húmeda prenda sobre mis manos y la subo por su cuerpo con la intención de quitársela. Oliver deja de besarme durante los escasos segundos que tarda en despojarse de la camiseta. Una vez sin ella, paseo libremente mis manos por su cuerpo, que continúa empapado. Encaja su cabeza en mi vientre y mete la lengua en mi ombligo.

—Oh...

—Sara, nena. —Ante mi grito de placer, Oliver levanta la cabeza y me mira a los ojos.

—No pares.

Lleva de nuevo la lengua a mi cuerpo y me besa el vientre. Sujeta con las manos el borde de mi camiseta y la va enrollando y subiendo por mi cuerpo al tiempo que lo hace su lengua. Mi corazón late desbocado y me falta la respiración. Deja la camiseta a la altura de mis pechos y baja de nuevo con la lengua chupando mi piel. Cuando llega de nuevo al ombligo, sujeta con

fuerza la cinturilla de mis pantalones y me los quita, junto con la ropa interior. Se incorpora y llega a mi rostro. Unimos y frotamos nuestros cuerpos en busca de una posible liberación que los enfríe.

Nos besamos en la boca y rodeo con las piernas la cintura de Oliver. Necesito tenerlo dentro más que el aire que respiro. Oliver, sin dejar de besarme en la boca, se baja los pantalones sin desabrochárselos siquiera y guía su miembro a mi interior.

Dejamos de besarnos y nos observamos el uno al otro. Oliver se mueve muy despacio, sacando prácticamente la totalidad de su glánde de mi cuerpo y volviéndolo a introducir hasta el fondo. Como no aguanto la intensidad de su mirada, cierro los ojos y me abandono al placer.

Levanto las manos por encima de mi cabeza y me choco con la luna delantera del coche. Oliver acerca sus manos a las mías y entrelaza nuestros dedos. Sé lo que pretende, quiere demostrarme que esto no es un polvo cualquiera, que me... No, no quiero pensar en esas dos palabras. No me hagas esto, Oliver. No lo hagas, por favor. Ahora, no. Así, no. No cuando aún sigo enfadada contigo.

Ni siquiera cuando nos acercamos al orgasmo Oliver incrementa el ritmo de sus embestidas. Y cuando estamos ambos al límite, nos besamos y nos tragamos nuestros propios gemidos.

No sé el tiempo que tardan nuestros cuerpos en recuperarse. Sea el que sea, nuestras manos siguen entrelazadas y nuestras cabezas juntas. Es entonces cuando me doy cuenta de lo que acaba de pasar y de que Oliver ha hecho conmigo lo que ha querido. Como siempre. Con sus normas. Con sus formas. Y porque a él le da la gana. Y punto.

—Levanta. Apártate de mí.

Oliver sale de su atontamiento.

—Nena.

Sé lo que me va a decir, se lo veo en los ojos y lo he sentido hace unos instantes mientras me hacía el amor.

—No lo digas, Oliver. Ni se te ocurra decírmelo...

—Sara, te quiero.

No, no, no, por favor. Ahora, no. Llevo ¡años! esperando a que Oliver me dijera esas dos palabras tan pequeñas y tan grandes a la vez. Y jamás lo ha dicho. ¿Por qué ahora? ¿Por qué ha tenido que hacerlo ahora?

—¡Te he dicho que no lo dijeras! —Lo empujo y me levanto del coche. Busco mis pantalones por el suelo mojado y los encuentro en un charco de

agua. Además de mojados, ahora también están llenos de barro, al igual que todo mi cuerpo. Me coloco la ropa en su sitio y me estremezco por el frío que siento, no estoy segura del verdadero motivo. Me giro hacia Oliver, que también se ha colocado su ropa.

—¡No tienes derecho, Oliver! ¡No tienes ningún derecho a decírmelo ahora! ¡Ninguno! ¡Justo cuando estoy enfadada contigo!

Subo los escalones que dan acceso a la estrecha puerta que conduce al interior de mi casa. Corro a mi habitación y entro directamente al baño. Enciendo la ducha y ni me molesto en quitarme el pijama. Me meto dentro y me arrastro por la pared hasta quedar sentada en el suelo de la ducha. Encojo las rodillas y meto la cabeza entre ellas. Lloro.

Volverás a ser mía

El día después de lo sucedido en el garaje con Oliver me quedo en casa tirada en el sofá viendo cualquier cosa que quieran emitir por la tele. No le he contado a nadie lo que pasó entre nosotros, ni a Adam ni a Pear. No me apetece ni revivirlo de nuevo ni tener que admitir una vez más que, a pesar de todo lo que ha pasado, sigo coladísima por el capullo de Oliver Aston.

Adam apareció por casa, horas después de mi escarceo sexual, quejándose de bastantes asuntos y echándome a mí la culpa de todos ellos.

Primera culpa: ensuciar el precioso e impoluto coche blanco de Oliver de barro. Me he comportado de manera infantil, vengativa e inmadura.

Segunda culpa: encandilar a Oliver («vete tú a saber cómo» fueron las palabras exactas de Adam) para no limpiar yo el coche. En esta ocasión, Adam me tilda de listilla y cara dura.

Tercera culpa (o daños colaterales de la primera y segunda culpa): que Adam haya tenido que pasar horas limpiando el maldito coche por dentro y por fuera; y todo ello con la *inestimable* y *agradable* compañía del señor Aston.

Si lo pienso en frío, teniendo en cuenta que Oliver ha conseguido un orgasmo y que yo, además de conseguir otro, me he librado de limpiar el coche... El que ha salido perdiendo en todo este asunto ha sido clarísimamente el bueno de Adam.

Estoy medio dormida en el sofá cuando aparece mi hermana Kate por la puerta del salón con bastante mala cara y cargando con un montón de libros.

—Sara, necesito un superfavor. —Tira los libros al suelo y se deja caer derrotada a mi lado.

—Pues vas a tener suerte. Tengo todo el día para ti y para tus problemas. Sean los que sean —afirmo entusiasmada. Me va a venir bien distraerme. Lo necesito.

—Un favor tuyo, no. Un favor de Olly. Tengo un examen de Física el mes que viene y necesito que me ayude.

Espera, ¿qué? Rebobinemos. Mi hermana me dice que necesita ayuda. Hasta ahí bien. Ayuda con un examen de Física que tiene dentro de un mes. Vale, tenemos tiempo de sobra. ¿Y que tiene que hacerlo Oliver? ¡Ni pensarlo!

—Yo te puedo ayudar.

—Tú eres abogada. —Y, sí, el tú lo ha dicho con retintín.

—Yo soy superdotada. —Por supuesto el yo ha ido con doble retintín. Y creo que es la primera vez en toda mi vida que presumo de mi inusual inteligencia. «¿Has visto lo que me haces, rubiales odioso?».

—Y Oliver astrofísico y superdotado. Te gana por goleada.

¡Me cago en la niña! ¿Cuándo se ha hecho tan mayor como para hablarme de esta manera?

—Créeme, te puedo ayudar con un examen de Física de primero de carrera —le aclaro, con la mayor paciencia posible. No quiero pagar con ella todas mis frustraciones, por más que se lo merezca al rechazar mi solícita ayuda.

—Quiero a Oliver.

¡Y yo! No te jode... Mmm, quiero decir... ¡Pues todo tuyo!

—Habla con él —me rindo.

—No, pídeselo tú, por favor. A ti nunca te dice que no a nada.

«Actualízate, Kate. Actualízate».

—Además, lo estamos avisando con semanas de antelación para que se organice la agenda, sé que está muy ocupado con las clases y la investigación.

—Qué considerada.

Qué día más redondo llevo...

Si habitualmente los lunes son horribles, tres lunes después de mi conversación con Kate, el primer día de la semana es horrible elevado a lo superhorrible. Se me acaba el tiempo y todavía no he hablado con Oliver para que ayude a mi hermana. Es como llevar una pesada mochila en la espalda y no descargarla nunca. Me la llevo a trabajar, a comer, a dormir... Menos mal que el despacho absorbe todo mi tiempo y mi energía, porque juro que, si tuviera tiempo libre para pensar en mi complicada vida amorosa, acababa loca de atar y encerrada en un manicomio.

—¿Qué te parece si nos vamos a pasar la tarde al spa? —me propone Pear a la hora del almuerzo. Al final, sucumbí al desahogo y le conté lo sucedido en el garaje con Oliver a mi amiga. Consecuencia: se acerca casi todos los días a almorzar conmigo para «distrarme y que no me coma la cabeza».

—¿Tú no tienes trabajo?

—Bah, puedo llamar y decirles que estoy enferma, y tú puedes decirle a Adam que te vas un rato al spa. Incluso puede venir con nosotras si le apetece relajarse bajo los chorros del agua. ¿Ves? Solo pongo facilidades.

—Adam y yo tenemos mucho trabajo.

—Sara, no quiero que caigas en una depresión otra vez.

—Y dale.

—Perdóname por preocuparme por ti, pero el último polvo con Oliver te ha dejado tocada.

—Déjame en paz con eso, Pear. Han pasado como mil años.

—Tres semanas exactamente.

Le lanzo una mirada fulminante.

—Qué tiquismiquis te pones cuando quieres.

—Y tú vaya humor acuoso que te traes hoy. Últimamente, te levantas con el pie izquierdo como norma.

—¿*Humor acuoso*? —le pregunto, levantando las cejas.

—¿Qué? —me dice a la defensiva—. Llevo desde los nueve años apuntando en una agenda las palabras raras que utilizas y que no entiendo para después buscarlas en el diccionario. Y, cuando veo que las puedo usar, las uso. Así que lo que te estaba diciendo... Vaya humor acuoso que te traes hoy.

Me río. Pear siempre consigue sacarme una sonrisa incluso en los peores momentos. Y lo que no sabe es que mi humor se debe a la cuenta atrás que llevo en la cabeza desde hace tres semanas y que está a punto de llegar a cero sin remedio.

—Venga, vámonos al spa. Y te cuento los avances con tu hermano.

—¿Ha pasado algo nuevo?

—No. Él sigue con Candy y yo sigo siendo la amante.

—¿Y entonces?

—¡Qué difícil me lo pones hoy, Sara! Comencemos de nuevo. Venga, vamos al spa y, de paso, ponemos a parir al idiota de tu hermano.

Aunque se queje, sigue empeñada en hacer que mi hermano lo deje con la rubia y se comprometa con ella. Está loquita por sus huesos y, desde luego, no voy a ser yo quien la critique. Le aconsejé que luchara por él. Y después de todo, ¿de qué la puedo acusar? Yo hago lo mismo con Oliver. En cuanto me roza, mi cuerpo se rinde ante él.

Pasamos unas horas agradables y relajantes en el spa y, por la tarde,

vuelvo un rato al despacho. Me enfrasco entre sentencias y recursos y, para cuando me quiero dar cuenta, es de noche y se ha ido todo el mundo menos el socio absoluto y yo.

Adam viene hacia mi mesa mientras trastea con el móvil.

—¿No crees que es suficiente por hoy?

—Enseguida acabo —lo informo, sin levantar la cabeza de la montaña de papeles en la que estoy sumergida.

—¿Todavía no has hablado con Olly?

Dejo de hacer lo que estoy haciendo y levanto la cabeza con visible mal humor por la preguntita.

—El examen de tu hermana cada vez está más cerca. —Y sigue. Mi mochila se llena con un par de kilos más. A este paso voy a tener que caminar encorvada.

—Adam, no me presiones.

—Vamos, *Totó*, pídele el favor. No se va a negar a pesar de lo cabreado que estaba cuando vio el destrozo que le hiciste a su amado coche. Tenías que haberlo visto, echaba fuego por la boca.

—Oliver se enfada con facilidad.

—Y tú eres una tocapelotas insufrible. Le diste al chaval donde más le dolía.

—Adam, las cosas o se hacen bien o no se hacen.

¡Ring, ring!

Lo que fuera que iba a replicarme Adam queda engullido por el repentino sonido. ¿El timbre de la puerta? ¿Quién viene a estas horas al despacho? Solo quedamos Adam y yo.

—¿Quién será?

Adam se encoge de hombros y abre la puerta.

—Olly, ¡qué sorpresa! No te esperábamos.

¿Olly? ¿Qué hace Oliver en el despacho? Desde que trabajo aquí con Adam nunca he visto a Oliver acercarse a saludarnos. Yo creo que no venía desde hace los mismos años que yo antes de empezar a trabajar con Adam. Y, hablando de Adam, si piensa que por un momento me he creído el tono de sorpresa que ha puesto al ver aparecer a Oliver... Estos dos se han puesto de acuerdo. Los conozco demasiado.

Le pongo mala cara a Adam por su engaño, pero él me mira como si no hubiera roto un plato en su vida. Me giro al invitado sorpresa y pongo los brazos en jarras.

—¿Qué haces tú aquí?

—Pasaba por aquí. ¿Te acerco a tu casa?

—He traído mi coche.

—Sí, lo sé —me contesta distraído. Está observando todo su alrededor minuciosamente y, a la vez, está recordando. Como hice yo mi primer día aquí.

—Bueno, parejita, yo me voy. Sara, me llevo tu coche. —Adam se acerca a darme un beso en la mejilla y aprovecha para darme un mensaje—. Pídeselo.

—¡Adam!

De nada me sirven mis protestas porque el traidor de mi amigo desaparece por la puerta con las llaves de mi coche tintineando en sus manos y dejándome a solas con mi mayor enemigo del momento.

Cuando me doy la vuelta, Oliver me espera apoyado en el mostrador de recepción con las piernas cruzadas.

—¿Te acuerdas de cuando nos escondíamos debajo de este mostrador y nuestros padres nos buscaban como locos? —Su inesperada pregunta me transporta al pasado. Pasado que yo reviví hace poco tiempo.

—Sí, hasta que se lo aprendieron y tuvimos que escondernos en...

—El armario ropero —recordamos a la vez.

—Coge tus cosas, te espero abajo. —Se incorpora y sale de la oficina sin mirarme. No me hace falta preguntarle nada para saber qué es lo que le pasa. El recuerdo de los padres de Adam corriendo detrás de nosotros por estos pasillos... A Oliver no le gusta lidiar con ese tipo de demonios, por mucho que se haga el fuerte delante de Adam y de mí. Y yo no tengo valor para discutir con él por verme obligada a que me lleve a casa.

Cojo la chaqueta y el bolso de mi despacho y salgo por la puerta cerrando con llave a mi paso. Bajo por las escaleras y me abrocho bien los botones del abrigo. Salgo a la calle y diviso el coche de Oliver aparcado en doble fila con las luces de emergencia puestas. Vuelve a ser el mismo coche impoluto de siempre. Y menos mal, porque imaginármelo lleno de barro me trae un carrusel de pensamientos a la cabeza que provoca que me palpite el corazón con fuerza bajo todas las prendas de ropa.

Abro la puerta del copiloto y me siento. Me pongo el cinturón de seguridad y apoyo la cabeza en el respaldo sin mirar ni una vez a mi acompañante. Giro el rostro y contemplo las oscuras calles de Edimburgo. Cierro los ojos con el objetivo de evadirme a otro lugar y lo consigo, porque,

cuando el coche se detiene en la puerta de mi casa, no recuerdo qué emisora hemos venido escuchando ni qué camino hemos recorrido.

Oliver apaga el motor y el silencio inunda el pequeño habitáculo. Antes de bajarme del coche, cojo fuerzas y le hablo, sin separar mi cabeza de la ventana.

—Tengo que pedirte un favor.

—¿En serio? —me pregunta, muy muy sorprendido.

—¿Por qué te sorprende tanto?

—No eres tú muy de pedir favores cuando estás cabreada. Ya sabes, el orgullo Summers.

Mal empezamos.

—El favor no es para mí, es para mi hermana.

—¿Qué le pasa?

—La semana que viene tiene un examen de Física y necesita tu ayuda.

Ahora mi acompañante me mira extrañado.

—¿Y no puedes ayudarla tú?

—Al parecer, no. Prefiere la inestimable ayuda de un físico verdadero —reconozco molesta.

—Vaya. Eso te habrá jodido bastante.

Le lanzo una mirada furibunda que lo único que provoca es que Oliver se ría entre dientes.

—Está bien.

—¿Está bien? ¿Aceptas?

Oliver asiente con la cabeza.

—¿Y ya está? ¿Así de fácil?

—No. —Se ríe y se acerca a mí—. Así de fácil no. Tendrás que pagar por ello.

Estaba claro.

—¿Qué quieres? —le pregunto con cansancio en la voz.

—Un beso —me contesta con seguridad.

—¡Ni hablar!

—Solo quiero un beso. ¿Tanto te costaría darme uno?

No se trata de costar, se trata de... En fin, no quiero discutir con él. Ya vale de discusiones. Acabemos con esto cuanto antes.

—¿Un beso en la mejilla?

—No.

Tenía que intentarlo.

—En la boca, ¿no?

—Ajá.

—¿Con lengua?

—Ajá.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—Vale, ya concretaremos.

—Lo quiero ahora.

—¿Ahora mismo?

Asiente con la cabeza. Se acerca muy despacio a mí y, antes de que nos toquemos, toda su esencia recorre mis venas. Oliver apresa con su boca mi labio superior y mete la lengua, recorriendo con ella cada recoveco de mi cavidad. Para cuando nuestras lenguas se tocan, ya nos abrazamos con fuerza el uno al otro en un intento de acercar nuestros cuerpos.

—Nena... —Se separa de mis labios lo justo para susurrarme esa palabra que tanto define los tormentosos vaivenes de nuestra relación. Cuando Oliver me llama por mi nombre, significa que nuestra relación no está en el mejor momento. Cuando Oliver me llama *nena*, oh, joder, cuando me llama así, algo despierta dentro de mí. No importa las veces que lo haga, siempre me remueve algo por dentro.

Antes de separarnos, Oliver me da un beso cariñoso en la nariz. Me separo con brusquedad, abrumada por todas las sensaciones que recorren mi cuerpo. Abro la puerta para salir del coche, pero me quedo a medio camino.

—Oliver...

—No digas nada. No jodas el momento.

Bien.

Cierro la puerta y me encamino a la entrada de mi casa. Oliver se baja del coche y viene detrás de mí.

—¿A dónde vas? —le pregunto cuando se pone a mi altura.

—A hablar con tu hermana —me responde sonriendo—. Por cierto, sabes que la habría ayudado aunque no me hubieras besado, ¿verdad?

—¡Eres un idiota! —Intento golpearlo en el brazo, pero se escabulle hacia la puerta de mi casa, riéndose a carcajadas.

Saco las llaves de mi bolso y las acerco a la cerradura. Oliver se acerca a mi oído antes de entrar y su cálido aliento provoca una corriente eléctrica que me recorre el cuerpo.

—Volverás a ser mía, nena.

La gran idea

Adam

Los meses pasan tan rápido que no sé ni en qué día vivo. ¿Estamos en el mes de abril? Creo que sí. Este trabajo es absorbente, joder.

Abandono el despacho con prisa y bajo las escaleras de dos en dos. He quedado con Olly, que va a pasar a recogerme para ir juntos al pub de los jueves, hace quince minutos. Sara ha salido hace un rato con Pear y se ha llevado el coche.

Salgo a la calle y busco el Q7 blanco. Mierda, ¿está lloviendo? Me tapo la cabeza con el maletín y busco el coche de mi amigo, pero no está. Qué extraño, siempre llega puntual. Espero un rato más mientras me empapo de arriba abajo con la puñetera lluvia. Al fin, lo diviso deteniéndose en la acera de enfrente y cruzo la carretera después de asegurarme de que no viene ningún coche. Abro la puerta del copiloto y me siento, mientras me sacudo el cabello para quitarme las miles de gotas de agua que han caído sobre mi cabeza.

—Llegas tarde. Habíamos quedado hace media hora. ¿Te han liado en la universidad?

Oliver arranca el coche y, tras varias maniobras, se incorpora de nuevo al tráfico.

—Qué va. Como siempre llegas tarde, estaba haciendo tiempo.

—Capullo. Me he mojado.

—Un poco de agua no te va a matar.

¿*Un poco de agua?*

—Estoy calado de pies a cabeza, parece que me han enchufado con una manguera.

Al instante, noto un cambio en su actitud. Se pierde en sus pensamientos y sonrío con disimulo. Algo le ha venido a la cabeza. Algo relacionado con mi último comentario. Y me apuesto una mano a que tiene que ver con Sara. Esa expresión de gilipollas solo la pone cuando piensa en ella. ¿En qué andarán estos dos? Aprovecho para sacar el tema.

—Oye, rubiales.

—¿Qué? —me pregunta mientras gira el coche a la derecha.

—¿Cuándo tienes pensado iniciar el plan de reconquistar a Sara? Está pasando el tiempo y no veo que hayas hecho ningún avance.

—Joder, tío, es que está muy hostil.

—¿Y eso qué significa?

—Que me estoy reagrupando.

—¿Reagrupando? Lo que estás es acojonado, eso es lo que pasa. Tienes miedo de que te rechace de verdad.

—Ya me ha rechazado de verdad, Adam.

—No, qué va. Solo está enfadada. Aún no te ha rechazado de verdad, y eso te acojona.

—No es miedo, Adam. Es solo que quiero hacerlo bien por una vez en la vida.

Brian

Cuando Adam y Oliver entran por la puerta del local, no puedo evitar soltar una carcajada de la hostia. Oliver está impecable, como siempre, pero a Adam parece que le haya caído un cubo de agua encima de la cabeza. Me levanto de la mesa y sigo a mi amigo hasta la barra, dispuesto a reírme de él.

—¿Qué pasa, Wallace? ¿Te has caído en un charco de agua?

—No, idiota. El capullo de Olly me ha hecho esperar a la intemperie durante más de diez minutos. Y, encima, lo ha hecho a propósito, el muy cabrón.

—No se lo tengas en cuenta. No está en sus mejores momentos. —Dirijo mi mirada al aludido. Se ha sentado enfrente de Sara e intenta llamar su atención. Joder, es tan obvio.

—¿Qué miras? —me pregunta mi compañero, mientras esperamos a que nos sirvan las bebidas que ha pedido para Oliver y para él.

—Está loco por ella y no sabe disimularlo. —No hace falta que diga su nombre, los dos sabemos a quién me refiero—. En realidad, nunca lo ha hecho. Al menos, bajo mi punto de vista. ¿No crees que es hora de que reaccionen? Hay que hacer algo para ayudarlos.

Un plan empieza a formarse en mi cabeza... Joder, ¡es un plan cojonudo! Celos. Sí. Tengo que provocar que Oliver sienta tantos celos que le exploten en la cara y reaccione de una vez.

—¿Y qué pretendes?

—Tú sígueme la corriente.

—¡Espera! ¡Oliver está en ello!

No escucho bien su última frase con toda la cacofonía de sonidos que hay en el bar. Nos acercamos con las bebidas a la mesa donde está sentada toda la pandilla. Hablamos de temas insulsos hasta que decido soltar la bomba.

—Oye, *Totó*, ¿cuánto tiempo hace que no te acuestas con un tío?

¡Coño! Hay algunas miradas de Sara que, de poder hacerlo, me habrían matado en más de una ocasión a lo largo de mi vida, y esta es una de ellas. Y siento otra que me dispara rayos láser por mi flanco izquierdo. Miro de reojo a Oliver. Joder, si no me mata uno, lo va a hacer el otro.

Técnicamente, el último tío con el que se lio Sara fue Oliver. Mierda, se me había olvidado. Joder, pero no me refería a eso. Debería haberle

preguntado que cuánto hace que no se lía con un tío que no sea Oliver. «Piensa, Brian, piensa antes de hablar». Bueno, a lo hecho, pecho. «De modo que podéis follar sin despeinaros, pero no podéis hablar de ello». Miro a Adam, que me mira también como si quisiera matarme. Vale, me he lucido. A ver cómo rectifico y encamino el interrogatorio a mi terreno.

—Perdona, olvida la pregunta. Empecemos de nuevo.

Me levanto de la silla y me siento otra vez.

—Hola, chicos. ¿Qué tal?

Todos me miran como si me hubieran salido cuernos por la cabeza. ¡Reaccionad, coño, que soy informático! Cuando me encuentro con un problema, la solución adecuada siempre es la misma. Apagar y volver a encender, ¿no?

—Oye, Sara, ¿cuánto tiempo hace que no te acuestas con un tío sin contar a Oliver?

No me contesta, me sigue mirando con ganas de matarme. Suplico ayuda a Adam con los ojos.

—Desde que lo dejó con Von Kleist. Un fantástico y apacible año.

Ya sabía la respuesta, dado que Sara no se ha enrollado con nadie en este año, pero tengo que ponernos a todos en situación. Ahora, los rayos láser de los ojos de Oliver y de Sara se han dividido en dos objetivos. Con un ojo me disparan a mí y con el otro a su mejor amigo.

—¿No te has liado con nadie desde hace un año? Y considera, por favor, en todas mis preguntas la coletilla: «sin contar a Oliver». —Joder, qué calor tengo. Creo que los rayos láser de alguno de los dos me han alcanzado. «Cómo te la juegas, Brian». ¡Qué duro es querer ayudar a tus amigos!

Espera. La mirada de Sara ha cambiado. Ya no quiere matarme, más bien... ¿seguirme la corriente? Que Adam lo haya hecho al contestar a mi pregunta le ha dado confianza y seguro que, además, quiere joder a Oliver. No joder de follar, que fijo que también, joder de... «¡No te disperses, Brian!».

—No, con nadie. ¿Por qué? Y, por favor, considera todas mis respuestas con la coletilla: «sin contar al imbécil de Oliver».

—Es acojonante que habléis de mí como si no estuviera delante.

Ambos ignoramos al astrofísico.

—Sara, eres una chica guapísima, lista, simpática, encantadora... Podrías tener a cualquiera. ¿Por qué no te dejas querer de nuevo?

¿Estará poniendo todavía la coletilla a mis frases de «sin contar a

Oliver»?

—No lo sé, supongo que no ha surgido.

Ya, claro, porque estás tan enamorada del idiota que está enfrente de ti que al resto de chicos ni los miras.

—Pues se acabó, Sarita. No puedes seguir así, tienes que rehacer tu vida. Y para ello, tienes que tener sexo casual con un montón de hombres.

—Pero ¿qué dices?

—Yo creo que tiene razón, Sara. —Olivia se mete en el ajo. Bien. Contaba con el apoyo de varios de mis amigos—. Hace mucho que no estás con nadie... —Detiene su discurso unos segundos y todos entendemos la coletilla—. Y, si no pruebas a nadie más, no vas a encontrar jamás al chico de tu vida. —Joder, qué lista es esta chica. Me entran ganas de besarla, pero no quiero que Duke... digo Dru... no, tampoco es así... ¡el profesor buenorro, leches!, me parta la cara.

—Igual ese chico está ahí fuera, esperándote —añado. Y me ha quedado un poco *Expediente X*, pero no importa. «La verdad está ahí fuera». Gran serie. «¡Que no te disperses, Brian!».

—Tienen razón, Sara. Rehaz tu vida de una vez sin contar al... —Pear se suma a la iniciativa.

—¡Lo hemos entendido, Pear! —la interrumpo, antes de que acabe con la coletilla. Tampoco quiero forzar las cosas. El pobrecito de Oliver lo está pasando mal.

—¡Se me acaba de ocurrir una idea! —Moira parece entusiasmada—. Tengo un primo en Londres soltero y guapísimo, y va a venir a la boda. No tiene novia y viene solo. ¡Seguro que le encantas, Sara! Podrías liarte con él. ¿Te imaginas que al final acabamos siendo familia?

«¡Tampoco te embales, loca!». Pero, coño, ni preparado sale mejor. Aunque tengo serias dudas de que Moira nos esté siguiendo el juego. Más bien creo que quiere que Sara se enamore de otro tío, pero, de momento, me sirve.

Adam no le quita ojo a Oliver, que no se ha vuelto a pronunciar desde su única e ignorada intervención. Está rabioso y a punto de levantarse de la mesa. «A ver qué te parece, machote, que tu chica se líe con otro». Con otro que no es William Von Kleist. Estás demasiado acostumbrado a tener un solo rival. Aunque, en realidad, ya ni eso tienes. ¡Espabila, coño! Aunque, repito, en el fondo me está dando pena. En el fondo.

—¡Estáis todos locos! —nos dice Sara.

Adam, apóyame, coño. Que tu opinión es la que más le importa a ella. Le hago señales con los ojos y me entiende a la primera.

—A mí me parece una idea cojonuda, solo te has tirado a dos tíos en toda tu vida. Es hora de que pruebes nuevos sabores.

—Adam, no hables de mi vida sexual como si nada y menos cuando uno de los dos implicados está sentado a tu lado.

El implicado sigue rojo de la rabia.

—Bah, hay confianza.

Y ahora el golpe final.

—Venga, Sara. Di que sí, a no ser que sigas enamorada de Will, entonces me callo. Tener sexo con un desconocido mientras sigues queriendo a otro, como que no.

«Muy bien, Brian». A ver si le queda claro al gilipollas del astrofísico que no quiere al otro.

—No estoy enamorada de Will.

—Eso ya lo sabíamos, ¿no? —dice Marco.

—¿Lo sabíamos? —pregunto, con inocencia, mirando a Oliver. ¡Yo qué sé! Cualquiera adivina de lo que hablan o dejan de hablar estos dos. Con la experiencia de los años pasados, he preferido dejarlo claro, por si acaso.

—Entonces, ¿qué dices, Sara? ¿Aceptas el reto?

Di que sí, por favor. Demuéstrame lo lista que eres y no dejes que Oliver sepa que estás loca por él. No le des el gusto. Hazlo sufrir.

—No lo hagas.

¡Hombre, Oliver! Ha vuelto.

—Tú no tienes nada que decir en esto —le recrimina Sara.

—No lo hagas —repite, entre una mezcla de súplica y mandato.

—No me coacciones.

—Tiempo muerto, chicos —interrumpo la discusión de los enamorados. Y aunque me parezca de puta madre que Oliver por fin defienda lo suyo, quiero picarlo un poco más—. Lo siento, Olly, pero no tienes nada que opinar al respecto. ¿Cuánto ha pasado desde la última vez que os acostasteis?

Y, antes de que me dé tiempo a calcular el tiempo transcurrido desde el mes de enero hasta ahora, Oliver se me adelanta.

—Mes y medio.

—¿*Mes y medio*? No me encajan las fechas. —Me paro a pensarlo un momento—. ¿Lo de la piscina no sucedió en enero?

—Lo de la piscina, sí. Pero lo del garaje fue algo después.

¿Lo del garaje? ¿Lo han vuelto a hacer?

—Joder, no paráis.

—¿Lo habéis vuelto a hacer? —pregunta Adam, alucinado, a Oliver y Sara—. ¿Tú lo sabías? —le pregunta después a Pear.

—Si se refieren a lo del garaje y la manguera, sí. Si lo han vuelto a hacer otra vez, no.

—¿Qué?

—Acepto, Brian —me dice Sara, a la vez que le hace un gesto a Adam para que se calle.

—¡Bien!

Oliver me mira con una expresión insondable en su rostro, se levanta de la mesa y se marcha.

Sara, minutos después, sigue mirando hacia la puerta. Triste. Vacía.

Joder, espero no haberla liado.

El día antes de la boda

Tres semanas después, el gran día se nos echa encima. Hoy es el día previo a la boda y hemos quedado con los novios para celebrar su último día de solteros. Han reservado un local en el centro de la ciudad y han invitado a todos los amigos que acudimos al día siguiente a la celebración y a los familiares más jóvenes.

Soy la última en llegar. Me he entretenido en el despacho intentando cerrar varios asuntos. Entro en el local y lo primero que noto es la música a todo volumen: *Without You*, de David Guetta. Entran ganas de ponerse a bailar. Camino por el bar en busca de mis amigos. Hay muchísima gente. Un grupo de personas me bloquea el paso. Les pido con amabilidad que me dejen pasar. Uno de ellos me mira de arriba abajo y me sonrío, a la vez que me saluda con la copa que tiene en la mano. No tengo ni idea de quién es. Moira tiene dos hermanos bastante mayores que nosotros, pero apenas los conozco porque no coincidimos demasiado en el colegio. Mi amiga me comentó que habían invitado a bastantes amigos de sus hermanos. Puede que sean estos. Joder, no conozco a nadie.

Me quito la chaqueta y se la doy a un amable caballero que se ha acercado a mí con una percha en la mano. Veo cómo se aleja y la mete en el guardarropa que han dispuesto para la ocasión. Me acerco a la barra a beber algo. Pido una cerveza a uno de los camareros y, cuando me giro para seguir con la búsqueda de mis amigos, me encuentro con Pear de frente.

—¡Sara! ¡Por fin llegas!

—Menudo ambientazo hay aquí. —Mires donde mires, no hay más que gente bebiendo y riendo.

—Adivina. Al fondo a la derecha —me dice señalando el lugar—, hay un montón de alumnos del *Crowden*. Hacía siglos que no veíamos a ninguno.

Muchos alumnos del *Crowden*, al terminar el último curso, vuelven a su país de origen y es difícil que nos volvamos a ver, a no ser que lo propiciemos, como en esta ocasión. Lo que no entiendo es por qué Moira ha invitado a tanto alumno de nuestro antiguo colegio.

—¿Del *Crowden*?

—Los amigos de Harry.

Ah, claro, que también es la boda de Harry y también vino al *Crowden*.

—Y adivina qué más.

—¿Qué?

—Están superintimidados por Duncan. Todavía lo ven como a su profesor de Matemáticas. ¡Me parto! Brian se está descojonando de la risa.

Observo el fondo del bar y veo a Brian con Marco, Adam, Oliver y... ¿Daniel? Están apoyados en la pared con una cerveza en la mano cada uno, riéndose y cuchicheando entre ellos. ¡Qué valor! Al otro lado, los amigos de Harry charlan, con evidente tensión, con el novio de Olivia.

—¿Qué hace aquí mi hermano?

—Ha venido conmigo. —La invito a que siga hablando. Ella suspira y se acerca más a mí—. Estoy harta de ser la amante a la que solo se folla. Lo he amenazado con dejar de acostarnos si no me acompañaba a este tipo de eventos.

Se la ve encantada con la situación, sobre todo porque le ha salido bien la jugada. Hacer ese tipo de cosas con mi hermano es peligroso. No le gusta que le impongan cosas. Supongo que por fin se ha dado cuenta de lo importante que es mi amiga para él y no quiere perderla.

—¿Y ha aceptado sin rechistar?

—Ajá. —Incluso le brillan los ojos cuando me responde. Me alegro un montón por ella.

—¿Viene mañana a la boda?

—Sí.

No pretendo enturbiar este momento de felicidad, pero me veo en la obligación de hacerlo.

—¿Y qué pasa con Candy? No creo que le haga gracia que su novio vaya a una boda con otra.

—Esa es la idea, a ver si lo deja ya de una vez. Voy a subir millones de fotos nuestras juntos a todas las redes sociales. Y, cuando sea solo mío, esta vez sí que no se me escapa.

La música cesa para cambiar de canción y, en ese segundo de silencio entre una y otra, escucho una carcajada. Una carcajada que conozco a la perfección y que viene del fondo del bar. Dirijo mi mirada hacia el lugar y me encuentro con Oliver riéndose por algo que le está contando mi hermano al oído. Jamás pensé que podría disfrutar de semejante camaradería entre Oliver y Daniel. Es algo digno de ver. Saco el móvil del bolso y les saco una foto. Están relajados y felices. Y juntos. Guardo el móvil de nuevo y me giro hacia Pear. Se está riendo.

—¿Y tú de qué te ríes?

—De ti.

Intento cambiar de tema.

—¿Y esos? —pregunto, señalando a nuestros amigos—. Pero mira que son bobos. Los cinco. Estuvieron años evitando a Duncan. Y Brian sigue intimidado por él. De hecho, todavía no es capaz de llamarlo por su nombre.

—Déjalo que disfrute. Por cierto, ¿cómo crees que nos verán nuestros antiguos compañeros?

—¿A qué te refieres?

—Han pasado siete años desde que dejamos el colegio. ¿Nos verán mayores? —No me da tiempo a contestar—. ¡Oliver viene hacia aquí!

«¿Qué?». Vuelvo a mirar hacia el fondo del bar y veo a Oliver caminando, tranquilo, hacia mí. En estas semanas que han pasado desde la propuesta de Brian, no hemos interactuado demasiado. Aquel día... demonios, aquel día no sé qué me poseyó para aceptar tal proposición. Aún hoy lo pienso y no lo entiendo. Supongo que fue por llevarle la contraria a Oliver... aún estaba enrabiada por el tema de la piscina... y del garaje. Me giro hacia la barra y cojo la cerveza que me ha servido el camarero.

—¿Podemos hablar? —me pregunta, en cuanto llega hasta mí.

Un poco complicado con el volumen de la música, pero, de todas formas, acepto. Parece que viene en son de paz y es lo que más necesitamos ahora mismo.

—Sí, claro.

—Pear, ¿nos dejas un rato a solas?

—Me parece que no —nos dice, señalando con la cabeza algo detrás de Oliver.

Dirigimos la mirada hacia el lugar. Nuestras amigas vienen hacia nosotros junto con el resto de los chicos. Raquel, la novia de Marco, ha venido para quedarse una temporada mientras hace un máster. Natalie también está aquí. Llegó ayer en el primer vuelo de la mañana. No la veíamos desde la despedida de soltera.

—¡Sara! ¡Gabinete urgente! —me dice Moira con entusiasmo.

—¿Qué ocurre?

Acabo la cerveza y pido otra al camarero. Me apoyo con los codos en la barra a la espera de respuestas.

—Acercaos todos.

¡Cuánto misterio! Noto un movimiento a mi espalda. Me giro, y mi

segunda cerveza está a mi disposición.

—Que haya barra libre no significa que debas acabar con las existencias.

Daniel. Siempre metiéndose donde no lo llaman. ¿Cómo es posible que sepa que es mi segunda cerveza si acaba de verme? Lo ignoro y sigo bebiendo.

—Moira, ¿qué es eso que nos tienes que contar?

—Yo me piro a dar una vuelta por ahí, paso de vuestras historias.

Todos despedimos a Daniel con un asentimiento de cabeza.

—Chicos, tengo una foto de mi primo. ¡Mira qué guapo es, Sara! —«¡Oh, no! ¡El primo! En qué líos te metes, Sara». ¿Y ahora cómo les digo que no quiero saber nada del dichoso primo?

Moira saca el móvil del bolso y nos enseña una foto. Me puede la curiosidad. Nos acercamos y vemos la foto. Sí que es *guapillo*.

—Joder, Moira. Qué escondido lo tenías. Podías habérmelo presentado antes a mí. ¿Dónde está, por cierto? —pregunta Pear, mirando para todos los lados.

—No está aquí. Es *broker* de bolsa y tenía trabajo en la oficina. Hasta mañana no llega. Y, de todas formas, es para Sara.

Uff, para mí. Me entran ganas de darme cabezazos contra la barra a la vez que me repito a mí misma: «lianta, lianta, lianta».

—¡Solo preguntaba por curiosidad! —contesta Pear.

—¿Tú no eres supernovia de Daniel Summers? —le pregunta Brian.

—Sí. Y, de hecho...

Miramos hacia donde Pear mira y vemos a mi hermano cerca de los servicios haciéndole señas a Pear.

—Pear, ni se te ocurra escaparte a hacer «eso» al baño con Daniel. ¡No en mi preboda!

—Follar, Moira. Se llama follar.

Desde que empezamos a hablar de sexo en la adolescencia, Moira siempre lo llama «eso», y Adam siempre la corrige. No creo que cambie nunca. Me veo manteniendo la misma conversación dentro de cincuenta años. Adam será un ancianito encantador con chupa de cuero que le seguirá repitiendo a Moira: *Follar, se llama follar*.

—¡Me ofendes, Moira! —dice Pear, llevándose la mano al corazón en un intento de simular una herida de muerte—. Yo no hago *esas* cosas. Mejor díselo a esos dos —nos señala a Oliver y a mí— que follan en cada rincón que encuentran en cuanto tienen ocasión.

—¿Qué?! Me he perdido. ¿Qué ha pasado en mi ausencia? —No me extraña que Natalie no se entere de nada. Con todo lo que ha pasado en los últimos tiempos...

Le hago un gesto con la mano a Natalie, que viene a decir «ya te lo contare luego», y fulmino a Pear con la mirada.

—Hasta luego, chicas. Mi amante me requiere —se disculpa, la muy bocazas.

Moira bufa y la mira con malos ojos.

—Tranquila, que no vamos a hacer «eso».

Pear abandona el grupo y me guiña un ojo antes de irse. Por supuesto que van a hacer «eso».

—Bonita forma de desviar el tema tenéis Pear y tú —me acusa Brian.

—¿Qué?

—Estábamos hablando del primo de Moira.

—Ah, sí. ¿Qué pasa con él?

«Mierda, soy malísima disimulando». Hasta yo me he dado cuenta.

—¿No te estarás arrepintiendo?

¿Arrepentirme de qué? Al principio, no entiendo la pregunta, hasta que caigo en la cuenta. «Vale, arrepentirme de hacer *eso* con el primo de Moira». Sí, claro que me arrepiento. Y no pienso liarme con él por muy mono que sea.

Brian carraspea y me hace volver de golpe al presente.

—No, no... —Les digo, para que dejen de darme la tabarra. Cojo la botella de cerveza y me la termino. Pido otra al camarero. «Joder, Sara, a ver cómo sales mañana del atolladero en el que te estás metiendo tú solita». Miro a Adam, que me pone los ojos en blanco.

—De puta madre, Sara.

Oliver. Mierda. Una vez más, abandona el local sin más explicaciones. Doy un sorbo a mi nueva cerveza, pero se me atraganta en la garganta. Joder, me siento fatal.

Nos quedamos todos callados sin saber cómo actuar. Por suerte, la música acaba y alguien comienza a hablar por un micrófono. Es Harry, que requiere a Moira para que suba al escenario. Se aleja de nosotros y va al encuentro de su futuro marido. Nos dan las gracias por compartir estos momentos con ellos y amenizan la velada contando historias. Pear y Daniel están desaparecidos en combate. Y Oliver también. Poco después, cuando los novios abandonan la fiesta para descansar, me voy con ellos.

Llego a mi casa y subo a mi habitación. Está todo muy tranquilo. Adam se ha quedado en la fiesta y Daniel aún no ha llegado. Me asomo a su habitación y está vacía y sin signos aparentes de movimiento. Me doy una ducha y me pongo el pijama. Me tumbo en la cama, pero no consigo dormirme. Observo mi habitación en la penumbra hasta que detecto un objeto que me llama la atención sin remedio: el telescopio.

Enciendo la luz de la mesita, al lado de mi cama, y me levanto. Cojo el telescopio y lo coloco en la ventana. Miro el cielo y compruebo que está despejado. Bajo el trípode hasta abajo, tal y como me enseñó Oliver. Me siento en la alfombra y miro por el objetivo.

Me entretengo un rato observando la luna, pero enseguida me aburro y voy a por algo mejor: Saturno. Me encanta observar Saturno y sus anillos. Es espectacular. Es mi planeta favorito. Busco y busco, pero nada. Siempre me cuesta una barbaridad dar con él.

—¿Pero dónde estás? Siempre igual.

Escucho una risita a mi espalda, me giro y ahí está Oliver Aston apoyado en el marco de la puerta de mi dormitorio.

—¿Problemas para encontrar Saturno?

—No estoy buscando Saturno —le respondo con suavidad. Después de lo que ha pasado en la fiesta y de cómo ha abandonado el local... no quiero empeorar las cosas. Lo miro de reojo y veo que no parece estar enfadado. Me alegro, pero, por otra parte, me toca las narices que digan que la bipolar soy yo.

—Tú siempre buscas Saturno y, con esa mierda de telescopio que tienes, siempre te cuesta una barbaridad hacerlo, y más con las cervezas que llevas encima. Déjame ver.

Definitivamente, está de buen humor. ¿O me lo han cambiado?

—Todo tuyo.

Oliver se sienta en el suelo a mi lado y coloca el telescopio en posición. Mira por el objetivo y empieza a manejarlo con mucha suavidad. Aparta la vista un momento y me mira sonriendo. Vuelve a lo suyo.

—¿Sabes? Hoy he mandado a los chavales de primero a limpiar la habitación de los trastos y han encontrado un telescopio casero de 1965.

—¿Y qué habéis hecho con él?

Oliver me mira de nuevo y me sonrío con descaro. ¿Qué pueden hacer unos cuantos astrofísicos con una reliquia de telescopio? Lo tengo claro al instante.

—Os habéis hecho los gallitos todos los superfrikis del departamento a ver quién era el primero en encontrar algo —afirmo.

—Lo hemos hecho, sí.

—Y os habéis apostado algo.

—Por supuesto. Si no, no era tan divertido.

—¿Qué habéis apostado?

—Dos días libres. El ganador gozará de dos días libres cuando quiera, y los demás tendrán que cubrir sus clases sin rechistar.

Vaya trapicheos que hay en la universidad. Y encima tienen el valor de ir paseándose por el campus todos serios e intimidando a la gente.

—¿Y quién ha ganado?

—La duda ofende.

—¿Tienes dos días libres?

—Sí. Y... *voilà!*, ahí tienes Saturno. Acércate.

Me acerco a su lugar y junto mi cabeza con la suya. Oliver sujeta el telescopio mientras yo miro por el objetivo. Veo una de las divisiones del anillo. La división de Cassini. Es fantástico. Siento la respiración de Oliver en mi mejilla. No puedo soportarlo, es demasiado... tentador.

—Me voy a la cama, mañana tengo muchas cosas que hacer. —Me levanto del suelo y lo invito a que se vaya.

—Espera. Necesito decirte algo. Por favor.

Eso lo tengo claro desde que ha pisado la puerta de mi habitación. Quiere hablar conmigo desde la fiesta.

—De acuerdo.

—Perdóname. —«Espera, ¿qué?». Jolín, vaya comienzo—. Me equivoqué, no soy perfecto. Ninguno de los dos lo somos. Lo hicimos de la peor manera posible. Yo ya he asumido mi parte. La mitad de la culpa fue mía y por eso te pido perdón, ojalá hubiera llevado las cosas de otra manera... Joder, todo habría sido tan diferente. Sara, me mata pensar que nos separamos por ninguna razón. Perdóname.

—Te perdono.

¿Qué sentido tendría no hacerlo? Siempre vamos a ser amigos y, si no queremos acabar odiándonos el uno al otro, hay que hacer las paces. De una vez por todas. Para siempre.

—Gracias. Yo te perdono a ti, no es necesario que me lo pidas. Sé que lo sientes.

Asiento con la cabeza.

—Por cierto, no me escuchas, Sara. Te encierras y no atiendes a razones, tienes que controlar ese carácter endemoniado que tienes.

—¿Te refieres a algo en concreto?

—Pues sí. El día de la piscina —«joder, no me lo recuerdes»—, cuando te dije que ojalá pudiéramos volver atrás y cambiar lo que pasó, no me refería a que no nos acostásemos nunca, más bien todo lo contrario. Lo que me habría gustado hubiese sido hacerte mi novia a los nueve años. Eso es lo que tenía que haber hecho desde el principio. Nunca debí permitir que Will se me adelantara.

—¿Con nueve años?

—Sí, no nos hubiéramos perdido tantas cosas los dos juntos como pareja. Pero ya no puedo mirar atrás. Te veo mañana en la boda.

Se da media vuelta y abandona mi habitación.

Y yo me quedo... vacía. Es como esa sensación que le entra a uno cuando se da cuenta de que ha perdido algo importante... para siempre. Y no debería ser así, sino todo lo contrario, porque Oliver y yo acabamos de firmar la pipa de la paz, esta vez de verdad, para siempre. No más remordimientos, no más enfados, no más pensar en el pasado. Todo eso se acabó. A partir de ahora, volveremos a ser los que éramos antes de que todo esto pasara.

Y ¿qué es todo esto?, me pregunto. ¿En qué momento se empezaron a liar las cosas entre nosotros? ¿Hasta qué punto tengo que retroceder para ser los que éramos? ¿Dónde empezamos a perdernos? ¿Qué es lo que tengo que borrar de mi mente para que podamos volver a funcionar? ¿Nuestro primer beso aquel día del juego de la botella? No, aquello no estropeó nuestra relación. Aquel primer beso fue electrizante. Fue la primera vez que nos besamos. No puedo borrarlo.

¿Quizá desde el segundo beso que nos dimos? ¿Aquel que me robó Oliver para que dejara de decir tonterías? Me río al acordarme. No, ese tampoco lo puedo borrar.

Puede que nuestras primeras relaciones sexuales lo estropearan todo... Lo pienso durante un momento. Evoco aquellos recuerdos. Lo que sentí al tocar a Oliver por primera vez de aquella manera. No. Estaría loca si borrara eso de mi mente. Fue demasiado especial. Para los dos. Llegar a ese nivel de intimidad con Oliver... prefiero atesorarlo durante el resto de mi vida.

¿Y en Estados Unidos? Ahí se complicaron mucho las cosas. No, no. Ahí no. Lo que pasó allí fue mágico y nos unió todavía más de lo que ya estábamos. Fueron los mejores meses de mi vida. No los borraría por nada

del mundo.

Tal vez debería centrarme en lo que ha pasado en los últimos meses. En lo que ha sido la parte más fea de nuestra relación. «No, espera, ¿fea?». Recuerdo aquel día en la piscina. Recuerdo la tensión sexual que arrastrábamos, ambos. Recuerdo las sensaciones de volver a tener sexo con él. Y recuerdo que hacía años (AÑOS) que no sentía tanto por un... polvo. Porque aquel fue un polvo en toda regla. ¡Un polvazo! Me vuelvo a reír. Sí, ahora me río. Madre mía, qué bien me sentí. Cómo me gusta follar con Oliver, ¡coño! No puedo borrar ese polvo. Fue épico.

Pues entonces solo me queda el polvo del garaje... donde Oliver me dijo que me quería por primera vez. No, tampoco puedo borrar eso. Quizá no fuera el momento de decirlo, pero fue su primer *te quiero* hacia mí. Continuemos, pues. Tiene que haber un momento en que la fastidiemos de verdad.

Y me doy cuenta de algo. Que ya no queda más. He llegado al presente.

Joder.

Joder, joder.

Jamás nos hemos perdido.

Jamás hemos dejado de funcionar juntos.

Todo lo que hemos pasado juntos ha sido precioso. El único problema ha sido... ¿cuál ha sido? ¿No hablar las cosas? Ni siquiera sé si ha habido un problema real. Nada que no forme parte de esta preciosa locura que es el amor. Porque, si hay algo que sé con certeza, es que lo quiero con toda el alma. ¡Y que somos un par de bobos!

No quiero ser su amiga, quiero ser su todo. Y ahora sé que podemos hacerlo porque... ¡ya lo hemos estado haciendo! ¿No es una locura? Me río de nuevo yo sola en mi habitación.

No, no voy a olvidar mi pasado amoroso con Oliver. Voy a luchar por recuperarlo.

¡Tengo que conquistarlo como sea!

Con este último pensamiento, y con la esperanza fluyendo por todo mi ser, me voy a dormir.

19

La boda

Aunque parezca increíble, he dormido toda la noche del tirón. Me despierto descansada y con la mente en blanco. Me coloco de espaldas en el colchón y me quedo unos minutos en la cama rememorando los recuerdos de la noche anterior. Miro hacia el telescopio, que descansa en la misma posición en que Oliver y yo lo dejamos ayer. Sonrío. «Mira que eres tonta, Sara. Te emocionas con cualquier bobada».

Me levanto de la cama con un suspiro. Lo primero que hago es meterme en la ducha. Salgo del baño con el albornoz puesto y voy al cuarto de Adam a despertarlo. Me cuesta horrores, pero al fin consigo sacarlo de la cama.

Recibo un mensaje de Pear en el móvil.

Pear: SOS. SOS ¡No consigo domar mi pelo!

Sara: Vente para aquí. Mis planchas pueden con todo.

Pear: Lo sé.

Cuatro horas más tarde, estamos preparados. Las cuatro chicas vamos con el mismo vestido rojo de damas de honor. Mi padre nos acerca a la catedral de St Giles, que es donde se celebra el enlace. Quiere aprovechar para saludar a los padres de Moira y felicitarlos por el evento. Y, de paso, le he pedido el favor de que suba la pequeña maleta que he preparado con mis cosas y las de Adam a nuestra habitación del hotel. Oliver no viene con nosotros. Me ha dicho Adam que hemos quedado allí con él. Salgo del coche y oteo por fuera de la iglesia en busca de... Sí, en busca de Oliver. Lo veo al instante. Con un smoking negro que le queda como un guante. ¡Está guapísimo! Se acerca a nosotros en cuanto nos ve.

—Hola. —Me mira de arriba abajo, con disimulo, pero me mira. Desde luego, con mucho más disimulo de lo que yo lo estoy mirando a él.

—Hola, nene —le responde un sonriente Adam.

Nuestro inicio de conversación se ve interrumpido por un chico alto y moreno que me resulta familiar.

—¿Sara Summers?

—Sí —le contesto, dubitativa.

—Soy Finn. El primo de Moira. Ella... me ha hablado de ti. Al parecer, tenemos muchas cosas en común.

¡Por eso me sonaba! Por la foto que nos enseñó Moira ayer. Así que este es el famoso primo con el que se supone que me voy a liar esta noche. Lo miro de arriba abajo con descaro. No me atrae en absoluto.

—¿Cómo sabías que era ella? —le pregunta Adam, interrumpiendo mis pensamientos.

—Me comentó que eras una de las damas de honor que iban de rojo y que tenías los ojos azules. Lo que no me dijo es que son unos ojos increíblemente azules. Son fascinantes. —Me mira a los ojos con evidente interés. Está coqueteando. «¡Qué directo!». ¡Apenas llevamos un minuto de conversación! ¿Qué le ha contado Moira de mí para que esté tan lanzado? ¡Voy a matarla en cuanto vuelva de su luna de miel! Hoy no, que es su día.

—Hola. Adam Wallace. —Le ofrece la mano y Finn ofrece también la suya sin pensarlo—. Encantado, Kirk. Si nos disculpas, tenemos que entrar ya. La novia está a punto de llegar.

¡Salvada por mi mejor amigo!

Adam me agarra la mano y nos dirigimos juntos al interior de la iglesia de estilo gótico. Oliver nos sigue de cerca. Sin decir nada. ¿Y si ya no me quiere? ¿Y si ha tirado la toalla? Pues tendrá que volver a recogerla...

Saludamos a un nerviosísimo Harry y buscamos dónde sentarnos. Me siento entre Adam y Oliver, como siempre. Por unos instantes, me pierdo en las vidrieras; son espectaculares.

—«Tienes unos ojos increíblemente azules» —me susurra Adam al oído cuando nos sentamos en una de las filas—. ¿Pero qué cursilada de frase es esa? Anda, no me jodas. Solo quiere regalarte los oídos. Lo tengo calado.

Escucho a Oliver reírse entre dientes. Lo miro y disimula con un carraspeo.

Ruedo los ojos y me concentro en lo que me tengo que concentrar. La boda de mi amiga. Moira está entrando por la puerta. Está guapísima y, antes de que me quiera dar cuenta, la ceremonia ha finalizado. Están casados.

Moira y Harry son la imagen de la felicidad. No puedo evitar derramar algunas lágrimas. Es la primera boda a la que asisto de alguien que me importa y la emoción me supera. Tienen suerte de haberse encontrado. Me alegro por ellos. Estas cosas deberían pasar más a menudo. Todos deberíamos encontrar a nuestra persona especial y ser felices.

El hotel donde se celebra el convite es uno de los edificios más emblemáticos de Edimburgo: el hotel Balmoral. El edificio es precioso, con su estilo arquitectónico victoriano y su imponente torre del reloj. El hotel por dentro es un auténtico pasaje en el tiempo por su estilo antiguo.

Antes de entrar en el comedor, me separo de mis amigos para ir un momento al servicio. Me retoco el cabello y me pinto los labios. Cuando salgo, me encuentro con el primo de Moira, que sale del servicio de caballeros. Nos acercamos juntos a la inmensa recepción del hotel charlando animadamente sobre nuestras impresiones de la ceremonia. Finn se niega a dejarme marchar y enlaza un comentario tras otro. Sin duda, le he gustado. Esas cosas las chicas las notamos.

Nos unimos al resto de invitados y enseguida los chicos entran en mi radar de visión. Yo también entro en el suyo y a Oliver se le borra la sonrisa en cuanto descubre mi compañía. Adam lo nota y enseguida se acerca a nosotros.

—¿Qué pasa contigo, hombre? —Me pone la mano sobre la espalda con posesividad—. Cada vez que te veo estás revoloteando alrededor de mi novia. ¿Perdona?

—¿Tu novia? Moira me dijo que no tenía...

Finn parece confundido por la noticia. Estoy a punto de intervenir para desmentirlo, pero «mi novio» no me da opción.

—Y no te quedes embobado mirándole los ojos. Mira —agarra a Daniel, que justo pasaba por al lado, por la solapa del traje, y lo coloca enfrente de él—, puedes mirar estos. Son los mismos. Nosotros nos tenemos que ir a la mesa. *Ciao*, Flin.

—Es Finn.

—Fenomenal. ¿Nos vamos, *nená*? —me pregunta, imitando el apodo que siempre utiliza Oliver conmigo.

Me voy con él. Lo primero, porque me he quedado sin habla por la surrealista situación que estoy viviendo, y lo segundo, porque, en el fondo, no me apetece nada estar con Finn. Parece muy simpático, pero no es para mí. Soy incapaz de liarme con un chico porque sí. Necesito al menos que haya atracción y, a pesar de que Finn es guapo, no me atrae en absoluto. No me dice nada.

—¿Qué acaba de pasar? —le pregunto, en cuanto nos hemos alejado lo suficiente.

—Luego me das las gracias. Yo también te quiero. ¿Vamos a comer algo?

Me muero de hambre.

En el comedor, nos sentamos toda la pandilla en la misma mesa. Son mesas redondas y en el centro hay un gigantesco adorno floral. Hay tantísimos cubiertos, platos y copas que no tengo espacio ni para colocar el minúsculo bolso que llevo, así que lo dejo detrás de mi asiento. Olivia se sienta junto a Duncan. Al lado de ellos, Marco y Raquel, luego Pear y Daniel, Natalie, Adam, Oliver y yo. La comida es excelente y la conversación es bastante animada. Oliver y yo apenas cruzamos palabra, nos limitamos a intervenir en la conversación del grupo.

En cuanto nos sirven los postres, los chicos se levantan de la mesa y se acercan a la zona de baile. Bastante tiempo han aguantado sentados. Me levanto y me siento al lado de Pear, que está concentrada mirando la pista.

—¿Qué miras tan embobada?

—A tu hermano —reconoce sin dudar—, qué guapo es.

Ruedo los ojos y miro hacia los chicos. Más que bailar lo que están haciendo es el tonto, imitándose los unos a los otros los pasos de baile. Están adorables. Todos ellos. Me gusta verlos relajados, sin los dramas que nos acechan día a día.

—He intentado hacer una lista con sus defectos para no estar tan colada por él, pero es imposible.

—¿Qué me vas a contar.

—¿También has pensado en los defectos de Olly? —«Demasiadas veces», pienso. Pero no he conseguido nada. Creo que incluso sus defectos me gustan más que sus virtudes. Es de locos—. ¡Pero si no tiene ninguno! Es simpático, amable, sociable, nada maniático, sin rarezas...

«Y aun así lo quiero». Podría seguir negándolo, al igual que Galileo Galilei tuvo que negar que la tierra era redonda ante el tribunal de la Santa Inquisición para después hipotéticamente susurrar su famosa frase, pero sería absurdo después de reconocerme a mí misma que lo único que quiero es estar con él.

—Y, *sin embargo, se mueve.*

—¿Qué?

—La Tierra. Puedo negar que es redonda, pero, *sin embargo, se mueve* — repito.

—Puedes relatar todos los defectos de Oliver, pero, *sin embargo, lo quieres.*

—Exacto —le contesto, sorprendida por lo rápido que ha entendido mi

argumento.

—Son muchos años contigo, Sara.

Observo de nuevo a los chicos, que han dejado de darlo todo en la pista de baile. Ahora permanecen en corro. Oliver tiene los brazos sobre el pecho y charla distendidamente con todos ellos.

En ese momento, las luces se apagan y comienza el baile de los novios. Han elegido la canción de *I Will Be Right Here Waiting for You*, de Richard Marx. La letra de esta canción es tan... condenadamente adecuada...

Busco a Oliver con la mirada, pero no lo encuentro. ¿Dónde está? Lo busco con más insistencia, pero nada. «Que no se haya ido, por favor».

Cruzo el comedor del hotel en su búsqueda y, al llegar a la recepción, me doy de bruces con él. Todo mi cuerpo se relaja. No se ha ido. Está apoyado en la pared cerca de la salida, mirándome. Creo que... esperándome. ¿Es posible? ¿Es posible que los dos nos estemos buscando?

Por los altavoces suena una nueva canción: *Rude*, de Magic.

*Saturday morning jumped out of bed.
And put on my best suit*

Oliver se separa de la pared y me hace un gesto con el dedo para que me acerque a bailar con él. Niego con la cabeza y le digo *no* con mi dedo índice. Necesito planificar mi estrategia. Sonríe.

*Knocked on your door with heart in my hand.
To ask you a question*

Se acerca hacia mí con andar decidido. Siento cómo sus ojos verdes me atraviesan. Me coge la mano y me arrastra hasta uno de los rincones de la recepción. Desde aquí, no puede vernos nadie. Estamos aislados.

Me sujeta por la cintura y empieza a balancearnos al ritmo de la música. Se me estremecen las entrañas por tenerlo así de cerca de nuevo. Siento un calor abrasador en el punto exacto donde ha colocado sus manos. De repente, me suelta y me coge la mano. Me separa con un movimiento fluido y comienza a darme vueltas. Nuestros movimientos se acompañan con la música a la perfección.

I'm going to marry her anyway.

*Marry that girl.
Marry her anyway.
Marry that girl.
Yeah, no matter what you say.
Marry that girl.*

...

Me acerca de nuevo. Está a cuatro centímetros de mí. Mi respiración se hace cada vez más irregular. No soy capaz de escuchar la música.

—¿Qué pasaría si le dijera a tu padre que quiero casarme con su hija?

—Te dejaría escoger entre cualquiera de las dos. Hace años que lo tienes ganado.

Sonríe por mi respuesta. «Ahora, Sara. Díselo ahora. Dile que no quieres ser su amiga. Que no te conformas con eso».

Oliver detiene nuestros movimientos. Me acaricia la mejilla con sus dedos. Se me eriza la piel con su caricia; no soy capaz de evitarlo, mi cuerpo siempre responde a su contacto. También su cuerpo ha reaccionado, lo he notado, aunque él intente disimularlo. Le pongo una mano en el pecho, encima del corazón, para sentir sus latidos.

—Oliver.

—No, nena. Escúchame. Quiero explicarte por qué te quiero.

—Pero...

No me deja continuar.

—Cuando te lo dije aquel día en el garaje, me dio la impresión de que no lo creíste. De que sonaba... hueco para ti. Déjame explicarte y, cuando acabe, si no te parece suficiente...

Se queda dubitativo sin darme una respuesta.

—¿Qué?

—La verdad es que no he pensado en esa alternativa.

Me pone una mano en la cintura y otra en la nuca, y me pega a él. Tiemblo por la anticipación.

—Podría explicarte todas las razones por las que te quiero. Podría enumerarte cada gesto que amo de ti, y tardaría en hacerlo, porque no se me escapa ni uno y tienes muchos, créeme. Puedo enumerarte alguno. Te quiero porque, cuando te ríes, se te ilumina toda la cara y provocas que yo también quiera sonreír. Y te quiero aún más porque te ríes por cualquier bobada. Hasta los chistes malos malísimos de Brian te hacen sonreír. Incluso cuando

los dice en gaélico y solo entiendes la mitad. Te quiero porque, con solo una mirada, sé lo que estás pensando. Eres tan transparente... Tus miradas me atraviesan y me desbocan el corazón. Te quiero porque, cuando escuchas música, tu cuerpo se mueve solo, sin tú pretenderlo, y mi cuerpo solo quiere unirse a ti y bailar contigo. Te quiero porque eres un desastre en la cocina y siempre te escaqueas. Te vas alejando con disimulo pensando que nadie te ve, pero yo siempre te observo. Te quiero porque me haces trampas en el béisbol, y en los bolos, y en cualquier competición. No te gusta perder. Te quiero porque tienes un carácter endemoniado, porque me pegas patadas en la cama y porque nunca encuentras Saturno.

—Olly... —Quiero explicarle que no es necesario que continúe, que sé lo que quiere decir y que he salido del comedor en su busca, pero, de nuevo, no me permite hablar.

—No he acabado.

—Creo que entiendo lo que quieres decir. —Intento atajar.

—¿Lo haces? Te quiero porque no me da miedo que me toques. Te quiero porque *necesito* que me toques. Te quiero porque una sola caricia tuya hace que se me estremezca todo el cuerpo. Te quiero porque mi cuerpo te busca y se mueve con el tuyo al compás. Te quiero porque no necesito hablar para comunicarme contigo, me lees a la perfección, y soy consciente de lo complicado que soy. Te quiero y te deseo desde antes de saberlo mi mente. Te quiero porque mi cuerpo responde a cualquiera de tus actos. Te quiero, como llevo haciéndolo toda mi vida, y no sé hacerlo de otra manera.

El hotel desaparece y nos quedamos solos. Muchas imágenes vienen a mi cabeza: ambos desnudos riendo en la cama, discutiendo, paseando cogidos de la mano, comiendo helado, bañándonos, corriendo por las escaleras de la Torre Eiffel... Son tantos recuerdos los que albergamos juntos. Es toda una vida.

Acerca sus labios a los míos y me besa con timidez, esperando mi reacción, sin saber que yo, por mi parte, ya había decidido conquistarlo.

Oliver, al notar que separo los labios, me planta un beso apasionado y profundo. Nos besamos con todas nuestras ansias. Con amor. Mi corazón bombea a tanta velocidad que me da incluso vértigo.

—Oh, nena. —Sus brazos me rodean con firmeza cuando apoyo mi frente en su pecho.

¿En tu habitación o en la mía?

Oliver me besa el cuello, acaricia mi piel con sus labios, me roza el lóbulo de la oreja con mucha suavidad, y se me eriza el vello de todo el cuerpo. A la vez, me arrastra hacia atrás, damos paso tras paso juntos, abrazados, yo de espaldas y él dirigiendo nuestros pasos muy muy despacio. En ningún momento deja de acariciarme el cuello y el rostro con sus labios.

Le saco la camisa de los pantalones y le toco la suave piel de la espalda. Paseo las yemas de mis dedos por toda la superficie. Me siento en las nubes, estoy flotando y el corazón se me va a salir del pecho de la emoción. Tropezamos con la alfombra, pero no caemos. Oliver me tiene abrazada con fuerza. Miro hacia atrás, en busca de más obstáculos, pero Olly me gira la cabeza con una de sus manos.

—Déjate guiar, confía en mí. No te voy a dejar caer.

Cierro los ojos y me dejo llevar. Seguimos caminando, o bailando, o solo moviéndonos, despacio, camino a... no sé, a donde quiera que me lleve estoy segura de que será el paraíso.

Nos acercamos al salón donde se celebra el convite. Escucho la música, es algo suave, instrumental. Creo que son los acordes de *Faded*, de Alan Walker. Oliver apoya mi cuerpo en algo sólido. Miro a mi izquierda, hemos llegado al ascensor. No pulsamos el botón, no podemos dejar de acariciarnos, y yo... no aguanto más. Me agarro, fuerte, a su cintura y lo beso en la boca. Arremeto contra él como una loba hambrienta.

Apenas hemos comenzado a poseernos el uno al otro cuando escuchamos un repentino estruendo de risas cercanas. Dejamos de besarnos, pensando que quizá sea alguno de nuestros amigos, y giramos las cabezas hacia el sonido. Es un chico que se dirige hacia la salida con una chica. No identifico a ninguno de los dos. Ni siquiera enfoco la mirada. Vuelvo a lo mío y doy suaves besos a Oliver a lo largo de la mandíbula.

—¿Ves como no era de fiar? —me pregunta Oliver mientras me chupa el oído.

—¿Quién? —le pregunto confundida.

—Fionn. Se larga con alguien.

—¿Quién? —repito.

—El primo de Moira.

«¿Ese era el primo de Moira?».

—¿A quién le importa? —le pregunto, entretenida en mis menesteres. La gruesa vena que le cruza el cuello al rubiales que tengo entre los brazos es mucho más interesante que cualquier otra cosa.

—Yo solo lo recalco —me besa en los labios— para que veas que te has ido con la mejor opción.

—Siempre he sido más de rubios, no sé qué tendrán... Y creo que el primo de Moira se llama Finn.

—Cállate y bésame —me dice sonriendo—. Y pulsa el botón.

Le pongo las manos en el pecho, y lo empujo y aparto lo justo para darme la vuelta y poder dar al botón del ascensor. Una vez pulsado, lo agarro de la pajarita medio suelta y lo empotro contra la pared. Inclino la cabeza y me apodero de su boca. Nuestras lenguas se encuentran de nuevo. Necesito sentirlo más cerca, necesito tocarlo. Necesito arrancarle la ropa. Oliver me responde con agresividad controlada. Me sujeta por el trasero y me clava su cuerpo.

Clin.

«Caramba, qué rápido».

El ascensor ha llegado, se abren las puertas y entramos sin dilación. Solo dejamos de besarnos para pulsar el botón de nuestro piso. Cuando se están cerrando las puertas, aparece un matrimonio de aspecto cincuentón dispuesto a entrar, pero, al vernos, se ríen entre ellos y deciden esperar al siguiente ascensor, algo que nosotros agradecemos porque no sé si hubiéramos sido capaces de detenernos.

Cuando las puertas se abren de nuevo, Oliver me arrastra a la salida. Me empuja y chocamos contra la primera pared que se cruza en nuestro camino.

—¿Vamos a tu habitación o a la mía? —me pregunta entre gemidos.

«¿Ha dicho algo de habitación?». Mi cerebro no responde, solo... siente.

Oliver agarra el borde de mis medias y tira hacia abajo. Las desliza por mis piernas y se agacha para quitarme los zapatos y las medias. Me sujeta por las rodillas, acaricia mis piernas y las besa mientras sube por mi cuerpo. Cuando llega a los muslos, arrastra la tela del vestido por mi piel y la deja encajada en la cintura. Vuelve a mi boca y me separa las piernas con las suyas.

Bajo la mano a su pantalón y lo desabrocho. No lleva cinturón, lo que me facilita la tarea. Meto la mano por dentro de su ropa interior. Oliver gruñe de placer y deseo, me sujeta por el trasero y me incorpora y apoya contra la

pared sin esfuerzo, como si yo fuera un peso pluma.

Lo siento mover sus manos a su erección y acercarla a mi entrada. Me separa los bordes de mi ropa interior y, de un solo golpe, llega hasta lo más profundo de mi ser. Grito de placer con su penetración. Le arañó la espalda y, a pesar de que lleva la camisa puesta, siento el calor que desprende. Noto cada centímetro de su virilidad en mi interior. Oliver y yo nunca hemos usado preservativo. Siempre lo he sentido piel con piel. Lo beso, porque tengo una necesidad imperiosa de hacerlo. El cuerpo me lo pide, le tiene ganas. No puedo tener su rostro tan cerca del mío y no comenzar a besarlo. Quiero hacerlo toda la vida. Pero tengo que dejar de hacerlo, solo unos segundos, porque necesito aire para respirar, para gemir. Esos instantes, los aprovechamos para gruñir, los dos, el uno contra la boca del otro. Le rodeo el cuerpo con las piernas y apoyo la cabeza contra la pared. Cierro los ojos.

—No cierres los ojos. Quiero que me veas.

Los abro y engancho mi mirada con la suya. No la vuelvo a soltar.

No me importa que los huéspedes de este pasillo salgan de sus habitaciones. No podría detenerme aunque quisiera.

Una estocada, dos, tres... diez. El calor me sube por el cuerpo hasta que acabo con un orgasmo inesperado pero intenso. Segundos después, Oliver se deja ir. Y el grito es tan potente que estoy segura de que los inquilinos de la habitación contigua lo han escuchado.

Me tiemblan las piernas. Las apoyo en el suelo en busca de equilibrio, pero ni con esas. El esfuerzo me ha dejado tan exhausta que necesito sentarme. Y mi compañero, también. Nos arrastramos los dos por la pared hasta sentarnos en el suelo.

—Al final no hemos llegado ni a tu habitación ni a la mía —me dice, todavía con la respiración agitada.

Me río. Me río porque estoy feliz. Porque no hemos llegado a la habitación y porque tenemos una pinta tremenda, los dos tirados en el suelo, yo con el vestido en la cintura y la ropa interior a medio poner, y él con los pantalones desabrochados y completamente descamisado.

Nos reímos los dos y juntamos nuestras frentes. Nos besamos con anhelo, despacio, tierno. Oliver tiene el pelo pegado a la frente por el sudor. Me gusta Oliver sudado. ¿Qué clase de loca estoy hecha?

—Nena, te aseguro que aquí estoy de puta madre, pero creo que deberíamos movernos.

—Las cosas de Adam están en mi habitación. Más tarde que pronto,

aparecerá para dormir.

—Vamos a la mía.

Oliver se levanta de golpe, haciendo gala de su buena forma física y yo, lejos de imitarlo, levanto mi brazo para que me ayude, porque no puedo ni con mi alma. Se abrocha los pantalones y se peina con la mano; en realidad, lo intenta, y el resultado es ridículamente adorable. Coge mis medias y mis zapatos del suelo y me sujeta la mano para ayudarme a levantarme. Me coloca bien la ropa interior y el vestido. Me besa en la nariz y me sujeta por las rodillas.

—¿Qué haces?

—Llevarla a mi dormitorio, damisela.

Caminamos por el pasillo; en realidad, él camina por el pasillo, hasta que nos detiene en una puerta. Oliver tiene que hacer verdaderos malabarismos para no soltarme, ni a mí ni los zapatos y, a la vez, sacar la tarjeta del bolsillo de su americana. Cuando estamos a punto de entrar por el umbral, se abre la puerta de al lado. Los dos nos miramos con confianza. Por los pelos...

De la habitación sale una pareja, entrada en edad, que nos mira con cariño. Sonríen entre ellos y se marchan. Parece que hoy todo el mundo nos encuentra adorables.

Entramos en la habitación y Oliver cierra la puerta de una patada. Tira mis zapatos y mis medias y me baja al suelo. Nos quedamos en silencio, mirándonos el uno al otro. Coloco mis manos en los cuellos de su americana y la deslizo por sus brazos. Le quito la pajarita y la tiro al suelo. La camisa sigue el mismo camino. Le acaricio el pecho, paso las yemas de mis dedos por la suavidad de su vello rubio. Me acerco y lo beso.

Oliver da un paso atrás para quitarme el vestido y yo levanto los brazos para ayudarlo. Aprovecho la pequeña separación de nuestros cuerpos para contemplar su definido torso. Sigo acariciando su pecho y recorro sus abdominales, primero con la yema de mis dedos y luego con mis labios.

Él mismo se desprende de sus pantalones y sus bóxer. Todas nuestras ropas están tiradas por el suelo. Acerco mi mano a su mejilla y cierro los ojos con fuerza por el contacto de su piel.

Me quita la ropa interior sin dejar de mirarme. Primero el sujetador, juguetea con el broche de mi espalda hasta que lo deja caer. Me baja las braguitas hasta las rodillas, pero soy yo la que acaba empujándolas hasta el suelo ayudándome de los pies. Me tumba en la cama. Se queda de pie y me mira con deseo. Está desnudo por completo enfrente de mí. Oliver desnudo es

irresistible. Se acerca a la cama y se sube encima de mí. Nos besamos. Me gusta sentirlo encima de mí y... debajo. Rodamos hasta quedar yo encima. Dejo de besarlo para mirarlo. Le aparto el cabello de la frente y sonrío.

—¿Y si te digo que eres el rubio más guapo que he visto en la vida? Y que conste en acta que he visto muchos.

Oliver rueda, dejándome de nuevo bajo su cuerpo, y se apoya en sus antebrazos para no aplastarme. Tiene el cabello todavía más despeinado que antes y los labios hinchados de tanto besarnos.

—¿Y si te digo que eres la morena más guapa que jamás existirá sobre la faz de la tierra? A pesar de la pinta de oso panda que tienes ahora mismo.

«¿*Oso panda*? Mierda, ¡el maquillaje!».

—Te diría que, además de rubio guaperas, a exagerado e impertinente no te gana nadie.

Oliver se ríe a carcajadas y se mueve hasta que quedamos de lado con los rostros tan cerca que nuestras respiraciones se entremezclan. Me gustaría ser capaz de poder detener este momento. ¿Por qué los segundos nunca dejan de avanzar? ¿Por qué nunca descansan? Ojalá se fueran a dormir y nos dejaran suspendidos durante horas.

Oliver se coloca a la altura de mi entrada y me penetra con delicada suavidad. Nos balanceamos despacio, haciéndonos el amor con todas las partes del cuerpo. Siento su respiración, mucho más relajada que en nuestro anterior encuentro, en mi oído. Y no necesito más, porque su respiración es música para mis oídos, es la melodía más jodidamente especial del mundo. Una melodía a la que no estoy dispuesta a renunciar nunca más en la vida.

La mañana siguiente

Me despierto con su olor impregnado en el ambiente. Suspiro de felicidad. Sonrío. Es imposible que exista en la vida un despertar más bonito que este.

Oliver tiene el brazo agarrado a mi cintura y su pierna encima de la mía. Es como si no quisiera soltarme nunca, se aferra a ella con fuerza. Me giro, con mucho cuidado, y me quedo enfrente de él. Lo beso en la mejilla. Le soplo el pelo, que se le mete por los ojos, pero, al caer, se queda en la misma posición.

No quiero despertarlo; me quedo contemplándolo, una vez más. Recorro con la mirada su precioso rostro, incluso con la marca de la almohada cruzándole la mejilla es tremendamente atractivo, con la suavidad de su piel bronceada, su cabello rebelde y esos labios que son capaces de crear la sonrisa más especial del mundo.

Se despierta, y su rostro se ilumina de alegría al verme a su lado. Leo sus pensamientos en su mirada. Me lanzo a besarlo. Me subo encima de él y lo beso por todo el rostro.

—Buenos días —le digo, juguetona.

—¿Estoy soñando? —me pregunta, serio.

—No lo sé. ¿Lo estamos?

Oliver acerca su boca a mis labios y me besa. Me abraza la cintura y me estrecha contra su cuerpo.

—No.

Sonreímos y juntamos nuestras narices. Como si nos besáramos al más puro estilo de *David, el gnomo*. Nos quedamos abrazados disfrutando del momento. Mirándonos y riéndonos por nada. Todos mis recuerdos de los amaneceres que compartimos en Estados Unidos vienen a mí como una sucesión de instantáneas imparables. Hace mucho tiempo de aquello... me había acostumbrado tanto a la idea de que no iba a volver a repetirse que entiendo a la perfección que Oliver me pregunte si esto es un sueño.

Oliver da vueltas con su dedo índice alrededor de mi ombligo. Y lo siento. Todo él vuelve a fluir por mis venas y no hay vuelta atrás.

Por más que quiera permanecer hasta siempre en esta cama, mi culo inquieto me pide a gritos que me levante y me dé una ducha. Me apetece moverme y hacer un montón de cosas.

—Voy a ducharme.

—Tu energía matutina, en algún momento, va a acabar conmigo.

—Espérame aquí, *vagonetis*, no tardo nada.

Entro en el baño y me miro en el espejo. Genial, soy un oso panda. Me acuerdo del comentario de Olly de ayer. ¡Tengo los ojos negros por el maquillaje! Abro la ducha y espero unos segundos hasta que consigo la temperatura perfecta. Me meto debajo del chorro y disfruto de la sensación. Siento como la enorme carga que llevaba sobre mis espaldas desaparece de repente. Esa espinita que tenía clavada en el corazón ya no está. La sensación de liberación y de felicidad es apabullante. Da incluso... miedo.

Cuando salgo de la ducha, con el albornoz puesto, el desayuno está en la habitación, al borde de la cama. Reposo encima de una mesa y hay de todo. Todo muy apetecible, sobre todo el rubio de al lado, tapado con la sábana hasta la cintura, que me mira con lascivia. Me siento en la cama, junto a él, con las piernas cruzadas y cojo un *croissant*. Le doy un mordisco y se me deshace en la boca.

—Vámonos —me dice Oliver, dejando su café encima de la mesa.

—¿A dónde? —le pregunto, sin dejar de masticar y dejando el *croissant* suspendido en el aire.

—A cualquier lugar, solos, tú y yo. Tengo unos días libres, por lo de la apuesta del telescopio. Recojamos nuestras cosas y larguémonos.

—¿¿Ahora?? —le pregunto, confundida.

—Sí, ahora —me responde, sonriendo—. No creo que tu jefe me ponga problemas.

Le pego otro mordisco a mi desayuno y lo miro de soslayo. ¿Irnos los dos solos a cualquier lugar? ¿Ahora? ¿Sin avisar a nadie? Es una locura muy apetecible.

—¿Aceptas? —me pregunta, acercándose a mí—. Mmm... qué bien hueles —me dice, hundiendo la nariz en mi cuello.

Cierro los ojos y disfruto de la sensación. No puedo detener el tiempo, pero sí puedo alargar este momento, puedo olvidarme del mundo y dedicar los segundos que quiera a Oliver y a mí.

—Acepto.

—¡Qué facilona has sido! —me dice, riéndose contra mi cuello.

—Pues no has visto nada aún. —Oliver levanta la cabeza y me mira con puro deseo. Se acerca a mis labios y me besa. Sabe a café y a Oliver. Me desabrocha el nudo del albornoz y comienza a acariciarme las piernas.

—Y ¿a dónde me vas a llevar?

—Espera.

Detiene sus movimientos (eso me pasa por hablar) y se levanta de la cama envuelto en su magnífica desnudez. ¿A dónde va? Abre los cajones del escritorio que descansa en una de las paredes de la habitación, mientras yo contemplo ese estupendo trasero que sus padres y la genética le han dado. Coge un folio en blanco y un bolígrafo y dibuja algo a mano alzada. Es imposible ver lo que hace desde mi posición.

—¿Qué haces? —le pregunto, llevándome el zumo de naranja a la boca.

Oliver deja el bolígrafo sobre la mesa y esconde el folio detrás de la espalda.

—Cierra los ojos.

Doy un último sorbo al zumo, dejo el vaso sobre la mesa y cierro los ojos. Noto cómo la cama se hunde cuando Oliver se sienta junto a mí.

—Pon tu mano aquí. Y no abras los ojos.

—¿Dónde?

Oliver coge mi mano y la coloca encima del folio que ha dejado apoyado sobre la cama. Noto la rugosidad del papel.

—Ahora, señala con el dedo.

«¿Qué?».

—¿Qué quieres que señale? No veo nada.

—De eso se trata. Apunta con tu dedo índice a cualquier lugar dentro del papel.

Lo hago. Paseo la yema de mi dedo índice por la superficie del folio, recorro sus cuatro costados y vuelvo al centro. Detengo mi movimiento.

—¿Ahí? —me pregunta Oliver.

—Aquí.

—Bien. Abre los ojos.

Los abro y miro el folio. En él, hay una silueta de lo que parece ser... ¿Gran Bretaña? Y eso, echándole muchísima imaginación.

—¿Eso pretende ser Gran Bretaña? —le pregunto con las cejas levantadas.

—Sí, listilla.

—El dibujo nunca ha sido tu fuerte. No se puede ser perfecto.

—Mira tu dedo —me dice, a la vez que pone los ojos en blanco—. ¿Dónde crees que señala?

Me fijo en mi dedo. Está apuntando al sur de Inglaterra, con toda

probabilidad, a algún pueblecito de West Sussex.

—¿Chichester? —pregunto al azar.

—Mmm... es bastante probable, sí. —Oliver se toca la barbilla, pensativo—. ¿Lo dejamos en Londres por cercanía?

—Nene, si hemos aceptado esto —señalo el dibujo— como Gran Bretaña, podemos aceptar Londres como pueblo vecino de Chichester, pero que no salga de aquí.

—¡Serás...!

Oliver se lanza contra mí y caemos encima de las almohadas. Nuestras risas resuenan por toda la habitación. Cuando tu cuerpo alberga tantos sentimientos positivos, tanta felicidad, es imposible contenerlo. Nos desprendemos de mi albornoz y hacemos el amor entre risas y miradas cómplices.

Una vez hemos desayunado, Oliver se pega una ducha, mientras yo compro dos billetes de avión para Londres con su tarjeta de crédito. Todas mis cosas están en la habitación que se supone iba a compartir con Adam. Cuando Oliver sale de la ducha, observo con envidia su atuendo, pantalones vaqueros (limpios) y camiseta azul de manga corta (limpia). Yo he tenido que ponerme el vestido de la boda, que huele a fiesta y a sexo. Me levanto de la cama y busco por el suelo mis medias y mis zapatos. Los encuentro tirados en una esquina de la habitación.

Antes de nuestro viaje, tengo que hacer dos visitas. Primero: a mi jefe (y mejor amigo). Le doy un beso a Oliver, que anda metiendo su ropa en la maleta, y me dirijo a la puerta de la habitación.

—¿A dónde vas?

—A pedirle permiso a mi jefe para largarme a pasar unos días a Londres con mi... —«Vaya, ¿con mi qué?»— con mi...

Oliver me mira arqueando las cejas.

—¿Novio? —me sugiere.

—Con mi supernovio, el rey de los frikis estelares.

Abro la puerta con prisa y cierro de un portazo desternillándome de la risa, sin darle opción a réplica. Cruzo el pasillo y llamo a la habitación de Adam; vaya, y a la mía, supongo. En cuanto me abre, meto la cabeza para comprobar si está solo.

—¿Dónde pelotas te habías metido?

Entro en mi habitación a la vez que le doy un beso en la mejilla y me dispongo a cambiarme de ropa y hacer la maleta.

—Unas habitaciones más allá.

—Joder, apestas a sexo.

«Si ya lo decía yo».

—¿Con quién has estado? Rick y tú desaparecisteis a la vez.

—¿Quién demonios es Rick? —le pregunto, con la frente arrugada, mientras me quito el vestido.

—El primo de Moira.

Me quedo pensando un momento. A continuación, cojo ropa limpia de la maleta, el neceser, y voy al baño a cambiarme, aún con la ropa interior puesta.

—Creo que es Finn —le digo a Adam.

—No te salgas del tema.

—No, no me fui con el primo de Moira.

Me meto en el baño y comienzo a sacar los utensilios que necesito del neceser. Empiezo por el cepillo de dientes. Echo pasta en el cepillo y me lo meto en la boca.

—¿Y entonces?

—Me fui con... —intento explicarle que he estado con Olly, con el cepillo en la boca, pero no me da tiempo a terminar.

—Conmigo.

El susodicho entra en el baño mostrando la mejor de sus sonrisas, la de los hoyuelos.

—¿Qué? ¿Pero tú no te habías largado mosqueado porque el tal Rick le estaba tirando los trastos a *Totó*?

—No, solo salí a tomar el aire y a esperarla, a ella.

—Todos pensábamos que te habías largado de la boda.

Mientras hablan entre ellos, me da tiempo a lavarme los dientes, la cara y peinarme. Salgo del baño en busca de intimidad para vestirme. Me quito la ropa interior y me pongo un conjunto amarillo de algodón. Cuando me estoy subiendo los pantalones vaqueros, mis dos chicos salen del baño con sendas expresiones de satisfacción.

—¿Estáis liados? En plan, ¿liados como para mantener una relación seria de adultos? —me pregunta Adam, a pesar de que estoy segura de que sabe la respuesta.

—Somos novios —le digo sonriendo, mientras me pongo una camiseta.

—Por cierto, te he oído lo de friki estelar —me dice Oliver con fingida indignación.

—Esa era la intención.

Oliver coloca su maleta encima de la cama, no me había dado cuenta de que la había traído, y me indica con la cabeza el hueco que ha dejado para que guarde mis cosas. Mientras lo hago, hablo con Adam.

—Quería pedirte unos días de vacaciones.

—¿Por qué?

—Porque nos vamos a...

Oliver me interrumpe.

—A un sitio a pasar unos días.

—Oh, vamos, a mí podéis decírmelo.

Oliver y yo nos miramos. Le doy consentimiento con la cabeza. Es Adam.

—A Londres. Y no se lo digas a nadie, no queremos interrupciones. Si el mundo se acaba, ya nos enteraremos.

Cuando termino de preparar mis cosas, nos dirigimos a la puerta.

—A ver lo que hacéis. Y largaos de aquí, estáis tan felices que hasta dais ganas de vomitar, coño.

Sin embargo, antes de salir por la puerta, Adam nos coge a los dos del cuello y nos da un fuerte abrazo.

—Me alegro un montón por vosotros, tíos.

Le doy otro beso en la mejilla y nos vamos. Mientras Oliver se ocupa de conseguir un taxi para el aeropuerto (nuestro vuelo sale en tres horas), yo vuelvo a cruzar el pasillo en busca de otra de las habitaciones.

Toca hacer la segunda visita.

Llamo con los nudillos a la habitación de Pear y Daniel. Al momento, pienso que es mejor que avise que soy yo... por lo que puedan estar haciendo. No quiero ver a mi hermano en una situación comprometida.

—¡Soy yo! —grito—. ¡Sara!

—¡Sara! —Pear abre la puerta—. ¿DÓNDE DEMONIOS HAS PASADO LA NOCHE?

Escucho el sonido de la ducha de fondo. Mi amiga tiene el pijama puesto. Bueno, no sé si a los minipantaloncitos y a la camiseta de tirantes se les puede llamar pijama.

—Sin preguntas, Pear. Ahora no. Prometo contártelo todo, pero ahora tengo que irme. Solo he venido a decirte que estoy bien.

—¿Ni una pregunta?

Niego con la cabeza.

—*Shite!* —La influencia del gaélico de Brian cada vez es más extensa en

la pandilla.

—Dame un beso, que me tengo que marchar.

Le doy un beso en la mejilla, que acepta a regañadientes.

—Tienes suerte de que tu hermano se haya metido en la ducha hace unos minutos. No te haces una idea de la noche que me ha dado. Y los comentarios de nuestros amigos sobre que te habías ido con el primo de Moira no han ayudado demasiado a su estado de humor.

—Ahora no, Pear.

—¿Ni siquiera me vas a decir si has pasado la noche con él?

Niego con la cabeza y giro sobre mis talones.

—¡Espera! ¿No has echado nada en falta?

Mi expresión cambia de felicidad a extrañeza. Pear entra en la habitación y vuelve con mi bolso.

—Te lo dejaste ayer encima de la mesa.

Pues no, no lo había echado en falta. Me acerco y lo cojo.

—Gracias. Te veo en unos días.

—¡¿Cómo que en unos días?! ¡Sara!

Ese fin de semana largo largo

Llegamos a la zona céntrica de Londres y entramos en el primer hotel que nos llama la atención. Reservamos una habitación para cuatro días y subimos a dejar la maleta. La habitación no es demasiado grande, pero tiene unas vistas estupendas del Soho.

Oliver se tumba en la cama boca abajo; estamos algo cansados del viaje, ha sido todo tan rápido que apenas nos ha dado tiempo a asimilarlo.

Como una ola, tu amor llegó a mi vida...

—¿Qué es esa música? —me pregunta Oliver, levantando la cabeza de la almohada.

...como una ola de fuego y de caricias...

Eso digo yo. Mando callar a Olly y sigo el sonido de la música. Viene de mi bolso. Lo abro y descubro con horror que es mi móvil. «Oh, Pear. Nunca cambiarás».

...de espuma blanca y rumor de caracolas...

—Mi teléfono. Pear ha cambiado de folclórica. No la puedo dejar a solas con mi móvil ni un instante. ¡Y me lo ha aplicado a todos los contactos! Ahora voy a tener que mirar la pantalla para poder ignorar a mi hermano —me lamento.

—¡Ni se te ocurra cogerlo o te enteras!! —me amenaza Olly.

—No iba a cogerlo, rubito. —Y menos aun viendo que es mi hermano Daniel quien llama. Recorro su cuerpo con claras intenciones de posesión—. Tengo cosas más importantes de las que ocuparme.

—¿Ah, sí? —me pregunta, colocando los brazos detrás de la cabeza—. Te adelanto que puedes hacer conmigo lo que quieras. No te cortes. Usa tu imaginación —me dice, sugerente. Levanta las caderas y me guiña un ojo.

—Me refería a que tengo que cambiar el tono de llamada de mi móvil.

—Nena, no engañas a nadie. Que lo sepas. Aunque, si quieres, te doy ideas para ese móvil.

—Más tarde —le digo, tirando el móvil al suelo y lanzándome a la cama.

Horas después, salimos del hotel. Estamos famélicos. El amor y el sexo no alimentan. Demostrado.

Después de comer algo en un local del centro, hacemos turismo por la ciudad. Mientras caminamos, no puedo dejar de mirar nuestras manos unidas.

Oliver me aprieta y me acaricia con el pulgar. Y puede que sea la mayor ñoñería del mundo, pero me gusta ir de la mano con Olly. Me gusta pasear por Trafalgar Square y detenerme enfrente de una de las fuentes para besarlo en la boca. Y me gusta escuchar todo lo que me cuenta, a pesar de conocer la mitad de los datos.

Cuando llegamos por la noche a la habitación, nos duelen todos los músculos del cuerpo. Nos hemos pateado medio centro de Londres y entrado en tres museos por lo menos. Pero es que estar en Londres y no visitar la National Gallery para ver *Los girasoles*, de Van Gogh, sería un sacrilegio. Desde la primera vez que mi padre me trajo a Londres y me lo enseñó, no puedo evitar volver a verlo en ninguna de mis visitas a la ciudad. Nos hemos quedado los dos sentados en el banco, observando la pintura, absortos en nuestros pensamientos. Madre mía, qué preciosidad, y qué increíble poder disfrutarlo con una de las personas que más quiero en la vida.

Nos duchamos y nos metemos en la cama con la única intención de dormir. Apagamos las luces de las mesitas auxiliares y me pego al cuerpo de Oliver. Entonces, me percató de que no ha vuelto a sonar mi teléfono en todo el día.

—Qué raro —expreso mis pensamientos en alto.

—¿Qué ocurre? —me pregunta Oliver, más despierto que dormido.

—No me ha sonado el móvil en toda la tarde.

—Lo he apagado mientras mirabas embobada la pintura de Van Gogh, no quiero interrupciones este fin de semana.

—Buena idea.

Durante los dos días siguientes, visitamos los lugares más emblemáticos de Londres. El London Eye, la Torre de Londres (donde Olly y yo nos peleamos por defender nuestra versión de los hechos más significativos acontecidos en ese lugar), la catedral de San Pablo, el Big Ben, Hyde Park, Piccadilly Circus... y no podía faltar el museo de Ciencias.

El último día, hacemos una visita a la gigantesca tienda de M&M's que hay en Leicester Square. Queremos llevarle algo a Adam y le encantan estos chocolates. Subimos al segundo piso y me llama la atención un dispensador de *Star Wars* que hay sobre una estantería. Me acerco para verlo. Los hay de varios personajes de la película. Es el regalo perfecto para Adam. Es un loco de la Guerra de las Galaxias.

La nueva canción que suena por los altavoces de la tienda me llama la atención: *Ain't No Mountain High Enough*. Oliver se acerca a mí riéndose.

—No puedes evitarlo. Ya estabas moviendo los pies al ritmo de la música.
«Mierda, es verdad».

—Qué vergüenza, avísame cuando haga estas cosas.

—¿Vergüenza? Vergüenza es esto, nena.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto, asustada.

Oliver me guiña el ojo y comienza a cantar, bajito, pero lo suficientemente potente como para que los visitantes de la tienda de nuestro alrededor se giren para ver qué sucede:

*Remember the day I set you free.
I told you, you could always count on me darling.
From that day on, I made a vow.
I'll be there when you want me.
Some way, some how*

...

«Oh, mierda, el *Remember the day* ha sonado muy alto». Intento esconderme detrás de la columna gigante que tengo a mi lado, pero Oliver me persigue, cantando más alto a cada paso. Doy la vuelta entera a la columna y, cuando levanto la vista, me choco con la mirada de decenas de personas. Oliver se coloca enfrente de mí, simulando tener un micrófono en la mano. Huyo despavorida, escondiéndome en todas las estanterías que encuentro a mi paso, pero Oliver (y todo nuestro público) me persiguen.

*Oh no, darling.
No wind, no rain.
Or winters cold can stop me baby, na na baby*

...

Me rindo. Y Oliver lo nota. Aparta la mano-micrófono de su boca y me la ofrece. Arranco a cantar. Si no puedes con el enemigo, únete a él.

*My love is alive
ohhh*

...

El *ohhh* de Oliver es posible que lo hayan oído desde la calle.

*Way down in my heart.
Although we are miles apart.
If you ever need a helping hand.
I'll be there on the double.
Just as fast as I can.
Don't you know that there*

...

En la última parte, cantamos como solo un par de locos son capaces de hacerlo y debemos de ser muchos los locos que habitamos este mundo porque nuestros admiradores se animan y acaban cantando y bailando por toda la tienda:

*Don'tcha know that there.
Ain't no mountain high enough.
Ain't no valley low enough.
Ain't no river wide enough.
Ain't mountain high enough.
Ain't no valley low enough*

Oliver me abraza y me levanta los pies del suelo. Le rodeo la cintura con las piernas y nos besamos, mientras el gran público aplaude. Cuando nos soltamos y la emoción del momento pasa, deseo que me trague la tierra. Se me suben los colores y me muero de la vergüenza. Hemos cantado y bailado en medio de una tienda de chocolates. Y lo peor viene cuando el encargado de la tienda nos regala un lote completo de productos M&M's. Oliver se muere de la risa y yo lo arrastro fuera de la tienda.

El resto de la tarde intentamos pasar desapercibidos. Paseamos por las calles de Londres y volvemos a la National Gallery a despedirnos de *Los girasoles*. Cenamos en un pequeño y acogedor restaurante cerca del Soho y nos tomamos unas cervezas antes de regresar al hotel.

Me despierto en mitad de la noche. Observo a Oliver dormir. Apenas nos quedan unas horas en Londres. En breve, tendremos que levantarnos para coger el avión de vuelta a Edimburgo. Decido encender el móvil para comprobar que no haya pasado nada importante. Llevamos cuatro días desaparecidos. Lo dejo encendido en la mesita de noche y, en pocos

segundos, decenas de avisos de llamadas y mensajes inundan la habitación. Medio minuto después, alguien me llama al móvil. Extiendo el brazo para alcanzarlo y poder contestar a todo correr, para no despertar a Oliver

—¿Sí? —respondo entre susurros.

—¿*Dónde estás?* —me chilla Pear al otro lado del teléfono—. *No he sabido nada de ti en cuatro días, ¡cuatro días! Te he llamado al móvil no sé ni cuantas veces.*

—Cuarenta y siete —le digo, después de comprobar el registro de llamadas perdidas.

—¿Quién coño llama a estas horas? —me pregunta Oliver, adormilado. Su voz suena amortiguada por el colchón y la almohada.

—*Cuarenta y siete, ya, y ¿cuándo pensabas devolverme las llamadas? ¿Dónde estás?*

—Necesitaba desconectar y, oye, ahora no puedo hablar, te llamo a unas horas más tranquilas.

—*¡Ni se te ocurra colgarme! Tengo que contarte una cosa. Es importante.*

—¿Con quién hablas? —insiste Oliver.

—Con Pear —le susurro.

—Cuélgale.

—Espera, tiene algo importante que decirme —le digo, tapando el altavoz con la mano.

—Seguro que sí, cuelga ya. —Intenta colgar mi teléfono alargando la mano y palpando todo lo que encuentra a su paso.

—Estate quieto.

—¿*Sara?* —me pregunta Pear—. *¿Con quién hablas? ¿Estás con alguien?*

—Con nadie.

Oliver llega hasta mi móvil y corta la llamada. Lo apaga y lo deja en el suelo.

—Acabas de colgar a Pear.

—Que Dios me perdone, creo que no voy a poder dormir por la culpa.

Me abraza y esconde la cabeza en mi cuello. Dos minutos después, está roncando.

Pocas horas más tarde, nos despertamos, pero nos quedamos un ratito en la cama aprovechando nuestros últimos momentos en Londres. Aún tenemos tiempo, nuestro vuelo no sale hasta bien entrada la tarde.

—¿Cuándo te enamoraste de mí? —le pregunto a Oliver. Creo que ha llegado el momento de que, por fin, nos sinceremos el uno con el otro, sin dramas de por medio.

Oliver suspira y me abraza.

—He tenido mucho tiempo para pensar en ello. Muchos años, demasiados. Cuando volvimos de Estados Unidos y te perdí, pensé mucho. Recordé cada momento pasado contigo y entonces lo tuve claro. —Oliver se ríe—. Fue cuando saltaste por primera vez al agua desde «Once metros».

—¿Desde entonces?

—No sé si me enamoré en ese instante de ti, porque tenía nueve años y desconozco si a esa edad uno puede estar enamorado. Pero te aseguro que, en ese momento, te metiste dentro de mi piel. Ahí fui tuyo, para siempre. El problema fue que no me di cuenta hasta años más tarde.

—No me obligues a recordarlo —le susurro, mirándolo a los ojos. Y, joder, qué ojos, me quedo sin aire en los pulmones cuando me mira de esa manera.

—¿Y tú? ¿Cuándo te enamoraste de mí?

—Yo también he pensado mucho en ello. Fue la mañana de nuestra primera noche juntos.

—¿Cuándo lo hicimos la primera vez?

—No, nuestra primera noche de verdad. Cuando me leíste el primer cuento y te quedaste dormido junto a mí. Fue mi primera noche del tirón. Nuestras vidas quedaron unidas esa noche.

Se ríe por mi comentario y juro que su risa cadenciosa me llega al alma. Me parece algo extraordinario la situación que estamos viviendo. Que dos personas que se llegan a entender y a querer de esta manera se conozcan y estén juntos. Que hayan tenido la suerte de cruzarse en el camino. No pienso volver a estropearlo de nuevo. Sé lo que quiero, lo quiero a él, siempre lo he hecho, y voy a luchar por mi felicidad.

¿Qué sucedió en la boda?

Me despierto desorientada en la cama. Tengo que pararme a pensar durante unos segundos qué día es hoy y dónde me encuentro. «Ah, vale». Estoy en la cama de Adam. Y tengo la mañana libre. Cortesía de mi jefe, con el que he dormido.

Ayer, Olly y yo llegamos bien entrada la noche a Edimburgo. Me acompañó hasta la puerta de mi casa y nos besamos a escondidas, como dos adolescentes, con subida de pierna y todo, como en las películas. Oliver imitó mi gesto y subió su pierna izquierda en el siguiente beso (espero que ni mi hermano ni mi padre nos estuvieran mirando por la ventana) y nos reímos como un par de bobos. Un par de bobos enamorados. Después de eso, Oliver me agarró por la cintura con una mano y sujetó mi mano derecha con la otra, me obligó a inclinar la cintura hacía atrás y me besó la nariz. Me agarré a su nuca y me quedé suspendida en el aire mirándolo embobada. Por último, me aupó, levantando mis pies del suelo y colocándolos a la altura de sus caderas. Nos besamos otra vez y nos reímos como locos. Inhalé su olor. No se puede hacer el tonto de más maneras.

Oliver quiso entrar en mi casa para dar explicaciones a mi familia de dónde nos habíamos metido estos días, pero lo convencí para que no lo hiciera. Mejor no liar más las cosas. Nos despedimos con más sonoros besos y arrumacos y se marchó a su casa a dormir. No introduje las llaves en la cerradura hasta que se metió en el taxi y lo vi desaparecer por la carretera.

En cuanto entré por la puerta, corroboré lo acertado de mi decisión. Mi padre y mis hermanos (sí, los dos, porque Adam los había avisado de mi llegada) acudieron a mí como leones recién liberados de su cautiverio. La bronca fue épica. Oliver tuvo suerte de perdersela. Dije a todo que sí y aguanté el chaparrón como pude.

Subí a la segunda planta, fingiendo sentirme horrible, y me metí en la cama de Adam. No podía rebatirles nada, tenían razón en todo, pero había sido un fin de semana tan especial que había merecido la pena. Volvería a hacerlo con los ojos cerrados.

Escuché un pitido que provenía de mi móvil.

Oliver: Buenas noches, nena.

Y ese *buenas noches* lo resume todo; no es necesario decir nada más.

Sara: Buenas noches, nene.

Más tarde, Adam vino al dormitorio. Se quitó la ropa y se metió en la cama en calzoncillos. Nos tumbamos de lado y nos quedamos uno enfrente del otro.

—Ni te imaginas la que se ha liado aquí estos días, *Totó*. Me arrinconaron todos los Summers en la cocina y me sometieron a un interrogatorio que no tenía nada que envidiar a los de la CIA. Tuve que confesar que sabía dónde estabas y cuándo regresabas para calmar las aguas. Vaya mala hostia que se trae tu familia. Lo que no dije es con quién estabas. Eso te lo dejé a ti.

—Gracias, Adam.

—Te importa todo una mierda, ¿a que sí?

—Sí —reconocí con una sonrisa.

—Te brillan la hostia los ojos, *Totó*.

—¡Pero si estamos a oscuras!

—Imagínate entonces lo que te brillan. —Y sabía que lo decía de verdad, porque adoptó una actitud demasiado seria para su carácter y no apartó su mirada de mis ojos—. Son como dos luceros en medio de la oscuridad.

¿*Luceros*? Exploté a reír.

—¿*Luceros*, Adam?

—¿Qué quieres que te diga? Soy músico de día y de noche.

—Y estás de buen humor.

—Tus luceros tienen la culpa. Tendré que agradecersele a cierto rubiales de aspecto desgarrado y carácter del demonio.

—No te metas con mi novio.

—*Novio*. Me gusta cómo suena.

—A mí también.

Nos quedamos hablando hasta las cuatro de la mañana. Le conté todo lo que habíamos hecho Oliver y yo en los cuatro días que habíamos estado fuera, cómo se me declaró, cómo decidimos irnos a Londres y tantas cosas... que cuando ha sonado el despertador casi me siento morir. Adam se ha levantado y me ha perdonado la mañana.

Cuando acudo al trabajo, entre saludar a todo el bufete, después de mis vacaciones, y arreglar el follón de trabajo acumulado, se me pasa la tarde

volando. Hoy es jueves y toca quedada con la pandilla.

Adam y yo acudimos juntos al pub de los jueves. Y sé que es una tontería, pero estoy nerviosa, porque voy a ver a Oliver (apenas hemos cruzado dos mensajes en todo el día con la vorágine del trabajo), o mejor, a mi novio. Qué bien suena. Mi novio, el rubiales buenorro. Me río yo sola de pensarlo. «Pero qué boba estás, Sarita».

—¿De qué te ríes? —me pregunta Adam, mientras me abre la puerta del local.

—De nada.

—Ya...

Cuando entramos, me llama la atención la situación. Las chicas están sentadas en la mesa de siempre (Pear, Olivia y Raquel; Moira está de luna de miel y Natalie ya ha abandonado Edimburgo), pero los chicos están juntos en la barra, hablando entre ellos. Dos grupos bien diferenciados: chicas y chicos. Brian está raro, no sé, parece derrotado, triste, creo que incluso ha rehuído mi mirada con cierto aire de ¿culpabilidad? Pear, en cuanto me ve, se levanta y viene corriendo hacia mí, me coge del brazo y me lleva a la mesa para sentarme de malas maneras. Ni siquiera me ha dado tiempo a echarle una mirada furtiva a Oliver.

—Ay —me quejo y me toco el trasero en gesto de dolor.

—Sara, ¿dónde has estado metida desde el día de la boda?

—Hola, Pear. Hola, Olivia. Hola, Raquel. ¿Qué tal estáis? —las saludo con picardía, sabiendo lo que escondo y que estoy a punto de revelar.

De fondo, en el pub, empieza a sonar *Don't Stop Me Now*, de Queen. Pear cruza las piernas en un gesto de teatralidad y me mira entrecerrando los ojos.

—Déjate de saluditos. Tienes muchas cosas que contarnos, pequeña escapista. ¿Dónde has estado estos días? Y ¿con quién? Y no se te ocurra negármelo porque sé que has estado con alguien. —Mi amiga nos obliga, a todas, con un gesto de los brazos, a juntar nuestras cabezas. Entonces, habla confidente con las chicas, como si me hubiera cazado en el peor de los pecados—. Escuché una voz de hombre por teléfono.

—¿Una voz de hombre? —repito sus palabras—. ¿De dónde sales tú, Pear? ¿Te has reencarnado en la mente de mi abuela?

Olivia y Raquel obvian mi comentario jocosos y siguen investigando sobre el asunto.

—¿Una voz de hombre? —preguntan al unísono.

Y dale.

—Sí, y eran las dos de la mañana, así que... ¡estaban juntos en la cama!

—¡¡¡Ohhh!!! —gritan Olivia y Raquel, otra vez, al unísono.

Los chicos abandonan la tranquila pose que mantenían sobre la barra y se giran al escuchar el escandaloso (y vergonzoso) grito de mis amigas. Mis ojos buscan los de Oliver. Nuestras miradas se encuentran. Brian arruga la frente y reúne de nuevo a los chicos en la barra, lo que provoca que no pueda ni saludar a Oliver con la mirada. ¿De qué estarán hablando tan entretenidos?

Cause I'm having a good time having a good time

...

—Y aún sé más —insiste Pear. Vuelve a juntar nuestras cabezas y avisa con la mirada a las chicas para que no griten—. ¡Estoy casi segura de que era el primo de Moira!

Me lo temía. Después de que Adam nos contara que nuestros amigos creían que Oliver había huido despavorido por los celos, me imaginé que algo de esto podía suceder.

—¿Entonces sí tuviste sexo en la boda, como prometiste? —me pregunta Olivia.

—Ajá —afirmo, sin sacarlas de su error.

—¿Al final te liaste con el primo de Moira? —me pregunta Olivia con los ojos desorbitados—. Brian estaba convencido de que sí, pero yo no acabo de creérmelo.

Las tres me miran ansiosas por mi respuesta. Abro la boca y la cierro de nuevo.

*I'm gonna go go go
There's no stopping me*

...

—¿Sara? ¿Te has acostado con el primo de Moira?

Oliver

—¡¡¡Ohhh!!

Giramos las cabezas por el sonoro grito. Han sido nuestras chicas.

*I'm burnin' through the sky yeah
Two hundred degrees
That's why they call me Mister Fahrenheit*

...

—¿De qué estarán hablando las chicas? —pregunta Marco.

Me hago una ligera idea. Me encuentro con los ojos de Sara y no puedo evitar sonreír como un imbécil, porque sé que lo estoy haciendo.

—Bah, nosotros a lo nuestro.

Brian nos obliga a hacer grupo de nuevo, apoyados en la barra, y pide al camarero otra ronda de cervezas. ¿Qué le ocurre a este? Parece sentirse abatido por algo, o más bien, culpable.

—Como os decía, poco después de que Oliver desapareciera loco de celos por la insistencia del primito de los cojones —Brian me mira y yo ruedo los ojos. «Joder, qué perdidos están»—, desaparecieron nuestra Sarita y el susodicho. Joder, ¡eso no lo vi venir!

«¿Qué?».

—Hostias, me había olvidado por completo del tema —dice Marco.

—Claro, estabas demasiado ocupado enrollándote con tu novia por todas las esquinas —lo acusa Adam, que, a la vez, se está descojonando de la risa por la ignorancia de nuestros amigos.

Marco obvia el comentario de Adam.

—¿Creéis que al final Sara tuvo sexo como prometió? —pregunta Marco. Y yo no me aguanto más las ganas.

*Like an atom bomb about to
Oh oh oh oh oh explode*

...

—Para que lo sepáis, os informo de que sí —contesto, con fingida

seriedad.

—¿En serio? —me pregunta Brian con los ojos como platos—. No me jodas, tío. ¿Se tiró al primo de Moira?

—No, a ese gilipollas, no.

—Y entonces, ¿a quién?

Sara

—No, al final no me lie con el primo de Moira —las informo.

—¡Tramposa! ¡Nos has hecho creer que sí! —me acusa Pear.

—Yo no he dicho tal cosa, tú solita te has montado tu película.

—Pero yo escuché una voz de hom... —ella misma se corrige— de chico.

—Yo no he dicho que no cumpliera con mi palabra de tener sexo.

—¿Cómo? No te entiendo.

—El asunto era que yo mantuviera relaciones sexuales con alguien —les explico—. El primo de Moira era un posible candidato, pero podía ser con cualquier otro. Nunca dijimos que tuviera que ser con él. Y no ha sido con él.

—¿Te acostaste con otro tío? —me pregunta mi amiga, alucinada.

—Sí.

—¿Con quién? —me preguntan Olivia y Raquel. Hoy están más compenetradas que nunca.

Don't stop me don't stop me.

Don't stop me hey hey hey.

Don't stop me don't stop me.

Ooh ooh ooh, I like it.

Don't stop me don't stop me.

Have a good time good time

...

Decido hacerme la interesante durante unos segundos. Aprovecho para mirar de reojo a Oliver, que, casualidad, me mira en ese momento. Está dándole un trago a su cerveza. Cuando la aparta de sus labios, me guiña un ojo. Y yo me derrito. Y me muero por levantarme y correr a darle un beso y un abrazo. Es una necesidad física en toda regla.

—¿Sara? ¿Con quién? —Pear me saca de mi mundo rosa de besos y corazones.

Echo una última mirada hacia los chicos antes de contestar. Están muy concentrados hablando de algo. Sus ojos verdes y los míos azules se quedan enganchados de nuevo. Nuestros cuerpos parecen imanes que luchan por unirse. Oliver, para disimular, da otro trago a la cerveza.

—¿¿¿Sara??? ¿¿¿Con quién??? —me preguntan mis amigas.
Ha llegado el momento.

—Con... Oliver.

—¿¿¿QUÉÉÉ???

Oh yeah.

Alright

Oliver

—¿¿¿QUÉÉÉ???

Escuchamos, de nuevo, los gritos de las chicas con claridad. «Ya lo saben». Sonrío para mis adentros. Pero estamos demasiado entretenidos con nuestra conversación como para detenerla y centrarnos en ellas.

—¿Oliver? —Brian chasquea los dedos enfrente de mis ojos—. Vuelve, joder. ¿Con quién se acostó? ¿Y tú cómo coño lo sabes?

Mi mirada se cruza con la de Adam, que sonrío mientras da sorbos a su cerveza. Me hace una señal con la cabeza para que lo suelte de una vez.

—Porque fue conmigo.

—¿¿¿QUÉÉÉ??? —Brian escupe la cerveza que aún no había tragado.

—¿Tú y Sara?—me pregunta Marco, con una sonrisa de la hostia, segundos después de asimilar mis palabras.

*Don't stop me now I'm having such a good time.
I'm having a ball*

...

—Sí, Sara y yo.

—¡¡¡YUUUUUUUUUU!!! —Los gritos de triunfo de mis amigos llegan hasta lo más profundo de mi alma... y hasta el bar de enfrente.

Sara

—¡¡¡YUUUUUUJUUUUU!!!

—Creo que los chicos también lo saben —expreso en alto.

Nuestras miradas se cruzan. Nos reímos, confidentes, y noto cómo me ruborizo. Siento calor en las mejillas y el corazón me late con fuerza.

—Sara, pero ¿cómo con Oliver? No entiendo nada.

—Yo tampoco. —Pear niega con la cabeza—. Explícanoslo. Todo.

Les cuento toda la historia. Desde la noche anterior a la boda, en la que Oliver me pidió perdón hasta que se declaró y me propuso pasar juntos el fin de semana y algo más.

—¿Cómo no me he dado cuenta antes?! ¡Ha sido culpa de Brian!

Frunzo el ceño. ¿Qué tiene que ver Brian en todo esto? Pear ve la duda en mi expresión y me lo explica.

—Brian nos dijo que Oliver se había marchado de la boda y que seguro que se había ido a casa derrotado porque no aguantaba al primo de Moira tonteando contigo y porque tú no le hacías caso.

—Pero qué gilipollez es esa, ¡si al que no hice caso fue a Finn!

—¿A quién? —me preguntan las tres.

—Al primo de Moira —explico con cansancio.

—Y a mí me resultó muy extraño porque tú y yo acabábamos de hablar de Olly y estabas casi dispuesta a darme otra oportunidad, pero entonces fuiste a tomar el aire y no volviste y... —Pear chasquea los dedos en un intento de recordar algo.

—¿Finn?

—Sí, eso, Finn desapareció poco después y ninguno de los dos volvisteis.

—¿Y no pensasteis que me había ido con Oliver?

—Mierda, no. Me dejé influenciar demasiado por el moreno gaélico —reconoce mi amiga, refiriéndose a Brian.

—¿Entonces fue a Oliver a quien escuché por teléfono?

—De hecho, fue Oliver quien te colgó el teléfono.

—Maldito rubiales prepotente.

—Sara, me alegro mucho de que estéis juntos —me dice Raquel.

—Por supuesto que sí. ¡Abrazo de grupo! —sugiere Olivia.

Las tres se levantan de sus sillas y vienen a abrazarme.

—Y yo que te llamaba para contarte que Oliver sabía que te habías ido con Finn y que estaba desaparecido.

—Alucino con vosotros. Vaya manera de tergiversar las cosas. Como guionistas de películas de sobremesa no tendríais rival —les digo.

—Moira va a ser la última en enterarse. Estoy por interrumpir su luna de miel para contárselo.

—Tú capaz.

—Ya te digo yo que sí.

—Pear, suelta ese teléfono.

La da da da daah.

Da da da haa.

Ha da da ha ha haaa.

Ha da daa ha da da aaa.

Ooh ooh ooh

Oliver

—Vale, una vez hechas las felicitaciones... ¿Cómo?

—Joder, Brian. ¿Quieres que te contemos qué sucede cuando una tía y un tío se enrollan?

—No, coño. Quiero saber cómo hemos pasado de: «Mierda, Sara se ha liado con el gilipollas del primo de Moira» a «De puta madre, Sara se ha liado con Olly».

—¿De dónde cojones os habéis sacado que Sara se había liado con el gilipollas del primo de Moira? —les pregunto.

—Ha sido este liante —Marco señala a Brian, que, a continuación, nos cuenta toda la historia.

—Joder, qué peso me he quitado de encima. Ni te lo imaginas. Me sentía culpable. Y ahora me siento de la hostia, ¡estáis juntos gracias a mí!

—¿Tú crees? —le pregunto, arrugando la frente.

—Todo fue un plan que urdimos Adam y yo.

—A mí no me metas, que solo te seguí la corriente.

—Le propuse a Sara lo de liarse con otro para darte celos y que espabilaras. Joder, ni te imaginas lo jodido que me sentí al pensar que Sara estaba con el gilipollas del primo de Moira por mi culpa. Pero, al final, resulta que mi plan funcionó.

—No sé si darte un abrazo o dos hostias.

—¡Ven aquí!

Nos fundimos los cuatro en un abrazo; eso sí, un abrazo de hombres, de esos con palmaditas.

—¿Y qué va a pasar a partir de ahora?

—Que me voy a casar con ella, pero todavía no lo sabe. No quiero asustarla, así que discreción —les advierto.

Sara

—¿Y qué va a pasar a partir de ahora? —me pregunta Olivia.

—No lo sé. Solo sé que quiero pasar el resto de mi vida con él.

—Ohhhh...

—¿De qué hablan mis chicas favoritas?

Es Brian. Los chicos se han unido a nosotras. Estábamos tan ensimismadas en la conversación que ni nos habíamos dado cuenta de que se habían acercado. Se quedan de pie, al borde de nuestra mesa.

—Del rubito y de Sara —confiesa Pear, sin ningún pudor.

Brian da una palmada a Oliver en la espalda y lo acerca a mi posición.

—Venga, coño, dale un beso a tu novia, que lo estás deseando, capullo.

No pienso ni por un momento que Oliver vaya a hacerlo. Siempre le resbala lo que digan los demás. Pero, en esta ocasión, obedece. Se acerca a mí, inclina la cabeza hasta alcanzar mis ojos y me besa delante de todos. Es nuestro primer beso de verdad en público. Todos nos vitorean.

—Damas y caballeros —grita Brian a todo el local—, después de unos... —se para para pensar— unos doce años, ¡por fin nuestro chico ha besado a su chica! ¡Y se va a casar con ella!

Oliver deja de besarme para matar con la mirada a Brian, que le guiña un ojo con confianza. Miro a Oliver con expresión de extrañeza, porque no entiendo lo que se traen entre manos, pero le quita importancia con la mano y me sigue besando. Y, claro, me olvido de todo.

—¡Qué buena pareja hacéis! Dais asco. Adam, colega, tenemos que buscarnos una novia. Nos estamos quedando en desventaja. —Escucho a Brian de lejos.

—Yo ni de coña, antes me corto los huevos yo a que lo haga una tía.

—Con esa actitud, mal vamos.

Oliver y yo

Las últimas semanas con Oliver han sido perfectas. Y no es debido solo a los arrumacos, las confidencias y los besos. Durante los años que hemos estado separados, pensaba que éramos los amigos de siempre, pero ahora me doy cuenta de lo equivocada que estaba. De lo lejos que estábamos, a pesar de vernos a diario. Habíamos levantado un muro que nos separaba y que no nos dejaba disfrutar al uno del otro en su totalidad. No nos dejaba sentirnos por completo. Como lo hacíamos cuando teníamos nueve años. Como lo hacíamos cuando teníamos catorce años. Como lo hacíamos cuando teníamos diecisiete años a pesar de habernos acostado. Como dejamos de hacerlo cuando volvimos de Estados Unidos. No nos habíamos recuperado de aquello. Esa es la realidad. La realidad que ambos nos habíamos negado a nosotros mismos fingiendo que todo estaba bien. Pero ese muro, por fin, ha caído.

Aprovecho el descanso de la hora del almuerzo para ir a verlo a la universidad. El mes de junio nos ha alcanzado, y los alumnos se encuentran en plena época de exámenes.

Recorro jovial el larguísimo corredor en busca de su despacho. No es la primera vez que vengo a verlo. Me conozco el camino de memoria. Los grandes ventanales inundan de luz el pasillo y veo cómo las minúsculas motas de polvo, suspendidas en el aire, caen muy despacio hasta reposar en el suelo de madera. Llego a la última puerta, donde su nombre reluce sobre una brillante placa de metal: *Oliver Aston*.

Llamo, pero nadie me abre. Miro el reloj. Ayer me dijo que hoy daría una última clase antes del examen final, pero debería haber acabado hace cinco minutos, por lo que tendría que estar aquí para dejar sus utensilios. Oliver es una rutina andante. Siempre pasa por su despacho después de cada clase.

«Seguro que sigue parloteando sobre constelaciones y agujeros negros. No lo puede evitar».

Me encamino decidida a su clase; tan solo tengo que bajar las escaleras y cruzar un par de pasillos. Y he acertado. Aún sigue impartiendo cátedra, tan concentrado y emocionado como en el primer minuto de la clase.

Lo observo a través de la pequeña ventana de cristal que hay en la parte superior de la puerta. Ahora lo siento tan cerca, tan mío. Es la primera vez, en

mucho tiempo, que lo veo a dos metros de distancia y no lo siento lejos, inalcanzable. «Ese chico te quiere, Sara». Mi corazón hace un triple salto mortal en el pecho ante tal pensamiento.

Me choca verlo dar clase así vestido. Me he acostumbrado a ver a la gente a mi alrededor vestida de forma elegante para el trabajo y entonces vengo aquí, a la Universidad de Edimburgo a espiar a un profesor de Astrofísica, y está ahí tan tranquilo, con sus pantalones vaqueros y su sudadera de rayas. Y está para comérselo. Podría pasarme horas observándolo. Intento no mirarlo embobada, pero es que es tan guapo... Y esos andares que me vuelven loca. Me encanta su perfil y cómo gesticula con las manos cuando quiere hacerse entender. Y... ese trasero.

Oliver, como si hubiera escuchado mis pensamientos pecaminosos, se gira y me pilla comiéndomelo con los ojos. Una gran sonrisa ilumina su rostro y todos los alumnos miran hacia la puerta, curiosos por descubrir qué es lo que ha provocado esa reacción tan inusual en su estricto profesor.

«Oh, mierda». Me giro y me apoyo en la pared, pero escucho las risitas que provienen de dentro del aula. «Me han pillado».

Pocos segundos después, la puerta se abre y comienzan a salir decenas de alumnos, que me miran con curiosidad mientras cuchichean entre ellos. Cuando consigo mantener mi sonrojo bajo control, me acerco a la puerta y me asomo. Oliver, que está recogiendo sus cosas, me mira y me levanta las cejas.

—¿Se ha perdido, señorita?

—No, estaba buscando a un profesor buenorro y me han dicho que por aquí había uno.

Cierro la puerta y me acerco a él, sugerente.

—Sara, estamos en un aula de la universidad.

—¿Sara? Qué serio...

—De alguna manera tengo que frenarte.

Me acerco y lo abrazo. Levanto la cabeza y busco sus labios, que no tardan en encontrarse con los míos. Mis manos aprietan más su espalda cuando me besa.

La puerta se abre de repente.

—¿Profesor Aston? —pregunta una voz sorprendida.

Oliver y yo nos separamos, me giro y descubro a una chica que nos mira con los ojos como platos desde el dintel de la puerta.

—Katie.

—Perdona, el decano te está buscando para comentarte algo de las becas del año que viene. He pasado por tu despacho y, al ver que no estabas...

—Tranquila. —Oliver le corta la explicación—. Estábamos... mmm... ella es Sara, Sara Summers.

No hay ningún atisbo de reconocimiento en su expresión al escuchar mi nombre. No tiene ni idea de quién soy.

—Encantada. —La susodicha se acerca a darme la mano, le ofrezco la mía—. Yo soy Katie.

—Katie trabaja como auxiliar en el departamento de Astrofísica.

—¿Sois compañeros de trabajo? —les pregunto.

—Más o menos —contesta Oliver.

—Él es mi jefe —me aclara la chica.

La observo. Es menuda, rubita, muy mona, y con unos ojos azules muy expresivos.

Tras la breve presentación, salimos los tres de la clase y nos despedimos de Katie, que coge la dirección contraria a la nuestra.

—Lo siento, nena. Tengo que ir a ver al decano. ¿Te veo esta noche en mi casa?

Esta noche, Laura organiza una pequeña (unas veinte personas) reunión familiar para celebrar el cumpleaños del hermano mayor de Oliver.

—Por supuesto.

—Vamos. Te acompaño unos metros hacia la salida.

Mientras cruzamos el campus, no dejo de darle vueltas a un asunto.

—¿Olly?

—¿Mmm?

—Katie no sabía quién era yo.

—No, claro que no, es la primera vez que os veis.

—Me refiero a que ni siquiera sabía que había una Sara en tu vida.

—No.

Me quedo esperando algún tipo de explicación. Oliver, Adam y yo siempre hemos sido inseparables; me resulta extraño que las personas que lo rodean a diario no nos conozcan. En la facultad de Derecho nos conocen de sobra, somos algo así como los tres mosqueteros, pero sí que es cierto que por la facultad de Astronomía apenas pasábamos mientras estudiábamos aquí. Siempre ha sido la parcela privada de Oliver. Su mundo particular. Y, a pesar de todos los momentos de su mundo que, en privado, hemos compartido con él, públicamente es solo el mundo de Oliver. Me entristece tal pensamiento.

Me entristece pensar que en su departamento piensen que es, tan solo, Oliver. Porque me gusta más cómo suena la coletilla que siempre nos ponen: Oliver y Sara. O incluso me gusta muchísimo más: Oliver, Adam y Sara.

—Nena, no saben de ti, ni de Adam, ni de mis padres, ni nada de mi vida privada. No me gustan las personas. ¿Por qué iba a compartir mi vida con ellas?

—Solo me resulta extraño que la gente no sepa que somos Oliver, Adam y Sara.

Nos paramos en medio del campus. Los alumnos están tumbados en el césped disfrutando de los tímidos rayos de sol que se dejan asomar a través de la bruma de nubes que amenazan con descargar en cualquier momento.

—Entiendo lo que quieres decir.

—Solo me ha sorprendido. Siempre hemos sido un *pack*, como esas ofertas de los supermercados. Llévase tres por el precio de uno.

Intento hacerlo sonreír, pero se ha puesto muy serio.

—No te estoy negando.

—¡Claro que no! No... no me refería a eso.

—Es solo que no me gusta hablar de mí. Me importa una mierda lo que piensen los demás. Mi vida es solo mía.

—Olly, lo sé.

—Soy más de los que actúan que de los que dan explicaciones.

—¿Qué quieres decir?

Estamos parados en medio de la calle. Y manteniendo cierta distancia entre nosotros. Lo he hecho a propósito. Quiero respetar su intimidad en el trabajo. Y que, en apariencia, no seamos más que dos amigos que conversan. Pero Oliver se acerca a mí y veo lo que pretende hacer en su mirada. Me sujeta por la nuca, inclina la cabeza y me besa en medio del campus. Y no es un beso casto, no, la lengua de Olly busca la mía y la somete a su voluntad. El campus desaparece, la universidad, los alumnos... hasta que escuchamos los aplausos. Nos separamos y Oliver se despide de mí aun cuando yo no soy capaz de reaccionar.

—Hasta luego, nena.

Me guiña un ojo y camina apresurado hacia su destino. Abandono la universidad con el rostro rojo por la vergüenza, con el corazón palpitando en mi pecho y con una gran sonrisa en la boca.

Por la tarde, nos reunimos en casa de los Aston. Todos los Summers acudimos a la celebración: mi padre, mis hermanos, Adam, la *novia* de mi

hermano y mi mejor amiga. Los abuelos y los tíos y primos de Oliver tampoco se pierden la celebración. Nos sentamos a la gran mesa que Laura nos ha preparado en el comedor. Me siento al lado del homenajeado.

—Felicidades, hermano mayor —le digo entre susurros.

—Gracias, cuñada.

No me cabe ninguna duda de que Nick sabe lo que se cuece entre su hermano y yo. Yo ni afirmo ni desmiento.

Oliver está explicando algo de su trabajo en la universidad. Me encanta cuando habla de astrología, me pone un montón. Nadie lo entiende porque empieza a divagar sobre agujeros negros y supernovas y no hay quien lo siga. Menos yo, que, después de años explicándome con detalle todo su mundo, entiendo cada palabra de lo que dice. Me río pensando en ello, y Oliver me mira frunciendo el ceño, preguntándome con la mirada *¿de qué te ríes?*, pero sin detener su monólogo.

En el postre, me excuso y me levanto para ir al servicio. Necesito refrescarme. He bebido un par de copas de vino, y entre eso y la estampa de mi novio, me suben los calores. Me coloco enfrente del espejo y me echo agua en el rostro. Cuando me estoy secando con una toalla, llaman a la puerta, pero no me da tiempo a decir nada porque, un segundo después, se abre. Oliver me abraza por la espalda y me habla con suavidad al oído. Huele de maravilla.

—Hola. Te echaba de menos. Me has dejado solo en la mesa.

Sonrío y apoyo mi cabeza en su pecho.

—Por cierto, ¿de qué te reías?

—Me pones un montón cuando hablas de supernovas.

—¿En serio? —me pregunta, apartando la cabeza y enfrentándose a mis ojos.

—Ajá.

—Pues llevo más de media hora hablando sin parar, debes de estar cachonda perdida. Pero no te preocupes, que ahora lo soluciono.

Oliver comienza a meter la mano por debajo de mi vestido, pero lo freno de un manotazo.

—¡Estate quieto! Ni lo pienses.

—¿Estás rechazando un polvo conmigo? —me pregunta, haciéndose el ofendido.

—¡Sí! Nuestras familias están ahí fuera.

Y todavía no saben que estamos juntos. No quiero decírselo, no sé por

qué. Es algo tan grande que primero tengo que acabar de creérmelo yo. Nuestras familias están demasiado implicadas entre ellas, y considero que es una noticia tan importante que debemos elegir bien el momento de comunicárselo. La última vez acabó tan mal... no quiero involucrarlos todavía en esto.

—No te atreverás. Polvo no echado, polvo perdido. ¿Y si te toco por aquí?

Oliver desliza las yemas de los dedos por mis muslos desnudos.

—Olly...

—¿Mmmm?

Me besa el cuello, a la vez que alcanza con una mano el elástico de mi ropa interior, y mis pechos con la otra. Me acaricia por encima del vestido y cierro los ojos por el placer que me provoca. Un débil gemido sale de mis labios cuando mete la mano por debajo de mis braguitas. Me acaricia arriba y abajo mientras su lengua me recorre la mandíbula. Me baja la ropa interior y deja de lamerme para agacharse y sacármelas por los pies. Se incorpora de nuevo y siento su excitación en mi trasero. Tiro mi mano hacia atrás y lo acaricio, igual que ha hecho él conmigo, de arriba abajo. Lo froto cada vez más fuerte, y ambos gritamos cuando uno de sus dedos alcanza mi interior. Cuando abro los ojos y alzo la mirada, me encuentro con nuestros reflejos enfebrecidos de placer en el espejo. Madre mía, si no estuviera tan bueno y no lo quisiera tanto. ¿Quién puede resistirse a un bocadito tan apetecible? ¡A la mierda todo!

Me doy la vuelta y lo empujo hasta sentarlo en el primer sitio que veo: en la taza del váter (muy idílico todo, sí). Me subo encima de él. Nos lanzamos hacia nuestras bocas y nos frotamos con fuerza. Oliver me manosea los pechos mientras yo le desabrocho el botón del pantalón vaquero. Cuando lo consigo, levanta las caderas para ayudarme a bajarle el pantalón hasta las rodillas. Y no hay más barreras entre nosotros. Unimos nuestros sexos, y el único sonido que se escucha es el de nuestras caderas chocando y nuestros gemidos mal disimulados. Estamos cerca de terminar cuando oímos pasos fuera del baño.

—¿Dónde se han metido estos dos?

—Vete a saber.

Me detengo por el terror que me entra al darme cuenta de que no hemos cerrado la puerta con pestillo.

—Olly... la puerta.

—No pares —me exige.

Las embestidas de Oliver continúan sin tregua, a toda velocidad, hasta que terminamos. Nos quedamos abrazados, recuperándonos del asalto.

—Parece que se han ido —me dice riéndose. Su risa me contagia y nos reímos juntos. Joder, qué locura. Le aparto el cabello sudado de la frente y lo miro embelesada. Este hombre me hace perder la cabeza.

—Antes, en el comedor, he estado pensando en algo —me dice, mientras nos levanta de nuestro improvisado asiento. Me pongo de pie y busco mi ropa interior.

—¿Estabas pensando en algo mientras soltabas la perorata a los de ahí fuera sobre los agujeros negros y las supernovas?

—Sí.

«¿Por qué no me sorprende?».

—Creo que deberíamos decírselo a Daniel —me dice cuando terminamos de acomodarnos la ropa. Como no entiendo a qué se refiere, me lo aclara—. Que tú y yo estamos juntos.

—¿A mi hermano?

—Sí.

—Ni loca.

Para empezar, no sabría ni por dónde empezar. Daniel y yo no hablamos de estas cosas.

—Le dije que lo mantendría informado.

—Pues es una pena que no contaras conmigo.

—Siento que lo estoy traicionando.

—¿Desde cuándo os lleváis tan bien?

—Desde aquella noche, la de la borrachera, ¿te acuerdas?

«Como para no acordarme».

—Olly, no quiero decírselo todavía a nuestras familias, y menos a mi hermano. —Por respuesta, solo obtengo un suspiro—. Vamos a darnos un poco de tiempo, ¿te parece? Al menos hasta que asimilemos esto que nos está pasando.

—Está bien —cede al final. Me da un beso en la nariz y una palmada en el trasero.

Salimos del baño y nos encaminamos al salón para reunirnos con los demás. Cuando volvemos, Adam nos mira con la sonrisa torcida. Sabe lo que hemos estado haciendo. Y, teniendo en cuenta que Nick nos mira con la misma sonrisa, no me cabe duda de que también sabe lo que hemos estado

haciendo.

—Sara, hija, estás acalorada, ¿dónde estabais? —me pregunta Laura.

Me encojo de hombros restándole importancia y nos unimos al resto de comensales. Y caigo en la cuenta de algo. Pear y Daniel están raros. Callados. Distantes. Nunca han proclamado su relación a los cuatro vientos, pero están más callados que de costumbre. Y es extraño, teniendo en cuenta que Pear no calla ni debajo del agua. Le hago un gesto con la cabeza a mi amiga, que me contesta: «Más tarde».

Oliver y yo salimos a la terraza para aislarnos un rato del barullo que hay en la casa. La música se escucha desde aquí. Es una canción de los Beatles.

—Adoro a los Beatles —expreso en alto y Oliver tuerce el morro—. ¿En qué piensas? —le pregunto con sospecha.

—¿A qué te refieres?

—Algo malo acaba de pasar por tu cabeza, esa expresión que has puesto... Te conozco demasiado.

—Pensaba en cuando Will te tocó una canción de los Beatles en el colegio.

—Olly...

—No pienses cosas raras, es solo que me jode que exista ese momento entre vosotros. Sé lo que adoras a los Beatles y, cuando los escuchas, es lógico que esa imagen acuda a tu cabeza.

—Pero resulta que ha acudido a *tu* cabeza y no a la mía.

—Olvídalo, son tonterías mías.

Se me ocurre una idea para que esto no vuelva a suceder.

—Si quieres que cuando escuche los Beatles piense en ti, cántame tú una canción de ellos y haz que sea memorable —le propongo.

Oliver sonrío y me besa los labios.

—Eso está hecho, nena. Encontraré el momento.

Una vez acabada la celebración, Oliver y yo somos los primeros en irnos. Me acompaña a casa, subimos a mi cuarto y, mientras me pongo el pijama, Oliver coloca mi viejo telescopio en la terraza y se coloca en posición. Cuando termino de vestirme, cojo mi móvil y le saco una foto. Me apoyo en el marco de la terraza y me quedo observándolo y pensando en lo mucho que lo quiero. Y aún no se lo he dicho. No le he dicho que lo quiero. No con palabras.

Camino los escasos pasos que nos separan y lo abrazo por detrás. Siento su calor y su familiaridad. Acercó mis labios a su oído y le confieso lo que

llevo años escondiendo y que no voy a hacer nunca más:
—Te quiero.

Oliver

Aunque sus pasos son sigilosos, la siento acercarse a mí. Siempre sé cuándo la tengo cerca. Me abraza por detrás y me llega su dulce olor. Acerca sus labios a mi oído y su cálido aliento me roza la piel.

—Te quiero —me susurra.

Sus palabras me llegan a lo más profundo de mi alma. Y el mundo puede desaparecer en este momento, porque no lo necesito para vivir. Me conformo solo con ver lo que estoy viendo ahora mismo: el firmamento. No necesito nada más, ni a nadie más. Mi mundo es este: tan solo Sara y yo. Y mis estrellas.

El amor está en el aire

Me encanta escuchar a Oliver. Todos los días, cuando viene a buscarme al trabajo, me cuenta los pormenores de su jornada laboral, en ocasiones incluso me pierdo en sus explicaciones por ser demasiado técnicas, pero no me importa, porque espero con ansia estos momentos.

Hoy es viernes y, como he salido antes del trabajo, Olly viene directo a mi casa. Estamos solos, tenemos toda la casa para nosotros.

—¿Qué tal el día? —le pregunto, cuando le abro la puerta de la calle.

—Una locura, hoy ha pasado de todo. —Inclina la cabeza y me da un beso. Se encamina hacia el salón. Se deja caer derrotado en el sofá y yo me siento sobre sus piernas. Sí que debe de estar cansado, porque se ha olvidado de quitarse las gafas. No lo voy a avisar. Me gustan sus gafas. Todavía tiene más pinta de profesor buenorro.

—Cuéntamelo —lo insto, mientras le rodeo la nuca con los brazos y le doy un beso en los labios.

—Es largo.

—Cuando me aburra, te aviso.

Coge postura (conmigo encima) y comienza a explicarme. Me encanta la pose que siempre pone cuando está concentrado. Mientras habla, las yemas de mis dedos perfilan las arrugas de su frente, sus cejas, los pómulos, esos apetecibles labios. Lo abrazo y escucho el sonido de su voz a través de su pecho. Oliver juega con mi cabello con dulzura y yo asiento, de vez en cuando, con la cabeza, para que sepa que lo estoy escuchando.

—Y eso ha sido todo.

Nunca pensé que terminar un curso académico fuera tan estresante para un profesor. Pero entre becas, exámenes, nuevas admisiones y un montón de cosas más, tienen a mi pobre Olly a tope. Lo beso por todo el rostro para hacerle mimos y que se le pasen los males. Los besos son curativos. Demostrado.

Beso tras beso, nos vamos emocionando. Le muerdo los labios y le enredo el pelo con mis manos. Clavo los dedos en su cuero cabelludo y le agarro dos mechones con fuerza. Oliver gruñe. Me separo unos centímetros de él para verle la cara y deleitarme, pero entonces se muerde el labio inferior y no aguanto más... Me abalanzo hacia él.

—Vamos a tu cuarto —me susurra.

Subimos las escaleras y vamos a paso ligero a mi habitación, entre besos y caricias. Cuando se tumba en la cama boca arriba, se da cuenta de que lleva las gafas puestas e intenta quitárselas.

—¡No te quites las gafas, insensato! Hoy eres mi profesor buenorro particular.

—Eres una *salidorra* —me dice entre risas.

—Pues verás cómo te gusta lo que te va a hacer esta *salidorra*. —Quiero tener su cuerpo a mi merced para besarlo, acariciarlo y hacerle todo lo que quiera. Se me ocurre una idea—. Déjame que te ate.

Oliver abre los ojos, por la sorpresa, pero enseguida cambia la expresión por la de deseo.

—Joder, sí. Pensé que no me lo pedirías nunca.

Me levanto y busco algo por mi habitación que pueda servir para atarlo. Localizo mi bolsa con los patines en una de las esquinas. No me lo pienso dos veces: abro la mochila, saco uno de ellos y desato el cordón. Cuando ya lo tengo, me subo a la cama y sujeto las muñecas de Olly. Las ato a una de las barras del cabecero. Oliver echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Su expresión es de puro éxtasis. Es hermoso. Me inclino y le beso el cuello.

—Y ahora que te tengo a mi merced... vamos a discutir usted y yo, profesor Aston, mi mala nota en el último examen de supernovas. —Levanto las cejas.

—Ese examen no existe, pero tranquila, nena, que yo te sigo la corriente.

—¡Y encima insubordinado! Voy a tener que azotarlo, profesor.

—Por favor.

Me entra la risa. No lo puedo evitar. Me entra tanto la risa que tengo que dejar de hacer lo que estoy haciendo.

—¡Ay, qué bueno! —intento vocalizar entre tanta risa.

—¡Nena! No te salgas del guion.

«Ya voy, ya voy». Pero no puedo, porque una vez que me ha entrado el ataque de risa, no puedo reprimirlo. Mi risa es tan contagiosa que Oliver acaba descojonándose de la misma manera. Unos minutos después, nos ponemos serios y seguimos con nuestra interpretación. Oh, sí... Y volamos muy muy alto.

—Joder, no me las pienso quitar nunca jamás —me dice cuando acabamos los dos boca arriba desmadejados encima de la cama. Levanto mi ceja derecha—. Las gafas —me aclara.

—Ha sido intenso —reconozco.

—Ha sido la hostia.

Me giro, hasta colocarme de lado, y coloco mi pierna encima de la suya. Lo miro a los ojos y le acaricio la mejilla con la mano.

—Te quiero, nene.

—Te quiero, nena.

Como una ola tu amor llegó a mi vida...

Los dos nos giramos hacia el sonido.

—¿Aún no has cambiado el tono de llamada del móvil? —me pregunta Olly. Me levanto de la cama en busca de mi teléfono.

—No he tenido tiempo —me excuso, mientras abro el bolso para cogerlo —, me tienes demasiado ocupada.

Miro la pantalla del móvil, es Pear.

—¿Pear?

—*Estoy cabreada con Daniel.*

Algo me olía yo. Y luego dicen de Oliver y de mí, pero estos dos son mucho peor.

—¿Qué ha ocurrido?

—*Candy lo ha dejado porque ha visto nuestras fotos de la boda en las redes sociales.*

—Estupendo, ¿no? ¿No era eso lo que queríamos?

—*Sí, pero lo que no queríamos es que el capullo de tu hermano tomara la actitud que ha tomado. Mierda, me reclaman, esta noche nos vamos de copas. Ven a buscarme a mi casa a las ocho.*

Tu, tu, tu. Tu, tu, tu.

Me ha colgado.

Me giro hacia Oliver y lo veo observándome con atención.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—Mirando lo buena que estás.

—¡Ay, que te como!

Me lanzo a sus brazos y nos quedamos tumbados en la cama.

—¿Qué pasa con Pear? —me pregunta.

—Problemas con mi hermano.

—Y luego dicen de nosotros...

—¿A que sí? Eso mismo he pensado yo.

—¿Y en qué habéis quedado?

—En salir de copas esta noche.

—Bien, divertíos, yo tengo trabajo. Te espero aquí.

—¿Te quedas a dormir en mi casa?

—Sí.

«Subidón, subidón».

Más tarde, por la noche, Adam y yo pasamos a recoger a Pear a su casa. Adam, en cuanto se ha enterado de que salíamos de copas, se ha apuntado. Le gusta salir con nosotras. Dice que somos bastante graciosas las dos juntas con un par de copas de más y que se lo pasa *la hostia de bien*.

Vamos a una discoteca en el centro de la ciudad. De esas que ponen la música a tope y que tienes que chillar al oído para hacerte entender. En cuanto entramos, nos acercamos a la barra, que descansa en el centro del local, con su peculiar forma redondeada, y pedimos unos combinados a uno de los tres camareros que la atienden. Todavía es temprano, por lo que no hay demasiada gente. *Stop the Rock*, de Apolo 440, retumba por los altavoces.

—¿Qué te ha hecho el bueno de Daniel esta vez? —le pregunta Adam mientras esperamos a que nos traigan las consumiciones—. ¿No lo había dejado con la chica esa?

—¿Y tú como lo sabes? —le pregunta Pear, mirando de reajo a un grupito de tres chicos (muy monos) que tenemos a la derecha.

—Escuché la discusión que tuvieron en el porche de tu casa —nos confiesa señalándome a mí— y luego estuvimos un rato charlando sobre el tema.

—¿Y por qué no nos lo has dicho? —le preguntamos Pear y yo, a la vez, molestas.

—Yo qué sé, se me ha pasado.

—Adam, esto es un caso grave de problemas de comunicación —le digo.

—Bueno, ¿y cuál es el problema? —ataja, cambiando el rumbo de la conversación. «Sí, mejor».

—Que no quiere que seamos novios formales —nos cuenta Pear, dirigiendo, por segunda vez, la mirada a los chicos de al lado—. Dice que acaba de salir de una relación y que no quiere meterse en otra. ¡Aguántalo!

—Qué paciencia... —expreso en alto.

Adam se gira para ver qué es lo que tanto mira Pear de reajo: el grupito de tres, que, a él, lo pilla de espaldas. Cuando vuelve a nosotras, me mira con la frente arrugada, gesto que yo le devuelvo. Pear permanece ajena a todo, ocupada ahora persiguiendo al camarero con la mirada. El susodicho nos sirve las bebidas y cogemos nuestros vasos a la vez para probarlos. Las

dejamos sobre la barra y Pear arranca de nuevo a contarnos su discusión con mi hermano.

—Le he dicho que, entonces, no tenemos exclusividad, porque, si no somos novios... y ¿sabes qué ha hecho?

—Sorpréndeme —le dice Adam, volviendo a coger la copa.

—¡Se ha reído! ¡El muy idiota se ha reído! Dice que soy incapaz de liarme con otro porque estoy loca por él.

—Pero eso es verdad.

Las dos fulminamos a Adam con la mirada. Rueda los ojos y da otro sorbo a su bebida.

—¿Y en qué punto estamos, entonces? —le pregunta Adam, en otro intento de redirigir el rumbo de la conversación.

—Voy a demostrarle que, si quiero, puedo liarme con otro.

—¿En qué estás pensando?

—No os habréis dado cuenta, pero, desde que hemos entrado, estoy poniendo ojitos al moreno de allí.

«¡Acabáramos!».

—De hecho, Pear —le dice mi amigo—, *sí* nos hemos dado cuenta.

—¿Sí?

—Sí.

—Qué suspicaces sois, leches. Da igual, el plan es: acercarnos a ellos y tontear un poco. Después, mando un mensaje a Daniel para que venga a buscarnos y que me pille en pleno *ligoteo*.

—Es un plan espantoso. No va a colar. Daniel no es gilipollas.

—Por eso debemos hacerlo muy bien.

—¿*Debemos*? —pregunto con mi copa en los labios.

—Sí, tenemos que meternos de pleno en ese grupito y tontear con cada uno de ellos. Tendremos que inventarnos alguna historia para que no nos pidan los números de teléfono; podemos ser americanos y decirles que estamos de paso, por ejemplo. Hemos venido porque... ¡estamos de gira! Sí, eso.

Mi amiga se va animando.

—¿De gira? —pregunto yo.

—Sí, podemos ser actores o cantantes o músicos, yo qué sé.

—Me apetece ser violinista —expreso en alto—. ¡Podemos decir que tocamos los tres en una orquesta!

—¡Qué buena idea, Sara!

—¿Desde cuándo a ti te gusta el violín? —me pregunta Adam.

—Desde ahora.

—¡Pues yo toco el chelo! —nos dice Pear, jovial.

Adam se acerca a mi oído a susurrarme... a susurrarme a gritos, porque con los decibelios a los que suena *Stop the rock*, es imposible escuchar nada.

—Recemos para que no sepan nada de música porque, como le pregunten algo a la colega —me dice, señalando a Pear—, se nos va toda la historia a la mierda.

—Pear, si hablamos de música, tú di a todo que sí.

—Entendido.

—Pues yo toco la guitarra.

—Adam, un poco de originalidad.

—Está bien, el bajo.

—No hay bajos en una orquesta.

—Joder, el contrabajo entonces. ¿Contentas?

—Yo a todo que sí —acepta Pear.

—Ya tenemos la historia —acepto yo también—, y tú eres gay —le digo a Adam.

—¿Por tocar el contrabajo?

—No, porque sí.

—Eso sí que no, si se creen que soy homosexual, las tías del local van a dejar de entrarme.

—No te está entrando ninguna.

—Pero están a punto.

—Venga, Adam, ese grupito de tres no va a entrar al juego si tú estás con nosotras en plan macho protector.

—El rubio me está poniendo ojitos.

—No te lo tengas tan creído, Adam.

—Joder, ¿al menos puedo ser bisexual?

—Sí...

Pedimos otra ronda y nos acercamos, con disimulo, al grupito de tres que tenemos al lado. Pear finge tropezarse (sí, muy típico, pero efectivo), y eso nos da el pistoletazo de salida para entablar conversación. El trío enseguida nos acoge.

Tres rondas después los tenemos en el bote, y la conversación es tan amena y fluida que hasta me lo estoy pasando bien. No recuerdo sus nombres; para mí son: el moreno, el rubio y el pelirrojo, pero son simpáticos.

Están un poco pirados, pero y ¿quién no?

—Se me ha ocurrido una superidea. Mándale tú el mensaje a tu hermano, dile que estás fatal y que, por favor, venga a recogerte. Aparecerá en menos de veinte minutos —me dice Pear cuando nos excusamos para ir al servicio.

Toda una odisea, por cierto. No hago más que apartar cuerpos a mi paso. El local está hasta los topes y no hay quien se mueva. La barra está a reventar y llevamos más de una hora hablando entre empujones. Alcanzo mi móvil, que está dentro del bolso, y mando el mensaje a mi hermano. Me llega la notificación de que Dan Dan lo ha leído, pero no me contesta. Lo que tampoco me sorprende. Típico de Daniel. Pero, sabiendo que ha recibido el mensaje, estoy segura de que viene de camino a recogernos.

Cuando volvemos a donde están los chicos, pedimos una última ronda y bailoteamos con ellos. Pear se empeña en enseñarle a bailar sevillanas al moreno y yo me río de lo lindo con las ocurrencias del pelirrojo. Poco a poco, nos vamos alejando de la barra y acercando a la puerta de acceso. Todo está preparado para que, cuando entre Daniel a la discoteca, se tope con semejante estampa, pero media hora más tarde...

—Oh, oh. Sara. Sara. —Adam me coge del brazo y me zarandea, apartándome del pelirrojo de malas maneras.

—¿Cómo que Sara? —le inquiero a Adam, agarrando al pelirrojo de nuevo. Nos hemos inventado nombres falsos, no queremos revelar nuestras verdaderas identidades en ninguna de sus facetas.

—Hola.

Se me corta el aliento. Mierda. Esa voz. No es Daniel. ¡Es Olly! Me giro muy muy despacio, rezando para haberme equivocado y que Daniel haya adoptado la misma voz de mi novio de tanto tiempo que pasa con él, pero... no.

—Ho... hola —titubeo. Le doy un manotazo a Pear para que deje las sevillanas. Se gira con expresión de desagrado por la interrupción, pero en un segundo le cambia la cara. Me mira sin entender nada. ¡Como si yo lo hiciera!

—O... O... —Otra que titubea.

El moreno, el rubio y el pelirrojo nos rodean y miran con curiosidad al recién llegado, sin entender el porqué de la interrupción. Digo lo primero que se me pasa por la cabeza. Ojo, lo primero que se me pasa por la cabeza, que no es lo mismo que lo más sensato que se me podía haber pasado por la cabeza. Señalo a Oliver y hago las presentaciones.

—Él es el primo de Samantha. —Samantha igual a Pear. Lo ha elegido ella—. O... O... ¿Orlando?

Oliver hace caso omiso de mi patético intento de salir indemnes de esto y se autopresenta.

—Soy Oliver Aston, su novio.

Lo dice como si nada, como algo casual, pero esa fachada de fría indiferencia no es más que eso: una fachada. Lo conozco bien. Mal asunto.

—Está supercabreado, *Totó* —me dice Adam al oído.

—Gracias por la información —le contesto entre dientes—, no me había dado cuenta.

—Por eso te lo digo. Esa sonrisilla no es verdadera.

—Era ironía, Adam.

—Pues tienes que trabajar más en ello. No te he pillado.

Ruedo los ojos y sonrío. Sonrisa tensa, no verdadera.

—¿El novio de quién? —pregunta el pelirrojo.

—De Sara.

—¿Quién es Sara?

«Mierda».

—Ella es Sara —explica Oliver, señalándome con la cabeza.

—¿Stephanie, la violinista americana?

«Ay, mi madre».

Salimos del bar en fila india. Pear encabeza la marcha, yo la sigo mientras Oliver me da empujoncitos por la espalda. Adam viene el último. En cuanto salimos del local, veo que Olly ha dejado el coche aparcado enfrente en doble fila. Cruzamos la carretera con cuidado y, antes de llegar, escuchamos el *bip bip*, signo inequívoco de que Oliver ha abierto el coche. El propietario del coche, sin mirarnos, abre la puerta del conductor y se sienta, cerrando de un portazo.

—Adam, ponte tú delante.

—Ni de coña.

¡Traidor! Con la cabeza gacha, camino hasta la parte delantera y me siento al lado de mi mosqueadísimo novio. Cuando estamos los cuatro sentados y con los cinturones puestos, arranca el coche. Cinco minutos de silencio absoluto y no lo aguanto más.

—¿Hasta cuánto de enfadado estás? —le pregunto, con mi mejor voz de niña buena—. ¿De aquí a la luna? ¿A Marte? ¿A... Saturno? —Tengo que intentar tocarle la fibra.

Escucho una risita que viene de los asientos de atrás. Me giro.

—¡Pear! No te rías, que todo esto es por tu culpa.

—¡No me eches la culpa a mí!

—No eches la culpa a Pear —me recrimina Oliver.

—Pero es que era una estratagema para que, cuando viniera Daniel a buscarnos, pillara a Pear tonteando con otro.

—Genial, mi vida amorosa al descubierto.

—Y, mira por dónde, te he pillado yo a ti *tonteando* con otro —me dice con retintín.

¡No estaba tonteando! Solo le seguía la corriente. Mejor cambiamos de tema; a Adam siempre le resulta. Por cierto, qué callado está el muy capullo.

—¿Por qué no ha venido Daniel? —le pregunto a Oliver.

—Lo ha llamado un cliente y mañana tiene una reunión importante a primera hora. Me ha llamado para pedirme el favor de venir yo a recoger a su hermana, que se encontraba *mal* —otra vez el retintín.

—¿Tiene una reunión un sábado? —Echo una mirada a Pear, que encoge los hombros. Obviamente no tenía ni idea—. Pues sí que tiene clientes exigentes... —Me giro de nuevo y me coloco bien en mi asiento.

—¿Y tú no tienes nada que decir? —Oliver mira a Adam por el espejo retrovisor.

—A mí me han obligado. Son una par de liantas, ya las conoces.

—¿Eres consciente de que el rubio te estaba poniendo ojitos?

—¡Os lo dije! —nos acusa a Pear y a mí.

Me entra la risa floja. Si hay que culpar a alguien, culpemos al alcohol.

—¿Y a ti qué te hace tanta gracia? —me pregunta Oliver cabreado.

Y yo, como no tengo filtro...

—Tú, tan rubio y tan tío bueno llamando rubio a otro rubio.

Pear y Adam se desternillan por mi comentario.

—¿También habéis fumado?

El coche vuelve a sumirse en el silencio. Esta vez, es Oliver quién lo rompe.

—Primera parada, bajad.

Miro por la ventana. ¿Pero qué...?

—Estamos en mi casa —digo en alto—. ¿Por qué no has dejado primero a Pear? Ahora vas a tener que llevarla y volver a mi casa para dormir conmigo.

—No voy a volver.

Y lo dice tan tajante que sé que va en serio. Me bajo del coche, cabizbaja,

y, junto a Adam, observo cómo el coche de Oliver se aleja por la carretera.

Arrugo los labios con una mueca de fastidio.

—Se ha ido.

—Volverá. Venga, vamos a dormir.

Me quedo unos segundos más, con la esperanza de que Oliver detenga el coche y dé marcha atrás, pero, cuando desaparece por la esquina, me doy por vencida.

Me meto en la cama y cierro los ojos, deseando dormirme pronto y que llegue el nuevo día. Cuando estoy a punto de conseguirlo, en ese estado de semiinconsciencia, noto que alguien se mete en la cama conmigo y me abraza por detrás.

—Mañana hablamos, ojitos azules —me dice, con tono de reprimenda.

Oliver me da un beso en la mejilla y me duermo con una sonrisa en la cara.

26

El partido

Al día siguiente, cuando me despierto, Olly no está en mi cama. Tardo dos segundos en acordarme de lo sucedido la noche anterior. Apoyo la frente en mi mano y niego con la cabeza. «Si es que no tienes remedio, Sara». Estiro la mano para alcanzar el móvil y ver qué hora es. Tengo un mensaje de Olly.

Oliver: He tenido que levantarme temprano por temas de trabajo. Nos vemos en la pista. He cogido tus llaves. Habla con Adam.

Tiro para abajo por la pantalla, pero, no, no hay ni beso, ni despedida, ni nada más. Miro por la almohada por si me ha dejado una notita de amor, pero tampoco. No hay nada. Pongo expresión de fastidio. Leo el mensaje por segunda vez. *Habla con Adam*. «Pues allá voy».

Salgo al pasillo y cruzo los escasos metros que nos separan. Entro en la habitación de Adam y voy directa a abrir la ventana para ventilar el ambiente. Huele a alcohol. Escucho los ronquidos de mi amigo. Los adoro. Aparto la cortina y dejo que se filtren los rayos de sol. Adam no soporta la luz cuando está dormido, es como un vampiro y el más mínimo rayito yo creo que le produce hasta sarpullidos en la piel. Despertando en tres, dos, uno...

—Joder, ¿¡qué os ha dado hoy a todos con despertarme!?

Nunca falla.

—Buenos días, Wallace.

Como respuesta recibo un resoplido, un gruñido y un insulto. Sí, todo a la vez. Adam se tapa con la almohada y me da la espalda. Le cojo el móvil, que tiene en la mesita al lado de la cama, para ver si Olly le ha dado alguna instrucción, pero tampoco hay nada.

—Olly se ha ido —lo informo.

—Ya lo sé —me dice, con la voz amortiguada por la almohada.

—Me ha dicho que hable contigo, no sé qué de la pista. Pero en el teléfono no tienes nada.

—No, joder, claro que no. El *simpático* de tu novio ha venido a las tantas de la mañana a tocarme los cojones y a decirme que hoy hemos quedado con la pandilla en la pista de hielo. Ya me están jodiendo el sábado.

—¿Y por qué a mí no me ha dicho nada?

—No te ha dicho nada porque no quería despertar a su princesita, y por eso me jode a mí el sueño. Manda huevos.

—Qué majo —le digo, pizpireta—. ¿Te ha parecido que seguía molesto por lo de ayer? Me ha dejado un mensaje algo seco en el móvil.

—¿*Molesto?* *Totó*, llevaba un cabreo de cojones.

—Me dio un besito de buenas noches cuando vino a la cama. —Me tumbo en la cama junto a Adam, y suspiro, soñadora.

—Cojonudo, eres tú la que baila con el moreno y a ti te da un beso y a mí me toca los cojones a las seis de la mañana. No os aguanto.

No estoy segura de si era yo la que bailaba con el moreno o Pear. Creo que a mí me tocó el pelirrojo.

Dos horas después, estamos en mi coche de camino al *Crowden School*. Le he mandado un mensaje a Pear, antes de salir, y me ha dicho que había ido en el coche con Olivia y que nos esperaban allí.

Cuando llegamos, vamos directos a la pista; los alumnos están a punto de comenzar sus vacaciones de verano y andan ajetreados por todo el colegio. La pista está vacía, excepto por nuestros amigos. Los torneos han finalizado, así que la tenemos para nosotros solos. Están todos en el hielo, patinando.

—Aquí están los dormilones —nos saluda Brian mientras se acerca a la balaustrada.

—Hola a ti también, Briain.

—Oye, Sarita, vaya mierda de humor que se trae hoy el rubio. ¿Qué le has hecho? —me pregunta, echándome la culpa por el mal humor de Oliver

—¿Por qué tengo que tener yo la culpa?

—Porque Oliver pasa de todo y de todos, solo se ve afectado por las cosas que tú haces o dices.

—¿Hasta qué punto está enfadado? —le pregunto para tantear el terreno.

—Compruébalo tú misma.

Adam y yo nos sentamos en uno de los asientos de la primera fila y nos ponemos los patines. Cuando entramos, no me da tiempo a llegar hasta Oliver. Marco nos separa en dos grupos: Olly, Brian, Olivia, Marco y su novia por un lado, y Pear, Adam y yo por el otro.

—Vamos a echar un partido —nos informa Marco— para recordar los viejos tiempos.

—Y, como en los viejos tiempos, los equipos están descompensados —me quejo. Casi siempre nos ponen a Adam y a mí juntos contra el resto. Por lo menos, esta vez, nos han dejado a Pear, que... la verdad es que no sirve de

mucho. Pero no se lo voy a decir, claro.

—Seguro que te sirves de tus artimañas de siempre para compensar.

¡¡Ahhh!! ¡Ha sido Olly quien me ha dicho eso! Abro la boca para hablar, pero decido que es mejor callarme y seguirle la corriente.

—Muy bien —digo—, sin normas, sin penalizaciones, todo vale. Quien meta más goles gana. Pear, a la portería.

—¿Qué? No, a la portería no. No quiero que me deis con la pelota en la cara.

—¡No es una pelota! ¡Es un disco! —grita Olly mientras se aleja a su portería. Vaya oído que tiene.

—¿A que le doy? —me dice Pear, envalentonada.

—Déjalo —la sujeto del brazo y la dirijo a nuestro lado de la pista—, ahora le damos lo suyo en el juego. —Modo «estoy loca por los huesos del rubio» *off*, modo «competitividad extrema» *on*.

Echo una mirada hacia atrás y me encuentro con sus ojos verdes, observándome. Qué bueno está el muy capullo, con los pantalones de chándal negros y los patines de hielo. ¡Es que me lo comería! Me señalo mis ojos con dos dedos para luego dirigirlos a él. «Te estoy observando y voy a por ti», viene a significar. Esto es la guerra. Oliver me devuelve el gesto.

—Y tranquila —dice Adam, que nos sigue de cerca—, no vamos a dejar que lleguen hasta ti.

—Más os vale.

Una vez estamos los dos grupos posicionados en cada una de las porterías, hacemos reuniones de equipo. Nos juntamos y acercamos nuestras cabezas. Ellos hacen lo mismo, suponemos que estarán hablando de estrategias. Nosotros de lo que se dice estrategias de juego no hablamos...

—Échale un polvo a tu novio, seguro que así se le pasa la mala hostia —me aconseja mi amiga.

—¿Has hablado con Daniel? —le pregunto.

—Sí, me ha llamado inmadura, otra vez. El rubiales le ha ido con el cuento de lo de ayer. Maldito traidor. Y ahora el idiota de tu hermano me dice que estoy a prueba. Que somos novios *a prueba*. Aguántalo.

—Y ¿eso qué significa? —pregunta Adam.

Qué poco lo conocen. Por suerte, yo sé de qué pie cojea.

—Significa que sois novios, Pear, es su forma de suavizar la relación. Sabes que lo aterran las ataduras. Si no quisiera estar contigo, no lo estaría. Lo de *a prueba* es una excusa barata para restarle importancia.

—Sí, yo también lo creo, pero necesitaba asegurarme. —Mi amiga comienza a saltar de alegría—. ¡Somos novios! Por fin.

—¡Ya estamos listos! —Escuchamos gritar a Marco.

—Nosotros no —grita Adam de vuelta—. ¿Entonces sois exclusivos?

—¡Pues claro!

—¡Venga, tíos! ¿Qué cuchicheáis tanto?

—Joder, qué pesados. —Se gira hacia nuestros amigos—. ¡¡Estamos ultimando los detalles!! —Vuelve a nosotros—. ¿Estrategia de siempre? —me pregunta Adam.

Asiento con la cabeza y nos ponemos en situación. Por los altavoces de la pista comienza a sonar *Holding Out For a Hero* . Que empiece el juego.

Lo echamos a suertes y nos toca sacar a nosotros. Bien. Arrancamos el juego y conseguimos acercarnos a la portería de Olly sin que nadie nos arrebatase la pastilla. Adam y yo juntos no tenemos rival, él siempre ha sido el mejor del equipo y yo soy la más rápida sobre los patines. Me coloco enfrente de mi sexy portero («no, Sara. Sexy, no: enemigo, portero enemigo») y le guiño un ojo. Adam me pasa la pastilla y comienzo a dar vueltas con ella entre mis cuchillas. Giro y giro, a toda velocidad, el truco está en que Oliver nunca sabe cuándo voy a detenerme y giro tan rápido que nadie puede arrebatarme la pastilla. Me freno en seco, lanzo el disco a la parte derecha de la portería y...

¡¡¡GOOOOOOOL!!!

—¡Joder, Olly! Siempre te la cuela de la misma manera —se queja Brian.

—¡Mierda! ¡Joder! Es que nunca sé cuándo va a parar —contesta el aludido.

—¿Qué ha pasado? ¿Nos han metido gol? —preguntan Olivia y Raquel. Esas dos ni lo han visto venir.

Adam y yo nos reunimos en medio de la pista y chocamos los cinco. Hacemos el baile de la victoria y comenzamos a cantar y a reírnos de nuestros competidores:

I need a hero.

I'm holding out for a hero 'til the end of the night.

He's gotta be strong.

And he's gotta be fast.

And he's gotta be fresh from the fight

...

—¡Sara! —me llama el portero—. ¡Ya vale!

Seguimos cantando, a todo volumen y sin dejar de bailar, enfatizando el *strong* y el *fast*.

—¡Sara! ¡Adam! ¡Parad ya!

Qué mal perder tiene mi queridísimo novio.

*He's gotta be strong.
And he's gotta be fast.
And he's gotta be fresh from the fight*

...

—¡Se acabó!

Oliver sale de la portería y viene directo hacia mí. Vuelo, descojonándome de la risa, sobre los patines por el hielo, con él siguiéndome de cerca.

—¡Portería libre! —Escucho gritar a Adam—. ¡A por ellos!

Los segundos que tardo en girarme para mirar a Adam y subirle el dedo gordo de la mano, en señal de aprobación, son suficientes para que Olly me atrape.

—¡Te tengo!

Me coge en brazos, para que no me vuelva a escapar, y yo... me dejo atrapar. Le rodeo la cintura con las piernas y el cuello con los brazos. Y lo beso. Modo «estoy loca por los huesos del rubio» activado de nuevo.

—He sido incapaz de concentrarme en todo el día, solo puedo pensar en ti —me dice—. Y mira cómo me lo pagas: metiéndome un gol dos minutos después de empezar el partido.

—Ay, mi rubiales gruñón. Siempre te la cuelo, ¿eh?

Me besa de nuevo y yo separo los labios dándole acceso a mi boca.

—¡Oliver! —grita Brian—. ¿Pero qué coño haces? ¿Te estás enrollando con ella? ¡Es el enemigo, tío! ¡No te puedes enrollar con el enemigo! Si lo sé, no os junto. ¿Qué mierda de actitud es esa?

—¡Adam! Diles algo —le dice Marco.

—Yo esto lo veía venir. Los conozco demasiado.

—Esto no es profesional.

Oliver me besa el cuello, me succiona la piel y nos hacemos carantoñas mientras el juego comienza de nuevo. Poco nos importa.

Cuando terminamos, y antes de volver a Edimburgo, voy al baño y me miro al espejo para acicalarme. Hay una mancha roja en mi cuello. Me acerco más al espejo. «¿Qué es eso? ¡Me cagüen! ¡Me ha hecho un chupetón! Será capullo». Cuando salgo del baño, Oliver me espera fuera, apoyado en la pared, con pose despreocupada. Me acerco a él echando chispas.

—Espero que esto —le digo, señalando el chupetón— no haya sido para marcar territorio, rubiales.

—Súbete más el cuello del jersey —me dice, dándome un beso en la nariz y quitándole importancia—. Los demás se han ido. Te llevo en mi coche, Adam se ha llevado el tuyo. —Otro que cambia de tema cuando le conviene.

A la salida del polideportivo, por poco no nos chocamos con Andrew, mi antiguo entrenador de patinaje.

—Hola chicos —nos saluda, animado—, qué bien que os encuentro aquí. Sara, iba a llamarte esta noche por teléfono.

«¿A mí? Qué raro».

—¿Qué pasa? —le pregunta Oliver.

—El próximo mes de diciembre celebramos el trigésimo quinto aniversario del colegio, y Amanda me ha pedido que prepare un número especial de patinaje para la inauguración.

—Eso es fantástico, Andrew. —Me acerco y lo abrazo.

—Sí y, bueno, quiero presentar un número en pareja y he pensado en ti. ¿Te apetece?

«¿Qué? Espera, ¿qué?».

—¿Cómo que has pensado en mí? ¿Quieres que patine contigo?

—Sí, no es nada serio, es solo el baile de inauguración, pero me gustaría hacerlo contigo. Si es que te apetece.

¿Que si me apetece? Me tiro de nuevo a sus brazos y empiezo a chillar como una loca.

—¿Eso es un sí? —me pregunta Andrew entre risas.

—¡¡Sííí!!

En el coche, de camino a casa, no puedo dejar de pensar en la propuesta de Andrew. ¡Patinar otra vez en público! Y con él. Es todo un honor. No dejo de parlotear en todo el viaje, tengo seis meses para recuperar mi fuerza física y ponerme en el nivel de competición. No va a ser fácil, voy a tener que entrenar como nunca. Estoy muy muy desentrenada.

—Nena, tómatelo con calma, ¿de acuerdo? —me dice Olly, agarrándome la mano.

Asiento con la cabeza, pero mi nivel de excitación no disminuye.

Cuando llegamos a Edimburgo, vamos directos a su casa. Sus padres están fuera y me voy a quedar a dormir con él. Picamos algo ligero en la cocina y nos tumbamos en el sofá a ver una película.

—Me encuentro fatal —me dice Oliver, repanchingado en el sofá—, estos capullos me han hecho varios placajes en la pista y me han destrozado.

—¿Dónde te duele? —le pregunto con dulzura.

—Por todo el cuerpo —me contesta, sugerente, levantando las caderas. Se tumba y se pone en posición.

Le acaricio y le masajeo el cuerpo. Después, le doy besos por todas partes, hasta que veo que se empieza a reír. ¡Será...! ¡Me ha engañado! Le atizo un manotazo en los pectorales.

—¡Eres idiota!

Oliver se carcajea y me tumba con él en el sofá. Su risa me contagia. Su olor me enloquece. Todo él me llena.

Patinar de nuevo

Durante las dos siguientes semanas, intento recuperar mi rutina de entrenamiento. No tengo dieciocho años, ni la complexión atlética de entonces, por lo que me cuesta realizar los ejercicios que me he marcado. Eso sí, cada día que pasa se va haciendo más llevadero, así que no pierdo el ritmo. Soy consciente de que me estoy exigiendo demasiado, no puedo recuperar siete años de entrenamientos en unos meses, pero quiero hacerlo lo mejor posible.

Salgo a correr todas las mañanas (dos horas, por lo menos), me he apuntado a clases de ballet los lunes y miércoles. Viernes, sábados y domingos voy a la pista del *Crowden* a patinar hasta la extenuación y también voy a un gimnasio, cerca del trabajo, donde un entrenador personal me está poniendo a punto.

—Nena, tómatelo con calma —me repite Oliver todos los días.

Pero no puedo, estoy tan emocionada por volver a patinar junto a Andrew que el cuerpo me pide marcha. Me pide patines. Y me pide entrenamiento.

Por suerte, la pista de hielo del *Crowden School* se mantiene a punto todo el año, por lo que puedo entrenar sin parones por las vacaciones de verano. De aquí a diciembre no queda tanto tiempo. Desde que cumplí los dieciocho años, tengo la sensación de que los meses vuelan.

Entre hielo, patines y ejercicios, llega finales de junio y, como cada viernes, acudo a la pista a entrenar. No hay clases en el colegio, no hay alumnos. Estamos solos.

Los chicos han venido unas horas antes, al despacho, a buscar a Adam y a despedirse de mí. Resulta que una prima de Marco está celebrando su dieciocho cumpleaños en Londres y le ha pedido a su primo, como favor por ser familia, (más bien rogado de rodillas a través del hilo telefónico), que él y su grupo de música acudan a la fiesta a tocar algunos temas.

Adam se negó desde el primer momento, «no tengo ni tiempo ni ganas de ambientarle la fiesta a una cría de dieciocho años, por muy prima tuya que

sea», fueron sus palabras textuales. Pero a Brian le pareció una buena idea. Aunque el grupo de música nunca ha sido algo que se tomaran en serio, no han dejado de quedar para ensayar. No es algo rutinario, pero no suelen dejar que pasen más de quince días sin reunirse en el garaje de Brian a tocar. Acudir a una fiesta a interpretar un par de horas para la prima de Marco y sus amigas, a Brian le pareció, a primera vista, una manera diferente de pasar el fin de semana.

Yo creo que es una excusa para pasar unos días solos, a su aire. Un fin de semana de chicos. Y, en cuanto le hice saber mi opinión a Adam, aceptó encantado. Oliver también tenía ganas de pasar unos días con sus amigos. La fiesta quedó en un segundo plano y acudieron al despacho, a despedirse, encantados de la vida.

Cuando los vi aparecer por la puerta de mi despacho, compartido con Adam, casi se me cae la baba. Los tres, Oliver, Brian y Marco venían caracterizados de estrellas del rock. No era algo exagerado, pero se les veía, a simple vista, que habían cuidado los detalles. El fin de semana que iban a pasar como componentes de un grupo de rock había comenzado y se habían vestido para la ocasión.

Oliver llevaba unos pantalones vaqueros negros, muy pegados a la piel, y unas botas negras que le llegaban hasta encima de los tobillos. Por encima, se había puesto una camiseta blanca, de manga corta, y llevaba el cabello rubio en punta y engominado. «Mmm... para comérselo».

Adam se metió en el cuarto de baño que tenemos en el despacho, y se cambió de ropa. Unos minutos después, estaban listos para irse.

—Te veo a la vuelta, nena.

Todo el despacho nos despedimos de ellos y les deseamos suerte en su primera actuación en público. Me dolía hasta la mandíbula de tanto sonreír. Oliver iba tan guapo... Y soy consciente de lo estúpida que debía de parecer, pero lo que más me apetecía era chillar: «¡ese de ahí es mi novio!». Claro que todos los allí presentes ya lo sabían.

Desconecto de mis recuerdos y me concentro en el hielo. Estamos solas en la pista, y en todo el colegio, Olivia, Pear y yo. Pear me llama desde la barandilla y me acerco para ver qué es lo que quiere.

—Oye, Sara, que he estado pensando una cosa —me dice.

—Miedo me das.

—Como tu hermano me tiene a prueba, he pensado en hacer algo diferente, para sorprenderlo.

—Pear, mi hermano no te tiene *a prueba*.

—Tú sígueme la corriente.

—Está bien.

—Quiero que le quites a tu novio las llaves de la sala esa del universo que creó y me las des. Te prometo que seremos rápidos, nadie va a enterarse.

—¡Pear!

—¿Qué?

—¡No crees esa clase de imágenes en mi cabeza!

Me doy media vuelta y vuelvo al hielo.

—¡Sara, por favor! ¡No seas avariciosa!

La ignoro y se da por vencida.

Mientras yo entreno, mis amigas charlan en una de las mesas de la cafetería. Puedo verlas desde mi posición sin dificultad, a no ser que me agache y la barandilla me tape la visión.

De repente, siento un dolor punzante que me atraviesa el cuerpo. Llevo todo el día sintiéndome rara, pero esto... es como si me partieran en dos.

Pear

Estoy con Olivia en la cafetería de la pista intentando sonsacarle los sitios más extraños en los que lo ha hecho con Duncan (el profesor buenorro), pero no hay manera. No suelta prenda. ¡Que no me voy a escandalizar! Si lo único que quiero es que me dé ideas...

Cada pocos minutos giro la cabeza para observar a Sara patinar en la pista. Tan pronto da vueltas como pega un triple salto mortal. Es admirable.

Desvío la vista de la pista y vuelvo a Olivia, pero... espera. ¿Y Sara?

—¿Sara? —pregunto en voz alta.

—¿Sara, qué? —me pregunta Olivia, confundida.

—¿Dónde se ha metido?

Las dos miramos hacia la pista.

—No lo sé, estaba ahí hace un minuto —me contesta.

—¿Sara?

Me levanto y me acerco a la entrada de la pista. ¿Dónde se ha metido? Es una pista de hielo, sin salida, no ha podido esconderse.

Me agarro a la barandilla y me asomo a echar un vistazo rápido. La veo en uno de los extremos, tirada en el suelo. ¿Se ha caído? «Habría perdido el equilibrio», es lo que pienso en un primer momento, aunque me resulta extraño. Sara no se cae; trastabilla, pero no cae. Y, además, tiene una postura...

Entro en el hielo y voy hacia ella a todo correr, y con el corazón a cien por hora, rezando para que la pierna no le haya fallado. Es lo primero en lo que pienso. En su pierna.

—¡Sara! ¿Qué ha pasado?

Cuando llego a ella, no me contesta, no puede. «Oh, madre mía, ¿qué es eso? Parece... sangre».

—Sara, estás sangrando.

Demasiado entrenamiento

Pear

—Pear, ¿qué me pasa? Me duele mucho.

Sara está sentada en el hielo, sujetándose el vientre con las manos. La mueca de dolor que tiene en el rostro me llega al alma. Está sufriendo. La sangre que viene de sus pantalones mancha de rojo el hielo. Me acerco y me agacho junto a ella.

—Vamos, Sara, tienes que levantarte. Yo te ayudo.

—No puedo moverme, me duele mucho —me dice entre sollozos.

—¿Qué pasa? —Olivia viene corriendo hacia nosotras. Pega un grito ahogado en cuanto descubre la sangre—. ¡Sara! ¿Estás bien? ¡Estás sangrando!

—Olivia, ayúdame a levantarla, hay que sacarla de la pista.

La levantamos entre las dos y vamos caminando con cuidado hacia la salida. Debemos ir muy despacio, Sara apenas puede moverse y Olivia y yo no llevamos los patines puestos.

—Pear, ¿qué me pasa? ¿Por qué me duele tanto? —me pregunta Sara, con la respiración entrecortada.

Teniendo en cuenta de dónde viene la sangre, solo hay dos posibilidades. Hablo con Sara para descartar la que me parece la más improbable.

—Sara, cariño, ¿cuándo te tiene que bajar el periodo?

Se sorprende por la pregunta. Mira hacia su entrepierna y de nuevo a mí. Cierra los ojos. Me imagino que está haciendo un cálculo mental.

—Hace dos semanas. No... no me he dado cuenta de que tenía un retraso con todo el tema del entrenamiento.

Seguimos caminando, a pasitos, hasta que llegamos a la barandilla. Sara no puede más y se sienta en el suelo en cuanto salimos del hielo. Se agarra con fuerza el estómago y se le anegan los ojos de lágrimas.

—Sara, no puedes quedarte ahí, tenemos que irnos al hospital. Creo que estás teniendo un aborto.

Mis palabras provocan que mi amiga cambie la expresión de su rostro, de

asustada a confundida y, poco después, a desolada.

—Oh, madre mía —exclama Olivia—, Sara... —Se tapa la boca con las manos por la impresión de mi noticia.

—No... no puede ser... —me dice Sara, con lágrimas cayéndole por las mejillas.

—Cariño, estás de muy poquito, es probable que estés teniendo un aborto espontáneo.

—Pero... yo no sabía que estaba embarazada. No... no puede ser... — repite una y otra vez.

—Pear, ¿cómo vamos a ir al hospital? —me pregunta Olivia—. Ni tú ni yo sabemos conducir, y Sara no puede hacerlo en este estado.

Mierda, no había caído en eso. Es imposible que Sara en su estado pueda conducir un coche. Tenemos que pedir ayuda. Joder, estamos solas en el colegio, ¡no hay ni un alma! «No, no, espera, Daniel tiene que estar a punto de llegar. Sí, eso es, ¡Daniel viene de camino!».

—Voy a llamar a Daniel. No debe de andar muy lejos, hemos quedado en que venía a recogerme más tarde. —Me agacho y le aparto de la frente los mechones de la coleta que se le han escapado—. Tranquila, Sara, todo va a estar bien. Te vamos a llevar al hospital y allí te van a ayudar.

Asiente con la cabeza, sin ninguna convicción. En ningún momento deja de abrazarse el estómago. Y, ahora, también tiene las piernas cerradas con fuerza. Como si así pudiera evitar... joder. Me doy la vuelta antes de ponerme a llorar delante de ella.

Cojo el móvil e intento marcar el número de Daniel, pero me tiemblan tanto las manos que no atino a pulsar los dígitos correspondientes. Me doy cuenta de que no tengo por qué marcar su número a mano, joder, lo tengo en la agenda. «Concéntrate, Pear». Me contesta al segundo tono.

—*¿Tanto me echas de menos que tienes que llamarme una hora antes para que vaya a buscarte?*

—Daniel, ¿dónde estás? Necesito que vengas ya, lo antes posible.

—*Estoy en Perth. Hemos venido antes y estamos tomando algo. ¿Qué pasa?*

—*¿Estamos? ¿Con quién ha ido? Me olvido de ello y voy al grano.*

—Es Sara.

Escucho el inconfundible sonido de una silla que se arrastra por el suelo. Daniel va de camino al coche. Es escuchar el nombre de su hermana... y salir pitando donde quiera que esté.

—¿Qué le pasa a mi hermana?

Cuento hasta diez antes de decírselo. Sé cómo va a reaccionar.

—¡Pear! ¿Qué le pasa a mi hermana?

—Creo que... que... está sufriendo un aborto.

Después de su gemido, por la impresión, se hace el silencio a través de la línea de teléfono.

—Llego en cinco minutos. Espérame en la entrada del polideportivo.

—Vale.

—¡Pear! Espérame en la entrada.

No me da tiempo a contestar. La llamada se corta. Me guardo el móvil en el bolsillo del pantalón. Corro hacia la pista y veo a lo lejos que Olivia está consolando a Sara. Le ha quitado los patines, por lo demás, todo sigue igual. Vuelvo a la salida para esperar a Daniel. Y sé que va a aparecer en cinco minutos, a pesar de que desde Perth hasta aquí tiene veinte minutos de trayecto por lo menos; sin embargo, la espera se hace eterna. Cada pocos segundos me asomo a la pista para ver cómo sigue Sara. Como veo que parece que no va a peor, vuelvo sobre mis pasos. Hasta que, por fin, aparece el coche de Daniel en el aparcamiento.

Sale del coche y pega tal portazo que hace que me estremezca. Del asiento del copiloto sale Will. Joder. No sabía que estaban juntos. Will ha debido de venir hasta aquí para acompañarlo mientras me esperaba.

—¿Quién coño ha sido? —me pregunta cuando llega hasta mí.

—¿Qué?

—¿Quién ha sido el hijo de puta que ha dejado embarazada a mi hermana? Voy a matarlo.

Me doy cuenta de la inmensidad del momento. Daniel no sabe que Oliver y Sara llevan dos meses saliendo juntos. Will permanece como mero espectador, aunque se le ve sorprendido y afectado.

—Daniel, tranquilízate, aquí nadie tiene la culpa de nada, son cosas que pasan cuando...

—¿QUIÉN, PEAR?

—Daniel...

—¿¿¿QUIÉN???

Me rindo.

—Su novio.

—¿Su novio? —repite Daniel con evidente sorpresa en su expresión.

—Sí.

—Sara no tiene novio —me dice, sin demasiada convicción, aunque intentando demostrar seguridad.

—Sí, lo tiene. Desde hace dos meses.

—¿¿Dos meses?? —me pregunta, fuera de sí.

Asiento con la cabeza. No sé qué más decir.

—¿Quién es? ¿Lo conozco? —me pregunta mientras entra a todo correr en el polideportivo.

Will y yo lo seguimos de cerca. No tiene ningún sentido seguir ocultando la verdad.

—Oliver.

Daniel se detiene. Me mira con... sorpresa, dolor, decepción, reconocimiento. Con tantos sentimientos a la vez que soy incapaz de explicarlo. Me lanza una mirada acusadora y entra en la pista.

Sara continúa en el mismo lugar. Tirada en el suelo, agarrándose el abdomen y sollozando. En cuanto ve a su hermano, la desolación que sentía se transforma en esperanza.

—Daniel... —susurra con hilo de voz.

—Vamos, agárrate a mi cuello.

Daniel le pasa un brazo bajo las rodillas y el otro bajo los hombros y la levanta a peso.

—¿Necesitas que te ayude? —le pregunta Will. Es la primera vez que habla desde que ha llegado.

—No, puedo solo. Coge las llaves de mi pantalón y conduce tú.

Will obedece y nos dirigimos juntos a la salida. Cuando llegamos al aparcamiento, me acuerdo de algo. Joder, tengo que llamar a Oliver. ¿Cómo se me ha podido pasar? Todavía me tiemblan las manos. Marco su número mientras Daniel acomoda a Sara en el asiento de atrás. Cuatro tonos, cinco tonos... ¡Mierda! No me coge. Me acerco al coche, Daniel se sienta detrás con Sara y Olivia. Abro la puerta del copiloto y me siento junto a Will.

Durante el trayecto, no hablamos. Solo se escuchan los sollozos de Sara y las palabras tranquilizadoras de su hermano. Yo intento una y otra vez hablar con Oliver, pero es imposible. No contesta. Ni él ni Adam ni ninguno de los cuatro. Me guardo, frustrada por completo, el móvil en el bolsillo. El silencio se rompe. Sara lo rompe.

—Daniel, no permitas que le pase nada, por favor.

—¿A quién? —le pregunta confundido.

—Al bebé, es el bebé de Olly, por favor, que no le pase nada.

Giro la cabeza hacia los asientos de atrás. Sara está tumbada con la cabeza en las piernas de su hermano y encogida en posición fetal. Desde el otro extremo, Olivia le acaricia las piernas. Está descalza. No le hemos puestos los zapatos. Lleva unos calcetines rosas con rayas grises. «¿Por qué me estoy fijando en sus calcetines?». Daniel me mira con impotencia. Jamás lo había visto así. No sabe qué hacer. Lo único que sabe es que no puede prometerle a su hermana que todo va a salir bien.

—Es mi culpa —dice Sara.

—Shhh, no digas eso —le dice Daniel, mientras le acaricia la cabeza—. No digas eso.

—Ha sido por entrenar tanto, pero yo no lo sabía, no sabía que estaba embarazada. De haberlo sabido, jamás hubiera permitido que le pasara nada. Es el hijo de Olly.

—Shhh, tranquila, Sara.

—Te prometo que no sabía nada...

—Ya lo sé.

—¿Qué he hecho, Daniel?

—Shhh, no has hecho nada. Vas a estar bien.

Tengo que girar la cabeza porque no puedo aguantar más las lágrimas. Will me mira y me aprieta la rodilla en señal de apoyo.

—Will, ve más rápido, joder —le suplica Daniel.

—No puedo ir más rápido. Estamos al límite. Llegamos enseguida, solo... aguantad un poco más.

¿Aguantar el qué? Sara sigue con las piernas cerradas y acariciándose el estómago.

Llegamos al hospital. Y lo odio. Odio este edificio. Aquí es donde Sara estuvo un mes en coma. Y otra vez estamos aquí. Y otra vez por Sara. Will y yo salimos del coche y ayudamos a Daniel a sacar a su hermana con cuidado. La vuelve a coger en brazos y la lleva a urgencias.

Entramos y el padre de Natalie nos está esperando. Colocan a Sara en una silla de ruedas y se la llevan por el pasillo.

—Doctor Murray —grita Daniel cuando se da cuenta de que se llevan a su hermana sin dar explicaciones—, ¿a dónde la lleváis?

—Tranquilo, Daniel, vamos a ocuparnos de ella, id a la sala de espera y esperad allí a tu padre.

¿A su padre? Daniel ve la sorpresa en mis ojos.

—He avisado a mi padre y al doctor Murray de lo que pasaba mientras iba

de camino al colegio.

Claro, Daniel (casi) siempre sabe lo que hay que hacer. Y siempre se anticipa.

Daniel

No tengo ni idea de lo que tengo que hacer. Me siento perdido. Actúo por impulsos. Esto es... joder, no me lo esperaba. ¿Mi hermana embarazada? ¿De Aston? «Te mantendré informado de los avances con tu hermana», me dijo. Capullo. Ya veo cómo me has mantenido informado. Aparto el pensamiento de la cabeza, ahora lo más importante es que Sara esté bien.

Nos sentamos en la sala de espera. Yo me siento y me levanto ni sé las veces. Doy vueltas, pero soy incapaz de acabar con mi nerviosismo. Lo que más me preocupa es que mi hermana pueda estar sufriendo. Que le duela. Tenía muy mal aspecto. Joder. Cierro los ojos y rezo para que pronto esté bien.

Un teléfono móvil retumba en el silencio de la insípida sala. Odio esta sala. Y no me puedo creer que otra vez esté aquí. Creo que odio todas las putas salas de urgencias de cualquier hospital.

Pear saca el teléfono de su pantalón y contesta.

—¿Oliver? Por fin.

¿Oliver? Joder, cuando he llamado a mi padre y al doctor Murray para ponerlos en antecedentes de lo que había pasado ni se me ha pasado por la cabeza que había un posible padre al que también había que informar. Lo único que he pensado es que se trataría de algún gilipollas con el que se acostó mi hermana y del que no ha vuelto a saber nada. De ahí que tuviera ganas de matarlo. ¿Cómo cojones iba a imaginarme que mi hermana tenía una relación? ¿Por qué no me ha contado nada? ¿Por qué no lo han hecho ninguno de los dos?

—Escúchame, ha pasado algo.

Pear abandona la habitación. No entiendo para qué. El pastel se ha descubierto. No tiene que buscar intimidad para tratar con el gilipollas de Aston. Puede hablar delante de nosotros. A cada segundo que pasa, y que Pear no aparece por la puerta, me hierve más la sangre. Cuando regresa minutos después, la acuso con la mirada. ¿De qué la acuso? De todo, joder.

—Olly ya lo sabe, está... está muy preocupado por Sara. Va camino del aeropuerto para coger el primer avión que salga para Edimburgo.

—Me importa una mierda lo que haga o deje de hacer.

—Daniel...

—¿¿Qué?? —Estoy seguro de que iba a defender a su amigo, por eso la he frenado. No quiero saber nada.

Pear me mira de arriba abajo. Se para a la altura de mi abdomen.

—Tienes sangre en la sudadera. Ven, te ayudo a quitártela.

Ya no aguanto más. Exploto. Me importa una mierda estar en una sala de espera y me importa una mierda que Will y Olivia nos estén escuchando.

—¿Y tú pretendes ser mi pareja? ¿Así es como crees que funcionan las parejas? ¿Ocultándose cosas? ¿Cosas como esta? —Señalo, ofuscado, a nuestro alrededor.

—Daniel, es la vida de tu hermana, yo ahí no puedo entrar. Si ella no quería decírtelo...

—¡Y una mierda! Tú mejor que nadie sabes lo importante que es mi hermana para mí. Deberías habérmelo contado. ¡Y luego haberle dicho a ella que me lo habías dicho! ¡Y si se enfada que se joda! ¡Por no habérmelo contado ella!

—Daniel, lo siento.

—¿Cómo coño quieres que confíe en ti? ¿¿CÓMO??

—Daniel, yo...

—Déjalo. No quiero discutir. Ahora no, Pear.

—¡Ahora sí, Daniel! —Me sobresalto por el grito de Pear—. ¡Estoy harta de tu actitud! Si no estuvieras tan cerrado a todo el mundo, tu propia hermana te lo hubiera contado. Pero jamás la has dejado acercarse. A nadie. Ni siquiera a ella. Puede que tú la quieras, pero nunca has dejado que ella te quiera a ti. Ni tampoco me has dejado a mí.

Estoy a punto de contestar, pero no merece la pena. No es verdad lo que está diciendo. No es verdad.

—Chicos —nos dice Will —, ahora no es el momento. Ya lo arreglaréis más tarde.

Nos sentamos cada uno en un extremo de la sala y esperamos. Escondo la cabeza entre las rodillas. Odio esperar.

Una hora después, seguimos sin noticias. Estoy empezando a impacientarme cuando veo a mi padre aparecer por la puerta. Joder, y no viene solo, mi hermano Alex y los padres de Oliver vienen con él. No lo entiendo, ¿mi padre sabía lo de Sara y Oliver?

—Daniel, ¿dónde está tu hermana? ¿Cómo está? —me pregunta en cuanto me ve. Me levanto de la silla y me acerco a él.

—Está con el doctor Murray, llevamos una hora esperando noticias. —No

puedo evitar hacer la siguiente pregunta—. ¿Qué hacéis todos aquí?

—Estábamos juntos cuando me has llamado.

Genial, la puta familia feliz siempre unida. De modo que no tienen ni idea de nada. Los Aston se van a llevar una buena sorpresa.

—¿Cómo es posible que esté pasando esto? ¿Cómo es posible que tu hermana esté embarazada? ¿Tú lo sabías?

—No.

—¿Qué coño pasa contigo, Daniel? ¿Cómo puede ser que no tengas ni idea de lo que le pasa a tu hermana?

¿Ahora la culpa es mía? ¿La culpa de que mi hermana no me cuente lo que pasa por su vida es mía? Una vocecita interior me dice que sí, y me recuerda las palabras de Pear: *Puede que tú la quieras, pero nunca has dejado que ella te quiera a ti. Ni tampoco me has dejado a mí.*

—¿Qué coño quieres que te diga?!

Laura Aston se acerca a mi padre.

—John, tranquilízate, Daniel no tiene la culpa. Lo importante ahora es saber cómo está Sara.

—¿Quién ha sido? —me pregunta mi padre. Otro que tiene ganas de matar a alguien.

Ahí está la pregunta del millón. Si mi hermana no quería que la familia supiese lo suyo con Aston... es tarde. Esto es imparable.

—Su novio.

—Sara no tiene novio —me parafrasea mi padre.

—Al parecer sí lo tiene.

—¿Lo conocemos? ¿Cómo se llama?

Ahí va.

—Oliver.

La madre del susodicho pega un grito ahogado y se tapa la boca con las manos. Sí, Laura, es muy probable que en este instante estés perdiendo a tu primer nieto. Y vas a tener la gran suerte de presenciarlo. Mi padre y el padre de Oliver no reaccionan.

—¿Oliver? No conozco a ningún Oliver. ¿Cómo se apellida?

«Joder, ¿cómo puede ser tan obtuso?».

—Papá... —comienza a explicarle mi hermano Alex. Lo interrumpo con la mano y le pido con la mirada que me deje a mí continuar.

Me acerco más a mi padre y le hablo despacio, a ver si ahora me entiende.

—Aston, papá. Oliver Aston.

Jaque mate.

—¿Cómo? ¿Oliver? ¿Nuestro Oliver? No puede ser... ¿estás seguro?

—Bastante seguro, papá. Llevan meses saliendo juntos, o quizá debería de decir años, no lo sé.

—¿Años? Eso es imposible.

—¿Mi hijo? —pregunta el padre de Oliver—. ¿El novio de Sara? Pero si solo son amigos. Son como hermanos.

«Sí, ya, hermanos. Hermanos, mi abuela».

—Eric, tu hijo está enamorado de Sara desde los nueve años —le dice su mujer.

—¿Tú lo sabías? —le pregunta de vuelta.

—No sabía que estaban juntos, pero sí conocía los sentimientos de tu hijo por Sara.

—¿Habéis hablado con él? Hay que avisarlo —dice mi padre.

—Lo he llamado yo desde el coche... para que supiera que Sara estaba en el hospital... Está en Londres y... no me ha contestado —dice Laura, impactada aún por la noticia—. Voy a intentarlo de nuevo.

Abandona la sala para intentar hablar con su querido hijo pequeño.

—¿Qué pasa, papá? —le digo cabreado a mi padre—. ¿Hemos pasado de «quiero matar a quien le haya hecho esto a mi hija» a «tenemos que avisarlo para que esté aquí con ella»?

—Daniel, Oliver Aston adora a tu hermana. Y, si están juntos, él tiene que saberlo, tiene que estar aquí con ella. Además, piensa en tu hermana. ¿A quién crees que necesita?

Joder, cómo me escuecen esas palabras.

Laura entra de nuevo a la sala y nos explica que el teléfono de su hijo está apagado. Lo más probable es que ya esté subido en un avión.

—No sé qué ha podido pasar, se habrán descuidado. Oliver sería incapaz de hacerle daño.

Si yo te contara... pero, claro, como es don perfecto Oliver Aston... De puta madre. Por suerte para todos nosotros, el doctor Murray aparece por la sala de espera. Joder, por fin.

—¿Cómo está Sara? —le pregunta mi padre.

—Ha tenido un aborto. Lo siento mucho.

«¿Y mi hermana? ¿Cómo está ella?». Es lo único que me importa.

—¿Cómo se encuentra ella? —pregunta Laura, quitándome las palabras de la boca. Yo soy incapaz de hablar.

—Físicamente bien, nos hemos ocupado de ello. Y de ánimo... regular. Se echa la culpa y... va a necesitar mucho apoyo por vuestra parte. ¿Dónde está el padre?

Murray echa un vistazo por toda la sala y, antes de que nos dé tiempo a explicarle nada, toma sus propias conclusiones.

—¿Qué os ha pasado? —pregunta, dirigiéndose a Will—. ¿Habéis tenido un descuido?

Oh, joder. Entiendo que haya podido ser lo primero que se planteara Murray porque ha visto durante toda nuestra época escolar a Will y Sara juntos, pero es que... no me jodas.

—¿Qué? —le responde mi amigo, alucinado. Hasta que se da cuenta de lo que sucede—. No es mío.

Murray se descoloca durante unos segundos.

—Perdona, como siempre habéis estado juntos y te he visto aquí...

—No siempre hemos estado juntos.

—Perdóname, otra vez.

El incómodo momento se ve invadido, de nuevo, por el sonido de un teléfono móvil.

—Es Oliver —nos comunica Laura Aston antes de descolgar—. Hijo... sí, lo sé, estamos en el hospital... Olly, tranquilízate...

Sale de la sala y perdemos el hilo de la conversación.

—¿Podemos entrar a verla? —le pregunta mi padre al doctor.

—Sí, pero no la atosiguéis, por favor. Está pasando por un momento muy delicado.

—Papá, déjame entrar a mí primero —le suplico a mi padre.

—Daniel...

—Por favor, quiero estar a solas un momento con ella. Solo van a ser cinco minutos.

—Está bien, pero no la alteres, por favor.

Niego con la cabeza. A veces tengo la sensación de que mi propio padre no me conoce. *Eso es porque no les dejas entrar, a nadie. Ni siquiera a Sara.* Recuerdo de nuevo las palabras de Pear.

Murray me acompaña a la habitación que le han asignado a mi hermana. Abre la puerta y me indica con la mano que pase. Entro y la cierro con cuidado. Miro a mi hermana. Está tumbada en la cama y tiene los ojos cerrados, pero los abre en cuanto siente que alguien ha entrado en la habitación. Parece tan... pequeña. Me acerco a la cama y le cojo la mano.

—¿Cómo estás? Y no me refiero a psicológicamente. ¿Te duele algo? Porque aquí tienen pastillas para todo, Sara, no tienes que sufrir.

—Tranquilo, físicamente estoy bien.

Bien, una cosa menos. Acercó una de las sillas, la que más a mano tengo, y me siento sin soltarle la mano.

—¿Y de lo otro?

No me contesta, pero la expresión de dolor que inunda su rostro me lo dice todo.

—Sara.

Y entonces rompe a llorar. Oh, Sara. Me acerco más y la abrazo con fuerza.

—No llores, por favor. No llores y escúchame. Sara, escúchame. Las cosas no suceden al azar, todo en esta jodida vida ocurre por una razón y, si ahora nos ha ocurrido esto, es porque no era el momento. No lo era, Sara. Pero llegará, llegará cuando tenga que llegar. —Joder, soy un orador pésimo, pero la intención es lo que cuenta—. Te quedarás embarazada dentro de un mes, o de un año, o de diez y tendrás una niña preciosa, porque estoy seguro de que va a ser niña, todos tus hijos serán niñas y Aston estará bien jodido —al menos he conseguido que se ría—, y esa niña va a ser la más guapa del mundo, a pesar del padre que has elegido, porque se parecerá a ti, y será la más querida. Y, entonces, solo entonces, tú dejarás de ser la niña de mis ojos y ella ocupará tu lugar.

—Daniel...

—Te quiero, Sara. Y siempre voy a estar a tu lado. Deja de ocultarme cosas, por favor.

—Olly te lo quería contar.

La miro extrañado.

—¿Contarme el qué?

—Que estamos juntos. Me ha insistido un par de veces, pero yo no quería que se supiera. Tenía miedo de que, si no funcionaba, se montara un revuelo entre las familias.

—¿Y por qué me lo cuentas?

—Porque me da la sensación de que se ha vuelto a abrir una brecha entre vosotros y no quiero que eso pase. Me afecta más de lo que crees.

—No te preocupes por eso ahora.

—Necesito que lo aceptes, Daniel. Es importante para mí.

—Sara, hace mucho que lo hice, es solo que me divierte hacerlo rabiar.

Le doy un beso en la cabeza y justo entran todos los demás en la habitación.

Lo que pudo ser... y no fue

Se abre la puerta y veo cómo entra mi familia y la de Oliver. Todos con expresiones de preocupación en sus rostros. Preocupación por mi bienestar. Yo siento dolor. Sé que mi hermano tiene razón, que no era el momento. Ni siquiera ha sido algo planeado, pero ha pasado. Y era algo tan bonito y tan nuestro que no puedo evitar sentir esta tristeza. Y, sobre todo, esta culpabilidad.

No dejo de pensar que si no hubiera hecho tanto ejercicio... Las lágrimas se agolpan bajo mis párpados y tengo que hacer un esfuerzo titánico para no dejarlas caer. Le aprieto la mano a mi hermano. Aún las tenemos unidas. Es mi apoyo, porque aunque me encuentre tumbada en una cama, siento que si él no me sujetara la mano, me caería.

—Hija.

Mi padre es el primero en acercarse a mí. Se inclina sobre la cama y me abraza. Sin embargo, no encuentro consuelo en su abrazo. No son sus brazos los que necesito. Daniel continúa sin soltarme la mano. Puede que lo haya intentado, no lo sé, pero me aferro a él tan fuerte que, aunque lo haya hecho, es imposible que lo consiga.

Cuando mi padre se incorpora, Alex viene a darme un beso. Nada más. Sabe que estoy a punto de echarme a llorar, por eso mantiene las distancias. Se lo agradezco.

—Hija.

Cierro los ojos. El segundo *hija* en dos minutos. Y en esta ocasión no ha salido de la boca de mi padre. Ha sido Laura. Me siento incómoda. No creo que sea merecedora de tal apelación después de lo que ha sucedido. Le he ocultado que estaba saliendo con su hijo, le he ocultado que ese hijo es la persona a la que más quiero en la vida y he provocado, con mis ansias de ser la de antaño sobre la pista, que nuestro hij... Detengo el rumbo de mis pensamientos.

Abro los ojos. Laura está a mi lado. Me aparta el cabello de la frente y me acaricia la cabeza. No conecto con su mirada. No puedo. Me siento demasiado culpable. Por todo.

El doctor Murray entra en la anodina habitación y nos explica que es

mejor que pase la noche en el hospital. Mañana por la mañana quiere hacerme una revisión para asegurarse de que todo está bien. *Que todo está bien.* No, nada está bien. Se marcha. Solo. Porque nadie más abandona mi habitación a pesar de lo incómodo que me resulta el momento. Quiero desahogarme, quiero llorar y, con ellos aquí, no puedo.

Un par de horas después, seguimos en la misma posición. Las conversaciones en la habitación se suceden las unas a las otras. Intentan animarme, pero no sé de qué hablan. No estoy atendiendo. Me cuidan y me ofrecen de todo, pero no pueden darme lo que necesito.

Hasta que...

La puerta de la habitación se abre de nuevo. Levanto la mirada, con el corazón palpitando con fuerza en mi pecho, porque él sabe quién está en el umbral. Mi corazón siempre ha sido muy listo, a pesar de que una y otra vez me he empeñado en no hacerle caso.

—Olly...

Oliver entra en la habitación como una exhalación. Se acerca a mí y se inclina para arroparme entre sus brazos. En un solo segundo me llega su calor, su olor. Su presencia lo inunda todo. Todos los vacíos que había hasta ahora.

Entonces sí. Rompo a llorar.

—Shh... estoy aquí. Todo está bien, tú estás bien y eso es lo importante.

—Nos quedamos abrazados y el mundo desaparece. Siempre que estoy junto a él, desaparece.

—*Vamos a dejarlos solos. Necesitan intimidad.*

—*Ni de coña. Yo me quedo.*

—*No, Adam.*

—*Si él se queda, yo también.*

—*No, Daniel. Ni uno ni otro. Necesitan estar solos. Luego entráis de nuevo.*

—*Adam... vamos.*

—*Daniel... tú también.*

Cuando Oliver y yo nos separamos, estamos solos. Me sujeta las mejillas con sus dedos y me limpia las lágrimas. Acercó mis manos a su rostro y limpio las suyas.

—Lo siento, ha sido culpa mía. Lo siento.

—No digas eso, me matas por dentro. No ha sido culpa tuya, ha pasado porque tenía que pasar.

—Quizá si no hubiera entrenado tanto...

—Shhh... —Me silencia con su dedo—. Eres lo que más quiero en la vida, Sara. No era el momento. No busques más motivos. Somos muy jóvenes, llegará cuando tenga que llegar.

No era el momento. Es lo mismo que me ha dicho Daniel. Quiero creer que es así, pero esta desazón que siento... La puerta se abre. No han pasado ni cinco minutos desde que nos hemos quedado solos.

—Hola.

Adam ha vuelto.

—Les he dado esquinazo a vuestros padres, no sé cuánto tardaran en encontrarme.

Nos reímos y alargo el brazo para que Adam se acerque. No debería haberse ido. Él es parte de nosotros.

Media hora después, entran todos de nuevo y nos encuentran a los tres en mi minúscula cama. Oliver está a mi izquierda. Tengo casi todo el cuerpo encima del suyo. Mis sollozos se pierden en la curvatura de su cuello. Adam está tumbado a mi derecha, sujetándome la mano y acariciándome con el pulgar.

Marco y Brian se acercan a abrazarme. Pear y Olivia me cubren de besos y Nick llega en el último momento con mi hermana Kate; ha debido de pasar a buscarla. No soy demasiado consciente de lo que pasa a mi alrededor. Kate viene a la cama en cuanto me ve. Me abraza y me dice que lo siente. Nick se queda de pie en medio de la habitación, junto a sus padres.

—Hola, familia. ¿Qué tal, cuñada? —me pregunta guiñándome un ojo—. Me han dicho que han descubierto vuestro encantador romance.

—¿Tú lo sabías? —le pregunta mi hermano.

—¿Tú no? —le responde con fingida superioridad.

Daniel gruñe.

—¿Desde cuándo lo sabes? —le pregunta mi hermano Alex a Nick.

Ninguno nos esperamos lo que dice a continuación.

—Desde —mira al techo mientras piensa— septiembre de 2001. Sí, eso es. Sucedió una noche en las pizarras del *Crowden*. ¿Queréis que os cuente la historia?

Se acerca a mi lado y me da un beso en la cabeza.

—Bienvenida a la familia.

Después de un largo rato, el doctor viene a decirnos que necesito descansar y que no puede haber tanta gente en la habitación. No consiguen

convencer a Oliver y Adam para que salgan un rato a comer algo. Que van a pasar la noche conmigo es un hecho. Les pido que me traigan algunas cosas de la cafetería y así los obligo a que salgan. Aun así, no lo hacen hasta que ven que me quedo adormilada.

Me despierto y veo que Laura está sentada a mi lado, velando por mí. Carraspeo y hablo.

—Lo siento —le digo.

Veo que pone cara de no entenderme. Intento explicarme.

—Siento no haberte hablado antes de mi relación con Oliver. Me daba miedo. Con todo lo que hemos pasado...

—No tienes nada que sentir, cariño. Al contrario, si decidisteis no contarle es porque teníais vuestras razones. Oliver y tú sois perfectos el uno para el otro. Y me alegro muchísimo, por los dos. Por él, porque es mi hijo, y soy consciente de lo... complicado que es. Por ti, porque te quiero como a una hija y sé que Oliver te va a hacer feliz. Siempre habéis tenido un... algo especial. Siempre lo he visto. Pero tenía que dejar que volarais solos, por eso nunca os he sacado el tema.

Agradezco sus palabras y nuestra conversación se ve interrumpida por una nueva visita. La puerta se abre y tras ella aparece... ¿Will?

—Hola, Sara.

—¡Will! Hola.

Me sorprendo por verlo aquí. Recuerdo que estaba con mi hermano cuando vino a recogerme a la pista. Estaba tan afectada que no reparaba en nada que no fuera intentar que no... que no sucediera lo que al final ocurrió.

—Os dejo solos —nos dice Laura antes de abandonar la habitación.

Will carraspea y titubea antes de hablar.

—Te sorprenderás de verme aquí. —Asiento con la cabeza—. Yo también lo hago. Pero ya que estoy aquí... no quería irme sin... sin pedirte disculpas por lo que te dije la última vez que nos vimos.

Me acuerdo de esa última vez, fue en el portal de las oficinas de Adam.

—Me equivoqué. Lo siento, nunca debí haberte hablado así. Con esto que ha pasado lo he entendido todo. Te he visto sufrir como nunca en la vida por la amenaza de perder a un hijo de él. Era por lo que más llorabas mientras veníamos en el coche, porque era de él. De los dos. Te hacía feliz. Oliver siempre te ha hecho feliz de una manera que yo jamás he conseguido. Os complementáis. Y siempre lo has antepuesto a mí.

—Eso deberías habérselo dicho a él hace tiempo. Nos habríamos ahorrado

mucho —reconozco para mí misma, aunque lo expreso en alto.

Suspiro. Y me alegro de que, dentro de toda esta tragedia, la vida me dé la oportunidad de acabar bien las cosas con Will. De explicarme, si es que acaso mi comportamiento tiene explicación. Que creo que sí la tiene. Que sea lícita o no... es otro asunto, pero he aprendido que los errores que he cometido me han ayudado a ser lo que soy ahora y, sobre todo, me han ayudado a saber lo que quiero, a quién quiero, y a luchar con uñas y dientes por ello.

—Yo te quise, Will. Quiero que lo sepas. Al principio me gustabas, me atraías, me volvías loca y llegué a quererte. El beso que me diste en la pista de hielo, ese primer beso, es el mejor primer beso de la historia y quedará para siempre guardado en mi corazón. Pero Oliver siempre ha estado aquí dentro —me señalo el corazón— y era cuestión de tiempo que saliera. Ya estaba enamorada de él antes de ese beso, y no importa lo que hiciéramos, mi amor por él acabaría aplastándonos.

—Lo sé. Sé que me quisiste.

—Gracias. Gracias por creerme.

—Te deseo que seas feliz, Sarita —me lo dice de forma cariñosa—. Te lo mereces.

—Gracias, Will. Tú también.

En ese momento en que Will está a punto de marcharse, Oliver entra en la habitación. Se extraña al verlo aquí, no se lo esperaba. Podría haber empezado a cuestionar su presencia... sin embargo, su comportamiento me sorprende.

—Hola, Will —lo saluda con amabilidad. Aunque hay un pequeño deje de... ¿satisfacción?

—Hola. Tranquilo, no he venido a robarte a tu chica.

—Tampoco podrías —afirma con seguridad.

Will sonrío y sigue hablando.

—Yo ya me iba, estaba con Dan cuando ocurrió todo y... solo quería despedirme.

—Gracias por ayudarla.

—De nada. Cuídala.

Cuando se cierra la puerta, Oliver viene a mi lado.

—Eres un gallito —le recrimino.

—Bah, apenas. Y, además, ha empezado él —me dice dándome un beso—. Mira lo que te he traído. —Abre una bolsa de plástico que lleva en la mano y saca un donut de chocolate.

En mitad de la degustación de esa delicia, Daniel y Adam entran en la habitación. Discuten entre los tres sobre cómo vamos a apañarnos para dormir, teniendo en cuenta que solo hay una cama estrecha y un sillón uniplaza. Ellos solos encuentran la solución.

—Esto era mucho más sencillo cuando solo éramos los tres mosqueteros. D'Artagnan no hace más que complicar la logística —se queja Adam, refiriéndose a mi hermano.

—Pues te jodes —le contesta D'Artagnan.

Paso la noche con los tres. Con las tres personas que más amo en la vida. Y la amarga noche que me esperaba se convierte en algo... mejor. En algo bonito. Especial. Familiar.

Te quiero para toda la vida

Dos semanas después.

Decidimos irnos unos días de vacaciones a Los Ángeles para desconectar después de lo ocurrido. Físicamente, me encuentro recuperada, y de ánimo... estoy mucho mejor. Estamos en julio, y Oliver tiene vacaciones en la universidad hasta septiembre, por lo que hemos comprado el vuelo de ida, pero no el de vuelta. Así son los mejores viajes. Adam nos ha dicho que en unas semanas se une a nosotros.

En el preciso instante en que salimos del avión y olemos el ambiente... los dos lo sentimos. Huele a nosotros, a nuestra historia de amor. No habíamos vuelto a Los Ángeles desde entonces. Y es tan reconfortante estar aquí de nuevo... Sonreímos y nos cogemos de la mano. Recogemos el escaso equipaje que llevamos y pillamos un taxi que nos lleva a la casa de mis abuelos. A aquella casa que fue testigo de todo.

Las primeras semanas las pasamos muy tranquilos: vemos la tele, paseamos por la playa, nos bañamos, intentamos cocinar para alimentarnos...

A partir de la tercera semana, las cosas comienzan a cambiar. Necesito movimiento, acción. La tranquilidad está muy bien, pero no es para mí.

Regreso de uno de mis paseos matutinos en solitario por la playa. Me gusta salir sola de vez en cuando, pasear y darme un baño. Entro en casa y me encuentro a Oliver tumbado en el sofá, vestido solo con unas bermudas y leyendo un libro. Qué apetecible. No hemos mantenido relaciones sexuales desde que sucedió... aquello. He hablado hace unos minutos con mi médico y me ha dicho que podemos recuperar nuestra vida sexual sin problemas. Está tan relajado que casi hasta me da pena molestarlo. Casi.

—Hola, nene —lo saludo, mientras dejo las cosas de la playa encima de la mesa.

—Hola —me responde, levantando un microsegundo los ojos del libro.

Me acerco al sofá y me tumbo encima de él. Le quito el libro de las manos y lo tiro al suelo sin miramientos.

—Hola —repito.

—Hola —me responde seductor.

Lo beso en los labios y en la mandíbula. En el cuello y en el pecho. Y voy bajando...

—Tienes el bikini húmedo.

—No solo es el bikini... —lo informo, coqueta, mientras le desabrocho el cordón de las bermudas.

—Nena... —me advierte.

—Estoy bien. —Levanto la cabeza y sujeto la suya con las manos. Lo miro a los ojos—. Estoy bien.

Asiente con la cabeza y me agarra del trasero para frotarme con su cuerpo. Se incorpora hasta que quedamos sentados, yo encima de él. Enredo los dedos en su pelo y lo beso en la boca. Oliver me abraza la cintura y me acaricia la espalda hasta llegar a los cordones de mi bikini. Los suelta, y el escaso trozo de tela cae sobre mi regazo. Hunde la cabeza en mis pechos y yo me arqueo del placer. Le tiro del cabello y nuestros gemidos se entrelazan.

«Oh, sí. Allá vamos otra vez».

Por la noche, vamos a un local nuevo que han abierto en la ciudad a tomar algo. Unos amigos nos han comentado que hay karaoke e incluso un piano y algún instrumento más, por si algún espontáneo se anima a interpretar algo en vivo y en directo. Música y bar. No necesitamos más incentivos para ser los primeros clientes.

El local es bastante pequeño, familiar. La barra está a la derecha y las mesas a la izquierda. Al fondo, hay un pequeñísimo escenario con un piano, una guitarra y un micrófono. Nos sentamos en la barra y pedimos un par de combinados. Miramos en derredor; para ser la primera semana de apertura, hay bastante ambiente. Nos tomamos las consumiciones mientras charlamos divertidos. El bar comienza a llenarse y nos animamos todavía más. Pedimos otra ronda. Al final, salimos de aquí a cuatro patas, lo veo venir.

Miro hacia el fondo, hacia el karaoke. Está muy solo. Nadie canta. Da hasta pena. Se me ocurre una pésima idea. Bebo con avidez sabiendo lo que estoy a punto de hacer. Doy un beso a mi novio en los labios y me levanto para hablar con el camarero, que está en el otro extremo de la barra.

—¿Dónde vas? —me pregunta Oliver, sorprendido por mi arrebato.

—Ahora lo verás.

Me acerco al camarero y le pregunto sobre el karaoke. Se muestra entusiasmado con que sea la primera valiente en utilizarlo. Me da una lista con las canciones de las que disponen. Le echo un vistazo. Mmm... hay

varias opciones interesantes. Sigo ojeando los temas por encima, pensando que no sé por cuál de todos me voy a decidir, cuando... la veo. Es como un flechazo. Miro a Oliver, que me observa con la frente arrugada, y sonrío. Informo al camarero sobre mi elección y me dirijo al escenario.

«Ay, madre».

Vuelvo sobre mis pasos y pido un chupito al camarero. Me lo tomo y me subo apresurada al escenario. Cuanto antes, mejor. Me acerco al micrófono y compruebo que está encendido. No quiero que me suceda lo mismo que a Bridget Jones.

—Buenas noches.

Todas las cabezas se giran y me observan curiosos. «Mierda». Quizá no tendría que haber saludado. Miro al camarero y le digo *adelante* con la cabeza. Empieza la música. «Tierra trágame». He escogido una canción de la banda sonora de la película *Grease 2: Cool Rider*. En ella, Michelle Pfeiffer, la protagonista, le explica al personaje masculino qué es lo que busca en un hombre. Enfoco mi mirada en mi supersorprendido astrofísico y empiezo a cantar (con tembleque en la voz):

*If you really want to know.
What I want in a guy.
Well, I'm looking for a dream on a mean machine.
With hell in his eyes.
I want a devil in skin tight leather.
He's gonna be wild as the wind
And one fine night I'll be holdin' on tight*

...

El público se vuelve loco, la canción es pegadiza, y Olly se muere de la risa. Y, claro, yo me vengo arriba. Y me deja de temblar la voz. Mientras todos dan palmadas yo me muevo al son de la melodía. Incluso me atrevo a imitar los pasos de Michelle en la película. Para cuando termino, el local entero explota en vítores y aplausos. Me bajo del escenario con ganas de beber otro chupito para pasar el trago, y corro a los brazos de mi novio, que me espera descojonándose de la risa.

—No puedo dejarte beber, nena. Me descuido y mira la que organizas.

En lo que me despisto para pedir la bebida, Oliver desaparece. Y luego habla él de descuidarse... Lo busco por el local. Lo encuentro. Está en el

escenario, sentado al piano, hablando con el camarero. ¿Qué va a hacer? Se levanta de la banqueta mientras el camarero desaparece por una puerta y se acerca al micrófono.

—Hola a todos. Necesito a alguien que sepa tocar el piano.

Los murmullos se extienden por la sala. Una persona levanta la mano, con duda. Es un chico joven, más o menos de nuestra edad. Oliver sonrío y lo invita a unirse a él. Se sube al escenario y hablan entre ellos. El camarero reaparece con unos papeles entre las manos. Hablan entre ellos y observan los papeles hasta que Oliver se sienta al piano y el chico se sitúa a su lado. Comienzan a sonar las primeras notas de la mano de Olly:

Let It Be. Los Beatles. «¡Oh!». Un escalofrío me recorre el cuerpo, uno de los buenos. Y un recuerdo me viene a la cabeza:

—*Si quieres que cuando escuche los Beatles piense en ti, cántame tú una canción que sea de ellos y haz que sea memorable.*

—*Eso está hecho, nena. Encontraré el momento.*

Haz que sea memorable, le dije. Y si ahora mismo el corazón quiere salirse del pecho es porque intuye que lo que va a pasar a continuación va a ser muy memorable. Mi cabeza aún no lo sabe, ni se lo imagina, pero el corazón sí.

Oliver comienza a cantar:

When I find myself in times of trouble.

Mother Mary comes to me.

Speaking words of wisdom, let it be.

...

Tan solo canta un par de estrofas y se levanta del taburete. El chico toma su lugar y empieza a tocar el piano mientras Oliver coge el micrófono con la mano y se baja del escenario. En ningún momento deja de cantar. El corazón me late muy rápido. Demonios, cada vez más rápido. El sonido me retumba en los oídos.

Se queda quieto, cerca del escenario.

Let it be, let it be.

Let it be, let it be.

Yeah there will be an answer, let it be.

...

Estoy paralizada, sentada en mi taburete. Oliver se aleja, despacio, del escenario y se acerca un poquito a mí. A la vez que canta, tiene la sonrisa más enorme del mundo. Y yo, dentro de toda mi excitación, creo que también sonrío. Y tiemblo. Me levanto de mi asiento. Él se acerca más.

Deja de cantar. Pero la música sigue sonando. El chico al piano no se detiene. Oliver me mira... me mira con una mirada que... que me estremece. Se encuentra a mitad de camino entre el escenario y mi posición. En medio del local.

Me acerco más a él. Y él, otro poquito más. Nos quedamos a medio metro de distancia. La gente, a nuestro alrededor, mueve las mesas y las sillas en las que están sentados para darnos espacio. Y también algo más de intimidad.

«¿Qué vas a hacer, Olly?».

Cuando creo que va a decir algo, parece pensárselo mejor. Arruga la frente y mira alrededor buscando algo. Deja el micrófono encima de una mesa y echa un vistazo general. Parece no dar con lo que necesita. Se palpa los pantalones y mete la mano en uno de los bolsillos hasta que saca el llavero de las llaves. Con evidente nerviosismo, arranca las llaves hasta quedarse solo con la pequeña arandela del llavero y se acerca a mí del todo. Me coge la mano.

—Hola, nena.

—Hola, rubiales.

Los dos nos reímos. Escuchamos el murmullo de las conversaciones de alrededor. Todos hablan bajito, supongo que para no perder detalle de nuestra conversación.

—Después de todo lo que hemos vivido... hemos llegado hasta aquí.

—No nos hemos aburrido, ¿verdad?

—No, contigo nunca me aburro, ojitos azules.

—Y eso que en un primer momento no te gusté.

—No —se carcajea—, pero solo fue el primer minuto.

—Alguno más, diría yo.

—Puede que un par más, pero todos los días doy gracias al universo por hacer que Adam se fijara en ti. Y que te invitara aquel día a venir con nosotros en las bicis.

—Te hubiera atrapado de todas maneras, Oliver Atom.

—Eso no lo dudo. ¿Sabes que aquel día no dejé de observarte ni un segundo? Me fascinabas a la vez que me aterrabas.

—Me mirabas mal.

Volvemos a reír. Sus dedos, nerviosos, acarician mi mano.

—Sí, supe desde el primer momento que ibas a ocasionarme muchos quebraderos de cabeza. Recuerdo hasta la ropa que llevabas puesta. ¿Cómo es posible? Teníamos nueve años.

Suspiro.

—¿Te refieres a la ropa que no dudé en quitarme a los pocos minutos de conocernos? Yo sí que sé entablar amistades.

Nos quedamos en silencio. Yo también me pregunto cómo es posible recordar ese tipo de detalles dieciséis años después. No comprendo cómo es capaz de recordarlo, solo sé que...

—Tu camiseta blanca y tu sudadera granate cayeron encima de mi ropa.

Oliver abre los ojos ante mi última confesión. «Sí, yo también lo recuerdo, rubiales».

—Te prometí que lo haría memorable —me dice entonces.

Y entonces... se pone de rodillas. ¡DE RODILLAS! Me da un vuelco el corazón. «Oh, madre mía».

—Olly... —susurro con los ojos anegados en lágrimas. El piano sigue sonando... muy muy suave. Lo suficiente como para que todo el local nos pueda escuchar.

—¿Quieres casarte conmigo, Sara Summers?

Separo los labios al tiempo que contengo el aliento. Oliver me coloca la arandela-anillo en el dedo y me mira a los ojos.

—Sí —respondo con el corazón en la garganta—. ¡Sí! ¡Claro que sí!

Me lanzo a sus brazos y Oliver comienza a darme vueltas. Menos mal que nos han dejado espacio. Cuando volvemos a quedar de pie, uno enfrente del otro, juntamos nuestras frentes.

—Te quiero muchísimo, nena.

—Te quiero muchísimo, nene.

Me besa. Y creo que soy la persona más feliz del mundo. El bar se llena de aplausos. Oliver me coge en volandas y me da vueltas. Hasta que una voz, esa voz, nos interrumpe.

—No os puedo dejar solos.

¿Adam? Nos detenemos y giramos las cabezas. Nuestro mejor amigo, hermano y tercera pieza de nuestro todo, nos mira divertido.

—¡Adam! —Corro a sus brazos.

—Enhorabuena, *Totó* —me susurra al oído mientras me envuelve en sus

brazos. Me suelta y se lanza a los brazos de Oliver. No es un abrazo de amigos, es algo más. Mucho más. Adam, con uno de sus brazos, me agarra y me une a ellos. Nos abrazamos los tres.

—¿Cómo nos has encontrado? —le pregunto cuando nos separamos.

—No importa lo lejos que os vayáis, siempre daré con vosotros.

Nos abrazamos, otra vez, y nos acercamos a la barra a brindar por nosotros.

—¡Ronda gratis para todos! —grita Adam a todo el bar—. ¡Invita el astrofísico!

Cuando llegamos a casa, estamos los tres bastante tocados. Y eufóricos. Y felices. Nos despedimos de Adam en la puerta de nuestra habitación. Entro enfilada hacia la cama mientras me desvisto.

—¿Dónde vas tan rápido? —me pregunta Oliver.

—A quitarme la ropa.

—Ya te la quito yo.

Nos tiramos en la cama y celebramos, entre arrumacos y caricias, lo que estamos a punto de hacer.

—Nos casaremos la semana que viene —me dice entre beso y beso.

—¿Estás loco? Tengo muchas cosas que preparar.

—Solo nos necesitas a Adam, a mí y a un juez de paz.

A la mañana siguiente, mientras Oliver se ducha, me quedo en la cama, pensando. Soy consciente de que, cuando lleguemos a Edimburgo, lo más probable es que la madre de Oliver y mi padre nos obliguen a hacer una fiesta o incluso a volver a casarnos. Pero, ahora, lo único que quiero, y necesito, es que estemos Adam, él y yo. Adam, él y yo rodeados de las personas que nos han acompañado en los momentos más duros y más felices de nuestra vida: nuestros amigos. Pero no puedo obviar a toda mi familia, porque hay a uno de ellos, al que necesito aquí conmigo. Como lo he necesitado durante toda mi vida.

Alcanzo el teléfono, que descansa en la mesita auxiliar, y me acerco a la ventana. Fuera, en la calle, los más madrugadores pasean por la playa. Marco su número.

—¿Sara? ¿Estás bien?

No me he dado cuenta de la hora que es en Edimburgo. Nunca lo llamo a estas horas.

—Daniel. Tengo que pedirte algo.

La boda más bonita del mundo

Una semana después, Daniel cumple a rajatabla con lo que le solicité por teléfono, a pesar de que el *shock* inicial por mi inminente compromiso fue... importante. Tuve que jurarle, perjurarle y poner como prenda mis patines de hielo para que se convenciera de que no era una broma. Y de que necesitaba su ayuda. Y su discreción.

Acudimos al aeropuerto a la hora que nos ha indicado mi hermano y ahí está él, junto con nuestros amigos. No falta ninguno, incluso Natalie ha conseguido venir. Han llegado justo el día antes del enlace.

Antes de decirnos nada, de saludarnos, de comunicarnos, nos abrazamos entusiasmados y saltamos como locos (incluidos Brian y Marco, aunque creo que más por cachondeo que por otra cosa) en medio del aeropuerto.

—Pero ¡qué escandalosos sois, joder! —se queja mi hermano.

—Summers —lo saluda mi prometido con un apretón de manos.

—Aston —le responde mi hermano con los ojos entrecerrados a la vez que le devuelve el apretón.

—Daniel —me acerco a él y lo abrazo con fuerza. Me gustaría transmitirle tantas cosas en este abrazo. Que lo quiero, que lo necesito en mi vida, y que no hubiera podido hacer esto sin él. No, sin él, no.

—Al final me has metido al rarito en la familia... ¿estás segura? Mira que aún estás a tiempo. Yo, si quieres, te ayudo a escapar. —Sonreímos y caminamos abrazados de la cintura hacia la salida del aeropuerto, hasta que mis amigas se meten por medio y nos separan.

—Sara, ¿y el anillo? —me pregunta Pear.

—Aquí está. —Les muestro la pequeña arandela de metal que rodea mi dedo y que me queda algo suelta.

—¿Qué es eso? —me pregunta Olivia.

—La arandela del llavero de Olly.

—¿Y por qué está en tu dedo?

Les relatamos de camino a los taxis toda la historia de la pedida de mano. Hace unos días les contamos por teléfono que nos casábamos, pero no pudimos explicar mucho más porque sus gritos no nos lo permitieron.

—Ohhh, qué romántico. —Todos se ríen de nosotros cuando terminamos

de contar el gran momento, pero desde el cariño.

—Qué bobos sois.

—¿Tan mal te pagan en la universidad, Olly?

—Es el anillo perfecto —les digo, orgullosa de lo que llevo en el dedo.

—Eres todo un conquistador, Aston —le dice Brian mientras le da palmaditas en la espalda.

Llegamos a casa y nos instalamos como buenamente podemos. Durante las siguientes horas, la estancia se convierte en un estallido de gente que va de un lado a otro y de secretos susurrados por todos los rincones. Algo están tramando y no me quieren decir nada, supongo que tendrá que ver con lo que han preparado para mañana. Oliver y Adam se han ocupado de los detalles de la ceremonia, a mí no me han dejado hacer nada, excepto elegir mi vestido. Ni siquiera me han dado una pista de lo que han organizado. Solo me han dicho que a las doce de la mañana esté lista en mi habitación porque Daniel vendrá a buscarme.

Por la tarde, salimos a tomar algo y celebramos todos juntos nuestra despedida de solteros, la de Olly y la mía. Brindamos, bailamos, reímos, soltamos algunas lágrimas (de las buenas) y pasamos nuestras últimas horas antes del... del DÍA (con mayúscula).

Cuando llegamos a casa, las chicas me acompañan a mi dormitorio y me ayudan a ponerme varias trenzas en el cabello. Soy de las que no se adapta a las modernidades. A pesar de que Pear sabe ondular el pelo con las planchas, me he negado. Si quieres un pelo ondulado, pues duermes con trenzas en el pelo. Así lo he hecho siempre y así lo seguiré haciendo.

Al salir del baño, Oliver me observa con lascivia.

—¿Qué es lo que tienes pensado hacer esta noche? Esas trenzas pueden dar mucho juego.

—Calla, bobo, es para mañana.

—Métete en la cama y descansa, Romeo. Mañana es un gran día —le dice Pear.

Las chicas se desternillan de la risa y abandonan la habitación. Nos quedamos los dos solos. Nos quitamos la ropa, nos ponemos los pijamas; yo, una camiseta, y Olly... bueno, Olly se queda solo con los bóxer, y nos metemos en la cama. Nos acostamos de lado y nos miramos a los ojos. Nos reímos como tontos sin decirnos nada, hasta que nos dormimos, hasta el día siguiente.

El día de mi boda me despierto con la mejilla apoyada en el pecho

desnudo de Oliver y con mi brazo rodeándole la cintura. Como una mañana más, me quedo mirándolo embobada. Le paso las yemas de los dedos por los labios y por debajo de la nariz para despertarlo. Oliver arruga la nariz ante mi contacto y abre los ojos.

—Buenos días —me dice con pereza en la mirada de recién despertado.

—Olly, hoy es el día de nuestra boda. Vamos a casarnos.

—Vamos a casarnos —repite. Me envuelve en la calidez de sus brazos y me acaricia el cabello.

—Tengo tantas cosas que hacer que no sé por dónde empezar —pienso en alto.

—Yo sí. Vamos a por nuestro último polvo de solteros.

Me tumba sobre el colchón y hunde la cabeza en mi cuello. Me abre las piernas con las suyas y coloca su evidente erección en mi entrada. Nos mecemos con suavidad mientras nos besamos y acariciamos hasta que se abre paso hacia mi interior. Gimoteo de placer.

—Intenta no gritar, nena, esta casa está llena de gente.

Me río. Me río y me acuerdo de aquella primera mañana que nos levantamos juntos después de hacer el amor por primera vez. Creo que me dijo algo parecido. Levanto las caderas y voy en su busca.

Al final, resulta que no echamos un polvo, sino que hacemos el amor dulcemente. Al terminar, nos quedamos tumbados mirando al techo. Creo que estoy tranquila a pesar de que mi pecho late como loco. Tiro de la mano de Oliver y la coloco a la altura de mi corazón en un intento de que se tranquilice.

—Mira cómo te late el corazón —me dice.

—Eso es por lo que acaba de pasar —le digo, intentando buscar una explicación a este movimiento frenético.

Sujeta mi mano y la coloca en su pecho.

—Entonces el mío también late así por eso.

Sonreímos y nos besamos. Vamos al cuarto de baño a adecentarnos y volvemos a meternos en la cama. La puerta de nuestra habitación se abre. Es Adam. Nuestro amigo el rockero mojabragas, que viene vestido con su pijama de perritos y pelotitas rojas (cortesía de mi abuela).

—¿Qué? Casi os pillo en plena faena, ¿eh? Tranquilos, os tengo más que controlados. Hacedme un sitio.

Adam se sube a la cama y se tumba en medio de los dos. Nos quedamos en silencio. Disfrutando del momento.

—¿Os acordáis de la primera vez que dormimos los tres juntos? —nos pregunta Adam.

—Sí —contestamos Olly y yo al unísono.

—Hasta aquí hemos llegado. Os quiero, tíos.

—Ven aquí. —Oliver y yo nos lanzamos a por nuestra otra mitad, a llenarle el cuerpo de besos y abrazos.

—¡Dejaos de mariconadas! ¡Joder, qué empalagosos sois! ¡Soltadme!

Nos reímos hasta quedarnos sin respiración y hasta que nos duele el estómago. Nos tranquilizamos rodeados de nuevo de ese silencio tan especial que siempre nos rodea.

—Tengo que llevarme al novio.

—¿Ya?

—Sí, ya.

Me despido de mis chicos y me quedo en la cama observando cómo Oliver se pone unos vaqueros y una camiseta. Antes de abandonar la habitación, se gira.

—¿Nena?

—¿Sí?

—Te vemos en el altar.

Entre Pear y Olivia me ayudan a vestirme y a peinarme. El vestido es muy sencillo, ligero. Tiene cierto aire griego: blanco, con finos tirantes que me dejan la espalda despejada, drapeado y con caída recta hasta debajo de las rodillas, de cintura alta y ceñido con un fino cinturón dorado que le he puesto de complemento. En los pies llevo unas sandalias doradas, y en el cabello, las ondas naturales que me han dejado las trenzas con una tiara de hojas de laurel. Sé que no es el típico vestido de novia (ni el peinado más sofisticado del mundo), pero lo vi y... surgió el flechazo.

El maquillaje es muy leve, apenas se ve; como tengo la piel algo dorada por el sol, solo ha hecho falta pintarme los ojos y los labios con unos colores muy muy suaves.

Cuando terminamos, me miro en el espejo y les doy mi aprobación a las chicas. Me veo... guapa. La puerta se abre y aparece mi hermano Daniel, todo vestido de blanco.

—Joder, Sara —me dice en cuanto me ve—, estás... preciosa y no es por el vestido. Aunque llevaras un saco encima lucirías igual de bonita.

—Gracias, Daniel.

—¿Vamos? —Me tiende su brazo.

Aprieto su antebrazo, estoy nerviosa. Salimos de mi dormitorio y bajamos las escaleras. No se oye ni un ruido en la casa, estamos solos.

—¿A dónde vamos?

—Ahora lo verás, son pocos pasos.

Salimos de casa y nos encaminamos a... ¡a la playa! La imagen se va haciendo cada vez más nítida mientras nos acercamos. Está preciosa. Lo primero que veo es el piano. Han colocado ¡un piano de cola! No sé cómo se las han apañado para hacer algo así.

—Quítate las sandalias, estarás más cómoda —me dice Daniel cuando pisamos la arena. Ante nosotros se abre un caminito de pétalos de flores de todos los colores.

Le hago caso y me las quito. Él también lo hace. Caminamos descalzos por la arena. Está templada, suave y me cosquillean las plantas de los pies por las flores. La música empieza a sonar, reconozco la melodía desde el primer acorde: *Total Eclipse of the Heart*. Recuerdo patinar millones de veces con esta canción de fondo. Se me eriza la piel de los brazos y miles de recuerdos me acuden a la cabeza. Oliver está al final del camino (también vestido de blanco, con pantalones de lino con los bajos remangados y camisa con cuello mao), esperándome, junto a Adam. Nuestros amigos rodean a ambos. No hay sillas. Solo estamos nosotros, el juez, el piano y el mar. Las lágrimas por la emoción están a punto de saltarme de los ojos. Mi hermano me aprieta el brazo con fuerza. Asiento y doy una larga respiración. Según me acerco, reconozco al chico que está detrás del piano, es el mismo que nos tocó *Let It Be* en el día de la pedida.

Llegamos al final y Daniel me da un beso en la cabeza. Oliver me ofrece su mano. Y a Daniel le cuesta soltarme, sí, le cuesta, pero al final lo hace. Nos quedamos frente a frente. La emoción que siento en este momento es... indescriptible. No me deja pensar en nada más que no sea en él. Nos saludamos con un *hola* susurrado con los labios y nos colocamos uno al lado del otro enfrente del juez que va a officiar la ceremonia. Las primeras palabras que salen de su boca no soy capaz de escucharlas. Es como estar en una nube. No me llega ningún sonido hasta que mi cerebro capta una pregunta para la que no estoy preparada.

—¿Desean que les recite las promesas tradicionales o prefieren expresar sus propios votos?

—Preferimos expresar nuestros votos —contesta Oliver sin darme capacidad de reacción.

«¿¿Perdona?? ¿¿¿Preferimos eso???»». ¡No he preparado nada! ¡Lo mato!
¡Este va a ser el matrimonio más corto de la historia de los matrimonios!

—Bien, vamos a ello. Cogeos la mano y miraos el uno al otro, poneos de frente. Y empezad.

¡No! ¡La mano no! Me están empezando a sudar... y espero que no tenga que hablar yo primero porque no sabría por dónde empezar. Decido, en segundos, que es mejor anticiparme.

—¿Empiezas tú? —le pregunto al guapísimo rubiales que tengo enfrente y que me observa con confianza.

Asiente con la cabeza.

—Prométeme...

Tan solo una palabra y mi casi marido se ve interrumpido por nuestros amigos.

—¡Así no es, Aston!

—¡El que tienes que prometer eres tú, Olly!

Les echa una mirada fulminadora y los manda callar con la mano.

—Prométeme —comienza de nuevo— que nuestra vida no va a cambiar, al menos en esencia. Prométeme que siempre vamos a ser tú y yo, como hasta ahora.

Y ese es el arranque que me hacía falta, porque no necesito prometer nada nuevo, no necesito inventarme nada, tan solo prometer que seguiremos haciendo las cosas que hacemos bien e intentaremos evitar las cosas que no hacemos tan bien. Ahí va mi primera promesa.

—Prometo leerte en voz alta todos los libros que me pidas, aunque los hayamos leído tropecientos mil veces.

Oliver sonrío y continúa con sus promesas.

—Prometo dormirme todas las noches después de ti. Prometo velar tu sueño.

—Prometo dormirme pensando en ti. Agarrarte, tocarte y sentirte, cada noche.

—Prometo ser tu mejor amigo, tu amante y tu compañero.

Miro a nuestros amigos. Todos me animan con la cabeza a que continúe. Me fijo en mi hermano y en Pear. Daniel aprieta con fuerza la mano de mi amiga, y ella tiene la cabeza apoyada en el hombro de él. No importan los obstáculos que tengan en su relación, ahora estoy segura de que pueden superar cualquier cosa. Solo necesitan tiempo, confianza en lo que están construyendo juntos y seguir queriéndose como llevan media vida haciendo.

Me centro de nuevo en mi rubio de ojos verdes. Arranco a hablar.

—Sé que tienes dos grandes amores en tu vida, uno soy yo, y el otro es este cielo que nos cubre —ambos miramos hacia el cielo emocionados—, prometo estar siempre ahí para que compartas tus historias y me hagas partícipe de todas tus experiencias con las estrellas. Jamás las rechazaré aunque las haya escuchado antes. Prometo escucharte el resto de mi vida.

—Prometo no ocultarte nunca ningún pensamiento, ninguna sensación, y hacerte siempre participe de mis más íntimos sentimientos, tenga que ver con las estrellas o con cualquier otra cosa en el mundo. Prometo contártelo todo.

Dado nuestro historial, esta es una gran promesa por su parte. No quiero volver a caer nunca jamás en mis errores del pasado. Me toca a mí prometer.

—Prometo no callarme jamás un te quiero, ni siquiera cuando me hagas enfadar.

—Prometo hacerte enfadar para que luego me digas lo mucho que me quieres.

Todos nos reímos.

—Prometo quererte hasta mi último suspiro —le digo con la voz invadida por la emoción.

—Yo prometo amarte incluso más allá de nuestros últimos suspiros.

—Prométeme que nunca vas a dejar de cantarme canciones.

—Prometo llenar siempre nuestra vida de música.

—¡Y de niños! —grita Brian. Lo miramos y nos reímos con él. Con todos.

—Prometo cantarte en el karaoke, de vez en cuando —le digo entre risas.

—Prometo enseñarte a cantar como Dios manda.

Hace tiempo que las lágrimas pugnaban por salir al exterior, la primera de ellas se desliza por mi mejilla derecha sin poder evitarlo. Tengo que meter un poco de humor si no quiero acabar llorando como una magdalena. Ahí va mi siguiente promesa.

—Prometo recoger toda la ropa que dejes tirada en la casa en la que vivamos.

—Prometo quejarme solo una de cada cien veces porque toques mis cosas y las cambies de sitio.

—¿Eso incluye meter tu coche en charcos de barro? —grita Adam.

«Capullo».

—Prometo dejarte conducir mi coche, algún día —continúa Olly.

—Prometo tocar tus cosas todos los días.

—Prometo obligar a tu hermano Daniel a que nos construya la casa de tus

sueños, aunque no sé si fiarme de sus dotes para la arquitectura.

—Te voy a construir la casa más bonita que se haya construido en la vida y vas a tener que tragarte tus palabras, Aston —le dice mi hermano, emocionado.

—Prometo hacer de nuestra casa un hogar para los dos —expreso con la voz temblorosa.

—Prometo hacerte feliz porque no sé vivir de otra manera.

Nos hemos puesto serios de nuevo.

—Prometo ser feliz con tan solo una mirada tuya —le digo, con la vista nublada por las lágrimas.

—Prometo mirarte todos los días, y tú prométeme que siempre voy a ver ese brillo en tus ojos cuando lo haga. Que siempre voy a poder leerte como lo hago ahora.

—Te lo prometo.

La ceremonia termina entre lloros, risas y aplausos. No soy muy consciente ni del momento del intercambio de los anillos ni de nada más. En cuanto el juez nos declara marido y mujer, todos vienen a abrazarnos.

El primero en llegar a nosotros es Adam. Después, mi hermano. Él y mi... marido (me va a costar acostumbrarme a llamarlo así) se funden en un hermoso abrazo. Creo que es el momento más feliz de mi vida. Al menos hasta el día de hoy.

Y no puedo dejar de pensar que ¡estoy casada con Oliver! Me he casado con Oliver Atom, con aquel chiquillo impertinente que me tocó el alma con su primera mirada, aunque fuera de desafío. ¡Aston!, fue lo primero que me dijo aquel día, y mira donde hemos llegado.

Epílogo

Diez años después. Navidades. Casa de los Aston en Saas Fee.

Por fin hemos llegado. Oliver deja caer las maletas al suelo y saca las llaves del bolsillo de su pantalón. Abre la puerta de la casa de mis suegros y tres personitas se nos meten entre las piernas en su lucha por entrar la primera en el calor de la casa. Entramos y las niñas corretean por todas partes. No se les agota nunca la energía. Para las dos mayores, la casa es conocida, pero, para la pequeña, con apenas dos años, todo es nuevo a pesar de haber estado aquí varias veces.

Somos una familia de tradiciones y seguimos celebrando las navidades todos juntos, los Summers y los Aston. Oliver, Adam, las niñas y yo hemos venido de avanzadilla y en los próximos dos días vendrán los demás.

Entre Olly y yo subimos el equipaje al piso de arriba. Colocamos nuestras cosas en una de las habitaciones principales y las cosas de las niñas en la habitación que años atrás Laura habilitó para ellas. Mientras Oliver se pega una ducha rápida y se pone algo más cómodo, yo vuelvo al piso inferior para ver qué están haciendo las niñas. Aunque, sin ninguna duda, si hay alguien en este mundo que sepa controlarlas, ese es Adam James Wallace. Incluso más que su padre y que yo.

Me asomo a la cocina para observar a Adam con mis hijas. Me encanta verlos interactuar entre ellos. Es una gozada. Me apoyo en el dintel de la puerta y los veo bailando al ritmo de *rock and roll* mientras cocinan. La más pequeña simula tocar la batería chocando un tenedor grande de madera con una cacerola, pero la música está tan alta que apenas se oyen los golpes. Las otras dos bailan al ritmo de Los Ramones, una subida encima de una silla y la otra en medio de la cocina. Adam corta las verduras mientras mueve el trasero y lo choca con una de mis hijas. Se mueve y se acerca al altavoz que descansa encima de la alacena y baja el volumen de la música.

—Alba, echa sal a las patatas —le dice Adam a mi hija mayor.

—Caylin, acércame esos ingredientes, los que he dejado encima de la mesa. —Mi hija mediana deja de bailar y obedece a su querido tío Adam sin rechistar.

—Erin, toma —Adam acerca, a la más pequeña de las tres, los tenedores y las servilletas—, pon la mesa.

—¿Necesitáis ayuda? —Entro en la cocina y me uno a ellos.

Poco después, Oliver se une a nosotros con el torso desnudo y solo un pantalón de algodón negro puesto. Lleva una camiseta blanca en las manos que se pone según entra. Mmm, qué pena de vistas. Estoy poniendo los platos en la mesa cuando noto cómo sus brazos me rodean la cintura desde atrás; sentir el contacto de su piel me provoca un escalofrío. Hay cosas que nunca cambian.

Cenamos los seis juntos (como casi todos los días del año) y, cuando terminamos, Olly, después de unos catorce *cinco minutos más, por favor*, se lleva a las niñas al piso de arriba para meterlas en la cama. Adam y yo nos sentamos en el sofá y nos entretenemos viendo una película.

Media hora después, vuelve Oliver.

—¿Ya se han dormido? —le pregunto a mi marido.

—Sí, las tres en nuestra cama, por cierto.

Eso ya lo sabía yo. Siempre que pasamos la noche fuera de casa duermen en nuestra cama. Menos mal que la cama es *king size*; aun así, nos va a costar dormir ahí a los cinco.

—¡Por fin en la cama! Adoro a esos tres diablillos, pero acaban con la energía de cualquiera.

—Te estás haciendo mayor, Wallace —le dice Oliver, mientras se sienta con nosotros en el sofá.

—Que te jodan.

—Por cierto, ¿ha pasado algo con tu última conquista? Hoy te ha sonado muy poco el teléfono. Brenda, ¿no? —le pregunta Oliver, entre risas, mientras baja el volumen de la tele. Siempre le tomamos el pelo a Adam con el tema del teléfono y de sus insistentes conquistas. Suele sonar constantemente.

—Lisa. Brenda es la de la semana pasada. Actualízate, Aston —contesta enfurruñado.

—Es imposible seguirte el ritmo.

—Te estás haciendo mayor, Aston —le parafrasea nuestro amigo.

—¿Y qué le pasa a Lisa, entonces? ¿Se ha quedado sin batería en el móvil? —continúo con la broma de mi marido.

—Lo hemos dejado esta mañana. Prefiero volar libre como un pajarillo en vacaciones, ya sabéis, por lo que pueda surgir.

—Eres terrible, Adam. No te duran ni dos días.

—¿En algún momento vas a sentar la cabeza?

—No creo. Me gusta mi vida de vividor follador. No quiero comprometerme con nadie. No lo necesito. Tengo la familia perfecta: tú — dice, a la vez que me señala—, tú —dice señalando a Oliver— y mis tres hijas.

Adam siempre habla de las niñas como si también fueran suyas. Va al colegio a buscarlas dos veces por semana y se comporta como el padre más orgulloso del mundo. Para mí es como si tuvieran dos padres. Los dos mejores padres del mundo.

—Lo hemos hecho bien —nos dice Oliver.

—Lo hemos hecho de puta madre. Sois lo mejor que me ha pasado en la vida.

Se me anegan los ojos de lágrimas por la emoción. Conozco de sobra los sentimientos de mi mejor amigo, pero me encanta escucharlo hablar así de la pequeña (y enorme, a la vez) familia que hemos formado.

—¡Abrazo de grupo! —grito mientras me acerco a Adam para llenarlo de besos y achuchones.

Oliver imita mis movimientos y se tira encima de Adam. Después de unos segundos, siempre después de unos segundos de disfrute, Adam se hace el duro y nos rechaza.

—¡Sois unos empalagosos de la hostia! Me voy a la cama con mis tres angelitos. —Se levanta del sofá y se acerca a las escaleras.

—¿Ahora son angelitos?

Nos saca el dedo medio mientras sube por las escaleras. Oliver se tumba en el sofá y yo lo hago encima de él en una búsqueda descarada del calor de su cuerpo. Recuesto mi espalda en su cálido pecho y la cabeza en su hombro. Oliver apoya la barbilla en mi cabeza.

Nos quedan diez días por delante para disfrutar de nuestras vacaciones. Adam y yo seguimos trabajando juntos en su despacho. Me he hecho a aquello y no podría dejarlo. Aun así, no pude rechazar la oferta que me hizo Amanda hace un par de años. El entrenador de patinaje, Andrew, no se vio capaz de seguir soportando el ritmo de los entrenamientos y me pidieron que lo ayudara. Acepté encantada. Así que los jueves acudo al *Crowden School* a dar clases de patinaje artístico y a cuidar la salud física de los patinadores.

—Bien, disfrutemos ahora de nuestros minutos de oro.

Me río por la expresión. Desde que Olly y yo tuvimos nuestra primera

hija, Alba, nos dimos cuenta de que existen minutos normales y minutos de oro, que son cuando nuestras hijas están dormiditas en la cama. Las adoramos, son el eje de nuestras vidas, pero cuando están dormidas... pues eso, minutos de oro.

—Vamos a tener que buscarnos otra cama.

—No es dormir lo que tengo en mente.

Me mete la mano por debajo del jersey y me acaricia el vientre ligeramente abultado por mi cuarto embarazo. Apenas estoy de doce semanas, pero ya se nota. Sube la mano hasta que llega a mis pechos y me acaricia por debajo del sujetador. Levanto los brazos para darle mejor acceso. Introduce la otra mano y me toca ambos pechos. Un calor abrasador invade todo mi cuerpo. Baja una de las manos por mi cuerpo hasta que llega a mi ropa interior. Mete la mano por debajo y me acaricia despacio. Mi respiración comienza a agitarse y no dejo de moverme; el placer que siento no me permite estar quieta. Abro las piernas para darle más facilidades. Desde que estoy embarazada, me encuentro en un estado de excitación constante. No tardo ni tres minutos más en llegar al orgasmo.

Me levanto del sofá y me quito los pantalones y las braguitas. Me subo encima de sus piernas y le bajo los pantalones y los bóxer. Oliver me ayuda subiendo las caderas. Comienzo a besarlo. Ahora es él quien abre las piernas y quien tiene la respiración errática.

—Ven aquí, nena.

Me coge del brazo y me coloca encima de su erección. Me penetra y nos mecemos al ritmo de nuestras respiraciones. Coloco las manos en su pecho y... disfruto.

Hace años, me di cuenta de algo. Me di cuenta de qué era aquello que llevaba toda la vida buscando. Aquel vacío que me indicaba que algo faltaba en ella. Un día, de repente, lo entendí. Me faltaba Oliver. Él era lo que estaba buscando. Recuerdo habérselo dicho a Adam:

—Adam, lo he encontrado, lo que estaba buscando era Oliver. Siempre ha sido él.

—Lo sé.

Al día siguiente, justo antes de comer, llegan Pear y Daniel. ¡Los recién casados! Suena increíble, sí, pero después de años de tiras y aflojas, de una relación en la que cada vez mi hermano se ha dejado querer más, y se ha

abierto a mi mejor amiga, encontraron el equilibrio perfecto.

Sé que para mi hermano no ha sido fácil. Abrirse al exterior me refiero. Daniel, a pesar de la imagen que puede llegar a dar, es muy muy introvertido en cuanto a sus sentimientos. Le cuesta dejarse querer, porque cree ser autosuficiente para todo, pero está trabajando en ello. Y está haciendo un gran trabajo.

Detengo mis pensamientos y me concentro en ellos dos. Apenas llevan seis meses casados, y Pear está embarazadísima de mi primer sobrino. Se les ve felices. Les doy un abrazo a los dos en cuanto aparecen por la cocina y preparo dos cubiertos más.

Mientras comemos, me fijo en mis tres hijas. Son niñas normales, y esa es la mayor felicidad que tenemos su padre y yo. Que posean una inteligencia igual a la media y que tengan una vida normal como la que siempre hemos deseado tener Oliver y yo. Me toco la tripa y suspiro.

—La cuarta no se libra. Va a ser como vosotros.

Me giro, sorprendida, hacia mi hermano.

—¿Cómo has sabido que estaba pensando en eso?

—Llevo toda la vida diciéndotelo, Sara. Cuando tú vas, yo vuelvo.

Mi hija la mayor nos interrumpe.

—Tío Dan, a Caylin la hemos perdido. No quiere ser arquitecta, quiere ser astrofísica, como papá —le dice Alba a mi hermano.

—Algún rumor me ha llegado, sí. Culpa mía, cariño. No debí descuidarme tanto con la segunda... A Erin y a esta última que viene las tendremos que controlar.

—Por cierto, ¿cómo van las apuestas? —le pregunta Adam a mi hermano.

—Treinta contra uno.

—¿Quién es ese uno?

—El iluso padre —dice Daniel, mirando a Oliver con guasa—. Aún tiene esperanzas de que sea chico.

—Todavía no sabemos el sexo del bebé —apunta Oliver exasperado.

—Va a ser otra niña. Estoy seguro. Tienes la batalla perdida, solo sabes hacer niñas. Yo lo vaticiné hace muchos años y me descojono cada vez que lo pienso.

Le doy una patada por debajo de la mesa por la palabrota.

—Perdón, me río, me río —se corrige, mirándome con cara de disculpa—. Me río supermogollón —dice, imitando la forma de hablar de Caylin y estallando en carcajadas. Oliver lo fulmina con la mirada, y Adam se muerde

el labio para no reírse mientras ayuda a Erin a terminarse el postre.

—Y si sale niña... ¿iréis a por el quinto intento? —nos pregunta Pear.

Bufo solo de pensarlo... ¡cinco hijos! Me parece a mí que por mucho que venga otra niña, nos vamos a plantar.

—Ya sabéis que las adoro —nos dice Adam—, pero, tíos, empezad a usar unos jodidos condones, joder. Cada tres años tenéis una nueva. A este paso, Daniel va a tener que construirnos una casa más grande.

Le asesto otra patada a Adam. *Jodidos* y *joder* en la misma frase.

—Auch —se queja por la patada.

—Mamá, de cada diez palabras que dice el tío Adam, *joder* es una de ellas. Está más que asumido, deja de darle golpes bajo la mesa.

—Alba, no digas *joder* —la regaña su padre.

—Tú lo acabas de decir, papá —le dice Caylin a su padre.

—¿Has visto la que has armado? —le dice Oliver a Adam.

Más tarde, las niñas están jugando junto a Pear con la máquina de hacer algodón de azúcar que les regaló su abuela el año pasado. Cuando terminan de hacer el primero, Oliver se acerca a su hija pequeña y le dice algo al oído. La niña coge el dulce y viene hacia nosotros.

—Lo he hecho para ti, tío Dan.

Me tengo que morder los labios para no echarme a reír. Mi hermano odia el algodón de azúcar. Y Oliver lo sabe. Como Daniel no acaba de coger el regalo que le está ofreciendo su sobrina, el orgullosísimo padre decide intervenir.

—Tío Dan —le dice con retintín—, tu sobrina te lo ha hecho con todo el amor del mundo. Cómetelo.

Mi hermano nos deleita con una sonrisa tensa y, por una vez, no se enzarza en un enfrentamiento dialéctico con su cuñado. Coge el algodón rosa de la mano de mi hija mientras le susurra a Oliver:

—Buena jugada, Aston. Pero mejor resérvate para el partido que tenemos a la vuelta.

Oliver y Daniel juegan juntos al pádel, como pareja, y suelen competir en torneillos contra compañeros de Oliver de la universidad o contra arquitectos a los que conoce mi hermano. Y, aunque se pasen el día discutiendo, hacen buena pareja y suelen ganar en bastantes ocasiones. El último partido fue contra el departamento de Química de la universidad y les dieron una buena paliza. Oliver todavía se ríe por las calles del campus cuando se cruza con algún químico. Son como niños.

—Pruébalo, seguro que está increíblemente bueno —le dice Alba.

—¿Sabes lo que es increíble? —me dice Daniel una vez le ha dado la primera mordida—. Que además de estar casado contigo y tener tres hijas y otra en camino, a tu marido le queden tiempo y ganas de tocarme los cojones.

A media tarde, nos vamos casi todos a dar una vuelta por el pueblo. Daniel y Alba se quedan en casa porque mi hermano quiere ir al trastero a buscar unos esquíes míos de cuando yo tenía trece años para ver si le valen a Alba. A pesar de tener ocho años, es muy alta. Ha heredado la fisionomía de su padre, al menos en lo que a altura se refiere.

Desde que empezamos a pasar aquí las navidades, hemos convertido el trastero de los Aston en trastero de los Summers; de hecho, creo que hay ahí abajo más cosas nuestras que tuyas.

Después del paseo, decidimos cenar algo fuera y, como Daniel no me coge el teléfono, me acerco a la casa para avisarlos de que se preparen y vengan. Cuando entro, descubro un montón de cosas nuestras antiguas dispersas por el salón. Mi hermano y su sobrina hablan de algo cerca de la chimenea. Alba tiene en sus manos unos patines míos de cuando yo tenía más o menos su edad. Estoy a punto de entrar cuando escucho la pregunta de mi hija.

—Tío Dan, ¿mamá patinaba bien?

Daniel coge uno de los patines con sus manos y acaricia la cuchilla. Se lo devuelve a Alba y le coloca bien la horquilla del pelo.

—Tu madre —se calla durante unos segundos— era la mejor.

—¿Y nunca quiso ser patinadora como esas que salen en la tele?

—Sí que quiso, pero a veces las cosas no salen como uno quiere.

Me tapo la boca con el puño. Soy consciente de lo complicado que tiene que resultarle esta conversación a Daniel. Explicar determinadas cosas a los niños... no es sencillo.

—Entonces, ¿no pudo cumplir sus sueños?

—Oh, sí que los cumplió, tú eres su mayor sueño.

—Me refiero a los patines, tío Dan.

Mi hermano suspira y adopta una posición más cómoda.

—Patinar era a lo que mamá quería dedicar su vida profesional. Yo se lo veía, ¿sabes, enana? En la mirada, se lo veía cuando estaba en la pista, le cambiaba la expresión, aunque pasara por un mal momento, patinar solía curarla de todos los males. ¿Y sabes cuándo he vuelto a ver esa mirada?

—¿Cuándo?

—Cuando te mira a ti. A ti y a tus hermanas.

—¿Y a papá?

—¿Me guardas un secreto? —Alba asiente con la cabeza—. Tu madre recuperó esa mirada cuando se lio con tu padre, pero no les digas que te lo he dicho.

—¿Qué quiere decir que *se lio*?

—Mmm... cuando se casó. Me refería a cuando se casó con tu padre.

—Ahhh... Está bien, tío Dan. Será nuestro secreto.

—Esa es mi niña.

—¿Y los patines? ¿Se enfadará si los cojo?

—Estoy seguro de que no.

Poco después carraspeo y simulo no haber escuchado la íntima conversación que acaban de mantener. Aunque estoy segura de que Daniel se ha dado cuenta por la humedad de mis ojos. Preparamos a Alba y salimos a la calle a cenar.

A la mañana siguiente, me levanto temprano y me preparo un café. Me pongo una chaqueta por encima, me abrigo bien y salgo al porche a desayunar para observar la nieve. Después de tomarme el café, vuelvo dentro. Las niñas se han despertado. Les preparo el desayuno y me siento con ellas a tomarlo. Oliver y Adam enseguida se nos unen. Pear y Daniel aún tardarán un rato más en bajar. Mi amiga siempre ha sido de levantarse tarde, y Daniel parece que le está cogiendo el gusto a eso de dormir. Creo que está aprovechando sus últimas semanas antes de que llegue el niño. Demasiadas veces lo ha asustado Oliver, a propósito, explicándole que se acabó el dormir. Cuando terminamos, visto a las niñas y las dejo jugando con su padre y su tío mientras organizo la casa antes de que lleguen los demás.

Un rato después, mientras recojo los juguetes que mis adorables hijas han dejado tirados por el suelo, me levanto y veo una imagen de refilón desde la ventana del salón. Estoy a punto de agacharme para recoger otro juguete, pero vuelvo la vista a la ventana. Algo me ha llamado la atención. Alba está sentada en la nieve con la espalda apoyada en la verja de madera de la entrada. Tiene uno de mis patines tirado en el suelo y el otro se lo está poniendo.

Y, entonces, lo recuerdo. Me viene un *flash* a la cabeza. Me veo a mí en esa misma posición, poniéndome, con cuatro años, por primera vez, unos patines de hielo, apoyada en una valla de madera. Mis padres nos llevaron a esquiar a unas pistas en el norte de Escocia. ¡Lo recuerdo! Y recuerdo quién

me regaló mis primeros patines: mi madre. Fue el último viaje que hicimos todos juntos antes de que falleciera. Recuerdo a mi madre, después de treinta años sin hacerlo. Tengo su mismo rostro. Ahora la recuerdo, gracias a mi hija. Porque, si yo soy su vivo reflejo, mi hija es el reflejo de las dos.

Han pasado veintiséis años desde aquella primera vez en que crucé las puertas del *Crowden School*. El colegio que me haría reír, llorar, sentir... y amar. El colegio que cambiaría mi vida sin remedio y que me daría a las personas que más amo en la vida: Moira, Olivia, Natalie, Marco, Brian, Pear, y, por encima de todo y de todos, Adam y Oliver. El colegio que me enseñaría a querer a mi hermano mellizo y a valorar a la familia. El colegio que me haría volar sobre el hielo. El colegio que me daría un pasado, un presente y un futuro.

Fin

Y el 7 de noviembre...

No es amor,
es diciembre

1

Put a gun against his head. Pulled my trigger, now he's dead

Ariadna

La primera vez que vi a Adam Wallace me pareció un gilipollas. Lo siento, pero así fue.

Ni siquiera reparé en su aspecto. No me fijé en su pelo ondulado y alborotado, ni en sus ojos marrones tan expresivos, ni en esa sonrisa tan bonita que le llega hasta los ojos.

No, no me percaté de nada de eso. Adam Wallace fue solo la guinda de un pastel desastroso de un día bastante... complicado.

El *pseudonovio* / compañero de estudios de la universidad / *follamigo* (perdón por la expresión) / chófer de mi compañera de piso, June, la había dejado. Dio por finalizado su rollo de *pseudonovio*, compañero de estudios, *follamigo* y chófer —sí, todo a la vez, de golpe y porrazo—, por una tía que se le había cruzado en el trabajo y que lo había vuelto loco. Se había enamorado el chico, así, de la noche a la mañana, y, de la misma manera, cortó todo contacto con mi compañera.

Pero eso no fue lo peor del asunto. Lo peor del asunto fue que, al ser su chófer (y por chófer no me refiero a que el hombre fuera una persona que, por oficio, condujera un automóvil, sino a que se había creado una especie de rutina entre ellos por la cual él la pasaba a recoger en su coche a casa cada mañana), y que fuera todo tan... poco previsto, June había dejado su idolatrado (y ya extinto) CD de su grupo de música favorito de todos los tiempos, Coldplay, en el maldito coche.

CD que tenía allí desde hacía meses. CD que Sean, el susodicho *pseudonovio* / compañero de estudios de la universidad / *follamigo* (perdón, otra vez, ya no me disculpo más) / chófer, se negó a devolverle. Solo él conocía el motivo.

Y eso era inadmisibile. En un mundo en el que la existencia del CD es casi

inexistente, valga el uso excesivo de la palabra, aquello «era una reliquia imposible de perder». Palabras de June, no mías, que, a mí, la música, plin; vamos, que no le daba importancia.

Pero como para ella sí era importante, «de vida o muerte», perfilamos un plan entre las tres para recuperarlo, June, April (nuestra otra compañera de piso) y yo. Un plan que, en apariencia, no requería de gran esfuerzo o habilidad, pero que se complicó hasta límites inesperados.

Lo reconozco, casi todo el guion fue cosa mía, y estaba bastante bien trazado; el hecho de que todo saliera al revés se debió a aspectos coyunturales, o a azares del destino, que queda más bonito. Yo lo tenía todo calculado al milímetro, pero no contaba con la espontaneidad del momento.

Y allí estábamos esa tarde-noche de comienzos del mes de junio, cuando poco quedaba de la luz del sol, enfrente del coche del *mamonazo mangante*, o Sean, un par de calles más allá de su casa. Y digo junio porque lo decía el calendario que, de lo contrario, yo no me lo creía, ¿cómo puede hacer tanto frío en un mes estival?

Lo primero a destacar de esa tarde-noche serían nuestros cabellos, el de mis compañeras y el mío. Esa era la primera parte de mi plan. June es rubia, como April, y yo tengo el pelo de color castaño. Pero, en aquella ocasión, June se volvió pelirroja; April, morena y yo, rubia de bote. Bueno, de bote, en realidad, no. Porque los tres tintes los había fabricado yo en el trabajo. Soy química y desarrollo mi ocupación en el departamento de fórmulas de una importante empresa de bebidas refrescantes. Las mezclas son lo mío, y no es por presumir, pero los tintes me quedaron perfectos.

¿Que por qué no compramos el tinte de pelo en una tienda? Fácil. Porque hubiera dejado demasiadas pruebas. Estábamos a punto de realizar una gran fechoría, mi primera gran fechoría, y, como he dicho, todo estaba calculado al milímetro. No podía haber pruebas; si algo había aprendido de las películas y de los libros de detectives, es que nunca hay que dejar huellas, y comprar tintes en la calle sería dejar demasiadas: ir a la tienda, pagar con tarjeta (porque me conocía, y conocía ya demasiado bien a mis compañeras de piso, y estaba casi segura de que hubiéramos pagado con tarjeta de crédito, dejando una clara huella de nuestro crimen), que te den un ticket, usar los tintes en casa, tirarlos a la basura... Uf, uf, uf, si es que hasta me sofoco de recordarlo...; no era una opción.

Y por eso mi plan era perfecto: limpio y sin daños colaterales. Sería como si el CD hubiera desaparecido como por arte de magia. Y ni rastro de

nosotras.

—Venga, Ari, date prisa, joder —me dijo April, un tanto alterada.

Llevábamos —o yo llevaba— más de veinte minutos intentando forzar la apertura de la puerta del copiloto, pero nada.

—Mierda, nos van a pillar —añadió June.

Menos mal que soy bastante buena en lo que a la gestión de la presión se refiere, porque con ese par...

—¡Exacto! —continuó la otra—. Lo que no sé es si va a ser porque algún policía nos vea manipulando un coche y se acerque a preguntar qué ocurre, o porque se piense que estás aquí haciendo la calle —le dijo a June.

—Pero ¿qué dices?

—¿Qué digo? ¿Qué dices tú? ¿Me puedes explicar por qué has venido a delinquir con tacones de aguja y la ropa interior casi al descubierto?

—Ari dijo que no me pusiera zapatos planos, que, como nunca los uso, podría levantar sospechas.

—Ya, joder, pero de ahí a salir armada con los trece centímetros y la ropa para matar hay un mundo.

No les veía las caras, estaba demasiado ocupada en mi labor, pero, aun así, me imaginaba a la perfección las expresiones de los rostros de mis compañeras. June, mirándose de arriba y abajo con el ceño fruncido; April, negando con la cabeza y suspirando por el cansancio psicológico que ambas le provocábamos.

—¡Silencio! —grité segundos más tarde, puesto que seguían discutiendo—. Me estáis desconcentrando.

—«Fixing up a car to drive in it again. Searching for the water, hoping for the rain. Up and up. Up and up». —June comenzó a cantar. Rodé los ojos y seguí con mi tarea.

—Pero ¿qué es lo que sucede? ¿Por qué aún no has abierto el coche? —me preguntó April—. ¿Seguro que lo estás haciendo bien?

Levanté la mirada de la cerradura, aún con la ganzúa en la mano, para aclararle que no era tan sencillo como parecía en un primer momento. Y encima tenía las rodillas destrozadas. La otra seguía cantando.

—«Down upon the canvas, working meal to meal. Waiting for a chance to pick your orange field. Up and up. Up and up».

—¿Puedes dejar de cantar Coldplay, por favor? —le dijo la morena a la cantante—. Me estás poniendo nerviosa.

—Lo siento, estoy canalizando mis propios nervios. O quizás es por la

anticipación de recuperar mi CD.

—June, hace solo tres días que no lo ves.

—Setenta y dos horas pueden hacerse muy largas.

—¡Esto es imposible! —exploté yo—. ¡Estoy siguiendo las instrucciones al pie de la letra, pero no funciona! ¡La puerta no se abre!

En ese momento, empezó el interrogatorio. Se alternaron entre la una y la otra.

—¿Y de dónde has sacado esas instrucciones?

Pues...

—¿Has ido a un taller de coches a preguntar?

No.

—¿De un libro sobre mecánica de la biblioteca?

No.

—¿Te lo ha explicado algún abridor de coches profesional?

No.

—¿Algún compañero con antepasados en la materia?

Joder. No callaban.

—Lo he mirado en Google, ¿vale? —reconocí.

—¿En Google? —me dijo June con ese tono de voz estridente que tan poco me gusta.

—Sí, escribí en el buscador «cómo abrir un coche sin tener la llave» y me estudié los pasos de la primera página que apareció.

Aunque comenzaba a pensar que algo se me había debido de olvidar...

—Mierda, esto pinta fatal.

Suspiré con resignación y me dispuse a continuar con mi labor, pero los gritos de June me interrumpieron.

—¡Quiero mi CD de Coldplay! ¡Devuélvemelo, maldito coche estúpido!

Observé con los ojos desorbitados, por la sorpresa, como June daba golpes con los tacones en una de las ruedas delanteras del coche a diestro y siniestro.

—¿Qué haces, loca?

—¡Quiero que me lo devuelva!

—¡Mierda! ¡Espera, espera! —gritó April con los brazos en alto.

—¿Qué pasa? —preguntamos June y yo al unísono; ella, sin dejar de golpear la rueda.

—¡Has pinchado la rueda!

«Ay, mi madre». No podía ser. ¡Era imposible! Me levanté, mostrando

una mueca de dolor por la incomodidad de mis pobres rodillas, que llevaban casi media hora contra el asfalto, y me acerqué a la rueda.

«La leche». Estaba pinchada.

—¡He pinchado una rueda! ¡Van a detenernos!

«Cambio de plan. Necesitamos salir de aquí pitando. Pero no sin el CD». Me pillé tal mosqueo —no me gustan los fracasos— que agarré con fuerza la ganzúa y comencé a golpear sin control la cerradura del coche.

¡Bang! ¡Bang!

—Ari, ¿qué haces?

¡Bang! ¡Bang!

—Pero ¿qué haces?

¡Bang! ¡Bang!

—¡Ari!

¡Bang! ¡Bang!

—April, creo que la hemos perdido.

¡Bang! ¡Bang!

El mayor inconveniente fue que, en una de esas batidas, golpeé, sin querer y sin poder evitarlo, también con muy buena puntería porque di en el punto exacto, lo que no era cerradura... hasta que el cristal de la ventanilla hizo *crash*.

«Ups».

Me detuve al momento.

—Joder.

—Shh —les dije a mis amigas entre susurros—, no quiero ni un movimiento brusco, ni un solo grito. ¿Entendido? No vayamos a asustarlo.

Me refería al cristal, sí. No se había roto. Aún. Se había convertido en una superficie rugosa compuesta por cientos de minicristales muy muy diminutos, pero que seguían unidos entre sí. Y aunque mi cabeza sabía lo que iba a pasar, me negaba a aceptarlo.

Pasó un segundo. Tensión.

Pasaron dos segundos. Tensión *in crescendo*.

Tres segundos. Tensión máxima.

No movíamos ni un músculo. Ni los de la nariz, porque no respirábamos. Era como si alguien hubiera accionado un botón de «pausa». Menos por nuestros corazones. *Bum, bum. Bum, bum. Bum, bum.*

Cuatro segundos. Tensión *descrescendo*.

Cinco segundos. Comenzamos a respirar.

Seis segundos. Me muevo un milímetro.

Siete segundos. ¡¡¡CRASH!!!

Pues sí. El cristal cayó. No del todo, pero se abrió un agujero enorme en el centro.

—¡Mierda! ¡Tenemos que largarnos de aquí!

—¡No, esperad! Ahora puedo recuperar el CD —nos dijo June.

—¿Estás loca? —le grité.

—Puedo meter la mano por el agujero y llegar hasta él.

—¡Ni lo pienses!

—Sé que puedo hacerlo. Confíad en mí.

Todavía no entiendo en qué momento aquello nos pareció una buena idea, pero allá que fue ella.

Y todo iba bien, iba realmente bien; June había introducido todo el brazo, hasta el hombro, por la hendidura y tocaba el CD con los dedos. Pero April gritó. Fue instintivo. Escuchó ruidos a la vuelta de la esquina... y gritó.

—¡Viene alguien!

June, también por instinto, encogió el brazo para sacarlo del coche a toda velocidad y sin darse cuenta de que estaba rodeada de cristales puntiagudos. Yo tampoco me di cuenta, ni pude gritarle «cuidado», porque no me percaté de la catástrofe. Estaba ocupada observando con atención la vuelta de la esquina, por la que, por cierto, no venía nadie, hasta que escuché los chillidos.

—¡Aaah! ¡Aaah!

Lo siguiente que vi fue el brazo destrozado de mi amiga. Tanto April como yo nos acercamos para auxiliarla, pero, entonces, me acordé de algo: April tiene pavor a la sangre. Verdadero pavor a la sangre. Y allí había demasiada.

—¡No mires! Oh, joder, ¡no mires! —le grité.

Pero... demasiado tarde.

—¿Eso... eso que se ve es el hueso? —me preguntó, blanca como el papel—. ¿Y qué es eso otro que le cuelga?

—No, no, no —Lo vi venir. Sabía, una vez más, lo que estaba a punto de ocurrir—. No, por favor. ¡April, ni se te ocurra desmayarte ahora!

Demasiado tarde, otra vez. La cogí al vuelo y pude controlar, de milagro, que no se estampara con la acera como un peso muerto. La dejé ahí tirada, jurando en todos los idiomas que conozco —dos—, y me incorporé de nuevo para atender a June.

Y lo más escalofriante de la escena que me encontré fue la actitud de mi compañera de piso. No gritaba, no lloraba, no se quejaba del dolor.

—¿Estás bien? —le pregunté, aproximándome con cautela.

—Sí —me dijo con cara de flipada, como si se hubiera metido un par de alucinógenos o algo peor. Los ojos los tenía desenfocados, desorbitados por completo.

—¿No te duele?

—No.

No sé qué me daba más miedo, si su cara o su brazo.

—Vale, creo que estás en *shock*.

—Sí, creo que sí —me respondió con una sonrisa tan espeluznante que hubiera asustado hasta al mismísimo Darth Vader.

—Vale, sí. Vamos al hospital. Joder, pitando. ¿Puedes llegar hasta el coche? Está en la acera de enfrente. —Le señalé el coche de la novia de su hermano, un BMW Mini rojo y negro, que nadie de nuestro entorno habitual conocía (parte del plan), y observé alucinada como se movía hacia el lugar sin rechistar.

Me agaché para recoger a April, que seguía inconsciente en el suelo, y me dejé la espalda en incorporarla y llevarla hasta el coche. De hecho, a medio camino, no pude más y tuve que arrastrarla por la carretera. Literalmente.

Cuando la dejé tumbada en los asientos de detrás y cerré la puerta, miles de gotas de sudor surcaban mi rostro. Miles. Literalmente, otra vez. Vale, no, literalmente no.

—¿Quieres que conduzca yo? —me preguntó la pobre June. Joder, todavía le colgaba el trozo de piel.

—No —dije con demasiada efusividad—. Conduzco yo.

Di la vuelta al coche y me senté en el asiento del piloto.

«Vale, Ariadna, respira. Respira. Tienes un pulso de hierro. Está todo controlado. ¿Pulso de hierro? Ni siquiera sé si se dice así, pero no importa».

Alguien, desde la calle, dio golpes en el cristal. Salí del trance y, al ver que era June, bajé la ventanilla.

—¿Qué sucede?

—¿No conducías tú?

—Sí.

No entendí su pregunta hasta que miré al frente y vi que no había volante. Joder. Vale. Los británicos y su manía de hacer todo al revés. Abrí la puerta, me bajé, rodeé el automóvil de nuevo y, al fin, me senté en mi lugar. Respiré,

le pedí las llaves a June, que ya se había puesto el cinturón, con una mano, me puse el mío y arranqué. Sobra decir que todo lo que rodeaba a mi amiga estaba lleno de sangre. Vale, pues ya lo he dicho. También olía a sangre.

A mí no me molesta. No es más que agua, sales, proteínas, glóbulos rojos, glóbulos blancos y plaquetas. Todo ello junto. Lo que me tenía temblando era la posible reacción de June al verse así. Solo rezaba para que llegáramos al hospital con ella en ese extraño estado de tranquilidad.

Era la primera vez que cogía un coche desde que había llegado por trabajo, seis meses atrás, a la ciudad de Edimburgo. Soy más de andar o de usar el transporte público. Por supuesto, no tenía ni idea de cómo llegar al hospital más cercano, ni al más lejano, ya que estamos, por lo que mi supercompañera de piso en estado de *shock* traumático me fue guiando todo el trayecto.

—La siguiente rotonda a la izquierda.

«Muy bien. Muy bien, Ariadna. Vas genial. ¿Ves? Controlando la situación, como a ti te gusta. Esto está chupado. Llegamos enseguida al hospital, ya verás, buscamos un médico y van a curar el brazo de June sin que apenas se dé cuenta. Sí. Claro que sí».

Cogí la rotonda con tranquilidad y...

—¡¡¡Detente!!! ¡¡¡Detente!!! ¡¡Ariadna, por Dios!! ¿¿A dónde vas??

Pequé un bote por el sobresalto del grito, el corazón dejó de latirme y miré hacia los asientos de detrás.

—¿¿Qué pasa?? —le pregunté a April, que se había despertado de su inconsciencia y que fue quien me gritó.

—¡Nos vamos a chocar! ¡Estás cogiendo la rotonda al revés!

«¿Qué? ¡Ay, joder!». Me detuve en seco. Sí, en medio de la rotonda. Instinto, otra vez. Los coches comenzaron a pitarme y por poco no colisionamos con uno que venía de frente. Con el corazón fuera del pecho, comprobé que mis amigas estuvieran bien. Debería decir que sí, pero es que June ni se movía. Ni se le alteró la respiración. Solo seguía como si estuviera disfrutando a tope con los alucinógenos. A saber lo que estaba viendo a su alrededor la pobre chica. El poder de la mente es... alucinante.

Bajé las ventanillas y, mientras nos movíamos para coger la dirección correcta, pedí disculpas a todo el mundo.

—Perdón. Perdón. Perdón. Perdón.

Y «todo el mundo» no dejaba de insultarme.

—¡Jodida loca!

—¿Es que acaso estás chiflada?!

Esos eran los educados, por decirlo de alguna manera. El resto de los insultos me los guardo.

—¡Mujer tenía que ser!

Ay, cómo me dolió aquello, pero no era el momento de montar una bronca. Tuve que tragarme las palabras que pugnaban por salir de mi boca y casi me enveneno.

Por suerte, llegamos al hospital sin más sobresaltos. Dejé el coche estacionado de cualquier manera en el minúsculo aparcamiento, ocupando al menos dos plazas —ya lidiaría después con ello— y ayudé a June a salir del coche.

—¡Un médico! ¡Necesitamos un médico con urgencia! —grité en medio de... urgencias, agarrando el brazo de mi amiga y poniéndolo en alto para que lo vieran bien, no fuera a ser que algún otro paciente con dolor de garganta se nos colara. Necesitaba dejar claro que nuestra situación era prioritaria.

Con lo que no contaba era con que April mirara, de nuevo, el maldito brazo y volviéramos al principio.

—¡No vuelvas a desmayarte! —le advertí.

—No puedo, no puedo. Sangre. Mucha sangre.

Llegó un enfermero con una silla de ruedas justo a tiempo para que April pudiera desplomarse. Otra señora me pidió que rellenara unos datos mientras se acercaba a examinar a June. Incluso ella puso cara de desagrado por las vistas. Y se supone que debía de estar acostumbrada a ver ese tipo de cosas, ¿no?

Cuando se llevaron a mi amiga para curarla, respiré de nuevo. «Joder con el puñetero plan limpio y sin daños colaterales».

Necesitaba tomarme algo fuerte.

Dejé a April medio desmayada en la silla de ruedas y me dirigí a la cafetería sin demora. No fue difícil encontrarla, había carteles que la anunciaban en cada rincón. Solo tuve que seguirlos.

—Hola —saludé, al llegar, a la camarera detrás de la barra, que tenía el mismo aspecto que mi abuela, rechoncha y canosa—, ¿tienes alcohol por ahí dentro? Necesito algo fuerte. Cualquier cosa, dame un chupito de lo que sea, pero que sea fuerte, por favor.

Me miró raro, frunció el ceño y se dio media vuelta. A continuación, me puso enfrente un vaso de plástico diminuto y lo llenó de un líquido naranja.

«¿Pero...?». Lo observé con atención y me lo acerqué a la nariz para olisquearlo y comprobar si mis sospechas eran certeras. «¿Me ha puesto un maldito zumo de naranja?».

Levanté el brazo, con los nervios a flor de piel, para requerir su atención, porque no nos habíamos entendido, pero una voz conocida me llamó en ese momento.

—¿Ariadna?

Me giré desde el taburete donde me había sentado, intuyendo el rostro que me iba a encontrar al hacerlo.

—¿Pear?

Pear era la hija de una de las mejores amigas de mi madre de toda la vida y me había ayudado a instalarme en la ciudad cuando llegué. Morena, de pelo corto, bajita, con flequillo y con un marido que estaba bastante bueno, pero que era un poco... ¿cómo llamarlo? Tocapelotas. Sí, eso es, tocapelotas. Y eso que solo lo había visto en tres ocasiones. Y quiero aclarar que a mí no me había hecho nada, pero esas cosas se perciben. Daniel Summers, recordé que se llamaba.

Ahí fue cuando vi por primera vez a Adam Wallace. Estaba al lado del tocapelotas.

2

Mama, life had just begun

Adam

Mi historia con Ariadna Cabana comenzó con un calentamiento de huevos. De mis huevos, para ser más exactos. Los de la entrepiera. Tal cual.

Me encontraba en el ala oeste de la quinta planta del Hospital General de Edimburgo ya que, Sara Summers, mi mejor amiga, mi hermana, mi familia, una parte de mi otra mitad —eso no ha cambiado— acababa de dar a luz por cuarta vez. Sí, no me he confundido. Por cuarta vez. Ella y su marido, Oliver Aston, la otra parte de mi mitad, se habían casado once años atrás, después de una historia de amor de «ahora sí, ahora no» demasiado larga para relatar en estos momentos, porque me quedaría sin páginas —joder, qué puta guerra dieron—, y se habían propuesto como objetivo a medio plazo repoblar la tierra. O eso, o no conocían la existencia de los condones. Se supone que ambos son más inteligentes que la media, pero, reconozcámoslo, hasta los más listos han comido tierra en parvularios.

El caso es que los dejé un rato en la habitación con el nuevo miembro de la familia y aproveché para hacer un par de llamadas telefónicas. El parto de Sara se había adelantado dos semanas y nadie se imaginaba, ni de coña, que Aston-Summers número cuatro había nacido.

Me apoyé en el cristal al lado de las escaleras de emergencia, tenía una panorámica cojonuda de la ciudad, y marqué el primer número de teléfono; mi número tres en favoritos: el hermano mellizo de Sara, Daniel Summers.

Piii... Piii... Piii...

—¿Qué pasa, Wallace? —me contestó Daniel al tercer tono, aunque apenas podía oírlo. Se escuchaba a través de la línea de teléfono un caos de puta madre entre bocinas de coche, música y gritos.

—¿Dónde demonios estás? —le pregunté, apartándome el teléfono del oído.

—En un puto atasco. ¿Por qué?

Entendía las bocinas de coche si se encontraba en un atasco, pero ¿los gritos?

—¿Y los gritos?

—Esa es Pear discutiendo por teléfono con la compañía telefónica.

Pear es su mujer, y una de mis mejores amigas desde los nueve años. ¿Os acordáis? Nos criamos juntos en el internado. Nosotros dos y el resto de nuestros amigos: Sara, Oliver, Brian, Marco, Olivia, Natalie y Moira. Y el capullo de Daniel Summers, claro, pero él no es de nuestro grupo. Vale que está casado con Pear, que es el hermano de Sara, pareja de pádel y cuñado de Oliver y como un hermano para mí, pero no es de nuestro grupo. Hasta su mujer lo dice.

—¿Y la música? —insistí.

—Ese soy yo. Entre unos y otros me dan dolor de cabeza y necesito despejarme.

—¿A dónde vais a estas horas?

—¿Y a ti qué cojones te importa? ¿A qué viene tanto interrogatorio? — me preguntó a la vez que bajaba el volumen de la música. Entonces solo se escuchaban los gritos de Pear y las bocinas.

Oh, sí, Daniel Summers es... parte de mi familia, de la familia que formé paso a paso desde los nueve años, pero también es un tocapelotas insufrible. En eso no ha cambiado nada.

Me podía haber pasado varios minutos tocándole los cojones y mareando el asunto, solo por el placer de hacerlo, me gusta mucho cabrear a Daniel — es tan fácil...—, pero me dio pena. Por lo que, allá iba el bombazo; sin duda, no se esperaba para nada la noticia que estaba a punto de darle.

—Tu hermana está en el hospital.

Ya sabéis que Daniel tiene dos hermanas, Sara, la melliza, y Kate, seis años menor, pero él sabía a la perfección que me refería a la primera. A su niña bonita.

—¿Qué? ¿Qué le ha pasado? ¿Está bien? ¿Dónde está Aston?

Me descojoné de la risa por su última pregunta. La relación entre los dos cuñados tuvo un comienzo difícil y un desarrollo aún más escabroso, tan escabroso que duró desde los nueve años hasta los veintitantos, pero ahora son uno, aunque finjan no aguantarse.

—Nada, que ha nacido el bebé.

—¿Ya? ¿Cuándo?

—Hace seis horas.

—¿Seis horas? Y ¿por qué cojones no nos han avisado antes?

—Porque querían estar solos y disfrutar del momento con el nuevo miembro de la familia Aston.

—De la familia Summers, capullo. ¿Mi hermana está bien?

—Perfectamente. Lo tiene controlado ya.

—Joder, no me extraña. Oye, y eso de estar solos, ¿por qué?

—No preguntes, yo tampoco lo entiendo, ya sabes que siempre han sido raritos.

Oliver Aston y Sara Summers son mi vida, pero eso no quita para que reconozca que también son raros de cojones.

—Sí, y cada vez más. ¿Tú dónde estás?

—En el hospital —le dije socarrón.

—¿Desde cuándo?

Desde que había llegado, el sol se había ocultado por el horizonte y la ciudad se había llenado de luces de colores: farolas, edificios, coches. Llevaba bastante tiempo allí.

—Desde hace diez horas.

—Ya está el jodido caballito blanco otra vez.

—Estaba con ellos cuando Sara se puso de parto, idiota.

—No sé por qué no me sorprende. En fin, vayamos a lo interesante.

Sabía de sobra por dónde iban los tiros: el sexo del bebé.

—¿Lo interesante?

—Sí, venga, Wallace, dame una alegría y dime que ha sido otra niña.

Lo sabía. Los tres hijos anteriores de Oliver y Sara son niñas y, en los últimos nueve meses, las apuestas en ambas familias sobre el sexo del cuarto bebé se habían convertido en protagonistas indiscutibles. Los padres no quisieron saberlo hasta que naciera, por lo que estaba el entorno entero en vilo.

—Es una niña —le dije con una sonrisa auténtica en la cara.

—¡¡Sííí!! —comenzó a gritar, y escuché lo que creí ser golpes en el volante—. ¡Jódete, Aston! Voy volando, llego en diez minutos.

—OK. Habitación 523.

—Lo tengo.

Colgamos a la vez.

Durante los diez minutos siguientes, me dediqué a avisar a todo el jodido mundo de que la niña había nacido. La única persona que lo sabía era la

madre de Olly, y fue porque tuvo que venir a casa para quedarse al cuidado de las otras niñas. Mis niñas.

Cuando estaba a punto de regresar a la habitación, reconocí la silueta de Daniel saliendo del ascensor, seguido por su mujer. Al llegar a mi posición, Pear y yo nos fundimos en un abrazo, en uno pequeño, no soy yo de abrazos, por mejor amiga que sea, y con Daniel compartí varias palmadas en la espalda, como los buenos hombretones que somos, y un cruce de miradas de esas con el jodido brillo en los ojos, como los putos sensibleros en lo que respecta a los Aston-Summers que somos.

—¿Y vosotros dónde habéis dejado al niño? —les pregunté, de camino a la habitación.

Daniel y Pear habían sido padres por primera vez pocos meses atrás.

—En casa, con la niñera. Era nuestra primera noche libre en meses. Íbamos a ir a cenar y luego a un hotel a follar. Puto Aston, él lo sabía y estoy seguro de que ha provocado el parto de su mujer a propósito. Me la tiene jurada porque el mes pasado nos ganaron al pádel los del departamento de química de la universidad. Está de lo más escocido.

Oliver es astrofísico y trabaja como catedrático en la Universidad de Edimburgo. No ha mantenido buenas relaciones con los químicos desde que tengo uso de razón, es como una puta obsesión. No sé qué cojones le han hecho los pobres cerebritos cuatro ojos mezcladores y separadores de sustancias. ¡Que los deje vivir en paz con sus partículas y sus fórmulas!

Abrí la puerta, descojonándome de la risa por el comentario de Daniel, y les cedí el paso a los nuevos visitantes. Pear fue volando a abrazar a su mejor amiga y Daniel fue directo a Oliver.

—¿Qué pasa, cuñado? —le dijo, dándole un golpe en la espalda que pretendía ser un saludo informal, pero que resultó ser más un abrazo—. Ya me han dicho que has vuelto a liarla. No sabes hacer pitos. Yo esto ya lo vaticiné.

—Que te den, Summers.

—Que sepas que me has hecho ganar quinientas libras.

—¿Quinientas libras? ¿Estás de coña?

—¡Qué va! Todo el mundo ha apostado por un niño. Hay que ser imbécil, pero yo sabía que no ibas a fallarme, tienes la peor puntería del mundo.

—O la mejor —lo defendió su mujer.

—Ya está la otra, sacando la cara por el rubiales.

—Ven aquí y dame un beso, idiota.

Daniel se acercó a su hermana, semirrecostada en la cama, y le dio un beso en la mejilla. Se comunicaron con los ojos y ambos sonrieron confidentes. Después, Daniel se giró hacia su mujer, que tenía a la pequeña Isla —así se llama la niña— arropada entre sus brazos.

—Pear, déjamela.

—Ahora te esperas, que la tengo yo.

—¿Por qué la has cogido antes que yo?

—Porque sí.

—Yo he sido el primero en cogerla, después de su madre —les dije con orgullo.

—¿Antes que el rubio? —preguntó Daniel, refiriéndose a Oliver.

—Claro.

—¿Y cómo es eso? ¿Se ha desmayado al ver que, otra vez, no había *pitilín*?

—No, ha sido porque se me ha puesto en los cojones.

—Adam —me reprendió Sara por la palabrota.

«Mierda, joder, es que me salen solas, coño».

Al cabo de cuarenta minutos, la habitación se llenó de gente. Era agobiante; se me había olvidado. Pensándolo mejor, no me extrañaba nada que Oliver y Sara hubieran avisado seis horas después del nacimiento de la niña.

Abracé al padre de Sara y a los de Olly, que también eran los míos. Lo habían sido desde el instante en que, por azares del puto destino, de la puta vida, o de que en el reparto de palitos a mí me tocó el más corto, me quedé solo de la noche a la mañana. Y lo digo de manera literal, porque una noche me estaba despidiendo de mi familia y al día siguiente no había familia.

No quedó nada.

Tan solo un crío con los dieciocho años recién cumplidos que pasó de estar en clase de literatura a encontrarse en un puto pozo sin aire, sin luz y sin salida. Solo. Asustado. Tembloroso. También drogado y alcoholizado en algunos momentos, lo reconozco. Quizá en demasiados momentos.

Y me hubiera quedado allí para siempre si no hubiera sido porque Sara, con la ayuda de Oliver, me sacó de allí. Ellos eran lo único que me quedaba, y menos mal que me di cuenta. O mejor, que me lo hicieron ver, porque no me da vergüenza reconocer que, sin ellos, lo más probable es que me hubiera destrozado por dentro a base de alcohol y drogas o que me hubiera estampado la cara contra el puto asfalto después de haberme tirado por un puente.

No hubiera sobrevivido. Llamadme cobarde, débil, niño, lo que prefiráis. Quise morirme. Y esa es la puta verdad. Pasé de ser un chaval alegre, vital, con toda la vida por delante, a convertirme en un ser inerte que tenía demasiado miedo a volver a amar.

Pero había personas a mi alrededor que no estaban dispuestas a dejarme ir a la deriva, y ahí entraron los padres de ellos, de mis dos pilares. El padre de Oliver se ocupó de la administración de la herencia y el despacho, el padre de Sara me dio un hogar en el que vivir y la madre de Oliver, el amor y el calor de una madre. Estoy muy agradecido por ello, de verdad que sí, pero no he podido volver a querer a alguien, ni siquiera a ellos con todo lo que hicieron por mí. Ni estaba dispuesto a hacerlo en lo que me quedaba de vida. Demasiado arriesgado. Hoy están, pero mañana, no.

No. De ninguna jodida manera. A mí no me volvían a pillar en un renuncio así. Bastante tenía con querer a Oliver, Sara y toda su prole, que cada vez era más extensa. Me planteé que tendría que hablar en serio con ellos sobre los condones sí o sí.

Y ya había un número de gente excesivo en la habitación. Necesitaba salir de allí. Le hice una seña a Summers, que en ese momento hablaba con Oliver junto a la ventana, para que me acompañara fuera. Lo entendió a la primera y tanto él como Pear salieron detrás de mí. También crucé una mirada con Olly y Sara. Entre nosotros tres sí que no necesitamos palabras, podemos tirarnos horas, días, semanas, sin hablar y no dejar de comunicarnos.

—¿Vamos a la cafetería? —sugirió Pear.

—Sí, me apetece algo fuerte.

—Invito yo —nos dijo Daniel—, tengo quinientas libras de más.

Bajamos en silencio en el ascensor y yo no dejaba de pensar en cómo odiaba los ascensores. Los ascensores de los putos hospitales. Bueno, puede que lo que odiara fueran los hospitales a secas. Y no me habían hecho nada. Tal vez fuera eso. Que aquella vez, en el pasado, muy pasado, ni siquiera llegué a pisar el hospital. No fue necesario.

Llegamos a la cafetería y apoyé los codos en la barra, cerca de una chica rubia que no sé por qué cojones estaba olisqueando lo que parecía ser un zumo de naranja. En fin, pensé que pirados hay en todas partes. Estaba impaciente, tamborileando los dedos en el mostrador a la espera de la camarera, cuando Pear, detrás de mí, pronunció un nombre en voz alta.

—¿Ariadna?

La olfateadora del zumo se giró con sorpresa hacia nosotros.

—¿Pear?

—Pero ¿qué haces tú aquí? ¿Está todo bien?

—Sí, todo bien. Un pequeño percance sin importancia.

Por la cara de susto que tenía, no parecía que fuera «sin importancia». Hablaron entre ellas durante unos minutos hasta que Pear hizo las presentaciones.

—Ariadna —le dijo mi amiga entonces—, a Daniel ya lo conoces y este es Adam, un amigo. Ariadna es española, del mismo pueblo alicantino que mi madre —me explicó a mí.

«Joder, con la rubita». Estaba muy buena. Lo pude comprobar al acercarme más a ella.

—Hola —me dijo distraída.

Noté el acento en su voz. Tenía un inglés más que correcto, pero se notaba que era de fuera. Mmm... española... me había follado a unas cuantas españolas, cavilé. Y, joder, perdón por la expresión, pero ya sabéis lo que hay. El caso es que las españolas que yo conocía eran morenas. Y aquella era demasiado rubia. Si hasta las cejas parecían albinas.

—¿No se supone que todas las españolas sois morenas? —le pregunté, de manera perezosa.

Supe que la pregunta no le había hecho ni puta gracia cuando le salieron chispas por los ojos, comenzó a ponerse roja de cuello para arriba y casi le sale espuma por la boca.

—¿Que todas las españolas somos morenas? —me respondió con acritud. Con mucha acritud—. ¿Y no se supone que los escoceses lleváis falda escocesa y sois pelirrojos? ¿Que todos deberíais tocar la gaita, y no los cojones, y que el monstruo del lago Ness existe? ¿Quieres que te diga lo que se supone de verdad, *Melenas*? Se supone que en verano debería hacer calor y no los escasos grados que tenemos ahora mismo. Que cuando digo «necesito algo fuerte» me refiero a alcohol y no a un puto zumo de naranja. Que los coches se abren con jodidas ganzúas y que las rotondas se cogen por la derecha. Que los *pseudonovios* / compañeros de estudios de la universidad / *follamigos* / chóferes no roban los CD de música y ¡que las compañeras de piso no se desmayen en el puto peor momento! ¿Y no se supone que las tías llevan el pelo largo y los tíos, corto? ¡Pues córtate ese pelo, gilipollas!

No entendí casi nada de lo que soltó por la boca, pero... «Guau. Casi me corro en los pantalones».

Se dio media vuelta con energía, con tanta energía que casi me da con el

pelo en la cara, con el pelo rubio, porque, coño, era rubio, y abandonó la cafetería.

—Joder, me he empalmado y todo.

—No hace falta que lo jures, es bastante evidente —me dijo Daniel, focalizando la mirada en mi entrepierna—. Ni se te ocurra subir así a ver a mi sobrina, capullo. Vas al baño y haces lo que tengas que hacer, si quieres pensando en la chiflada esa, pero lo arreglas.

Ya lo había dicho. Y no mentía. Mi historia con Ariadna Cabana comenzó con un calentamiento de huevos. De los míos. Puede que también de los suyos.

Agradecimientos

A la primera persona que quiero agradecer es a Alberto, mi compañero de vida. Tengo tantas cosas que agradecerte que no sé por dónde empezar. Gracias por estar ahí siempre, por apoyarme, por no permitir que me rindiera cuando las cosas se complicaron. Escribir y autopublicar un libro no es un camino de rosas y hay muchos momentos (demasiados) de agobios, desánimos, ganas de renunciar por creer que lo que estás haciendo es una locura. Y tú siempre has estado ahí para regalarme uno y mil abrazos y decirme que estaba haciendo un buen trabajo. Gracias, porque aquella tarde que llegué a casa y te dije: «Voy a escribir un libro», me tomaste en serio. Siempre te tomas en serio mis locuras. Gracias por creer en la historia de Sara y por tus consejos. Y gracias por aquella propuesta de última hora sobre la portada cuando yo estaba obcecada en una idea que no tenía futuro: «¿Y si ponemos unos patines en la portada?». Siempre me sorprendes. No dejes de hacerlo nunca.

Gracias, Raquel. Iba a decir que eres mi mejor amiga, pero esas dos palabras se quedan demasiado pequeñas para nosotras. Entonces: gracias, Raquel, mi hermana, mi alma gemela (porque creo que las almas gemelas también existen en la amistad y en la familia, y tú, sin duda, eres la mía). Gracias por estar ahí cada momento, por leer mi historia, capítulo a capítulo, y lo digo literalmente. Han sido varios años de avanzar juntas en la historia, de emocionarnos con los personajes, de discutir sobre las escenas clave (hubo una noche concreta que cruzamos como cientos de *whatsapps* pensando en dónde podrían pasar Sara y Will su primera noche). Eres uno de los mayores apoyos de mi vida, no sé qué haría sin ti.

Gracias, Vanessa, mi otra lectora cero. Gracias por tus aportaciones, por la paciencia, por las bonitas palabras, por meterte conmigo en la historia. Y, sobre todo, gracias por aquel día en el que me llamaste por teléfono para decirme que ibas en el coche pensando en los protagonistas, que te tenían tan enganchada que no podías dejar de leer, que necesitabas saber que más cosas les pasaban. Ni te imaginas la fuerza que dan esas palabras.

Gracias, Daniel y Ariane, porque, sin daros cuenta, con vuestras inocentes frases, vuestras ocurrencias y vuestros arranques inesperados de amor, sois capaces de sacar una sonrisa hasta en los peores momentos. Gracias, solo, por

existir.

Gracias, Abril, por tu ayuda en esta historia, por tus consejos y por responder, siempre con tanta sinceridad, a todas mis preguntas. Me encontraba terriblemente perdida con el tema de la autopublicación y con convertir mi manuscrito en libro hasta que te encontré y, poco a poco, fuiste solventando todas mis dudas, además de pegarle un buen repaso a mi historia. Gente como tú es necesaria en todos los aspectos de la vida. Has sido como una especie de red salvavidas para mí.

Gracias Kevin (para mí siempre serás Kevin O'Seamus), por esas explicaciones de ultimísima hora sobre la procedencia de los nombres y apellidos escoceses; gracias por la pasión con la que explicas las cosas y por esas aportaciones que le han dado un toque especial a la novela.

No puedo olvidarme de un agradecimiento muy especial. Quiero dar las gracias a la música. Por acompañarme, siempre, en todos los momentos de mi vida y por darme tantísimas escenas y diálogos para Sara y compañía. Gracias a ti, los personajes se mueven solos en mi cabeza y yo tan solo he tenido que plasmar los movimientos que tú me has dado, en papel.

Gracias a David, por darme el título para el último. El primer título era realmente horrible, pero un sábado, tomando café después de comer, comenté que no me convencía el título del libro cuatro y tú me preguntaste: «¿Y si lo llamamos simplemente *Sara*?». A lo que yo dije: «¿*Simplemente Sara*? ¡Es genial!». Recuerdo que tú me dijiste: «No, *Simplemente Sara*, no; me refiero a poner solo *Sara*». Todavía me río al recordarlo. Al final se quedó con *Simplemente Sara* y jamás olvidaré esa tarde.

Y gracias a ti, lector, por darle una oportunidad a Sara.

Susanna Herrero nació en Bilbao en 1980. Es licenciada en Derecho Económico y su trabajo la obliga a pasar muchas horas en el coche. Tantos viajes en solitario conspiraron con su gran imaginación para crear a los personajes que, más tarde, se convertirían en los protagonistas de su primer libro: *Los saltos de Sara*. Apasionada de la lectura desde que a los diez años leyó por primera vez *La historia interminable*, nunca pensó en escribir su propia historia, pero no pudo darles la espalda a Sara Summers y compañía. Su última novela publicada es *En cada canción*.

Puedes encontrarla en [su blog](#), su [página de Facebook](#), en Twitter como [@susanmelusi](#), en [Instagram](#) y en [Pinterest](#).

^[i] Apellido Mac Gregor en voz gaélica.

^[ii] Expresión vulgar para expresar ira, descontento, sorpresa... En Escocés. Viene a ser el *joder* español o el *fuck/shit* inglés.